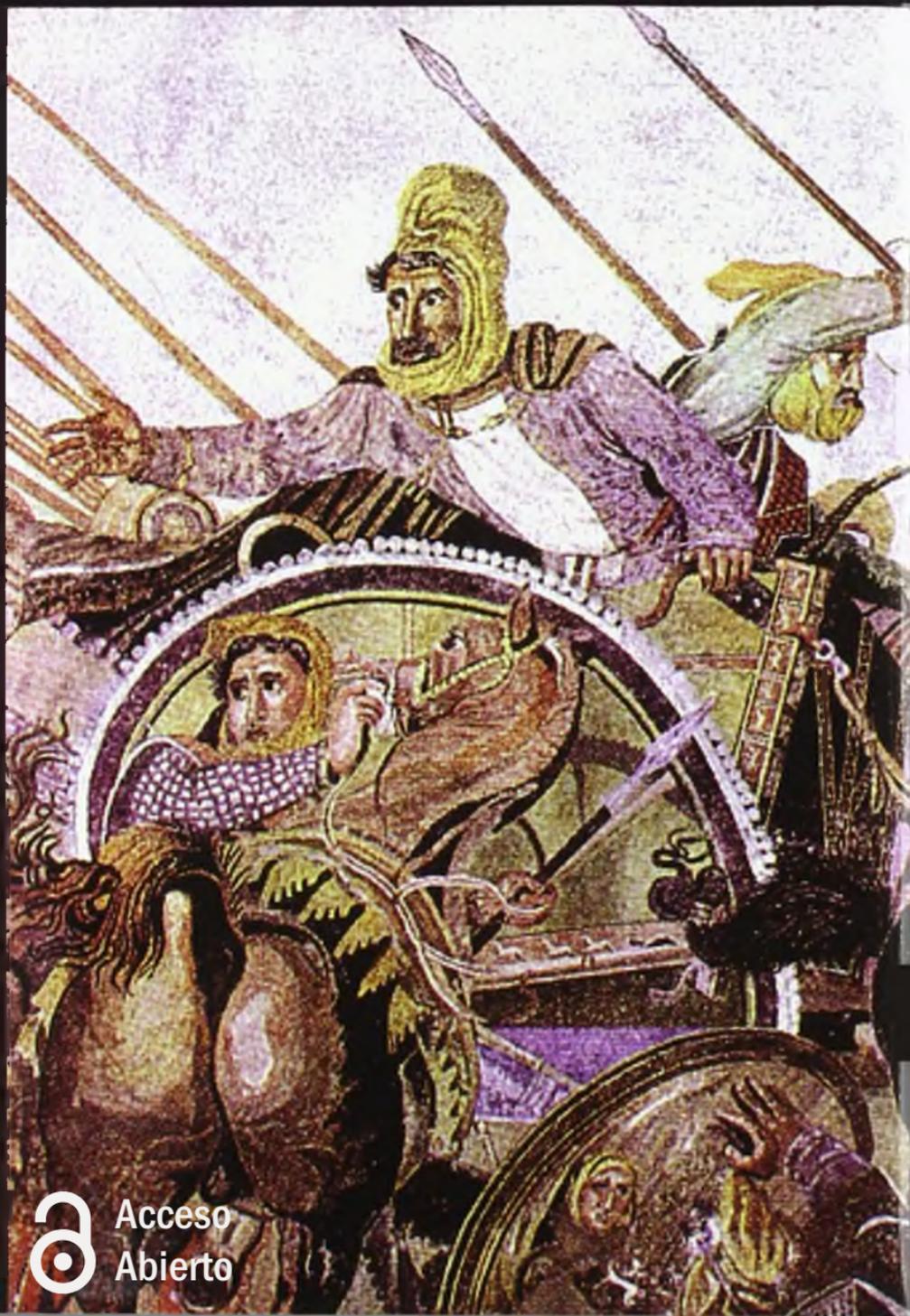


PUEBLOS Y
AKAL
CIVILIZACIONES

E. WILL / C. MOSSÉ / P. GOUKOWSKY
**EL MUNDO GRIEGO
Y EL ORIENTE**
TOMO II. EL SIGLO IV Y LA ÉPOCA HELENÍSTICA



Acceso
Abierto

EL MUNDO GRIEGO Y EL ORIENTE

TOMO II. EL SIGLO IV Y LA ÉPOCA HELENÍSTICA

Desde el final del siglo V, fundamentalmente marcado por la conclusión de la larga guerra del Peloponeso, hasta la paz de Apamea en el primer tercio del siglo II a.C., asistimos al despliegue de la historia política, económica, social y cultural de los distintos Estados sucesivamente hegemónicos en la historia de Grecia, desde el primer período del dominio espartano al triunfo del reino macedonio, la conquista de Oriente bajo el impulso de Alejandro, y la historia subsiguiente de los reinos diádocos hasta la crisis que experimenta el helenismo en la época de Filipo V y Antíoco III. Un período crucial no sólo en la historia griega, sino también en la formación y configuración de las instituciones y los conceptos fundamentales que alimentarán durante siglos a Occidente desde este primer momento de expansión: es decir, la crisis de la *polis*, que se concreta tanto en el terreno de lo político como en el de lo artístico y religioso, el nuevo concepto helenístico de realeza, y la extensión de una forma de humanismo que por vez primera se concibe como prolongación –pero también como escisión, conciencia de la conservación y de la «pérdida»– respecto a un mundo que, ahora, se considera y experimenta como «clásico».

PUEBLOS Y CIVILIZACIONES
HISTORIA GENERAL

EL MUNDO GRIEGO Y EL ORIENTE

TOMO II
EL SIGLO IV Y LA ÉPOCA HELENÍSTICA

ÉDOUARD WILL
CLAUDE MOSSÉ
PAUL GOUKOWSKY

Traducción

*F.º Javier Fernández Nieto
Alejandro Noguera Borel*



Maqueta: RAG

Título original: *Le monde grec et l'Orient*
Tome II. *Le IV^e siècle et L'époque hellénistique (510-403)*

 Creative Commons

© Presses Universitaires de France, 1975, 1985

© Ediciones Akal, S. A. 1998

para todos los países de habla hispana.

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Tel.: 91 806 19 96

Fax: 91 804 40 28

Madrid - España

ISBN: 84-460-0801-7

Depósito legal: M. 30.477 -1998

Impreso en Grefol, S.A.

Móstoles (Madrid)

PRÓLOGO

Cuando, hace diez años, acepté realizar lo que únicamente debía ser la revisión de la primitiva edición, mi propósito era llevarla a cabo en solitario. Pero al percatarme, a su vez, de que la simple revisión debía dejar paso a una refundición total, no tardé en ver claramente que si me obstinaba en proseguir la tarea yo solo, su conclusión quedaría pospuesta durante largo tiempo, lo que traería consigo un doble inconveniente: que el público, y sobre todo el público estudiantil, seguiría viéndose privado de un instrumento de trabajo cuya necesidad se hacía notar —y, en lo que a mí concierne, que este trabajo de síntesis hipotecaría, sin saber por cuántos años, otros trabajos a los cuales no quería renunciar—. Se me ocurría también que las obras monumentales individuales ya no eran de nuestra época: la documentación y la bibliografía moderna se han multiplicado en tal medida que ya es casi imposible que una sola persona domine todos los campos. El mismo día en que el añorado Maurice Crouzet me permitió sin reparos que el antiguo volumen se desdoblara, conseguí asimismo su beneplácito para descargar una parte de mi tarea en manos de colaboradores. Cl. Mossé y P. Goukowsky, sobre quienes recayó mi elección en su calidad de mejores especialistas franceses en el siglo IV y en el reinado de Alejandro respectivamente, aceptaron de inmediato secundarme, por lo que les reservo una profunda y amistosa gratitud. Así pues, en este volumen sólo son mías las páginas relativas al mundo helenístico posterior a la muerte de Alejandro.

Unas líneas aún. Hay algo en este libro que no me satisface, pero que obedece al plan general de la colección, y es la elección de la paz de Apamea como límite final de la exposición de los acontecimientos políticos. La historia política del mundo helenístico no se interrumpe en 188/7. Tampoco lo hace en 168/7, al desaparecer el reino de Macedonia, ni siquiera en 146, con el fin de las libertades griegas, ni aun en 133, cuando acaba el reino de Pérgamo: sólo la eliminación del Imperio Lágida, en el año 30, pone término a la misma. Pero como, a partir de aquella primera fecha, la influencia romana empuja cada vez con mayor fuerza (aunque esté lejos de ser la única), el resultado es que este período se trata —de distinto modo, evidentemente, a como lo habríamos hecho aquí— en La conquista romana de A. Piganiol, volumen al que, por tanto, remito al lector, aunque con la advertencia de que el punto de vista romano que se adopta en sus páginas excluye algunos aspectos de la historia helenística propiamente dicha, con los cuales Roma nada tenía que ver.

Édouard Will

ABREVIATURAS

A.C.	<i>L'Antiquité Classique.</i>
Aeg	<i>Aegyptus.</i>
A.J.A.	<i>American Journal of Archaeology.</i>
A.J.Ph.	<i>American Journal of Philology.</i>
Ath.	<i>Athenaeum.</i>
B.C.H.	<i>Bulletin de Correspondance Hellénique.</i>
B.S.A.	<i>Annual of the British School, Athens.</i>
Chr. Eg.	<i>Chronique d'Égypte.</i>
Cl.Ph.	<i>Classical Philology.</i>
Cl.Q.	<i>The Classical Quarterly.</i>
Cl.R.	<i>The Classical Review.</i>
G.R.B.S.	<i>Greek, Roman and Byzantine Studies.</i>
Gymn.	<i>Gymnasium.</i>
Hist.	<i>Historia. Zeitschrift für Alte Geschichte.</i>
Hist. Ztschft.	<i>Historische Zeitschrift.</i>
IG	<i>Inscriptiones Graecae.</i>
J.H.S.	<i>Journal of Hellenic Studies.</i>
J.J.P.	<i>Journal of Juristic Papyrology.</i>
J.R.S.	<i>Journal of Roman Studies.</i>
Mnem.	<i>Mnemosyne. Bibliotheca classica batava.</i>
N.C.	<i>Numismatic Chronicle.</i>
OGIS	<i>DITTENBERGER, Orientis Graeci Inscriptiones Selectae.</i>
P. d. P	<i>La Parola del Passato.</i>
PW	<i>PAULY-WISSOWA, Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft (Stuttgart, 1892 ss.).</i>
R.B.Ph.H.	<i>Revue Belge de Philologie et d'Histoire.</i>
R.E.A.	<i>Revue des Études anciennes.</i>
R.E.G.	<i>Revue des Études Grecques.</i>
R.F.	<i>Rivista di Filologia e di Istruzione Classica.</i>
R.H.	<i>Revue Historique.</i>
Rh.M.	<i>Rheinisches Museum.</i>
R.I.D.A.	<i>Revue internationale des Droits de l'Antiquité.</i>

- R.Num.* *Revue de Numismatique.*
R.Ph. *Revue de Philologie et d'Histoire ancienne.*
 ROSTOVITZEFF, SEHW M. ROSTOVITZEFF, *The Social and Economic History of the Hellenistic World*, 3 vol. (Oxford, 1941).
S.E.G. *Supplementum Epigraphicum Graecum.*
 Staatsverträge II, III..... *Die Staatsverträge des Altertums*, Zweiter Band: *Die Verträge der griechisch-römischen Welt von 700 bis 338 v. Chr.*, bearbeitet von H. BENTSON (Munich-Berlin, 1962); Dritter Band: *Die Verträge der griechisch-römischen Welt von 338 bis 200 v. Chr.*, bearbeitet von H. H. SCHMITT (Munich, 1969).
*Syll.*³ DITTENBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, 3.^a ed.
T.A.P.A. *Transactions and Proceedings of the American Philological Association.*
 TOD, II M. N. TOD, *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, vol. II.
V.D.I. *Vestnik drevnei Istorii.*
 WELLES C. B. WELLES, *Royal Correspondence in the Hellenistic Period* (New Haven, 1934).
Z.f.P. *Zeitschrift für Papyrologie.*

LIBRO PRIMERO

EL SIGLO IV
(403-336)

POR

CLAUDE MOSSÉ

INTRODUCCIÓN

EL MUNDO GRIEGO AL TÉRMINO DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

“Entonces Lisandro fondeó en el puerto del Pireo, fueron llegando los desterrados y al ritmo de las tañidoras de flauta empezaron a demoler los muros, entre una inmensa algazara, convencidos de que aquella jornada se producía en Grecia el nacimiento de la libertad.”

Así concluye Jenofonte su narración de los últimos días de la guerra del Peloponeso, de aquella guerra que durante más de un cuarto de siglo había enfrentado, unas contra otras, a las ciudades griegas y cuyo término significaba para los griegos el derrumbamiento de la hegemonía que Atenas había ejercitado en el mar Egeo, con una aspereza que se fue incrementando a medida que su liderazgo más se cuestionaba¹.

Las cosas, sin embargo, no eran tan simples. La guerra se había desarrollado en múltiples escenarios y numerosas poblaciones se encontraron envueltas en ella. El oro persa no había sido ajeno a la victoria de Esparta. El equilibrio logrado a mediados del siglo V había quedado destruido y para que la Hélade disfrutara de una verdadera libertad era importante que se generara rápidamente un nuevo equilibrio, que sólo Esparta parecía capaz de efectuar. Aunque era preciso que tuviera el deseo y los medios para hacerlo.

Pero el problema no era estrictamente político y militar. La guerra había ocasionado múltiples destrucciones, acerca de las cuales sólo conocemos bien lo sucedido en Atenas, donde las últimas comedias de Aristófanes ofrecen testimonio de la gravedad de la miseria, que afectó especialmente al mundo rural. Pero el Ática no poseía, ni mucho menos, la exclusiva de las devastaciones. También el Peloponeso y Grecia central las habían padecido, y los trastornos que se adivinan detrás de la conspiración de Cinadón² son muestra elocuente de que hasta la propia Esparta no escapó a la miseria común. La guerra había reabierto asimis-

¹ Sobre estos acontecimientos, véase el volumen anterior.

² Vid. *infra*, p. 93.

mo el debate sobre las instituciones más estables. En Atenas la democracia fue derribada en el 411, y luego restablecida con soluciones extremas, que no tardaron en sucumbir inmediatamente después de la derrota, bajo la presión del enemigo. Verdad es que el régimen había sido restaurado, y que esta restauración prueba el apego del *demos* a las instituciones tradicionales. Aún repercutía sobre la población la huella de sucesos, cuyo recuerdo permanecía vivo. Por otra parte, la victoria espartana se había cimentado a menudo en la eliminación de las personas adscritas a la alianza ateniense, en el derrocamiento de los regímenes democráticos y su sustitución por oligarquías estrechamente controladas por las guarniciones espartanas. De ahí la multiplicación de destierros y exilios, preludios de futuras revanchas. Esparta, en suma, debía su victoria al oro persa, que Lisandro supo utilizar admirablemente: pero su política y los medios empleados para ponerla en práctica eran la negación misma de cuanto había alimentado el prestigio de Esparta en los siglos VI y V a. C.

De hecho, las consecuencias de la guerra se hicieron todavía más patentes por la aparición de un nuevo estado de ánimo, por la descomposición de los valores tradicionales que por las destrucciones materiales y los cambios políticos. Tucídides llegó a percibirlo admirablemente cuando redactó sus páginas sobre la peste (II 53) o al trazar el balance de los desórdenes provocados por la guerra (III 82 ss.). Pues no sólo las luchas civiles habían alcanzado una difusión y una violencia nunca antes conocidas, sino que las reglas morales y religiosas habían sido escarnecidas. Y la paz recobrada no comportaba el regreso puro y simple al pasado. Las consecuencias de la guerra no podían tal vez apreciarse de inmediato, pero acabarían afirmándose a lo largo del siglo, no sólo por el cuestionamiento de las creencias tradicionales, sino incluso por la aparición de nuevas formas de pensamiento, reveladoras de la crisis de la polis y anunciantes de la época helenística.

Fuera de la propia Grecia, las secuelas de la guerra no eran menos notables. Al este, el Imperio Persa parecía haber obtenido grandes ventajas de su papel de árbitro y proveedor de los ejércitos griegos, y el siglo IV estará marcado por sus constantes intervenciones en la vida de las ciudades griegas y por su deseo de figurar como garante de la paz entre ellas. Pero tales pretensiones no deben llamarnos a engaño. El Imperio Persa no constituía ya lo que había sido cuando Darío se dispuso a lanzar su ejército contra el mundo de los estados helenos. La relativa facilidad con la que los mercenarios griegos reclutados por Ciro el Joven consiguieron penetrar hasta el corazón de Asia revela con suficiente luz la debilidad de este edificio inconexo. La creciente independencia de los sátrapas, particularmente de los de las provincias occidentales, anuncia una disgregación que no hará sino acelerarse y en cuyo proceso participarán, con mayor o menor habilidad, las ciudades griegas de la costa. Se entiende así que la idea de conquistar este Imperio, como preludio a nuevas fundaciones coloniales, pudiera parecer a algunos desde comienzos del siglo el mejor medio de resolver la crisis del mundo griego.

Al oeste, Sicilia se vio también envuelta en la guerra a consecuencia de las intervenciones atenienses, cuyo objetivo había sido, en principio, defender a las ciudades griegas de la isla frente a las pretensiones de Siracusa. El fracaso de Atenas reforzó la hegemonía de la gran colonia corintia, la cual, a inicios del siglo IV, bajo la firme dirección de Dionisio, parecía ser la única fuerza capaz de oponerse al avance cartaginés, la única capaz, asimismo, de defender a los griegos de la Italia del sur contra la creciente amenaza de las poblaciones indígenas montañosas. Más al oeste, por último, en contacto con el mundo céltico, Marsella, puesto avanzado del mundo helénico, experimentó un renacimiento que será de corta duración, pero cuyas repercusiones tendrán gran importancia para la difusión de la civilización griega en la Galia.

Así se presenta el mundo griego al rayar el alba del siglo IV.

PRIMERA PARTE

*HISTORIA POLÍTICA DEL MUNDO GRIEGO
EGEO DURANTE EL SIGLO IV³*

³ La Grecia de Occidente será considerada por separado; vid. *infra*, p. 142.

CAPÍTULO PRIMERO

LA HEGEMONÍA ESPARTANA⁴

Al empezar el siglo IV una ciudad domina el mundo egeo: Esparta. Lisandro, vencedor en Egospótamos, ha instalado guarniciones espartanas en todas las antiguas posesiones atenienses, en las urbes de todos los aliados de Atenas. Valiéndose del apoyo del Gran Rey y de sus sátrapas, los espartanos dominan el Egeo, mientras la desmantelada Atenas, privada de su flota y aún no restablecida de los trastornos provocados por la derrota, no puede confiar en alzar la cabeza. Sin embargo, desde los primeros años del siglo Atenas intentaría esforzarse en rehabilitar sus posiciones egeas. Claro que, hasta 378, habría de chocar con la resistencia de Esparta. Y cuando finalmente ésta se determinó a aceptar un reparto de la hegemonía con Atenas, sería para sucumbir poco después bajo el peso de Tebas⁵.

I.—ESPARTA A COMIENZOS DEL SIGLO IV: LOS PROBLEMAS

Durante los últimos años de la Guerra del Peloponeso la política espartana estuvo dominada por la personalidad de Lisandro⁶. Éste había sabido proporcionar a Esparta una potente flota gracias a la ayuda económica del Gran Rey y de su hijo Ciro el Joven. Haciendo caso omiso de la tradición espartana de replegarse sobre el continente, había lanzado a su país a una política marítima y llevado la guerra a Asia, donde entendía que se hallaban las bases del poderío ateniense. Victorioso, regresaba con la aureola del prestigio: su estatua estaba, en Delfos, al lado de las de los dioses en el monumento conmemorativo de Egospótamos; en Samos, de

⁴ OBRAS DE CONSULTA.—Todas las historias generales del mundo griego hacen análisis de la situación a comienzos del siglo V. Por ello remitimos a la bibliografía dada en el tomo I, n. 12 y n. 15. La única obra importante aparecida con posterioridad es el libro de P. Oliva, *Sparta and her social problems*, Praga, 1971 (con una importante bibliografía; hay edición española: P. Oliva, *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid, Ed. Akal, 1983).

⁵ Sobre los aspectos más específicamente atenienses de este período véase el capítulo siguiente, en el que también figuran complementos bibliográficos.

⁶ Véase el volumen anterior.

donde había expulsado a los demócratas partidarios de Atenas para establecer un régimen oligárquico, se le habían concedido honores excepcionales y las fiestas en honor de Hera, protectora de la isla, habían tomado el nombre de *Lysandreia*; en la propia Esparta, y contrariamente a la tradición, había sido vuelto a investir en su cargo de navarco: su persona prefiguraba, en cabeza de la serie, la de esos estrategos todopoderosos que iba a conocer el siglo IV.

Pero, tanto por su personalidad como por su política egea, Lisandro se distanciaba profundamente de las costumbres espartanas. En aquellas fechas la ciudad estaba agudamente dividida entre defensores de la tradición y partidarios de la nueva política egea, disensiones que no venían sino a traducir, aunque también a exasperar, las nuevas contradicciones de la sociedad espartana. La acción de Pausanias, que había facilitado entre los demócratas del Pireo y los moderados de la ciudad el cierre de una paz, ante la cual los únicos ajenos resultaban ser los oligarcas de Eleusis, amigos de Lisandro, es significativa muestra de los antagonismos que reinaban por entonces entre quienes dirigían la política espartana, y el proceso entablado poco después contra el rey prueba que los partidarios de Lisandro no habían renunciado a desviar la política espartana para encauzarla hacia la hegemonía marítima. ¿Hay que relacionar esta política con las facilidades que le fueron dadas al espartiatá Clearco para reclutar mercenarios destinados a apoyar al joven príncipe Ciro contra su hermano mayor Artajerjes II? Cabe en lo posible, pues por Jenofonte, que formó en la expedición, sabemos cuán estrechos lazos unían a Lisandro y Ciro. La operación de los "Diez Mil" fracasó en Cunaxa, en donde Ciro encontró la muerte, y el asunto no habría pasado de ser considerado como un banal episodio de las rivalidades entre los Aqueménidas si Jenofonte, convertido por las circunstancias en jefe de esta banda de mercenarios extraviados en el corazón de Asia, no hubiera relatado en la *Anábasis* las penalidades de su regreso. Pero el lance de los "Diez Mil" dejaría sentir su peso sobre la política espartana.

En efecto, la orientación imprimida por Lisandro a la política exterior de su país originaba dos problemas inextricablemente ligados. Al haber instalado guarniciones y oligarquías adictas a su causa (las llamadas *dekarchíai*) en las islas del Egeo, Esparta debía enfrentarse a los problemas que Atenas había experimentado en el siglo anterior. Para mantener su hegemonía le era imprescindible disponer de los recursos financieros necesarios para la paga de los mercenarios que, junto a los regimientos de *neodamodas*⁷, ocupaban un lugar cada vez más importante dentro del ejército. Ahora bien, las instituciones tradicionales de Esparta se oponían a la prosecución de este tipo de política: no solamente los éforos y la *gerusía* veían con inquietud cómo los generales se comportaban de forma más y más personal, sino que faltaban medios materiales. Durante la guerra, Esparta había logrado atender a las necesidades financieras gracias a las

⁷ Cf. el volumen anterior, p. 398, n. 467.

subvenciones del Gran Rey y de sus sátrapas, pero la muerte de Ciro el Joven creaba una situación difícil que empeoraba aún más la hegemonía egea: Esparta se hallaba, efectivamente, en las mismas condiciones que había vivido Atenas en el siglo anterior y, precisamente por eso, obligada a asumir la defensa de los griegos de Asia frente a los persas. El dilema es patente: el mantenimiento de las posiciones de Esparta en el Egeo implicaba una actitud hostil al Gran Rey, pero tampoco podía concebirse, aunque parezca contradictorio, sin la ayuda financiera de aquel monarca. Se comprende entonces que el problema de las relaciones con el Imperio Persa haya sido fundamental.

Pero Esparta no era dueña absoluta de la decisión. La victoria común había sido conseguida con la ayuda de los aliados peloponesios. Sin embargo, éstos no contemplaban con agrado el progreso de la hegemonía espartana. En el 404 los dos aliados de Esparta más poderosos, Corinto y la Confederación Beocia dominada por Tebas, se habían negado a adherirse a la paz cerrada con Atenas y no habían enviado contingentes al ejército conducido por Pausanias al Ática en el 403. Los tebanos no dudaron incluso en acoger a los jefes demócratas exilados y en proporcionarles los medios para volver al Ática⁵. Finalmente en el 399, cuando Esparta quiso forzar a Élide a someterse y satisfacer los gastos de la guerra, Corinto y los beocios rehusaron asociarse a la campaña emprendida contra la obstinada ciudad.

Así pues, Esparta tendría que actuar sola para mantener una hegemonía sobre el continente cada vez más controvertida.

II.—ESPARTA Y PERSIA: LA EXPEDICIÓN DE AGESILAO, LA GUERRA DE CORINTO Y LA PAZ DEL REY⁶

El pretexto para la intervención espartana fue la nueva ocupación de las ciudades griegas de la costa asiática por el sátrapa Tisafernes. Tibrón desembarcó en Asia al frente de un ejército compuesto por 4.000 soldados peloponesios, 1.000 *neodamodas* de Laconia y 300 jinetes atenienses,

⁵ Véase el volumen anterior, p. 358.

⁶ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general, puede verse: H. W. Parke, *The development of the second spartan empire*, *J.H.S.*, L, 1930, pp. 37 ss.; R. E. Smith, *Lysander and the Spartan empire*, *Cl.Ph.*, XLIII, 1948, pp. 145 ss.; Idem, *The opposition to Agesilaus' foreign policy 394-371*, *Hist.*, II, 1953-1954, pp. 274 ss. —Sobre la guerra de Corinto: P. Treves, *Note sulla guerra corinzia*, *R.F.*, XV, 1937; Idem, *Introduzione alla storia della guerra corinzia*, *Ath.*, XVI, 1938, pp. 65 ss.; 164 ss.; S. Accame, *Ricerche intorno alla guerra corinzia*, Torino, 1951; D. Kagan, *Corinthian politics and the revolution of 392 B.C.*, *Hist.*, XI, 1962; S. Perlman, *The causes and the outbreak of the Corinthian war*, *Cl. Q.*, XIV, 1964, pp. 64 ss.; Ch. D. Hamilton, *The politics of revolution in Corinth, 395-386 B.C.*, *Hist.*, XXI, 1972, pp. 21 ss. —Sobre el período que precede a la Paz del Rey: F. Nolte, *Die historisch-politischen Voraussetzungen des Königsfriedens*, Bamberg, 1923; los textos relativos a la Paz del Rey están reunidos en *Staatsvertr.*, II, n.º 242, en donde se hallarán también los textos relativos a los tratados de los años siguientes; sobre la Paz del Rey y las otras "pases comunes" del s. IV, véase T. B. Ryder, *Koine Eirene. General Peace and Local Independence in Ancient Greece*, Oxford, 1965.

a los cuales se agregaron pronto los supervivientes de los Diez Mil. Se había establecido una alianza con Egipto, en donde había estallado una rebelión contra el Imperio Persa¹⁰, para asegurar el abastecimiento de las tropas. Tibrón se apoderó de un cierto número de ciudades, pero, retirado del cargo a consecuencia de una queja de los aliados, no pudo conducir al ejército hasta Caria, objetivo declarado de la expedición. A diferencia de Tibrón, su sucesor Dercílidas llevó la guerra más como diplomático que como soldado: entabló un acercamiento con Tisafernes para dirigir sus golpes sólo contra Farnabazo, sátrapa de la Frigia Helespóntica, y supo procurarse complicidades entre los gobernadores persas. Consiguió además apoderarse de la mayor parte de Eolia, devolviendo la libertad a las ciudades griegas y obteniendo sus víveres sobre el terreno. Luego, tras haber concluido una tregua con Farnabazo, cruzó al Quersoneso para defender a las ciudades de la península de las incursiones de los tracios. En la primavera del 397 regresó a Asia: la situación ya había evolucionado, puesto que los dos sátrapas occidentales proyectaban unir sus fuerzas para expulsar a los griegos. Los dos ejércitos se encontraron cerca de Magnesia del Meandro, pero ambos contendientes cerraron una tregua antes de que pudiera entablarse la batalla.

La guerra se reanuda con la llegada de Agesilao a Asia. Hermano del rey Agis, que acababa de fallecer (398), Agesilao había aprovechado como pretexto ciertos rumores, según los cuales el joven rey Leotíquidas sería en realidad hijo de Alcibiades (cuya relación con la mujer de Agis había provocado escándalo), para hacerse reconocer como rey, con la ayuda de Lisandro, en detrimento de las reglas de sucesión normales. ¿Esperaba así Lisandro ejercer el poder a través de intermediario, como pretende Jenofonte? Es difícil decirlo, del mismo modo que es preciso abstenerse de creer a pies juntillas la oposición que Jenofonte se complace en recalcar entre la política de estos dos personajes: de hecho Agesilao continuará en Asia, con procedimientos quizás menos brutales, la política de Lisandro. A comienzos del 396 desembarcó en Éfeso al mando de 12.000 hombres. La tregua firmada por Dercílidas y Tisafernes estaba todavía en vigor, pero no tardaría en ser quebrantada por parte del sátrapa, quien, al recibir refuerzos, invitó al rey espartiatá a abandonar Asia. La guerra era inevitable y Agesilao iba a dirigirla con energía. Puesto que Agesilao fue su héroe predilecto, debemos desconfiar de la narración de Jenofonte, demasiado parcial, aunque rica, la vez, en anotaciones técnicas precisas.

En la primavera del 395 Agesilao obtuvo cerca del río Pactolo una victoria que acarreó la deposición y ejecución de Tisafernes. Su sucesor Tiraustes inició negociaciones con el rey de Esparta y se acordó una nueva tregua, que Agesilao aprovechó para reforzarse y coordinar mejor el mando del ejército y de la flota, con el fin de poder atacar las fuerzas intactas de Farnabazo.

¹⁰ Vid. *infra*, p. 64.

Entre tanto, en la Grecia de Europa se sufría la dominación espartana cada vez con mayor dificultad. No debe, pues, asombrar el recibimiento dispensado a los emisarios de Tiraustes, quien para obligar a Agesilao a irse de Asia no veía más solución que suscitar en Grecia una coalición contra Esparta. Eso es, cuando menos, lo que afirma Jenofonte, el cual relata en sus *Helénicas*¹¹ que un tal Timócrates de Rodas llegó a Grecia provisto de cincuenta talentos de plata con la misión de comprar a los dirigentes de las principales ciudades; éstos deberían denunciar ante sus conciudadanos las intrigas de los lacedemonios, levantar el odio hacia Esparta y provocar contra ella una guerra de coalición. El discurso de los delegados tebanos en Atenas, según lo transmite Jenofonte, revela bastante bien los sentimientos de los griegos respecto a Esparta: “¿Quién permanece todavía a favor suyo? ¿Los argivos no les han sido desde siempre hostiles? Y ahora vemos que los eleos, despojados de un gran territorio y de varias ciudades, se unen a los enemigos de Esparta. ¿Y qué podemos decir de los corintios, los arcadios, los aqueos? Eran personas que... obedecían a los acuciantes requerimientos de los lacedemonios, participaban en todos sus empeños, en todos sus riesgos, en todas sus defensas; y luego, cuando los lacedemonios han tocado sus metas, ¿qué parte de dominio, de honor o de dinero les han entregado? Antes al contrario, los lacedemonios no encuentran mal convertir a sus hilotas en harmostas, mientras sus aliados, que eran libres, han visto cómo después del triunfo pasaban a ser sus amos” (*Hell.*, III, 5, 11-12). Así pues, se urdió en Grecia una coalición; para hacer frente a la misma los espartanos y sus aliados —a excepción de los corintios— enviaron un ejército a Beocia bajo el mando del rey Pausanias. Lisandro, por su parte, se adelantó hasta Haliartas como jefe de las tropas focidias y de Orcómenos y, sin aguardar la llegada del ejército lacedemonio, entabló un combate en el que encontró la muerte sin que se llegara a ningún resultado decisivo. La desaparición de Lisandro produjo el efecto de fortalecer la coalición contra Esparta, coalición a la que se unieron Argos, Corinto, Acarnania, Léucade, Ambracia, Eubea y la liga calcidia. Una nueva derrota sufrida en Fócide, a comienzos del 394, decidió a los espartanos a hacer volver a Agesilao.

Éste, sin embargo, no había quedado inactivo. Después de penetrar en Frigia había tratado en vano de adueñarse de Dascilion, residencia de Farnabazo, pero concluyó una tregua con el sátrapa y evacuó el territorio de Frigia. Fue en el instante en que se disponía a realizar nuevas expediciones hacia el interior cuando recibió el mensaje de Esparta. A disgusto, obedeció la orden, aunque dejó 4.000 hombres en Asia.

En Europa, en donde se habían reanudado las operaciones, la batalla decisiva iba a librarse a comienzos del verano del 394, en Nemea: las fuerzas de la coalición fueron allí derrotadas y sufrieron graves pérdidas poco antes de que Agesilao, presente ya en Grecia, aplastara a la caballe-

¹¹ Sobre las *Helénicas* de Jenofonte, continuación de la obra de Tucídides, cf. el volumen precedente, p. 345, n. 385.

ría tesalía y entrara en Beocia, que fue escenario de la segunda gran batalla de la guerra, la de Coronea (agosto del 394): allí vencieron de nuevo los lacedemonios, y ese doble triunfo consagraba su supremacía sobre el continente. Pero la situación en Asia estaba siendo algo diferente. En efecto, el navarca espartíata Pisandro había sufrido un grave revés a la altura de Cnido frente al ateniense Conón. Éste, que después de Egospótamos se había refugiado primero en la corte de Evágoras de Chipre, y luego en la de Artajerjes, desde el 397 no había parado de hostigar a la flota espartana. En el 395 apoyó al partido demócrata en Rodas, ciudad que se había convertido en su puesto de ataque. Su victoria en Cnido ponía el primer freno a la expansión espartana en el Egeo, en donde Farnabazo y Conón expulsaron de las ciudades de la costa y de las islas a los harmostas lacedemonios. Tan sólo Abidos, donde se hallaba Dercílidas, había permanecido en el bando espartano.

La guerra se prolongaría hasta el 386. Jenofonte distingue netamente, en las *Helénicas*, las operaciones de Grecia (la "guerra de Corinto") de las operaciones marítimas. Amigo de Agesilao, en cuyas filas combatió en Coronea —lo que le supondría ser condenado a un largo exilio—, Jenofonte insiste sobre todo en las operaciones terrestres, cuyos principales acontecimientos fueron el asedio de Corinto y las maniobras de diversión que llevó a cabo el ateniense Ifícrates en el Peloponeso. Efectivamente, Corinto por temor a las intrigas de los partidarios de Esparta lo había desterrado o exterminado, e incluso parece ser que los demócratas corintios concluyeron un acuerdo de *sympoliteia* con Argos. De ahí el largo asedio contra la ciudad dirigido por Agesilao y los exilados corintios, cerco que estuvo señalado por la destrucción de un cuerpo lacedemonio en Lequeo bajo las armas de Ifícrates¹². Esta derrota originó la marcha de Agesilao, mientras que en el istmo se mantuvo únicamente una pequeña guarnición. Por mar, los persas conservaban la ventaja y, sobre todo, cada día parecía más evidente que eran los árbitros de la situación: gracias a la flota y a los medios económicos puestos a su disposición por el Gran Rey fue como Conón logró regresar a Atenas y mandar la reconstrucción de los Largos Muros. Antes ya había vuelto a asentarse en las islas de Lemnos, Imbros y Esciro. En Esparta se sopesó el peligro que entrañaba esta nueva situación y, en el 392, Antálcidas fue enviado a entrevistarse con el sátrapa de Lidia, Tiribazo, comandante en jefe de los ejércitos reales, para que fuera consciente de la amenaza encerrada en el despertar de las ambiciones atenienses. Pero las negociaciones en pos de una paz general no fructificaron y de nuevo empezaron en Asia las operaciones militares. Los espartanos intentaron recuperar, con la ayuda de los exilados rodios, la gran isla que servía de base a las operaciones marítimas atenienses. Los atenienses enviaron contra ellos a Trasíbulo, quien, después de haber ganado para Atenas a las ciudades del Helesponto, y luego a las de Lesbos, llegó a Aspendos, en donde encontraría la muerte durante una

¹² Sobre las innovaciones tácticas de Ifícrates, vid. *infra*, p. 75.

emboscada (388). La travesía de Trasíbulo en el Helesponto había inquietado a Esparta; por ello enviaron a Anaxibio a la ciudad de Abidos, pero éste fue derrotado y muerto en acción militar frente al ateniense Ifícrates, que se alzó con el dominio del Quersoneso de Tracia.

La guerra aún continuaría por dos años, en particular las operaciones por mar alrededor de Egina, en donde se enfrentaban espartacos y atenienses, y en el Helesponto. El espartano Teleutias consiguió incluso asestar un golpe de mano en el Pireo, que le permitió destruir algunas naves de guerra y apoderarse de una serie de cargamentos de trigo y de otras mercancías. Pero lo que mayor fuerza tuvo en la decisión final fue el acercamiento que finalmente se produjo entre Esparta y los persas gracias a Antálcidas. El Gran Rey, que desde el episodio de los Diez Mil había mantenido una reserva hostil hacia Esparta, comenzaba a inquietarse por el despertar ateniense. Tiribazo, que había pasado a ser el principal interlocutor de los griegos, estaba ya a favor de la alianza espartana. Por lo demás, en Grecia el cansancio era general. El asedio de Corinto no veía fin y la presencia de una flota espartana en las cercanías del Helesponto paralizaba el avituallamiento de Atenas, en donde el trigo aumentaba de precio (cf. Lisias XXII). Así pues, los griegos respondieron en masa al llamamiento de Tiribazo y se desplazaron a Esparta para que se les diera a conocer el decreto del Rey. El cual, según lo formula Jenofonte, era muy breve: "El rey Artajerjes considera justo que las ciudades de Asia le pertenezcan, así como, entre las islas, Clazomene y Chipre, y que, en contrapartida, se respete la autonomía de Lemnos, Imbros y Esciro, que, como en el pasado, pertenecerán a los atenienses. Contra quienes no acepten estas condiciones de paz, yo mismo promoveré la guerra, con ayuda de quienes se hayan adherido al tratado, por tierra y por mar, con mi flota y todos mis recursos financieros" (*Hell.*, V, 1, 31). El Rey dictaba así su ley a las ciudades griegas, que, dadas las dificultades económicas por las que todas ellas atravesaban, no podían más que inclinarse y suscribir los términos de la "Paz del Rey", también llamada "Paz de Antálcidas" (386)¹³. Sólo los tebanos ofrecieron resistencia, no porque rechazaran los términos del decreto, sino porque pretendían jurarlo en nombre de todos los beocios. Y es que, al estipular de manera categórica la autonomía de las confederaciones de ciudades, cual la Confederación beocia. Los tebanos terminaron cediendo y la Confederación beocia fue disuelta bajo la amenaza de una intervención espartana. Pero si, en efecto, el Rey se erigía en árbitro de los griegos, Esparta era de hecho la principal beneficiaria de la nueva situación: los lacedemonios se convertían, por recoger la expresión de Jenofonte, en los "patronos" de la paz, cuyas condiciones había dictado el Rey, y desde esa posición justificaban cualquier intervención contra quien les pareciera que había violado los términos del acuerdo. Seguros de su impunidad, comenzaron por tomar venganza de

¹³ La Paz del Rey inaugura la serie de "pases comunes" del siglo IV: sobre esta noción (*koiné eirene*) cf. *infra*, p. 83.

las ciudades del Peloponeso que se habían declarado a favor de Corinto o de Argos: de este modo se apoderaron de Mantinea, después de un largo asedio, y dispersaron a sus habitantes en cuatro aldeas (*komai*), y así obligaron a las gentes de Fliunte a ofertar el regreso a los desterrados.

Pero Esparta no pensaba limitar su papel de "gendarme" del Gran Rey al Peloponeso: en el 382, a petición de Acanto, enviaron una expedición contra los olintios, acusados de querer eliminar la autonomía de las ciudades calcídicas. En el transcurso de esta campaña uno de los jefes espartanos, Fébidas, hizo acampar a su ejército cerca de Tebas y entró en tratos con el partido laconófilo, que le entregó la ciudad. No sabemos si la iniciativa partió de los tebanos o del espartiatas, ni si Fébidas obró por cuenta propia o instigado por Agesilao. Lo cierto es que, aun cuando el proceder de Fébidas fue desaprobado "por los éforos y la mayoría de los ciudadanos", no por ello los lacedemonios dejaron de aceptar los hechos consumados. Tebas volvía así a ser miembro de la alianza espartana y participó con las tropas de Esparta en la guerra contra Olinto.

Durante los siguientes años Esparta continúa en su función de ejecutora de la Paz del Rey. Uno de sus reyes, Agesípolis, dirige las operaciones contra Olinto en la Calcídica, mientras que Agesilao actúa de nuevo contra Fliunte, ciudad en donde el convenio sobre el retorno de los desterrados tropezaba con la mala voluntad de sus dirigentes. Las dos guerras terminaron casi al unísono: Fliunte capituló en el 379 y poco después los olintios, ante la amenaza de ser reducidos por hambre, solicitaron la paz. El orden espartano reinaba por fin en Grecia.

III.—ESPARTA Y TEBAS. LEUCTRA¹⁴

El orden que había fundado la Paz del Rey era, no obstante, un orden precario. Al moralista Jenofonte le resulta fácil vislumbrar en la decadencia de Esparta el castigo por las faltas cometidas con sus aliados. De hecho, el movimiento que desembocaría en la primera gran derrota militar de Esparta y en el ocaso de su hegemonía iba a partir de Tebas. Es verdad que la Esparta que en el 371 se desplomaría en Leuctra ya no era la Esparta "legendaria" de Licurgo, ni siquiera la disciplinadísima ciudad que había vencido a Atenas. En tal sentido, Jenofonte constituye un interesante testimonio, puesto que, entre el fluir de los acontecimientos, su relato permite adivinar los conflictos que dividían a la ciudad. El propio Agesilao, que en el opúsculo de Jenofonte que lleva su nombre representa, en cambio, el modelo del rey respetuoso con las leyes, aparece ahora como un intrigante que persigue su política personal y evita dejar a otros

¹⁴ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general, véase: D. G. Rice, *Why Sparta failed. A Study of Politics and Policy from the Peace of Antalkidas to the Battle of Leuctra*, Diss., Yale University, 1971; A. Roos, *The Peace of Sparta of 374 B.C.*, *Mnem.*, n.s., II, 1949; T. T. B. Ryder, *Athenian Foreign Policy and the Peace Conference at Sparta in 371 B.C.*, *Cl.Q.*, n.s., XIII, 1963.—Sobre el auge beocio, cf. n. 36.

el beneficio de victorias obtenidas, a menudo, por medios poco confesables. Estos conflictos y oposiciones, que se divisan a través de la narración del historiador, debilitaban forzosamente a una ciudad cuya hegemonía estaba siendo, encima, cada vez más controvertida.

La iniciativa la tomó, en efecto, Tebas. Ya en el 379 un pequeño grupo de siete conjurados tebanos refugiados en Atenas logró introducirse en la ciudad y, después de dar muerte a las principales autoridades laconófilas, se adueñó de la acrópolis, convocó al pueblo a las armas y consiguió expulsar a la guarnición lacedemonia¹⁵. Esparta no podía aceptar este revés sin efectuar una réplica: el joven rey Cleómbroto fue enviado a Beocia y dejó al harmosta Esfodrias en Tespias para guarnecer la plaza. Fue entonces cuando tuvo lugar un episodio que revela de nuevo los antagonismos que dividían a Esparta. Esfodrias decidió realizar un ataque por sorpresa contra el Pireo, operación que salió mal, pero sembró el temor entre los atenienses. Acusado por los éforos de haber actuado sin orden de la ciudad, Esfodrias, que evidentemente no era sino un comparsa, salió absuelto: Jenofonte explica este veredicto por los lazos que unirían al hijo de Esfodrias con el de Agesilao, y aunque deja entender que Esfodrias pertenecía al bando de Cleómbroto, debió su salvación, por raro que parezca, a la intervención de Agesilao. Sea cual fuere el oscuro trasfondo de aquel asunto, la realidad es que acabaría proporcionando una dimensión distinta a los acontecimientos, ya que ahora los espartanos tendrían que luchar contra Tebas y Atenas unidas en alianza. Una primera campaña, en el 378, no produjo resultados destacables: Agesilao se estableció en Tespias y montó pequeños ataques contra el territorio tebano, después regresó a Esparta, encargando a Fébidas que saqueara el país. Agesilao volvió al año siguiente, pero sus operaciones no fueron ya tan decisivas. Es más, después de su marcha los tebanos se apoderaron de Oreó, lo que les permitía aprovisionarse de trigo. En 376 se encargó a Cleómbroto la dirección de la guerra en Beocia, pero la resistencia de atenienses y tebanos en los pasos de Citero le obligó a batirse en retirada.

Los aliados de Esparta comenzaban a estar cansados de esta guerra indecisa y todavía lo estuvieron más cuando los atenienses, que hasta entonces se habían limitado a apoyar a los tebanos, pasaron a la acción. En el 375 Timoteo, hijo de Conón, emprendió viaje hacia el Peloponeso al frente de 60 barcos, se adueñó de Corcira y consiguió una victoria naval sobre los espartanos en Aliteia. Pero Atenas experimentaba entonces dificultades financieras, dado el alto coste de la guerra, y al partido anti-tebano le resultaba fácil demostrar que el conflicto no servía de nada a los intereses de Atenas. Y así los avances de los lacedemonios, hartos también de sus propios fracasos, fueron bien acogidos en 374. No obstante, la paz se rompió casi de inmediato, por culpa de Esparta parece ser¹⁶, y la

¹⁵ Dos estrategos atenienses que mandaban las tropas de la frontera parecen haber colaborado en este golpe improvisado.

¹⁶ Jenofonte deja caer la responsabilidad sobre Timoteo.

guerra comenzó de nuevo. Las principales operaciones se desarrollaron en las cercanías de Corcira, que estaba sitiada por los espartanos. Atenas envió a Ifícrates con 70 naves, el cual venció a la flota de socorro enviada por Dionisio de Siracusa a los espartanos y devastó el territorio lacedemonio. Sin embargo, si hemos de creer a Jenofonte, la iniciativa de las negociaciones que debían culminar en la paz de 371 partió de los atenienses, que estaban intranquilos por la actitud cada vez más hegemónica de los tebanos, no solamente en Beocia, en donde habían destruido Platea, sino en toda Grecia central, donde habían iniciado una guerra contra los focidios, amigos tradicionales de Atenas. Todos los atenienses que deseaban una reconciliación con Esparta tomaban como pretexto estas actitudes hostiles hacia aliados tradicionales de Atenas para reclamar, si no la ruptura, al menos la neutralidad de cara a los tebanos. Una embajada se desplazó, pues, a Esparta. Jenofonte atribuye a sus tres miembros unos propósitos que ilustran las tres corrientes que dividían entonces a la opinión ateniense: Calias, representante de la tendencia laconófila, Autocles, del partido tebano, y Calístrato¹⁷ de los moderados, inquietos sobre todo por la paz. Las palabras de Calístrato convencieron a los lacedemonios y la paz fue establecida en los siguientes términos: "Los lacedemonios retiraban a los harmostas de las ciudades; las tropas movilizadas, tanto en tierra como en mar, eran licenciadas; se restituía a las ciudades su autonomía; si alguien actuaba contra estas condiciones, los que quisieran podrían acudir en ayuda de las ciudades malparadas, pero los que no quisieran no serían obligados mediante juramento a combatir en favor de los Estados que habían sufrido el perjuicio" (*Hell.*, VI, 3, 18). Así pues, la paz del 371 garantizaba, mejor que la del 386, la autonomía de las ciudades en el marco de las dos confederaciones, la ateniense y la peloponesia¹⁸. Pero los tebanos, que habían participado en las negociaciones, exigieron que en el documento se dijera "beocios" en lugar de "tebanos". Esto provocó la ruptura y su nombre fue borrado de la estela.

Mientras que los atenienses licenciaban a su ejército, en virtud de las cláusulas de paz, y hacían volver a Ifícrates, los espartanos decidieron mantener a Cleómbroto y a sus tropas en Beocia. Éste fue a acampar en el territorio de Tespias, en Leuctra. Y aquí se llevó a cabo la célebre batalla en la que se consolidó el genio del tebano Epaminondas, que aplicó por primera vez la táctica de la "falange oblicua"¹⁹. El encuentro representó un verdadero desastre para los espartanos, que perdieron a 400 hombres de un total de 700. Y, aunque nadie fue consciente de ello en aquel instante, la derrota de Leuctra anunciaría el fin de las ambiciones hegemónicas de Esparta.

¹⁷ Sobre el papel de Calístrato en la política ateniense del momento, *infra*, pp. 30 ss.

¹⁸ Sobre la organización de la segunda Confederación ateniense, cf. *infra*, p. 31.

¹⁹ Sobre este cambio táctico, *infra*, p. 76.

CAPÍTULO II

RENACIMIENTO Y DECADENCIA DE LA HEGEMONÍA ATENIENSE²⁰

En el período de tiempo durante el que se afirmó, para desplomarse luego, la hegemonía espartana, Atenas había logrado recuperar un lugar preponderante en el Egeo y reconstruir una liga de ciudades aliadas: la "segunda Confederación marítima", que habría de subsistir durante medio siglo, después de haber salvado una grave crisis a comienzos de los años cincuenta. Pero las condiciones que rodearon la aparición de este nuevo imperialismo ya no eran las mismas que las del siglo anterior, y esta situación le proporcionaría, al menos al principio, una fisonomía sensiblemente diferente.

I.—CARACTERES Y DESARROLLO DEL IMPERIALISMO ATENIENSE HASTA MANTINEA²¹

A comienzos del siglo IV Atenas, desmantelada y privada de su flota, tuvo que renunciar a ejercer cualquier forma de hegemonía en el mar

²⁰ OBRAS DE CONSULTA.—Todas las historias de carácter general dedican largas explicaciones al resurgimiento del imperialismo ateniense en el siglo IV. A las obras más especializadas citadas en el tomo I, p. 157, n. 105, deben añadirse: F. H. Marshall, *The Second Athenian Confederacy*, Cambridge, 1905; P. Cloché, *La politique étrangère d'Athènes de 404 à 338 A. C.*, Paris, 1934; I. Calabi, *Ricerche sui rapporti tra le poleis*, Firenze, 1953; G. Ténékidés, *La notion juridique d'indépendance et la tradition hellénique. Autonomie et fédéralisme aux V^e-IV^e siècles av. J.-C.*, Athènes, 1954; S. Accame, *La lega ateniense del secolo IV A. C.*, Roma, 1941.

²¹ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general y de los títulos citados en n. 4, véase P. Cloché, *Notes sur la politique athénienne au début du IV^e siècle et pendant la guerre du Péloponnèse*, R.E.A., XLIII, 1941, pp. 16 ss. —Sobre las responsabilidades de los políticos en el renacimiento del imperialismo ateniense, cf. R. Seager, *Thrasybulus, Conon and Athenian Imperialism*, 396-386, *J. H. S.*, LXXXVII, 1967, pp. 95 ss.—El texto de la fundación de la segunda Confederación ateniense (IG II² 43 = TOD, II, 123 = *Staatsvertr.*, II, n.º 257) está traducido al francés en J. Pouilloux, *Choix d'inscriptions grecques*, Paris, 1960, pp. 100 ss. Sobre este mismo texto y sobre el conjunto de problemas que plantea la situación creada a los aliados: S. Accame, *La lega ateniense del secolo IV A. C.*, Roma, 1941; A. G. Woodhead, *IG II² 43 and Jason of Pherae*, *Am. Journ. of Arch.* LXI, 1957, pp.

Egeo. Lisandro había instalado guarniciones en todas las islas y ciudades aliadas, y parece ser que algunos clérucos tuvieron que regresar a Atenas. Otros permanecieron en su sitio, pero perdieron todo contacto con la ciudad.

Después de la restauración democrática, la autoridad política ateniense estaba en manos de los moderados, nada deseosos de comprometer la paz civil a cambio de una ambiciosa política exterior, para la que Atenas ya no disponía de medios. Pretendían cumplir concienzudamente con sus compromisos hacia Esparta. Ni siquiera es necesario prestar atención a las segundas intenciones que les atribuye Jenofonte cuando enviaron 300 caballeros para participar en la expedición de Tibrón a Asia²²: el historiador pretende, efectivamente, que los demócratas se deshicieron así de adversarios políticos, dado que tales jinetes fueron escogidos de entre aquellos que habían servido a las órdenes de los Treinta. En realidad, la Atenas del año 400 no tenía más remedio que satisfacer sus compromisos hacia Esparta.

No obstante, es indudable que había atenienses que soñaban con reconstruir el imperio y reconquistar la hegemonía marítima: si no manifestaban todavía su pensamiento de forma categórica, podemos admitir que hombres como Trasíbulo estaban dispuestos a reemprender la guerra, seguros del apoyo de una parte del *demos*. Otros, menos preocupados por la gloria y los beneficios inmediatos, no dejaban de comprender que, sin el Imperio, la democracia ateniense no era viable: el tesoro estaba vacío, lo que impedía a corto plazo cualquier actuación militar de envergadura, pero no había otra manera de volverlo a llenar sino a través de guerras fructíferas. La existencia de una corriente favorable a la reanudación de la guerra está atestiguada en el discurso que Jenofonte pone en boca de los delegados tebanos llegados a Atenas en 395²³ y por el voto favorable que emitió la Asamblea: atenienses y tebanos cerraron una alianza defensiva y un contingente ateniense fue enviado a Beocia. Se trataba, desde luego, de efectuar operaciones terrestres reducidas. El hecho decisivo que impulsaría el despertar del imperialismo ateniense fue la batalla de Cnido que enfrentó, en agosto del 394, a la flota lacedemonia con la de Farnabazo²⁴. En efecto, el triunfo se inclinó a favor de la escua-

367 ss.; Idem, Chabrias, Timotheus and the Aegean Allies, 375-373 B.C., *Phoenix* XVI, 1962, pp. 258 ss.; G. E. M. de Sainte-Croix, The Character of the Athenian Empire, *Hist.*, III, 1954/5, pp. 1 ss.; D. W. Bradeen, The Popularity of the Athenian Empire, *Hist.*, IX, 1960, pp. 257 ss.; sobre la evolución de la segunda Confederación, R. Sealey, IG II² 1609 and the Transformation of the Second Athenian Sea-League, *Phoenix*, XI, 1957, pp. 95 ss.; acerca de las premisas de la paz del 371, D. J. Mosley, The Athenian Embassy to Sparta in 371 B.C., *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, N.S., VIII, 1962, pp. 41 ss.; T. T. B. Ryder, Athenian Foreign Policy and the Peace-conference at Sparta in 371 B.C., *Cl. Q.*, N.S., XIII, 1963, pp. 237 ss.

²² *Supra*, p. 19.

²³ *Supra*, p. 21.

²⁴ *Supra*, p. 22.

dra que dirigía Conón, uno de los vencidos en Egospótamos, el cual, aureolado desde entonces con un nuevo prestigio y valiéndose de la amistad de los persas, pudo volver a su patria como vencedor. Conón había expulsado a los harmostas lacedemonios de las islas y ciudades de Asia Menor sin establecer en ellas nuevas guarniciones; se apoderó luego de Melos, desde donde lanzó ataques contra el territorio peloponeso; y por último había reunido una flota en Atenas y recogido dinero destinado a la reconstrucción de los Largos Muros (393). Esto representaba, más aún que la alianza con Tebas, una violación de los compromisos adquiridos en 403, ya que esos Largos Muros, cuya destrucción habría simbolizado, según Jenofonte, el comienzo de la libertad para los griegos, constituían realmente para los atenienses el signo mismo de su recuperada independencia. Sin embargo, no hay que dejarse engañar: esa satisfacción de amor propio no podía apartarles del deseo de restablecer su hegemonía en el Egeo. Cuando en el 392 los espartanos, inquietos por el desarrollo de la situación, enviaron a Antálcidas como delegado ante Tiribazo con la propuesta de acordar una paz general²⁵, tropezaron con la negativa de los atenienses, y ello pese a la promesa de permitirles reconstruir los Largos Muros. Según el orador Andócides, los atenienses adversarios de la paz habían esgrimido la idea de que no serían las murallas las que darían de comer a la población: pues Atenas pasaba en este momento por graves dificultades de avituallamiento y resultaba urgente para la ciudad volver a asentarse en el Helesponto. Ésta es la razón por la que cuando Trasíbulo en 389 tomó el mando de 40 barcos con la misión de prestar socorro a los demócratas rodios amenazados por los espartanos, se dirigió en primer lugar hacia el Helesponto²⁶ y estableció un diezmo sobre el Bósforo después de haber favorecido en Bizancio una revolución democrática—antes de apoderarse de Lesbos y entregarse a operaciones de saqueo en las costas de Asia Menor para poder pagar a sus tripulaciones: con ello se repetían los procedimientos empleados en los últimos años del siglo V, lo que suscitó ciertas preocupaciones en la propia Atenas, a donde se le ordenó regresar, así como a sus colegas—. Trasíbulo resultó muerto en una emboscada cerca de Aspendo (388) antes de haber podido alcanzar Atenas, pero el proceso abierto a uno de sus colegas, Ergocles, y su condena a muerte son indicios reveladores de las corrientes que dividían en ese momento la opinión de los atenienses: Trasíbulo y quienes, junto a él, habían contribuido a la restauración democrática continuaban sin duda aureolados de un cierto prestigio, y el adversario de Ergocles se alegra de que Trasíbulo haya muerto oportunamente para que no fuera necesario juzgarlo y condenarlo; pero una buena parte de la opinión pública se mostraba inquieta al ver reaparecer los procedimientos del siglo anterior y prefería renunciar a la hegemonía antes que pagarla a ese precio. El discurso contra Ergocles revela, sin embargo, que la oposición a la política de los

²⁵ *Supra*, p. 22.

²⁶ *Supra*, p. 23.

estrategos procedía, fundamentalmente, de individuos de condición acomodada a quienes abrumaba el peso de las trierarquías y de las *eisphorai*²⁷: vemos cómo se precisan ya las tendencias que no cesarán de dividir a la opinión ateniense durante el siglo IV.

Esta preocupación de algunos círculos atenienses explica que Atenas jurara la Paz del Rey en el 386²⁸: el reconocimiento de la posesión de Imbros, de Lemnos y de Esciro representaba una satisfacción de su amor propio que redundaba en una más fácil aceptación del compromiso solemne de respetar la autonomía de las ciudades —toda vez que, además de las tres islas con cleruquías, el Quersoneso, otra vieja posesión ateniense, había sido reconquistado por Ifícrates—. Era más útil suscribir la paz, con el objeto de conservar las posiciones adquiridas.

Ya hemos visto que hasta el año 379 los atenienses se mantuvieron fieles a lo pactado y se abstuvieron de cualquier intervención en el conflicto que enfrentaba a espartanos y beocios. Sin embargo, a los moderados que dirigían la ciudad desde el 403 les había sucedido un grupo de personas que, por tradición o por convencimiento, comprendían que la restauración de la hegemonía marítima de Atenas era el requisito de su independencia y de su equilibrio; al frente de las mismas se encontraban Timoteo, el hijo de Conón, y Calístrato de Afidna. Conón había sido el iniciador de la restauración naval de Atenas y su hijo estaba, naturalmente, bien dispuesto a reemprender esa política; sus intenciones se veían confirmadas, si es que había necesidad de ello, por el *Panegírico* que su maestro y amigo, el orador Isócrates, había publicado en el 380: en este discurso ficticio Isócrates justificaba la *arché* ejercida por Atenas, recogiendo algunas ideas desarrolladas por Tucídides, y proporcionaba al “partido” imperialista los argumentos susceptibles de captar a la mayor parte del pueblo. Por lo que se refiere a Calístrato, había estado implicado en la vida política ateniense como miembro del círculo de su tío Agirrio. Este último, que había instituido la indemnización por asistir a la asamblea (*misthos ekklesiastikos*), era mal visto por los moderados y parece que se había adherido al partido de Conón desde el regreso de este último. Al lado del sobrino de Agirrio y del hijo de Conón se encontraban los estrategos que habían contribuido, durante la guerra de Corinto²⁹, a los éxitos de los atenienses, Ifícrates y Cabrias.

Estas personas se aprovecharon del desconcierto que provocó el intento de golpe de mano de Esfodrias sobre el Pireo³⁰ para volver a crear en torno a Atenas una *synmachía*, cuyas normas quedaron fijadas mediante un decreto del 378/7: Atenas concluía con un cierto número de ciudades, cuya lista figuraba a continuación del decreto, una alianza, cuyo objetivo era constreñir a Esparta a “dejar a los griegos vivir en paz, gozando de

²⁷ Sobre la *eisphora*, véase *infra*, pp. 130 ss.

²⁸ *Supra*, p. 23.

²⁹ *Supra*, pp. 22 s.

³⁰ *Supra*, p. 25..

libertad e independencia". El texto conservado del pacto de constitución de la "segunda Confederación ateniense" revela muy bien las preocupaciones de los atenienses: no parecer que se oponen a la Paz del Rey, y por ello reafirman solamente su adhesión a esta paz; pero, al mismo tiempo, proclamar bien alto que, frente a las maniobras espartanas, los atenienses se proponían establecer una alianza defensiva con los demás griegos, aunque absteniéndose de restablecer la *arché* imperialista del siglo anterior. La mayor parte del texto aparece, en efecto, como un compromiso por parte de los atenienses de respetar la autonomía y la libertad de las ciudades aliadas, de no instalar guarniciones en sus territorios, de no intervenir en sus asuntos interiores, de no exigir de ellas ningún tributo (sin embargo las ciudades fueron invitadas a pagar "contribuciones" o *syntaxeis...*)³¹, de no adquirir, en fin, bienes privados en los territorios de las ciudades aliadas, fuera cual fuese el procedimiento, pues se habían previsto muy graves sanciones contra aquellos que infringiesen la ley. En el seno de la nueva Confederación la soberanía correspondía a un consejo, el *syne-drion* de los aliados, en el que los atenienses no estaban representados, y que debía ser consultado para todas las decisiones comunes. Posteriormente analizaremos³² el funcionamiento de las instituciones federales con respecto a las instituciones atenienses. Baste decir aquí que, no obstante el peso indiscutible otorgado a Atenas dentro de la Confederación, las disposiciones incluidas en el pacto de 378/7 y los comportamientos que se desprenden de los documentos de los años sucesivos demuestran que los atenienses estuvieron resueltos, por lo menos durante los primeros años de su restaurada hegemonía, a respetar realmente la libertad de las ciudades aliadas.

Se comprende así que, frente a la cada vez más gravosa hegemonía de Esparta, la Confederación ateniense experimentara en principio un gran crecimiento en sus filas: las ciudades aqueas, las del litoral tracio, y Perinto, en la Propóntida, se adhirieron sucesivamente a la alianza. En el 375/4 llegó el turno de Corcira, como resultado de la campaña de Timoteo en el Adriático³³.

La paz del 371, y luego la derrota espartana de Leuctra³⁴, habrían de tener importantes consecuencias para la evolución de la segunda Confederación marítima. El enemigo común, Esparta, se hallaba efectivamente muy debilitado, confinado en el Peloponeso por las continuas incursiones tebanas; de este modo, la necesidad de la alianza podía parecer menos evidente a algunos de los aliados, en particular a los estados insulares, a quienes la expansión continental tebana resultaba indiferente. La rebelión

³¹ El aborrecido recuerdo del *phoros* del siglo V impuso, evidentemente, el abandono de este término. Pero se evitó asimismo el establecimiento de una tasa autoritaria, por lo menos al principio. Estamos mal informados, por desgracia, sobre el procedimiento de las *syntaxeis*.

³² *Infra*, p. 160.

³³ *Supra*, p. 25.

³⁴ *Supra*, p. 26.

de la pequeña isla de Ceos en el 365 es significativa al respecto, como lo es el decreto dictado después de su derrota³⁵: los ciudadanos de Ceos quedaban en lo sucesivo obligados a dejarse juzgar ante los tribunales de Atenas en todas las causas superiores a 100 dracmas. Lo que representa un indicio, entre otros, de que los atenienses volvían a emplear los métodos aplicados en el siglo anterior. La recaudación de las *syntaxeis*, confiada a la arbitrariedad de los estrategos, venía a generar usos cada vez más brutales, que recordaban el tributo del siglo V y que eran denunciados en Atenas por los adversarios del imperialismo. Y la instalación por Timoteo de una cleruquía en Samos en el año 366, luego de otras en el Quersoneso, en Sesto y en Crizota, y por último, en el 363/2, en Perinto, refutaba de manera atroz los compromisos adquiridos en el 378/7. Para mantener sus posiciones en el Egeo, para proteger la ruta del Ponto Euxino, Atenas se convertía otra vez en la potencia imperialista que ya fue en época de Pericles.

Se entiende bien que tales modos hicieran crecer el descontento de los aliados: sin embargo, si exceptuamos unas pocas rebeliones aisladas (Paros en el 373; Ceos en el 365), la hegemonía ateniense no sufrió ninguna amenaza seria antes del año 357. Esto se debe, entre otras razones, al hecho de que una parte de las fuerzas de la Confederación se encontraba sujeta en el continente para oponerse a las acciones de los tebanos.

II.—LOS AVANCES DE TEBAS EN LA GRECIA DEL NORTE Y EN EL PELOPONESO HASTA LA BATALLA DE MANTINEA³⁶

Ya hemos visto anteriormente cómo, en el 379, el partido hostil a Esparta había triunfado en Tebas. La primera consecuencia de esta "revolución" había sido el acercamiento entre atenienses y tebanos, mientras que en el interior de Beocia se afianzaba el poderío de Tebas. No sabemos exactamente cuándo y sobre qué bases se reconstruyó la Confederación beocia; pero las pretensiones de Tebas en el 371 implican que, en esas fechas, ya se había producido³⁷.

En cualquier caso, fueron los tebanos quienes desencadenaron la ofensiva contra Esparta. Se trataba, en principio, de librar a Beocia de las guarniciones espartanas, y de ir luego a atacar a Esparta en su propia zona

³⁵ IG II² 111=Syll³. 173=TOD II, 142=Staatsvertr. II, n.º 289.

³⁶ OBRAS DE CONSULTA.—P. Cloché, *Thèbes de Béotie des origines à la conquête romaine*, Paris-Namur, 1952 (muy general); G. M. Bersanetti, *Pelopida, Ath.*, XXVII, 1949, pp. 43 ss.; F. Carrata Thomes, *Egemonia beotica e potenza marittima nella politica di Epaminonda*, Torino, 1952; M. Fortina, *Epaminonda*, Torino, 1958; J. Wiseman, *Epaminondas and the Theban invasions*, *Klio*, II, 1969, pp. 177 ss.; H. Beister, *Untersuchungen zu der Zeit der thebanischen Hegemonie*, Diss. München, Bonn, 1971; J. ROY, *Arcadia and Boeotia in Peloponnesian affairs, 370-362 B.C.*, *Hist.*, XX, 1971, pp. 569 ss.; G. L. Cawkwell, *Epaminondas and Thebes*, *Cl. Q.*, N.S., XXII, 1972, pp. 254 ss.

³⁷ Sobre la confederación beocia, cf. *infra*, p. 162.

de influencia dentro del Peloponeso. Hemos visto cómo se cumplió la primera parte de este programa: la victoria de Epaminondas en Leuctra en el 371 remataba la liberación del territorio beocio y aseguraba la preponderancia tebana en Grecia central. La alianza con Jasón, tirano de Feras y jefe de la liga tesalia, fue uno de los factores no menos decisivos de aquel éxito.

La segunda parte del programa sería emprendida a partir del invierno del 371/0. Aprovechando la paz general que nuevamente había proclamado la autonomía de las ciudades³⁸, los mantineos habían reedificado sus murallas y más tarde habían acudido en ayuda de aquellas personas que, en Tegea, deseaban reconstruir la Confederación arcadia sobre una estructura democrática. Como tegeatas y mantineos, unidos, habían expulsado de Tegea a los partidarios de Esparta, estos últimos consiguieron que los espartanos enviasen a Agesilao a Arcadia. El rey lacedemonio pretendía apoyarse en las ciudades arcadias que, como Orcómeno, se negaban a reconocer la hegemonía de Mantinea, y en los desterrados de otras ciudades. Por más que Jenofonte se esfuerce en justificar los titubeos de Agesilao (que permitieron a los arcadios esperar los refuerzos de los tebanos), no cabe duda de que la situación en el Peloponeso era difícil para Esparta. Los disturbios internos en las ciudades alcanzan ahora su paroxismo, y basta leer el tratado que publicaría, algunos años más tarde, Eneas Táctico, estratego de la liga arcadia, para vislumbrar cuál era la atmósfera política de las ciudades arcadias en este momento. Agesilao debía conducirse, pues, con prudencia, so pena de sufrir un grave revés, y ésta es también la idea que permite extraer Jenofonte cuando escribe que el rey estaba "deseando hacer regresar a sus hoplitas antes de que ni siquiera hubiesen alcanzado a ver las fogatas del enemigo, para que no pudiera decirse que esa retirada constituía una fuga" (*Hell.*, VI, 5, 21). El camino del Peloponeso estaba desde entonces abierto para los tebanos, que llegaron a Arcadia poco después de la marcha de Agesilao. Ante ellos se abrían dos alternativas: bien volver sobre sus pasos, puesto que en lo sucesivo las ciudades arcadias ya no tenían nada que temer de Esparta; bien, por el contrario, según les indicaban sus aliados, atacar Laconia. Esta operación podía estar sembrada de peligros, pues Laconia se hallaba bien defendida, aunque cabía esperar que surgieran defecciones en su interior. Esto es, al menos, lo que cuenta Jenofonte, a quien, en este caso, podemos tributar confianza: un grupo de periecos habría venido al encuentro de los jefes tebanos para ponerles al corriente del estado de ánimo que reinaba en su ciudad, en donde los hombres llamados a filas por los espartanos se disponían a desertar. Claro indicio de la gravedad de la situación y que explica, mejor que las propias operaciones militares, la rápida decadencia del poderío espartano. El hecho de que Esparta se decidiera ahora por armar a los hilotas, aun evaluando la trascendencia de tal medida, resulta también revelador. Es cierto que Jenofonte afirma acto

³⁸ *Supra*, p. 26.

seguido que cuando los tebanos acamparon con sus aliados delante de Esparta y comenzaron a devastar Laconia, se les unieron sólo unos cuantos contingentes de periecos: la noticia no deja de ser, por ello, menos significativa.

De cualquier modo, los tebanos invadieron Laconia y, ante la desesperada situación, los espartanos, apoyados por sus aliados de Corinto y de Fliunte, enviaron una delegación a Atenas para reclamar su ayuda. Jenofonte nos ha legado un relato de la sesión de la *Ekklesia* en la que espartanos, corintios y fliuntinos expusieron los argumentos indicados para convencer a los atenienses. En efecto, éstos se hallaban divididos respecto a la política a seguir y el recuerdo de la hostilidad espartana estaba todavía demasiado cerca como para que en la súbita amistad testimoniada hacia Atenas pudiera verse otro objeto sino una maniobra de circunstancias: "esto es lo que actualmente dicen, pero cuando sus asuntos marchaban con buen pie nos hacían la guerra". Aquí se refleja, brevemente resumido por Jerofonte, lo que pensaba la mayor parte de los atenienses. Se adoptó, con todo, la decisión de apoyar a Esparta, pero distó mucho de ser unánime. Jenofonte precisa que se impidió a los adversarios de la misma expresar su opinión, y un discurso forense del corpus demosténico, el *Contra Neera*, alude a la presión que Calístrato ejerció sobre la asamblea y a los ataques de que fueron víctimas quienes trataron de oponerse a la alianza. El ejército ateniense que fue mandado hacia el Penoponeso a las órdenes de Ifícrates alcanzó su destino cuando ya había empezado el invierno y todo el mundo estaba pensando en regesar a casa, e Ifícrates no parece que hiciera grandes esfuerzos para impedir al ejército tebano volver a Beocia. Al año siguiente, después de ser renovada la alianza entre Atenas y Esparta, los atenienses enviaron de nuevo un contingente. Las principales operaciones se efectuaron en las inmediaciones de Corinto y en la región del Istmo. Como habían hecho el año anterior, los tebanos volvieron a marcharse, no sin haber soportado antes algunos contratiempos creados por un ejército que fue enviado por Dionisio de Siracusa, cuya ayuda habían solicitado los espartanos. Fue entonces cuando, al comenzar a extenderse el desacuerdo entre los aliados, los arcadios (que parecían no seguir dispuestos a resignarse con el papel de ser los segundos de los tebanos) se dejaron derrotar por los espartanos —lo cual tuvo como consecuencia inducir a los tebanos a desear una negociación, cuyo árbitro sería, una vez más, el Gran Rey.— Las negociaciones de Susa, en las que participaron durante el año 367 representantes de Tebas (Pelópidas), de Esparta y de Atenas, culminaron en la redacción de un rescripto real totalmente orientado en la dirección marcada por las exigencias de los tebanos. Al año siguiente los delegados de las ciudades se reunieron en Tebas, en donde fueron conminados a someterse a este rescripto, pero la mayoría de ellos se negó a doblegarse a las exigencias tebanas y la guerra prosiguió. De hecho, antes ya de finalizar las negociaciones Epaminondas había invadido, al frente de un ejército tebano, Acaya: como no confiaba ya en los arcadios, tenía interés en amenazarlos directamente. Por desgracia, el relato de Jenofonte sólo puede seguirse, en este punto,

con grandes dificultades, y la cronología es confusa: parece, sin embargo, que la parte principal de las operaciones llegó a efectuarse en torno a Fliunte, la única ciudad que se había mantenido fiel a Esparta y que recibió la ayuda del estratega ateniense Cares.

Pero la presencia tebana en el Peloponeso fomentaba nuevas defeciones entre los miembros del partido espartano: en el 365 los corintios cerraron un acuerdo de paz con los tebanos, si bien primero había avisado a los espartiatas. Pero las condiciones de los tebanos en el Peloponeso no eran menos delicadas. Sus aliados arcadios, que mantenían un conflicto con los eleos por el santuario de Olimpia, les causaban más molestias que beneficios. Y cuando los arcadios, dueños y señores del santuario, se enfrentaron entre sí discutiendo el problema de si debían o no utilizar las riquezas que Olimpia albergaba, los tebanos actuaron contra sus antiguos aliados. El harmosta tebano que mandaba la guarnición tebana de Tegea detuvo por sorpresa a un grupo de dirigentes de la liga arcadia, en el que predominaban los mantineos: este hecho significó la ruptura, y Tebas envió a Epaminondas al Peloponeso. Después de la muerte de Pelópidas, Epaminondas se había convertido en el jefe indiscutible de Tebas. En el 364 había hecho aprobar la resolución de emprender una expedición por el Egeo, cuyo objetivo reconocido consistía en apartar de Atenas a una parte de sus aliados. Sin embargo, la operación no había alcanzado resultados muy satisfactorios y, pese a la probable desertión de Bizancio y la de la pequeña isla de Ceos³⁹ (desertión que con seguridad se produjo, pero fue velozmente reprimida), el abastecimiento de Atenas no había estado comprometido. Las campañas de Timoteo en el Helesponto y en el norte del Egeo se habían visto coronadas con éxito y, aunque el imperio estaba aquejado de temblores, no es menos cierto que seguía proporcionando a Atenas los recursos necesarios para la contienda. En Tebas la actuación de Epaminondas no había suscitado grandes beneplácitos y es probable que no fuera reelegido en el año 363. Pero la ruptura con los arcadios hacía que su presencia en el Peloponeso fuera tanto más indispensable cuanto que los arcadios reclamaban la ayuda de Atenas y de Esparta.

Cabría admirarse por este súbito cambio. En realidad, los arcadios habían conquistado su independencia contra la voluntad de Esparta, expulsando de las ciudades a los partidarios de aquella, los cuales eran al mismo tiempo las personas más ricas y notables, y Tebas había aparecido entonces, frente a Esparta, como el baluarte de los demócratas; pero, en el curso de los últimos años, mientras que Esparta se mostraba cada vez menos temible, la presencia de los tebanos constituía una carga cada día más pesada y Atenas, cuya presencia hasta ese momento había sido simplemente episódica, aparecía, de forma absolutamente natural, como un aliado de excepción. No deberíamos, desde luego, esquematizar tales cambios de actitud, que los arcadios no fueron los únicos en efectuar, y

³⁹ *Supra*, p. 31.

hay bastantes manejos que siguen estando oscuros para nosotros. Pero se tiene la impresión de asistir a un momento crucial de la historia de las relaciones entre ciudades, acerca de las cuales no pueden darnos completa información unas simples coaliciones pasajeras entre intereses individuales.

Epaminondas, al frente de una serie de contingentes beocios, tesalios y eubeos, atravesó el Istmo y vino a situar sus acuartelamientos en Tegea, en donde el partido tebano conservaba todavía su poder, mientras que las fuerzas enemigas se agruparon en Mantinea. Después de haber intentado infructuosamente apoderarse de Esparta, el jefe tebano decidió atacar a sus adversarios: se produjo la célebre batalla de Mantinea (comienzos de julio del 362), en la que Epaminondas volvió a hacer gala de sus cualidades de gran estratega innovador⁴⁰. Jenofonte, que en el libro VII de las *Helénicas* no disimula su hostilidad hacia Tebas, no resiste sin embargo al encanto de describir una batalla, cuya incomparable ejecución levanta su admiración. Y aunque Epaminondas no arrancó la decisión más que para encontrar la muerte en el combate, sus soldados no supieron aprovecharse de su victoria y Jenofonte concluye: "la divinidad hizo tan bien las cosas que cada uno de los dos contendientes erigió un trofeo, como si hubiera salido victorioso, sin que ninguno de ellos impidiera al otro levantarlo; cada uno devolvió los muertos por medio de un convenio, como si hubiera obtenido la victoria, y cada uno los recibió por medio de convenio, como si hubiera sufrido una derrota; pese a la victoria que cada uno pretendía haber logrado, ninguno de los dos fue ostensiblemente más rico ni en ciudades, ni en territorios ni en poderío que antes de la batalla; y la incertidumbre y la confusión fueron mayores en toda Grecia después que antes de la batalla" (*Hell.*, VII, 5, 26-27). Algunos años más tarde Isócrates dirá de las ciudades griegas que la miseria las había colocado a todas en un mismo nivel. En realidad, aunque los tebanos ya no iban a efectuar más incursiones en el Peloponeso después de Mantinea, su última expedición no dejaba por ello de sancionar la irremediable derrota de Esparta: en el 361 un tratado de paz, al que Esparta rehusó adherirse, reconoció la independencia de Mesenia. Este paso representaba no sólo el desmoronamiento de la liga peloponesia, sino que suponía, para Esparta, la pérdida de un territorio que le pertenecía desde hacía dos siglos y medio y el renacimiento junto a sus fronteras de un estado mesenio, cuya hostilidad no hacía sino prolongar el irredentismo de la época de la servidumbre.

En cuanto a Tebas, segura de su hegemonía en Grecia central y septentrional, dueña de las decisiones de la Confederación beocia, aún desempeñaría durante varios años la función de árbitro en los asuntos griegos —y facilitaría la penetración en Grecia de Filippo de Macedonia, bajo cuyos embates acabaría sucumbiendo un día—.

⁴⁰ *Infra*, p. 76.

III.—LA GUERRA DE LOS ALIADOS Y LA RUINA DEL IMPERIALISMO ATENIENSE⁴¹

Ya hemos visto cómo la segunda Confederación ateniense, a despecho de los compromisos adquiridos, había vuelto insensiblemente a emplear los hábitos del siglo v. La expedición de Epaminondas por el mar Egeo, si no alcanzó el éxito previsto, al menos había revelado la fragilidad de la hegemonía ateniense. Sin embargo, los atenienses no pensaban, aparentemente, modelar sus exigencias: la desertión de Ceos había sido reprimida duramente, los adversarios de Atenas habían sido desterrados, comisarios atenienses habían sido encargados de cobrar, recurriendo a cualquier medio, los atrasos en las contribuciones fijadas, y, por último, la desorbitada competencia de los tribunales atenienses se había visto reafirmada.

Lo cual no quiere decir que en el ámbito ateniense no sean perceptibles ciertas tensiones y que la política marítima no sea, seguramente, la causa de las mismas. El síntoma más preciso de tales tirantezas fue la caída del hombre que había dominado la vida política ateniense desde hacía casi veinte años, Calístrato. Obligado a exiliarse poco antes de la conclusión de la paz del 361, fue luego condenado a muerte en contumacia. No se distinguen con claridad ni los móviles de la caída de Calístrato ni quiénes fueron los promotores. Es probable que debamos ver aquí el resultado de rivalidades personales (Timoteo) y entre grupos políticos; máxime cuando, como veremos a continuación, el juego político

⁴¹ OBRAS DE CONSULTA.—El período que se inicia con la guerra de los Aliados coincide, poco más o menos, con la entrada de Demóstenes en la escena política, y el conjunto de sus discursos constituye nuestra principal fuente. Sobre Demóstenes se han emitido los más diversos juicios; más adelante volveremos sobre este punto. Señalamos ahora los títulos más importantes dentro de una bibliografía considerable: A. SCHÄFER, *Demosthenes und seine Zeit*, Leipzig, 1885 (reimpresión, 1966); E. DRERUP, *Aus einer Advokatenrepublik. Demosthenes und seine Zeit* (Studien zur Geschichte und Kultur des Altertums, VIII, 3-4), Paderborn, 1916 (reimpresión, 1967); A. W. Pickard-Cambridge, *Demosthenes and the Last Days of Greek Freedom*, Londres, 1914; P. Treves, *Demostene e la libertà greca*, Bari, 1933; P. Cloché, *Démosthène et la fin de la démocratie athénienne*, Paris, 1957.

Sobre las condiciones de la vida política ateniense, además de las obras citadas *supra*, nota 21, es útil leer el artículo de R. Sealey, Callistratos of Aphidna and his contemporaries, *Hist.*, V, 1956, pp. 178-203 (vuelto a publicar en *Essays in Greek Politics*, New York, 1966, pp. 133-163). Sealey se opone, con mucha razón, a la actitud que consiste en trasladar a la realidad ateniense algunos conceptos modernos, como el de "partido" (cf. en particular P. Cloché, *R.E.A.*, XXV, 1923, pp. 5-32). Pero Sealey incurre en el exceso opuesto cuando pretende reducir todos los conflictos políticos a simples problemas entre personas. Sobre las condiciones de la vida política en Atenas, cf. asimismo S. Perlman, *The Politicians in the Athenian Democracy of the Fourth Century B.C.*, *Ath.*, XLI, 1963, pp. 327-355; *Political Leadership in Athens in the Fourth Century B.C.*, *P. d. P.*, XXII, 1967, pp. 161-176.

Sobre la "guerra de los Aliados", además de las obras citadas *supra*, nota 20, véase G. L. Cawkwell, *Notes on the Social War*, *Classica & Mediaevalia*, XXIII, 1962, pp. 34-49; R. Sealey, *Athens after the Social War*, *J.H.S.*, LXXV, 1955, pp. 74-81 (= *Essays in Greek Politics*, pp. 164-182).

escapa cada vez más al control de las instituciones democráticas para reducir a una cuestión que interesa sólo a algunos profesionales de la política. No es menos verosímil que en ello debiéramos ver también divergencias sobre la política exterior de Atenas. Se puede suponer, en efecto, que algunas personas, molestas por las pesadas cargas fiscales anejas a una política imperialista, cuyo fracaso presentían, comenzaban a reagruparse para tratar de imponer una nueva orientación a la ciudad. Pero estos individuos no podían exigir que se renunciara de un día para otro a las campañas navales en el Helesponto, campañas que garantizaban el aprovisionamiento de Atenas: su única forma de actuar consistía, de nuevo, en someter a juicio a los políticos y estrategos cuyos lazos con los ambientes "imperialistas" eran más patentes⁴².

De hecho, la caída de Calístrato y de su grupo concedió en principio un aumento de influencia a los partidarios de una política marítima enérgica, es decir, a Timoteo y a sus amistades (lo que no basta para hacer de ellos los únicos artífices de la caída de Calístrato); los años siguientes están marcados por un endurecimiento ateniense en el Egeo: fueron enviados nuevos grupos de clerucos a Samos y a Potidea y Timoteo se esforzó por segunda vez, aunque en vano, en apoderarse de Anfípolis, mientras que los estrategos atenienses intrigaban en Macedonia aprovechando la muerte del rey Perdicas. En Tracia las dificultades se acumulaban. El rey Cotis, tradicional aliado de Atenas, se convertía a diario en una amenaza más palpable: se apoderó de Sesto en el 360 y ponía en peligro a Crizota y Elayunte, últimos puestos atenienses en el Quersoneso. Pero al caer Cotis asesinado, su reino fue dividido entre sus hijos Perisade, Amadoco y Quersobleptes. Este último, que había recibido la parte oriental del territorio y que había estado situado más o menos tiempo bajo la férula de un aventurero eubeo, Caridemo de Oreo, era el más peligroso para Atenas. Para luchar contra él, los atenienses se unieron con sus hermanos, pero éstos no contribuyeron para nada a la reconquista del Quersoneso. Si la situación de Atenas en el Egeo no era, por tanto, catastrófica, no dejaba de ser enormemente delicada, pues el equilibrio podía romperse en cualquier instante, poniendo así en peligro el aprovisionamiento de la ciudad, y los estrategos se veían obligados a despojar a los aliados para hacer frente a sus obligaciones.

No obstante, la situación pareció que mejoraba a finales del 358 y comienzos del 357. El Gran Rey acababa de morir y los sátrapas de Frigia y de Jonia eran hostiles a su sucesor, Artajerjes III Oco. En Eubea, las

⁴² ¿Se produjo, en este momento, una amenaza de subversión en Atenas? El texto de un tratado de alianza cerrado a finales del 362 o comienzos del 361 entre atenienses, arcadios, aqueos, eleos y flintinos podría sugerírnoslo (*Syll.*, 181=TOD, II, 144=*Staatsverr.*, II, 290), pues incluye una cláusula en virtud de la cual los aliados se comprometían a defender la democracia ateniense contra cualquier intento de tiranía o de oligarquía. Es cierto que podría tratarse tan sólo de una cláusula de reciprocidad, puesto que los atenienses adquirirían el mismo compromiso frente a sus aliados peloponesios, cuya estabilidad política era, a su vez, muy precaria.

ciudades expulsaban a los partidarios de Tebas y establecían alianzas con Atenas. El estratega ateniense Cares, que había contribuido no poco a este cambio de política, partió de Eubea hacia el Quersoneso, en donde consiguió que las ciudades de la península entraran de nuevo, a excepción de Cardia, en la alianza ateniense. Finalmente se concluyó un acuerdo con Filipo, rey de Macedonia desde 359, quien se comprometía a devolver Anfípolis a los atenienses⁴³. Pero fue entonces, a comienzos del verano del 357, cuando Quíos, Rodas y Cos se separaron de la alianza ateniense con la ayuda de Bizancio y del sátrapa de Caria, Mausolo, desencadenando lo que se ha dado en llamar la "Guerra de los Aliados". Las operaciones comenzaron cerca de Quíos, hacia donde había acudido de inmediato una escuadra ateniense dirigida por Cares. Pero, después de un fracaso naval en el que Cabrias encontró la muerte, Cares puso rumbo a los estrechos para atacar Bizancio, ciudad con la que Perinto y Selembría habían hecho causa común durante la rebelión. La coalición se hacía, por tanto, más amplia, y Quersobleptes, cambiando de opinión respecto a los compromisos adquiridos el año anterior, se negaba a devolver el Quersoneso, mientras que Filipo, aunque se había apoderado de Pidna, no respetaba sus promesas sobre Anfípolis. A comienzos del 356 los coligados atacaban las cleruquías atenienses de Lemnos, Imbros y Samos. Para hacer frente al peligro una flota de 120 navíos, capitaneada por Ifícrates, Timoteo y Cares, intentó decidir la situación ante las costas de Quíos. Pero la discordancia entre los estrategos hizo que Cares actuara solo y fuera vencido en Embata (otoño del 356). Ante la crítica posición de Atenas, Cares trató todavía de corregir las cosas con la ayuda del sátrapa rebelde Artabazo, pero la amenaza de una intervención de la flota fenicia obligó a los atenienses a firmar la paz: en el verano del año 355 los aliados sublevados veían reconocida su independencia.

Entre tanto, contra Timoteo e Ifícrates, responsables de la derrota, se llevó a cabo un proceso, cuyo resultado fue alejar del teatro político a los hombres del partido "imperialista": Timoteo, que recibió una condena, tomó el camino del exilio; Ifícrates fue absuelto, pero pasó a un segundo plano en los años venideros. Las personas que habían alentado la paz eran aquellos mismos que, desde la caída de Calístrato, proyectaban infundir una nueva orientación a la política ateniense, y no hay por qué poner en duda que representaban principalmente a los ricos, cansados de soportar todo el peso de una serie de guerras ruinosas. En el 357 se había aprobado una ley que instituía las *simmorías* trierárquicas, cuyo principal objetivo consistía, a un tiempo, en aumentar el número de quienes deberían contribuir al mantenimiento de la flota y disminuir, con ello, la parte correspondiente a cada uno⁴⁴. Esta ley favorecía, en particular, a los más

⁴³ *Infra*, p. 43.

⁴⁴ Fue esta ley, seguramente, la que permitió armar la flota encargada de combatir a los aliados que se habían sublevado en el 356.

ricos, cuyo líder, Éubulo, fue encargado del *theorikon*⁴⁵ en el 356, y ese puesto había de permitirle dominar el escenario de la ciudad durante varios años. Los hombres del partido “pacifista” tendrían que liquidar una situación difícil. Atenas no sólo perdía posiciones vitales en el norte del Egeo, sino que además comenzaba a comprobar cómo se perfilaba claramente la amenaza que no dejaría de crecer en los años siguientes: la que representaba el joven rey de Macedonia, Filipo II.

⁴⁵ La caja del *theorikon* (o de los *theorika*) debe su nombre, efectivamente, al hecho de que sus fondos servían para pagar la asistencia de los necesitados al teatro, pero sus orígenes, que a menudo se han hecho remontar hasta Pericles, son realmente muy oscuros y la verdad es que no aparece en nuestra documentación con anterioridad a las fechas en que Éubulo estuvo encargado de su administración: en esa época le fueron asignados los excedentes anuales de las finanzas atenienses. Luego veremos (*infra*, p. 55) que Demóstenes logrará, cuando se produce la crisis definitiva con Filipo, que esos mismo excedentes sean adscritos a la caja de los *stratiotika*.

CAPÍTULO III

FILIPO Y EL FIN DE LA INDEPENDENCIA DE LAS CIUDADES GRIEGAS

El período comprendido entre los años 359 y 338 es uno de los mejor conocidos de la historia del mundo griego, gracias a la colección de los discursos escritos por uno de los más destacados actores de los acontecimientos, Demóstenes. Bien es verdad que se trata de un testigo parcial, cuyas informaciones deben ser contrastadas por otros medios: a través de las inscripciones, de la versión de Diodoro de Sicilia y, por supuesto, de los tres grandes discursos de su adversario, Esquines. Pero éste, al igual que Demóstenes, procede a menudo por alusiones y no es siempre fácil seguir el desarrollo de las operaciones militares o fechar de forma precisa las negociaciones. Por otra parte, constituiría un error reducir todo el problema (como querrán hacernos creer los discursos de Demóstenes) a un simple duelo entre Filipo y Atenas. Hay que procurar, pues, antes de acometer cualquier análisis, definir los intereses en juego, requisito que primero exige un estudio del protagonista principal, Filipo II, rey de los macedonios.

I.—MACEDONIA A LA LLEGADA DE FILIPO⁴⁶

El reino de Macedonia era uno de esos estados, situados en las márgenes del mundo helénico, que participaban parcialmente de su civili-

⁴⁶ OBRAS DE CONSULTA.—La bibliografía sobre Macedonia es considerable. Nos limitaremos a mencionar los títulos más importantes:

S. Casson, *Macedonia, Thrace and Illyria*, Oxford, 1906; F. Geyer, *Makedonien bis zur Thronbesteigung Philipps II.* (Historische Zeitschrift, Beiheft 19), München-Berlin, 1930; R. Paribeni, *La Macedonia sino ad Alessandro Magno*, Milano, 1947; J. N. Kalleris, *Les Anciens Macédoniens*, Atenas, 1954; P. Cloché, *Histoire de la Macédoine jusqu'à l'avènement d'Alexandre le Grand*, Paris, 1960; C. F. Edson, *Early Macedonia*, en B. Laourdasy Ch. Makaronas (ed.), *Ancient Macedonia*, Tesalónica, 1970, pp. 17-44; N. G. L. Hammond, *A history of Macedonia, Vol. I. Historical geography and prehistory*, Oxford, 1972; N. G. L. Hammond y G. T. Griffith, *A history of Macedonia, Vol. II. 550-336 B.C.*,

zación sin estar realmente integrados en ella. La diferencia fundamental entre aquellos estados y el mundo de las ciudades griegas residía en el hecho de que los primeros habían conservado un sistema monárquico y una organización militar aristocrática parecidas, sin duda, a las del mundo griego anterior al nacimiento y desarrollo de la *polis*. Esta diferencia de orden político era más importante a ojos de los griegos que las diferencias étnicas o lingüísticas, sobre todo en el caso de Macedonia, cuya población poseía un origen muy variado, pero con un indudable componente griego, y cuya lengua estaba próxima al griego. Por otra parte, la aristocracia militar que reinaba sobre una población rural más o menos dependiente era, si no griega, sí, al menos, un grupo intensamente helenizado. Los dioses que veneraba eran griegos, y la familia real de los Argeadas, que ejercía su autoridad de forma directa sobre una parte del país y, más indirectamente, sobre la alta Macedonia interior, se tenía por descendiente de Heracles y originaria de Argos. Por esa razón, los reyes habían obtenido la autorización, como muy tarde a comienzos del siglo V, para participar en los Juegos Olímpicos a título personal.

Los monarcas de Macedonia se integraron muy pronto en los asuntos del mundo griego dada la propia situación geográfica del país, así como por el establecimiento de ciudades griegas en el litoral traco-macedonio. A partir de las guerras Médicas las relaciones se habían mantenido, principalmente, con Atenas, que había conseguido el dominio del norte del Egeo. Pero éstas no siempre fueron pacíficas, y uno de los objetos de inculpación presentados contra Cimón con ocasión de su ostracismo estuvo basado en sus tratos con el rey Alejandro I de Macedonia. Sin embargo, a medida que se afianzaba la hegemonía de Atenas, quedaron establecidos intercambios regulares con un país que poseía abundantes bosques, cuya madera era indispensable para la construcción de naves⁴⁷.

El establecimiento de tales relaciones, la acuñación de las primeras monedas por parte de los reyes macedónicos inmediatamente después de las guerras Médicas, no habían dejado de provocar modificaciones en la estructura social del país. Comenzó a crecer una serie de ciudades que no eran *poleis* en el sentido propio del término, aunque tendían a convertirse en ello. Pero el signo más notable de estas transformaciones sociales fue la aparición, en los primeros decenios del siglo IV, de una infantería pesada formada por hoplitas, que tendía a sustituir en importancia a la tra-

Oxford, 1979; N. G. L. Hammond y F. W. Walbank, *A history of Macedonia*, Vol. III. 336-167 B.C., Oxford, 1988.

Sobre las instituciones macedonias, F. Granier, *Die Makedonische Heeresversammlung* (Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte, Heft 13), München, 1931 (este libro de Granier, que durante mucho tiempo sentó autoridad, ha sido recientemente criticado por P. Briant, *Antigone le Borgne*, París, 1973, pp. 235 ss.); F. Hampl, *Der König der Makedonen*, Diss., Weida, 1934; A. Momigliano, *Re e popolo in Macedonia prima di Alessandro*, *Ath.*, XIII, 1935, pp. 3-21; A. Aymard, *Sur l'Assemblée macédonienne*, *R.E.A.*, LII, 1950, pp. 115-137 (= *Etudes d'Histoire ancienne*, pp. 143-163).

⁴⁷ Cf. el volumen anterior, pp. 597 ss.

dicional caballería aristocrática. No sabemos a qué rey macedónico puede atribuirse esta innovación, que debía responder a necesidades internas. Se piensa en Arquelao, coetáneo de los últimos años de la guerra del Peloponeso, pero su reinado, que acaba en el 394, fue sucedido por un período de disturbios durante el cual Macedonia fue invadida por los ilirios y solamente en el reinado de Alejandro II (369-368) aparece ya configurado el ejército de los *pezetairoi*⁴⁸. Alejandro, que murió asesinado, tuvo por sucesor a su hermano Perdiccas (368-359), el cual debió hacer frente a otros pretendientes al trono, entre ellos a un tal Argeo, apoyado por los atenienses. Éstos se hallaban atentos para volver a apoderarse de Anfípolis y oponerse a los avances de la liga calcídica⁴⁹. Perdiccas intentó resistir a las acciones de Timoteo uniéndose a la liga calcídica, pero no pudo frenar una nueva invasión iliria y pereció en el combate junto con 4.000 macedonios.

Como su hijo Amintas era todavía un niño, la asamblea del ejército, que parece desempeñar por primera vez un papel político, designó como regente a un hermano de Perdiccas, Filipo, que a la sazón contaba 22 años. Tiempo atrás, siendo un adolescente, había sido enviado como rehén a Tebas; la ciudad conocía entonces su mejor época, lo que dio pie a suponer que sería en contacto con Epaminondas como Filipo llegó a adquirir las cualidades de estratega y de político que le permitirían triunfar en el mundo griego. Mas, por ahora, tenía que hacer frente a grandes dificultades: la Lincéstida estaba en manos de los ilirios; numerosas ciudades se habían declarado independientes bajo la autoridad de diversos dinastas locales; los pretendientes a la secesión de Perdiccas eran numerosos, y entre ellos figuraban sus hermanastros Arquelao, Arrideo y Menelao; los peonios, por último, se disponían también a invadir Macedonia. Filipo actuó rápidamente. Se deshizo de los pretendientes, compró la neutralidad de los peonios y llegó a un acuerdo con el tracio Perisade. Una vez asegurada su retaguardia, ordenó dar muerte al último pretendiente, Argeo, que había recibido de Atenas un refuerzo de 3.000 hoplitas. Finalmente, propuso la paz a Atenas, comprometiéndose a no oponerse a la eventual reconquista de Anfípolis por los atenienses. En el verano del 358 invadió Peonia y obligó a este territorio a reconocer su autoridad. Luego se volvió contra los ilirios, a los que forzó a evacuar la Lincéstida y a firmar una paz. Poco después se alió con la dinastía epirota casándose con Olimpia, hija del rey Neoptolemo. Probablemente fue entonces, tras este matrimonio, cuando fue reconocido como rey por el ejército macedónico: ya nada más se supo del joven Amintas, que no obstante sobrevivió en la sombra.

En la primavera del 357 Filipo sitió Anfípolis, rompiendo los compromisos adquiridos el año anterior con los atenienses. Pero Atenas estaba en aquel momento preocupada por la situación del Quersoneso y se

⁴⁸ Los *hetairoi* ("camaradas") son los caballeros aristocráticos; los *pezetairoi* los "camaradas a pie".

⁴⁹ Sobre esta liga *cf. infra*, p. 165.

preparaba para enfrentarse a la revuelta de sus aliados⁵⁰. Dejó hacer, pues, a Filipo, quien se apoderó de la ciudad y proclamó su independencia: esperaba, de esta manera, atraerse el favor de la liga calcídica, principal adversaria de Atenas en el norte del Egeo. Esta confederación había vuelto a levantarse, en efecto, aprovechando el ocaso de Esparta, y poseía un afamado ejército. Durante mucho tiempo había tratado de ejercer la función de árbitro entre Atenas y Macedonia, pero el dominio de Atenas sobre Potidea, donde Timoteo había instalado clerucos, la había impulsado a optar por la alianza con Macedonia. Filipo propuso a los calcidios restituirles Potidea y emprendió abiertamente la guerra contra Atenas. En la primavera del 356 tomó Potidea y se la entregó a los calcidios.

Al año siguiente Filipo, valiéndose de las dificultades por que pasaba Atenas, consolidó sus posiciones en la costa norte del Egeo. Después de haber vencido, sucesivamente, al rey de Tracia occidental, al rey de Iliria y al rey de Peonia, se apoderó, durante el verano del 355, de Abdera y de Maronea, en la costa de Tracia, y luego de Metona, a donde una guarnición ateniense llegó demasiado tarde.

Al mismo tiempo iba consolidando su autoridad dentro de Macedonia. La requisita de los yacimientos del Pangeo le permitió la emisión de una abundante cantidad de monedas de plata⁵¹. Pella, su capital, fue dotada con un activo puerto, y tal vez fue aquí donde Calístrato, refugiado en Macedonia después de su condena, reorganizó la percepción de las tasas. Al mismo tiempo, continuando con la política aplicada por Arquelaos, incrementó las calzadas y fortificó las ciudades. Con un gran tacto, daba a las ciudades griegas que había conquistado una apariencia de autonomía, iniciando con ello una política que luego iba a generalizar en sus relaciones con las ciudades griegas y que sería la de los soberanos de época helenística.

Hasta ese momento, Filipo se había contentado con dar a Macedonia una apertura hacia el Egeo, lo que le había hecho tropezar con Atenas. Nos podríamos preguntar cuáles fueron las razones que le llevaron a inte-

⁵⁰ *Supra*, p. 39.

⁵¹ Los problemas, sumamente complejos, planteados por las emisiones monetales de Filipo parecen estar actualmente en vías de solución, y agradecemos de veras a G. Le Rider el habernos comunicado las conclusiones de una obra sobre el tema todavía inédita. Esas conclusiones son, a grandes rasgos, las siguientes: Filipo acuña plata (sobre el patrón denominado traco-macedonio) en Pella desde el 359, y en Anfípolis en el 357 o 356; las monedas de oro, por el contrario, no parecen anteriores al 346, cuando no al 342 (en el caso de Pella), pero estas acuñaciones de oro (de peso ático) no parecen haber tenido la importancia que los historiadores modernos fácilmente les prestan —al menos en época del propio Filipo: pues hoy parece claro que la gran masa de los “filipos” de oro procede de *emisiones póstumas*. Tales emisiones, de oro y plata, se interrumpen entre el 328 y el 323 y reaparecen luego tras la muerte de Alejandro, para desaparecer definitivamente después del 315 en Pella (que acuñaba sobre todo oro) y, con la llegada al trono de Demetrio Poliorcetes en el 294 (*infra*, p. 321), en Anfípolis (que acuñaba sobre todo plata). Así pues, conviene revisar las formulaciones clásicas sobre la “diplomacia del oro” que habría practicado Filipo, sobre todo si se pretende retrotraerla al comienzo de su reinado...

resarse en los problemas de la Grecia más genuina. ¿Tenía ya la intención de instaurar su hegemonía sobre el mundo griego? ¿O es que, sencillamente, estaba preocupado por la evolución de la situación en Tesalia?

Desde la muerte del tirano Alejandro de Feras, que había mantenido durante algún tiempo la preeminente posición de su predecesor, Jasón, Tesalia estaba verdaderamente desgarrada por las luchas que enfrentaban a las distintas ciudades. Durante el invierno del 357-356 Filipo había intervenido en Tesalia, llamado por los Alévadas de Larisa. Pero requerido por necesidades más urgentes había renunciado a sacar provecho de la situación. Ahora bien, la influencia beocia se había extendido por Tesalia gracias a la "guerra sagrada" iniciada por Tebas, en nombre de la Anficiónía délfica, contra los focidios. La participación de Filipo en la guerra sagrada iba a permitirle nuevamente dirigir su atención hacia Grecia.

II.—LOS AVANCES DE FILIPO EN GRECIA HASTA LA PAZ DEL 346⁵²

En la primavera del 356 los focidios, que el año anterior habían sido condenados por el consejo anficiónico a una elevada multa por haber cul-

⁵² OBRAS DE CONSULTA.—Junto a las obras citadas *supra*, nota 46, todas las cuales tratan de la política de Filipo, debemos mencionar: A. Momigliano, *Filippo il Macedone*, Firenze, 1934; P. Cloché, *Un fondateur d'Empire, Philippe II, roi des Macédoniens*, Saint Etienne, 1955; E. Pokorny, *Studien zur griechischen Geschichte im sechsten und fünften Jahrzehnt des vierten Jahrhunderts v. Chr.*, Diss., Greifswald, 1913; y el conjunto de estudios reunidos por S. Perlman, *Philipp and Athens*, Cambridge, 1973.

Además, sobre la tercera guerra sagrada: P. Cloché, *Étude chorologique sur la troisième guerre sacrée*, Paris, 1915; N. G. L. Hammond, Diodorus' narrative of the Sacred War and chronological problems of 357-352 B.C., *J.H.S.*, LVII, 1937, pp. 44 ss.; M. SORDI, La terza guerra sacra, *R.F.*, LXXXVI, 1958, pp. 134 ss.; G. T. Griffith, Philip of Macedon's early intervention in Thessaly, *Cl.Q.*, XX, 1970, pp. 224 ss.; N. J. Hackett, The Third Sacred War, Diss., Cincinatti, 1970.

Sobre los asuntos de Tracia: P. Cloché, Le traité athéno-thrace de 357, *R.Ph.*, XLVI, 1922, pp. 1 ss.; Id., Athènes et kersobleptès de 357 à 353/2, *Mélanges Glotz*, I, 1932, pp. 216 ss.; Id., Philippe, roi de Macédoine, de 359 à 351, *Les Et. class.*, XVIII, 1950, pp. 385 ss.

Sobre las corrientes de opinión en Atenas, además de la bibliografía demosténica dada en la nota 41, véase: G. Mathieu, *Les idées politiques d'Isocrate*, Paris, 1925; P. Cloché, *Isocrate et son temps*, Paris, 1963; M. A. Levi, *Isocrate, saggio critico*, Milano, 1959; E. Mikkola, *Isokrates. Seine Anschauungen im Lichte seiner Schriften*, Helsinki, 1954; P. Cloché, La politique de Démosthène de 354 à 346, *B.C.H.*, XLVII, 1923, pp. 97 ss.; P. Wendland, Beiträge zur athenischen Politik und Publizistik des IV. Jahrhunderts, *Nachr. Königl. Gesellsch. Wissensch. Göttingen*, Philol.-hist. Kl., 1910, pp. 123 ss.; 282 ss.; cf. también *infra*, p. 192, nota 263..

Sobre los asuntos de la Calcídica: D. M. Robinson, Inscriptions from Olynthus 1934: I, Treaty between Philipp and the Chalcidians 356 B.C., *T.A.P.A.*, LXV, 1934, pp. 103 ss.; F. Carrata Thomes, Il trattato con i Calcidesi nella prima attività diplomatica di Filippo II, *P. de P.*, VIII, 1953, pp. 343 ss. (=Perlman, *op. cit.*, pp. 1 ss.); G. L. Cawkwell, The defence of Olynthus, *Cl.Q.*, XII, 1962, pp. 122 ss. (=Perlman, *op. cit.*, pp. 47 ss.); J. Carter, Athens, Euboea and Olynthus, *Hist.*, XX, 1971, pp. 418 ss.

Sobre la paz de Filócrates: F. Hampl, Zur angeblichen *koiné eirene* des 346 und zum philokratischen Frieden, *Klio*, XXXI, 1938, pp. 371 ss.; G. T. Griffith, The so-called *koiné eirene* of 346 B.C., *J.H.S.*, LIX, 1939, pp. 71 ss. (=Perlman, *op. cit.*, pp. 91 ss.); R. Sealey, Proxenos and the Peace of Philocrates, *Wien. Stud.*, LXVIII, 1955, pp. 371 ss.; G. L. Cawk-

tivado algunas tierras sagradas que pertenecían a Apolo, se apoderaron del santuario de Delfos. El consejo anfictiónico decretó de inmediato la "guerra sagrada" contra ellos. Pero Atenas por una parte, y Esparta y sus aliados del Peloponeso por otra, se declararon a favor de los focidios. Filomeno, jefe de los focidios, invadió entonces la Lócrida, territorio que devastó, aunque sin conseguir adueñarse de sus plazas fuertes. En el año 355 derrotaba al ejército tesalio, pero él mismo cayó vencido por los beocios en Neón (Fócida), suicidándose poco después (otoño del 354).

La Fócida estaba ahora desgarrada por luchas intestinas, que terminaron con la llegada al poder de un nuevo estratego, Onomarco. Éste se esforzó intensamente en fortalecer el poder focidio e hizo un llamamiento a las ciudades griegas para que le ayudaran a costear la reconstrucción del templo de Delfos, destruido en el 373/2 por un seísmo: Atenas, los locrios, Megara, Epidaurio, Esparta y Corinto respondieron a su llamada. Onomarco pudo restablecer su autoridad sobre la Lócrida y reconstruir Orcómeno, amenazando así directamente a Beocia. Sólo le faltaba hacer entrar a Tesalia en su alianza para aislar definitivamente a sus adversarios beocios. Ahora bien, en el 353 Filipo había acudido a la llamada de las ciudades tesalias amenazadas por los tiranos de Feras y de Cranón, a los que había logrado vencer pese a la ayuda que les había prestado Faulo, hermano de Onomarco. A su vez, Onomarco marchó contra Filipo y lo rechazó; aplastó después a un ejército beocio y, llegado a Grecia central, se apoderó de Coronea.

En el 352 Filipo volvió a sitiar Feras, cuyos tiranos reclamaron la ayuda de Onomarco y de Atenas. El general focidio penetró en Tesalia con 20.000 soldados, mientras que una flota ateniense pasaba bordeando las costas de Tesalia. Pero Filipo consiguió derrotar a los Focidios antes de que los atenienses hubieran podido desembarcar: fue una victoria decisiva que trajo aparejada la sumisión de Feras y de las principales ciudades tesalias. Durante el verano, Filipo reorganizó la liga tesalia, cuyas fuerzas armadas fueron colocadas bajo su mando; además, le fueron concedidos los ingresos producidos por las tasas de mercados y puertos. Su posición era entonces muy sólida y amenazaba directamente a la Grecia central. A mediados del verano del 352 Filipo llegó hasta las Termópilas —lo que suscitó una profunda inquietud en Grecia y determinó un vigoroso esfuerzo militar—. Atenas envió 5.000 hoplitas y 400 jinetes, Esparta 1.000 hombres, y la liga aquea 2.000. Filipo prefirió retirarse dejando frente al peligro a Faulo, sucesor de Onomarco, con el solo concurso de los beocios.

Sin embargo, las operaciones en Grecia central iban a pasar a un segundo plano durante algunos años. Efectivamente, por una parte Filipo dirigía de nuevo sus miras hacia Tracia y, en la primavera del 351, obligaba a Quersobleptes a reconocer su soberanía, al tiempo que afianzaba su alianza con

well, Aeschines and the Peace of Philocrates, *R.E.G.*, LXXIII, 1960, pp. 416 ss. (=Perlman, *op. cit.*, pp. 67 ss.); ID., Aeschines and the ruin of Phocis in 346, *R.E.G.*, LXXV, 1962, pp. 453 ss.

las ciudades de los estrechos (Perinto, Bizancio) y, en el Quersoneso, en donde Atenas había instalado de nuevo clerucos en 353/2, con la ciudad de Cardia. Por otra parte, focidios y beocios estaban ya enfrentándose en el Peloponeso, donde había estallado la guerra entre Esparta y Megalópolis. La victoria de Arquídamo, rey de Esparta, en el verano del 351, puso fin a esta guerra que, paradójicamente, retrasó las operaciones de la guerra sagrada.

Durante estos años en los que Filipo consolidaba sus posiciones en el Egeo, la política ateniense se nos muestra especialmente moderada. Seguramente hay que desconfiar de los prejuicios de Demóstenes y de sus acusaciones en contra de algunos dirigentes de la democracia. La política de Ébulo (convertido en presidente de los encargados del *theorikon* en el 356)⁵³ y de los hombres de su grupo no era meramente pasiva. Esta gente odiaba las aventuras en lugares remotos, costosas e inútiles, pero fue una propuesta de Diofanto, amigo de Ébulo, la que sirvió para enviar la expedición que detuvo a Filipo en las Termópilas. Además, el aprovisionamiento de grano era demasiado necesario para el mantenimiento de la paz social como para que el grupo de Ébulo pudiera desentenderse del mismo: de ahí el envío de clerucos a Sesto en el 353/2; de ahí las expediciones en socorro de Metona, de Neápolis y de Pagasas contra Filipo; de ahí, finalmente, los acuerdos cerrados con Amadoco o Quersobleptes. El adoptar una política defensiva para preservar los intereses de Atenas era una cosa, pero intentar restablecer la hegemonía ateniense era otra muy distinta. Ahora bien, había en Atenas una serie de personas que soñaban con la imposible vuelta al imperialismo y a las expediciones a la aventura, y estas gentes estaban dispuestas a responder a las llamadas de todos aquellos que, en el Egeo, en el Peloponeso o en donde fuera, prepararan su desquite con mayor o menor fundamento. Veían en ello la ocasión de emprender expediciones gloriosas y tal vez fructíferas y éste evidentemente, el señuelo mediante el que intentaban atraer a una asamblea fácilmente voluble, pronta a repudiar una expedición desgraciada después de haberla votado con entusiasmo, y siempre sensible a la evocación del pasado glorioso de la ciudad. Una política de tal naturaleza, sin grandes vuelos, aunque entrañara ciertos riesgos, desagradaba necesariamente a los ricos, quienes, obligados a soportar todos los gastos, eran, por el contrario, partidarios de la política de Ébulo y de sus seguidores. A este grupo le parecía, en cambio, que, excepto para la defensa de los intereses vitales de Atenas en el norte del Egeo, la ciudad debía de abstenerse de cualquier expedición costosa y aventurada. Les parecía más útil aprovechar los recursos del Ática, sobre todo sus minas, y procurar revitalizar la actividad del Pireo ofreciendo a los extranjeros las mayores facilidades, especialmente en el terreno judicial. La ley de Periandro sobre la trierarquía⁵⁴ les había quitado un gran peso de encima, y la indudable

⁵³ *Supra*, p. 39.

⁵⁴ *Supra*, p. 39.

recuperación minera de los años cincuenta era consecuencia directa de la disminución real de las cargas de los ricos, aligeramiento logrado por la institución de las *simmorías* trierárquicas. Resulta indiscutible que esta política tendría resultados positivos y que, hacia mediados de siglo, Atenas conoció un nuevo período de prosperidad⁵⁵.

¿Qué representaba Demóstenes en este contexto? La pregunta no es sencilla, puesto que Demóstenes es el político ateniense que ha suscitado en los tiempos modernos las pasiones más contradictorias. Por sus orígenes y su clase social, estaba naturalmente destinado a pertenecer al bando de los ricos. Sus primeros discursos políticos, aunque se enmarcan dentro de las rivalidades entre clases, básicamente fundadas en amistades y clientelas, a que solían reducirse las luchas políticas de la Atenas del siglo IV, demuestran efectivamente una preocupación por preservar los intereses de los hacendados. Sin embargo, resultaba demasiado tentador, para quien quería hacer carrera política, denunciar las insuficiencias de los hombres que estaban en el poder. Demóstenes no flaqueó en este empeño y, fuera por lucidez o por suerte, supo encontrar el punto débil de la política exterior de Atenas, a saber, el no conceder la debida importancia al peligro macedonio. De ahí que, a partir del año 351, sus discursos fueran cada vez más virulentos, incitando a Atenas a combatir en todos los frentes en donde Filipo pudiera suponer una amenaza. Pero, al adoptar esa actitud, Demóstenes se vio empujado inconscientemente a transferir a su comportamiento un nuevo significado político. Y así, para justificar los sacrificios exigidos por la puesta en práctica de una política exterior más activa, se dedicaba a invocar el glorioso pasado de Atenas y llegaba, con toda naturalidad, a glorificar el imperialismo, presente y pasado. De ello a hacer nuevamente de Esparta el enemigo hereditario (discurso *En favor de los Megalopolitas*), a equiparar a los amigos de Filipo con los enemigos de la democracia (discurso *Sobre la situación en el Quersoneso*), a denunciar los daños causados por los ricos, no había más que un paso, que Demóstenes iba rápidamente a salvar.

Mientras tanto, Filipo seguía fortaleciendo sus posiciones en el norte del Egeo y dentro de su reino. En el año 351 había emprendido una nueva expedición victoriosa contra los ilirios, consolidando así con seguridad sus relaciones con el Épiro. Al año siguiente ocupó este territorio y trajo consigo al joven Alejandro, su cuñado y futuro heredero del trono del Épiro. En Tesalia septentrional reforzó su control sobre Pagasas y Magnesia. Por último, se aseguró la condescendiente neutralidad de Artajerjes al hacer volver a Persia al sátrapa Artabazo y al jefe de sus mercenarios, Memnón de Rodas, los cuales se habían refugiado junto al monarca macedonio. Su flota, por otra parte, crecía incesantemente, lo que le permitía entregarse a operaciones de piratería contra los navíos atenienses.

En el año 349 Filipo pasó a hostilizar a la liga calcidia exigiendo, por medio de un ultimátum, que le entregasen a sus dos hermanastro, los cua-

⁵⁵ *Infra*, pp. 101 ss.

les, después de un intento fallido de usurpar el trono, se habían refugiado en la Calcídica. Los calcidios rechazaron el ultimátum y solicitaron la ayuda de Atenas. En la asamblea ateniense se inició un debate, durante el cual Demóstenes exigió que se tomaran medidas urgentes. Pese a la oposición de Demades y de los hombres del "partido" macedonio, se decidió organizar una expedición: 2.000 mercenarios y 38 trirremes partirían bajo el mando de Cares. Para financiar esta expedición, Apolodoro, amigo personal de Demóstenes, sugirió que los fondos adscritos al *teórico* fueran transferidos a una caja militar. Pero su propuesta fue rechazada por considerarla ilegal.

Era entonces el comienzo del invierno del año 349/8 y resultaba difícil enviar nuevos socorros a las ciudades calcídicas, que sucumbieron una después de otra, excepto Olinto. A comienzos del verano del 348 los atenienses enviaron a Caridemo con 4.000 peltastas, pagados gracias a la colaboración de Orontes, sátrapa de Misia, y algunas semanas después 2.000 hoplitas ciudadanos y 300 jinetes, con 18 trirremes y algunos barcos de transporte. Pero cuando la flota ateniense llegó a las costas de Olinto, la plaza ya había caído en manos de Filipo: la ciudad fue arrasada y sus habitantes vendidos como esclavos, a la vez que toda la península de la Calcídica era anexionada al reino de Macedonia.

Esto supuso un golpe demasiado duro para Atenas, sobre todo porque, durante el invierno de 349/8, Filipo había fomentado la sublevación de las ciudades eubeas, las cuales, a pesar de la intervención de un pequeño cuerpo de ejército capitaneado por Foción, se separaron de la alianza ateniense, salvo Caristo. Atenas se hallaba, por tanto, bajo la amenaza directa de Filipo y, en la asamblea, sus políticos no dudaron en acusarse mutuamente por la responsabilidad de lo ocurrido. Sin embargo, lo más urgente era negociar la paz, y Demóstenes coincidía en ello con el grupo de Éubulo. Filipo, por su parte, quería tener libres las manos para acabar con la guerra sagrada.

Pues aquel conflicto, que enfrentaba a los focidios con los beocios, seguía su curso. Unos y otros trataban de reanudar las operaciones, los primeros reclamando la ayuda de Atenas y de Esparta, los segundos la de Filipo. En febrero del 346, mil hoplitas espartanos, al mando del rey Arquídamo, llegaron a las Termópilas, mientras que una flota ateniense patrullaba por alta mar. Pero tuvieron que retirarse dado que Faleco, estratega focidio, se negó a entregarles las fortificaciones. La necesidad de negociar con Filipo se hacía cada vez más evidente y una embajada de diez personas, entre las que figuraban Demóstenes, Filócrates y Esquines (estos dos últimos pertenecían al grupo de Éubulo), fue enviada a Macedonia.

Años más tarde, esta embajada sería objeto de un clamoroso proceso que enfrentó a Esquines y Demóstenes. A través de los dos alegatos, en los que uno y otro adversario ofrecen versiones contradictorias de los acontecimientos, parece que los hechos pudieron suceder de la siguiente manera: Filipo recibió en Pella a los embajadores atenienses con múltiples atenciones; propuso a Atenas no sólo la paz, sino una alianza; se

comprometía además a no intervenir en el Quersoneso durante las negociaciones. Los embajadores regresaron a Atenas, en donde se convocó tanto a la *Ekklesia* como al *synedrion* de los aliados. Estos últimos deseaban que todos aquellos que hubieran combatido junto a los atenienses fuesen asociados al tratado, y su petición fue apoyada por Demóstenes y, posiblemente, por Esquines. Pero Filócrates, que insistía en la hostilidad creciente de Tebas, invitó a los atenienses a concluir la paz sin ningún retraso. Aristofonte se opuso a lo que le parecía una dejación y reclamó la ruptura de las negociaciones: hizo falta toda la energía de Ébulo para conseguir que el *demos*, en su desenfreno, aceptara la propuesta de Filócrates, pues demostró que la continuidad de la guerra no conducía sino a una sola alternativa, que implicaba nuevos sacrificios económicos. Así pues, las propuestas de paz y de alianza fueron ratificadas, y de ellas quedaron excluidos Quersobleptes y los focidios. En mayo del 346 los embajadores atenienses volvieron a Pella para recibir el juramento de Filipo. Pero el rey macedonio se había aprovechado de la lentitud de las negociaciones para lanzarse sobre Tracia y reducir a Quersobleptes a su merced. Cuando regresó a Grecia, juró la paz en Feras, en el mes de julio. Fue ahora, al volver de esta segunda embajada, cuando Demóstenes atacó a sus colegas acusándoles de haber perdido, con su torpeza, que Filipo fortaleciera sus posiciones. La asamblea ratificó, no obstante, el tratado.

Filipo pidió entonces a los atenienses que se le unieran para poner fin a la guerra sagrada. Pero Demóstenes se opuso a ello y se envió una nueva embajada al rey macedonio para darle a conocer dicha decisión. Pero durante el viaje los embajadores se enteraron de que Faleco había capitulado y volvieron apresuradamente a Atenas; allí se empezó a organizar ya la defensa, dada la convicción general de que Filipo iba a avanzar contra la ciudad.

Sin embargo, Filipo había convocado el consejo anfictiónico para determinar la suerte de los focidios y Esquines fue enviado a Delfos a la cabeza de la delegación ateniense. Filipo exigió que las ciudades focidias fueran desmanteladas y que los focidios pagasen una multa anual de 60 talentos durante diez años; además, sus dos votos en el consejo anfictiónico deberían ser atribuidos a Filipo, quien recibiría asimismo la *promanteia* en Delfos (derecho a consultar en primer lugar el oráculo). Los juegos píticos se tendrían que celebrar en el próximo mes de septiembre bajo la presencia de Filipo. Cuando en Atenas conocieron las cláusulas de esta paz, se alzó una fuerte oposición en la asamblea, pero Demóstenes intervino a favor de la misma y la paz fue jurada. Los atenienses, rectificando incluso su primera decisión, enviaron delegados a los juegos.

Hasta aquí los hechos. ¿Cuál es su significado? ¿Qué intenciones albergaban unos y otros? Demóstenes, cuya versión suele ser admitida, hace responsables a Esquines y a sus amigos de las enormes ventajas conseguidas por Filipo en pocos meses: al ir dilatando la negociación habrían permitido al rey apoderarse de Tracia y aplastar a los focidios, lo que le abría las puertas del consejo anfictiónico y le brindaba un papel de

que le abría las puertas del consejo anfictiónico y le brindaba un papel de árbitro en los asuntos griegos. Como el mal estaba hecho, no había otra solución sino inclinarse y preparar la revancha. Por el contrario, Esquines subraya la mansedumbre de Filipo, su sincero deseo de aliarse con Atenas respetando, en particular, el compromiso de no tocar el Quersoneso; insiste en las contradicciones de la actitud de Demóstenes, quien había denunciado ante el pueblo una paz en favor de la cual, sin embargo, había laborado y a la que terminó por adherirse.

Las dificultades del historiador moderno estriban en que conocemos el desenlace, que daría la razón a Demóstenes. Sin embargo, leyendo el discurso *Sobre la Embajada* estamos a veces incómodos ante la mala fe del gran orador, y no es seguro que Filipo fuera insincero cuando buscaba la alianza de Atenas en el 346. También podemos preguntarnos cuál era el papel que el rey pretendía atribuir a la anfictiónía délfica: ¿proyectaba convertirla en un instrumento de su dominación sobre el mundo griego? En ese caso, la paz del 346 podría constituir una prefiguración de la liga de Corinto del 337⁵⁶. Pero tal vez Filipo no iba tan lejos. Las ventajas adquiridas eran inmensas y habían convertido al monarca macedonio en el árbitro de las ciudades griegas, las cuales, enfrentadas entre sí por lacerantes disputas, habían tenido que ceder a sus deseos. La única esperanza de recuperar su plena independencia consistía, de ahora en adelante, en unirse: a esta tarea dedicaría Demóstenes sus esfuerzos.

III.—EL FIN DEL MUNDO CLÁSICO DE LAS CIUDADES⁵⁷

Los años 346-340 se nos muestran como las fechas de la "guerra fría"

⁵⁶ *Infra*, p. 58.

⁵⁷ OBRAS DE CONSULTA.—P. Cloché, *La Grèce de 346 à 339 av. J.C.*, B.C.H., XLIV, 1920, pp. 108-159; F. Wüst, *Philipp II. von Makedonien und Griechenland in den Jahren 346 bis 338* (Münchener historische Abhandlungen, Erste Reihe, Heft 14), München, 1938.

Sobre el período de la "guerra fría", además de los títulos citados en la nota 52, véase P. A. Brunt, *Euboea in the time of Philipp II*, *Cl. Q.* XIX, 1969, pp. 245 ss.; G. L. Cawkwell, *Demosthenes' policy after the peace of Philocrates*, *Cl. Q.*, XIII, 1963, pp. 120 ss.; 200 ss.; *Id.*, *Demosthenes and the stratiotic fund*, *Mnem.*, 4^a ser., XV, 1962, pp. 377 ss.; debe también leerse G. Glotz, *Démosthène et les finances athéniennes de 343 à 339*, *R. H.*, CLXX, 1932, pp. 385 ss.

Sobre la campaña final, además de los trabajos citados en la nota 52, véase G. Glotz, *Philippe et la surprise d'Elatée*, *B.C.H.*, XXXIII, 1909, pp. 526 ss.; D. J. Mosley, *Athens' alliance with Thebes 339 B.C.*, *Hist.*, XX, 1971, pp. 508 ss.; N. G. L. Hammond, *The victory of Macedon at Chaeronea*, *Studies in Greek History*, Oxford, 1973, pp. 534 ss.

Sobre los preliminares de la paz general: C. Roebuck, *The settlements of Philipp II with the Greeks states in 338 B.C.*, *Cl. Ph.*, XLIII, 1948, pp. 73 ss.

Sobre las disposiciones de 337 y la «liga de corinto», la bibliografía es inmensa. Hay que ver, principalmente (además de los textos epigráficos y literarios reunidos en *Staatsvertr.*, III, n.º 403, que ofrece numerosas referencias), U. Wilcken, *Beiträge zur Geschichte des Korinthischen Buendes*, Sitz.-Ber. Akad. Wiss. München, Philos.-philol. Kl., X, 1917; W. Schawahn, *Heeresmatrikel und Landfriede Philipps von Makedonien*, *Klio*, Bhtft. 21, Leipzig, 1930; E. Schehl, *Zum Korinthischen Bund vom Jahr 338/7 v. Chr.*, *Jahresh. Oesterr. Arch. Inst.*, XXVII, 1932, pp. 115 ss.; K. Dienelt, *Das Korinthische Bund*, *ibid.*, XLIII,

entre Filipo y Atenas. Formalmente, la alianza del 346 se halla vigente; pero, en realidad, los desacuerdos, tanto de carácter diplomático como en el terreno propiamente militar, son tan numerosos que conducen a la ruptura en el año 340.

Inmediatamente después de la paz ambos adversarios trataron de consolidar sus posiciones. Atenas vio cómo la situación personal de Demóstenes se afianzaba progresivamente durante los años 346-343. En el 345, su amigo Timarco había intentado un proceso contra Esquines, pero la personalidad de Timarco era tan sumamente discutible que los jueces lo habían desestimado. La posición de Esquines aparecía todavía, ante la mayoría de los atenienses, como la más prudente y el caso de Timarco prueba que, para una parte de la opinión, las acusaciones vertidas por Demóstenes carecían de fundamento. Lo mismo ocurría en el resto del mundo griego, especialmente en el Peloponeso: la embajada que condujo Demóstenes por la Argólida, Arcadia y Mesenia en el otoño del 344 resultó un fracaso. Luego, durante el verano del año 343, Demóstenes volvió a atacar a Esquines, esta vez personalmente, por el asunto de la embajada que precedió a la paz del 346. Esquines fue absuelto por escaso margen, pero esa absolución permite comprobar la hostilidad hacia Demóstenes de una parte todavía importante de la opinión pública. Era esta misma opinión la que, algún tiempo antes de comenzar el proceso sobre la Embajada, había rechazado las propuestas de alianza del Gran Rey, y los reproches dirigidos por Demóstenes a los atenienses tanto en la 2.^a *Filípica* como en el discurso *Sobre la Embajada* son testimonio de la resistencia a la que se enfrentaba. No obstante, a partir de ahora cabe vislumbrar signos evidentes de una evolución, que se acentuaría en los próximos años. En el año 344 Filócrates, el negociador de la paz del 346, fue condenado a muerte en virtud de una acusación de Hipérides. Ese mismo año el Areópago obligó a anular la decisión de la asamblea de enviar a Esquines a Delfos como representante de Atenas en el consejo anfictiónico (que debía pronunciarse sobre una demanda de los delios contra Atenas) e hizo que fuese reemplazado por Hipérides, amigo de Demóstenes y adversario de Filipo.

Por aquel tiempo, Atenas trabajaba en la reorganización de su ejército y de su flota con el fin de estar preparada ante cualquier circunstancia. Se construyó un nuevo arsenal en el Pireo, financiado por medio de un impuesto especial. Se creó una caja militar (de los *stratíotika*) destinada a recibir todos los excedentes presupuestarios, mientras que, para disminuir los gastos, se procedió a una revisión del cuerpo cívico: algunas personas ricas se vieron privadas de la ciudadanía y sus bienes fueron confiscados. Finalmente, se envió un nuevo contingente de clerucos al Quersoneso. En medio de las luchas entre facciones, se notaba cómo crecía la influencia del partido de la guerra.

Filipo, por su parte, reforzaba sus posiciones en el Norte del Egeo y

1958, pp. 247 ss.; I. Calabi, Il sinedrio della lega di Corinto e le sue attribuzioni giurisdizionali, *R.F.*, LXXVIII, 1950, pp. 63 ss.

en las fronteras de Macedonia. En el 345 invadió Dardania, y después Iliria, con el fin de asegurar nuevamente sus fronteras occidentales. Al mismo tiempo, reforzó su autoridad en el interior de su reino, favoreciendo el desarrollo de las ciudades de la Alta Macedonia, acometiendo la construcción de calzadas y de puertos y multiplicando las emisiones monetarias. En el 344, a petición de los tesalios, expulsó a los tiranos que todavía se mantenían en algunas de las ciudades de este territorio. Poco después, efectuaría una completa reorganización de la liga tesalia, instalando tetrarquías en las ciudades, reagrupando a las ciudades en los cuatro distritos que ya existían anteriormente al objeto de reducir la importancia de las más grandes, e imponiendo, por último, el uso de la moneda macedonia. En el 342, como muy tarde, se hizo elegir arconte vitalicio de la liga tesalia y pudo disponer del tesoro federal. Además, procedió a instalar una guarnición macedonia en Feras.

Durante el invierno del 343-342 Filipo tuvo que dedicarse a los asuntos del Épiro, en donde el regente, Aribas, se negaba a ceder el trono al legítimo heredero, Alejandro, cuñado del propio Filipo. Así pues, invadió el territorio, restauró la autoridad de Alejandro y la amplió hasta el golfo de Ambracia. Esta expansión preocupó a Léucade y Ambracia, que pidieron ayuda a su metrópoli, Corinto, la cual recurrió a Atenas. Los atenienses no podían sino responder favorablemente: remitieron a Ambracia un cuerpo expedicionario y Filipo dejó de insistir. Pero aquella amenaza macedonia que momentáneamente había planeado sobre las costas occidentales de Grecia, junto al rápido éxito obtenido por Atenas, provocó en Grecia una inversión de las alianzas, trastocamiento al que contribuyó personalmente Demóstenes multiplicando las embajadas: Corinto y sus colonias, la liga aquea, Argos, Arcadia y Mesenia se aproximaron a Atenas, donde el ambiente era cada vez más hostil a Filipo. Cuando este último sugirió, en el 342, la reanudación de las negociaciones y ofreció, como prueba de buena fe, la pequeña isla de Haloneso, sus propuestas fueron rechazadas.

Desde entonces, Filipo ya no necesitaba tratar con miramientos a su adversario, y, seguro de su retaguardia, decidió atacar la región de los Estrechos, consciente de que eran vitales para Atenas. ¿Acaso pretendía, como se ha supuesto; presionar a la opinión pública y llevarla a repudiar a Demóstenes y a sus partidarios, cuya hostilidad comprometía la paz en el Egeo y la seguridad de Atenas? ¿O bien, como aseguraba Demóstenes, no hacía sino aplicar un plan exactamente calculado? ¿O incluso es más sencillo, y Filipo se hallaba preocupado por la situación en Asia y por la amenaza que para él representaría una alianza entre Atenas y el Gran Rey? La verdad es que este último, después de haber aplastado una revuelta en Fenicia en el 345 y de haber colocado a Egipto nuevamente bajo su autoridad en el 343⁵⁸ había procurado restablecer su poderío en Asia Menor. El jefe de sus mercenarios griegos, Méntor de Rodas, se

⁵⁸ *Infra*, p. 66.

había apoderado de Hermias, tirano de Atarneo y amigo de Filipo, que había creado un principado en la Tróade. Llevado a Susa, Hermias fue condenado a muerte, no sin antes haber sido interrogado sobre los proyectos de Filipo. La destrucción del principado de Hermias volvía a situar la orilla asiática de los Estrechos bajo el control del Gran Rey y esta situación podía parecer peligrosa a Filipo para la seguridad de sus propias posiciones en Tracia.

Sea como fuere, durante el invierno del año 342 Filipo invadió Tracia y se anexionó el reino de los odrisos. Simultáneamente, estableció una alianza con los getas del Danubio inferior y con las ciudades griegas del Ponto Euxino y de la costa de Tracia, con lo que amenazaba a los clerucos atenienses del Quersoneso. Atenas no podía dejar de reaccionar y envió a Diópites al Quersoneso con tropas mercenarias. Es notorio que este estratego se dedicó a ejercer la piratería a lo largo del litoral tracio y que restableció un peaje en el Helesponto. Cuando Diópites atacó a su aliada Cardia, Filipo protestó. Demóstenes tomó la palabra ante la asamblea para justificar al estratego: no negaba que aquél se hubiera dedicado a realizar actos censurables, pero era preciso pagar la soldada a los mercenarios, mientras que la ciudad no le proporcionaba ninguna ayuda financiera para asegurar la defensa de una región vital para los atenienses. Semanas después Demóstenes volvía a utilizar los mismos argumentos en la 3.^a *Filípica* (mayo del 341). La Asamblea había mantenido a Diópites en su puesto, pero era urgente hacerle llegar subsidios y refuerzos; para convencer al pueblo Demóstenes puso de relieve, con más intensidad que en anteriores ocasiones, las segundas intenciones de Filipo: era indudable que en el fondo tenía algo contra la democracia ateniense, e incluso había más: lo que se hallaba en juego era la libertad de todos los griegos. Así pues, Demóstenes incitó a los atenienses no sólo a que se prepararan para la guerra, sino también a que enviaran embajadas a las ciudades del Peloponeso, a sus antiguos aliados amenazados por Filipo e incluso al Gran Rey: "Primero defendámonos nosotros mismos y dispongamos todo lo necesario. Quiero decir: preparemos trirremes, dinero y soldados. Pues, aun cuando todos los demás griegos llegaran a resignarse con la esclavitud, nuestro deber es el de combatir por la libertad. Luego, cuando ya estemos bien dispuestos y ningún griego pueda dudar de ello, entonces llamémosles, enviemos por todas partes delegados que les informen..." (3.^a *Filípica*, 70-71). Su elocuencia convenció al *demos*: se enviaron refuerzos a Diópites, se establecieron alianzas con Bizancio, Abido, Quíos y Rodas.

En zonas más cercanas a Atenas, se sellaron alianzas con Megara (en donde una expedición dirigida por Foción había ayudado, en el mes de mayo del 341, al establecimiento de la democracia) y con las ciudades eubeas (en esta isla, la toma de Oreos, en junio del mismo año, y la de Eretria al siguiente, permitieron asimismo restablecer la democracia en dichas ciudades). En marzo del 340 un congreso que reunió a los atenienses y sus aliados decidió preparar la guerra general contra Filipo. La paz aún no se había roto, pero el pretexto iba a encontrarse pronto: a finales del verano del 340 Filipo dirigía una importante flota hacia los Estre-

chos y empezaba el asedio de Perinto. Como la ciudad había recibido refuerzos del Gran Rey y de Bizancio, Filipo, sin descuidar por eso el cerco, atacó también a los bizantinos. Y finalmente, tomando él mismo la iniciativa de la ruptura, envió a Atenas un nuevo despacho en el que denunciaba las fechorías de Diópités. La Asamblea decidió entonces destruir las estelas en donde estaba inscrito el tratado con Filipo y prepararse para la guerra (verano del 340).

En septiembre del 340 Filipo abrió las hostilidades al apoderarse de un convoy de barcos mercantes que atravesaba los Estrechos con una escolta ateniense. Cares fue enviado a Bizancio con 40 trirremes, pero los bizantinos se negaron a recibirle: la desconfianza que despertaban algunos estrategos atenienses aún se mantenía y Cares poseía mala reputación. Una nueva expedición, dirigida por Foción y Cefisofonte, fue mejor acogida, mientras que Quós, Rodas, Cos y los persas enviaron también refuerzos. Hacia finales del invierno del año 340-339 Filipo lanzó un nuevo asalto; pero, como no pudo vencer la resistencia de los bizantinos, el rey macedonio prefirió abandonar y consiguió alcanzar el Egeo, pese a la vigilancia de los barcos aliados. Poco después firmaría la paz con Perinto y Bizancio.

Esto representaba para Atenas, y sobre todo para Demóstenes, una primera victoria. Pero la amenaza subsistía, y el comienzo del año 339 se consagró a intensificar la fuerza militar de Atenas. Demóstenes, en particular, logró que se restableciera el sistema trierarquico tradicional, a fin de procurar que los más ricos contribuyesen a las trierarquías con mayor efectividad. Él mismo recibió el cargo especial de comisario de la flota y consiguió adscribir todos los excedentes financieros a la caja militar. Atenas estaba lista, en definitiva, para soportar el nuevo ataque que Filipo no dejaría de infligirle.

Cuando Filipo regresó a Macedonia, durante el verano del 339, se encontró ante una nueva situación que supo explotar con habilidad. En efecto, en la reunión del consejo anfictiónico de Delfos de la primavera del 339 los locrios occidentales solicitaron (¿por su propia iniciativa?) la condena de Atenas a causa de un oscuro asunto de ofrendas, pero Esquines respondió acusando a los de Anfisa de haber cometido el sacrilegio de cultivar tierras sagradas y de haber recaudado tasas, indebidamente, en Cirra, el puerto de Delfos. ¿Actuaba así Esquines, como él mismo dirá posteriormente, sólo para impedir que la denuncia contra Atenas suscitara la hostilidad de Tebas, o bien, como pretendió Demóstenes, ofrecía a Filipo una ocasión de intervenir? Lo cierto es que una reunión extraordinaria del consejo anfictiónico, dominada por Filipo, decretó la guerra sagrada contra Anfisa y que en la sesión regular del otoño del 339 el mando le fue confiado al rey de Macedonia.

Normalmente Filipo debería haber tenido el apoyo de los beocios, pero, desde comienzos del 339, las relaciones entre aquéllos y el rey eran tensas: el peso cada vez mayor de Filipo dentro del consejo anfictiónico inquietaba a los tebanos, y durante la reciente campaña que Filipo había

realizado en el norte los tebanos habían expulsado a la guarnición macedonia de Nicea, en la Lócrida. Cuando Filipo marchó hacia el sur, en noviembre del 339, se vio obligado, para evitar Nicea, a tomar una ruta montañosa que le condujo rápidamente hacia la Lócrida oriental, en donde se apoderó de Elatea, cortando así la comunicación entre Tebas y Nicea.

La toma de Elatea provocó un gran sobresalto en Beocia, pero sobre todo en Atenas. La Asamblea fue convocada urgentemente en sesión extraordinaria, y allí propuso Demóstenes el envío a Tebas de una embajada, cuya presidencia asumió personalmente. Esta embajada se encontró en Tebas con otra delegación macedonia, que pedía a los beocios, en nombre de la anfictionía, que dejasen pasar a Filipo. Demóstenes, deseoso de asegurar la alianza con los tebanos, multiplicó las concesiones: Atenas sufragaría las dos terceras partes de los gastos de guerra, pondría su flota a disposición de los aliados, dejaría el mando supremo militar a los beocios; además, se comprometía a reconocer la supremacía de Tebas sobre las restantes ciudades beocias. La asamblea beocia votó la alianza con Atenas, rompiendo así solemnemente la que le unía a Filipo.

Durante el invierno del 339/8 los adversarios efectuaron preparativos: Atenas envió 10.000 mercenarios a las órdenes de Cares para vigilar el paso entre Anfisa y Citinio. Fueron remitidas embajadas al Peloponeso, a Eubea y a la Grecia occidental para estrechar las alianzas en torno a Atenas y los beocios. Filipo, por su parte, fortificaba Elatea y Citinio y restauraba las plazas fuertes focidias. En la primavera del 338 hizo algunas ofertas de paz, que fueron rechazadas; no le quedaba ya otra salida sino pasar a la ofensiva.

Ésta comenzó a principios del verano: Filipo se apoderó de Anfisa, aplastó a los mercenarios de Cares y, luego, anticipándose a los aliados, llegó a Beocia, cuyo territorio fue devastado por una parte de su ejército. Antes de entablar el combate decisivo, hizo nuevas propuestas de paz. En Atenas, Foción, que era por entonces el representante más cualificado del «partido» macedonio, aconsejó aceptarlas. Pero Demóstenes mantuvo el envite y las ofertas de Filipo fueron rechazadas. Se combatió, pues, el 2 de abril del 338 en la llanura de Queronea. Filipo empleó la táctica que tantos éxitos le había proporcionado, disponiendo que el esfuerzo principal recayese sobre el ala derecha de los aliados, en donde se encontraba el batallón sagrado tebano, contra el cual lanzó a su hijo Alejandro a la cabeza de la caballería pesada macedonia. A través de la brecha abierta por los jinetes, la falange pudo arrollar el frente aliado y coger a los atenienses por la espalda: 2.000 de entre ellos sucumbieron a manos del vencedor.

Tebas capituló enseguida, y en la ciudad se estableció un gobierno oligárquico, mientras que una guarnición macedonia ocupaba la Cadmea. La confederación beocia quedó disuelta y Tespias, Platea y Orcómeno fueron restablecidas. En cuanto a los prisioneros tebanos, la mayoría fueron vendidos. En Atenas, entretanto, la noticia de la derrota había sembrado la confusión y la inquietud: el pueblo estaba agitado y se hablaba de confiar la defensa a Caridemo; Hipérides propondría entonces un famoso

decreto que concedía la libertad a los esclavos que participaran en la defensa de la ciudad, y una serie de severas medidas amenazaban a quienes desertaran. Es realmente bastante difícil hacerse una idea exacta de esta efervescencia, porque nuestras fuentes difieren. No cabe duda de que, en realidad, se había cerrado una alianza entre los distintos enemigos de Macedonia y algunos aventureros, que pensaban aprovecharse de la situación para hacerse con el poder. Frente a unos y otros, un Foción, no obstante conocerse sus lazos con Filipo, podía pasar por un íntegro defensor de la ley, y por consiguiente fue a él, antes que a Caridemo, a quien el Areópago, investido de poderes extraordinarios, confió la defensa de Atenas. Foción pudo de esta forma amparar con su autoridad las negociaciones que, a través de Demades (prisionero, por entonces, de Filipo), se entablaron con el macedonio. Tales negociaciones desembocaron pronto en la firma de una paz que hizo inútiles las medidas de "salvación pública" previstas por Hipérides y Demóstenes. Filipo renunciaba a penetrar en el Atica, a cambio de lo cual la confederación ateniense quedaba disuelta y Atenas conservaba solamente sus cleruquías de Lemnos, Imbros y Esciro, así como Delos y Samos; como garantía de la alianza, recibía Oropo, definitivamente separada de Beocia; por último, los prisioneros de guerra atenienses serían devueltos sin rescate. Estas condiciones fueron ratificadas por el *demos*, el cual acordaba poco después conceder la ciudadanía a Filipo y a Alejandro y resolvía erigir en el ágora una estatua del primero.

Pero Filipo, aunque vencedor, no había terminado con el mundo griego. En los meses siguientes a Queronea se dedicó a organizar las relaciones que pretendía establecer con las ciudades griegas. En la Grecia central dio pruebas de su clemencia frente a los habitantes de Anfisa e hizo que el consejo anfictiónico redujera la multa de los focidios⁵⁹, que pasó de 60 a 10 talentos por año. Después se dirigió al Peloponeso, en donde todas las ciudades lo acogieron favorablemente, salvo Esparta; arbitró allí algunos conflictos y reconoció a la liga arcadia, recientemente restablecida. Luego regresó a Macedonia, dejando guarniciones en Corinto, Cálcide y Ambracia.

En la primavera del año 337 se celebró en Corinto un congreso, con delegados de los Estados griegos, bajo la presidencia del rey de Macedonia. Sólo Esparta había rechazado la invitación de Filipo. Los Estados allí representados firmaron un tratado con Filipo que establecía una paz común, aunque precisada mediante disposiciones especiales: los Estados alineados se comprometían, efectivamente, no sólo a respetar la libertad y la autonomía de cada uno de ellos, sino que además debían abstenerse de todo "cambio de constitución, reparto de tierras, abolición de deudas, liberación de esclavos a efectos de una revolución". El órgano encargado de hacer respetar tales disposiciones era el consejo (*synedrion*) de los

⁵⁹ *Supra*, p. 50.

helenos, constituido por delegados de los Estados participantes. Este consejo fue, desde el principio, el órgano permanente de una alianza helénica —lo que nosotros llamamos la “liga de Corinto”—, un asunto sobre el que volveremos enseguida. Lo cierto es que esta asociación federal existió y que presenta unas características particulares en comparación a anteriores organizaciones similares, aspectos que analizaremos en otro contexto⁶⁰. Pero es evidente, ante todo, que la diferencia esencial entre la “liga de Corinto” y las anteriores *symmachíai* estriba en el hecho de que la hegemonía no recaía ya sobre una ciudad, sino sobre un hombre, Filipo. La liga de los helenos y el rey de Macedonia quedaban unidos, en efecto, por una alianza ofensiva y defensiva, cuyo objetivo declarado era la guerra contra los persas, para vengar la afrenta que Jerjes infligió en su día a los dioses griegos. Los modernos estudiosos discrepan a la hora de considerar si la alianza formaba parte de la paz general o si constituía una pieza distinta, que no debió cobrar vida más que a partir de la primera reunión regular del *synedrion*, celebrada a mediados del verano del 337. Es fácil descubrir que este debate, aparentemente jurídico, en realidad contrapone dos juicios enfrentados sobre Filipo: por una parte, está el punto de vista, de raíz “demosténica”, de los detractores del rey, los cuales creen que el conjunto de las disposiciones del 337 (paz general y alianza) habrían sido dictadas a los griegos por un Filipo metido de golpe a *hegemon*, pero convertido, de hecho, en dueño absoluto; por la otra, tenemos el punto de vista de aquellos que, siendo más favorables a Filipo, no vacilan en reconocer que impuso la paz general a los griegos, pero que, después de eso, la alianza se habría cerrado entre miembros jurídicamente iguales, los griegos por un lado y el rey de los macedonios por el otro. La distinción entre estas dos interpretaciones es, sin duda, ilusoria, puesto que resulta bien evidente que si los griegos designaron a Filipo como *hegemon* y le concedieron plenos poderes para dirigir la guerra contra los persas, fue porque no podían hacer otra cosa y estaban en suma obligados a renunciar a cualquier libertad de actuación —también es evidente que si Filipo hubiera vivido, habría orientado tanto la política como las operaciones de la alianza sin preocuparse del parecer de los griegos, cuya aprobación había arrancado antes por la fuerza, como habría de hacer Alejandro—. La discusión sobre la relación entre la paz y la alianza tiene su interés jurídico, pero no se libra de ser un tanto académica vista desde la óptica de la realidad política del momento.

En la primavera del 336 las fuerzas estaban ya reunidas y la expedición comenzó con el envío de 10.000 hombres a Asia, capitaneados por Parmenión y Atalo. Este ejército atravesó el Helesponto y llegó a Cíci-co, mientras en las ciudades griegas de Asia estallaba un movimiento de insurrección contra el dominio persa. Filipo debía seguirles con el grueso del ejército, formado por contingentes proporcionados por los aliados griegos. Pero fue asesinado en julio del 336 y su hijo Alejandro

⁶⁰ *Infra*, pp. 177 ss.

proclamado rey⁶¹. Éste reemprendería los planes de su padre, pero dándoles un alcance que el adversario de Demóstenes tal vez no había imaginado.

Así terminaba el desafío que durante más de veinte años había enfrentado a un brillante militar, taimado diplomático y hábil político, con el más importante orador de Atenas, convertido en portavoz de la libertad griega y de la democracia ateniense. El historiador, que no dispone más que de testimonios apasionados y parciales, llega a preguntarse dónde estaba la raíz del problema. ¿Era Filipo, según nos lo muestra Demóstenes, un bárbaro ansioso de someter a la Grecia de las *poleis*, dispuesto a comprar las conciencias y que no retrocedía ante nada para asegurar su poder? ¿O bien, como se complacen en describirlo Esquines o Isócrates, era un verdadero griego, deseoso de poner fin a las disputas que dividían a las ciudades, admirador sincero de una Atenas a la que deseaba asociar a sus proyectos y con respecto a la cual demostró una particular mansedumbre? ¿La justificación de la guerra contra los persas, para vengarse de las afrentas cometidas contra los dioses griegos, constituía simplemente un pretexto para lanzarse a la conquista de un mundo en crisis, que parecía una presa fácil, o se trataba de la expresión de una piedad sincera? Sin pretender a toda costa armonizar lo que es irreconciliable, cabe preguntarse si hay necesidad de contraponer tan categóricamente al Filipo de Demóstenes y al de Isócrates. La obra llevada a cabo por Filipo en Macedonia, así como su habilidad militar y diplomática, revelan a un personaje de gran talento. Su prematura muerte impide, evidentemente, emitir un juicio definitivo sobre las metas que se había marcado y no debemos excluir que tuviera la vista puesta más allá del simple control del mundo de las ciudades griegas y que, consiguientemente, la obra de Alejandro sea en parte una continuación de la suya.

La misma incertidumbre surge respecto a Demóstenes, en quien podemos ver, a un tiempo, al ardoroso patriota, consciente del peligro que amenazaba a Atenas y al que el futuro daría la razón, y al político sin escrúpulos, preocupado ante todo de sí mismo y de su carrera y dispuesto a sacrificar los auténticos intereses de Atenas por mantenerse fiel a su personaje.

En realidad, el problema es bien distinto. Consiste en comprender por qué a mediados del siglo IV las ciudades griegas se habían convertido en una presa fácil, y por qué las más poderosas de entre ellas, las que habían dominado en el siglo anterior, no se encontraban ya en condiciones de asegurar la defensa común. Dicho de otra manera, lo que está en el centro del debate es el problema de la crisis de la ciudad griega en el siglo IV.

⁶¹ Sobre las condiciones del acceso al trono de Alejandro, véase *infra*, p. 227. Los móviles del asesinato de Filipo siguen estando, en parte, oscuros dentro de su complejidad, pero desde luego hay que tener en cuenta, junto a ciertos enfrentamientos políticos en el interior de Macedonia, los odios e inquietudes provocados por el reciente matrimonio del rey con la joven Cleopatra, matrimonio que evidentemente empujaba a un segundo plano a la reina Olimpia y amenazaba con dañar, a la larga, los derechos de Alejandro a la sucesión.

CAPÍTULO IV

LOS CONFINES ORIENTALES DEL MUNDO GRIEGO

El siglo IV no se reduce únicamente a esas inútiles disputas que enfrentaron a las ciudades griegas. En la periferia del mundo helénico se desarrollan una serie de Estados, más o menos estructurados, que constituyen una creciente amenaza para los griegos: Macedonia se revelaría como el más temible de todos ellos. Pero existen otros que, menos directamente implicados en los grandes conflictos que dividen ahora al mundo griego, ocupan ya su propio puesto, o se preparan para ocuparlo, en el concierto de los pueblos mediterráneos. Dejaremos de lado aquí, puesto que rebasan los límites geográficos de este volumen, a los celtas que se establecen en el Occidente, a los pueblos itálicos, cuya amenaza sobre las ciudades griegas de Italia va en aumento, y a los ilirios o reino del Épiro⁶². Pero, aun ateniéndonos a la cuenca oriental del Mediterráneo, ya hemos examinado qué lugar ocupaban en la historia del mundo griego los reinos tracios o el reino del Bósforo. Las intrigas políticas y las relaciones comerciales creaban una serie de lazos que no dejaron de modificar el equilibrio logrado en el siglo precedente, e incluso interferían las relaciones entre las ciudades griegas y el Imperio persa. Desgraciadamente, nuestra información sobre este aspecto ofrece, con demasiada frecuencia, grandes lagunas. Durante mucho tiempo, apenas han sido utilizadas más que las fuentes griegas, y de estos territorios tan sólo se ha dado la imagen transmitida por los griegos. Hoy en día, la arqueología permite adivinar algunas transformaciones, todavía imprecisas, aunque indudablemente debieron de tener su influencia sobre la historia de las ciudades griegas, influencia tanto más segura desde el momento en que el enorme peso del Imperio persa había dejado de ser una realidad. En efecto, aquel inmenso edificio se desmorona por todas partes; sátrapas y dinastas, principalmente en las regiones del oeste, llevaban su propia política, contribuyendo todavía más a agravar las luchas planteadas en la cuenca oriental del Mediterráneo. Sería una imprudencia enlazar mecánicamente el surgimiento de nuevas fuerzas militares y políticas en Oriente con el ocaso del

⁶² Sobre este último país, sin embargo, cf. *infra*, p. 380.

Imperio persa, pero resulta difícil no ver algún tipo de relación entre estas dos series de hechos.

I.—LA DECADENCIA DEL IMPERIO PERSA EN EL SIGLO IV⁶³

Cuando comienza el siglo IV, Artajerjes II Mnemón ocupaba el trono desde el 404. Desde el inicio de su reinado, que duraría casi medio siglo, tuvo que hacer frente a una doble amenaza: por una parte, Egipto, que había vuelto a ser independiente, conocía un cierto resurgimiento bajo los faraones de las dinastías XXVIII-XXX; por otra parte, la alianza cerrada con Esparta durante los últimos años de la guerra del Peloponeso no superó en mucho tiempo a la victoria espartana desde el momento en que Esparta apoyó abiertamente al joven Ciro, hermano y rival del Rey. Las ambiciones de Ciro se vinieron abajo en Cunaxa⁶⁴, pero la ruptura entre Esparta y Susa no siguió siendo menos real, no sólo por la presencia de mercenarios espartiatas en Asia, sino, sobre todo, a causa de las ambiciones personales del rey Agesilao. No obstante, el despertar del imperialismo ateniense haría desaparecer esta tensión y permitiría al Rey, en el año 386, erigirse en árbitro y garante de la paz entre los griegos⁶⁵. Pero, mientras que las sucesivas renovaciones de la "paz del Rey" en 374, 371 y 366, parecían concederle cada vez mayor prestigio y autoridad, la verdad es que el soberano persa ya no estaba en condiciones de ejercer su autoridad dentro de los propios límites de su imperio, y que el abatimiento de esa autoridad tenía una doble consecuencia: convertir al Imperio en una presa apetecible para aquellos que soñaban con conquistas y colonizaciones, y permitir además el fortalecimiento de una serie de culturas originales, en el interior de las cuales la influencia griega actuaría como un fermento.

⁶³ OBRAS DE CONSULTA.—La bibliografía de carácter general sobre el Imperio persa figura en el volumen anterior, notas 1 y 2; a ella debemos añadir: *Atti del convegno sul tema: La Persia e il mondo greco-romano*, Accad. Naz. dei Lincei, Roma, 1966; G. Walser (ed.), *Beiträge zur Achämenidengeschichte*, Wiesbaden, 1972; F. Herzfeld, *The Persian empire. Studies in geography and ethnography of the Ancient Near East*, Wiesbaden, 1968.

Sobre la revuelta de los sátrapas: R. P. Austin, *Athens and the satraps' revolt*, *J.H.S.*, LXIV, 1944, pp. 98-100.

Un nuevo documento sobre la historia de los Hecatómnidas: H. Metzger, E. Laroche y A. Dupont-Sommer, *La stèle trilingue récemment découverte au Létôon de Xanthos*, *C.R. Acad. Inscr.*, 1974, pp. 82-93, 115-125, 132-149.

Sobre Judea: H. Kreissig, *Die Sozialökonomische Situation in Juda zur Achämenidenzeit*, Berlin, 1973.

Sobre Egipto: P. Cloché, *La Grèce et l'Égypte de 405/4 à 342/1*, *Rev. Egyptol.*, n. s., I, 1919, pp. 210 ss.; II, 1921, pp. 82 ss.; W. Schur, *Zur Vorgeschichte des ptolomäerreiches*, *Klio*, XX, 1926, pp. 270 ss.; F. Zucker, *Athen und Ägypten bis auf den Beginn der hellenistischen Zeit*, *Festschr. Schubart*, Leipzig, 1950, pp. 146 ss.; F. K. Kienitz, *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum Jahrhundert vor der Zeitwende*, Berlin, 1953; Ed. Will, *Chabrias et les finances de Tachôs*, *R.E.A.*, LXII, 1960, pp. 254 ss.; M. F. Gyles, *Pharaonic policies and administration 663 to 322 B.C.*, Chapel Hill, 1959 (muy precipitado); P. Salmon, *La politique égyptienne d'Athènes (VI-IV^e s.)*, Bruxelles, 1965.

⁶⁴ *Supra*, p. 18.

⁶⁵ *Supra*, p. 23.

Ya los últimos años de la guerra del Peloponeso habían permitido a algunos sátrapas occidentales, como Tisafernes, intervenir en los asuntos griegos y practicar una política personal. Inmediatamente después de Cunaxa, el Gran Rey pudo pensar todavía que ejercía un sólido dominio, tanto más cuanto que Atenas aún se encontraba fuera de combate. Pero la reanudación de las luchas entre Atenas y Esparta, las ambiciones de Agesilao, las operaciones de los estrategos atenienses, no tardarían en favorecer de nuevo las intrigas de los sátrapas. Farnabazo, el enemigo de Tisafernes, y Autofradates, sátrapa de Lidia, apoyaron la política de Atenas cuando ésta comenzaba a establecer sus posiciones en el Egeo y sus estrategos apoyaban a Evágoras de Chipre contra el Gran Rey y ayudaban al faraón Acoris a conservar la independencia de Egipto. Si bien las fuerzas persas consiguieron volver a situar a Chipre bajo el control del Rey, fracasaron ante la defensa egipcia, asegurada por el ateniense Cabrias. Sin embargo, el Gran Rey consiguió que los atenienses retiraran a este último y, como los lazos entre Atenas y Susa se habían estrechado momentáneamente, Ifícrates fue enviado a Asia para participar, junto a Farnabazo, en una nueva expedición contra Egipto.

El fracaso de este segundo intento de reconquista (373) originaría la primera rebelión general de los sátrapas, que estalló en el año 371. Entre los sátrapas que intentaron sustraerse a la autoridad del Rey destacan dos personalidades: Datames, sátrapa de Capadocia, que había creado un auténtico principado al anexionarse la costa paflagonia, y Ariobarzanes, sátrapa de Frigia, que aparece como jefe de la insurrección. Atenas y Esparta, reconciliadas desde el 371, se aliaron con los sátrapas rebeldes, mientras que el Rey establecía una alianza con Tebas, por entonces la potencia más temible de Grecia. Esta alianza tuvo, por lo demás, un carácter más teórico que real, y los éxitos de los sublevados provocaron nuevas deserciones: Mausolo, sátrapa de Caria, Orontes, sátrapa de Misia, Autofradates, sátrapa de Lidia, que hasta entonces había mantenido una actitud de fidelidad hacia el Rey, se unieron a la rebelión, así como Taco, hijo del faraón Nectanebo, que sumó al campo de los sublevados la ayuda de Egipto. En el año 361, cuando la situación parecía dramática, los desacuerdos entre los sátrapas, la muerte de Nectanebo y las dificultades de Atenas, que tuvo que reclamar a sus estrategos, permitieron a Artajerjes III Oco volver a hacerse con la situación. La orden dada a los sátrapas de licenciar a sus mercenarios suscitó, en principio, un rebrote de la sublevación, pero la llamada de Cares por parte de Atenas acabó conduciéndola al fracaso. Artabazo, hijo de Farnabazo, que había sido el cabecilla de esta segunda rebelión, huyó a Macedonia.

Sin embargo, el éxito de Artajerjes III no fue completo, pues su incapacidad para reconquistar Egipto provocó nuevas defecciones en Fenicia y en Chipre. Ayudado por Idrieo de Caria, sucesor de Mausolo, el Gran Rey consiguió recuperar Fenicia, y finalmente Egipto, en el 345⁶⁶. Res-

⁶⁶ Vid. más adelante, p. 66.

taurada así la unidad del Imperio, Artajerjes III Oco implantó el terror en las provincias reconquistadas, abandonando sobre todo la política de tolerancia religiosa que había caracterizado a los Aqueménidas desde Ciro. De tal suerte que en Egipto los santuarios fueron profanados, los sacerdotes perseguidos, y los libros de *Esther* y de *Judith* nos han transmitido el recuerdo de las persecuciones emprendidas en Judea. Pero el Rey se esforzó también en restablecer su autoridad en el Imperio mediante una reorganización de las satrapías, mientras vigilaba de cerca lo que ocurría en Europa. Sin embargo, terminó siendo víctima de aquellos mismos sobre los que pretendía fundamentar su autoridad: en el año 336 fue asesinado por Bagoas, comandante de la guardia real, que puso en el trono a Darío III Codomano, monarca que debería enfrentarse a la coalición que Filipo había preparado contra él⁶⁷.

La aparente reconstrucción de la unidad imperial no debe llamarnos a engaño. Por ser una construcción heterogénea, el Imperio persa sólo se sostenía gracias a la debilidad de sus adversarios. El siglo III había llegado a ver cómo los sátrapas adquirían una independencia cada vez mayor, incrementada además por sus intrigas con las ciudades griegas y la utilización de mercenarios. La antigua separación entre poderes civiles y militares ya no era más que una pura formalidad: ¡mediante la acuñación de moneda los sátrapas podían comprar los servicios de un *condottiero*, incluso de un estratega ateniense o de un rey espartano! Es más, algunos sátrapas fundaron auténticas dinastías, por ejemplo Datames, Farnabazo o Hecatomno el Cario, por no hablar sino de los más poderosos.

El caso de Hecatomno y su hijo Mausolo es particularmente significativo. Hecatomno, hijo de Idrieo, consiguió imponer su dominio sobre las ciudades griegas de la costa de Caria, principalmente en Cnido y Halicarnaso, a la que su hijo Mausolo nombró su capital. Casado con su hermana Artemisa, reinó durante un cuarto de siglo e intervino en todos los asuntos del Egeo. Participó en la gran rebelión de los sátrapas, pero su adhesión a Oco le permitió conservar su satrapía después de la victoria del Rey. Promovió en contra de Atenas la sublevación de los aliados, que marcó el final de la hegemonía ateniense⁶⁸, lo que le permitió reforzar su autoridad sobre las ciudades griegas de la costa, tales como Milasa, Iaso, Heraclea del Latmo, etc., así como sobre Rodas y Cos, en teoría independientes, aunque no dejaron de caer bajo su influencia. Disponía de una pujante flota fondeada en Halicarnaso, en donde hizo construir un palacio-fortaleza. No obstante, seguía siendo, teóricamente, sátrapa, y si bien es verdad que acuñó monedas de plata, se abstuvo en cambio de acuñar oro. En las ciudades griegas que dependían de él, los decretos de las asambleas eran formulados en nombre del Rey y del sátrapa. Continuaba enviando a Susa el tributo de su provincia, y el consejo de los carios enviaba delegados ante el Rey. Pero esa sumisión era más teórica que real, y

⁶⁷ *Supra*, p. 59.

⁶⁸ *Supra*, p. 39.

nada simboliza mejor el poder de Mausolo que la magnífica tumba que, a la muerte del sátrapa, hizo construir para él su hermana-esposa Artemisa. La estatua colosal que ha sido encontrada en las ruinas del mausoleo de Halicarnaso proporciona una elocuente imagen de estos sátrapas helenizados, precursores de los reyes helenísticos. Sabemos que, para decorar la tumba de su esposo, Artemisa hizo venir a Halicarnaso a los artistas más renombrados del mundo griego, como Escopas, Briaxis y Leócares, decisión que imitaba una costumbre iniciada por los grandes sátrapas de comienzos del siglo, cuyas monedas son suficiente exponente de hasta qué punto sentían la atracción del helenismo. Además, es en Asia Menor en donde aparecen algunas de las obras más relevantes del arte griego del siglo IV. El mausoleo de Halicarnaso era considerado en la Antigüedad como una de las siete maravillas del mundo, y la amplitud de sus proporciones, así como la riqueza de su decoración, simbolizan la importancia del sátrapa de Caria. Todo ello suponía la posesión de unos medios financieros considerables. En esa colección de estratagemas financieras que es el segundo libro del *Económico* pseudo-aristotélico figuran una serie de anécdotas relativas a las dificultades financieras de Mausolo y a los procedimientos mediante los cuales pudo superarlas. Lo cierto es que siempre recurría a obligar a los habitantes de las ciudades costeras a contribuir "voluntariamente", haciéndoles temer las represalias del Rey. Sería arriesgado intentar extraer demasiadas consecuencias de tales anécdotas, que revelan al menos la persistencia del carácter elemental de la organización financiera persa y los recursos extremos a los que, con frecuencia, debía apelar.

La personalidad de Mausolo, la brillantez de su sepulcro, la leyenda que después de su muerte cultivó su esposa Artemisa, contribuyen a ilustrarnos sobre la descomposición del Imperio persa. No conservamos informaciones tan precisas para otras zonas del mundo persa, y, por ejemplo, no parece que en Babilonia este período haya estado marcado por cambios intensos. Mientras que la parte occidental del Imperio sufría profundamente la impronta del helenismo, en las satrapías orientales las estructuras tradicionales permanecían inalteradas. Por lo que hace al territorio sirio-palestino, conoció asimismo la influencia griega, pero de una manera mucho más esporádica. No sabemos casi nada de la historia de Judea en el siglo IV: como comunidad semiautónoma de carácter sacerdotal⁶⁹, emite monedas de plata que copiaban modelos atenienses, y cabe imaginar que existieron contactos con el mundo griego. Pero es forzoso confesar nuestra ignorancia respecto a las otras partes del Imperio, si exceptuamos el caso de Egipto.

Los historiadores actuales no se ponen de acuerdo sobre el año en que Egipto recobró su independencia, si fue en el 404 o en el 401. De cualquier forma, cuando comienza el siglo IV este hecho ya había sucedido. La liberación fue obra de un tal Amirteo, del que no sabemos prácticamente nada: fue el único representante de la dinastía XXVIII, y su reina-

⁶⁹ Véase el volumen anterior, pp. 25 ss., e *infra*, p. 549.

do acabó en el año 398. Su sucesor, y primer faraón de la dinastía XXIX, fue Neferites, el cual reinó entre los años 398 y 392. Dada la presencia de navíos egipcios entre las cien trirremes destruidas por Conón, cabe deducir que debió aliarse con los espartanos, que estaban entonces en guerra contra el Gran Rey. Pero el acercamiento efectuado, a partir del año 392, entre Esparta y los persas, para contrarrestar las ambiciones atenienses, conduciría a Acoris, sucesor de Neferites, a buscar la alianza con los atenienses. Atenas apoyaba en estas fechas la sublevación de Evágoras de Chipre contra el Rey, movimiento que fracasó, según vimos, pese al envío de cincuenta naves egipcias. La presencia del ateniense Cabrias y de mercenarios griegos en Egipto permitió a Acoris, sin embargo, resistir ante los persas y salvaguardar la independencia egipcia. Pero a su muerte, en el 380, siguió un período de disturbios que encontró fin con el acceso al trono de quien sería el último gran soberano del Egipto independiente, Nectanebo, fundador de la XXX dinastía. Su reino se significó, en principio, por un nuevo ataque de los persas, tanto más peligroso porque los atenienses combatían ahora junto al Gran Rey, en cuya ayuda habían enviado a Ificrates, y porque el ejército real estaba dirigido por Farnabazo⁷⁰. Este último llegó a penetrar en territorio egipcio y marchó sobre Menfis, pero no consiguió apoderarse de la ciudad y se batió en retirada.

Egipto disfrutó, a partir de esos momentos, de algunos años de prosperidad, de los que son testimonio los importantes trabajos de reconstrucción fechables en el reinado de Nectanebo, obras que implican que el faraón disponía de considerables ingresos y que la tranquilidad imperante en el país le permitía consagrarlos a actividades pacíficas. Pero las cosas cambiaron a partir del 336, cuando el faraón asoció al trono a su hijo Taco, hombre ambicioso que pensó en hacer la guerra al Imperio persa en el momento en que el Gran Rey tenía que enfrentarse a la rebelión de los sátrapas. Ahora bien, para acometer ese proyecto precisaba soldados. En el 366 Taco envió embajadores a Esparta y a Atenas, que se habían reconciliado, para reclutar mercenarios. Esparta le envió al viejo Agesilao con 1.000 hoplitas, Atenas a Cabrias con 10.000 mercenarios. Esto representaba un inmenso gasto para el faraón. Si damos crédito al libro II del *Económico*, al que ya hemos hecho alusión, fue Cabrias quien le apuntó al monarca los procedimientos para lograr dinero: por una parte, imponer pesadas cargas a los templos; por la otra, crear un cierto número de tasas sobre las transacciones comerciales, los talleres, etc. Estos recursos permitieron a Taco, a comienzos del 361, iniciar una campaña victoriosa en Siria, pero no tardaron mucho en mostrarse nefastos. Durante su ausencia, Taco había confiado la regencia a su hermano Tamo, quien se encontró bien pronto ante el estallido de una revuelta generalizada. Hizo venir entonces hasta Egipto a su hijo Necterebo (llamado también Nectanebo II), que acompañaba a Agesilao. Abandonado por una parte de su ejército, así como por Cabrias y los atenienses, Taco se refugió junto al

⁷⁰ *Supra*, p. 61.

Gran Rey, y Necterebo continuó siendo el dueño de Egipto. Reinaría quince años; para anular las impopulares medidas de Taco, restituyó las propiedades a los templos y realizó numerosas reconstrucciones. Es también verosímil que disminuyese el peso de las tasas más pesadas. Pero acabaría sucumbiendo ante la ofensiva de Oco en el 345 y se refugiaría en el Alto Egipto, en donde resistió hasta el 341.

Egipto volvió a ser una satrapía y fue entregada al saqueo. Los años anteriores a la llegada de Alejandro están jalonados por revueltas esporádicas que, como contribuirían aún más a debilitar al país, convertirían a Egipto en una presa fácil para el macedonio⁷¹.

Así pues, el siglo IV supone para Egipto el último coletazo de independencia y constituye un período de indiscutible resurgimiento. Sin embargo, como sucede en todas las satrapías occidentales del Imperio persa, causa sorpresa la permanencia de la presencia griega. No solamente los faraones de las dos últimas dinastías tienen a su servicio mercenarios griegos —cosa que no es novedad—, sino que además sus consejeros, como era el caso, por ejemplo, de Cabrias, son griegos: Taco recauda tasas y acuña monedas de tipo griego. Por último, es incluso posible detectar rasgos de influencia griega en el ámbito del arte, por ejemplo en los relieves que adornan la tumba de Petosiris, un sacerdote de Hermópolis. Y así, la entrada de Egipto en el mundo helenístico se producirá de forma muy natural.

Este breve compendio de la evolución del Imperio persa en el siglo IV requiere una doble conclusión. Por una parte, su historia revela la existencia de fermentos de desunión, que se explican por la mediocridad de los dos soberanos que reinaron en Susa durante la mayor parte del siglo, y, en lo que concierne al menos a las regiones occidentales, por las intrigas de las ciudades griegas. Pero la mediocridad de sus reyes sólo posee valor explicativo porque, a pesar de la organización dada al Imperio por Darío en las primeras etapas del siglo anterior, aquel Imperio seguía siendo una construcción heterogénea cuyo único elemento de unidad lo constituía, precisamente, la persona del Rey. Hasta donde pueden ser conocidas, las estructuras sociales se mantuvieron sin cambios en las diferentes satrapías del Imperio, y particularmente en aquellas formadas por el núcleo iranio y mesopotámico. Además, en las satrapías occidentales y en Egipto, la influencia griega se deja notar con mayor intensidad que en el siglo anterior, aunque queda limitada a las regiones de la costa y realmente no alcanza más que a las clases dirigentes. La masa de la población rural se mantiene en la condición de dependencia que siempre le había sido propia, y debemos guardarnos de interpretar el incremento de las acuñaciones de los sátrapas como una introducción de la economía monetaria, que habría trastornado las estructuras económicas y sociales tradicionales, puesto que tales acuñaciones estaban esencialmente destinadas

⁷¹ *Infra*, p. 240.

a asegurar el pago a los mercenarios y tan sólo pudieron incidir de forma marginal sobre la economía general de las satrapías.

Así pues, era Persia un mundo bárbaro sin unidad real, un territorio que los teóricos griegos del siglo IV animaban a sus conciudadanos a colonizar y que llegaría a plantear inmensos esfuerzos a sus futuros conquistadores.

II.—LOS ESTADOS “BÁRBAROS” SEPTENTRIONALES:

TRACIA Y EL REINO DEL BÓSFORO⁷²

Las relaciones de los Estados griegos con el mundo oriental en el siglo IV no pueden quedar sólo reducidas a sus relaciones con el Imperio persa, pues en los confines septentrionales del mundo egeo vemos cómo crecen ahora un grupo de poderosos Estados, cuya intervención en los asuntos griegos se hace cada vez más frecuente. Ya hemos recordado el caso de Macedonia, pero no debemos pasar por alto a otros dos Estados cuya historia está más o menos estrechamente ligada a la de Atenas: el reino tracio y el reino del Bósforo.

En el volumen anterior se ha examinado cómo se desarrollaron los intereses atenienses en el norte del mar Egeo y, por consiguiente, las relaciones que Atenas había establecido con los soberanos de los odrisios. El reino de Odrísida había empezado a configurarse con Sitalces, que había impuesto su dominio a las tribus tracias establecidas entre el Danubio, el Estrimón, el Ponto Euxino y el Egeo. Pero es difícil saber si había constituido realmente un Estado dotado de estructuras administrativas. Sin embargo, a partir de aquel momento, las ciudades griegas litorales habían servido de estaciones de enlace entre el reino odrisio y el mundo griego: y así, en el 431, fue un ciudadano de Abdera quien contribuyó a la firma

⁷² OBRAS DE CONSULTA.—La bibliografía sobre el reino tracio y el del Bósforo se ha enriquecido considerablemente durante los últimos años gracias a las investigaciones búlgaras y soviéticas.

Sobre el reino (o los reinos) tracio, aún puede utilizarse el antiguo artículo de A. Hoeck, *Das Odrystenreich in Thrakien im V. und IV. Jahrhundert v. Chr.*, *Hermes*, 1891, pp. 78 ss., así como el libro de A. Solari, *Sui dinasti dei Odrisi*, Pisa, 1912; entre los trabajos recientes deben citarse el primer volumen de las *Actes du I^{er} Congrès d'Etudes thraces, Thracia*, Sofía, 1972, que contiene una bibliografía completa de las obras consagradas a la arqueología y a la historia de Tracia aparecidas entre 1966 y 1971, confeccionada por K. Jordanov; el pequeño libro de A. Fol, *Political History of the Thracians* (en búlgaro, con un resumen en francés), Sofía, 1972; y, del mismo autor, *Die Politik des Odrisischen König Kotys I. und die ägäischen Städte Griechenlands im IV. Jahrhundert v. u. Z.*, en E. Ch. WELSKOPF (ed.), *Hellenische Poleis. Krise-Wandlung-Wirkung*, III, Berlín, 1973, pp. 993 ss.

Sobre el reino del Bósforo, además de M. Rostovtzeff, *The Bosporan Kingdom*, C.A.H., VIII, pp. 785 ss., véase fundamentalmente V. F. Gaidukevic, *Das Bosporanische Reich* (con un apartado de actualización bibliográfica, que contiene las obras y artículos aparecidos desde 1949, escrito por G. Janke), Berlín, 1971; hay que añadir D. P. Kallistov, *Zur Stellung der Polis im Bosporanischen Reich*, en *Hellenisch Poleis*, II, Berlín, 1974, pp. 587-607; J. Kruskol, *Die griechischen Reich im 4. und 3. Jahr. v. u. Z.*, *ibid.*, II, pp. 608-647.

de una alianza entre Atenas y Sitalces, pues estaba casado con la hermana del rey. Las primeras monedas tracias de tipo griego fueron acuñadas en el año 429 por el hermano de Sitalces, Esparadoco, que se había adueñado de Olinto, indudablemente para pagar a sus mercenarios griegos.

El sucesor de Sitalces fue su sobrino Seutes I, el cual recibió la ciudadanía ateniense y mantuvo relaciones amistosas tanto con Atenas como con Macedonia. A comienzos del siglo IV encontramos a Amadoco I al frente del reino de los odrisios; su reinado estuvo afectado por una serie de conflictos internos. Jenofonte escribe que el ateniense Trasíbulo se esforzó, en el año 389, por reconciliar a un personaje llamado Amadoco, rey de los odrisios, con otro llamado Seutes, dueño de la región costera: se trata, con toda probabilidad, del Seutes con el que Jenofonte mantuvo personalmente relación cuando regresaba la expedición de los Diez Mil, y que descendía del fundador de la dinastía odrisia, Teres. Pero desconocemos cuáles eran exactamente sus lazos de parentesco con Amadoco. Además, de nuestras fuentes, que no son absolutamente claras, parece deducirse que desde finales del siglo V existieron no uno sólo, sino dos reinos odrisios: uno controlaba la Tracia superior, y el otro la región litoral. En los años siguientes figura en las monedas un nuevo nombre, el de Hebricelmis, personaje conocido asimismo por un decreto honorífico ateniense del 386/5, que revela la persistencia de las buenas relaciones entre los soberanos odrisios y Atenas. Hebricelmis había sido, sin duda, el sucesor de Amadoco, pero ignoramos si Seutes se había mantenido como dueño de la región litoral. En cualquier caso, el reino parece reunificado durante el reinado de Cotis I, que comienza en el 383/2. Las monedas de este último presentan en el reverso un vaso del tipo llamado *kypsele*: pues bien, resulta que a partir de Cotis el reino odrisio tuvo una capital, Cipsela, lo que implica un fortalecimiento de la autoridad real que se manifiesta en unas acuñaciones que ya no dependen de los talleres de las ciudades griegas de la costa. El reino de Cotis, que duró veintitrés años, lo conocemos principalmente por sus relaciones con Atenas, relaciones en principio amistosas, más tarde hostiles, a partir del 364. Asesinado en el año 360, Cotis fue sucedido por su hijo Cersobleptes, el cual heredó la guerra que enfrentaba a su padre con Atenas. En realidad, el poder se hallaba en manos del eubeo Caridemo, jefe de un grupo de mercenarios, el cual había recibido la ciudadanía ateniense, pero se había contratado al servicio de Cotis. Atenas apoyó, en contra de Cersobleptes, a dos pretendientes al trono, Berisades y Amadoco. En el 359 Cersobleptes aceptó la división del reino: mientras que él sólo conservaría la parte oriental, con Cipsela, prometió devolver a Atenas el Quersoneso de Tracia. Pero ya hemos visto que fueron todavía necesarios dos años de guerra para que Cersobleptes cumpliera su palabra⁷³. La verdad es que los reinos odrisios estaban condenados, ya desde entonces, por el empuje macedonio hacia los Estrechos, y ni el súbito cambio de Caridemo ni los esfuerzos ate-

⁷³ *Supra*, p. 39.

nienses pudieron impedir que Tracia entera cayese en manos de Filipo con la paz del 346⁷⁴.

Así pues, la historia de los tracios es inseparable, mucho más aún que en el siglo anterior, de la de las ciudades griegas y de la de Macedonia. Jenofonte nos proporciona un testimonio muy valioso sobre la vida de estos reyezuelos tracios. El banquete celebrado en la residencia de Seutes (*Anábasis*, VII, 3) evoca los banquetes de los reyes homéricos, y no puede dejar de sorprendernos el hecho de que los invitados entreguen regalos al rey. El griego de Maronea que ejerce la función de intermediario entre los generales griegos y Seutes comenta asimismo "...que era habitual, cada vez que Seutes convidaba a comer, que sus invitados le hiciesen un regalo" —situación que pone en apuros a un Jenofonte bastante desprovisto de medios...—. La narración de Jenofonte contiene algunas otras valiosas observaciones acerca del ejército de Seutes, de sus coraceros a caballo, de sus hoplitas y peltastas, o de la forma en que saqueaba las ciudades del llano y se apoderaba del ganado y de las personas, que hacía vender en Bizancio para pagar a sus mercenarios. Pero hemos visto también que los reyes odrisios acuñaban monedas de tipo griego, y que utilizaban, por lo menos al principio, los talleres de las ciudades griegas litorales sobre las que ejercían un control más o menos efectivo, efectuando todo tipo de imposiciones, aunque respetaban su autonomía política. La arqueología ha exhumado, en la actual Bulgaria, una serie de objetos griegos de importación y de producciones locales⁷⁵ que revelan la mano de artistas griegos o helenizados, quienes trataban de satisfacer los gustos de los príncipes que contraían matrimonio con mujeres griegas o que casaban a sus hermanas o a sus hijas con generales griegos, cuyos servicios se aseguraban mediante ese enlace. Un fragmento del poeta cómico Anaxándridas describe de manera enfática e irónica a un tiempo el banquete ofrecido por Cotis con motivo del matrimonio de su hija con el ateniense Ifícrates, y detrás de sus palabras se vislumbra el desprecio de un griego hacia aquellos reyes bárbaros que se sentían griegos. Nos gustaría poder traspasar estas pinceladas sobre las costumbres y conocer más datos acerca de la organización de tales reinos y de cómo el rey ejercía su autoridad sobre las distintas poblaciones, en su mayoría campesinas. Pero nos vemos obligados, en el estado actual de conocimientos, a contentarnos con los escasos testimonios de las fuentes.

⁷⁴ *Supra*, p. 50.

⁷⁵ ¿Debemos, como pensaba Rostovtzeff y como yo mismo he supuesto, interpretar la presencia de tales objetos de fabricación local como prueba de una disminución de las importaciones griegas y, en particular, atenienses? En la actualidad, ya no lo afirmaré tan tajantemente. Lo cual no quiere decir que no creamos que el desarrollo de ese artesanado local refleja, probablemente, una serie de modificaciones en las estructuras internas de aquellos reinos, relacionadas con la integración más o menos completa de las ciudades griegas de la costa. El mismo problema se plantea para el reino del Bósforo.

Se da el nombre de reino del Bósforo a un Estado greco-bárbaro que se constituyó en Crimea, en torno a la ciudad griega de Panticapea, y que, en el siglo IV, controló todas las ciudades a una y otra orilla del Bósforo Cimerio (estrecho de Kertch). Panticapea era una fundación milesia de finales del siglo VII o de comienzos del VI. Conocemos mal su historia primitiva, pero sabemos que la ciudad extendió su territorio fundando una serie de establecimientos a ambos lados del estrecho. En el 438 Panticapea pasó a poder de un príncipe de origen tracio, Espartoco I. Los espartócidas afianzaron su dominio sobre las ciudades griegas de la costa, así como sobre las zonas del interior agrícola y tomaron el nombre de *archontes* del Bósforo. A principios del siglo IV el arconte del Bósforo era Seleuco, quien, a partir del año 393, asoció al trono a su hijo Sátiro. Este último, muerto en 389/8, tuvo por sucesor a Leucón I, que reinaría durante un período de cuarenta años y dejaría el poder a sus dos hijos, Espartoco y Perisades, los cuales reinaron conjuntamente de 348/7 hasta 344/3, fecha de la muerte del primero, y Perisades permaneció al frente del reino hasta su muerte, en el año 311/10. Leucón y sus hijos mantuvieron durante todo el siglo relaciones amistosas con Atenas y fueron honrados con la ciudadanía ateniense. En algunas inscripciones de Panticapea y en otros lugares del reino Leucón se hace llamar "arconte del Bósforo y de Teodosia" (luego se había adueñado de aquella ciudad), pero en una de ellas añade que reina sobre las tribus de los sindos, de los tauros y de los dándaros: ésta es una situación que se generalizará en época helenística, cuando cualquier soberano griego o helenizado marca la diferencia entre la autoridad que ha recibido de los griegos y la que ejerce sobre los bárbaros.

El discurso *Contra Leptines* de Demóstenes contiene valiosas informaciones sobre las relaciones entre Atenas y el reino del Bósforo: cada año, Atenas recibía desde allí alrededor de 400.000 medimnos de trigo, la mitad de sus importaciones. Los mercaderes llegados de Atenas disfrutaban de privilegios fiscales en las ciudades del Bósforo: estaban exentos de la tasa de la trigésima sobre las exportaciones que pagaban los demás comerciantes y estaban autorizados a cargar sus naves con prioridad sobre el resto, concesión muy provechosa en períodos de carestía. Un decreto del 346, que renueva a favor de los hijos de Leucón los privilegios que Atenas había concedido a su padre, permite imaginar las ventajas que los soberanos del Bósforo esperaban obtener a cambio de los favores prodigados a los negociantes de Atenas: más que la ciudadanía ateniense y que la concesión de una corona en las Grandes Panateneas, privilegios puramente honoríficos, era la posibilidad de reclutar en Atenas las tripulaciones para su flota. Sabemos, por otra parte, que los negociantes que viajaban desde Atenas al Bósforo transportaban vino, aceite, vasos de calidad, armas, etc. Las excavaciones han puesto de manifiesto la importancia de esos intercambios, y se ha llegado a dar el nombre de "estilo de Kertch" a la última época de los vasos áticos de figuras rojas. Sin embargo, también aquí, como ocurría en Tracia, comprobamos el desarrollo, durante el siglo IV, de una producción artesanal local que combina la

influencia griega con la influencia escita e irania. Pero tal vez no debemos conceder a esa producción local una importancia excesiva, ni buscar en ello la explicación de la decadencia de las importaciones atenienses. Es cierto, en cambio, que durante el siglo IV se difundió en Crimea el cultivo de la vid. Sobre este punto, la arqueología soviética ha aportado algunas informaciones, cuya importancia para nuestro conocimiento de la economía griega de la época estamos empezando a vislumbrar: la explotación de la península de Quersoneso ha sacado a la luz una serie de establecimientos agrícolas, mientras que la fotografía aérea descubría una división del territorio (*chora*) de la ciudad en lotes de dimensiones aproximadamente iguales, cada uno de los cuales, rodeado de muros, contenía edificios para la explotación, en cuyo interior aparecieron numerosas lagares, evidente testimonio de que la vid constituía el cultivo dominante. Quersoneso era una colonia de Heraclea Póntica y no formaba parte del reino del Bósforo, pero podemos admitir que el crecimiento de la viticultura en su territorio originó una disminución de las importaciones de vinos de Grecia en toda la región.

Otros recientes estudios han permitido asimismo precisar la naturaleza de la autoridad ejercida por los soberanos del Bósforo sobre las ciudades griegas y las tribus bárbaras. Ya hemos señalado que los espartócidas se hacían llamar "*archontes* del Bósforo", y cabe poner este dato en relación con el título análogo de "*archon* de Sicilia" que figura aplicado en los decretos atenienses, hacia la misma época, a Dionisio el Viejo. El hecho de vincular una determinación geográfica con un título que designa, normalmente, una magistratura cívica, lo más seguro es que traduzca la existencia de un tipo de Estado distinto a la ciudad, aun cuando incluya dentro de sus límites a algunas ciudades de tipo griego. Del reino del Bósforo se ha llegado a decir que era "un reino helenístico antes de tiempo". El rey del Bósforo, "arconte" de Panticapea y de Teodosia, es también *basileus* de los bárbaros que pueblan la *chora* de sus ciudades y los territorios tribales conquistados, territorios que es posible suponer que hayan constituido, junto a las tierras de los ciudadanos, una *ge basiliké*, una "tierra real". Ésta es, al menos, la hipótesis recientemente formulada por un historiador rumano, quien se apoya en un pasaje del *Trapecítico* de Isócrates, en donde se alude a las tierras que administraba un tal Sopeo por cuenta de Sátiro I, y en un pasaje del *Contra Ctesifonte* de Esquines, en donde el orador menciona el donativo, hecho por este mismo Sátiro al abuelo de Demóstenes, de una localidad cercana a Fanagoria. La posesión personal de estas tierras es lo que habría permitido a los soberanos del Bósforo realizar donaciones de trigo a las ciudades griegas, operación que era diferente a la puesta en venta, en los puertos del reino, del trigo adquirido por medio del intercambio. En cuanto a los bárbaros que cultivaban aquellas tierras, se encontraban en esa posición de dependencia que será característica, un siglo más tarde, de los *basilikoi laoi* de los reinos helenísticos. Esas comunidades dependientes, que no eran esclavos, podían ser requeridas para combatir bajo las órdenes del rey, si damos crédito a un pasaje de Polieno (*Estratagemas*, VI, 9) relativo a unos sucesos de

época de Leucón. De ahí que su condición sea comparable a la de aquellas personas dependientes, “entre libres y esclavos”, que existían en otras partes del mundo griego, o a esos “periecos” griegos o bárbaros de quienes hablan algunos autores y cuyo estatus podía extender Filipo, según sugería Isócrates, a todos los súbditos del Gran Rey.

Así pues, estos reinos greco-bárbaros nos permiten entrever, ya desde antes de la conquista de Alejandro, una serie de formaciones políticas y sociales que volveremos a encontrar, aunque a escala muchísimo mayor, en la estructura de los reinos helenísticos.

CAPÍTULO QUINTO

CARACTERES DE LA VIDA INTERNACIONAL EN EL MUNDO GRIEGO DEL SIGLO IV

Si la complejidad de las luchas entre ciudades y las relaciones, más intensas ahora, con sus vecinos bárbaros en plena evolución, contribuyeron a debilitar a la Grecia de las ciudades frente a Macedonia, trajeron asimismo como consecuencia la creación de nuevos hábitos en lo concerniente tanto a la guerra en sí como a las relaciones internacionales propiamente dichas. En ese aspecto, el siglo IV constituye un momento privilegiado.

I.—LAS NUEVAS CONDICIONES DE LA GUERRA EN EL SIGLO IV⁷⁶

Primera observación: la guerra tiende cada vez con más fuerza a convertirse en actividad de *profesionales*. Si los ejércitos de las ciudades

⁷⁶ OBRAS DE CONSULTA.—La bibliografía sobre la guerra de Grecia es considerable, aunque la mayoría de los trabajos abordan, sobre todo, los aspectos propiamente técnicos. No obstante, algunos recientes estudios han insistido ya más en los aspectos económicos, sociales, políticos y religiosos de la guerra. Esta orientación se debe básicamente, en Francia, a A. Aymard, cuyos principales estudios en este campo fueron reunidos en *Etudes d'Histoire ancienne*, Paris, 1967, pp. 418 ss. Pueden leerse buenos resúmenes sobre los diferentes aspectos que aquí tocamos en el libro colectivo de J.-P. Vernant (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Paris, 1968; en Y. Garlan, *La guerre dans l'Antiquité*, Paris, 1972; y, fuera de Francia, en W. K. Pritchett, *Studies in ancient Greek military practices*, I-IV, Berkeley-Los Angeles, 1971-1985. Véase también M. Dieckhoff, *Krieg und Frieden im griechisch-römischen Altertum*, Berlin, 1962.

Sobre la composición de los ejércitos: H. W. Parke, *Greek mercenary Soldiers from the earliest times to the battle at Ipsos*, Oxford, 1933; G. T. Griffith, *The mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge, 1935; M. Launey, *Recherches sur les armées hellénistiques*, 2 vol., Paris, 1949-1950; A. Aymard, *Mercenariat et histoire grecque*, *Et. Hist. anc.*, pp. 487 ss.; G. Nussbaum, *The Ten Thousand. A study in social organization and action in Xenophon's Anabasis*, Leiden, 1967; J. Roy, *Xenophon's evidence for the Anabasis*, *Ath.*, XLVI, 1968, pp. 37 ss.; J.G.P. Best, *Thracian peltasts and their influence on Greek warfare*, Groningen, 1969; Y. Garlan, *Les esclaves grecs en temps de guerre*, *Actes du Colloque d'Histoire sociale*, Besançon, 1970, Paris, 1972, pp. 29 ss.; K.W. Welwei, *Unfreie im antiken Kriegsdienst, I: Athen und Sparta*, Wiesbaden, 1974.

todavía se reclutan, teóricamente, entre los ciudadanos capaces de poseer una panoplia, de ahora en adelante serán realmente los mercenarios quienes integren la parte esencial de las tropas. Volveremos luego a ocuparnos de este resurgimiento del mercenariado cuando estudiemos la crisis general de la ciudad⁷⁷. Limitémonos aquí a subrayar los diversos aspectos de esta profesionalización de la guerra.

Hasta el término de la guerra del Peloponeso, la falange hoplítica constituía el núcleo de todos los ejércitos griegos, y eso confería al combate en campo abierto su carácter de *agon*, de "concurso" entre dos ejércitos de naturaleza similar. Teóricamente, todos los ciudadanos capaces de procurarse su propio equipamiento forman parte de dicha falange, y, todavía a principios del siglo IV, los tratadistas políticos desean que sea únicamente a aquéllos a quienes se reconozca el derecho a ocuparse de los asuntos de gobierno. Pero, ya en el siglo V, la multiplicación de las guerras había forzado a las ciudades a ampliar el reclutamiento de sus regimientos de hoplitas: Atenas, por ejemplo, compuso sus ejércitos no sólo con ciudadanos y aliados, sino también con metecos que alcanzaban el censo hoplítico. De forma paralela, Esparta incorporó en sus filas a algunos regimientos de hoplitas periecos, y no vaciló, cuando la situación fue grave, en dar las armas a los hilotas y utilizarlos en la falange.

Esta última conserva su prestigio en el siglo IV y aunque, como destaca Isócrates, esté formada cada vez por un número mayor de extranjeros (*Paz*, 48), continúa siendo el núcleo central de los ejércitos cívicos. Pero, en torno a ese núcleo, existen nuevos grupos que en lo sucesivo van a adquirir mayor importancia. En primer lugar, la infantería ligera, cuyo ejemplo mejor conocido es el de los *peltastas* de Ificrates, el cual, en el curso de las operaciones efectuadas por el Peloponeso en los primeros decenios del siglo IV, perfeccionó el equipamiento de estas tropas sumamente móviles: escudo redondo de mimbre (*pelte*), sandalias ligeras llamadas "ificrátidas" en recuerdo del estratega, armadura menos pesada,

Sobre la efebía ática: Chr. Pelekidis, *Histoire de l'Ephébie attique des origines à 31 av. J.-C.*, Paris, 1962; O.W. Reinmuth, *The ephebic inscriptions of the fourth century B.C.*, Leiden, 1971.

Sobre los nuevos sistemas de combate del siglo IV: F. E. Adcock, *The Greek and Macedonian art of war*, Berkeley-Los Angeles, 1957; J. K. Anderson, *Military theory and practice in the age of Xenophon*, Berkeley-Los Angeles, 1970; P. Lévêque y P. Vidal-Naquet, *Epaminondas pythagoricien et le problème tactique de la droite et de la gauche*, *Hist.*, IX, 1960, pp. 294 ss.

Sobre la defensa del territorio y de las ciudades, las fortificaciones y la poliiorcética, *vid.* ahora en particular Y. Garlan, *Recherches de poliiorcétique grecque*, Paris, 1974 (con la bibliografía); asimismo F. E. Winter, *Greek fortifications*, London, 1971.

Sobre la marina: L. Casson, *Ships and Seamanship in the ancient world*, Princeton, 1971; J. Taillardat, *La trière athénienne et la guerre sur mer aux V^e et au IV^e s.*, en J.-P. Vernant, *op. cit.*, pp. 183 ss.

Sobre las «leyes de la guerra»: P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique*, Paris, 1968; R. Lonis, *Les usages de la guerre entre Grecs et Barbares des guerres médiques au milieu du IV^e s.*, Paris, 1969.

⁷⁷ *Infra*, p. 94.

que proporcionaba a los soldados mayor movilidad, lanza más liviana que la del hoplita. Y luego, la multiplicación de unidades especializadas (arqueros, lanzadores de venablos, honderos, etc.), generalmente reclutados entre las poblaciones bárbaras que suministraban a los griegos una parte de sus mercenarios. Pero es digno de señalar el hecho de que cuando Atenas, hacia mediados de siglo, convirtió a la efebía en un servicio militar al que fueron adscritos todos los jóvenes atenienses⁷⁸, su instrucción consistirá no sólo en aprender a combatir como un hoplita (*hoplomachein*), sino a manejar el arco, la jabalina y la catapulta: hasta tal punto es verdad que desde entonces la infantería ligera, así como lo que cabría llamar el cuerpo de ingenieros, habían pasado a ser un elemento necesario en la composición de los ejércitos, junto a la falange tradicional.

Los "ingenieros" constituyen, desde luego, otro nuevo grupo en la composición del ejército. La tradición pretendía, es cierto, que Pericles ya hubiera utilizado máquinas de guerra en el asedio de Samos, y sabemos que el ariete llegó a emplearse durante la guerra del Peloponeso, pero eran todavía máquinas muy elementales. Sin embargo, en el siglo IV, paralelamente al desarrollo de las fortificaciones urbanas, el perfeccionamiento de las máquinas de asedio demanda la presencia de un personal especializado. El *mechanopoios* no se ha convertido aún en el importante personaje que llegará a ser en el siguiente siglo, pero ya es lo suficientemente indispensable como para que no se dudase en contratarlo fuera del país, según hizo Dionisio de Siracusa, siendo así que podía encontrar este tipo de técnicos entre los artesanos de la ciudad, tal como pone de manifiesto una alusión del *Gorgias* de Platón.

Por último, las nuevas condiciones de la guerra concedieron a la caballería una posición si no importante, por lo menos real, dentro de los ejércitos griegos. Aquella caballería ligera asumía principalmente misiones de hostigamiento, sin participación verdadera en el momento del combate. En este sentido, los dos tratados que Jenofonte consagró a la caballería son muy instructivos.

Así, la falange hoplítica, que había sido la expresión militar de la ciudad durante su apogeo, deja en el siglo IV de ser el ejército por excelencia de las ciudades griegas hasta convertirse tan sólo en uno de los elementos constitutivos de una formación plural que, precisamente por eso, ya no puede identificarse con la ciudad.

De inmediato se advierte que esa situación había de causar efectos en la evolución de los sistemas de combate. No hay duda de que el siglo IV vio cómo se modificaba la táctica tradicional de la batalla hoplítica, que consistía en atraer al enemigo hasta un terreno escogido, en campo abierto, y en lanzar un ataque frontal; la victoria era para quien se quedaba como dueño del terreno. Fueron los estrategos tebanos, especialmente Epaminondas, los primeros que modificaron ese dispositivo al adoptar lo

⁷⁸ Las inscripciones efébicas recientemente publicadas demuestran que desde el año 367 la efebía había adquirido ese carácter.

que se ha denominado el orden oblicuo, que consistía, en lugar de concentrar las tropas en una secuencia de fondo similar, en colocar los mejores efectivos en el ala izquierda, considerablemente reforzada en profundidad. De esta manera, el ataque se lanzaba en masa sobre el ala derecha del enemigo, en donde tradicionalmente estaban situadas las mejores tropas, con el apoyo de la caballería y de la infantería ligera. Esta táctica fue experimentada por primera vez en Leuctras (*Hell.*, VI, 4, 12), pero Jenofonte nos proporciona la descripción más completa de la misma durante la batalla de Mantinea (VII, 5, 23 ss.), destacando a un tiempo la nueva importancia del ala izquierda en la ofensiva y el inédito papel de la caballería y de la infantería ligera: aquélla cumplía la misión de abrir una brecha entre las filas enemigas, y esta última la de perseguir a los fugitivos. Resulta interesante subrayar que, en el momento en que la marina deja de desempeñar una función importante, Jenofonte compara la táctica de Epaminondas a la de una trirreme que ataca al enemigo embistiendo de proa.

Esta táctica del orden oblicuo sería desarrollada por Filippo de Macedonia. Hace ya tiempo que se ha hecho justicia a las pretendidas influencias que pudieron ejercerse sobre el joven Filippo durante su estancia como rehén en Tebas entre los años 369 y 367, tradición que posee por lo menos el mérito de poner en relación las innovaciones del macedonio con las de su antecesor. Filippo, que disponía de medios muy superiores a los de Epaminondas, dio definitivamente ejecutoria de nobleza a la nueva táctica. Además, aunque la falange continuaba siendo, tanto en el ejército macedonio como en los de las ciudades griegas, el núcleo de la formación militar, surgieron nuevos y diferentes cuerpos que permitieron variar y multiplicar las maniobras. Esto es lo que señalaba Demóstenes con lucidez: "No nos damos cuenta de que si todo ha experimentado grandes progresos, y nada de lo presente se parece al pasado, ningún otro campo ha sufrido tantos cambios y avances como el de la guerra. En principio, se comenta que antaño los lacedemonios, como todos los demás griegos, invadían un país durante cuatro o cinco meses, en la estación propicia, y después de haber devastado el territorio con sus hoplitas y sus tropas de ciudadanos, regresaban a casa. Eran, además, tan amantes de la tradición, o mejor dicho, tenían tal espíritu cívico, que no compraban los servicios de nadie, sino que hacían la guerra leal y abiertamente. Pero, hoy en día... los traidores han arruinado casi todas las cosas; nada es consecuencia de los ejércitos ni de las batallas campales: cuando oís que Filippo avanza de un lado a otro, según le place, no lleva su falange de hoplitas, sino tropas ligeras, caballería, arqueros, mercenarios; ésa es la clase de ejército que sigue sus pasos" (3.^a *Filip.*, 47-49). Pero Filippo no introducía ninguna innovación, sino que se contentaba con dar una mayor amplitud a nuevas formas de combate que reemplazaban las nobles reglas del agon por la práctica de la artimaña y la emboscada, lo que en términos modernos vendría a denominarse la guerrilla. Ifícrates había sido uno de los pioneros en la aplicación de estas nuevas formas de combate, y Jenofonte nos ha dejado un relato sorprendente de la batalla de Lequeo, en la que, en el año 390, los hoplitas espartanos fueron derrotados por los peltastas del estratego

ateniense: "Ifícrates hacía retroceder a sus peltastas antes de que los hoplitas estableciesen contacto; luego, cuando ya habían retrocedido en orden disperso (pues durante la persecución cada uno había alcanzado la mayor velocidad), los soldados de Ifícrates daban media vuelta y unos comenzaban a lanzar dardos de frente, y el resto de forma oblicua, mientras iban corriendo en dirección a los flancos descubiertos" (*Hell.*, IV, 5, 15).

Si nos preguntamos por qué razón aquellas nuevas formas de combate reemplazaron a las antiguas tradiciones, ancladas en la ética de la ciudad, no podemos dejar de considerar ni el reclutamiento de una infantería ligera, generalmente compuesta por extranjeros, ni las nuevas circunstancias surgidas en las relaciones entre ciudades. Con el nuevo rigor de los conflictos, se persigue tanto el *destruir al adversario* como resultar simplemente vencedor a la manera tradicional, y desde ese instante las leyes del *agon* carecen ya de cualquier importancia. Esos mercenarios, que reciben un escaso sueldo (una dracma diaria a mediados del siglo IV), tienen sobre todo ganas de extraer algún provecho material de la victoria. Ya no se trata tan sólo de vivir sobre el territorio del enemigo, sino también de apoderarse de sus armas, de sus casas y de sus bienes. Se comprende así que las ciudades comiencen a ceñirse de murallas cada vez más perfeccionadas: torres con escotaduras, como en Mantinea, trazado en forma de cremallera, como en Gortis de Arcadia, fortificaciones imponentes, como las de Eleuteras y Egóstena, etc., cuyo estudio sistemático tan sólo empieza a proporcionarnos algunas conclusiones de conjunto. Lo característico de este nuevo arte de las fortificaciones es que en lugar de situar frente a los asaltantes una muralla maciza abierta a la altura de unas cuantas puertas, cuya conquista, mediante engaño o traición, basta para destruir cualquier posibilidad de resistencia, ahora se desarrolla lo que ha llegado a llamarse una "arquitectura del movimiento" (Garlan), mucho más flexible y que hace el asalto más difícil. De ahí, también, los progresos paralelos de la poliorcética, de la técnica de los asedios, que se consolidará en la época helenística. Con todo, no es preciso querer establecer, cueste lo que cueste, una relación de causa a efecto entre dos series de fenómenos —el arte de las fortificaciones y el arte de los asedios—, cuya coincidencia y complementariedad son manifiestas. El célebre tratado *Sobre la defensa de las ciudades* de Eneas de Estínfalo, llamado el Tático, es un perfecto testimonio del lugar que el engaño, la emboscada y la traición todavía ocupaban en la toma de las ciudades. Pero, en las mismas fechas, los ingenieros siracusanos ideaban máquinas cada vez más perfeccionadas: torres móviles, catapultas, *oxybeleis*, *lithoboloi*, etc. También en esta faceta, si el primer paso lo dio Dionisio el Viejo, que hizo construir en Siracusa las primeras catapultas, fue Filipo quien concedió a la artillería y a las máquinas de guerra un papel importante dentro de su ejército: a este respecto, el asedio de Perinto en el 340 constituye el primer asalto en regla a una ciudad.

De inmediato podemos captar algunas de las consecuencias producidas por esas transformaciones de los modos de combate. Por una parte, la guerra tiende a convertirse en un asunto de técnicos, y el foso existente entre el ciudadano y el soldado se hace más profundo. No sólo los ejérci-

tos griegos están formados, cada vez más, por mercenarios, para quienes el sueldo constituye su único recurso; sino que esa profesionalización tiende a imponerse asimismo a sus jefes. El estratega ya no es un magistrado, que en ocasiones actúa como general, sino fundamentalmente un capitán para la guerra: volveremos luego a ocuparnos de las consecuencias políticas de esta transformación. Por lo demás, el *mechanopoios*, el ingeniero militar, deja de ser ese paria a quien Sócrates denegaba la mano de su hija, y pasa a convertirse en un personaje importante.

Esta transformación de la guerra tiene asimismo otra consecuencia, y es que cuesta cada vez más cara: hay que pagar a los mercenarios, las fortificaciones, las máquinas, etc. Se comprende, así pues, que los ingenieros militares consigan emplearse y realizar sus inventos al margen, casi siempre, del mundo de las ciudades, junto a Dionigio, a Filipo, y luego a Alejandro. Y se comprende por qué Demóstenes vinculaba las oportunidades de supervivencia de Atenas y de las ciudades griegas con la posibilidad de procurarse suficientes recursos. Ahora bien, la guerra por sí misma es capaz de proporcionar tales recursos —a condición de llegar a ser más cruda y más “total”, y de que sus “leyes” tradicionales ya no sean respetadas. Esta tendencia se había iniciado durante la guerra del Peloponeso, y es bien conocido el análisis hecho por Tucídides, que denuncia el abandono de las reglas sagradas de la guerra (III, 82, 1). En el siglo IV abundan los ejemplos de violaciones de estas leyes: ciudades tomadas por asalto, poblaciones exterminadas, santuarios saqueados, treguas quebrantadas, prisioneros ejecutados, etc. A este respecto, resulta típica la tercera guerra sagrada⁷⁹, pues con el pretexto de haber cometido impiedad se dio el caso de que los adversarios ejecutaron sin contemplaciones a sus respectivos prisioneros.

El rigor de las guerras se traducía en un sensible incremento de las pérdidas sufridas. El número de éstas se había mantenido relativamente limitado en el siglo V, y el primer combate verdaderamente sangriento parece haber sido la batalla de Delio, en el 424, en la que los atenienses perdieron 1.000 hoplitas. Pero, en el siglo IV, las nuevas formas de combate alcanzan a menudo su objetivo: la aniquilación de los vencidos, copados o perseguidos por la caballería. En Leuctra, los espartanos perdieron 400 soldados de los 700 que habían entrado en batalla. En Queronea, los atenienses sufren las bajas de 1.000 muertos y 2.000 prisioneros: la guerra pasa a adquirir tintes más sangrientos.

Frente a estas nuevas realidades, los contemporáneos manifestaron su reacción. Los filósofos plantean el problema de las guerras justas y de las guerras injustas, y denuncian las guerras entre griegos por considerarlas guerras fratricidas. Se multiplican los convenios que regulan la suerte de los vencidos y proporcionan una sanción jurídica a algunas costumbres que hasta entonces sólo eran tácitas. Pero ante todo se desarrolla la idea de que la guerra, lejos de ser un estado normal, debe ser considerada como un accidente, y de que en lo sucesivo es la paz lo que conviene establecer y garantizar.

⁷⁹ *Supra*, pp. 45 ss.

II.—LA BÚSQUEDA DE LA PAZ EN EL SIGLO IV⁸⁰

El siglo IV se halla señalado por un determinado número de esfuerzos cuyo objetivo es mantener la paz entre los griegos. En varias ocasiones —en el 386, en 375, en 371, posiblemente en 366/5, en el 362/1, tal vez de nuevo en 346, y por último en el 338/7— se firmaron tratados de “paz común” (*koiné eirene*), a los que en principio eran asociados todos los griegos: éste era el rasgo que los distinguía de los habituales tratados de paz bilaterales, cuya meta consistía en poner término a un conflicto entre dos adversarios o dos grupos de adversarios. Todavía en el siglo IV se establecen algunas paces bilaterales, pero éstas no presentan nuevos trazos en relación al pasado, mientras que los tratados de “paz común” representan una novedad, cuyos orígenes es importante comprender, así como reconocer sus caracteres.

El florecimiento de “paces comunes” en el siglo IV no puede ser fortuito: ¿cuáles son, pues, los factores que han contribuido a originar que los griegos tomaran conciencia del valor de la paz y de la necesidad de trabajar para mantenerla? Podríamos, en primer lugar, sentir tentaciones de hacer intervenir el sentimiento propio de los griegos de pertenecer a una misma comunidad, sentimiento que se expresa en el siglo IV con creciente fuerza, en particular en la obra de Isócrates. Efectivamente, los autores modernos se han complacido, no sin algunas reservas mentales, en destacar todo aquello que, dentro de los discursos del orador ateniense, iba en la línea de una glorificación del sentimiento panhelénico. Desde luego, ya en el *Panegírico* del 380 Isócrates se dedicaba a poner de manifiesto los lazos que unían a los griegos entre sí, para mejor distinguirlos de los bárbaros, y la necesidad de acallar sus disputas y de establecer entre todos la paz, único medio de hacerse respetar por el Gran Rey y de preparar, para

⁸⁰ OBRAS DE CONSULTA.—V. Martin, *La vie internationale dans la Grèce des cités*, Genève, 1940; Id., *Le traitement de l'histoire diplomatique dans la tradition littéraire du IV^e s.*, *Mus. Helv.*, I, 1944, pp. 13 ss.; F. Hampl, *Die griechischen Staatsverträge des 4. Jahrhunderts v. Christi*, Leipzig, 1938; I. Calabi, *Ricerche sui rapporti fra le poleis*, Firenze, 1953; Cl. Mosse, *La fin de la démocratie athénienne*, Paris, 1962, pp. 425 ss.; T. T. B. Ryder, *Koine eirene. General peace and local independence in Ancient Greece*, Oxford, 1965, que ofrece toda la bibliografía anterior sobre el problema de la “paz común” en general y de las diversas “paces comunes” desde el 386 al 338 en particular (para los documentos, véase *Staatsverträge*, II, n.º 242; 265; 269; 270; 292; 331; III, 403); cabe añadir las breves y sugestivas páginas de A. Aymard, *La paix entre les cités grecques à l'époque classique (V^e-IV^e s.)*, *Et. Hist. anc.*, Paris, 1967, pp. 314 ss.

Sobre la corriente panhelénica, además de los trabajos relativos a Isócrates citados en la nota 52, véase: U. Wilcken, *Philipp II von Makedonien und die panhellenische Idee*, *Sitz-Ber. Akad. Wiss. Berlin* (Philol.-hist. Kl.), 1929, pp. 291 ss.; H. B. Dunkel, *Was Demosthenes a Panhellenist?*, *Cl. Ph.*, XXXIII, 1938, pp. 291 ss. (=Perlman, ed., *Athens and Philipp*, pp. 127 ss.); J. Luccioni, *Démosthène et le panhellénisme*, Paris, 1961; S. Perlman, *Isocrates' Philippus. A Reinterpretation*, *Hist.*, VI, 1957, pp. 306 ss. (=Perlman, ed., *op. cit.*, pp. 103 ss.); K. Bringmann, *Studien zu den politischen Ideen des Isokrates*, Göttingen, 1965; G. Dobesch, *Der panhellenischen Gedanke im 4. Jht. v. Chr. und der Philippus des Isokrates*, Wien, 1968.

un futuro más o menos lejano, la colonización de Asia. Para Isócrates, lo esencial era la comunidad de civilización, a la que él concebía con una forma más política que cultural: no era tanto el hecho de hablar la misma lengua o de venerar a los mismos dioses lo que Isócrates situaba en primer término, cuanto la libertad individual y el poder soberano de decisión lo que convertían al griego en un ciudadano, en oposición al bárbaro, nacido para ser esclavo. No obstante, el panhelenismo de Isócrates tenía un doble límite. Por una parte, y al menos hasta el discurso *Sobre la Paz* del 356, llegaba a inscribirse sin grandes dificultades dentro de una reivindicación de la hegemonía ateniense, la única capaz de asegurar la unidad de los griegos frente al mundo bárbaro: ese panhelenismo recordaba aquel con que se presentaba a Pericles con motivo de la fundación de Turios, y no excluía ni la hostilidad respecto a Esparta, ni la desconfianza frente a Tebas. Por otra parte, y tal vez de manera aún más significativa, Isócrates no pensaba en ninguna organización que hubiese podido servir de plataforma a su panhelenismo, a no ser, precisamente, en esos tratados de "paz común", que curiosamente, y ésa no era la menor paradoja, ¡estaban garantizados por aquella misma persona a quien se señalaba como el enemigo común! Los modernos estudiosos han intentado en vano resolver esta contradicción, que revela hasta qué punto el pensamiento de Isócrates era poco sistemático. En realidad, las referencias de Isócrates a las diferentes "pazes del Rey" se insertan en el contexto político ateniense de los primeros decenios del siglo IV y se explican por los lazos que unían al orador con dos de los responsables de la política exterior de Atenas, Calístrato y, sobre todo, Timoteo. Resulta inútil querer hallar a toda costa una constante dentro del pensamiento de Isócrates, y quizás es tan sólo después del año 356, en el momento en que Atenas ha renunciado a su hegemonía en el Egeo, cuando el panhelenismo de Isócrates adquiere su valor real. Pues ahora ya no cree que, en el futuro, pueda ser el arbitraje del Gran Rey lo que ponga fin a las disputas entre los griegos, sino el de Filipo, cuyo poderío militar le parece ser el único capaz de realizar la unidad griega y de conducir con éxito el objetivo esencial: la conquista de Asia. Pues sólo esa conquista permitiría resolver el peligroso problema de las bandas de mercenarios; sería la única vía para proporcionar una solución a los problemas agrarios. Establecer en Asia a quienes no contaban con tierra en Grecia permitiría resolver simultáneamente los antagonismos sociales que ponían en peligro la paz de los ricos y señalar una meta a aquellos soldados profesionales que intentaban, casi en todas partes, imponer su ley. Desde esta perspectiva, poco importaba que fuese Filipo quien se pusiera al frente de la empresa, puesto que ninguna ciudad era ya capaz de hacerla. Si estimamos con tales proporciones los límites del panhelenismo de Isócrates, lo primero que llama la atención es su lucidez. Pues si el sentimiento de pertenecer a una misma comunidad no constituía una novedad para los griegos, y eso significaba que por sí solo apenas era susceptible de dar cierre a sus disputas, la decadencia de las hegemonías era, en cambio, una realidad, de la que las personas de mediados del siglo IV no podían prescindir en su búsqueda de

la paz común: en los primeros capítulos de este volumen hemos señalado que los sucesivos esfuerzos de Esparta, de Atenas y de Tebas para imponer su hegemonía al mundo de las ciudades estuvieron destinados al fracaso y es absolutamente evidente que aquel triple fracaso impedía el volver a conseguir un equilibrio semejante al que se había establecido en el siglo V, cuando Atenas dominaba el Egeo. Y esta situación, a la vez que favorecía la multiplicación de las coaliciones y de las guerras, imposibilitaba llegar a la solución que habría podido acabar con la misma, es decir, la victoria total de uno de los Estados protagonistas. No hay ningún hecho comparable a Egospótamos en la historia del siglo IV, a no ser Queronea —episodio en el que, precisamente, el vencedor no fue una ciudad...—. Esto explica el ineludible recurso a un árbitro externo para poner fin a las hostilidades, primero al Gran Rey, luego a Filipo, el único capaz, en apariencia al menos, de mantener equilibrada la balanza entre los beligerantes; único capaz, asimismo, de lograr que unos y otros respetasen los términos de la paz.

Pero si la decadencia de las hegemonías explica la forma que adoptó la búsqueda de la paz común en el siglo IV, no sirve en cambio para explicar la propia búsqueda en sí, y aquí hace su aparición un nuevo sentimiento por la necesidad de la paz. Es evidente, en efecto, que los intentos pacíficos de las ciudades griegas durante el siglo IV destilan un sentimiento profundo y general de hastío por la guerra, sentimiento que nos gustaría ser capaces de precisar. Por desgracia, las fuentes relativas a este punto son poco elocuentes, y no disponemos de nada comparable a lo que representan las comedias de Aristófanes para el período anterior. Todo lo más, el culto a *Eirene* como divinidad es testimonio de la aspiración a la paz. Si pretendemos precisar algo más, tropezamos con numerosas incertidumbres, que casi nunca se disipan, excepto en el caso de Atenas. A comienzos del siglo IV, el anónimo autor de las *Helénicas* de Oxirrínco⁸¹ subraya que, cuando llega el momento de echar las naves al mar, los atenienses de las zonas rurales y los ricos se muestran contrarios a ello, mientras que los pobres de la ciudad lo aprueban ruidosamente. Los recuerdos de la guerra del Peloponeso estaban aún vivos y explican el temor que albergaba la población rural ante las incursiones enemigas; los campesinos atenienses del siglo IV, al igual que los descritos por Aristófanes, eran contrarios a las guerras y no hacían sino apoyar una política pacífica. Pero la hostilidad de los ricos hacia la guerra se explica todavía mejor, y los discursos de Isócrates están llenos de noticias al respecto. La guerra, sobre todo en las condiciones en que se desarrolla en el siglo IV, cuesta, efectivamente, cara, y su carga financiera recae en particular sobre los ricos. Un cliente de Lisias se queja de las *eisphorai*⁸² que se ha visto obligado a

⁸¹ Obra de la que sólo conservamos algunos fragmentos papirológicos y que, como las *Helénicas* de Jenofonte, continuaba la obra incompleta de Tucídides (cf. el volumen anterior, p. 345, nota 385).

⁸² *Infra*, p. 130.

pagar, y hay otro que intenta eludir el peso de la trierarquía. Timoteo empeña una parte de sus bienes para pagar a sus soldados: y es que un estratego puede tener la esperanza de resarcirse con el enemigo... o con los aliados. Pero para los ricos que se consagran a extraer el valor de sus propiedades o que viven de las rentas de sus talleres, sin aspirar a la gloria militar, según los detalles que captamos al leer sus alegatos, la guerra constituye una plaga y se comprende que estén dispuestos a mantener cualquier esfuerzo para establecer la paz sobre bases jurídicas sólidas.

¿Es preciso llegar más lejos y unir el desarrollo de la idea de "paz común" con la existencia de intereses económicos? En el volumen anterior se ha planteado el problema del lugar ocupado por los factores económicos dentro de la ciudad griega, y más adelante volveremos a analizar este asunto⁸³. No cabe duda de que el siglo IV ha visto cómo se desarrollaba, sobre todo en Atenas, una actividad económica que tiende a adquirir su propia autonomía. Es cierto, asimismo, que el desarrollo comercial del Pireo en la segunda mitad del siglo se corresponde con la llegada a los asuntos de Estado de hombres como Ébulo, partidarios de una política de paz. Finalmente, uno de los textos más notables de la literatura política ateniense, el tratado sobre los *Poroi* (las *Rentas*) de Jenofonte, vincula estrechamente la necesidad de la paz con la opción de hacer fructificar los recursos del Ática. Sin embargo, no debemos conceder a este tipo de lazos y a las distintas coincidencias un alcance que no poseen: si Jenofonte reclama una política de paz, no lo hace para conseguir que se produzca esa fructificación, sino, al contrario, como piensa que esa política pacífica de renuncia al Imperio provocará, necesariamente, el descenso de los ingresos de la ciudad, es por lo que sugiere buscar otros recursos en la explotación de las minas. Y tampoco se dedica a definir las condiciones técnicas que permitirían aumentar la producción, sino tan sólo a encontrar el medio de asegurar a los atenienses sus tres óbolos cotidianos. La paz es deseable no para favorecer un armonioso desarrollo económico, sino que, como la guerra es cara y no proporciona nada, es preciso resignarse a la paz y buscar otras fuentes de ingresos para la comunidad. Esto permite calibrar hasta qué punto la mentalidad griega era ajena a las preocupaciones "económicas", incluso si, a fin de cuentas, el abandono del imperialismo permite efectivamente a los atenienses ricos prestar a la gruesa y dar así un gran empuje a la actividad comercial del Pireo. La coincidencia entre el acceso a la dirección de la ciudad de los "pacifistas" y el despertar de la actividad económica en los años cincuenta del siglo IV no puede ser fortuita. Pero es la renuncia al Imperio, y no la persecución del provecho, lo que constituye el elemento determinante de la misma.

Falta, por último, preguntarnos si existe una relación entre los pacifistas atenienses de mediados de siglo y los esfuerzos desplegados en Atenas y otros lugares para realizar la "paz común" a partir del año 386.

⁸³ *Infra*, pp. 101 ss.

La primera "paz común" de la historia griega es la Paz del Rey del 386⁸⁴. Aunque el término *eirene*, que designa el estado de paz, fuese ya empleado antes para designar el acto jurídico que ponía fin a la guerra, es la primera vez que verdaderamente aparece en el lenguaje oficial. Los aspectos nuevos de aquel tratado, su duración ilimitada, su extensión al conjunto de las ciudades y el patronato ejercido por un árbitro extranjero contraponen la Paz del Rey a los tratados de paz anteriores, que únicamente concernían a los protagonistas del conflicto, se cerraban por un espacio de tiempo generalmente limitado y no incluían a ningún árbitro externo. Sin embargo, no debemos conceder a estos rasgos nuevos mayor importancia de la que tienen, pues la Paz del Rey era un acto de circunstancias: Esparta, como aliada del Gran Rey contra el peligro común de un resurgimiento del imperialismo ateniense, tenía empeño en que se afirmara solemnemente el principio de autonomía de las ciudades griegas, incluso aunque tal principio se veían en seguida violado por el reconocimiento de los derechos del Rey sobre las ciudades griegas de Asia Menor y por los de Atenas sobre Lemnos, Imbros y Esciro. Pero así se pretendía debilitar el poderío tebano en Beocia, acabar con el sinecismo de Argos y de Corinto, frenar la expansión tebana: el apoyo del Rey era solicitado para garantizar el orden espartíata, que proyectaba imponer la autonomía sólo para impedir todas las alianzas, federaciones y hegemonías —salvo las suyas.

Aun siendo un acto circunstancial, no por eso la Paz del Rey dejaba de crear un precedente que sería constantemente invocado para dar a la "paz común" unas bases cada vez más amplias. Y no será la menor paradoja comprobar cómo esa paz, destinada a reforzar el dominio espartano en el Egeo, se convierte en el instrumento de la hegemonía ateniense contra ese mismo dominio. En el año 384/3 se estableció una alianza entre Atenas y Quíos, que puede considerarse como el preludio de la formación de la segunda Confederación marítima. Ahora bien, los negociadores tuvieron buen cuidado de hacer mención a la paz que habían concluido entre ellos mismos, los lacedemonios, el Gran Rey y los restantes griegos, y de presentar su alianza como un elemento que encajaba dentro de aquella paz⁸⁵. Desde luego, algunos años más tarde, en el *Panegírico*, Isócrates mostrará su indignación por el hecho de que el Rey se hubiera convertido en árbitro de los griegos, pero nuestro orador no tardaría en comprender cuán gran partido podrían obtener los "imperialistas atenienses" de las violaciones de la Paz del Rey cometidas por los espartanos.

En efecto, la primera renovación de la Paz del Rey en el año 375/4⁸⁶ se inserta en el contexto de la reconstruida hegemonía ateniense. Diodoro (XV, 38, 1) invoca la necesidad experimentada por el Rey de conseguir mercenarios griegos para explicar su intervención en los asuntos griegos

⁸⁴ *Supra*, p. 23.

⁸⁵ *Supra*, p. 30.

⁸⁶ *Supra*, p. 83.

del momento: en realidad, la Paz del Rey no había impedido el rebrote de las hostilidades en Grecia, y el Rey habría tenido varias ocasiones de intervenir si tan sólo se hubiera tratado de hacer respetar un principio. Pero, en el 375, a las personas que dirigían la política ateniense les importaba lograr que se sancionara, mediante un acto de alcance general, la constitución de la segunda Confederación marítima, y no es ninguna casualidad el que la segunda Paz del Rey afirme el principio de que ninguna ciudad griega debía recibir guarniciones extranjeras: una cláusula similar figuraba, en efecto, en el pacto federal del 378/7⁸⁷, y los atenienses no podían dejar de pensar en los harmostas lacedemonios. Además, había guarniciones espartanas acantonadas en Fócida y en Beocia en el momento de cerrar la paz, que fueron retiradas poco después. No cabe duda, así pues, de que si la primera Paz del Rey se insertaba en el contexto de la hegemonía espartana, la segunda era expresión del renacer de la hegemonía ateniense. Éste era, desde luego, el sentimiento del grupo de hombres que presidía entonces los destinos de la ciudad y cuyos lazos con Isócrates resultan notorios. El orador, que había condenado en el 380 la ignominiosa paz dictada por el bárbaro, no tenía escrúpulos algunos años más tarde en alabar el tratado "más justo y ventajoso para Atenas" (*Sobre la Paz*, 16).

La segunda Paz del Rey no fue más eficaz que la primera: antes de transcurrir dos años, las hostilidades se reanudaron en Grecia. Pero, esta vez, se cernía una nueva amenaza sobre Grecia central, que está denunciada en el *Discurso sobre Platea* de Isócrates: la de la hegemonía de Tebas, frente a la que Calístenes hizo prevalecer el principio del acercamiento a Esparta. La paz que fue sellada en el 371⁸⁸, ¿era, a su vez, una *koiné eirene* que volvía a enunciar los términos de la paz del 375/4? Es lo que parece deducirse del relato de Jenofonte (*Hel.*, VI, 3, 12-18), pero los autores modernos distan mucho de mostrar unanimidad sobre este punto. Se reafirmaba el principio de autonomía de las ciudades, así como la estipulación según la cual los harmostas lacedemonios debían ser reclamados por las autoridades espartanas: así pues, Esparta veía cómo se le apuntaba más directamente que en 375/4. Además, los participantes en la paz debían comprometerse a desmovilizar las flotas y los ejércitos de tierra. Pero la disposición más importante de la paz del 371 era la cláusula relativa a las garantías: "...y si cualquiera de los Estados firmantes actuaba en contra de las condiciones pactadas, quienes lo desearan podrían acudir en auxilio de las ciudades afectadas, pero quienes no quisieran no estarían obligados por el juramento a combatir a favor de los Estados perjudicados" (*Hel.*, VI, 3, 18). Efectivamente, dicha cláusula producía dos consecuencias: por una parte, era la primera vez que se ofrecía una cláusula de garantía de la paz; pero, por la otra, esta cláusula era restrictiva, puesto que no comprometía necesariamente a todos los

⁸⁷ *Supra*, p. 30.

⁸⁸ *Supra*, p. 25.

signatarios. Lo más probable es que esa restricción deba obedecer a motivos circunstanciales —afirmar la independencia de los aliados— más que de principio.

Es sabido que la negativa de los tebanos a suscribir una paz que no reconocía su hegemonía sobre Beocia originó la ruptura del tratado⁸⁹. Después de Leuctra, los atenienses tomaron la iniciativa de realizar nuevas negociaciones de paz, en las cuales, según Jenofonte, se hizo referencia a la Paz del Rey, y no parece dudoso que, en el ánimo de los atenienses, se tratara de una “paz común”, aunque resulte difícil saber qué ciudades participaron realmente en la conferencia y prestaron juramento. Un solo hecho cabe destacar: la cláusula de garantía ya no era restrictiva, y todos los que habían prestado juramento se comprometían a atacar a quienes conculcasen la paz (*Hel.*, VI, 5, 2). Ahora bien, esta cláusula planteaba el problema de saber cuál de entre los Estados miembros decidiría la operación a emprender y por quién sería dirigida. Ésta es la razón por la que muchos estudiosos actuales consideran aquella paz jurada en Atenas como un pacto destinado a reforzar la segunda confederación ateniense más que como una “paz común”. Sin embargo, el precedente de la Paz del Rey fue invocado una vez más.

Pero es precisamente la ausencia de cualquier referencia a la Paz del Rey lo que caracteriza, poco después, a la paz general del 362/1, cerrada al día siguiente de la batalla de Mantinea, en la que no hubo ni vencedores ni vencidos. Isócrates podrá decir, algunos años más tarde, que en lo sucesivo ninguna ciudad griega podía aspirar a la hegemonía, puesto que la miseria las había situado a todas al mismo nivel. En realidad, como hemos visto⁹⁰, la ciudad más afectada había sido Esparta: ciertamente, se negó a suscribir un tratado que reconocía la independencia de facto de Mesenia y en el que, según nuestras fuentes, todos los demás griegos participaron. Acerca de las cláusulas de esta paz, los autores modernos distan mucho, nuevamente, de mostrarse unánimes. Jenofonte, que termina su relato con la batalla de Mantinea, no hace ninguna alusión a la misma, y las restantes fuentes, todas ellas tardías⁹¹, tan sólo proporcionan informaciones incompletas. La controversia se centra, sobre todo, en el hecho de saber si la paz iba o no acompañada de una alianza, única pieza que, a falta de un árbitro externo, habría podido dar soporte material a las cláusulas de garantía: lo cierto es que no vemos cuáles eran los procedimientos mediante los cuales los firmantes del tratado esperaban que se respetara la paz. Los aspectos jurídicos del problema son, sin embargo, menos importantes que la situación real, muy bien captada por Jenofonte, y que impedía a los griegos en un futuro próximo emprender cualquier operación de envergadura. El debilitamiento de la posición del Rey,

⁸⁹ *Supra*, p. 26.

⁹⁰ *Supra*, pp. 35 ss.

⁹¹ Diodoro, Plutarco, Polibio... La inscripción TOD, II, 145, sin duda hace referencia a esta paz.

enfrentado a la revuelta de los sátrapas, puede explicar su ausencia del tratado, sin que eso implique por parte de los negociadores la idea de una futura "cruzada" contra el bárbaro.

La paz del 362/1 marca el fin de una época. No es casualidad que su cierre coincida, en Atenas, con la aparición en escena de una serie de personas que, a partir del 356, harán que prevalezca una política pacífica. La lucha por la hegemonía, que había marcado un siglo y medio de historia griega, ha llegado a su fin, y en los años sucesivos los nuevos términos con que se planteará el problema de la paz entre los griegos vendrán fijados por las complejas reacciones a la ambiciosa política de Filipo. No cabe comparar, desde luego, el arbitraje de Filipo con el ejercido por el Gran Rey, pues los tratados de paz común de 386, de 375 y de 371 habían puesto fin a una serie de guerras en las que el Rey no se había visto directamente implicado, mientras que tanto en el 346, como en el 338, la disputa concerniría personalmente a Filipo.

La paz de Filócrates, que pone término en el 346 a la primera fase de la guerra entre Filipo y un grupo de Estados griegos⁹², no es interpretada por todos los estudiosos modernos como una *koiné eirene*: algunos de ellos, en efecto, subrayan que el tratado solamente ligaba a los atenienses, a Filipo y a sus aliados respectivos. Es verdad que los negociadores atenienses habrían deseado que el conjunto de las ciudades griegas lo hubiesen suscrito, pero que las maniobras de Filipo hicieron fracasar sus propósitos, y permitieron así al rey macedonio acabar con superioridad la guerra contra los focidios. Otros piensan, sin embargo, que después de la paz de Filócrates y del aplastamiento de los focidios se habría proclamado una paz común aprovechando la reunión del consejo anfictiónico, que se habría convertido, en cierto modo, en el organismo encargado de garantizar la paz. Es difícil pronunciarse, puesto que los textos o son polémicos (Esquines, Demóstenes), o son tardíos (Diodoro). A lo sumo, cabe exponer la idea de que la aspiración a la paz común, que se había afirmado en el 362/1, seguía viva, y que, después de una guerra que había enfrentado fundamentalmente a Filipo y a los atenienses, tal vez no era necesario concertar un nuevo tratado en toda regla para reafirmarla.

En cambio, fue indiscutiblemente un tratado de este tipo el que puso término, en el 338/7, a la guerra de Queronea⁹³. Pero la "paz común" vino impuesta esta vez a los griegos por el vencedor, y ese detalle hace que la afirmación de la autonomía de los Estados griegos participantes deje de ser fundamental. No obstante, el problema de las garantías quedó finalmente resuelto por la inclusión de sanciones en el tratado contra quienes quebrantasen el juramento, y por la existencia de un organismo encargado de ejecutarlas, el *synedrion* común de los griegos, presidido por su *hegemon* Filipo —conjunto de elementos que daban a esta *koiné eirene* un

⁹² *Supra*, p. 49.

⁹³ *Supra*, p. 58.

alcance bien distinto al de las "paces comunes" anteriores. Ya hemos señalado páginas más arriba que los autores modernos se hallan divididos a la hora de considerar si la paz general incluía una alianza formal entre Filipo y los griegos⁹⁴, la cual tendría por objeto la guerra contra los persas. Nada de cuanto nos ha llegado del texto del tratado permite realmente deducir una simultaneidad entre los dos actos, pero uno de ellos implicaba al otro en plazo más o menos breve. En efecto, por sutiles que sean las distinciones jurídicas modernas entre la *koiné eirene* del 338/7 y la alianza que permitió a Filipo comenzar y a Alejandro llevar a buen término la guerra contra el Imperio persa, nadie puede ignorar la situación creada de facto por la victoria del macedonio: las disposiciones del tratado relativas al mantenimiento del orden y de las constituciones establecidas⁹⁵ adquirirían todo su sentido por el hecho de la presencia de guarniciones macedonias en Tebas, Cálcide, Corinto y Ambracia; la existencia de un *hegemon*, garante del mantenimiento de la paz y encargado de la dirección de la guerra, proclamaba el triunfo del principio monárquico que acabaría afirmándose en el siguiente período; por último, el sistema de representación en el *synedrion*, en el que, junto a las ciudades, figuraban una serie de pueblos que no habían alcanzado todavía un estadio de organización política avanzada, expresaba la decadencia de la Grecia de las ciudades. Así pues, la batalla de Queronea había abierto el camino para la plena expansión de una nueva civilización, cuyas bases teóricas ya habían sido formuladas, principalmente en Atenas, por algunas personas.

⁹⁴ *Supra*, p. 58.

⁹⁵ *Supra*, p. 58.

SEGUNDA PARTE

*LAS NUEVAS CONDICIONES DE LA VIDA
ECONÓMICA, SOCIAL Y POLÍTICA
EN EL SIGLO IV*

INTRODUCCIÓN

EL DESEQUILIBRIO SOCIAL Y SUS CONSECUENCIAS

La guerra del Peloponeso había generado profundas repercusiones en la vida de las poblaciones griegas, y la victoria de Esparta no había permitido el establecimiento de un nuevo equilibrio. Muy al contrario, es el desequilibrio político y social lo que caracteriza la historia del mundo griego en el siglo IV, con sus guerras externas y sus conflictos civiles. Pero, cuando intentamos llegar mucho más lejos en la interpretación de este desequilibrio, tropezamos con graves dificultades, pues nuestras fuentes se interesan más en las consecuencias de la crisis que en la propia crisis, y lo cierto es que apenas nos informan de la situación económica y social fuera de Atenas, ciudad para la que disponemos de una documentación relativamente abundante, aunque su interpretación resulta, algunas veces, difícil. Hay dos hechos, sin embargo, que merecen ser retenidos: por una parte, los múltiples conflictos que desgarran a las ciudades son siempre presentados como un enfrentamiento entre pobres y ricos, entre no propietarios y propietarios. Por otra parte, ocurre a menudo que al empuñar las armas los pobres no tenían solamente el propósito de adueñarse del poder, sino que su reivindicación esencial se encaminaba hacia el reparto de las tierras (*ges anadasmós*) y la abolición de las deudas (*chreon apokopé*)⁹⁶.

Es decir, que la crisis afectaba en primer término a las poblaciones rurales, pero si intentamos precisar en qué consistía esta crisis chocamos contra una serie de dificultades casi insalvables derivadas de nuestra ignorancia sobre el régimen de bienes raíces en la mayor parte de las ciudades. Entre algunos posibles ejemplos, veamos primero el de Esparta. Las fuentes tardías (Polibio, Plutarco) que afirman el carácter igualitario del reparto de la tierra entre los espartiatas han sido frecuentemente criticadas por los autores modernos. Hay, sin embargo, dos puntos que, según

⁹⁶ No es que nos encontremos ante reivindicaciones absolutamente nuevas, puesto que se conocen desde época arcaica. Pero en el siglo V habían desaparecido y vuelven ahora a surgir como resultado de nuevas circunstancias.

parece, podemos dar por sentados: por una parte, el reparto del suelo de Mesenia, que se asemeja al reparto tradicional del suelo colonial; y, por otra parte, el mantenimiento, hasta época tardía, de la prohibición de enajenar el *kleros*, medida que, junto a algunas otras disposiciones relativas a la supervivencia de los recién nacidos, pudo contribuir a proporcionar al régimen espartiatá una cierta estabilidad. Pero, también en este punto, la guerra del Peloponeso rompió un equilibrio que había sobrevivido mucho tiempo. Sin hablar del "amor por las riquezas" que la guerra pudo hacer brotar entre algunos espartiatas, no debemos olvidar las bajas sufridas, las devastaciones y, lo que es quizá más importante, el abandono de las tradiciones, que explicaría la ley atribuida por Plutarco al éforo Epitadeo: al permitir testar libremente, aquella ley habría abierto el camino hacia la libre disposición de la tierra. Fuera cuales fuesen los orígenes de esa evolución, en definitiva resulta evidente que, durante los últimos decenios del siglo IV, la tierra tiende en Esparta a concentrarse en muy pocas manos, y que esta concentración explica las reivindicaciones campesinas del siglo III y los intentos reformadores de los reyes Agis y Cleomenes⁹⁷.

Por lo demás, ante la ausencia de documentos sólo cabe formular hipótesis. En las regiones del mundo griego en donde existían formas de dependencia análogas al caso de los hilotas espartanos (Tesalia, Creta, región pónica, etc.), puede asegurarse que esa situación nunca condujo a la aparición de un régimen de bienes raíces semejante al de Esparta y sobre el que gravitaran las mismas restricciones. Tesalia había seguido siendo, efectivamente, una región de grandes señoríos, pese a la emancipación de los penestas y al desarrollo de las tiranías, y, sin duda, la gran propiedad regía también como norma general en Heraclea Pónica, en donde, en el siglo IV, el tirano Clearco confisca los bienes de los ricos y procede a un nuevo reparto de tierras. En las ciudades cretenses, en cambio, nada sugiere semejantes conclusiones: el código de Gortina (primera mitad del siglo V), desde el momento en que imponía una partición igualitaria de las herencias, debió favorecer la fragmentación de la propiedad y cabe pensar que en las ciudades cretenses existía un predominio de la pequeña y la mediana propiedad. Lo mismo sucedía, según parece, en las islas del Egeo: una inscripción de Tenos que indica el precio de venta de un cierto número de lotes de tierra da testimonio de su relativo bajo precio, puesto que su valor oscila entre 500 y 1.678 dracmas. Es cierto que algunos de estos lotes pertenecen a los mismos propietarios, lo que no excluye una cierta tendencia a la concentración de bienes raíces. Además, esta inscripción demuestra que la tierra era en Tenos enajenable, tal como ocurría en la mayor parte de las ciudades marítimas: es algo que llegará a generalizarse, en estas últimas, durante el siglo IV.

En las ciudades coloniales, los problemas agrarios estaban planteados en términos algo diferentes. El reparto original del suelo sólo había pervivido en contadas ocasiones y la crudeza de las luchas políticas entre *geo-*

⁹⁷ *Infra*, pp. 341 y 344.

geomoroi y *demos* en Siracusa, a comienzos del siglo V, pone de manifiesto que el sistema de la gran propiedad se había desarrollado con rapidez en la Sicilia oriental. Sin embargo, tal como señalaba ya Alcibíades en el 415, los establecimientos de población no presentaban en Sicilia la misma estabilidad que tenían en otros lugares: en efecto, los tiranos del siglo V habían desplazado a distintas comunidades y realizado nuevas distribuciones del suelo. Dionisio el Viejo volvió a aplicar aquella política, pero los desórdenes que siguieron a su muerte echaron por tierra su obra y sabemos que Timoleón procedió a una nueva colonización del territorio de Siracusa⁹⁸. En todo caso, sólo disponemos de escasos datos, que tal vez se vean incrementados por los trabajos recientemente emprendidos en el Sur de Italia (Metaponto) y en Crimea (Quersoneso)⁹⁹.

De todo cuanto acabamos de decir se deduce que únicamente con prudentes limitaciones cabe hablar de crisis agraria durante el siglo IV para el conjunto del mundo griego. Determinadas regiones han podido ignorar por completo una crisis como ésta, y otras encontrar soluciones a la misma en la colonización interior o en un nuevo reparto del suelo. Sin embargo, también es cierto que esta crisis alcanzó una especial gravedad en determinadas regiones (el Peloponeso) y, sobre todo, que el reparto desigual del suelo representa, a los ojos de los contemporáneos, una de las causas de los males que soportaban las ciudades: pues las dos más importantes consideraban que eran la *stasis* (la revolución) y el incremento del mercenariado.

Sobre el primer punto no debemos mantener ningún género de dudas: en todo el mundo griego el siglo IV se caracteriza por la acritud de las luchas civiles que enfrentan a demócratas y oligarcas, los primeros identificados con la masa de los pobres, los segundos con la minoría de los ricos. Evidentemente, nos gustaría saber qué era en concreto lo que se escondía detrás de esos términos de ricos y pobres, en qué consistía la riqueza de unos y la pobreza de los otros. Es patente que los grupos que protagonizaban aquellos enfrentamientos no eran en todas partes iguales. No obstante, cabe admitir que, en la mayoría de los casos, las masas rurales formaban el grueso del *demos*, incluso en aquellos casos en que, a veces, junto a la gente del campo luchaban tanto una plebe urbana, más o menos desocupada, como algunos artesanos. De otro modo no entenderíamos bien la cláusula de la paz del 338/7¹⁰⁰ que no consiente “ningún reparto de tierras, ninguna abolición de deudas, ninguna liberación de esclavos con miras a una revolución”. Este último punto merece nuestra atención: en efecto, en el período anterior a Queronea conocemos pocos ejemplos de “liberación de esclavos con miras a una revolución”, y todos ellos conciernen a campesinos en situación de dependencia: es el caso de Dionisio de Siracusa cuando libera a los Cilicirios, a los que convierte en *neopolitai*; es el caso de Cinadón en Esparta, cuando llama a los hilotas a

⁹⁸ *Infra*, p. 151.

⁹⁹ *Supra*, p. 71.

¹⁰⁰ *Supra*, p. 58.

la revuelta, al lado de los periecos y de otros grupos de "inferiores", contra los espartiatas; es el caso de Clearco, cuando realiza la unión de los mariandinos de Heraclea Póntica con las mujeres y los hijos de sus antiguos señores. Es fácil comprender que algunos ciudadanos pobres, o aquellos que actuaban en su nombre, que nunca habrían planeado liberar a auténticos esclavos, hubieran previsto asociar en su lucha a una serie de campesinos dependientes, a quienes los atenienses y otros griegos consideraban, sin ningún motivo, como esclavos, aunque su estatuto realmente se situaba, por repetir la expresión del lexicógrafo Pólux, "entre el de los hombres libres y el de los esclavos". Se comprende asimismo que hayan podido presentarnos como *neopolitai*, como "nuevos ciudadanos" que recibían una parte de las tierras confiscadas a sus antiguos señores.

Todo esto tiende a confirmar que, en las luchas políticas del siglo IV, era con frecuencia la masa rural la que se levantaba contra una minoría de ricos, procurando, en primer lugar, arrebatarles el poder político para obtener después una serie de ventajas materiales. Ésta es la razón por la que las *staseis*, las revoluciones, se convertían muchísimas veces en exterminios, en exilios o destierros que permitían realizar confiscaciones. La vuelta de los exiliados, cuando sobrevenía una contrarrevolución, provocaba nuevos conflictos. A veces, sin embargo, se llegaba a un compromiso: así, cuando en el año 383 los espartanos impusieron el regreso de los oligarcas de Fliunte, éstos obtuvieron la restitución de sus bienes, aunque la ciudad indemnizó a aquellos que habían comprado los objetos confiscados. Sin embargo, compromisos de esta naturaleza debían ser poco frecuentes y cabe pensar que, cuando los desterrados conseguían volver a instalarse en sus países, se preocuparían poco de indemnizar a sus adversarios —los cuales, a su vez, corrían el peligro de ser desposeídos de todos sus bienes y condenados a aumentar las filas de aquellos a quienes la miseria había dejado sin hogar y sin patria—. A estos hombres privados de tierra no les quedaba más que una salida: el mercenariado, cuyo recrudecimiento se presenta como una de las consecuencias más evidentes de la crisis del siglo IV.

El mercenariado no era un fenómeno nuevo en el mundo griego. Desde tiempo inmemorial, hubo personas que habían alquilado sus armas al servicio, principalmente, de los soberanos orientales, y desde el siglo VI el mercenariado había constituido una solución a la crisis social. En el siglo IV, momento en el que este fenómeno vuelve a manifestarse con mayor intensidad, la novedad consiste en que desde ahora las propias ciudades griegas recurren cada vez más a los ejércitos de mercenarios, y es conveniente que examinemos los motivos de esta nueva situación.

En la época clásica, sobre el ciudadano recaía el deber y el privilegio de asegurar la defensa de la ciudad. El ejército de los hoplitas se identificaba con el *demos*, y el jefe militar era, ante todo, un magistrado. Esparta ofrecía, sin duda, el mejor ejemplo de esta identificación del ciudadano con el soldado, pero en otros lugares sucedía lo mismo, incluso cuando, como era el caso de Atenas, había ciudadanos que estaban desprovistos de la capacidad hoplítica; e incluso cuando se adscribía al servicio hoplí-

tico a algunos extranjeros residentes, el ejército cívico se confundía con la ciudad hasta asumir eventualmente sus funciones, como ocurrió con el ejército ateniense en Samos en el 411¹⁰¹. Ahora bien, fue exactamente durante la guerra del Peloponeso cuando las cosas comenzaron a cambiar. La duración de las operaciones y la lejanía de los distintos escenarios bélicos condujeron a algunas ciudades a recurrir, cada vez con más frecuencia, a los mercenarios, mientras que la guerra y las devastaciones había incrementado el número de aquellos que estaban dispuestos a aprovechar cualquier oportunidad de procurarse aquello que necesitaban. Y así, el fenómeno surge en casi todas partes durante el siglo IV, pese a las voces de alarma dadas por algunas personas, como Isócrates o Demóstenes. Pero dejemos por el momento de lado las consecuencias que el desarrollo del mercenariado tuvo sobre la vida política ateniense. En otros lugares, éstas se tradujeron en un desinterés creciente de los ciudadanos por los temas de la defensa de la ciudad y en la aparición de cargas financieras cada vez más gravosas para el Estado. Pero la consecuencia quizá más grave de la extensión del mercenariado fue la creciente independencia de los jefes militares respecto a la ciudad. El ejemplo más significativo de esta tendencia es el de Lisandro: respaldado por la flota que había reunido gracias al oro persa, no dudó en emprender una política personal que escapó cada vez más al control de las autoridades cívicas de Esparta¹⁰². El peligro de que tales condotieros intentaran adueñarse del poder dentro de su ciudad era grande, y el siglo IV conoció varios ejemplos de ello¹⁰³. En cuanto a los propios ejércitos, acababan por convertirse en verdaderas potencias¹⁰⁴. La *Anábasis* de Jenofonte constituye un inestimable documento al respecto: nos permite ver cómo el ejército de mercenarios que Ciro el Joven había reunido para apoderarse del Imperio llegó a constituir una fuerza autónoma, con sus asambleas, sus jefes y sus leyes. Después de la derrota de Cunaxa y de la muerte de Ciro, los Diez Mil, o lo que quedaba de ellos, iniciaron el camino de vuelta y proyectaron incluso la fundación de una colonia en Tracia, antes de alquilar sus servicios a una serie de reyezuelos locales. Tenemos aquí un dato interesante, que anuncia la solución preconizada por Isócrates y llevada a cabo por Alejandro: fijar a estas tropas, que constituyan un peligro permanente para las ciudades, estableciéndolas como colonias dentro del territorio de Asia.

Pero, antes de llegar a eso, aún debían transcurrir tres cuartos de siglo marcados por guerras continuas, por violencias y estragos que agravarían todavía más la crisis y harían que esta solución fuera parcialmente inoperante.

¹⁰¹ Ver el volumen anterior, pp. 335 y 376.

¹⁰² *Supra*, p. 17; *infra*, p. 140.

¹⁰³ *Infra*, p. 141.

¹⁰⁴ Un pasaje de Eneas Táctico (X, 11) sitúa en un mismo nivel a los embajadores "de poleis, de tiranos o de ejércitos".

CAPÍTULO PRIMERO

ATENAS: ECONOMÍA Y SOCIEDAD¹⁰⁵

¿Puede aplicarse a Atenas el esquema general que acabamos de ver? He aquí uno de los problemas más delicados con los que se enfrenta el historiador del siglo IV. En efecto, la documentación ateniense es abundante (escritos teóricos, discursos forenses, textos legislativos, inscripciones) y, aunque muchos problemas siguen siendo irresolubles, todavía nos permite trazar un cuadro relativamente preciso y completo de la situación económica y social de la ciudad del siglo IV. Pero ¿es válido este panorama para el conjunto del mundo griego, como a menudo se ha dicho, o bien Atenas constituye un caso aparte, el de una ciudad cuya evolución estuvo determinada por factores propios? Es un problema casi irresoluble desde el momento en que no podemos confrontar la documentación ateniense con una documentación análoga para el resto del mundo griego. Forzosamente nos vemos obligados, la mayoría de las veces, a ver los problemas desde el punto de vista ateniense, pero sin olvidar que, si Atenas pasa por ser la ciudad griega por excelencia, existen centenares de ellas que no responden necesariamente a los mismos patrones.

¹⁰⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Todas las obras generales de historia griega tratan sobre la vida económica y social de Atenas en el siglo IV, de forma implícita (ya que generalizan para toda la época clásica los acontecimientos del siglo IV) o explícita. Las obras más directamente consagradas a las cuestiones económicas se han visto enriquecidas recientemente con dos títulos importantes: M. Austin y P. Vidal-Naquet, *Economies et sociétés en Grèce ancienne*, Paris 1972; y M. I. Finley, *The Ancient Economy*, Londres, 1973. (tr. fr., Paris 1975; trad. española: *La economía antigua*, Madrid, 1975), en las que se contemplan los problemas teóricos fundamentales. Se consultará asimismo, para el debate teórico, Ed. Will, *Trois quarts de siècle de recherches sur l'économie grecque antique*, *Annales* IX, 1954, pp. 7 ss.; M. I. Finley, *Classical Greece*, *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire économique*, Aix, 1962, Paris, 1965, I, pp. 11 ss.; P. Vidal-Naquet, *Économie et société dans la Grèce ancienne*, *Arch. européennes de Sociologie*, VI, 1965, pp. 138 ss.; S. Humphreys, *Economy and Society in Classical Athens*, *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, ser. II, vol. XXXIX, 1970, pp. 21 ss.; Cl. Mosse, *La vie économique d'Athènes au IV^e siècle, crise ou renouveau?*, *Praelectiones Patavinae*, Roma, 1972, pp. 173 ss. Por último, a las obras de carácter general citadas en el tomo I, p. x, cabe añadir M. Rostovtzeff, *A Social and Economic History of the Hellenistic World*, Oxford, 1952², vol. I, cap. II, "The Ancient

¿Atravesó Atenas durante el siglo IV una crisis económica, crisis que habría tenido repercusiones sobre el equilibrio social que caracterizó la época en que imperaba la democracia? Entre los autores modernos, unos consideran que la ciudad se recuperó rápidamente de las calamidades de la guerra del Peloponeso y que durante el siglo IV disponía aún de recursos considerables; otros insisten, por el contrario, en las devastaciones de finales del siglo V y están persuadidos, apoyándose en algunos textos, de que Atenas padeció en el siglo IV una crisis económica de la que nunca llegó a recuperarse¹⁰⁶. ¿Es posible zanjar este dilema?

La documentación relativamente abundante de que disponemos para el estudio de la vida económica y social de Atenas en el siglo IV no siempre es fácil de interpretar. Las inscripciones están a menudo incompletas y plantean a veces problemas irresolubles. Los textos literarios y especialmente los discursos forenses, si bien es cierto que presentan ante nuestros ojos una sociedad rica en matices, no suministran siempre las precisiones deseables. Pero, sobre todo, estos documentos ofrecen una discontinuidad tal que impide cualquier análisis, verdaderamente fundado, de la evolución económica: no hay forma de evaluar ni la producción ni los intercambios; no se puede precisar la evolución demográfica, pues carecemos de censos periódicos; cualquier intento de evaluación de una curva de precios o de salarios tropieza con dificultades insalvables. De ahí las interpretaciones contradictorias que se han llegado a proponer acerca de un mismo texto o de una misma serie de textos. ¿Es preciso, pues, que renunciemos a todo esfuerzo por comprender el siglo IV ateniense? Ningún historiador es capaz de tomar semejante decisión y debe, por lo tanto, efectuar un balance de los conocimientos, plantear los problemas (ya que no puede resolverlos), aventurar algunas hipótesis.

Ahora bien, un primer dato se impone: desde comienzos del siglo IV Atenas depende para su subsistencia de las importaciones de trigo, situación que condujo paulatinamente a los atenienses a controlar el comercio en el mar Egeo, de forma que el puerto del Pireo se convertirá en el centro principal de todos los intercambios¹⁰⁷. Esta función del Pireo permitía a la ciudad percibir, en todas las transacciones, una serie de tasas que

World in the Fourth Century B.C.", y Cl. Mosse, *La fin de la démocratie athénienne*, Paris, 1962, pp. 33-215.

¹⁰⁶ Yo misma di a la primera parte de mi libro, *La fin de la démocratie athénienne*, el título de "La crisis social y económica". Ahora bien, si es indiscutible que hubo una crisis de la polis, ésta no fue la consecuencia mecánica de una "crisis" económica, concepto moderno que no posee equivalencia en el mundo de las ciudades griegas. Además, si es cierto que existen en el siglo IV momentos de crisis, también hubo, como luego veremos, claras recuperaciones. Debemos ser conscientes, mucho más de lo que se ha hecho hasta ahora, de las distintas circunstancias y no hablar globalmente —al menos en este ámbito— del "siglo IV".

¹⁰⁷ Sin embargo, debemos evitar el imaginarnos una "política del trigo" por parte de los dirigentes de la ciudad: se trata solamente, cuando el suministro corre riesgos, de tomar las medidas necesarias para asegurar el libre tránsito de las naves comerciales.

engrosaban su tesoro y que constituían, al mismo tiempo, un medio de presión sobre los aliados. La imposición de emplear la moneda ateniense, si bien respondía a necesidades políticas antes que económicas, creaba una comunidad económica cuya principal beneficiaria era Atenas. Esta orientación de la economía ateniense había determinado, desde mediados del siglo VI, un desarrollo artesanal cuyos dos capítulos esenciales fueron la cerámica y la explotación de las minas de plata de Laurión. En efecto, es con sus vasos y con su moneda¹⁰⁸ con lo que Atenas pagaba sus importaciones, no sólo de cereales, sino también, y cada vez más, de las materias primas indispensables para su desarrollo comercial y político (madera para la construcción, metales más comunes) y de esclavos.

Pero, y éste es un segundo dato, aquel desarrollo artesanal no había modificado sensiblemente la estructura social del cuerpo cívico ateniense. Pues, en el fondo, los ciudadanos seguían siendo o campesinos o hacendados que vivían de los frutos de sus tierras. Sabemos que en pleno siglo V, durante la época floreciente de la cerámica de figuras rojas, no había más de cuatrocientas personas dedicadas a estos menesteres en Atenas, y no todos no ciudadanos. Además, la mayor parte de los mercaderes que frecuentaban el Pireo eran extranjeros, como se deduce claramente de un pasaje de las *Rentas* en donde Jenofonte sugiere a la ciudad honrar particularmente a estos "visitantes" si quiere ver cómo rápidamente regresan al Pireo. Sin embargo, la guerra del Peloponeso había acelerado una evolución que imprimiría un nuevo carácter al siglo IV; encontramos, en efecto, que los "demagogos" que dirigen la política ateniense después de Pericles son "artesanos": Cleón es curtidor, Hipérbolo fabricante de lámparas, Cleofón fabricaba instrumentos músicos de cuerda. Debemos recordar también la observación que Jenofonte pone en boca de Sócrates: "... bataneros, zapateros, carpinteros de obra, herreros, campesinos, comerciantes, traficantes que no piensan más que en vender caro lo que han comprado barato, este tipo de gente compone la asamblea del pueblo" (*Memorables*, III, 7, 6). Desde luego, el lugar relativamente modesto que ocupan los campesinos entre estas diferentes categorías profesionales no puede tomarse como índice revelador de la composición real del cuerpo cívico ateniense, pues sabemos que, sobre todo después de la guerra, los campesinos no acudían de muy buen grado a las reiteradas sesiones de la *Ekklesia*, las cuales atraían, en cambio, a las gentes de la ciudad y del puerto. Evaluar la importancia numérica de unos y de otros no es tarea fácil. A tales efectos, no disponemos más que de una sola indicación traducida a cifras y proviene de una fuente tardía, el comentario de Dionisio de Halicarnaso al discurso de Lisias contra Formisio. Este último había propuesto, en los días siguientes a la restauración democrática, que la *politeía* quedara exclusivamente reservada a los propietarios de bienes raíces, y Dionisio estima en 5.000 el número de atenienses que, en su virtud, hubiesen perdido sus derechos políticos. Si, como parece, el

¹⁰⁸ Sin olvidar su aceite, muy reputado y solicitado.

número de ciudadanos atenienses rondaba entonces los 30.000, la cifra de propietarios de bienes raíces equivaldría a las cinco sextas partes del cuerpo cívico¹⁰⁹.

Por todo ello, debe quedar muy clara la idea de que si Atenas es un gran centro comercial, la mayoría de la población cívica continuaba siendo, si no rural, al menos estrechamente ligada a la tierra. Esta aparente contradicción se resuelve si planteamos el problema en términos políticos: porque Atenas no es una potencia comercial más que para asegurar la subsistencia de la comunidad de los ciudadanos, y entre el desarrollo del tráfico mercantil y la evolución de las relaciones sociales no hay una correspondencia inmediata. No obstante, esa correlación existe, y el debilitamiento de la ciudad durante el siglo IV hará que se manifieste cada vez con más realidad; es preciso, así pues, que intentemos precisar sus mecanismos.

I.—EL PROBLEMA AGRARIO¹¹⁰

Ante todo, debemos determinar si Atenas conoció o no una crisis agraria análoga a aquella otra, sobre la que hemos vislumbrado algunos aspectos en el resto del mundo griego. Se trata de un problema difícil, puesto que la documentación, dispersa y fragmentaria, ha suscitado hipótesis contradictorias. Resulta indiscutible que la guerra del Peloponeso afectó sobre todo a la población rural del Ática: desde sus primeros brotes, la peste se cobró más víctimas entre los campesinos apiñados en el interior de los muros de Atenas; las razzias devastaron los campos; la ocupación de Decelia, a partir del año 413, no trajo solamente como consecuencia la interrupción de la explotación de las minas, sino que la instalación del enemigo en territorio ateniense, durante casi diez años,

¹⁰⁹ Es obvio que la propiedad de bienes raíces no implica necesariamente una actividad agrícola; puede consistir en un jardín. Es cierto además que entre los atenienses que habrían sido privados de la *politeía* figuraban algunos ricos: es lo que deja entrever el orador, y cabe pensar que, por ejemplo, el padre de Demóstenes habría estado entre ellos.

¹¹⁰ OBRAS DE CONSULTA.—Casi al mismo tiempo han aparecido en Estados Unidos dos obras esenciales sobre el problema de la propiedad de bienes raíces en el Ática, obras cuyas tesis han sido luego objeto de numerosas controversias: la de J. V. A. FINE, *Studies in Mortgage, Real Security and Land Tenure in Ancient Athens*, Hesperia, suppl. IX, Princeton, 1951; y la de M. I. Finley, *Studies in Land and Credit in Ancient Athens (500-200 B.C.)*. *The Horoi Inscriptions*, New Brunswick, 1952; a estas dos obras conviene añadir: H. Michell, *Land Tenure in Ancient Greece*, *Canadian Journal of Economic and Social Sciences*, XIX, 1953, pp. 245 ss.; A. H. M. Jones, *The Economic Basis of Athenian Democracy, Past and Present*, 1952, pp. 13 ss.; J. H. Young *Studies in South Attica. Country Estates at Sounion*, *Hesperia*, XXV, 1956, pp. 122 ss.; W. K. Pritchett, *The Attic Stelai*, *Hesperia*, XXV, 1956, pp. 178 ss.; M. I. Finley, *Land, Debat and the Man of Property in Classical Athens*, *Political Science Quarterly*, LXVIII, 1953, pp. 249 ss.; G. E. M. De Sainte-Croix, *The Estate of Phaenippos (Ps.-Dem., XLII)*, *Ancient Society and Institutions*, Studies Presented to Victor Ehrenberg, Oxford, 1966, pp. 109 ss.; Cl. Mossé, *Le statut des paysans en Attique au IV^e siècle*, *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, Paris, 1973, pp. 179 ss.; J. Pecirka, *Homestead Farms in Classical and Hellenistic Hellas*, *ibid.*, pp. 113-148.

trastornó por completo la vida rural. Mientras que las primeras obras de Aristófanes, escritas durante la guerra, evocan con nostalgia las delicias de la vida campestre durante los tiempos de paz, las dos últimas, representadas después del fin de las hostilidades, ofrecen testimonio de una miseria del campesinado que está confirmada por otros textos, y no es casualidad el que Platón, en la *República*, considere que la pobreza de gran número de gente constituye una de las causas del desequilibrio en las ciudades. No hay duda de que algunos campesinos se vieron obligados a abandonar su tierra, a trabajar tierras ajenas o a pedir prestado para subsistir, y eso nos lo confirma un pasaje de Jenofonte referido a las especulaciones que afectaron a las tierras dejadas en baldío por sus propietarios¹¹¹. Por otra parte, en algunos alegatos de Lisias y de Demóstenes encontramos alusiones a las miserias de la guerra, que empujan a las personas que en otros tiempos habían vivido de sus tierras a dedicarse a trabajos deshonrosos para un hombre libre.

¿Tuvo este movimiento, sin embargo, ese alcance que algunas veces han querido darle? Sabemos hoy que los límites hipotecarios áticos del siglo IV no pueden ser considerados como la prueba de un endeudamiento *campesino*: las tierras empeñadas lo son por gentes de condición acomodada y el objetivo del préstamo no consiste en mejorar la explotación e invertir en la producción, sino que lo más corriente es que se pretenda satisfacer las exigencias de una carrera política. El estudio de los bienes raíces de que nos hablan las fuentes literarias y las inscripciones revela, por otra parte, que la propiedad estaba todavía muy dividida y que la regla general seguía siendo la pequeña o mediana explotación. Finalmente, no podemos dejar de observar que la historia de Atenas, al menos hasta Queronea, estuvo exenta de aquellas alteraciones sociales que se han podido descubrir en otras partes del mundo griego y que la amenaza de un tirano repartiendo las tierras y aboliendo las deudas no aparece para nada allí.

¿Debemos concluir que Atenas no conoció la crisis agraria? La respuesta debe ser matizada, pues si la miseria campesina se superó relativamente, si el régimen de propiedad permaneció relativamente estable, resulta claro que hubo nuevos factores que brindaron al problema agrario aspectos particulares. El *Económico* de Jenofonte¹¹² es muy valioso en este sentido, pues, aunque es verdad que representa los valores tradicionales unidos a la tierra y el conservadurismo de su autor, también es cierto que revela una mentalidad nueva. Como antes que él hiciera su padre, Iscómaco (el principal personaje del diálogo) considera a la agricultura

¹¹¹ Jenofonte, *Económico*, XX, 22 ss. La indicación de Sócrates, comparando el amor del especulador por la agricultura con el del negociante por el trigo, sugiere que el divorcio entre el mundo de la tierra y el del dinero no era posiblemente tan absoluto como creía Finley. Pero estas especulaciones siguen siendo "marginales" y no afectan sino levemente al mundo campesino en su conjunto.

¹¹² De todos los escritores de la época, Jenofonte es el más sensible a lo que cabría denominar las "realidades económicas". Desde ahí hasta hacer de él un teórico de la economía, sólo existe un paso que algunos han dado alegremente: cf. todavía *infra*, p. 108.

no sólo como la actividad más digna de un hombre honesto, aquella que le prepara para su doble responsabilidad de político y de soldado, sino también como una profesión rentable que debemos tratar de organizar para sacar de ella el máximo provecho. Jenofonte destaca también el hecho de que la tierra es fuente de riqueza en su tratado sobre las *Rentas*, en donde observa que cuando la abundancia de vino y de trigo hace bajar los precios son muchos los que prefieren dar liquidez a sus bienes y se orientan hacia actividades más rentables, mientras que, a la inversa, la carestía lleva a los productores de grano, de vino o de aceite a especular sobre los precios de esos productos, como testimonia también el *Contra Fenipo* demosténico.

Ahora bien, el siglo IV, y especialmente la segunda mitad, ve multiplicarse las transacciones inmobiliarias. Inscripciones y alegatos revelan que la tierra es objeto de ventas, de compras y de hipotecas; la multiplicación de las confiscaciones acrecentó todavía el número de bienes remitidos al mercado¹¹³. Si bien nada permite afirmar que esta movilidad del suelo, que se va acentuando en la segunda mitad del siglo, entrañe una concentración de la propiedad, podemos no obstante suponer que tendió a favorecerla. Hay que limitarse aquí a una serie de hipótesis cuyas bases son ciertamente frágiles. Pero, si bien es cierto que las dificultades de aprovisionamiento hicieron entonces de la agricultura una actividad más rentable en el Ática, tenemos también pruebas de que la pobreza creció en los años siguientes a Queronea, así como ciertos indicios de agitación social. Ahora bien, hay un hecho que sugiere que esta pobreza afectaba a numerosos campesinos: cuando, en el 322, el régimen censitario relativamente moderado establecido por Antípatro¹¹⁴ separó de la *politeía* a un número considerable de ciudadanos empobrecidos, hubo unos diez mil que aceptaron las tierras que el macedonio les ofrecía en Tracia. Se obtiene, así pues, la impresión de que los campesinos constituían la parte más importante de esos *atimoi* y de que, si bien la crisis agraria sólo se manifestó en el Ática tardíamente, no por eso produjo menos estragos.

Pero el ejemplo ateniense demuestra que la crisis, en este caso, no fue sólo la consecuencia de las devastaciones creadas por la guerra: se inscribe asimismo en un complejo conjunto de hechos de tipo político, a la vez que económico, que resulta importante precisar.

II.—LA REANUDACIÓN DE LA EXPLOTACIÓN MINERA Y EL DESARROLLO DE LA ACTIVIDAD COMERCIAL EN EL SIGLO IV¹¹⁵

Hay que partir otra vez de las *Rentas*, ese tratado redactado por Jenofonte al final de su vida, y del que se ha sugerido que debió ser compuesto

¹¹³ Se sobreentiende que damos al término mercado un sentido muy restringido. No había en la Atenas del siglo IV un "mercado inmobiliario" y, en los casos de confiscación, se trata de bienes vendidos por la ciudad y en provecho propio.

¹¹⁴ *Infra*, p. 313.

¹¹⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Ver la bibliografía del volumen precedente, p. 579, n. 796, que debe completarse con algunos trabajos más recientes, o especialmente consagrados al siglo IV:

por instigación de Éubulo¹¹⁶ para proteger y justificar la política pacifista de aquel estadista. La idea directriz es simple: dado que la reciente guerra (la de los aliados)¹¹⁷ acababa de demostrar que Atenas no podía seguir obteniendo sus ingresos de la explotación de los otros griegos, era necesario, dentro de la nueva paz, sacar partido a los recursos del Ática, no solamente a los recursos agrícolas, sino sobre todo los mineros, para los que Jenofonte propondrá un plan de explotación. Por último, como el Pireo era el mejor puerto comercial del mundo griego, había que intensificar en él aquellos intercambios de los que la ciudad recibiera tasas, ofreciendo a los comerciantes extranjeros, y sobre todo a los metecos, provechos materiales y honoríficos. Si se sitúa la redacción de las *Rentas* hacia el año 356, un poco antes del final de la guerra de los aliados y del desmoronamiento de la segunda Confederación, convendremos que en esta época ni la explotación de las minas ni la actividad comercial habían recuperado el ritmo que tenían en el siglo V.

Podemos comparar las indicaciones de Jenofonte con las de otras fuentes. Para las minas disponemos de una serie documental preciosa, aunque fragmentaria, en las listas de concesiones establecidas por los *poletas*¹¹⁸: la más antigua de ellas, y también la más completa, está fechada en los años 367/6; pero la mayoría se sitúa entre los años 350 y 338. Aunque es preciso tener en cuenta el azar de los hallazgos, parece que la recuperación de la actividad minera estuvo muy localizada en el tiempo. La guerra del Peloponeso, y sobre todo la ocupación de Decelia, había

—Sobre el artesanado: A. Burford, *Craftsmen in Greek and Roman society*, Londres, 1972; Eadem, *The Greek Temple builders at Epidaurus*, Liverpool, 1969.

—Sobre las técnicas: A. G. Drachmann, *Mechanical technology of Greek and Roman antiquity*, Copenhague, 1963.

—Sobre las minas: M. Crosby, *The leases of the Laureion mines*, *Hesperia*, XIX, 1950, pp. 189 ss.; R. J. Hopper, *The Attic silver mines in the fourth cent. B.C.*, *B.S.A.*, XLVIII, 1953, pp. 200 ss.; ID., *The Laureion mines. A reconsideration*, *B.S.A.*, LXIII, 1968, pp. 293 ss.; sobre los lavaderos y fundiciones, véanse las publicaciones de las excavaciones belgas de Tórico: *Thorikos*, II, 1964; III, 1965; IV, 1969.

—Sobre el comercio y la banca, se completará la bibliografía del volumen precedente, pp. x ss., con los siguientes títulos: L. Gernet, *Sur les actions commerciales en droit athénien*, *R.E.G.*, LI, 1938, pp. 1 ss.; M. L. Gluskina, *Some aspects of money and credit relations in fourth cent. Athens* (en ruso, con un resumen en inglés.), *V.D.I.*, 1970, pp. 17 ss.; R. Seager, *Lysias against the corn-dealers*, *Hist.*, XV, 1966, pp. 3 ss.; Ph. Gautier, *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques*, Nancy, 1972 (2.^a parte).

—Sobre las características particulares del siglo IV en materia económica: W. Schwahn, *Demosthenes gegen Aphobos. Ein Beitrag z. Gesch. d. gr. Wirtschaft*, Berlin, 1929; ID., *Die xenophontischen Poroi und die attische Industrie im 4. Jht.*, *Rh.M.*, LXXX, 1931, pp. 247 ss.; F. Oertel, *Zur Frage d. attischen Grossindustrie*, *Rh.M.*, LXXIX, 1930, pp. 230 ss.

—El tratado de las *Rentas* de Jenofonte (*Poroi*) podrá ser consultado especialmente en las ediciones comentadas de J. H. Thiel, *Amsterdam-Viena*, 1922, de G. Bodei-Gigliani, *Florenia*, 1970, y de Ph. Gauthier.

¹¹⁶ Gracias a la intervención de Éubulo, Jenofonte pudo regresar de su largo exilio.

¹¹⁷ *Supra*, pp. 39 ss.

¹¹⁸ Los *poletai* ("vendedores") eran los magistrados encargados de las ventas y arrendamientos públicos.

asestado un golpe muy duro a la explotación minera y los expedientes a los que debió recurrirse en los últimos años de la guerra dicen bastante sobre la falta de dinero del Estado. La explotación debió reanudarse desde el momento de la liberación del territorio, pero el testimonio de Jenofonte, confirmado por la cronología de las listas de concesionarios, sugiere que esta recuperación fue lenta, al menos hasta los años sesenta. ¿La causa de semejante lentitud radicó en la falta de mano de obra o en las dudas de los atenienses a la hora de lanzarse a una actividad de dudosa rentabilidad? A decir verdad, puede intuirse otra explicación: el estudio de los nombres de los concesionarios revela, efectivamente, que muchos de entre ellos resultan conocidos por su actividad política o por haber servido como trierarcas, y cabe suponer que estos hombres, antes del año 355, utilizaran sus recursos financieros "noblemente", es decir, para armar una triere, para reclutar mercenarios, para ofrecer banquetes públicos, para organizar un coro, etc. La política pacífica de Ébulo, así como una reorganización del sistema de concesiones, les habría incitado a la apertura de nuevas minas o a continuar la explotación de las viejas, y las grandes ganancias que algunos obtendrían de todo esto habría animado a numerosos atenienses a seguir su ejemplo.

Sobre el sistema de concesiones en sí estamos bastante bien informados merced a la *Athenaion Politeía* de Aristóteles. Habría sido reorganizado por Calístrato hacia el 373: el Estado, principal propietario de las minas de Laurión, cedía la explotación a concesionarios privados a cambio de la entrega de un canon, que parece haber sido muy módico. Sobre 76 precios de arrendamiento conocidos, tenemos 22 de 20 dracmas, 30 de 150 dracmas. Pero por algunas minas llegaron a pagarse 2.000 y hasta 9.000 dracmas. Estas diferencias considerables no han dejado de suscitar discusión y controversia, pero la suposición de algunos autores modernos de que ciertas minas pudieron ser vendidas en propiedad (lo que explicaría su precio relativamente elevado) no corresponde al contenido de la *Athenaion Politeía*, pues Aristóteles no contempla más que concesiones a término, distinguiendo las minas *ergasima*, puestas ya en explotación y concedidas para tres años, de las *sinkejoremena* o *anasaxima*, inactivas desde tiempo atrás y concedidas por siete años (o por diez). Ignoramos también si el pago se hacía globalmente o mediante plazos (anuales o pitánicos). De todas formas, las ganancias que de esto podía extraer la ciudad no debían de ser considerables; por eso Jenofonte lanzó en las *Rentas* una propuesta que consistía en que la ciudad adquiriese un capital de mano de obra servil que alquilaría a los concesionarios al costo habitual de un óbolo por hombre y día¹¹⁹. Como el objetivo final consistía en que el efectivo de esclavos fuera el triple del de los ciudadanos, cada uno de éstos

¹¹⁹ Jenofonte, *Rentas*, IV, 14, recuerda que es así como Nicias, en el siglo V, había sacado provecho de un capital de 1.000 esclavos. No sabemos, por otra parte, si Nicias se limitó a alquilar estos esclavos o si él mismo era concesionario. Tenía, en todo caso, una propiedad dentro del distrito minero y los nombres de dos de sus descendientes figuran sobre las listas de los *poletas*.

podría conseguir una renta de tres óbolos por día. Pero, como una parte de estos cerca de 90.000 esclavos (¡jamás hubo tantos en Laurión!) se exponía a quedar sin empleo a falta de un número suficiente de concesionarios, Jenofonte sugiere además que la comunidad cívica se convirtiera colectivamente en concesionario, que la ciudad se transformara, a la postre, en una sociedad minera. Es cierto que semejante sistema, que asocia la audacia con el conformismo y la puerilidad, no era concebible en un marco político en el que el Estado no constituía todavía una entidad bien definida, y el proyecto de Jenofonte no tuvo siquiera atisbos de iniciarse. Las minas, en los años siguientes, tampoco conocieron una clara recuperación.

Como hemos visto, las concesiones eran de dimensiones variables. Los concesionarios que conocemos eran generalmente hombres ricos o acomodados, y además propietarios de tierras o comerciantes. Otros habrían sido más modestos, hasta manejar ellos mismos el pico¹²⁰. Un problema ha suscitado muchas controversias: ¿podían adquirir una concesión minera los extranjeros, y en particular los metecos? Jenofonte parece admitirlo¹²¹, pero ciertos autores modernos, al asimilar la concesión minera a un bien raíz no han querido aceptar semejante atentado a la costumbre; arguyen, por otra parte, la ausencia de nombres extranjeros en las listas que hemos conservado. La cuestión es irresoluble en el estado actual de nuestra documentación, pero pudo suceder que la necesidad de intensificar la explotación minera hubiese conducido a la ciudad a renunciar a ciertas exclusivas.

Los esclavos, que constituían la inmensa mayoría de los trabajadores, pertenecían al concesionario o eran alquilados por él en las condiciones que antes hemos mencionado. Este sistema era ventajoso tanto para el concesionario, que no debía hacer una inversión demasiado importante (teniendo en cuenta el riesgo que corría al abrir un filón), como para el propietario de esclavos, quien, dado el precio relativamente bajo de los que usaba en las minas, obtenía una ganancia anual apreciable¹²². Se ha intentado evaluar el número de esclavos que trabajaban en Laurión en el siglo IV, en el momento de mayor desarrollo en la explotación de las minas, pero los datos son extremadamente frágiles y las estimaciones varían entre 5.000 y 20.000¹²³. Jenofonte sitúa en 10.000 el número de esclavos que el

¹²⁰ Hay que desconfiar, sin embargo, de ciertas afirmaciones contenidas en los discursos forenses y no olvidar que este o aquel personaje, que dicen haber trabajado en la mina "con su cuerpo", estaban además sujetos al sistema de las liturgías!

¹²¹ Se cita frecuentemente como ejemplo al tracio Sosias, a quien Nicías habría alquilado sus 1.000 esclavos. Pero tal vez esta persona sólo era el administrador de Nicías.

¹²² Las indicaciones de nuestras fuentes sobre el precio de los esclavos son bastante vagas. Jenofonte calcula que un esclavo alquilado por un óbolo al día proporciona en un año alrededor de 60 dracmas. Si admitimos que un esclavo menor se pagaba entre 150 y 200 dracmas, su precio habría sido amortizado en tres años —con la condición de que se le hubiera empleado continuamente.

¹²³ Esta última cifra es la que da Tucídides para los esclavos que huyeron después de la ocupación de Decelia (cf. el volumen precedente, p. 326) —pero no está probado que todos fuesen obreros de las minas.

Estado ateniense podría alquilar a los concesionarios en un primer momento. Esto no representa un máximo, como se ha dicho a veces, pero proporciona al menos un orden de dimensiones. Por otra parte, el efectivo de los trabajadores de las minas debió variar en función de la intensidad de la explotación y llegar a su máximo después del 350, cuando la recuperación se confirmó. Parece que, para estimularla, el Estado concedió incluso ciertas ventajas a los concesionarios, como el no tener que declarar los intereses que poseían en las minas, que se libraban así al impuesto. Pero la recuperación fue breve. Hacia el 328/7, el *Contra Fenipo* nos muestra que la industria de las minas está arruinada e Hipérides, en el discurso *En defensa de Euxénipo*, atribuye esta ruina a las maniobras de los sicofantas que denunciaban las fortunas escandalosas realizadas por ciertos concesionarios. Algunos autores modernos no se han contentado con esta explicación, pues consideran que la crisis de aprovisionamiento que sufría Atenas en esos años habría desviado los capitales hacia las actividades más rentables de la agricultura o del comercio de cereales. Interpretación que puede que sea algo moderna, pero que no debemos rechazar completamente. En todo caso, si debemos valorar en su justa medida las razones invocadas por los antiguos, que son en primera instancia políticas, se intuye que la decadencia de la actividad minera debe inscribirse en una explicación en la que la economía y la política se mezclan íntimamente¹²⁴.

○ Un último problema relativo a la industria minera ática ha sido recientemente sacado a la luz, en relación con las excavaciones efectuadas en la región de Tórico. En efecto, éstas han proporcionado un importante material que concierne no a la explotación de las minas sino al tratamiento del mineral. Ahora bien, la importancia y la permanencia de las instalaciones de superficie sugerirían un régimen de propiedad privada, diferente del sistema de concesiones del subsuelo. Los escasos ejemplos claros de talleres de superficie que conservamos demuestran que los esclavos que trabajaban allí pertenecían en propiedad al poseedor del *ergasterion*. Parece haber existido aquí un tipo de explotación diferente al de las minas. Algunos ejemplos prueban que un concesionario de las minas podía también poseer talleres para el tratamiento del mineral, pero los dos tipos de actividad no iban necesariamente unidos.

○ En el momento en que la actividad minera volvió a declinar, Atenas experimentaba aún nuevas dificultades frumentarias, lo que favorecía las especulaciones. ¿Se trataba de un fenómeno coyuntural ligado a las campañas de Alejandro y a la amenaza que suponían los escitas para las ciudades griegas del Bósforo? ¿O bien estas dificultades traducían una crisis general de la actividad comercial de Atenas? El problema es controvertido porque pone en evidencia todas las concepciones modernas

¹²⁴ Es conocida la extrema complejidad de los problemas monetarios en el mundo griego, en donde la moneda es tanto un instrumento de dominación política como un útil al servicio de la actividad comercial. ¿Hay que unir, por tanto, el declive de la explotación minera con el hundimiento político de Atenas o con el desplazamiento hacia el Oriente, después de la conquista de Alejandro, de los grandes circuitos comerciales? El problema sigue abierto.

sobre la naturaleza del comercio de Atenas en época clásica. Este comercio tenía como centro el Pireo, cuyas instalaciones remontaban a la época de Pericles, quien en la célebre oración fúnebre de 430 que le dedica Tucídides (II, 28, 2) se felicitaba de que “los productos de toda la tierra” aflúan allí para mayor beneficio de los atenienses. A mediados del siglo IV el autor de las *Rentas* escribía que su país era el que ofrecía a los comerciantes las mayores facilidades: “En Atenas... los comerciantes pueden llevarse, a cambio de lo que han traído, la mayoría de las mercancías que los hombres necesitan, o bien, si no quieren llevar carga, pueden también llevarse plata y hacer así un excelente negocio; pues, allí en donde la vendan, obtienen siempre un beneficio” (III, 2). No obstante, estas puntualizaciones nos proporcionan idea más de la importancia de la actividad del Pireo que de la naturaleza del comercio ateniense, sobre la cual los autores modernos han ofrecido interpretaciones bien divergentes. Algunos han visto en los griegos en general, y en los atenienses en particular, comerciantes natos a quienes el amor por negocios habría empujado muy pronto sobre las rutas del Mediterráneo. El objeto principal de este comercio habría estado constituido por los vasos: para vender este producto los atenienses habrían conquistado primero el mercado etrusco, después el mercado egeo. A estos vasos se sumaban los excedentes de la agricultura ática (aceite y vino), el mármol, ciertos productos manufacturados. Y el volumen de esta actividad comercial habría sido favorecido por una moneda de buena aleación, que habría estimulado a su vez el desarrollo de las técnicas comerciales y bancarias. A esta tesis “modernista” se opone otra “primitivista”, que reduce la actividad comercial de Atenas a proporciones más modestas, pues considera lo esencial para los atenienses el asegurar su aprovisionamiento de granos y de algunas materias primas indispensables para su seguridad: madera para las construcciones navales y hierro, necesario para la fabricación de las armas; los vasos y la plata de Laurión habrían servido para pagar esas compras, lo que contribuiría a explicar por qué la explotación intensiva de las minas de Laurión a partir del 483 ha coincidido con un descenso de la exportación de los vasos áticos en la cuenca mediterránea. Desde esta perspectiva, la crisis del comercio ateniense a finales del siglo IV sería sobre todo una crisis de aprovisionamientos y obedecería principalmente a razones de orden político.

Entre estos dos extremos, algunos investigadores se han planteado vías intermedias que justificarían esta evolución remontándose a la época de Solón y de Pisístrato, momento en el que se sitúan los comienzos de la actividad comercial de Atenas, y acabando a finales del siglo IV. Pero estas interpretaciones distan también mucho de ser convergentes. Para unos, Atenas habría pasado de una economía de subsistencia a una economía de beneficios a medida que se consolidaba en la ciudad el papel de las personas procedentes del comercio o del artesanado, y la multiplicación de las actividades comerciales, el desarrollo de las técnicas del comercio y de la banca en el siglo IV, reflejarían el cambio de naturaleza

del comercio ateniense. Otros desarrollan, sin embargo, una tesis inversa: mientras que en el siglo IV y comienzos del V Atenas habría producido para la venta, el imperialismo, el desvío de los tributos de los aliados en provecho de la ciudad hegemónica y la explotación de las minas, habrían transformado enseguida a los atenienses en "rentistas", y en lo sucesivo la actividad comercial se habría limitado a la búsqueda de mercados de aprovisionamiento, bajo el control del Estado.

Parece difícil conciliar unas tesis tan divergentes que, apoyándose todas ellas sobre argumentos y hechos sólidos, acaban integrándolos en concepciones generales de la economía antigua que son entre sí inconciliables. Sin que pretendamos proponer aquí una nueva hipótesis, sí querríamos tratar de atenernos a los únicos hechos evidentes propios del siglo IV. Así, comprobamos que el Pireo continúa siendo en el siglo IV el principal mercado del mundo egeo, pese a que los extranjeros estén menos presentes que un siglo antes y el número de los metecos tienda a disminuir. No solamente la actividad del puerto sigue siendo importante, sino que es entonces cuando se construye el Gran Mercado destinado a acoger a los comerciantes y a servirles de almacén. Esta realidad se confirma a través de la elaboración contemporánea de una reglamentación comercial destinada a facilitar las transacciones y a acelerar los procedimientos judiciales, mientras se generaliza la práctica del contrato escrito (*syngrafé*), del que los numerosos procesos de la segunda mitad del siglo testimonian que ha adquirido valor probatorio ante los tribunales, y especialmente ante el tribunal de los tesmotetas, competente en materia de acciones comerciales (*dikai emporikai*). Por tanto, parece evidente que las actividades comerciales conservan toda su importancia en la Atenas de la época; es más, que aquello que hasta entonces se presentaba como una actividad en cierta medida al margen de la vida propia de la ciudad ahora se integra institucionalmente en ella. Si nos interrogamos sobre las razones de esta situación, comprobamos ante todo que las innovaciones en materia de derecho comercial, si no la institución propia de un derecho comercial, se desarrollan sobre todo durante la segunda mitad de siglo, es decir, después del desmoronamiento de la segunda Confederación. Se trata de un hecho destacable, puesto que tiende a probar que no hay relación directa entre el imperialismo y la actividad comercial de Atenas. Evidentemente, ello no excluye las consecuencias indirectas que el imperialismo pudo tener sobre esta actividad: unificación de los pesos y medidas, de las monedas, régimen preferencial para el aprovisionamiento de ciertas materias primas, convenios que protegen a los comerciantes, etc. Es más, es en el momento en que se hunde el Imperio cuando se llega a sentir la necesidad de una jurisdicción comercial más rápida, destinada evidentemente a animar a los comerciantes a acudir preferentemente al Pireo para realizar sus negocios. Para recordar una fórmula de L. Gernet, Atenas, privada de su Imperio, "se hacía más sensible a las sugerencias de lo económico" —lo que corrobora además la aseveración hecha anteriormente, según la cual la aparición de una "mentalidad" económica caracteriza la segunda mitad del siglo IV ate-

niense¹²⁵. Mentalidad cuya importancia no debemos exagerar: una estructura mental nueva no destruye las viejas estructuras; todas pueden coexistir, como lo revelan las contradicciones del pensamiento de un Jenofonte. Además, esta mentalidad nueva no afecta más que a una pequeña parte del grupo social: el comercio, y sobre todo el gran comercio marítimo, sigue siendo una actividad marginal para la comunidad cívica y, como la mayoría de los comerciantes, residentes o no, eran extranjeros, ellos no intervienen en la determinación de la "política comercial" de la ciudad¹²⁶. Y, sin embargo, cabe preguntarse si la segunda mitad de siglo IV no ve perfilarse una evolución en este campo, pues, entre los litigantes de los discursos demosténicos relativos a los *dikai emporikai* hay ciudadanos, comprometidos en negocios comerciales en asociación con metecos o extranjeros, de forma que unos y otros comparten desde ahora, a los efectos de su actividad "profesional", las mismas leyes y la misma jurisdicción¹²⁷.

Una vez hechas estas observaciones, y sin prejuzgar las conclusiones que de ellas se derivan en cuanto a la evolución de la economía ateniense, ¿cuáles eran en el siglo IV las vías del comercio ateniense y cuál era la naturaleza, y eventualmente la importancia, de los productos intercambiados? Como en el siglo pasado, la prioridad corresponde todavía al abastecimiento de cereales. Pero, más que anteriormente, es la región del Bósforo la que proporciona las mayores cantidades de grano. Múltiples documentos literarios y epigráficos se añaden hoy a los documentos arqueológicos (vasos y monedas) para testimoniar la importancia de las relaciones entre Atenas y el Bósforo: los tratados establecidos con Leucón y sus hijos¹²⁸, los privilegios que les son concedidos, aseguran a los comerciantes venidos de Atenas un régimen preferencial en las ciudades del Bósforo. Ciertos *emporoi* tienen allí incluso delegados permanentes, y la mayor parte de los préstamos que figuran en los discursos forenses conciernen a expediciones pónicas, de donde se traían sobre todo cereales, pero también pescado seco o salado, madera, pieles y esclavos. Sin duda, Atenas se procuraba grano en otros lugares que no eran el Ponto. Las relaciones de Atenas con Egipto y, en particular, el soporte que la ciudad prestó a los intentos de emancipación egipcios dan muestra de su interés por este país. La "estela de los cereales" de Cirene cita a los atenienses entre los beneficiarios de

¹²⁵ Resulta destacable que una institución como las *dikai emporikai* tan sólo se encuentre en Atenas. En todos los demás sitios son acuerdos particulares los que continúan reglamentando la condición de los comerciantes extranjeros.

¹²⁶ Es por lo que debe evitarse el buscar a cualquier precio razones "económicas" (es decir, comerciales) a la política exterior de Atenas durante este período. Podemos incluso preguntarnos si es correcto hablar de "política comercial" de Atenas.

¹²⁷ Sin embargo, hay que hacer una reserva: el papel de unos y otros no es idéntico; el ciudadano era normalmente un socio capitalista que se contentaba con percibir el interés del dinero prestado. Cf. además *infra*, p. 110.

¹²⁸ *Supra*, p. 69.

los envíos de trigo de la ciudad aficana¹²⁹. En cuanto a Sicilia, sabemos por Demóstenes que algunos mercaderes se procuraban allí el trigo destinado al mercado ateniense.

Sin embargo, debemos abstenernos de imaginar un sistema de intercambios regulares: si el Bósforo continuó siendo un mercado privilegiado durante todo el siglo IV, la coyuntura política pudo determinar a los mercaderes de Atenas a dirigirse a tal país en lugar de a tal otro. Así, la presencia en Siracusa, hacia el año 340, de negociantes venidos de Atenas puede explicarse por la calma relativa que la Sicilia oriental debió a Timoleón. En cambio, hacia el 327 un comerciante del Pireo volvió con las manos vacías del Bósforo, en un momento en que precisamente el precio del trigo aumentó mucho en Atenas.

Además del trigo, las importaciones atenienses consistían sobre todo en madera para las construcciones navales, que se conseguía en Tracia y en Macedonia, en metales y, finalmente, en esclavos, que parecen proceder sobre todo de Asia en el siglo IV¹³⁰.

¿Cómo pagaban los atenienses estas importaciones? Estamos tentados de responder: con dinero. No hay que pensar en un comercio ateniense en el que las exportaciones pudieran equilibrar las importaciones¹³¹. Ciertamente, los mercaderes que partían se llevaban generalmente una carga, pero que no estaba constituida necesariamente por productos áticos. Un escrito demosténico, el *Contra Lácrito*, demuestra por ejemplo que dos comerciantes faselitas, los cuales habían obtenido un préstamo en Atenas por un viaje al Bósforo (sin duda, para traer de allí trigo), se habían comprometido por contrato a utilizar ese dinero para comprar, en el viaje de ida, 3.000 ánforas de vino en Calcídica. En este negocio los prestamistas que financian son uno de Atenas y otro de Caristo, ciudad de Eubea, y el contrato estuvo sellado delante de un tercero, también ateniense, lo que explica la presencia del ateniense entre los testigos llamados a lo largo del proceso. Vemos así que en este tipo de transacciones el papel de los atenienses se reduce a prestar dinero a comerciantes extranjeros, para sacar un beneficio que no consiste más que en el interés de ese préstamo¹³². Sólo si, por diversas razones,

¹²⁹ Hay que recordar que, en este caso, no se trata de comercio, sino de un donativo. Las relaciones comerciales existían, sin embargo, entre Atenas y Cirene. Además, diversas inscripciones prueban que el trigo de Asia Menor o de Chipre llegaba también a Atenas.

¹³⁰ Sobre 22 esclavos mineros de Laurión cuyo origen es conocido, contabilizamos 8 frigios, 5 paflagonios, 2 iraníes, 1 bitinio, 1 capadocio, 1 cario, 1 sirio, 1 etíope y 2 de Tasos.

¹³¹ La noción de equilibrio comercial era desconocida, aunque sólo fuese porque resultaba imposible proceder a una evaluación global de los intercambios, algo en lo cual nadie pensó jamás.

¹³² Algunos discursos de Demóstenes nos proporcionan preciosas informaciones sobre las tasas de interés y las garantías acordadas con los prestamistas. Cf. en particular el *Contra Lácrito*, el *Contra Formión*, el *Contra Dionisodoro*, el *Contra Cenotemis*. Lo más frecuente era que el préstamo fuera concedido para un viaje de ida y vuelta con salida de Atenas, y las tasas de interés variaban de un 22 1/2 a un 30 % según la estación. La fianza estaba constituida por las mercancías, cuyo valor debía de ser el doble del del préstamo. Pero en caso de naufragio el deudor quedaba liberado. Por lo tanto, dadas las condiciones de la navegación de la época, los riesgos eran grandes.

el prestamista se veía obligado a hacerse cargo de la mercancía de vuelta y a venderla él mismo, podía eventualmente alcanzar un beneficio de naturaleza comercial y no solamente usurario. La presencia de los atenienses entre esta muchedumbre cosmopolita del Pireo que nos revelan los discursos prueba que el comercio no estaba solamente en manos de los extranjeros. Disponiendo de capitales, cuyo origen sería interesante conocer¹³³, algunos ricos atenienses prestan a la gruesa a negociantes, por lo general extranjeros, los cuales se asocian a su vez con un patrón de barco para organizar un viaje al Bósforo o a Sicilia en el que todos los socios del "negocio" pensaban obtener beneficios¹³⁴. Los propios ciudadanos raramente participaban en las expediciones, pero no podían evidentemente desinteresarse de las condiciones del negocio. Es verdad, la reglamentación del comercio de cereales, así como los favores otorgados a los proveedores extranjeros, tenían sobre todo como meta el aprovisionamiento de la ciudad, es decir, los intereses de los consumidores; las medidas encaminadas a atraer a los comerciantes hacia el Pireo perseguían, como testifican las *Rentas*, el objetivo de acrecentar el número de tasas que alimentaban el tesoro de la ciudad¹³⁵. No es menos cierto que lo que podemos llamar con prudencia la "política comercial" de la ciudad iba también en la dirección de los intereses de los atenienses, que dedicaban sus fondos a los negocios marítimos: la reglamentación simple y precisa del "derecho comercial" les aseguraba las garantías que sancionaba la existencia de actas escritas. El adelanto del derecho comercial sobre el derecho de propiedad territorial —en el ámbito de la hipoteca en particular— no implica solamente que la tierra escapara todavía a las leyes del "mercado": prueba también que la actividad comercial estaba, a partir de ahora, mejor integrada en la ciudad. A su vez, las actividades "bancarias" no deben ser sobreestimadas. Pero es evidente que el desarrollo de los

¹³³ En el *Contra Diogitón* de Lisias, se alude al hecho de que Diodoro había ganado mucho dinero "con el comercio marítimo" (*emporía*), pero nada permite pensar que fuese un mercader profesional. Es, por consiguiente, el dinero obtenido de la renta de sus tierras lo que le permitía enriquecerse prestando a gran escala, ya que los beneficios de estos préstamos podían ser de nuevo invertidos en otros préstamos. En cambio, el acusado del *Contra Apaturio* de Demóstenes, que parece ser un ateniense, se ha enriquecido navegando él mismo, lo que le permite prestar a negociantes marítimos, sea directamente o a través de un banquero. El padre de Demóstenes, que obtenía sus beneficios de dos talleres, se dedicaba igualmente al préstamo marítimo, dado que en el momento de su muerte podía contabilizarse el montante de estos préstamos en 70 minas; en este caso, nuevamente un banquero había servido de intermediario. Por último, Hipérides, en el alegato que pronunció contra Demóstenes en el momento del asunto de Harpalo (*infra*, p. 273), acusó a su adversario de haber utilizado el dinero del Gran Rey para prestarlo en grandes cantidades: los recursos de origen "político" podían también, así pues, alimentar el comercio ateniense.

¹³⁴ Las tasas de interés hacían que, salvo en caso de accidente (naufrágio, piratería, accidente), los beneficios de los prestamistas fueran altos. Resulta imposible, por otra parte, evaluar los de los comerciantes, cuya riqueza no hay que exagerar: muchos de entre ellos eran de condición modesta.

¹³⁵ Las tasas que afectaban a las mercancías a la entrada y a la salida del Pireo no eran derechos "protectores": a la vez que testimonian la soberanía de la ciudad sobre el puerto, constituían un recurso nada desdeñable para el conjunto de la comunidad cívica.

bancos privados responde en parte a las exigencias desarrolladas por la actividad comercial: en la medida en que el banquero es, a menudo, intermediario entre el ciudadano proveedor de fondos y el comerciante extranjero, se convierte en un engranaje indispensable para conseguir su asociación.

Todo cuanto precede nos conduce a una doble comprobación: por una parte, aunque es verdad que hay productos atenienses destinados a la exportación, es particularmente evidente que la mayor parte de la producción ática no interviene directamente en el movimiento comercial: Atenas no produce para vender, ni para equilibrar sus importaciones. Pero, por otra parte, y esto es un hecho que aparece entonces claramente por primera vez, las rentas obtenidas de la agricultura o del artesanado, y cuyo destino tradicional era el de contribuir a la vida de la comunidad a través de las liturgias, de las contribuciones diversas, de los préstamos amistosos, etc., se invierten en el comercio marítimo por medio del crédito y desempeñan un papel de motor de la actividad comercial. Incluso si nos está vedado afirmar, a causa de la falta de documentos, que tales prácticas, desde este momento bien testificadas, no se habían dado en épocas precedentes, es cierto que su intensificación corresponde a una alteración de los valores tradicionales a finales del siglo IV —Aristóteles era consciente de ello cuando oponía la riqueza “natural” a la riqueza “crematística”—. Pero nos queda por comprender las razones de estos cambios y también sus límites.

Vuelve a ser Jenofonte nuestra única orientación, pues parece que comprendió bien que el hundimiento del Imperio ateniense exigía soluciones nuevas y que, para asegurar la vida de la comunidad cívica, los favores de los ricos y la explotación de los aliados ya no resultaban convenientes. Además de su utópico proyecto minero¹³⁶, Jenofonte también proponía medidas mucho más concretas, destinadas a atraer a los comerciantes extranjeros al Pireo, medidas que fueron puestas en marcha por los hombres del entorno de Éubulo. Pero esta política, que contribuyó a revigorizar la actividad comercial de Atenas y a despertar la explotación minera, debía tener unas consecuencias que Jenofonte no había previsto: en efecto, mientras que el escritor, todavía imbuido de la ética tradicional, perseguía el acrecentamiento de las rentas comunitarias, las medidas concretas tomadas por el grupo de Éubulo favorecieron el desarrollo de las fortunas privadas, que no asumían ya los gastos de guerra.

Es verdad que esa recuperación, auténtica y real, de las actividades económicas de Atenas después de mediados del siglo iba a durar poco: la guerra desdichada contra Filipo reclamó nuevas contribuciones de los ricos y, por otra parte, la vieja línea de separación entre ciudadanos y extranjeros, línea que tendía a depreciar a aquellos que obtenían inte-

¹³⁶ *Supra*, p. 103.

¹³⁷ *Infra*, p. 313.

reses financieros o comerciales, se acentuó de nuevo en época de Alejandro a consecuencia de la política de Licurgo¹³⁷. Este personaje, que simbolizaba la vuelta a la tradición y persiguió a los ricos concesionarios de minas, iba a impedir el desarrollo de una economía comercial en Atenas. Sin duda el Pireo conocería aún días buenos después del año 322 y no es una casualidad si el privilegio de la *enktesis* era el más generosamente otorgado a los residentes extranjeros. Pero, entonces, Atenas habrá perdido ya políticamente toda su independencia y los ricos atenienses tenderán a fundirse en la "burguesía" cosmopolita del mundo helenístico.

Pero Atenas no dejaría de experimentar, durante un breve período, soluciones nuevas ni de entrever algunas realidades económicas. Es importante medir la influencia de las mismas sobre el equilibrio social de la ciudad.

III.—LAS TRANSFORMACIONES DE LA SOCIEDAD ATENIENSE¹³⁸

Un estudio de la sociedad ateniense del siglo IV debería comenzar por un análisis demográfico, aunque los elementos necesarios para apreciarla son, desgraciadamente, raros y, a menudo, de interpretación delicada. El único censo conocido se sitúa a finales del siglo, en el 317, durante el gobierno de Demetrio de Falero¹³⁹: habría habido entonces en Atenas 21.000 ciudadanos, 10.000 metecos y 400.000 esclavos. Esta última cifra ha sido objeto de múltiples discusiones y generalmente no es aceptada. Las dos primeras, sin embargo, son aceptadas dado que conciernen exclusivamente a los hombres en edad de llevar armas, y dado además que este censo no incluía posiblemente a aquellos que habían perdido la *politeia* en 322¹⁴⁰ y habían escogido el exilio. Si admitimos las vagas indicaciones relativas al número de ciudadanos a comienzos del siglo, se observaría una constante demográfica bastante destacable a lo largo de todo el período,

¹³⁸ OBRAS DE CONSULTA.—A las obras citadas en el t. I, pp. 563-564 y *supra*, p. 96, n. 105, se añadirá: J. K. Davies, *Athenian Propertied Families, 600-300 B.C.*, Oxford, 1971, catálogo de las principales familias atenienses; Richard F. Weyers, *Isaeus, Chronology, prosopography and Social History*, La Haya-París, 1969; sobre las luchas entre ricos y pobres y el clima social de Atenas en el siglo IV, J.-P. Vernant, *Remarques sur la lutte des classes dans la Grèce ancienne*, *Eirene*, IV, 1965, pp. 5-19 (= *Mythe et société en Grèce ancienne*, París 1974, pp. 11-29); Cl. Mossé, *Les classes sociales à Athènes au IV^e siècle*, *Ordres et classes* (Colloque d'Histoire sociale, Saint-Cloude, 24-25 de mayo de 1967), París, 1974, pp. 23 ss.; P. Mac Kendrick, *The Athenian Aristocracy, 399 to 31 B.C.*, Cambridge (Mass.), 1969; sobre los metecos y los extranjeros, Ph. Gautier, *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques*, Nancy, 1972; J. Pecirka, *The Formula for the Grant of Enktesis in Attic Inscriptions*, Praga, 1966; Idem, *A Note on Aristotle's Conception of citizenship and the role of Foreigners in 4th century Athens*, *Eirene*, VI, 1967, pp. 23-26; sobre los esclavos cf. J. Vogt, *Bibliographie zur antiken Sklaverei*, Bochum, 1972; además de la citada antología de Finley, T. I, p. x, se consultará igualmente P. Vidal-Naquet, *Les esclaves grecs étaient-ils une classe?*, *Raison présente*, V, 1968, pp. 103-111 (= *Ordres et classes*, pp. 29 ss.).

¹³⁹ *Infra*, p. 316.

¹⁴⁰ *Supra*, p. 101.

confirmando lo que se ha dicho antes en cuanto a los límites de la "crisis" económica en Atenas en el siglo IV: el número de ciudadanos atenienses habría que situarlo en torno a los 30.000, lo que supondría una población cívica de 100 a 120.000 personas, a las cuales se añadirían de 30 a 40.000 extranjeros libres y un número de esclavos que se puede estimar como cercano a los 100.000¹⁴¹. En total, alrededor de 250.000 habitantes.

De los 30.000 ciudadanos, al menos 25.000 eran propietarios de algún bien raíz a comienzos de siglo, y ya hemos visto que esta situación se habría mantenido en mayor o menor grado durante todo el siglo, dado que la movilidad mayor del suelo no se tradujo necesariamente en una concentración de la propiedad. Pero si bien la mayor parte de los atenienses eran propietarios y las dimensiones medias de las propiedades no cambiaron mucho, esa situación no implica que el cuerpo cívico fuera homogéneo: en Atenas, como en otras partes, hay ricos y pobres, y entre la riqueza y la pobreza el foso no hace más que profundizarse. Esta aparente contradicción entre una relativa estabilidad de la propiedad y el deterioro de las desigualdades sociales no se debe solamente, como se ha dicho a veces, a una literatura política que deforma y acrecienta las oposiciones, y existe el deber de explicarla.

Pero ¿quiénes eran exactamente los pobres y quiénes los ricos? Con respecto a los primeros, parece que los escritores políticos y los oradores piensan sobre todo en los pequeños campesinos, siempre a la merced de un invierno riguroso, de las heladas tardías, de una incursión enemiga: no es nada nuevo con respecto al pasado, si no fuera porque las ruinas acumuladas por la guerra del Peloponeso han agravado la situación —y porque, quizá, por muy mínimas que fueran las cargas de las incesantes guerras, éstas pesan más intensamente sobre el campesino que en tiempos pasados¹⁴², un campesino que, en la medida en que cede su plaza de hoplita a los mercenarios¹⁴³, pierde los beneficios que la guerra podía proporcionarle (sueldo, botín), y ve cómo se agrava su carga fiscal: de ahí la hostilidad creciente de los hombres del campo hacia la política imperialista, que agrava una miseria de la que no hay posibilidad de escapar—. Las pocas "cleruquías" nuevas de los años sesenta no significaban más que un empeoramiento y respondían más a necesidades estratégicas que a una política social. En cuanto a pedir préstamos para mejorar su explotación, es algo que no entraba dentro de la mentalidad campesina de la

¹⁴¹ Además de la dificultad que comporta la cifra errónea o fantasiosa transmitida sobre el número de esclavos en el 317, las divergencias entre las interpretaciones modernas tienen que ver también con la imposibilidad existente de adoptar unos coeficientes "familiares" seguros (tanto para el caso de los ciudadanos como, ¡sobre todo!, para los metecos) que nos permitieran pasar del efectivo de los varones en edad militar al de la población total (comprendiendo mujeres, niños y hombres de más de 60 años).

¹⁴² Conviene leer, en este sentido, los primeros discursos de Demóstenes, en particular el *Contra Androción*, 53 ss., de donde se deduce que la *eisfora* afectaba a un gran número de personas, algunas de las cuales eran incapaces de pagar.

¹⁴³ *Supra*, p. 94.

época. Así se explican las consecuencias desastrosas del decreto de Antípatro¹⁴⁴, pues es evidente que los 10.000 atenienses que dejaron entonces el Ática por Tracia eran en su mayoría campesinos pobres a quienes la privación del derecho de ciudadanía privaba también de las ventajas materiales que éste llevaba anejas.

El problema se planteaba en términos diferentes para la población urbana, cuyos sectores menesterosos estaban formados por artesanos y por todos aquellos que vivían de las actividades del puerto, pequeños comerciantes ambulantes, descargadores del muelle, marinos, etc.: todos los cuales, por supuesto, no eran ciudadanos. Pero lo que precisamente distinguía a Atenas de muchas otras ciudades era la presencia de ciudadanos entre estas categorías de la población. Es difícil de saber si la situación de los artesanos evolucionó mucho en el siglo IV. Hubo, ciertamente, una moderación de las construcciones públicas, al menos durante la primera mitad del siglo, pero los astilleros navales permanecieron activos y el declinar de la industria cerámica afectó más a la calidad de los vasos y a la cantidad de los productos exportados que a la producción en su conjunto; la industria de armamento continuó floreciente¹⁴⁵, y el desarrollo del lujo privado, a su vez, permitió estimular ciertas industrias¹⁴⁶. Pero la estructura de los talleres no había cambiado desde el siglo VI, aun cuando una cierta especialización de las actividades pudiera haber mejorado la calidad de los productos¹⁴⁷. En cuanto al pueblo llano de la ciudad y del puerto, a aquellas gentes que se dedicaban a actividades más o menos lícitas y temporales, no es posible captar muchos detalles. Si leemos a los filósofos, toda esta plebe urbana hacía la ley en las asambleas, se precipitaba para recibir los *misthoi* o para participar en las distribuciones gratuitas de granos, pero no sabemos gran cosa de ella. ¿Hay que englobar aquí a los *misthotoi*, a los asalariados a los que aluden nuestras fuentes? ¿Se empleaban estas personas en los trabajos del campo, o en las canteras o los muelles? Hay que limitarse a hacer la pregunta...

Conocemos mejor a los ricos, a los que se refieren casi en exclusiva nuestras fuentes. Mientras que vislumbramos tan sólo algunos casos de miseria, cuyas víctimas son siempre ancianos propietarios arruinados, podemos hacernos una idea precisa de algunas "fortunas" atenienses.

¹⁴⁴ *Supra*, p. 101.

¹⁴⁵ Los talleres más importantes que nos presentan los textos del siglo IV son las armerías: la de Polemarco y de Lisias (*Contra Eratóstenes*, 9); el taller de cuchillos del padre de Demóstenes (*Contra Afobo*, I, 9 ss.), el taller de escudos de Pasion (*En defensa de Formación*, 4).

¹⁴⁶ Cf. en este sentido las indicaciones de Platón, *República*, 373 c.

¹⁴⁷ Esto suscita el problema de la división del trabajo como factor de progreso de la industria ateniense. Está fuera de dudas que en la Atenas del siglo IV existía un artesanado altamente especializado. Pero esa especialización no tiene como meta más que la mejora en la *calidad* del trabajo: no se trata de nunca acrecentar la producción (véase el volumen anterior, p. 585). Desde ese punto de vista, la célebre indicación de Jenofonte en la *Ciropeya* adquiere pleno sentido. Y vemos cuán peligroso sería entenderla en un sentido estrictamente "económico".

Ciertos discursos de Lisias, los de Iseo y muchos de los del *corpus* demosténico, así como algunas inscripciones (en especial las listas de los *poletas* y los mojones hipotecarios) nos proporcionan magnífica información sobre este tema. Si intentamos analizar la esencia de estas fortunas se comprueba que es raro que estén constituidas exclusivamente por bienes raíces. Ciertamente, hay ricos propietarios, como ese Teofón que posee en Eleusis una propiedad que vale 2 talentos, 60 ovejas, 200 cabras, mobiliario, utillaje; lo mismo que Fenipo, que se aprovecha de la penuria para especular con su grano y su vino. Pero lo más corriente es que esos propietarios tengan también una fortuna mueble en la forma de créditos, esclavos y numerario, y que algunos posean además concesiones mineras o talleres. El montante de su fortuna, fuera cual fuese su naturaleza, se enumera siempre en dinero: así, a comienzos del siglo, Lisias evoca en el discurso *Sobre los Bienes de Aristófanes* un cierto número de fortunas cuyo monto oscila entre los 15 y los 200 talentos. En su alegato contra sus tutores, Demóstenes evalúa en 14 talentos la fortuna dejada por su padre. En los años treinta del siglo, Hipérides cita algunas fortunas de concesionarios mineros; la de Eutícrates llega a los 60 talentos, la de Epícrates y sus asociados a 300, cifras considerables que no conciernen evidentemente más que a una minoría. De estos ejemplos se pueden extraer algunas conclusiones. En primer lugar, si algunas de las fortunas pertenecen a viejas familias ya conocidas en el siglo v, otras son de origen relativamente reciente. Un cierto número de estas fortunas recientes estaban ligadas al ejercicio de magistraturas, y en particular relacionadas con el cargo de estratego: ciertos estrategos se enriquecieron exigiendo dinero a los aliados o guardando para sí mismos la mejor parte del botín de guerra: el Aristófanes que evoca el discurso de Lisias, Conón y su hijo Timoteo, Ifícrates, y otros, habían aprovechado sus campañas para acumular sólidas fortunas, que suscitaban la indignación tanto del meteco Lisias como de algunos filósofos, que buscaron el medio de colocar a los magistrados al margen de tentaciones. ¿Significa esto que los estrategos atenienses eran todos unos piratas? ¿No sería más bien que sacaban hábilmente partido de lo que estaba generalmente admitido, es decir, que la guerra era también un medio de procurarse recursos¹⁴⁸? Otras fortunas tenían unos orígenes más pacíficos: la explotación de un taller servil o de una explotación minera, el préstamo "a la gruesa". Tal es el caso de Timarco, el amigo de Demóstenes, que poseía, además de sus bienes raíces, diez esclavas zapateras, una bordadora y un tejedor. No se sabe lo que le producía el trabajo de los dos últimos, pero los rendimientos de la zapatería eran de 3 dracmas y media por día. El padre de Demóstenes, cuya fortuna no incluía bienes raíces, si exceptuamos una casa, tenía dos talleres en donde trabajaban una cincuentena de esclavos armeros y fabricantes de lechos, y prestaba "a la gruesa". El rico Midias poseía concesiones mine-

¹⁴⁸ Hay que recordar además que los estrategos que se enriquecen lo hacen generalmente mientras están al servicio de un soberano extranjero. Es el caso de Aristófanes, de Conón y de Ifícrates. Timoteo, por el contrario, dedicaba sus bienes a pagar a sus soldados.

ras, lo mismo que su hermano Trasíloco, y procedía también de las minas la inmensa fortuna de las personas citadas en el *Para Euxenipo* de Hipérides. En cuanto a los préstamos marítimos, parecen haber llegado a constituir, durante la segunda mitad del siglo, un medio normal de enriquecimiento mueble, aquel que permitía a los atenienses, individualmente, sacar provecho de la actividad del Pireo.

Estas pocas observaciones ponen de manifiesto que los ricos atenienses del siglo IV no eran solamente rentistas del suelo. Sin duda, el gran propietario de esclavos era más un rentista que un empresario, porque procedía a recibir la renta del trabajo de sus obreros antes que dirigir ese trabajo¹⁴⁹; en este sentido, el siglo IV no introduce innovaciones, puesto que en la segunda mitad del siglo V un Cleón o un Nicias eran rentistas del trabajo servil, en lo que no diferían fundamentalmente del rico propietario que vivía del producto de sus tierras, aunque realmente el origen de sus fortunas pasaba por ser menos noble. Pero el fenómeno se multiplica en lo sucesivo, y eso contribuye a hacer más comprensible la sorprendente propuesta de Jenofonte en las *Rentas*¹⁵⁰. Entre estos hombres ricos había quienes consideraban la riqueza como un medio de enriquecerse más y que, por tanto, se veían conducidos a participar más en las realidades económicas, fenómeno que ahora sólo empezamos a entrever, pero que anuncia la época helenística.

Esta evolución debía producir una doble consecuencia: por una parte, como la riqueza constituía un valor en sí misma, se imponía el criterio de que ésta distinguía, con más razón que el nacimiento, a los hombres de bien del pueblo miserable. El desprecio que había inculcado Aristófanes hacia los demagogos enriquecidos en el ejercicio de una profesión tenida por vil, no encuentra ya eco en la abigarrada sociedad de la segunda mitad del siglo y, cuando se establece en Atenas, en el 322, un régimen oligárquico, sólo la fortuna entra en juego a la hora de distinguir al ciudadano de pleno derecho de aquel que se encontraba "excluido de la *politeia*", fuera cual fuese la naturaleza y el origen de esta fortuna. Además, esta riqueza, que en lo sucesivo se considera "honorable", no tenía ya que ocultarse, y el lujo pregonado por los ricos atenienses del siglo IV no es sino consecuencia directa de lo que precede: casas ricamente ornamentadas, mobiliarios lujosos, vasos preciosos, atalajes suntuosos, son los signos mediante los cuales la riqueza se demuestra. Pero, paralelamente, se busca escapar de las costosas liturgias, cuya evocación puede todavía inducir a la indulgencia a un jurado hostil, pero que se soportan cada vez con más repugnancia.

¹⁴⁹ El *Contra Afobo* de Demóstenes es particularmente instructivo a este respecto: las ganancias de los dos talleres que su padre poseía en el momento de morir se evalúa en función del número de esclavos que los constituían, y no de la producción y de la venta. Demóstenes transmite en dicho texto una mentalidad de rentista y no de industrial, y cabe destacar que sitúa el interés por un préstamo de un talento (que no es un préstamo marítimo) al mismo nivel que las rentas de los talleres.

¹⁵⁰ *Supra*, p. 103.

Miseria agravada de unos, riqueza acrecentada de los otros, he aquí lo que contribuye, para reutilizar una fórmula de Platón, a levantar dos ciudades hostiles, enfrentada una contra otra, en el interior de la ciudad. Pero este antagonismo que se manifiesta en la Asamblea, ante los tribunales y frente a las determinaciones de la política ateniense, no desemboca en ningún conflicto abierto: de 404 a 322, la democracia ateniense ignora las revoluciones violentas que sacuden a una gran parte del mundo griego. Y aunque se busca, en varias ocasiones, la reinstauración de antiguas disposiciones contra la tiranía, no llegamos a apreciar las circunstancias que habrían justificado la adopción de tales precauciones. Esta relativa cohesión del cuerpo cívico ateniense durante más de tres cuartos de siglo hace mucho más compleja la interpretación del declinar de Atenas.

Los ciudadanos no formaban, sin embargo, más que una parte de la población del Ática. ¿Qué era de los otros dos grupos: extrajeros residentes y esclavos? Los primeros, ya lo hemos visto, ocupaban un lugar importante en la vida económica de la ciudad. Ciertamente, los 10.000 metecos que contabilizó el censo del 317 no eran todos comerciantes. Entre los extranjeros que, pagada la tasa de residencia (*metoikion*), se habían establecido en Atenas, había exiliados políticos, artesanos, artistas, sabios y filósofos, cortesanas y actores. Pero los comerciantes eran los más influyentes, los que ocupaban en la vida de la ciudad un lugar esencial. El tratado sobre las *Rentas* no deja ninguna duda sobre el particular. Las medidas que propone Jenofonte para atraer a los extranjeros se refieren únicamente a los comerciantes, de los que no podemos dudar que formaban una parte importante de la población del Pireo y de la ciudad. Todos no eran ricos, pero los había con fortunas relevantes. Si bien su suerte estaba ligada a la política imperialista de Atenas, no le correspondía, sin embargo, ningún papel político activo, dado que no eran ciudadanos, circunstancia que no les impedía tener simpatías políticas, como se había visto en 404, momento en el que un cierto número de ellos había contribuido a la restauración democrática. Pero su fidelidad no había sido recompensada mediante una concesión masiva del derecho de ciudadanía¹⁵¹. Otros habían huido y no habían vuelto, y hacia el 360 el autor de las *Rentas* aún consideraba que debía hacerse todo lo posible para atraerles de nuevo a Atenas. Podemos admitir que la recuperación económica que coincide con la llegada a los negocios de Éubulo y sus amigos tuvo efectos positivos sobre este plan. La cifra de 10.000 metecos dada por el censo de 317 es considerable si la comparamos con la de los ciudadanos. Pero estos metecos, como certificaba Jenofonte, eran cada vez más "bárbaros", venidos de Asia, de Egipto, de Lidia, etc., y menos griegos. Inclu-

¹⁵¹ Según Aristóteles, *Ath. Pol.*, 40, 2. Trasíbulo habría propuesto después de la restauración democrática otorgar el derecho de ciudadanía a un cierto número de metecos que habían combatido a su lado (cf. igualmente Esquines, *Contra Ctesifonte*, 195), pero se encontró con la oposición de Arquino. Sólo dos años más tarde se concedió tal derecho a un centenar de metecos (cf. *Syll.*³, 120).

so, a diferencia de los metecos del siglo V, parecían constituir un grupo mucho menos estable y por consiguiente se integraban mucho menos en la comunidad. La diferencia, por otra parte, entre el extranjero de paso y el meteco propiamente dicho tiende a desdibujarse. Los unos y los otros se beneficiaban por igual del procedimiento acelerado de los *dikai emporikai* (acciones comerciales), que podían intentar en su propio nombre sin tener necesidad de recurrir a un fiador ateniense; y algunos de entre ellos, fuera a título individual o agrupados en el seno de asociaciones de culto, obtuvieron, por el privilegio de la *enktesis*, el derecho a comprar bienes raíces en el Ática. Esta evolución estuvo en estrecha relación con lo dicho anteriormente: el desarrollo del comercio ateniense en el siglo IV y la necesidad de recurrir a los comerciantes extranjeros para asegurar el aprovisionamiento de Atenas explican los privilegios de los cuales se beneficiaban estos extranjeros. Las nuevas condiciones sociales y políticas en el seno de la comunidad cívica y las nuevas mentalidades que en ella se desarrollaban tendieron a reducir la distancia que separaba a los extranjeros libres de ciertos ciudadanos, con los cuales mantenían relaciones de negocios. Seguramente, el extranjero permanece excluido de la vida política y de las elecciones que la determinan; pero cuando es indispensable, sobre todo si de él depende el aprovisionamiento de la ciudad, y si es rico e influyente, el extranjero se ve a menudo muy honrado, y el último período de independencia de Atenas conoce una multiplicación de los decretos honoríficos en favor de ricos extranjeros bienhechores de la ciudad. Ello no concierne más que a una ínfima parte de los extranjeros residentes, pero es señal de una evolución que se afirmará en el siglo siguiente.

Quedan los esclavos. Para el siglo IV, precisamente, disponemos de un mayor número de documentos al respecto. La cifra de 400.000 dada por el historiador Ctesicles para el censo de Demetrio de Falero es generalmente rechazada como demasiado elevada¹⁵². Pero las evaluaciones cifradas que se han intentado a partir de escuetas indicaciones siguen siendo hipotéticas. Resulta, sin embargo cierto que los esclavos eran numerosos en la Atenas del siglo IV y que se les encontraba en todos los sectores de la vida económica, así como en la administración pública. Había esclavos en el campo. Los agricultores de Aristófanes tienen uno, dos o a veces más, y la hipótesis según la cual se trataba de una convención teatral no es aceptable: el público sabía de qué se trataba. En cuanto a las grandes propiedades, como el que describe Jenofonte en el *Económico*, debían su funcionamiento a una mano de obra esencialmente servil y Jenofonte aporta indicaciones preciosas sobre el modo de utilización de estos esclavos, sobre su vida en la casa del dueño y sobre la manera como eran tratados¹⁵³.

¹⁵² Si hay que admitir un error en la transmisión textual, su naturaleza nunca ha podido ser establecida con certeza.

¹⁵³ Cf. en particular VII, 37 (cuidados dedicados a los esclavos enfermos); 41 (recompensas y castigos); IX, 5 (precauciones a tomar para evitar las uniones entre esclavos); 11

La utilización de la mano de obra servil en el artesanado es más evidente todavía: sea en las armerías, en las minas, en las canteras o en los arsenales, los esclavos son numerosos y en todas partes constituyen el elemento principal de la mano de obra¹⁵⁴. El modo en que eran utilizados varía igualmente de un tipo de actividad a otra. En efecto, mientras que el campesino posee generalmente uno o dos esclavos que compra o ha heredado y que viven en su casa, el dueño de un taller o de una concesión minera no es necesariamente propietario de los esclavos que emplea. Esto es particularmente claro en el caso de los esclavos de Laurión, en donde el concesionario los alquila a una tarifa, que parece invariable, de un óbolo por día de trabajo. Algunos ricos atenienses podían así vivir del alquiler de un capital humano y ya hemos visto cómo Jenofonte intentaba hacer de todos los atenienses auténticos "rentistas". Pero no era necesario poseer muchos esclavos para utilizarlos así: el modesto propietario de un solo esclavo podía, alquilándolo, percibir su óbolo cotidiano. Otros propietarios de esclavos sacaban una renta de tipo diferente: instalándolos en la ciudad, en una tienda o en un taller, podían percibir la *apofora*, el rendimiento del trabajo de estos esclavos, a los que se llamaba *choris oikountes*, "los domiciliados aparte", para distinguirlos de los que vivían en la casa del dueño. Su condición era extremadamente variable, según que trabajaran bajo la férula de un jefe, él mismo de condición servil, o que tuvieran un taller en las cercanías del *agora*. Algunos podían incluso dirigir un banco, o bien representar a su dueño en una plaza extranjera. Si eran hábiles, tales esclavos podían alcanzar situaciones envidiables: los dos más célebres banqueros del siglo IV, Pasión y Formión, son antiguos esclavos y no hay duda de que había entonces en Atenas esclavos ricos. Pero los tales no constituían más que una ínfima minoría de la masa servil y debían utilizar frecuentemente su dinero para adquirir su libertad. Y, sin embargo, las manumisiones no parecen haber sido muy numerosas en el siglo IV¹⁵⁵. El esclavo constituía de hecho un elemento precioso del capital y el dueño no consentía en deshacerse del mismo sino en ciertas condiciones ventajosas para él.

Disponemos de algunas indicaciones sobre el precio de los esclavos en la Atenas del siglo IV; éste variaba según el origen del esclavo y sus capacidades: un menor valía entre 150 y 200 dracmas, un obrero especializado entre 300 y 400 dracmas; un administrador hábil podía ser pagado todavía más caro¹⁵⁶. En los inventarios de sucesión, los esclavos figuran en el

(papel del intendente); XII, 1 ss. (formación del intendente y vigilancia del trabajo de los esclavos), etc.

¹⁵⁴ Podemos apreciar la variedad de profesiones ejercidas por los libertos entre los años 340 y 320: sobre un grupo de 79 hombres, consta que 12 son agricultores, 26 obreros, 10 transportistas, 21 comerciantes; sobre 56 mujeres, 48 son operarias textiles.

¹⁵⁵ Las inscripciones de las páteras dedicadas a Atenea, que se escalonan por un período de veinte años, incluyen 253 nombres (JG, IF, 1553-1578). Pero los datos son demasiado fragmentarios como para poseer un valor estadístico.

¹⁵⁶ En las *Memorables*, Jenofonte proporciona indicaciones sobre el precio de los esclavos: "Entre los esclavos, uno puede valer dos minas, mientras que otro no vale ni tan siquiera

mismo apartado que las tierras y los muebles. Pueden ser alquilados, lo hemos visto ya, o bien otorgados en garantía: así, el padre de Demóstenes había recibido de uno de sus deudores un taller con veinte ebanistas, cuyos ingresos pasó desde entonces a percibir. Es decir, el dueño tenía sobre los esclavos una autoridad absoluta, limitada solamente por ciertas disposiciones de la ley ateniense que prohibía en concreto maltratarlos o matarlos voluntariamente.

Es difícil decir si la condición de los esclavos evolucionó en el siglo IV con respecto a las épocas anteriores, pues la casi totalidad de la documentación data precisamente de este siglo. Tenemos que hacer aquí dos observaciones: por una parte, si bien en estas fechas tiende a elaborarse un estatuto jurídico del esclavo, no debemos considerarlo como un conjunto coherente, porque la realidad es a menudo más matizada y cambiante de lo que parece y las condiciones pudieron variar considerablemente de una situación a otra; por otra parte, cabría la posibilidad de que la evolución que ha podido entorse en las condiciones de ciertos metecos se desarrolle también en ciertas categorías de esclavos, particularmente entre aquellos que se ocupaban en los negocios comerciales o bancarios. Algunos piensan incluso que estos esclavos podían entablar ellos mismos una acción judicial, sin la intervención de su dueño; adquirirían así una personalidad jurídica, a diferencia del esclavo ordinario, que no podía más que testificar y solamente bajo la tortura. Podríamos descubrir otros indicios de una evolución de la condición servil que explican quizá que Aristóteles, cuando redacta *La Política* en Atenas, juzgara necesario precisar la naturaleza del esclavo y aquello que le distinguía irremediamente del hombre libre¹⁵⁷. Pero no hay que hacerse ilusiones: la esclavitud continuaba siendo admitida por todos, era una realidad económica sobre la que no se pretendía entablar un debate. Cuando Hipérides, después de Queronea, propuso liberar y armar a los esclavos para defender a la ciudad, la mayoría de la Asamblea rechazó su proyecto. Y si las manumisiones siguen siendo raras, como hemos visto, cabe destacar que el estatuto jurídico del liberto (*apeleutheros*), que se hallaba entonces en vías de elaboración, imponía a éste estrictas obligaciones con respecto a su antiguo dueño, sobre todo en lo que respecta a quedar cerca de él (la *paramoné*), obligación cuyo incumplimiento podía implicar la vuelta a la condición servil.

Así pues, a finales del siglo IV la esclavitud continuaba siendo un rasgo característico de la sociedad ateniense, como también de la del resto

ra la mitad de una; este de aquí vale cinco minas, aquel de allá alcanza las diez. Incluso se asegura que Nicias, hijo de Niceratos, ha pagado un talento al esclavo encargado de supervisar sus minas de Plata" (II, 5, 2). Algunos han supuesto que quizá se tratara del tracio Sosias, al que se hace alusión en los *Ingresos*. Recordemos que 1 mina = 100 dr.

¹⁵⁷ ¿Había allí adversarios de la esclavitud, a los cuales respondería la célebre definición aristotélica de la esclavitud? La cuestión ha sido objeto de debates, en los que no podemos entrar aquí. Si no hay duda de que ciertos filósofos han podido negar que existiera una diferencia de naturaleza entre el esclavo y el hombre libre (el sofista Alcidamante, ciertos cínicos y ciertos estoicos), eso no suscitaría, sin embargo, una nueva acusación contra la idea de esclavitud en cuanto elemento necesario del sistema social.

de Grecia. Pero los esclavos estaban lejos de constituir una clase homogénea frente a los hombres libres y ello, pese a su importancia numérica, explica que no representaran jamás un peligro real para la ciudad, al contrario que otras categorías de personas dependientes en otras partes del mundo griego.

En Atenas, tanto en el siglo IV como en los siglos anteriores, los antagonismos que ponen en peligro el equilibrio de la ciudad se desarrollarán en el seno del grupo de hombres libres.

CAPÍTULO II

ATENAS: LAS INSTITUCIONES Y LA VIDA POLÍTICA¹⁵⁸

La democracia fue restaurada en el año 403, y pese a que Aristóteles, en la *Constitución de Atenas*, habla de la decimoprimer "reforma" (*metabolé*) de la constitución, no hubo realmente modificaciones importantes en las instituciones. Hubo, sin embargo, una importante reordenación de la legislación, aunque lo cierto es que ésta ya se había iniciado tras la primera revolución oligárquica, en el 410: se designó entonces una comisión de *nomotetes*, cuyos trabajos fueron interrumpidos por la segunda revolución; se designó una nueva comisión en el año 403¹⁵⁹, cuya composición, duración y trabajos presentan numerosos problemas a causa de las lagunas y de las contradicciones de las fuentes. Parece, sin embargo, como si a partir de este momento los *nomoi* hubiesen formado un conjunto codificado de disposiciones precisas, y como si todas las modificaciones realizadas a estas disposiciones tuviesen que ser en adelante objeto de un proceso particular de revisión, puesto de manifiesto por algunos textos. Se trataba, de hecho, de adaptar las antiguas disposiciones legislativas —una parte de las cuales remontaba a la época arcaica— a las nuevas realidades.

En cuanto a las propias instituciones, que acaban de fijarse, es ahora cuando se ve mejor su funcionamiento gracias a la descripción que de ellas nos proporciona Aristóteles, a los múltiples discursos que las hacen revivir bajo nuestros ojos y a las inscripciones.

¹⁵⁸ OBRAS DE CONSULTA.—Remitimos a las indicaciones bibliográficas ofrecidas en el t. I, p. 375, n. 414; p. 404, n. 480; sobre el clima político general del siglo IV, Cl. Mosse, *La fin de la démocratie athénienne*, pp. 262 ss.; *Athens in Decline (404-86 B.C.)*, Londres, 1973, pp. 1-50; sobre la reorganización legislativa, A. R. W. Harrison, *The Law of Athens*, t. II: *Procedure*, Oxford 1971; K. M. T. Atkinson, *Athenian Legislative Procedure and Revision of Laws*, *Bull. Rylands Libr.*, XXIII, 1939, pp. 107-150.

¹⁵⁹ Véase el volumen anterior, pp. 342 y 360.

I.-LA EKKLESÍA¹⁶⁰

Al concluir la parte histórica de su opúsculo, Aristóteles escribe: "Desde entonces se llegó al régimen actual, atribuyendo siempre los máximos poderes a la masa. Pues el pueblo se hizo dueño de todo, y todo se rigió a través de los decretos y de los tribunales, donde el pueblo es soberano" (XLI, 2). La Asamblea de los ciudadanos, la *Ekklesía*, es, en efecto, el cuerpo político soberano. De ella salen las decisiones soberanas en materia de política exterior e interior y puede, en casos particularmente graves, erigirse en tribunal supremo de justicia. La *Ekklesía* no es, propiamente hablando, una "institución": es el pueblo reunido, y cualquier ateniense, si no ha sido condenado con la "atimía", puede asistir a sus reuniones. Estas sesiones adquirieron durante el siglo IV una periodicidad más intensa que la que tuvieron, sin duda, en un principio: se celebran normalmente cuatro por pritanía¹⁶¹, es decir, cuarenta anuales, a las que pueden sumarse reuniones extraordinarias en caso de peligro, como la que fue convocada después de la ocupación de Elatea por Filipo. Las fechas de tales reuniones no eran fijas, aunque cabe exceptuar la del 11 del mes de Hecatombeo, que inauguraba el año civil, y la del 21 de Elafebolión, que se celebraba después de las Grandes Dionisiacas. El orden del día se hallaba establecido de manera precisa. La primera asamblea de la pritanía, la Asamblea "principal" (*ekklésia kyria*) tenía que tratar de los grandes problemas de la vida de la ciudad: defensa, aprovisionamiento, embajadas extranjeras, acusaciones por alta traición, etc. Era esta misma asamblea la que, al comenzar cada pritanía, confirmaba a los magistrados en sus cargos mediante una votación a mano alzada (*epicheirotónia*). Las otras tres asambleas sustanciaban los asuntos ordinarios, pero una de ellas estaba más especialmente dedicada a las súplicas. ¿Respetaban los atenienses estrictamente esta programación? Cuanto nos relatan los autores contemporáneos sobre el carácter a menudo desordenado de las asambleas permite pensar que la realidad no se correspondía siempre, necesariamente, con la descripción teórica de Aristóteles.

Las sesiones de la Asamblea se desarrollaban, en el siglo IV, en la colina de la Pnix: gracias a haber vivido, durante la guerra, en las cercanías de

¹⁶⁰ OBRAS DE CONSULTA.—A los títulos citados *supra*, n. 158, añadir: R. A. De Laix, *Probouleusis at Athens. A Study of Political Decision-Making*, Berkeley-Los Angeles, 1973; R. Sealey, *Probouleusis and the Sovereign Assembly*, *Calif. Stud. in Class. Ant.*, II, 1969, pp. 247-269; A. L. Boegehold, *Toward a Study of Athenian Voting Procedure*, *Hesperia*, XXXII, 1963, pp. 366-374. —Sobre las facciones: C. Pecorella Longo, *Eterie e Gruppi politici nell'Atene del IV secolo A.C.*, Florencia, 1971; sobre los políticos y sus medios de actuación: M. I. Finley, *Athenian Demagogues, Past and Present*, XXI, 1962, pp. 31 ss.; P. Cloche, *Les hommes politiques et la justice populaire dans l'Athènes du IV^e siècle*, *Hist.*, IX, 1960, pp. 80-96; R. Sealey, *Callistratos of Aphidna and his contemporaries*, *Hist.*, V, 1956, pp. 178-203; Athens after the Social War, *J.H.S.*, LXXV, 1956, pp. 164 ss. (= *Essays in Greek Politics*, pp. 164 ss.); S. Perlman, *The Politicians in the Athenian Democracy of the fourth Century B.C.*, *Ath.*, XLI, 1963, pp. 327-355; *Political Leadership in Athens in the fourth Century B.C.*, *Past and Present*, XXII, 1967, pp. 161-176.

¹⁶¹ Sobre la noción de pritanía, cf. el volumen anterior, p. 65.

la colina, Praxágoras, la protagonista de *Las Asambleístas* de Aristófanes (392 a.C.), ha adquirido las nociones de política que le permitirán adueñarse del poder. Se había dispuesto un hemiciclo de unos 120 metros de diámetro y había una plataforma, rodeada por una balaustrada, que formaba la tribuna desde la cual los oradores se dirigían al pueblo, sentado en las gradas. Esta tribuna tenía encima un altar dedicado a Zeus Agoraios, bajo cuya protección se colocaba la Asamblea. En esta tribuna tenían su asiento, en el siglo IV, los nueve *proedros* que formaban la mesa de la Asamblea. No sabemos exactamente en qué momento habían reemplazado, en esa función, a los pritanos de la tribu que ejercía la presidencia; los *proedros* eran sorteados de entre las nueve tribus que no ejercían en ese momento la pritanía. Su presidente, el *epistates* de los *proedros*, era auxiliado por un heraldo y un secretario. Era él quien abría las sesiones mediante un sacrificio, después del cual se leía el orden del día. Teóricamente, la discusión sólo se iniciaba si el informe previo de la *Boulé*, el *probouleuma*, había sido presentado y votado. Pero a veces sucedía que la deliberación comenzaba sin votación previa: por ejemplo, cuando la Asamblea tuvo que debatir la paz del 346, no se presentó ningún *probouleuma*. Y algunos decretos del siglo IV en lugar de la fórmula tradicional "han decidido la *Boulé* y el Pueblo" no mencionan más que al *demos*¹⁶², lo que se corresponde bastante bien con lo que nos transmiten los adversarios de la democracia sobre el poder sin freno del pueblo en las asambleas. Pero tal vez no hace falta conceder demasiado crédito a tales acusaciones ni inferir demasiadas cosas de los decretos que invocan sólo al *demos*. Todos los presentes podían participar en la discusión. De acuerdo con un testimonio de Esquines, los ciudadanos mayores de cincuenta años tenían derecho a tomar la palabra antes que el resto. Pero esta costumbre antigua, si es que en alguna época fue aplicada, parece haber sido ya abandonada en el siglo IV, y los oradores se sucedían sin orden aparente y, con frecuencia, en medio de un alboroto que ni el presidente ni la mesa estaban en condiciones de apaciguar.

Los usos políticos del siglo IV parece que modificaron, en efecto, la disciplina general de las Asambleas. Desde finales del siglo V ya ocurría, como pasó cuando el asunto de las Arginusas, que las sesiones de la Asamblea eran turbulentas y que las decisiones se tomaban de forma desordenada. Durante el siglo IV parece que los debates agitados eran ya muy corrientes. En los años siguientes a la restauración democrática, para poner remedio al creciente absentismo en la Asamblea se había establecido una indemnización por asistencia cuya consecuencia habría sido, según Aristófanes, poblar la *Pnix* con una multitud de gente ociosa, con una plebe miserable y bulliciosa atraída únicamente por ese *misthos*.¹⁶³

¹⁶² Cf. *Syll.*³ 136 (= TOD, II, 114); 148 (= TOD, II, 124). etc. Cf. asimismo Aristóteles, *Athen. Pol.* 43, 6: "sucede a veces que se abre la deliberación sin voto previo".

¹⁶³ *Las asambleístas*, 185 ss.; 299-310. El montante del *misthos* se incrementó a lo largo del siglo. Desde un óbolo primero, luego dos, y más tarde, en época de Aristófanes, tres, pasó a una dracma (6 óbolos) en época de Aristóteles por las sesiones ordinarias y de una dracma y media (9 óbolos) por la Asamblea principal.

Pero resulta difícil captar la realidad. En las *Memorables*, Jenofonte pone en boca de Sócrates que la Asamblea se compone de “bataneros, zapateros, carpinteros de obra, herreros, labradores, mercaderes, pequeños comerciantes...” (III, 7, 6), es decir, fundamentalmente del pueblo llano. En la *Política*, Aristóteles nos dice acerca de la clase campesina que es la mejor porque se mantiene tradicionalmente al margen del tumulto de las asambleas¹⁶⁴, y es cierto que los agricultores de los *demos* alejados de Atenas no se molestaban cuarenta veces al año en venir a la Asamblea, como es asimismo cierto que algunos particulares acomodados podían preferir sus asuntos personales antes que los de la ciudad¹⁶⁵. No obstante, se ha puesto de relieve que ciertas palabras de Demóstenes sólo se comprenden bien de haber sido pronunciadas en presencia de ciudadanos ricos, cuyas contribuciones eran necesarias para mantener la lucha contra Filipo: la verdad es que la *Ekklesia* no estaba exclusivamente constituida por una muchedumbre de parásitos.

Otra acusación que aletea en los discursos políticos del siglo IV y que vuelven a esgrimir los teóricos de la política y los filósofos es que ese *demos* soberano renuncia, de hecho, a su soberanía y se abandona a los “charlatanes” que se erigen en protagonistas de la escena. No es fácil saber si estamos ante un hecho característico del siglo IV o ante una evolución lógica del sistema democrático. Es evidente que, desde el momento en que las decisiones son tomadas en una asamblea de varios miles de ciudadanos, el arte de hablar bien resulta fundamental para quien intenta influir sobre ellos. Pero eso ya era una realidad en el siglo V¹⁶⁶: Pericles debía su ascendencia sobre el *demos* tanto al encanto de su palabra como a su inteligencia, y Cleón, dentro de su estilo, era también, ante todo, un orador, igual que Alcibiades. Lo que representa una novedad no es tanto el influjo que ejerce sobre el *demos* quien se expresa bien, sino el hecho de que los “buenos oradores” son en adelante profesionales de la política. Temístocles, Pericles y Alcibiades eran grandes oradores, pero ante todo eran magistrados elegidos por el pueblo al que debían rendir cuentas. En el siglo IV, por el contrario, los hombres que de hecho monopolizaban la tribuna de la Pnyx y pesaban sobre las decisiones del *demos* fueron raramente investidos de una función pública. Igualmente, en caso de que su política sufriese un descalabro no podían ser considerados como responsables, dado que la puesta en práctica de esa política no dependía de ellos. Demóstenes, que justifica este papel del orador en el *Discurso de la Corona*, su testamento político, es el tipo más característico de político del siglo IV.

¹⁶⁴ Cf. *Política*, 1318 b 9 ss. Aristóteles se inscribe en una corriente general de pensamiento para la cual la clase campesina constituye la base por excelencia de la ciudad: cf., en particular, Eurípides, *Electra*, 380-390; *Orestes*, 917-922; Jenofonte, *Económico*, IV, 15, etc.

¹⁶⁵ Cf. *supra*, p. 116. Los escritores políticos del siglo IV eran conscientes, por lo demás, de este desinterés generalizado.

¹⁶⁶ Véase el volumen anterior, pp. 242 ss, 410 y 440.

Es fácil ver las consecuencias de esta evolución de las costumbres sobre el funcionamiento de las instituciones, pues la *Ekklesía* se convertía en un campo cerrado de rivalidades políticas, que eran también rivalidades personales. Los años que siguen a la paz del 346 son característicos en este sentido, cuando la Asamblea toma decisiones contradictorias según que sufriera la influencia de Demóstenes o de sus adversarios. Por otra parte, se esbozan alianzas entre los oradores y los estrategos, lo cual desemboca en la creación de verdaderas facciones alrededor de algunos de ellos: por ejemplo de Calístrato e Ifícrates, de Cares y Demóstenes, de Foción y Esquines, luego de Demades. Volveremos sobre este asunto, que no explica ciertamente toda la historia política de Atenas en el siglo IV, pero que representa, sin embargo, un elemento importante.

Así, el poder absoluto del pueblo reunido, que para Aristóteles caracterizaba su época, parece haberse transformado en una cierta irresponsabilidad del *demós*, que tiene como corolario la ineficacia de muchas de las decisiones tomadas bajo los dictados del entusiasmo o de la cólera, pero que eran rechazadas algunos días después por los mismos que las habían propuesto. Sin embargo, los atenienses habían previsto una serie de frenos a los impulsos del *demós*: contaban no solamente con un arsenal jurídico restrictivo (*grafé paranómōn*, *eisangelía*, etc.), sino sobre todo con la institución que, frente al peligro de los desórdenes, representaba la estabilidad, la *Boulé* de los Quinientos.

II.—LA BOULÉ¹⁶⁷

Es bien sabido¹⁶⁸ que la *Boulé* se confeccionaba anualmente por sorteo dentro de las diez tribus, cada una de las cuales debía proporcionar 50 "buleutas". La función de "buleuta" estaba abierta a todos y el *misthos*, que en época de Aristóteles ascendía a 5 óbolos, permitía en principio a los pobres acceder a dicho puesto. En realidad, se advierte que las críticas vertidas contra la *Ekklesía* no lo fueron jamás contra la *Boulé*, como si el Consejo hubiera estado formado siempre por hombres sabios y moderados. El límite de edad (30 años) no lo explica todo, y es plausible que el carácter mucho más técnico de trabajo de la *Boulé* desanimara a

¹⁶⁷ OBRAS DE CONSULTA.—Véase sobre todo P. J. Rhodes, *The Athenian Boule*, Oxford, 1972; cf. igualmente J. A. O. LARSEN, *Representative Government in Greek and Roman History*, Berkely-Los Ángeles, 1955; P. Cloche, L'importance des pouvoirs de la *Boulé* athénienne aux V^e et IV^e siècles av. J.C., *R.E.G.*, XXXIV, 1921, pp. 233-265; P. Briant, La *Boulé* et l'élection des ambassadeurs à Athènes au IV^e siècle, *R.E.A.*, LXX, 1968, pp. 7-31; S. DOW, Prytanéis. A Study of the Inscriptions honoring the Athenian Councillors, *Hesperia*, suppl. I, 1937; The Preambles of Athenian Decrees containing Lists of Synproedroi, *Hesperia*, XXXII, 1963, pp. 335-363; M. Just, Die *apodokimasia* der athenischen *Boulé* und ihre Anfechtung, *Hist.*, XIX, 1970, pp. 132-140; H. Schaefer, *Probouleuma*, *P.W.*, XLV, 1957, 48-55; *Proboulos*, *P.W.*, XLV, 1957, 1221-1231; A. G. Woodhead, *Isègoria* and the Council of 500, *Hist.*, XVI, 1967, 129-140; B. D. Merrit, J. Traill, *The Athenian Councillors*, *The Athenian Agora*, XV, Princeton, 1973.

¹⁶⁸ Ver el volumen precedente, pp. 62 ss y 406 ss.

aquellos que tenían poco interés y competencia en los asuntos políticos; además, uno se imagina mal a un pequeño artesano o a un campesino abandonando sus actividades durante un año. Podemos suponer, pues, que la *Boulé* estaba compuesta sobre todo por hombres de edad madura y de condición relativamente elevada que se dejaban seducir menos por la retórica.

La *Boulé* seguía siendo esencialmente el órgano encargado de preparar sobre cada tema las discusiones de la Asamblea a través de la redacción de los *probouleumata*. Sus reuniones tenían lugar en el Bouleuterion, al oeste del ágora, pero a veces celebraba sesión en el Pireo, en el Eleusinion o incluso en la Acrópolis si la situación era particularmente grave. Las sesiones eran presididas por los pritanos (los 50 "buleutas" de la tribu en ejercicio), que, durante el tiempo de sus funciones, recibían una dracma por día. Un tercio de entre ellos estaban en activo de día y de noche y permanecían con el presidente (el *epistates*) en un edificio especial, el Tholos. La *Boulé* tenía, en efecto, como función principal, además de la preparación de los trabajos de la Asamblea, el ser la "guardiana" de la constitución y de las leyes, lo que le daba un derecho de control sobre la administración, sobre la designación de los magistrados, sobre su gestión, etc. Era ella quien examinaba a los nuevos magistrados en su toma de posesión (*dokimasía*), y delante de ella se llevaban a cabo las rendiciones de cuentas. Controlaba las finanzas, las ventas públicas, las adjudicaciones de trabajos públicos e incluso la vida religiosa de la ciudad. Finalmente, con respecto al *synedrion* de los aliados, desempeñaba el mismo papel "proboulético" que frente a la *Ekklesía*¹⁶⁹; recibía a los embajadores extranjeros, pronunciaba los juramentos, etc. Aristóteles se extiende con bastante detalle sobre estas funciones, hasta el punto de dar la impresión de que el Consejo era el órgano principal del régimen.

Parece, sin embargo, haberse producido una doble evolución de la *Boulé* en el siglo IV. Por una parte, su papel político y judicial muestra indicios de un declive. Hemos visto que, a veces, la Asamblea deliberaba sin consultar previamente a la *Boulé* y que ciertos decretos no la mencionaban en su fórmula introductoria. Aristóteles, a su vez, insiste sobre el declinar de sus poderes judiciales, declinar que se puede atribuir a factores de orden político: el papel de los buleutas en las dos revoluciones oligárquicas de finales del siglo V puede explicar que hubiese cierta desconfianza respecto al Consejo, y que éste hubiera sido desposeído de una parte de sus funciones judiciales después del 403. Por otro lado, este declinar del papel político y judicial de la *Boulé* se compensa por el carácter cada vez más técnico de sus funciones administrativas: signo característico de los tiempos, que encontraremos de nuevo en el caso de las magistraturas. Pese a que la interpretación del texto de Aristóteles no sea siempre fácil, ocurre que es del seno de la *Boulé* de donde se extraen

¹⁶⁹ *Supra*, p. 30.

diversas comisiones especializadas: los treinta *syllogeis* que controlaban las reuniones de la *Ekklesia*, los diez *trieropoioi*, o comisarios de las construcciones navales, los *logistai* o verificadores de las cuentas, los *euthynoi*, o "correctores", que recibían las quejas en la rendición de cuentas, los *hieropoioi* o encargados de los sacrificios, etc. Estas comisiones administrativas, añadidas al control que la *Boulé* ejercía sobre la mayor parte de los magistrados, hacían de ella el principal órgano ejecutivo de la democracia. Es aquí, sin ninguna duda, en donde hay que buscar las razones del funcionamiento regular del régimen, a pesar de la agitación y del desorden que podían reinar en la Asamblea.

III—LOS MAGISTRADOS Y LAS FINANZAS¹⁷⁰

Después de haber examinado los poderes del Consejo, Aristóteles pasa a las magistraturas. De los tres grupos que distingue, el primero está constituido por las magistraturas "ordinarias", cargos técnicos cuyos titulares son sorteados y trabajan en contacto con la *Boulé*; mencionemos aquí a los inspectores de los mercados (*agoranomoi*), a los inspectores de la policía urbana (*astynomoi*), a los inspectores de pesos y medidas (*metronomoi*), a los comisarios para el grano (*sitophylakes*), etc.

Un segundo grupo está constituido por los nueve arcontes, asistidos por su secretario. Elegidos por sorteo desde el 488/7¹⁷¹, conservan, sin embargo, desde sus orígenes un carácter honorífico. El arconte epónimo (aquel que da su nombre al año) posee extensas atribuciones judiciales (instruye la mayor parte de las causas privadas que afectan a los ciudadanos), así como funciones religiosas (especialmente en lo concerniente a las celebraciones de las Dionisias y de las Targelias). El arconte *basileus* tiene igualmente funciones religiosas (organiza en particular la procesión de los

¹⁷⁰ OBRAS DE CONSULTA.—Sobre la separación de los poderes civiles y militares (si no teóricamente, al menos en la realidad), véanse las observaciones de A. AYMARD, *Esprit militaire et administration hellénistique*, R.E.A., LV, 1953, p. 142; cf. igualmente, para las transformaciones del ejército, *supra*, p. 73; sobre la elección de los estrategos, E. S. STAVELEY, *Voting Procedure at the Election of Strategoi*, *Ancient Society and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg*, pp. 275-288.

Sobre los problemas financieros, R. Thomsen, *Eisphora*, Copenhagen, 1964; J. J. Buchanan, *Theorika. A Study of Monetary Distributions to the Athenian Citizenry during the fifth and fourth Centuries B.C.*, 1962; S. Lauffer, *Die Finanzpolitik der athenischen Demokratie*, *Festgabe für W. Will*, Colonia, 1966, pp. 115-120; C. H. Wilson, *Athenian Military Finances from 378/7 to the Peace of 375*, *Ath.*, XLVIII, 1970, pp. 302-306; A. Momigliano, *La eisphora e la sostanza di Demostene*, *Ath.*, IX, 1931, pp. 431 ss.; W. Schwahn, *Die attische eisphora*, *Rh. Mus.*, LXXXII, 1933, pp. 247 ss.; G. E. M. De Sainte-Croix, *Demosthenes, timêna and the Athenian Eisphora in the fourth Century B.C.*, *Classica et Mediaevalia*, XIV, 1953, pp. 30 ss.; G. L. Cawkwell, *Demosthenes and the Stratiotic Fund*, *Mnemosyne*, XV, 1962, pp. 377-383; J. L. Armstrong, *The Trierarchy and the tribal Organization of the Athenian Navy*, Princeton, 1949; sobre Eubulo, G. L. Cawkwell, *Eubulus*, *J.H.S.*, LXXXIII, 1963, pp. 47-67; sobre la política financiera de Licurgo, G. Colin, *Notes sur l'administration financière de l'orateur Lycurgue*, R.E.A., XXX, 1928, pp. 189 ss.

¹⁷¹ Véase el volumen precedente, pp. 92 ss.

Misterios y preside las Leneas), con las cuales se relaciona su jurisdicción en el ámbito de las cosas sagradas. Finalmente, el arconte polemarcha tiene, por utilizar la expresión de Aristóteles, "la misma competencia (judicial) sobre los metecos que el arconte para los ciudadanos" y, de sus antiguas funciones militares, conservó la presidencia de los sacrificios funerarios en honor de ciertas divinidades como Artemisa y Enialio. En cuanto a los seis tesmotetas, presiden los tribunales y sobre todo, desde mediados del siglo IV, instruyen las acciones comerciales y mineras.

Por último, un tercer grupo de magistraturas comprende las funciones militares y, frente a las anteriores, son electivas: estrategos, taxiarcos, hiparcos, filarcos. Mientras que los tres últimos son puramente militares, la estrategia plantea una serie de problemas sobre los cuales hay que detenerse. En efecto, en el siglo V el colegio de los diez estrategos aparecía como la magistratura más importante de la ciudad, y es en su función de estrategos como hombres cuales Temístocles, Cimón, Pericles, Cleón, Alcibiades, etc., pudieron influir sobre los destinos políticos de la ciudad. Sin duda, las atribuciones de los estrategos eran sobre todo militares, pero la estrategia aseguraba a sus titulares una gran autoridad política¹⁷². En el siglo IV, por el contrario, tienden a no ser sino simples generales, mientras que la autoridad política reposa en las manos de los oradores (Demóstenes) o de magistrados investidos de funciones de carácter generalmente financiero (Éubulo, Licurgo). Perceptible especialmente a partir del 356, es decir después de la guerra de los aliados, esta evolución se vio preparada por un conjunto de circunstancias que remontan a la guerra del Peloponeso y a sus secuelas.

Para comprender esta evolución hay que tener presentes los problemas financieros atenienses y los vínculos que aquéllos mantienen, entre otras cosas, con la propia transformación militar. Hemos analizado anteriormente la evolución de los aspectos militares en el siglo IV y hemos visto en particular cómo y por qué el ejército ateniense, que en el siglo V era una formación casi íntegramente cívica y, a la hora de la verdad, la ciudad en armas, había abierto cada vez más sus filas —igual que ocurrió en otras ciudades— a los mercenarios extranjeros. Hemos señalado también que, si bien esta evolución había tenido importantes consecuencias sobre las técnicas militares, las había tenido asimismo desde el punto de vista político, en la medida en que los extranjeros se habían convertido en profesionales de la guerra, estrechamente cercanos a la figura de unos soldados de profesión que dejaban ya de ser soldados-ciudadanos. Ahora bien, si estos estrategos (los Ificrates, los Cabrias, los Cares, etc.) habían sido a menudo inducidos, a causa de esa situación, a practicar una política personal que no siempre se identificaba con la de la ciudad, era en gran medida porque, al haberles dejado sin recursos su propia ciudad, necesitaban muy a menudo procurarse por sí mismos el dinero preciso para el pago de sus tropas, ya fuera pirateando, alquilando sus servicios en el

¹⁷² Véase el volumen precedente, pp. 242 ss.

extranjero o incluso echando mano de su fortuna personal, como le llegó a ocurrir a Tímoteo. Vemos aquí claramente la relación existente entre los problemas militares y las dificultades financieras de Atenas, que tienen también, desde luego, otros orígenes.

Estas dificultades financieras eran consecuencia, en primer lugar, del hundimiento del imperio después de la guerra del Peloponeso, y eran tanto más graves cuanto, como hemos visto, el descenso de la explotación de las minas y de la actividad del puerto había privado a la ciudad de aquello que, con ayuda de los aliados, había constituido lo esencial de sus recursos. Así pues, al mismo tiempo que los recursos disminuían, los gastos a los cuales la ciudad debía de enfrentarse no cesaban de aumentar. La institución del *misthos ekklesiastikos*, cuyo montante se elevó a lo largo del siglo, el crecimiento sobre todo de las cargas militares, hacían urgente la búsqueda de nuevos recursos. Se llega así muy pronto a repetir ciertas prácticas del siglo V y, pese a los compromisos adquiridos en el momento de constituir la segunda Confederación, los aliados sufrieron a menudo la carga de estas crecientes dificultades. Pero, paralelamente a esta vuelta al imperialismo tradicional, se hizo un esfuerzo para procurar ingresos regulares a la ciudad. El mérito corresponde, en primer lugar, a Calístrato¹⁷³, quien acometió una reforma de la *eisphora*, impuesto directo sobre el capital que no se establecía más que en tiempos de guerra. Desgraciadamente, la interpretación de esta reforma es difícil. Tan sólo recordaremos aquí que la *eisphora* parece haber estado concebida como un impuesto progresivo y que, para facilitar su cobro, los contribuyentes fueron reagrupados en cien "simmorías", cada una de las cuales representaba una misma fracción de capital imponible. Esta reforma fue completada un poco más tarde con la creación de la *proeisphora*: dentro de cada simmoría, los tres contribuyentes más ricos debían avanzar la totalidad de la suma debida por el conjunto de la *symmoría* y encargarse personalmente luego de recaudar el impuesto.

Sabemos que a Calístrato se le debe también una nueva legislación sobre la explotación de las minas, que debía facilitar su reactivación después del 360. Sin embargo, estas medidas no fueron suficientes para cubrir los gastos acumulados, sobre todo los militares: es precisamente en época de Calístrato cuando los estrategos recurren más a los expedientes para pagar a sus soldados y remeros. La reforma de la *eisphora*, por tanto, no había resuelto nada, pero sí que suscitó el descontento de los atenienses ricos, quienes no sólo tenían que hacer frente a pesadas *eisphorai*, sino que incluso no siempre lograban recuperar los fondos adelantados por ellos a título de *proeisphora*. No olvidemos además que recaía sobre ellos, a efectos de la trierarquía, la responsabilidad del equipamiento de la flota, y fue evidentemente para aliviar esta última carga por lo que el sistema de las simmorías se extendió a la trierarquía, que dejó por tanto de ser una liturgia para convertirse en un verdadero impuesto. La ley de Periandro,

¹⁷³ *Supra*, p. 30.

instituyendo las *simmorías* trierárquicas fue votada a comienzos de la guerra de los aliados, en el 357, sin duda para hacer frente a las necesidades del momento. Debía ser derogada la *víspera* de Queronea, cuando, a propuesta de Demóstenes, se volvió al antiguo sistema litúrgico. El orador había justificado esta medida llamando la atención sobre el hecho de que el sistema de las *simmorías* permitía a los ricos salir bien parados de la trierarquía, cuya carga abrumaba, en cambio, a los atenienses de condición más modesta, sin provecho real para la ciudad.

De hecho, uno de los primeros alegatos políticos de Demóstenes prueba que el sistema de las *simmorías* no funcionaba siempre como hubiera debido y que numerosos atenienses se ocupaban con retraso o no se ocupaban de sus impuestos.

En el 356, en un momento en el que el Imperio se hundía y en el que era urgente restablecer las finanzas atenienses, los *Rentas* de Jenofonte y los discursos *Sobre la Paz* de Isócrates respondieron a esta preocupación. Es también en el año 356 cuando Eubolos fue situado como jefe del "*theorikon*", cargo relativamente modesto que le permitiría de hecho tomar la dirección de los negocios de la ciudad. Ignoramos cómo restauró el equilibrio financiero, pero los ingresos anuales, que habían bajado a menos de 130 talentos, ascendieron hasta 600. Y cuando Filipo apareció en las Termópilas en el 353, se pudo financiar sin dificultad el envío inmediato de un cuerpo expedicionario. Si una parte de este dinero había sido proporcionado por contribuciones voluntarias, el aumento de los ingresos públicos era asimismo evidente, debido a la reactivación de los trabajos en Laurión¹⁷⁴ y sin duda también al hecho de que la vuelta de la paz al Egeo había atraído al Pireo a los comerciantes extranjeros. Por efímeros que fueran estos resultados, la realidad es que en adelante la dirección de los negocios públicos no volvería a estar en manos de los estrategos, sino de hombres capaces de comprender y de resolver problemas técnicos concretos. De hecho, en la segunda mitad del siglo asistimos a un aumento continuo de las magistraturas financieras. El propio Demóstenes, que había llegado al mundo de los "negocios" a través de su oficio de logógrafo, es antes que nada, desde luego, un político, pero preocupado por los problemas financieros, capaz de medir su importancia y de calcularlos. Además, mientras las magistraturas financieras adquirieron una importancia como no habían tenido jamás, la administración financiera se perfeccionó. Cajas especiales se destinan a tal o cual desembolso y son administradas por magistrados competentes: una de estas cajas, aparecida por primera vez en el 349/8, se destina a los *estratiotica*, a los gastos militares, y conocemos los esfuerzos de Demóstenes y de sus amigos para encauzar hacia ella los fondos del *theorikon*.

Finalmente, después de Queronea Licurgo asumió la nueva magistratura de tesorero de la *διοικησις*¹⁷⁵ para poner orden en las finanzas, que

¹⁷⁴ *Supra*, p. 103.

¹⁷⁵ *Dioikēsis*: "administración" en su sentido más amplio.

habían quedado profundamente afectadas por la guerra contra Filipo. Desconocemos los medios que empleó para incrementar los ingresos anuales hasta 1.200 talentos, pero cabe pensar que, como después del 357, la paz favoreció una recuperación de la actividad minera y, al menos hasta el 330, de la del Pireo.

No es fácil calibrar los resultados de esta política financiera. De todas formas, sólo podía tratarse de una política a corto plazo, constantemente replanteada según la coyuntura del momento. El hecho es, sin embargo, que los políticos atenienses no podrían en adelante permanecer indiferentes a lo que debemos llamar las cuestiones económicas y financieras, y que las magistraturas a ellas destinadas adquirieron así una categoría cada vez mayor, mientras que la estrategia tiende a no ser más que una función militar. Esta diferenciación de las funciones civiles y militares va acompañada de una especialización dentro de cada una de ellas. Lo hemos visto en el caso de las funciones financieras, y lo mismo ocurre con las militares: en el 329 se distinguía entre los estrategos a un "estratego de los hoplitas", que dirigía el ejército en campaña; un "estratego del territorio", encargado de la defensa del Ática; dos "estrategos del Pireo", uno que ejerce el mando en Muniquia y el otro en la Acté, y encargados de la vigilancia de los arsenales; un "estratego de las simmorías, comisionado para la repartición de la trierarquía y el equipamiento de los navíos. Los otros cinco, sin dedicación concreta, podían encargarse de las demás necesidades. Esta evolución de las magistraturas testimonia la creciente complejidad del aparato del Estado, que se constituye realmente a lo largo del siglo IV -y que es también testimonio del lento declinar de la ética cívica tradicional.

IV.-LA ORGANIZACIÓN JUDICIAL¹⁷⁶

La coexistencia de lo viejo con lo nuevo, cuya virtualidad acabamos de comprobar en el ámbito de las magistraturas, está particularmente presente en la organización judicial ateniense del siglo IV. Ésta era inseparable de la organización política, y el desarrollo de la soberanía popular en materia judicial fue, a su vez, algo inherente a los progresos de la democracia. Pero, en esto como en otros casos, las instituciones antiguas subsistían junto a las formas más recientes, sin que jamás se intentara llevar a cabo un esfuerzo de síntesis comparable al de los juristas romanos.

¹⁷⁶ OBRAS DE CONSULTA.—Sobre los tribunales y su procedimiento, cf. hasta el presente A. R. W. Harrison, *o.c. supra*, p. 122, n. 158; sobre la Heliea, H. Hommel, *Heliaia, Philologus*, suppl. XL, II, 1927; sobre el Areópago, cf. M. Ostwald, *The Athenian Legislation against Tyranny, T.A.P.A.*, LXXXVI, 1955, pp. 103-128; Cl. Mossé, A propos de la loi d'Eucratès sur la tyrannie, *Eirene*, VIII, 1970, pp. 76 ss.; R. Saeley, On penalizing Areopagites, *A. J. Ph.*, LXXIX, 1958, pp. 71-73 (= *Essays in Greek Politics*, pp. 183-185); sobre los procesos políticos del siglo IV, cf. R. Sealey, Callistratos of Aphidna and his Contemporaries, *Hist.*, V, 1956, pp. 178-203 (= *Essays...*, pp. 133-164); Cl. Mossé, Les procès politiques et la crise de la démocratie athénienne, *Dialogues d'Hist. anc.*, I, 1974, pp. 207 ss. (texto alemán en Welskopf (ed.), *Hellenische Poleis*, I, pp. 169 ss.); M. H. Hansen, *The sovereignty of the People's court in Athens in the Fourth cent. B.C.*, 1974.

Todo ateniense de más de treinta años y en posesión de sus derechos cívicos podía formar parte del tribunal de la Heliea. Cada año se elegían por sorteo, y bajo el control de los arcontes, a 6.000 jueces, a razón de 600 por tribu¹⁷⁷. Estos jueces juraban no favorecer a los enemigos de la democracia, no sancionar los trastornos sociales (condonación de deudas o repartos de tierras), y, finalmente, no dejarse corromper. Los términos de este juramento, transmitidos por un texto tardío, demuestran que las competencias de la Heliea desbordaban ampliamente el dominio del derecho privado e incluso del derecho público en sentido estricto, y tendían a hacer de este tribunal popular una instancia de carácter igualmente político. La Heliea, en efecto, había extendido poco a poco su control al conjunto de los asuntos jurídicos a costa de otros tribunales, como el Areópago, a costa igualmente de los magistrados, quienes tenían sólo la facultad de instruir la acción y de presidir el tribunal, y finalmente, aunque ya en época más reciente, a costa de la *Boulé*. La Heliea se reunía raramente en sesión plenaria, dado que los heliastas se repartían por un sistema complicado de sorteo entre diferentes "cámaras" que celebraban sesiones separadas, cada una bajo la presidencia de un magistrado. Normalmente, cada tribunal estaba formado por 501 jueces, que en el siglo IV percibían un *misthos* de tres óbolos por audiencia, deducido de los gastos de justicia y de las multas. No conocemos con seguridad la frecuencia de las reuniones de la Heliea, pero generalmente se piensa, a partir de las *Avispas* de Aristófanes y de la *Constitución de los atenienses* aristotélica, que actuaba al menos 300 días por año. De esta frecuencia se han sacado conclusiones diametralmente opuestas: para unos, la seguridad de recibir tres óbolos durante 300 días habría atraído a los más pobres de los atenienses o a los ancianos que, como el Filocleón de Aristófanes, estaban enganchados por la pasión judicial; otros piensan, por el contrario, que una actividad tan exigente no podía atraer más que a gentes que tuvieran la posibilidad de disfrutar del ocio, ciudadanos acomodados, para quienes el *misthos* no habría representado más que un modesto complemento de sus ingresos. Las fuentes antiguas apuntan todas en el sentido de la primera interpretación, aunque todas emanan, en general, de adversarios al sistema. Debemos añadir que los tribunales de la Heliea desempeñaban un papel considerable en la vida ateniense y que las pasiones se desencadenaban allí con tanta fuerza como en la Asamblea. Con respecto al hecho de si los jueces eran o no corruptibles¹⁷⁸, al menos podemos admitir que las presiones que se ejercían sobre la Asamblea recaían también sobre ellos y que, en uno y otro sitio, el arte de hablar bien representaba un triunfo.

¹⁷⁷ Ésta es la opinión generalmente admitida. Algunos autores modernos piensan, sin embargo, que en el siglo IV este número no tenía ya gran significación y que la renovación anual de los heliastas había caído en desuso.

¹⁷⁸ La acusación es de Demóstenes, *c. Midias*, 123. Una ley preveía que "cualquiera que cometiera colusión o corrupción en la Heliea, en los tribunales y en el Consejo, ya fuera dando o recibiendo dinero..." podría ser objeto de una *graphé* ante los tesmotetas.

Los alegatos forenses que nos han llegado y, sobre todo, aquellos relacionados con el *corpus* atribuido a Demóstenes, permiten hacerse una idea del procedimiento. La instrucción pertenecía a los magistrados, según la competencia propia de cada uno, que tendió en estos momentos a definirse de manera más precisa. Se distinguían dos tipos de acciones, las *dikai* y las *grafai*. Solemos ver las primeras como acciones privadas, las segundas como acciones públicas. La diferencia, realmente, afecta menos al carácter público o privado de la propia acción (existen algunas *demosiai dikai*) que al hecho de que una *diké* es siempre emprendida por aquel que se estima a sí mismo ofendido, o por un pariente, o por un *kyrios*¹⁷⁹. Mientras que una *grafé* puede ser emprendida por no importa qué miembro de la comunidad cívica, actuando en defensa de la misma. Ahora bien, en uno y otro caso la acción es intentada *por un particular*¹⁸⁰, pues no existe el ministerio público. Esta situación explica, por otra parte, la proliferación de esos acusadores casi profesionales que eran los “sicofantas”, quienes, asociando el chantaje a la delación, representaban un peligro importante para la salud moral y política de la ciudad. En todo caso, para evitar las acusaciones formuladas a la ligera, la ley había previsto ciertas disposiciones. En el caso de las acciones privadas, la consignación de los derechos reclamados en justicia correspondía a ambas partes, para las acciones públicas sólo al acusador, que debía además, si se volvía atrás antes del juicio o no obtenía la quinta parte de los votos, pagar una multa de mil dracmas —para hacer reflexionar a aquellos que pudieran tener tentaciones de lanzar acusaciones mal fundadas. Una vez llevada la acusación ante el magistrado instructor, éste reunía los materiales del proceso, testimonios y documentos. Hemos visto, a propósito de las acciones comerciales¹⁸¹, que el acto escrito adquirió desde ahora un valor probatorio que tendía a hacerle prevalecer sobre los testimonios orales. Cuando la instrucción terminaba, los tesmotetas fijaban la fecha de la audiencia y extraían por sorteo el tribunal encargado de pronunciarse. Un mismo tribunal podía juzgar varias causas privadas en un solo día, pero una acción pública requería una jornada entera. Después de un sacrificio y de un rezo, el acusador y el acusado tomaban sucesivamente la palabra; su tiempo de intervención era rigurosamente igual y medido por una clepsidra. En los procesos privados el acusador tenía derecho de

¹⁷⁹ El *kyrios* es aquel “que tiene autoridad” sobre otra persona (el marido sobre su mujer, el padre sobre los hijos menores, el tutor sobre su pupilo, etc.) y le sirve de representante legal.

¹⁸⁰ El papel de los “acusadores” se justifica por el orador Licurgo así: “Hay tres condiciones esenciales para la salvaguarda y la salud de la democracia y del bien público. En primer lugar, las prescripciones de las leyes, después los sufragios de los jueces, y por último la acusación que les confiamos de los delitos. El papel de la ley es el de indicar de antemano aquello que está prohibido hacer, la acusación denuncia a aquellos que son responsables de delitos legales, el juez castiga a aquellos que le son designados por la una y por la otra; de manera que ni la ley ni el sufragio de los jueces tienen poder alguno si no hay alguien para denunciar a los culpables” (c. *Leócrates*, 4).

¹⁸¹ *Supra*, p. 107.

réplica y el acusado podía responder a su vez, con tiempos medidos asimismo con rigor. Por el contrario, en los procesos públicos cada parte tenía únicamente derecho a un alegato, pero de más larga duración. En teoría, demandante y defensor tomaban ellos mismos la palabra. Si a menudo se utilizaban los servicios de un amigo más dotado o de un logógrafo profesional, este último no intervenía personalmente. Acabada la audiencia, los jueces se pronunciaban a través de un voto secreto a favor o en contra de la acusación. Cada juez había recibido al comienzo de la sesión dos fichas de bronce, una compacta para la absolución, la otra hueca para la condena, y depositaba en ese momento la que expresaba su opinión en una urna de bronce, y la otra en una urna de madera¹⁸². Se procedía al recuento y se proclamaban los resultados de la votación. En caso de condena había que fijar la pena, si no se había hecho anteriormente por imperativo de la ley o por acuerdo entre las partes. Entonces, demandante y defensor proponían cada uno una sanción y se producía una nueva votación. La escala de las penas era enormemente variada: iba desde la simple multa a la privación de los derechos cívicos, a la confiscación de los bienes y a la pena de muerte. Si la pena de muerte o la atimía son todavía aplicadas en el siglo IV, parece que la confiscación de los bienes fue una condena todavía más frecuente. Se adivina a qué necesidades respondía esta última y cuánto llegaría a alimentar las quejas de los ricos contra la democracia. Debemos guardarnos, en todo caso, de cualquier interpretación unívoca. La justicia popular de Atenas no era, desde luego, suave con los ricos, pero de ello a verla como una justicia "de clase" existe todavía un paso que no conviene dar.

Los otros tribunales tenían un carácter más arcaico y su procedimiento casi no había evolucionado desde su origen. De entre ellos hay que dejar aparte al Areópago, el cual parece haberse beneficiado de un remozado prestigio. En el *Areopagítico*, Isócrates llegó incluso a proponer que la dirección de los asuntos de Estado le fuera confiada de nuevo, como en los antiguos tiempos en que constituía el único consejo de Atenas. Sin ir tan lejos, otros oradores se complacían en prodigar elogios al sentido de la justicia y al rigor con que practicaban sus juicios los areopagitas. Pero es difícil de saber si aquel remozado prestigio estaba acompañado de un acrecentamiento real de los poderes del más viejo tribunal de Atenas. Ciertos testimonios sugieren que en los momentos críticos de la historia de Atenas al Areópago se le volvían a confiar la custodia de la ciudad y de las leyes, y éste habría sido el caso tras la restauración democrática, cuando se procedió a la refundición de la legislación¹⁸³. Después de Queronea, fue especialmente el Areópago el que hizo confiar la defensa de la ciudad a Foción y aseguró el orden hasta la conclusión de la paz. Algunos han pensado que el Areópago habría sido el agente del partido mace-

¹⁸² Solamente después de haber votado (la abstención estaba prohibida) el juez recibía la ficha de asistencia que le permitía hacerse con su *misthos* cuando salía.

¹⁸³ *Supra*, p. 122.

donio en Atenas¹⁸⁴; pero nada es más incierto, y se ha puesto de relieve, en cambio, la verdadera alianza que se estableció entre el Areópago y los hombres que dirigían entonces la vida política de Atenas (Hipérides, Licurgo, Demóstenes), todos ellos adversarios acérrimos de Macedonia. Además, Demóstenes quiso ser juzgado por el Areópago cuando el incidente de Harpalo: era como reconocer que el antiguo tribunal se mantenía apartado de las luchas de facciones. En realidad, más que de grandes poderes, el Areópago gozaba sobre todo de una autoridad moral, a la que normalmente se recurría en momentos de desorden¹⁸⁵.

Vemos pues, en conclusión, que las instituciones atenienses del siglo IV son efectivamente, a grandes rasgos, las mismas que las del siglo precedente, y que las pocas innovaciones que se hicieron no modificaron realmente la naturaleza del régimen. Pero se aprecian también, en este cuadro, algunas transformaciones internas que anuncian la época helenística: una separación acentuada entre los poderes civiles y militares, una especialización más marcada de las magistraturas, cuyo carácter técnico se afianza, una predominancia de las magistraturas "económicas", incluso si éstas siguen, en principio, estrechamente ligadas al marco tradicional. Tan sólo después de Queronea se creó para Licurgo una función verdaderamente específica. Esta especialización y este tecnicismo acrecentado de las magistraturas marchan en paralelo con las nuevas modas políticas, sin que resulte siempre fácil descubrir la relación entre las dos series de hechos. La importancia de los oradores está ligada a la naturaleza misma del régimen, pero el hecho nuevo es que hay oradores profesionales que, sin estar investidos de carga alguna, dirigen los debates de la Asamblea y, por tanto, la política de la ciudad. Estrategos y financieros tienen necesidad de oradores y así se constituyen una serie de pactos, dando a la vida política el carácter de una lucha a menudo sórdida entre clanes rivales opuestos por cuestiones secundarias. En efecto, el enfrentamiento entre oligarcas y demócratas, en torno al cual se organizan los "partidos" de la segunda mitad del siglo V, parece relegado en lo sucesivo a un segundo plano, pues nadie sueña ya en discutir la forma del régimen, exceptuando algunos pensadores que se mantienen apartados de los lugares en donde se decide la política de la ciudad. Como en los primeros tiempos de la democracia, cuando las grandes familias aristocráticas se disputaban el poder, la demarcación entre las diferentes facciones viene establecida a raíz de esta o aquella alianza personal. Los verdaderos antagonistas políticos, propiamente dichos, pasan a un segundo plano.

¹⁸⁴ Hipótesis sugerida por el hecho de que el decreto del 337 sobre la tiranía contiene cláusulas referidas especialmente a los Areopagitas que se hicieran cómplices de un derrocamiento del régimen.

¹⁸⁵ Además, no hay razón para pensar que el Areópago representara una "opinión" particular, puesto que se nutría automáticamente con la entrada anual de los nueve arcontes que dejaban el cargo, cargo que habían obtenido por sorteo.

Sin embargo, los antagonismos existen, y lo que distingue a la Atenas del siglo IV de la del siglo V, pese a ciertas similitudes, es que, por una parte, tales diferencias no oponen como antaño al *demos* y a la aristocracia, sino a la minoría de los ricos (fuera cual fuera la naturaleza y el origen de su riqueza) con la masa de los pobres; y, por otra, que no desembocan en conflictos abiertos, sino que se reflejan más bien en una creciente hostilidad de los ricos hacia la política imperialista, mediante la cual el *demos* espera conseguir la aseguración de su subsistencia, así como, a la inversa, en la desconfianza popular frente a los ricos, en las amenazas de confiscación que pesan sobre ellos y en el incremento de sus cargas militares y financieras. Hasta el 322, estos antagonismos no llegaron jamás a una verdadera lucha política, de ahí la impresión de relativo equilibrio que proporciona Atenas en el siglo IV, al contrario que el resto del mundo griego. De ahí también la ilusión, compartida por ciertos autores modernos, de que Filipo fue el único responsable de la ruina ateniense. En realidad, la derrota del 338 exacerbó una serie de oposiciones ya antiguas, que habían cobrado vida cada vez que la hegemonía de Atenas había sido quebrantada: el final de esa supremacía terminaría liberando esos antagonismos y precipitando la decadencia de la ciudad.

CAPÍTULO III

LAS OTRAS CIUDADES GRIEGAS

Para el resto de ciudades no disponemos de una documentación comparable a la que permite analizar la evolución de Atenas. Las inscripciones, relativamente numerosas, proporcionan nombres de magistrados o revelan la existencia de ciertas instituciones, pero nada nos desvelan ni sobre la vida política concreta de estas ciudades ni sobre la naturaleza del grupo social del que son reflejo. Solamente contamos con elementos de información algo precisos sobre Esparta, sobre las ciudades del Occidente y, en particular, sobre Siracusa; también, por último, sobre ciertas ciudades de Asia Menor, que conocieron en el siglo IV un renacimiento espectacular.

I.—ESPARTA Y EL PELOPONESO¹⁸⁶

Es bien sabido cuántas precauciones hay que adoptar a la hora de hablar de Esparta. Pues bien, es precisamente durante el siglo IV cuando la historia de la ciudad resulta peor conocida, porque es entonces cuando la "leyenda espartiatá" adquiere su fisonomía más compleja. Esparta está en el corazón de todos los debates en el momento mismo en que cesa de tener

¹⁸⁶ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las citadas en el t. I, p. 53, n. 15, y p. 394, n. 457, se consultará: sobre Lisandro, D. Lotze, *Lysander und der peloponnesische Krieg*, Berlin, 1964; sobre el monumento de Delfos, G. Daux, *Pausanias à Delphes*, pp. 81-86; J. Pouilloux y G. Roux, *Enigmes à Delphes*, p. 57; J. Bousquet B.C.H., XL, 1966, pp. 428-440; para el texto de la inscripción, Meiggs-Lewis, 95.

Sobre las instituciones espartanas, A. Andrewes, *Probouleusis. Sparta's Contribution to the technic of government*, Oxford, 1954; *The Government of Classical Sparta*, *Ancient Society and Institutions*, pp. 1-20.

Sobre los disturbios internos, M. Cary, *Notes on the History of the fourth Century*, I, *The Rhetra of Epitadeus*, *Cl. Q.*, XX, 1929, pp. 186 ss.; J. Christien, *La loi d'Epitadeus, un aspect de l'histoire économique et sociale à Sparte*, *Rev. Hist. Dr. fr. et étr.*, 1974, pp. 197 ss.; T. Lenschau, *Kinadon*, *P.W.*, XI, 1, 1921, 458; R. E. Smith *The Opposition to Agesilaus' Forcing Policy, 394-371 B.C.*, *Hist.*, II, 1953-1954, pp. 274-283; sobre el milagro espartano en el siglo IV, además de Ollier, *Le mirage spartiate*, 2 vol., Paris, 1933-1943, se consultará N. Tigerstedt, *The Legend of Sparta in Classical Antiquity*, I, Stockholm, 1965, y E. Rawson, *Spartan Tradition in European Thought*, Oxford, 1969.

un papel político y militar de primer orden, pero es una Esparta que no posee, sin duda, sino lejanas relaciones con una realidad difícil de captar.

Si intentamos penetrar en esta realidad nos encontramos en seguida con una primera contradicción: Esparta aparece, a los ojos de sus admiradores del siglo IV, como la ciudad a la que la igualdad de aquellos que la componen le permitiría eludir los conflictos que desgarran al resto de las ciudades. Pero, al mismo tiempo, es la ciudad oligárquica por excelencia, hacia la que recurren todos los enemigos de la democracia. Ya hemos visto antes qué debemos pensar de la "igualdad" espartana: fuese real o mítica, a partir de ahora pertenece, en todo caso, a un pasado que ya había terminado. Jenofonte, testigo parcial, pero, al mismo tiempo, bien informado, demuestra en la *República de los Lacedemonios* que en su tiempo todavía subsisten algunos aspectos del "comunismo" espartano (sistema educativo, comidas comunes); pero la antigua igualdad de la tierra, si es que ésta no es un mito forjado por los reyes reformadores del siglo III¹⁸⁷, sobrevivió sin problemas. La guerra y sus secuelas introdujeron en Esparta, por otra parte, no solamente el "amor a las riquezas", sino las mismas riquezas, fruto de las rapiñas y del botín. Cuando Platón evoca en la *República* a los ricos de la ciudad "timocrática", adorando en la sombra sus riquezas, no hay duda de que está pensando en Esparta. Desde luego, no es fácil medir las repercusiones que tales modificaciones pudieron tener sobre el régimen de la tierra y el equilibrio social de la ciudad. Pero el descubrimiento del complot tramado por el *hypomeion* (inferior) Cinadón a comienzos del siglo IV y las indicaciones de Aristóteles en la *Política* demuestran bastante bien que Esparta no escapó a la suerte común: la desigualdad económica, territorial y de bienes muebles, el crecimiento del número de pobres amenazados con caer en el rango de los inferiores y el desarrollo de la corrupción testimonian que la comunidad cívica estaba minada en su interior en el momento mismo en que su posición exterior se hallaba comprometida por la pérdida de Mesenia, por la amenaza permanente de las revueltas de hilotas y por las repetidas invasiones del Peloponeso. Esta situación precaria, que, sin embargo, no pone todavía en verdadero peligro el equilibrio político de la ciudad, tampoco tiene repercusiones sobre el funcionamiento de sus instituciones. Pese a la parcialidad de nuestras fuentes, parece que confrontando los testimonios de Jenofonte y de Aristóteles podemos percibir lo que era la oligarquía espartana y las amenazas que pesaban sobre ella.

Había en Esparta, como en toda ciudad griega, una asamblea, un consejo y magistraturas. La Asamblea, que lleva tanto el nombre de *Apella* como el más banal de *Ekklesia*, no era soberana porque sus decisiones no tenían fuerza de ley en tanto en cuanto no alcanzaran la aprobación del Consejo de Gerontes, porque ninguna proposición sometida al voto podía ser discutida o enmendada, y porque, finalmente, la *gerusia*, en caso de desacuerdo, podía disolver la Asamblea. La alusión hecha por Jenofonte

¹⁸⁷ *Infra*, pp. 341 y 344.

en las *Helenicas* a una *mikra Ekklesía*, una “pequeña Asamblea”, ha sugerido incluso a determinados autores que en el siglo IV la Asamblea habría sido reunida en sesión plenaria sólo excepcionalmente, sin que podamos saber, por lo demás, quién tenía acceso a la “pequeña” *Ekklesía* ni cuáles eran sus competencias. El Consejo de los 28 “gerontes”, al que se incorporaban los dos reyes, constituía la instancia suprema. La *Gerousía* realizaba funciones “probuléuticas” análogas a las de la *Boulé* ateniense, pero también le correspondía decidir en última instancia; disfrutaba así de una gran parte del poder deliberativo. Su composición —se exigía tener una edad superior a los 60 años y el cargo de geronte duraba toda la vida— la convierte en un órgano conservador, garante de una cierta estabilidad pero incapaz de amoldarse a nuevas situaciones.

Por último, los magistrados. Debemos hacer un aparte con los dos reyes, que se sucedían por línea hereditaria y, en general, siguiendo el principio de primogenitura, dentro de los dos *gene* reales de los Agiadas y de los Euripóntidas. Los reyes eran a la vez jefes religiosos y militares de la ciudad. Disfrutaban de privilegios, ya que recibían doble cantidad en las comidas públicas, para que pudiesen honrar a sus huéspedes. Dentro de una mediocridad general, destaca la personalidad de algunos reyes, como la de Pausanias (que acabó con la oligarquía ateniense de los 30 e impuso la amnistía a los atenienses) y principalmente, la de Agesilao, a quien Jenofonte convirtió en el modelo de la “figura real” concebida por los filósofos.

Sin embargo, las guerras hicieron surgir junto a los reyes a una serie de jefes cuya autoridad se ejercía sobre ejércitos y flotas formadas básicamente por mercenarios; de entre estos jefes, uno de los más notables fue, a comienzos del siglo IV, el navarca Lisandro, vencedor de Egospótamos y amigo personal del Gran Rey. Lisandro es una figura que prelude a los condotieros de las generaciones venideras y que consagró en Delfos un monumento en donde él mismo aparece en medio de los héroes y de los dioses. De menor talla, aunque actuasen asimismo al margen de su ciudad, están esos oficiales espartanos que Jenofonte retrata en la *Anábasis*: de su educación aún conservan el sentido de la disciplina, pero, convertidos en auténticos apátridas, ya casi no ofrecen rasgos de aquellos espartiatas legendarios cuya imagen todavía veneran los intelectuales atenienses.

Frente a tales personas, la autoridad de los reyes, pero aún más la de los éforos, garantizaba el respeto a la ley. A los ojos de los teóricos, los cinco éforos representaban el elemento democrático de la constitución espartana, puesto que su elección anual no estaba presidida por ninguna condición relativa al censo o al nacimiento. Dotados de poderes muy amplios, controlaban la actividad de los reyes y de la *gerousía* y tenían incluso capacidad para deponer a un rey si aquél no se atenía a las leyes, de las que se consideraban celosos guardianes. No obstante, si creemos a Aristóteles, parece que los éforos no cumplían siempre escrupulosamente su tarea: como procedían tanto de las clases pobres como de las ricas, entre los mismos llegaba a haber personas corruptas y los reyes podían sentir la tentación de atraérselos recurriendo a adulaciones que hacían de

ellos auténticos tiranos. Pero debemos abstenernos de tomar por oro de ley toda las críticas de Aristóteles: su colegialidad y anualidad explican que la mayor parte de los éforos hayan permanecido en la oscuridad y que ninguno de ellos se hubiese revelado como un gran político.

Este sucinto cuadro tan sólo proporciona una idea parcial de lo que podía ser la vida política en Esparta, en la que podemos vislumbrar algunos elementos de disensión. Ya hemos hecho alusión a la conspiración de Cinadón¹⁸⁸, y los procesos abiertos a determinados reyes o generales indican que la democracia no poseía el privilegio de este tipo de acciones. En el 395 el rey Pausanias tuvo que exiliarse; en el 382, el estratego Fébidas, que se había apoderado de la Cadmea de Tebas, fue desterrado y condenado a una multa de 10.000 dracmas; en el 378, otro oficial, Esfodrias, fue acusado de complicidad con los tebanos. Después de Leuctra, Esparta, vencida, se repliega sobre sí misma y su historia se nos escapa en parte, aunque no resulta dudoso que la crisis, que acabaría conduciendo a las "revoluciones" del siglo III, se hacía cada vez más profunda.

Respecto a las demás ciudades del Peloponeso, estamos todavía peor informados que sobre Esparta. Estas ciudades atraviesan ahora por un período de luchas violentas entre oligarcas y demócratas, luchas de las que no sabemos gran cosa si exceptuamos detalles sueltos que incidentalmente evocan algunos contemporáneos en un discurso o en un relato. Ya hemos visto¹⁸⁹ que Argos y Corinto habían sido escenario de agrios conflictos a comienzos de siglo. Pero la ciudad sobre la que estamos mejor informados en este aspecto es Sición, pues Jenofonte nos ha dejado un relato bastante completo de los sucesos que se produjeron en los años posteriores a Leuctra y que constituyen una impresionante ilustración del desequilibrio interno en las ciudades y de las situaciones que podían derivarse del mismo. Al igual que numerosas ciudades peloponésias, Sición tenía una constitución oligárquica que reservaba el poder a los más ricos, quienes eran los más firmes garantes de la fidelidad de la ciudad hacia la alianza espartana. Pero, después del 371, las intervenciones tebanas en el Peloponeso hicieron concebir la esperanza de una liberación a todos aquellos que soportaban mal el dominio de las oligarquías laconófilas. Sucedió así que en el 369/8 Sición recibió una guarnición tebana y participó en las operaciones contra Fliunte al lado de los tebanos. Uno de los autores de esta inversión de las alianzas había sido Eufión, el cual, aunque pasaba por ser "el más considerable de los ciudadanos a los ojos de los lacedemosnios", se convirtió también en el artífice de una revolución democrática. Eufión, que disponía de 2.000 mercenarios, se desembarazó de los demás estrategos, confiscó y puso en venta los bienes de los laconófilos más ricos y ejerció en la ciudad, por varios años¹⁹⁰, su dominio personal. Esta tiranía alarmó a los arcadios, los

¹⁸⁸ *Supra*, p. 93.

¹⁸⁹ *Supra*, p. 22.

¹⁹⁰ La cronología dada por Jenofonte (*Hell.*, VII, 1, 44-46; 2, 11-15; 3, 1-5 y 12; 4, 1) es bastante confusa y cabría deducir de ella que Eufión sólo fue tirano durante unos cuantos

cuales, en el 366/5, se apoderaron de la ciudadela y del puerto de Sición. Eufión, que había quedado en posesión del resto de la ciudad, se apresuró a ir a Tebas para intentar convencer a los demócratas tebanos de que la intervención de los arcadios favorecía a la aristocracia laconófila, pero los arcadios, que también se habían desplazado a Tebas, hicieron degollar allí mismo a Eufión, en mitad del Consejo. Los tebanos abrieron un proceso al asesino, el cual se defendió realizando la apología del tiranicidio y resultó absuelto, pero los sicionios se hicieron devolver el cadáver de Eufión y le tributaron los mayores honores... Este episodio es interesante por cuanto que suministra simultáneamente un ejemplo de aquellos jefes de mercenarios que se aupaban hasta la tiranía apoyándose en las clases populares, individuos que ahora surgen aquí y allá dentro del mundo griego, y de las interferencias que se producen entre los conflictos sociales y los asuntos "internacionales".

II.—LA GRECIA DE OCCIDENTE¹⁹¹

Ya hemos visto en el volumen anterior que, después de haber preservado su autonomía frente al mundo griego propiamente dicho hasta

meses, en el 366/5. Pero, según Diodoro, XV, 70, 3, sería ya en el 369/8 cuando Eufión habría empezado a modificar las instituciones de Sición.

¹⁹¹ OBRAS DE CONSULTA.—Para el conjunto de los problemas relacionados con el Occidente, remitimos a la bibliografía dada en el T. I, p. 201, n. 166 y 167.—Sobre Dionisio el Viejo, véanse todas las obras generales sobre la tiranía griega: cf. en particular A. Andrewes, *The Greek Tyrants*, Londres, 1956; H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen*, 2 vol., Munich, 1967; Cl. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969; la obra esencial es la de F. Siroheker, *Dionysios I. Gestalt und Geschichte des Tyrannen von Syrakus*, Wiesbaden, 1958; sobre Diodoro como fuente de la historia de Dionisio, F. Sartori, *Sulla dinastia di Dionisio il Vecchio nell'opera diodorea*, *Critica Storica*, V, 1956, pp. 3-61; sobre la política adriática de Dionisio, A. Gitti, *Sulla colonizzazione greca nell'alto e medio Adriatico*, *Parola del Passato*, VII, 1952, pp. 161-191; A. G. Woodhead, *The "Adriatic Empire" of Dionysios I of Syracuse*, *Klio*, LI, 1970, pp. 503-512; L. Braccisi, *Grecoità adriatica*, Bologna, 1971, pp. 85 ss.

Sobre los disturbios que siguieron a la muerte de Dionisio, A. FUKS, *Redistribution of Land and Houses in Syracuse in 356 B.C. and its ideological aspects*, *Cl. Q.*, n. s., XVIII, 1968, pp. 207 ss.

Sobre Dion, H. BERVE, *Dion*, *Akad. der Wiss. und Lit. Mainz. Abhand. der Geistes- und Sozialwissenschaftlichen Klasse*, X, 1956; G. A. Lehmann, *Dion und Herakleides*, *Hist.*, XIX, 1970, pp. 401-406; M. Ordi, *Dione e la simmachia siciliana*, *Kokalos*, XIII, 1967, pp. 143 ss.

Sobre Timoleón, H. D. Westlake, *Timoleon and his Relations with Tyrants*, Manchester, 1952; M. SORDI, *Timoleonte*, Palermo, 1961; P. Leveque, *De Timoléon à Pyrrhos*, *Kokalos*, XIV-XV, 1968-1969, pp. 135-151; sobre la reconstrucción de Sicilia en la época de Timoleón, el volumen IV de la revista *Kokalos*, en particular los artículos de E. DE MIRO, pp. 69 ss. (Heraclea Minoa), E. Sjöqvist, pp. 107 ss. (Morgantina), A. DI VITA, pp. 83 ss. (Camarina), G. Vallet y F. Villard, pp. 100 ss. (Megara Hyblaia).

Sobre la Magna Grecia, ver los volúmenes ya señalados de los Congresos de Tarento. Los más importantes para el período considerado son los de 1969, *La Magna Grecia nel mondo ellenistico*, Tarento, 1970, en particular el artículo de P. LEVEQUE, pp. 47 ss.; 66 ss.; y de 1970, *Taranto nelle civiltà della Magna Grecia*, Tarento, 1971; para las instituciones, además de la citada obra de F. SARTORI, *Problemi di Storia costituzionale italiana*, Roma,

mediados, aproximadamente, del siglo v, la Grecia occidental se vio en seguida directamente implicada en los conflictos que desgarraron al mundo egeo en la segunda mitad del siglo v. El fracaso de la expedición ateniense de Sicilia, la reanudación de los ataques de los púnicos y la creciente amenaza bárbara sobre Italia del sur habían de prestar nuevamente a la historia de la Grecia occidental su fisonomía propia y su originalidad.

Por lo que toca a los acontecimientos, estamos muy bien informados sobre la historia de Sicilia, y en particular de Siracusa, dominada durante los primeros decenios del siglo por la personalidad de Dionisio el Viejo.

Las circunstancias sobre el acceso de este último son relativamente bien conocidas. Después del fracaso de la expedición ateniense, uno de los principales artífices de la victoria, Hermócrates, había sido expulsado de Siracusa, en donde un tal Diocles había establecido un régimen democrático que no dejaba de tener semejanzas con la democracia ateniense (sorteo de las magistraturas, incremento del número de estrategos, que pasan de tres a diez, e institución del petalismo, práctica análoga al ostracismo). Pero este régimen se encontraría muy pronto frente a graves dificultades, pues los exiliados, conducidos por Hermócrates, preparaban su revancha y la amenaza púnica asomaba de nuevo, con el desembarco, en la primavera del 408, de Aníbal, que se apoderó de Selinunte y de Himera. Poco después, Hermócrates, que había reunido en Grecia un ejército de mercenarios, desembarcaba a su vez en la isla, reconquistaba Selinunte y enterraba a los siracusanos muertos, abandonados poco antes cerca de Himera por Diocles, en su huida. Pero cuando Hermócrates quiso volver a entrar en Siracusa, tropezó con la resistencia del *demos* y fue aniquilado junto con sus partidarios. Entre aquellos que eludieron la muerte se encontraba Dionisio.

1943, véase G. Fomi, *Intorno alle costituzioni di città greche in Italia e Sicilia*, *Kokalos*, III, 1957, pp. 61 ss.; Ancora in tema di costituzioni di città greche in Italia e in Sicilia, *Kokalos*, IV, 1960, pp. 49 ss.; F. Ghinatti, *Synkletei italiote e siceliote*, *Kokalos*, V, 1959, pp. 127 ss.; sobre Locros, A. De Franciscis, *Stato e Società in Locri Epizefiri. L'Archivio dell'Olympeion Locrese*, Nápoles, 1972; sobre los problemas agrarios: G. Vallet, *La cité et son territoire dans les colonies grecques d'Occident*, *La Città e il suo territorio* (Congreso de Tarento, 1967), Tarento, 1968, pp. 67 ss.; D. Adamesteanu, *La suddivisione di terre nel Metapontino*, *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, pp. 49 ss.; L. Uggeri, *Klèroi* arcaici e bonifica classica nella chòra di Metaponto, *Parola del Passato*, XXIV, 1969, pp. 51-71, que suministra un estado de la cuestión; sobre las luchas sociales, F. Sartori, *Verfassungen und soziale Klassen in den Griechenstädten Unteritaliens seit der Vorherrschaft Krotons bis zur Mitte des 4. Jhts.*, en Welskopf (ed.), *Hellenische Poleis*, II, Berlín, 1973, pp. 700 ss.

Sobre Marsella, M. Clerc, *Massalia*, t. I, *Marsella*, 1927, está anticuado en numerosos aspectos. Véase F. Villard, *La céramique grecque de Marseille (VI-IV^e s.)*, *Essai d'histoire économique*, París, 1960, y, más recientemente, E. LEPORE, *Strutture della colonizzazione focea in Occidente*, *P.d.P.*, 1970, pp. 19 ss. y M. Clavel-Léveque, *Das griechische Marseille. Entwicklungsstufen u. Dynamik einer Handelsmacht*, en Welskopf, *o.c.*, II, pp. 855 ss.

Sobre Cirene, el problema de la republicación del "juramento de los fundadores" es abordado por J. SEIBERT, *Metropolis und Apoikie*, Diss., Würzburg, 1963, y por A. J. Graham, *Colony and Mother-city*, Manchester, 1964; sobre la sociedad, cf. A. LARONDE, *Sur quelques grandes familles de Cyrène au IV^e s.*, *Actes du Colloque d'Histoire sociale*, 1970, Besançon-París, 1972, pp. 63 ss.

Dionisio conseguiría rápidamente sacar provecho de la situación creada por la guerra púnica. Hasta ese momento, las operaciones cartaginesas en Sicilia habían sido de poca importancia, las más de las veces destinadas a socorrer a las ciudades púnicas del oeste de la isla, e incluso a alguna ciudad griega contra las amenazas de un vecino. Ahora bien, la expedición conducida por Aníbal y Amílcar en la primavera del 406 parece que tuvo otras dimensiones. En efecto, según el testimonio de Diodoro, fueron reunidos 120.000 hombres, entre los cuales había ciudadanos de Cartago, libios y mercenarios iberos, baleáricos e itálicos. ¿Tenía por objeto apoderarse de toda la isla? Es difícil decirlo, aunque se aprecia claramente que esto encierra una política nueva, pues aportaba un nuevo equilibrio al Mediterráneo occidental. Lo cierto es que esta expedición señala el comienzo de una acción que culminará dos siglos y medio más tarde con la victoria de Roma y la destrucción de Cartago.

La guerra se inició con el asedio de Acragante. Iba a durar ocho meses y terminaría con la caída de la ciudad, pues los siracusanos no lograron romper el bloqueo. Ello sirvió de pretexto a Dionisio para lanzar una acusación contra los estrategos delante de una asamblea, ante la cual se habían presentado los delegados de otras ciudades y los acragantinos, que habían burlado el cerco, para quejarse de la incapacidad de los siracusanos. Los estrategos fueron destituidos y reemplazados por otros, entre los que figuraba Dionisio. Éste supo ganarse una serie de apoyos sometiendo a votación el regreso de los antiguos partidarios de Hermócrates, así como ganando para su causa al comandante de la guarnición de Gela, con cuya ayuda fomentó en aquella ciudad una revolución popular: la confiscación de los bienes de los ricos le permitió asegurarse, mediante la concesión de una doble soldada, la fidelidad de sus tropas. De regreso a Siracusa, hizo que le otorgasen plenos poderes con el título de *strategos autokrator*, evocando al efecto el ejemplo ilustre de Gelón y de la victoria de Himera¹⁹².

Dionisio iba a reinar cerca de cuarenta años y encarnaría a los ojos de sus contemporáneos al tirano por excelencia, a aquel cuyos perfiles asoman entre los bastidores de todos los análisis de la tiranía, especialmente en la obra de Platón, cuya estancia junto a Dionisio acabó francamente mal¹⁹³... Ahora bien, aunque Dionisio proviniese del grupo de los amigos de Hermócrates, todas nuestras fuentes subrayan el carácter popular de su tiranía: Dionisio aparece siempre como el defensor del *demos* frente a los "caballeros", y cada vez que se trama una plataforma de oposición contra su persona, la operación nace de los ricos. Pero la autoridad de este defen-

¹⁹² Diodoro, XIII, 94 ss. Respecto a los detalles concretos de la toma del poder, el relato de Diodoro se inscribe en lo que podríamos denominar el "folklore" tiránico: Dionisio habría fingido haber sido víctima de un atentado y habría conseguido que el pueblo le asignase una guardia personal, historia que recuerda, curiosamente, el comportamiento de Pisistrato en Atenas.

¹⁹³ Hacia el 338. Sobre la segunda estancia de Platón en Siracusa véase *infra*, p. 148.

sor del *demos* descansa, realmente, en su guardia personal y, sobre todo, en sus mercenarios, quienes en varias ocasiones le permitieron sortear situaciones comprometidas. Enemigo de los ricos, cuyos bienes confisca, Dionisio libera a sus esclavos, a los que convierte en *neopolitai*, en "nuevos ciudadanos". Al adoptar esa medida, Dionisio no pone en tela de juicio, desde luego, a la esclavitud como institución social: necesita simplemente asegurarse la mayoría dentro de la asamblea, y sus "nuevos ciudadanos" son personas que le deben todo¹⁹⁴. Además, los esclavos liberados pueden constituir un grupo utilizable en caso de peligro —y cuando aquél ha pasado, dejan de ser necesarios: en el 392, Dionisio liberó a una serie de esclavos pensando en la lucha contra Cartago, pero, una vez establecida la paz, los devolvió a sus antiguos amos¹⁹⁵... Pero este "tirano popular" constituye también un anticipo del rey helenístico. Aunque no lleva ningún título, convoca a la asamblea y tolera la pervivencia de las magistraturas, no es menos cierto que gobierna como un monarca absoluto, asistido por un consejo de "amigos". Vive en un lujoso palacio, rodeado por una fastuosa corte. Tiene dos esposas. Ejerce su autoridad, por último, no sólo sobre Siracusa, sino también sobre toda la Sicilia oriental, y este nuevo hecho consistente en una autoridad monárquica que desborda los límites de una *polis* hasta adquirir un carácter territorial encuentra un correlato no sólo en la titulación oficial¹⁹⁶, sino incluso en el lenguaje habitual: Lisias e Isócrates llaman a Dionisio "tirano de Sicilia".

Aunque esta autoridad seguía siendo frágil, por cuanto dependía bastante de la personalidad del tirano, se hallaba también consolidada por la amenaza que pendía, como consecuencia de la presencia de los cartagineses, sobre la isla. Poco después de su acceso al poder Dionisio se había visto forzado a tratar: Gela y Camarina habían caído en manos de los púnicos y la amenaza que pesaba sobre Siracusa estaba sólo temporalmente aplazada gracias a una epidemia que había surgido en las filas enemigas. Las condiciones fueron duras: Selinunte, Himera, Acragante, Gela y Camarina pagarían un tributo a los cartagineses y se comprometían a no reconstruir sus murallas. Leontinos, Mesina y las comunidades sículas

¹⁹⁴ Éste es un rasgo que distingue a Dionisio de otros tiranos contemporáneos. No es suficiente con liberar a los esclavos para asegurarse una fuerza que le respalde, sino que necesita el apoyo popular en la medida en que mantiene a las instituciones democráticas. Precisa, por tanto, a los *neopolitai* capaces de sostener sus propuestas ante la Asamblea. En este aspecto, Dionisio recuerda más a los tiranos de época arcaica que a los jefes de mercenarios de su época.

¹⁹⁵ Diodoro, XIV, 96; se trata de una medida completamente distinta a esas liberaciones de esclavos transformados en *neopolitai*. Dionisio parece haber apelado a ambos procedimientos, que concernían tal vez a dos tipos de esclavos: los *neopolitai* habrían sido cilirios, es decir, poblaciones dependientes indígenas, helenizadas desde antiguo y que trabajaban en las tierras de los siracusanos acomodados; los otros, y Diodoro lo afirma expresamente de quienes fueron liberados en el 396, serían esclavos de la ciudad, del tipo *chattel-slavery*: liberados para hacer frente a circunstancias particularmente dramáticas, pero devueltos a sus dueños cuando el peligro ha pasado.

¹⁹⁶ En tres inscripciones atenienses, Dionisio es llamado "arconte de Sicilia".

quedaban libres de la dominación siracusana; a cambio, el tirano obtenía que se reconociese su autoridad sobre Siracusa (Diodoro, XIII, 114, 1).

Dionisio aprovechó esta paz para dotar a Siracusa de una serie de medios defensivos que causaron el asombro de sus contemporáneos¹⁹⁷. La meseta de las Epípodas fue cercada con un muro para cuya construcción fueron movilizados, según se dice, 60.000 campesinos y 6.000 pares de bueyes. Una serie de auténticos talleres estatales, que ofrecían elevados salarios a los obreros, llegados de todas partes, fabricaban armas, armaduras, escudos, máquinas de guerra, barcos, etc. Paralelamente a este esfuerzo militar se llevó a cabo una ofensiva diplomática sobre las ciudades del estrecho, cuya alianza resultaba esencial, que desembocó en la alianza con Mesina, aunque fracasó en el caso de Regio. Finalmente, Dionisio consiguió captar la alianza de Locros¹⁹⁸. Dionisio hizo que la Asamblea siracusana votase la guerra contra los púnicos y se dirigió, en el 398, a asediar Motia, que fue tomada al cabo de violentos combates. Pero una contraofensiva cartaginesa le forzó a replegarse sobre Siracusa, en donde quedó sitiado, a su vez, desde el 397. Pero logró efectuar una doble salida, por tierra y por mar, que le permitió negociar la retirada de los cartagineses, cuyas tropas mercenarias pasaron a su servicio. Hubo que esperar al año 393 para que Cartago, que había estado mientras tanto paralizada por una revuelta de los libios, pudiese reanudar la ofensiva, aunque sin éxito: firmaron, pues, la paz en el 392 y dejaron que casi toda Sicilia, excepto el extremo occidental, quedase bajo el dominio de Siracusa, que restablecía así su autoridad sobre los Sículos.

En el estrecho, sin embargo, Dionisio tan sólo controlaba Mesina, pero no Regio. Esta última era miembro de la "liga italiota", la cual se había organizado para resistir mejor la presión de los indígenas que habitaban las montañas; formaban parte de ella, si exceptuamos a Locros, las principales ciudades griegas italiotas (Crotona, Turios, Heraclea, Metaponto, etc.)¹⁹⁹. Por tanto, para apoderarse de Regio Dionisio estaba obligado a enfrentarse a la liga italiota, y a fin de crear un peligro en la retaguardia de la liga se alió con los lucanos de las montañas. Dionisio pudo obtener entonces una aplastante victoria sobre el ejército italiota en la batalla de Eléporo, en Calabria (año 389). Las condiciones de paz que ofreció a los italiotas fueron lo suficientemente generosas como para que la liga se disolviese y abandonase a Regio, que seguía resistiendo, aunque debió establecer una paz por separado. Todo esto no era aún suficiente para Dionisio, el cual atacó nuevamente a Regio en el 387 y la destruyó en el 386. Convertido así en dueño del estrecho, Dionisio pasaba a ser de hecho el árbitro de la Italia meridional: Locros, cuyo territorio quedaba

¹⁹⁷ Sin embargo, actualmente se cree que la fortaleza del Eurýalo, durante mucho tiempo atribuida a Dionisio, es posterior en medio siglo al menos.

¹⁹⁸ No obstante, esta "ofensiva diplomática" no debemos valorarla desde una perspectiva demasiado moderna: Dionisio se atrae a Locros casándose con una locria (operación que no le salió bien en el caso de Regio) y a Mesina ofreciéndole incrementos territoriales.

¹⁹⁹ Sobre el caso de Tarento, véase *infra*, p. 152.

extendido hasta casi toda la punta de la "bota", podía denominarse capital continental del territorio²⁰⁰.

Desde ahora, la política de Dionisio podía ya sobrepasar la Magna Grecia propiamente dicha: sus barcos podían cruzar impunemente por la costa del Tirreno y dedicarse en estos mares a la piratería; el saqueo de Agila, en Etruria, produjo unos beneficios de 1.500 talentos. Es también ahora cuando fundó, junto con los parios, una serie de colonias en el Adriático. Empezamos a estar algo mejor informados sobre este tema gracias a las excavaciones emprendidas en las costas italianas e iliria. Los más importantes, entre tales establecimientos, respondían a necesidades estratégicas: se trataba, simultáneamente, de apoyar las pretensiones de Alcetas en el Épiro y de luchar contra la piratería iliria. Desde este punto de vista no hay forma de distinguir las fundaciones de Dionisio en la costa apulia —en particular, Liso— de las realizadas por su hijo. En cambio, Adria, Ancona e Isa responderían más bien a objetivos económicos: asegurarse trigo (Ancona y Adria), madera y metales (Isa). A excepción de —Liso, en donde Diodoro señala la presencia de un *eparco* siracusano, eran antes factorías o puestos militares que verdaderas ciudades: eso explica que haya, entre los colonos, algunos mercenarios... o incluso exiliados.

Estas operaciones en el sector itálico se terminaron con la reanudación, hacia el 383, de la guerra con los púnicos. Conservamos tan sólo algunos datos bastante confusos sobre esta guerra, que finalizó en el 378 con la derrota de Dionisio cerca de Panormo. Tuvo que pagar a los cartagineses una indemnización de 1.000 talentos y entregarles una parte del territorio de Acragante. Después de diez años de paz, la guerra se reanudó por última vez en el 368/7. Dionisio tomó Selinunte, Entela y Érice, pero fracasó delante de Lilibeo, mientras que la flota cartaginesa capturaba en Drépano 130 trirremes siracusanas. Durante el invierno del 368/67 fue cerrada una tregua, poco antes de la muerte de Dionisio.

Si las relaciones cartaginesas e itálicas ocuparon la mayor parte de su actividad en el exterior, Dionisio mantuvo asimismo relaciones con la Grecia propiamente dicha. Conservó, en primer lugar, fidelidad a la alianza espartana que se había cerrado durante la guerra del Peloponeso: algunos mercenarios espartiatas lucharon en sus filas y hubo fuerzas siracusanas que ayudaron a Esparta dentro de Grecia. Pero la decadencia de Esparta indujo a Dionisio a buscar nuevas alianzas, y dos inscripciones atenienses²⁰¹ dan testimonio de los lazos que unían, poco antes de su muerte, a Dionisio y a la ciudad que, medio siglo antes, intentó aniquilar a Siracusa. El premio a la tragedia presentada por Dionisio al concurso de las Leneas, premio que, según la tradición, le habría hecho morir de alegría, prueba a su vez que los atenienses no se privaban de adular al "arconte de Sicilia".

Cuando Dionisio murió en el 367, la situación de Siracusa era aparentemente favorable. En el exterior, el empuje de los cartagineses había

²⁰⁰ Dionisio volvería a la carga en el 379, fecha en que derrotó a los crotoniatas, pero fracasó ante Turios.

²⁰¹ *I.G.*, II², 103 y 105 = *TOD*, II, 133 y 136.

sido contenido, y la hegemonía siracusana estaba restablecida tanto en la propia isla como en una parte de la Magna Grecia. En el interior, le sucedió sin problemas el hijo habido de su esposa Locria, Dionisio el Joven. Pero el joven príncipe no poseía las cualidades de su padre. Era, sí, inteligente, pero carecía de carácter y parecía poco dotado para los asuntos políticos. Su padre se había preocupado por dejarle rodeado de personas de calidad, entre las cuales estaba Dión, su cuñado (por parte de la esposa siracusana) y yerno, que había sido su colaborador. Al contrario que Dionisio el Joven, Dión atesoraba las virtudes del hombre de estado y se esforzó por hacer valer su ascendiente sobre el joven príncipe. Conviene que hagamos aquí alusión a un episodio singular, pero que reviste su importancia dadas las consecuencias²⁰². Durante la primera estancia de Platón en Siracusa, Dión adquirió una admiración entusiástica por el filósofo y logró en este momento convencer a Dionisio el Joven para que lo invitase hasta su corte. Platón regresó, así pues, a Siracusa en el 366 —no sin algunos titubeos— con la esperanza bastante ingenua de facilitar a sus ideas políticas un apoyo en la realidad. Constituyó una aventura lamentable: impermeable a la pedagogía platónica, Dionisio prestó oídos a otros consejeros (principalmente a Filisto, político e historiador que se había contado entre los compañeros de Dionisio el Viejo), personas a quienes la influencia de Dión relegaba a un lugar oscuro y que estaban inquietos por sus ideas. El tirano comenzó por alejar a Dión, de quien sospechaba que mantenía relaciones con Cartago, y luego despachó a Platón. Dión fue luego debidamente desterrado, sus bienes confiscados y sus lazos familiares con el tirano rotos: se marchó a vivir a Grecia.

Mientras, Dionisio, aun residiendo un cierto tiempo en Locros, se esforzaba por continuar la política de su padre con mayor o menor acierto: desde comienzos de su reinado había concluido la paz con Cartago. Después reinició la política colonial en el Adriático y reconstruyó Regio, destruida por su padre. Pero este equilibrio relativo acabaría bien pronto. En efecto, Dión preparaba su retorno. Había pasado la mayor parte de su exilio en Atenas, al lado de Platón, bajo la influencia de cuyas ideas parece que llegó a plantearse la posibilidad de realizar la realeza de inspiración filosófica en Siracusa. Auxiliado por algunos amigos, la mayoría de ellos condiscípulos de la Academia y por mercenarios reclutados en Grecia se hizo a la mar en el 357, convencido, según parece, de la neutralidad de los cartagineses. Dionisio se hallaba entonces en Italia y Dión se adueñó sin dificultades de Siracusa, que tributó a este liberador un tipo de acogida teñido de tal fervor religioso que prefigura determinados fenómenos helenísticos. Los esfuerzos de Filisto por recuperar la ciudad fracasaron.

²⁰² Estamos informados sobre estos hechos por las *Cartas VII y VIII* de Platón (cuya autenticidad nunca ha dejado de ponerse en tela de juicio), textos que los autores más tardíos (como Putarco) utilizaron generosamente.

Pero el establecimiento de Dión en Siracusa no constituyó el comienzo de un reinado filosófico. Dión había regresado con la ayuda de mercenarios, cuyas pretensiones no cesarían de aumentar y que, convertidos en auténticos señores de la ciudad, apoyaron sucesivamente a las distintas facciones que estaban enfrentadas. Efectivamente, no pasó mucho tiempo sin que estallara el desacuerdo entre los desterrados que habían regresado, especialmente entre Dión y Heráclidas, uno de sus primeros compañeros de exilio, que parece haberle prometido al pueblo la adopción de medidas tales como el reparto de tierras, algo que Dión, imbuido del carácter aristocrático, no podía admitir. Dión mandó asesinar a Heráclidas antes de caer asesinado, a su vez, por Calipo, otro antiguo discípulo de Platón. Calipo se mantuvo como dueño de la ciudad durante un año; luego fue expulsado por Hiparino, un hijo de Dionisio el Viejo, que reinó dos años y tuvo por sucesor a su hermano Niseo, el cual quedó en posesión de Siracusa hasta la vuelta de Dionisio, en el 346.

Estos diez años de disturbios arruinaron la hegemonía de Siracusa sobre las ciudades griegas de la isla. En todas partes hubo tiranos que, apoyándose en fuerzas mercenarias, se habían convertido en los amos de las ciudades: Hicetas en Lontinos; Andrómaco, padre del historiador Timeo, en Tauromenio; Calipo, expulsado de Siracusa, en Catania, cuyo asesinato dejó el puesto libre a un jefe de mercenarios de la Campania, Mamercio; Hipón en Mesina; Nicodemo en Centuripa; Apolónides en Agirio. Los cartagineses, por su parte, se disponían a reanudar la ofensiva.

Frente a semejante situación, un grupo de exiliados siracusanos que habían hallado refugio junto a Hicetas en Leontinos invocaron la ayuda de su metrópoli, Corinto. Un paso sin duda sorprendente, puesto que los lazos entre la ciudad y su metrópoli eran bastante débiles²⁰³. Sea como fuere, los corintios escogieron a Timoleón, miembro de una de las principales familias de la ciudad. Timoleón, acompañado de 700 mercenarios, desembarcó en Tauromenio en el año 344. Entre tanto, una flota cartaginesa se había presentado delante de Siracusa e Hicetas había pensado utilizarla para obligar a Dionisio a huir sin necesidad de recurrir a la ayuda corintia. De hecho, Hicetas se apoderó de la parte baja de la ciudad, mientras que Dionisio se encerraba en la ciudadela de Ortigia. La situación de Timoleón parecía crítica, pero consiguió finalmente derrotar al ejército de Hicetas, mientras que Dionisio capitulaba²⁰⁴. La llegada de refuerzos expedidos desde Corinto y la marcha de la flota cartaginesa que bloqueaba el puerto permitieron a Timoleón adueñarse de la parte baja de la ciudad y quedarse en poder de Siracusa (otoño del 343).

Timoleón iba a revelarse como un político de valía. En los años siguientes a la "liberación" de la ciudad encauzó sus esfuerzos en tres

²⁰³ Es también interesante comprobar que casi simultáneamente Tarento, amenazada por los yapigios y los mesapios, solicitaba también la ayuda de Esparta, con la que sólo mantenía relaciones muy circunstanciales.

²⁰⁴ Fue enviado hasta Corinto, en donde acabó sus días como un simple particular.

direcciones. Por un lado, se dedicó a expulsar a los tiranos que se habían adueñado de las principales ciudades de la isla. Por otro lado, hizo frente a un nuevo ataque de los cartagineses, a los que derrotó en junio del 339 cerca del río Crimiso, victoria que le procuró un botín considerable, una parte del cual fue enviado a Corinto y le permitió hacer la paz con Cartago. Finalmente, y sobre todo, Timoleón inició una tarea de reorganización que se perfila como un postrer esfuerzo de restauración de la ciudad. Los juicios acerca del valor de su obra son divergentes. Unos consideran a Timoleón el restaurador de la democracia siracusana; otros insisten, en cambio, en el carácter oligárquico del Consejo de los Seiscientos, pieza clave dentro de la constitución que Timoleón estableció en Siracusa; otros, por último, tratan de armonizar unos hechos que aparentemente resultan irreconciliables distinguiendo dos períodos dentro de su política. En realidad, se trata de un falso problema, pues incluso las nociones de democracia y de oligarquía se encontraban ya superadas. Timoleón, al igual que los tiranos, construía sobre la fuerza de los mercenarios una autoridad que era, a la postre, totalmente personal —cualquiera que sea la forma que llegase a prestar a la *politeia* siracusana.

Más interesante resulta su intento por hacer de Sicilia una federación de ciudades. Tales ciudades habrían dispuesto de cierta autonomía, bien que orientando su política exterior en el rumbo marcado por Siracusa. Timoleón parece que se adaptó, en este aspecto, al modelo que había indicado Platón en su *Carta VII*. Pero, excepto la mención a los “aliados” que figura en algunas monedas, no vemos que esa federación llegase a tener existencia real. La verdad es que aquel breve intento de restauración del régimen tradicional de la ciudad tropezaba con una realidad que casi no le permitía desarrollarse. Fue, probablemente, para reconstruir una clase de pequeños propietarios campesinos por lo que Timoleón, paralelamente a su esfuerzo de restauración política, intentó una nueva “colonización” del territorio siracusano. Según Plutarco, más de 60.000 colonos, llegados de todo el mundo griego y de Italia, habrían quedado establecidos en la isla para volver a poner en cultivo una serie de tierras abandonadas desde mucho tiempo atrás.

Las excavaciones practicadas en Sicilia desde hace una veintena de años han patentizado los resultados de esta colonización. Vemos renacer una serie de ciudades destruidas o disminuidas desde mucho tiempo antes, tales como Megara Hiblea o Camarina; las construcciones monumentales tomaron nuevo impulso y numerosos templos fueron restaurados; la agricultura conoció un aire de prosperidad, que supuso un despegue del comercio testimoniado por las monedas. No conviene exagerar la importancia de esa restauración: si la llegada de nuevos colonos favoreció que nuevamente se cultivaran algunas regiones que habían quedado en barbecho, la verdad es que no puso fin a la crisis social, a la que las medidas de los tiranos tan sólo habían aportado una apariencia de solución. La mejor prueba de ello consiste, después de la partida de Timoleón, en la reanudación de los desórdenes que conducirían a la tiranía de

Agatocles. Este último pertenece ya a la época helenística²⁰⁵ —pero cuanto le precede nos muestra ya que la historia de Sicilia en el siglo IV es, desde un determinado ángulo, una prefiguración de la época helenística dentro de estructuras todavía arcaicas.

Si la historia de Sicilia es relativamente bien conocida en el siglo IV, no sucede lo mismo con la historia de la Magna Grecia. Ya hemos visto anteriormente que la suerte de las ciudades italiotas se había complicado bastante a comienzos del siglo IV, puesto que en ese momento se encontraron cogidos entre la expansión de los lucanos (que marcha ahora pujante en la vertiente del Tirreno, en la región de Posidonia, y que resulta cada vez más intensa en el sur, en la región del Mar Jonio) y la ejercida por Dionisio el Viejo, conjunción que propició su derrota en la batalla del Eléporo en el 389. La actitud de Tarento, en aquellas circunstancias, no es nada clara: ni los textos ni las monedas testimonian que perteneciese entonces a la liga italiota, ni que participase en la lucha contra Dionisio. En la práctica, la política de Tarento respecto a Siracusa parece que fue muy prudente y que, sin duda, dio sus frutos.

En lo concerniente a las instituciones y a la civilización de las ciudades italiotas, hay una serie de documentos nuevos que nos permiten ilustrar los escasos datos literario. La arqueología, sobre todo, ha permitido precisar algunos aspectos del desarrollo material: es indiscutible, por ejemplo, que las ciudades italiotas fabrican en serie, a partir de ahora, una cerámica pintada que fue objeto de un importante tráfico y que tiende a reemplazar a la cerámica ática en decadencia; las construcciones urbanas atestiguan la prosperidad de las ciudades, pese a la creciente amenaza que supone el “descenso” de los lucanos, pese a la hostilidad, asimismo, de Dionisio, que no vaciló en aliarse con los bárbaros²⁰⁶ para someter mejor a las ciudades italiotas. Por otra parte, el reciente descubrimiento de las tablillas de bronce de Locros Epicefria ha venido a enriquecer nuestro conocimiento de las instituciones de esa ciudad en los siglos IV y III, permitiéndonos efectuar comparaciones con lo poco que sabemos sobre las instituciones de las ciudades italiotas. Locros parece que conoció hasta el siglo IV un régimen oligárquico dominado por la aristocracia de las “cien familias”, cuyas principales instituciones eran un Consejo y una Asamblea de los Mil. Después de la muerte de Dionisio el Viejo, y esto tal vez posea relación con la dominación de Dionisio el Joven, fue establecido en Locros un régimen democrático: en efecto, la Asamblea lleva el nombre de *damos*, supervisado por un Consejo (*bôla*). Los magistrados principales son los arcontes, uno de los cuales funciona como epónimo, los *probôloi*, que preparan los trabajos de la *bôla*, los *prodikoi*, estrechamente asociados con los anteriores, y los polemarcos; hay además magistraturas con carácter más administrativo, como los *logisteres* (“contables”, que ejercerían un papel análogo al de los *logistai* atenienses), los *toichopoioi*

²⁰⁵ *Infra*, p. 324.

²⁰⁶ *Supra*, p. 147.

(encargados de las fortificaciones), etc. Todas estas magistraturas son anuales, parece que no pueden ser asumidas dos veces seguidas y que formaban colegios de tres miembros, mientras que el resto de los ciudadanos de Locros estaban repartidos en tres tribus, divididas en *demos*. Así pues, Locros ostenta ahora una abundante nomenclatura institucional, pero debemos confesar que de todas estas instituciones ignoramos prácticamente su funcionamiento. Además, en defecto de una documentación epigráfica comparable, la mayoría de las veces hemos de contentarnos con meras generalidades. Por determinadas alusiones de Aristóteles, también parece que cabría inferir la existencia de regímenes oligárquicos en Crotona y en Regio (en donde hay una asamblea de los Mil), y seguramente en Turios, en donde a finales del siglo V podría haber triunfado una reacción antidemocrática. En cambio, no hay duda de que Nápoles tiene instituciones democráticas, con una *boulé* y una asamblea popular. En el caso de Heraclea, estamos algo mejor informados gracias a las célebres tablas de finales del siglo IV²⁰⁷: en las mismas figuran una *halia* (asamblea), cinco éforos y algunas magistraturas subalternas. El hecho de que Heraclea sea una colonia de Tarento, colonia a su vez de Esparta, explica la presencia de éforos; pero no existe ninguna mención a una *gerousía* y cabe pensar que Heraclea disfrutó en el siglo IV de una constitución democrática, al igual que Tarento.

Esta última es, indiscutiblemente, la más poderosa de entre las ciudades italiotas, y estaba regida desde el 470 por una democracia moderada (cf. Aristóteles, *Pol.*, VI, 5, 1320 b 10), con una asamblea popular (*halia*, *graitia*), un consejo y una serie de magistraturas anuales —unas echadas a suerte y otras electivas, la más importante de las cuales era el cargo de estratego—. La existencia de éforos no se halla atestiguada, pero se infiere del caso de Heraclea que también debía haberlos en Tarento. Fue en su calidad de estratego como Arquitas ejerció una autoridad casi absoluta sobre la ciudad: filósofo pitagórico, *theorikon* de la música, sabio y erudito, este amigo de Platón encarna bastante bien la figura del “buen tirano”, tal como les gustaba describirla a los filósofos. Bajo su gobierno, Tarento conoce una época de prosperidad económica: sus broncistas y sus orfebres gozan de reputación, y su puerto desarrolla gran actividad.

Con todo, no debe concederse una importancia exagerada a las diferencias que se aprecian entre las instituciones de todas estas ciudades. Desde luego, la existencia de democracias traduce el peso real de un *demos*, cuyos componentes sociológicos querríamos conocer mejor, aunque eso no debe llamarnos a engaño. En occidente, como en el resto del mundo griego, dentro de las comunidades cívicas se desarrollaban algunos antagonismos que favorecerían, en el último tercio del siglo IV, una

²⁰⁷ Las “tablas de Heraclea” son una larga inscripción de bronce relativa al arrendamiento de terrenos que pertenecen a los santuarios de Dionisos y de Atenea Polias, arrendamientos enfiteúticos en el primer caso, quinquenales en el segundo; su fecha no es determinable con exactitud.

serie de intervenciones extranjeras como las del rey de Esparta, Arquídamo, y luego la del rey del Épiro, Alejandro el Moloso, en Tarento. Por lo demás, no se excluye que estos antagonismos hayan desembocado, cada vez que triunfaba el *demos*, a nuevas distribuciones del suelo, como atestiguan los catastros descubiertos mediante la fotografía aérea. Debemos esperar a que las excavaciones conduzcan a resultados suficientemente sólidos para que alcancemos conclusiones globales. Pero ya desde ahora resulta evidente que, como sucedía en la Grecia propiamente dicha, la prosperidad y el desarrollo de las contrucciones urbanas no implica necesariamente un equilibrio interior, en particular cuando los antagonismos que desgarran a las ciudades se agravan a consecuencia de una creciente amenaza exterior.

Otra ciudad griega de occidente conoce asimismo un brote de prosperidad: Marsella. En efecto, el siglo IV muestra una reanudación de su actividad comercial, gravemente comprometida en el siglo V²⁰⁸, según parece, por el empuje de los celtas. En el siglo IV los celtas ya casi se encuentran estabilizados y Marsella y sus vecinos establecen relaciones pacíficas. Simultáneamente, para asegurar mejor la defensa de su territorio, Marsella establece algunos puestos en la costa ligur (Olbia-Hyères; Antipolis-Antibes; Nikaia-Nice), mientras que sus navegantes (Eutimenes, Piteas) se lanzan hacia las rutas desconocidas del Atlántico, a la búsqueda de nuevas fuentes de materias primas. Los mercaderes marseleses frecuentan los puertos de la Grecia propiamente dicha y se aseguran provechosos beneficios, aunque es difícil saber qué puesto ocupan en la vida de la ciudad. Marsella parece haber conservado en pleno siglo IV numerosas huellas de arcaísmos en sus instituciones y en su vida religiosa. Aristóteles menciona la constitución masaliota como una de las mejores y más moderadas de entre las constituciones oligárquicas, puesto que confía algunas magistraturas a personas que no forman parte del *politeuma* (*Pol.*, 1321 a 31), término ambiguo, con el que Aristóteles se refería, seguramente, al conjunto de ciudadano de pleno derecho. Desconocemos, es cierto, qué condiciones se exijan para formar parte del *politeuma*, pero cabe admitir que eran de tipo censitario, de modo que sólo los ricos disfrutaban de la plena ciudadanía. Las concesiones hechas a los pobres pudieron haber sido decididas libremente, pero ser también resultado de algunos desórdenes, de los que no tenemos noticia. Ignoramos asimismo las razones de la devaluación de las monedas masaliotas a comienzos de siglo: pudieron ser de orden económico, a no ser que respondiesen a la necesidad de una rebaja del censo real, aun cuando nominalmente permaneciese inalterado.

El occidente griego presenta, pues, en el siglo IV, una fisionomía original y, no obstante, imbricada en el contexto helénico general. Tal como ocurre en la Grecia propiamente dicha y, según veremos luego, en la Grecia de Asia, se trata de una época de relativa prosperidad, de progreso en

²⁰⁸ Cf. el volumen anterior, pp. 230 ss.

las relaciones comerciales, de desarrollo de la riqueza privada y del lujo. A pesar de los conflictos políticos y de la agravación de la amenaza que agitan sobre las ciudades griegas sus vecinos "bárbaros", las relaciones entre las diferentes partes del mundo griego se intensifican²⁰⁹, preparando esa *koiné* lingüística y espiritual que caracterizará la época helenística. Pero la Grecia de occidente no deja por ello de conservar caracteres particulares, ligados a sus orígenes coloniales. Los establecimientos son en aquellas zonas menos estables, están menos arraigados que en la Grecia continental. Las instituciones se hallan menos encerradas en la evolución histórica común, presentan a un tiempo huellas de arcaísmo y rasgos nuevos, que anuncian el período posterior: Marsella es todavía una ciudad arcaica y Siracusa evoca ya a cualquier capital de un reino helenístico. Por último, en todas partes se advierte, detrás de una fachada de prosperidad, la existencia de antagonismos que estallarán con violencia bajo la amenaza de peligros externos*.

III.—LA GRECIA DE ASIA Y LAS REGIONES PÓNTICAS²¹⁰

Aún hay menos que decir de la Grecia de Asia. Las ciudades litorales de Asia Menor han sido en el siglo VI centros de una brillante civilización.

²⁰⁹ Conviene hacer notar el estrechamiento de los lazos entre metrópolis y colonias durante el siglo IV, siendo así que tales lazos parecían, hasta entonces, muy débiles: así sucede con Siracusa, que recurre al corintio Timoleón, con Tarento, que apela al espartano Arquídamo, o con los habitantes de Cirene, que reafirman sus vínculos con Tera publicando el decreto de fundación de la ciudad.

*NOTA ADICIONAL.—Nuestra información es asimismo incompleta en lo concerniente a la historia de una gran ciudad colonial, cuya prosperidad en el siglo IV parece destacable: Cirene. Sus amonedaciones son numerosas y testimonian relaciones comerciales con la totalidad del mundo griego. Los numerosos monumentos y estatuas levantadas en el siglo IV hablan de la existencia de una clase adinerada, que dominaba la vida de la ciudad. Como la prosperidad de Cirene descansaba en la explotación de un rico territorio, y especialmente en su producción cerealícola, es probable que esta oligarquía estuviese formada por hacendados, descendientes de los antiguos colonos. Pero ignoramos las condiciones reales de la vida política en el siglo IV. Podemos preguntarnos, en particular, por qué los cirenenses resucitaron el antiguo decreto de fundación de la colonia (S.E.G., IX, 3). No cabe duda, además, de que las relaciones con los indígenas libios ocasionaban problemas. La prosperidad evidente de Cirene no debe crearnos falsas perspectivas respecto a su equilibrio político y social. Pero ya no se puede añadir más.

²¹⁰ OBRAS DE CONSULTA.—Para un análisis rápido, J. M. Cook, *The Greeks in Ionia and the East*, Londres, 1962, pp. 137 ss.; cf. igualmente D. Hegyi, *Die ionischen Poleis vom Kalliasfrieden bis zur Zeit der Makedonischen Eroberung*, en *Welskopf, o. c.*, II, pp. 1015 ss.; D. P. Kallistov, *Die Poliskrise in den Städten der Nördlichen Schwarzmeerküste*, *ibid.*, pp. 551-586; A. Stefan, *Die Getreidekrisen in den Städten an den Westlichen und Nördlichen Küsten des Pontos Euxeinos in der hellenistischen Zeit*, *ibid.*, pp. 648-663.

Sobre el papel comercial de las ciudades de Asia Menor y de Rodas, M. Rostovtzeff, *Hellenistic World*, pp. 169 ss.; E. Ziebarth, *Zur Handelsgeschichte der Insel Rhodos*, *Mélanges Glotz*, pp. 911 ss.; la noción de "puerto de cambio" se debe a K. Polanyi, *Ports of Trade in Early Societies*, *Journal of Economic History*, XXIII, 1963, pp. 30-45 (=Primitive, Archaic and Modern Economics, *Essays of K. Polanyi*, G. Dalton, ed., Nueva York, 1968), cf. S. C. Humphreys, *History and Theory*, VIII, 1969, pp. 191-196.

Habían experimentado, hacia las mismas fechas que las ciudades de Europa, disturbios políticos, conmociones que se habían saldado con la llegada al poder de una serie de tiranos. Pero la conquista persa, que en principio no había lastimado su prosperidad material, las había situado en el corazón de los conflictos que desagarraron al mundo egeo en los albores del siglo V y el establecimiento de la hegemonía ateniense había acabado por hacer que perdiesen la auténtica independencia. En el siglo IV, sin embargo, el hundimiento del imperialismo ateniense, los conflictos del Gran Rey con sus sátrapas y las intrigas personales de estos últimos permitirían a algunas de ellas recuperar una prosperidad puesta de manifiesto por la importancia de las construcciones urbanas, civiles o religiosas. Mileto, Éfeso, Priene, se cubren de monumentos y elaboran un urbanismo que servirá de modelo a los monarcas helenísticos: grandes plazas bordeadas de pórticos, arterias ortogonales, monumentos públicos, templos y gimnasios se ordenan siguiendo el criterio de planes funcionales; la herencia de Hipódamo y de la escuela milesia experimenta en estos días un renacimiento. La prosperidad que justifica este florecimiento monumental es evidente, pero sus fuentes no siempre podemos captarlas con claridad, ni, sobre todo, qué miembros de las distintas comunidades se beneficiaban de ellas. En el caso de Mileto, la importancia de las instalaciones portuarias sugiere que la ciudad debía la porción más esencial de su prosperidad al comercio, sin que sea posible precisar qué parte correspondía a los ciudadanos. Priene, en cambio, que resulta algo mejor conocida gracias a las excavaciones, ya antiguas, y a numerosas inscripciones, se presenta como si hubiese obtenido sus recursos, sobre todo, de la explotación de un rico territorio: las tierras pertenecían aquí a los ciudadanos, pero eran cultivadas por una población de periecos dependientes. El alejamiento relativo del mar tan sólo consentía un comercio limitado y el artesanado no debía tener otro objeto que satisfacer las necesidades locales. Pero no existe forma de ir más allá y resulta imposible medir el grado de cohesión de la comunidad cívica frente a los periecos, ni tampoco los antagonismos que podían surgir en su interior.

Sobre las ciudades del Ponto Euxino: A. Wasowicz, *Traces de lotissements anciens en Crimée*, M.E.F.R.A., LXXXIV, 1972, pp. 199-229; *La campagne et les villes du littoral septentrional de la mer Noire. Nouveaux témoignages archéologiques*, *Dacia*, n.s., XIII, 1969, pp. 73-100; *Olbia Pontique et son territoire*, Besançon-París, 1975; E. Condurachi, *Problemi della polis e della chōra nella città greche del Ponto Sinistro*, 7. *Convegno...Taranto 1967*, 1968, pp. 149-163; J. Pecirka, *Country Estates of the Polis of Chersonesos in the Crimea*, *Ricerche storiche ed economiche in memoria di C. Barbagallo*, Nápoles, 1970, pp. 459-477; J. Pecirka y M. Duvkova, *Excavations of Farms and Farmhouses in the chora of Chersonesos in Crimea*, *Eirene*, 1970, pp. 123-174; D. M. Pippidi, *I Greci nel Basso Danubio*, Milán, 1971; E. Belin de Ballu, *Olbia, cité antique du littoral de la mer Noire*, Leiden, 1972; D. M. Pippidi, *Le problème de la main-d'oeuvre agricole dans les colonies grecques de la mer Noire*, en Finley (ed.), *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, pp. 63-84.

Sobre el desarrollo artístico de las ciudades de Asia, R. Martin, *L'urbanisme dans la Grèce antique*, París, 1956.

Debemos considerar como un caso aparte a Rodas, que bien pronto desempeñaría un papel mundial de importancia²¹¹. Su posición geográfica la había convertido ahora, aprovechando las dificultades de Atenas, en un importante centro comercial: y todavía sería conveniente que pudiésemos precisar el lugar ocupado por el comercio dentro de la vida de la comunidad cívica. El hecho esencial en la historia de Rodas es el sinecismo que aglutinó, en el 408, a las tres ciudades de Lindos, Camiro y Yálisos en una sola *polis*, decisión que se tradujo en la construcción de una nueva aglomeración urbana en la extremidad septentrional de la isla: fue el centro de la vida política, pero también de la actividad comercial del nuevo Estado. Aliada de Atenas a comienzos de siglo, Rodas se vio mezclada en los sucesos de la guerra de los Aliados y fue sacudida por los conflictos que oponían a los demócratas partidarios de Atenas con los oligarcas. Pero resulta imposible precisar, una vez más, qué escondían tras de sí aquellos antagonismos, definidos por los contemporáneos en términos políticos, y las ventajas materiales que los oligarcas podían esperar de un acercamiento hacia los sátrapas persas y, en particular, hacia el dinasta de Caria, Mausolo.

En cualquier caso, es seguro que el desarrollo urbano de las ciudades de Asia Menor y la prosperidad financiera que conlleva coinciden, en la mayor parte de ellas, con su emancipación de la tutela ateniense después del 356. Cabe inclinarse a pensar que algunas ciudades pudieron ejercer entonces el papel de "puerto de cambio" entre el mundo griego y el mundo oriental, obteniendo importantes ingresos de aquel tráfico por el sistema de las tasas portuarias, sin que seamos capaces de precisar si el tráfico propiamente dicho se encontraba en manos de extranjeros o, parcialmente, de ciudadanos. En este aspecto, cada ciudad debió de poseer un carácter propio, que jamás convendría generalizar.

Lo mismo ocurre con las instituciones. Numerosas ciudades de Asia Menor habían tomado parte en la alianza ateniense y, en consecuencia, contaban con instituciones democráticas. Pero otras habían conservado —o restablecido— instituciones de carácter oligárquico, como la *gerousía* de Éfeso o los Mil de Colofón, que constituían tal vez el cuerpo de ciudadanos de pleno derecho. Finalmente, y esto sucede sobre todo allí, la Grecia de Asia fue en el siglo IV una tierra propicia a la tiranía. De algunos de los tiranos tan sólo conocemos el nombre. Otros parecen haber sido agentes del Gran Rey o de sus sátrapas. Sin embargo, una parte de ellos merece que les prestemos atención, bien porque ofrecen la imagen del "buen tirano": según la teoría política, bien porque nos demuestran que la Grecia de Asia compartía los males que agitaban a la Grecia de Europa. Al primer grupo pertenece Hermias de Atarneos, al segundo Clearco de Heraclea Póntica.

Hermias había sido discípulo de Platón, y fue a su corte a donde se dirigió Aristóteles después de la muerte del maestro, hacia el 347. Al

²¹¹ Véase la parte tercera de este mismo volumen.

²¹² Cf. el caso de Dion en Siracusa, *supra*, p. 148.

igual que otros discípulos de Platón²¹², deseaba experimentar las ideas políticas del filósofo; cuando se convirtió en dueño de Atarneo, en circunstancias históricas desconocidas, trató de establecer allí una "tiranía filosófica". No hay modo alguno de saber si logró realmente ese objetivo. Acabaría muriendo de forma trágica, porque el Gran Rey (que había contribuido, sin duda, a instalarle en el poder) no le perdonó su alianza con Filipo.

El caso de Clearco de Heraclea es mejor conocido. Heraclea, colonia de Megara, había sido fundada en la orilla meridional del Ponto Euxino, hacia el 560. Los colonos habían reducido a los indígenas mariandinos a una condición servil que Platón comparaba con la de los hilotas: por lo tanto, Heraclea fue seguramente, en sus orígenes, una colonia agraria. Pero su situación a la entrada del Ponto Euxino la convirtió también muy tempranamente en una ciudad comercial que, confundiendo de buena gana comercio y piratería, obtendría de ello provechosos beneficios —y es probable que aquéllos fuesen a parar a las manos de las mismas personas enriquecidas ya por las rentas de las fincas—. El libro XVI de Justino, nuestra fuente principal, refiere que en el momento en que Clearco se adueñó del poder los pobres reclamaban el reparto de tierras y la abolición de las deudas: la ciudad padecía, por consiguiente, una crisis, y el antagonismo entre el pueblo y la minoría de los "senadores" era notablemente agudo²¹³. Discípulo de Isócrates, Clearco pertenecía, ciertamente, a la clase acomodada. Obligado a exiliarse a raíz de circunstancias que ignoramos, había establecido lazos con el dinasta Mitrídates del Ponto, que le confió un ejército de mercenarios. Fue, sin duda, porque disponía entonces de un instrumento para restablecer el orden amenazado por la agitación popular por lo que los ricos heracleotas recurrieron a él. Nombrado *strategos autokrator* e instalado en la ciudadela, Clearco traicionó a sus aliados para convertirse en el "patrón" de los pobres. Seguro de sus poderes y de sus mercenarios, confiscó los bienes de los ricos, a quienes ordenó condenar a muerte o desterrar. Liberó a sus esclavos²¹⁴, a los que maridó con las mujeres e hijas de sus antiguos amos, cuyos bienes repartió entre sus partidarios. Distribución de tierras, abolición de las deudas, liberación de los esclavos: es el esquema tradicional de la revolución social, justo aquello contra lo que los griegos juraron oponerse cuando la constitución de la liga de Corinto²¹⁵. Clearco reinaría durante doce años, sin que su autoridad estuviese nunca seriamente comprometida. Justino refiere que se hacía pasar por hijo de Zeus y que se vestía como los reyes de las tragedias. Gobernaba junto con un grupo de amigos y habría sido el primer soberano que fundó una biblioteca. Si es verdad que, en definitiva, murió asesinado, consiguió por lo menos fundar una dinastía, puesto que sus hijos le sucedieron. Al igual que Dionisio, Clearco ofrecía

²¹³ ¿El término "senadores", empleado por el autor latino, implica que los consejeros de Heraclea lo eran de por vida y, por consiguiente, que se trataba de un régimen oligárquico?

²¹⁴ ¿Se trata del grupo étnico de los mariandinos?

²¹⁵ *Supra*, p. 58.

muchos de los rasgos que preludian a los reyes helenísticos. Pero su tiranía, quizá todavía más que la de Dionisio, era resultado de una crisis social cuyas manifestaciones encontramos en ambos extremos del mundo griego y que es fiel testimonio de las contradicciones de una sociedad cuyas apariencias de prosperidad disimulaban, cuando no contribuía a hacerlas más profundas, graves desigualdades que proclamaban la ruptura de la comunidad cívica.

Da la impresión, en cambio, de que esa comunidad cívica tan sólo acaba de constituirse en las pequeñas ciudades del Ponto Euxino occidental y septentrional. Los más recientes trabajos de los arqueólogos búlgaros, rumanos y soviéticos llevan a preguntarse si tales ciudades habían sido desde el principio colonias agrarias o si, siendo simples *emporía*, no se habrían convertido en *poleis* más que relativamente tarde, con la implantación de los griegos en la *chôra* (finales del siglo V al IV); y, por otra parte, si algunas divisiones de la *chôra* reveladas por la fotografía aérea y por las prospecciones del territorio ascienden a los orígenes mismos de la colonización (comienzos del siglo VI) o son resultado de una ocupación más tardía, e incluso de un nuevo reparto del suelo. Nuevamente resulta imposible dar una respuesta a dichas preguntas, pero parece que el siglo IV fue una época importante en la historia de estas ciudades: es ahora cuando mantienen relaciones muy estrechas con el resto del mundo griego y, especialmente, con Atenas; es también ahora cuando se desarrolla en algunas de ellas una actividad artesanal bien original, de raíces griegas, aunque sufre asimismo la influencia de los escitas del interior²¹⁶. Desde el punto de vista político, la presión escítica determina a algunas ciudades a agruparse en torno al reino semigriego del Bósforo, cuyos soberanos se hallan estrechamente ligados a Atenas²¹⁷. Sobre sus instituciones no sabemos gran cosa; pero las inscripciones de finales del siglo IV y del siglo III nos revelan que los integrantes de su sociedad, cuyos características nos escapan en parte, llevan una vida política de tipo griego. Estamos situados en los márgenes extremos del mundo helénico; pero del estudio de estas ciudades cabe esperar nueva luz no sólo acerca de las realidades del mundo colonial, sino incluso, tal vez, de la *poli* en sí misma, a la que vemos prosperar en estas regiones periféricas en las mismas fechas en que, en la Grecia de Europa, la *polis* tiende a dejar su sitio a nuevas agrupaciones o a fundirse en conjuntos más amplios.

²¹⁶ Cf. el volumen anterior, p. 48.

²¹⁷ *Supra*, p. 70.

CAPÍTULO IV

EL PROGRESO DE LAS INSTITUCIONES FEDERALES EN EL SIGLO IV²¹⁸

La *polis* había sido desde el siglo VIII el marco principal dentro del cual se había desarrollado la civilización griega. Pero ésta no fue la única forma política del mundo helénico. Al elaborar la teoría política de la Grecia de su tiempo, Aristóteles distingue a la ciudad del *ethnos*, y, efectivamente, todavía en el siglo IV existían formas políticas arcaicas que reunían a determinadas comunidades, generalmente en torno a un santuario, comunidades que apelaban a un origen común. El paso del *ethnos* al *koinón* no siempre resulta fácil de esbozar, puesto que el segundo encierra al menos una diversificación mayor de las células políticas que la componen. Pero, en ambos casos, el lazo religioso resulta fundamental y es siempre dentro de un santuario en donde se reúnen los miembros de un mismo *ethnos* o las ciudades que forman parte de un mismo *koinón*. ¿Cabe hablar de federalismo? El mismo término "federalismo" implica un acuerdo, una alianza y también un cierto abandono de la soberanía por parte de cada uno de los Estados federados: desde semejante punto de vista, el consejo anfictionico de Delfos, por ejemplo, no podría ser considerado un consejo federal, incluso aunque los tebanos o Filipo hayan podido pensar en utilizarlo como soporte de una alianza. Debemos reservar, así pues, el calificativo de "federales" sólo para aquellos organismos creados con la intención de integrar a las ciudades en conjuntos políticos más amplios, e intentaremos aquí acotar el significado de los progresos de este tipo de organización en el siglo IV.

²¹⁸ OBRAS DE CONSULTA.—Véase sobre todo V. Ehrenberg, *Der griechische Stadt*, 2.ª ed., Zurich, 1965 = *The Greek State*, Oxford, 1960; 2.ª ed., Londres, 1969; J. A. O. Larsen, *Greek federal States. Their institutions and history*, Oxford, 1968. Asimismo, G. Ténékides, *La notion juridique d'indépendance et la tradition hellénique. Autonomie et fédéralisme aux V^e et IV^e s.*, Atenas, 1954.

I.—LAS SIMMAQUÍAS²¹⁹

Ya hemos hecho alusión a las “simmaquías” (alianzas) peloponesia y ateniense y a su evolución durante el siglo IV. Si conocemos mal el funcionamiento de la liga peloponesia, el estudio de la segunda Confederación ateniense nos revela, en cambio, los progresos realizados por las instituciones federales. Esta segunda Confederación estuvo, en efecto, mejor estructurada que la Confederación de Delos. Mientras que en el siglo V los *synodoi* para reunir a los delegados de los aliados parecen que no tuvieron ni permanencia ni regularidad, mientras que la permanencia del *synedrion* del siglo IV, en el que cada ciudad aliada se hallaba representada, parece ser, por un delegado, está atestiguada en diferentes decretos²²⁰. Los atenienses, a su vez, no estaban representados en el *synedrion*, lo que plantea el problema de las relaciones entre las instituciones atenienses y el consejo federal. Diversas inscripciones han permitido reconstruir el procedimiento que debía de aplicarse habitualmente. La *Boulé* preparaba el decreto que se sometía a los aliados. Si éstos adoptaban dicho texto, la *Boulé* lo transformaba en un *probouleuma* que era presentado a la *Ekklesía*. Si el texto propuesto era modificado por el *synedrion*, la *Boulé* podía o no incorporar tales enmiendas en su *probouleuma*. Y la *Ekklesía* decidía en última instancia. Eso podía ser, evidentemente, una posible fuente de conflictos, pero los atenienses disponían de algunos medios de presión, en particular sobre los delegados de las pequeñas ciudades, y tenían casi prácticamente asegurada la mayoría dentro del *synedrion*. El hecho de que Esquines acuse a Demóstenes de haber hecho votar la paz del 346 en la *Ekklesía* sin preocuparse de la decisión previa del *synedrion* sugiere que eso constituía una práctica excepcional y que los desacuerdos debieron ser bastante infrecuentes²²¹.

El *synedrion*, que celebraba sus sesiones en Atenas, era convocado por los pritanos atenienses. Su presidente, designado por sorteo, redactaba el orden del día de las sesiones y comunicaba a los sinedros las propuestas de la *Boulé*. El consejo federal era llamado a pronunciarse sobre la admisión de nuevos miembros dentro de la “simmaquía” y sobre todos los asuntos de política extranjera. Podía ser convocado, además, para regular las diferencias entre aliados. El decreto de Aristóteles había previsto cuidadosamente que los atenienses que adquiriesen inmuebles en territorio aliado sufrirían la confiscación y venta de sus bienes. La queja

²¹⁹ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras citadas en n. 218., véase *supra*, n. 21 (segunda Confederación ateniense) y n. 57 (liga de Corinto).

²²⁰ Estos decretos fueron decididos, en efecto, en diversos momentos del año.

²²¹ Esquines, *Contra Ctesifonte*, 69 ss. En un decreto del 357/6, algo anterior al desencadenamiento de la guerra social (IG, II², 125), figura la *Ekklesía* tomando una decisión antes que el *synedrion*. Pero, en ambos casos, podría tratarse de una situación excepcional, y estamos en el momento final de una evolución. En cambio, en los primeros tiempos de la Confederación pudo suceder que el *synedrion* decidiese solo, sin que los atenienses interviniesen acto seguido para ratificar lo acordado.

debía ser presentada ante el *synedrion*, al que correspondía tomar la decisión²²². Asimismo, cualquier infracción al pacto federal podía penalizarse con una condena, tanto por parte de los atenienses como de los aliados, con independencia de cuál fuera el origen del culpable. Se ha planteado la pregunta de si, en ese caso, la *Ekklesia* y el *synedrion* pronunciaban sus juicios por separado, o si algunos atenienses eran invitados, en tales casos, a compartir la sesión del *synedrion*: no estamos seguros, pero podría haber sucedido que, desde planteamientos todavía empíricos, hayan ido brotando paulatinamente una serie de reglas que tendieron a hacerse permanentes. Por último, y aunque los atenienses se hubieran comprometido a no cobrar un tributo, era evidente que las *syntaxeis* ("contribuciones") de los aliados, cuyo monto era fijado sin duda por el *synedrion*, alimentaban un tesoro federal, sobre cuya gestión no sabemos prácticamente nada.

De hecho, Atenas, como ya hemos visto, volvió a caer en seguida en sus errores imperialistas, y las instituciones todavía embrionarias levantadas en el 378/7 cesaron muy pronto de funcionar normalmente. Sin embargo, cabe destacar el esfuerzo realizado, puesto que, aun cuando pudo estar dictado por el oportunismo, es clara muestra de una mentalidad nueva expresada también por la otra gran *symmachía* del siglo IV, la "liga de Corinto", fundada por Filipo II.

Ya hemos comprobado²²³ en qué condiciones Filipo había convocado en el Istmo a los delegados de las distintas ciudades para imponerles el cierre de una alianza, cuyo objetivo oficial era hacer la guerra al Gran Rey y vengar la profanación de los santuarios griegos durante las guerras médicas. La composición de la propia alianza presentaba diferencias bastante notables respecto a la "ligas" anteriores. Por mucho que hayamos podido reconstruir un texto muy mutilado, la liga asociaba no sólo a ciudades, sino también a pueblos (*ethne*) y a federaciones de ciudades, todos los cuales enviaban delegados al *synedrion* de los aliados. Algunos autores modernos han deducido de ello que este consejo no representaba a las ciudades consideradas una a una, sino a "los griegos" en su totalidad, lo que significaría que cada Estado o grupo de Estados habría tenido una representación proporcional a su importancia, sistema representativo que habría convertido al *synedrion* de Corinto en un órgano bastante diferente de esa asamblea de plenipotenciarios que era, por ejemplo, el *synedrion* de la segunda Confederación ateniense. Pero esto son sólo hipótesis que nuestra documentación no permite demostrar.

²²² IG, II², 43 = Tod, II, 123, l. 35 ss. Así se pretendía evitar, evidentemente, determinadas prácticas. Dicha disposición apuntaba no sólo hacia las cleruquías, sino también hacia las propiedades privadas. Los poderes judiciales del *synedrion*, afirmados por el pacto del 378/7, experimentarían sin embargo la misma evolución que las demás instituciones federales: ya hemos visto *supra*, p. 31., que después de la rebelión de Ceos sus habitantes tuvieron que dejarse juzgar en Atenas para aquellas causas superiores a 100 dracmas.

²²³ *Supra*, p. 57.

Sobre el funcionamiento mismo del *synedrion* de Corinto es preciso confesar nuestra ignorancia²²⁴. Filipo, en su condición de *hegemon* de la liga, convocaba y presidía al *synedrion*. Indudablemente, las decisiones tomadas en común (concernientes a la guerra y a la paz, al alistamiento de tropas y a la recaudación de tasas, a los arbitrajes judiciales entre Estados miembros) debían ser ratificadas luego por cada Estado. En la práctica, y con independencia de los principios que pudiesen haber regido, las distintas circunstancias hacían ilusoria cualquier veleidad de independencia del *synedrion* frente al *hegemon*, a pesar del compromiso formulado por Filipo de respetar la autonomía de los Estados miembros de la liga, cuyas únicas obligaciones consistían en participar en la defensa común²²⁵. Ahora bien, la muerte súbita de Filipo y la llegada al trono de Alejandro dejarían sin efecto las medidas tomadas por Filipo. Aun cuando fuese reconstruida en varias ocasiones, la Liga de Corinto no desempeñó en realidad ningún papel, y si bien da testimonio de la decadencia de la ciudad en cuanto forma por excelencia del Estado griego, lo cierto es que no añade casi ningún elemento nuevo al conocimiento del federalismo griego.

II.—LOS ESTADOS FEDERALES²²⁶

La *Confederación beocia* es, entre ellos, el que conocemos algo mejor y tenemos la fortuna de poder seguir su evolución a lo largo de este siglo. En la forma en que funciona a comienzos del siglo IV, en el momento en que es descrita por el desconocido autor de las *Helénicas de Oxirrinco*²²⁷, este organismo había sido fundado en el tercer cuarto del siglo V, cuando

²²⁴ Sin embargo, hemos podido extraer algunas indicaciones del decreto por el que se renueva la liga de Corinto en el 302 (cf. IG, IV², 1, 68). Allí encontramos, en particular, que existía una mesa permanente de 5 proedros, los cuales presidían la asamblea federal, decidían sobre su convocatoria y proponían los decretos que les eran sometidos para su aprobación. Sabemos, además, que estos proedros eran los delegados de los reyes, que eran entonces Antígono el Tuerto y Demetrio Poliorcetes (*infra*, p. 319).

²²⁵ Sin embargo, los propios hechos creaban numerosas restricciones a esa autonomía: *supra*, p. 58.

²²⁶ OBRAS DE CONSULTA.—Además de los trabajos citados en el volumen precedente, p. 419, n. 509, y p. 161, n. 107, véase:

Sobre la Confederación beocia: P. Salmon, *L'armée fédérale des Béotiens*, A. C. XXII, 1953, pp. 347 ss.; I. A. F. Bruce, *A historical commentary on the Hell. Oxyrh.*, Cambridge, 1967; P. Roesch, *Thespiens et la Confédération béotienne*, Paris, 1965.

Sobre la Confederación tesalia: H. D. Westlake, *Thessaly in the fourth Cent. B. C.*, 1939; A. Momigliano, *Tagia e tetrarchia in Tessalia*, *Ath.* X, 1932, pp. 47 ss.; F. GSCHNITZER, *Namen und Wesen der thess. Tetraden*, *Hermes*, LXXXII, 1954, pp. 451 ss.

Sobre la Confederación calcídica: F. Hampl, *Olynth und der Chalkidische Staat*, *Hermes*, LXX, 1935, pp. 177 ss. y actualmente sobre todo M. Zahndt, *Olynth und die Chalkidier*, Munich, 1971.

Sobre la Confederación arcadia: J. ROY, *Arcadian nationality as seen in Xenophon's Anabasis*, *Mnem.*, ser. 4, XXV, 1972, pp. 129 ss.; H. Braunert y T. Petersen, *Megalopolis: Anspruch und Wirklichkeit*, *Chiron*, II, 1972, pp. 57 ss.

Véase además, sobre la Mesenia emancipada, C. Roebuck, *The history of Messenia from 369 to 146 B. C.*, Chicago, 1941.

²²⁷ Véase el volumen anterior, p. 345, n. 385.

los atenienses se ven desposeídos de Beocia, y en el volumen anterior figuran detalladamente sus instituciones²²⁸. Nos limitaremos aquí a incluir algunas observaciones. Incluso cuando Tebas ejercía una auténtica preponderancia en el seno de la confederación, tan sólo se trataba de una hegemonía oficial y el organismo federal llevaba simplemente como nombre el étnico regional, "los beocios". Por otra parte, aunque es cierto que la confederación asocia a una serie de ciudades (todas las cuales, por lo demás, poseen la misma constitución oligárquica, que reserva la plenitud de derechos a los propietarios de bienes raíces), en la base de la organización no se encuentran tales entidades políticas, sino once distritos iguales, que estaban repartidos entre las ciudades en proporción a la importancia de aquéllas: tanto los consejeros²²⁹ como los magistrados federales (los once beotarcos) y las unidades del ejército federal eran reclutados por distritos, de tal forma que las distintas ciudades disfrutaban dentro de las instituciones federales de un peso proporcional a su población y territorio. Es fácil advertir el interés de este sistema, que prueba, por una parte, que la imaginación política no era privilegio de la Atenas de Clístenes (pues la organización federal beocia era tan racionalmente artificial como la organización democrática ateniense), y también, por otra parte, que desde mediados del siglo V las *poleis* (por lo menos dentro de un marco regional y étnico coherente) eran capaces de renunciar a una parte de su soberanía para transferir las competencias de su defensa y de su política exterior a un gobierno federal, representativo y permanente.

El sistema resultó falseado sin duda en beneficio de Tebas, por dos razones: porque la Cadmea tebana fue la sede del gobierno federal, y sufrió por consiguiente, la influencia de esta poderosa ciudad, y sobre todo porque en el año 427 la destrucción de Platea²³⁰ trajo como consecuencia que quedase eliminado el principal contrapeso a la influencia de los tebanos, los cuales, encima, al anexionarse los dos distritos platenses duplicaron súbitamente su propia representación en las instituciones federales, arrogándose una hegemonía de facto.

En la medida en que aquella organización había asegurado el poderío de los beocios, y particularmente el de los tebanos, es que los espartanos exigiesen su devolución inmediatamente después de la Paz del Rey, en el 386²³¹. Pero la confederación beocia fue reconstruida en el 379. Sin embargo, como esa restauración fue obra de los enemigos de Esparta, tuvo ya un carácter menos oligárquico²³². Parece, en concreto, que el con-

²²⁸ *Ibid.* pp. 421 ss.

²²⁹ A razón de 60 por distrito. Los 660 consejeros se distribuían en cuatro secciones, que aseguraban, por turno rotatorio, la existencia de una permanente durante cuya actuación recibían una indemnización.

²³⁰ Véase el volumen anterior, p. 294.

²³¹ *Supra*, p. 23.

²³² Tal vez sería excesivo calificar de democrático al régimen establecido en el 379. Realmente, dentro del contexto de la época, la existencia de una asamblea primaria soberana reunida en el interior de su ciudad constituía para Tebas la mejor forma de asegurarse una preponderancia en la Confederación.

sejo estuvo controlado en lo sucesivo por una asamblea primaria en la que podían participar todos los ciudadanos beocios: se conocen dos decretos federales aprobados en nombre únicamente del *demos*, sin referencia ninguna a una *boulé* federal, sobre la que cabe preguntarse si aún existía. Por otra parte, los beotarcos se hallaban situados bajo la autoridad suprema de un arconte, con cuyo nombre se fechan los decretos. Como los beotarcos fueron en adelante siete, se ha planteado la hipótesis de que el número de distritos hubiera quedado reducido de once a siete. Ahora bien, parece que, de los siete beotarcos, tres, e incluso quizá cuatro, eran tebanos, lo cual muestra hasta qué punto la posición hegemónica de Tebas se había consolidado inmediatamente después de la restauración del *koinón*. De hecho, en las *Helénicas* Jenofonte habla más a menudo de los tebanos que de los beocios, y el papel desempeñado por Pelópidas y Epaminondas contribuiría a incrementar todavía más la preponderancia tebana en Beocia. ¿Significa eso, como algunos autores han supuesto, que al término de su evolución la Confederación beocia se habría transformado en un Estado unitario tebano? No poseemos suficiente información para responder a esta pregunta. Cabe añadir que, disuelta en el 338, la Confederación beocia se reconstruyó en época helenística²³³, y cuanto sabemos ahora sobre su funcionamiento testimonia que hubo un refuerzo de las instituciones federales: la evolución hacia un objetivo unitario había quedado interrumpida —suponiendo que ello correspondiese a una realidad.

La *Confederación arcadia* presenta similitudes con la Confederación beocia, lo que no debe sorprendernos, puesto que Epaminondas favoreció su renacimiento. Esta federación agrupaba a las ciudades arcadias en torno a una capital de nueva planta, Megalópolis. Por una inscripción del 362/1, conocemos su organización, que comprendía una asamblea y un consejo federal. Esta Asamblea, llamada de los Diez Mil, ¿era una asamblea de delegados de las ciudades, una asamblea primaria censal, o el *demos* arcadio por completo? La primera interpretación parece a excluir, pero resulta difícil pronunciarse entre una de las otras dos. El número de 10.000 parece elevado para ser una asamblea censal, a menos que el censo tope fuese muy bajo. Pero si se trataba del conjunto de los ciudadanos de las *poleis* de Arcadia, no entendemos bien por qué el decreto no podía hablar simplemente del *demos*, tal como sucede en los decretos beocios. La inscripción menciona asimismo a los *damiorgoi*. ¿Eran magistrados o consejeros federales? La mayoría de los autores modernos se inclinan por la segunda interpretación, pues cada ciudad estaba representada por un número de *damiorgoi* proporcional a su importancia²³⁴. Se ha formulado la hipótesis de que el territorio arcadio habría estado dividido en distritos, al igual que en Beocia y que cada distrito enviaría cinco *damiorgoi* como delegados al Consejo. En esta hipótesis, y siguiendo el

²³³ Sobre los Estados federales helenísticos, cf. *infra*, p. 432.

²³⁴ Megalópolis tenía diez; Mantinea, Tegea, Orcómeno, etc., cinco cada una; Menatios, tres; Lepreón, dos.

paralelismo de la Confederación beocia, los distritos no serían exactamente equivalentes al territorio de la ciudad²³⁵. Se ha supuesto igualmente que, también a imitación de la Confederación beocia el Consejo habría estado dividido en cuatro secciones que asegurasen, por turno rotatorio, su actuación permanente —pero esta hipótesis resulta dudosa desde el momento en que parece que esta disposición no fue mantenida por los beocios en el siglo IV—. El magistrado supremo llevaba el título de estratego²³⁶. El hecho de que la persona a quien se había confiado la mayor autoridad dentro de la liga arcadia fuese un magistrado militar es síntoma de una evolución que se acentuará en época helenística y que tiende a concentrar los poderes ejecutivos, y sobre todo el poder militar, en manos de un sólo magistrado elegido cada año. Las demás instituciones federales arcadias son mal conocidas. Había, sin duda, un ejército y un tesoro federales, pero ignoramos todo lo concerniente a su organización. La liga arcadia no era un organismo demasiado estable, y la vieja rivalidad entre Tegea y Mantinea acabaría condenándolo rápidamente a la impotencia.

La *Confederación calcidia* (de la Calcídica de Tracia) parece que, desde comienzos de este siglo se orientó mucho más abiertamente que las anteriores a la consecución de una integración de las ciudades en el conjunto federal. Parece, por otra parte, que el Estado que se formó alrededor de Olinto al iniciarse la guerra del Peloponeso fue un verdadero Estado unitario, con sus ciudadanos, sus leyes y sus monedas comunes —Estado que fue deshecho en el 421—. Volvemos a encontrar a los Calcidios a comienzos del siglo IV. Jenofonte (*Hell.*, V, 2, 12 ss.) designa al lado que unía a las ciudades calcidias con el verbo *sympoliteuien*; podemos ver, por tanto, en la liga calcidia una *sympoliteia*, es decir, un Estado federal, en el que todos los miembros disfrutaban de la misma *politeia*. Según Jenofonte esta *sympoliteia* suponía no solamente derechos políticos comunes, sino también derechos civiles: los miembros de la Confederación poseían la *epigamia*, es decir, el derecho a contraer matrimonio, y la *engktesis*, es decir el derecho de propiedad sobre bienes raíces en todo el territorio federal. Existía además un ejército federal y tasas federales destinadas a nutrir el tesoro común. Por desgracia, inscripción nos permite completar las indicaciones de Jenofonte y conocer algo mejor las instituciones federales²³⁷ y su funcionamiento. Olinto disponía indiscutiblemente de una posición preponderante. Cabe pensar que la Asamblea olintia de que habla Jenofonte desempeñaba el papel de asamblea federal primaria, puesto que todos los confederados disfrutaban en Olinto de los mismos derechos políticos que los olintios. Pero no hay posibilidad de averiguar nada más.

La *Confederación tesalia* difiere por sus orígenes de la liga calcidia.

²³⁵ Los 10 *damiorgoi* de Megalópolis habrían representado a dos distritos; los 3 + 2 *damiorgoi* de Menatos y Lepreón, a un distrito.

²³⁶ La identificación de Eneas Táctico con uno de los estrategos de la liga arcadia no es admitida por todos, pero resulta verosímil.

²³⁷ Por lo menos el tratado de alianza con Filipo del 356 (TOD, II, 158) menciona unas «magistraturas comunes».

Esta última era una creación política, mientras que el *koinón* tesalio procedía de una antigua comunidad étnica en la que, junto a las *poleis* de tipo clásico, todavía figuraban, en el siglo IV, una serie de pueblos cuya organización política era muy primitiva. Los problemas que plantea su organización interna han levantado numerosas discusiones e hipótesis. Fue a finales del siglo V, sin duda, cuando los trastornos políticos condujeron a convertir a los "penestas" (campesinos dependientes asimilados, por las fuentes antiguas, a los hilotas) en hombres libres llamados a servir en una infantería cuyo papel había sido, hasta ese momento, desdeñable, pero cuyos efectivos parecen aumentar durante el siglo IV expensas de la antigua caballería aristocrática. El ateniense Critias, que se hallaba entonces en el exilio²³⁸, estuvo mezclado, en concreto, en los disturbios que desembocaron en el establecimiento de la tiranía de Licofrón en Feras. En el siglo IV, las ciudades y pueblos que formaban parte del *koinón* tesalio estaban agrupadas en cuatro distritos, cada uno de los cuales tenía a su cabeza a un polemenco, elegido anualmente²³⁹. La magistratura suprema del *koinón* era la *tageia*: algunos autores creen que se trataba de una función excepcional destinada a asegurar la cohesión del *koinón* en tiempos de guerra, pero hay buenos argumentos a favor de su carácter permanente²⁴⁰. Jasón, el sucesor de Licofrón en Feras, se convirtió en *tagos* a comienzos del siglo IV, época en la que Tesalia desempeñaría un importante papel en los asuntos de Grecia. Es asimismo durante estas fechas cuando resulta posible hacerse una idea de las instituciones tesalias. Parece claro que existía una ciudadanía federal: una inscripción de comienzos de siglo califica a un tal Calipo de "tesalio de Gortinio". Pero un pasaje de Jenofonte demuestra también que esa ciudadanía federal no era de la exclusiva incumbencia de las ciudadanías locales. La asamblea federal, denominada bien "los tesalios", bien "el *koinón* de los tesalios", era sin duda una asamblea primaria, aunque algunos piensan más bien en una asamblea de delegados de las ciudades. Es probable que la asamblea federal se reuniese en el siglo IV, como lo hará en el III, en el santuario federal de Atenea Itonia, aun cuando no tengamos pruebas concretas de ello. La asamblea federal elegía al *tagos* y controlaba su actividad, movilizaba al ejército federal, cerraba las alianzas y los tratados de paz, disponía de los recursos comunes. Algunos autores estiman que contaba con un Consejo de Ancianos, provisto de funciones probuleúticas. Si la asamblea federal fue una asamblea primaria (cosa que, según vimos, no es segura), la existencia de tal Consejo es verosímil. Sin embargo, podemos comprobar que en un decreto del 361/60 concerniente al tratado concluido entre

²³⁸ Véase el volumen anterior, p. 421.

²³⁹ Estos polemencos eran una institución algo anterior a la mitad del siglo V. Tesalia habría sido entonces escenario de una importante transformación política, que habría privado a la aristocracia de una parte de su autoridad.

²⁴⁰ Es difícil saber si se trataba de una magistratura vitalicia o anual. Cabe pensar, sin embargo, que su carácter militar y la personalidad excepcional de determinados *tagoi* podrían prolongar su duración o permitir la renovación indefinida, tal como sucedió con Jasón.

los atenienses y el *koinón* tesalio, si bien proporciona los nombres de los magistrados federales que deberán prestar juramento por parte de los tesalios, no hacen ninguna alusión a un consejo, mientras que la *bulé* ateniense sí que está mencionada²⁴¹. Las magistraturas federales son bastante mal conocidas. La más importante era la *tageia*, pero iba a desaparecer después de la caída de Alejandro de Feras, sucesor de Jasón. A partir del 369 el magistrado supremo lleva el título de arconte. El *tagos*, en época de Jasón, era el jefe del ejército federal; disponía de los recursos federales y gozaba de una particular autoridad sobre los pueblos de la periferia, que estaban sometidos a los tesalios. Los restantes magistrados federales conocidos (los cuatro polemarcos, los hiparcos, que también eran, sin duda, cuatro, y los dieciséis "pezarcos") poseían todos ellos carácter militar. El ejército constituía, efectivamente, un importante elemento del *koinón* tesalio. Para su alistamiento, el territorio federal se hallaba dividido en *kleroi*, cada uno de los cuales suministraba 40 jinetes y 80 hoplitas. El número de *kleroi* de cada ciudad dependía de la importancia de su territorio, por lo que la contribución militar de cada una era proporcional a su importancia. La caballería tesalia, siempre relevante, alcanzaba en teoría la tercera parte del contingente total. Pero en la práctica, su importancia iría disminuyendo a lo largo del siglo, proceso que sin duda constituye el reflejo de una serie de transformaciones sociales que, desgraciadamente, no podemos precisar. El tesoro federal era alimentado por el tributo de los pueblos periecos, pues cada ciudad conservaba su propia moneda y su autonomía financiera y mantenía con toda probabilidad a sus costes a los contingentes que enviaba para integrarse en el ejército federal. Pero el *tagos* podía invitar a las ciudades federadas a que pagasen una especie de impuesto en especie proporcionando las víctimas destinadas a los grandes sacrificios comunes (cf. Jenofonte, *Hell.*, VI, 4, 29). La liga tesalia de época de Jasón aparece, así pues, como un Estado federal más unitario que las "sinmaquías" ateniense o peloponesia, pero menos sólidamente estructurado que las Confederaciones beocia o calcidia; su originalidad reside en el carácter relativamente tardío de su evolución social y política, así como al sello que le imprimieron los tiranos de Feras y luego, después del 346, Filipo de Macedonia.

En el mundo griego del siglo IV hubo muchas otras federaciones de ciudades, pero ignoramos casi todo sobre sus instituciones. Para algunos autores, será tan sólo en época helenística cuando las veremos funcionar; así sucederá, por ejemplo, en el caso de las Confederaciones aquea y etolia²⁴². Cuando llegamos al final de este estudio de las instituciones federales del siglo IV, parece dudoso que podamos concederles el alcance que les daba G. Glotz en el capítulo de su libro *La ciudad griega* que titulaba "la expansión de la ciudad", pues difícilmente cabe considerarlas como intentos por "rebasar" el estrecho marco de la *polis*. Las "sinmaquías" eran

²⁴¹ *Syll'* 184 = *TOD*, II, 147 = *Staatsvert.*, II, 293, lín. 23-25.

²⁴² Véase la III parte del presente volumen.

esencialmente alianzas militares cuyos órganos comunes tenían como único objetivo una mayor eficacia; pero las ciudades que formaban parte de las mismas tenían mayor apego a su autonomía por cuanto que tales "sinmaquías" eran en realidad expresión de la hegemonía ateniense o espartana. Si la integración era mucho más intensa en el *koinón* beocio o en la liga calcidia, ese hecho obedecía al concurso de una serie de circunstancias particulares, y en realidad tanto Tebas como Olinto pretendían principalmente, mediante el recurso a instituciones más estructuradas, a asentar con mayor firmeza su autoridad. Respecto al *koinón* tesalio, su carácter todavía primitivo nos impide considerarlo como un intento de "expansión" de la ciudad. Realmente, hacia mediados del siglo IV la ciudad constituía aún el marco privilegiado en el interior del cual se desarrollaba la comunidad política griega, y continuará siéndolo, en teoría al menos, hasta finales del siglo IV.

TERCERA PARTE

LA CRISIS DE LA "POLIS" Y EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN GRIEGA CLÁSICA

El siglo IV no vio solamente declinar una forma de comunidad (*koinonía*) política, la "ciudad". Fue también el momento en que el sistema de valores que había elaborado esa *polis* tiende a desvanecerse para dejar sitio a nuevas corrientes que privilegian al individuo frente a la comunidad, de cuyo desequilibrio son, hasta cierto punto, un fiel reflejo. Calibrar cuanto subsiste de los valores tradicionales y apreciar los elementos novedosos no es tarea fácil. Tanto en el ámbito del pensamiento como en el de las artes o en el de la religión se descubren algunos rasgos comunes, pero también notables diferencias, y debemos evitar el poner esquemáticamente en relación, tal como a veces se ha hecho, la filosofía postsocrática, el arte de Escopas o de Praxíteles y los cultos orientales —y explicar todo ello basándonos en el desarrollo del individualismo—.

No obstante, si tratamos de caracterizar la crisis de la civilización del siglo IV, cabe distinguir tres aspectos principales. En primer término la reflexión política: como señaló M. I. Finley, la filosofía griega, que sin duda constituye lo más grande que ha producido el mundo de las ciudades, estuvo siempre "comprometida"; pero es en el siglo IV cuando la filosofía política alcanza su madurez plena y completa, aun cuando se desarrolle al margen de la vida política real. Esta última dio origen a un nuevo género, la retórica, y uno de los debates fundamentales del siglo IV se consagrará a plantear el lugar respectivo que retórica y filosofía deben ocupar en la educación (*paideia*). El segundo aspecto en el que se vislumbra la crisis de la civilización griega es el de la religión: la religión tradicional no parece ya en estado de responder a la creciente ansiedad de las masas, mientras que las mentes ilustradas proceden a evaluar el vacío dogmático existente. En esas circunstancias, unos ponen sus miras en las religiones importadas de Oriente, que les anuncian una promesa de salvación; otros se dedican a una serie de especulaciones que integran a los dioses tradicionales dentro de sistemas filosóficos más o menos racionales. La religión cívica y los cultos panhelénicos subsisten, pero el "espectáculo", con fines más o menos políticos, tiende a desplazar a las

celebraciones culturales. Por eso, no debe sorprendernos que el arte se convierta en el espejo de ese nuevo carácter espectacular, privilegiando lo excepcional, lo dramático o lo familiar tanto en la escultura, en la arquitectura —en donde el urbanismo civil tiende a reemplazar al programa religioso— y en la pintura, como también en el teatro y en la música. Pero se trata tan sólo de una tendencia general y conviene que evitemos simplificarla. El siglo IV, por lo menos hasta la muerte de Alejandro, se halla todavía dentro de la civilización griega clásica y, por muchos de sus rasgos, casi no presenta diferencias respecto al siglo V. No perseguimos, pues, repetir lo que ya se ha expuesto anteriormente²⁴³, sino destacar todo cuanto es nuevo y anuncia ya la civilización helenística.

²⁴³ Véase el volumen anterior, II parte.

CAPÍTULO PRIMERO

EL PENSAMIENTO POLÍTICO FRENTE A LA CRISIS DE LA POLIS²⁴⁴

La reflexión política griega no nació en el siglo IV, sino que es la expresión de una realidad política, la de la *polis*, que fue elaborándose durante la época arcaica para alcanzar su apogeo en el siglo V. Sin embargo, hay que esperar a la segunda mitad del mismo para que se materialicen los grandes temas que serían propios de la filosofía griega del siglo IV: el tema de la Ley, de su origen divino o humano, de los límites de su aplicación, de su carácter inmutable o, por el contrario, contingente; el tema mucho más amplio de la *politeia*, de su naturaleza y de su finalidad; el tema, finalmente, en conexión con el anterior, de la composición del cuerpo cívico, de los criterios de acceso a las magistraturas, de los fundamentos de la soberanía. Es en Atenas en donde se habían planteado,

²⁴⁴ OBRAS DE CONSULTAS.—Como el siglo IV es el gran siglo del pensamiento político en Grecia, todas las obras de carácter general dedican algunos capítulos a las doctrinas políticas de la época. Entre las obras más especializadas, hay tres grandes corrientes: por una parte, las de quienes estudian las doctrinas políticas griegas desde el punto de vista general de la ciencia política; así, el tomo I de la *Histoire des idées politiques* de J. Touchard y J. Sirinelli; en segundo lugar, los trabajos filosóficos estudian a los pensadores griegos en el marco de una reflexión de conjunto sobre el Estado, la libertad, el poder, etc. Por ejemplo, numerosos estudios consagrados a Platón, como L. Robin, *Platon*, nueva ed., París, 1968; el de P.-M. Schuhl, *L'oeuvre de Platon*, París, 1961, y sobre todo el de V. Goldschmidt, *Platonisme et pensée contemporaine*, París, 1970; participa de ambas corrientes la miscelánea *Plato, Popper and Politics. Some Contributions to a modern Controversy*, ed. R. Bambrorough, Cambridge, 1967; por último, una tercera corriente está representada en una serie de trabajos más propiamente históricos que tratan de insertar el estudio del pensamiento político griego en el del mundo de las ciudades griegas. Citemos, en primer lugar, W. Jaeger, *Paideia*, 3 vol., 1934-1947, cuyos tomos II y III conciernen más especialmente al siglo IV; ha habido numerosas reediciones y traducciones (trad. española: *Paideia: los ideales de la cultura griega*, México, 1957). A esta obra, toda ella impregnada por el humanismo de su autor, deben añadirse E. M. Barker, *Greek Political Theory. Plato and his Predecessors*, 4.^a ed., Londres, 1952; T. H. Sinclair, *A History of Greek Political Thought*, Londres, 1952 (trad. francesa, París, 1953); D. Kagan, *The Great Dialogue. History of Greek Political Thought from Homer to Polybius*, Nueva York, 1965; Cl. Mossé, *Histoire des doctrines politiques en Grèce*, París, 1969.

sobre todo, tales problemas, y las dos revoluciones oligárquicas que marcaron allí el final del siglo v fueron su expresión más directa, al mismo tiempo que contribuyeron a hacerlos más actuales y más acuciantes. Pero, en el siglo iv, los debates sobre la ciudad, su composición, sus instituciones y sus leyes experimentarían un nuevo impulso desde el momento en que iban a insertarse dentro de una realidad mucho más apremiante que en el siglo anterior a causa del incremento de los antagonismos sociales, de la lucha que enfrentaba en todas partes a los pobres con los ricos, a los demócratas con los oligarcas, y que amenazaba a los fundamentos mismos de la ciudad; esa situación hacía más urgente la búsqueda de un nuevo equilibrio, de aquella *eunomía* que supieron imponer los legisladores del pasado. En la medida en que reaparecieron las viejas consignas revolucionarias de abolición de las deudas y reparto de la tierra, se hacía preciso replantear el problema de la ciudad y del orden sobre el que descansaba.

Destaquemos de inmediato que a excepción de Aristóteles, el más pragmático de los pensadores griegos del siglo iv y que, antes de proponer un modelo ideal, reunió informaciones sobre las constituciones existentes a fin de efectuar balance entre lo posible y lo deseable, los demás filósofos o pensadores políticos no se plantearon soluciones concretas a la crisis que estaban contemplando. Incluso las *Leyes* de Platón, a pesar de su precisión, son más bien un modelo ideal que un programa práctico, y la mayor obra política del siglo iv, la *República*, es en primer término una reflexión sobre la justicia. En cuanto a los "discursos" de Isócrates, eran ejercicios de escuela más que manifiestos. Sobre ese carácter, en cierto modo abstracto, del pensamiento político ateniense del siglo iv, se ha propuesto una explicación: desde el momento en que la especulación política del último tercio del siglo v, y en particular las formidables desviaciones de la sofística, habían contribuido a las atroces convulsiones que desgarraron a Atenas a finales de la guerra del Peloponeso, la angustiosa reacción que se produjo y que se tradujo, entre otras cosas, en la reconciliación oficial de todos los ciudadanos, en la amnistía y en la fijación codificada del corpus legislativo ateniense, habría bloqueado definitivamente cualquier debate teórico público y habría restringido al pensamiento político dentro de discusiones de escuela "sin influencia sobre las realidades de la época" (Ed. Will). No obstante, a través de los escritos políticos del siglo iv se expresaron algunas corrientes del pensamiento reveladoras de las preocupaciones de los círculos políticos e intelectuales de Atenas y también, quizá, de otras ciudades del mundo griego.

Si tratamos de captar esas corrientes del pensamiento político, parece que podemos distinguir la existencia de tres principales corrientes. La primera podría ser calificada de tradicionalista: ésta se expresa sobre todo en Isócrates, aunque la encontramos también en los restantes pensadores políticos de la época. Nacida a partir de los temas de la propaganda de finales del siglo v, se manifiesta mediante una glorificación del pasado, de la *patrios politeia* y de los hombres a quienes se identificaba con esta

“constitución ancestral”, especialmente Solón y Clístenes. La segunda tendencia consiste en proyectar en un pasado o en un futuro imaginarios la visión de una ciudad ideal construida de pies a cabeza y que, por eso mismo, ofrece a la imaginación mil posibilidades de invención: pensamos, evidentemente, en Platón y, en menor grado, en Aristóteles. Por último, una tercera tendencia, más “realista”, se inscribe mejor entre las preocupaciones prácticas de los hombres del siglo IV: mientras se esfuerza por hacer caso a la nueva situación creada por la guerra del Peloponeso, al fin de las hegemonías y al incremento de los antagonismos sociales, desemboca, por un lado, en la perspectiva monárquica, que preludia a Alejandro y a los soberanos helenísticos, y, por otro, en la elaboración del tema de la constitución “mixta”, que Polibio resucitaría, enriqueciéndolo, en el siglo II.

I.—LOS DEFENSORES DE LA TRADICIÓN: EL TEMA DE LA PATRIOS POLITEIA²⁴⁵

Fue en los últimos decenios del siglo V cuando el tema de la *patrios politeia* hace su aparición. Frente a las dificultades del imperialismo marítimo, pero también frente al nuevo clima político creado por el surgimiento de una nueva clase de políticos, cuya figura arquetípica es Cleón, algunas personas habían vinculado ambas series de hechos, imputando a determinada forma de democracia la responsabilidad de los desastres exteriores y expresando, por consiguiente, la idea de que un retorno a la “constitución de los mayores” permitiría recuperar la paz y el orden interno. Es evidente que semejante preocupación no era ajena a eso que se ha podido llamar “el nacimiento de la Historia”. Para ofrecer como modelos las leyes de Dracon, de Solón o de Clístenes, no sólo hacía falta conocerlas —algunas todavía estaban parcialmente en vigor—, sino también procurar restaurar el contexto histórico que las vio nacer. No obstante, constituiría una ingenuidad imaginar que los propagandistas de la *patrios politeia* trataron de cumplir la labor de historiadores: se trataba más bien de reconstruir el pasado en función de los problemas del presente, reconstrucción que encontraba su primera justificación en la evocación de los grandes antepasados.

²⁴⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Véase A. Fuks, *The Ancestral Constitution*, Londres, 1953; E. RUSCHENBUSCH, *Patrios Politeia. Theseus, Dracon, Solon und Kleisthenes in Publizistik und Geschichtsschreibung des 5. und 4. Jahrhunderts v. Chr.*, *Hist.*, VIII, 1958, pp. 398-424; S. A. Cecchin, *Patrios Politeia. Un tentativo propagandistico durante la guerra del Peloponeso*, Turín, 1969; M. I. Finley, *The Ancestral Constitution*, Cambridge, 1971. Entre los textos que contribuyen a la elaboración y a la difusión del tema de la *patrios politeia*, la *Constitución de Atenas*, de Aristóteles, ha sido objeto de numerosos comentarios, entre los que cabe mencionar: K. Von Fritz y E. Kapp, *Aristotle's Constitution of Athens*, Nueva York, 1961; J. Day y M. Chambers, *Aristotle's History of Athenian Democracy*, Berkeley-Los Ángeles, 1962; M. A. Levi, *Commento storico alla Repubblica Atheniensium di Aristotele*, Milán, 1968; cf. asimismo J. J. Kearney, *The Date of Aristotle's Athenaiion Politeia*, *Hist.*, XIX, 1970, pp. 326-336; F. W. Gilliard, *Teleological Development in the Athenaiion Politeia*, *Hist.*, XX, 1971, pp. 430-435.

En la *Athenaion Politeia*, entre aquellos que dotaron a la ciudad de leyes aún en vigor en tiempos de Aristóteles destacan tres legisladores: Dracón, Solón y Clístenes. Del primero de ellos, la tradición guardaba sobre todo el recuerdo de una legislación particularmente severa sobre el homicidio. Ahora bien, Aristóteles le atribuye una "constitución" que habría modificado la organización primitiva, caracterizada por la existencia de un consejo aristocrático, el Areópago, y de magistrados elegidos, los nueve arcontes. Las disposiciones de la "constitución de Dracón" habrían sido las siguientes: la *politeia* (es decir, los derechos cívicos) estaba reservada a quienes poseían los medios para armarse como hoplitas; este cuerpo cívico elegía a los magistrados en función de un censo riguroso, aunque modesto; anualmente se sacaba a suerte, entre los ciudadanos de pleno derecho mayores de treinta años, un Consejo de 401 miembros; el absentismo respecto al Consejo o a la Asamblea era sancionado con una multa proporcional a la cualificación censal, tres dracmas para los "pentacosimedimnos", dos para los "hippeis", uno para los "zeugitas"; finalmente, el Areópago estaba encargado de vigilar el cumplimiento de esta constitución. Este texto ha hecho correr mucha tinta, puesto que tantos son los anacronismos que contiene: la evaluación monetaria de las fortunas y de las multas, la clasificación censal, que, en esta misma obra, Aristóteles atribuye a Solón, la existencia de una *Boulé* que únicamente difiere de aquella que la tradición atribuye a Solón por la presencia de un miembro adicional. En cambio, muchos se han recreado en demostrar cómo esta constitución parece estar muy próxima a aquella que los Cuatro Cientos intentaron establecer en Atenas en el 411²⁴⁶ restricción del cuerpo cívico a los *hopla parechomenoi*²⁴⁷; elección de los magistrados superiores y sorteo de los magistrados menores; misión de guardián de las leyes confiada al Areópago, etc. ¿Se trataba acaso de un texto propagandístico elaborado antes de la revolución del 411, como a veces se ha dicho? Algunas disposiciones, sin embargo, invitan a la reserva, y en particular la organización censal de las magistraturas, dos de cuyos rasgos llaman nuestra atención. Por una parte, la relativa modestia del censo exigido: en el 322, cuando Antípatro impuso a los atenienses un régimen censal, la condición necesaria para disfrutar de la ciudadanía será la posesión de un patrimonio igual, por lo menos, a 2.000 dracmas; pero entonces, 1.000 dracmas permitirán ser arconte o tesorero. Se podrá argumentar, desde luego, el efecto del "alza de los precios", pero esto no basta para justificar semejante diferencia. Y está, por otra parte, la evaluación monetaria de las fortunas exigidas para el acceso a las magistraturas, requisito que no encontramos en ninguno de los proyectos constitucionales de finales del siglo V: es bien conocido que las magistraturas electivas estaban reservadas en Atenas a los pentacosimedimnos y a los hippeis, pero la pertenencia a esas clases censuales estaba en fun-

²⁴⁶ Véase el volumen anterior, p. 335.

²⁴⁷ Capaces de suministrarse el armamento hoplítico (N. del T.).

ción de las rentas (calculadas en especie o en dinero), nunca del capital, algo que es, en cambio, propio del siglo IV, época en que la mayor movilidad del bien por excelencia que era la tierra trajo como resultado el que su valor pasase a ser contabilizado en términos monetarios. Nos vemos, así pues, inclinados a considerar la "constitución de Dracón" como una falsificación posterior al 411, parcialmente inspirada, tal vez, en la constitución de los Cuatro Cientos, aunque esencialmente refleja ciertas preocupaciones de los círculos intelectuales del siglo IV, y particularmente de la escuela aristotélica: en este sentido, las sanciones que penalizan el absentismo deben ponerse en relación con las recomendaciones de Aristóteles en la *Política* (IV, 12, 4 ss.), en donde se observa la misma preocupación por penalizar a los ricos que se niegan a participar en las sesiones de la asamblea o de los tribunales. El patronato de Dracón aparece, por tanto, como una novedad del siglo IV, destinada quizá a justificar la introducción de elementos diferentes de aquellos que encontramos en las constituciones tradicionales atribuidas a Solón o a Clístenes.

Solón es, por excelencia, el modelo al que se refieren los partidarios de la *patrios politeia*. Ante todo porque fue, en la tradición ateniense, la persona que restableció la concordia entre las distintas facciones, el que puso fin a esa stasis cuyas sombras, después de la guerra del Peloponeso, surgían de nuevo amenazantes, y supo evitar el tomar partido entre los antagonistas: negándose a proceder al reparto de las tierras, y al no inclinar la balanza ni a favor del *demos* ni de los poderosos, consiguió ese equilibrio que demandan todos los teóricos. Al mismo tiempo, en el terreno político Solón supo entregar al *demos* una parte de las responsabilidades haciéndole participar en las asambleas y en los tribunales, aun cuando reservó, en virtud del sistema censual, las magistraturas a los más ricos. Se comprende bien que los atenienses de finales del siglo V, que deseaban una oligarquía moderada, pudiesen invocar el ejemplo de Solón. Ahora bien, en el siglo IV, como hemos visto, ya no era posible que un ateniense se declarase partidario de la oligarquía y, por esa razón, la imagen de Solón se transforma en la del fundador de la democracia, pero de una democracia moderada, la *patrios demokrateia* ("democracia de los mayores"), en la que todos, y no tan sólo los *hopla parechomenoi*, participaban en la *politeia*, es decir, en las asambleas y en los tribunales, aunque sólo los ricos accedían en ella a las magistraturas. La evolución del modelo soloniano aparece en el interior mismo de la obra de Aristóteles. En la *Athenaion Politeia*, si bien hace alusión a quienes tratan de calumniar a Solón, el filósofo acepta la "versión democrática" de la obra de Solón, que presenta la imagen de un hombre moderado e imparcial. En la *Política* nuevamente se ocupa de esas "calumnias", pero mientras que en la *Athenaion Politeia* se referían a la abolición de las deudas, aquí conciernen a la omnipotencia concedida a los tribunales populares, origen de la democracia radical contemporánea: "Y algunos le censuran el haber abolido todas las demás partes de la constitución al hacer al tribunal dueño absoluto de todas las decisiones, siendo así que se forma por sorteo". Así pues, mediante una curiosa inversión, pero que se halla justifi-

cada por el contexto histórico, Solón era reivindicado, en nombre de la "democracia de los mayores", por los adversarios de la democracia del siglo IV, y atacado por aquellos que, asimismo hostiles a la democracia contemporánea, lo veían como al responsable de los errores democráticos, el más grave de los cuales les parecía ser la omnipotencia de los tribunales populares. Es seguramente en Isócrates en quien esa contradicción se muestra con mayor vehemencia: nuestro orador, que no cesa de abrumar a los demagogos y al régimen, califica sin embargo a Solón de *demotikotatos* ("el más favorable al *demos*") por haber instituido la democracia más justa, "la que encarga de los asuntos a los más capaces, pero hace al pueblo dueño absoluto de ellos" (*Areopagítico*, 27). En otro pasaje, Solón es denominado *prostates tou demou* ("patrono del pueblo") y su legislación es exaltada como un modelo de constitución moderada (*Sobre el cambio*, 231). Así, la figura de Solón tiende a modificarse en la medida en que resulta, en cierto modo, "recuperada" por los demócratas. Lisias, Isócrates e incluso Aristóteles incluyen a Solón en la lista de los grandes demócratas atenienses anteriores a Clístenes, Temístocles y Pericles, y los oradores evocan complacientes la imagen venerada del gran legislador, convertido de rechazo en el blanco de los enemigos de la democracia. Pero esta "recuperación" no debe engañarnos: la "democracia de los mayores" no es, a fin de cuentas, muy diferente de la oligarquía moderada que pensaban establecer los "teramenianos" del 411. Por eso, no es extraño volver a encontrar la invocación a Solón en el 322, cuando los atenienses tuvieron que aceptar de Antípatro una constitución censual que privó de los derechos políticos plenos a más de la mitad de los ciudadanos. En efecto, si el carácter "democrático" de la constitución supone fundamentalmente el ejercicio de la soberanía por el *demos* en las asambleas y en los tribunales, y puede, por lo tanto, conciliarse con un reclutamiento censual de los magistrados²⁴⁸ e incluso con la supresión de los *misthoi*, pues el fondo del problema consistía en saber qué convenía entender por "el *demos*": ¿quienes poseen el censo hoplítico? ¿Los propietarios de bienes raíces? ¿O la casi totalidad de los hombres libres de la ciudad?

Eso nos conduce a Clístenes, uno de los personajes más misteriosos de la historia de Atenas. Al contrario que Solón, Clístenes es el gran olvidado de la historia: su nombre raras veces figura en los oradores, Plutarco no lo contó entre los "hombres ilustres", y, sin Heródoto ni Aristóteles, no sabríamos casi nada de él. Respecto a la *patrios politeia*, debemos interrogar nuevamente a Aristóteles, pues el filósofo concede a la obra de Clístenes²⁴⁹ un significado político que Heródoto no había subrayado: Clístenes no es solamente el fundador de la democracia, sino también la persona que ha "aumentado" el *demos* haciendo "participar en la *politeia*

²⁴⁸ Y esto, conviene recordarlo, fue siempre el caso (de hecho, no de derecho) en la democracia ateniense para las magistraturas electivas.

²⁴⁹ Cf. el volumen anterior, pp. 58 ss.

a un mayor número de hombres”, y este rasgo le opone a quienes desean, en cambio, reservarla para un grupo restringido de individuos cualificados por su fortuna, por el servicio como hoplitas o por la propiedad de bienes raíces. ¿Cómo reivindicarlo, entonces, en nombre de la *patrios politeia*? Aristóteles nos proporciona la respuesta en las líneas que consagra a los proyectos constitucionales del 411: cuando expone que un tal Clitofonte hizo aprobar que “se examinaran las leyes de los mayores establecidas por Clístenes cuando instituyó la democracia, a fin de tomarlas en consideración y decidirse por lo que fuese mejor”, el filósofo añade que Clitofonte pensaba que la “constitución de Clístenes no era verdaderamente democrática, sino análoga a la de Solón”. Y el proyecto que se redactó luego permite comprender el pensamiento de Clitofonte, pues si la reducción de los ciudadanos de pleno derecho a sólo 5.000 personas era contraria a la legislación clisteniana, al igual que la creación de una *Boulé* de 400 miembros, no sucedía lo mismo con la supresión de los *misthoi*, instituidos más tarde. En la práctica, para algunos “moderados” la “revolución” consistía en suprimir todo lo que había sido añadido a la legislación de Clístenes por los políticos posteriores, y especialmente la *misthophoría*, que había permitido a los pobres acceder a las magistraturas y apoderarse de la justicia; sin duda, deseaban también restaurar los poderes del Areópago, que había cercenado Efilates²⁵⁰.

La analogía entre la obra de Solón y la de Clístenes es admitida también por Isócrates. Presenta a Clístenes, desde luego, como el fundador de la democracia, pero de una democracia que realmente es idéntica a la que habría instaurado Solón y que los tiranos destruyeron (*Sobre el cambio*, 232; 306; cf. *Areopagítico*, 16), es decir, un régimen que evidentemente concedía la soberanía a todo el *demos*, pero en la que tan sólo las gentes de carácter superior, recibido por naturaleza o por educación, alcanzan el honor de acceder a las magistraturas y asegurar la salvaguarda de la comunidad. Esta imagen de Clístenes era bastante diferente de aquella que había dado Heródoto, la de un “patrono del *demos*” “que trastorna las estructuras de la ciudad para introducir en la misma nuevos ciudadanos. Ahora bien, fue esta versión herodotea la que Aristóteles recogió en la *Athenaion Politeia*, poniendo principalmente de relieve la creación de nuevos ciudadanos, medida considerada como radical y propia de la extrema democracia, no menos que de la tiranía. Mas, de repente, al adoptar esa imagen de Clístenes Aristóteles se veía forzado a justificar la referencia al Alcmeónida en los proyectos moderados del 411. Presentado unas veces como restaurador de la obra soloniana, otras como repartidor subversivo de la *politeia*, el “personaje histórico” de Clístenes era, por consiguiente, bastante ambiguo, lo que sin duda explica que los defensores de la *patrios politeia* prefiriesen mucho antes a Solón, cuya figura menos equívoca casaba mejor con los diferentes puntos del programa moderado —del que ahora debemos nuevamente ocuparnos.

²⁵⁰ Véase el volumen anterior, pp. 130 ss.

Patrios poilteia se confunde, así pues, con *patrios demokrateia*: no se trata ya, en el siglo IV, de poner en entredicho la soberanía del *demos*. Además hace falta saber, según vimos, lo que es el *demos*, cuáles son sus elementos constitutivos. No cabe duda de que para Isócrates, principal apologista de la *patrios demokrateia*, el *demos* está formado por todos los hombres libres de nacimiento con padres atenienses. En el *Panatenáico*, aun cuando ya ha renunciado a fundamentar la reconciliación de los griegos sobre la hegemonía de Atenas, pone de manifiesto que "el poderío marítimo... extrae sus recursos de los oficios que se aplican al arte naval, de la habilidad de las tripulaciones, de los hombres que, por haber perdido sus bienes propios, se procuran sus medios de subsistencia obteniéndolos del extranjero" (116): no cabría, por tanto, plantearse la exclusión de los "thetes", sin los cuales Atenas no poseería ni poderío ni seguridad. E Isócrates seguirá pregonando esta misma inquietud por la integridad del *demos* y por su soberanía dentro de las asambleas, censurando en cambio a los espartanos por haber reducido al suyo a la condición de periecos o de hilotas.

Isócrates se distinguía en eso de los teóricos moderados de finales del siglo V. Cuando en el 411 o en el 404 se pretendió restablecer la "constitución de los mayores", la iniciativa se tradujo en la eliminación de la masa formada por quienes nada poseían. Según Jenofonte, Terámenes (que se convertiría en símbolo del "partido moderado") definía la mejor *politeia* como aquella que reservaba la soberanía a "quienes están en disposición de defender a la ciudad con su caballo o con su escudo". Desde semejante perspectiva, ¿qué sucedía con aquellos que no eran admitidos a "participar en la *politeia*"? ¿Quedaban excluidos de la comunidad? ¿Se convertían en ciudadanos pasivos? La ambigüedad del vocabulario de los autores antiguos sobre las revoluciones oligárquicas de finales del siglo V no nos permite responder, por desgracia, a estas preguntas.

Entre los escritores políticos del siglo IV volvemos a encontrar esta idea de la superioridad de la democracia de los hoplitas, que es, incluso para Aristóteles, la democracia por excelencia, "aquella en la que la clase combatiente detenta la soberanía y en la que participan de la *politeia* sólo quienes poseen armas"²⁵¹ —y que es además la democracia de los mayores²⁵²—. Verdaderamente, poseer armas implica una cierta soltura, pero la ciudad puede suministrárselas a los más pobres para covretirlos en hoplitas: esto es lo que ocurre en Atenas entre 370 y 360, cuando es restaurada allí la efebía en la ciudad bajo una forma que hace de ella un servicio militar obligatorio para todos²⁵³, eliminando la contradicción entre la realidad social de la democracia ateniense y el ideal de la "democracia de los hoplitas".

²⁵¹ *Pol.*, 1279 b 2-4; 1297 b 2-3.

²⁵² *Pol.*, 1297 b 22-25.

²⁵³ *Supra*, p. 75.

Pero subsistía, en cambio, la contradicción entre la democracia ateniense y la "república de campesinos" con que soñaban algunos teóricos moderados: es otro de los aspectos de la *patrios politeia*, que evoca un tiempo en el que Atenas todavía no era una potencia marítima, sino una comunidad de campesinos, de *autourgoi*, que cultivaban en paz la tierra de sus mayores. Esta nostalgia de la "república de campesinos" se había manifestado a finales de la guerra del Peloponeso en Eurípides y Aristófanes. Inmediatamente después de la restauración democrática, un tal Fomisio había propuesto un decreto que habría reservado la *politeia* a los propietarios de bienes raíces. Aquella propuesta fue rechazada: habría dejado fuera a 5.000 ciudadanos, entre quienes se hallaban los ricos cuya fortuna procedía exclusivamente de bienes muebles. Pero la nostalgia de la "república de los campesinos" no dejaba de ser una realidad y la literatura política del siglo IV (Jenofonte, Isócrates) abunda en profesiones de fe pronunciadas a favor de la condición campesina. Para Aristóteles, la mejor democracia era aquella de los tiempos en que la masa de población vivía de la agricultura y no celebraba sino escasas asambleas (*Pol.* 1318 b 9 ss.). Pero Aristóteles no apuntaba con esa idea hacia la exclusión de los no propietarios, y sugería una serie de medidas capaces de incrementar el número de trabajadores rurales (deducciones de dinero a los ricos que permitirían realizar donaciones a los pobres), o, por lo menos, de impedir su disminución (introducir restricciones en la alienabilidad del suelo).

Es significativo, en cualquier caso, que en los programas de los teóricos la exclusión de la *politeia* nunca se contempla como resultado de un régimen censal, que habría establecido una oligarquía y no "la democracia de los mayores". Podían desear un retorno a la democracia de los hoplitas o a la "república de los campesinos", pero la pertenencia a la comunidad no podía quedar determinada, en modo alguno, por un censo definido en términos monetarios.

Y ésta es precisamente la novedad que introdujo la constitución impuesta por Antípato en el año 322, pues el derecho de ciudadanía estaba subordinado a un censo definido en numerario, forzando así al exilio²⁵⁴ a muchas personas que, al carecer de las ventajas de la *politeia*, no habrían podido vivir de su pequeño trozo de tierra ni de cualquier actividad más o menos temporal. La fijación en numerario del censo no posee ya ninguna relación con la *patrios politeia*. Y sin embargo, según Diodoro (XVIII, 18, 5), la nueva constitución hacía referencia a Solón. Lo cual permite apreciar hasta qué punto habían evolucionado las mentes, pero también qué gran sutileza habían alcanzado los análisis políticos. Pues la referencia a Solón suponía una pretendida fidelidad a la *politeia* de los mayores, y esa "fidelidad", a su vez, solamente era posible a condición de respetar formalmente una serie de instituciones cuya apariencia seguía siendo democrática, mientras que su contenido social había dejado de serlo.

²⁵⁴ *Supra*, p. 101.

Efectivamente, si el criterio censual aplicado a la definición de la *koinonía ton politon* ("comunidad de los ciudadanos") no figura jamás en las teorías relativas a la *patrios politeia*, a él se recurre en cambio muchas veces para definir la participación en los honores (*timai*) y en las magistraturas (*archai*). Ya hemos visto que la "constitución de Dracón", según Aristóteles, fijaba un censo para el acceso a las magistraturas: 10 minas para las magistraturas inferiores, 100 para las superiores. Vimos también cómo debía interpretarse aquel dato, en particular teniendo en cuenta las indicaciones del propio Aristóteles sobre la constitución de Solón. Este último habría distribuido a los ciudadanos en cuatro clases censuales en función de sus rentas (*timema*), y sólo los miembros de las tres primeras clases habrían tenido abierta la entrada en las *archai*, mientras que los *thetes* no tenían acceso más que a la Asamblea y a los tribunales. Y dentro, incluso, del grupo privilegiado, algunas magistraturas habrían quedado reservadas a los pentacosimedimnos, especialmente las de tesorero. En el 411, la constitución de los Cuatrocientos no preveía la exigencia de un censo. Pero, al suprimir los *misthoi* para la totalidad de las funciones (excepto las de arconte y las de pritano), en realidad las dejaba reservadas a los ciudadanos acomodados; pues fueron ciertamente los *misthoi* lo que permitió a los más pobres el poder superar las leyes de Solón. La noticia de Aristóteles de que, en el momento de sortear las magistraturas, a nadie se le ocurría declararse en el grupo de los *thetes* (*Athen. Pol.*, VII, 4), significa que, en su época, aun cuando las condiciones censuales nunca hubieran sido abolidas, había caído en desuso como consecuencia de la extensión de la *misthophoría*. La supresión de los *misthoi* debía originar *ipso facto* el regreso al sistema antiguo.

No obstante, es preciso subrayar que, para los teóricos del siglo IV, el regreso a la *patrios politeia* no implicaba necesariamente la reinstauración de un censo para las magistraturas. Para Aristóteles, por ejemplo, la riqueza que asegura el ocio y contribuye a los gastos comunes es en verdad un criterio necesario, pero no suficiente. Hay que sumarle la virtud, el valor y, sobre todo, la educación, único medio que permite discernir lo justo de lo injusto (*Pol.*, 1282 b 1 ss.). Isócrates, igualmente, no hacía descansar sólo sobre la riqueza el derecho a los honores, pues son en definitiva aquellos que se hayan entregado al estudio y a la filosofía quienes tomarán a pecho el gobernar bien la ciudad. Pero resulta claro que a partir del momento en que la elección de los magistrados debe hacerse en función de criterios más subjetivos que el de la riqueza, la tarea de fijarlos no cabe dejarla a la voluntad del azar y la condena hecha a la práctica del sorteo se formula también en nombre de los mayores (*Areopagítico*, 23). Aristóteles recuerda que antes de Solón era el Areópago el órgano que, "llamando ante su presencia a los candidatos y examinándolos de forma soberana, conducía al poder por un año a los más capaces..." (*Athen. Pol.*, VIII, 1) y que Solón fue el primero que habría decidido que los magistrados serían sorteados de entre los propuestos en listas establecidas por las tribus: el sorteo es, en efecto, el sistema democrático por excelencia (*Política*, 1317 b 20 ss.). Sin embargo, Aristóteles se ve obli-

gado a reconocer que, incluso en la democracia extrema de Atenas, las funciones que exigen conocimientos "técnicos" se dejan a la elección: tal es el caso de los estrategos o de algunas magistraturas financieras. Pero el criterio de la competencia, ligado a la creciente tecnificación de la guerra y de las finanzas y, por lo tanto, a la relativa especialización de las magistraturas, es un fenómeno propio del siglo IV. Ahora bien, para los teóricos de la *patrios politeia* lo que debe intervenir es esencialmente el criterio moral y, en consecuencia, la elección debería reemplazar al sorteo, un procedimiento demasiado aleatorio incluso para las funciones que no requieren una particular competencia técnica —a no ser que algunas disposiciones confíen a personas de una prudencia y virtudes incontestables la tarea de corregir sus errores—. Y así Solón, aun habiendo sustituido la designación por el sorteo en el caso del Areópago, encargó sin embargo a este último que "velase por las leyes, conservando su papel de guardián de la constitución, tal como ya hacía anteriormente" (*Athen. Pol.*, VIII, 4). Para Isócrates, una constitución tan sólo es viable si las leyes son respetadas y la justicia reverenciada, y esto era posible en otros tiempos porque "nuestros mayores... habían encargado al consejo del Areópago que cuidase del buen orden" (*Areopagítico*, 37) y someter a los magistrados a un examen que poseía más valor del que puede encerrar una dokimasía realizada ante un Consejo compuesto por sorteo. Esta necesidad de un organismo ocupado de vigilar que se cumpla el respeto a las leyes y a la justicia es una idea que vuelve a encontrarse en toda la literatura política del siglo IV, y en los proyectos de constituciones ideales no se pretende solamente velar por la moralidad de los magistrados o corregir los errores del sorteo, sino asegurar el respeto a las leyes por parte de todos los ciudadanos e impedir cualquier atentado a la concordia y a la armonía gracias a las previsiones del legislador.

El tema de la *patrios politeia*, concepto elaborado en principio como una reacción contra la evolución de la democracia durante y después de la guerra del Peloponeso y que bebe en las fuentes de la tradición, dejó pronto de ser un simple tema de propaganda para convertirse en un ideal que vino a confundirse con las construcciones más abstractas de la filosofía contemporánea.

II.—LOS INNOVADORES: EL TEMA DE LA CIUDAD IDEAL²⁵⁵

En el libro II de la *Política*, Aristóteles, después de haber recordado que su propósito consistía en definir la mejor comunidad política posible,

²⁵⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Sobre el "mito" espartano, véanse las obras citadas supra, n. 186, de F. Ollier, E. N. Tigerstedt y E. Rawson.

Sobre las construcciones políticas ideales del siglo IV, pueden verse, además de las obras citadas supra, p. 138, n. 186.: A. B. Hentschke, *Politik und Philosophie bei Plato und Aristoteles. Die Stellung der Nomoi im platonischen Gesamtwerk und die politische Theorie des Aristoteles*, Francfort, 1971; D. Lanza, *La critica aristotelica e i due piani della Politica*, Ath., XLIX, 1971, pp. 355-392; sobre Platón más concretamente cabe señalar, dentro

examina primero los modelos que pueden suministrar las *politeiai* de algunas ciudades reales, "a fin de ver cuanto tienen de útil y de justo, y también para que la búsqueda de cualquier otra forma política, al margen de aquéllas, no parezca el producto de un deseo de ingeniosidad a cualquier precio, sino que se demuestre que son precisamente los defectos de las formas actuales los que nos han impulsado a seguir este método" (1260 b 32 ss.). Esos "modelos" que la realidad griega ofrecía a los teóricos de la ciudad ideal eran fundamentalmente los de Esparta y los de las ciudades cretenses²⁵⁶.

Hemos visto en qué se había convertido Esparta en el siglo iv. Despojada de Mesenia después de la batalla de Leuctra, víctima de disturbios sociales y políticos, ya había perdido el lugar eminente que ocupó durante los primeros años de aquel siglo. Sin embargo, es ahora cuando la "leyenda" espartana, que proporcionaría sustento durante siglos a la imaginación humana, comienza a gestarse. Desde luego no faltan, frente a Esparta, las críticas de los contemporáneos, y las hay tanto en Isócrates como en Aristóteles, por no referirnos a los oradores. Pero el valor ejemplar de las instituciones espartiatas es proclamado por Jenofonte y, sobre todo, por Platón, y el mismo espacio que les dedica Aristóteles en la *Política* demuestra que eso constituía un pensamiento común entre una parte de la *intelligentsia* ateniense.

Entre los rasgos que hacían de la *politeia* de los lacedemonios una *politeia* "modelo" figura, en primer término, la homogeneidad del grupo de los espartiatas propiamente dichos, de los *homoioi*. Esa homogeneidad, antes aparente que real, era considerada por los teóricos como una consecuencia de dos fenómenos complementarios: por una parte, de la distribución del suelo entre los espartiatas, lo que aseguraba su subsistencia al margen de cualquier trabajo productivo; y, por otra parte, la educación colectiva que, bajo la vigilancia del Estado, preparaba a verdaderos soldados. Dentro de esta organización existían, sin duda, una serie de lunares que no pasaban inadvertidos a los escritores políticos atenienses. La subsistencia de los espartiatas y sus "asuetos" provocaban la servidumbre de los hilotas, cuyo número y cohesión constituían una amenaza

de una enorme bibliografía, V. Goldschmidt, *Questions platoniciennes*, París, 1970; R. Maurer, *Platons Staat und die Demokratie. Historisch-systematische Überlegungen zur politischen Ethik*, Berlín, 1970; K. Von Fritz, *Platon in Sizilien und das Problem der Philosophenherrschaft*, Berlín, 1968; M. Isnardi, *Filosofia e politica nelle lettere di Platone*, Nápoles, 1970; C. Despotopoulos, *La cité parfaite de Platon et l'esclavage. Sur République*, 433 d, *R.E.G.*, LXXXIII, 1970, pp. 91-97; sobre Aristóteles, además de los títulos citados supra, G. E. R. Lloyd, *Aristotle, the Growth and Structure of his Thought*, Cambridge, 1968; *La politique d'Aristote*. Entretiens sur l'Antiquité classique, XI, Ginebra, Fondation Hardt, 1965; sobre la noción de *paideia*, cabe mencionar sobre todo los libros de W. Jaeger (citado supra, n. 244) y de H. I. Marrou, *Histoire de l'Education dans l'Antiquité*, París, nuev. edic., 1970.

²⁵⁶ De hecho, Aristóteles comienza por analizar los modelos ideales elaborados por Platón, Hipódamo de Mileto y Faleas de Calcedonia; pero nosotros no seguiremos esa misma línea.

permanente contra la que Esparta sólo podía precaverse mediante prácticas crueles, que repugnaban a los atenienses cultivados. Además, para hombres como Platón e Isócrates, que tenían en muy alta estima la educación (la *paideia*), el adiestramiento exclusivamente físico de los jóvenes espartiatas, aun cuando contribuyese a reforzar la disciplina y la cohesión del grupo, no dejaba por ello de representárseles como algo "primario". Pero, frente a los desórdenes de las demás ciudades, la homogeneidad del grupo de los espartiatas constituía un ideal al que debía aspirarse. Es cierto que a finales de siglo, por lo menos, la obra de Aristóteles nos revela las taras del sistema. Pero el hecho de que el filósofo sitúe su análisis de las instituciones espartiatas inmediatamente después del de los regímenes ideales de los teóricos demuestra que el conocimiento de tales defectos no había empañado la leyenda. Ahora bien, esa circunstancia obedecía en gran parte al hecho de que, si bien la homogeneidad de los espartiatas era ya simplemente un recuerdo, en cambio las instituciones políticas se habían conservado en su integridad y se presentaban como un modelo de equilibrio que combinaba las ventajas de las distintas clases de constituciones: la realeza dúplice aseguraba a la constitución espartana su carácter "real", pero sabía evitar los inconvenientes del poder monárquico; la *gerousía* era el elemento de estabilidad capaz de frenar los arrebatos de la Asamblea; por último, los éforos, elegidos anualmente y sin estar sujetos a ningún requisito censual, representaban el elemento democrático, a la vez que garantizaban, mediante su función de vigilancia, la salvaguarda de las leyes. En el *Areopagítico* (61), Isócrates llegaba a decir que los lacedemonios disponían de la democracia más cabal, basada en la igualdad y la semejanza, y unos años más tarde, en el *Panatenáico* (153), definía la "constitución de Licurgo" como una mezcla de democracia y de aristocracia. Todo esto representa un compendio de aquellos caracteres que justificaban, para la propaganda laconófila, la admiración por Esparta, ciudad que "merece el reconocimiento general por haber descubierto las mejores instituciones y, después de haberlas puesto ella misma en práctica, habérselas enseñado a las demás" (*Panatenáico*, 202)²⁵⁷.

Otros escritores rivalizan en elogios con Isócrates. Sin hablar de Jenofonte, autor de una *Constitución de los Lacedemonios* y de un elogio de Agesilao y que es particularmente sensible a las cualidades militares y a la disciplina espartiatas, en Platón e incluso en Aristóteles encontramos alabanzas similares. Realmente, aun cuando el régimen espartano figure en la *República* como propio de la ciudad "timocrática" (la que viene inmediatamente después de la ciudad ideal), la filosofía no deja por ello de condenar una educación que privilegia la fuerza física a expensas de la filosofía. Pero en las *Leyes*, obra escrita durante su vejez, la admiración por Esparta reaparece, mientras que se afirma esa idea de una constitución cuyo valor consiste en que aúna lo mejor de los diferentes

²⁵⁷ Lo cual no impedía a Isócrates, en este mismo discurso, criticar vivamente la realidad espartana contemporánea.

regímenes (véanse las *Leyes*, 691 d - 692 a), idea grata asimismo para Aristóteles, que consideraba al régimen espartíata como una sabia mezcla de oligarquía y de democracia (véase *Política*, 1294 b 18 ss.; cf. 1265 b 33 ss.).

Platón y Aristóteles asocian, junto a Esparta, a las ciudades cretenses. Al inicio de las *Leyes*, Esparta y las ciudades cretenses figuran tan estrechamente unidas que el ateniense que expresa el pensamiento de Platón no distingue entre ellas, mientras que, en la *Política*, Aristóteles recoge la tradición que hace derivar las instituciones lacedemonias de las de Creta. En efecto, a excepción de la realeza, que está ausente en las ciudades cretenses, en la isla aparecen las mismas instituciones: "Los hilotas cultivan la tierra para los espartíatas, y los periecos²⁵⁸ para los cretenses; en uno y otro sitio se celebran comidas en común; los lacedemonios las llamaban en otra época...; *andreia*, como los cretenses, lo que demuestra que esta institución vino de allí. El sistema político es también análogo: los éforos poseen el mismo poder que los magistrados llamados *cosmos* en Creta, a no ser porque el número de éforos es de cinco, y el de *cosmos* de diez. Los *gerontes* de Esparta se corresponden con los *gerontes* que los cretenses llaman el Consejo...; todos los ciudadanos toman parte en la Asamblea, cuya competencia se limita a ratificar mediante voto las decisiones de los Ancianos y de los *cosmos*" (*Política*, 1271 b 40 - 1271 a 12).

Pero tales elogios no impiden la existencia de ciertas reservas. Hemos recordado ya las quejas formuladas por Isócrates; Jenofonte, a su vez, reconoce que la imagen ideal que había trazado apenas correspondía ya a la realidad; las críticas de Platón, más sutiles, apuntan hacia la decadencia de Esparta y hacia una educación que desatiende lo esencial (*Leyes*, I, 636 a ss.); Aristóteles, que hace suya nuevamente aquella crítica (*Política*, 1271 b 1 ss.), denuncia también la desigualdad de bienes, el papel dañino de las mujeres, la corrupción de los éforos, la puerilidad en la forma de elección de los *gerontes*, los desórdenes políticos cretenses, etc.

Si los modelos fuesen imperfectos, no habría forma de aceptarlos como tales. Cabe, desde luego, proponerlos como ejemplo (Jenofonte) o hacerles cumplir el papel de contraste (Isócrates, Aristóteles). Pero quien pretenda realizar la *politeia* ideal sólo llegará a alcanzarla mediante una reflexión y una construcción originales, tomando prestado a los modelos espartano o cretense cuanto hay de válido en ellos, pero sin imitarlos servilmente.

Hay tres textos que nos permitirán precisar esta *politeia* ideal: la *República* y las *Leyes* de Platón, y la *Política* de Aristóteles.

Como la ciudad es, según Aristóteles, la "comunidad de los ciudadanos" (*koinonía ton politon*), es preciso definir primero esa comunidad precisando quiénes formarán parte de la misma. Por este punto comienza

²⁵⁸ Así denomina Aristóteles a la población dependiente cretense, similar a los hilotas.

precisamente Platón en la *República* cuando, en su afán por la búsqueda de la ciudad justa, va a crear una entera de los pies a la cabeza, siguiendo todas las fases de su desarrollo. En el origen de dicha ciudad se hallan la necesidad y la permuta recíprocas: ahora bien, puesto que “se logra más, mejor y con mayor facilidad cuando cada persona hace sólo una cosa, aquella para la que es idóneo”, harán falta sin duda agricultores, pero también artesanos, carpinteros, albañiles, zapateros, tejedores, etc. Como la ciudad no puede producir todo aquello que precisa, harán falta importadores, marinos, mercaderes en el ágora para servir de intermediarios, “asalariados” para efectuar las obras públicas. Los esclavos no figuran en esta enumeración: y es que los mismos no forman parte de la *koinonía*. Hasta aquí, esta ciudad imaginaria casi no difiere de una ciudad real, especialmente desde el momento en que, por haber señalado uno de los interlocutores que una ciudad en la que solamente existiesen los oficios apropiados para satisfacer las necesidades elementales constituiría “una ciudad de cerdos”, Platón consiente en incorporar a “una multitud de personas que no están en las ciudades por necesidad”, tales como sacerdotes, rapsodas, actores, orfebres, cocineros, médicos, etc. Pero el territorio fértil capaz de mantener a semejante cantidad de población excitará la codicia de otros. Para defenderla, será preciso un ejército. Sin embargo, para Platón ese ejército no puede estar formado por todos los ciudadanos (como sucede en Atenas), porque, como cada oficio sólo se ejerce correctamente por aquel que está especializado en una “técnica”, la guerra debe ser también ocupación de unos especialistas: “¿Bastaría empuñar un escudo o cualquier otra arma... para convertirse de la noche a la mañana en un buen soldado, siendo así que por mucho que tomemos en la mano los instrumentos de cualquier otro arte no por eso se titula alguien artesano o atleta, ya que el instrumento no sirve de nada a quienes no hayan adquirido los secretos de cada arte ni hayan practicado los ejercicios necesarios?” (374 d). Platón se hizo eco, en este pasaje, de una realidad que paulatinamente iba imponiéndose dentro del mundo griego. Pero mientras que el soldado profesional era normalmente un mercenario, es en cambio para los mejores elementos de la comunidad, para los “guardianes”, para quienes Platón reserva el empleo de las armas. Y a partir de ahora, olvidando a todos los demás miembros de la comunidad, el diálogo se centra en la educación y género de vida de tales “guardianes”. Mientras que los artesanos y los campesinos serán libres de educar como quieran a sus hijos, de poseer bienes o dedicarse al comercio, los guardianes en cambio serán objeto de especiales atenciones desde su nacimiento hasta la madurez y serán mantenidos por la comunidad sin alcanzar ninguna propiedad, ni bienes materiales, ni mujeres, ni hijos, pues todo será común a todos. Sin embargo, dentro de esta categoría de ciudadanos se formarán dos grupos: los “auxiliares”, dedicados a las armas y a la defensa del orden interior y exterior, y los “guardianes” propiamente dichos, los cuales deberán recibir la educación superior que les permita acceder a la filosofía, es decir, al conocimiento supremo del bien. Partiendo, así pues, de las realidades más concretas, el filósofo llega a

elaborar un modelo ideal que incorpora retazos, evidentemente, de la vida real —la tercera categoría evoca al *demos* ateniense y la categoría de los "auxiliares" a los *homoioi* espartiatas—, pero que acaba trascendiéndola hasta desembocar en un programa de educación aristocrática.

La ciudad de las *Leyes*, esa "segunda vía" por la que el filósofo se pronuncia al final de su vida, presenta un modelo bastante distinto. Se trata nuevamente de imaginar una ciudad, pero esa ciudad es, en esta ocasión, una colonia, y no sólo sus instituciones y sus leyes serán elaboradas de manera más precisa, como luego veremos, sino que además la composición del grupo de colonos quedará definida de forma mucho más rigurosa. Basta de artesanos, de comerciantes, de poetas o de cocineros: los ciudadanos serán hacendados que harán cultivar por esclavos su lote de tierra. Todas las demás actividades estarán reservadas a los metecos y a los extranjeros. Además, el número de ciudadanos quedará fijado, de forma imperativa, en 5040 (producto de las siete primeras cifras), lo que supone una legislación capaz de mantener constante ese efectivo, en particular mediante un estricto control de los nacimientos.

En la *Política*, Aristóteles critica tanto la ciudad de la *República* como la de las *Leyes* y no le duele subrayar los absurdos y contradicciones de las construcciones platónicas. Pero cuando, en su momento, él mismo elabora su ciudad ideal, tropieza con una serie de problemas igual de complejos respecto a la naturaleza de la *koinonía ton politon*. Tal como hace Platón, Aristóteles piensa que el grupo humano no puede crecer de forma indefinida. Es preciso, por consiguiente, limitarlo, pero sin fijarle unos topes absolutos: "El límite ideal a observar por una ciudad es el de tener la mayor extensión posible de población que sea compatible con una forma de vida autosuficiente y que pueda ser abarcada de una simple ojeada" (*Pol.*, 1326 b 22-25). Definición lo bastante flexible como para no imponer una reglamentación demasiado estricta frente a los nacimientos y capaz de adaptarse a situaciones diversas. La composición interna del cuerpo cívico será definida asimismo con cierta flexibilidad. Para que la ciudad se baste a sí misma, necesita agricultores, artesanos, guerreros, ricos, sacerdotes y jueces. Pero no resulta necesario que todos sean ciudadanos: "Puesto que nuestro examen afecta a la constitución ideal, aquella con la cual la ciudad gozará de la suprema felicidad, y anteriormente hemos establecido que la felicidad no puede existir aparte de la virtud, de estas consideraciones se desprende con claridad que, en la ciudad más perfectamente gobernada... los ciudadanos deben llevar una vida que no sea ni de trabajador manual ni de traficante (porque semejante género de vida es innoble y contrario a la virtud), y que quienes estén llamados a ser ciudadanos ya no serán nunca más labradores, puesto que es preciso disfrutar de asueto tanto para el desarrollo de la virtud como para el ejercicio de una actividad política" (1328 b 34 ss.). Pero aún falta saber si, al haber sido separados de la ciudad todos los productores y quedar reducidos a la condición de dependientes, tendremos que distinguir, como hace Platón, entre una clase guerrera y una clase política, o si serán las mismas personas quienes realicen una y otra función. Pues bien, frente al pensamiento

miento de Platón, Aristóteles no cree que haya una "raza de plata" destinada a la guerra y una "raza de oro" destinada a la filosofía y al gobierno de la ciudad. Las mismas personas serán, así pues, guerreros y políticos, pero en distintos momentos de su vida, "conformándose con el orden de la naturaleza, que ha concedido la fuerza a los jóvenes y la prudencia a los mayores" (1329 a 12-15). Por lo tanto, la ciudad ideal de Aristóteles era, respecto a la composición del grupo cívico, sensiblemente diferente a la de la *República* y estaba más próxima a la de las *Leyes*, aun cuando mantenía esa diferencia de que el régimen de propiedad era, en el modelo aristotélico, infinitamente más flexible.

Ya hemos aludido a este problema, del que debemos ocuparnos otra vez. Lo cierto es que no convenía definir un modelo de *politeia* sin regular primero el problema de los bienes raíces. En efecto, si la ciudad constituye una comunidad humana, esta última vive en un territorio cuya organización no es separable de la estructura de la ciudad. Curiosamente, sin embargo, Platón no se detiene a estudiar este asunto en la *República*. Tal como subraya Aristóteles, se ignora todo lo relativo al régimen de propiedad de los labradores y de los artesanos. En cuanto a los "guardianes" y a los "auxiliares", no poseen nada propio, rasgo que les distingue, al menos, de los *homoiói* espartiatas, con quienes podríamos tener tentaciones de compararlos: nada indica, en efecto, que les fuese atribuida una parcela de tierra, a título personal, ni que poseyesen en común una parte del territorio. La crítica aristotélica del "comunismo" en el libro II de la *Política* puede aplicarse a la comunidad de mujeres y de hijos, aunque no de la tierra, sobre la que Platón no habla en la *República*. En las *Leyes*, por el contrario, abundan las precisiones. El territorio de la futura colonia será dividido en tantos lotes como número de ciudadanos haya; cada lote se compondrá de dos partes: una cercana a la ciudad, la otra más alejada. Cada uno de estos lotes será explotado individualmente ("que no mantengan explotaciones agrícolas en común, puesto que semejante régimen rebasa notoriamente la capacidad de unos ciudadanos nacidos, criados y formados como los nuestros"), pero todos juntos constituirán "propiedad común de la ciudad entera" (740 a). El lote será indivisible e inalienable. Platón no desconocía las dificultades de ese sistema (cualquier incremento demográfico lo pondría en peligro, mientras que una serie de pérdidas demasiado elevadas podrían originar la desigualdad), dificultades que no parece que hubiese intentado superar, considerando que, en los proyectos de esta naturaleza, la belleza y la verdad de los principios importaban más que las modalidades de su aplicación (cf. 746 b-c). Aristóteles había visto muy bien que, para conservar el número e igualdad de los lotes, haría falta una estabilidad demográfica imposible de lograr, a no ser que se realizase un estricto control de la natalidad. Ésa es la razón de que rechace el igualitarismo de los bienes raíces para su ciudad ideal, descrita en el libro VII de la *Política*. Planteando en principio que la propiedad de la tierra no será común (aun cuando su aprovechamiento pueda llegar a ser común por decisión amistosa), pero que ningún ciudadano debe quedar privado de medios de subsistencia, propone dividir el territorio en un dominio

público (cuyas rentas serán adscritas a los gastos del culto y de las comidas en común) y un dominio privado. Este último será dividido en lotes desiguales que incluirán, cada uno de ellos, una parcela cercana a la ciudad y otra cercana a la frontera. Estas tierras serán trabajadas por esclavos o por "periecos" bárbaros, de entre los cuales, quienes cultiven lotes privados pertenecerán a los particulares, mientras que los cultivadores del dominio público serán propiedad de la ciudad. Los productos obtenidos del dominio público garantizarán a los pobres su subsistencia y, de esa manera, contribuirán a una armonía cívica más duradera que un igualitarismo necesariamente llamado a desaparecer.

La contrucción aristotélica sistematizaba, pues, la desigualdad social de las ciudades reales, pero la sometía a dos condiciones: la primera de ellas era la existencia de una población sujeta que asegurase a todos los miembros de la comunidad, ricos y pobres, holganza y subsistencia; la segunda consistía en la existencia de un dominio público destinado a cubrir las necesidades comunes y a alimentar a los más pobres. Acto seguido, quedaba planteado el problema de cuáles eran las instituciones capaces de mantener ese sistema.

Sabemos que el pensamiento político griego había elaborado a partir del siglo V una tipología institucional²⁵⁹ que comprendía tres tipos principales de *politeia*, caracterizados respectivamente por el poder de una sola persona, el de unos pocos, y la soberanía de todos. Este esquema tripartito servirá de fundamento a todos los análisis institucionales griegos, aunque desde muy temprano habían comprendido que la realidad era mucho más compleja y se había distinguido entre realeza y tiranía, aristocracia y oligarquía, buena y mala democracia (Heródoto, Eurípides). Los progresos alcanzados en la observación de las *politeiai* y en la reflexión política conducirían a análisis más refinados, y en el siglo IV podemos encontrar, especialmente en Platón y Aristóteles, una tipología mucho más matizada. Uno de los criterios más frecuentemente manejados para subrayar esos matices es el del respeto a las leyes: el monarca que respeta las leyes es un rey, el que las transgrede es un tirano. Lo mismo sucede respecto a la buena o mala oligarquía, a la buena o mala democracia. Pero intervienen también otros criterios, que Aristóteles desarrolla generosamente: el lugar que corresponde a la fortuna en el acceso a las magistraturas, la exclusión de determinadas categorías sociales, comerciantes o artesanos, etc. Estos matices reflejan las nuevas condiciones de la vida social y política del siglo IV, la creciente importancia de la riqueza mueble, la consiguiente resistencia de los representantes de la riqueza en bienes raíces tradicional. Y, por último, el estudio de las instituciones reales, tal como se efectuó bajo la dirección de Aristóteles, reveló que los distintos "tipos" de *politeia* raras veces existían en estado puro, que el equilibrio reposaba a menudo en una dosificación más o menos sutil de los diferentes criterios, y que un buen número de las *politeiai* existentes eran

²⁵⁹ Véase el volumen anterior, pp. 454 ss.

en realidad constituciones "mixtas". Semejantes observaciones debían influir necesariamente en la elaboración abstracta de las instituciones ideales, como lo prueban, en efecto, las instituciones descritas en las *Leyes* de Platón y en los dos últimos libros de la *Política* de Aristóteles. En la ciudad descrita por el viejo Platón, la ley reinará como único soberano. Apparentemente, la constitución será una mezcla de democracia y de oligarquía. El pueblo —es decir, todos los ciudadanos que disfruten de un *kleros*— formará la Asamblea, pero no tendrá más que poderes limitados. Efectivamente, la verdadera autoridad se hallará en manos de un consejo de 360 miembros electos, 90 por cada uno de los cuatro grupos censuales. Sólo los ciudadanos de los dos primeros grupos serán obligados a tomar parte en la elección de esos "buleutas", mientras que el resto será libre de abstenerse. Un sistema complicado permitirá que se respete la verdadera igualdad, aquella que "...al más grande le atribuye más, al más pequeño menos, concediendo a cada uno en proporción a su naturaleza; y, por ejemplo, a los mayores méritos corresponderán los mayores honores...". Los magistrados serán elegidos según un procedimiento complicado, con tres niveles, en el que únicamente tomarán parte quienes hayan servido en el ejército como caballeros u hoplitas o hayan participado en la guerra en la fuerza de su edad. El voto definitivo designará a los 37 magistrados eminentes, cuya función esencial consistirá en ser guardianes de las leyes; serán, además, mayores de cincuenta años, y ocuparán el cargo durante veinte años.

Las innumerables precauciones, en cuyos detalles no podemos entrar, expresan claramente la preocupación del legislador por evitar que impere la ley del azar y de la turba. Y esta preocupación reaparece en la institución del misterioso "Consejo Nocturno", del que sólo se trata en el libro XI y cuya articulación con las demás instituciones no resulta muy clara. Pues no estamos ante un consejo por encima de los magistrados encargados de ser los guardianes de las leyes, sino de un organismo que debe velar por todos los aspectos de la vida de la ciudad, por las costumbres, por la religión, por la justicia, y que en cierto modo evoca a los guardianes de la *República*, aunque esta "guardia" la lleva mucho más lejos, puesto que el Consejo Nocturno es una forma de Inquisición aumentada con una policía secreta; pero sobre este último punto conviene detenernos un instante. Como muchos de sus contemporáneos, Platón estaba obsesionado por el cultivo de la concordia en la ciudad y, ya en la *República*, se había planteado el asegurar la *homonoia* mediante la *homodoxia*, imponiendo a todos los miembros de su ciudad ideal la creencia en una doctrina común (expresada en forma de un mito) relativa a los orígenes de la ciudad y destinada a justificar su estratificación social y los medios de preservarla: realmente, se trata de una ortodoxia política. En las *Leyes*, Platón convierte al Consejo Nocturno en garante de la concordia al hacer de él el guardián de la ortodoxia: una serie de jóvenes auxiliares del Consejo, cuya identidad es secreta, denuncian ante aquel organismo a todo ciudadano culpable de inconformismo, y estos heterodoxos son encerrados en una prisión especial, el *sophronisterion* (el "lugar que vuelve jui-

cioso"), en donde cada noche son catequizados por el Consejo Nocturno, a reserva de condenarlos finalmente a muerte si no llegasen a arrepentirse. La obsesión por la concordia desemboca así, en el viejo Platón, a la negación de la libertad de pensamiento, a una especie de totalitarismo terrorista. El filósofo, que se había apartado de la ciudad real porque vio cómo Sócrates aceptaba morir por fidelidad a unas ideas que la ciudad no aceptaba, acabó a la postre por construir una ciudad ideal en la que ningún Sócrates habría podido vivir.

Pese a sus oscuridades y contradicciones, la última obra de Platón ofrece un cuadro completo de las instituciones de una ciudad ideal imaginaria, aspecto en el que la misma se opone tanto a la *República* como a la *Política* de Aristóteles. Y es que ni en la *República* ni en *Aristóteles* aparece con claridad ninguna construcción política. En la *República*, los guardianes ejercen un poder soberano, verdaderamente "de un rey", que no cabría limitar mediante ningún control ni podría proceder de ningún tipo de "elección". Por lo que hace a la ciudad ideal aristotélica, únicamente se sabe que será una gerontocracia: en ella, los ciudadanos de pleno derecho más mayores, una vez liberados de sus obligaciones militares, constituirán el cuerpo deliberativo soberano, que poseerá asimismo el poder judicial. Pero nada se dice sobre la forma en que delegará todos o parte de sus poderes a los magistrados, ni tampoco qué cosa pueden ser tales magistrados. Aristóteles, que en anteriores libros había descrito complacientemente las instituciones de diferentes ciudades reales y se había preguntado por los medios para mantener los regímenes existentes en su forma más perfecta, consideró que no debía elaborar una *politeia* para la ciudad ideal. ¿Lo hizo tal vez porque estaba pensando en esa forma de democracia moderada a la que precisamente denomina, en otro lugar, *politeia*? ¿O no obedecerá más bien al hecho de que, al igual que Platón, Aristóteles hacía finalmente reposar la armonía de la ciudad en la educación de la clase política antes que en las propias instituciones? Resulta una posibilidad atractiva si consideramos el lugar que ocupa la *paideia* en las construcciones ideales del siglo IV.

Y, por encima de todo, en la obra de Platón. Sin necesidad de entrar en los detalles de los programas educativos contenidos en la *república* y en las *Leyes*, bastará simplemente recordar dos ideas. La primera es que la educación no debería abandonarse, como sucedía en Atenas, a los cabezas de familia, que confiaban a sus hijos a pedagogos de condición servil: la educación es un asunto cívico y es la ciudad la que debe tomarla a su cargo. En la *República*, esa educación sólo concierne a los "auxiliares" y a los "guardianes", y nada más estos últimos alcanzarán el estudio supremo, el de la filosofía. En las *Leyes*, por el contrario, como en la *Política* de Aristóteles, la educación es idéntica para todos los ciudadanos, pero con una diferencia: Platón la hace extensiva a las mujeres, mientras que Aristóteles, menos revolucionario, tan sólo se interesa en la educación masculina.

La segunda idea que preside estos programas de educación es que deben ser completos. Limitar la educación al adiestramiento físico, como

ocurría en Esparta, no sería conveniente. El espíritu necesita, tanto como el cuerpo, ser modelado para adquirir las cualidades morales e intelectuales que son requisito de una vida perfecta. Pero, en este punto, el análisis de Platón es más profundo y riguroso que el de Aristóteles, que solamente trató, en los últimos capítulos de la *Política*, de la enseñanza musical. En cambio, en la *República* y en las *Leyes* sí que se expone un verdadero programa educativo, a cuya cabeza figuran las formas de la educación tradicional, la gimnasia para el cuerpo, la música para el espíritu. Pero hay que guardarse de enseñar a los niños las obras de los poetas que, cual Homero, calumnian a los dioses y se complacen en relatar las peores acciones criminales; asimismo, quedará proscrito de la enseñanza musical el modo lidio, que incita a la molicie y a la cobardía. Pero, además, los guardianes de la *República*, como todos los ciudadanos de las *Leyes*, deberán adquirir conocimientos en aritmética, geometría y astronomía, que le permitirán acceder a la única ciencia verdadera, la del filósofo, la dialéctica, la única que permite llegar a la verdad del ser: y esto es privilegio, se entiende, de una élite, de ese pequeño grupo de personas que son capaces, al final de una larga vida dedicada al estudio, de alcanzar el verdadero conocimiento. En la *República*, es a estos últimos a quienes se confía el poder, y es, en definitiva, por la esperanza de ganar para la filosofía a aquellos que gobiernan a las ciudades reales como podemos esperar que un día se realice la ciudad ideal.

Y es aquí, en este punto, en donde debemos concluir. Ni Platón ni Aristóteles, cuando elaboran el plan de la ciudad ideal, tienen en la mente una acción política concreta. En la *Carta VII*²⁶⁰, que es como su testamento político, Platón explica las razones por las cuales, aun estando predestinado a la actividad política por su familia y su entorno, se desvió de esta senda después de la condenación de Sócrates. Aristóteles, a través de toda la *Política*, aparece como un “reformista” más que como un “revolucionario”: en principio se trata, para evitar la *stasis*, de encontrar los mejores medios para mejorar los regímenes existentes, y la construcción de la ciudad ideal no es más que una agudeza de ingenio. En la *República*, Platón, por boca de Sócrates, expresa muy bien el valor de sus intenciones: “No exijas que yo efectúe en la práctica lo que he descrito con palabras; pero si logro descubrir de qué manera podría establecerse un estado más parecido a nuestro ideal, reconoce que he demostrado lo que tú me pides, la posibilidad de realizar nuestra constitución” (V, 17, 473 a). La ciudad ideal es un paradigma, un modelo, pero no es un programa de acción política. E incluso la ciudad de las *Leyes*, a pesar de su relativa precisión jurídica e institucional, es un “mito” (VI, 752 a) —a la que es posible, sin embargo, acercarse, a condición de que quienes se dedican a la filosofía, apartados hoy en día de los asuntos públicos, se ocupen de ellos, o que quienes están al frente de las ciudades se conviertan en filósofos.

²⁶⁰ Relativa a los sucesos de Sicilia: cf. *supra*, p. 148.

La *paideia* real debe conducir, así pues, a la formación de una élite intelectual y moral cuya misión consistirá en formar a los futuros dirigentes de las ciudades o, al menos, a sus consejeros. La creación por Platón de la Academia, hacia el 375, apuntaba a ese objetivo, al igual que su intento vano de enseñar la filosofía a Dionisio el Joven cuando realizó su segundo viaje a Siracusa. Y varios discípulos de Platón desempeñaron un papel político en sus ciudades (los atenienses Cabrias y Foción, Aristónimo de Megalópolis, Dión de Siracusa²⁶¹, Clearco de Heraclea²⁶²), mientras que otros han sido consejeros de los reyes macedonios, como Eufreo de Oreó en la corte de Pérdicas III, y Aristóteles o Jenócrates al lado de Alejandro. Aristóteles seguiría el ejemplo de su maestro y convertiría al Liceo, a partir del 335, un semillero de hombres de Estado y de consejeros de reyes helenísticos.

Pero frente a esta élite intelectual que soñaba con regenerar la ciudad por obra de la filosofía, estaban aquellos que, más prosaicamente, miraban hacia la realidad y abordaban en sus escritos o en sus enseñanzas los problemas concretos de la paz y de la guerra, de las finanzas y, en general, de la política. Isócrates y Jenofonte representan, cada uno en su estilo, esta última corriente del pensamiento político griego del siglo IV.

III.—LA VUELTA A LA REALIDAD²⁶³

Mientras que se elaboraban aquellos modelos de *politeia* ideal, otros intelectuales, más ligados quizá a personajes políticos o más pendientes de lo concreto, buscaban soluciones a los problemas del mundo griego o, simplemente, de Atenas. El análisis de la vida internacional ya ha puesto de manifiesto cómo esa reflexión se había centrado en el problema fundamental de la paz²⁶⁴. Por otra parte, en el terreno político, si la nostalgia de la *patrios politeia* hacía las veces de doctrina para muchas personas, había otras que tenían la intuición de que ésta no daba amparo a las nuevas realidades. Los problemas se situaban de este modo en el ámbito de lo social, incluso en el caso de que los antagonismos sociales no se manifestaran con la misma violencia en Atenas, centro principal de estas refle-

²⁶¹ *Supra*, p. 148.

²⁶² *Supra*, p. 157.

²⁶³ OBRAS DE CONSULTA.—Sobre Jenofonte, cf. J. Luccioni, *Les idées économiques et sociales de Xénophon*, París, 1947; S. Taragna Novo, *Economia ed etica nel Economico di Senofonte*, Turín, 1968; L. Strauss, *Xenophon's Socratic discourse. An interpretation of the Oeconomicus*, Ithaca, 1970; Idem, *On Tyranny*, 2.ª ed., Ithaca, 1968; sobre el tratado de las Rentas, cf. *supra*, p. 101, n. 115; véase también E. LAMA, *L'Economico e le Finanze d'Atene di Senofonte*, *Storia e storiografia del pensiero finanziario*, Padua, 1960, y, acerca de los límites del pensamiento económico griego, M. I. Finley, *Aristotle and economic analysis, Past and Present*, XLVII, 1970, pp. 3 ss.

Sobre Isócrates, además de los trabajos mencionados en notas 52 y 80, véase W. Jaeger, *The date of Isocrates' Areopagiticus and the Athen. opposition*, *Harvard Stud. Class. Philol.*, 1941; H. O. Kroener, *Dialog und Rede*. Zur Deutung des Isokrateischen Panathenaiskos, *Antike u. Abendland*, XV, 1969, pp. 102 ss.

²⁶⁴ *Supra*, p. 79.

xiones, que en otros lugares. Y dicho, en suma, de manera más prosaica, los problemas financieros eran aquellos que los políticos percibían más inmediatamente.

En el campo de la política interna de las ciudades, las nuevas realidades del siglo IV se expresaban mediante dos exigencias que sólo eran contradictorias en apariencia. Por una parte, como la implantación casi general de la democracia y el creciente papel de las Asambleas populares convertían al orador en dueño absoluto de las decisiones, la retórica tendía a ocupar el puesto de disciplina privilegiada para todo aquel que aspirase a pertenecer a la élite dirigente. Por otra parte, como el carácter cada vez más arbitrario de las decisiones de esas mismas asambleas populares inducía a desear la presencia de una autoridad superior que, para ser indiscutida, debía provenir del *consensus* general, la realeza aparecía como el único régimen capaz de asegurar dicha autoridad.

Isócrates se halla en punto de encuentro de ambas exigencias. Maestro de retórica, que enseñaba a un grupo de alumnos, muchos de los cuales estaban destinados a convertirse en los hombres más influyentes del siglo, era también corresponsal del rey de Chipre Evágoras y de su hijo Nicocles, de Arquídamo de Esparta, de Filipo, a quienes considera reyes modelo. Es en su discurso *Sobre el cambio* en donde Isócrates mejor ha expuesto su concepto de la retórica y de la educación. Si bien estima que "la educación de la juventud ejerce una influencia duradera en la suerte de la ciudad", no cree que deba convertirse por eso en un asunto importante de la ciudad: son los profesores privados quienes deben encargarse de ella. Isócrates no desprecia, es verdad, la formación del cuerpo, pero todos sus desvelos los reserva para la del espíritu. Ya sea empleando el discurso o la acción, hace falta aptitud, educación y práctica, pues "gracias a estos medios es como se llega, en cualquier género de actividad, a ser perfecto y a sobrepasar muy por delante a los demás". La finalidad de esta educación superior es hacerle capaz de imponerse a la muchedumbre mediante la palabra, porque un hombre que sabe hablar bien es un bienhechor de la ciudad: Solón, Clístenes, Pericles fueron grandes oradores, y "entre los políticos contemporáneos o recientemente desaparecidos, quienes ponen más cuidado en sus discursos son también las personas más dignas que han subido a la tribuna". Este elogio del arte de la oratoria puede sorprender, pero respondía a las condiciones de la democracia directa y, en la mente de Isócrates, adquirir ese arte suponía, para la élite que seguía sus costosas enseñanzas, el medio de contrarrestar la influencia de los demagogos incultos y de los sicofantas, de regresar a aquella monarquía de hecho que había sido, según Tucídides, el gobierno de Pericles.

El elogio de la realeza no era, en efecto, sino otro aspecto de la misma preocupación, y el texto en que Isócrates efectúa con mayor fuerza la apología de la realeza, el *Nicocles*, comienza precisamente con un elogio de la palabra, lo único que distingue a los hombres de los animales y que ha permitido a la civilización desarrollarse. Si la realeza es, por tanto, la mejor de las constituciones, lo es ante todo porque distribuye la verdade-

ra igualdad²⁶⁵; luego, porque el mantenimiento de una persona en el poder le permite adquirir la práctica y la eficacia necesarias en la política y en la guerra; finalmente, porque preserva la unidad de la ciudad. Pero la realeza sólo vale para quien la ejerce, y especialmente por su valor moral, como testimonian los ejemplos de Nicocles y de su padre, Evágoras. Evágoras, dice Isócrates, "vivió toda su vida sin cometer injusticia, honrando a las buenas personas, ejerciendo firmemente su autoridad sobre todos, castigando a los culpables conforme a las leyes..." (*Evágoras*, 43). Estas cualidades son también las mismas con que Jenofonte viste a Ciro el Mayor y a Agesilao: el rey es el mejor, el que es capaz de mandar, de deliberar, de recompensar y de castigar—"un buen modelo para aquellos que quieren entregarse a la perfección moral: porque, ¿quién podrá ser impío si imita a un hombre piadoso? ¿Quién injusto, violento, intemperante si imita a un hombre justo, moderado, temperante? Agesilao, en efecto, estaba menos contento de reinar sobre otras personas que de gobernarse a sí mismo, y de conducir a sus conciudadanos contra el enemigo que de guiarlos hacia toda forma de virtud" (*Agesilao*, 10)—. No estamos demasiado lejos del filósofo-rey de Platón, quien, por su parte, al esforzarse en ganar para la filosofía a reyes y tiranos, se sumaba partiendo de premisas diferentes a aquellos que consideraban la realeza la mejor forma de *politeia*. Pero tenían buen cuidado de distinguir esa forma de realeza de la tiranía, cuyo resurgir constituía, como ya vimos, uno de los signos más claros del agravamiento de los antagonismos sociales y políticos. Para los teóricos, el tirano se distingue del rey por la ilegitimidad de un poder usurpado y violento; como persona que desprecia las leyes, hace recaer sobre sus súbditos una autoridad arbitraria y sin límites²⁶⁶; lejos de conducirlos por el camino de la virtud, suscita entre ellos desconfianza, rencor y disensiones; espoliando a los ricos sin mejorar la vida de los pobres, perpetúa la injusticia, e incapaz de rodearse de hombres libres, libera a los esclavos para hacer de ellos su guardia personal. Desde luego, no faltaban modelos de esta imagen del tirano, pero el modelo por excelencia era Dionisio el Viejo, a quien Platón designa por su nombre en el *Gorgias* y lo evoca en el libro VIII de la *República* describiendo la toma del poder por el tirano, que se erige en protector del pueblo, decreta la abolición de las deudas, reparte las tierras y concede la libertad a los esclavos para acabar por desarmar al pueblo, abrumarlo con impuestos y reinar como un déspota. Platón, quizá porque había podido observar un régimen tiránico en Siracusa, conectaba el origen de esta forma con el empobrecimiento

²⁶⁵ Isócrates quiere hablar de la igualdad proporcional, "la que reserva el primer puesto al mejor, el segundo al que viene a continuación, el tercero, el cuarto y los demás según la misma regla" (*Nic.*, 15). La misma idea figura en Platón, *supra*, p. 189.

²⁶⁶ Debemos distinguir esta ilegalidad tiránica de la posición que Platón otorga, en su *Política*, al "hombre real" (*aner basilikós*): este último, que prefigura al soberano de la teoría monárquica helenística (*infra*, p. 391), es un filósofo a quien su conocimiento de la Verdad y del Bien sitúa no sólo por encima de la ley positiva, sino que lo convierte incluso en fuente de la ley.

del pueblo y con las luchas sociales a que daba lugar, y todos aquellos que consideraban a la realeza como la mejor de las *politeiai* no podían olvidar que eran, en efecto, los conflictos sociales lo que engendraba frecuentemente la tiranía. Ya hemos visto cómo los teóricos de la *patrios politeia* y los de la ciudad ideal pensaban resolver este problema, los primeros segregando de la comunidad cívica a la masa de los no propietarios, y los segundos bien suprimiendo la propiedad privada, bien reglamentándola. Las mentes más realistas tenían otras opiniones al respecto.

Jenofonte e Isócrates no ignoraban la crisis social que sufría el mundo griego. "Nadie desearía", escribe Isócrates, "una situación en la que los piratas ocupan el mar, los mercenarios se adueñan de las ciudades, en lugar de luchar juntos para defender su territorio los ciudadanos se combaten mutuamente dentro de las murallas, ...en la que, a consecuencia de la frecuencia de las revoluciones, los habitantes de las ciudades están más desalentados que los exilados, pues aquéllos temen el porvenir, mientras que estos últimos esperan regresar de un momento a otro" (*Panegírico*, 115-116). Incluso en Atenas, en donde la lucha entre pobres y ricos adopta formas más insidiosas, la situación no es menos real y amenazante. En el *Económico* de Jenofonte, Sócrates le recuerda al rico Critóbulo que la ciudad lo abruma con cargas financieras y que, "si da la impresión de que no cumples tus obligaciones, los atenienses te castigarán con tanta severidad como si te hubiesen sorprendido robándoles sus propios bienes" (II, 6).

Es preciso, así pues, liberar al mundo griego de la amenaza de revolución que pesa sobre él. Ahora bien, las soluciones no son muy numerosas desde el momento en que se descarta cualquier redistribución de la propiedad. Hay que proporcionar a la masa de pobres algunos recursos que les permitan vivir, cosa que tan sólo es posible mediante la guerra o mediante la colonización.

La guerra, con los sueldos que permite pagar a los "thetes" remeros, es la solución escogida de hecho por la democracia ateniense. Pero la misma supone el mantenimiento de la hegemonía egea, cada vez más discutida. La guerra, y puede que también el mercenariado, del que ya hemos visto qué desarrollo alcanza en el siglo IV²⁶⁷. Pero se trata de una solución peligrosa, visto el papel que podían desempeñar los mercenarios en las revoluciones. Queda, por tanto, la colonización. Mas en el mundo mediterráneo del siglo IV hay pocas tierras "vírgenes" o ajenas, por lo menos, a una organización política. Esto obliga a ir a buscarlas a Asia, en donde el poderío persa se halla en decadencia. Tal es el sentido de la predicción de Isócrates, inseparable de su "panhelenismo": el único medio de poner fin a las guerras entre griegos y de resolver sus problemas sociales consiste en "enviar una colonia, pagada entre todos, hacia aquel territorio tan vasto y tan rico que todos cuantos han oído hablar de él están de acuerdo en considerar que, si fuésemos inteligentes y renunciásemos a la locura que nos degarra, tomaríamos posesión rápidamente del mismo, sin

²⁶⁷ *Supra*, p. 94.

esfuerzo y sin riesgos, y que esta región acogería fácilmente todos aquellos que, entre nosotros, carecen de lo necesario" (*Panatenáico*, 14). El discurso *Sobre la Paz* contiene un programa de colonización de Tracia: "Podríamos delimitar allí bastantes territorios para que no sólo viviésemos en la abundancia, sino que lográsemos ofrecer una vida sin estrecheces a aquellos de entre los griegos que sufren necesidad y a los cuales la pobreza los convierte en vagabundos..." (24). Vanos proyectos, que las ciudades griegas se mostraron incapaces de cumplir, pero que Filipo de Macedonia y después Alejandro volverían a emprender. Ahora bien, la impotencia de las ciudades griegas obedecía al hecho de que necesitaban vivir al día: para llevar a buen término semejante proyecto habrían necesitado superar la oposición de Filipo, de los reyes tracios y del Gran Rey. Dicho de otra manera, antes de la conquista y la colonización habría tenido que realizarse una guerra panhelénica, lo cual hubiese exigido una cantidad de recursos que ninguna ciudad, ni siquiera Atenas, estaba en condiciones de reunir. Los políticos vivían sólo pendientes de cada día, y los más prudentes consideraban la paz, más que la guerra, como el medio para restablecer un cierto equilibrio financiero e incluso social. Un solo escritor del siglo IV se ha preocupado realmente de este problema: el autor de las *Rentas*, Jenofonte.

Ya hemos analizado ese texto, uno de los más ricos de su época²⁶⁸. Ahora bien, lo que nos importa aquí, más que su testimonio sobre la industria minera o sobre el comercio de Atenas, es el propio hecho de que un texto de estas características haya sido escrito en Atenas hacia mediados del siglo IV, pues significa que la práctica financiera pasa a ser, en lo sucesivo, un tema de reflexión. Pero debemos ponderar aún el alcance de esta reflexión. ¿Que nos enseña dicho texto? En primer término, que los ingresos de la ciudad proceden principalmente de las tasas que podríamos llamar indirectas: tasas sobre la entrada y salida de mercancías en el Pireo, sobre las ventas, sobre los extranjeros. Es sobre todo para aumentar la recaudación de las mismas por lo que Jenofonte preconiza la paz, que permitirá el regreso al Pireo de los comerciantes. Evidentemente no cabría ni plantearse la creación de impuestos sobre las rentas o las fortunas de los ciudadanos: tal medida pertenece al ámbito de lo extraordinario y, como duele sobre todo a los ricos, de lo poco recomendable. No hay nada de original en todo esto.

Más original y sorprendente es la idea de que el estado podría comprar esclavos para alquilarlos a los concesionarios de minas y obtener con ello un ingreso fijo, e incluso constituirse él mismo en explotador directo, dado que el objetivo final consistía en que hubiese el triple de mineros que de ciudadanos para asegurar a cada ateniense un ingreso de tres óbolos por día²⁶⁹. Jenofonte, al igual que Isócrates, está preocupado por

²⁶⁸ *Supra*, pp. 101 ss.

²⁶⁹ La idea de que todos los ciudadanos podían vivir de la renta del trabajo servil figura también en los demás teóricos, pero ellos se refieren al trabajo agrícola.

asegurar la subsistencia de todo el cuerpo cívico —pero sin recurrir a la colonización: es en el Ática misma, gracias a Laurión, como “la ciudad podría organizarse para que todos los atenienses se nutran del fondo común” (*Rentas*, IV, 33)—. El incremento de la producción de plata, medida que Jenofonte toma también en consideración, le conduce a otra idea original, puesto que plantea un problema que revela un embrión de pensamiento económico: ¿no será peligroso extraer demasiada plata; no traerá eso como consecuencia un descenso de su valor? Ahora bien, aunque es claro que Jenofonte no ignora que la abundancia hace bajar el precio de las mercancías, mientras que la escasez lo hace subir, dicho de otro modo, aunque conoce la ley de la oferta y la demanda y las especulaciones que aquélla facilita, sin embargo nuestro autor presta a la plata un valor específico fundándose, es verdad, en argumentos que no poseen nada de “económico”: “respecto a la plata, nunca se tiene bastante como para no desear más, y si se posee una gran cantidad, no es menor el placer que se experimenta ocultando lo que sobra que utilizándola” (IV, 7), y la forma de utilizarlo consistía en comprar costosas armas o caballos, casas, muebles, joyas. En otros términos, si se exceptúa la tesorización, lo único que se deja bien sentado es el valor de uso de la plata, de una plata cuyo valor no respondería a la ley de la oferta y la demanda. De todos modos, esta paradoja aparente podría responder a una realidad, pues parece que el mundo griego anterior a las conquistas de Alejandro no dispuso nunca de una cantidad suficiente de este metal²⁷⁰ como para que un incremento de la producción tal como lo diseña Jenofonte pudiese hacer bajar el valor del mismo²⁷¹.

Hay que ponderar, por lo tanto, la importancia y los límites del testimonio de Jenofonte. Su importancia, porque registra un cierto número de hechos económicos: liga el éxodo rural con la bajada de precios de los productos agrícolas, que es consecuencia de su abundancia; certifica que el incremento del número de obreros que trabajan el cobre²⁷² origina un descenso del precio de los productos y la renuncia de los artesanos a un oficio que ya no les permite vivir; hace también interesantes observaciones sobre la relación entre las construcciones urbanas y el valor de los terrenos para edificar. Sin embargo, sobre este último punto cabe preguntarse si Jenofonte piensa en su valor de cambio o en su valor de uso. En las construcciones ideales de los teóricos, el cuidado que ponen en asignar a cada ciudadano un terreno cerca de la ciudad y un terreno más alejado no deriva de una preocupación económica: Jenofonte dice únicamente que las tierras cercanas a la nueva ciudad que nacerá cerca de las minas tendrán el mismo valor que las tierras de los alrededores de Atenas, pero nada indica expresamente que se trate de un valor comercial. Y es ahí en

²⁷⁰ Estamos ahora en la época en que se difunde el uso de la moneda de bronce.

²⁷¹ Sobre la situación que se produce a partir de la conquista de Alejandro, cf. *infra*, p. 484.

²⁷² E incremento, por consiguiente, de la producción —pero Jenofonte no emplea ese término, pues tan sólo se interesa por el productor, no por el producto.

donde podemos calibrar los límites de su análisis "económico": lo que prima es siempre el valor de uso, la cualidad de uso del bien considerado, más que el bien en sí mismo, en cuanto que puede ser objeto de cambio. El pasaje de la *Ciropedia* en el que Jenofonte verifica que, en las grandes ciudades en donde abundan los obreros especializados, los objetos fabricados son de superior calidad a los que fabrica un único artesano en una pequeña ciudad, se resume en una frase que habría suscrito Platón: "es imposible que un hombre que ejerce varios oficios los haga todos perfectamente" (VIII, 2). La división del trabajo no tiene como fin un incremento de la productividad mediante operaciones más racionales, sino una mejora de la cualidad de uso del producto.

Esta misma jerarquía de valores aparece de nuevo en los textos de Aristóteles sobre el origen de la moneda y sobre la *crematística* o arte de acumular riquezas. Comprobamos que allí existe el mismo sentido de lo concreto: el comercio existe, la moneda facilita su extensión y permite a quienes lo practican una acumulación ilimitada. Pero este mundo del comercio y del provecho y el mundo de los productores, hay un foso infranqueable y la jerarquía de valores éticos planteados por el filósofo, que son los valores de la ciudad, no le permite llegar más allá de una simple certificación de los hechos e introducirse en el análisis económico propiamente dicho.

Esto no debe sorprendernos. El mundo de la *polis* constituía una formación social original en la que dominaban las preocupaciones políticas. Frente a la crisis que afectaba a esta sociedad, los teóricos pudieron tener consciencia de las realidades económicas, pero no podían divisar otros remedios que no fuesen un mejor reparto de la propiedad, una armonización de las relaciones sociales dentro de la comunidad cívica y, sobre todo, una reforma moral mediante una educación apropiada.

Pero esta educación que preconizaban, bajo aspectos a veces contradictorios, Isócrates, Platón o Aristóteles, tan sólo podía dirigirse a una élite que disfrutaba de asueto, es decir, a personas que no tenían necesidad de trabajar para vivir. Al resto le quedaban, junto a una actividad política por la que cada día estaban más desinteresados, los consuelos de la religión.

CAPÍTULO II

LA CRISIS RELIGIOSA²⁷³

El siglo v conoció el triunfo de la religión cívica. Verdaderamente no hay por qué atenerse tan sólo al modelo ateniense, y hubo formas arcaicas de la vida religiosa que habían perdurado en todas partes. En el Ática misma, aunque la religión oficial no se distinguía de las demás actividades cívicas, subsistían manifestaciones marginales de una religión popular mucho más primitiva, sobre todo en el campo, pero la magnificencia de los santuarios y la gloria de las divinidades de la *polis* dejaban en la sombra a todo aquello que no contribuía a la exaltación de la ciudad.

Sin embargo, la guerra del Peloponeso había minado aquel perfecto equilibrio que simboliza la procesión de las panateneas. Desde luego la religión cívica sigue siendo una constante de la vida de las ciudades²⁷⁴ y ya hemos comprobado el papel que algunos grandes santuarios como Delfos, desempeñaban en las relaciones internacionales. Las edificaciones del siglo iv revelan la importancia de la religión tradicional: así, la reconstrucción del templo de Delfos después del terremoto del 373 o, en Atenas, los trabajos de restauración de los santuarios emprendidos por Licurgo después de Queronea. Pero si la religión de la *polis* conserva parcialmente su esplendor, ya no basta para responder a las exigencias de la época y asistimos a un resurgir de las corrientes místicas arcaicas que nunca habían desaparecido por completo bajo la capa de la religión cívica. Al mismo tiempo, la especulación filosófica abandona las reflexiones sobre la naturaleza y el cosmos para centrarse en el destino del hombre.

²⁷³ OBRAS DE CONSULTA.—Para la bibliografía general hay que dirigirse a los títulos citados en el primer volumen, pp. 469, n. 583; 470, n. 584; 473, n. 588; 476, n. 594; 478, n. 599; 482, n. 610; 487, n. 616; 493, n. 632; 505, n. 654; 509, n. 661; 513, n. 670; 517, n. 681, y 546, n. 738.

²⁷⁴ Y seguirá siéndolo en época helenística: *infra*, p. 538.

I.—EL RENACIMIENTO DEL MISTICISMO²⁷⁵

En época arcaica, la destrucción de la sociedad aristocrática y la ruptura de los lazos de parentesco, que eran corolario del surgimiento de la polis, habían provocado ya una reacción "mística" de carácter individual, sobre cuya naturaleza falta mucho para ponerse de acuerdo. Existe el hábito de dar el nombre de orfismo a esa reacción, aunque los orígenes de esta corriente no estén muy claros y la mayoría de los textos que la documentan sean tardíos. El orfismo se presentaba simultáneamente como una práctica y una doctrina. Como práctica, incluía la ascesis, el rechazo del mundo y prohibiciones esencialmente de alimentos; como doctrina, se hallaba fundado en una cosmogonía que verdaderamente no se elaboró sino bastante tarde, y sobre todo en la creencia en la inmortalidad del alma, o más exactamente en una existencia autónoma del alma, anterior al cuerpo en el que se encarna provisionalmente y del que aspira a liberarse. En este punto, los "órficos" se distinguían de las ideas expresadas en los poemas homéricos, en los cuales "el alma no era completamente prisionera recalcitrante del cuerpo; era la vida o espíritu del cuerpo, y en él se encontraba bien gozosa". La concepción del alma prisionera del cuerpo justificaba las prácticas órficas: la ascesis era la negación de un cuerpo como prisión del alma; las prohibiciones alimenticias podían explicarse mediante la doctrina de la reencarnación, desarrollada en particular por los pitagóricos, aunque cabe pensar, con algunos estudiosos actuales, que se trataba, en el marco de un rechazo al orden social, de una negación de la "cultura", de un retorno a la vida "salvaje", a la "naturaleza". El vegetarianismo sería entonces un antisacrificio destinado a romper la barrera entre hombres y dioses. Es asimismo este deseo de hacer participar al hombre en la inmortalidad lo que explica determinadas prácticas de éxtasis ajenas al orfismo, pero que encontramos en el dionisismo. En la religión dionisíaca, sin embargo, el éxtasis era temporal y la *manía*, la "locura", debía ser rechazada del orden normal. Pero el dionisismo, integrado en la religión cívica y "normalizado", no dejaba por eso de ser el posible soporte para un renacimiento del misticismo.

²⁷⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Véase sobre todo D. Sabbatucci, *Saggio sul misticismo greco*, Roma, 1965; R. Dodds, *The Greeks and the Irrational*, Berkeley-Los Angeles, 1951 (trad. francesa, *Les grecs et l'irrationnel*, París, 1965; trad. española, *Los griegos y lo irracional*, Madrid; sobre las influencias extranjeras, J. H. Cowell, *Foreign Influences in Greek Religion*, *Pegasus*, XIII, 1971, pp. 8-19; sobre los nuevos dioses, R. Stigitz, *Die Grossen Göttinnen Arkadiens*, Viena, 1967; el texto de las tablillas órficas figura en el volumen XIV de las inscripciones griegas, n.º 638 ss.; cf. asimismo R. Comparetti, *Laminette orfiche*, Florencia, 1910; A. Olivieri, *Lamellae aureae orphicae*, Bonn, 1915; Ch. Picard, *Orphisme, éleusinisme, pythagorisme*, *Revue archéologique*, 6^e série, XXI, 1944, p. 166; sobre Asclepio, E. y L. Edelstein, *Asclepios. A Collection and Interpretation of the Testimonies*, 2 vol., Baltimore, 1945; H. Grégoire, *Asclépios, Apollon Smintheus et Rudra*, Bruselas, 1950; F. Robert, *Epidaure*, París, 1935; cf. además *infra*, p. 536, n. 742.; sobre las tablillas de defixión, R. Wünsch, *Defixionum tabellae atticae* (IG, III, 3), Berlín, 1897; A. Audollent, *Defixionum tabellae (praeter atticas)*, París, 1904.

Ahora bien, el clima general que hemos descrito era favorable para un resurgimiento místico. Al igual que el estallido de la sociedad aristocrática había suscitado, provocando la angustia del individuo, una serie de reacciones místicas que anunciaban promesas de salvación, pero que fueron luego absorbidas por la religión cívica, del mismo modo la tendencia de la comunidad cívica en el siglo IV a la descomposición proporcionaría a aquellas promesas de salvación un nuevo aspecto de necesidad, en un mundo en que por segunda vez, el individuo corría el riesgo de encontrarse aislado. Pero como el siglo IV había heredado plenamente un pasado cultural, esta reacción mística adoptaría diversas formas.

En principio dicha corriente se desarrolló dentro mismo de la religión tradicional, a consecuencia, por un parte, de la creciente influencia de las religiones místicas y del dionisismo, y, por otra, del "éxito" de divinidades que hasta ese momento habían permanecido en un segundo plano, como Asclepio o *Tyché*.

La mitología dionisiaca encerraba elementos capaces de explicar la dualidad del alma y del cuerpo, la "divinidad" del alma y la necesidad de expiar ese "pecado original" que constituía la muerte de Dionisos por los Titanes. Por lo demás, el éxtasis de las ménades permitía superar la barrera entre hombres y dioses, hacer participar a los hombres en la inmortalidad, aunque fuese por un instante. Pero, precisamente, las ménades tan sólo escapaban a la condición humana durante el tiempo del éxtasis, para volver en seguida a su condición de "normales". Con todo, no hay duda de que el dionisismo ofrecía un soporte para el renacimiento místico: desde finales del siglo V las *Bacantes* de Eurípides atestiguan el eco que el dionisismo, en sus manifestaciones menos "politizadas" encontraba en el público ateniense. En el siglo IV el culto a Dionisos conoce un desarrollo considerable, que continuará en época helenística²⁷⁶: se constituyen una serie de asociaciones dionisiacas (*thiasoi*) al margen de la ciudad y, por otra parte, Dionisos queda más estrechamente asociado a la religión eleusinia.

Esta última se hallaba estrechamente ligada a la religión cívica ateniense²⁷⁷, pero el resplandor de Atenas le imprimió carácter universal. Ahora bien, la religión eleusinia es indiscutiblemente "mística", en la medida en que la noción de *mysterion* implica iniciación, revelación y secreto. Al igual que el éxtasis dionisiaco (aunque bajo un aspecto bastante diferente), la iniciación eleusinia no representa más que un paréntesis en la vida normal o, por repetir la expresión de un autor moderno, una "inmortalización fallida". Lo cual no impide que, para un griego del siglo IV, la iniciación de los misterios se convierta en la garantía de una salvación eterna. Y, tal como la multiplicación de los *thiasoi* dionisiacos constituye un hecho que revela la popularidad del dios, de la misma manera la construcción de un nuevo *telesterion* en Eleusis es testimonio del favor de que gozaban los misterios de las II Diosas.

²⁷⁶ *Infra*, pp. 541 y 546.

²⁷⁷ Véase el volumen anterior, pp. 517. ss.

Más característico todavía de esta nueva inquietud religiosa es el desarrollo del culto de Asclepio, que puede parecer paradójico por coincidir con la época de esplendor de la medicina racional hipocrática. Y es que, en realidad, esta reacción mística era asimismo una reacción contra el desarrollo en el siglo anterior de un cierto racionalismo destructor de los valores establecidos²⁷⁸. La multiplicación de los procesos de impiedad en Atenas a finales del siglo V y comienzos del IV sugiere que la opinión pública no andaba lejos de hacer a estos destructores de la tradición responsables de los males que abrumaban a las ciudades. Y resultaba muy tentador fiar la curación de sus males personales a un acto mágico antes que a remedios o regímenes cuyos efectos no eran evidentes de inmediato. El culto de Asclepio respondía a tales exigencias. Asclepio era un dios muy antiguo. Héroe sanador, hijo de Apolo y de una mortal, era representado a veces en forma de una serpiente, y esa misma serpiente se enroscaba en el bastón que el dios llevaba en su mano en su representación humana. Recibía veneración en numerosos lugares, pero, desde finales del siglo VI, fue en Epidauro en donde creció su principal santuario, que, a partir del siglo IV se convierte en un gran centro de curaciones milagrosas, que atrae a muchedumbres de todo el mundo griego, como testimonian las edificaciones iniciadas a partir del 380: un teatro, una *tholos*, un templo y, bordeando uno de los lados del templo, un pórtico en el que los fieles pasaban la noche esperando la aparición del dios salvador. Una serie de inscripciones y de exvotos nos permiten reconstruir el rito de la incubación y catalogar las curaciones "milagrosas" efectuadas por el dios o por sus acólitos. La ciencia moderna ha estudiado los problemas que plantean estas curaciones, a propósito de fenómenos más recientes, sin aportar ninguna respuesta satisfactoria. Lo esencial sigue siendo para nosotros el esplendor que alcanza el culto de Asclepio, que, en el siglo IV, tiene santuarios en Pérgamo, en Cos, en el Peloponeso y en las islas. En Atenas, el culto de Asclepio había sido introducido inmediatamente después de la "peste" del 430. En el siglo IV, en la ladera sur de la Acrópolis fue edificado un *Asclepieion* y cada año, durante los dos días anteriores a la salida de la procesión a Eleusis, se celebraban unas fiestas en honor del dios, lo cual atestigua la existencia de lazos entre el "nuevo" dios y las Dos Diosas, que en su momento le habían ofrecido la hospitalidad del Eleusinion antes de que tuviese su propio santuario. La popularidad de Asclepio se explica evidentemente, ante todo, por su carácter de dios sanador, pero también por su carácter casi humano: como dios benevolente y compasivo, aportaba consuelo, ayudaba a soportar mejor una vida que parecía cada día más sujeta a los golpes de la fortuna y hacia la cual los dioses tradicionales parecían no prestar ya ninguna atención.

Éste es también el motivo de la pasión por otra divinidad que se impondrá en época helenística²⁷⁹, *Tyché*, la Fortuna, el Azar. No se trata

²⁷⁸ Véase el volumen anterior, p. 548.

²⁷⁹ *Infra*, p. 540.

de una divinidad nueva: *Tyché* figura ya en las teogonías primitivas; pero en el siglo IV se convierte, hasta cierto punto, en el símbolo del desorden y de lo irracional, y si los hombres tratan de atraérsela, es porque dudan de la eficacia de los demás dioses. Es la quiebra del panteón olímpico, y no tanto el despertar del misticismo, lo que anuncia el culto de *Tyché*.

La introducción de divinidades extranjeras es testimonio, por otra parte, de la crisis de la religión de la *polis*. También aquí debemos remontarnos a finales del siglo V para encontrar el origen de esta devoción²⁸⁰. Fue durante la guerra del Peloponeso cuando se introdujo en Atenas a la diosa tracia Bendis; Cibeles, Sabazios (que sería asimilado a Dionisos) Adonis y Atis, son objeto de cultos más o menos oficiales, pero cuyo carácter esotérico, ritos iniciáticos y ceremonias nocturnas o secretas seducen a las almas inquietas. Es tal vez de una de estas divinidades orientales de quien fue sacerdotisa la madre de Esquines: Demóstenes, en el discurso *Sobre la Corona*, reprocha a su adversario el que, siendo adolescente, ayudaba a su madre en las ceremonias de iniciación: “durante toda la noche tú presentabas la piel de cervatillo y la cratera, tú purificabas a los iniciados, tú los embadurnabas de barro y de salvado, tú hacías que se levantaran después de la iniciación, tú les hacías decir: “yo he escapado al mal, yo he encontrado el bien”, muy orgulloso de que jamás ninguna persona haya proferido tales alaridos... Durante el día, tú conducías por las calles esos bonitos *tiatoi* coronados de hinojo y de álamo blanco, tú manoseabas las serpientes gordinflonas y las levantabas por encima de tu cabeza, tú gritabas: “¡Ebohé! ¡Sabohe!””. Tú bailabas en el aire: “¡Hyés! ¡Attis! ¡Attis! ¡Hyés!””. Las viejas te llamaban corifeo, primer guía, porta-yedras, portarnero; tú recibías como recompensa migajas de pastelillos, dulces redondos, bollos frescos; todo lo cual debe hacer que te juzgues muy feliz, así como tu destino”. El escepticismo de Demóstenes, que tal vez mezcla voluntariamente ritos que pertenecían a cultos diferentes, no debe llamarnos a engaño, pues eran numerosas las personas que, por curiosidad, convicción o temor a la muerte, participaban en tales ceremonias, seducidas tanto por su carácter secreto y nocturno como por el hecho de que los fieles se agrupaban en cofradías más o menos ocultas en donde se codeaban ciudadanos y extranjeros, hombres libres y esclavos. A menudo, eran los comerciantes extranjeros quienes introducían esos cultos: por ejemplo el culto chipriota de Afrodita quedó establecido en el Pireo a solicitud de los mercaderes fenicios, lo que permitió a los mercaderes egipcios pedir una tolerancia análoga para el culto de Isis. Pero los ciudadanos no tardaban en introducirse en aquellas asociaciones. Sin embargo, esto encerraba, a la postre, un peligro para la ciudad, cuyo marco religioso se veía, en cierto modo, menoscabado. Platón, en las *Leyes* (909 d), pretende prohibir esas asociaciones privadas y no autorizar las manifestaciones de piedad más que en los santuarios públicos, lo cual demuestra que, desde mediados del siglo IV, tales asociaciones proliferaban.

²⁸⁰ Véase el volumen anterior, p. 551.

Estos fenómenos, particularmente bien conocidos en Atenas, se manifiestan también en otros lugares. La influencia de los dioses orientales se hacía notar en las ciudades de Asia y de las islas. El culto tributado a los "Grandes Dioses" es significativo al respecto. El propio epíteto de *mega-loi* ha suscitado bastantes comentarios: al contrario que las divinidades del panteón homérico, estos dioses son anónimos y se ha llegado a pensar que se trataba de entidades "predeísticas", pero el epíteto "grandes" encierra la idea de una potencia infinita, idea capaz de explicar la fe que se podía depositar en tales dioses, cuya potencia los convertía en "salvadores". Entre estos Grandes Dioses, hay que reservar un lugar especial a los Caviros de Samotracia, cuyo santuario se desarrolla en el siglo IV. Protectores de los navegantes, los Grandes Dioses de Samotracia se convierten en "dioses salvadores", cuyos misterios atraen en masa a los peregrinos. Otra "Gran Diosa" levanta asimismo devoción, la Gran Madre asiática, asimilada con frecuencia a Cibeles. Esta diosa representa la "potencia" absoluta, la Tierra de donde procedé toda forma de vida y a la que todo regresa: en tal sentido la Gran Madre es universal, incluso aunque llegase a ser comparada con Rea, con Gea, con Demeter, incluso con Artemis. Semejante universalismo se halla también en contradicción con el particularismo de la religión cívica.

La difusión de los cultos extranjeros se presenta, así pues, como un aspecto distinto de ese misticismo que renace en el mundo griego del siglo IV y traduce un tipo de rechazo del mundo a la vez que una inquietud frente al estallido de las estructuras tradicionales. El desarrollo de los intercambios y los crecientes contactos con el mundo oriental facilitaron, desde luego, la introducción de esta o aquella divinidad, pero no basta con reducir a éstos simples contactos materiales un fenómeno que no hace más que crecer y que anuncia los sincretismos helenísticos. Digamos, una vez más, que la crisis política y social de las comunidades cívicas constituye la raíz de esta inquietud religiosa que únicamente podría apaciguarse estimulando una fe que la religión cívica era incapaz de alimentar.

De esta misma inquietud derivan los progresos de la magia y de la superstición, dos prácticas que la religión tradicional, y sobre todo la religión popular, nunca habían abandonado. Conocemos, además, la influencia de los adivinos en los asuntos de la ciudad: cabe pensar en los atenienses Lampón, que anduvo en disputas con Anaxágoras, y Diópites, que ciertamente inició numerosos procesos de impiedad contra una serie de filósofos de la segunda mitad del siglo V.

Sin embargo, en el siglo IV el recurso a la magia adoptaría formas más primitivas, y resulta llamativo que sea Atenas, sede del humanismo y del racionalismo, la ciudad que ofrece los documentos más elocuentes de su práctica, mediante las llamadas tablillas de defixión, tablillas de plomo que llevan una inscripción que atrae maldiciones sobre una persona designada por su nombre (puede leerse incluso el nombre de Demóstenes en una de ellas). Estas tablillas se encuentran en otras zonas también del mundo griego, lo que prueba la universalidad del fenómeno. Platón, que en las *Leyes* prevé que quienes practiquen la magia se harán acreedores a

penas severas, e incluso a la muerte, enumera en la ocasión diferentes medios a través de los cuales se provocaba la maldición de las potencias infernales hacia un enemigo: encantamientos, ligaduras, figurillas agujereadas por clavos, etc. No cabe duda de que existían magos profesionales a quienes recurrir para estas operaciones y en cuyas estancias era posible asimismo obtener filtros de amor o remedios milagrosos. El *Contra Aristotigón* de Demóstenes menciona a un personaje que “compone sortilegios, abusa de la gente, pretende curar a quienes están enfermos de epilepsia, siendo así que él mismo está afectado de toda clase de perfidias”. La distancia que separaba a estos charlatanes de los sacerdotes sanadores de Epidauro era muy corta.

Lo mismo cabría decir de otros aspectos de la vida religiosa. La religión astral, de la que volveremos a hablar a propósito de Platón, conducía directamente a la astrología, y las laminillas de oro de las tumbas de Turios, por expresar los aspectos más esotéricos del orfismo, no dejaban de ser unas señales mágicas, especies de pasaportes para el más allá, que revelan la turbación de las conciencias y la necesidad de creer. Por lo demás, el fenómeno no era exclusivo de un estrato concreto de la sociedad, y si bien es cierto que la angustia excluía más bien a los círculos ricos y cultivados, pese a todo no dejaban de estar afectados por la crisis. De otra manera no se comprendería bien el esfuerzo de algunos para superarla, así como el nuevo contenido religioso del pensamiento de algunos filósofos.

II.—ESPECULACIÓN FILOSÓFICA Y PENSAMIENTO RELIGIOSO²⁸¹

Era natural que la crisis religiosa provocase reacciones en los círculos ilustrados. Ciertamente, al menos en Atenas, de donde procede nuestra documentación más elocuente, una parte de la “clase política” permanece ajena a las inquietudes religiosas y se contenta con cumplir las apariencias de una religión cívica a la que resulta difícil sustraerse. Además, las grandes interrogantes filosóficas del siglo anterior ya han sido abandonadas, y excepto algunos “marginales” tales como los primeros cínicos²⁸², nadie piensa ya verdaderamente en atacar a los dioses. De hecho,

²⁸¹ OBRAS DE CONSULTAS.—La religión de Platón ha sido objeto de numerosos estudios y controversias; sobre ello cf. E. des Places, *La religion grecque, dieux, cultes, rites et sentiment religieux dans la Grèce antique*, París, 1969, pp. 245-259; la obra fundamental es la de V. Goldschmidt, *La religion de Platon*, París, 1949; cf. asimismo O. REVERDIN, *La religion de la cité platonicienne*, París, 1945; F. M. Cornford, *Plato's cosmology*, Londres, 1937; E. des Places, *Platon et la langue des mystères, Annales de la Faculté des Lettres d'Aix, XXVIII*, 1954, pp. 11-17; sobre Aristóteles, P. Aubenque, *Le problème de l'Être chez Aristote*, París, 2.ª ed., 1968; sobre el problema general de las relaciones entre pensamiento mítico, pensamiento religioso y especulación filosófica, cf. la colección de artículos de J.-P. Vernant, *Mythe et pensée chez les grecs*, París, 1965 (2.ª ed. 1971) (Trad. española, *Mito y pensamiento entre los griegos*, Madrid, y D. Babut, *La religion des philosophes grecs*, París, 1974.

²⁸² *Infra*, p. 557.

frente a la crisis religiosa podemos apreciar tres corrientes. Por una parte, aquella que contrapone una piedad cívica creciente y conformista con el despliegue del misticismo, sobre todo si es de origen extranjero: Jenofonte e Isócrates encarnan esa actitud. Otros, como Platón, se esfuerzan por integrar la inquietud mística en un sistema filosófico coherente. Y otros, por último, como Aristóteles y algunos otros sabios, continúan las líneas racionales anteriores, pero sin tocar la religión cívica que en realidad les resulta indiferente.

De estas tres corrientes, la primera y la última casi no merecen excesivas consideraciones. La piedad de un Jenofonte encierra un conformismo sin originalidad. Es en el *Económico* en donde Jenofonte mejor resume qué debía ser la piedad del *kalós kagathós*: "Creo", dice Iscómaco, "haber comprendido que los dioses no han permitido a los hombres ser tener éxito si no saben lo que deben hacer y si no se esfuerzan por cumplirlo; ... y así, yo empiezo por honrar a los dioses y procuro obtener de ellos, en cuanto me resulta posible mediante mis oraciones, seguir con buena salud, tener un cuerpo vigoroso, lograr la estima de mis conciudadanos, el afecto de mis amigos, salir del compromiso de la guerra con honor, aumentar mi riqueza de forma honorable". Honrar a los dioses, tributarles escrupulosamente las primicias de las cosechas: constituye un catecismo poco susceptible de aportar remedio a las angustias del siglo.

En Isócrates, por cuanto que podemos descubrir al hombre detrás de su retórica, el conformismo religioso es ante todo político: se trata de glorificar a los dioses de la ciudad para fundamentar mejor las pretensiones de esta última a la hegemonía. De esta forma si Atenas ocupa con justicia un lugar aparte en el mundo de las ciudades es porque ha recibido de Demeter el regalo del trigo; ese lugar le corresponde, por tanto, por una especie de derecho divino.

Todo esto no significa demasiado ni tampoco se aleja de una ideología oficial que no se hallaba en condiciones de responder a las inquietudes del momento. Esas inquietudes también continúan siendo extrañas a un sabio como Aristóteles. Aunque comprenda y explique la piedad popular, su concepto de lo divino no deja de ser por ello una construcción abstracta desprovista de inquietud religiosa.

Muy distinto resulta el caso de Platón, cuya obra está impregnada con suficiente hondura de un espíritu religioso como para justificar la importancia que los autores modernos han concedido a su religión, desde perspectivas a menudo muy distintas. El acuerdo respecto a la influencia que ejercieron el orfismo y el pitagorismo en el pensamiento religioso del filósofo es casi unánime. Se ha destacado en particular la concepción dualista del hombre que encierra, por ejemplo, el *Fedón*, o el tema de la reencarnación, desarrollado en el mito de Er, al final de la *República*. Efectivamente, en Platón vuelve a aparecer la idea de que el alma es prisionera del cuerpo y que la muerte es una liberación, de la necesidad de la ascesis que permite al alma abstraerse del cuerpo, el tema del juicio de las almas y el ciclo de las reencarnaciones sucesivas que conducen a la paz eterna. Platón conocía los libros órficos y, por medio de Arquitas de

Tarento²⁸³ había podido entrar en contacto con las sectas pitagóricas: la ascesis del filósofo, la de los “guardianes” de la *República*, se halla bastante próxima a la que recomendaban esas sectas. “El filósofo”, escribe Platón en el *Fedón*, “se aplica a separar su alma lo más lejos posible del comercio del cuerpo” (65 a), y “sería ridículo que un hombre que, durante su vida, se adiestra para vivir en un estado lo más cerca posible de la muerte, se rebele cuando la muerte hace acto de presencia” (67 d). Esta ascesis constituye en sí misma una purificación y es la razón de que solamente el Sabio merezca ser iniciado en los Misterios: “Yo me imagino que quienes han establecido los Misterios... quisieron antiguamente hacernos comprender que toda persona que llega al Hades sin estar purificado e iniciado quedará tirado en el barro, mientras que quien ha sido purificado e iniciado habitará, desde su llegada, con los dioses” (69 c). Pero, si en la *Apología*, la muerte era calificada de “sueño eterno” (40 d), en los diálogos posteriores, en los que se desdibuja la influencia de Sócrates y se descubren mejor las influencias pitagóricas, la muerte es tan sólo el momento que precede a un nuevo nacimiento. No obstante, sobre este punto Platón no dejó de matizar las ideas tomadas del pitagorismo y su pensamiento sufrió una evolución. El largo ciclo recorrido por las almas antes de alcanzar la paz eterna, según el mito de Er en la *República*, presenta un contraste con la dicha abstracta que conoce el alma del filósofo “feliz, libre del error, de la locura, de los temores, de los amores salvajes y de todos los demás males propios de la humanidad”, según el *Fedón*, en donde únicamente las almas de los malvados, penetradas de elementos corporales, se reencarnan en cuerpos de animales, porque las otras se funden con lo divino. Se ha discutido mucho sobre la fecha respectiva de ambos diálogos para tratar de explicar una serie de contradicciones que, en realidad, no son sino aparentes, y aunque resulta evidente que Platón ha suscrito algunos temas del orfismo y del pitagorismo, nos equivocaríamos convirtiéndolo en un místico. Su distinción entre el alma y el cuerpo tan sólo se concibe en relación con su teoría del conocimiento. Es en su condición de inmortal por lo que el alma puede acceder al conocimiento del Bien, pero esta alma propiamente no es un elemento simple: en ella cohabitan la razón, la cólera y el deseo, y es la razón la que debe ganar en el alma del filósofo, pues es la única que permite acceder a las verdades eternas que siempre ignorarán los hombres encerrados en la caverna. Se ha llegado a escribir que, en lo relativo a las tradiciones órfico-pitagóricas, “Platón realizó, en definitiva, una hibridación de la tradición del racionalismo griego con una serie de ideas mágico-religiosas cuyos más remotos orígenes ascienden a la cultura chamánica septentrional” (Dodds), de forma que los guardianes de la *República* serían, en cierto modo, una especie de “chamanes racionalizados”. De ahí que la ascesis y el conocimiento racional no sean accesibles más que a una ínfima minoría de elegidos, los guardianes de la *República*, los filósofos. Ellos son los

²⁸³ *Supra*, p. 152.

únicos, en efecto, que pueden acceder a la contemplación de las Ideas, y sobre todo de la Idea del Bien, "forma suprema, causa primera que da existencia y esencia a las formas inferiores", pero que nunca se plantea como tal. Como ha escrito V. Goldschmidt, "si es cierto que toda religión tiende al conocimiento del Ser que nos supera y frente al cual experimentamos un sentimiento de dependencia absoluta, hay que decir que la religión de Platón se confunde con la Dialéctica". La visión del Bien, que sólo alcanza el filósofo salido de la caverna, es una iniciación perfecta, descrita, además, empleando los términos de la iniciación eleusinia. Y la ascesis que supone esta iniciación no es solamente de cuerpo, sino también del alma, que debe conceder prioridad a su parte inmortal sobre los elementos mortales, ejerciendo sobre el cuerpo una función hegemónica, gobernándolo no sin mantener frente al mismo una cierta distancia. La ascesis corporal no representa, por tanto, sino una segunda fase de la ascesis del filósofo: es tan sólo después de haberse librado de sus elementos afectivos cuando el alma podrá ejercer sobre el cuerpo una hegemonía que no será una tiranía. En cuanto al juicio de las almas, éste no deriva de la idea de una justicia divina que repare en el más allá las injusticias de este mundo, que castigue a los malvados y recompensa a los buenos: consiste en realidad en el reconocimiento por parte de los jueces infernales del uso que el alma hizo de su libertad, pues solamente el alma decide lo que prefiere y, por consiguiente, su suerte en el más allá. Sin embargo, esta "libertad" del alma no es total, porque el demiurgo no ha formado a todos los hombres con la misma materia y sólo los de la raza de oro, los filósofos a quienes la práctica de la Dialéctica ha conducido a la contemplación del Bien, pueden "salvar su alma" y alcanzar el orden cósmico, el mundo de los astros dotados de un alma inmortal. Pero, como dice exactamente el mito de la Caverna, el filósofo deberá volver a descender hasta la caverna para intentar convencer a sus compañeros de cautiverio, lo cual significa que, si el filósofo puede llegar al conocimiento del Bien, el común de los mortales tiene necesidad de una religión cuya principal expresión está en la práctica, cuyas reglas deberán ser fijadas por el filósofo.

Ahora bien, estas reglas no son otras sino aquellas que la tradición ha legado a los hombres. Cuando, al final de su vida, Platón se esfuerza por conseguir una ciudad real, le fija una religión y, puesto que no es posible abrir todas las conciencias a la filosofía, "el medio ideal, el mejor y más eficaz para alcanzar una vida dichosa consiste en sacrificar y en permanecer en constante relación con los dioses mediante las oraciones, las ofrendas y el conjunto del culto". Platón concibió la religión de la ciudad de las *Leyes* atendiendo a su utilidad²⁸⁴: para prestar a la ciudad su unidad moral, es necesario proporcionarle unas prácticas religiosas comunes, ya que el culto debe constituir una primera iniciación para el ciudadano; pero

²⁸⁴ Ya veremos *infra*, pp. 559 ss., que las principales escuelas filosóficas helenísticas adoptarán un punto de vista semejante.

es preciso asimismo ir más allá de las prácticas, llegar al conocimiento del orden admirable que rige el universo y que se expresa en el movimiento de los astros... —de manera que sólo el Sabio es capaz de descubrir el Uno más allá del Múltiple, lo Divino detrás de los dioses—. La religión de la ciudad de las *Leyes* se traduce en una serie de manifestaciones y actos de piedad que evocan la religión cívica tradicional, aunque depurada de todo cuanto en ella recurre a la sensualidad así como de aquellas prácticas, mágicas o de otra especie, mediante las cuales el hombre pretende someter en su provecho la voluntad de los dioses. Pero esta religión de las *Leyes* también incluye la instauración de un orden religioso en la ciudad, lo que ha conducido a algunos autores modernos a hablar de “teocracia”. De hecho, aunque es verdad que los *euthynes* que supervisan toda la vida de la ciudad son al mismo tiempo grandes sacerdotes de Apolo y de Helios, sin embargo su autoridad no deriva de su sacerdocio. En cuanto a la coacción que se ejerce sobre los ciudadanos, especialmente mediante la legislación sobre la impiedad, es consecuencia de la preocupación por hacer triunfar la verdad, por ayudar a las almas a adentrarse por el “camino que sube”.

Resulta inútil proclamar o desmentir el carácter totalitario de la ciudad platónica. Tanto en el plano religioso como en el plano político la construcción de Platón tan sólo se concibe en función del contexto de la crisis que experimentaban las ciudades. Pero tampoco habría manera de entenderlo sin una referencia al pensamiento profundo del filósofo, a su método de reflexión, a esa definición del conocimiento que forma el núcleo de su pensamiento. Tanto en el plano religioso como en el político, los “remedios” propuestos por Platón no estaban destinados siquiera a experimentar ninguna iniciativa de aplicación. Frente a la crisis religiosa, las ciudades a lo sumo podían defenderse canalizando las manifestaciones de misticismo y controlando los cultos privados, tratando igualmente de volver su lustre a la religión tradicional: esto es lo que luchará por conseguir Licurgo en Atenas después de Queronea. Pero tales intentos no podían llegar muy lejos, en un momento en que Alejandro, hombre y dios, se lanzaba a la conquista del mundo. Frente a los reyes libertadores y a los cultos propagados por los contactos greco-orientales, las viejas divinidades del panteón homérico ya no eran capaces de resistir²⁸⁵.

²⁸⁵ Sobre la religión cívica en época helenística, cf. *infra*, p. 538.

CAPÍTULO III

LAS NUEVAS TENDENCIAS DEL ARTE²⁸⁶

Resulta siempre difícil ponderar los efectos de una crisis de las conciencias sobre las artes. El arte no es solamente el reflejo de una realidad social, sino que constituye su reelaboración. El artista marcha a

²⁸⁶ OBRAS DE CONSULTA.—Entre las innumerables obras de carácter general sobre el arte griego en general, bastará con remitir aquí a J. Charbonneau, R. Martin y F. Villard, *Grèce classique*, "L'Univers des Formes", París, 1969 (trad. española: *Grecia Clásica*, "El Universo de las Formas", Barcelona, 1967); K. Papaioannou (ed.), *L'art grec*, París, 1972, y, más sumario, R. Ginouves, *L'art grec*, París, 1964.

Arquitectura: la obra más accesible es la de A. W. Lawrence, *Greek Architecture*, Harmondsworth, 1957; cf. asimismo W. B. Dinsmoor, *The Architecture of Ancient Greece*, 3.^a ed., Londres, 1950; sobre el urbanismo, R. Martin, *Recherches sur l' Agora grecque. Étude d'histoire et d'architecture urbaine*, París, 1951; Idem, *L'urbanisme en Grèce antique*, París, 1956; cf. asimismo R. E. Wycherley, *How the Greeks built Cities*, Londres, 2.^a ed., 1962, y F. D. Martiensen, *The Idea of Space in Greek Architecture*, 2.^a ed., Johannesburg, 1964; sobre las nuevas tendencias de la arquitectura en el siglo IV, H. A. Thompson, *The Tholos of Athens and its Predecessors*, Hesperia, suppl. IV, Atenas, 1940; H. Riemann, *Lysikrates Monument*, P. W., Suppl. VIII, col. 266-347, 1956; R. Martin, H. Metzger, *Recherches sur l'Asclepieion d'Athènes*. B.C.H., LXXIII, 1949, pp. 316-350; G. Roux, *L'architecture de l'Argolide aux IV^e et III^e siècles av. J.-C.*, París, 1961; A. Von Gerkan, W. Müller-Wiener, *Das Theater von Epidaurus*, Stuttgart, 1961; P. Demargne, P. Couper, *Fouilles de Xanthos III: Le monument des Néréides*. *L'architecture*, París, 1969; W. B. Dinsmoor, *The Mausoleum of Halicarnassos*, A.J.A., XII, 1908, pp. 3-29; 141-171.

Sobre la escultura, Ch. Picard, *Manuel d'archéologie grecque, la sculpture*, III. *Période classique: IV^e siècle*, 1.^a parte, 2 vol., París, 1948; IV. *Période classique: IV^e siècle*, 2.^a parte, París, 1963; G. M. Richter, *The Sculpture and Sculptors of the Greeks*, New Haven, 2.^a ed., 1950; R. Lullies, *Griechische Skulptur von den Anfängen bis zum Ausgang des Hellenismus*, 2.^a ed., 1960; H. K. Süsserrot, *Griechische Plastik des 4. Jahrhunderts v. Chr. Untersuchungen zur Zeitbestimmung*, Francfort, 1938; sobre Escopas y su escuela, P. E. Arias, *Scopas*, Roma, 1952; G. Donnay, *L'amazonomachie du Mausolée d'Halicarnasse*, A.C., XXVI, 1957, pp. 383-403; H. Sichermann, *Das Motiv des Meleager*, Rh. M., LXIX, 1962, pp. 43-51; Ch. Dugas, J. Berchmann, J. Clemensen, *Le sanctuaire d'Athéna Aléa à Tégée au IV^e siècle*, París, 1924; sobre Praxíteles, G. E. Rizzo, *Praxiteles*, Milán, 1932; Chr. Blinkenberg, *Knidia. Beiträge zur Kenntnis der praxitelischen Aphrodite*, Copenhague, 1933; C. Blümel, *Der Hermes eines Praxiteles*, Baden-Baden, 1944; A. W. Bivancq, *La chronologie de Praxitèle*, *Studia Van Hoorn*, Leiden, 1951, pp. 12-23; P. M. Schuhl, *Platon et l'art de son temps*, 2.^a ed. revisada y aumentada, París, 1952; sobre el desarrollo del arte

con la conciencia de los hombres de su época, que trata de expresar a través de su obra, aunque esta última tienda también a moldearla. El problema se complica todavía más, por tratarse del arte griego, porque, situado bajo la doble impronta de lo religioso y de lo político, constituye la expresión de la comunidad cívica entera y no de tal o cual grupo de los que la componen. Por otra parte, si en la historia del arte hay momentos de ruptura, no existe nunca una ruptura total. Y aunque actualmente se haya abandonado el esquema evolucionista que satisfizo a generaciones de críticos, no por ello deja de existir una continuidad de arte griego que responde a la de la ciudad. Acerca de la continuidad de la tradición clásica abundan los testimonios a los cuales no es necesario dedicarles demasiada atención: 1) debemos recordar, simplemente, que aunque el urbanismo adquiere en el siglo IV su mayor nobleza, principalmente en Asia Menor, sus elementos constitutivos continúan siendo los que ya se habían configurado en el siglo V; 2) que desde la época arcaica hasta finales de la época clásica, el templo griego ofrece una estructura prácticamente inmutable, incluso llegado el caso de que falte uno u otro de sus elementos, o de que aparezcan algunas modificaciones en su decoración o en sus proporciones; 3) que, del siglo VI al IV, la estatuaria constituye ante todo la expresión del antropomorfismo de los dioses, y que se complace en la representación del desnudo atlético masculino y de los hábiles drapeados que recubren los cuerpos femeninos; 4) y, finalmente, en lo relativo a los relieves monumentales, que siguen inspirándose en las leyendas de los héroes y de los dioses.

Cuanto pueda decirse de las artes mayores es todavía más válido para las llamadas artes menores: presentan las mismas técnicas, los mismos temas iconográficos; hace falta toda la sutileza de los especialistas para distinguir los impalables rasgos de estilo que existen entre un pintor de vasos de mediados del siglo V y otro pintor de comienzos del IV, entre dos estelas funerarias separadas por medio siglo, entre una moneda ateniense de época de Pericles y otra de los tiempos de Demóstenes.

Y sin embargo, el arte del siglo IV no es una simple prolongación de la gran época anterior. Brotan ahora nuevas tendencias, que son expresión de la crisis cuyos elementos hemos intentado definir y preludeo, a la vez, de una sensibilidad que florecerá en época helenística. Aun corriendo el riesgo de simplificar las cosas, cabe señalar que el arte del siglo IV expresa a

del retrato, G. M. Richter, *The Portraits of the Greeks*, Londres, 3 vol., 1965; J. Frel, *Les origines du portrait en Grèce*, *Eirene*, I, 1960, pp. 69-75.

Sobre la cerámica y la pintura, M. Robertson, *La peinture grecque*, París-Ginebra, 1959; F. Villard, *Les vases grecs*, París, 1956; P. Arias y M. Hirmer, *Le vase grec*, París, 1962; G. M. Richter, *Attic Red Figures Vases*, New Haven, 1958; J. D. Beazley, *Attic Red Figure Vase Painters*, 3 vol., Oxford, 1963; sobre los últimos representantes de las figuras rojas, H. Metzger, *Les représentations dans la céramique attique du IV^e siècle*, París, 1951; G. Beccati, *Meidias. Un manierista antico*, Florencia, 1947; K. Scheffold, *Untersuchungen zu den Kertscher Vasen*, Berlín, 1934; A. P. Trendall, *The Red-figured Vases of Lucania, Campania and Sicily*, 2 vol., Oxford, 1967; P. Moreno, *Il realismo nella pittura del IV secolo A.C.*, *R.I.A.*, XIII-XIV, 1964-1965, pp. 27-98.

la vez la inquietud de las personas por esta nueva realidad que se abre paso aquí y allá, asociando el gusto por los bienes materiales y un individualismo contrario al ideal igualitario de la polis.

I.—EL ARTE GRIEGO DEL SIGLO IV Y LA INQUIETUD DEL ESPÍRITU

La inquietud que hemos podido detectar en los ámbitos político y religioso se manifiesta también en el arte. La idea de la muerte se convierte en un tema iconográfico obsesivo. Las estelas funerarias son, al respecto, elocuentes, y en ellas el difunto figura representado sentado, en una pose de dolor. Es cierto que de nuevo encontramos los convencionalismos del arte clásico, pero los rostros expresan por lo general la tristeza, cuando no el sufrimiento, y han dejado ya de reflejar la serenidad. Tristeza y sufrimiento que volvemos a ver en los lecitos áticos de fondo blanco, en los que la muerte se halla omnipresente, en los semblantes de rasgos descompuestos y en las figuras de hombres aún jóvenes condenados a la destrucción; la policromía acentúa todavía más la expresión dolorosa e introduce en la pintura una serie de efectos que la escultura lograba mediante un juego de luces y sombras.

Hay un artista que encarna estas nuevas tendencias, el pario Escopas, que participó en Tegea en la reconstrucción del templo de Atenea Alea, destruido en el 395, y que trabajó en el Mausoleo de Halicarnaso hacia mediados de siglo, así como en el Artemision de Éfeso. Esta movilidad de los artistas no es nueva, pero se incrementa durante el siglo IV, preparando el florecimiento de una *koiné* artística que tiende ya a rebasar los límites del mundo griego. Las obras de Escopas, de las que en general no conservamos sino algunas réplicas de época romana, ponen de manifiesto ese nuevo espíritu de la época: rostros patéticos, ojos hundidos y en blanco, bocas semiabiertas, cabelleras agitadas. Son los semblantes del Ares Ludovisi, de la Ménade de Dresde (que presenta, además, un cuerpo arqueado y arrebatao en el éxtasis), del Meleagro de la villa Médicis. Pero es en sus grandes composiciones cuando el arte de Escopas mejor refleja el sentimiento patético y angustiado ante la muerte. Así ocurre en una matanza de las Nióbides o, sobre todo, en algunas esculturas de Haicarnaso, de Éfeso y de Tegea. No resulta fácil saber lo que, en el Mausoleo, es obra propia de Escopas, pero su influencia se hace patente en la forma de las cabezas, la expresión de las miradas, el patetismo de las caras, la tensión de los cuerpos. Algunos han creído ver en Éfeso la mano de Escopas en una base esculpida que ilustraría el mito de Alcestes: también en este caso, la idea de la muerte impregna toda la obra. Los fragmentos conservados de los frontones de Tegea, que representaban episodios de los mitos de Meleagro y de Télefo, se hallan también impregnados de ese patetismo escopásico que experimentaría una extraordinaria difusión durante el siglo siguiente.

Las tendencias místicas, que, como vimos²⁸⁷, constituían una de las

²⁸⁷ *Supra*, p. 200.

obra de Praxíteles? Nacido a comienzos de siglo en Atenas, en donde su padre Cefisodoto era asimismo escultor, como lo será su hijo Cefisodoto el Joven, trabajó desde su primera juventud en Atenas, luego en Tespias, en Asia, en Cnido y en Cos, luego de nuevo en Europa, en Olimpia, en Mantinea y, por supuesto, en Atenas. Es conocida su relación con la cortesana Friné, que, acusada de impiedad en el 347, fue defendida ante el Areópago por Hipérides. De ahí a convertir a Praxíteles en un escultor "erótico", que se complace en representar a su amante desnuda con el pretexto del culto a Afrodita, no hay más que un paso... Pero el *Banquete* de Platón nos enseña que el culto de Eros poseía resonancias místicas, lo que a su vez conduce a interpretar el arte de Praxíteles en sentido religioso, eleusinio o platónico. Sin embargo, no cabe duda de que las obras de Praxíteles, conocidas tanto por réplicas como por originales, son principalmente sensuales: desnudez de los cuerpos adolescentes o femeninos, languidez de las actitudes, suavidad de los contornos. Era cosa sabida, sin duda, que para Platón los cuerpos hermosos permitían alcanzar la idea de lo Bello en sí, pero no es cierto que ése fuese el punto de vista de todos aquellos que tenían oportunidad de contemplar las obras de Praxíteles... En cambio, el Hermes "dionisióforo" de Olimpia parece impregnado de un contenido religioso con ecos de misticismo. La "pasión" de Dionisos constituía un tema bastante importante en el siglo IV como para que pudiera pensarse que, trabajando en esta obra, Praxíteles no se había limitado simplemente a cumplir con un encargo. ¿Cabría considerarlo, por lo tanto, como representante de un pensamiento místico? En todo caso, parece que sujeto o no a la influencia del círculo platónico, Praxíteles constituye la expresión de un aspecto del clima espiritual de la época, a cuyo servicio pone el escultor un virtuosismo deslumbrante. Proporcionando una imagen de los dioses tan plenamente humana, contribuye a acercarlos a los fieles y se hace de este modo testigo de una exigencia sentida por sus contemporáneos. Pero, al mismo tiempo, su sensualidad refleja el gusto de la época por las satisfacciones materiales.

II.—EL ARTE GRIEGO DEL SIGLO IV Y LAS NUEVAS REALIDADES SOCIALES

Acabamos de ver cómo el siglo IV es el de la crisis de la *polis*, es decir, el de una comunidad humana que tiende a cerrarse sobre sí misma y a conformarse con un modelo ideal jamás realizado. La ruptura de esta comunidad, el antagonismo entre los propietarios y el resto de la población, el egoísmo de los primeros frente a las reivindicaciones de los segundos debían también reflejarse necesariamente en el arte. La minoría formada por los ricos era propensa, en estas circunstancias, a hacer que sus intereses privados fuesen por delante de los de la ciudad. Como lo subraya un orador, mientras que en otros tiempos los ricos sólo pensaban en embellecer la ciudad, en cambio ahora consagran su riqueza para el ornato de sus residencias privadas, acumulando vasos y objetos preciosos, cubriendo las paredes de sus casas con mármoles y pinturas. Aun valorando lo que esto tiene de exageración oratoria y polémica, resulta

cierto que las mentalidades han cambiado. La evolución del teatro es una buena muestra: no sólo la dramaturgia trágica, que proclama los conflictos entre los dioses y la ciudad, cede su lugar al teatro espectáculo, a las "reposiciones" en las que se "interpreta" a Eurípides, sino que la comedia política en particular deriva hacia la comedia de costumbres, inspirada en la vida cotidiana²⁸⁵. Y la galería de los *Caracteres* de Teofrasto responde al desarrollo del arte del retrato en las artes plásticas, retrato que con frecuencia aun resulta ciertamente idealizado, pero en el que aparece ya la preocupación por reproducir los rasgos tan exactamente como sea posible, incluso cuando no corresponden a los cánones de la bellaza. Sin embargo, habrá que esperar hasta el período helenístico para que se desarrolle un arte realista, del que por ahora tan sólo logramos adivinar sus premisas.

Pero las nuevas realidades todavía no se traducen en una evolución del gusto. Se ha hablado algunas veces de decadencia, pero más bien se trata de un nuevo gusto (cabría la tentación de calificarlo un "mal gusto") por la ornamentación, la decoración, el exceso. En la cerámica ática, el estilo "florido" triunfa con el pintor de Midias: poses contorneadas y afectadas, manierismo de los gestos, enorme ciudad puesto en los bordados de los trajes y en las joyas, representaciones eróticas, escenas de gineceo —todo lo cual trasluce un espíritu que se aleja de la austeridad igualitaria de la ciudad del siglo v—. No hemos conservado las obras de los grandes pintores, pero parece que tanto la composición dramática y de acción como un cierto realismo habían ocupado también el lugar de la seriedad de la época anterior.

Podemos asimismo encontrar esa falta de moderación en algunas composiciones arquitectónicas, sobre todo en la Grecia asiática. El gigantismo de las construcciones de Éfeso o de Mileto, incluso de Priene, la profusión de la decoración, la abundancia de columnas que presentan decoración esculpida incluso en la base, son elementos que hacen pensar algo en los "nuevos ricos". No obstante, conviene señalar que, si bien la arquitectura privada adquiere un auge, si bien las casas multiplican los tipos de planta y de decoración, es siempre la arquitectura pública, civil o religiosa, la que ocupa el primer puesto, lo cual significa que todavía existe una preponderancia del espíritu cívico. Las grandes realizaciones urbanas de Mileto o de Priene reflejan, desde luego, una nueva mentalidad, pero ésta se inscribe aún dentro del marco de la ciudad incluso en aquellos casos en que ese urbanismo sistematiza el espacio, integrándose así en las especulaciones de los filósofos. En la Grecia propiamente dicha, estas grandes composiciones urbanas son casi inviables y las dificultades financieras de las ciudades condenan a sus programas arquitectónicos a ser muy reducidos: reconstrucción de templos destruidos, como en Tegea, embellecimiento de santuarios merced a la munificencia de particulares o

²⁸⁵ Sobre la comedia nueva, *infra*, p. 526.

de monarcas extranjeros. Frente al gigantismo asiático, en la Grecia continental la renovación arquitectónica se traduce en monumentos relativamente modestos: una serie de *tholoi*, monumentos circulares especialmente elegantes, de edículos, de monumentos "corégicos", etc. En cuanto a los monumentos civiles, áreas para la celebración de asambleas, teatros, arsenales, fortificaciones, responden a necesidades utilitarias antes que artísticas.

En estos aspectos, el siglo IV anuncia simplemente lo que la conquista de Alejandro generalizará. Sin minimizar todo cuanto el oriente aportará al mundo de las ciudades, el arte helenístico será más bien testimonio de una evolución larvada en la crisis de la ciudad griega que del efecto de una serie de influencias recíprocas.

CONCLUSIÓN

A la hora de saber si la civilización griega clásica llegó a su fin con el desastre de Queronea, la opinión de los autores modernos ha sufrido varios cambios. Algunos consideran que, a partir del 404, terminó ya la Grecia humanista y equilibrada simbolizada por la Atenas de Pericles. Otros, los estudiosos alemanes en particulares, hacen comenzar la época helenística, el *Hellenismus*, con la llegada al trono de Filipo de Macedonia²⁸⁹. En cuanto a la tradición democrática francesa y anglosajona, comparte de buena gana los puntos de vista de Demóstenes y considera la victoria del macedonio el acta de defunción de la ciudad griega libre y de su civilización. Mas las cosas no son tan simples. Casi todo cuanto sabemos sobre las instituciones y la vida económica de las distintas ciudades griegas proviene de fuentes del siglo IV, principalmente atenienses. Todavía hay más: es justo ahora cuando las instituciones toman definitivamente forma, cuando podemos entrever el estatuto del esclavo o del meteco, cuando a través de la reflexión de Aristóteles se perfilan los contornos de la condición de ciudadano. Y si, después de Queronea el centro del escenario está ocupado primero por Filipo, luego por Alejandro y por sus sucesores, no por eso la vida de las ciudades griegas deja de seguir su marcha, inalterada en apariencia, aunque ahora conocemos mucho mejor las instituciones gracias a la abundancia de documentación, sobre todo epigráfica²⁹⁰.

Y pese a todo hemos hablado de crisis: es importante, por consiguiente, medir exactamente su sentido y alcance. Resulta evidente que esta "crisis" no podría ser interpretada en términos de economía política moderna. No estamos ni ante una superproducción, ni ante un retraimiento de los mercados, ni ante el alza de los precios. Pero no se trata solamente de una "crisis de conciencia" sin más, de un abandono de los antiguos valores que habría ocasionado la ruina de todo el sistema. Aunque algunas ciudades conocen efectivamente una serie de dificultades materiales, y en particular financieras, aunque tales dificultades acentúan los antagonismos dentro de la comunidad cívica, aunque de esos antago-

²⁸⁹ Sobre este problema de periodización, cf. *infra*, p. 302.

²⁹⁰ Cf. *infra*, p. 429.

nismos brotan enfrentamientos en ocasiones cruentos y que provocan la inquietud y una cierta pérdida del respeto por los valores tradicionales, aquellos fenómenos son manifestaciones de una crisis que afecta a las estructuras más profundas de la ciudad. En su calidad de comunidad de hombres libres e iguales ante la ley, pero comunidad cerrada y de la que se excluía a las mujeres y a los niños, a los extranjeros, a los dependientes y a los esclavos, inscrita en el territorio cívico que constituía un bien colectivo (incluso aunque la tierra fuese objeto de apropiación privada), organizada en torno de ese centro político y religioso que era la ciudad coronada por su acrópolis, la *polis* respondía a un modelo teórico ideal, pero que, al poco de ser trazado, quedó afectado por sus propias contradicciones. Dada la imposibilidad de vivir en autarquía, la comunidad cívica tuvo que abrirse precozmente al mundo exterior. Lo que Platón tomaba por influencia perniciosa del extranjero, y sobre todo del extranjero llegado por mar, desde la perspectiva de un historiador representa el efecto de un proceso que, por el camino de los intercambios, rompió el equilibrio. Buen número de engranajes de este mecanismo nos resultan desconocidos. Pero, en el siglo IV, se vislumbra la culminación del proceso: por una parte, la comunidad cívica deja de ser socialmente homogénea para englobar un grupo de categorías económicamente distintas, campesinos, artesanos, comerciantes, propietarios de tierras, de esclavos y de talleres, desocupados. Pero simultáneamente este grupo, dentro del cual habían aumentado las disparidades económicas y sociales, reforzó su unidad política: el *demos* es el conjunto de los ciudadanos atenienses, cuya soberanía se expresa en las asambleas y en los tribunales, cuyos derechos están precisados en un código conocido por todos. Ahora bien, el desarrollo de aquellas instituciones que garantizan dicha unidad política contiene, en embrión, lo que podríamos llamar el aparato del Estado. Incluso aunque esta noción pueda parecer excesiva aplicada al mundo de las ciudades griegas, resulta cierto que en el siglo IV asistimos a una especialización de funciones, principalmente en dos campos esenciales, el de la guerra y el de las finanzas, y que esa especialización conduce a la configuración de una "clase política". En adelante, las antiguas luchas entre facciones, basadas a menudo en clientelas regionales, son reemplazadas, si no por luchas de "partidos" al menos por conflictos que enfrentan a grupos de "profesionales" de la política, cuyos lazos pueden proceder tanto de relaciones matrimoniales como de convergencias de intereses, aunque no guardan ya ninguna relación con los grupos gentilicios de época arcaica y de comienzos del siglo V. La existencia de una "clase política" supone una ruptura de la comunidad cívica. No es casualidad si Aristóteles, al reaccionar contra las realidades contemporáneas, define al ciudadano como aquel que, alternativamente, gobierna y es gobernado. Ahora bien, ocurre que en lo sucesivo sólo vemos a aquellos que gobiernan (una minoría) y a aquellos que son gobernados y se apartan cada vez más de la vida política, para ocuparse de sus propios asuntos si son ricos, o procurar subsistir si son pobres.

Sin embargo, en los escalones inferiores de la ciudad se hallan los demás, esos otros a los que sólo conocemos por contraste con los ciudadanos. El estatuto de la mujer evolucionó poco durante el siglo IV, pese a cuanto se haya dicho²⁹¹. Entre los niños, las chicas están destinadas a ser eternas menores de edad, los extranjeros participan en el crecimiento de los intercambios (intercambios que no son más que comerciales), pero cuando llegan a introducirse en la ciudad, lo consiguen siempre de forma individual y en virtud de un privilegio. En cuanto a los esclavos, sencillamente no existen, puesto que no poseen entidad legal, y, aunque su número aumente o disminuya, continúan siendo algo externo a la ciudad, que a lo sumo se preocupa por reglamentar su venta o su alquiler y por vigilar que no reciban un tratamiento demasiado inhumano.

¿Qué influencia ejercen esos “marginales” sobre el futuro de la ciudad? La presencia de extranjeros y de esclavos es por sí misma una negación del ideal cívico. En la *República* de Platón no hay ni esclavos ni extranjeros, y el estatuto de las mujeres está próximo al de los hombres, al menos para las mujeres-guardianas. Pero, en realidad, esa clase de gente existe y contribuye necesariamente a agravar las contradicciones internas del grupo cívico, única circunstancia sobre la que conservamos noticias. De todo eso los contemporáneos no tenían apenas conciencia; después del 338, los atenienses viven sus problemas cotidianos como si no pasara nada, y habrá que esperar a que se produzca la muerte de Alejandro y a las intrigas de algunos oradores para sacarles del sueño. Y eso que estamos hablando de los atenienses, es decir, de aquellos griegos que fueron más sensibles a los aspectos políticos de la crisis. ¿Pero qué sucedió en otros sitios? Ignoramos por completo lo que pensaban en Esparta o en Corinto, en Mantinea o en Tebas, en donde los problemas eran además distintos a los de Atenas, incluso aunque en todos esos lugares se diese un enfrentamiento entre ricos y pobres, propietarios y no propietarios. Pero tales luchas, que son más bien una intuición, reflejan también allí la ruptura de la comunidad cívica, ruptura que se complica más en algunas ciudades en donde las instituciones no estaban tan acabadas como en Atenas a causa de la intrusión en la comunidad de una serie de elementos extranjeros, de campesinos dependientes, e incluso de esclavos, que aprovecharon la existencia de un intervalo tiránico.

La victoria macedonia no proporcionará ninguna solución a la crisis de la *polis*, a no ser, como ya veremos, aunque de forma parcial y temporal, a través de esa úlcera abierta que la colonización de Oriente, preconizada por Isócrates y convertida en realidad por Alejandro, ofrecerá a los elementos desguarnecidos o flotantes de la población griega (campesinos arruinados, mercenarios, exiliados). No solamente las ciudades sobrevivirán todas —en numerosos casos, cabría decir “sobrevivirán a sí mismas”—, sino que incluso se multiplicarán, aun cuando las de nueva planta se vean privadas, eso es cierto, del atributo esencial de la independencia;

²⁹¹ Sobre su evolución ulterior, *infra*, p. 460.

y, para los bárbaros en vías de helenización, la *polis* representará el marco formal que les permitirá eventualmente eliminar la distancia que les separaba de los conquistadores helénicos. Sin embargo, en el viejo mundo griego los problemas políticos, sociales, religiosos y morales analizados en páginas anteriores continuarán, por lo general, existiendo, cuando no ocurre que experimentan una agudización todavía mayor que la del período que acabamos de examinar.

LIBRO II

ALEJANDRO
Y LA CONQUISTA DE ORIENTE
(336-323)

POR

PAUL GOUKOWSKY

INTRODUCCIÓN

LAS FUENTES DE LA HISTORIA DE ALEJANDRO²⁹²

El relato más antiguo que haya llegado hasta nosotros sobre el reino de Alejandro es el de Diodoro de Sicilia: es tres siglos posterior a los

²⁹² OBRAS DE CONSULTA.—Damos aquí una orientación bibliográfica general. Este punto ha sido analizado en diferentes ocasiones: cf. H. Bengston, *Alexander und der Hellenismus, Die Welt als Geschichte*, V, 1939, pp. 168 ss.; R. Andreotti, Il problema di Alessandro Magno nella storiografia del'ultimo decennio, *Hist.*, I, 1950, pp. 583 ss.; Fr. Hampl, *Alex. d. Gr. und die Beurteilung geschichtlicher Persönlichkeiten in der modernen Historiographie, La Nouvelle Clio*, VI, 1951, pp. 91 ss.; G. Walser, Zur neueren Forsch. über Alex. d. Gr., *Schweizer Beitr. z. allgem. Gesch.*, XIV, 1956, pp. 156 ss.; R. Andreotti, Die Weltmonarchie Alex. d. Gr. in Überlieferung und geschichtlicher Wirklichkeit, *Saeculum*, VIII 1957, pp. 120 ss.; E. Badian, *Alexander the Great, 1948-1967, The Classical World*, LXV, 1971, pp. 37 ss. y 77 ss. — J. Seibert, *Alexander der Gr., Erwäge der Forschung*, X, Darmstadt, 1972, contiene una bibliografía sistemática.

Véanse las diversas historias generales, y en especial la de K. J. Beloch, *G.G.*, III-IV, siempre útil para los problemas de cronología; las monografías de U. Wilcken, *Alex. der Gr.*, Leipzig, 1931 (trad. franc., *Alexandre le Grand*, París, 1933); W. W. Tarn, *Alex. the Great*, I, *Narrative*; II, *Sources and Studies*, Cambridge, 1948-1950; R. D. Milns, *Alexander the Great*, Londres, 1968; F. Schachermeyr, *Alexander der Gr.: das Problem seiner Persönlichkeit und seiner Wirkens*, Viena, 1973; J. R. Hamilton, *Alexander the Great*, Londres, 1973; P. Green, *Alexander of Macedon*², Pelican Biographies, 1974; véanse asimismo las recopilaciones de estudios dedicados a problemas concretos: *Greece and Rome*, XII, 1965; *Alexander the Great, the main problems*, ed. by G. T. Griffith, Cambridge, 1966.

Problemas diversos: juicios de las escuelas filosóficas sobre Alejandro: cf. W. Hoffmann, *Das literarische Porträt Al. der Gr. im gr. und röm. Altertum*, Leipzig, 1907 et F. Weber, *Alex. der Gr. im Urteil der Gr. und Römer*, Giessen, 1909. Se ha exagerado mucho la severidad de los Peripatéticos con respecto a Alejandro: cf. E. Badian, *Cl.Q.*, VIII, 1958, pp. 158 ss.; E. Mensching, *Hist.*, XII, 1963, pp. 274 ss.; E. Istler, *Aristoteles und der Peripatos in ihrem Verhältnis zu Alexander*, diss., Viena, 1968, dact.; suplemento bibliogr. J. Seibert, *o. c.*, *supra*, pp. 24 ss. — Popularidad de Alejandro en las épocas helenística y romana: A. Heuss, *Alexander der Gr. und die politische Ideologie des Altertums, Antike und Abendland*, IV, 1954, pp. 64 ss.; T. F. Pfister, *Alexander der Gr.: die Geschichte seines Ruhmes im Lichte seiner Beinamen*, *Hist.*, XIII, 1964, pp. 37 ss.; D. Michel, *Alexander als Vorbild für Pompeius, Caesar und Marcus Antonius*, Bruxelles, 1967; D. Kienast, *Augustus und Alexander*, Gymnasium, LXXVI, 1969, pp. 430-466; véase además J. Seibert, *o. c.*, pp. 217 ss.

hechos... No podemos, pues, abordar esta época sin tener en cuenta brevemente las condiciones que nos la han dado a conocer. Ni Diodoro ni, tras él, Arriano, ni Plutarco, ni Quinto Curcio, ni Pompeyo Trogo, abreviado por Justino, ni el autor novelesco llamado "Pseudo-Calístenes", tuvieron acceso a los documentos contemporáneos: simples compiladores, utilizaron obras de épocas helenísticas, las cuales, salvo en el caso de algunos fragmentos, se han perdido. Sin embargo, adivinamos que estas fuentes de nuestras fuentes no eran siempre objetivas (Alejandro fue exaltado por unos y vilipendiado por otros), y que no estaban siempre muy bien informadas. La historia moderna de Alejandro supone, por lo tanto, un inmenso trabajo crítico.

Los primeros historiadores de Alejandro no debieron disponer de muchos documentos auténticos, ya que los archivos reales no parecen haber sido accesibles durante mucho tiempo. Entre lo que contenían citaremos las *Efemérides* (en las cuales consignaba el canciller Eumenes los

Sobre la cuestión de las fuentes literarias, cf. las bibliografías de J. Seibert, *o. c.*, *supra*. — Historiadores perdidos: texto de los fragmentos en C. Müller, *Scriptores rerum Alex. Magni* (en el apéndice de la edición de Arriano de F. Dübner, París, 1848); F. JACOBY, *Fragm. d. gr. Hist.*, II B (texto), II BD (comentario); trad. ingl. de los fragmentos en Ch. A. Robinson Jr., *The history of A. the Great*, I, Providence, 1953. Cf. también L. Pearson, *The lost histories of Alex. the Great*, New York, 1960. — Historiadores conservados. Diodoro, XVII: véanse las ed. de Fischer, coll. Teubner, t. IV, 1964; de C. B. Welles, coll. Loeb, t. VIII, 1962, con trad. ingl. y notes; de P. Goukowsky, coll. Budé, en prensa, con comentario. — Quinto-Curcio, *Historias*: véase la ed. con trad. franc. de H. Bardon, coll. Budé, 1961; S. Dossou, *Etudes sur Quinte Curce*, Paris, 1887, sigue siendo fundamental. — Plutarco: sobre la *Vida de Alejandro* véanse las ed. de Lindskog y Ziegler, coll. Teubner, II, 2, 1968, de Perrin, coll. Loeb, t. VII, con trad. ingl. y la de R. Flacelière, coll. Budé, en prensa; introducción y comentario: J. R. Hamilton, *Plutarch's Alexander, a commentary*, Oxford 1969; sobre las fuentes de Plutarco véase I. RABE, *Quellenkritische Untersuchungen z. Plutarchs Alexanderbiographie*, Hambourg, 1964. Para el opúsculo *De Alexandri fortuna an virtute*, véanse las ediciones de Nachstädt, coll. Teubner, *Moralia*, II, 2, 1935, y de Babbitt, coll. Loeb, IV, 1936 con trad. ingl. — Arriano: para la *Anábasis*, véanse las ed. de Roos, coll. Teubner, 1935, y de Robson, coll. Loeb, 1929-1933, con trad. ingl.; para la India, véase la ed. de P. Chantraine, coll. Budé, 1927 con trad. franc., y notas. — JUSTINO: véase la ed. de O. Seel, coll. Teubner, 1936, y del mismo, *Pompeius Trogus. Fragmenta*, coll. Teubner, 1956, así como su trad. alemana anotada: *Pompeius Trogus, Weltgeschichte im Auszug der Justin*, Zurich-Munich, 1972; para una trad. franc. de Justino, véase la ed. de E. Chambry y L. Thely-Chambry, coll. Garnier, 1936. — Ps. Calístenes, *Romance de Alejandro*: acudir principalmente a la *recensión A*, la más antigua, editada por W. Kroll, Berlin, 1958; véase sobre todo R. Merkelbach, *Die Quellen der gr. Alexanderromans*, Munich, 1954. — Mencionemos otra fuente tardía, llamada *Epítome de Metz* (*Incerti auctoris Epitoma rerum gest. Alex. Magni*), que se puede ver en la ed. de P. H. Thomas, coll. Teubner, 1966.

Sobre la moneda de Alejandro, véase principalmente A. R. Bellinger, *Essays on the coinage of Alex. the Great*, New York, 1963, y G. Le Rider, *Annuaire de l'Ecole pratique des Hautes Etudes*, IV^e section, 1968-1969, pp. 173 ss., 1969-1970, pp. 255 ss.; 1970-1971, pp. 241 ss.

Inscripciones: cf. H. H. Schmitt, *Staatsvertr.*, III, Munich, 1969; Tod, II, Oxford, 1962, n.º 183 sqq.

Relatos de viajes modernos que han contribuido a elucidar la geografía de la conquista: cf. las síntesis de Th. Holdich, *The gates of India*, Londres, 1910, para Afganistán, y de A. Gabriel, *Die Erforschung Persiens*, Viena, 1962, para Irán.

hechos cotidianos y de las cuales los únicos pasajes que parecen haber sido públicos son los últimos, relativos a la muerte de Alejandro) y la correspondencia real: en ésta, que ofreció tempranamente material para recopilaciones, había documentos probablemente auténticos que se codeaban con textos apócrifos. Pero Alejandro tuvo también hasta el año 327 un historiógrafo oficial, Calístenes, sobrino de Aristóteles, cuya obra estaba por supuesto escrita *ad majorem regis gloriam*: documento "oficial", cierto es, pero de un valor discutible, aunque no por ello dejó de ser muy utilizado en la antigüedad.

Los prodigiosos años que vivieron junto al Conquistador llevaron a varios de sus compañeros a redactar sus recuerdos: conocemos los de Cares, chambelán de Alejandro, quien consignó varios episodios de la vida del monarca y de los círculos allegados al rey; los de Polícleto, observador curioso en temas de geografía y economía; los de Aristóbulo, cuya obra repleta de datos de toda índole —que utilizaron Estrabón y Arriano— fue apreciada por su seriedad y su información; los del cretense Nearco, almirante de Alejandro e íntimo suyo desde la adolescencia, el cual fue sin duda uno de los mejores conocedores de la personalidad real; por último, los de Ptolomeo, cuyas *Memorias* justificaban *a posteriori* la carrera ulterior. De estas obras, no quedan más que jirones que apenas permiten captar sus tendencias. Además, otros contemporáneos que no habían tomado parte en la conquista, pero fueron testigos impresionados, se propusieron relatarla. El más importante de éstos fue Clitarco, que escribió una monumental historia de Alejandro acabada en Alejandría, a donde Ptolomeo le había llamado. Este erudito parece haber recopilado una amplia documentación, cuyo uso, sin duda, fue más restringido desde el momento en que se puso al servicio del Lágida: no obstante, la pérdida de su obra es una desgracia irreparable.

Tales eran los documentos y las "fuentes primarias". ¿Pero cómo fue utilizado todo ello por los historiadores más tardíos que han llegado hasta nosotros? Este inmenso problema no ha sido resuelto por completo, pero cabe aceptar como definitivo el reconocimiento de dos grandes ramas en el seno de la tradición: por un lado, aquella que se denomina la "vulgata", que deriva de Clitarco, principalmente representada por Diodoro, Quinto Curcio y Justino, aunque también la usan Arriano, Plutarco y el Pseudo-Calístenes; por otro lado, tenemos una rama que deriva de Ptolomeo y de Aristóbulo, y que está fundamentalmente representada por la Anábasis de Arriano, pero en ella se inspira algunas veces Quinto Curcio. Nada autoriza a preferir sistemáticamente una de las ramas de la tradición sobre la otra, ni uno de los autores que han llegado hasta nosotros frente a otro. Éstos son, de todas formas, muy distintos por su personalidad, sus ideas y su métodos. Entre ellos, Arriano ha gozado a lo largo del tiempo de un prestigio excesivo: sin duda era concienzudo, competente, bien informado y su Anábasis tiene grandes méritos, pero todo eso lo echa a perder su inocente admiración por Alejandro y su *parti pris* a favor de Ptolomeo y de Aristóbulo. La crítica a la que conviene someterlo permite a menudo verificar que los autores paralelos encierran también cuali-

dades apreciables, incluso Plutarco en el campo de la anécdota. Pero estos historiadores, además de sus propios defectos (como, por ejemplo, la retórica moralizante de Quinto Curcio...), tienen todos un defecto común: ligados a los pasos del Conquistador, han sido propensos a desatender lo que acaecía lejos de él y lo que no constituía la conquista en sí.

Apuntemos, por fin, que mientras que la numismática del reinado de Alejandro nos ofrece importantes datos políticos y económicos, la epigrafía es, en cambio, bastante avara. No cabe entonces ninguna duda de que las condiciones de nuestro conocimiento del reinado de Alejandro, al dejar en manos de la crítica del historiador moderno una gran dosis de apreciación, son la causa de que se haya escrito tanto sobre él y en líneas tan opuestas —lo cual, en definitiva, no hace más que reflejar las divergencias de la historiografía antigua.

CAPÍTULO PRIMERO

EL SUCESOR DE FILIPO

El asesinato de Filipo en el verano del año 336 quebró el lazo personal que unía a los Macedonios alrededor de su rey y que vinculaba con el reino a sus súbditos y aliados balcánicos y griegos. Interrumpe asimismo la realización ya iniciada del proyecto asiático, gracias al cual el *hegemón* de la liga del Corinto esperaba, con ayuda de las ciudades griegas, amputar al Imperio persa sus provincias más occidentales. En resumen, abrió una crisis de casi dos años durante la cual las fuerzas modificadas por Filipo en favor de Macedonia intentan recobrar su primitivo equilibrio. Recayó sobre un hombre muy joven, aunque ya formado por la práctica de la guerra y el ejercicio de la regencia, el desenredar esta difícil situación y reactivar la obra paterna.

I.—LA CONQUISTA DEL PODER²⁹³

Venganza privada o fruto de una conspiración, el regicidio dejaba vía libre a los pretendientes rivales. En efecto, existía en la misma Macedonia una corriente hostil a la política de Filipo y algunos pensaban, para

²⁹³ OBRAS DE CONSULTA.—A propósito de la oposición en Macedonia, en vida de Filipo, cf. A. Aymard, *Basileus Makedonôn*, R.I.D.A., 1950, pp. 61 ss. = *Et. Hist. Anc.*, pp. 100 ss.— Sobre las divisiones internas del reino macedonio: A. B. Bosworth, *Philip II and Upper Macedonia*, *Cl. Q.*, XXI, 1971, pp. 93 ss.; J. R. Ellis, *Amyntas Perdikka, Philip II and Alex. the Great*, *J.H.S.*, XCI, 1971, pp. 15 ss. La disensión entre Filipo y Alejandro ha sido expuesta por U. Köhler, *Über das Verhältnis Alex. der Gr. zu seinem Vater*, *S.B. Akad. Berlin*, 1892, pp. 497 ss. (fundamental), véase también J. R. Hamilton, *Alexander's early life*, *Greece and Rome*, XII, 1965, pp. 117 ss. — Sobre el trasfondo político del asesinato de Filipo: E. Badian, *The death of Philip II*, *Phoenix*, XVII, 1963, pp. 244 ss. y en sentido contrario K. Kraft, *Der "rationale" Alexander*, *Frankfurter Althist. Stud.*, V, 1971. — Sobre el aislamiento del joven Alejandro: E. Badian, *Alexander the Great and the loneliness of power*, *A.U.M.L.A.*, XVII, 1962, pp. 80 ss. — Personalidad y papel de Antipatro: D. Kanatsulis, *Antipatros als Feldherr und Staatsman*, *Hellenika*, XVI, 1958-1959, pp. 33 ss.

Alejandro y Tesalia: H. D. Westlake, *Thessaly in the fourth century B.C.*, Londres, 1935, pp. 207 ss.; M. Sordi, *La lega Tessala fino ad Alessandro Magno*, Roma, 1958, pp.

sucedarle, en el legítimo soberano antaño suplantado, su sobrino Amintas IV. Los herederos de la casa principesca de la Lincéstida, en la alta Macedonia, tenían ellos también partidarios. Finalmente, aunque los adversarios de Alejandro no podían esperar ya un heredero nacido de la joven Cleopatra, las razones de su hostilidad permanecían intactas. Momentáneamente separado de los honores y mantenido bajo sospecha por su padre durante los últimos tiempos de su reinado, perjudicado por una madre impopular, privado de la ayuda de sus amigos exiliados, Alejandro sólo podía contar ya con el prestigio adquirido en los campos de batalla de Tracia y de Queronea. Gracias a la ausencia de Atalo y de Parmenión, así como al apoyo de Antípatro, que lo presentó a la elección del pueblo reunido en asamblea, según la costumbre, Alejandro consiguió alzarse con el reino. La ejecución de dos de los príncipes de la Lincéstida, implicados por mor de las circunstancias en el asesinato de Filipo, y la de Amintas IV, el exilio de sus partidarios, el asesinato de Atalo, el de Cleopatra y el de su familia, zanjaron la situación sin provocar alborotos profundos. Pero la libertad de actuación del joven rey era muy limitada frente a un Antípatro o un Parmenión, viejos compañeros de Filipo, apoyados por su parentesco y su clientela. Humildes principios: sobre los campos de maniobra, Alejandro tuvo que probar a sus tropas su *savoir faire*, mientras que gestos políticos nimbados de oportunismo (una exención general de impuestos) le aseguraron el favor popular.

302 ss.; C. Habicht, *Epigraphische Zeugnisse zur Geschichte Thessaliens unter mak. Herrschaft*, *Ancient Macedonia*, Thessaloniki, 1970, pp. 265 ss.

Alejandro y las ciudades griegas: desconocemos si el tratado entre Alejandro y las ciudades (Tod, II, n.º 133; *Staatsvertr.*, III, n.º 403) prorrogaba el de Filipo o si se trataba de un documento distinto: el debate lo resume J. Seibert, *o. c.*, pp. 74-77. Véase asimismo T. T. B. Ryder, *Koine Eirene*, Oxford, 1965, pp. 106 ss.; 150 ss. — Sobre las relaciones entre Delfos, Alejandro y la Anfictionía: A. Colombini, *Per una valutazione dei rapporti Delfico-macedoni dalle origini del regno argeade ad Alessandro Magno*, *Studi Class. e Orient.*, XII, 1963, pp. 183 ss.

Alejandro y Tracia: G. Mikhailov, *La Thrace aux IV^e et III^e s. avant notre ère*, *Ath.*, XXXIX, 1961, pp. 33 ss.; A. Succeveanu, *Un Callatien dans l'armée d'Alexandre le Grand*, *Dacia*, X, 1966, pp. 339 ss.; D. M. ΠΙΠΙΔΙ, *I Greci nel basso Danubio*, Milan, 1971, pp. 77 sqq.; 92; 188 ss.; 203 ss. — Acerca del itinerario de Alejandro en su marcha sobre el Danubio, cf. J. Seibert, *o. c.*, p. 263.

Levantamiento de Tebas y movimientos antimacedonios en Grecia: P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique*, Paris, 1968 *passim*; L. BRACCESI, *Le trattative fra Alessandro e gli Ateniesi*, *Vichiana, Rassegna di Studi Classici*, IV, 1967, pp. 75 ss.; L. Braccesi, *A proposito d'una notizia su Iperide*, *R.F.*, XCV, 1967, pp. 157 ss. — Sobre la actitud de los peloponesios: P. Cloché, *A propos d'un chapitre de Polybe*, *A.C.*, VIII, 1939, pp. 361 ss.

Propaganda de Alejandro frente a los griegos: H. U. Instinsky, *Alex. der Gr. am Hellespont*, Godesberg, 1949; S. Perlman, *The coins of Philip II and Alexander and their panhellenic propaganda*, *N.C.*, 1965, pp. 57 ss. — Sobre el escaso entusiasmo que suscitó: U. Kahrstedt, *Das athenische Kontingent zum Alexanders Zug*, *Hermes*, LXXI, 1936, pp. 120 ss. — Sobre el gesto de plantar su lanza en el suelo de Asia y el significado del término *dorikitetos*: W. Schmitthener, *Über eine Formveränderung der Monarchie seit Alex. d. Gr.*, *Saeculum*, XIX, 1968, pp. 31 ss.

En el exterior, el edificio levantado por Filipo se tambalea. En el norte, salvo algunas excepciones, las poblaciones balcánicas aprovechaban la ocasión para reconquistar su libertad. En el sur, Tesalia recordaba el carácter personal del lazo que le unía al soberano macedonio. En cuanto a las ciudades griegas, manifestaban su hostilidad con más o menos rigor. El futuro de la expedición panhelénica y la existencia misma de la liga de Corinto parecían comprometidas.

El verano estaba demasiado adelantado para entablar una batalla en los Balcanes. Así pues, Alejandro condujo su ejército a Tesalia. Impresionadas, las ciudades le otorgaron la presidencia de su federación. Convocado en las Termópilas, el Consejo de la anficiónía reconoció la preeminencia de Macedonia y concedió a su rey el título de *hegemón* de los griegos. Tebas, Ambracia y Atenas se excusaron por sus cambios de talante. El Consejo de la liga de Corinto le confirmó los poderes de Filipo con la misión de conducir a Asia la expedición proyectada. Así, tras algunas semanas de paseo militar, Grecia comprendió que la desaparición de Filipo no había modificado la relación de fuerzas y las veleidades de emancipación desaparecieron ante la eficacia del "jovencito".

Más peligrosa se anunciaba la llamada al orden de los Bárbaros del norte, tracios del Hemo, tríbalos y getas, que alimentaban hacia Macedonia tanto odio como codicia. En la primavera del 335, mientras Antípatro ejercía la regencia y Parmenión sufría, en Asia Menor, derrota tras derrota ante Memnón de Rodas, Alejandro inició en los Balcanes una campaña difícil y brillante. De este lado del Danubio, los tracios y los tríbalos debían someterse. Se atravesó el río, se dispersó a los getas y se fijó la frontera estratégica del reino en el Danubio: las ciudades griegas del Ponto vieron en lo sucesivo en Macedonia una protectora.

Un doble peligro hizo regresar a Alejandro al sur: fue, en primer lugar, una incursión de pueblos ilirios. Gracias a una rápida campaña, Alejandro los disuadió de entregarse durante mucho tiempo a tales incursiones.

Al día siguiente de esta victoria Alejandro se enteró del levantamiento de Tebas, provocado por la falsa noticia de su muerte y por la diplomacia persa. Efectivamente, el imperio persa, que había estado ausente de la escena internacional hasta el momento de la muerte de Filipo, tenía desde mayo del año 336 un soberano capaz: Darío III Codomano, quien había conseguido una contraofensiva de envergadura en Asia Menor gracias al condotiero Memnón de Rodas, mientras que los emisarios persas amotinaban todas aquellas regiones de Grecia que eran hostiles a Macedonia o que estaban dispuestas a venderse. En las ciudades-estado, a fuerza de subsidios, el Gran Rey armó a los patriotas y reclutó agentes y mercenarios. Demóstenes mantenía contactos con el sátrapa de Sardes y administraba un presupuesto enorme. Por valentía o inconsciencia, los demócratas tebanos hicieron lo que muchos griegos soñaban y presionaron al resto de los helenos para unirse a ellos. Antípatro invitó, por su parte, a los miembros de la liga a aportar su ayuda contra una ciudad que había roto la paz común en provecho de los persas. Los griegos evitaron

tomar partido o les volvieron la espalda, mientras que Alejandro acudió a marchas forzadas, incorporándosele los focidios y los beocios, enemigos tradicionales de Tebas. Abandonados a sí mismos, los tebanos sucumbieron. El rey dejó al consejo de la liga, en el que los enemigos de Tebas eran mayoría, el cuidado de fijar el destino de los vencidos: el consejo decidió que la ciudad sería destruida, su población vendida y los fugitivos declarados fuera de la ley. Alejandro ejecutó fríamente la sentencia.

Este "ejemplo" hizo inútil una demostración militar en el Ática, que además habría sido inoportuna en vísperas de una campaña en Asia: dado que los partidarios de Macedonia no eran suficientes para gobernar Atenas, más valía no acentuar la colusión entre sus adversarios y Susa. ¿Cómo hablar de una guerra panhelénica contra los persas si Atenas se aliaba al enemigo común o si, al igual que Esparta, estaba disgustada? Tras haber pedido varias cabezas, Alejandro se dejó convencer por Demades para aceptar un compromiso: Atenas salvaba su prestigio, pero adoptaba —de manera provisional— una política conforme a los intereses de Macedonia, cuyos enemigos más irreductibles se marcharon a territorio persa.

En aquel otoño del año 335, la Asamblea de la liga fijó para la primavera siguiente el inicio de la expedición asiática y confió al joven rey el cuidado de descargar las contribuciones entre los aliados. El entusiasmo parece haber sido una fachada, si se considera la mediocridad del esfuerzo pedido y consentido: Atenas no alineó más que 20 trirremes y 700 hombres (menos de la décima parte de su potencial militar), y parece que las demás ciudades participaron en igual proporción. Comparados con los 50.000 mercenarios griegos que combatían en las filas persas, los 7.000 infantes y los 600 jinetes proporcionados por las ciudades, hacían un pobre papel. Además, estas tropas tuvieron muy escasa relevancia, ya sea porque el rey dudaba de su eficacia, ya porque no deseaba asociarlas demasiado a sus victorias. En cuanto a la flota que se reunió en la desembocadura del Estrimón, era esencialmente griega, pero tan poco segura que Alejandro nunca se atrevió a hacerla combatir contra las escuadras enemigas. Grecia no entró, por tanto, en guerra sino con reticencia y los esfuerzos del rey por resucitar la epopeya homérica o recordar los crímenes de Jerjes no hicieron olvidar a los griegos que el imperio persa se había convertido en la mejor garantía para su libertad. Aunque los lectores de Isócrates podían alegrarse, más numerosos eran aquellos que esperaban que el poderío macedonio se desgastaría en Asia y que mantenían correspondencia bajo mano con sus amigos colocados al servicio de los persas.

Esta guerra interesaba sobre todo a Macedonia y era inevitable desde que en el 340 Artajerjes III ayudó a Bizancio y a Perinto en su resistencia contra Filipo. Éste había comprendido que Susa iba en adelante a prestar ayuda a todos sus enemigos para detener el auge de una potencia que se hacía inquietante. Para evitar ese peligro, seguramente Filipo no había previsto conquistar todo el Imperio persa. Pero las revueltas de los sátrapas habían demostrado cuán fácil resultaba separar las provincias

egeas, donde la influencia griega era vivaz, las cuales podrían hacer de pantalla entre las dependencias helespónticas de Macedonia y la meseta anatólica, fuertemente iranizada. Filipo hubo de convertirse en el campeón de los griegos y enfrentarlos a los persas antes de que éstos se aliasen con los griegos contra él. Ya que la "Paz del Rey" había sido vulnerada en sus principios por el auge de Macedonia, Filipo no podía sino adoptar la idea de una expedición panhelénica a Asia, de la que Isócrates se convirtió en propagador. Pero aunque la ayuda de los griegos fuese necesaria, el rey no había proyectado repartir con ellos los despojos de los persas y la expedición preliminar confiada a Parmenión y a Atalo se había mantenido como una empresa estrictamente macedonia.

Alejandro estaba obligado a reanudar esa política, convertida en un plan todavía más necesario por los reveses sufridos en Asia Menor (en donde Parmenión no había conservado más que las cabezas de puente) y por la ayuda brindada por los persas a los tebanos. El círculo del rey sabía que la guerra era inevitable; sin embargo, no la juzgaban urgente. Antípatro y Parmenión consideraban los peligros de una crisis dinástica si el joven rey moría sin heredero. Inquietos por el bien del estado, y puede que deseosos de colocar a sus hijas, urgían a Alejandro a casarse y a no marcharse a Asia antes de haberse asegurado una descendencia. Pero el rey no podía satisfacer al primero sin indisponerse con el segundo. Tacto político, cuidado por preservar su independencia o impaciencia natural, son otras tantas razones que le hicieron apresurar su partida. Gracias a la guerra, pensaba escapar de la tutela de Antípatro, al que encomendó la regencia del reino y el encargo de reemplazarlo en Grecia. Contaba asimismo con conquistar un prestigio militar suficiente para librarse del viejo Parmenión y de su molesta familia, que se había apoderado de los principales puestos de mando en el cuerpo expedicionario.

Sin embargo, Alejandro no empeñó a Macedonia sino con prudencia en esta aventura. La mitad de su potencial militar permaneció a disposición de Antípatro, que podría así, siendo necesario, intervenir en los Balcanes o en Grecia. Pero el rey no trató con miramientos a sus vecinos: Tesalia movilizó toda su caballería, que no era inferior ni en número ni en calidad a la de los *hetairoi* macedonios. Los Bárbaros del norte (tracios, peonios, tríbalos, agrianos), atraídos por la perspectiva del botín, sobrepasaban en número y en belicosidad a los contingentes helenos.

El joven rey, que en la primavera del 334 cruzó a Asia al frente de las fuerzas aliadas, no realizó ninguna innovación. Dio pruebas de sangre fría, de decisión, de sentido político, de genio militar (su campaña balcánica sobrepasó todo lo realizado por Filipo), pero su ejército y su política eran los de su padre: la presencia a su lado de los más cercanos colaboradores de aquél era testimonio y signo de esta continuidad. Nadie podía prever ni el éxito ni los mitos futuros, sino a través de gestos espectaculares, como esa lanza que Alejandro, en el momento de desembarcar, plantó en el suelo de Asia y significaba que tomaba *personalmente* posesión de los dominios del Gran Rey y que los convertía en *ge doriktetos*, en "tierra conquistada con la lanza".

III.—LA REALIZACIÓN DEL PROYECTO ASIÁTICO²⁹⁴

La corte de Susa parecía haber subestimado el peligro. Gracias a Memnón de Rodas, acababa de obtener un éxito completo y, tanto en las ciudades de Asia como en las Cícladas, sus devotos regímenes oligárquicos habían sido restaurados y fortalecidos. Sintiendo que los aires cambiaban, el dinasta cario Pixodaro²⁹⁵ casó a su hija y heredera con el persa Orontopates, en muestra de su fidelidad. Chipre y Fenicia impulsaron los preparativos marítimos ordenados por el Gran Rey, el cual alistó gran cantidad de mercenarios. Ante la imposibilidad de evitar el desembarco enemigo, Darío se había desembarazado de esta guerra fronteriza haciéndola recaer sobre los sátrapas de Frigia y de Lidia, respaldados por la caballería iraní y los mercenarios de Memnón. No obstante, olvidó designar a un comandante en jefe: en el cuartel general de Zeleia, donde iraníes y griegos rivalizaban, Memnón no pudo imponer la política de tierra quemada: el espíritu caballeresco de los persas prevaleció sobre los ardides de la estrategia griega.

Tras una peregrinación a Troya, tan romántica como publicitaria, Alejandro se reunió con el grueso del ejército en Abidos. Al comprobar que las ciudades de Asia, lejos de recibirlo como "libertador", observaban una reserva prudente, dio la espalda a Jonia y fue al encuentro del enemigo. Alcanzó el río Granico (Bigha Tschai), detrás del cual se habían detenido los persas. De los dos relatos irreconciliables de esta primera batalla, parece deducirse que los estados mayores enemigos estaban igualmente divididos y que, contra los consejos de prudencia de Parmenión, Alejandro decidió responder, al frente de su caballería, a las provocaciones de la caballería persa, mientras que la infantería mercenaria aún no estaba dispuesta para entrar en acción. Feliz obcecación que privó a la infantería enemiga del apoyo de su caballería y la condenó a la masacre, la batalla del Granico (junio 334) debilitó al adversario y decapitó a su esta-

²⁹⁴ OBRAS DE CONSULTA.—Véase la exposición completa de A. Baumbach, *Kleinasein unter Alexander dem Gr.*, Iena, 1911. Para la estancia de Alejandro en Tróade, añadir a la bibliografía citada por J. Seibert, *o. c.*, pp. 81-82: F. Goethert-H. Schleif, *Der Athenatempel von Ilion*, Berlín, 1962, pp. 34 sqq. — Batalla del Granico: existe abundante literatura, de la cual mantendremos: A. JANKE, *Auf Alex. des Gr. Pfaden. Eine Reise durch Kleinasien*, Berlín, 1904; W. Leaf, The military geography of Troad, *Geogr. Journ.*, XLVII, 1916, pp. 401 sqq.; E. W. Davis, The Persian battle plan at the Granicus, *Mélanges Caldwell*, Chapel Hill, 1964, pp. 34 sqq.; P. Green, *Alexander of Macedon*², Pelican Biographies, 1974, Appendix, pp. 488 sqq.: el autor muestra bien la importancia de la propaganda en los diversos relatos que han llegado hasta nosotros, en particular en el de Diodoro.

Estatuto otorgado a las ciudades griegas dependientes del Gran Rey. La discusión es inagotable: cf. la opinión de J. Seibert, *o. c.*, pp. 85 sqq. y desde entonces: D. Van Berchem, Alexandre le Grand et la restauration de Priène, *Mus. Helv.*, XXVII 1970, pp. 198 sqq.; G. Wirth, Die Syntaxeis von Kleinasien, 334 v. Chr., *Chiron*, II, 1972, pp. 91 sqq. — Honores divinos otorgados a Alejandro por algunas ciudades griegas de Asia: Chr. Habicht, *Gottmenschen und griechische Städte*², Munich, 1970, pp. 17 sqq. — Para la estancia de Alejandro en Caria: J. Bockisch, Die Karer und ihre Dynasten, *Klio*, LI, 1969, pp. 166 sqq.

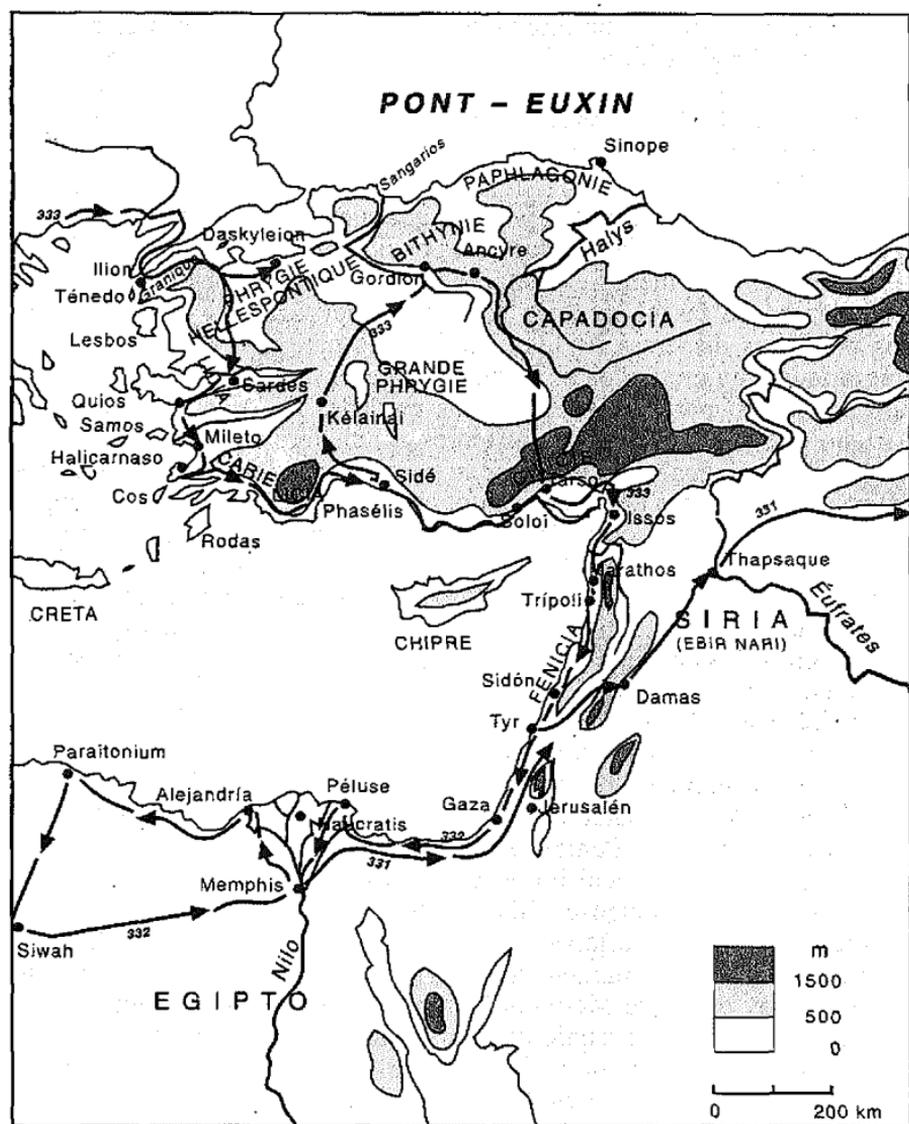
²⁹⁵ Cuarto sucesor de Mausolo (*supra*, p. 63).

do mayor. Abandonada sin directivas, la administración persa entregó al vencedor la Frigia Helespónica y Lidia. Dascileo y Sardes fueron ocupadas sin combate. Los macedonios reemplazaron a los iraníes sin que fuese modificado el sistema satrápico. La posesión de estas dos ricas provincias sacó a flote las finanzas reales y no se habló de repartir ganancias con los aliados.

Abandonadas, en general, por sus guarniciones, que desertaron, las ciudades griegas de Asia no tenían más opción que unirse al campo de los vencedores. Más o menos espontáneamente, los regímenes democráticos reemplazaron a las oligarquías feudatarias del Gran Rey. Pero ciertas observaciones dispersas de los historiadores antiguos y algunos textos epigráficos muy mutilados no permiten obtener una idea exacta del estatuto concedido por el vencedor a las ciudades de Asia. Sabemos por Arriano que algunas ciudades insulares concluyeron tratados "con Alejandro y los griegos"; Diodoro, por su parte, afirma que algunas ciudades del continente fueron declaradas autónomas y liberadas del tributo, signo de su sujeción; una inscripción de Priene muestra a Alejandro delimitando el territorio de la ciudad, que en adelante será distinto de la "tierra real". Pero ignoramos si los estados liberados recuperaron todos su plena soberanía, si fueron admitidos en la liga de Corinto o si fueron simplemente agrupados en confederaciones, o incluso si las ventajas concedidas con la euforia de la liberación fueron mantenidas más tarde²⁹⁶.

No obstante, la resistencia persa se organizaba. En la persona de Memnón, en lo sucesivo dotado de plenos poderes, Alejandro encontró un adversario hábil y obstinado, cuya familia había tejido una red de amistades en Asia, en Grecia y hasta en Macedonia. Sobre todo, la flota armada en Chipre y en Fenicia entró por fin en acción: era tan formidable que Alejandro licenció inmediatamente la suya, no guardando más que el contingente ateniense, valioso rehén desde el momento en que las autoridades de Samos estaban abasteciendo a la flota enemiga. Aunque consiguió por escaso margen impedir que ésta entrase en el puerto de Mileto, el rey dejó que Memnón hiciera de Halicarnaso el centro de la resistencia persa; allí se reunieron numerosas personas que, como los atenienses Efiálfes y Trasíbulo o el macedonio Amintas, combatían más por odio a Alejandro que por afán de lucro. Cuando el rey llegó a Caria obtuvo fácilmente la adhesión del pueblo llano (influido por la vieja reina Ada, despojada hacía tiempo por Pixodaro), pero fracasó frente a Halicarnaso. En otoño del año 334, habiendo dejado a un subordinado estancarse en un asedio que desgastaba su prestigio, corrió a conseguir fáciles victorias sobre los indígenas de Licia y Panfilia, territorios en donde las ciudades griegas no ofrecieron ninguna resistencia. Ir más adelante hacía Cilicia hubiera entrañado el riesgo de ser aislado de Parmenión, quien internaba en Sardes vigilando Jonia. Abriéndose camino a través de Pisi-

²⁹⁶ Volveremos sobre estas cuestiones a propósito del destino de las ciudades después de Alejandro: *infra*, p. 401.



La conquista de la zona mediterránea del Imperio persa

dia, Alejandro llegó a Celene, capital de la gran Frigia (encomendada a Antígono el Tuerto) y luego a Gordio, sobre la "ruta real" que conectaba Éfeso y Sardes con la Alta Asia. En la antigua capital de Midas, al alcance de las noticias y de las embajadas llegadas del Egeo, vigilaba también la frontera del río Halis. Así, en esta primavera del 333 los sueños de Isócrates se habían realizado. Toda Asia desde esta parte del Halis obedecía al hijo de Filipo, exceptuando algunos islotes de resistencia, situados tanto en el sur (principalmente Halicarnaso y Rodas) como en el norte (Bitinia y Paflagonia) —las ciudades griegas del Bósforo y del litoral asiático del Mar Negro se mantenían al margen del conflicto.

III.—LA CONTRAOFENSIVA PERSA Y SU FRACASO²⁹⁷

Darío, sin embargo, no pensaba ni reconocer su derrota ni negociar. No había acabado aún el invierno cuando Memnón llevó la guerra a las Cícladas: Quíos, Metimna y Éreso cayeron entre sus manos. Los tiranos partidarios de los persas fueron restaurados y los tratados concluidos con Alejandro denunciados. Mientras Memnón se acercaba a los estrechos, sus emisarios trabajaban Grecia y anunciaban un próximo desembarco en Eubea. Estas noticias le llegaron a Alejandro en Gordio, en donde, sacando del olvido antiguas leyendas, cumplió con el tajo de su espada el oráculo que prometía el imperio de Asia. Pero no bastó para tranquilizar al ejército y mantener la lealtad de los indígenas. Sobre todo, era necesario mantener las comunicaciones con Europa impidiendo a Memnón realizar sus desig-

²⁹⁷ OBRAS DE CONSULTA.—Sobre el camino tomado por Alejandro: véase F. STARK, *Alexander's path from Caria to Cilicia*, Londres, 1958. — Sobre la contraofensiva persa y sus secuelas: A. R. Burn, Notes on Alexander's minor campaigns, 332-330, *J.H.S.*, LXXII, 1952, pp. 81 ss.; E. Badian, Agis III, *Hermes*, XCV, 1967, pp. 170 ss. — Alejandro en Gordio: véase sobre todo E. F. Fredricksmeier, Alexander, Midas and the oracle at Gordion, *Cl.Ph.*, L, 1961, pp. 160 ss.

Batalla de Issos: bibliografía considerable. Sobre la identificación del Pívaro, véase Seibert, *o. c.*, pp. 98-102. — Sobre las fases de la maniobra de Darío, cf. C. L. Murison, Darius III and the battle of Issos, *Hist.*, XXI, 1972, pp. 399 ss.

Alejandro en Fenicia: E. Keller, *Alex. der Gr. nach der Schlacht bei Issos bis zu seiner Rückkehr aus Ägypten*, Berlín, 1904; O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung in Syrien und Zweistromland von 520-320*, Halle, 1935; D. Barag, The effects of the Tennes rebellion on Palestine, *Bull. of the Am School of Oriental Research*, CLXXXIII, 1966, pp. 6 ss.; R. Donceel, Recherches et travaux archéologiques récents au Liban, *A. C.*, XXXVI, 1967, pp. 222 ss.; C. y G. Picard, Hercule et Melqart, *Homnages à J. Bayet, Latomus*, LXX, 1967, pp. 569 ss. — Sobre los puertos de Tiro, aún muy mal conocidos: H. Seyrig, *Syria*, XL, 1963, p. 21, con bibliografía.

Negociaciones entre Alejandro y Darío: W. B. Kaiser, *Der Brief Alexanders an Dareios nach der Schlacht bei Issos*, diss., Mainz, 1954 (dact.) concluye que la carta de Alejandro a Darío citada por Arriano, II, 14 es auténtica; véase también G. T. Griffith, *Proceedings of the Cambridge phil. Soc.*, CXCIV, 1968, pp. 38 ss., E. Mikrojannakis, The diplomatic contacts between Alex. III and Darius III, *Ancient Macedonia*, Thessaloniki, 1970, pp. 103 ss.

Alejandro en Palestina: cf. en particular H. Seyrig, *Alex. le Gr. fondateur de Gerasa*, *Syria*, XLII, 1965, pp. 25 ss. — Sobre la adhesión de Rodas: P. M. Fraser, *Alexander and the Rhodian constitution*, *P.d.P.*, VII, 1952, pp. 192 ss.

nios: por consiguiente, Alejandro ordenó a la liga armar una nueva flota que vigilase los estrechos y liberara a las Cícladas. Por otro lado, el azar vino en su ayuda, ya que Memnón murió en aquel momento. Su sobrino Farnabazo le sucedió y se empleó enérgicamente para conseguir la ejecución de su plan. Pero Darío, tan seguro de sus propias capacidades de estrategia como de su prestigio carismático, había decidido enfrentarse a Alejandro y había ordenado transportar a los mercenarios por mar hasta Trípoli de Siria, en donde se unirían al ejército real. Privado de la élite de sus tropas, Farnabazo tuvo que limitarse a efectuar cruceros que mantuvieron la presencia aqueménida en el Egeo y apoyaron su actividad diplomática.

Darío tan sólo se decidió después de una profunda reflexión. Estuvo a punto de adoptar el plan del ateniense Caridemo, que se comprometió a vencer a Alejandro con un ejército formado principalmente por mercenarios griegos. Pero el amor propio de los iraníes obligó a Darío a rechazar este plan y Caridemo fue ejecutado. En el ejército que reunió el Gran Rey, los hoplitas tomados a Farnabazo formaron la infantería pesada, los iraníes la infantería ligera (mandada de hecho por un Tesalio...) y la caballería.

La proximidad del Gran Rey indujo a los indígenas a mantener, en adelante, una mayor reserva cuando los macedonios atravesaban su territorio. Desde Grecia, donde se seguían los hechos de cerca, algunos estados juzgaron oportuno enviar embajadores a Darío. Atenas, de nuevo susceptible²⁹⁸, rehusó mandar nuevos refuerzos a Alejandro mientras que el rey de Esparta, Agis III, preparaba una entrevista con Farnabazo. Fue necesario que Alejandro, que se había mantenido a la expectativa hasta aquel momento, concibiese un plan de campaña que respondía a la iniciativa del Gran Rey. Hacía falta tiempo para conquistar Paflagonia y Capadocia, y éste aceptó una sumisión puramente formal y encargó a Antígono montar guardia sobre el Halis. Él mismo fue al encuentro de Darío a través de Licaonia. Tras conocer que el sátrapa de Tarso, Arsames, proyectaba devastar la llanura cilicia para hacerle padecer hambre y rechazarlo a Anatolia, acudió a marchas forzadas: Arsames huyó, sorprendido, entregando las puertas de Siria.

Este abandono sirvió a Darío. En efecto, mientras que Alejandro, preocupado por recuperar el retraso debido a la enfermedad que lo mantuvo en cama varias semanas en Tarso, se precipitaba ciegamente en los desfileros que llevaban a Siria (pilar de Jonás), el Gran Rey, desembocando por el norte (puertas del Aman), llegó a sus espaldas. Aislado de su base de Iso, Alejandro estaba arrinconado contra Siria y Fenicia, que le eran hostiles. Sin perder su sangre fría, volvió sobre sus pasos para buscar el combate en terreno conocido. Desoyendo a sus consejeros griegos, que le urgían a no perseguir al adversario en una región impropia para las evo-

²⁹⁸ El discurso pseudo-demosténico *Sobre el Tratado con Alejandro* muestra bien el espíritu que reinaba entonces.

luciones de la caballería, Darío aceptó la batalla, cerca de Iso, en una estrecha llanura costera que atravesaba el encajonado borde del río Píñaro. Los escuadrones persas no pudieron aprovechar su superioridad numérica para envolver al adversario, cuya ala derecha, mandada por Parmenión, se apoyaba en la costa, mientras que Alejandro conducía el ataque en el ala derecha. Los mercenarios griegos, combatiendo con rabia, consiguieron romper la falange, pero la caballería iraní se estrelló contra la resistencia de Parmenión. Alejandro, por su parte, dispersó el ala derecha persa y obligó al Gran Rey a huir: fue el desastre. No obstante, una parte de la caballería persa consiguió escapar y encontró refugio en Capadocia, mientras que los mercenarios, arremetiendo por derecho frente a ellos, alcanzaron en Trípoli los barcos que les habían traído. El campamento y la familia de Darío cayeron en manos de los vencedores. En esta noche de noviembre del 333, Alejandro tomó el baño preparado para el Gran Rey y durmió bajo su tienda circular, símbolo de la monarquía universal. Algunos días más tarde, Parmenión entraba en Damasco, donde Darío había dejado su tesoro de guerra.

Apenas había puesto el Éufrates entre Alejandro y él, Darío intentó un trato. Las negociaciones estaban claramente destinadas a mantener a Alejandro a las puertas de Fenicia. Sin embargo, el Gran Rey, que no supo abandonar en su carta la arrogancia aqueménida, no proponía nada en particular, sino salvar a su familia. Intuyendo la maniobra, Alejandro contestó con un rechazo y continuó su camino. Maltratada antaño por Artajerjes III, Sidón acogió bien a los macedonios y se benefició con ventajas territoriales. Las otras ciudades fenicias, privadas de sus flotas que combatían con Farnabazo, se sometieron por prudencia. Tiro tan sólo, jactándose de su insularidad y celosa de una independencia que asirios y persas habían respetado, intentó mantener su neutralidad. Un malentendido sobre Melqart-Heracles envenenó unas relaciones que eran ya tensas: Alejandro pretendía sacrificar intramuros en honor de la hipóstasis local de Heracles, antepasado mítico de los Argeadas; pero los tirios no podían tolerar que un extranjero llevase a cabo los ritos del "señor de la ciudad". La obstinación de ambas partes iba a bloquear al rey durante ocho meses ante Tiro: sitio inútil y costoso en vidas humanas, durante el cual los ingenieros macedonios llevaron a cabo obras prodigiosas gracias al trabajo forzado de las poblaciones.

Los persas aprovecharon la inmovilidad de Alejandro. Los restos del ejército de Iso, refugiados en Capadocia y en Paflagonia, se habían reforzado con levadas provinciales. Darío los lanzó contra la Gran Frigia para volver a abrir la ruta de Sardes. Antígono necesitó tres batallas para obligarles a cruzar de nuevo al Halis. En el Egeo, al mismo tiempo, Farnabazo retomó Mileto, Andros y Sifnos, pero la flota macedonia venció al almirante griego, al que Darío había encargado reconquistar el Helesponto. La situación también era confusa en Creta, en donde operaba Agis con una parte de los macedonios rescatados de Iso.

Estancada la guerra, las fidelidades comenzaron a desgastarse. La adhesión a Alejandro de los príncipes chipriotas y de Rodas trajo un com-

plemento decisivo en las operaciones de Tiro, sustrayendo a Farnabazo parte esencial de sus medios. Desde aquel momento, Darío abandonó las esperanzas de obtener ventaja en Anatolia y sobre el mar e intentó obtener la paz sin perder la dignidad. Nuevas propuestas fueron transmitidas a Alejandro: contraería matrimonio con una de las hijas del Gran Rey y recibiría como dote los territorios que había conquistado, mientras que Darío se reservaba tácitamente el sur de Fenicia, donde Tiro aún resistía, y Egipto. Estas proposiciones turbaron y dividieron al estado mayor macedonio, en el que antiguos consejeros de Filipo, como Parmenión, juzgaban que sería imprudente comprometer conquistas sobradamente suficientes cuando el Gran Rey levantaba un nuevo ejército en sus provincias orientales. Pero Alejandro había comprendido que mientras Darío conservase una apertura sobre el Mediterráneo, la dominación macedonia no estaría asegurada, de forma que resolvió tomar a los persas todas sus provincias marítimas y aplastarlos cuando estuviesen reducidos a sus propias fuerzas. Fue, así pues, la decisión de luchar la que triunfó.

El rechazo de las propuestas de Darío significaba que de las dos opciones del plan de Isócrates (destrucción del imperio persa o anexión de Asia hasta el Halis), salió adelante la solución máxima. Tiro fue al fin tomada y duramente castigada (agosto del 332); Alejandro dejó a Darío movilizar sus tropas con toda tranquilidad, a fin de aniquilar en una sola batalla a la élite de las provincias orientales. La experiencia le había mostrado, en efecto, la debilidad del sistema aqueménida: si conseguía romper aquellas levas provinciales conducidas por sus sátrapas, el invasor no encontraría nueva resistencia en los territorios desposeídos de sus mandos y de la élite de sus hombres. Por tanto, fue a Palestina y a Egipto hacia donde Alejandro condujo a su ejército, amputando al imperio persa lo que le quedaba de fachada marítima, e hizo así fracasar las últimas empresas de Agis y de Farnabazo.

IV.—EL TIEMPO DE LAS AMBIGÜEDADES: EGIPTO²⁹⁹

Seguramente, a partir de aquel momento Alejandro había vislumbrado la posibilidad de conquistar todo el imperio persa. Pero este proyecto,

²⁹⁹ OBRAS DE CONSULTA.—Alejandro en Egipto: véase sobre todo V. Ehrenberg, *Alexander und Ägypten, Beihefte zum Alten Orient*, VII, 1926, y K. Kraft, *Der "rationale" Alexander*, Frankfurter Althist. Stud., V, 1971.

Fundación de Alejandría: A. Adriani, *Encyclop. dell'arte*, I, 1958, pp. 204 sqq.; A. Bernard, *Alexandrie la Grande*, Paris, 1966, pp. 38 ss.; Cl. PRÉAUX, *Alexandrie et la chlamyde*, *Chr. Eg.*, XLIII, 1968, pp. 176 ss.; R. Cavenaille, *Histoire d'Alexandrie. Les origines*, A. C., XLI, 1972, pp. 94 ss.; P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, 3 vol., Oxford, 1972, con bibliografía muy completa.

Alejandro en el oasis de Amón: inmensa bibliografía, aumentada por polémicas estériles. Recordaremos: a) sobre el oasis y sus antigüedades: A. Fakhry, *Siwa Oasis. Its history and antiquities*, El Cairo, Service des Antiquités de l'Égypte, 1944; b) sobre el dios Amón C. J. Classen, *The libyan god Ammon in Greece before 331 B.C.*, *Hist.*, VIII, 1959, pp. 349 ss.; c) sobre las ceremonias a las cuales asistió: P. JOUGUET, *Alexandre à l'oasis d'Ammon*

si existía, permanecía confuso. El estado mayor, el ejército y los aliados no tomaron en serio la pretensión, anunciada en su correspondencia con Darío, de ser tratado en adelante como "dueño de toda Asia": aunque viesen en ello una forma de rechazar el dominio persa sobre los territorios conquistados o por conquistar, no creían en la ejecución íntegra de un programa tan ambicioso. Para los contingentes griegos, la expedición mantenía su carácter punitivo y su objetivo seguía siendo la eliminación del peligro que el imperio aqueménida se presumía que representaba para el helenismo. Los macedonios, por su parte, soñaban tan sólo con conseguir botín y adquirir nuevas provincias: la estructura en cierto modo concéntrica del imperio persa, formada por una veintena de "países" unidos por lazos a veces demasiado débiles con la persona del rey, permitía despedazarlo sin problemas; de hecho, las fuerzas centrífugas condujeron desde entonces a ciertas provincias periféricas (Bitinia, Capadocia, Armenia) a organizarse como principados independientes, mientras que otras se agrupaban en torno al vencedor sin modificaciones sensibles de su estatuto: aunque Lidia hubiese recobrado sus "leyes ancestrales" (sin duda, algún tipo de autonomía interna), y aunque su capital, Sardes, continuase beneficiándose de su estatuto de "ciudad real", no por ello dejaba de ser una satrapía que pagaba tributo a un monarca extranjero. Caria, también tributaria, conservó sus libertades tradicionales y a su reina, Ada, que quedó unida por un vínculo personal a Alejandro. Para institucionalizar el dominio macedonio en regiones occidentales del imperio persa, ya impregnadas de cultura helénica, bastaba mantener los marcos administrativos persas, que se amoldaban a las entidades étnicas y tenían en cuenta los particularismos locales. Filipo había organizado ya de este modo sus dependencias tracias y tesalias. Pero si se consideraba Asia entera, nadie podía imaginar a una fuerza "federatriz" que fuese susceptible de reemplazar la que el Aqueménida ostentaba por obra de Ahura Mazda. Como monarquía nacional, Macedonia carecía de tradiciones imperiales, mientras que Alejandro se disponía a penetrar en un mundo en el que el dominio universal era inherente a la realeza. Fuera de Irán, algunas guarniciones bastaban a los macedonios para imponer una obediencia que sólo algunos pueblos montañoses, tradicionalmente insumisos, creían posible rechazar. ¿Pero qué efectivos serían necesarios para someter de forma duradera a las poblaciones iránicas a las que únicamente se pretendía castigar? Desde luego, algunos pensaban en retirarse en cuanto hubiesen arrasado el corazón del imperio enemigo. Pero eso era desconocer los lazos que la geografía y la historia habían creado entre la meseta iraní y las llanuras de Mesopotamia y del Turán. Alejandro descubriría en seguida que todo se halla íntimamente relacionado, al este del Éufrates, y que era necesario conquistarlo todo para preservarlo todo de

et le témoignage de Callisthène, *Bulletin de l'Institut d'Égypte*, XXVI, 1943-1944, pp. 91 ss.; H. W. Parke, *The oracles of Zeus. Dodona, Olympia, Ammon*, Londres, 1967, pp. 202 ss.; d) sobre el carácter formulario de la apelación "hijo de Re", véase G. Posener, *De la divinité du Pharaon*, París, 1959, pp. 34 ss.

forma duradera; que tan sólo un gobierno despótico podía regir esta inmensa diversidad. Pero muchos se negarían a seguirle en esta aventura, o no lo seguirían más que a regañadientes. El tiempo que transcurrió entre el rechazo de las propuestas de Darío y la muerte del último aqueménida fue, verdaderamente, el de las ambigüedades.

Egipto³⁰⁰ fue defendido en Gaza, que resistió dos meses. Al caer este cerrojo, Alejandro alcanzó sin problemas Pelusio, en el extremo oriental del Delta. Después de Iso, desembarcando en el delta con algunos millares de mercenarios el exiliado macedonio Amintas había intentado adjudicarse un reino. Quizá lo habría conseguido si los saqueos de sus hombres no hubiesen exasperado a los indígenas, que se unieron a la guarnición persa de Menfis: Amintas y sus tropas fueron aniquilados. Pero el sátrapa Mazaques conocía la hostilidad latente de la población con respecto al ocupante persa. Demasiado débil para resistir a Alejandro, prefirió negociar, rindiendo Egipto y un tesoro de ochocientos talentos a cambio de ciertas garantías. El macedonio sucedió así a los Aqueménidas sin intermedio indígena. ¿Pero qué estatuto iba a dar a su nueva conquista? Era relativamente fácil para Alejandro hacerse recibir bien por los egipcios: le bastaba con hacer lo contrario que los persas mostrando su respeto por la civilización egipcia, en particular por sus dioses. Los egipcios, por su parte, podían acoger a Alejandro con una opinión favorable: a sus ojos, era un griego, perteneciente a una nación que les era familiar y que, a través de sus mercenarios, había contribuido al restablecimiento de la unidad egipcia entre 404 y 343. Alejandro pareció comprender, además, que sería sabio respetar el particularismo egipcio. Cuando Arriano dice que “en Menfis sacrificó a los demás dioses y a Apis”, nos da un primer testimonio de esa política, ya que “los demás dioses” representa probablemente el conjunto de los panteones egipcio y griego. Sobre todo, la mención en particular de un sacrificio a Apis sugería que Alejandro tenía la intención de presentarse como faraón, pero también como *basileus* (dado que, desde el Imperio Antiguo, el culto a Apis tiene relación con la función de faraón) y que el clero de Menfis se prestó a tal empresa. Inscripciones jeroglíficas le otorgan, al menos, parte de los títulos faraónicos (“Horus, poderoso príncipe, rey del Alto y Bajo Egipto, hijo de Re”) —lo cual no basta para demostrar que se sometiese al ritual de coronación faraónica: aun cuando lo relate tan sólo el “Pseudo-Calístenes”, no es inverosímil que esta ceremonia se hubiera realizado. El hecho de que Egipto no se convirtiese en una satrapía, de que la alta administración fuese confiada a indígenas (ciertamente, vigilados como es debido) y de que el aparato administrativo tradicional fuese mantenido, todo esto sugiere que, en la mente de Alejandro, el valle del Nilo debía de ser algo distinto del resto de sus posesiones, un reino aparte donde ejercía su soberanía según modalidades propias del país. La ausencia de sátrapa evitaría, a su vez, que ningún macedonio

³⁰⁰ Que había vuelto a caer recientemente bajo el dominio persa: *supra*, p. 66.

concibiese ambiciones exageradas. De este modo, la autoridad fue cuidadosamente dividida: las guarniciones de Pelusio, Menfis y Elefantina fueron confiadas a "frurarcos" que dependían directamente del rey, mientras que en el ejército de ocupación (flota, contingente macedonio y mercenarios griegos) se yuxtaponían elementos dotados cada uno de su organización particular y de su propio mando. Finalmente, las finanzas fueron encomendadas a un griego de Naucratis, Cleómenes, el cual, puesto que conocía perfectamente el país, se revelaría pronto como el verdadero amo de Egipto, sin poseer no obstante suficiente prestigio para sacudirse la autoridad real.

Dos sucesos importantes marcaron el final de la estancia de Alejandro en Egipto. Fue el primero la fundación de Alejandría (enero del 331). Los textos antiguos no indican las razones que empujaron al rey a establecer en aquella costa inhospitalaria una urbe en donde la comunidad helena fue dotada de casi todas las instituciones de una ciudad griega, pero en donde los egipcios se sintieron también en su hogar, lo cual no era el caso de Naucratis. Sin duda pensó que aquélla (fundada en el siglo VII) no respondía ya a la situación de un Egipto dependiente que debía, en adelante, mantener relaciones continuas con las demás provincias del imperio que se creaba. La nueva ciudad parecía de hecho destinada a convertirse en un enlace entre el valle del Nilo y el mundo mediterráneo. Pero no se pueden dejar de lado otros móviles, ligados a la coyuntura. Con su formidable recinto amurallado, dibujado por el mismo rey, Alejandro protegía el delta occidental contra toda incursión venida por mar, asumiendo así el mismo papel que Pelusio en el este: sabia precaución, dado que Farnabazo intrigaba aún en las Cícladas y que Agis guerreaba en Creta. Finalmente cabe añadir que, en vísperas de un enfrentamiento con Darío, esa fundación, divulgada hasta bien lejos, era útil para el prestigio de Alejandro y mostraba su confianza en el futuro.

En todo caso, es dudoso que viese en esta ciudad la capital de un imperio orientado hacia el Mediterráneo. Aprovechando el final del invierno, Alejandro, con una pequeña escolta, marchó al oráculo (más famoso en Grecia que en Egipto) que el dios Amón, asimilado a Zeus, poseía en el oasis de Siwa, en el límite del desierto libio. Este dios infalible que debía a los cirenenses el grueso de su fama, había sido antaño consultado por grandes personajes ambiciosos, como Lisandro y Cimón. Antes de acometer una campaña decisiva, era comprensible que un hombre tan religioso como Alejandro prefiriese esta peregrinación a una marcha por el Alto Egipto. Ignoramos todo sobre las preguntas formuladas y las respuestas recibidas en el santuario por el sucesor de los faraones. Pero sus allegados atribuyeron sin duda a las promesas del oráculo la confianza serena que mostró Alejandro a partir de aquel momento. ¿No anunciaban asimismo la victoria otras profecías contemporáneas? Desde luego, el rey se había interrogado sinceramente sobre su destino, pero todos aquellos murmullos proféticos que se propagaban a través de oriente constituían nuevas bazas en su juego político: por mediación de su historiógrafo Calístenes, hizo correr el rumor de que el dios había reco-

nocido en él a su hijo, dando así una nueva dimensión a lo que, para un egipcio, no era más que una trivial apelación faraónica ("hijo de Re"). ¿Pero qué griego o qué macedonio podía dudar del triunfo prometido al émulo de un Heracles o de un Perseo, otros dos conquistadores de oriente cuya leyenda se resucitó entonces? No hay duda de que el prestigio del oráculo impresionó a las almas simples, aunque algunos espíritus fuertes, como Filotas, se burlaban de las nuevas ambiciones de Alejandro.

V.—EL TIEMPO DE LAS AMBIGÜEDADES: ASIA HASTA LA MUERTE DE DARÍO³⁰¹

Con la retaguardia segura (la flota de Farnabazo había sido aniquilada y Cirene se había sometido espontáneamente), juzgando que Antípatro era capaz de resolver él solo el problema espartano (cuya evolución no llegó a prever), Alejandro dejó Egipto en la primavera del año 331. Previendo una larga campaña asiática, aprovechó un alto en Tiro para

³⁰¹ OBRAS DE CONSULTA.—Batalla de Gaugamela: véase sobre todo F. Hackmann, *Die Schlacht bei Gaugamela*, Halle, 1902, para el análisis de las fuentes, G. T. Griffith, *Alexander's generalship at Gaugamela, J.H.S.*, LXVII, 1947, pp. 77 ss.; E. W. Mardsen, *The campaign of Gaugamela*, Liverpool, 1964.

Alejandro en Babilonia: para la topografía, véase F. Wetzel, E. Schmidt, A. Mallwitz, *Das Babylon der Spätzeit*, Berlin, 1957. Sobre los poderes y las monedas de Maceo, cf. G. Le Rider, *Tetradrachmes "au lion" et imitations d'Athènes en Babylonie, Gazette numismatique suisse*, 1972, p. 167. — Sobre la reorganización del ejército entre Babilonia y Susa, cf. R. D. Milns, *Alexander's seventh phalanx battalion, G.R.B.S.*, VII, 1966, pp. 159 ss.

Alejandro en Persépolis: sobre las diversas interpretaciones del incendio del palacio real, cf. Seibert, *o. c.*, pp. 132 ss. y desde entonces: G. Wirth, *Alex. zwischen Gaugamela und Persepolis, Klio*, XC, 1971, pp. 617 ss.; G. Wirth, *Dareios und Alex., Chiron*, I, 1971, pp. 133 ss.; E. N. Borza, *Fire from heaven: Alexander at Persepolis, Cl.Ph.*, LXVI, 1972, pp. 230 ss.

Sobre la cronología de la guerra de Agis, además del artículo de G. Wirth citado *supra*, véase G. L. Cawkwell, *The crowning of Demosthenes, Cl.Q.*, XIX, 1969, pp. 163 ss. y E. N. Borza, *The end of Agis' revolt, C.Ph.*, LXVI, 1971, pp. 230 ss.

Itinerario de Alejandro: cf. J. Marquart, *Untersuchungen zur Geschichte von Eran, II: Alexanders Marsch von Persepolis nach Herat, Philologus, Suppl.* X, 1905, pp. 19 ss.; F. Standish, *The Caspian Gates, Greece and Rome*, XVII, 1970, pp. 17 ss.; J. Hansman, *The problems of Qumis, J.R.As. Soc.*, 1968, pp. 111 ss. (sobre el emplazamiento arqueológico de *Hecatompilei*), J. Hansman - D. Stronach, *Excavations at Shahr-i Qumis, ibid.*, 1970, pp. 29 ss.; A. F. von Sthal, *Notes on the march of Alexander from Ecbatana to Hyrcania, Geogr. Journ.*, LXIV, 1924, pp. 318 ss.

Persecución de Darío: G. Radet, *La dernière campagne d'Alex. contre Darius (juin-juillet 330), Mélanges Glotz*, II, 1932, pp. 765 ss.; R. D. Milns, *Alexander's pursuit of Darius through Iran, Hist.*, XV, 1966, p. 256. — Sobre el vacío político y religioso creado por la desaparición de Darío, cf. S. K. Eddy, *The king is dead. Studies in the Near-Eastern resistance to Hellenism, 333-31 B. C.*, Lincoln, 1961. — Sobre las funciones del "quiliarca" persa, véase el volumen precedente, p. 19. Además: H. Volkmann, *Der Zweite nach dem König, Rhein. Mus.*, XCII, 1937, pp. 285 ss.; E. Benveniste, *Titres et noms propres en Iranien ancien*, Paris, 1966, pp. 67 ss. Se admite en general (creemos que equivocadamente) que Hefestión no fue nombrado "quiliarca" hasta el 324: véase F. Schachermeyr, *Alexander in Babylon, S.B. öst. Ak. d. Wiss., phil.-hist. Kl.*, CCLXVIII, 1970, pp. 31 ss.

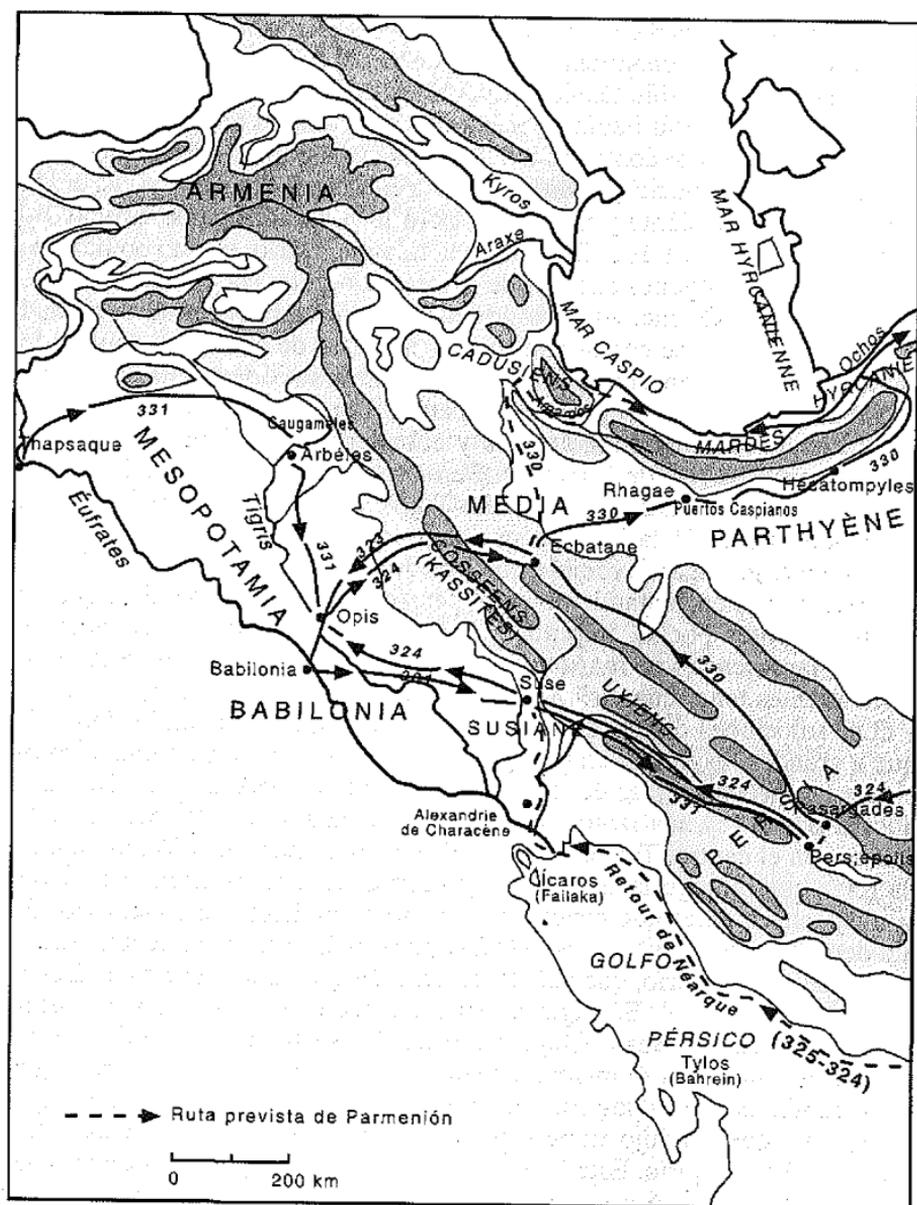
reestructurar la organización financiera de los territorios conquistados y asegurar el aprovisionamiento regular de la caja militar³⁰², confiada a su amigo Harpalo, notable técnico llamado ex profeso del exilio.

Entre tanto, Darío había concentrado y entrenado en Babilonia a un ejército formado por contingentes de todas las satrapías que le quedaban (incluyendo Capadocia y Armenia). El ejército era "feudal" y dispar: la caballería era excelente y numerosa, pero la pésima tropa de arqueros y honderos era incapaz de enfrentarse a la falange. Darío, que no podía contar más que con algunos cuerpos de infantería regular (la guardia persa de a pie y unos 2.000 mercenarios griegos), pensó compensar tal debilidad con el uso masivo de carros con ruedas provistas de cuchillas: confiando en su caballería, pensaba aplastar a la del adversario y envolver luego a su infantería, desorganizada por los carros. Por eso intentó atraer a Alejandro hacia llanuras donde carros y caballería evolucionasen cómodamente: esperaba repetir Cunaxa³⁰³. Pero, en vez de bajar hacia la ciudad de Babilonia, Alejandro cruzó el alto Tigris y subió hacia Arbela (Erbil), en donde estableció la base de su retaguardia. Halló no lejos de allí, en Gaugamela, un lugar favorable que mandó nivelar.

Este último enfrentamiento entre persas y macedonios se distingue de los precedentes por su amplitud. Una serie de acciones simultáneas se desarrollaron cada vez más lejos unas de otras, y el polvo impidió a los combatientes tener una visión de conjunto de operaciones, cuyas lagunas y contradicciones dentro de la tradición hacen que no se entiendan más que a grandes rasgos. El empleado por Alejandro no era sino una adaptación a las circunstancias del esquema habitual: ala derecha ofensiva conducida por el rey, ala izquierda defensiva mandada por Parmenión, y la falange en el centro. Temiendo ser rodeado, Alejandro añadió una segunda línea que protegería sus flancos y su retaguardia, prefiriendo encoger su dispositivo antes que distenderlo, como había hecho el adversario. El ala derecha macedonia se encontraba, pues, más cercana al centro persa, en donde estaba Darío, que del ala derecha dirigida por el bactriano Beso: fue un hecho capital. En lugar de empeñar toda su caballería para hacer frente al ataque de Beso, Alejandro ordenó a su flanco izquierdo que lo contuviese, mientras él mismo esperaba el momento favorable en el que el derrumbe de las tropas contrarias desguarnecería su centro. Una carga impetuosa, que condujo en persona, rasgó entonces la cortina de caballería que cubría a Darío. Éste huyó en seguida, imitado por su guardia, y la desbandada comenzó a propagarse. Pero Alejandro, sin perseguir a los fugitivos, giró hacia su derecha y atacó a la caballería de Beso, que puso en desbandada. La persecución se inició entonces, mientras que el ala izquierda de Parmenión aguantaba con dificultad los repetidos asaltos de los escuadrones de Maceo, el cual sólo se retiró, invicto, cuando recibió la noticia de la huida de Darío. Al mismo tiempo, la falange había dete-

³⁰² Cf. *infra*, p. 284.

³⁰³ Cf. *supra*, p. 18.



La conquista de los Sátrapas centrales

nido a los carros con ruedas provistas de cuchillas y había derrotado a la infantería persa. El ejército de Alejandro quedó amo del terreno, mientras el rey galopaba en la noche que caía en persecución de Darío, el cual, por caminos apartados, se dirigió a Media.

Las consecuencias de la derrota fueron graves para los Persas. Abandonado por el favor divino, el Gran Rey salió desacreditado de este encuentro. Refugiado en Ecbatana, Darío quedaría en adelante aislado de Susa, la capital, de Pasargada, cuna de su raza, y de Persépolis, ciudad de la coronación y necrópolis real. A falta de los recursos de la región de Babilonia y de los tesoros acumulados en sus capitales, Darío ya no dependía más que de las provincias orientales, iraníes sin duda, pero que no pertenecían al patrimonio primitivo de los Aqueménidas: en estas regiones excéntricas conquistadas por Ciro, a menudo rebeldes, la situación reavivó tensiones y tentaciones latentes; la conspiración que iba a urdirse contra Darío fue animada por Beso (el cual, desde Bactra, controlaba las llanuras del Hindu Kush), por Satibarzanes, sátrapa de Asia (etapa importante entre el Caspio y Asia Central) y por Barsaentes, sátrapa de Drangiana y de Aracosia (cuya residencia, Kandahar, era una de las puertas de la India). Desde Ecbatana Darío intentó levantar un nuevo ejército, pero ni Armenia, ni Capadocia, ni ninguna provincia oriental respondería. El imperio se había hundido y se dibujaban nuevas zonas: por un lado, Irán occidental, abandonado al vencedor; por otro lado, Irán oriental y la llanura turania, las cuales, al deshacerse de la hegemonía persa, buscaron su equilibrio alrededor de las antiguas metrópolis como Bactra o Kandahar. ¿Quién podía imaginar que en aquel mes de octubre del 331 el destructor del Imperio iba a detener el movimiento centrífugo e iba a restaurar en su provecho la unidad de Asia?

Alejandro dedicó el otoño del 331 a explotar su victoria. Las capitales del imperio cayeron entre sus manos. Fue primero Babilonia, cuyo clero era hostil a los Aqueménidas: observando el eclipse de luna del 20 de septiembre del año 331, los astrólogos anunciaron complacientemente la derrota de Darío. El sátrapa de Babilonia había desaparecido, pero el de Siria, Maceo, refugiado en la ciudad tras la derrota, mantenía un prestigio y unos lazos con los babilonios que hicieron de él el hombre fuerte de la situación. No teniendo nada que perder y todo por ganar, Maceo se puso en cabeza de un movimiento que no podía impedir y que el clero apoyaba: Alejandro, acogido como un libertador, le nombró sátrapa de la región de Babilonia. No podía hacer mejor elección: buen administrador, conocedor del mundo griego por haber vivido mucho tiempo en Tarso, Maceo, gracias a su prestigio intacto, podía sin descrédito servir de intermediario entre la población indígena y su nuevo amo. Los inesperados honores otorgados a Maceo podían además encaminarse para suscitar nuevas adhesiones: Alejandro debió pensar en ello en el momento en el que se preparaba para dirigirse a las otras capitales del Gran Rey. Los macedonios habían entrado en un mundo en el que la sutileza "oriental" dominaba el juego político: Maceo había rendido Babilonia, pero su hijo se había unido a Darío; los sacerdotes de Marduk eran hostiles a los per-

sas y reprochaban a Jerjes la destrucción de la Eságila, pero no deseaban su reconstrucción, que les habría privado de sustanciales ganancias. Estas sutilezas no se le escapaban a Alejandro, el cual, más reservado que en Egipto frente a los indígenas, no tomó el título de "Rey de Babilonia" e instaló una fuerte guarnición en la ciudadela.

Poco después de Gaugamela, el macedonio Filóxeno había sido encargado de negociar la rendición de Susa y de sus tesoros. La negociación fue un éxito y Alejandro dio a su ejército un mes de descanso en Babilonia antes de dirigirse a Susia en cortas etapas. Una vez allí mantuvo al sátrapa Abulites en su puesto, recompensando una adhesión ventajosa para ambas partes. Esta elección no significa que el rey hubiese adoptado en aquel momento una "política de orientalización": al igual que en Babilonia, se trataba de un acuerdo local de alcance limitado. Como mucho, Alejandro juzgó que en adelante sería cómodo encomendar responsabilidades administrativas a los iraníes fieles, en regiones donde la barrera lingüística hacía difícil la administración directa.

Aunque Elam se había sometido, Persia se preparaba para resistir. El sátrapa Ariobarzanes (hermano de Farnabazo, que había luchado tan pertinazmente en las Cícladas) reunió 40.000 soldados, de los cuales 700 eran jinetes. Sin dejarle tiempo para organizar la defensa, Alejandro marchó sobre Persépolis (enero del 330). Mientras que con la infantería pesada y la impedimenta Parmenión siguió la "ruta real" sin encontrar resistencia alguna, Alejandro atravesó las montañas con sus tropas ligeras y sometió de paso al semiindependiente pueblo de los uxios. Sorprendido por esta campaña de invierno, Ariobarzanes parece haber intentado aniquilar el destacamento real: detenido en el desfiladero de las Puertas Pérsicas, Alejandro sufrió un sangriento revés antes de conseguir rodear la posición. Al término de una lucha sin piedad, Ariobarzanes y los suyos fueron exterminados.

Después de haber alcanzado rápidamente Persépolis, Alejandro abandonó la ciudad a la soldadesca, que la saqueó con la convicción de castigar los crímenes de Jerjes. Algunos meses más tarde, en el momento de dejar Persia para ir a Media, el rey acabó su obra de destrucción con el incendio de los palacios reales que le habían cobijado durante el invierno: el Imperio persa era historia y no se vería más, durante las fiestas del Año Nuevo, a los delegados de los "países" subir los peldaños de la explanada. Por lo general, se ha interpretado este acto de vandalismo en función de la opinión pública griega. Pero debemos imaginar sus repercusiones a través de oriente, tratándose de las satrapías ya conquistadas o de aquellas otras de las cuales Darío aún esperaba socorros. De este modo, bajo el pretexto de una venganza panhelénica Alejandro infligió a Persia los rigores de una política terrorista. Ciertamente es que encomendó la provincia a un persa: pero Frasaortes pertenecía a una familia establecida en el oeste y Alejandro lo traía entre sus equipajes desde Iso. Encima, le dejó

³⁰⁴ Las bajas sufridas por los persas únicamente en las Puertas Pérsicas fueron superiores a las de todos los contingentes del Imperio en Gaugamela.

un país despoblado³⁰⁴ y una capital en ruinas. En resumen, no se puede decir que Alejandro diese pruebas de mansedumbre para con los persas, ni que se hubiese beneficiado de adhesiones en masa. Porque si los gobernadores de Persépolis o de Pasargadas se sometieron, fue sobre todo para escapar a su responsabilidad de guardianes de los tesoros reales. Al nombrar a Frasaortes, Alejandro inauguró simplemente una política que consistía en encomendar la administración de regiones poco conocidas a iraníes sometidos desde hacía tiempo o de reputación segura: al mismo tiempo Mitrenes, antiguo "frurarca" de Sardes, fue nombrado sátrapa de Armenia; Amminapes, que había negociado la rendición de Egipto, recibió Partia e Hircania; Oxiartes, liberado de la prisión en donde Darío lo había encerrado, fue puesto al frente de Media. Pero Alejandro descubriría rápidamente que los sátrapas de las provincias orientales eran de hecho señores feudales hereditarios, los únicos capaces de regir a unas poblaciones que les eran fieles: Orontes no cedió Armenia a Mitrenes, mientras que Atrópates y Fratafernes volvería a tomar posesión de Media y de Partia tras un desgraciado intermedio.

Antes de seguir adelante, Alejandro, que no perdía de vista Macedonia ni el Egeo, tuvo que reorganizar sus comunicaciones. En cuanto el tesoro de Susa cayó entre sus manos, envió a Antípatro una importante cantidad de metal precioso para financiar la guerra contra Agis. Hacia la misma época, recibió refuerzos (macedonios y mercenarios) que le permitieron reordenar su ejército y rellenar los huecos que las guarniciones habían abierto en las filas de su infantería. La posesión de los tesoros aqueménidas provocó también que los mercenarios acudiesen cada vez en mayor número a las oficinas de reclutamiento abiertas aquí y allá (en Sición, por ejemplo). Nombrado hiparco de las costas de Cilicia, Siria y Fenicia, Menes de Pella fue encargado de encaminar, por Tarso y las Puertas Fenicias, los convoyes de hombres, dinero y material que descendían hacia la costa o subían hacia la Alta Asia³⁰⁵. Pero estos enlaces se hicieron irregulares durante el invierno y Alejandro no tendría noticias de la derrota de Agis delante de Megalópolis más que en la primavera del año 330.

Alejandro estaba entonces en Ecbatana, de donde Darío acababa de escapar hacia la región del mar Caspio. El Gran Rey no disponía ya más que de los jinetes iraníes de su guardia y de 2.000 mercenarios griegos que le servían con la fidelidad de la desesperación. Su autoridad ya no era reconocida sino por sus sirvientes y por algunos centenares de aristócratas persas. El segundo personaje del imperio, el "quiliarca" Nabarzanes, hizo causa común con los grandes señores feudales de las provincias orientales; Darío estaba a merced de vasallos que tenían la intención de continuar la guerra en provecho *propio*, o de firmar una paz que preservase la independencia de unas satrapías situadas al este de las Puertas

³⁰⁵ Los puertos de Jonia y las rutas anatólicas perdieron, en efecto, su importancia, dado que la independencia de Capadocia y de Armenia cortó la "ruta real" entre el Halis y el alto Tigris.

Caspias, y que podían utilizarlo como pantalla o como moneda de cambio. Alejandro comprendió que era necesario llevar la guerra a las provincias limítrofes del mar Caspio. Pero los desfiladeros de los contrafuertes del Elburz que conducían a estas regiones misteriosas eran para los griegos el límite del mundo conocido, y el ejército no tenía la intención de cruzarlos. Frente a estas reticencias, Alejandro se adelantó y licenció, con magníficos regalos, a los soldados que Grecia había puesto a su disposición, incluidos los jinetes tesalios. Decisión grave, pero inevitable. Ciertamente es que, desde la derrota de Agis, Alejandro ya no necesitaba "rehenes" griegos. ¿Pero, de haber tenido elección, habría perdido los servicios de estos jinetes, que habían contribuido tan eficazmente a sus victorias, y además en el momento en que se iba a enfrentar a adversarios cuya caballería constituía precisamente su mayor fuerza? Puede que tuviese ya en mente reclutar caballería ligera asiática. Pero el riesgo le debió de parecer grande, porque intentó de todas formas retener al mayor número posible de griegos con la promesa de grandes soldadas. Desguarnecido de este modo, Alejandro aún no proyectaba llevar la guerra más allá de las provincias caspias. Parmenión, que con la mitad de la falange escoltaba hacia Ecbatana los fondos cogidos en Persépolis, recibió la orden de dirigirse después hacia Hircania pasando por el país de los cadusios (Ghilan), mientras que el propio Alejandro tomaría la ruta directa de las Puertas Caspias. A los soldados que murmuraban les explicó que era necesario coger a Darío, vivo o muerto, para terminar la guerra.

Alejandro pensaba de hecho que la captura del Gran Rey permitiría una victoria rápida. Sin duda sobreestimaba el poder real de su adversario, tan fuerte era entre los griegos la idea de una monarquía aqueménida centralizada. Pero el poder absoluto de Darío era ya tan sólo ficticio. Los sátrapas de la Alta Asia tenían lazos familiares y afectivos con los territorios que regían: aunque Darío todavía estaba vivo, ya la caballería bactriana aclamaba a Beso. Alejandro impuso, pues, inútilmente a sus hombres seguir a marchas forzadas para alcanzar a un Gran Rey que era tan sólo un rehén, que fue asesinado por los rebeldes en el momento de ser alcanzados.

La muerte del último Aqueménida implicaba la desaparición del marco político y jurídico que constituía el imperio y, durante varias semanas, la situación se mantuvo fluida. A la espera, quizá, de la adhesión de las provincias orientales, los macedonios redujeron al pueblo de los mardos, que amenazaba con cortar las comunicaciones con Parmenión. La noticia de que Beso se había proclamado Gran Rey bajo el nombre de Artajerjes, y el hecho de que había designado ostensiblemente un sátrapa de Partia y de Hircania, en donde Alejandro se encontraba entonces, obligó a este último a una elección que respondía quizá a sus íntimos deseos. Haciendo valer la presencia en su bando de numerosos persas que se le habían unido, Alejandro se declaró heredero y legítimo sucesor de Darío e hizo correr el rumor de que éste, al morir, había encomendado a su vencedor el cuidado de vengarlo. ¡De este modo el macedonio dejaba de ser

el vengador de los griegos para convertirse en el de Darío! Pero hombres como Parmeni6n no habían sido consultados y podía preverse que no seguirían adelante. Además, la sucesi6n del Gran Rey implicaba el abandono de las viejas tradiciones macedonias: el poder personal y autoritario, el fasto y la etiqueta de la corte persa, la distancia que separaba al monarca oriental de sus súbditos, todo ello no podía más que disgustar a los hidalguejos y a los campesinos macedonios, "compaÑeros" de su rey y acostumbrados, incluso los más humildes, a una gran libertad de maneras y de lenguaje durante las asambleas. Previendo seguramente resistencias, Alejandro encomendó los puestos de mayor importancia a hombres de una fidelidad probada, a menudo amigos de infancia: Hefestión fue nombrado "quiliarca", convirtiéndose así en el segundo personaje del nuevo Imperio, y tomó el mando de una guardia formada por 1.000 nobles iraníes. Hárpalo abandonó la gesti6n del tesoro de guerra para ir a organizar en Babilonia las finanzas de Asia. En el ejército, personas fieles como Crátero, Ptolomeo o Perdicas serían ascendidos a la primera oportunidad. Sintiendo seguro con estos apoyos, Alejandro adoptó a partir de aquel momento el traje y el ceremonial de los aqueménidas. En su correspondencia, se designaba a sí mismo como "el Rey Alejandro" (disociando su nombre del "de los macedonios") y sellaba con el sello de Darío las cartas dirigidas a las provincias asiáticas. Incluso acuñó *daricos*, monedas que parecen haber circulado ampliamente en la parte oriental de su imperio. Porque lo que nació en Hircania, durante el verano del 330, fue un Imperio, y las circunstancias hicieron que continuase al de los aqueménidas, si exceptuamos el vínculo privilegiado que unía al Gran Rey con sus dioses. Eso constituía la soluci6n de las dificultades del momento y satisfacía seguramente el gusto de Alejandro por la autoridad. Pero el rey se enredó al mismo tiempo en un amasijo de contradicciones, de las cuales no podría escapar sino a tientas. Como el potencial militar de Macedonia no le permitía dominar en sí mismas a Europa y Asia, Alejandro tuvo que utilizar cada vez mayor número de iraníes, con el riesgo de ofender a sus compatriotas. Pero también tendría necesidad de reclutar en masa a mercenarios y técnicos griegos y de mantener, por tanto, buenas relaciones con las ciudades griegas. Así, su política dejó poco a poco de ser macedonia para convertirse en imperial, sirviendo menos a los intereses de un pueblo que a los de una persona. Es indudable que Parmeni6n y sus amigos no habían previsto las consecuencias. Ahora que el rey había tomado partido, ellos intentarían por su parte detener una evolucion peligrosa a sus ojos: una crisis sangrienta iba a poner término a las ambigüedades.

CAPÍTULO II

EL SUCESOR DEL GRAN REY

I.—LA CRISIS DEL 330³⁰⁶

Los últimos meses del año 330 figuran entre los más críticos del reinado: habiéndose aventurado hasta el corazón de un país hostil con un ejército poco numeroso, el rey tuvo que hacer frente a la revuelta de poblaciones que no se habían sometido más que en apariencia, con el consiguiente descontento de la tropa, y a las intrigas de jefes militares que intentaban poner término a una política de conquista cuyas consecuencias temían.

Cerca de la mitad del ejército se había quedado en Media bajo el mando de Parmenión; estos contingentes aseguraban la custodia del tesoro depositado en la ciudadela de Ecbatana y constituían las tropas de ocupación (tracios sobre todo): Alejandro había seguido a Darío a Partia e Hircania con menos de 20.000 hombres. Un pequeño ejército, si pensamos en los recursos y en la extensión de las satrapías orientales, y muy falto de caballería para enfrentarse a un enemigo tan móvil. La inferioridad momentánea del ejército macedonio no escapó sin duda al adversario, que intentó aprovecharse. El sátrapa de Aria, Satibarzanes, cómplice de

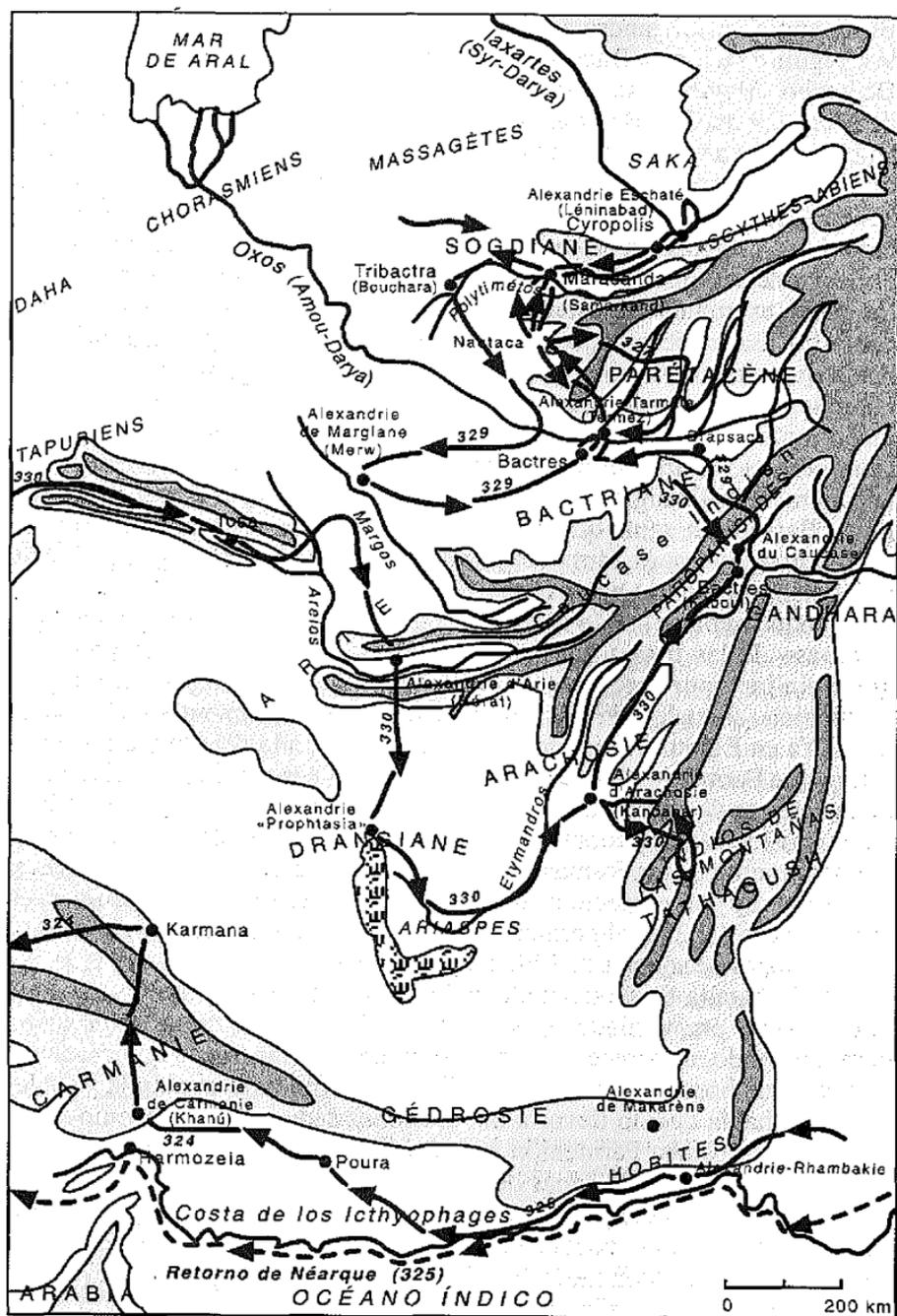
³⁰⁶ OBRAS DE CONSULTA.—Topografía: no existe ninguna buena obra sobre la geografía histórica de Aria; para Drangiana (Seistán) cf. G. Gnoli, *Ricerche storiche sul Sistan antico*, Roma, 1967; P. Daffina, *L'immigrazione dei Saka nella Drangiana*, Roma, 1967. — Para Aracosia, cf. K. Fischer, Zur Lage von Kandahar und Landesverbindungen zwischen Iran und Indien, *Bonner Jahrb.*, CLXVII, 1967, pp. 129 ss. — Para Gandara, cf. A. Foucher, *La vieille route de l'Inde de Bactres à Taxila*, Mémoires de la Délégation arch. fr. en Afghanistan, I, 1942, y II, 1947; R. Girshman, *Bégram, recherches archéologiques et historiques sur les Kouchans*, Mémoires de l'Institut français d'Arch. orient. du Caire, t. LXXIX, 1946.

Sobre el proceso de Filotas, cf. principalmente E. Badian, The death of Parmenio, *T.A.P.A.*, XCI, 1960, pp. 324-338; complementos bibliográficos *apud* Seibert, *o. c.*, pp. 140 ss.

Sobre la cronología de la marcha de Alejandro a través de Afganistán cf. T. B. Jones, Alexander and the Winter of 330-329 B.C., *Class. Weekly*, XXVIII, 1935, pp. 124 ss.

Beso, engañó a Alejandro aportando su sumisión simulada y empujándole a seguir recto hacia Bactra para ahogar en su origen la empresa de Beso. De hecho, Alejandro se adentró en seguida por el camino que desde el sur de Merv conducía a Bactria, dejando tras él a Satibarzanes sin más vigilancia que la de unos cuarenta jinetes. Pero, nada más precipitarse en la trampa, Satibarzanes masacró a la pequeña tropa y reunió todas sus fuerzas en Artacoana (sin duda, Herat). Cogido entre Beso y Satibarzanes, aislado de su retaguardia en una región en parte desértica, Alejandro corría el riesgo de ser aniquilado. Avisado a tiempo, volvió atrás y sorprendió a los rebeldes cuando se estaban reuniendo. La artimaña de Satibarzanes había fracasado, pero la conquista de Bactria quedaba aplazada: primero, había que reducir Aria, cuya población resistía en algunas plazas fuertes naturales a la espera del socorro prometido por el sátrapa, que estaba refugiado junto a Beso. Alejandro acabó por obtener una apariencia de sumisión, pero el peligro del que acababa de escapar le hizo comprender que la conquista de Drangiana y de Aracosia, gobernadas por otro cómplice de Beso, Barsaentes, tenía que efectuarse asimismo antes que la de Bactria. Alejandro tomó, pues, la ruta caravanera que llevaba a Drangiana (Sistán) y llegó sin problemas a la capital, Frada (Farah?).

Aunque hubiese salido de este mal paso, Alejandro estaba inquieto por el retraso de las tropas que habían permanecido en Ecbatana y que seguían sin incorporarse. Era ya un abismo el que ahora separaba al rey de Parmenión, el cual, bajo una apariencia de lealtad, fomentaba el descontento. Ya en Egipto, Alejandro había sido informado de ello y era significativo que Parmenión hubiese comenzado a ser sospechoso tras el rechazo de las ofertas de paz de Darío. La disensión entre ambos hombres radicaba en sus ideas tanto sobre la extensión de las conquistas como sobre el mantenimiento de las formas tradicionales de gobierno. La hostilidad creciente del rey con respecto a su oficial fue patente en varias ocasiones: en la primavera del 331, el hermano de Parmenión, Asandro, era relevado de sus funciones de sátrapa de Lidia; algunos meses mas tarde, la versión oficial de la batalla de Gaugamela ridiculizaba al propio Parmenión, cuyo hijo, Filotas, era vigilado en secreto. Prudente, Parmenión esperaba su hora, contando, al parecer, con el descontento de las tropas que deseaban volver a sus hogares: en *Hecatompiloi*, el cuerpo bajo el mando de Alejandro se había dejado llevar a inclinaciones sediciosas, y podemos pensar que en Ecbatana Parmenión no hacía más que estimular a unas tropas que no tenían ningunas ganas de seguir adelante. Sin duda, esperaba que el divorcio entre el rey y los macedonios haría triunfar sus propios puntos de vista. En este clima de recelo, el retraso de las tropas de Ecbatana podía hacer pensar que Parmenión había pasado a los actos y que era preciso actuar con rigor. Lo cual resultaba difícil, dado el prestigio del viejo general y la falta de pruebas. La muerte accidental de Nicanor, otro hijo de Parmenión, ofreció una ocasión, puesto que Filotas quedó durante varios días separado del cuartel general. Alejandro lo aprovechó para organizar una conspiración imaginaria, y un cómplice fue a denunciarla a Filotas. Éste, ya porque el asunto le resultase ridículo, ya porque juzgase mejor no



La conquista de los Sátrapas superiores

inmiscuirse, no dijo nada al rey, que pudo entonces acusarlo de complicidad en un regicidio y hacerle comparecer ante el ejército, constituido en tribunal de justicia, según la costumbre: arrastrados por la guardia real, los campesinos macedonios acabaron por condenar a este culto aristócrata, cuya altanería y fasto habían atraído muchas enemistades. Le fue arrancada una "confesión" y se le ejecutó: el desgraciado denunció incluso a su padre. Y, mientras que el rey vigilaba a un grupo de sospechosos, unos sicarios corrieron a asesinar a Parmenión en Ecbatana. Desprovistos de un jefe al que apreciaban, los miembros de la falange macedonia y los mercenarios griegos tomaron el camino de Drangiana, en donde, dos meses más tarde, se unieron al ejército real. Sin duda, llevaban consigo la mayor parte del tesoro, que seguiría en adelante junto a Alejandro.

Este había prolongado su estancia en el Sistán, cuyos ricos cultivos podían alimentar a su ejército. El sátrapa de Gedrosia (Beluchistán occidental) se había sometido, y como el ejército era demasiado débil para invadir Aracosia, el rey había aprovechado aquella pausa para organizar el sistema de ocupación que aplicaría desde entonces en sus provincias orientales y que su padre ya había experimentado en Tracia. Alejandro había instalado de hecho una colonia militar en Frada y fundó, para recibirla, una Alejandría de Drangiana. Situada en el corazón de un rico territorio, etapa importante en el camino de las caravanas y de los convoyes militares, la nueva ciudad debía cobijar a la administración provincial así como a una serie de colonos, los cuales, mejor que una guarnición renovada a intervalos regulares, proporcionarían al imperio las raíces de que carecía en estas regiones. Experiencia que, como la sangrienta purga que la había precedido, prueba que el rey tenía intención de dar en adelante un carácter permanente a la presencia macedonia. Tras incorporarse el ejército de Ecbatana, Alejandro procedió a hacer reformas que buscaban un mejor equilibrio de poder: la caballería de los *hetairoi*, dividida en dos cuerpos, fue confiada a dos hiparcos, Hefestión (que recibió al fin un gran puesto de mando) y Clito el Negro, oficial de la vieja escuela. Al mismo tiempo, el rey hizo acceder hasta puestos claves a los hombres que le habían apoyado durante la crisis. Crátero, amado por la tropa, sucedió a Parmenión. Ptolomeo y Perdicas fueron también ascendidos. Alejandro, seguro de sus oficiales, decidió acabar con el mal humor y los rencores de los soldados mediante una campaña de invierno. Con todo el ejército, subió hacia Kandahar, capital de Aracosia. Sorprendido, Barsaentes huyó hacia los "indios de las montañas", clanes afganos que controlaban el camino hacia el Indo medio, un territorio que, de todas formas, acabarían entregando a Alejandro. Por el momento, siguiendo con su política inaugurada en Drangiana, el rey de Macedonia fundó una colonia militar en Kandahar. Alejandría de Aracosia, que tendría un brillante futuro. Fue entonces cuando recibió la noticia de que Satibarzanes, al volver de Bactria, había levantado de nuevo a Aria. Envió, pues, un importante destacamento de mercenarios, mandados por un iraní, un griego y dos macedonios. Estos elementos tan dispares restablecieron la situación, venciendo a Satibarzanes y fundando una Alejandría de Aria, en donde se estableció una parte de los mercena-

rios. Pero otro peligro apareció entonces en Partia-Hircania, en donde el sátrapa nombrado por Beso intentaba lograr su reconocimiento. Alejandro reemplazó entonces a Aminapes (a quien él mismo había nombrado) por Fratafernes, que gobernaba esta región bajo Darío. La elección fue afortunada, ya que este hombre enérgico e influyente hizo lo imposible por eliminar al candidato de los bactrianos. En Aria, el nombramiento de sátrapa recayó también sobre un iraní, mientras que en Drangiana, país pacífico, fue un persa el encargado de gobernar a los ariaspas. En Aracosia, por otra parte, Alejandro nombró a un macedonio, Menón: la elección se explica por la importancia de los efectivos puestos a su disposición (4.000 infantes y 600 jinetes) para domeñar a Barsaentes y a los clanes montañeses. En resumen, siempre pragmático, Alejandro no siguió otra regla sino la que claramente servía a sus intereses.

Tras una campaña que le permitió someter a una parte de los "indios de las montañas", Alejandro ascendió hacia el actual Kabulistán, el *Paru-parsaena* de los persas, al que los griegos llamaron "Paropanizadas". Marcha cada vez más difícil a medida que se acercaban al Hindu Kush, que los macedonios tomaron por el Cáucaso. Mal parado por el frío y la nieve, el ejército se acantonó en los pueblos que rodeaban Kabul, en donde encontró abundantes reservas de víveres. Tras el deshielo, Alejandro se acercó al Hindu Kush y fundó al pie de la montaña una nueva colonia militar, Alejandría "del Cáucaso". Puede que instalase también una guarnición más al sur, Nicea, sobre el camino del Indo: sin duda, quería engañar a los bactrianos en cuanto a sus intenciones y, de hecho, el adversario creyó hasta el último momento que tenía la intención de conquistar la India. Un sátrapa iraní fue nombrado al frente de estas "Paropanizadas", antaño gobernadas desde Bactra y a partir de ahora autónomas. Pero tenía a su lado a un alto comisario macedonio que dirigía las fuerzas de ocupación. De este modo, en la primavera del año 329, Alejandro atravesó el Hindu Kush, dejando tras él un inmenso territorio conquistado y pacificado. Habían sido necesarios algunos homicidios oficiales y un asesinato para liquidar a aquellos que se oponían a la política de expansión asiática. Pero ésta se hallaba ahora claramente definida en sus objetivos (conquista de todos los territorios que habían formado parte del imperio persa) y en sus medios (fundación de colonias militares en cada satrapía; recurso a los mercenarios griegos para la pacificación y el poblamiento; empleo de administradores iraníes). Aunque el ejército real se mantuvo esencialmente macedonio, el imperio ya era multinacional.

II.—LA CONQUISTA DEL TURÁN (329-327)³⁰⁷

Vertiente oriental del imperio aqueménida, la llanura Turania sólo sería conquistada al costa de tres años de una lucha dura y sin gloria. Per-

³⁰⁷ OBRAS DE CONSULTA.—Topografía: para Bactriana, cf. A. Foucher, *o. c.*, *supra*, p. 278, t. I; para Margiana, Sogdiana y el país Saka: G. Frumkin, *Archaeology in Soviet Cen-*

siguiendo en la figura de Beso a quien se había declarado sucesor del Gran Rey, Alejandro no sospechaba la diversidad de las regiones que aquél gobernaba, cruce de influencias entre los "escitas" nómadas (sacas) y las poblaciones sedentarias de Irán. Poblaciones con un particularismo altivo, tratadas por los Aqueménidas con reserva y cuya aristocracia soportaría difícilmente el autoritarismo de un conquistador, al que, sin embargo, admiraba. Entre el pie del Hindu Kush y el curso del alto Oxo (Amu Daria) se extiende Bactria, llanura entonces cuidadosamente regada y célebre por su riqueza, cuyas prolongaciones alcanzaban los contrafuertes del Himalaya (Badaksan). Luego, entre el Oxo y el Yaxartes (Sir Daria), Sogdiana ofrece paisajes variados: el fértil valle del Zerafshan, que regaba las dos capitales, Samarcanda y Bujara; el pasillo del Fergana, dominado por el Pamir y los montes Tien-Sán; los relieves acusados de Paraitakene, donde los señores feudales habían encaramado sus nidos de águila, que dominaban los valles fértiles de los afluentes del Oxo. Más

tral Asia, Handbuch der Orientalistik, 7, III, 1, Leyde, 1970. El estudio de F. von Schwarz, *Alex. d. Gr. Feldzüge in Turkestan*, Stuttgart, 1906, sigue todavía vigente —pero no olvidemos que el autor era astrónomo en Tashkent y no historiador... — Sobre los Saka de Fergana, cf. B. A. Litvinsky, *Saka Haumavarga, Festschrift F. Altheim*, I, Berlín, 1969, pp. 115 ss.: estos Saka ocupaban también los valles del Pamir, desde donde comenzaban a adentrarse hacia Cachemira y el Swat, en donde Alejandro volverá a encontrarse con algunos de ellos. — Sobre el Badakshan, de donde provenía el lapislázuli, cf. M. Tosi, R. Wardak, *The Fullol Hoard, new find from Bronze-Age in Afghanistan, East and West*, XXII, 1972, pp. 9 ss. — Sobre el sentido de "Paraitakene", cf. A. Piemontese, *Paretakenoi e Paraitakene, Riv. d. Stud. Orient.*, XLIV, 1969, pp. 109 ss.

Irán oriental en la época de Alejandro: F. Altheim, R. Stiehl., *Geschichte Mittelasiens im Altertum*, Berlín, 1970, pp. 162 sqq.: 195 ss.; exposiciones muy claras de I. M. Mouninof, *Istoriija Samarkanda*, I, Tashkent, 1969, pp. 50 ss.; B. A. Litvinsky, *Istoriija Tajikskogo Naroda*, I, Moscú, 1963, pp. 236 ss.; pero nos guardaremos de hacer de Espitamenes un "héroe de la independencia nacional"... Véase también J. V. Khlopine, Alexander Makedonsky ve Margiane, *Klio*, LIII, 1971, pp. 157 ss. — La teoría de A. L. Narain, *The Indo-Greeks*, Oxford, 1957, según la cual habría existido bajo los Aqueménidas una importante colonización griega en Bactriana es insostenible: cf. V. M. Masson, *Atti del convegno sul tema: la Persia e il mondo Greco-Romano*, Roma, 1966, pp. 357 ss.

Homicidio de Clito: cf. en particular A. Aymard, *Sur quelques vers d'Euripide qui poussèrent Alexandre au meurtre, Etudes d'Histoire Ancienne*, Paris, 1967, pp. 51 ss. — Asunto de los pajes y homicidio de Calístenes: cf. sobre todo T. S. Brown, *Callisthenes and Alexander, A.J.Ph.*, LXX, 1949, pp. 225 ss. — Sobre la carta de Aristóteles a Alejandro, cf. S. M. Stern, *Aristotle on the World-state*, Oxford, 1968; J. Bielavski-M. Plezia, *La lettre d'Aristote à Alexandre le Grand sur la politique envers les cités*, Varsovie, 1970; M. A. Wes, *Quelques remarques à propos d'une lettre d'Aristote à Alexandre, Mnem.*, XXV, 1973, pp. 261 ss. La fecha de 331-330 propuesta por los editores parece demasiado alta. — Sobre Aristóteles y los "Bárbaros de Asia", cf. Jüthner, *Hellenen und Barbaren*, Leipzig, 1923 - E. Buchner, *Zwei Gutachten für die Behandlung der Barbaren durch Alexander d. Gr.*, *Hermes*, LXXXII, 1954, pp. 378 ss.

Asunto de la *proskynesis*: sobre el ceremonial (representado en un relieve de Persépolis), cf. F. von Saxe-Meiningen, *Proskynesis in Iran*, en F. Altheim, *Geschichte der Hunnen*, II, Berlín, 1960, pp. 125 ss.; E. J. Bickermann, *A propos d'un passage de Charès de Mitylène, P.d.P.*, XVIII, 1963, pp. 241 ss.; G. Walser, *Audienz beim persischen Grosskönig*, Zurich, 1965; W. Hinz, *Altiranische Funde und Forschungen*, Berlín, 1969, p. 63 ss. y lám. 19. — Sobre el intento de Alejandro de adoptar el ceremonial, existen numerosos trabajos, casi todos anticuados, citados por Seibert, *o. c.*, pp. 192 ss.

allá del Yaxartes (límite oriental del imperio Aqueménida, defendido por un *limes* de ciudades fortificadas), los escitas independientes hacían pasar sus rebaños hasta el Ili, en el lago Balcas y en el Issik-kul. En el norte, protegido de la codicia por la pantalla natural que forma la estepa del Uzbekistán, el poderoso reino de los corasmios (Khoresm, región de Khiva) bordeaba el curso inferior del Oxo, cuyas aguas servían para un regadío intensivo. Antigua tributaria de los persas, esta región formaba un estado independiente, rodeado de nómadas que lazos de vasallaje estrechos unían al Gran Rey. Al este del Oxo vivían las tribus masagetas, que formaban, parece ser, una vasta confederación, incluyendo Corasmia. En el oeste, entre el mar de Aral y el mar Caspio, erraban los dahos, otra confederación de tribus escitas: una de ellas, la de los Parnes, serían el origen del imperio parto³⁰⁸. Las incursiones de estos nómadas ladrones constituían para los agricultores de Bactria y de Sogdiana una amenaza permanente: por consiguiente, cada pueblecito estaba fortificado, mientras que los señores feudales, belicosos e indisciplinados, tenían cada uno su castillo. Aunque aceptaban el señorío aqueménida como una garantía contra el peligro escita, no eran por ello menos rebeldes contra la centralización e incluso contra toda forma de poder organizado. La conquista sería por eso más o menos fácil. Pero los obstáculos no vendrían tan sólo del adversario y del medio, dado que el estilo de gobierno adoptado por Alejandro acentuó el malestar en su ejército: resentimiento de una parte del alto mando; crisis moral en los jóvenes aristócratas macedonios; rivalidades entre camarillas intelectuales, fueron otros tantos problemas tachados con dramas sangrientos.

Beso, pensando que Alejandro atravesaría el Hindu Kush por las cumbres que, desde el Kabulistán, llevaban directamente a Bactra, había devastado ese itinerario y concentrado sus fuerzas alrededor de Aorno (Tash-Kurgan), a la salida de los desfiladeros. No disponía ya, de todas formas, más que de 7.000 bactrianos, de un contingente sogdiano dirigido por Espítámenes y Oxiartes y de refuerzos dahos. Bactria por sí sola habría podido alinear, según se dice, hasta 30.000 jinetes, pero los pillajes de estos escitas, encargados de crear una tierra quemada ante Alejandro, parecieron indisponer a la población local, que deseaba ser defendida y no sufrir los gastos de la guerra. Informado sin duda de las medidas tomadas por Beso, Alejandro tomó el paso de Khawak, más oriental, que desembocaba en la llanura de Drapsaka (Kunduz). Si se mantenía en Aorno, Beso se arriesgaba a ser aislado de Sogdiana: decidió, pues, atrincherarse en la orilla derecha del Oxo. Sin embargo, la mayoría de la caballería bactriana rehusó seguirle y volvieron a sus hogares. No le quedaba más que seguir a los barones sogdianos en su huida hacia Maracanda (Afrasiab, cerca de Samarcanda). Alejandro, casi sin daños, había conquistado Bactria, cuyas poderosas ciudadelas (Aorno y Bactra) ofrecieron tan sólo un simulacro de resistencia. El viejo Artabazo, que había

³⁰⁸ Cf. *infra*, p. 336.

vuelto de Aria, fue puesto a la cabeza de la provincia, debidamente provista de tropas. El rey se quedó en Bactra sólo el tiempo suficiente para desmovilizar a los macedonios y a los tesalios que habían alcanzado la edad del retiro: no quería dejar al enemigo descansar y tenía la intención de reutilizar la táctica que había ocasionado la perdición de Darío. Marchó, pues hacia el Oxo, que atravesó probablemente a la altura de Tarmita (Termez). De allí, se dirigió rápidamente hacia Maracanda. No demasiado preocupados por ver a los macedonios alcanzar el valle del Politimeto (Zerafshan), corazón de su provincia, los barones sogdianos ofrecieron entregar a Beso, creyendo sin duda que Alejandro no quería más que prender a la persona de su competidor. Alejandro se aprovechó de este mal entendido. Pero en cuanto le fue entregado Beso, el rey se apoderó de los caballos que encontró en los pastos, reconstruyó su caballería y se dirigió a Maracanda. Sorprendidos, los sogdianos se sometieron con desgana y Alejandro, que desestimó el ocupar Bujara, se trasladó hacia el Yaxartes. Las poblaciones, cada vez más hostiles, trataban a los forrajeadores macedonios como a ladrones y el mismo rey fue herido en una escaramuza. Hubo que tomar medidas: una represión rápida y brutal dio a los aristócratas sogdianos motivo para volver a empuñar las armas.

El Yaxartes era el límite oriental del Imperio persa. Sobre su orilla izquierda, en donde erraban tribus pacíficas, Ciro había fundado una serie de ciudades fortificadas que defendían Irán frente al mundo de los sacas. Alejandro, que estaba interesado en informarse sobre estos nómadas mal conocidos e inquietantes, envió a sus tierras una misión exploradora. Fue entonces cuando todo el país se levantó sobre su retaguardia. La insurrección se extendió a Sogdiana entera, mientras que la nobleza bactriana se dejó vencer de que Alejandro proyectaba aniquilarla. La réplica del rey fue de nuevo brutal: carnicerías, incendios y avasallamientos en masa yugularon la revuelta. Cirópolis fue destruida. Éxito de consecuencias peligrosas, ya que, desguarnecida de sus fortalezas fronterizas, Sogdiana se ofrecía a la codicia de los Sacas, que merodeaban ahora sobre la orilla derecha del Sir-Daria. Otro peligro amenazaba: Espitámenes, jefe de la resistencia en la baja Sogdiana, bloqueaba la guarnición de Maracanda y había aniquilado una columna de socorro que se había enviado para liberar la plaza. Ocupándose de lo más urgente, Alejandro fundó cerca del Yaxartes Alejandría Eschate (la "extrema", hoy Leninabad), en donde proyectaba instalar mercenarios griegos y sogdianos sometidos. Luego, para acabar con la insolencia de los sacas, hizo una demostración más allá del río. Pese a haber sido herido recientemente, condujo él mismo la operación: protegidos por disparos de catapultas, los macedonios atravesaron el río y obligaron a los sacas a desaparecer en la estepa. Algunos días más tarde, vino una embajada para firmar un pacto de no agresión, que sería fielmente observado por ambas partes.

Alejandro corrió en seguida a Maracanda con las tropas ligeras; Crátero le siguió con el grueso del ejército, pero Espitámenes levantó el

sitio cuando se acercaban. Al término de una brutal represión, el rey intentó reconciliarse con la aristocracia sogdiana, perdonando a algunos condenados y otorgando distinciones honoríficas. Luego, tras dejar 3.000 infantes en la región, volvió a cruzar el Oxo y, mientras que el grueso del ejército alcanzaba Bactra, siguió la rutas de las caravanas hasta el oasis de Merv, en donde fue fundada Alejandría de Margiana, rodeada de fortificaciones. Luego volvió a Bactra para invernar. Controlaba ya el corazón de Sogdiana: Alejandría Eschate, Maracanda y Bujara formaban un eje fortificado que arrojaba a Espitámenes a la estepa de Uzbekistán, mientras que Merv le cortaba la ruta de la región del mar Caspio. Ya no quedaban más que dos zonas amenazadoras: al noroeste, la estepa, en donde Espitámenes intrigaba junto a los nómadas e intentaba, sin duda, interesar a los corasmios por su causa; al noreste, Paraitakene, en donde grandes señores feudales, como Oxiartes, vivían retirados en sus feudos. Alejandro preparó, así pues, una campaña destinada a acabar con esto. Unos 20.000 hombres (sobre todo mercenarios griegos y tracios) llegaron entonces de Europa y permitieron crear las guarniciones necesarias. Por otra parte, se organizó en Bactra el juicio de Beso: juzgado y condenado, el usurpador, mutilado públicamente, fue enviado a Ecbatana para ser ejecutado según la costumbre persa. Sucesor y vengador de Darío, Alejandro no dudó ya en reforzar su ejército con contingentes asiáticos, bactrianos y sogdianos incluidos.

Desde el principio del invierno del año 328, la llegada de dos embajadas liberó a Alejandro de parte de sus preocupaciones. Una delegación de los Sacas de más allá del Yaxartes acompañó a un plenipotenciario macedonio enviado un año antes a su país. Anunciaba la muerte de su rey, pero aseguraba que su sucesor respetaría el tratado del verano anterior. Luego se presentó Farasmenes, rey de los corasmios, el cual ofreció a Alejandro conducirlo de nuevo a Europa por el norte del mar Caspio. El macedonio contestó que tenía la intención de conquistar la India y no las estepas escitas. Una vez tranquilizado, Farasmenes reconoció la soberanía nominativa de Alejandro. Acuerdo importante, ya que sin el apoyo de los corasmios, que gozaban de gran influencia entre los masagetas y los dahos, Espitámenes no podría reclutar en la estepa más que pequeñas bandas de merodeadores.

Dejando a sus espaldas a Crátero y a un pequeño ejército para ocupar Bactria, Alejandro volvió a Sogdiana en la primavera del 328. Después de haber fundado Alejandría del Oxo (Termez), dividió a su ejército en cinco columnas que debían converger sobre Maracanda. Al frente de la división que marchaba a lo largo del borde occidental de Paraitakene, se apoderó de una plaza fuerte natural en donde la población local había salvaguardado sus personas y sus bienes: así cayeron entre sus manos rehenes de gran valor, entre los cuales se hallaba la familia de Oxiartes. Este poderoso barón se unió al bando macedonio y recibió su perdón. Las otras columnas, al mismo tiempo, habían llegado a Maracanda, donde les fueron asignados nuevos trabajos: mientras que el rey recorría la región de Maracanda, Artabazo, ayudado por Ceno, se

dirigía al sector de Bujara. Hefestión fue encargado de poblar "ciudades" recientemente fundadas, en las que convivían macedonios, mercenarios griegos e indígenas.

No obstante, creyendo que Bactria estaba desguarnecida de tropas Espitámenes y algunos centenares de masagetas habían llegado hasta los muros de Bactra. Crátero los expulsó a la estepa, sin que los bactrianos hubiesen aportado ayuda al que para ellos era más un saqueador que un liberador. Bactria estaba, pues, pacificada y Crátero pudo trasladarse a Sogdiana, donde Alejandro, desocupado, organizaba cazas en los "paraísos" reales, esperando el invierno. Artabazo, de edad avanzada, había sido relevado de sus funciones a petición propia; Alejandro encomendó la satrapía de Bactria-Sogdiana a su amigo Clito el Negro. Pero, algunos días más tarde, durante una borrachera, una disputa hizo resurgir el desacuerdo entre el rey y los viejos oficiales de Filipo. Reyerta de borrachos, que acabó con el homicidio de Clito. Este crimen causó un profundo malestar en el círculo de Alejandro, el cual superó con dificultades el choque nervioso. Después de haber reemplazado a Clito por Amintas, el rey se retiró a Nautaka (Shar-i Sabz) sin acometer allí nada importante. Fue entonces cuando Espitámenes intentó efectuar una incursión en Sogdiana, en la región de Bujara, con la ayuda de los masagetas. Fue rechazado hasta la estepa tras duros combates. Al conocer que Alejandro proyectaba invadir su territorio en la primavera, los nómadas aniquilaron a Espitámenes y entregaron a su brazo derecho, Datafernes. La campaña prevista se hizo, pues, inútil. Reunido en Nautaka con Crátero y Ceno, Alejandro descansó durante el final del invierno del 328/7.

No quedaba más que pacificar Paraitakene. La primavera del 327 no hacía más que empezar cuando, cruzando las "Puertas de Hierro", Alejandro llegaba a la región de Hissar y obtenía, gracias a la mediación de Oxiartes, la sumisión pacífica de un gran señor feudal local, Sisimitres, al que dejó el gobierno de su feudo. Mientras que Crátero se dirigía a Bubakene (¿Badaksán?) para reducir a los últimos recalcitrantes, Alejandro, a fuerza de atenciones, ponía de su parte a los señores de la Paraitakene que habían elegido someterse: sus hijos ingresaron en el ejército real y la hija de Oxiartes, Roxana, se convirtió en la esposa de Alejandro. El rey siguió así el ejemplo de sus antepasados, quienes tan a menudo habían concluido alianzas dinásticas con princesas balcánicas. Pero este matrimonio significaba que las relaciones entre macedonios e iraníes ya no serían nunca más de vencedor a vencido. Admirando sus cualidades de jefe y su generosidad, gran número de iraníes estaba listo para servir a un soberano al que veían como el sucesor del Gran Rey y que no podría ya mostrarles menos consideraciones que a los macedonios. Pero éstos se irritaban por haber perdido sus privilegios: el verano del 327 fue para Alejandro un período difícil.

Un solo rey para vencedores y vencidos: tal era el programa de Alejandro a su vuelta de Bactra. Algunas medidas fueron tomadas a largo plazo, como la orden de reclutar a 30.000 jóvenes asiáticos en las altas

satrapías para ser equipados y entrenados a la macedonia³⁰⁹: el ejército debía ser provisto de una infantería oriental capaz de relevar a tropas cuya desmovilización estaba prevista. De manera inmediata, funciones importantes fueron encomendadas a iraníes: Media, que controlaba el camino hacia Europa, fue devuelta a Atrópates; los poderes de Fratafernes (Partia-Hircania) fueron reforzados; un persa, Estamenes, remplazó en Babilonia a Maceo, que había muerto; Oxatres, hermano de Darío, recibió funciones en la corte. La presencia de dignatarios iraníes al lado del rey creó un problema de protocolo: el ceremonial aqueménida obligaba a todo visitante admitido ante el Gran Rey a inclinarse más o menos profundamente, en función de su rango, poniendo su mano derecha a la altura de la boca (*proskynesis*) para expresar la veneración debida al poder carismático del soberano. Pero, a los ojos de los grecomacedonios, sólo los dioses merecían tales muestras de respeto y los embajadores enviados a Susa por las ciudades ya habían rehusado alguna vez cumplir este rito. Sucesor del Gran Rey, Alejandro intentó obtener que macedonios y griegos le dirigiesen este tipo de saludos, que recibía de los orientales. ¿Acaso no era él hijo de Zeus-Amón y, debido a sus proezas, semejante a los héroes míticos? ¿No estaría algún día a la altura de los dioses, como su antepasado Heracles, Dioniso y los Dióscuros, todos ellos nacidos de madres mortales? Intelectuales griegos, como el filósofo Anaxarco, desarrollaron esta tesis que combatió duramente Calístenes, para quien la *proskynesis* constituía el símbolo degradante del despotismo oriental, idea que recibió la aprobación de un gran número de macedonios: el proyecto fue abandonado.

Este asunto, limitado a un círculo restringido, reveló reticencias en el fuero interno de los grandes personajes europeos, llamados a competir con iraníes, y Calístenes había tenido la valentía (o la imprudencia...) de decir en voz alta lo que muchos pensaban en voz baja³¹⁰. El filósofo ejerció una fuerte influencia sobre los jóvenes pajes macedonios que seguían sus enseñanzas. Se dedicaron bastantes conversaciones (de orden muy *theorikon*), al parecer, a la tiranía y al tiranicidio. Quiso el azar que uno de los oyentes de Calístenes recibiese por una fruslería, por orden del rey, un castigo quizás exagerado. El resentimiento incitó al joven a urdir un complot que estuvo a punto de convertirse en el asesinato de Alejandro. Esta locura escandalizó al ejército y provocó varias penas capitales: el estado mayor y la tropa demostraron en este caso su amor al rey. Tran-

³⁰⁹ Estos "Epígonos" tenían asimismo que aprender griego, lengua para transmitir las órdenes militares. Sin duda, fueron reclutados principalmente entre los hijos de los Bárbaros instalados en las ciudades fundadas por Alejandro.

³¹⁰ El problema fue complicado por algunos estudiosos que pretendieron que Alejandro, a través de este ceremonial, habría fundado el culto ulterior al soberano. De hecho, para tranquilizar a sus compatriotas Alejandro invitó a todo el mundo a realizar esta ceremonia no delante de su persona, sino ante el hogar (*hestia*) de la sala de festines, tan sagrado para los griegos como para los iraníes. La *proskynesis* reclamada por Alejandro no era, pues, exactamente la de los persas y parece como si se hubiese buscado un terreno de entendimiento entre dos mundos de diferente cultura.

quilizados los ánimos, Alejandro y sus allegados se preguntaron sobre los móviles profundos de los jóvenes regicidas: ¿no los habría empujado al crimen Calístenes con sus lecciones? El olintio, que mantenía relaciones continuas con Europa, tenía discípulos notorios y el rey temió quizás ver cómo se convertía en el centro de un círculo de opositores. Puede que recibiese hacia esta fecha una carta de Aristóteles (si es que es auténtica), que tomaba partido contra las teorías absolutistas de Anaxarco, contra el proyecto de nuevas conquistas y contra la colaboración con la aristocracia persa. El peligro pareció serio y el asunto fue zanjado con la ejecución de Calístenes. Los Peripatéticos hicieron de él un mártir de la resistencia a la tiranía de Alejandro. De hecho, colmado de prejuicios, Calístenes era incapaz de comprender que la política oriental representaba el único medio que podía asegurar la perennidad del imperio. A corto plazo, y en Asia, la eliminación de un filósofo griego no planteaba ningún problema político. A largo, y en Europa, tenía el peligro de reunir alrededor de Aristóteles y de Antípatro a todas aquellas gentes que, en buen número, rehusaban seguir a Alejandro en lo que consideraban puras quimeras. Adelantándose a los acontecimientos, Alejandro escribió a Antípatro sobre su intención de castigar a los que habían inspirado a Calístenes.

Habiéndose incorporado Crátero en el verano del 327, Alejandro dejó Bactra. Volvió a cruzar el Hindu Kush y llegó, para pasar el invierno, a la región soleada de Nicea (Lamgham); allí se reunió, contando alrededor de 120.000 hombres, el ejército cosmopolita destinado a invadir la India: macedonios, mercenarios griegos y tracios, orientales de muchos orígenes (jinetes de las altas satrapías, mercenarios dahos, marinos egipcios, fenicios y chipriotas para el descenso previsto del Indo); desde aquel momento, europeos y asiáticos ya no fueron enemigos, sino compañeros de armas asociados para la conquista (o la reconquista) de provincias perdidas por los últimos Aqueménidas. El tiempo de la venganza acabó con el incendio de Persépolis y todos los súbditos de Alejandro estaban convidados a una obra constructiva. La estancia en Bactria del rey macedonio no representó, así pues, un tiempo muerto entre las dos páginas de la epopeya: el vencedor de Darío se había acostumbrado a su condición de Gran Rey y había adquirido en Oriente una experiencia política y militar nueva. Se había adaptado a cada situación, supo pacificar las altas satrapías y había aprendido a medir el peligro nómada y a oponerle fronteras defendibles. Las técnicas de la pacificación habían sido establecidas y aplicadas metódicamente. Una docena de "ciudades" delimitaban la llanura turania y cerca de 15.000 hombres (mercenarios griegos sobre todo) fueron dejados junto al sátrapa Amintas. Pero Alejandro no podía instalar guarniciones en todas partes: fueron los lazos personales con los señores feudales de Paraitakene los que mantendrían esta región en la órbita macedonia. De todas formas, estaba claro que el rey no tenía la intención de conquistar la tierra entera, ya que no anexionó el rico delta del Oxo (Corasmia), antiguamente tributario de Darío I. Demostró, sin duda, prudencia, porque ya se conocían en Grecia los desastres que habían sufrido en estas estepas los Aqueménidas y más valía contentarse con tratados de

no agresión (Sacas de más allá del Yaxartes) o de amistad (corasmios). Alejandro no había perdido, por tanto, el sentido de lo posible y únicamente la evolución de su carácter inquietaba quizás a sus allegados. Brusco, por no decir brutal, soportaba cada vez peor las contradicciones o los retrasos, y sus cóleras podían ser homicidas: Clito y el persa Orsodates fueron abatidos por su propia mano. Lo más corriente era que los sátrapas fuesen revocados a la mínima desobediencia y los casos de insumisión en el ejército implacablemente castigados.

III.—LA CONQUISTA DE LA INDIA (326-325)³¹¹

La India (es decir, la cuenca del Indo, puesto que las del Ganges o el Dekan eran aún desconocidas para los griegos) había formado parte antiguamente del imperio persa. Ciro había conquistado el Gandara (valle del río de Kabul y del Punjab occidental), así como el país de Tatagus (el Satagides de Heródoto), es decir, según parece, la región de Pisin y de Quetta, que controlaba el acceso a la cuenca media del Indo. Luego, Darío I había adquirido el Sind y había hecho descender este río a su flota. Pero la empresa persa había retrocedido posteriormente. El Sind y el Punjab habían reconquistado su independencia, mientras que los montañeses de las laderas del Himalaya eran una permanente amenaza para la ruta septentrional de la India. Lo que quedaba del Gandara había sido unido a

³¹¹ OBRAS DE CONSULTA.—No tenemos un estudio de conjunto sobre la campaña de Alejandro en la India. Sería de gran dificultad, dado que la literatura india no ha guardado ningún recuerdo de Alejandro y habida cuenta de que el curso de los ríos del Punjab, como el del Indo, ha sufrido modificaciones considerables desde la Antigüedad: se utilizará con precaución la obra irremplazada del general Cunningham, *The ancient geography of India*, Londres, 1871.

Obras generales: además de Chr. Lassen, *Indische Alterthumskunde*², II, 1874, fundamental, consúltese: H. T. Lambrick, *Sind. A general introduction*, Hyderabad, 1964, pp. 103 ss.; R. C. Majumdar, *An advanced history of India*², Londres, 1965; A. K. Narain, *Alex. in India. Greece and Rome*, XII, 1965, pp. 155 ss. Véase también Sarva Daman Singh, *Ancient Indian warfare*, Leyde, 1965; R. Mookerji, *Chandragupta Maurya and his time*⁴, Delhi, 1966; R. Thapar, *A history of India*, I, 1966, Pelican Books, pp. 50 ss.

Campañas en los valles del Himalaya: A. Stein, *On Alexander's track to the Indus*, Londres, 1929; O. Caroe, *The Pathans*, Londres, 1965, pp. 43 ss.; P. H. L. Eggermont, *Alexander's campaign in Gandhara and Ptolemy's list of Scythian towns*, *Orientalia Lovaniensia Periodica*, I, 1970, pp. 63 ss. — Excavaciones importantes del Istituto Italiano per il medio ed estremo oriente: G. Tucci, *The tombs of the Asvakayana-Assakenoi*, *East and West*, 1963, pp. 27 ss.; G. Tucci, *Explorations récentes dans le Swat*, *Le Muséon*, 1966, pp. 42 ss.; G. Stacul, *The grey pottery of the Swat valley and the Indo-Iranian connection ca 1500-300 B.C.*, *East and West*, 1970, pp. 92 ss.

Marcha de Hefestión: cf. A. Foucher, *o. c.*, *supra*, p. 250, t. II; sobre Peukelaotis: M. Wheeler, *Charsadda, a metropolis of the North-West frontier*, Oxford 1962; sobre "Nysa": E. Mederer, *Die Alexanderlegenden bei d. ältesten Alexanderhistorikern*, Würzburg, 1936; sobre Taxila, Sir J. Marshall, *Taxila*, Cambridge, 1951.

Batalla del Hidaspes: véase la bibliografía en Seibert, *o. c.*, pp. 156 ss.; la discusión trata tanto sobre la topografía como sobre la táctica: cf. en último lugar J. R. Hamilton, *The cavalry battle at the Hydaspes*, *J.H.S.*, LXXVI, 1956, pp. 26 ss.; P. Goukowsky, *Le roi Pôros, son éléphant et quelques autres*, *B.C.H.*, CVI, 1972, pp. 473 ss.

Bactria y los distritos de Pisin y de Quetta a Aracosia. En resumen, si los Aqueménidas tenían aún parte de las vías de acceso de Afganistán hacia la India, esta última se les escapaba y su conocimiento del país parece haberse borrado rápidamente. Desde Bactria, Alejandro pudo completar lo poco que encontraba en Hecateo, Heródoto y Ctesias. Un indio que había entrado a su servicio le había informado sobre Gandara, los emisarios del rey de Taxila sobre el Punjab. El reino de Taxila, entre el Indo y el Hidaspes (Jhelum), tenía al monarca vecino, Poro (Parvataka), el cual, aliado con el príncipe de Cachemira, Abisares, intentaba, al parecer, someter todo el Punjab. Las llamadas provenientes de Taxila influyeron seguramente en la génesis del plan de Alejandro, ya que un aliado poderoso le permitía lanzarse sin demasiados riesgos hacia una empresa inspirada en la de Darío.

Alejandro dejó sus cuarteles de invierno en la primavera del año 326. Guiado por el príncipe de Taxila, Hefestión condujo el grueso del ejército hasta el Indo por la "antigua ruta" de la India y preparó el paso del río. Alejandro, por su parte, se encargaba con Crátero de someter los valles subhimalayos del Cofén (Kabul-rud) y de sus afluentes, cuyas poblaciones saqueadoras resultaban molestas para la circulación entre Irán e India. Alejandro subió primero por la orilla derecha del Coes (Alingar), en donde la tribu de los niseos convidó al ejército a celebrar la fiesta primaveral del dios local que los macedonios asimilaron a Dioniso. Pero los pueblos siguientes (aspasios y gureos) no fueron sometidos sin trabajo: el principado de los asacenos había reclutado a 9.000 mercenarios indios y hubo que ocuparlo metódicamente con todas sus plazas fuertes, entre las cuales se hallaba la capital Masaga³¹². No obstante, gran número de Asacenos se había refugiado en los confines de Cachemira, sobre las alturas de Aornos (Pir-Sar), y Alejandro no tuvo más remedio que alcanzar el Indo, para subir después el río hasta esta plaza fuerte de la que expulsó a los asacenos. Dejó una guarnición para vigilar la frontera de Cachemira y evitar que los indígenas volviesen a ocupar el lugar. El país entre Nicea y el Indo fue entonces erigido como satrapía y otorgado al macedonio Nicanor, ya encargado de vigilar al sátrapa iraní de la Paropanísada. La sumisión del país no era de hecho más que aparente: Nicanor hallaría pronto la muerte durante un levantamiento de los asacenos.

Tratado con Poro: B. Breloer, *Alexanders Bund mit Poros. Indien von Dareios zu Sandrocottos*, Leipzig, 1941. — Reino Nanda del Ganges: P. H. L. Eggermont, *New notes on Asoka and his successors, Persica*, V, 1970, pp. 69 ss.; conquista del Sindh: cf. H. T. Lambrick, *o. c.*, *supra*.

Regreso de la India: viaje de Nearco: cf. H. Schiwiek, *Der Persische Golf als Schifffahrts- und Seehandelsroute in Achämenidischer Zeit und in der Zeit Alexanders des Grossen*, *Bonner Jahrb.*, CLXII, 1962, pp. 43 ss.; regreso de Alejandro: Th. H. Holdich, *The Greek retreat from India, Journal of the Society of Arts*, XLIX, 1901, pp. 417 ss. (poco conocido y fundamental...); A. Stein, *On Alexander's route into Gedrosia, Geogr. Journ.*, CII, 1943, pp. 217 ss.; J. R. Hamilton, *Alexander among the Oreitae, Hist.*, XXI, 1972, pp. 603 ss.

³¹² Se ha relacionado el nombre de Masaga con el de los masagetas y de los saka en general, que parecen haber sido numerosos en la región.

Una vez cruzado el Indo, Alejandro alcanzó Taxila, en donde el ejército se quedó un mes, durante el cual el rey reorganizó Gandara. Un macedonio, Filipo, fue nombrado sátrapa de la región entre el Indo y el Hidaspes: Alejandro afirmaba así sus derechos sobre un país antiguamente tributario de los persas. Pero si los reyezuelos locales (entre los cuales estaba el de Taxila) no llevaban más que el título de *hiparcos*, cada principado mantuvo de hecho su autonomía y su administración. El sátrapa parecía ante todo encargado de coordinar su esfuerzo militar. Pero el rey mantuvo relaciones privilegiadas con el príncipe de Taxila, que recuperaría de hecho las funciones de sátrapa a la muerte de Filipo.

Aunque la orilla derecha del río le perteneciese, Poro se había atrincherado detrás del Hidaspes, crecido por el deshielo y las primeras lluvias del monzón, y esperaba allí el socorro de Cachemira. Pero su ejército, con 120 elefantes, era por sí solo tan formidable que Alejandro decidió atacarlo inmediatamente. Para los macedonios, cruzar un río crecido defendido por elefantes no constituía tarea fácil. Fue necesaria una estratagema, que permitió a Alejandro vencer primero a la vanguardia india, y luego al mismo Poro. Dura batalla, vencida a fuerza de celeridad y de improvisación, durante la cual el rey reservó para sí mismo las ideas directrices, dejando la ejecución a sus lugartenientes. Aunque la derrota de los indios se convirtió en un desastre, Alejandro perdió un millar de soldados, de los cuales quizá 300 macedonios. Ni en Iso ni en Gaugamela la victoria había costado semejante precio. Los soldados de la falange macedonia experimentaron desde aquel momento un miedo atroz hacia los elefantes, contra los cuales no aceptarían enfrentarse más. La batalla fue, sin embargo, decisiva, dado que detuvo la expansión de Poro hacia Gandara y confinó a Abisares en Cachemira; pero principalmente fue la consagración de la política "asiática" de Alejandro, dado que la caballería ligera iraní había secundado con éxito a la caballería pesada macedonia y que el rey podía en adelante contar con la fidelidad de súbditos, sometidos con tanta dificultad.

La victoria sobre Poro planteaba numerosos problemas. ¿Cómo ocupar el amplio reino del vencido? ¿Cómo reemplazar el factor de estabilidad que representaba, dentro del Punjab, aquel estado rodeado de pequeños principados y de pueblos turbulentos, ferozmente ligados a su independencia? Preguntas que quedaron en suspenso mientras que el rey vencido quedó, a causa de sus heridas, en manos de los médicos. Alejandro consagró estas semanas de espera a realizar sacrificios y juegos. Por otra parte, en ambas orillas del Hidaspes fundó dos ciudades, afirmando su intención de implantar a los macedonios en el reino de Poro. Pero la construcción de una flota para alcanzar el océano anunciaba próximas negociaciones con el indio: una cabeza de puente fortificada bastaría para prevenir el renacimiento de ambiciones de Poro y Alejandro no parecía tener intención, al parecer, de seguir más hacia el este, como no había perseguido en su estepa a los Sacas de más allá del Yaxartes. Una vez curado Poro, empezaron las negociaciones. Según las costumbres indias, Alejandro trató al vencido como rey y le dejó su reino, que por otra parte no había ocupado. Como Poro abandonó toda pretensión más

allá del Hidaspes, el príncipe de Taxila se declaró satisfecho de un acuerdo que aseguraba su tranquilidad. Pero Alejandro, pensando probablemente que convenía ofrecer a Poro algunas compensaciones para asegurar su amistad, le propuso su ayuda para someter, al este del Punjab, algunos principados y pueblos que ni Abisares ni el mismo Poro habían conseguido someter. Alejandro no se daba cuenta del alcance de esta promesa, pues ignoraba todo acerca del Ganges y del reino de los prasios (las "gentes del este"), gobernado por la dinastía de los Nanda de Pataliputra (Patna). Pero Poro, empujado de todas formas por un exiliado el mauria Chandragupta, pareció haber pensado que la alianza macedonia le permitiría derrocar a los Nanda y conquistar la llanura del Ganges. Explicó a Alejandro que una marcha hacia el este le conduciría hasta el océano, minimizando adrede la importancia de los adversarios contra quienes tendría que enfrentarse y callando incluso el nombre del Ganges y el de los Prasios.

La marcha hacia el este comenzó sin incidentes, pero la resistencia se hizo más viva cuando los Macedonios encontraron a los pueblos llamados "republicanos" (Aratta), que no fueron sometidos más que al precio de combates despiadados. El monzón se añadía a las guerras y a las distancias, y hubo que enviar a Poro a su reino para buscar refuerzos. En su ausencia, Alejandro alcanzó el Hifasis (Bias), límite oriental del Punjab. Mas allá de este río hacía guardia un pueblo con organización aristocrática, bien provisto de elefantes, con el que los macedonios se negaron firmemente a combatir. Además, un rajá local reveló a Alejandro la formidable potencia de los Nanda, muy próximos ya, una información que Poro —que había vuelto en aquel momento— no tuvo más remedio que confirmar. Furioso por haberse dejado arrastrar a esta aventura, y seguro de no enfrentarse a las "gentes del este", Alejandro proyectó, al parecer, una simple demostración sobre la orilla izquierda del Hifasis para no perder prestigio ante los indios. Pero el rechazo unánime de su ejército, que nada fue capaz de doblegar, le obligó a detenerse: doce altares monumentales marcaron sobre la orilla derecha del río el término de la expedición, mientras que un campamento gigantesco debía dejar a los indígenas una clara idea de la potencia macedonia. Alejandro ya había conquistado aquí territorios que no era capaz de ocupar: no se fundó en la zona ninguna Alejandría y el país fue devuelto a Poro, ciertamente vasallo, pero verdadero vencedor de esta guerra que, para los macedonios, se resumía en tiempo perdido y en sufrimientos inútiles. Los historiadores de Alejandro camuflaron lo mejor que pudieron aquel error.

Reanimado con la perspectiva del regreso, el ejército volvió rápidamente a su punto de partida. Equipado de nuevo, gracias a la llegada de un convoy que había recorrido Asia, acrecentado por refuerzos (tracios llegados de Partia y mercenarios reclutados en Europa), se encaminó hacia el suroeste a comienzos de noviembre del 326. Alejandro resucitó su proyecto de descender el Hidaspes y el Indo, y mientras que, bajo su mando, una flota de alrededor de 1.000 navíos se dejaba llevar por la corriente, Crátero y Hefestión, a un lado y otro del río, conducían cada

uno un cuerpo de ejército. El sátrapa Filipo cerraba la marcha con los contingentes provinciales. Algunos pueblos ribereños se sometieron sin combate. Pero, al sur del Punjab, los malios y los oxídracos opusieron una resistencia feroz alentada por los brahmanes: fue necesario conquistar el país ciudad tras ciudad. Alejandro pagó con su persona y una herida puso su vida en peligro. Mientras que el rumor de su muerte corrió por todo el Imperio suscitando disturbios esporádicos, su convalecencia lo retuvo en la región de Multan, quizá hasta la primavera del 325. Los malios y los oxídracos acabaron por someterse. Pero Oxiartes, suegro de Alejandro, trajo de Bactria noticias preocupantes: los mercenarios griegos, creyéndose liberados por la muerte del rey, habían desertado. Algunos seguían a un tal Atenodoro, que se había hecho rey de Bactria; otros soñaban con volver a Grecia. Ignoramos cómo Alejandro volvió a dominar la situación. Por ahora, dedicó el final de su convalecencia a festividades y a la reorganización de la satrapía de Filipo, que se convertía en una provincia bicéfala, cuya parte norte, con Taxila y las dos ciudades del Hidaspes, formaba un nexo entre Gandara y el reino de Poro, mientras que el sur, alrededor de una nueva Alejandría, miraba hacia las rutas de Aracosia.

Quedaba el Sind, donde los brahmanes fueron el alma de la resistencia. La guerra fue tan atroz y tan terrible era la reputación de los macedonios, que el soberano de Patalena (delta del Indo) huyó con todo su pueblo. El Sind fue organizado como satrapía y encomendado a Pitón: se fundó una nueva Alejandría, mientras que Patala era dotada de instalaciones portuarias: Alejandro se preocupó visiblemente de las relaciones entre esta provincia excéntrica y las satrapías centrales de su ejército. Cierto es que, poco después de la partida del ejército, el delta se sublevaría y expulsaría a la retaguardia macedonia, de modo que Pitón no conservó más que los distritos comprendidos entre Multán y Gandava.

Alejandro organizó entonces la vuelta hacia el oeste. Con la impedimenta, los desmovilizados, los inválidos, los elefantes y la mitad de la falange, Crátero tomó la ruta de Kandahar y se fijó un punto de encuentro en Carmania. El rey, realizando un viejo sueño, acababa de descender el Indo y de navegar sobre el océano: se proponía, a su vez, reabrir la ruta marítima que unía el Indo con Mesopotamia. Pero la exploración encomendada al navarca Nearco, cuya flota debía seguir la inhospitalaria costa del Beluchistán reseñando las corrientes, las aguadas y las marcas, exigía un apoyo terrestre: Alejandro decidió adelantarse con tropas de élite y establecer a lo largo del litoral depósitos de víveres para los marinos. Dejó Patalena en septiembre y, poco después, Nearco desplegabla velas. Pero algunos coleteos del monzón le obligaron a hacer escala cerca de un mes en Karachi, lo cual desorganizó los planes.

El rey debía seguir el litoral desértico de Beluchistán³¹³. Pero, como no cabía esperar ningún socorro de los miserables "Ictiófagos" ("comedores de pescado") de la costa, tenían que obtener los víveres de los gadrosios

³¹³ Para el final de la campaña, véanse los mapas 4 y 2.

que cultivaban los valles de regadío del interior. Sin embargo, en cuanto Alejandro se adentró en el desierto, los gadrosios, en vez de encaminar hacia la costa los víveres prometidos, ayudaron a sublevarse a los oritas, en cuyas tierras había dejado el rey depósitos de avituallamientos bajo la vigilancia de Leónato, el cual tuvo que combatir para poder abastecer a la flota. Mientras que Leónato se dirigía a Susa tras haber fundado Alejandría de los oritas y Alejandría de Makarene (en el Makrán), Alejandro avanzaba a través del desierto, de un desierto en donde el calor no permitía más que marchas nocturnas desde un punto de agua hasta otro. Tras dos meses de sufrimientos inútiles (puesto que el contacto con la flota no había podido establecerse), alcanzó Pura (en la depresión de Jaz-Muriyan), hasta donde se le habían mandado víveres. Pudo entonces hacer el balance de sus pérdidas: el ejército no tenía ya caballos, ni animales de carga, ni impedimenta. Soldados y no combatientes habían perecido en gran número³¹⁴. Tras algunos días de descanso en Pura, Alejandro se dirigió hacia Carmania, celebrando a Dioniso durante el camino con un alegre *komos*. En la región de Khanu, propicia para invernar, fundó la última Alejandría (diciembre del 325). Pronto se incorporaron Crátero y Nearco: marcó entonces el fin de la expedición india con fiestas de acción de gracias (*Charisteria*) y dionisiacas.

IV.—LA VUELTA A LA ESCENA MEDITERRÁNEA (324-323)³¹⁵

Desde el 330, Alejandro no había podido vigilar la administración de las provincias occidentales. Muy de vez en cuando, hacía conocer sus necesidades, en hombres, en animales y en material. Por lo demás, la lentitud de las comunicaciones, a menudo interrumpidas en invierno, obli-

³¹⁴ Pero Plutarco se equivoca al escribir que Alejandro perdió aquí las tres cuartas partes de su ejército, porque no tiene en cuenta ni las tropas de ocupación que dejó en la India, ni las tripulaciones de Nearco, ni el cuerpo de Leónato, ni, sobre todo, la columna de Crátero. La presencia de soldados licenciados en la columna de Crátero supone que las unidades de caballería y de infantería que permanecían a las órdenes del rey no disponían sino de reducidos efectivos.

³¹⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Sobre el asunto de Harpalo, véase principalmente E. Badian, *Harpalos, J.H.S.*, LXXXI, 1961, pp. 16 ss.; sobre sus incidencias en Grecia: A. Schaeffer, *Demosthenes und seine Zeit*, Leipzig, 1887, II, 2, pp. 304 ss.; F. Mitchel, *Athens in the age of Alexander, Greece and Rome*, XII, 1965, pp. 189 ss.; E. Lepore, *Leostene e le origini della guerra lamiaca, P.d.P.*, X, 1955, pp. 161 ss.

Regreso de los exiliados: decreto de Tegea: *Tod*, II, n.º 202 (el decreto de Mitilene, *Tod*, n.º 201, no está datado con seguridad); véase asimismo E. Bickerman, *La lettre d'Alexandre le Grand aux bannis grecs, R.E.A.*, XLII, 1940, pp. 25 ss.; E. Balogh, *Political refugees in ancient Greece*, Johannesburg, 1943, pp. 67 ss.

Honores divinos: A. Aymard, *Un ordre d'Alexandre, R.E.A.*, XXXIX, 1937, pp. 5 ss., ha determinado la relación entre el regreso de los exiliados y la institución de honores divinos—véase principalmente Chr. Habicht, *Gottmenschen und griechische Städte*, München, 1970, pp. 28 ss y *Nachtrag*, pp. 245 ss.; K. T. M. Atkinson, *Demosthenes, Alexander and Aesbeia, Ath.*, LI, 1973, pp. 310 ss.— El culto heroico de Hefestión ha sido atestigüado en Atenas: cf. E. J. Bickerman, *Sur un passage d'Hypéride, Epitaphios*, col. VIII, *Ath.*, XLI, 1963, pp. 70 ss.

gaba a los sátrapas a solucionar por sí mismos los asuntos corrientes, aunque más tarde tuvieran que rendir cuentas. Imaginamos los temores y las tentaciones que despertaría la noticia de la muerte del rey en la India, y del levantamiento de los griegos de Bactria. Hubo rebeliones en Aracosa, en Media y entre los montañeses del Tauro. Más discretamente, los sátrapas iraníes de Carmania y de Susia se instalaron en la independencia, mientras que el persa Orsines tomaba él mismo en Persia la sucesión del sátrapa Frasaortes. Esta descomposición del imperio no escapó a ciertas mentes políticas. Por si acaso, varios sátrapas reclutaron mercenarios. Pero fue Harpalo el que pareció captar mejor lo grave de la situación. Tesorero general del imperio, responsable de las comunicaciones con Europa, encargado del reclutamiento de mercenarios, puede que incluso sátrapa de Babilonia, Harpalo tenía la posibilidad de hacer grandes planes de futuro. Estimando que la desaparición de Alejandro conllevaría el abandono de las provincias orientales, parece ser que concibió un reino que cubría el "creciente fértil" y se abría sobre el mar desde Fenicia hasta Cilicia. Con sus donaciones de trigo, buscó el apoyo de Atenas, siempre poderosa. Incluso en Asia, parece como si varios sátrapas hubiesen adoptado sus ideas. Hacia el 325, Balacro, sátrapa de Cilicia, acuñó algunas monedas a su nombre, y Cleandro devastó metódicamente Media, como si debiese abandonarla pronto. En Egipto, Cleómenes creó una ceca en Alejandría (325) y dirigió el país como le vino en gana. Por último, en Europa, el estratega de Tracia, Zopirión, había sido vencido en la región de Olbia y algunos reyezuelos tracios habían renovado sus lazos con Atenas. Los atenienses, que habían acrecentado su flota y restaurado sus fortificaciones³¹⁵, volvieron a llamar al poder a los enemigos de Macedonia. Al principio del año 324, Leóstenes hizo pasar a Europa, empleando sin duda naves atenienses, a algunos millares de mercenarios griegos, desertores que habían vuelto de Bactria o soldados licenciados por los sátrapas. En resumen, el largo eclipse de la autoridad real había engendrado en algunas regiones una anarquía latente acompañada por desórdenes.

El restablecimiento de su autoridad fue, por tanto, el primer objetivo de Alejandro. Los sátrapas iraníes de Carmania y de Susia, que habían

Final del reino: F. Schachermeyr, *Alexander in Babylon und die Reichsordnung nach seinem Tod*, S.B. Wien, *Hist.-Phil. Kl.*, CCLXVIII, 1970; G. T. Griffith, *Alexander and Antipater in 323 B.C.*, *Proc. of the Afr. Class. Ass.*, VIII, 1965, pp. 12 ss.; A. B. Bosworth, *The death of Alexander the Great*, *Cl. Q.*, XXI, 1971, pp. 112 ss. — Sobre el emplazamiento arqueológico de Alejandría de Caracena, cf. J. Hansman, *Charax and the Karkeh*, *Iranica Antiqua*, VII, 1967, pp. 21 ss.

Política oriental de Alejandro: admitimos con Diodoro (y la *vulgata*) que la sedición ocurrió en Susa, y no en Opis, como pretende Arriano (*¿lapsus por su parte?*). El banquete se celebró en Opis: fue una ceremonia de adiós. Análisis de las fuentes: F. A. Wüst, *Hist.*, II, 1953-1954, pp. 177 ss.: 418 ss.; III, 1954-1955, p. 497. — La teoría de W. W. Tarn, según la cual Alejandro deseaba un Imperio fraternal y universal, ha sido objeto de críticas: cf. E. Badian, *Alexander the Great and the unity of mankind*, *Hist.*, VII, 1958, pp. 425 ss., y aceptamos sus conclusiones. Véase asimismo H. Berve, *Die Verschmelzungspolitik Alexanders d. Gr.*, *Klio*, XXXI, 1938, pp. 135 ss.

³¹⁵ En la época de la administración de Licurgo: *infra*, p. 313.

descuidado el habituallamiento en Gadrosia, fueron ejecutados, así como Orxines, que se había hecho sátrapa de la región de Persia, y como Cleandro, a quien los medos acusaban de innumerables fechorías y que mantenía quizá relaciones con Harpalo. No quedaba otro más que Harpalo, el amigo infiel. Inquieto por ver el acercamiento entre rebeldes macedonios y ciudades griegas hostiles, cuando su ejército era incapaz de actuar, Alejandro utilizó una artimaña: desde Alejandría de Carmania, ordenó a todos los sátrapas licenciar a sus mercenarios. La orden apuntaba en particular a Harpalo, que se vio obligado a elegir entre la rebelión abierta o una obediencia que no le dejaba ninguna duda sobre la suerte que le esperaba. Tomó, pues, la ruta de Tarso, llevando 5.000 talentos tomados del tesoro real. La muerte de Balacro, asesinado por los montañeses del Tauro, había creado un vacío en Cilicia y en Siria del norte, en donde Harpalo se apoderó de un reino, ejerciendo durante algunos meses un poder precario (principios del 324), intrigando febrilmente para vencer las reticencias de Atenas y asociar a algunos sátrapas de Asia Menor a sus proyectos. Al conocer la huida de Harpalo, Alejandro lo reemplazó en Babilonia por el rodio Antímenes.

La crisis del 325/4 provocó, así pues, una reorganización del personal de alta administración. ¿Puede por ello hablarse, como tantos autores contemporáneos lo han hecho, de una "purga" o de un "terror" instaurados por un déspota acorralado? De hecho, los nombramientos del 325/4 muestran que la mayoría de los puestos vacantes lo habían sido como consecuencia de la muerte de sus titulares, asesinados en sediciones (India superior, Bactria, Gadrosia, Cilicia, Pequeña Frigia) o muertos por enfermedad (Aracosia), y que la represión sólo recayó sobre tres sátrapas iraníes (Susia, Carmania, Persia) y un estratega (Cleandro). Pero los nuevos sátrapas eran todos macedonios, salvo el príncipe de Taxila, puesto a la cabeza de la India superior (y vigilado, es cierto, por un alto comisario macedonio). Ya no quedarían, por consiguiente, más que tres sátrapas orientales, Atrópates (Media), Fratafernes (Partia-Hircania) y Oxiartes, el suegro de Alejandro (Gandara). No es que Alejandro no se fiase de los iraníes, sino que prefería agruparlos en el ejército, de cuya dirección parece querer desposeer a quienes ejercen la función de sátrapa. Antígono el Tuerto, viejo guerrero olvidado en su satrapía de Gran Frigia, pareció constituir una excepción comparado con los recién llegados. ninguno de los cuales había ejercido un mando importante. Sin duda Tlepólemo (Carmania) y Peucestas (Persia) habían probado su valía; pero Arcón (Babilonia), Demarco (Pequeña Frigia), Filotas (Cilicia), Arcesilao (Mesopotamia), Ceno (Susia), Sibirtio (Aracosia) y Filippo (Bactriana) aparecen por primera vez. Estos nombramientos pueden parecer sorprendentes, pero se esclarecerán crudamente cuando, al día siguiente de la muerte de Alejandro, veamos que los grandes jefes militares se repartieron las satrapías³¹⁶ que el rey acababa de

³¹⁶ Cf. *infra*, p. 312.

encomendar a hombres oscuros, cuya elección había sido evidentemente dictada por una lúcida prudencia...

Los asuntos griegos constituyeron un campo en el que Filipo y Alejandro demostraron siempre tener tacto político. La liga de Corinto del 338 había respetado la susceptibilidad de las ciudades preservando la ficción de su independencia. Sin embargo, todo parece como si este marco jurídico fuese ya caduco a los ojos de Alejandro: era porque la relación de fuerzas había cambiado. Para Filipo y los Macedonios de su escuela, tales como Antípato, la liga había sido un medio cómodo de mantener a los Estados griegos en una dependencia de hecho, impidiéndoles a la vez contestar a los ofrecimientos de los persas, y, cuando pudieron, Filipo y Antípato se apoyaron en regímenes que les eran devotos (oligarquías o tiranías), a veces mantenidos por guarniciones macedonias y acompañados por medidas represivas contra los demócratas y los enemigos de Macedonia. No obstante, muchos exiliados se habían alistado como mercenarios, mientras que otros, en el cabo Ténaro, esperaban su revancha. En el 325/4, Alejandro pareció comprender que su política griega debía en adelante inspirarse no en la de Filipo, sino en la de los Aqueménidas, de quienes era sucesor. Al no tener que temer una coalición de persas y griegos, podía permitirse ser liberal para con estos últimos. Por otra parte, tenía necesidad de ellos como colonos y como soldados y le era necesario entenderse con todas las ciudades, cualquiera que fuese su régimen: las medidas dictadas en Susa en febrero-marzo del 324 no se pueden explicar de otro modo. Primero, el rey dio lectura ante el ejército de una carta que ordenaba a las ciudades dejar a los exiliados volver a sus casas y restablecerlos en sus bienes. La publicidad que rodeó esta medida hace pensar que se trató de un gesto de apaciguamiento, destinado a combatir las intrigas de Harpalo. Pero es chocante la novedad del método, casi tanto como su torpeza: el rey, sin consultar a sus "aliados", decidió soberanamente sobre sus asuntos internos, en los cuales, en principio, no debía inmiscuirse. A través de un enviado extraordinario, Nicanor de Estagira, notificó su voluntad a los helenos reunidos en Olimpia para los juegos y amenazó a los recalcitrantes con las iras de Antípato. Nunca Filipo, ni nunca el mismo Alejandro, habían hablado así como auténticos amos. A decir verdad, hubo un precedente: la "Paz del Rey" del 386. No hay duda de que Alejandro, sucesor de los Aqueménidas, eligió dirigirse de este modo a los griegos para hacerles comprender que el "Rey Alejandro" del 324 ya no era el Alejandro "rey de los macedonios" y *hegemón* de la liga, que trataba con ellos sobre un pie de igualdad. Esta voluntad de marcar las distancias emerge en otro gesto cuyo significado exacto no acertamos, desgraciadamente, a comprender: Nicanor fue encargado asimismo, según parece, de hacer saber a los griegos que Alejandro deseaba recibir en cada ciudad un culto público como "Dios Invicto" (*Theos Aniketos*). Deificación muy diferente de aquella otra de la que había sido objeto diez años antes en Asia Menor, cuando algunas ciudades le habían demostrado espontáneamente su reconocimiento. Ahora era el conquistador de Asia quien exigía que el mundo griego lo situase por encima de la huma-

nidad. De hecho, una decadracma de plata, acuñada sin duda en Babilonia en el 324/3, mostraba a un Alejandro portador de un rayo, es decir, asimilado a Zeus, a quien una Victoria alada se disponía a coronar. ¿Pero el triunfo obtenido sobre la India justificaba a los ojos de los griegos la institución de un culto cívico? Podemos preguntarnos si la propaganda real no presentó la vuelta de los exilados como un favor divino, inaugurando para Grecia una era de concordia, paz y prosperidad debida al vencedor de Asia: así se explicaría que los dos edictos fuesen publicados simultáneamente.

Otras medidas debían reforzar la cohesión del imperio y asegurar su perennidad. Como tantos conquistadores asiáticos antes que él, Alejandro decidió contraer matrimonio con dos princesas de sangre real para que sus descendientes, llamados a reinar sobre Asia, recogiesen el prestigio dinástico de los Aqueménidas. La una era hija de Artajerjes III, la otra de Darío III, otra de cuyas hijas fue dada en matrimonio al "quiliarca" Hefestión, el "primero después del Rey". Al mismo tiempo, Alejandro casó a algunas decenas de sus compañeros con jóvenes de la nobleza iraní, tejiendo así lazos que presumía sólidos entre las aristocracias de los dos pueblos. En la misma ocasión, los soldados licenciables fueron invitados a regularizar las uniones que habían establecido con mujeres indígenas, en general cautivas. Como los macedonios no tenían intención de traer a estas mujeres asiáticas a su país, se trató sobre todo de proporcionar un estatuto jurídico a los hijos nacidos de estas uniones: el rey se proponía educarlos a la macedonia para incorporarlos algún día a su ejército. Ya en este momento, los 30.000 jóvenes asiáticos seleccionados en el 326/7 acababan de ser presentados al rey y de probar que Asia podía ofrecer una buena infantería de línea. Pero los veteranos macedonios, a quienes esta competencia inquietaba, se sentían disgustados por ver a iraníes admitidos en el muy exclusivo cuerpo del escuadrón real y que gozaban así de privilegios de los cuales ellos mismos se veían apartados por imperativos de una etiqueta cada vez más estricta. La crisis se desencadenó en Susa, cuando estos espíritus simples descubrieron que Alejandro, en lugar de acompañar a los veteranos a Macedonia y de gobernar Asia desde Pella, iba a separarse de ellos para quedarse con sus nuevos favoritos. Bajo la emoción del momento, los soldados se amotinaron, abrumando al rey con violentos sarcasmos. Crisis demasiado pasional para ser apaciguada con explicaciones. Alejandro supo hacer frente a la misma e imponerse a los amotinados: pasando ante las tropas formadas, remitió él mismo al verdugo a los más excitados. Luego, habiéndose retirado al castillo de Susa y ostensiblemente rodeado de iraníes, se dedicó a organizar a los "Epígonos", a quienes repartió en cuerpos paralelos a los del ejército macedonio. Esto fue demasiado para los veteranos: conscientes de su desmerecimiento, vinieron a implorar un perdón ganado por adelantado. Se acordó que los que prefiriesen quedarse junto al rey serían instalados en Asia en un barrio, llamado Pella, que les fue reservado en una Alejandría (Carax) fundada en el golfo pérsico: esto era un privilegio, ya que en la mente de Alejandro esta ciudad, que debía enriquecerse gracias al comer-

cio con la India y Arabia, sería un día rival de la Alejandría de Egipto. En cuanto a los que prefirieron volver a casa, fueron confiados a Crátero y a Poliperconte, en los cuales confiaban. Algunas semanas más tarde, cuando los veteranos se disponían a cruzar el Tigris en Opis para dirigirse a Cilicia y el rey iba a tomar el camino de Ecbatana, Alejandro celebró una sobrecogedora ceremonia. Bajo una inmensa tienda, en donde 9.000 hombres habían sido convidados, después de que los adivinos griegos y los magos persas procediesen a los sacrificios, Alejandro hizo una libación y rogó para que la concordia (*homonoia*) reinase por siempre entre macedonios y persas. Antaño, Ciro había retirado el poder a los medos para transmitirlo a los persas. Él mismo se lo había retirado a los persas para transmitirlo a los macedonios. Pero ahora deseaba que éstos lo compartiesen voluntariamente con sus vencidos, con el fin de asegurar su perennidad. Realista (y no "visionario", como se ha mantenido alguna vez), Alejandro intentaba simplemente transmitir a los veteranos su fe en un imperio fundado sobre la asociación de dos aristocracias dominadoras y de dos pueblos sufridos y laboriosos. Precaución necesaria en el momento de enviarlos a Macedonia, en donde reinaba, al igual que en Grecia, un prejuicio desfavorable hacia los "Bárbaros de Asia".

Fue también sin duda en Opis en donde Alejandro recibió por fin noticias precisas sobre la situación en Europa. Antípato desaprobaba la nueva política griega del rey, que ponía en peligro sus prolongados esfuerzos: efectivamente, el regente disponía ya en todas partes de sólidas clientelas y, desde la muerte de Agis, la paz reinaba en Grecia. De este modo la política "imperialista" de Alejandro no podía parecer sino quimérica a un Antípato que, apegado a una cierta concepción "patriarcal" de la monarquía y tan hostil como Aristóteles a las tendencias orientalizantes de Alejandro, no admitía que un vivo recibiese honores divinos. Sin duda dio a conocer sus reservas al rey (¿o éste fue informado?), quien tomó sus precauciones. Oficialmente, no se cambió nada de las instrucciones de Nicanor, de modo que Antípato quedaba encargado de aplicar los edictos de Alejandro; pero Crátero, cuya lealtad era absoluta, recibió secretamente como misión el reemplazar al incómodo viejecillo como estratego de Europa: si era necesario recurrir a la fuerza, sus veteranos le seguirían ciegamente. Pero ese plan no contaba con nuevos e inesperados hechos. Al conocer la llegada de Crátero, Harpalo dejó Tarso con sus mercenarios y su tesoro: ante la sorpresa general, vino a anclarse ante el Pireo. Encontró que toda Grecia estaba sobresaltada, porque ya se conocía allí el contenido del edicto que Nicanor debía leer en Olimpia. Los atenienses, en particular, se indignaban de tener que restituir Samos a los samios que habían desplazado al exilio para instalar en la isla a sus clerucos. A todos aquéllos, que albergaban propósitos belicosos, la llegada de Harpalo les pareció providencial. La prudencia, es cierto, no permitía a los atenienses ni acoger a un visitante acompañado de tan peligrosa escolta ni romper abiertamente con Alejandro. Pero Harpalo había sido nombrado antaño ciudadano ateniense: se acordó, por tanto, que después de haber ido a desembarcar sus mercenarios y sus tesoros en el cabo

Ténaro (en donde Atenas mantenía, a su vez, otras relaciones), volvería solo. De vuelta a principios de julio del 324, bien provisto de dinero, se dispuso a comprar conciencias. Los macedonios supieron prevenirse contra este peligro: en nombre de Alejandro Filóxeno, administrador de las finanzas de Asia Menor, reclamó a Harpalo y los fondos que había desfalcado; Antípato y la reina Olimpiada escribieron por su parte a los atenienses para ponerlos en guardia. Llegaron también noticias sobre la movilización que Alejandro había ordenado de los navíos disponibles en Fenicia y en Chipre, y de que Crátero y sus veteranos esperaban en Cilicia que la situación se aclarase. Comprendiendo que Alejandro acabaría con Atenas si ésta elegía la aventura, las personas prudentes, como Demóstenes, reconocieron que la hora aún no había llegado. Se dio, pues, satisfacción al rey, pero sin entregar a Harpalo, que pudo huir. Refugiado en el cabo Ténaro, luego en Creta, pronto encontró la muerte. Pero la desaparición sospechosa de una parte del dinero que había dejado en Atenas provocó clamorosos juicios y ajustes de cuentas entre políticos. Convicto por malversación, Demóstenes se exilió. Con el otoño avanzado, Alejandro fue informado en Ecbatana sobre la suerte de Harpalo y la marcha atrás de Atenas. Ni los atenienses, ni tampoco los etolios acababan de decidirse a aceptar a sus exiliados; pero lo esencial de sus reacciones nos es desconocido. En otros lugares, la vuelta de los exiliados no planteaba más que problemas jurídicos; la solución de los mismos ocupó sin duda el invierno del 324/3.

En cuanto al culto reclamado por Alejandro, no suscitó más que indiferencia o sarcasmo en las ciudades, las cuales obedecieron para mantener las formas. Pero fue en Macedonia en donde la voluntad real chocó con una negativa: la de Antípato. Alejandro, sin embargo, no reaccionó: había vivido al final del otoño un drama desgarrador con la muerte súbita de Hefestión, su amigo de infancia, el cual, en sus funciones de "quiliarca", se había convertido en un elemento irremplazable que comprendía y aplicaba la política iraní de su rey. Éste hizo consultar al oráculo de Amón para saber qué honores debían ser tributados al difunto, para quien fue levantada una espléndida pira en los arrabales de Babilonia, a la espera de celebrar su culto en todo el Imperio.

Desde Ecbatana, Alejandro se había ido a Babilonia al principio del 323, sometiendo de paso al pueblo montañés, aún insumiso, de los Coceos (Casitas). Al principio de la primavera, vinieron delegaciones de todas partes para saludarlo. Las ciudades griegas enviaron teóros, como a una divinidad. Los bárbaros de occidente (cartagineses, celtas del Danubio, etruscos) mandaron también ellos embajadas. Jamás ningún soberano había gozado de tal prestigio ni controlado un imperio tan vasto, que aún soñaba con extender. Tanto hacia el norte como hacia el sur se habían enviado exploradores, preludeo de la conquista (investigaciones en Armenia, a la búsqueda de minas de plata; preparativos para un periplo alrededor del mar Caspio; cruceros en el golfo Pérsico y en el mar Rojo): se recogían en masa documentos e informes. Al mismo tiempo, el ejército fue objeto de una nueva reorganización. Peucestas, sátrapa de Persia,

trajo 20.000 jóvenes persas: todos ellos, con sus armas nacionales, fueron incorporados en la falange, a razón de 12 persas por cada 4 macedonios. Los efectivos de infantería macedonia estacionados en Asia se encontraron así reducidos a una fracción de los hipaspistas y a alrededor de la mitad de la antigua falange. En cuanto a los Epígonos, formaban, parece ser, una unidad autónoma, contrapeso de la falange. Era este ejército multinacional el instrumento con el cual el rey se preparaba a conquistar Arabia, sin duda para facilitar las comunicaciones marítimas entre Babilonia, India y Egipto. Una flota construida en Fenicia fue transportada con las piezas desmontadas hasta Tápsaco, desde donde descendió el Éufrates hasta Babilonia; allí se habían excavado embalses para acogerla. Al mismo tiempo, acudían en masa fenicios y chipriotas, destinados a armar los barcos y a poblar las ciudades que el rey se proponía fundar en el golfo Pérsico.

En vísperas de la salida, el 13 de junio del año 323, la muerte alcanzó de repente a Alejandro. Puede que sucumbiese ante una violenta crisis de paludismo, contraída durante alguna visita de inspección a los canales de Babilonia. Puede asimismo que fuese envenenado. Antípatro, para justificarse, había enviado a la corte a su hijo mayor Casandro, que fue mal recibido y comprobó que Alejandro escuchaba las quejas de los griegos descontentos del regente. Como Crátero y sus veteranos iban a poder, por fin, volver a Macedonia, es posible que Antípatro (seguramente amenazado e instruido por el ejemplo de Parmenión) pensase en hacer desaparecer Alejandro. La conspiración (si tuvo lugar...) podría haber encontrado apoyo en algunos grandes jefes militares hartos de conquistas cada vez más arriesgadas y del orgullo creciente del déspota oriental en que se había convertido el rey. Recientes investigaciones han concedido consistencia a algunos ecos tardíos sobre tal asesinato, pero la tradición oficial (*Efemérides*) no conoce más que la enfermedad.

CAPÍTULO III

LA OBRA DE ALEJANDRO³¹⁷

Fue una obra interrumpida prematuramente, y luego traicionada por infieles herederos; su imagen pronto fue deformada tanto por detractores como por panegiristas: es difícil recuperar el semblante y las intenciones del hombre que, trastornando el equilibrio mundial, abrió un campo inmenso al dinamismo macedonio y a la civilización griega. Alejandro vivió y actuó intensamente, pero su imperio, demasiado ligado a su personalidad, se desmembró tan rápido como había nacido, cediendo el lugar a los estados helenísticos. Sin embargo, entre éstos y el imperio de Alejandro la continuidad es a menudo más aparente que real. La obra consciente del rey, cumplida a pesar de las resistencias, fue primero la conquista de todo el Imperio persa, luego la creación de un estado centralizado y despótico, fundado sobre la asociación de los macedonios y de los persas, a quienes el soberano invitó conjuntamente a nuevas conquistas, estado que soñaba quizá en extender hasta los límites del mundo conocido. Pero el "Imperio de Alejandro" no existió realmente en su plenitud más que durante los años 324-3. Por ello, en el momento de establecer un balance, hay que subrayar que el estudio de instituciones efímeras, a menudo mal conocidas, nacidas según las circunstancias y a menudo modificadas, no se justifica verdaderamente más que en la medida en que permite conocer la personalidad de Alejandro.

I.—LOS INSTRUMENTOS DEL PÓDER³¹⁸

La monarquía de Alejandro no dejó de ser nunca una monarquía militar y no comprendió nunca otra institución más importante ni más a menudo reorganizada que su *ejército*. Instrumento de la conquista, el ejér-

³¹⁷ Remitamos una vez por todas al trabajo fundamental de H. Berve, *Das Alexanderreich*, München, 1926, t. I: *Darstellung*; t. II: *Prosopographie*.

³¹⁸ OBRAS DE CONSULTA.—El ejército: bibliografía *ap.* Seibert, *o. c.*, pp. 211 ss.; véase también W. W. Tam, *Alexander the Great*, Cambridge, 1950, II, pp. 135 ss.; A. Krause,

cito nacional de Filipo se transformó poco a poco en un ejército imperial y cosmopolita, en donde el elemento macedonio fue al final demasiado minoritario para pretender desempeñar un papel político. Descubrimos el camino recorrido si comparamos el ejército del 334 con el del 324/3. Además de los contingentes griegos ofrecidos por la liga, es el pueblo macedonio el que constituye la parte esencial del primero de estos ejércitos. Aparte de la guardia real (guardia a caballo de la *agema*, guardia a pie de los *hipaspistas*), las unidades de infantería (*taxeis*) y de caballería (*ilai*) eran reclutadas cada una en una circunscripción territorial y, sin

Beiträge zur Alexandergeschichte, Marburg, 1893, irremplazado para el estudio de los no combatientes. — Sobre las posibilidades demográficas de Macedonia: G. T. Griffith, *The Macedonian background, Greece and Rome*, XII, 1965, pp. 125 ss. — Sobre los mercenarios: A. W. Parke, *Greek mercenary soldiers from the oldest time till the battle of Ipsos*, Oxford, 1933, pp. 177 ss.; G. T. Griffith, *The mercenaries of the hellenistic world*, Cambridge, 1935, pp. 8 ss.; M. Launey, *Recherches sur les armées hellénistiques*, Paris, 1949, *passim*. Numerosos estudios recientes rectifican detalles de Berve y de Tarn: G. T. Griffith, *Notes on the Macedonians of Philip and Alexander, Proc. of the Cambridge Phil. Soc.*, 1956-1957, pp. 3 ss.; P. A. Brunt, *Alexander's Macedonian cavalry, J.H.S.*, LXXXIII, 1963, pp. 27 ss.; G. T. Griffith, *A note on the hipparchies of Alexander, J.H.S.*, LXXXIII, 1963, pp. 27 ss.; E. Badian, *Orientalism in Alexander's army, J.H.S.*, LXXXV, 1965, pp. 160 ss.; R. D. Milns, *Alexander's seventh phalanx battalion, G.R.B.S.*, VII, 1966, pp. 159 ss.; R. D. Milns, *Alexander's Macedonian cavalry and Diodorus, XVII, 17, 4, J.H.S.*, LXXXVI, 1966, pp. 167 ss.; R. D. Milns, *Philip II and the Hypaspists, Hist.*, XVI, 1967, pp. 509 ss.; R. D. Milns, *The hypaspists of Alexander III, some problems, Hist.*, XX, 1971, pp. 186 ss. — Sobre el papel político del ejército, cf. A. Aymard, *Sur l'Assemblée macédonienne, R.E.A.*, LII, 1950, pp. 115 ss. = *Etudes d'Histoire Ancienne*, Paris, 1967, pp. 143 ss. — Sobre la flota, cf. BERVE, *o. c.*, I, pp. 158 ss.

Sobre las fundaciones urbanas: Tarn, *Alexander the Great*, II, pp. 171 ss.; 232 ss.; F. Altheim-R. Stiehl, *Geschichte Mittelasiens im Altertum*, Berlín, 1970, pp. 385 ss.; Berve, *o. c.*, I, pp. 291 ss. — El estudio de F. Tschirikower, *Die hellenistische Städtegründungen von Alexander d. Gr. bis auf die Römerzeit, Philologus, Suppl.*, XIX, 1927, pp. 138 ss., vale tan sólo por sus consideraciones teóricas.

La administración: Berve *o. c.*, I, pp. 221 ss.; A. Köhler, *Reichsverwaltung- und politik Alexanders d. Gr.*, *Klio*, V, 1905, pp. 303 ss.; P. Julien, *Zur Verwaltung der Satrapien unter Alexander*, Leipzig, 1914; E. Badian, *The administration of the empire, Greece and Rome*, XII, 1965, pp. 166 ss.

La economía y las finanzas, armonedación: cf. *supra*, p. 223, n. 292; véase también G. Kleiner, *Alexanders Reichsmünzen*, Berlín, 1949; E. Pagan, *Die frühesten Tetradrachmen Alexanders d. Gr. mit dem Adler, ihre Herkunft und Entstehungszeit, Jahrbuch für Num. und Geldgesch.*, XVIII, 1968, pp. 99 ss. — Organización financiera: Berve, *o. c.*, I, pp. 302 ss.; A. Andreades, *Les finances de guerre d'Alexandre le Grand, Annales d'Histoire économique et sociale*, I, 1929, pp. 321 ss.; R. Knapowski, *Die Finanzen Alexanders d. Gr.*, en F. Altheim-R. Stiehl, *Geschichte Mittelasiens im Altertum*, Berlín, 1970, pp. 235 ss.; G. T. Griffith, *Alexander the Great and an experiment in government, Proc. of the Cambridge Phil. Soc.*, 1964, pp. 23 ss. — Economía: U. Wilcken, *Alex. d. Gr. und die hellenistische Wirtschaft, Schmollers Jahrbuch*, XLV, 1921, pp. 349 ss. La bibliografía es escasa, a falta de documentos. — Sobre Cleómenes de Naucratis, véase: A. Andreades, *Antimène de Rhodes et Cléomène de Naucratis, B.C.H.*, LIII, 1929, pp. 10 ss.; J. Seibert, *Untersuchungen zur Geschichte Ptolemaios' I*, München, 1969, pp. 39 ss. — Sobre Filóxeno en Asia Menor: O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung in Syrien und in Zweistromland*, Halle, 1935, pp. 269 ss.; H. Bengston, *Philoxenos ho Makedôn, Philologus*, XCII, 1937, pp. 126 ss.; E. Badian, *Alexander the Great and the Greeks of Asia, Studies presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, pp. 54 ss.

importar en qué sitio estuviesen, los hombres, reunidos en asamblea, podían ser consultados o escuchados por el rey en las circunstancias graves. De hecho, en varias ocasiones el ejército manifestó colectivamente su descontento o incluso su negativa a obedecer, y algunas unidades parecen haber mostrado constantemente recelo e incluso hostilidad. Alrededor de este núcleo nacional, apegado a sus privilegios (judiciales en particular), gravitaban contingentes de especialistas, aliados o mercenarios: infantes y jinetes griegos; arqueros cretenses; infantería ligera y caballería tracia y balcánica. Estas tropas (algunas de gran valor, como los agrianes) eran a veces más dóciles que los macedonios. Fue este ejército el que venció a Darío y había conquistado Irán. Aunque la invasión de la India (327/6) había ofrecido al rey la ocasión de utilizar la caballería de las satrapías orientales (para reemplazar la de los tesalios), las reformas del 325/4 fueron inspiradas por consideraciones políticas más que tácticas: Alejandro tenía la intención de apoyarse en adelante tanto sobre los persas como sobre los macedonios, y las instituciones creadas traducían estas nuevas relaciones, que eran primero políticas, aunque la yuxtaposición de asiáticos y de europeos planteaba problemas propiamente militares. No obstante, las soluciones fueron también tan diversas como flexibles: a veces Alejandro procedió por yuxtaposición, añadiendo una guardia a pie persa (*melóforos*) a los hipaspistas, llamados en adelante "argiráspides" ("escudos plateados"), o duplicando la falange mediante el *antitagma* de los epígonos. Otras veces, prefirió la integración, como en las *hiparquías* (que reagrupaban las antiguas *ilai*), en las que los *hetairoi* macedonios fueron reforzados por jinetes iraníes armados con la lanza macedonia; del mismo modo, la nueva falange no tenía más que una cuarta parte de macedonios, junto a arqueros y lanceros persas. Incorporar los epígonos (equipados como los macedonios) a la falange habría aumentado seguramente la homogeneidad de aquélla: pero la falange era el cuerpo de élite de la infantería y estaba claro que Alejandro quería que tan sólo los persas fuesen asociados a los macedonios. Fue, por tanto, un ejército jerarquizado, del cual algunas unidades (la guardia de a pie, la falange) quedaron reservadas a unos pueblos de élite o que incluso (la guardia a caballo) no admitía más que la flor de la nobleza macedonia e iraní. Era asimismo un ejército técnicamente diversificado que comprendía, además de los ingenieros griegos (máquinas, minas) y del servicio topográfico (*bematistas*), una división de elefantes, un cuerpo de intérpretes y una unidad de caballería que también sabía combatir a pie (*dimachoi*). El antiguo marco (territorial y político) del ejército macedonio cedió, así pues, su lugar a nuevas estructuras, en las cuales los macedonios conservaban un primer plano honorífico, pero ya no la función política y judicial que les reconocía el *nomos* macedonio. Comprendemos que el único motín auténtico del ejército se desencadenase en el 324, en Susa, cuando los macedonios tomaron conciencia de la evolución que el rey pretendía imponer a la institución militar.

Junto al ejército real operativo, el ejército de ocupación desempeñó también un papel importante. Sólo las ciudades de importancia estratégi-

ca y política (Menfis, Pelusio, Babilonia, Susa y Persépolis) recibieron importantes guarniciones macedonias (alrededor de 10.000 hombres en total). Como Macedonia tenía que defender su frontera balcánica y mantener su hegemonía sobre Grecia, Alejandro no podía distraer suficientes hombres para satisfacer a la vez las necesidades del ejército real (el cual, de todas formas, no había recibido refuerzos después del 331) y las derivadas de la ocupación de los territorios conquistados. Por ello, los contingentes macedonios de ocupación se limitaron a menudo a algunas decenas de hombres de la guardia del sátrapa o del *episkopos*, y el mantenimiento del orden fue en general encomendado a los mercenarios griegos y balcánicos. Filippo y los últimos aqueménidas ya habían recurrido abiertamente a estos soldados profesionales, pero como tropas de operaciones. Alejandro reclutó más aún (a su muerte, contaba al menos con 50.000 mercenarios griegos, además de los tracios), pero les reservó la tarea sin brillo de ocupar el país y mantener las comunicaciones con la retaguardia. Esta ocupación revistió formas diversas. En Egipto, clásicas guarniciones fueron acuarteladas en las plazas fuertes y este sistema fue también aplicado en las regiones orientales del imperio (Ecbatana, Kandahar, Bactra y ciudadelas del Gandhara). Pero en estas regiones Alejandro prefirió las colonias militares, formadas la mayoría de las veces por griegos³¹⁹; había así 20.000 colonos griegos sólo en Bactria y Sogdiana en el 323. Desconocemos la vida de estas colonias y su organización, pero ocuparon siempre posiciones estratégicas, bien en las fronteras (norte de Media, orillas del Yaxartes), bien sobre los grandes ejes de las rutas: es el caso de la mayoría de las "Alejandrías" fundadas por el conquistador o por sus lugartenientes. Éste fue uno de los aspectos principales de la obra de Alejandro, el cual disponía así en todo su imperio de tropas disciplinadas y eficaces. Tales colonias, algunas de las cuales eran ya *poleis*, estaban destinadas a atenuar la disparidad entre el Asia mediterránea, impregnada de influencias helénicas, y los países de civilización iraní, en donde aquellas influencias aún no se habían ejercido. Desde el momento, por último, en que ofrecía una salida a la superpoblación de Grecia, y simultáneamente garantizaba la frontera occidental del imperio, esta colonización representaba, en definitiva, una extensión del plan de Isócrates: ya que la frontera estratégica no se encontraba sobre el Halis, sino sobre el Yaxartes, la mayor densidad de fundaciones debía radicar en Bactria y Sogdiana, haciendo frente al mundo nómada.

Uno de los paneles del carro fúnebre de Alejandro representaba las trirremes de su flota, cuya importancia no cesó de aumentar dentro de su concepción estratégica. Desde su juventud, parece haber estado seducido por las operaciones terrestres y marítimas bien combinadas. En el curso de la campaña balcánica del 335, el ejército macedonio y las flotas de las ciudades pónticas se habían reunido en el Danubio. Diez años más tarde,

³¹⁹ Observaremos que, en cambio, los Aqueménidas fundaron colonias militares iraníes en el oeste de su Imperio, las cuales dejaron huellas duraderas en la antroponimia.

la vuelta de la India a Babilonia asoció de nuevo el ejército y la marina. Por fin, en el 323, los planes del rey reservaban a la marina un papel considerable en la conquista de Arabia. Ahora bien, la Macedonia de Filipo no era una potencia marítima y Alejandro dependió mucho tiempo en materia naval de la buena voluntad de sus aliados griegos, a quienes prefirió no enfrentar con la flota persa fletada en Fenicia, antes de licenciarlos (verano del 334). Sólo cuando se adueñó de las provincias marítimas del Imperio persa (Caria, Chipre, Fenicia, Egipto), Alejandro dispuso finalmente de una flota propia, cuya eficacia pudo medir durante los últimos meses del sitio de Tiro. En adelante, reclutaría entre estos pueblos a sus ingenieros navales y a sus equipajes. En la flota del Indo o en la que reunió en Babilonia en el 323, ningún contingente procedía de una ciudad griega, aunque es cierto que hubo griegos que sirvieron a título individual. A los ojos de Alejandro, los fenicios eran los verdaderos marineros del Imperio: construida en Fenicia, armada por fenicios, la flota del 323 debía permitir la creación de una "nueva Fenicia" sobre la costa árabe del golfo Pérsico. En el Mediterráneo, la flota destinada a amenazar a Atenas en el 324 era también fenicia. Y fue en los fenicios, y no en los griegos, en quienes Alejandro pareció haber pensado para armar los 1.000 barcos que debían constituir el instrumento de sus ambiciones en el mar Caspio, el golfo Pérsico, el mar Rojo y el Mediterráneo occidental.

Pasemos de los problemas militares a los de la *administración*. Macedonia fue gobernada a partir del 333 por Antípato, formado en la escuela de Filipo II, el cual pareció haber gozado de poderes muy extensos. Absorto en otras preocupaciones, Alejandro no imprimió ninguna marca original a su país natal.

En Asia, la excelencia de la administración aqueménida no le permitió innovar mucho: el sistema satrápico estaba perfectamente adaptado; Alejandro lo mantuvo con algunas modificaciones menores, según las circunstancias o la naturaleza de los pueblos conquistados. En conjunto, las funciones de los sátrapas siguieron siendo lo que habían sido bajo los aqueménidas: administrar la *chora basiliké* ("tierra real") en nombre del rey, cuidar de la seguridad de las gentes y de la buena explotación de las tierras, levantar el tributo, proceder a las requisiciones reales y dirigir las levadas provinciales. Los aspectos cotidianos de la función satrápica nos son desconocidos tanto con Alejandro como antes y después de él³²⁰. El personal administrativo macedonio, poco numeroso, estuvo superpuesto a las instituciones existentes y casi siempre separado de los indígenas, debido a la barrera lingüística. Al reposar todo sobre la persona de los sátrapas, diversas consideraciones guiaron al rey en la elección de los hombres, cuya lealtad importaba más a sus ojos que a la integridad. Al principio, la administración directa por sátrapas macedonios fue la regla,

³²⁰ Cf. *infra.*, p. 398.

al menos en Asia Menor, donde la influencia helénica se ejercía desde hacía tiempo. Sin embargo, en las provincias que eran a la vez particularistas y hostiles a los Persas, como Caria y Egipto, Alejandro encomendó las funciones satrápicas a indígenas, aunque no les dio autoridad sobre las fuerzas armadas. Tras Gaugamela, en países de civilizaciones poco conocidas por los macedonios, Alejandro intentó mantener en sus funciones a los sátrapas nombrados por Darío, o acudió a iraníes sometidos. Algunos titubeos parecen demostrar que la búsqueda de la eficacia primó sobre cualquier otra consideración. Estos titubeos afloraron también en la diversidad de la presencia macedonia en las satrapías administradas por orientales. A veces como en Babilonia, Susa o Persépolis, una importante guarnición macedonia, mandada por un "frurarca", aseguró la permanencia de la autoridad real (pero estas guarniciones no pudieron impedir ni las intrigas de Harpalo, ni las de Abulites en Susia, ni la anarquía en Persia); otras veces, fueron altos comisarios (*episkopoi* o estrategos), los cuales, a la cabeza de las tropas de ocupación, vigilaban al sátrapa indígena: este sistema dio resultados diversos, dado que Fratafernes y Tlepólemo colaboraron de forma ejemplar en Partia-Hircania, mientras que en Media pareció reinar el desacuerdo entre Atrópates y Cleandro.

Al exigir de los sátrapas competencias harto diversas en vista de trabajos muy variados (ser sátrapa en Lidia era una función tranquila, ¡pero no lo era nada en la India superior!), el sistema no era perfecto, tanto cuando concentraba la autoridad en las manos de uno solo como cuando la fraccionaba hasta el punto de engendrar pasividad o desacuerdo. Los peligros aparecieron en el 325, cuando se creyó que el rey había muerto y la desaparición de la autoridad central hizo despuntar los prolegómenos de un desmembramiento del Imperio. Pero, pese a la depuración del personal satrápico, Alejandro no modificó el sistema en sí mismo, que era irremplazable. Los nuevos sátrapas fueron simplemente elegidos en adelante en razón de su lealtad, que debía hacer de ellos unos dóciles ejecutores de órdenes. La intención de asentar mejor la autoridad real puede verse incluso en el hecho que ningún indígena (salvo el príncipe de Taxila) figurase entre los nombrados entre el 325/4 y el 324/3. Las susceptibilidades locales tuvieron a partir de aquel momento menos importancia que la fidelidad de los macedonios. Los orientales tampoco fueron ya en todos sitios los intermediarios indispensables entre el rey y sus súbditos, puesto que algunos macedonios se habían familiarizado con Asia: Peucestas, sátrapa de Persia, hablaba el persa; Tlepólemo había adquirido una gran experiencia durante sus cinco años en Partia. Si Alejandro hubiese vivido, sin duda la administración directa habría acabado por imponerse en todas partes.

La administración central no es bien conocida. La cancillería real constituyó indiscutiblemente su mecanismo esencial, asegurando las relaciones entre el rey, el cual, teóricamente, decidía todo en última instancia, y las diversas regiones del imperio, incluyendo Macedonia. ¡Cuántas cartas, rescriptos, órdenes e informes circularon sobre las rutas de Asia! Encaminada por los excelentes correos de los Aqueménidas (el *anga-*

reion), esta correspondencia se acumuló en los archivos de Pella, en las residencias satrápicas y, al final, en los archivos reales, depositados en el 324 en la ciudadela de Babilonia. Algunos de estos documentos conocidos, por la epigrafía de Asia Menor, muestran un interés tal por el detalle que presupone la existencia de despachos perfectamente informados de los asuntos locales y diestros en las sutilezas de la correspondencia oficial: Alejandro había recogido aquí la obra de su padre, el cual, cuando reorganizó la administración central macedonia, había hecho canciller a su amigo Eumenes de Cardia. Muy al corriente de estos asuntos, aquel griego desempeñó junto a Alejandro un papel tan discreto como importante. Esta cancillería griega incorporó en Asia a especialistas en arameo, lengua practicada por algunos griegos, como Laomedonte, jefe del servicio de los prisioneros. A la muerte de Darío, Alejandro heredó también una cancillería aramea de tradición secular. Podemos pensar que Hefestión, convertido en “quiliarca” (*hazarapá-tish*), recibió junto a las funciones áulicas de este dignatario sus funciones administrativas y políticas y las de un primer ministro o de un “gran visir”. Es lamentable que los historiadores antiguos, al insistir en la amistad que Alejandro sentía por Hefestión y la enemistad de éste último hacia Eumenes, ignoraban las verdaderas razones, sin duda institucionales, de esa relación afectiva. Notemos también que, después de la muerte de Darío, Alejandro utilizó su sello de rey de los macedonios en su correspondencia con Macedonia y el mundo griego, y el sello de los Aqueménidas para las cartas destinadas a las antiguas provincias persas, de lo cual puede deducirse la existencia de dos cancillerías, la una griega y la otra aramea. ¿Dependían ambas de Eumenes? ¿Tenía Hefestión algún derecho sobre la segunda? Lo cierto es que el “quiliarca” fue encargado en particular de las relaciones con los orientales, que el rey le confió regularmente la misión de poblar las nuevas ciudades y que tanto los griegos como los macedonios le temieron mucho: indiscutiblemente, Hefestión fue, como el “quiliarca” persa, el “primero después del rey”.

La administración real yuxtapuso, así pues, la cancillería de origen macedonio a la “quiliarquía” de origen persa, sin que conozcamos exactamente las atribuciones de cada una de ellas. La administración *financiera* evolucionó de manera análoga, aunque Alejandro parece haber hecho en este ámbito una obra más original —cierto es que nuestra ignorancia de la organización de las finanzas persas es grande...

Tras unas amonedaciones experimentales, en los meses consecutivos a la muerte de Filipo (tetradracmas “con águila”), Alejandro acuñó en los talleres de Anfípolis y de Pella monedas de oro, plata y de bronce cuyos tipos no variarían más. Estas acuñaciones monetarias, de excelente aleación, no tenían asegurado desde su origen, como algunas veces se ha creído, un destino más brillante que las de Filipo, aunque la adopción del patrón ático (ya adoptado por Filipo para el oro) las hizo más propias para

las transacciones internacionales³²¹. Tan sólo la conquista de Asia dio a esta acuñación de monedas sus dimensiones excepcionales. Aunque la apertura de talleres en Sición y en Corinto se explica por el papel de estas ciudades como centros de reclutamiento de mercenarios, las razones que determinaron a Alejandro a acuñar monedas en numerosas ciudades de Asia anterior no están del todo claras. Ciertamente, podemos invocar la necesidad de atender las necesidades de las finanzas militares: pero ningún taller fue abierto en Egipto (al menos antes del 325) ni en Gran Frigia, dos países en donde estaban estacionados, sin embargo, numerosos efectivos, para cuya paga debemos imaginar que se facilitaban trasvases de fondos. De hecho, en el momento de la conquista Alejandro parece haberse contentado con imponer a los talleres existentes que acuñasen sus tipos. En Sardes y en Tarso, en donde habían talleres reales persas, Alejandro simplemente reemplazó a los vencidos. En las ciudades fenicias y chipriotas, así como en las ciudades griegas de Asia, afirmó sus derechos de regalía exigiendo el abandono parcial o total de los tipos locales. Pero la actividad más o menos grande de un taller no dependía enteramente de la voluntad real, porque si Tarso y las ciudades de Fenicia tuvieron emisiones abundantes, esto obedeció sin duda al cierre de la ruta transanatolia y a la concentración de casi todo el tráfico entre Europa y Asia en los puertos de Cilicia y de Fenicia. El acuñar *daricos* tras la muerte de Darío, tenía, por el contrario, intenciones políticas evidentes: al adoptar este tipo de acuñación para sus provincias orientales, el conquistador se tomaba ostensiblemente el lugar del Aqueménida. El taller central de Babilonia acuñó a la vez moneda de tipo persa y de tipo mecedonio: éstas parecen en particular haber alimentado a Egipto. El imperio de Alejandro yuxtapuso, pues, dos tipos de moneda de orígenes diferentes y de importancia desigual, dado que la circulación monetaria se mantuvo muy limitada en las satrapías orientales que ignoraban aún la economía monetaria.

Es interesante ver que ninguna ceca fue abierta al este del Éufrates, en regiones en las cuales, sin embargo, los gastos reales fueron considerables. ¿Cómo eran pagados los soldados? ¿Cómo eran alimentadas en numerario las colonias militares instaladas en las altas satrapías? En el estado actual de nuestros conocimientos, tan sólo podemos permitirnos hipótesis. En lo que atañe al pago del ejército en campaña, algunos textos sugieren la existencia a partir del 330 de un taller móvil que acuñaba según las necesidades el metal transportado en lingotes: de hecho, así procedían los aqueménidas. En el caso del aprovisionamiento en numerario de las provincias, algunos sátrapas (Balacro en Cilicia, Maceo en Babilonia, Mazaques en Mesopotamia) fueron autorizados a crear emisiones locales diferentes de los tipos reales: Alejandro, que emitía ya dos tipos de acuñaciones reales, toleraba de este modo particularismos que le simplificaban la tarea.

³²¹ Hemos comentado, *supra*, n. 51, que la emisión de "Filipos" de oro y de plata siguió durante una parte del reino de Alejandro y se reanudó, a su muerte, en Pella y en Anfípolis.

La organización financiera del imperio se mantuvo bastante empírica. Al principio, no conocemos más que la "caja militar" de Harpalo, alimentada por el metal precioso tomado a los vencidos, por la venta del botín y de los prisioneros. Pero, aunque la campaña balcánica y la de Tebas fueron provechosas, Alejandro no se liberó de sus problemas pecuniarios más que cuando los tesoros persas financiaron la conquista del Imperio que los tenía acumulados.

No obstante, la decisión de dedicar a la guerra la mayor parte del metal tomado a los persas obligó al rey a constituir reservas. De este modo aparece, en el verano del 330, junto a la caja militar que continúa acompañando al ejército, una caja central, encomendada a Harpalo (y luego a Antímenes de Rodas) e instalada en Babilonia. Esta caja debía recibir el tributo de los territorios pacificados. En las satrapías orientales el tributo era seguramente recaudado por cada sátrapa y luego enviado a Babilonia. En occidente, por el contrario, Harpalo se contentó con dirigir una organización ya existente. En la primavera del 331, durante su segunda estancia en Tiro, Alejandro, que acababa de crear para Cleómenes una instancia financiera que agrupaba Arabia y los dos Egiptos, extendió este sistema a las demás provincias conquistadas. Asia Menor formó una circunscripción confiada a Filóxeno (Sardes), Cilicia, Siria, Fenicia y Chipre formaron otra, administrada por Cerano (Tarso). Estos funcionarios, que al principio depositaban sus ingresos en la caja militar, lo hicieron después en Babilonia tras la creación de la caja central. Ignoramos de todas formas si estaban subordinados a Harpalo. Este sistema fue al final coherente, pero sólo se constituyó progresivamente bajo la influencia de los hechos.

Por lo demás, la actividad de estos administradores del tributo desbordó rápidamente el ámbito financiero. Cleómenes se convirtió así poco a poco en el amo de Egipto, llegando incluso a tomar el título de sátrapa, lo cual pareció aceptar Alejandro: la eficacia del personaje contaba más a sus ojos que su definición institucional. Cleómenes no se limitaba a recaudar el tributo, a pagar a las tropas y a vender muy caros los privilegios y exenciones: vigiló asimismo la construcción de Alejandría y reguló todo el comercio exterior, especulando con los cereales —evidentemente sin consultar a Harpalo ni a Alejandro. Las *poleis* de Asia Menor y las ciudades fenicias, por su parte, no dependían de ningún sátrapa, mas requerían alguna vigilancia. Aunque autónomas y en general exentas de tributo —o incluso de toda contribución— las ciudades griegas cayeron poco a poco bajo la tutela de Filóxeno, manteniendo a la vez la ficción de su independencia. Pudo incluso suceder que Cerano representase al rey en las ciudades de Chipre y de Fenicia, todas ellas autónomas, aunque tributarias. Finalmente Harpalo, quien, por un cúmulo de circunstancias comparable al de Cleómenes, acabó quizá por asumir las funciones de sátrapa de Babilonia, no dejó de conservar su papel de responsable supremo de la intendencia, organizando las comunicaciones entre el Mediterráneo y Babilonia, enviando hacia oriente refuerzos y armamento, disponiendo la organización de los convoyes, requisando hombres y bestias, vigilando el aprovisionamiento regular de los depósitos instalados,

como bajo los Aqueménidas, a lo largo de los grandes itinerarios para uso de los viajeros y vigilando asimismo los correos y las tropas en tránsito: tarea inmensa que sugiere que había heredado las atribuciones del "quiliarca" persa que no podía ejercer Hefestión. Sus poderes eran lo bastante amplios para que pudiese dirigir las exportaciones y abastecer de trigo a Atenas durante los años de hambruna. Podemos medir, por tanto, la importancia del papel que estos administradores financieros desempeñaron, sin que Alejandro hiciese nada para impedir esta evolución: tenía confianza en Harpalo; Cleómenes y Antímenes, al ser griegos, no podían tener grandes ambiciones; Filóxeno, por último, y Cerano eran, según parece, de condición modesta. Alejandro tenía en ellos el perfecto instrumento de su absolutismo, seguro y manejable.

Aunque podamos reconstruir las grandes líneas de la organización financiera del imperio, es difícil captar el "pensamiento económico" del soberano. Resulta evidente que Alejandro no pretendió modificar la estructura social de los países conquistados y que las bases de la vida económica permanecieron iguales a las de los Aqueménidas. El conquistador sustituyó simplemente al Gran Rey como poseedor de la "tierra real", otorgando gustoso, según la usanza asiática, ciudades y pueblos a sus fieles. Los bienes, a menudo extensos, pertenecientes al clero de diversos santuarios fueron respetados. En cuanto al patrimonio de los nobles iraníes, fue a veces confiscado y transferido a los macedonios, pero muchas sumisiones de persas pueden explicarse sin duda por la promesa de mantenerles la posesión de sus bienes. La conquista no trajo, pues, más que escasos cambios en las estructuras de las capas superiores de la sociedad y la condición de los campesinos no resultó afectada en absoluto, sin contar con algunos pueblos primitivos (coseos y oritas), a quienes Alejandro intentó, en vano, iniciar en la civilización urbana.

Alejandro tampoco parece haber intentado modificar las condiciones económicas de ninguna provincia del Imperio y, en particular, no trató de aclimatar ni tampoco utilizar productos tropicales (arroz, algodón, caña de azúcar, nafta, etc.), los cuales despertaron la curiosidad de los sabios. Pero se preocupó de desarrollar la actividad comercial de algunas regiones privilegiadas, pensando quizá que los lazos comerciales contribuirían a reforzar la unidad del imperio. Consciente de que el comercio marítimo era fuente de enriquecimiento y de poder, Alejandro intentó sacar de su inmovilismo a Egipto y a Babilonia con fundaciones urbanas bien calculadas (Alejandría de Egipto, Alejandría Carax), con infraestructuras portuarias (Babilonia), con grandes obras como la regulación de los cursos inferiores del Tigris y del Éufrates y la reparación de los canales mesopotámicos. Las misiones de exploración confiadas a Nearco y a otros marinos griegos, la ocupación de las islas del golfo Pérsico y el proyecto de conquistas de Arabia muestran que, en sus últimos años, el rey consideró la conveniencia de establecer relaciones regulares entre Mesopotamia, India y Egipto. Quizá se inspiraba para esto en Darío I. Pero el Imperio no miraba por completo hacia el mar. Las altas satrapías eran atravesadas por una red de pistas caravaneras de importancia tanto eco-

nómica como estratégica. A partir del final del 330 Alejandro las jalonó con ciudades que no eran todas simples guarniciones. Estas nuevas ciudades, cuya población incluía a mercaderes separados del tren del ejército, se establecían en ocasiones junto a poblaciones muy antiguas. Alejandría de Aracosia reemplazó a Kandahar, que controlaba la ruta meridional de India; Alejandría del Oxo (Termez), sobre la ruta de Bactra a Maracanda, sucedió a la indígena Tarmita. Otras ciudades fueron fundadas en territorios de pueblos poco o nada urbanizados, como Alejandría del "Cáucaso" (Begram) y Alejandría de los oritas. Estas fundaciones favorecieron el comercio —¿qué comercio?—. ¿Qué influencia ejercieron sobre los indígenas? Preguntas a las cuales es imposible contestar, por falta de documentos y porque la experiencia fue demasiado breve. Muchas de estas ciudades, en efecto, sufrieron o incluso desaparecieron durante la tormenta que siguió a la muerte del rey, pero la experiencia era interesante y prestaba una dimensión inesperada al plan de colonización de Isócrates.

¡Pero, aun habiendo éxitos, cuántas insuficiencias! La falta de coordinación condujo en ocasiones a contradicciones pasmosas. Durante la hambruna que, a partir del 328, afectó a Grecia y en particular a Atenas, Neomenes de Naucratis, al aumentar los impuestos de exportación, hizo subir el precio del trigo comprado por mercaderes rodios y atenienses, mientras que Harpalo ofrecía a los mismos atenienses una importante cantidad de cereales, evidentemente extraída de los almacenes reales. Debemos también tener en cuenta la carga que representaba el ejército para las provincias por las que circulaba, incluso pacíficamente. Era una carga cada vez más pesada, puesto que, en el 327/6, incluyendo a los no combatientes, se debía alimentar por lo menos a 300.000 bocas. Sabemos que los mercaderes que seguían al ejército especulaban sin escrúpulos a expensas de la tropa, sobre todo en período de penuria (por ejemplo, durante la travesía del Hindu Kush), y que los soldados se endeudaban pese al pago regular de las soldadas y gratificaciones. Ahora bien, aunque los mercachifles se enriquecían, se exprimía a la población sin miramientos: una larga estancia del ejército equivalía a un impuesto extraordinario. Del mismo modo, los festejos ofrecidos al ejército lo eran a expensas de los habitantes. En las campañas, los lugareños la emprendían algunas veces con los forrajeadores, y Alejandro dejó 40 arqueros montados al sátrapa de Aria para proteger a los campesinos... Ocurría también que el rey toleraba el saqueo de un país amigo. Imaginamos con qué alivio debían ver los habitantes alejarse al ejército. Pero aun así tenían que acoger a las tropas en tránsito (refuerzos, soldados licenciados e incluso desertores), soportar las requisas (caballos de remonta, y animales de carga) y las prestaciones personales (grandes obras). No es, pues, sorprendente que algunas provincias particularmente afectadas por estas requisas, como Media, conociesen rebeliones rurales.

No hay forma de calcular la cantidad de tributo y de las diversas contribuciones en dinero o en especie exigidas a las provincias, ni de evaluar el producto del patrimonio real, de las aduanas, de las confiscaciones, de

las ventas de botín; las cifras que en ocasiones se han adelantado son conjeturales. Seguramente Alejandro estuvo al principio necesitado y vivió como pudo hasta Gaugamela. Los tesoros aqueménidas aseguraron luego su desahogo, mientras se acumulaban en Babilonia reservas monetarias. Los ingresos del Imperio no fueron íntegramente cobrados más que en el 324/3, una vez la guerra acabada, y quizá la cifra de 30.000 talentos (Justino) sea exacta, correspondiendo sin duda aproximadamente a los ingresos de los últimos aqueménidas, puesto que la base tributaria no parece haber cambiado sensiblemente. Sin embargo, estos ingresos, que permitieron un respiro a la tesorería, debieron parecer insuficientes, pues una misión de prospección minera fue enviada a Armenia.

Y es que Alejandro debía hacer frente a gastos cada vez más considerables. A los gastos militares, a los desembolsos de la colonización, a los envíos de fondos a Europa, se añadieron con mayor frecuencia nuevos gastos suntuarios: la corte y su lujo, las fiestas, los artistas, las donaciones a los santuarios y a los príncipes extranjeros; todo ello, que estaba destinado a realzar el prestigio real, costaba muy caro, no menos que las grandes obras. Es fácil comprender que el rey acogiese siempre gustoso los regalos ofrecidos por ciudades o particulares y que, en momentos de penuria financiera, echase mano de la aristocracia de su imperio recurriendo a las *liturgias* (designación, por ejemplo, de trierarcos para la flota del Indo) o al préstamo forzado. Alejandro tenía una gran visión y su Imperio, si hubiese conocido algunos años de paz, habría podido asegurarse, sin duda, enormes ingresos. Pero podemos preguntarnos también si la realización de los proyectos descubiertos en sus archivos, de los cuales algunos eran extravagantes, no habría chocado con obstáculos de orden estrictamente financiero.

Así pues, el imperio de Alejandro muestra esa debilidad común a todos los estados antiguos, que consistía en no tener concepción presupuestaria al servicio de sus intenciones, ni una verdadera concepción económica al servicio de su tesoro. Alejandro comenzó a devorar las reservas atesoradas por los Aqueménidas, con las que sus sucesores acabarían. Este consumo no fue ciertamente en vano, en la medida en que puso en circulación riquezas muertas y permitió crear las bases de estructuras humanas, sociales y económicas nuevas. Pero podemos dudar seriamente de si Alejandro, o cualquiera de sus allegados, reflexionó en algún momento sobre las condiciones económicas que habrían podido permitir al Imperio seguir viviendo en el nivel al que la conquista y los saqueos le habían conducido tan rápidamente.

II.—BASILEUS ALEXANDROS³²²

Frente a este ser excepcional y múltiple, conviene evitar el defecto tanto de los panegiristas como de los detractores, que sólo presentan del

³²² OBRAS DE CONSULTA.—Aspectos religiosos de la función real y religiosidad de Alejandro: Th. Szymanski, *Sacrificia Graecorum in bellis militaria*, Marburg, 1908; O. Kern,

conquistador una imagen estilizada y no muestran el contraste entre los momentos en que domina la inteligencia lúcida y calculadora y las horas sombrías durante las cuales el mismo hombre se abandonaba a sus instintos de violencia e incluso de homicidio. Hasta su muerte, Casandro estuvo atormentado por los ojos de Alejandro, que brillaban de ira. Explosiones de cólera como la que sufrió Poliperconte en el momento del asunto de la *proskynesis*; furias internas, que eran aún más terroríficas, como sucedió el día del motín de Susa. Las fatigas y las heridas parecieron agravar la irascibilidad de Alejandro. Con todo, el interés o el miedo no podrían explicar el afecto que tenía al rey hacia el pequeño grupo que nunca dejó de rodearlo. Este soberano brutal y cada vez más distante era un amigo sensible, delicado e intencionado, preocupado por la suerte de

Der Glaube Alexanders d. Gr., *Forschungen und Fortschritte*, XIV, 1938, pp. 405 ss.; E. A. Fredrickmeyer, The ancestral rites of Alexander the Great, *C.P.*, LXI, 1966, pp. 179 ss.; L. Edmunds, The religiosity of Alexander, *G.R.B.S.*, XII, 1971, pp. 363 ss. — *Pothos* de Alejandro: véase principalmente V. Ehrenberg, *Alexander and the Greeks*, Oxford, 1938, cap. II (vuelto a publicar en G. T. Griffith, *Alexander the Great, the main problems*, Cambridge, 1966, pp. 73 ss.) y K. Kraft, *Der "rationale" Alexander*, Frankfurter Althist. Stud., V, 1971. — Alejandro y Dionisos: E. Mederer, *o. c.*, supra, p. 262; A. D. Nock, Notes on ruler cult, *J.H.S.*, XLVIII, 1928, pp. 21 ss.; F. Taeger, *Charisma. Studien zur Geschichte der antiken Herrscherkultes*, I, Stuttgart, 1957, pp. 219 ss. Véase también M. S. Versnel, *Triumphus, an inquiry into the origin, development and meaning of the Roman triumph*, Leyde, 1970 pp. 251 ss. — Alejandro y Heracles: A. R. Anderson, Herakles and his successors, *Harv. St. in Class. Phil.*, XXXIX, 1928, pp. 12 ss. — Psicoanálisis de Alejandro: L. Pierce Clark, The narcissism of Alexander the Great, *Psychoanalytic Review*, IX, 1933, pp. 56 ss.; R. I. Harris, The dilemma of Alexander the Great, *Proc. of the Afr. Class. Ass.*, XI, 1968, pp. 46 ss.

Alejandro, militar: J. F. C. Fuller, *The generalship of Alexander the Great*, Londres, 1958; A. R. Burn, *The generalship of Alexander, Greece and Rome*, XII, 1965, pp. 140 ss.

Alejandro, estadista: O. Jäger, Alexander d. Gr. als Regent, *Preussische Jahrbücher*, LXX, 1892, pp. 68 ss.; Ed. Meyer, Alexander d. Gr. und die absolute Monarchie, *Kleine Schriften*, Halle, 1910, pp. 285 ss. — Sobre los proyectos hallados en los archivos de Alejandro, cf. E. Badian, A king's notebook, *Harv. Stud. in Class. Phil.*, LXXII, 1968, pp. 183 ss. — Sobre los proyectos occidentales, L. Braccesi, *Grexità Adriatica*, Bolonia, 1971, pp. 141 ss. — Sobre los viajes de exploración: H. Berve, Alexander d. Gr. als Entdecker, en *Gestaltende Kräfte der Antike*, München, 1949, pp. 333 ss.

La realeza de Alejandro: sobre la realeza persa, cf. principalmente G. Widengren, The sacral kingship of Iran, *Numen*, Suppl. IV, 1959, pp. 243 ss.; J. G. Griffiths, Basileus Basileôn, remarks on the history of a title, *C.P.*, XLVIII, 1953, pp. 145 ss. — Sobre la realeza macedonia: A. Momigliano, Re e popolo in Macedonia prima di Alessandro Magno, *Ath.*, XIII, 1935, pp. 3 ss.; A. Aymard, Le protocole royal grec et son évolution, *R.E.A.*, L, 1948, pp. 232 ss.; A. Aymard, Basileus Makedonôn, *R.I.D.A.*, 1950, pp. 61 gq. = *Études d'Hist. anc.*, Paris, 1967, pp. 100 ss.; F. E. Adcock, *Greek and Macedonian kingship*, Londres, 1953. — Vestimenta de Alejandro: E. Neuffer, Das Kostüm Alexanders d. Gr., Giessen, 1929; H. W. Ritter, *Diadem und Königsherrschaft*, München, 1965. — "Decadracma de Poro": W. B. Kaiser, Ein Meister der Glyptik aus dem Umkreis Alexanders, *Jhb. d. Arch. Inst.*, LXXVII, 1962, pp. 227 ss. — Sobre los temas de la iconografía de Alejandro: H. E. Stier, *Welteroberung und Weltfriede im Wirken Alexanders d. Gr.*, Opladen, 1973. — Sobre el retrato de Alejandro, véase principalmente G. Kleiner, Das Bildnis Alexanders d. Gr., *Jhb. d. Arch. Inst.*, LXV-VI, 1950-1951, pp. 206 ss.; M. Bieber, *Alexander the Great in Greek and Roman art*, Chicago, 1964.

sus compañeros enfermos, heridos o en peligro: su ansiedad cuando temía por ellos, su felicidad cuando los recobraba, testimonian cualidades afectivas lo bastante vivas como para que sus íntimos aceptasen sus defectos, venales algunos de ellos, como su ebriedad tan macedonia.

Estos defectos y virtudes de carácter importan menos que sus dones intelectuales y su curiosidad de espíritu, reconocidos desde su adolescencia. Instruido por sus maestros —en particular por Aristóteles— en todos los refinamientos de la educación y de la cultura helénica, Alejandro tenía tendencia a despreciar a los macedonios más burdos. Pero su cultura y su admiración por la civilización helénica no eran óbice para que fuese en el fondo un semibárbaro, como todo su pueblo, y sin duda fue esto lo que le permitió ignorar una de las categorías fundamentales del pensamiento griego de su época, es decir, la convicción de la superioridad natural de los griegos sobre los bárbaros. En su Imperio, los persas dejaron de ser los “enemigos hereditarios de los griegos” y obtuvieron finalmente un lugar más importante que éstos, lo cual conmocionó a la escuela aristotélica. Pero sin preocuparse de la opinión de los intelectuales griegos y empujado por el sentido de sus intereses (y no por el sueño filantrópico de una humanidad fraternal, con que le revistieron los filósofos tardíos), el rey prefirió el afecto sincero de los orientales, persas o babilonios, quienes lo añoraron tras su muerte. Poco aficionado a la teoría, Alejandro prefería las ciencias prácticas, como la medicina, y los griegos de su círculo fueron sobre todos técnicos: médicos (Filipo de Acarnania), adivinos (Aristandro de Telmeso), financieros (Antúmenes de Rodas), ingenieros (Aristóbulo y Diades de Pella), etc. Los filósofos griegos perdieron rápidamente el privilegio de ser los únicos en conversar con el rey, que adquirió la costumbre de charlar también con los sabios orientales, sacerdotes egipcios, magos iraníes (Ostanes) o fakires indios (Calano). El mismo eclecticismo aparecía en otros campos. Sin duda, Homero y Eurípides siguieron siendo los autores favoritos de Alejandro, el cual, desde Bactria, pidió a Harpalo diversas obras griegas para completar su biblioteca de campaña. Pero, en los juegos que daba, los artistas orientales tuvieron cada vez más sitio junto a las representaciones dramáticas y a las recitaciones poéticas griegas.

No debemos exagerar la faceta de soñador en este espíritu pragmático, y la imagen de un Alejandro “visionario”, apreciada por W. W. Tarn, parece muy alejada de la realidad. Pero no podríamos explicar todas sus empresas, como lo ha intentado K. Kraft, con móviles exclusivamente racionales, y debemos preguntarnos aquí sobre el sentimiento religioso de Alejandro. Olvidemos los ritos inherentes a la función real, que Alejandro cumplió siempre puntualmente, pero que emanaban de un puro formalismo. Del mismo modo, las relaciones con los santuarios orientales demuestran más oportunismo político que convicción religiosa: cuidó del mantenimiento de los santuarios egipcios como faraón, y de los fuegos sagrados reales en todo Irán como Gran Rey. Finalmente, pese a lo que se ha dicho, Alejandro no parece haber recibido tan profundamente como su madre Olimpiada las influencias místicas del orfismo y del dio-

nisismo: el *Peán* délfico de Filodamo no contiene lo que algunos han creído leer en él, y la embriaguez dionisíaca de Alejandro parece obedecer antes al vino que a la exaltación religiosa. En realidad, Alejandro parece haber oscilado entre el escepticismo (bajo la influencia de Anaxarco) y una ansiedad supersticiosa ante el futuro, lo que le conduce a interrogar febrilmente a adivinos y oráculos y a tener confianza en las predicciones "infalibles" del Amón libio. El lado primitivo de estas creencias explica la importancia de los ritos destinados a ahuyentar a los poderes maléficos, trátase de los sacrificios nocturnos que precedieron a la jornada de Gaugamela o de las ceremonias apotropaicas que revelaron durante los últimos meses la esperanza de cambiar el destino. Desde muy joven, Alejandro tuvo en efecto el presentimiento de un destino sobrehumano, y sus íntimos analizaron bien en su persona aquel "deseo" insaciable (*pothos*) de ir siempre adelante e incluso de realizar lo imposible. Sin duda Alejandro invocó alguna vez su "deseo" para esconder las verdaderas razones de sus actos. Pero el *pothos* le permitió también dar libre curso a tendencias más profundas y peligrosas, que le empujaban a querer sobrepasar a sus predecesores (ya fuesen reales, como Filipo y Ciro, legendarios, como Perseo y Semíramis, o divinos, como Heracles y Dionisio) lanzando a sus hombres hacia empresas tan grandiosas e inútiles como la travesía del Beluchistán o a la proyectada conquista de Arabia. También fue el *pothos* el que lo incitó a sobrepasarse a sí mismo en hazañas temerarias, de las que salió ileso por puro milagro. A fuerza de querer demasiado ser Alejandro, Alejandro casi causó su perdición en alguna ocasión —y la perdición de los demás—. Los últimos años de su reino permiten sospechar algún desorden mental, que no debemos, sin embargo, exagerar: fue una simple hipertrofia del Yo.

Alejandro es sin duda el mayor capitán de la antigüedad. Sentía gusto por la guerra, cuyas cabalgadas y tumultos le exaltaban. Parecía verse en él a *Polemos* en persona: así es como aparece en el famoso mosaico de Pompeya. Pero ni la sangre fría del estratega, ni su bravura de combatiente, harán olvidar el mérito de los oficiales, de los técnicos y de los soldados que lo acompañaron: la conquista del Imperio persa fue tanto obra de estos últimos como del "Dios Invicto".

No debemos, pues, dejarnos fascinar por la personalidad del conquistador, ni ignorar sus puntos débiles. Sus grandes batallas clásicas (Gránico, Iso, Arbela) no fueron nada originales, puesto que aplicó simplemente los principios tácticos que el propio Filipo había tomado prestados de Epaminondas. En estos tres casos, en los cuales Alejandro se benefició incluso de diversos factores de inferioridad persa, su genio residió en su capacidad para lanzar en el momento oportuno la carga de caballería decisiva, así como en su sangre fría ante las situaciones comprometidas. Alejandro no dio libre curso a sus tendencias innovadoras más que después de la muerte de Parmenión, revelando en Irán y en la India una rara facultad de adaptación frente a adversarios no habituales (jinetes de la estepa, elefantes) que le imponían la invención de nuevas tácticas. No parece, por otra parte, que el rey combatiese personalmente en la batalla

del Hidaspes: constituyó una novedad en la historia militar el que un jefe de ejército se reservase la concepción y la coordinación del choque, abandonando la ejecución a sus lugartenientes.

Alejandro luchó pocas grandes batallas, pero en lo cotidiano de la guerra fue un buen discípulo de los estrategas griegos, hábil para maniobrar y fértil en artimañas. La tradición atestigua su genio inventivo y su cultura militar: tal estratagema se inspira en Jenofonte, tal otra en Ifícrates. La rapidez fulminante de las marchas, que sorprendían al enemigo (aunque con frecuencia precipitaban imprudentemente al rey en una trampa), las campañas de invierno que lo desmoralizaban, las diestras maniobras de la guerra de montaña, el cruce de ríos bien defendidos —todo muestra que la guerra era otra cosa que el ejercicio brutal de la fuerza: una fiesta de inteligencia ideada por un jefe ahorrativo que consideraba la vida de sus macedonios demasiado importante como para malgastarla y sabía, llegado el caso, preferir la maniobra al combate—.

El Alejandro estratega eclipsa al Alejandro político. Y, sin embargo, el hijo de Filipo fue, como su padre, un hombre de estado hábil, que destacaba en el arte de concebir así como en el de ejecutar. Capaz de establecer planes a largo plazo, esta misma previsión, que le había empujado a preparar el paso a Asia con una ofensiva sobre el Danubio, le hizo comenzar desde el 328 los preparativos diplomáticos de la invasión de la India y desde el 327 la elaboración de las estructuras de su futuro ejército "imperial". A su muerte, Perdicas encontró en sus archivos el borrador de los proyectos más diversos (construcciones navales, nuevas conquistas, grandes obras, desplazamientos de poblaciones) que habrían acabado por tomar forma si hubiese seguido vivo. Pero el sentido de lo posible no lo abandonó nunca y vimos cómo prefería organizar un *limes* de las estepas a invadir Corasmia, consolidar a Poro antes que realizar la imposible ocupación del Penjab.

Alejandro fue también un gran conductor de hombres. Sus arengas militares, de las cuales no poseemos los textos auténticos, parecen haber sido obras de arte, y su elocuencia no fracasó más que ante la huelga de su ejército sobre la ribera del Hifasis, en el 326. En ocasiones brutal, cuando quería imponerse, llegado el caso tampoco retrocedía ante la demagogia y las promesas. Supo captar los sufragios en los grandes asuntos judiciales, haciendo, por ejemplo, condenar a Filotas, cuya culpabilidad no estaba en absoluto probada. Pero Alejandro tuvo sólo escasas ocasiones de ejercer su arte de manejar a las masas, dado que los asuntos solían decidirse en el consejo o cara a cara. Sabía entonces mentir si era necesario, ser diplomático o embaucar a los espíritus dubitativos, como cuando ganó el apoyo de Crátero contra Filotas. Con gran tacto y habilidad en sus audiencias, su calculada atención consiguió, cuando se lo propuso, encantar y adular tanto a los políticos griegos como a los miembros de la familia real persa, y su facultad para adaptarse a las costumbres locales le condujo hasta restituir su reino al derrotado Poro, según los usos indios. Conciliador cuando su interés lo exigía, sabía asimismo asegurar su autoridad utilizando rivalidades que, en su

círculo, enfrentaban a Hefestión con Crátero, a Eumenes con Hefestión y a Nearco con Onesícrito...

Ninguna consideración moral lo detuvo cuando su interés estaba en juego y despiadadamente aniquiló a todos sus competidores a su llegada al trono, eliminó a los jefes de la oposición gracias al juicio de Filotas y depuró a los altos funcionarios a su regreso de India. En el gobierno de la guerra, Alejandro también practicó a veces un terrorismo inspirado por razones políticas, destruyendo Tebas y Persépolis, arrasando regiones enteras de Sogdiana y de la India. Recordemos la matanza de los persas capturados en las Puertas Pérsicas y la de los mercenarios de Masaga, a los cuales había prometido salvar la vida. Pero Alejandro tampoco mostró más lealtad hacia sus compatriotas. Las cartas de sus soldados eran abiertas a sus espaldas y los descontentos reunidos en unidades disciplinarias; durante más de dos años, Filotas fue espiado, mientras que Parmenión sufrió una campaña de desprestigio y, finalmente, una maquinación totalmente diseñada permitió liquidarlos a ambos. El disimulo era, por lo demás, un arte en el que sobresalía Alejandro. Pero como también conocía la fuerza que procuraba el apoyo de la opinión pública, dejó en ocasiones a otros el cometido de adoptar medidas desagradables, de las cuales recogía beneficios: fue el consejo de la liga de Corinto el que debió decidir sobre la suerte de Tebas, la asamblea de los persas sobre la de Beso. En el 325/4, por el contrario, cuando tuvo que castigar a los sátrapas rebeldes, prefirió asumir el papel heredado de los Aqueménidas, el del "rey justiciero", defensor de sus súbditos orientales. Pero un malversador útil como Cleómenes no se vio inquietado. La dificultad a la hora de justificar algunas condenas inicuas logró algunas veces superarla mediante el procedimiento de la amalgama, que permitió hacer desaparecer a Alejandro el Lincesto junto con Filotas, a Calístenes junto con los Pajes. Por el contrario, la generosidad real hacia Poro (figura irremplazable), hacia la familia de Darío (rehenes de gran utilidad) o hacia los aristócratas sogdianos (precio de su sumisión) recibió una amplia publicidad. La elección de Olimpia como lugar de proclamación del edicto sobre la vuelta de los exiliados y las indiscreciones calculadas que la precedieron demuestran un arte consumado de la propaganda. En cuanto a los rumores de guerra que se propagaron durante el verano del 324 para aterrorizar a Atenas, eran claro signo, a decir verdad, de la "intoxicación".

Alejandro dio una nueva dimensión a la función real macedonia. Desde Filipo, la monarquía nacional "patriarcal" del rey *de los macedonios* se había desviado hacia una personalización del poder, y el pueblo macedonio no había sido invitado a tomar parte en la política exterior de su rey más que excepcionalmente. Sin duda, las levadas nacionales combatieron en Queronea, pero las tropas enviadas a Asia en el 337/6 bajo Parmenión y Atalo parecen haber estado compuestas fundamentalmente por extranjeros. Al principio de su reino, Alejandro parece incluso menos avanzado en comparación con su padre. Su libertad de maniobra estaba limitada, es cierto, por las circunstancias de su acceso al trono, por su

juventud y por la autoridad de Antípato y de Parmenión. Uno y otro, entrados ya en años, mostraban apego a la forma tradicional de la monarquía, por cuanto la nobleza podía expresarse libremente en el seno del consejo. Alejandro tardó en romper esta tutela: lo consiguió con Parmenión, pero Antípato se negó a permitir que en Macedonia se instaurase el absolutismo (o el despotismo) real. Entre el 333 y el 323, Antípato aparecía incluso como un soberano de hecho sobre los macedonios, quienes, en su mayoría, parecieron aprobar su gestión prudente del poder. Si Alejandro hubiese vivido y si Crátero hubiese regresado a Macedonia para imponer las órdenes reales³²³, habría estallado sin duda una guerra civil. Fue, por tanto, en Asia y sólo en Asia en donde Alejandro, rodeado de amigos que compartían sus ideas, como Hefestión, o de militares ajenos a la política, como Crátero, pudo crear una monarquía a su medida.

Asia, era el "país conquistado por la lanza" (*ge doriktetos*) que el vencedor gobernó según su libre albedrío, pero cuya gestión planteaba problemas aún desconocidos para los macedonios. La monarquía absoluta era el único modelo al cual se podía referir Alejandro —dado que conocemos seguramente mejor que él el funcionamiento de las monarquías faraónicas, mesopotámicas o indias—. Conquistador macedonio y soberano orientalizado de los territorios conquistados, Alejandro se halló rápidamente en terreno falso. Como caudillo de guerra macedonio, siguió siendo hasta el final, para sus compatriotas, un general admirado y amado, pero también un hombre, simplemente hombre, a quien tenían la intención de abordar y criticar libremente. Pero el rey persa era objeto de una veneración cuasi religiosa, que Alejandro sólo obtuvo con dificultades de los orientales adictos. En cuanto a los macedonios y a los griegos, sus esfuerzos se orientaron a obtener de ellos que reconociesen la condición sobrehumana que creía merecer por sus conquistas y que, en su opinión, hacían de él un Heracles o un Dioniso. El asunto de la proskynesis no fue más que una desgraciada y prematura etapa dentro de este proceso. Pero en el 324, tras la conquista de la India, la "decadracma de Poro" muestra a un Alejandro asimilado a Zeus y las ciudades griegas fueron invitadas a instituirle cada una un culto como "dios invicto" (*Theos Aniktos*). Alejandro, así pues, creó e intentó imponer al mundo griego reticente una monarquía que situaba al rey victorioso por encima de los hombres, al costado de los dioses, y la protección de su "padre" Amón pudo tener para él la misma función tutelar que la de Ahura Mazda para los Aqueménidas. Fue Amón el que enseñó a Alejandro a qué dioses sacrificar cuando hubiese alcanzado los límites de la tierra, qué honores otorgar a Hefestión muerto y cómo cumplir el papel del rey sanador.

La monarquía de Alejandro tuvo influencias orientales, pero era algo más que una copia del modelo Aqueménida, del cual no toma prestado sino lo que podía exaltar su persona, sin llegar a ser ridículo ni chocar en dema-

³²³ Crátero no volvería a Macedonia sino tras la muerte del rey, y en condiciones que le harían colaborar con Antípato: *infra*, p. 288.

sía a macedonios y a griegos. De la titulación real persa no guardó más que un título, el más simple, que expresaba por sí mismo la plenitud de la función real: no es ni el de "Gran Rey" ni el de "Rey de Reyes" ni el de "Rey de los Países", sino el de "Rey Alejandro", *Basileus Alexandros*: esto le permitió incluso no ser ya más, en oriente, "Alejandro, rey de los macedonios", cosa que sin duda continuó siendo a los ojos de su pueblo, aunque ya no resultaba conveniente para un soberano que reinaba sobre pueblos diversos, ante quienes debía ser, simple pero absolutamente, el Rey. Entre los símbolos sagrados de la realeza persa no guardó (aparte del trono, la tienda circular cósmica y el carro) más que la *diadema* (banda de tela anudada tras la cabeza) y la túnica roja y blanca que lo ligaba a la clase de los sacerdotes y a la de los guerreros, manteniéndose en el resto fiel a la indumentaria macedonia. Sin embargo, el protocolo de la corte aisló al monarca en la cúspide de la doble jerarquía de los Amigos y de los Pueblos. Cares describió las fiestas de la corte, Filarco el ceremonial de la audiencia: erraríamos si viésemos en ello, como lo hicieron algunos historiadores antiguos, una concesión al lujo asiático consentida por un Alejandro pervertido. El lujo y la etiqueta, los ujieres, la guardia de corps con trajes tornasolados, el harén de 360 concubinas, la magnificencia de las tiendas y de los palacios, todo ello contribuía a impresionar la imaginación y a aislar al rey para levantarlo mejor por encima de los hombres. La victoria en sí misma se convirtió en el beneficio exclusivo del soberano, pues la "decadracma de Poro", que desdeña la verdad, lo representa persiguiendo al derrotado indio que cabalga en su elefante. Esta moneda no es sino un documento entre varios otros, que atestiguan la difusión de los temas de la apoteosis real: Protógenes pintó a Alejandro en compañía de Pan, el dios del terror "pánico"; Lisipo creó el "Alejandro con lanza" que denegaba a Zeus el Imperio de la Tierra, mientras que, en las ciudades griegas, el rey divinizado recibía estatuas de culto que lo representaban cubierto con la *leonté* de su antepasado y modelo, Heracles.

Entre todos los temas cuyo entrelazamiento caracteriza la realeza de Alejandro, sus sucesores irán a su vez eligiendo alguno. Pero fue claramente Alejandro el que sentó las bases de aquel compuesto de elementos greco-macedonios que sería la monarquía helenística —fuente a su vez, junto a otras, de todas las futuras monarquías europeas.

CONCLUSIÓN

Para captar la talla de la obra de Alejandro, cabe pensar que, probablemente, otro sucesor de Filipo más preocupado por los verdaderos intereses de Macedonia no habría extendido su esfera de influencia más allá de las fronteras estratégicas de Asia Menor. Es a Alejandro a quien corresponde el mérito de haber conquistado todo el Imperio persa y el cauce del Indo, contra la voluntad de una parte de su estado mayor y pese a las murmuraciones de la tropa. Fue una conquista sin equivalente en la historia de Grecia, tan fabulosa que los contemporáneos tuvieron conciencia de vivir una epopeya, pero también una conquista en parte efímera y en la cual la civilización griega ganó mucho más que el estado macedonio. No es que Alejandro se proclamara el campeón del helenismo en Asia, pero es verdad que reconoció en el hombre griego al *zoon politikon* por excelencia y que enseñó a sus sucesores cómo asegurar la permanencia de sus reinos, sembrándolos de ciudades griegas: la lección sería comprendida, como veremos, y esta urbanización constituiría la principal fuente de influencia griega en Oriente.

Aun más profunda nos parece la marca impresa por Alejandro en la institución monárquica. Otra persona habría acentuado quizá, después de Filipo, el carácter autoritario del poder real, pero sólo él supo crear, en algunos años, una monarquía militar, personal y carismática, digna de sus victorias, asentada en los territorios "conquistados por la lanza" y cuya imagen prestigiosa traspasaría los siglos. Esta nueva forma de realeza hizo del monarca el igual a un dios e incluso un dios. Constituye una conmoción tan brutal (¡y tan escandalosa para los contemporáneos!) de las costumbres y de las ideas recibidas, que Alejandro no encontró y no podía encontrar un heredero a su altura, pues ninguno de sus sucesores inmediatos se atrevió a seguirle en todo y hasta tan lejos.

En diez años, la faz del mundo cambió, no sólo porque las condiciones se prestaban a ello de manera oportuna, sino sobre todo porque un hombre de actividad insaciable no cesó ni un instante de construir empresas. Un hombre de acción: tal es la imagen que tres de sus contemporáneos, Demóstenes, Aristóbulo y Seleuco, recordaron de Alejandro. Su genio, del que hemos reconocido las múltiples y a menudo desconcertantes facetas, no podía mantenerse en reposo, y la filosofía antigua censuraría muchas veces a Alejandro esa necesidad de actuar. La prodigiosa

aventura que hizo de los macedonios los dueños de Grecia y de Oriente no precisa mayor explicación que esa obstinada actividad, que no estuvo en absoluto al servicio de una cultura (el helenismo), ni siquiera de una colectividad (los macedonios), sino de una individualidad fuera de lo común y de una ambición en cierto modo absoluta. Ésta es la razón de que Alejandro, adornado por el prestigio dionisiaco de la juventud y aureolado por el halo de las leyendas, merezca un lugar aparte en la serie de los fundadores de imperios.

LIBRO III

EL MUNDO HELENÍSTICO

POR

EDUARD WILL

INTRODUCCIÓN³²⁴

La destrucción del Imperio persa y su conquista por Alejandro representan una mutación capital en el destino de la civilización griega. Los helenos —reunamos bajo este término a los macedonios y a los griegos que les habían seguido, así como los que acudirían en gran número a instalarse en los países conquistados— no habían visto abrirse ante ellos semejante posibilidad de expansión geográfica desde el final de la “colonización” arcaica (siglos VIII-VI); además, aquella primera expansión sólo había afectado, de manera más esporádica que continua, a algunas regiones litorales del Mediterráneo y de sus mares periféricos,

³²⁴ OBRAS DE CONSULTA.—Damos aquí una sucinta bibliografía general de la historia y de la civilización helenísticas. En cabeza, naturalmente, J. G. Droysen, *Geschichte des Hellenismus*, 2.ª ed., t. II-III, 1877-1878 (trad. franc.: *Histoire de l'hellénisme*, París, 1883-1885); sobre la evolución del pensamiento de D., sus relaciones con la ciencia de la antigüedad de su época y sus relaciones con el pensamiento de Hegel, cf. B. Bravo, *Philologie, histoire, philosophie de l'histoire. Étude sur J. G. Droysen, historien de l'Antiquité*, Wrocław-Varsovia-Cracovia, 1968. Véase, entre las obras posteriores: K. J. Beloch, *Griechische Geschichte*, IV, 1-2, Berlín, 1925-1927; J. Kaerst, *Geschichte des hellenistischen Zeitalters*, II, 1, Leipzig-Berlín, 1909, vuelto a publicar con el título de *Geschichte des Hellenismus*, Leipzig, 1917-1926; P. Jouguet, *L'impérialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient*, 2.ª ed., París, 1937 (reed. con bibliogr. complém., París, 1972); *The Cambridge Ancient History*, t. VI-IX, 1927-1932, que reúne contribuciones de diversos autores (recordemos que la contribución de M. Holleaux, que trata del empuje romano hasta la paz de Apamea, ha sido publicado en su versión francesa original en el t. IV de sus *Études d'Épigraphie et d'Histoire grecques*); H. Berve, *Griechische Geschichte*, II, 2.ª ed., Freiburg/Br., 1952 (o t. III de la edición de bolsillo, Freiburg/Br., 1963); H. Bengtson, *Griechische Geschichte*, 4.ª ed., Munich, 1969; C. B. Welles, *Alexander and the hellenistic world*, Toronto, 1970.

Existen diversas obras, dedicadas más concretamente a varios aspectos de la civilización helenística, en donde la historia política se encuentra muy abreviada, o incluso ignorada: W. Tarn, *Hellenistic civilisation*, Londres, 1927, véase en la 3.ª ed. revisada y corregida con la colaboración de G. T. Griffith, Londres, 1952 (la trad. franc., *La civilisation hellénistique*, París, 1936, fue hecha sobre la edición original; trad. española: *La civilización helenística*, México, 1969); M. Hadas, *Hellenistic culture. Fusion and diffusion*, Nueva York, 1959 (trad. alemana: *Hellenistische Kultur*, Stuttgart, 1963); P. Lévêque, *Le monde hellénistique*, París, 1969; C. Schneider, *Kulturgeschichte des Hellenismus*, 2 vol., Munich, 1967-1969.

Para obtener una bibliografía alemana de los años 1938-1948, véase E. Kiessling (ed.), *Der Hellenismus in der deutschen Forschung 1938-1948*, Wiesbaden, 1956.

mientras que en este momento la inmensa masa del continente asiático y el valle del Nilo se abrieron a la presencia helénica. Pero, sobre todo, mientras que la colonización arcaica había puesto a los griegos en contacto tan sólo con culturas poco evolucionadas que no tenían demasiadas cosas importantes que ofrecerles, los helenos se encontrarían ahora inmersos en las viejas civilizaciones de Oriente (sirio-fenicia, mesopotámica, iraní, egipcia), como conquistadores primero, en calidad de dirigentes después. El verdadero, por no decir el único problema que plantea el nuevo mundo a la historia de la civilización, será el de los resultados de esta confrontación: ¿intentarían los helenos, como conquistadores alogenos, preservar su identidad cultural? Y, en ese caso, ¿hasta qué punto lo conseguirían? Dicho de otro modo, ¿hasta qué punto experimentarían las influencias de las civilizaciones orientales y quedó afectada su propia civilización? Y, en sentido inverso, ¿en qué medida y hasta qué punto las antiguas civilizaciones orientales experimentaron las influencias helénicas? Problema a la vez único y múltiple —único en la medida en que se plantearía en todas partes; múltiple a causa de la multiplicidad de los medios geográficos en donde se plantearía (la propia Grecia antigua del Egeo no escapó a esta serie de problemas, aunque en términos diferentes a aquellos que la regulan en los restos que sobrevivieron del Imperio persa)³²⁵ y a causa de la multiplicidad de ámbitos (político, jurídico, económico, religioso, intelectual, artístico), dentro de cuya esfera convendría que los analicemos—. Estas pocas preguntas bastan para caracterizar la complejidad de este fenómeno de gran amplitud, que es calificado convencionalmente con el adjetivo de “helenístico”.

Civilización “helenística”, Estados “helenísticos”, mundo “helenístico”, época “helenística”, lengua, literatura, artes “helenísticas”: ¿qué debemos entender exactamente por este adjetivo³²⁶? El uso y acepciones del mismo derivan de un uso griego limitado que, por extensión, ha acabado englobando todo aquello que, por constar de un componente helénico, proviene directa o indirectamente de la conquista de Alejandro. El punto de partida de esta evolución es el verbo *hellenizein*, que significa “hablar griego”: es digno de señalar que el primer ejemplo conocido de dicho verbo (Tucídides, II, 68, 5) se aplica a “bárbaros” (es decir, a gentes cuya lengua materna no era el griego) que habían adoptado la lengua griega en contacto con griegos; designa, así pues, un fenómeno de aculturación. El nombre de agente *hellenistés*, “que habla griego”, deriva del verbo *hellenizein*, y, también en este caso, el uso más antiguo atestiguado (de hecho, el único) designa a no griegos (judíos) que habían trocado su lengua materna por el griego (*Hechos de los apóstoles*, 6, 1). Es seguro que el sustantivo *helenismos*, por su parte, expresó primero “el hecho de

³²⁵ En cambio, los antiguos dominios “coloniales” griegos (el Occidente italo-siciliota, el Ponto) escaparían, en gran medida, a este tipo de problemas.

³²⁶ O por el adjetivo abstracto “helenismo”, poco corriente en francés, pero utilizado a menudo, p. ej., en alemán (*Hellenismus*) o en italiano (*ellenismo*).

hablar griego” pero, a partir del siglo II antes de Cristo, designó el hecho (para judíos aquí también) de “comportarse como griegos”, de adoptar las costumbres griegas (II, 4, 13): por tanto, la acepción lingüística original se extendió a un campo que es, en general, “cultural”, y esta extensión del sentido se aplicó seguramente a los dos términos precedentes. Todo este grupo de términos permitía entonces distinguir a los verdaderos helenos de los “helenistas”, adeptos del “helenismo”, es decir, orientales que habían abandonado su civilización ancestral por la civilización griega, o, más exactamente sin duda, que habían superpuesto ciertos elementos de la civilización griega (y en particular la lengua) a su propia civilización. Esa evolución semántica permite, pues, delimitar el problema fundamental de la influencia griega en los círculos orientales, aunque es cierto que no da cuenta de las eventuales influencias orientales en los círculos griegos: también es cierto que, olvidándonos con frecuencia del sentido del término, tenemos tendencia a incluirlas como parte del mismo fenómeno... En cuanto al adjetivo “helenístico”, ha conocido una evolución parecida, aunque en época moderna: forjado por humanistas del Renacimiento³²⁷ para caracterizar la lengua del Nuevo Testamento (es decir, la de los judíos *hellenistai*), no tardó en extenderse al conjunto de los aspectos culturales de aquel mundo de confrontaciones greco-orientales que llamamos el “mundo helenístico”.

Pero volvamos al problema fundamental que antes hemos definido. Al emplear como lo hemos hecho el término “confrontación”, recurrimos a una noción prudentemente objetiva, sin prejuzgar el resultado de esta confrontación: ahora bien, es precisamente este resultado lo que constituye objeto de debate. Una de las obras modernas que trata de la civilización helenística lleva este subtítulo: *Fusión y difusión*³²⁸. El que después de Alejandro la civilización griega se ha “difundido”, es un punto fuera de toda duda. ¿Pero hubo —y hasta qué punto la hubo— una “fusión”? Las páginas que siguen intentarán contestar a esta pregunta, pero conviene apuntar ya que la historiografía moderna ha vivido, hasta época reciente, con la convicción apenas debatida de que la civilización helenística es, en su esencia misma, una civilización mixta que representa, tanto frente a la antigua civilización griega como frente a las antiguas civilizaciones orientales, una profunda novedad. El origen de esta convicción se remonta a tiempos pasados, puesto que la vemos formulada por primera vez en Plutarco, a propósito de la obra del mismo Alejandro³²⁹: “mezcló, como en una crátera de amistad, las vidas, las costumbres, los matrimonios, los hábitos, y ordenó a cada uno considerar al universo como su patria”. Esta opinión de Plutarco procede de una generalización abusiva del intento de

³²⁷ *Hellenistikos*, aunque no se halla atestiguado, es completamente plausible, y es probable que el término existiese, completando el grupo *hellenizein, hellenismos, hellenistes*.

³²⁸ Es el libro de M. Hadas, citado anteriormente. Hay que llamar la atención sobre el hecho de que en la traducción alemana de este libro el subtítulo se ha convertido en *Wesen und Wirkung* —lo que no es, ni mucho menos, equivalente...

³²⁹ PLUTARCO, *De fortuna et virtute Alexandri Magni*, 328 d - 329 c.

Alejandro, por otra parte fallido, por asociar a los persas (y sólo a ellos) con los macedonios, generalización sazónada con cosmopolitismo estoico. Tal concepción no habría alcanzado el éxito que tuvo en los siglos XIX y XX si no hubiera sido resucitada y transformada en función de nuevas perspectivas filosóficas por aquel que fue el creador de la historia helenística, por J. G. Droysen. Pero si éste acabó también por afirmar que “la fusión de Occidente y Oriente en un solo pueblo”, no se debió tanto a que hubiese descubierto esta idea en las fuentes (que conocía admirablemente, pero que en su época no eran más que fuentes literarias) como al hecho de que aplicó al período que estudiaba la teoría dialéctica de la historia universal, que le había enseñado su maestro Hegel: mientras que este último había visto en el Imperio romano al autor de la síntesis entre el mundo griego y el mundo oriental, Droysen, partiendo de las mismas premisas teóricas, atribuyó dicha síntesis a la época que calificó de helenística. Sin embargo, la proliferación de la documentación epigráfica y papirológica, posterior a Droysen, conduciría a despejar otras perspectivas y a comprender mejor el alcance más limitado de los fenómenos de fusión (cuya existencia no se puede negar), a realizar asimismo todo aquello que, tanto desde la parte griega como de la oriental, no hizo sino prolongar el pasado, y a situar, por último, en su lugar exacto todos los hechos que proclaman un verdadero rechazo al helenismo. El mundo helenístico se nos muestra hoy más complejo de lo que aparecía antaño y, en muchos aspectos, podemos sufrir la tentación de considerarlo no tanto el fracaso de un intento de dominación cuanto el éxito de un intento de fusión.

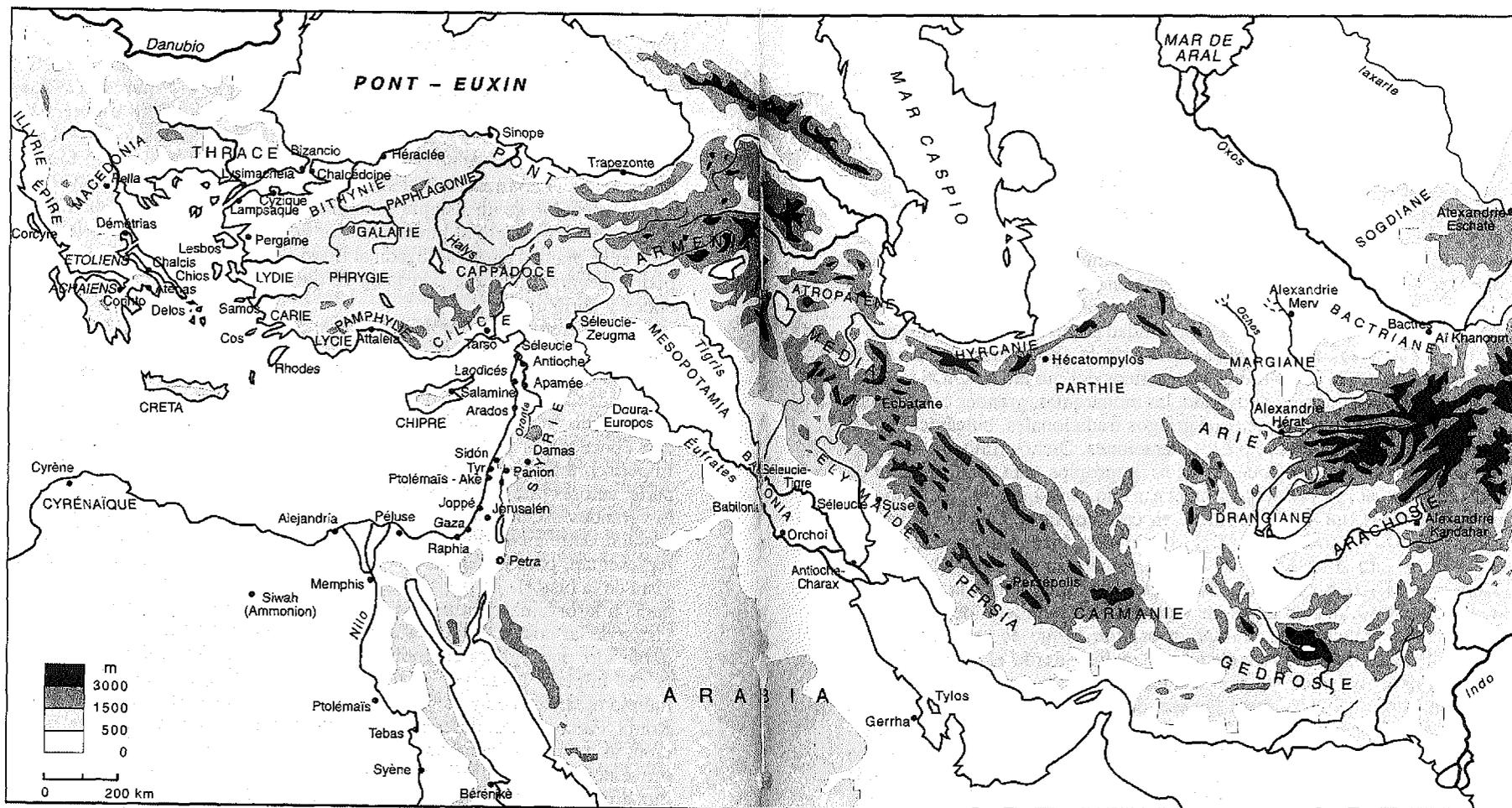
Queda por definir el marco cronológico al que debe aplicarse la noción de “helenístico” debe —y éste es un punto sobre el que nunca hay acuerdo—. El primero en aplicar el término de *hellenismos* a un período histórico, Droysen, no dio el título de *Geschichte des Hellenismus*, en la primera edición de su obra (1833-1843, más que al período abierto tras la muerte de Alejandro; pero incluyó también el reino de Alejandro dentro de ese título en su segunda edición (1877-1878) —no sin razón, porque no habría ni “civilización helenística” ni “mundo helenístico” sin Alejandro, en cuyo reinado se plantearon ya numerosos problemas específicamente “helenísticos”—. Este límite superior de la época helenística es aún hoy objeto de discusiones: algunos prefieren mantener la primera definición droyseniana y comenzar el período en el 323 antes que en el 336, lo que puede parecer tan justificable como la solución inversa —a condición de tener clara conciencia de un hecho, que las conquistas de Alejandro constituyen el preludio necesario del “helenismo”—. Otros se inclinan a remontarse hasta el reino de Filipo II, e incluso a principios del siglo IV, considerando que la historia griega clásica —la del mundo de las ciudades— tendió desde entonces a perder su carácter específico, mientras que ya apuntaban, en los límites del mundo griego y en el Imperio persa, algunos preludios de fenómenos helenísticos: todo ello es, sin duda, cierto, pero no debería considerarse como algo determinante, dado que ninguna época histórica podría ser definida por sus signos precursores, sino úni-

camente por la plena eclosión de sus caracteres propios. Es, por otra parte, esta última consideración la que ha inducido a ciertos historiadores a pensar que los caracteres propios de la civilización helenística no aparecieron verdaderamente más que a partir del siglo II y que convendría rebajar a este momento el límite superior del período: pero ésta es una opinión que depende demasiado estrechamente de ciertos hechos (religiosos, por ejemplo) —y no podríamos negar que algunos aspectos fundamentales de la civilización helenística, como son las grandes monarquías o la elaboración de un sistema económico nuevo, pertenecen plenamente al siglo III—. En cuanto al límite superior del período, la duda es sólo legítima si se plantea entre la llegada al trono y la muerte de Alejandro, y no podría negarse más que con mala fe que su reino puso término a una época y abrió otra.

Las discrepancias también aparecen en cuanto al límite inferior de la época. En líneas generales, ignoramos el pensamiento de Droysen sobre este punto, porque, pese a una reedición tardía y remodelada, su obra quedó incompleta y no pasó nunca del siglo III³⁰: no obstante, resulta claro que, viendo en el *Hellenismus* un conjunto de fenómenos culturales y no una época de la historia política, Droysen incluía en este concepto al Imperio romano y a su prolongación bizantina, idea que han seguido, en parte, autores más recientes. Pero, aunque es cierto que la desaparición de los grandes estados helenísticos y su absorción sucesiva por el Imperio romano, entre mediados del siglo II y el final del siglo I antes de Cristo, no representan, para la región considerada, ningún corte desde el punto de vista de la historia de la civilización (incluso, en muchos casos, en lo que atañe a la organización política), no resulta menos cierto que semejante visión de las cosas, aunque esté profundamente justificada, es un arma de doble filo, pues ignora el fenómeno capital —tan capital como la conquista del Imperio persa por Alejandro— que constituye la unificación del mundo mediterráneo y de sus márgenes continentales bajo la autoridad de Roma. Parece, pues, deseable, y no sólo por razones prácticas de exposición, asignar a la época helenística propiamente dicha un límite inferior proveniente de la historia política, es decir, la desaparición de la última monarquía helenística, el Egipto ptolemaico (30 a.C.), acontecimiento que coincide de hecho con la fundación de la monarquía imperial romana.

La determinación de los límites cronológicos de una “época helenística” no acaba, sin embargo, con los problemas de delimitación planteados por el “mundo helenístico”. En efecto, del mismo modo que la conquista de Alejandro abrió el Oriente a la civilización griega, los primeros contactos entre los estados helenísticos y Roma, seguidos por el empuje conquistador de Roma hacia Oriente y, más tarde, por la inclusión de Oriente (hasta el Éufrates) en el Imperio romano, abrieron Occidente a la civilización helenística. A partir del último siglo de la República romana, y

³⁰ Esto se debe al hecho de que, a partir de 1847, Droysen desplazó su interés desde la historia de la Antigüedad hasta la historia moderna.



El mundo helenístico
(para el detalle del mundo griego vease mapa pp. 592-93)

luego, de forma cada vez más profunda, durante el Imperio, la civilización romana se helenizó: la literatura latina, el arte romano y la monarquía imperial aparecen por muchos motivos como prolongaciones, bajo nuevas formas, de sus homólogos helenísticos. Así pues, un estudio completo de la civilización helenística, o del mundo helenístico, debería, desde este punto de vista, incluir un estudio de la civilización romana, al menos en la época imperial, y no sólo el las provincias orientales del imperio —esto es evidentemente lo que justifica a los historiadores que continúan el análisis de la civilización helenística penetrando en la era cristiana—. Sin embargo, no trataremos de ello aquí— pues nuestros límites cronológicos, definidos anteriormente, conducirían de todas formas a plantear la helenización del ámbito romano tan sólo durante la época republicana tardía, época durante la cual esta helenización se mantuvo limitada tanto en lo relativo a su profundidad como a su extensión social—. Por lo tanto, a los límites cronológicos de la época helenística *stricto sensu* les añadiremos los límites geográficos del mundo helenístico *stricto sensu*: éstos incluyen, por un lado, las monarquías, grandes o pequeñas, y, por el otro, los últimos estados griegos tradicionales, balcánicos y del Egeo, sean ciudades-estado o confederaciones. Dichos límites son, en su totalidad, de carácter político, es decir, impropios para rendir cuenta de todo aquello que, en el tiempo y en el espacio, tuvo que ver con la noción de *Hellenismus*, aunque presentan, en cambio, la ventaja de trazar un campo de estudio coherente y, después de todo, históricamente legítimo.

A decir verdad, en este volumen no respetaremos, desde el punto de vista cronológico, esos límites. En efecto, interrumpiremos la exposición de la historia política en la paz de Apamea y en la muerte de Antíoco III (188/7). No pretendemos ocultar lo arbitrario que es semejante corte desde el punto de vista helenístico —e incluso desde el punto de vista romano, que, sin embargo, nos lo dicta—. Se trata, en realidad, de una cuestión ligada a la economía general de esta colección, cuyo volumen siguiente está consagrado a la “conquista romana”. Sin duda, Roma intervino activamente en el mundo helenístico a partir del final del siglo III, en la época de la segunda guerra púnica. Por el contrario, tampoco cabe duda de que la paz de Apamea no acabó, ni mucho menos, con toda la autonomía histórica de los Estados helenísticos, aunque es cierto que inauguró, más decididamente que antes, el período en el cual los destinos del helenismo implicarían, de forma más intensa, factores romanos. Decididamente, la historia helenística y la historia romana se imbrican la una en la otra durante el medio siglo aproximadamente que va desde la primera guerra de Macedonia a la paz de Apamea. Este medio siglo, en el que no parece que las cosas tuviesen que zanjarse de antemano en beneficio de Roma, figurará en ambos volúmenes; aquí haremos hincapié en su aspecto helenístico; y en el volumen siguiente en su aspecto romano. Indiscutiblemente, es un mal corte, generador de repeticiones que nos parece inútil prolongar: invitamos, por tanto, al lector a remitirse a *La conquête romaine* de A. Piganiol en lo relativo a la historia de los Estados helenísticos después de la paz de Apamea. No hace falta decir, por otra parte, que

el estudio de la civilización helenística será tratado como un conjunto, no permitiendo que se produzca aquella ruptura, cuyo carácter, bastante arbitrario, reconocemos una vez más.

PRIMERA PARTE

*HISTORIA POLÍTICA
DEL MUNDO HELENÍSTICO
DESDE LA MUERTE DE ALEJANDRO
HASTA LA PAZ DE APAMEA
(323-188 a.C.)³³¹*

El paso de Alejandro por Asia representó una ruptura histórica crucial, pero fue tras su muerte cuando los conflictos entre los *diadochoi* ("herederos") de su imperio dibujaron los contornos de lo que iba a ser, hasta Augusto, el mundo de los Estados helenísticos. La historia del alumbramiento de este mundo es complicada, como también lo es la del siglo que sigue. Existe, sin embargo, entre la cuarentena de años en la que el mundo helenístico toma forma (323 - ca 280) y el "siglo III" (cuyo límite inferior podemos fijarlo ya en el 201/0, ya en el 196, ya, como lo haremos aquí, en el 188), una diferencia que atañe a nuestra documentación: la época de

³³¹ OBRAS DE CONSULTA.—Dos obras están exclusivamente dedicadas al análisis de los acontecimientos políticos: B. Niese, *Geschichte der griechischen und makedonischen Staaten seit der Schlacht bei Chäronea*, 3 vol., 1893-1903, que sigue siendo indispensable, aunque en ciertos puntos ha envejecido (no sobrepasa el decenio 130-120 a.C.); Ed. Will, *Histoire politique du monde hellénistique*, 2 vol., Nancy, 1966-1967, proporciona bibliografías críticas detalladas y no daremos en lo sucesivo más que algunos de los títulos que figuran en las mismas (se citará en adelante como Will, *H.P.M.H.*).

Las diversas dinastías han sido objeto de una serie de monografías, las más antiguas de las cuales aún merecen ser consultadas: A. Bouché-Leclercq, *Histoire des Lagides*, 4 vol., París, 1903-1907; Id., *Histoire des Séleucides*, 2 vol., París, 1913-1914; E. R. Bevan, *The house of Seleucos*, 2 vol., Londres, 1902; Id., *Histoire des Lagides*, París, 1934; véase asimismo la serie de artículos *Ptolemaios* de H. Volkmann, *PW*, XXIII, 2, 1959; E. W. Hansen, *The Attalids of Pergamum*, 2.^a ed., Ithaca-Londres, 1971; sobre la historia de los Estados Federales, cf. J. A. O. Larsen, *Greek federal States*, Oxford, 1968.

El frecuente deterioro de la documentación literaria obliga a conceder una importancia capital a la documentación epigráfica, cuyas publicaciones están muy dispersas. Entre las recopilaciones existentes apuntemos aquí M. Holleaux, *Etudes d'épigraphie et d'histoire grecque*, reunidos por L. Robert, 5 vol., París, 1938-1957; L. Robert, *Hellenica*, I-XIII,

los Diadocos se conoce, en efecto, relativamente bien, mientras que la continuación —que es, sin embargo, la época de la plenitud y apogeo de los Estados helenísticos— nos aparece más desdibujada, a falta de fuentes historiográficas continuas. De todas formas, los problemas que suscitan los hechos del período son tan numerosos y tan espinosos que no se trata aquí sino de crear un boceto, más allá del cual pocas cosas pueden aceptarse como rigurosamente establecidas, y de fijar lo que es esencial para la comprensión de este mundo helénico renovado y original que fue el mundo helenístico.

París, 1940 sqq.; Id., *Opera Minora Selecta*, 4 vol., Amsterdam, 1969-1974, etc.; C. B. Welles, *Royal Correspondence in the Hellenistic period*, Yale Univ. Press, 1934; L. Moretti, *Iscrizioni storiche ellenistiche, I: Attica, Peloponneso, Beozia*, Florencia, 1967; H. H. Schmitt, *Die Staatsverträge des Altertums, III: Die Verträge der gr.-röm. Welt von 338 bis 200 v. Chr.*, Munich, 1969.

La cronología es a menudo difícil de establecer, sobre todo en el siglo III; véase, entre otros, T. C. Skeat, *The reigns of the Ptolemies*, Munich, 1954; A. E. Samuel, *Ptolemaic chronology*, Munich, 1962; A. J. Sachs y D. J. Wiseman, A Babylonian King-list of the hellenistic period, *Irak*, XVI, 1954, pp. 202 ss.; W. K. Pritchett y B. D. Meritt, *The chronology of the hellenistic Athens*, Cambridge (Mass.), 1940; G. Daux, *Chronologie delphique*, París, 1943.

CAPÍTULO PRIMERO

LA ÉPOCA DE LOS DIÁDOCOS³³²

La desaparición prematura del fundador de un Imperio al que le faltaba un heredero capaz debía suscitar problemas, cuya solución, en los primeros momentos, nadie podía prever. ¿Conservaría su unidad el Imperio tan rápidamente edificado? ¿En beneficio de quién? ¿Se convertiría, por el contrario, en un tejido cortado deliberadamente en trozos por ambiciones rivales? Es probable que las dos eventualidades fueran, desde junio del 323, tomadas en consideración por unos y otros, pero tendremos que esperar al 301, e incluso al 281, para asegurarnos de que el desmembramiento de la herencia de Alejandro ya no sería puesto en tela de juicio: esta última fecha fue, por otra parte, la que coincidió con la desaparición de la generación de los conquistadores.

I.—LA SUCESIÓN DE ALEJANDRO³³³

Alejandro no tenía ningún hijo legítimo, pero sí un hermanastro, Arrideo, que era además bastardo y corto de entendimiento, y su viuda Roxana (que era iraní) esperaba un hijo, el cual, de ser varón, podría transformarse en un heredero directo. ¿Caerían el imperio —¡y Macedonia!— en manos de un medio imbécil o de un bebé semi-iraní? Dos eventualidades preocupantes que dividieron en seguida a los

³³² OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras generales citadas en notas 322 y 324 anterior, véase P. Roussel, en G. Glotz, *Hist. gr.*, IV, 1, París, 1945, libro II; P. Cloché, *La dislocation d'un Empire. Les premiers successeurs d'Alexandre le Grand*, París, 1959.

³³³ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras citadas en notas 322 y 324 anteriores, véase F. Schachermeyr, *Alexander in Babylon und die Reichsordnung nach seinem Tode*, *Sitzungsber. d. Österr. Akad. d. Wissensch. (Phil.-Hist.Kl.)*, 268/3, 1970; R. M. Errington, *From Babylon to Triparadeisos: 323-320*, *J.H.S.*, XC, 1970, pp., 49 ss.; A. B. Bosworth, *The death of Alexander the Gr.: rumours and propaganda*, *C.Q.*, XXI, 1971, pp. 112 ss.; J. Seibert, *Untersuchungen z. Gesch. Ptolemaios' I.*, Munich, 1969, pp. 27-50; P. Briant, *Antigone le Borgne. Les débuts de sa carrière et les problèmes de l'assemblée macédonienne*, París, 1973.

macedonios presentes en Babilonia. Pérdicas (que era entonces el primero en la jerarquía) y los jinetes se pronunciaron por el niño que iba a nacer, y la infantería macedonia por el hijo de Filipo. Para evitar lo peor, se concluyó un compromiso: si Alejandro tenía un hijo póstumo (como así fue, sería Alejandro IV), reinaría conjuntamente con Arrideo, que tomó el nombre de Filipo. Compromiso que no arreglaba nada, dado que el rey adulto era incapaz de ejercer el poder, poder que, necesariamente, caería en otras manos y sería, por tanto, fuente de otros conflictos. Este poder fue objeto de conversaciones, cuyos detalles desconocemos, y de un reparto evidentemente plagado de segundas intenciones. Antípatro fue mantenido en su función de regente de Europa —pero hemos visto³³⁴ que había sido condenado en secreto por Alejandro y que Crátero estaba en camino, a la cabeza de los veteranos, para suplantarlo—. En Asia, Pérdicas asumió las funciones de *quiliarco*, que le daban autoridad sobre los asuntos de estado. ¿Sospechaban ya algunos de los compañeros de Alejandro sus aspiraciones a la realeza, que no tardaría en revelar? Quizá se otorgó a Crátero el título de *prostates* de los reyes para darle un contrapeso, que hacía de él una especie de “procurador de la realeza”. Este gobierno bicéfalo que sólo existía sobre el papel, contenía en ciernes la futura crisis —pero no por sí solo, dado que un nuevo reparto de los gobiernos provinciales contribuyó a ello—. No fue, desde luego, general, pero comprobamos que algunos de los personajes que iban a sobresalir en los años siguientes obtuvieron los países que servirían como bases de sus carreras: así, Ptolomeo recibió Egipto³³⁵, Leónato Frigia Helespóntica, y Lisímaco Tracia; Eumenes de Cardia, el canciller de Alejandro, fue enviado a Capadocia: como el país estaba por conquistar, fue sin duda a los ojos de algunos macedonios (o de Pérdicas) un medio de deshacerse de él. Entre los sátrapas que mantuvieron sus funciones, citaremos sobre todo a Antígono el Tuerto, que estaba establecido en Gran Frigia, en Licia y en Panfilia desde el 333.

Todo ello debió ser el resultado de arduas disputas, porque no debían tardar en aparecer conflictos entre los personajes que acabamos de nombrar. El Imperio ya no tenía cabeza legítima, pero la cuestión de saber si no aparecería una, fuera de la dinastía, estaba desde entonces tácitamente planteada; y si nadie pensaba en ello para sí mismo, cada uno podía sospechar que los demás lo hacían. Y algunos (es más que probable en el caso de Ptolomeo) debían especular sobre la imposibilidad de preservar la unidad del Imperio y por eso debían proyectar, a partir de ahora, el reservarse una parte

³³⁴ *Supra*, p. 393.

³³⁵ Cleómenes de Naucratis, que administraba Egipto desde el 332, fue puesto bajo los órdenes de Ptolomeo —que no tardaría en ejecutarlo (321).

II.—DESDE EL ACUERDO DE BABILONIA HASTA TRIPARADISO (323-321)³³⁶

Mientras que los lugartenientes de Alejandro reorganizaban de este modo el Imperio, estallaron disturbios en sus dos extremos: estos disturbios fueron ocasionados por griegos. En Oriente los colonos griegos de Bactria, que ya se habían sublevado durante la campaña de la India³³⁷, se rebelaron de nuevo: la represión no llegó hasta su exterminio, puesto que ya veremos que menos de un siglo después nacería en este país un vigoroso estado griego. Más temibles fueron los disturbios de la propia Grecia. Las repatriaciones habían puesto allí en la calle a una multitud de mercenarios sin empleo, mientras que el decreto de vuelta de los exiliados³³⁸ había desencadenado un descontento que fue particularmente violento entre los atenienses, obligados a evacuar Samos, y entre los etolios. La noticia de la muerte de Alejandro provocó la explosión. Atenas en aquel momento no estaba falta de poder. Pese a las disensiones internas que enfrentaban a los demócratas con los propietarios, a los filomacedonios con los antimacedonios (dos oposiciones que en ningún caso se confundían), también pese a las dificultades económicas de la época, Atenas había reconstruido sus finanzas y sus fuerzas militares (navales sobre todo), entre el 338 y el 326, bajo la administración de Licurgo³³⁹, quien ya había desaparecido cuando la llegada de Hárpalo determinó, en el año 324, un primer aumento de presión, que la prudencia supo resolver³⁴⁰. No fue así cuando se conoció la muerte de Alejandro. Alrededor de Atenas, de los etolios y de los tesalios se agrupó una federación que sustituyó a la liga de Corinto: Demóstenes, que, aunque exiliado, había contribuido a su organización, fue de nuevo acogido en su patria en donde recuperó, junto a Hipérides, su papel de dirigente de la resistencia contra Macedonia. Los medios agrupados por la coalición eran superiores a los de Antípatro, que tuvo que encerrarse en Lamia (de ahí el nombre de “guerra lamíaca” que se ha dado al conflicto), de donde, no obstante, fue liberado por la llegada de refuerzos venidos de Asia³⁴¹. La partida aún no estaba perdida en

³³⁶ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras citadas en notas 324, 331 y 332 y los trabajos de Errington, Seibert y Briant citados en nota 333, véase también sobre la guerra lamíaca, E. Lepore, *Leostene e le origini della guerra lamiaca*, *Pd.P.*, X, 1955, pp. 161 ss.; para todas las cuestiones relativas a la Atenas helenística se consultará el libro, sin duda envejecido, pero aún no reemplazado, de W. S. Ferguson, *Hellenistic Athens*, Londres, 1911; más reciente y breve, Cl. Mossé, *Athens in decline 404-386 B.C.*, Londres-Boston, 1973, pp. 80 ss.—Además: M. J. Fontana, *Le lotte per la successione di Aless. Magno dal 323 al 315*, Palermo, 1960; Claude Wehrli, *Antigone et Démétrios*, Genève, 1969; P. Briant, *D'Alex. le Gr. aux Diadoques: le cas d'Eumène de Kardia*, *R.E.A.*, LXXIV, 1972, pp. 32 ss. y LXXV, 1973, pp. 43 ss.; R. Engel, *Zur Chronologie von Perdikkas' Massnahmen am Vorabend d. ersten Koalitionskrieges 321 v. Chr.*, *Rh.M.*, CXV, 1972, pp. 215 ss.

³³⁷ *Supra*, p. 266.

³³⁸ *Supra*, p. 271.

³³⁹ *Supra*, pp. 131 y 269.

³⁴⁰ *Supra*, p. 273.

³⁴¹ Refuerzos conducidos por Leónato, que resultó muerto en estas circunstancias: sobre las intenciones de este personaje, *cf.* más abajo.

tierra para el ejército insurrecto —pero lo fue en el mar, en donde la flota reconstituida por Atenas fue vencida ante la isla de Amorgo (322), en el curso de una batalla que puso definitivo término a la historia naval de Atenas—. El mar libre permitió a Crátero traer a sus veteranos junto a Antípato, el cual, a partir de aquel momento, aplastó a los griegos en Tesalia (en Crano). La coalición se desmembró rápidamente. Atenas negoció ya en el otoño del 322 y tuvo que adoptar un régimen oligárquico³⁴² protegido por una guarnición macedonia. Huidos ambos, Hipérides fue capturado y ejecutado, Demóstenes se suicidó. Atenas conocería algunos sobresaltos después, pero la guerra lamíaca marca ya el final de su historia como potencia griega. La liga de Corinto no fue reconstruida, lo cual privaba a las ciudades de un foro de concertación y de la posibilidad de todo diálogo común con el *hegemón* macedonio; de todas formas, ya no se hablaba de hegemonía, puesto que Grecia, desmenuzada, cayó bajo un régimen de vigilancia. Tan sólo los etolios escaparon a la represión porque Antípato y Crátero no pudieron reducirlos a causa de las noticias llegadas desde Asia.

Lo que estaba pasando al mismo tiempo en Oriente era, en efecto, bastante más importante para la herencia de Alejandro. Si, desde junio del 323, Pérdicas había podido levantar sospechas de ambiciones monárquicas, su comportamiento no tardó en darle consistencia. Al enviar a Eumenes a conquistar Capadocia, el quiliarco había ordenado a Antígono el Tuerto y a Leónato que le ayudasen. Leónato estuvo primero conforme, pero la llamada de Antípato, encerrado en Lamia, lo determinó a correr a Europa (¡con el ejército de Eumenes!): emparentado con los Argeadas, Leónato tenía la intención de usurpar la sucesión de Alejandro en Macedonia. En cuanto a Antígono, se negó simplemente a ponerse al servicio del griego —el cual no tuvo más remedio que reunirse con Pérdicas, que fue entonces a conquistar él mismo Capadocia en el 322 y a instalar allí al antiguo canciller—. Pero fueron especialmente otros actos de Pérdicas los que suscitaron la desconfianza y la hostilidad: habiendo llegado Crátero a Europa, Pérdicas le retiró su título de *prostates* de los reyes y lo tomó para sí, lo que sugiere que esta función le había sido confiada a Crátero sin duda contra Pérdicas, y de esta manera Pérdicas se enajenó la amistad de Crátero. Pero se enemistó de modo más grave con Antípato, a cuya hija debía tomar por esposa, al aceptar casarse con la propia hermana de Alejandro, Cleopatra, matrimonio que le proponía (por odio hacia Antípato) la vieja reina Olímpíada: representaba entrar por la puerta grande en la familia real y amenazar los derechos de los dos reyes legítimos. Además Antígono, que se había reunido con Antípato y Crátero, no dejó de avivar el rencor del padre ultrajado.

Las susceptibilidades personales y las inquietudes políticas contribuyeron, así pues, a crear la unión de Antípato, Crátero, Tolomeo³⁴³, Lisí-

³⁴² *Supra*, pp. 101, 114 y 175.

³⁴³ Ambos eran yernos también de Antípato. Este último quizá había dado su hija Eurídice a Ptolomeo para prevenir una posible secesión del sátrapa de Egipto, que llevaba, cier-

maco y Antígono contra Pérdicas. Éste marchó inmediatamente contra Egipto, donde no pudo penetrar, y murió víctima de una conjura de sus propios oficiales (mayo del 321), los cuales ofrecieron a Ptolomeo, que rehusó, ocupar el lugar y las funciones de Pérdicas: las ambiciones del lágida tenían menor alcance, pero eran más reales. En el momento en que desaparecía Pérdicas, Eumenes, al que había confiado la defensa de Asia Menor, triunfaba contra Crátero, que moría en el combate.

Se efectuó una conferencia en Triparadiso, en Siria, para prestar una nueva organización al Imperio. Esta conferencia encomendó al mismo Antípatro, último superviviente del triunvirato del 323, la regencia de todos los territorios, con el título de *epimeletes* de los reyes: esto no era nada adecuado para consolidar la herencia de Alejandro, puesto que el viejo regente, cuya solicitud entera era para Macedonia, iba a regresar en seguida a Europa llevándose a los reyes, decisión que favorecía el nacimiento de nuevas ambiciones en Oriente. Antígono, que hasta ahora no había desempeñado más que un papel secundario, fue nombrado "estratego de las fuerzas reales" y encargado de eliminar a Eumenes, a quien había dejado al margen del Imperio; antes de abandonar Asia, Antípatro incluso nombró a Antígono estratego de Asia, lo que le otorgaba una autoridad muy general, análoga a la que había gozado el propio Antípatro en Europa mientras vivió Alejandro. Un nombramiento que tendría importancia en el futuro se produjo asimismo en Babilonia, de donde fue hecho sátrapa Seleuco. Si tenemos en cuenta que Ptolomeo se mantenía en Egipto, Triparadiso, lejos de asegurar la perennidad del imperio, ponía a la cabeza del mismo a quienes iban a romperlo —aun cuando Antígono todavía intentaría reunirlo en provecho propio.

III.—ANTÍGONO EL TUERTO (321-301)³⁴⁴

Encargado de eliminar a Eumenes, Antígono actuó con vigor: este hombre ya entrado en años había sido hasta aquel momento relegado a una función de segundo plano y tenía intención de tomar su revancha. No contento con volverle a quitar sus propias satrapías a Eumenes, extendió su autoridad a gran parte de Asia Menor. Pero mientras sitiaba

tamente, una política muy personal, puesto que procedió a la anexión de la Cirenaica, mantuvo relaciones con Chipre —desvió incluso hasta Egipto los restos mortales de Alejandro, cuando eran escoltados hacia Macedonia...

³⁴⁴ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras citadas en notas 324 y 331, y los trabajos de M. J. Fontana, C. Wehrli y P. Briant citados en notas 333 y 336, véase E. Manni, *Demetrio Poliorcete*, Roma, 1951; Th. Lenschau, s.v. Polyperchon, *PW*, XXI, 2, 1952; M. Fortina, *Cassandro, re di Macedonia*, Turín, 1965; J. Seibert, *Unters. z. Gesch. Ptolemaios' I.*, Munich, 1969; E. Bayer, *Demetrius Phalereus der Athener*, Stuttgart-Berlín, 1942.

Sobre la política de Antígono en relación con las ciudades; A. Heuss, *Antig. Monophtalmos u. die gr. Städte*, *Hermes*, LXXIII, 1938, pp. 142 ss.; P. Cloché, *Remarques sur la politique d'Ant. le B. à l'égard des cités grecques*, *A.C.*, XVII, 1948, pp. 101 ss.; R. H. Simpson, *Antigonos the One-eyed and the Greeks*, *Hist.*, VIII, pp. 385 ss.

a Eumenes en Capadocia, fue apartado de ello por la noticia de la muerte de Antípatro (319), que provocó nuevas complicaciones. En efecto, Antípatro había transmitido sus funciones de *epimeletes* de los reyes a uno de sus contemporáneos, Poliperconte, ignorando las pretensiones de su propio hijo Casandro. Pero la sucesión de Antípatro tentaba a algunos otros: Lisímaco y, sobre todo, Antígono, que se coaligaron con Casandro contra Poliperconte. Antígono llegó a tratar incluso con Eumenes para tener las manos libres. En cuanto a Ptolomeo, aunque se unió a la coalición, esto no fue para él más que un pretexto para invadir la satrapía de Siria-Fenicia: aunque no conociese la historia de los faraones del Imperio Nuevo, volvía a poner en práctica su política...

Frente a las amenazas que pesaban sobre él, Poliperconte jugó la baza griega y envió a las ciudades una proclamación que anulaba las medidas tomadas por Antípatro en el 322 (sin embargo, es dudoso que esta medida equivaliese a una restauración de la liga de Corinto). Su política no encontró sino un éxito moderado: aunque condujese, por ejemplo, a una restauración breve y turbia de la democracia en Atenas, la ciudad cayó desde el 317 en las manos de Casandro, que estableció en ella una oligarquía moderada confiada al cuidado del filósofo Demetrio de Falero. Por otra parte, su falta de éxito condujo a Poliperconte a abandonar Macedonia en manos de Casandro y a replegarse en el Peloponeso, y estas circunstancias inauguraron la crisis en medio de la cual la dinastía legítima se iría a pique. En su huida, Poliperconte se llevó al pequeño Alejandro IV, pero Filipo III Arrideo (o más bien su mujer, Eurídice) se había aliado con Casandro, que fue proclamado regente de Macedonia. Pero la vieja reina Olímpida, que perseguía con su odio tanto a Filipo III (hijo de Filipo II, pero no de Olímpida) como a la familia de Antípatro, aprovechó el que Casandro guerreaba en el Peloponeso para apoderarse del rey imbecil y de su esposa, y mandó que los mataran (316): crimen que la hizo lo bastante impopular como para que fuese entregada a Casandro, que a su vez la hizo ejecutar...

En Asia, al mismo tiempo, Eumenes se había abrazado al partido de Poliperconte, quien le otorgó el título de "estratego de Asia" que Antípatro había otorgado a Antígono en el 321. Como estratego de Asia expulsó a Ptolomeo de Siria-Fenicia, antes de intentar establecerse en Irán. Pero, perseguido por Antígono, el griego fue finalmente entregado por sus tropas y ejecutado (316): fue Antígono quien se apoderó de las "satrapías superiores" antes de expulsar a Seleuco de Babilonia, lo que lo con-

Sobre la paz del 311: R. H. Simpson, *The histor. circumstances of the peace of 311*, *J.H.S.*, LXXIV, 1954, pp. 25 ss.

Sobre la reorganización de la liga de Corinto en el 302: L. Robert, *Adeimantos et la ligue de Corinthe*, *Hellenica*, II, 1946, pp. 15 ss.; W. S. Ferguson, *Demetr. Pol. and the hellenic league*, *Hesp.*, 1948, pp. 112 ss.; G. Daux, *Adeimantos de Lampsaque et le renouvellement de la ligue de Corinthe par Dem. Pol.*, *Archaiol. Ephéméris*, 1955, pp. 241 ss.

Sobre el reparto del 311, véase la bibliografía ap. Will, *HPMH*, I, p.70.

virtió en amo de casi la totalidad de la herencia asiática de Alejandro (315). Éstos éxitos reunieron contra él a Ptolomeo, Lisímaco, Casandro y Seleuco (refugiado en Egipto), los cuales lanzaron un ultimátum exigiendo que cediese Siria a Ptolomeo, Frigia Helespóntica a Lisímaco y restituyese Babilonia a Seleuco. El Tuerto rechazó el ultimátum, siguió ocupando los territorios asiáticos y afirmó sus pretensiones sobre Europa nombrando a Poliperconte “estratego del Peloponeso”. En el 315 todavía, Antígono lanzó, desde Tiro, un manifiesto anunciando que su ejército había condenado a Casandro por la ejecución de Olímpida y el secuestro de Alejandro IV, y que su *epimeletes* sería, en adelante, él mismo, Antígono; este texto proclamaba asimismo (para crear dificultades a Casandro) que todas las ciudades griegas debían ser libres, autónomas y estar exentas de guarniciones³⁴⁵ —tema de propaganda que sería abundantemente utilizado más tarde, bien que respondía a un problema real: el del lugar que debían ocupar las *poleis* dentro de los Estados monárquicos en vías de formación³⁴⁶—. Antígono unió de hecho los actos a las palabras suscitando en la Cícladas la fundación de un “*koinón* de los Nesiotas” (Confederación de los Insulares) y enviando tropas y fondos a Grecia: el Tuerto no tenía intención de limitar sus ambiciones a cuanto ahora poseía y que sus rivales le disputaban ya.

Antígono decidió no enfrentarse a la situación que había hecho fracasar a Pérdicas en el 321, y resolvió marchar sobre Europa, mientras que su hijo Demetrio vigilaría Egipto. Fue sólo en el 312 cuando Ptolomeo (quien, entre tanto, había movido sus peones en Chipre y sobre las costas de Asia Menor) se decidió a atacar a Demetrio, antes de que Antígono hubiese acabado sus preparativos septentrionales: el lágida y Seleuco consiguieron en Gaza tal victoria que Antígono acudió a marchas forzadas. Estratega prudente, Ptolomeo se replegó en seguida sobre Egipto, pero Seleuco había tenido tiempo de llegar a Babilonia, desde donde no tardó en atacar Irán. Antígono juzgó oportuno llegar a un acuerdo: con negociaciones separadas primero y comunes después, que desembocaron en una paz general en el 311, lograda a cambio de concesiones mutuas. No quedaba gran cosa del ultimátum del 315 y de las pretensiones con las cuales Antígono le había respondido: Ptolomeo conservaría Egipto y Lisímaco Tracia; como “estratego de Europa”, Casandro seguiría siendo *epimeletes* de Alejandro IV hasta la mayoría de edad del pequeño; en cuanto a Antígono, se le reconocía “toda Asia” —que ya no tenía en su totalidad, puesto que Seleuco (que no figuraba en el tratado) estaba despojándole de oriente—. En cuanto a la libertad y a la autonomía de las ciudades griegas, se reafirmaron solemnemente³⁴⁷. El reconocimiento de los derechos de Alejandro IV no era ya, evidentemente, más que una fic-

³⁴⁵ Sobre este último punto, Ptolomeo, aunque aliado de Casandro, contestó en seguida mediante una proclamación análoga.

³⁴⁶ Cf. *infra*, p. 401.

³⁴⁷ Cláusula ilustrada por una carta de Antígono a la ciudad de Escepsis de Tróade: *OGIS*, 5 = Welles, 1.

ción, y nadie protestó cuando Casandro lo ejecutó en el 310: las cosas estaban así más claras. En el futuro, ya no volvería a organizarse la sucesión de Alejandro: se la repartirían.

Como Seleuco no había sido incluido en el tratado, a Antígono sólo le faltaba arreglar sus cuentas con él: pero no consiguió ganarle la partida y tuvo que renunciar a Babilonia y a Irán (308)³⁴⁸. Paralelamente, la paz del 311 iba a fracasar a orillas del Mediterráneo y la lucha comenzaría de nuevo en el ámbito de la talasocracia: el Imperio egipcio-sirio, cuyos propósitos había desvelado Ptolomeo, exigía el control del Mediterráneo oriental, de la misma manera que las ambiciones europeas a las que Antígono no había renunciado exigían el control del Egeo; entre ambos dominios, había una zona de rozamiento evidente (desde Creta y Rodas hasta Chipre, pasando por Anatolia meridional), que sería tanto más fácilmente desbordada cuanto que la cláusula de libertad de las ciudades ofrecería a cada uno de ellos pretextos para intervenir. Es imposible entrar aquí en el detalle de estos años confusos, durante los que vemos a los protagonistas reconciliarse y refirir al compás de las circunstancias, y en el que la Grecia europea sirvió de terreno de maniobras (Ptolomeo operó en ella en el 308; Demetrio, hijo de Antígono, "liberó" Atenas en el 307). Destaquemos, sin embargo, algunos episodios importantes: en el 306 las fuerzas antigónidas, bajo el mando de Demetrio, infligieron a Ptolomeo una grave derrota frente a Chipre, lo que puso la isla entre sus manos durante diez años —pero el final de su ofensiva sobre Egipto fracasó—. En el 305/4, por otra parte, Demetrio atacó Rodas: esta ciudad libre, que tenía un papel esencial como relevo económico entre Egipto y el mundo egeo³⁴⁹, se había negado a romper sus lazos con Ptolomeo, a quien estaba ligada por una alianza: a pesar de los enormes medios utilizados por Demetrio (que ganó aquí su apodo de Poliorcetes, "tomador de ciudades"), Rodas resistió y obligó a los Antigónidas a reconocer su libertad.

Los años 306-305 fueron también el momento de un hecho político importante. Desde el asesinato de Alejandro IV en el 310, ya no había

³⁴⁸ El abandono de Irán por Antígono permitió a Seleuco dedicarse durante varios años a los problemas que planteaban los confines indios. La obra india de Alejandro parece, en efecto, que no perduró: mermada, sin duda, antes del 323, la ocupación macedonia desapareció de la cuenca del Indo en los años siguientes, que son aquellos en los que el Imperio de los Nanda (*supra*, p. 266) fue derrocado por Chandragupta, fundador de la dinastía Maurya. Chandragupta desbordó rápidamente los límites del reino del que se había adueñado para conquistar la llanura del Indo y atacar sus estribaciones iraníes. Seleuco intentó defender estas regiones, pero en parte tuvo que renunciar a ello, sin duda, porque semejante tarea era agotadora, aunque también para volverse contra Antígono. Concluyó con el soberano indio un tratado de amistad por el que renunciaba no sólo al Punjab, sino también a una parte, imposible de delimitar exactamente, de las regiones que lo dominaban desde el oeste: por lo menos, al Gandara y a las zonas orientales de Aracosia y de Gedrosia. Sabemos hoy que la región de Kandahar formaba parte del Imperio maurya en tiempos de Asoka, segundo sucesor de Chandragupta (*infra*, p. 335), pero ignoramos si sucedía ya así en vida de este último. Su tratado indio permitió igualmente a Seleuco adquirir los elefantes de guerra que contribuirían a aplastar a Antígono en Ipsos.

³⁴⁹ *Infra*, p. 475.

rey. Pero, tras su victoria chipriota del 306, Antígono fue declarado *basileus* por su ejército, conjuntamente con su hijo Demetrio. Esta afirmación abierta de las pretensiones Antigónidas por la supremacía provocó en seguida la reacción de los que no la admitían, y se vio consecutivamente a Ptolomeo, Casandro, Lisímaco y Seleuco tomar también ellos la dignidad real³⁵⁰. La monarquía helenística, que existía en los hechos desde Triparadiso, entraba así en el campo del derecho. De un derecho que, sin duda, aún no estaba fijado, puesto que Antígono no estaba en modo alguno dispuesto a reconocer la realeza de "sus colegas" y en ningún caso, desde luego, la de Casandro sobre Macedonia: la intención evidente de este viejo oficial de Filipo II era la de volverse a establecer en la madre patria.

Al no poder contar con la ayuda de ningún otro de los diádocos, planeó poner a Grecia de su parte para hacer de ella una de sus bases de asalto contra Macedonia. En el 302, Demetrio Poliorcetes, que se había asentado en la región sarónica, reconstruyó la liga de Corinto de Filipo II³⁵¹: lo que había sido el final de la carrera de Filipo debía convertirse, en cambio, en el punto de partida de la carrera macedonia de Antígono. Pero ésta nunca se inició. La amenaza que pesaba sobre Casandro era de tal calibre, y tales las inquietudes que despertaba en los demás la eventualidad de un éxito Antigónida en Macedonia, que no hubo casi obstáculos para que surgiera una coalición. Para obligar a Antígono a hacer volver de Grecia a su hijo y a sus tropas, Casandro, Lisímaco y Seleuco hicieron converger sus fuerzas sobre Asia Menor, mientras que Ptolomeo invadía Siria meridional con una lentitud calculada. En el verano del 301, en Frigia, quedó todo zanjado en Ipsos, en donde Antígono, octogenario, murió combatiendo. Vino ahora un nuevo reparto: Casandro conservó Macedonia; Lisímaco le añadió a Tracia el Asia Menor, hasta el Tauro³⁵²; Seleuco reivindicó Siria, pero tuvo que contentarse con la mitad septentrional, puesto que Ptolomeo se negó a evacuar el sur, que había ocupado mientras que los otros invadían Asia Menor: Seleuco, que tenía una deuda hacia Ptolomeo, no insistió, pero no abandonó, sin embargo, sus pretensiones sobre la "Cele-Siria"³⁵³, que sería el origen de las "guerras de Siria" en los siglos III y II. Quedaba Demetrio Poliorcetes, que conservaba algunas plazas litorales en Fenicia y en Asia Menor, Chipre, su protectorado sobre las Cícladas, ciertas posiciones en Grecia (Corinto en particular) y una flota poderosa³⁵⁴.

³⁵⁰ En lo concerniente a Seleuco, apuntemos que la "era real" seléucida remonta al año 312/1, es decir, al momento en el que Seleuco vuelve a instalarse en Babilonia, tras la batalla de Gaza: pero documentos cuneiformes prueban que estamos ante una ficción y que Seleuco sólo se proclamó rey en el 305/4.

³⁵¹ Esta organización nos es conocida por una inscripción de Epidauro (*IG*, IV², 1, 68).

³⁵² A excepción de algunas plazas litorales que estaban en manos de Demetrio Poliorcetes.

³⁵³ O "Siria hueca": es el nombre dado convencionalmente a la mitad meridional del país, desde el norte de Biblos a la frontera egipcia.

³⁵⁴ Cabe añadir que a un hermano de Casandro, Plistarco, se le dio un pequeño reino cilicio: pero no tardaría en desaparecer, sumido en los conflictos de los siguientes años.

IV.—DE IPSO A LA ESTABILIZACIÓN DE LOS REINOS HELENÍSTICOS (302 - 276)³⁵⁵

Es inútil preguntarse si, en caso de que Demetrio Poliorcetes hubiese desaparecido con su padre, el reparto del 301 hubiese sido viable. De hecho, no lo fue, no sólo porque Demetrio siguió el curso de sus ambiciones con una energía desordenada, sino sobre todo porque nuevas crisis agitaron aquel reino sobre el cual todos mantenían fija la mirada: Macedonia.

La confusión que caracteriza el final de la carrera de Demetrio es consecuencia del hecho de que nuestro hombre era depositario tanto de la reivindicación de su herencia asiática como de los últimos proyectos europeos de su padre, dos perspectivas entre las cuales ni las circunstancias ni su personalidad le permitieron elegir claramente. Tras de haber hecho acto de presencia en Cilicia, reconciliándose temporalmente con Seleuco, hacia el 298-297 vio cómo se le abría de nuevo la vía macedonia: Casandro moría prematuramente, seguido de cerca por su primogénito. Dejando que Ptolomeo le quitase otra vez Chipre, y Seleuco y Lisímaco sus bases asiáticas, Demetrio consolidó sus posiciones en Grecia y, en el 294, invadió Macedonia, eliminó a los hijos menores de Casandro y se hizo proclamar rey. Pero en el 293 cometió la primera imprudencia: invadió Tracia mientras que Lisímaco estaba cautivo de los getas —aunque su propia ausencia fue ocasión para un levantamiento de los beocios, ayudado por los etolios y por el rey de los molosos, Pirro—. Este último, exiliado de su reino en el 302, se había restablecido allí recientemente con la ayuda de Ptolomeo, y se había anexionado además algunos territorios occidentales de Macedonia tras la muerte de Casandro. Demetrio regresó a toda prisa para hacer frente a este competidor y a sus aliados griegos, contra los cuales mantuvo hasta el 289 una guerra sin gloria que lo hizo impopular tanto en Grecia como en Macedonia —de lo cual se aprovechó Ptolomeo para desplazarle en las Cícladas y privarle de Tiro y Sidón. Mientras que el Poliorcetes se preparaba a volver al asalto de Asia, Lisímaco y Pirro invadieron Macedonia, lo expulsaron de ella y se la repartieron (288). En adelante, reducido a algunas plazas fuertes griegas, desde donde intentó aún pasar a Asia, el acosado Demetrio acabó su carrera como cautivo de Seleuco. Dejaba, sin embargo, un hijo, Antígono Gónatas, que conservaba un pie en Europa gracias sobre todo a

³⁵⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras generales citadas en notas 324 y 331, y de los trabajos, citados en las secciones precedentes, de E. Manni, M. Fortina y J. Seibert, véase G. Elkeles, *Demetrios der Städtebelagerer*, Breslau, 1941; W. W. Tarn, *Antigonos Gonatas*, Oxford, 1913; W. Fellmann, *Antigonos Gonatas, König der Makedoner, und die gr. Staaten*, Würzburg, 1930; sobre Pirro: G. Nenci, *Pirro. Aspirazioni egemoniche ed equilibrio mediterraneo*, Turín, 1953, y, sobre todo, P. Lévêque, *Pyrros*, París, 1957; sobre Lisímaco: Geyer, s.v. *Lysimachos*, *PW*, XIV, 1, 1928; G. Saitta, *Lisimaco di Tracia, Kòkka-los*, I, 1955, pp. 62 ss.; sobre Arsínoe y Cerauno: G. Longega, *Arsínoe II*, Roma, 1968, y, sobre todo, H. Heinen, *Unters. z. hellenistischen Geschichte d. 3. Jhts v. Chr.*, Wiesbaden, 1972, que proporciona un análisis profundo del final de Lisímaco. — Sobre la invasión gala, véase la bibliografía en Will, *HPMH*, I, pp. 89 ss.

algunas plazas marítimas (Demetriada³⁵⁶, Cálcida de Eubea, el Pireo, Corinto). El sueño imperial de Antígono el Tuerto se había definitivamente hundido en las incoherencias de su hijo, aunque de hecho había sido destruido ya en Ipsos.

¿Sería recogido este sueño por Lisímaco? Puesto que reinaba desde el Tauro³⁵⁷ hasta Macedonia, Lisímaco parecía en disposición de realizar un Imperio que, extendiéndose hasta el Danubio, atenazaría también el Egeo. Su primer cuidado fue, naturalmente, el de expulsar a Pirro de Macedonia meridional y de Tesalia (285). Esta nueva extensión de los estados del viejo Lisímaco, que rompía el precario equilibrio del reparto del 301, debía fatalmente enemistarle con los Tolomeos³⁵⁸ y los Seleucos. Por otra parte, Lisímaco se había dejado enredar en unas escalofriantes complicaciones matrimoniales y sucesorias: habiéndose casado en segundas nupcias con Arsínoe, nacida, como Ptolomeo II³⁵⁹, del segundo matrimonio de Ptolomeo I, se había dejado convencer por aquélla (que le había dado hijos) para que permitiese la ejecución de su presunto heredero Agatocles; ahora bien, este príncipe se había casado, a su vez, con una hija del primer matrimonio de Ptolomeo I, Lisandra, junto a la cual se había refugiado su hermano Ptolomeo llamado Cerauno, a quien Ptolomeo I había excluido de su sucesión en provecho de Ptolomeo II. Temiendo el odio de su hermanastra Arsínoe, Cerauno y Lisandra habían huido, refugiándose junto a Seleuco, al que habían convencido fácilmente para declarar la guerra a Lisímaco, dado que Seleuco podía temer una expansión de éste a sus expensas —y porque quizá soñaba, en su vejez, con reinar también él sobre Macedonia—. Seleuco invadió, por tanto, Asia Menor y Lisímaco fue vencido y muerto en Curupedio a comienzos del 281. Europa parecía estar a merced de Seleuco, pero, cuando acababa de llegar a ella, cayó a su vez bajo el puñal de Ptolomeo Cerauno, que conseguía hacerse aclamar rey por el ejército (septiembre del 281). Afortunadamente, Seleuco había otorgado la realeza a su hijo Antíoco I desde el 294 y su sucesión estaba asegurada en Asia.

Tan sólo estaba por decidir la suerte de Macedonia. Antígono Gónatas, hijo de Poliorcetes, intentó abiertamente lanzarse sobre ella: Cerauno se lo impidió, pero fue en el momento en el que se disponía a recoger el premio de su crimen cuando Macedonia y Grecia vieron desencadenarse una nueva invasión, la de los celtas. El empuje de los pueblos célticos hacia las regiones danubianas y balcánicas no era en aquel momento sino

³⁵⁶ Demetriade (Volo), en Tesalia, era la capital marítima que se había creado Demetrio Poliorcetes cuando se instaló en Macedonia.

³⁵⁷ Lisímaco no ocupó la totalidad de Asia Menor, como no lo hizo Antígono, y fue durante el reinado del primero cuando se hizo rey el dinasta Cipete de Bitinia; más al este, Capadocia Póntica (o el Ponto) gozaba de independencia bajo un Mitridates que, al parecer, no se convirtió en rey hasta un poco más tarde.

³⁵⁸ Ptolomeo I, antes de morir en el 283, abdicó en el 285 en provecho de su hijo Ptolomeo II.

³⁵⁹ Serían los futuros "Filadelfos".

la continuación de aquella oleada a la que los romanos se habían enfrentado tan difícilmente más de un siglo antes. Casandro y Lisímaco ya habían tenido que rechazar a una serie de bandas galas o de otros pueblos, que huían ante los galos. Cerauno no había hecho más que llegar a Macedonia, cuando el empuje céltico tomó el aspecto de un maremoto. Carente de la experiencia que sus predecesores habían adquirido en la defensa septentrional del mundo helénico, a comienzos del 279 ya había sucumbido. La invasión gala, violenta pero breve, avanzó hasta Grecia central, en donde fue detenida por los pueblos griegos montañoses (focidios y sobre todo etolios) y por los beocios, que obligaron a los bárbaros a retroceder; hostigados por los tesalios y los macedonios, los celtas se retiraron hasta Tracia y los Estrechos. Fue en estas confusas circunstancias cuando Antígono Gónatas, que había contribuido asimismo a la lucha contra los celtas, consiguió establecerse en el vacío político que entonces era Macedonia: figura como su dueño, al igual que de Tesalia, en el 276.

De este modo, el mapa del mundo político helenístico estaba finalmente dibujado en sus grandes líneas, con sus tres grandes monarquías, la egipcia de los látidas, la asiática de los seléucidas, y la macedonia de los antigónidas —a las cuales no tardarían en añadirse algunas más, con rango de monarquías menores.

CAPÍTULO II

EL OCCIDENTE GRIEGO EN ÉPOCA DE LOS DIÁDOCOS

Aunque las dos cuencas del Mediterráneo tendieron siempre a vivir políticamente separadas, su historia no careció de momentos en los que una serie de empresas políticas habían venido a duplicar los lazos culturales y económicos que las unían: expediciones atenienses del siglo v, intervenciones siracusanas en el Egeo y el Adriático, episodio de Timoleón, etc. Todavía en tiempos de Alejandro, entre el 334 y el 330, un tío del conquistador, el epirota Alejandro el Moloso, respondiendo a la llamada de los tarentinos oprimidos por los indígenas mesapios y lucanios, había intentado apoderarse de un reino en la Italia septentrional. Y no olvidaremos que nuestras fuentes atribuyen al mismo Alejandro el Grande proyectos de conquistas occidentales. Tras la muerte de Alejandro —y antes de que las intervenciones, y más tarde la expansión romana, no produjesen una unificación del mundo mediterráneo originada desde el oeste— dos hombres debían establecer temporalmente conexiones políticas entre la herencia de Alejandro y Occidente: Agatocles de Siracusa y Pirro, cuyas carreras nos obligan a desbordar brevemente los límites geográficos que hemos señalado para el mundo helenístico propiamente dicho.

I.—AGATOCLES DE SIRACUSA³⁶⁰

Desde el siglo v, Siracusa había dado ejemplo en dos ocasiones, con los Deinoménidas³⁶¹ y con los dos Dionisios³⁶², de ser un estado territorial monárquico griego: esa situación se ha querido interpretar como una

³⁶⁰ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras generales citadas en notas 324 y 331, véase H. Berve, *Die Herrschaft des Agathokles*, Sitzungsber. Akad. München, 1952, fasc. 5 (con mis observaciones *HPMH*, 1, p. 99) e Id., *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967, t. I, pp. 441 ss. y II, pp. 728 ss.; también Id., s.v. *Ophellas*, 1, *P.W.*, XVIII, 1, 1939, y V. Ehrenberg, *Ofella di Cirene*, *R.F.*, XVI (1938), pp. 146 ss.—La hipótesis que he emitido en cuanto al contexto histórico general, Ed. Will, *Ophellas, Ptolémée, Cassandre et la chronologie*, *R.E.A.*, 1964, pp. 320 ss., ha sido puesta en duda por S. C. BAKHUIZEN, *Salganeus and the*

especie de prefiguración de las monarquías helenísticas, pero el hecho de que estas monarquías perteneciesen al tipo específicamente griego de la tiranía, nacida en el seno de una *polis* y fundada sobre ella, nos impide profundizar en este paralelismo. Debería ser igual con Agatocles, pese a las inspiraciones que éste tomó de las novedades políticas orientales. Como tantos otros tiranos, Agatocles obtuvo el poder aprovechando las luchas políticas y sociales acaecidas en Siracusa desde la muerte de Timoleón. Este demagogo plebeyo, militar con talento, supo a partir del 317 imponerse en la ciudad de un modo que es característico entre los tiranos griegos, conjugando el uso de la violencia y el ejercicio prolongado, más o menos legal, de magistraturas cívicas, y en particular de las funciones de *strategos autokrator*. Supo también -y ésta fue la base principal de su éxito- restaurar la hegemonía siracusana sobre Sicilia oriental, pisoteando la autonomía de otras ciudades. Pero las más importantes de estas (Acragante, Gela, Mesina) no estaban dispuestas a volver a quedar bajo la dominación de Siracusa, contra la cual hallaron el apoyo interesado de Cartago. La guerra púnica estuvo a punto de barrer a Agatocles, el cual, en el 310, se encontró bloqueado en Siracusa. Se libró de ello mediante un golpe de audacia, llevando la guerra a África: y es aquí en donde se crean los lazos con el mundo helenístico. Incapaz de tomar Cartago (mientras que los cartagineses continuaban operando en Siracusa), Agatocles concluyó con el macedonio que gobernaba la Cirenaica para Ptolomeo, Ofelas, una alianza cuyos términos expresaban que los contrayentes se repartirían el Imperio de Cartago, quedándose Agatocles con la Sicilia púnica (309). Pero en cuanto los dos hombres se unieron delante de Cartago, Agatocles asesinó a Ofelas (308). Como la situación se deterioraba en Sicilia sin que, por ello, mejorase en Africa, Agatocles abandonó su aventura africana en el 307. Pero la alerta había sido lo bastante grave en Cartago como para que aceptase negociar una paz que, en el 306/5, confirmó las antiguas fronteras entre los dominios griegos y púnicos de Sicilia. Agatocles restableció brutalmente su poder y, de nuevo en su puesto, imitó el comportamiento reciente de los diádocos proclamándose *basileus* -lo que parece no haber modificado en modo alguno la naturaleza de su poder, que sigue siendo la de un tirano griego.

Pero el título real lo colocaba, en las relaciones que estableció con ellos, al mismo nivel que los nuevos reyes de Oriente. Estas relaciones tenían sobre todo que ver con sus intentos de expansión occidental, iniciados después del 300³⁶³: mientras que los asuntos de las ciudades grie-

fortifications on its mountains, Groningen, 1970, pp. 103 sqq. y por A. LARONDE, *Observations sur la politique d'Ophellas à Cyrène*, *R.H.*, CCXLV, 1971, pp. 297 ss.

³⁶¹ Cf. el volumen precedente, pp. 211 ss.

³⁶² *Supra*, pp. 143 ss.

³⁶³ Fue también en este momento cuando Agatocles contrajo un matrimonio egipcio: aunque su esposa Teóxena estuviese emparentada, cercana o lejanamente, con Ptolomeo, lo cual es probable, ignoramos el eventual trasfondo político de aquella unión.

gas lo conducían a intervenir en Italia meridional, sin que podamos discernir cuáles eran sus proyectos concretos, cayó sobre Corcira, isla de la que Casandro intentaba aún apoderarse, y se instaló en ella (entre el 300 y el 298). ¿Tenía razones para temer un empuje macedonio en dirección a Italia? En todo caso, hizo de Corcira la dote de su hija Lanasa, y la dio como esposa al hombre que podía representar una garantía en este aspecto: a Pirro. Pero, durante el conflicto que enfrentó a este último con Demetrio Poliorcetes³⁶⁴, rompió con Pirro y transfirió a su hija y la isla de Corcira al Antigónida: nuestras fuentes contienen demasiadas lagunas como para revelarnos la razón de esta política, que muestra, sin embargo, la voluntad de Agatocles de introducirse en el concierto de los soberanos. En última instancia, el final de Agatocles es, asimismo, oscuro: como su presunto heredero había sido asesinado, el tirano-rey habría restaurado, en la hora de su muerte, la democracia —y en consecuencia la anarquía— en Siracusa. La pseudo-monarquía helenística siciliota no tuvo porvenir.

II.—PIRRO Y OCCIDENTE³⁶⁵

Como en la época de Alejandro el Moloso, fueron las dificultades de Tarento las que determinaron en el 281 la intervención de una monarquía balcánica en los asuntos de Italia meridional³⁶⁶: pero, esta vez, era Roma la que inquietaba a Tarento. La expansión romana hacia el sur podía parecer a los griegos italiotas como un arma de doble filo: contribuía a disminuir la presión de los montañeses itálicos, pero a cambio introducía en la partida a una potencia en auge cuyas empresas tendían a desarrollarse también sobre el mar. En la época de Agatocles, y muy probablemente contra él³⁶⁷, los romanos habían concluido dos tratados delimitando su zona de influencia: en el 306, Roma y Cartago (es su tercer tratado) se habían comprometido a no actuar en Sicilia en el caso de la primera, y en Italia en el caso de la segunda; y, en el 302, Roma se había comprometido con Tarento a no enviar ninguna flota al norte de Crotona. Pero fue este tratado el que Roma violó en el 282: Turio, amenazada por los lucanios, antes que dirigirse a Tarento había invocado el socorro de Roma, que se lo había otorgado e instaló allí una guarnición. Los tarentinos replicaron, vencieron a una flota romana y expulsaron a la guarnición de Turio. Roma intentó negociar, pero la facción democrática tarentina se opuso a ello. Para apoyar sus planes, los tarentinos, como ya lo habían

³⁶⁴ *Supra*, p. 321.

³⁶⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras generales citadas en notas 324 y 331, véase G. Nenci (citado *supra*, nota 355), criticado por P. Lévêque, *R.E.A.*, LVIII, 1956, pp. 83 ss. y por J. V. A. Fine, *A.J.Ph.*, LXVIII, 1957, pp. 108 ss.; la obra fundamental es P. Lévêque, *Pyrrhos*, París, 1957.—Sobre diversos aspectos de la realeza de Pirro, véase asimismo H Berve, *Das Königtum des Pyrrhos in Sizilien*, *Festschrift B. Schwveitzer*, 1954, pp. 272 ss.; P. R. Franke, *Ali-Epirus und das Königtum der Molosser*, Kallmünz, 1955 (cf. Will, *HPMH*, I, p. 111).

³⁶⁶ Para otros detalles además de los aportados en este lugar, véase el volumen siguiente.

³⁶⁷ No sabemos nada, sin embargo, sobre eventuales relaciones entre Agatocles y Roma.

hecho en varias ocasiones, buscaron un condotiero helénico y su elección recayó sobre Pirro, cuyas ambiciones carecían en ese instante de cualquier objetivo. No conocemos los términos del tratado, que fue concluido en el 281, pero es probable que los designios del rey fueran de entrada más allá del simple socorro militar que los tarentinos esperaban de él: Pirro tenía, en efecto, un hijo de su boda con la hija de Agatocles y por ser el padre del nieto del tirano pareció concebir desde el principio el objetivo de establecerse en Sicilia. Provisto de refuerzos, de fondos y de elefantes por Ptolomeo Cerauno, por Antígono Gónatas y por Antíoco I, todos felices al verle dar la espalda a la escena balcánica, desembarcó en Italia en mayo del 280. Tras haber intentado en vano arreglar las diferencias romano-tarentinas mediante un arbitraje³⁶⁸, Pirro se enfrentó por primera vez a los romanos en Heraclea, y los venció. Explotando este éxito, siguió recto sobre el Lacio y envió a Roma propuestas de paz, que el senado rechazó. En el 279, Pirro ocupó Apulia, en donde venció por segunda vez a los romanos (en Ausculo). Fue entonces cuando fue informado sobre la muerte de Cerauno durante los ataques de los galos: puede que hubiese entonces abandonado Italia por Macedonia, si no hubiera recibido al mismo tiempo las llamadas de algunos tiranos sicilianos contra los cartagineses, llamadas que apuntaban en la misma dirección de sus probables proyectos y a la cuales cedió. Habiendo fracasado de nuevo a la hora de establecer la paz con Roma (que era consciente de poder contar con la alianza púnica), Pirro abandonó su guerra romana para marchar sobre Sicilia, en donde la confusión que reinaba desde la muerte de Agatocles favorecía el resurgimiento de la expansión cartaginesa.

Su desembarco, en el otoño del 278, determinó a los cartagineses a abandonar Siracusa, a la que estaban sitiando, y la Sicilia griega no tardó en caer en manos de este nuevo "liberador". La Sicilia púnica le creó mayores dificultades, pero, en el 277, sólo escapaban ya a su control Lilibeo y Mesina. Cartago ofreció entonces la paz con la condición de conservar Lilibeo, propuesta que Pirro tuvo la torpeza de rechazar, puesto que no consiguió tomar esta plaza. Meditó entonces reiniciar la aventura africana de Agatocles, y este proyecto acabó por enemistarle con los siciiotas, los cuales empezaban a pensar que los tiranos y los cartagineses les costaban menos caros que estos soberanos que intentaban unificarlos con su provecho. Por último, malas noticias llegadas de Italia se sumaron a la creciente tensión que había en Sicilia: Pirro puso término al capítulo siciliano de su carrera y volvió, no sin dificultades, a Italia, en el 276, invirtiendo en Tarento.

La situación que reinaba entonces en Italia se conoce mal, pero Roma había vuelto a ganar terreno, aunque no es seguro que, desde entonces, se hubiera asentado nuevamente sobre la costa Jónica. De todas formas,

³⁶⁸ Este dato es rechazado, en general, por los autores modernos; pero si Pirro tenía realmente Sicilia como objetivo, habrá que admitir su interés por desembarazarse, de la manera menos costosa posible, de cualquier complicación con los romanos.

comprometidas sus ambiciones de conquista, el rey estaba obligado a volver a los términos del tratado del 281, es decir, a guerrear contra los romanos al lado de los tarentinos, a menos de abandonar la partida. Sucedió en realidad lo uno y lo otro, pues, vencido por los romanos en Maleventum (275), Pirro no tuvo mas remedio que volver a Épiro. Dejaba en Italia tropas y a uno de sus hijos, afirmando su voluntad de regresar a la península, cosa que, sin embargo, no podría cumplir.

Pocos episodios han suscitado juicios tan divergentes como la aventura occidental de Pirro, cuyas perspectivas, es cierto, han sido falseadas por la tradición romana. La incertidumbre en que nos encontramos respecto a los proyectos originales del rey, respecto a las condiciones exactas en las cuales tomó sus decisiones sucesivas, respecto a su personalidad en sí y, finalmente, respecto a los hechos y a sus trasfondos regionales, hace que toda apreciación sea difícil. El resultado, por el contrario, es evidente: el fracaso de Pirro consolidaba las posiciones de Roma y de Cartago y dejaba poca esperanza de supervivencia a la libertad de los griegos de Occidente. No tenemos aquí por qué continuar su historia: recordaremos simplemente que en el 272 la toma de Tarento acabaría sentenciando la Magna Grecia, antes de que la primera Guerra Púnica no dejase sellado el destino de Sicilia, con la excepción, provisional, de Siracusa.

CAPÍTULO III

LAS MONARQUÍAS HELENÍSTICAS DESDE EL 281 HASTA EL 223

El período que abordamos aquí, que es una de las “grandes épocas” de la historia griega, constituye también una época mal conocida. Una época, sobre todo, desigualmente conocida, de una desigualdad que se verifica tanto en el espacio como en el tiempo. El carácter fragmentario, a menudo centrado sólo en cuestiones parciales, de la documentación (una gran parte de la cual, en el ámbito literario, es tardía) nos sitúa ante un tipo de puzzle en el que la mayoría de las piezas se han perdido. Nos quedan suficientes, sin duda, para dibujar a grandes trazos (pero con demasiada frecuencia discontinuos) un esquema general, al que nos limitaremos aquí —aunque los detalles, que en algunos casos resultan muy claros gracias a una inscripción o a unos jirones de historiografía, son en la mayoría de los casos inciertos—. Casi todo, aquí, es materia de discusiones y conjeturas, cuya existencia nunca debemos olvidar pese a la aparente claridad en la que luego nos empeñaremos. La inmensidad, por último, del nuevo marco espacial, hace imposible avanzar en todos los frentes a la vez, mientras que las conexiones que no dejan de unir los diversos sectores hacen que sea imposible fijar de manera duradera la atención sobre uno de ellos sin tener que desviarla sobre los demás. La organización de la exposición sólo puede hacerse mediante un recorte tanto cronológico como geográfico, que no puede funcionar sin repeticiones ni continuas remisiones. Repitémoslo: lo que sigue no es más que un boceto.

*I.—LOS ASUNTOS DE ORIENTE EN LA ÉPOCA DE ANTÍOCO I (281-261)*³⁶⁹

Antíoco I había sido nombrado rey en el 294/3 por Seleuco, que lo había enviado a gobernar las “satrapías superiores” iraníes. El asesinato

³⁶⁹ OBRAS DE CONSULTA.—La bibliografía alcanza aquí tal punto de dispersión que me permito remitir, para mayor detalle, a mi *HPMH*, I, pp. 118 ss., pues no voy a mencionar ahora más que algunos títulos, algunos de los cuales poseen ya cierta antigüedad. Véase,

de Seleuco, en el 281, abrió un período difícil para su hijo, que tuvo problemas para imponer autoridad en la parte occidental de su Imperio. Se vio obligado, en efecto, a reprimir una revuelta en Siria del norte, probablemente alentada por Ptolomeo II, quien, en la misma época, ocupó algunas plazas litorales de Asia Menor, de Panfilia hasta Caria (Halicarnaso, Cauno, Mindo) y en Jonia (Samos, Mileto). A su vez, en el norte de Asia Menor las fuerzas seléucidas no consiguieron reducir Bitinia (gobernada por Nicomedes I) ni a un grupo de ciudades griegas (Heraclea Pónica, Calcedón, Bizancio) que se habían coaligado ya contra Seleuco con el apoyo de Mitrídates del Ponto³⁷⁰. Fue en tales circunstancias cuando un nuevo factor hizo su aparición en Anatolia: los celtas. Aquéllos, que se habían retirado de Grecia y de Macedonia hasta los estrechos, fueron tomados a su servicio por Nicomedes, que los empujó contra Antíoco (277). Este azote bárbaro, que aterrorizaría Asia Menor durante más de un siglo, fue provisionalmente contenido por el Seléucida; Seleuco consiguió en el 275 fijar a los galos en Frigia septentrional, en el país que tomaría su nombre, Galacia³⁷¹. Por consiguiente, lo que recogió Antíoco en Asia Menor fue una herencia disminuida.

Recordemos, por otra parte, que inmediatamente después de la batalla de Ipsy Seleuco había mantenido sus pretensiones sobre la Siria-Fenicia meridional (o Cele-Siria), que había sido ocupada por Ptolomeo, reivindicación que mantendrían sus sucesores. Era natural, así pues, que todo adversario de Egipto buscara la alianza seléucida, y ése fue el caso de un hermanastro de Ptolomeo II, Magas, gobernador de Cirenaica, el cual, habiéndose proclamado rey, se alió con Antíoco. Aunque la guerra entre Ptolomeo y Magas se detuvo en seco³⁷², no ocurrió lo mismo entre Ptolomeo y Antíoco: fue la "primera guerra de Siria", cuyo desarrollo somos

pues (además de las obras generales citadas en notas 324 y 331), sobre los asuntos del norte, F. Staehelin, *Geschichte d. Kleinasiatischen Galater*, 2.^a ed., Leipzig, 1907; G. Vitucci, *Il regno di Bitinia*, Roma, 1953; P. Moraux, *L'établissement des Galates en Asie Mineure*, *Istanbuler Mitteilungen*, VII, 1957, pp. 56 ss.; E. V. Hansen, *The Attalids of Perg.*, 2.^a ed., 1972; R. B. McShane, *The foreign policy of the Attalids of Perg.*, Urbana, 1964; pese a su título, D. Magie, *Roman rule in Asia Minor to the end of the third cent. after Chr.*, 2 vol., Princeton, 1950, debe ser consultado para todo lo concerniente al Asia Menor helenística.

Para los conflictos entre Lágidas y Seléucidas, véanse los trabajos divergentes de W. Tarn, *The first Syrian war*, *J.H.S.*, XLVI, 1926, pp. 155 ss. y de W. Otto, *Beiträge z. Seleukidengeschichte des 3. Jhts.*, *Abhandl. d. Bayer. Akad. d. Wissensch.*, XXXIV/1, 1928 y *Zu den syrischen Kriegen der Ptol.*, *Philol.*, LXXXVI, 1931, pp. 400 sqq. — Sobre Magas: F. Chamoux, *Le roi Magas*, *R.H.*, CCXVI, 1956, pp. 18 ss. La influencia de Arsinoe II, hermana de Ptolomeo II y, a partir de ahora, su esposa, resulta discutible y generalmente está, en nuestra opinión, exagerada: cf., en último instancia, C. Longega, *Arsinoe II*, Roma, 1968, y mis observaciones, *R.H.*, 1971, pp. 129 ss.

³⁷⁰ Añadamos que Capadocia, que nunca había sido ocupada de forma permanente por los greco-macedonios, gozaba de una independencia de hecho bajo la dinastía irania de los Ariarates, que tomarían el título de *basileus* hacia el 255.

³⁷¹ *Galatai* es el nombre griego de los galos.

³⁷² Magas reinaría sobre la Cirenaica hasta, aproximadamente, el 250.

incapaces de reconstruir (entre el 274 y el 271), pero que no parece haber aportado ningún provecho a ninguno de los beligerantes. Al menos, cuando finalizó, la autoridad de Antíoco sobre su inmenso reino estaba ya consolidada.

Sin embargo, esa autoridad sería nuevamente quebrantada en Asia Menor. Fue, en efecto, durante los últimos años de Antíoco I cuando empezó a surgir allí lo que se convertiría en el reino de Pérgamo. Esta pequeña ciudad, con su ciudadela inexpugnable, había sido confiada por Lisímaco a un tal Filetero, que se había sometido a Seleuco antes de Curupedio. Respetado en su puesto por Antíoco, Filetero, mientras servía los intereses de los seléucidas y vigilaba a los gálatas, había hecho de Pérgamo y de su pequeño territorio uno de aquellos "estados dinásticos" que no faltaban en Asia Menor, e incluso había esbozado una política exterior, situación ante la cual Antíoco había tenido que cerrar los ojos. A su muerte, en el 263, Filetero había transmitido Pérgamo a su sobrino Eumenes, el cual, en condiciones que nos resultan poco claras, riñó con el seléucida y salió victorioso de la subsiguiente guerra, extendiendo su estado a los dos lados de la cuenca del Caico³⁷³. Antíoco no tuvo tiempo de reaccionar, puesto que desapareció en el 261.

Es lamentable que no conozcamos mejor la persona y el reinado de Antíoco I: ya sea en la época en la que actuó como corregente oriental de su padre o los años de su reinado personal (durante el cual compartió sucesivamente el poder con su primogénito Seleuco, y más tarde con su hijo menor Antíoco II), este soberano no dejó de desplegar una energía prodigiosa, sin la cual la herencia apenas configurada que recibió hubiese sido mucho más desmembrada de lo que lo fue.

II.—LOS ASUNTOS DE EUROPA HASTA EL FINAL DE LA GUERRA

CREMONIDEA (276-262/1)³⁷⁴

En el momento en que Antígono Gónatas consiguió establecerse en Macedonia³⁷⁵, es difícil conocer la extensión de su reino; además, sobre Macedonia propiamente dicha no sabemos cuándo y cómo consiguió

³⁷³ Nada prueba, frente a lo que se ha dicho, que Eumenes fuese el instrumento de la política de Ptolomeo II.

³⁷⁴ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras citadas en notas 324 y 331, véanse los libros de W. Tarn, W. Fellmann y P. Lévêque citados en nota 355. Sobre los etolios y la anfictionía de Delfos, véase R. Flacelière, *Les Aitoliens à Delphes*, París, 1937, el cual, pese a las necesarias correcciones (cf. G. Klaffenbach, *Klio*, XXXV, 1939, pp. 189 ss.), sigue siendo fundamental; sobre la piratería en general y etolia en particular, véase E. Ziebarth, *Beiträge z. Gesch. des Seeraubs und Seehandels*, Hamburgo, 1929; H. A. Ormerod, *Piracy in the ancient world*, Liverpool-Londres, 1924; H. Benecke, *Die Seepolitik der Aitoler*, Hamburgo, 1934; sobre la asilía y la isopoliteía, etc., véase ahora Ph. Gauthier, *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques*, Nancy, 1972.—Los complejos problemas planteados por la guerra cremonidea son analizados minuciosamente por H. Heinen, *Unters. z. hellenist. Gesch. d. 3. Jhs.*, Wiesbaden, 1972, pp. 95-213, al que remitimos para la bibliografía anterior.

³⁷⁵ *Supra*, p. 322.

recobrar algunas regiones de su interior, algunas de las cuales habían sido ocupadas por Pirro y otras parecían haberse hecho independientes. En el norte, Tracia pareció escapársele³⁷⁶. Apuntado hacia Grecia, poseía las plazas heredadas de Demetrio Poliorcetes, Demetríada, Cálcide y Corinto. Entre estas bases navales, Demetríada sólo tenía verdadero valor para Gónatas si se hacía con el dominio de Tesalia, pues aquella ciudad era la salida natural de este territorio. Ahora bien, la presencia de los tesalios en la lista de miembros de la anficiónía de Delfos en el 277 y su ausencia, por otra parte, en la lista del 276³⁷⁷, sugieren que los tesalios aprovecharon la invasión gala para reconquistar su independencia, pero que la perdieron en seguida y que Gónatas ocupó su país ya en el 276.

No tardaría en volver a perderlo. Pirro, en efecto, en cuanto volvió de Italia se lanzó sobre el reino de Gónatas y los aliados que allí encontró revelaron la fragilidad de la posición del antigónida, que tuvo que abandonar Tesalia y gran parte de Macedonia al epirota (274/3). Pero Pirro ya se había lanzado a una nueva empresa: una disputa dinástica espartana le había hecho entrever la posibilidad de extender su influencia sobre el Peloponeso, en el cual desembarcó en el 272 para ir a sitiar Esparta. Mientras, Gónatas reconquistaba Macedonia y acudía a su vez en auxilio del Peloponeso: los dos reyes se encontraron ante Argos, en donde Pirro cayó sin gloria en un combate callejero (271/1). Gónatas era por fin amo de Macedonia y de cuanto dependía de ella.

Estamos mal informados sobre su política griega. Aunque el Peloponeso, confiado a la guarnición de Corinto (en donde Crátero, hermano de Gónatas, disfrutó del papel de virrey) y de algunos gobiernos filomacedonios, no planteaba ningún problema grave, no ocurrió así en la Grecia central. Frente a Macedonia, el papel de corifeo había correspondido a los etolios, los cuales, gracias al prestigio que habían ganado contra los celtas, pudieron desde entonces extender su confederación; experimentaron un auge que, fundado sobre la anficiónía délfica, los convertiría en una de la pocas potencias no monárquicas de su época. El conflicto entre Gónatas y Pirro les permitió atraer a los atenienses, los eubeos, los enianos y los locrios opuntios, pueblos a los cuales se añadirían otros. Pero mientras que los etolios no tenían ellos mismos una fachada marítima más que en la salida del golfo de Corinto sobre el mar Jónico, la expansión de su Confederación los llevó hasta el mundo Egeo, en donde ellos mismos o sus confederados establecieron el imperio de la piratería, que era su principal actividad marítima. Estos actos de piratería, que ninguna de las potencias marítimas de la época pudo yugular, tuvieron a su vez consecuencias políticas importantes, puesto que para escapar a ella varias

³⁷⁶ Nada prueba que la haya cedido a Antíoco I a cambio de su amistad —aunque la reconciliación entre Antigónidas y Seléucidas, concluida en el momento de la desaparición de Cerauno, resulta indiscutible.

³⁷⁷ Estos documentos epigráficos délficos, pese a su mal estado, se cuentan entre los más útiles para nuestro conocimiento de los asuntos griegos, sobre los que registran numerosas fluctuaciones.

ciudades concluyeron acuerdos con los etolios, acuerdos de *asilía*³⁷⁸, de *asfaleia* (seguridad) e incluso de *isopoliteia* (igualdad de derechos ciudadanos): a partir de la época que nos ocupa aquí, vemos cómo en todo el Egeo se multiplican esos tratados con los etolios. Es decir, que la zona de influencia etolia, no contenta con cortar Grecia en dos, comenzaba a extenderse dentro del ámbito marítimo, desde donde no tardaría en llegar a Asia Menor y Tracia. Comprendemos mejor, por consiguiente, la importancia que tenía para Gónatas el mantener la ruta marítima que unía Tesalia con el Peloponeso rodeando la Grecia central, y el nombre de “trabas de Grecia” que se dio a las tres bases navales antes citadas. Aunque Gónatas no parece haber intentado dominar a Grecia valiéndose de los procedimientos más o menos brutales que habían practicado sucesivamente los amos de Macedonia desde Filipo II —de todas formas, el estado de agotamiento en que el que estaba entonces Macedonia le habría prohibido pensar en ello— los griegos no soportaban la influencia Macedonia, en la medida en que la soportaban, sino de mal grado, y los que no se hallaban sometidos a ella temían ver cómo se extendía. Los hechos iban a probar que se estaba incubando una hoguera fácil de avivar.

Sería Ptolomeo II quien lo hiciese, por razones que siguen siendo conjeturales. Ya fuesen de orden dinástico³⁷⁹, económico³⁸⁰ o estratégico³⁸¹, cabe comprobar que al día siguiente del restablecimiento de Gónatas y de la desaparición de Pirro la diplomacia lágida trabajó para organizar una coalición griega antimacedonia. Esta coalición, que agrupaba a Esparta (en el reinado de Areo I), a varios pueblos peloponesios (eleos, arcadios y aqueos) y a Atenas, nos es dada a conocer por el decreto que el ateniense Cremónides, según parece, hizo votar en la *ecclesia* ateniense (*Syll.*³ 434-435) en el 268/7. Como todas las guerras de la época, ésta se conoce mal y revela sobre todo la incapacidad de las ciudades griegas para medirse con las potencias monárquicas. Los peloponesios no consiguieron forzar el paso en Corinto (265) y Atenas, sitiada por los macedonios, no pudo ser desbloqueada ni por la flota ptolemaica, ni por la maniobra de diversión de una invasión fallida de Macedonia, hecha por Alejandro II, hijo de Pirro: la ciudad se rindió en el 262/1. La insuficiencia de la intervención egipcia en Grecia se explica sin duda por el hecho de que Gónatas, a su vez, había lanzado una ofensiva naval sobre las posesiones lágidas de las Cícladas y de Asia Menor: pertenece sin duda a esta guerra la gran victoria naval que obtuvo sobre la flota lágida en Cos.

³⁷⁸ Derecho a escapar a la *sylé*, es decir, al arresto violento y, por tanto, a la piratería y al saqueo.

³⁷⁹ Arsínoe, viuda de Lisímaco y luego de Cerauno, que se había casado con su hermano Polomeo II en el 275, habría querido entregar Macedonia a uno de sus hijos: pero Arsínoe estaba muerta, hacía ya cuatro años, en el momento de los hechos que aquí nos interesan.

³⁸⁰ Ptolomeo II habría albergado el temor de que la influencia antigónida cerrase el mercado griego a las exportaciones egipcias de cereales —lo cual parece poco probable.

³⁸¹ Gónatas reconstruyó entonces la potencia naval macedonia y amenazaba, por tanto, la talasocracia lágida en el Egeo.

La paz que parece haber sido concluida en el 261 entre Gónatas y Ptolomeo consolidó las posiciones del macedonio. El fracaso del intento de emancipación peloponesia conducía nuevamente, en este sector, a la situación anterior; Atenas volvía a caer en la sujeción³⁸²; y Macedonia, en definitiva, se había mostrado en posesión de una fuerza naval capaz de hacer retroceder a la del lágida, aunque sea dudoso que "la guerra cremonidea" represente ya el repliegue de la talasocracia egipcia en el Egeo. Sin embargo, existe un punto en el que este conflicto constituyó una desventaja para Macedonia: los Etolios aprovecharon aquellas circunstancias para ganarse nuevas adhesiones en Grecia central (locrios epicnemidios, focidios). Esta masa que se unía alrededor de los etolios y de Delfos y que, no por haberse mantenido neutral era menos hostil a Macedonia, debía dictar una gran prudencia a Gónatas y convencerle, más que nunca, de mantener solidamente sus "trabas marítimas".

III.— LA SEGUNDA Y TERCERA GUERRA DE SIRIA (260-241)³⁸³

El peligro creado a la potencia seléucida en Asia Menor por la victoria de Eumenes de Pérgamo sobre Antíoco I parece haber determinado a Ptolomeo II a aprovecharse de la subida al trono de Antíoco II para consolidar sus posiciones litorales sobre los flancos de Anatolia. La "segunda guerra de Siria" que estalló entonces es el más misterioso de todos los conflictos de la época. Hubo operaciones terrestres y navales en Asia Menor (complicadas en este territorio por las disensiones dinásticas de los lágidas³⁸⁴) y en Siria, mientras que una nueva intervención naval de Gónatas al lado del seléucida constituye aún un problema insoluble... Sea como fuere, el conflicto se saldó, al parecer, en provecho de Antíoco II, que desembarcó en Jonia, tomó posiciones sobre la costa sur de Anatolia y consiguió incluso extender un poco hacia el sur la frontera de Siria. En el Egeo, la Confederación de los Insulares, que había sido uno de los instrumentos de la talasocracia lágida, desapareció hacia esta época: no está claro lo que esto significa, puesto que la marina y la influencia ptolemaica no desaparecieron por ello; pero parece que la flota y la influencia rodias tendieron ahora, cada vez más acentuadamente, a reemplazar a la Confederación. Sólo conocemos una cláusula del tratado de paz que puso fin a esta guerra (entre el 255 y el 253): Antíoco II se casó con una hija de Ptolomeo II, Berenice. Boda difícil de comprender porque, para poder cerrarla, el seléucida repudió su primera esposa, Laódice, de la cual tenía ya dos hijos —lo cual sería fuente de terribles complicaciones.

³⁸² No obstante, Gónatas devolvería su libertad a los atenienses en el 256: sin duda, eso no entrañaba riesgos para él...

³⁸³ OBRAS DE CONSULTA.—Véanse las obras generales citadas en notas 324 y 331.

³⁸⁴ Un Ptolomeo que era, sin duda, el hijo y corregente de Ptolomeo II y su representante en el Egeo, se rebeló contra su padre en Éfeso y recibió allí mismo muerte.

Antíoco II³⁸⁵ y Ptolomeo II desaparecieron ambos en el 246. Existen dos tradiciones sobre la muerte prematura del seléucida: o bien, gravemente enfermo, habría reconocido *in extremis* los derechos de su hijo mayor, Seleuco II, en detrimento del hijo que acababa de darle Berenice; o bien este último nacimiento habría determinado a su primera mujer, Laódice, a hacerlo envenenar para asegurar a tiempo la subida al trono de Seleuco. Sea como fuere, Seleuco II fue reconocido en una parte de Asia Menor, pero Antioquía y Siria se pronunciaron por el hijo de Berenice, y ésta apeló a su hermano Ptolomeo III, el cual acudió en seguida a su llamada ("tercera guerra de Siria" o guerra "laodicea"), para descubrir que Berenice y su hijo acababan de ser asesinados... El hecho de que Ptolomeo III resolviese vengarse conquistando todo el Imperio persa es, probablemente, una fantasía: de todas formas, desde Antioquía marchó sobre el Éufrates y entró en Mesopotamia, pero fue rápidamente apartado de allí³⁸⁶, puesto que, desde el 245, Babilonia fecha los documentos por el reinado de Seleuco II, mientras que Ptolomeo ya volvía hacia Egipto, reclamado quizá por disturbios interiores. Su retirada favoreció el restablecimiento de Seleuco II. La paz que fue concluida en el 241, aunque consagraba el éxito del hijo de Laódice, no por ello aportaba menos beneficios a Ptolomeo III, que volvía a asentarse sobre la costa de Asia Menor desde la Cilicia Traquea hasta Jonia, y ganaba incluso posiciones (adquiridas en unas condiciones que desconocemos) hasta la zona de los Estrechos y en Tracia (Samotracia): aunque el imperio lágida hubiese recientemente perdido cierta influencia política en las Cícladas, no por ello dejó de alcanzar su mayor extensión septentrional. Pero el punto más sorprendente de la paz del 241 es que abandonaba a Ptolomeo el propio puerto de Antioquía, Seleucia de Pieria, en donde una guarnición lágida se mantendría establecida hasta el 219. Seleuco II consintió este abandono, sin duda porque fue obligado a firmar una paz apresurada, lo que podría explicarse en función de una complicación dinástica: después de haber traído, hacia el 242, refuerzos de Asia Menor, Seleuco II había tenido que aceptar las exigencias de su madre, es decir, que compartiese la realeza con su hermano Antíoco Hierax, dejándole en sus manos Asia Menor. Problema del que volveremos a ocuparnos.

En la tercera guerra de Siria ocurrió como en las precedentes: los resultados no guardaron proporción con los esfuerzos desplegados por ambos estados, y la cuestión de Cele-Siria se mantuvo en el punto en el que la había dejado la conquista del país por Ptolomeo I, en el 301. Vamos a ver cuán graves eran en realidad estos vanos conflictos para la solidez interna del Imperio seléucida.

³⁸⁵ Además de la segunda guerra de Siria, del reinado de Antíoco II no conocemos otros hechos más que las intervenciones en los Estrechos y en Tracia, cuyas fechas y sentido no resultan claros.

³⁸⁶ La célebre inscripción de Adulis (*OGIS*, 54) recurre a la hipérbole, haciéndole amo de Asia hasta Bactria!

IV.—VICISITUDES INTERNAS DEL IMPERIO SELÉUCIDA DEL 281 AL 223³⁸⁷

Todos los hechos que acabamos de contemplar a vista de pájaro eran mediterráneos, y no afectaban más que a la fachada oriental del Imperio seléucida. Éste, sin embargo, se extendía hasta las estepas de Asia Central, al Hindu Kush y a los confines de la India, y estos países planteaban para los seléucidas problemas tan difíciles como las regiones mediterráneas, pero sobre todo problemas de otra naturaleza. Ya no se trataba aquí de disputar algunas plazas o incluso una provincia a una dinastía macedonia rival, creando un conflicto que oponía medios militares equivalentes y de la misma naturaleza, sino de defender fronteras inmensas contra fuerzas, absolutamente diferentes a las fuerzas y a los usos militares de los greco-macedonios, de las poblaciones ecuestres escíticas que habitaban las estepas (los saka); y también, de asegurar la cohabitación pacífica de una pequeña minoría de colonos helénicos con una inmensa mayoría —que era, además, muy diversa— de poblaciones iraníes. Ahora bien, la obsesión por los problemas mediterráneos condujo rápidamente a los seléucidas a prestar tan sólo una atención insuficiente a este inmenso Oriente. Ya en el 303 había sucedido que, para lanzarse contra el Tuerto, Seleuco I abandonó en beneficio de Chandragupta los confines del mundo indio³⁸⁸: quizá estas renunciaciones fueron hechas con habilidad, pues éstas regiones excéntricas eran difíciles de mantener; y esto, además, revelaba un relativo desinterés frente a los problemas occidentales —entre los que estaba incluida entonces, a los ojos de Seleuco I, la misma Macedonia—. Éste, sin embargo, había empezado su carrera como amo de Mesopotamia y de Irán y no había desatendido a estos países, interés que había demostrado enviando hasta allí a su hijo Antíoco I con el título real, en el 294, y dando a sus Estados una capital continental, Seleucia del Tigris (región de Bagdad), en correspondencia a su capital mediterránea de Antioquía. Antíoco I era de hecho el hombre que podía asegurar bien

³⁸⁷ OBRAS DE CONSULTA.—Para los problemas iraníes, véase Ed. Will, *HPMH*, I, pp. 235-261 y 270-282, en donde encontraremos discutida la bibliografía anterior, de la que citaremos aquí los libros de W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, 2.ª ed., Cambridge, 1951; F. Altheim, *Weltgeschichte Asiens im griechischen Zeitalter*, 2 vol., Halle, 1947-1948; F. Altheim y R. Stiehl, *Geschichte Mittelasiens im Altertum*, Berlín 1970 (refundición del precedente); A. K. Narain, *The Indo-Greeks*, Oxford, 1957. Añadir: E. Bickerman, *The Seleucids and Achaemenids, Atti del convegno sul tema: La Persia e il mondo greco-romano*, Roma, 1966, pp. 87 ss. Diversos trabajos han sido reeditados en la recopilación de F. Altheim et J. Rehork (ed.), *Der Hellenismus in Mittelasien = Wege der Forschung*, XCI, Darmstadt, 1969 (en donde encontraremos en particular la memoria de Ed. Meyer, *Blüte und Niedergang des Hellenismus in Asien*, Berlín, 1925).

Para Asia Menor, véanse los libros, citados p. 328, n. 369, de Staehelin, Vitucci, Hansen, McShane y Magie.

³⁸⁸ *Supra*, nota 348. Aunque la anexión de Kandahar, en Aracosia, se produjo tan sólo bajo el reino del tercer Maurya, Piyadasi-Asoca (c. 268-236), esto sólo pudo suceder antes de su conversión. En efecto, este soberano guerrero y conquistador, que agrandó más su Imperio Indio, fue alcanzado por la gracia de Buda, a cuya doctrina dedicó el resto de su reinado propagándola a través de edictos de predicación que han sido encontrados en numero-

la coexistencia macedonio-iraní en las "satrapías superiores", ya que por parte de su madre, Apama, era el nieto de aquel Espítámenes que había constituido en el alma de la resistencia a Alejandro. No sabemos gran cosa sobre la actividad iraní de Antíoco I, pero los ecos que nos han llegado (en particular sobre sus fundaciones urbanas) revelan en él al gran artesano de la consolidación y de la pacificación de las regiones orientales del Imperio. Pero la muerte de Seleuco lo condujo brutalmente ante los problemas occidentales —y nuestras fuentes, más tarde, no atestiguan la presencia de un seléucida en Irán antes de haber transcurrido medio siglo—. Sin duda, esto no significa que Antíoco II, y después Seleuco II no estuvieran en Irán antes del 230, y sobre todo que no se preocuparon de él, pero fue durante este lapso de medio siglo cuando Irán empezó a escapar de las manos de los seléucidas.

El drama de estas marcas extremas fue que, tras la muerte de Seleuco I, ninguno de sus sucesores (al menos por lo que sabemos) pudo dedicarse a ellas de manera eficaz. Retenidos en el oeste por las guerras de Siria, por las dificultades anatolias y luego por las luchas dinásticas, los seléucidas tuvieron que abandonar la administración de Irán oriental a gobernadores cuya lealtad no puede ser puesta en duda, pero que, incapaces de comunicarse rápidamente con las lejanas capitales, estaban obligados, en caso de urgencia, a contar sólo con sí mismos y a tomar decisiones soberanas. Además, estos gobernadores —y sus administrados— podían tener la sensación de estar al servicio de intereses que les eran extraños: podía parecerle nefasto enviar a Siria el producto de los impuestos y, llegado el caso, a una serie de tropas que eran devoradas por las luchas contra los lágidas, mientras que las tareas de su competencia en ocasiones habrían requerido, sin duda, la ayuda de Occidente. En estas condiciones, a poco que estallase una crisis grave en el oeste, era casi normal que los gobernadores del este se negasen a dejarse arrastrar por ella y sufriesen la tentación, menos por ambición personal que por consciencia de sus responsabilidades regionales, de sustituir la amplia libertad de acción que de hecho ya tenían por una total independencia. Es lo que pasó bajo Seleuco II.

La historia de las secesiones orientales es difícil de establecer, a falta de documentos contemporáneos (excepto numismáticos), pues las fuentes literarias son tardías, presentan lagunas, están corrompidas o son contradictorias. No obstante, algunas indicaciones cronológicas permiten introducir un orden provisional. La primera secesión, la del sátrapa de Partia, Andrágoras, se produjo cuando Ptolomeo III, habiendo invadido Siria y Mesopotamia, se proclamó amo de Asia: sin duda Andrágoras, rechazan-

nos lugares: los últimos ejemplares sacados a la luz son versiones arameas y griegas halladas en Aracosia. Sabemos, por otra parte, que Asoca incluyó a los *Yonas*, es decir, a los griegos ("jonios") en su solicitud misionera (seguramente se trataba, ante todo, de sus súbditos griegos de Irán) y que envió embajadas a Antíoco II, a Ptolomeo III, a Magas de Cirene, a Antígono Gónatas y a un cierto Alejandro, que es sin duda el hijo de Pirro. Nada indica que estas misiones llegasen a su destino...

do las pretensiones del lágida, aunque no sabiendo lo que sucedería con los seléucidas, resolvió no apostar más que en sus propias fuerzas (246 o 245) —pero sin llegar a proclamarse rey—. Su colega de Bactria, Diódoto, compartía seguramente estos sentimientos, puesto que monedas con su efigie, pero todavía a nombre de Antíoco II, revelan que tomó sus distancias frente a un poder central problemático.

Sabemos que más tarde Diódoto se proclamó rey y que Partia fue invadida por los nómadas parnes (o aparnes) cuyo jefe, Arsaces, mató a Andrágoras (239 o 238). De hecho, podemos pensar que fue al verse aislado de occidente por la invasión de los parnes cuando Diódoto se decidió por la usurpación. No sabemos bien de dónde venían los parnes. Podría ser que, recién expulsados de la cuenca del Oco (¡en el interior del Imperio seléucida!), en donde habían penetrado anteriormente, se hubiesen lanzado hacia la región de Partia, de donde les viene su histórico nombre de “partos”. Tampoco sabemos bien a qué hecho responde el origen de la era real arsácida, que se inicia en el 247. Dos estados independientes nacieron así a expensas del territorio seléucida: un estado bárbaro imposible de delimitar y, sin duda, muy inestable aún; y un estado griego (y no macedonio), que comprende seguramente Bactria y Margiana, y con menor certeza Sogdiana. Este reino de Bactria, que no tardaría en extenderse, ya sólo quedaría jamás unido al Imperio seléucida de forma pasajera y teórica, bajo Antíoco III³⁸⁹. Su existencia y su capacidad de expansión revelan no sólo cuán intensamente el ambiente griego se había implantado en estas lejanas regiones (situación que ratifican los testimonios numismáticos, epigráficos³⁹⁰ y arqueológicos³⁹¹), pero también que estos griegos habían conseguido vivir con los iraníes sedentarios en una simbiosis evidentemente solidificada por la necesidad de hacer frente a la presión de los nómadas.

Ni la independencia de Andrágoras, ni la invasión de los partos, ni la emancipación de Diódoto³⁹² provocaron una reacción seléucida inmediata: se debía a que Seleuco II, paralizado primero por su lucha contra Ptolomeo III, lo fue después por el conflicto con su hermano Antíoco Hierax, al cual, según vimos, tuvo que conceder la realeza sobre Asia Menor. Liberado de la tercera guerra de Siria, Seleuco II se dispuso a reducir a su

³⁸⁹ *Infra*, p. 351.

³⁹⁰ Si Asoca, como hemos visto, juzgó que era bueno traducir sus edictos budistas al griego para que fueran divulgados en sus posesiones de Irán (un griego filosófico excelente, por otra parte), esto parece implicar que allí existía un ámbito helenófono de cierta densidad cuya existencia quizás explica, a su vez, la expansión meridional ulterior del reino de Bactria.

³⁹¹ Cf. en particular el reciente descubrimiento de la gran ciudad griega de Ai-Janum (el nombre antiguo todavía se ignora).

³⁹² Apuntemos que también hubo, ya fuese en tiempos de Antíoco I, ya fuese bajo Seleuco II, una secesión de dinastas iraníes en la región de Persépolis, es decir, en el corazón del antiguo Imperio aqueménida: documentada únicamente por monedas y por un fragmento literario que no permiten datación, esta secesión (que no tiene nada en común con las que estudiamos aquí: es una reacción iraní y mazdea que, de todas formas, está muy estrechamente localizada) parece haber sido reducida antes del paso de Antíoco III a Persia (*infra*, p. 351) —a menos que sea posterior a este rey, posibilidad que ha sido sugerida...

hermano menor (“guerra fratricida”), pero éste, ayudado por los reyes de Bitinia del Ponto y de Capadocia, así como por los gálatas, infligió a Seleuco una aplastante derrota en Ancira (240 o 239): Seleuco tuvo que ceder el Asia Menor seléucida a Hierax. Pero este último, habiendo tenido que enfrentarse poco después a los gálatas (que tenían como única política la que les dictaban sus instintos de saqueo), se propuso utilizarlos para reducir el pequeño estado pergamenio, en donde Atalo I había recientemente sucedido a Eumenes I: empresa doblemente imprudente, puesto que Hierax fue vencido (en el 238 o 237³⁹³) y su derrota provocó la ira de los gálatas, contra los cuales todas las fuerzas greco-macedonias tuvieron que hacer, durante largos años, un frente común. La guerra entre Atalo I y Antíoco Hierax volvió a estallar entre el 229 y el 227, y el pergamenio consiguió apoderarse de todos los dominios seléucidas de Asia Menor, extendiendo bruscamente su reino desde los Estrechos hasta el Tauro, y del Egeo hasta Frigia. Después de haber intentado en vano invadir el reino de Seleuco II, Hierax, puesto en fuga, acabó asesinado en Tracia en el 226.

Pero, inmediatamente después del fracaso de su intento de reconquistar el Asia Menor en disputa con Hierax, Seleuco II emprendió la tarea de restablecer en Irán su autoridad, comprometida por la invasión de los partos (que no habían tardado en desbordar Partia y aparecer en Hircania, y que amenazaban, por consiguiente, Media) y por la emancipación bactria. Los datos sobre su expedición (entre 230 y 227) son confusos, pero parece que Seleuco II consiguió rechazar a los partos hacia las estepas de donde provenían. Éxito sin futuro, puesto que la nueva irrupción de su hermano Hierax en Siria del Norte (*cf.* más arriba) le obligó a dar media vuelta. No tuvo tiempo de ocuparse de Bactria: Diódoto II (el cual sucedió por estas fechas a Diódoto I), sin importarle tener que hacer frente a una restauración seléucida, había juzgado más prudente entenderse con los partos.

El reinado de Seleuco II (que murió en el 226), brillantemente inaugurado frente a Ptolomeo III, terminaba con múltiples fracasos. Sin duda, la inmensidad del Imperio y la contradicción entre sus intereses mediterráneos y sus intereses iraníes contribuyen a explicar estos fracasos —pero no olvidemos, sobre todo, que fueron originados, desde el principio al fin, por las rivalidades internas de la dinastía—. El Imperio seléucida no tenía posibilidades de sobrevivir sino dentro de una cohesión dinástica; pero lo cierto es que esa cohesión que estaría bastante a menudo, en adelante, más bien comprometida que asegurada. Aunque, en el 226, el reino estaba seccionado por partida doble, pues había sufrido la amputación tanto del territorio noreste del Irán como de Asia Menor, la desaparición contemporánea de los dos hermanos rivales restablecía la unidad al frente del mismo. Pero Seleuco III, que se dispuso en seguida a reconquistar Asia Menor a Atalo de Pérgamo, fue asesinado ya en el 223 y su muerte puso

³⁹³ Fue en esta ocasión cuando Atalo tomó, y fue el primero que lo hizo dentro de la “dinastía atálica”, el título de *basileus*.

sobre el trono a su joven hermano Antíoco III, a quien volveremos a encontrar tras un nuevo desvío por Europa.

V.—LOS ASUNTOS DE EUROPA DESDE EL FINAL DE LA GUERRA CREMONIDEA HASTA LA MUERTE DE ANTÍGONO GÓNATAS (262/1-240/39)³⁹⁴

La consolidación de las posiciones macedonias a que había conducido la guerra cremonidea no debía tardar en cuestionarse a causa, también en este caso, de una crisis dinástica. Antígono Gónatas siempre había podido contar con su hermano Crátero, el cual, desde Corinto, vigilaba los asuntos griegos. Pero Crátero, a su muerte (fecha desconocida), transmitió sus funciones a su hijo Alejandro y éste concibió visiblemente el proyecto de sustituir a su viejo tío Gónatas: en el 253 (?) se proclamó rey. El hecho de que fuese empujado por Alejandría y mantenido por Antíoco no es más que mera hipótesis. Esta secesión, que privó a Gónatas de Corinto y de Cálcida, comprometió aún más los frutos de su política griega, puesto que Alejandro halló apoyos en Grecia. Fue entonces, efectivamente, cuando comenzó la carrera de un hombre que iba a mantenerse en escena durante largo tiempo: Arato de Sición. Después de liberar a su ciudad del tirano que reinaba en ella (251), Arato, para sacar a Sición de su aislamiento la hizo adherirse a la Confederación Aquea, entidad política menor que hasta ahora no había asumido ningún papel, pero a la que Aratos iba a convertir en una potencia de primer orden. Por otra parte, necesitando subsidios financieros para resolver la crisis social que desgarraba a Sición, Arato hizo cerrar a la Conferencia aquea una alianza con Alejandro y corrió a Egipto a pedir los fondos necesarios, que obtuvo. Esta nueva situación inesperada debilitó aún más las posiciones macedonias en el Peloponeso, en donde los Aqueos extendieron su influencia (en Arcadia); en el norte del istmo, Atenas se separaba de Macedonia, mientras que los Beocios, inquietos por la expansión Etolia, se aproximaron a la confederación aquea, pero en seguida fueron vencidos por los Etolios (245). El que Gónatas no opusiese ninguna reacción a este desmorona-

³⁹⁴ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras generales citadas en notas 324 y 331, y los libros de Tarn, Fellmann y Flacelière citados en nota 374, véase F. W. Walbank, *Aratos of Sicyon*, Cambridge, 1933; C. Roebuck, *A history of Messenia from 369 to 146 B.C.*, Chicago, 1941; M. Feyel, *Polybe et l'histoire de la Béotie au III^e s.*, París, 1942; J. A. O. Larsen, *Greek federal states*, Oxford, 1968; para los etolios, cf. p. 330, n. 374. — Sobre la cuestión espartana: P. Cloché, *Remarques sur les règnes d'Agis IV et de Cléomène III*, R.E.G., LVI, 1943, pp. 53 ss.; A. Fuks, *The Spartan citizen-body in mid-third cent. B.C. and its enlargement proposed by Agis IV*, *Athen.*, XL, 1962, pp. 244 ss.; Id., *Agis, Cleomenes and equality*, *C.Ph.*, LVII, 1962, pp. 161 ss.; P. Oliva, *Sparta and her social problems*, Praga, 1971, pp. 213 ss., en donde encontraremos toda la bibliografía antigua (trad. española: *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid, 1983). Como la interpretación es en gran medida un problema de crítica de fuentes, véase F. W. Walbank, *A historical commentary on Polybius*, I, Oxford, 1957; E. Gabba, *Studi su Filarco*, *Athen.*, XXXV, 1957, pp. 3 ss.; 193 sqq.; T. W. Africa, *Phylarchus and the Spartan revolution*, Berkeley-Los Angeles, 1961; véanse también los trabajos de D. Asheri citados p. 466, en nota.

miento se explica quizá por el hecho de que se hallaba entonces paralizado por dificultades fronterizas septentrionales, que veremos de hecho confirmadas en años posteriores. La muerte de Alejandro (¿cuándo? ¿cómo?) permitió el restablecimiento macedonio en Grecia: en efecto, Gónatas consiguió volver a ocupar, mediante una artimaña, el Acrocorinto, mientras que varias ciudades sufrieron la imposición de tiranos filomacedonios (245).

Sin embargo, Gónatas no juzgó que fuese bueno (o posible) intervenir contra los Aqueos. Ahora bien, fue en este flanco en donde su restablecimiento peloponesio quedaría rápidamente comprometido —a consecuencia de un nuevo empuje de los etolios—. Llamados, en el año 224, en ayuda de los Eleos que guerreaban contra ciertos grupos arcadios, los Etolios, en su impulso, invadieron Arcadia y reemplazaron allí en su influencia, todavía muy reciente, a los aqueos. Pero este nuevo progreso etolio servía indirectamente los intereses macedonios, pues arruinaba el auge que los aqueos habían inaugurado a expensas de la influencia macedonia. Sin duda, Gónatas tenía muchas razones para desconfiar de los etolios en el norte del istmo, en donde, a falta de poder rechazarlos, los toleraba; en cambio, podía ver con buenos ojos su expansión meridional en detrimento de sus latentes adversarios. Existía de hecho un acuerdo tácito entre los macedonios y los etolios, acuerdo del que los Aqueos parecían ser las víctimas. Antes que dejarse aprisionar por la alternativa entre una lucha sin gran esperanza contra los etolios y sus aliados peloponesios (eleos, arcadios, mesenios) y la resignación a la alianza macedonia, Arato optó por un golpe de audacia: en el verano del 243 consiguió apoderarse con astucia del Acrocorinto, de los dos puertos de Corinto y de la flota macedonia que tenía su base en ellos. Este éxito determinó en seguida la adhesión a la Confederación Aquea de Epidauro, de Trecena y de Megara³⁹⁵, mientras que —de manera simbólica, es cierto— Ptolomeo III era proclamado estratego de los aqueos.

Rudo golpe para Gónatas, el cual, a excepción de Argos (en donde una guarnición antigónida mantenía a un tirano local), perdía posiciones en el Peloponeso. Sin duda, para restablecer la situación hubiera necesitado medios militares y financieros, de los cuales no disponía: se contentó, por tanto, con transformar su entendimiento tácito con los etolios en una alianza formal, cuyo objetivo era la destrucción de la confederación aquea y el reparto de su territorio.

Esparta, que desde la guerra cremonidea se había mantenido en reserva, estaba también ella amenazada por el empuje etolio en Arcadia y era normal que se uniese a los aqueos. Pero sus problemas internos, sobre todo, introducirían en este momento un factor novedoso en el juego político griego. La vieja ciudad estaba entonces en lo más extremo de su decadencia. Su evolución demográfica, política y social, que ascendía al

³⁹⁵ Hubo diferentes intentos que no consiguieron, sin embargo, atraer a Atenas hasta el bando aqueo.

menos al siglo v, o incluso más allá³⁹⁶, había reducido el cuerpo de los *homoioi* a algunos centenares de hombres, cuyas familias constituían paradójicamente una oligarquía propietaria enriquecida a expensas de una mayoría de espartanos desposeídos y endeudados. Esta situación, bastante común en la Grecia de la época, no lo conoceríamos como la conocemos si dos reyes no hubiesen intentado sucesivamente devolver a Esparta su potencia de antaño, procediendo a reformas del sistema de propiedad territorial y sociales. Agis IV, el primero de ellos, adolescente entusiasta, se dejó convencer para izar la bandera de los descontentos, pero sus reformas, acometidas en condiciones que eran, por lo demás, turbias, chocaron contra la fuerte hostilidad de los poseedores³⁹⁷ y quedaron a la postre en medidas incompletas, puesto que la abrogación de las deudas no estuvo acompañada por el reparto de las tierras (242). Por otra parte, Esparta tuvo que ocuparse en aquel momento de la llamada de los aqueos, amenazados por una invasión etolia a través del istmo de Corinto. Agis acudió a la cabeza de un ejército lacedemonio, pero Arato, preocupado tanto por su temeridad como por el espíritu revolucionario de su tropa, lo envió a casa incluso antes de haber combatido. Mientras que los aqueos conseguían deshacerse solos de los etolios, Agis regresaba a Esparta para encontrarse con la abrogación de sus reformas y para ser ejecutado (241).

Gónatas desapareció entre tanto (240/39). Aunque su largo reino se acabó al compás de los fracasos *griegos* que acabamos de ver, no podemos desde luego juzgarlo tan sólo con tales datos: lo esencial de este reino, es decir, la restauración interior de Macedonia, nos resulta bastante desconocido. Pero no cabe ninguna duda de que la principal preocupación de Gónatas fue la de volver a poner en pie su reino, cuya historia había sido tan agitada y sangrienta después de la muerte de Alejandro. Y ésa es evidentemente la razón de que su política exterior parezca haber sido prudentemente defensiva, destinada a contener, en la medida de lo posible y al menor costo, todas las amenazas que podían comprometer la paz y la integridad de Macedonia propiamente dicha: en lo cual, a fin de cuentas, Gónatas tuvo éxito, según parece.

VI.—LOS ASUNTOS DE EUROPA EN LA ÉPOCA DE DEMETRIO II Y DE ANTÍGONO III DOSÓN (240/39-221)³⁹⁸

La subida al trono en Macedonia de Demetrio II provocó una modificación de las alianzas, cuyas razones no están claras: los etolios se aliaron con los aqueos, para luchar contra los cuales habían cerrado reciente-

³⁹⁶ Véase el volumen anterior, pp. 397 ss. y *supra*, p. 139.

³⁹⁷ Cuyo líder, el rey Leónidas II, colega de Agis IV, tuvo que exiliarse.

³⁹⁸ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras generales citadas en notas 324 y 331 y los libros de Flacelière, Walbank y Feyel citados en nota 394, véase, sobre los problemas epirotas, N. G. L. Hammond, *Epirus*, Oxford, 1967, pp. 595 ss.—Sobre el problema ilirio, véase M. Holleaux, *Etudes d'Épigraphie et d'Histoire grecques*, IV, pp. 76 ss. (texto fran-

mente otra alianza con Gónatas. Pudo suceder que hubieran intentado aprovecharse de la muerte de Alejandro II de Épiro, que no dejaba sino hijos menores, para extenderse por este flanco y que, habiendo sellado el Épiro una alianza con Demetrio II, los etolios, aislados, hubiesen buscado a su vez la alianza de los aqueos. Aunque los Antigónidas no pudiesen estar muy satisfechos de los epirotas después de cuanto ocurrió con Pirro, es posible que Demetrio II juzgase más útil reconciliarse con ellos antes que continuar tratando con miramientos a los etolios, tal como había hecho su padre, tanto más cuanto que la política peloponesia de los etolios ya no podía ser útil a los intereses macedonios desde la pérdida de Corinto.

Un conflicto enfrentó entonces a Demetrio II con la alianza etolio-aquea, la llamada "guerra demetríaca" (239-235?). Aunque Demetrio consiguió atraer a los Beocios a su alianza y ocupar la Megárida (lo que hace pensar que apuntaba a Corinto), los aqueos recogieron nuevas adhesiones en el Peloponeso, en particular la de Megalópolis (235), mientras que los etolios hacían lo mismo en Grecia Central. En cuanto a Épiro, una sucesión de muertes hizo desaparecer a la familia real y el país se organizó en confederación (hacia el 233). Los etolios aprovecharon además la crisis epirota para aumentar su influencia en el país. Demetrio II, que no se hallaba en disposición de ayudar a los epirotas, los remitió al dinasta ilirio Agrón: iniciativa grave en sus consecuencias, puesto que invitaba a los piratas ilirios a extender sus empresas desde el Adriático hasta el mar Jónico. De hecho, habiendo rechazado a los etolios de Épiro, los ilirios invadieron el norte del país y se apoderaron de su capital, Fénice (230), mientras que sus flotillas se desplegaron hasta la costa

cés de su contribución a la C.A.H., VII, pp. 824 ss.); Id., *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au III^e s. av. J.-C.*, París, 1921, pp. 22 ss.; 98 ss.; G. Walser, *Die Ursachen des ersten römisch-illyrischen Krieges*, *Hist.*, II, 1953-1954, pp. 308 ss.; S. I. Oost, *Roman policy in Epirus and Acarnania in the age of the Roman conquest of Greece*, Dallas, 1954; N. G. L. Hammond, *Illyris, Rome and Macedon in 229-205 B.C.*, *J.R.S.*, LVIII, 1969, pp. 1 ss.

Sobre Antígono Dosón: P. Treves, *Studi su Antígono Dosone*, *Athen.*, XII, 1934, pp. 408 ss.; M. T. Piraino, *Antígono Dosone, re di Macedonia*, *Atti Accad. Palermo*, ser. 4, vol. XIII, parte 2, fasc III, Palermo, 1953; F. W. Walbank, *Philip V of Macedon*, Cambridge, 1940; sobre los difíciles problemas relativos a la expedición de Dosón a Caria, véanse mis notas en *HPMH*, I, pp. 334 ss. y añadir sobre el dinasta Olímpico de Alinda, que parece haber sido representante de Dosón y luego de Filipo V, J. Crampa, *Labraunda III, 1: The Greek inscriptions: Part I*, Lund, 1969, con las observaciones críticas de Chr. Habicht, *Gnomon*, XLIV, 1972, pp. 162 ss.

Sobre Cleómenes III, véase la bibliografía espartana presentada en p. 339, n. 394, y además B. Shimron, *Polybius and the reforms of Cleomenes*, *Hist.*, XIII, 1964, pp. 147 ss.; Id., *Spartan policy after the defeat of Cleomenes III*, *C.Q.*, XIV, 1964, pp. 229 ss.

Sobre la alianza aqueo-macedonia y la fundación de la gran alianza véase además J. V. A. Fine, *The background of the social war*, *A.J.Ph.*, LXI, 1940, pp. 235 ss.; E. S. Gruen, *Aratus and the achaean alliance with Macedon*, *Hist.*, XXI, 1972, pp. 609 ss.; igualmente A. Aymard, *Les premiers rapports de Rome et de la Confédération achaienne (198-189 av. J.-C.)*, Burdeos, 1938; H. J. Dell, *Antigonus III and Rome*, *C. Ph.*, LXII, 1967, pp. 94 ss.

del Peloponeso: vemos cómo aparece aquí un factor nuevo, cuya importancia se demostraría en los años sucesivos. El empuje ilirio hacia el sur no tuvo, sin embargo, un futuro inmediato, puesto que los ilirios se vieron entonces obligados, como los macedonios, a resistir a la presión de un pueblo venido del norte, los dardanios. Parece ya evidente que fue para luchar contra éstos por lo que Demetrio II había interrumpido sus operaciones de Grecia hacia el 235, y fue guerreando contra ellos cuando perdió la vida en el 229. Esta desaparición prematura abrió una crisis tanto más grave para Macedonia cuanto que el príncipe heredero, Filipo V, era un niño.

Ahora bien, en este preciso momento se produjo la primera intervención romana en los Balcanes: Entre los negociantes que sufrían la piratería iliria, los italianos figuraban en lugar destacado. En el 230, el Senado envió por ello a la reina iliria Teuta (que había sucedido a Agrón) una embajada y uno de sus miembros fue asesinado. ¿Ignoraban acaso los ilirios que la primera guerra púnica había hecho de Roma una potencia naval? Quedaron en todo caso sorprendidos por la ofensiva que se desencadenó contra ellos en el 229 o el 228. Desde Corcira (que les había sido entregada por el ilirio Demetrio de Faros, que acababa de ocuparla), las fuerzas navales romanas hicieron desde luego una campaña brillante ("primera guerra de Iliria"), que obligó a Teuta a firmar la paz. La reina se comprometió a prohibir la penetración de sus escuadras en el Adriático meridional, y sobre todo abandonó a los romanos dos zonas litorales: la del archipiélago dálmata (Issa y Faros), que el senado dio a Demetrio de Faros, y, más al sur, los territorios de los partinios y de los atintanios, pueblos a los que Roma, como a las ciudades griegas de la región (Corcira, Epidamno, Apolonia), reconoció su libertad, aunque con esa declaración los convertía, al igual que al principado de Demetrio de Faro, en estados clientes, sometidos a una especie de protectorado. Nada prueba que el Senado se preocupase desde entonces de Macedonia.

Los Macedonios, en el 229, necesitaban sobre todo un jefe: su elección sobrecayó sobre un primo de Demetrio II, Antígono III Dosón, que fue proclamado tutor (*epítropos*) del joven Filipo y, un poco más tarde, rey de los Macedonios. Dosón consiguió detener la invasión dardania, pero tuvo sobre todo que hacer frente a graves dificultades en Grecia. En efecto, la muerte de Demetrio II había provocado un levantamiento de los tesalios, que se adhirieron a la confederación etolia. Los atenienses, por su parte, habían comprado la evacuación de las tropas macedonias, mientras que los aqueos se restablecían en la Megárida. Dosón reaccionó rápidamente: ya en el 228, parece ser, los etolios fueron vencidos y Tesalia volvía a caer bajo la autoridad macedonia (aunque quizá no enteramente). Pero aquellos éxitos no atajaron el odio antimacedonio en Grecia, en donde la Confederación Aquea obtuvo nuevas adhesiones: la más importante fue la de Argos, que se había mantenido como último baluarte macedonio en el Peloponeso. Esto convertía decididamente a los aqueos en uno de los grandes estados de la época.

Si el auge de los aqueos constituía sobrado motivo para inquietar a Macedonia³⁹⁹, indisponía también a los etolios, los cuales, para hacer frente a los aqueos, jugaron la baza espartana. Remontémonos, a tal efecto, algunos años atrás. Hemos visto que el intento reformista de Agis IV en Esparta había fracasado ante la resistencia de los propietarios y de su colega Leónidas II⁴⁰⁰. Éste cedió el trono en el 235 a su hijo Cleómenes III, quien, lejos de seguir el ejemplo de su padre, reanudó la obra de Agis. Ciertamente no lo hizo de entrada, pero deseoso de devolver a la ciudad el papel de potencia hegemónica del Peloponeso, es decir, de potencia militar, no tardó en comprender que ese plan tan sólo sería realizable al precio de una conmoción socioeconómica de Esparta. Ahora bien, en el ámbito de las relaciones políticas, fue precisamente en el año 235 cuando Megalópolis —fundada en el 368 para abortar cualquier resurrección de la hegemonía de Esparta— se incorporó a la Confederación Aquea, contagiando a la misma de un antilaconismo que no había conocido hasta entonces y que Arato no pareció compartir al principio. Acto seguido, en el 229, la adhesión de Argos había reforzado aún más esta corriente lacónofoba. Los etolios habían comprendido entonces que, contra la expansión aquea, les interesaba ayudar a Esparta, a la cual cedieron, en el mismo año 229, algunas ciudades que formaban parte de su alianza, colocando a Megalópolis en una situación comprometida que Cleómenes explotó en seguida, invadiendo su territorio. Los aqueos le declararon la guerra. Fue sin duda en los primeros años de esta “guerra cleoménida” cuando Cleómenes III comprendió que la potencia militar de Esparta exigía, como condición previa, la revolución social: en el 227, después de haberse dotado con un poder propiamente tiránico, eliminando sus adversarios (fue suprimido el eforado, y contrariamente a la tradición, Cleómenes reinó solo), recompuso el cuerpo cívico espartano admitiendo a 4.000 periecos, que fueron provistos de *kleroi* segregados de las grandes propiedades oligárquicas confiscadas, y restauró las antiguas usanzas llamadas “licúrgueas”, a la vez que introducía en su ejército el armamento y la táctica de la falange macedonia. El problema que entonces se planteó abiertamente fue el de saber quién, si los aqueos o los espartanos, dominaría el Peloponeso. Contra los espartanos y los etolios juntos, los aqueos no eran lo bastantes fuertes, pues sus fuerzas militares no estaban a la altura de su expansión política y la alianza lágida no poseía ningún alcance práctico. En estas condiciones, un acercamiento entre los aqueos y los

³⁹⁹ Lo cual hace sorprendente y paradójica la expedición hecha por Antígono Dosón a Asia Menor en el 227: fue el año en que Atalo I de Pérgamo eliminó a Antígono Hierax antes de ocupar el dominio seléucida de Anatoli (*supra*, p. 338). Mas este conflicto finalizó en Caria —y fue en Caria en donde desembarcó Dosón, sin que tengamos ningún conocimiento de sus proyectos. No permaneció en esta zona mucho tiempo, aunque ganó allí posiciones políticas que encontramos todavía atestiguadas epigráficamente en el reinado de Filipo V. Es lamentable que ignoremos por completo el significado de una de las pocas conexiones que hubo, debidamente autenticadas, entre los asuntos de Europa y los de Asia.

⁴⁰⁰ *Supra*, p. 341.

macedonios era tanto más lógico cuanto que se podía temer que Dosón apostase por Cleómenes para intentar volver a instalarse en Corinto. Arato lo comprendió, pero comprendiendo también que un cambio tan total conduciría a la reaparición de los intereses macedonios en el Peloponeso y levantaría a la opinión contra él, sugirió los megapolitanos solos (por estar más inmediatamente amenazados) fuesen quienes apelasen a Dosón —al cual había sondeado, además, secretamente—. El macedonio respondió a los megapolitanos que los socorrería gustoso —si es que tenían el consentimiento de la asamblea general aquea—. Aquella dio su acuerdo, pero Arato, viendo que los aqueos se resignarían más fácilmente a la influencia macedonia que a la de Esparta (cuya revolución social podría ser contagiosa), fingió escandalizarse de ello e hizo romper las negociaciones, sabiendo que podía reanudarlas si la necesidad hacía nuevamente acto de presencia. Circunstancia que no tardó en ocurrir, porque Cleómenes, con su ejército renovado, se abrió camino hasta los confines de Acaya. Mientras que se abrían oficialmente negociaciones aqueo-espartanas, Arato se reconciliaba secretamente con Dosón. Sin duda, estas noticias corrieron hasta Alejandría, en donde se temió ver a Macedonia recuperando su posición en Grecia, pues la verdad es que Ptolomeo III rompió entonces con los aqueos y sostuvo financieramente a Cleómenes. Éste hizo entonces una ofensiva que lo llevó hasta el corazón de Acaya, desde donde marchó sobre Corinto y Argos. El estado aqueo estuvo ahora al borde de ser barrido, puesto que Cleómenes, que podía utilizar a la vez las tendencias antimacedonias siempre latentes y las aspiraciones populares en pro de una reforma social, halló muchas adhesiones: en el 225, amo de casi toda Arcadia (menos Megalópolis), de Argos, de Fliunte, de Trecena, de Epidauró, etc., y por fin de Corinto (pero no del Acrocorinto), parecía estar a punto de realizar la unidad del Peloponeso en su provecho. Pero, por temor a la intervención macedonia⁴⁰¹, intentó hacerse reconocer “*hegemon* de los aqueos”. Arato puso coto a cualquier intento de organización y solicitó a Dosón su alianza —a cambio de la cual ofrecía Corinto y su ciudadela (invierno del 225/4)—. Dosón acudió en seguida: ningún rey de Macedonia había heredado una situación tan mediocre en Grecia, pero tampoco ninguno se había beneficiado de condiciones tan favorables para restablecerse en ella. En mayo del 224, habiendo evacuado Cleómenes la región ístmica ante el avance macedonio, Dosón recuperaba Corinto sin combate.

Pero, mientras que habría podido contentarse con aquel éxito que resucitaba la cadena de las “trabas”, Dosón presentó e hizo aceptar un plan de organización general de Grecia, plan que sin duda se inspiraba en las antiguas “ligas de Corinto” de Filipo II y de los primeros Antigonidas, pero que reagrupaba a Estados federales en lugar de ciudades. Alrededor

⁴⁰¹ Sin duda para evitar que los medios dirigentes (y los propietarios) aqueos se echasen en brazos de Dosón, Cleómenes se abstuvo de propagar la revolución a su paso, actitud que empañó su prestigio entre las capas populares.

del rey-*hegemon* macedonio y de los pueblos que estaban ya bajo la tutela macedonia (tesalios y eubeos), ahora tratados como pueblos autónomos, encontramos en esta "alianza helénica" a los beocios, los focidios, los locrios, los acarnanios y los epirotas —y, claro está, a la Confederación Aquea—. Todos estos pueblos estaban representados en un consejo (*syndrion*) común, precedido por el rey-*hegemon*, y debían proporcionar cada uno su contingente al ejército federal. Aunque ignoramos en qué condiciones fue negociada la fundación de este organismo, es probable que Arato fuese el padre de la idea, tanto como el propio Dosón, puesto que la Confederación Aquea estaba destinada a ser, junto a Macedonia, el estado más potente dentro de la misma. Pero el provecho (si dejamos aparte la pérdida de Corinto) que los aqueos pensaban sacar de su influencia consolidada y extendida en nada resta interés al hecho de que, por primera vez, asistimos a una organización balcánica en la que se combinan, realmente, un pensamiento político griego —que propugna a partir de ahora la idea triunfadora del federalismo— y una hegemonía macedonia lo bastante suavizada como para parecer aceptable. Que las circunstancias del futuro inmediato destruyeran rápidamente este edificio, que habría necesitado un largo período de funcionamiento, es ya otro asunto: la "liga helénica" del 224 prueba que Grecia, un siglo después de la muerte de Alejandro, no estaba fatalmente condenada a sufrir una pura y simple dominación macedonia.

Una alianza político-militar se concluye, por definición, contra uno o varios adversarios reales o potenciales. El adversario inmediato era, evidentemente, Cleómenes. Pero no se habría buscado y conseguido la participación de los pueblos de Grecia central y occidental si se hubiera tratado sólo de Esparta. Si existía una potencia que inquietaba a todos los miembros de la alianza del 224, era la Confederación Etolia (más que Roma, en la que han pensado algunos autores contemporáneos), aquella potencia vigorosa y expansionista que amenazaba tanto los intereses de Macedonia como los de todos los pueblos reunidos alrededor de ella: una sencilla ojeada sobre el mapa demuestra que la alianza del 224 formaba un círculo en torno a los etolios.

Quedaba el problema espartano. Después de haber evacuado Acaya, el territorio de Corinto y la Argólida, Cleómenes conservaba firmes posiciones en Arcadia. Desde el 223, un ejército arcadio-macedonio le reconquistó varias ciudades, entre las cuales se hallaban Orcómeno, Mantinea y Tegea. Pero Cleómenes, que había reforzado su ejército vendiendo su libertad a 6.000 hilotas, consiguió recuperar Megalópolis, que destruyó. Fue su último éxito. En el verano del 222, Dosón marchó contra Laconia a la cabeza del ejército federal. Cleómenes lo esperaba en la entrada del país, en Selasia: fue aplastado sobre el campo de batalla y huyó a Egipto⁴⁰². Esparta no fue destruida, pero sus antiguas instituciones fueron

⁴⁰² Ptolomeo III acababa de retirarle sus subsidios: sin duda, Egipto empezó entonces a experimentar dificultades financieras, pero el reciente acceso al trono de Antíoco III pudo

reimplantadas (bajo la vigilancia de una guarnición macedonia); no es seguro que las reformas sociales de Cleómenes fuesen eliminadas, ni que Esparta quedase obligada a entrar en la gran alianza. Sin duda, bastaba con haber sido reducida a la impotencia.

Dosón no se quedó mucho en Grecia, puesto que Macedonia resultó entonces nuevamente invadida desde el norte, por los ilirios. Tísico desde hacía tiempo, murió a comienzos del 221, aún joven. El breve reinado de este soberano circunstancial revela en su persona a uno de los más notables representantes de la dinastía, quizá su mejor cabeza política. Aunque dejase detras de él una situación brillantemente restablecida en el mundo griego, parecía grave que fuese legada a un adolescente de 17 años y a un consejo de regencia —en el preciso momento en el que la segunda Guerra Púnica iba a provocar la interferencia de los asuntos romanos y los del mundo helenístico.

ocasionar asimismo el temor a una nueva ofensiva sobre la Cele-Siria, que se produciría, efectivamente, en el 221. Existen, por último, razones para pensar que la diplomacia macedonia contribuyó a convencer al lágida para que abandonase a Cleómenes.

CAPÍTULO IV

LA CRISIS DEL MUNDO HELENÍSTICO Y EL EMPUJE DE ROMA EN LA ÉPOCA DE FILIPO V Y DE ANTÍOCO III

Mientras que los tres grandes reinos pasaban a manos de tres jóvenes⁴⁰³, la historia helenística no había dejado de desarrollarse con total autonomía respecto a la de la cuenca occidental del Mediterráneo: entendamos que, aunque hayamos podido señalar algunas conexiones entre estos dos mundos (y las hubo, sin duda, aunque las desconocemos), nunca había sucedido que los asuntos occidentales ejerciesen sobre los asuntos orientales una influencia capaz de cambiar su curso. Ahora bien, esto fue lo que no tardaría en producirse, al margen de la guerra anibálica, y hasta el punto de que los mecanismos de la política internacional se complicarían rápidamente⁴⁰⁴. Pero este nuevo curso de las cosas sólo afectó al Oriente asiático y egipcio con un cierto retraso, y podremos seguir los acontecimientos aún durante algunos años tal como lo hemos hecho en los capítulos precedentes.

I.—LOS ASUNTOS DE ORIENTE DESDE LA LLEGADA AL TRONO DE ANTÍOCO III HASTA LA BATALLA DE RAFIA (223-217)⁴⁰⁵

El primogénito de Seleuco II, Seleuco III (226-223), desapareció prematuramente intentando reconquistar Asia Menor⁴⁰⁶, y el reino de su hijo

⁴⁰³ En el 221, Antíoco III tenía un poco más de 20 años, como quizá Ptolomeo IV (cuya fecha de nacimiento desconocemos; sucedió a su padre entre el 222 y el 221), y Filipo V contaba 17 años.

⁴⁰⁴ Esto es lo que comprendió admirablemente Polibio, y de ahí que su Historia comenzase en este punto, con el libro III (puesto que los dos primeros libros sirven de introducción). Sobre el lugar de Polibio en la historiografía griega, *cf. infra*, p. 533. La literatura sobre Polibio es inmensa y no citaremos aquí más que dos títulos recientes (que suministran el resto): P. Pédech, *La méthode historique de Polybe*, París, 1964, y F. W. Walbank, *Polybius*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1972. La edición fundamental es la de Büttner-Wobst, ed. Teubner, Leipzig, 1882-1904; la edición Budé se halla en curso de publicación, pero disponemos de la traducción francesa completa de D. Roussel en la "Bibliothèque de la Pléiade", París, 1970.

mayor Antíoco III comenzó en circunstancias confusas. El joven príncipe, entonces gobernador general de las "satrapías superiores", fue puesto en el trono por su primo Aqueo, a quien el ejército, sin embargo, le había ofrecido la realeza, y este mismo Aqueo consiguió en un año rescatar el Asia Menor seléucida de manos de Atalo I de Pérgamo, sin que por ello consiguiese eliminarlo. Pero simultáneamente el gobernador general de las satrapías superiores, Molón, se declaraba en rebelión: estuvo a punto de tener éxito (se había hecho rey), pero, vencido en el 220, la autoridad real sobre Mesopotamia e Irán occidental quedó restablecida.

Fue entonces cuando Aqueo se proclamó rey en Asia Menor (220). Usurpación enigmática por parte de un hombre que acababa de rehusar la diadema: quizá Aqueo había creído en la muerte de Antíoco III en Oriente y pensaba que era entonces el único representante adulto de la dinastía. Su ejército, que lo había reconocido, se negó a marchar sobre Siria —pero Aqueo siguió siendo rey en Asia Menor—. Antíoco cedió provisionalmente, como lo había hecho Seleuco II con Hierax.

¿Meditaba ya acometer la tarea que iba a ocupar todo su reino, la restauración del imperio de Seleuco I en su apogeo, o incluso llegar más allá? Pues la verdad es que se dedicó primero a conquistar Cele-Siria, que Seleuco jamás había poseído. Sin duda, no podía adivinarse que Ptolomeo IV Filopator iba a ser un soberano mediocre; pero sí se podía estar informado en Antioquía de las sangrientas intrigas que había desencadenado la muerte de Ptolomeo III en la corte de Alejandría, situando al joven rey bajo la influencia de dos ministros, Sosibio y Agatocles; podía conocerse asimismo un cierto deterioro de la situación interior de Egipto, que se manifestaba en las dificultades monetarias y financieras, así como en los primeros indicios de una agitación indígena: todo ello parece indicar que las bases del poderío lágida empezaban a temblar —problemas que analizaremos más tarde—. Apuntemos de todos modos la posibilidad —aunque se trata de algo que no es seguro— de que el estado lágida conociese entonces una crisis en los alistamientos militares griegos, crisis ligada a un tiempo a sus dificultades financieras y al estado del mercado de los mercenarios. Estas cuestiones complejas, que marcan el principio de la decadencia ptolemaica, pueden contribuir a explicar que se juzgase

Del gran *Historical commentary on Polybius* de F. W. Walbank no disponemos, por el momento, más que de los volúmenes I-II, Oxford, 1957-1967, que cubren los libros I-XVIII.

⁴⁰⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras generales citadas en notas 324 y 331, véase Ed. Will, *Les premières années du règne d'Antiochos III, R.E.G.*, LXXV, 1962, pp. 72 ss.; Id., *R. Ph.*, XL, 1966, pp. 284 ss., sobre H. H. Schmitt, *Unters. z. Geschichte Antiochos' des Grossen u. s. Zeit*, Wiesbaden, 1964.—Sobre Aqueo: P. Meloni, *L'usurpazione di Aqueo sotto Antioco III di Siria, R. C. Accad. Lincei*, 1949, pp. 539 ss. y 1950, pp. 161 ss.—Sobre la cuarta guerra de Siria: W. Otto, *Beiträge z. Seleukidengesch. des 3. Jhts.*, Abhandl. Bayer. Akad. Wissensch., XXXIV/1, 1928; W. Peremans, *Notes sur la bataille de Raphia, Aegyptus*, XXXI, 1951, pp. 214 ss.; H. J. Thyssen, *Studien zum Raphiadekret*, Meisenheim, 1966.—Sobre el deterioro de la situación interior en Egipto, cf. *infra*, p. 420.

⁴⁰⁶ *Supra*, p. 338.

entonces en el círculo de Antíoco III que había llegado el momento de replantear la antigua reivindicación seléucida sobre Cele-Siria.

Desde el 221, cuando Ptolomeo IV Filopator acababa de suceder a Ptolomeo III, una expedición había invadido el territorio lágida, en plena rebelión de Molón, pero había sido rechazada. Antíoco volvió al asalto en el 219 ("cuarta guerra de Siria"). Seleucia de Pieria, que pertenecía a los lágidas desde el 246, fue tomada, y Cele-Siria conquistada hasta la frontera de Egipto. A fin de conseguir el tiempo necesario para reunir un ejército, los ministros de Polomeo IV negociaron dilatadamente: este subterfugio funcionó, puesto que dicho ejército (en el que, por primera vez, combatieron 30.000 egipcios armados como hoplitas) venció al ejército seléucida en Rafia, en Palestina (junio del 217)⁴⁰⁷. Antíoco, puesto en fuga, dejó a Ptolomeo IV retomar Cele-Siria e incluso invadir territorio seléucida. Pero el indolente Filopator abandonó rápidamente la partida y concluyó una paz que volvía a las fronteras anteriores de los dos estados —dejaba incluso Seleucia de Pieria al seléucida—. La victoria lágida de Rafia constituyó en realidad un arma de doble filo, puesto que aunque dejaba a Ptolomeo IV en posesión de Cele-Siria, representó asimismo el paradójico punto de partida de las insurrecciones indígenas⁴⁰⁸.

II.—ANTÍOCO III Y LA RESTAURACIÓN DEL IMPERIO SELÉUCIDA (216-205)⁴⁰⁹

Rafia hizo comprender a Antíoco III que había sido imprudente atacar al Imperio lágida mientras que sus propios estados se encontraban disminuidos por las secesiones de Irán y de Asia Menor: más valía restaurar primero lo que habían tenido sus antepasados, antes que atacar un país al cual jamás habían aspirado. Y, como habría sido peligroso partir hacia Oriente dejando detrás de él a un posible competidor en Asia Menor —aunque Aqueo no había traicionado los intereses de su primo tras la derrota de Siria— se dedicó primero a la reconquista de las satrapías anatólicas. Pese a la larga resistencia del usurpador en Sardes, Asia Menor fue puesta de nuevo bajo la autoridad legítima entre el 216 y el 213, con excepción de algunos territorios que Antíoco III abandonó a Atalo de Pérgamo. Antíoco mostraría ulteriormente que no tenía la intención de atenerse a ello: no podía tolerar provisionalmente la supervivencia del reino de Pérgamo, que, sin embargo, no era el único que privaba a los territorios reconquistados de sus salidas marítimas, y le faltaba también restablecer la autoridad seléucida en los Estrechos. Por lo tanto, había aún

⁴⁰⁷ La tradición antigua, ávida de sincronismos precisos, atribuyó esta batalla al mismo día que la del lago de Trasimeno.

⁴⁰⁸ Cf. *infra*, p. 421.

⁴⁰⁹ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras generales citadas en notas 324 y 331, véanse los trabajos de Schmitt y Meloni mencionados en nota 405, así como, para los asuntos de Asia Menor, los de Hansen, McShane, Vitucci, Magie citados en nota 369, a los cuales añadiremos Chr. Habicht, s. v. Prusias I, *PW*, XXIII, 1, 1957.—Para la anábasis, véanse asimismo las obras relativas a Irán citadas en nota 387.

Antíoco "el Grande": cf. M. HOLLEAUX, *Etudes...*, III, pp. 159 ss.

mucho que hacer en Asia Menor —aunque, por el momento, las tareas más urgentes se situaban en Irán.

La represión de la revuelta de Molón había mantenido la legítima autoridad sobre las satrapías de Irán occidental (Media, Susia y Persia), pero la secesión bactriana amenazaba con extenderse a las satrapías más orientales, a las que los partos privaban de todo contacto normal con Occidente. Antes de reanudar la expedición abortada de su padre Seleuco II, Antíoco III fue a consolidar su flanco norte. Al día siguiente de la caída de Molón (220) se abrió camino hacia la Media Atropatena (Azerbaiján), cuyo rey Artabazano se había sometido. En el 212, invadió Armenia y le impuso su autoridad. Habiendo asegurado así su retaguardia, el rey marchó a Media para reunir el ejército que iba a conducir contra los partos y los bactrianos (211-0).

La “anábasis”⁴¹⁰ comenzó en el 209. El parto Arsacio II no tardó en negociar, concluyendo una alianza cuyos términos son desconocidos. En Bactria, cuya ruta estaba ahora abierta, los Diodotos habían sido eliminados entre tanto por otro griego, Eutidemo, verdadero fundador de la potencia bactriana. Eutidemo esperaba a Antíoco sobre el Ario: su numerosa caballería, evidentemente irania en su mayoría, más entrenada a perseguir nómadas que a enfrentarse a una falange, no pudo evitar el avance seléucida. Eutidemo se encerró en su capital Bactra-Zariaspa y mantuvo un sitio de dos años (208-206), al cabo de los cuales supo hacer comprender a Antíoco que su conflicto favorecería la infiltración de los nómadas: quizá era una velada amenaza de que podía recurrir a éstos. Antíoco comprendió que debía transigir: reconoció la realeza de Eutidemo, le ofreció una boda dinástica y concluyó un tratado de alianza. Antíoco consideraba ciertamente a Eutidemo como un vasallo tributario —pero las satrapías emancipadas no se habían reintegrado realmente al Imperio—. Aunque las intenciones originales de Antíoco habían sido muy diferentes, las soluciones a las que se había llegado no eran por ello menos sabias: sólo un estado independiente podía defender el helenismo en el flanco de las estepas.

Desde Bactria, atravesando el Hindu Kush, Antíoco pasó a la “India” (es decir, a las regiones de las Paropanísadas y de Aracosia, que había abandonado Seleuco I) y encontró a un príncipe local Sofagaseno (Subagasena), el cual, como no figura entre los sucesores conocidos de Asoca, ya no debía de ser, seguramente, un Maurya. Este dinasta aceptó “renovar la amistad”. Después de haber puesto a flote sus finanzas y de haber aprovisionado a su ejército, Antíoco no se quedó mucho tiempo y, a través de Aracosia y de Drangiana, se dirigió a invernar al borde del Golfo pérsico (206/5). Luego, mientras que el grueso de su ejército alcanzaba Babilonia, a través de Persia, el rey hizo una expedición naval a Arabia, a Gerra y a la isla de Tilo (Bahrein). Los árabes gerreos, grandes caravane-

⁴¹⁰ Es la “marcha hacia el interior”, o “hacia arriba”.

ros⁴¹¹, obtuvieron el reconocimiento de su libertad al precio de fuertes sumas de dinero y de cantidades enormes de plantas aromáticas, objeto principal de su negocio.

Todavía en el curso del 205, Antíoco III volvía a Seleucia del Tigris aureolado de gloria. Esta larga expedición, que recordaba la de Alejandro, habría tenido, según Polibio, una inmensa resonancia en Asia y en Europa y es seguro que reafirmó una autoridad y un prestigio que las empresas anteriores de Antíoco no le habían podido conferir, borrando en particular el efecto desastroso de Rafia. Pero los resultados eran ilusorios. Ni Partia-Hircania, ni Bactria y sus dependencias habían vuelto a ser seléucidas: como mucho se habían convertido en reinos federados —y fue, sin duda, en parte para expresar una jerarquía de la realeza por lo que Antíoco III se hizo llamar en adelante, como los Aqueménidas, “Gran Rey”. Era evidente que, como las causas que habían presidido el nacimiento de estos Estados independientes no habían sido eliminadas, sus efectos no podían desaparecer tampoco. El sometimiento de los partos y de los bactrianos a una cierta obediencia estaba subordinado a la potencia y a la vigilancia del gobierno de Antioquía: el final del reino de Antíoco III no seguiría ese camino.

A Antíoco III le quedaba, para acabar su obra de restauración imperial, arrancar por fin la Cele-Siria a los Tolomeos, prestar a sus territorios anatólicos las salidas marítimas naturales y tomar los Estrechos, cosas que realizaría entre el 200 y el 195. Pero las circunstancias en que obtendría estos éxitos le llevarían a chocar con la potencia que, mientras tanto, había puesto pie en el mundo griego: Roma. Una vez más, volvamos atrás...

III.—LOS ASUNTOS DE EUROPA DESDE LA LLEGADA AL TRONO DE FILIPO V HASTA EL FINAL DE LA PRIMERA GUERRA DE MACEDONIA (221-205)⁴¹²

No conocemos el contenido del testamento que Dosón dejó a su joven sucesor, pero es probable que las circunstancias y el temperamento impulsivo de Filipo V hicieran que aquel testamento no fuese respetado mucho tiempo. En Grecia, los etolios habían comprendido claramente que la gran “alianza helénica” del 224 estaba dirigida contra ellos. En cuanto conocieron la muerte de Dosón enviaron un ejército al Peloponeso: sus intenciones eran, sin duda, explotar la inquietudes que la influencia de una Confederación aquea, reforzada y aliada con Macedonia, hubieran podido hacer nacer —en particular en Esparta—. Los aqueos le declararon la guerra y, habiendo sido derrotados, recurrieron a Filipo V y a la alianza del

⁴¹¹ *Infra*, p. 473.

⁴¹² OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras generales citadas en notas 324 y 331, véanse F. W. Walbank, *Aratos of Sicyon*, Cambridge, 1933, y *Philip V of Macedon*, Cambridge, 1940; R. M. Errington, *Philip V, Aratus and the “conspiracy of Appelles”*, *Hist.*, XVI, 1967, pp. 19 ss.; J. V. A. Fine, *l.c.*, *supra* (nota 398), J. A. O. Larsen, *Greek federal states*, Oxford, 1968, pp. 333 ss.; 363 ss.

224. Bajo la presidencia de Filipo, la alianza optó por la guerra (llamada "guerra de los aliados"), cuyo objetivo era "liberar" a todos los griegos que habían sido anexionados o atraídos en su alianza por los etolios desde el 229 y expulsar a aquéllos de Delfos y de la anficiónía. Guerra violenta y confusa, pero en la cual Filipo no se comprometió totalmente: otros problemas retuvieron efectivamente su atención —en dirección a Iliria—. Hemos visto que, al término de la primera guerra de Iliria, Roma había hecho de Demetrio de Faro su "protegido" en la región del archipiélago dálmata. Pero, a partir del 225, el dinasta fario había aprovechado la muerte de la reina Teuta para apoderarse de su reino y que, temiendo sin duda represalias romanas, había entrado en la alianza macedonia. Luego, en el 221, había atacado la zona meridional del protectorado romano y una serie de flotillas ilirias, bordeando el Peloponeso, habían venido a saquear las Cícladas —de donde la marina rodia los había expulsado—. Roma no reaccionó sino en el 219, cuando la amenaza anibálica les mostró la necesidad de garantizar su retaguardia: la breve "segunda guerra de Iliria" consolidó el "protectorado" romano; Demetrio de Faro, expulsado, se fue junto a Filipo V. En el 217, mientras que la "guerra de los aliados" parecía no hallar salida y cuando los mediadores intentaban aca-

Sobre los asuntos ilirios (*supra*, nota 398) y J. M. F. May, Macedonia and Illyria (217-167 B.C.), *J.R.S.*, XXXVI, 1946, pp. 48 ss.), el debate gira en gran medida en torno a la interpretación propuesta por M. Holleaux sobre la política practicada por Filipo V, y ya antes por Dosón: véase respecto a este tema mi *HPMH*, II, pp. 69 ss.

Sobre el tratado entre Filipo V y Aníbal, véase E. J. Bickerman, Hannibal's covenant, *A.J.Ph.*, LXXIII, 1952, pp. 1 ss.; H. A. Chroust, International treaties in antiquity. The diplomatic negotiations between Hannibal and Ph. V of Mac., *Classica and Mediaevalia*, XV, 1954, pp. 60 ss.

Sobre el tratado romano-etolio véase G. Klaffenbach, *Der röm.-ätol. Bündnisvertrag vom J. 212 v. Chr.*, Sitzungsber. Akad. Wissensch. Berlin, 1954/1, e Id., *IG*, IX², 1-2, n.º 241; E. Badian, Aetolica, *Latomus*, XVII, 1958, pp. 197 ss.; F. W. Walbank, Polybius and Rome's Eastern policy, *J.R.S.*, LIII, 1963, pp. 1 ss.; R. G. Hoptal, Le traité romano-aetolien de 212 av. J.-C., *Rev. Hist. Droit franç. et étranger*, 4^e sér., XLII, 1964, pp. 20 ss.; 204 ss.; J. Muylle, Le traité d'amitié entre Rome et la ligue étolienne, *A.C.*, XXXVIII, 1969, pp. 408 ss.; véase asimismo A. Aymard, Le partage des profits de la guerre dans les traités d'alliance antiques, *R.H.*, CCXVII, 1957, pp. 233 ss. = *Etudes d'Histoire ancienne*, París, 1967, pp. 499 ss.

La Confederación aquea y la primera guerra de Macedonia: A. Aymard, *Les premiers rapports de Rome et de la Confédération achaienne*, Burdeos, 1936; J. K. Anderson, Philoemen's reform of the Achaean army, *C. Ph.*, LXII, 1967, pp. 104 ss.; R. M. Errington, *Philopoemen*, Oxford, 1969, pp. 49 ss.

Sobre las repercusiones de la guerra en Asia Menor, véanse los trabajos de Hansen, McShane, Vitucci, Habicht citados en nota 369; así como R. E. Allen, Attalos I and Aigina, *Annual of the Brit. School of Athens*, LXVI, 1971, pp. 1 ss.

Sobre la paz de Fénice y las discusiones sobre los *adscripti*: M. Holleaux, *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques*, París, 1921, pp. 258 ss.; E. J. Bickerman, Les préliminaires de la 2^e guerre de Macedoine, *R. Ph.*, 3^e sér., IX, 1935, pp. 59 ss.; J. A. O. Larsen, The peace of Phoenice and the outbreak of the 2nd Maced. war, *C. Ph.*, XXXII, 1937, pp. 15 ss.; J. P. V. D. Balsdon, Rome and Macedon 205-200 B.C., *J.R.S.*, XLIV, 1954, pp. 30 ss.; E. Badian, *Foreign Clientelae*, Oxford, 1958, pp. 57 ss.; J. Bibauw, La paix de Phoinikè, dernière *koinè eirènè* de l'histoire grecque? *Hommages à M. Renard*, II = *Collection Latomus*, CII, 1969, pp. 83 ss.

barla, Filippo fue informado del desastre romano del lago de Trasimeno y, según Polibio, Demetrio de Faro le habría empujado en seguida a firmar la paz para ocuparse, más que de los etolios, de la cuestión iliria⁴³. Filippo escuchó los consejos interesados del ilirio; además, todos los beligerantes estaban maduros para una negociación: la paz se firmó, así pues, en Naupacto en el 217 —pero no cambiaba gran cosa la situación anterior.

A menudo se ha pensado que, desde la época de Dosón, la realeza macedonia tuvo una política iliria consecuente dictada por el temor de ver cómo el imperialismo romano se desarrollaba en los Balcanes partiendo de Iliria —también se ha pensado que la política iliria de Roma habría sido dictada por el temor de un expansionismo macedonio hacia el Adriático—. Pero nada en nuestras fuentes autoriza tales interpretaciones⁴⁴: los asuntos ilirios son asuntos regionales, y Roma no se preocupa al principio más que de la seguridad del comercio marítimo; la interferencia de la política macedonia y de los intereses romanos tan sólo se produjo a partir del 217. Pues, aunque cabe poner en duda que Filippo V pusiese miras en Italia, es probable que decidiese entonces, mientras contribuía al restablecimiento de Demetrio de Faro, dar a su reino una ventana adriática apoderándose de territorios en donde parecía entonces que Roma tenía pocas opciones de volver a establecerse nunca más. Lo intentó ya en el 217/6, pero fue disuadido por la aparición de una escuadra romana: el entendimiento con Aníbal entró desde entonces en juego. Ignoramos cómo se entablaron las negociaciones que concluyeron, en el 215, en el famoso tratado cuyo texto, transmitido por Polibio (VII, 9), revela las intenciones de Filippo: a cambio de una ayuda macedonia, cuya definición se mantenía en secreto, Aníbal se comprometía a exigirle a Roma el abandono de su protectorado sobre Iliria y las ciudades griegas del Adriático. Mientras que la guerra anibálica causaba estragos en Italia, Roma y Macedonia se enfrentaban así por primera vez. Enfrentamiento que básicamente sería, por lo demás, indirecto, puesto que en tales circunstancias Roma no podía mandar ejércitos a los Balcanes —al igual que Filippo (suponiendo que Aníbal lo hubiese solicitado) no pudo desembarcar tropas en Italia.

Retenido primero por complicaciones en el Peloponeso (en donde desaparecieron, uno tras otro, Demetrio de Faro y Arato), Filippo no pudo perder tiempo en Iliria hasta el 214 y hacia el 212 ocupaba una parte del protectorado romano. Roma tuvo a su vez que buscar aliados: ahora bien, tan sólo los etolios podían oponerse a Macedonia. Poco satisfechos por la paz de Naupacto, estaban listos para reiniciar la lucha; además, la tensión

⁴³ Cuando no a pasar a Italia para reunirse con Aníbal, con miras a “conquistar el mundo”, tal como Polibio aconseja a Demetrio...

⁴⁴ De las que también forma parte, a veces, la política ptolemaica: “amigo de Roma”, Egipto habría apostado por ésta para paralizar a Macedonia en Grecia, en donde, desde la guerra cremonidea (*supra*, p. 332), Alejandría sólo intervenía ya mediante una diplomacia bastante poco enérgica y una serie de subsidios financieros bastante parcos. Pero esto no son más que hipótesis, sobre las cuales la documentación no aporta ninguna base.

entre Filipo y sus aliados griegos traía como efecto que algunos estados peloponesios se inclinasen de nuevo por Etolia; los etolios, por último, en su expansión egea habían entablado amistad con Pérgamo. Para Roma, lanzar a los etolios contra Filipo significaba volver a sumir a Grecia en la confusión y prevenir el riesgo de una ayuda de los macedonios a Aníbal. La alianza romano-etolia fue cerrada en el 212 (¿o en el 211?): Roma se comprometía a ceder todas sus conquistas territoriales a Etolia, contentándose con una parte del botín mueble; los dos Estados se comprometían a no establecer ninguna paz por separado. Las conquistas ilirias de Filipo provocaban así la primera intervención activa de Roma en el mundo griego: fue, sobre todo, naval.

La brutalidad de los etolios y de los romanos reconcilió a Filipo con sus aliados griegos, principalmente con los aqueos, una vez más amenazados por Esparta. Obligado a abrir frentes en todas partes, el rey desplegó una infatigable actividad, pero los acontecimientos de Italia no tardaron en repercutir sobre los de Grecia en un sentido opuesto al de los años anteriores. Menos apremiada por el peligro anibálico a partir del 210, y sobre todo tras la batalla de Metauro (207), Roma aminoró su esfuerzo en el mismo instante en el que una brillante recuperación de los aqueos, conducidos por el estratego Filopoimen, acababa con los esfuerzos de los espartanos. Por su parte, Atalo de Pérgamo, sobre cuyos estados Filipo había lanzado a Prusias I de Bitinia, abandonaba la partida en Europa. De forma que los etolios se hallaron frente a frente con Filipo, libre ya de llevar la guerra al corazón del territorio enemigo.

Desde el 208, rondaban los mediadores: los rodios y los quietas, que deseaban acabar con una guerra perjudicial para su comercio, así como los agentes de Ptolomeo IV, quienes quizá buscaban ya la alianza macedonia⁴¹⁵. Sus esfuerzos llegaron a buen término en el 206: agotados, los etolios concluyeron con Filipo una paz por separado, cosa que les prohibía el tratado con Roma —pero a la que se veían forzados por la detención de las operaciones romanas en Grecia—. Por medio de este tratado de paz, Filipo les quitaba todo aquello de lo cual se habían apoderado y, al tomarles la Lócride Epicnemidia, los separaba del Egeo.

Inquieta viendo a Filipo, con las manos libres, trasladar sus operaciones a Iliria mientras que la guerra anibálica no estaba acabada, Roma envió rápidamente hasta allí un ejército: pero, lejos de combatir, se negoció. La paz de Fénice (205), que puso término a la “primera guerra de Macedonia”, fue de hecho un compromiso ilirio: el “protectorado” romano se mantenía sobre el país de los partinios, pero Filipo se quedaba con Atintania. Además, los aliados respectivos de los dos contrayentes fueron “incluidos en el tratado” (*foederi adscripti*), lo cual significa que Roma y Filipo garantizaban la paz también por ellos. La lista de los *adscripti* de Filipo no plantea ningún problema⁴¹⁶, pero se

⁴¹⁵ Cf. *infra*, p. 357.

⁴¹⁶ Son los miembros de la alianza del 224 (aqueos, beocios, tesalios, acamanios y epirotas), además de Prusias I de Bitinia.

discute la autenticidad de los de Roma⁴¹⁷. Sea como fuere, Roma aceptó garantizar la paz en nombre de algunos Estados orientales y la cuestión consistiría en saber lo que esto significaba a los ojos del Senado, puesto que podemos dudar que se comprometiese a aportar ayuda a aquellos Estados si hubiesen sido amenazados por Filipo; más bien se trataba, seguramente, de una "amistad" informal que, reservando la posibilidad de eventuales intervenciones romanas en Grecia, no obligaba a nada de manera precisa. Presumir aquí intenciones imperialistas, cuando Aníbal acampaba en Italia, sería como mínimo imprudente, como lo sería, reduciendo la lista de los *adscripti* tan sólo a Atalo I, el afirmar que en el 205 Roma se desinteresaba de Grecia... Cuenta además el hecho de que las dos paces del 206 y el 205, por la decadencia de los etolios y la adquisición de Atintania, hacían de Filipo V el principal beneficiario del conflicto; Roma, por su parte, no había hecho más que ahuyentar el peligro (sin duda ilusorio) de una cooperación entre el macedonio y Aníbal y restablecer parcialmente sus intereses en Iliria, en donde, como en el 228 y el 219, no dejó ninguna tropa.

IV.—LAS EMPRESAS ASIÁTICAS DE FILIPO V Y DE ANTÍOCO III EN EL 205-200⁴¹⁸

Nadie podría imaginar en el 205 que en el curso de unos pocos años Roma tendría que intervenir nuevamente en los asuntos greco-macedonios, ni sobre todo a qué resultados conduciría ni qué consecuencias tan grandes se derivarían de ello. El ardor con el que Filipo empeñó todas sus fuerzas en Oriente tras Fénice muestra que, en su mente, este tratado resolvía sus relaciones con Roma. Pero fueron precisamente estas actividades asiáticas las que provocarían el renacimiento del conflicto, en circunstancias tales que resulta imposible determinar cuáles fueron

⁴¹⁷ No hay duda en el caso de Atalo I, ni en el del ilirio Pleurato, hijo de Escerdilaidas (este dinasta era el dueño de la zona septentrional iliria que Roma había dado primero y luego vuelto a tomar a Demetrio de Faros); tampoco hay duda en los casos de Atenas e Ilión (Troya), añadidas seguramente más tarde a la lista con fines propagandísticos; pero los *adscripti* de Roma incluyen también a los antiguos aliados peloponesios de los etolios (Esparta, los mesenios, los etolios): ahora bien, si estos últimos hubiesen firmado la paz en el 206 al mismo tiempo que los etolios, Roma no habría tenido ninguna razón para garantizar la paz del 205 en nombre de ellos —pero no está probado que se uniesen a los etolios en el 206.

⁴¹⁸ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general citadas en notas 324 y 331, véanse, sobre la crisis interior egipcia, los trabajos citados *infra*, en nota 488.

Sobre los actos de piratería patrocinados por Filipo V, además de los libros sobre la piratería citados en nota 374, cf. M. Holleaux, *L'expédition de Dikaiarchos dans les Cyclades et sur l'Hellespont*, *Études...*, IV, pp. 124 ss.

Sobre los problemas planteados por las fechas de la muerte de Ptolomeo IV y el acceso al trono de Ptolomeo V, véase el estado de la cuestión en mi *HPMH*, II, pp. 94 ss. Sobre las relaciones entre Roma y Egipto en esta época, cf. H. Heinen, *Rom und das Ptolemäerreich (273-168)*, en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, herausg. von H. Temporini, I, 1, Berlín-Nueva York, 1972, pp. 642 ss.

Sobre Antíoco III y Asia Menor, cf. P. Herrmann, *Antiochos d. Gr. und Teos, Anadolien (Anatolien)*, IX, 1965 [1967], pp. 29 ss.

exactamente los móviles romanos —lo cual hace más notorio el hecho de que la suerte de las tres grandes monarquías helenísticas debía, menos de veinte años después de Fénice, hallarse subordinada a las decisiones soberanas del Senado.

Mientras que la paz desviaba a Filipo V de Iliria hacia el Egeo, Antíoco III, una vez finalizada su "anábasis", volvía a los asuntos de Siria y de Asia Menor: durante algunos años, la política de los dos soberanos convergería hacia la cuenca oriental del Mediterráneo.

En pura lógica, nada debía acercar a Filipo de Antíoco. El seléucida había afirmado desde el 218 su voluntad de restaurar en su integridad el Imperio ancestral, y su retorno de Oriente en el 215 era el preludio fatal de una nueva ofensiva sobre Cele-Siria. Egipto tenía pocas posibilidades de librarse tan brillantemente como en el 217, puesto que, precisamente desde Rafia, estaba hundido en disturbios interiores⁴¹⁹ que disminuían su capacidad de resistencia. Necesitaba una alianza y la de Filipo parecía natural. En efecto, una de las primeras preocupaciones de Antíoco, después de la anábasis, había sido la de consolidar su dominio sobre Caria, en donde los intereses antigónidas se mantenían desde la expedición de Dosón en el 227. Si, por otra parte, Antíoco se disponía algún día a restablecerse en Tracia, debía necesariamente chocar con Filipo, el cual, tras Fénice, decidió reconquistarla. Parecía, pues, que la alianza egipcio-macedonia era lo más natural, tanto más cuanto que ya en los últimos años de Ptolomeo III y de Dosón se había esbozado un acercamiento entre los dos Estados. Se produjo lo contrario.

Cuando Ptolomeo IV murió, en el verano del 204, los ministros del pequeño Ptolomeo V Epifanio enviaron una embajada a Antíoco pidiendo el respeto de la paz 217, una segunda a Roma, que tenía sin duda por

Sobre el tratado entre Antíoco y Filipo, cuya autenticidad niega D. Magie, The "agreement" between Ph. V. and Ant. III for the partition of the Egypt. empire, *J.R.S.*, XXIX, 1939, pp. 32 ss. y por R. M. Errington, The alleged syro-macedonian pact, *Athen.*, XLIX, 1971, pp. 336 ss., véase en particular H. H. Schmitt, *Untersuchungen z. Gesch. Antiochos d. Gr.*, Wiesbaden, 1964, pp. 237 ss.

Filipo V en Asia Menor: M. Holleaux, L'expédition de Philippe V en Asie, *Etudes...*, IV, pp. 211 ss.; Walbank, *Phil. V*, pp. 112 ss.; véanse además los trabajos de Hansen, McShane, Vitucci, Habicht citados en nota 369.—Sobre la política de Rodas y de Pérgamo, véase C. G. Starr, Rhodos and Pergamum 201-200 B.C., *C.Ph.*, XXIII, 1938, pp. 63 ss.; H. H. Schmitt, *Rom und Rhodos*, Munich, 1957.

Estamos aquí en los orígenes de la 2.ª guerra de Macedonia, a la cual ya remitimos *supra*, en nota 412 (paz de Fénice), y además A. H. McDonald y F. W. Walbank, The origins of the second Macedonian war, *J.R.S.*, XXVII, 1937, pp. 185 ss.; B. Ferro, *Le origini della II guerra macedonica*, Palermo, 1960; S. I. Oost, Ph. V and Illyria 205-200 B.C., *C. Ph.*, LIV, 1959, pp. 158 ss. (sobre el cual cf. T. A. Dorey y E. Badian, *ibid.*, IV, 1960, pp. 180 ss.). Sobre el problema, por otra parte irresoluble, de los móviles que hicieron entrar a Roma en la guerra en el año 200, cf. mi *HPMH*, II, pp. 80-128, y L. Raditsa, *Bella Macedonica, en Aufstieg und Niedergang der röm. Welt*, I, 1, pp. 564 sqq. (véase también en el mismo volumen, pp. 501 ss., R. Werner, Das Problem des Imperialismus und die römische Ostpolitik im Zweiten Jahrhundert v. Chr.).

⁴¹⁹ Cf. *supra*, p. 350; *infra*, p. 421.

objeto solicitar una intervención diplomática junto a Antíoco, y una tercera a Filipo, proponiendo una alianza consolidada mediante un matrimonio. Este llamamiento sugirió probablemente a Filipo (que ya había lanzado sobre el Egeo piratas a su servicio⁴²⁰ y se dirigía hacia Tracia) el ejercer una especie de chantaje sobre Antíoco: éste, que preparaba la invasión de Cele-Siria y necesitaba tranquilidad en su retaguardia, consintió en concluir un tratado secreto (invierno del 203/2) el cual, sin duda, no decidía el reparto de la totalidad del Imperio ptolemaico como evocan nuestras fuentes, pero dejaba al menos a Filipo total libertad de acción sobre las costas de Asia Menor y de Tracia. No es preciso decir que a Antíoco no debió gustarle nada el tener que aceptar semejantes condiciones⁴²¹.

Por consiguiente, los dos soberanos llevaron paralelamente sus operaciones: mientras que Antíoco invadía Cele-Siria en el 202 (véase más abajo), Filipo, atravesando Tracia, llegaba hasta los Estrechos. Ya fuese para disimular aún su entendimiento con Antíoco o para evitar el atraer la atención de Roma, cuyo apoyo había solicitado Alejandría, se abstuvo de tocar a las plazas fuertes lágidas. Sin embargo, Roma fue advertida por los etolios, que eran aliados de algunas ciudades de las que se apoderó (Lisimaquia, Calcedonia, Quíos). Estas acciones inquietaron a los rodios, preocupados por la libertad de los Estrechos e irritados por la piratería creto-macedonia, y a Atalo I, que temía la alianza de Filipo y de Prusias I de Bitinia. En el 201 una nueva ofensiva macedonia tuvo como objetivo las Cícladas y Jonia: Filipo tomó la base lágida de Samos, venció a la flota rodia en Lade, invadió Jonia y, desde allí, fue a devastar el territorio de Pérgamo. La unión de las flotas rodia, pergamenia, quiota y bizantina le impidió triunfar en Quíos y le convenció para proseguir con sus operaciones continentales: marchó entonces a Caria, pero, cuando estaba completando sus posesiones a expensas de los dominios territoriales de Rodas, sus adversarios bloquearon su flota en el puerto de Bargilia. Mientras Filipo se enfrentaba al invierno del 201/0 en Caria, los rodios y Atalo enviaron a Roma sendas embajadas encargadas de denunciar sus fechorías.

Dejando a su ejército en Caria, Filipo escapó en la primavera del 200 y regresó a Europa. Una guerra fútil acababa entonces de estallar entre Atenas y los acarnanios: para responder a la llamada de sus aliados acarnanios, Filipo envió un cuerpo al Ática, pero los atenienses, por su parte, vieron llegar una escuadra rodio-pergamenia, dirigida por Atalo en persona. Llenos de entusiasmo, los atenienses votaron la guerra contra Filipo y, a su vez, enviaron una embajada a Rodas.

Las embajadas de Rodas y de Pérgamo sólo habían recibido del Senado, en principio, una respuesta dilatoria: pero no es menos cierto que ya habían abierto el proceso que conduciría a Roma a renovar la guerra

⁴²⁰ Sus flotillas hicieron causa común con los piratas cretenses, contra los cuales luchaba la marina rodia.

⁴²¹ Algunos autores modernos han puesto en duda la autenticidad de este tratado, pero no parecen existir razones serias para hacerlo.

macedonia. En la primavera del 200, el cónsul Sulpicio (uno de los hombres de la primera guerra de Macedonia) efectuó una proposición de guerra que los comicios habían rechazado. Pero una embajada, enviada a Oriente para ofrecer su mediación entre Antíoco y Ptolomeo, recorrería Grecia y el Egeo para informarse sobre el lugar: esta embajada se encontraba en Atenas cuando Atalo y los rodios empujaron a los atenienses a la guerra. Estaba allí aun cuando, un poco más tarde, el Ática sufrió una nueva incursión macedonia. Los legados fueron a rogar al estratego macedonio que "informase a Filipo de que los romanos le invitaban a no hacer la guerra a ningún pueblo griego y a someterse a un arbitraje sobre los perjuicios que le había causado a Atalo". Como las circunstancias de este ultimátum habían sido imprevistas, cabe presumir que fueron los legados quienes tomaron esa iniciativa.

Filipo no tuvo en cuenta la advertencia y, mientras que los tres romanos se dirigieron a Rodas, volvió hacia Tracia, tomando esta vez a su paso las plazas ptolemaicas (Eno y Maronea), y volvió a los Estrechos, en donde sitió Abidos. Vio cómo se apresuraba a venir desde Rodas uno de los legados romanos, M. Emilio Lépidio, portador de un nuevo ultimátum que añadía, junto a los términos del precedente, la prohibición de tocar las posesiones lágidas y la invitación a someterse a un arbitraje para reparar los daños causados a los rodios. Pero mientras tanto el pueblo romano había votado la guerra, puesto que, ya en aquel momento, un ejército romano pasaba a Iliria (otoño del 200): el ultimátum de Abidos era por tanto, una nota intimatoria oficial. Filipo respondió invitando a los romanos a no violar la paz de Fénice, que él mismo tenía la sensación de no haber violado —y ello plantea la cuestión de saber por qué Roma, tan poco tiempo después de Zama, tan sobrecargada de tareas en Occidente, se lanzó a este nuevo conflicto: sus intereses ilirios no habían sufrido daño desde el 205; el pacto antiptolemaico cerrado entre Filipo y Antíoco difícilmente podía parecerle una amenaza; es dudoso que los perjuicios sufridos por Atalo (que figuraba junto a Roma en el tratado de Fénice) y por Atenas (que probablemente no figuraba en el mismo) pudieran por sí mismos justificar esta nueva guerra, y nuestras fuentes no permiten establecer con seguridad por qué Roma se decidió a entrar en ella⁴²².

Los legados pudieron entonces consagrarse al objetivo oficial de su misión: intervenir junto a Antíoco y Ptolomeo. Antíoco III, como hemos visto, había invadido Cele-Siria en el 202. Sin embargo, las fuerzas egipcias, empujadas hasta los límites del Delta, habían conseguido rechazar al ejército sirio hacia el norte en el 201. Pero, en el 200, Antíoco obtuvo en Panion la victoria que, por fin, arrancaba a los lágidas esta provincia tan deseada desde hacía un siglo. Si Antíoco tuvo entonces la intención de invadir Egipto, fue quizá la llegada de los embajadores romanos lo que le detuvo. No hubo, sin embargo, mediación romana, puesto que el estado

⁴²² Es imposible analizar aquí este problema de la historia romana: véase sobre este tema el volumen siguiente.

de guerra se mantuvo. Sin duda, los legados tuvieron como principal objetivo el asegurarse que, en la guerra de Macedonia que empezaba entonces, Antíoco no ayudaría a Filipo. De hecho, Antíoco III, que probablemente no había concluido el pacto del 203/2 sino constreñido y forzado, se vio liberado por la guerra de Macedonia de las empresas asiáticas de Filipo y de los obstáculos que éstas hubiesen podido plantear a sus propios proyectos de restauración en Asia Menor y en Tracia: no debió tener, así pues, ninguna dificultad para convencer a los legados de su neutralidad -pero no podía prever que el remate dado por Roma a la guerra también le pondría a él en el punto de mira.

V.-LA SEGUNDA GUERRA DE MACEDONIA Y LA PROCLAMACIÓN ROMANA DE LA LIBERTAD GRIEGA (200-194)⁴²³

En el momento en el que rechazaba el ultimátum de Abidos, Filipo ignoraba que un ejército romano se había desplazado hasta Iliria, y esta guerra le cogió por sorpresa. Sus aliados griegos no hicieron nada: los aqueos estaban de nuevo en guerra con Esparta y poco faltó para que el rey no pudiese obtener su neutralidad. En el bando opuesto, la alianza de Rodas y de Pérgamo daba a Roma el control del mar. En Grecia, por otra parte, los romanos habían dejado mal recuerdo. Los etolios dudaron primero, pero su rencor hacia Filipo los hizo caer en el bando romano, al cual se unieron también los dardanos, los ilirios y los atamanos.

La mediocridad de los primeros comandantes romanos y de sus efectivos permitió a Filipo mantenerse hasta el principio del 198. Todo cambió a la llegada de T. Quintio Flaminio, cuya elección para el consulado antes de la edad legal expresaba la voluntad de una parte, al menos, del Senado. En cuanto llegó a Iliria, el joven cónsul comunicó a Filipo las nuevas exigencias romanas: el rey tendría paz si evacuaba todas sus posiciones griegas, es decir, principalmente Tesalia, Eubea y Corinto: Grecia debía de ser libre. Filipo estimó que las condiciones no podían ser peores

⁴²³ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras generales citadas en notas 324 y 331, véase, sobre Nabis y los asuntos espartanos, Cl. Mossé, *Un tyran grec à l'époque hellénist.*; Nabis, "roi" de Sparte, *Cahiers d'Histoire*, IX, 1964, pp. 313 ss.; H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967, pp. 408 ss.—Sobre la política antiaquea de Nabis, R. M. Errington, *Philopoemen*, Oxford, 1969, pp. 72 ss., que consultaremos sobre todo por su análisis de la política aquea con respecto a Roma y a Filipo, así como A. Aymard, *Les premiers rapports...*, cap. I.

Sobre la guerra de Macedonia, véase Walbank, *Phil. V of Macedonia*, Cambridge, 1940; Gundel, s. v. Quinctius 45, *PW*, XXIV, 1, 1963; J. A. O. Larsen, *Greek federal states*, Oxford, 1968, pp. 378 sqq.; N G. L. Hammond, *Epirus*, Oxford, 1969, pp. 615 sqq.; W. K. Pritchett, *Studies in Greek topography. Part II (Battlefields)*, Berkeley-Los Angeles, 1969, pp. 133 ss. (Cinocéfalos).

Sobre las negociaciones y la paz: M. Holleaux, *Les conférences de Lokride et la politique de T. Quinctius Flaminius*, *Etudes...*, V, pp. 29 ss.; J. A. O. Larsen, *The treaty of peace at the conclusion of the 2nd Mac. war*, *C. Ph.*, XXXI, 1936, pp. 342 ss. Sobre la cuestión de las libertades griegas: J. A. O. Larsen, *Was Greece free between 196 and 146 B.C.?*, *C. Ph.*, XXX, 1935, pp. 193 ss.; E. Badian, *Foreign clientelae*, pp. 73 ss.

si era vencido: lucharía, pues. Pero Flaminino, gran adversario, rechazó al ejército macedonio de Iliria hasta Tesalia, en donde penetraron también los etolios y los atamanos. Dejando a éstos que mantuviesen ocupado a Filipo, Flaminino corrió a unirse con los rodios y los pergamenos en el istmo de Corinto para hacer comprender a los aqueos que su neutralidad era inoportuna; la promesa de devolverles Corinto les convenció, aunque no de manera unánime: su adhesión al bando antimacedonio provocó algunas deserciones en la Confederación (Argos y Megalópolis). Aunque los aqueos concluyeran entonces una alianza con Rodas y Pérgamo, con Roma no lo hicieron, sin duda, hasta más tarde.

A finales del 198, Filipo, agotado, decidió negociar; se efectuó una conferencia cerca de las Termópilas, en Nicea de Lócrida, en donde Flaminino, que esperaba saber si su mando sería prorrogado o no, se las ingenió para alargar las cosas: dispuesto, sin duda, a firmar intempestivamente la paz si se le daba un sucesor, reemprendió la guerra en cuanto supo que había sido nombrado procónsul. Consiguió sacar al tirano de Esparta, Nabis, de la alianza macedonia, así como a los acarnanios; convenció, por otra parte, a los beocios para unirse al bando de Roma (en una movida conferencia, durante la que el viejo Atalo I tuvo un ataque al cual no sobrevivió); luego, el procónsul volvió a Tesalia: allí, en junio del 197, tuvo lugar el encuentro decisivo, en Cinoscéfalos. Filipo, que no disponía más que de un ejército improvisado, perdió la partida⁴²⁴. Al mismo tiempo, los dardanios invadían Macedonia y los rodios reconquistaban Caria. Era, pues, necesario negociar, y, pese a que los etolios habrían querido aprovechar aún más su situación, Flaminino aceptó. Filipo, que había juzgado inaceptables las condiciones que le fueron propuestas en Nicea, aceptó todo: evacuaría sus posesiones griegas de Europa y de Asia, devolvería los prisioneros y los barcos capturados, indemnizaría a Eumenes II de Pérgamo y entregaría rehenes (entre los cuales estaría su hijo Demetrio). Los etolios, que habrían destruido gustosamente la monarquía macedonia, reclamaron como mínimo una expansión territorial, pero Flaminino les hizo comprender que no tenían ni voz ni voto en esa paz. El Senado ratificó este tratado, agravándolo con una indemnización de guerra y con la entrega de la flota macedonia. Macedonia, que de todas formas estaba ya agotada, quedaba circunscrita a los límites más reducidos que hubiese conocido desde hacía tiempo. Una alianza sirvió, algo más tarde, para consolidar este resultado.

Filipo se había comprometido a evacuar sus posesiones griegas: las de Grecia de Europa serían entregadas al ejército romano; pero en cuanto a las de Tracia y Asia, se contaba con su palabra. ¿Pero qué pasaría con estas ciudades y territorios? ¿Y cuál sería la suerte de una Grecia que, exceptuando a los etolios, no había participado en la lucha? El principio de la libertad de los Estados griegos ya estaba inscrito, como hemos visto,

⁴²⁴ Fue el primer gran encuentro entre un ejército romano y un ejército helenístico: las legiones revelaron allí su inmensa superioridad táctica sobre la falange macedonia —lección que, de todas formas, no fue comprendida...

en las exigencias romanas del 198. Sobre este principio (que satisfacía la reivindicación tradicional que todos los Estados griegos habían planteado contra las monarquías helenísticas) se fundó efectivamente la política de Roma, y para realizarlo fue por lo que el Senado mandó a Grecia una comisión decenviral, que trabajase en colaboración con Flaminio. A decir verdad, aunque el senadoconsulto que la comisión traía consigo proclamaba este principio, no precisaba en qué se convertirían las plazas y territorios que Filipo debía "entregar a los romanos", y las rencillas que enfrentaron a algunos de los comisarios con Flaminio probarían que en Roma no se habían puesto de acuerdo en este punto. Debemos señalar aquí y de antemano que⁴²⁵, desde el 198, Antíoco III había decidido hacer pasar de nuevo bajo su dominio las ciudades griegas de Asia Menor, lo que le había conducido hasta los Estrechos, que cruzó en la primavera del 196 para ir a Tracia oriental. No cabe duda de que en presencia de esta ofensiva seléucida algunos romanos juzgaron más prudente mantener guarniciones en las famosas "trabas": Demetriadá, Cálcide y Corinto; no cabe duda, tampoco, de que la cláusula del senadoconsulto que proclamaba la libertad de los griegos de Europa y *de Asia* apuntaba también a Antíoco: así, dos ciudades del Asia que el seléucida no había conseguido tomar, Esmirna y Lámpsaco, ya habían hecho recurrido a Roma. Pero, en cambio, otros romanos, entre los cuales se hallaba Flaminio, parecían hacer poco caso a la amenaza antióquida y estimaban que la libertad de los griegos sería la mejor muralla contra la expansión seléucida, en el caso de que aquélla continuase. El silencio del senadoconsulto en cuanto a la suerte a seguir por las posesiones que abandonaba Filipo expresaba sin duda esta divergencia de opiniones y explica que, a corto plazo, este problema se dejase en barbecho.

De todos modos, en los juegos ístmicos del 196 la proclamación solemne de que Roma devolvía su libertad a todos los griegos que habían estado bajo el dominio macedonio suscitó un entusiasmo indescriptible. Fue un triunfo para Flaminio, que debió gozar de ello tanto más cuanto que su vanidad era tan cierta como su filohelenismo sincero⁴²⁶.

Durante las semanas siguientes, los Romanos procedieron a cierto número de retoques en el mapa de esta Grecia liberada. Estas medidas respondían sin duda a aspiraciones regionales, pero los interesados no parecían haber sido consultados: pesé a las negativas que primero se les habían lanzado, los etolios recibieron Tebas de Ftíótida y fueron autorizados a acoger a Focidia y Lócrida oriental en su Confederación —hubiesen querido más y quedaron amargados; Acaya Ftíótida fue unida a Tessalia; los aqueos recibieron Trifilia y Corinto (la ciudad, pero todavía

⁴²⁵ *Infra*, p. 365.

⁴²⁶ El problema que plantea el filohelenismo de determinados círculos aristocráticos romanos en estas circunstancias (¡y ya en las del inicio de la guerra!) es muy controvertido. A veces, se considera que constituye tan sólo la cínica pantalla del realismo político y de las tendencias imperialistas de quienes lo profesaban. Es un punto sobre el cual, en realidad, resulta imposible zanjar la discusión.

no la ciudadela, ocupada por tropas romanas); el rey de los atamanos, Aminandro, conservó lo que había conseguido tomar a Filipo, y el ilirio Pleurato fue satisfecho a expensas de los territorios macedonios de Iliria.

En pleno corazón de Grecia, una cuestión quedaba pendiente. Cuando los aqueos se unieron a la coalición antimacedonia, varias ciudades, entre las cuales figuraba Argos, se habían mantenido fieles a Filipo, que había confiado Argos al tirano de Esparta Nabis —y éste se la había guardado cuando se pasó al bando romano—. Era ciertamente escandaloso que, en la Grecia liberada, una ciudad quedase oprimida por un tirano extranjero, y los aqueos reivindicaban Argos como propia. A decir verdad, para ellos constituía sobre todo un pretexto al objeto de reabrir la lucha contra Nabis, tirano demagogo y revolucionario cuya sola existencia atemorizaba a los propietarios de tierras, mientras que su entendimiento con los piratas cretenses inquietaba a los negociantes y a los rodios. Flaminino, requerido para el caso, fingió dejar la decisión a los griegos: en el 195, un congreso declaró la guerra a Nabis, el cual tuvo que negociar —no con los griegos que le habían declarado la guerra, sino sólo con Flaminino: Argos liberada se reincorporó a la Confederación Aquea y se le confió además la vigilancia de los pueblos litorales de Laconia—. Pero Nabis se mantuvo en su puesto...

Flaminino, sin embargo, deseaba acabar de una vez. Desde el 196, Antíoco III no había seguido adelante, y los etolios se quejaban de que Grecia no había hecho más que cambiar de amos y de que su libertad era una añagaza. Pese a la emoción que levantó en Roma en el 195 la llegada de Aníbal junto a Antíoco, el Senado consintió la evacuación. En el verano del 194, Flaminino abrió en Corinto la retirada de las tropas romanas. Luego recorrió todas las plazas en donde habían guarniciones romanas, exhortando a los unos, amonestando a los otros, aconsejando y reformando. Al final del verano ya no quedaba ningún soldado romano en Grecia —faltaban también, es cierto, muchas obras de arte y objetos preciosos, que fueron a nutrir el filohelenismo de los romanos...

Grecia era libre, ¿pero qué significaba esta libertad? Y jurídicamente: ¿sobre qué bases se establecían las relaciones entre Roma y los Estados griegos? No está probado que ninguno de estos Estados concertase alianza con Roma desde entonces. El hecho de que unos hubiesen colaborado con Roma contra Filipo y que otros figurasen en el bando de los vencidos no parece implicar que sus situaciones jurídicas respectivas fuesen diferentes. En realidad, parece particularmente imposible definir cualquier situación jurídica, y no parece que ninguna obligación estricta haya ligado entre sí a los romanos con los Estados griegos. Tito Livio dijo justamente que la libertad de los griegos era un *munus* del pueblo romano, y que éste ejercía en adelante el *patrocinium* del mundo griego: la munificencia romana y el reconocimiento de los griegos creaban relaciones de Estado patrón a Estado cliente. Eso no estaba escrito en ningún lugar y, sin duda, los griegos no eran exactamente conscientes de ello. Pero la soberanía con la que Roma, en la persona de Flaminino, intervino en diversas ocasiones en los asuntos internos de los griegos pudo hacer adi-

vinar a éstos que su libertad tenía en todo caso un límite: aquel que, en ocasiones, podía imponerle el arbitraje —o la arbitrariedad— de Roma.

VI.—ROMA CONTRA ANTÍOCO III (197-187)⁴²⁷

El factor seléucida había contribuido seguramente a retrasar la evacuación de Grecia por los romanos: tenemos que volver a él. La batalla de Panión y la conquista de Cele-Siria (200) no habían puesto término a la quinta guerra de Siria; negociar con Ptolomeo V hubiese impedido a Antíoco III adueñarse de las posesiones lágidas de Asia Menor y de Tracia, es decir, acabar su empresa de restauración imperial. Los acontecimientos de Europa le autorizaban a ignorar los intereses macedonios, pero había de tener cuidado con Rodas y Pérgamo para evitar toda complicación con Roma: desde el 198 Atalo I se había quejado al Senado de una agresión seléucida contra sus territorios, y el Senado había efectuado gestiones junto a Antíoco para convencerle de que no tocase al pequeño reino amigo. Atacaría primero, por lo tanto, las plazas ptolemaicas (algunas de las cuales habían sido tomadas por Filipo) y las ciudades libres.

En el 197, mientras que el ejército de tierra seléucida marchaba hacia los Estrechos pasando al este del reino de Pérgamo, el mismo rey, a la cabeza de su flota, navegaba junto a las costas de Asia Menor tomando a

⁴²⁷ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general citadas en notas 324 y 331, véanse los artículos de M. Holleaux, *Recherches sur l'histoire des négociations d'Antiochos III avec les Romains, Etudes...* V, pp. 163 ss. y de E. Bickermann, *Bellum Antiochicum, Hermes*, LXVII, 1932, pp. 47 ss. y sobre todo, entre los trabajos más recientes, los dos libros ya citados de H. H. Schmitt, *Untersuch. z. Geschichte Antiochos d. Gr. y Rom u. Rhodos*, así como el artículo de E. Badian, *Rome and Antiochus the Gr.: a study in cold war, C.Ph.*, LIV, 1959, pp. 81 ss., traducido al alemán en *Welt als Geschichte*, XX, 1960, pp. 203 ss. y recogido en la recopilación *Studies in Greek and Roman history*, Oxford, 1964. Las páginas que he dedicado a las relaciones entre Antíoco III y los romanos en *HPMH*, II, han sido recogidas, corregidas y puestas al día en Ed. WILL, *Rome et les Séleucides, Aufstieg und Niedergang der röm. Welt*, herausg. v. H. Temporini, I, 1, Berlín-Nueva York, 1972, pp. 590 ss.

Sobre los asuntos de Grecia: A. Aymard, *Les premiers rapports entre Rome et la ligue achaienne*, Burdeos, 1936; E. Badian, *The treaty between Rome and the Achaean league, J.R.S.*, XLII, 1952, pp. 76 ss.; R.M. Errington, *Philopoemen*, pp. 95 ss.; J. A. O. Larsen, *Greek federal states*, pp. 406 ss.

Sobre la paz de Apamea: M. Holleaux, *La clause territoriale du traité d'Apamée, Etudes...*, V, pp. 208 ss.; A. H. McDonald, *The treaty of Apamea, J.R.S.*, LVII, 1967, pp. 1 sqq.; A. H. McDonald y F. W. Walbank, *The treaty of Apamea: the naval clauses, J.R.S.*, LIX, 1969, pp. 30 ss.; véase también Th. Liebmann-Frankfort, *La frontière orientale dans la politique extérieure de la République romaine depuis le traité d'Apamée*, Bruselas, 1969.

Sobre las donaciones de Roma a Pérgamo, véase D. Magie, *Roman rule in Asia Minor*, Princeton, 1950, pp. 758-764; Chr. Habicht, *Über die Kriege zwischen Perg. u. Bithynien, Hermes*, LXXXIV, 1956, pp. 90 ss.; McShane, *The foreign policy of the Attalids of Perg.*, pp. 152 ss.

Sobre las donaciones de Roma a Rodas: P. M. Fraser y G. E. Bean, *The Rhodian Peraea and Islands*, pp. 70 ss.; 107 ss.; sobre el problema licio, véase Larsen, *Gr. federal States*, pp. 245 ss.

su paso las ciudades que aún dependían de Alejandría. En los confines de Cilicia y de Panfilia vio venir hasta él una embajada rodia que le indicó que no se toleraría su avance más allá. La noticia de Cinoscéfalos, que llegó en aquel momento, hizo pensar a los rodios que aquello haría reflexionar a Antíoco y no insistieron más. Pero Antíoco, evitando tocar la zona de intereses rodios, pasó a Jonia y luego, por la Eólida, llegó a los Estrechos: con excepción de Esmirna y de Lámpsaco, que mandaron una embajada a Roma, la mayoría de las ciudades libres o ptolemaicas estaban en sus manos. En cuanto a las posesiones de Filipo V, Antíoco no había tocado Caria, territorio que los rodios se ocupaban ahora en reconquistar, pero había tomado Abidos en el momento mismo en que Filipo prometía a Flaminio evacuarla. Finalmente, en la primavera del 196, para acabar de recuperar lo que había pertenecido a Seleuco I, Antíoco se trasladó a Tracia y se estableció en Lisimaquia.

La noticia de Cinoscéfalos debió despertar sentimientos contradictorios en el Gran Rey, puesto que hacía desaparecer la competencia de Filipo, pero liberaba a Roma, Rodas y Pérgamo de la guerra que había favorecido sus planes: no podía ignorar que habría de tener en cuenta a Roma, cuyo senadoconsulto del 196 reivindicaba, de manera significativa, tanto la libertad de los griegos de Asia como de los de Europa. Una embajada que envió a los juegos ístmicos le indicó que Roma le prohibía tocar ninguna ciudad griega, le ordenaba evacuar aquellas que había tomado a Ptolomeo y a Filipo, y salir de Europa —términos confirmados por una misión romana que vino a reunirse con él en Lisimaquia—. Antíoco respondió a los romanos que los asuntos de Asia no les concernían, que Tracia le correspondía hereditariamente y que, en el caso de Ptolomeo, se preparaba a negociar con él. Los romanos no estaban en realidad nada inclinados a pasar a los hechos y Antíoco lo comprendió: la conferencia de Lisimaquia no había sido más que un intercambio de puntos de vista irreconciliables, aunque, para Roma, todavía teóricos.

De todas formas, Antíoco abandonó de repente Tracia (dejando a su segundo hijo Seleuco); la noticia (falsa) de la muerte de Ptolomeo V le incitaba a caer sobre Chipre: fracasó en su intento de tomar la isla. Pero, en el 195, firmó con Ptolomeo una paz que arrebató al lágida todas sus posesiones litorales de Asia Menor y de los estrechos: Alejandría no conservaba de su Imperio más que Chipre, Tera y un puesto en Creta oriental. Retenía, naturalmente, Cirenaica. Ptolomeo V, además, contrajo matrimonio con Cleopatra, hija de su vencedor. Fue el final de la hegemonía marítima ptolemaica, de una hegemonía gravemente mermada, es cierto, desde hacía ya algunos años. El papel mundial de Egipto no acabó allí, pero en adelante sería cada vez más un papel pasivo, el de una fuerza aprovechada antes que activa, el de un complemento a ciertas combinaciones exteriores y una fuente inagotable de intervenciones, favorecida, después de Ptolomeo V, por interminables disensiones familiares. Fue, al fin, con esta paz cuando el reinado de Antíoco III alcanzó su apogeo: pero el hecho de que fuese establecida oponiéndose a un ultimátum romano dejaba presagiar días difíciles.

Entre Antíoco y Roma, sin embargo, la negociación aún se vislumbraba como posible. Al principio del 195 envió una embajada a Flaminiño para afirmar la limitación de sus ambiciones europeas y pidiendo una alianza a Roma. El procónsul se declaró incompetente y el asunto quedó ahí. Es difícil saber hasta qué punto, a partir de aquel año, la presencia de Aníbal junto a Antíoco inquietó al Senado; es difícil también saber qué influencia ejerció el cartaginés sobre el seléucida. Pero la solución aportada por Roma a los asuntos balcánicos en el 194 muestra que el Senado apostó por la buena fe de Antíoco, a quien el hundimiento de Filipo V le aconsejaba asimismo mantener la prudencia. En cambio, los rodios y sobre todo Eumenes II estaban menos convencidos de esa buena fe: si la restauración del Imperio de Seleuco I era la clave de la política de Antíoco y si Roma podía conformarse con eso, en Asia, por el contrario, se debía temer que esta restauración pasase por la eliminación del reino de Pérgamo: Eumenes II tendría su parte de responsabilidad en el fracaso de las negociaciones de los años siguientes.

A comienzos del 193 una embajada seléucida vino a Roma, solicitando de nuevo una alianza. El Senado respondió proponiendo una alternativa: o bien Antíoco evacuaba Tracia, en cuyo caso Roma se desinteresaba de Asia; o bien, si se mantenía en Asia, reconocería a Roma el derecho de multiplicar en Asia los lazos que ya había concertado; eran concesiones recíprocas, sobre las cuales se podía negociar. De todas formas, una misión romana partió en seguida hacia Asia. Pero la negociación fracasó.

La razón de esta tirantez parece que habríamos de buscarla en Grecia. Polibio afirmaba que los etolios fueron los responsables de la "guerra antióquida" y ello fue, sin duda, cierto. El resultado de la segunda guerra de Macedonia había dejado a los etolios convencidos de que Flaminiño los había frustrado. Habían soñado con el aniquilamiento de Macedonia y la restauración de su poder, pero, en nombre de la libertad de Grecia, no les habían dejado más que las migajas. Al partir los romanos, los etolios intentaron reunir a todos aquellos a quienes Roma había dejado descontentos: Nabis, Filipo V y el mismo Antíoco. Los etolios les juraban a cada uno que la adhesión de los otros era segura, lo cual era falso, puesto que sólo Nabis respondió a sus proposiciones. Pero una coalición de los etolios y de Esparta contra los aqueos amenazaba con volver a colocar Grecia en pie de guerra y con obligar a Roma a intervenir. Aunque Antíoco no pensase entonces ayudar a los etolios, debió parecerle que la incertidumbre de una guerra griega podría eventualmente dispensarle de negociar con Roma, o, por lo menos, que las condiciones de las negociaciones serían mejores para él, y esto puede explicar, seguramente, el fracaso de las conversaciones romano-seléucidas.

Mientras que la guerra volvía a empezar en Grecia en el 192, los etolios hicieron un llamamiento a Antíoco (éste los animó, aunque sin mostrarse dispuesto a ayudarles más que con la palabra) y, a la vez, el seléucida era objeto de las denuncias pergamenias en Roma: Atalo, hermano de Eumenes II, corrió a denunciar al Senado los preparativos de las

fuerzas seléucidas, de aquellas fuerzas sobre las que los etolios hicieron saber que no tenían más que presentarse para que toda Grecia se levantara en armas. Los acontecimientos probarían el carácter falso de semejante denuncia, puesto que cuando Antíoco decidió intervenir, aportó fuerzas muy insuficientes. ¿Pero por qué se inclinó a hacerlo, cuando los etolios le habían hecho saber que ya tenían, en Demetríada, la base necesaria para su desembarco? Podemos pensar que, no habiendo conseguido los etolios reunir en su bando a bastantes Estados griegos como para que el éxito estuviese asegurado, Antíoco comprendió que lo peor sería, después de haberlos excitado a la lucha, permitir que se retiraran sin haberles ayudado: los romanos podrían entonces ver en él al responsable de sus nuevos problemas griegos, pero también concebir una idea lamentable de su potencia —y por ello mostrarse inflexibles el día en que se reanudasen las negociaciones—. Además, como en el 192 Roma no había enviado aún a Grecia sino reducidas fuerzas, más valía actuar rápido antes que no poder actuar en absoluto. Pero comprendemos las dudas del rey cuando vemos que no pudo desembarcar en Demetríada más que 10.000 hombres (octubre del 192): evidentemente no estaba preparado, y las condiciones en que se comprometió contrastan con la dignidad de su política hasta el 193; la entrada en guerra del año 192 constituiría el gran error de su reinado.

El desembarco seléucida encontró a Grecia indecisa. Antíoco tomó Cálcide, pero tan sólo obtuvo unas pocas alianzas en el continente: los eleos, los beocios, el atamano Animandro (que soñaba con el trono de Macedonia) y una parte de los epirotas y de los tesalios. Los aqueos se mantuvieron fieles a Roma, así como Filipo V, que atisbó la ocasión de recuperar una parte del terreno perdido. La llegada de refuerzos romanos obligó a Antíoco a replegarse sobre las Termópilas: fue rodeado como los espartanos en el 480, y en la primavera del 191 abandonó Grecia.

Mientras que los romanos continuaban la lucha contra los etolios, Filipo se restableció en Demetríada, en Perrebia y en Dolopia, lo cual no dejaba de inquietar a Roma. En el Peloponeso, asistimos por fin a la unificación de la península: habiendo sido asesinado Nabis, Esparta se deslizó hasta el bando de los aqueos, que recogieron también la adhesión de los mesenios y de los eleos. Pero Flaminio, que había vuelto a Grecia para intentar salvaguardar su obra, les prohibió adquirir Zacinto, que se convirtió en una base romana.

La guerra Etolia era irritante, pero no inquietante: era un combate sin esperanzas, al que, apuntémoslo desde ahora, pondría término a mediados del 189 un *foedus iniquum*; los etolios debían haber sido despojados de la mayoría de los territorios exteriores que les quedaban —pero no fue en absoluto el caso: Roma les cedió algunas regiones que le habían tomado recientemente a Filipo (Aperantia, Anfiloquia), a quien Roma le manifestaba así que no tenía intención de pagar su fidelidad demasiado cara.

Pero, en el 191, lo esencial seguía siendo la cuestión seléucida. La huida de Antíoco no podía quedar sin más y era necesario llevar la guerra a Asia: Escipión el Africano empujó en esa dirección. Habiendo sido conferido el consulado a su hermano L. Cornelio, Escipión Africano se

unió a él como mentor. Los Escipiones se trasladaron a Grecia con 13.000 hombres, recogieron al pasar las legiones de Grecia y marcharon hacia los Estrechos (190). Cuando llegaron a Tracia, Antíoco acababa de evacuarla. Los combates desde el verano del 191 hasta el verano del 190 habían enfrentado a las flotas de Roma, de Rodas y de Pérgamo con la escuadra seléucida en las costas de Asia Menor y habían acabado con la destrucción de esta última: no era posible, por tanto, evitar que los romanos pasasen a Asia. Sin embargo, Antíoco intentó todavía negociar: confiaba en que aún podía evitar lo peor —¿o intentaba ganar algunos meses para acabar sus preparativos?—. Fue en vano: se le respondió que el precio de la paz sería la evacuación total de Asia Menor hasta el Tauro. En tales condiciones, estimó que más valía intentar fortuna con las armas.

El ejército romano se reunió con el ejército pergamenio en el invierno del año 190/89. El mando romano disponía de 40.000 hombres, entre los cuales había cuatro legiones. Antíoco, por su parte, había reunido contingentes de todo su Imperio y la fuerza de sus 72.000 hombres residía sobre todo en su caballería, en sus carros falcados y en sus elefantes: eligió, pues, un terreno que le permitiese rodear a la infantería romana, en Magnesia del Sípilo, sobre el río Hermo, pero fue una desastre para su ejército. ¿Estimó Antíoco que no tenía ya medios para seguir la lucha? ¿Temía las repercusiones que la derrota pudiera causar en su Imperio? ¿Debemos achacarlo a defectos de su carácter, o la convicción de que la *tyche* se había pronunciado contra él? El caso es que se resignó a negociar. Mientras las ciudades griegas de Asia abrían sus puertas a los vencedores (cuando no lo habían hecho ya), se establecieron en Sardes preliminares de paz: Antíoco renunciaría a Tracia, evacuaría Asia hasta el Tauro, proporcionaría rehenes (entre los cuales estaba su hijo, el futuro Antíoco IV), entregaría sus consejeros más hostiles a Roma, entre los cuales se hallaba Aníbal (al cual dejó huir), y pagaría quince mil talentos de indemnización. El Senado agravaría todavía más estas condiciones limitando su armamento (marina y elefantes) y prohibiendo al seléucida concertar alianzas occidentales y entablar cualquier guerra que no fuese defensiva en dirección del oeste.

Asia Menor, menos el reino de Pérgamo y los territorios rodios, quedaba en manos de Roma, pero el Senado estaba decidido a no conservar nada. Así pues, tal como sucedió después de Cinoscéfalos, el problema era saber lo que pasaría con las ciudades y los territorios. Pero mientras que en el 196 Roma sólo había tenido que vérselas con Estados griegos, a los cuales podía restituir una libertad que reclamaban, la parte principal de los abandonos impuestos al vencido consistía ahora en territorios "satrápicos" inadecuados para constituirse en Estados independientes; las ciudades griegas, únicas susceptibles de ser liberadas, no formaban más que una proporción mínima. Y, por otra parte, Roma disponía esta vez de Eumenes II, un aliado capaz de recoger la herencia seléucida. Todo ello debía ser discutido en el Senado, a donde acudieron los interesados, con el rey de Pérgamo a la cabeza.

El debate, que se desarrolló todavía en el 189, tiene gran interés, puesto que vemos al Senado ejerciendo como árbitro de este conflicto, entonces ya más que secular, que no había dejado de oponer las pretensiones anexionistas y dominadoras de las monarquías helenísticas, representadas aquí por Eumenes II, a las aspiraciones a la autonomía de las ciudades Estado, de las que Rodas, que veía en la libertad de las ciudades un medio de extender sus alianzas y su influencia a lo largo de las costas de Asia Menor, se erigió en portavoz. Los *Patres*, que no podían disgustarse con Eumenes ni con Rodas, procedieron soberanamente a una transacción: los territorios seléucidas serían repartidos entre los rodios, que recibirían toda Caria hasta el Meandro (poseían ya una buena parte), además de Licia, y Eumenes recibiría todo el resto (Quersoneso Tracio, Frigia Helespóntica, Frigia, Licaonia, Pisidia y Panfilia): era, *grosso modo*, lo que Atalo I había conquistado antaño a expensas de Antíoco Hierax y perdido después. En cuanto a las ciudades griegas, se decidió que las que eran libres antes de la batalla de Magnesia lo seguirían siendo (eran las grandes islas litorales, desde Lesbos hasta Cos, y las más importantes de las ciudades antiguas); las otras serían entregadas a Eumenes (prescindiendo de Éfeso, no son más que ciudades de segundo orden): solución arbitraria, puesto que la pertenencia o no de estas ciudades a Antíoco a comienzos del 189 no tenía era significativa respecto a sus sentimientos. De las pretensiones ptolemaicas en el Egeo no se habló ya más: Roma, que había rechazado las ofertas de una ayuda egipcia contra Antíoco, parece haber considerado que la paz del 195 entre Antíoco y Ptolomeo V había acabado con la cuestión lágida en el Egeo y Asia Menor: ¿por qué devolver a Ptolomeo lo que había abandonado mediante un tratado? Sus antiguas posesiones sufrirían, por lo tanto, la misma suerte que cuanto acababa de perder Antíoco.

Una comisión decenviral vino a regular *in situ* toda esta composición, en el 198, junto con el cónsul Manlio Vulso. Éste había dedicado los primeros meses de su mando a una expedición terrorista contra los pueblos más o menos independientes del sur de Anatolia, entregados a Eumenes, y contra los gálatas: se trataba de convencer a los unos o a los otros de que la eliminación del seléucida no era el principio de una libertad anárquica. Como el tratado había sido ratificado en Apamea, ciudad situada en el curso superior del Meandro (de ahí su nombre de "Paz de Apamea"), era necesario pasar a los hechos, lo que no resultó fácil: las donaciones hechas a Eumenes II suscitaban impugnaciones tanto por parte de Prusias I de Bitinia como del lado seléucida, y fue necesario mediar en las innumerables disputas planteadas por las ciudades griegas.

Una cosa, en definitiva, estaba clara: *la suerte de Asia Menor fue decidida por Roma y únicamente por Roma*. Antíoco no tuvo que concluir tratados ni con Eumenes, ni con los rodios, ni con los griegos liberados. Lo que éstos obtuvieron, no lo obtuvieron del vencido, sino del vencedor romano: donaciones de territorios para los unos, concesiones de libertad

para otros, fueron otros tantos *munera* del pueblo romano, que extendía su *patrocinium* a Asia. Y no hubo entre Roma y sus aliados orientales más tratados que los habidos en el 196 entre Roma y los Estados griegos. Aunque la paz de Apamea fue un argumento jurídico, los arreglos derivados de ella dependían más bien de la situación pura y simple, y la *amicitia* que ligaba a Roma con sus obligados no era sino un lazo moral. Con una sola batalla Roma, conquistó Asia Menor: la distribuyó entre sus amigos y se retiró en seguida (ya en el 188); de su victoria —de sus victorias, tendríamos que decir, puesto que no cabría separar aquí Cinoscéfalos de Magnesia del Sípilo— acabó por obtener un solo resultado: el que hace de ella el árbitro del mundo helenístico.

Este doble arbitraje, en el 196 y en el 189/8, modificó profundamente el mundo oriental. El equilibrio inestable que había presidido más de un siglo antes los destinos de las tres grandes monarquías situadas alrededor de la cuenca oriental del Mediterráneo estaba roto. O, más exactamente —puesto que la noción de ruptura de equilibrio podría sugerir la preponderancia de uno de estos Estados a expensas de los demás, lo que habría podido ser el caso si Antíoco III no hubiese entablado y perdido la partida contra Roma— el mundo helenístico del siglo III se hallaba dislocado. Macedonia se veía restringida a su territorio nacional del 196⁴²⁸; el Imperio seléucida quedaba separado del Egeo y remitido a sus problemas orientales; Egipto estaba asimismo separado del Egeo (en lo cual Roma no hacía más que ratificar la obra de Antíoco III) y visto como algo desdeñable: esto no fue, sin duda, obra tan sólo de Roma, puesto que el debilitamiento de los lágidas y de los seléucidas era anterior a su aparición en escena, sino que se trató más bien de una situación sellada por dos intervenciones militares romanas.

Esta situación entrañaba sus riesgos. Entre los tres grandes Estados helenísticos se abrió un vacío temible, que Roma no tenía intención de ocupar, ni siquiera de organizar. Sólo algunas ciudades griegas, a la cabeza de las cuales se hallaba Rodas, podría en adelante hacerse cargo de aquella policía de los mares, que había estado asumida por la talasocracia lágida; el crecimiento desmesurado del reino de Pérgamo tenía seguramente como objetivo hacer de él, entre una Macedonia que miraba otra vez hacia Tracia y una dinastía seléucida que podía intentar nuevamente cruzar el Tauro, un Estado tope capaz de dispensar a Roma de ejercer la vigilancia en esta zona. Es cierto que el propio poderío con que se había colmado a Pérgamo podía sugerir cierta libertad de acción a sus soberanos: y efectivamente, las relaciones se enfriaron con rapidez, antes incluso de la muerte de Eumenes II, como también terminó muy pronto la confianza existente entre Rodas y Roma.

En el juego oriental, Roma había redistribuido las cartas: pero, en la nueva partida que se iniciaba en el 188, nadie conocía aún con exactitud las reglas. Nuestra lucidez de historiadores nos hace “prever” que aque-

⁴²⁸ Es cierto que tiende a salir nuevamente de él a partir del 191.

llas serán dictadas desde el oeste —pero los acontecimientos probarían que esa “predicción” no estaba clara ni para Filipo V, ni para Perseo, su hijo, ni para Antíoco IV⁴²⁹ ni para algunos otros—. Puede que ni siquiera para la misma Roma.

⁴²⁹ Véase el tomo III de esta colección. Antíoco III encontró la muerte a comienzos de julio del 187, durante un oscuro asunto de saqueo del templo, en Elimaida: sin duda se disponía a volver a Irán, en donde cabe pensar que su reciente catástrofe provocó nuevos movimientos de secesión, que comprometieron los resultados de su prestigiosa “anábasis”.

SEGUNDA PARTE

LOS MARCOS POLÍTICOS DEL MUNDO HELENÍSTICO

Las páginas que acabamos de leer nos han mostrado en qué medida la conquista de Alejandro y el tiempo inmediatamente posterior habían renovado el mundo griego y oriental antiguo. Si la historia griega arcaica y clásica podía ser considerada casi exclusivamente bajo el punto de vista de la *polis*, mientras que la historia de oriente estaba absorbida, desde el siglo VI, por la del Imperio persa (si hacemos excepción del intermedio de independencia de Egipto en el siglo IV), de ahora en adelante todo se halla modificado. Pero, aunque estas mutaciones fueran lo bastante radicales como para justificar en sí mismas la inauguración de una época histórica nueva, no aparecen como innovaciones totales. Efectivamente, el mundo político helenístico contiene, por un lado, supervivencias del pasado griego (puesto que habrá que esperar al final de la conquista romana para que la *polis*, como entidad política independiente, desaparezca definitivamente de la partida); encerraba, por otra parte, procesos originales a partir de hechos griegos (desarrollo del federalismo); y, por último, la constelación de Estados monárquicos representaba en sí misma paradójicamente el retroceso a una situación anterior al Imperio persa, puesto que los conflictos de los Diádocos dislocaron de nuevo lo que los aqueménidas habían reunido, de modo que el mapa del mundo político helenístico —sobre todo a partir del momento en el que el Imperio seléucida empezó a descomponerse, en Irán y en Anatolia— se parece más al mapa anterior a la mitad del siglo VI que al de la época del advenimiento de Alejandro. Desde este punto de vista, la novedad reside no tanto en las grandes líneas de la geografía política cuanto en el hecho de que las renovadas entidades políticas, delimitadas por esas grandes líneas, estuvieron en adelante bajo el dominio greco-macedonio. Este punto es evidentemente lo esencial, no sólo porque los helenos serían los artesanos de la difusión de su civilización en países a donde aquélla no había llegado o lo había hecho escasamente, sino también porque estos nuevos dueños alógenos del viejo mundo oriental seguirán siempre siendo *mediterráneos*. Mientras que,

para el mundo oriental antiguo, las orillas del Mediterráneo no habían representado nunca más que una zona marginal, fue el Mediterráneo oriental, por el contrario, el territorio que se convertiría en centro de gravedad del mundo helenístico: a su vez, las tierras continentales del interior tenderán a no ser más que un simple apéndice, pesado y frágil a un tiempo. Fue en estas orillas del Mediterráneo en donde nació el mundo helenístico al final del siglo IV y será a orillas del Mediterráneo en donde agonizará durante el siglo I. Las monarquías helenísticas parecen haber sido, al menos durante los primeros siglos de su existencia (antes de que Roma tomase el relevo), las principales fuerzas activas de la historia política; así pues, empezaremos con ellas el examen de las formas políticas de la época.

CAPÍTULO PRIMERO

LA REALEZA HELENÍSTICA

La realeza, o la monarquía helenística, y los reinos helenísticos: distingamos entre el fenómeno general, del que la época extrajo sus peculiares matices, y sus manifestaciones directas, que analizaremos más tarde.

I.—LOS ANTECEDENTES

El hecho de que las monarquías helenísticas —a excepción de Macedonia y Épiro— fueron sobre todo orientales, podría inducirnos a asignarles principalmente antecedentes orientales, egipcios para los lágidas, mesopotámicos e iraníes para los seléucidas. Pero sus caracteres greco-macedonios nos conducirán a interesarnos primero por el viejo mundo helénico, a fin de captar los orígenes.

Los griegos nunca desconocieron el hecho monárquico. Distingamos aquí entre la noción de “monarquía” (poder ejercido por un *hombre*, cualquiera que sea su título) y la de “realeza” (*basileia*): aunque algunas ciudades griegas hubieran conservado una realeza, ésta no representaba más que un fósil institucional, incluso en Esparta. Pero la monarquía no había desaparecido jamás en el mundo griego desde que en el siglo VII las *tiranías* hiciesen su aparición, y su resurgimiento durante el siglo IV en Sicilia, en Tesalia, etc., había llamado nuevamente la atención sobre el hecho monárquico dentro del mundo griego. Por otra parte, los griegos de Europa habían conocido la realeza en su modalidad macedonia, y Filipo II había contribuido sustancialmente a la hora de reimplantar la idea de una monarquía real en la opinión helénica, que la había acogido con sentimientos divididos y generalmente hostiles: es cierto que los griegos aparentaban considerar a los macedonios como semi-bárbaros y que la noción misma de realeza encerraba, en la mentalidad de la mayoría, un coeficiente negativo de “barbarie” en la medida en la que “el Rey” era, ante todo, el rey persa, y que su poder era considerado inaceptable por los ciudadanos libres griegos. Esto explica sin duda que ningún tirano se arriesgase a tomar el título real y que los reyes macedonios evitasen siempre su uso en las relaciones con las ciudades griegas.

Pero ya hemos visto⁴³⁰ que el movimiento de las ideas políticas trajo consigo, en el siglo IV, una corriente favorable a la idea monárquica. La inestabilidad de la vida política de las ciudades debía necesariamente conducir a ciertas personas a buscar los medios convenientes para lograr a la vez mayor continuidad y mayor sabiduría en la dirección de los asuntos políticos: la idea de la realeza encajaba aquí, como testimonia la política de Platón, en donde se dibuja el perfil del "hombre real" (*basilikós aner*), poseedor de una "ciencia cognitiva" que lo pone por encima de las leyes positivas y hace de él la fuente misma de la ley. Pero fue sobre todo el espectáculo de las disensiones entre ciudades lo que suscitó la búsqueda de soluciones nuevas. La solución propiamente griega podría haber sido el federalismo en el seno de la "paz común", pero ya hemos visto cómo esta solución fracasó y que eso condujo a algunos a desear la unificación de las fuerzas griegas bajo la autoridad de un hombre que ya empuñase un poder personal en su propia ciudad o en su propio país: solución que acabó por ser la de Filipo II. Esta desviación de la política griega hacia una solución monárquica tendría tan sólo un interés limitado (puesto que estas ideas no tuvieron casi influencia práctica) si no abarcase un aspecto de la evolución de las ideas y de las costumbres cuyos orígenes hemos analizado en el volumen precedente, a saber, el auge del individualismo a expensas de las normas cívicas tradicionales: si la fuerza, el talento y el éxito justificaban que el individuo emancipado reivindicase el poder, ¿no eran éstas las mismas cualidades que se reconocían a aquellos a quienes se atribuía posible capacidad para federar? Serán, en todo caso, algunas de las cualidades que legitimarían el poder de los reyes helenísticos.

¿Y qué sucede con los antecedentes orientales de las monarquías helenísticas? En otras palabras, ¿en qué medida las realezas orientales modificaron la monarquía macedonia transferida a Oriente? Pregunta compleja y no siempre clara. Volvamos brevemente al comportamiento del mismo Alejandro, que sería en gran medida determinante para sus "herederos", los Diádocos. Es evidente que en Egipto Alejandro se erigió en sucesor de los faraones —en lo cual no hizo más que seguir a los primeros Aqueménidas: convertirse en faraón y dios era, en cierto modo, el reglamento del juego para los conquistadores de Egipto—. Pero la única visita de Alejandro a Egipto fue demasiado breve como para afectar profundamente su concepción personal de la realeza. No ocurrió lo mismo en Asia, en donde percibimos la adhesión del conquistador al sistema de la realeza persa: hemos visto que se alzó como sucesor de los Aqueménidas, que adoptó algunos elementos del ceremonial persa, que dejó subsistir el sistema administrativo persa, que mantuvo en su lugar al personal iraní y que finalmente se esforzó por situar en un mismo nivel a sus macedonios y a la élite de los vencidos iraníes: está claro que no proyectaba imponer al antiguo Imperio persa un despotismo extranjero, sino integrarse él mismo, y los macedonios con él, en la tradición Aqueménida. Si Ale-

⁴³⁰ *Supra*, p. 193.

jandro hubiese vivido, esa actitud habría ejercido una influencia profunda sobre el futuro —puesto que resultaba, además, evidente que la realeza macedonia era inaplicable en Asia.

Pero Alejandro no vivió más tiempo, y sus sucesores abandonarían el camino por el que el macedonio se había adentrado. Tenemos que distinguir entre Egipto y Asia. En Egipto, los Lágidas tuvieron que incorporarse a la tradición faraónica por fuerza mayor —pero tan sólo de cara a los indígenas: fue, hasta cierto punto, una monarquía con dos rostros, pero el semblante egipcio no representó más que una capa bastante artificial—. En Asia, las cosas fueron más complejas. Aunque un Antígono el Tuerto o un Lisímaco parecen haberse comportado como conquistadores extranjeros en las partes asiáticas del Imperio que les cayeron en suerte (como Ptolomeo en Cele-Siria), Seleuco parece haber sido más prudente: aunque nada indica que se considerase jamás como heredero de los soberanos persas, no por ello guardó menos miramientos por la opinión de los iraníes, aunque sólo fuese al no repudiar a la esposa iraní que el Conquistador le había impuesto, procurándose así un heredero medio iraní: sin duda Seleuco había comprendido que le sería imposible mantener un imperio que se extendía desde el Mediterráneo hasta las estepas, el Hindu Kush y los confines de la India si no lograba que los iraníes participasen en el juego. Pero, salvo algunos detalles, puramente formales, la realeza seléucida no se configurará como una prolongación de la realeza persa: como las otras realezas helenísticas, será algo nuevo, en donde domina el componente greco-macedonio. Así pues, si dejamos aparte los casos marginales de algunos reinos indígenas más o menos helenizados (Bitinia, Ponto, Capadocia y Armenia) y, probablemente, el caso de las realezas griegas de Bactria y de India, sobre cuya naturaleza no sabemos gran cosa, parece, pues, que la concepción misma de la realeza helenística debe sólo muy poco a sus antecedentes orientales: debemos intentar entenderla en sí misma, como fenómeno original.

II.—EL FENÓMENO MONÁRQUICO HELENÍSTICO Y SUS VARIEDADES⁴³¹

Las realezas ejercidas por los Lágidas, los Seléucidas, los Atálidas, los Antigónidas de Macedonia y algunos otros dependen de la misma categoría histórica. Y sin embargo, si intentamos definir de forma completa y precisa alguna de estas realezas, esa definición no convendría exactamente a las demás. Existe un hecho en particular que diferencia el poder de los soberanos que reinaron en Oriente del de los soberanos que

⁴³¹ OBRAS DE CONSULTA.—Todas las obras de carácter general (ver nota 324) tratan sobre la realeza. Véase además V. Ehrenberg, *Der Staat der Griechen*. II: *Der hellenistische Staat*, Leipzig, 1958; 2.^a ed., Zurich, 1965; traducción inglesa *The Greek State*, 2.^a ed., Londres, 1969 (una traducción francesa se halla en prensa); A. Aymard y A. Heuss, *La monarchie hellénistique*, X. *Congreso intern. di scienze storiche. Roma 1955*, vol. II, pp. 201 sqq. La contribución de A. Aymard ha sido nuevamente publicada en *Etudes d'Histoire Ancienne*, Paris, 1967, pp. 123 ss.; H. W. Ritter, *Diadem und Königsherrschaft*, Munich, 1965.

reinaron en Europa, y es que el primero se ejercía simultáneamente sobre helenos y sobre "bárbaros", mientras que el segundo se ejercía tan sólo sobre helenos⁴³². Ahora bien, como los estatutos de los helenos y de los indígenas habían sido muy diferentes en las monarquías orientales, resulta de ello que la naturaleza del poder que los reyes ejercían sobre los unos y los otros debía ser también diferente. Algunos historiadores modernos partieron de esta base para estimar que una definición general de la realeza helenística sólo podría formularse considerándola exclusivamente como una acción que se ejerce sobre los helenos: para los indígenas, los soberanos helenísticos no habrían sido más que pseudo-faraones, pseudo-reyes de Babilonia, pseudo-Aqueménidas, etc. Abstracción intelectual que no es recomendable ni por su credibilidad ni por su fecundidad... Es preciso tener conciencia del hecho de que los helenos no constituyeron nunca más que una minoría en Oriente, frente a una masa enorme de indígenas. Eliminar a éstos en razón de lo que pensaban permite quizá hacer de la realeza helenística un fenómeno aparentemente más inteligible, pero conduce sobre todo a privar a las monarquías helenísticas de su originalidad, que reside precisamente en el hecho de que el poder real se ejercía sobre poblaciones heterogéneas⁴³³, dentro de las cuales el elemento indígena debió plantear algunos de los problemas más difíciles, a mayor o menor plazo, y más fatales para la existencia misma de los Estados. El hecho de que un Ptolomeo o un Antíoco apareciesen a los ojos de los indígenas como sustitutos más o menos ilegítimos de antiguos soberanos nacionales no resta nada al hecho de que eran, en su papel, los mismos hombres que los *basileis* reconocidos por la minoría helénica, ni tampoco al hecho de que esta última se hallaba constituida, como la mayoría indígena, de *súbditos* del rey, ni al hecho, finalmente, de que si la minoría helénica disfrutaba de privilegios, no por ello cooperaba menos, junto a la mayoría indígena, en el cumplimiento de una misma finalidad, que era la riqueza, la potencia y el prestigio del rey. En la esencia de este fenómeno general que es la monarquía helenística, debemos, pues, reconocer una diferencia entre Europa y Oriente.

Pero existe otra, igualmente importante. En Europa, los Antigónidas macedonios y los Eácidas epirotas ejercieron su poder sobre comunidades "nacionales": existe un pueblo macedonio y un pueblo epirota, sobre los cuales reinan, desde tiempos protohistóricos, dinastías "nacionales". Evidentemente, no sucede así en Oriente, en donde ni los Lágidas, ni los Seléucidas, ni los Atálidas reinaban sobre "naciones" egipcias o asiáticas, porque lo que caracteriza el poder de estos soberanos es la heterogeneidad étnica de sus súbditos. Por ello, se ha propuesto el calificar a las monarquías helenísticas orientales de "personales" en la medida en que era la persona del rey la que constituía el elemento federador de los rei-

⁴³² O, si se prefiere, sobre "greco-macedonios": la distinción entre griegos y macedonios no se borrará nunca por completo, pero sólo es esencial políticamente en Europa. En cambio, desde el punto de vista cultural tiende cada vez más a borrarse.

⁴³³ *Infra*, p. 395.

nos. La distinción entre realezas “nacionales” y “personales” no es falsa, pero conviene no forzarla —menos porque los soberanos orientales han conservado siempre el recuerdo de sus orígenes macedonios que porque la realeza macedonia o epirota de la época helenística adquiriese, por su parte, caracteres más personales que los que había tenido en el pasado. No obstante, Europa y Oriente nos proporcionan cómodas bases para un análisis del fenómeno monárquico helenístico.

III.—LA REALEZA HELENÍSTICA EN EUROPA: MACEDONIA Y ÉPIRO ⁴³⁴

Por ser la realeza macedonia la fuente común de todas las realezas helenísticas, es legítimo empezar por ella. Esta realeza, que no examinaremos aquí sino a partir de la instalación definitiva de la dinastía antigónida⁴³⁵, conserva bases cercanas a las que existían en la época argeada, y su carácter nacional se expresa en su titulación real: “X... hijo de Z... rey de los Macedonios (*basileus Makedonon*)”: que el rey sea “de los macedonios” y no de “Macedonia” no debe sorprendernos: responde a la concepción antigua según la cual no existe “Estado” independientemente de una comunidad humana concreta. En Macedonia, el hecho se verifica también en una fórmula alternativa: “el rey X... y los macedonios”, la cual, mejor aún que la anterior, revela que la entidad política macedonia se expresa en la dualidad del pueblo y de su rey. Esto implica que el rey —al menos en teoría— no es “absoluto”: sin duda sus poderes no estaban limitados por una “constitución”, pero sí por la costumbre que encarnaba la Asamblea de los Macedonios. La competencia de esta Asamblea, sobre la cual los textos no son muy explícitos, aparece en ciertos casos. Así, en la firma de tratados: es con un “rey Antígono (¿Gónatas?) y los macedonios” con quien se aliaron en cierto momento dos ciudades cretenses; fue con “el rey Filipo y los macedonios” con quien concluyó su alianza del 215 Aníbal; y, en su relato de las relaciones con Roma, Polibio y Tito Livio mencionan regularmente la fórmula “el rey y los macedonios”. La Asamblea no participaba, evidentemente, en las negociaciones; incluso no es seguro que sancionase los tratados por aclamación —pero “los macedonios” figuran en los tratados como una personalidad jurídica colectiva cuya presencia era necesaria para la expresión de la voluntad del Estado

⁴³⁴ OBRAS DE CONSULTA.—Sobre Macedonia véanse diversos artículos de A. Aymard, *Le protocole royal grec et son évolution*, R.E.A., L, 1948, pp. 232 sqq.; *Basileus Makedonon*, R.I.D.A., IV, 1950, pp. 61 ss.; *L'usage du titre royal dans la Grèce classique et hellénistique*, Rev. histor. Dr. franç. et étr., 1949, pp. 579 ss.; estos trabajos han sido recogidos en A. Aymard, *Études d'Histoire ancienne*, Paris, 1967, en donde también se encuentra: *Sur l'Assemblée macedonienne* (a propósito de P. de Francisci, *Arcana Imperii*, II, Milán, 1947, libro V).

Sobre Épiro: G. N. Cross, *Epirus. A study in Greek constitutional development*, Cambridge, 1932; P. R. Franke, *Alt-Epirus und das Königtum der Molosser*, Kallmünz, 1955; P. Lévêque, *Pyrrhos*, Paris, 1957; N. G. L. Hammond, *Epirus. The geography, the anc. remains, the history and the topography of Epirus and adjacent areas*, Oxford, 1967.

⁴³⁵ *Supra*, p. 322.

Macedonio—. La Asamblea, por otra parte, intervenía en la sucesión real al menos en ciertas circunstancias. Así, durante los disturbios que siguieron a la muerte de Casandro, Demetrio Poliorcetes, Lisímaco, y después Ptolomeo Cerauno y, sin duda, Antígono Gónatas, fueron sucesivamente elegidos reyes por aclamación. Y fue de esta manera como Antígono Dosón, antes de ser proclamado rey, resultó designado tutor de Filipo V y regente: la Asamblea de los macedonios conservaba la final del siglo III el poder de designar al rey. Por consiguiente, una definición completa de la monarquía macedonia debe hacer intervenir a “los macedonios” junto al rey, macedonios que en ningún caso pueden ser considerados como “súbditos del rey”, como son “súbditas” las poblaciones de los reinos orientales.

Pero este carácter “consuetudinario” de la realeza tiende, en muchos casos, a convertirse en una fachada tras la cual se afirma un absolutismo real de hecho: los Antigónidas parecen haber gozado de tanta libertad de acción como sus contemporáneos seléucidas y lágidas, y sin embargo Polibio, que escribió en el siglo II, subraya aún “la libertad de palabra de la cual han gozado siempre los macedonios hacia sus reyes” (V, 27, 6), libertad que debemos poner en relación con el hecho de que ni el fasto de las cortes orientales ni la divinización real penetraron en Macedonia. El de la realeza macedonia helenística es, desde luego, un fenómeno complejo, pues el absolutismo característico de la monarquía helenística se abre paso a través de las tradiciones nacionales sin llegar por ello, según parece, a eliminarlas. Quizá los fundamentos consuetudinarios de la realeza favoreciesen, hasta cierto punto, el poder personal de los reyes, proporcionándole una base más consolidada y aceptada que la del poder de los soberanos orientales.

Las cosas están menos claras aún en el Épiro. No parece, de hecho, que podamos hablar de una realeza “epirotas”. En este país, pobre y montañoso, cohabitaban varios pueblos, emparentados entre sí, aunque distintos: los molosos, los caones y los tesprotas. Los molosos eran los más importantes, bajo la realeza regional de los Eácidas. En el último tercio del siglo IV, las tribus epirotas constituyeron una “alianza de los epirotas”, en el seno de la cual los molosos conservaron su realeza tradicional, sin que podamos probar que ninguno de los reyes llevase jamás el título de “rey de los epirotas”. Sin embargo, no por ello los reyes molosos ejercieron menos, en esta época, una autoridad sobre los demás epirotas: ¿era una autoridad de carácter “real” o simplemente una hegemonía de la alianza? No podemos plantear este problema más que a propósito de Pirro —el cual desborda el marco étnico epirota—. Pirro, en efecto, que ejercía sobre los molosos una realeza análoga a la de los reyes macedonios, había aprendido a conocer la realeza “personal” junto a los Antigónidas y luego junto a Ptolomeo I. Mas, durante su expedición occidental, la calidad real y el título de rey le fueron reconocidos por sus aliados italiotas y siciliotas —pero no la calidad y el título de “rey de los italiotas” o de “rey de los siciliotas”: dueño de una realeza que nadie podía dicitirle, Pirro sólo parece haber sido considerado en Occidente como *hegemon* de una alian-

za-. Al igual que Alejandro, Pirro parece haber combinado en su persona la realeza "nacional" y la realeza "personal", separada de todo substrato étnico, que se desarrollaba entonces en Oriente.

Aunque estos dos ejemplos permiten comprender uno de los orígenes y de los componentes de la realeza helenística, debemos añadir que ahí están los orígenes de los que la realeza helenística (como fenómeno *sui generis*) se separó. Este fenómeno político *sui generis* únicamente podemos entenderlo en Oriente.

IV.-LA MONARQUÍA HELENÍSTICA EN ORIENTE ⁴³⁶

La transferencia de la realeza macedonia a Oriente significó la ruptura con las tradiciones nacionales. El mismo Alejandro había seguido siendo "rey de los macedonios" en Macedonia y para el ejército macedonio que llevó con él, pero el hecho de que reinase en adelante sobre bárbaros, así como el hecho de que heredase la sucesión de los faraones y de los Aqueménidas, el hecho sobre todo, seguramente, de que en su fuero interno se sintiese cada vez más rey universal —todo ello borró el recuerdo de la monarquía nacional macedonia: por eso no se presentó ya, en Oriente, sino como "el rey Alejandro"—. Tras su muerte, el lazo que unía la realeza al pueblo macedonio todavía se distendió más, hasta acabar por romperse. En Asia y en Egipto, donde los greco-macedonios (entre los cuales los griegos no tardaron en ser más numerosos que los macedonios) tan sólo fueron una pequeña minoría, proclamarse "reyes de los macedonios" no habría sido más que una ficción por parte de las nuevas dinastías. Sin duda, veremos en fechas tardías a Lágidas o a Seléucidas calificarse ocasionalmente de "macedonios"; sin duda asistiremos, también tardíamente, a aclamaciones militares (pero por ejércitos que ya no tenían nada en común con el pueblo macedonio en armas) —recuerdos lejanos y manifestaciones ficticias sin alcance real—. En cuanto a pretender ejercer una realeza "nacional" sobre los asiáticos o sobre los egipcios, era impensable⁴³⁷.

De este modo, así como Alejandro no había sido en Oriente más que el "rey Alejandro", sus herederos orientales serían simplemente "el rey Antígono", "el rey Ptolomeo", "el rey Seleuco", etc. Reyes no de un pueblo o con un pueblo: "reyes" simplemente, sin calificativos étnicos. Definiciones geográficas tales como "rey de Egipto" o "rey de Asia" tampoco podían concebirse, como lo mostrará la dificultad que experimentaron los

⁴³⁶ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general citadas en nota 324, y los trabajos sobre la monarquía helenística en general (nota 431), véanse la obras siguientes relativas al culto monárquico: Chr. Habicht, *Gottmenschen und griechische Städte*, 2.ª ed. aumentada, Munich, 1970; L. Cerfaux y J. Tondriau, *Le culte des souverains dans la civilisation greco-romaine*, Paris, 1957; F. Taeger, *Charisma. Studien zur Geschichte des antiken Herrscherkultes*, I, Stuttgart, 1957; J. Ijsewijn, *De sacerdotibus sacerdotiisque Alex. Magni et Lagidarum eponymis*, Bruselas, 1961.

⁴³⁷ Sobre la ficción faraónica de los tolemeos, *infra*, p. 411.

contemporáneos para designar a los tres Tolomeos que, en el siglo II, reinarían simultáneamente sobre Egipto, Chipre y Cirenaica, y a quienes una inscripción llamaría torpemente "el rey Ptolomeo el que reina en Alejandría, el rey Ptolomeo, el que reina en Chipre, y el rey Ptolomeo, el que reina en Cirene": localizaciones geográficas y no definiciones políticas —estos soberanos eran simplemente "el rey que reina en..."

Si intentamos determinar los caracteres de esta realeza que no se define más que por sí misma, comprobamos que sus bases y justificaciones son ante todo⁴³⁸ inherentes a la persona real: es rey aquel a quien sus contemporáneos reconocen las cualidades "reales", las que hacen de él un hombre digno de mandar a los demás, confiriéndoles derechos prácticamente ilimitados, pero imponiéndoles también ciertos deberes: como procede de las capacidades individuales, el poder real se inserta en un contexto étnico propiamente griego.

Las conquistas de Alejandro y las luchas de los Diádocos darían primordial importancia, entre las cualidades reales, a la capacidad guerrera. El rey es, por excelencia, el Victorioso. Sin duda, esta cualidad no es puramente humana: la victoria es otorgada por los dioses a quien la merece —pero ese carisma no tiene nada que ver con la divinidad del rey: la veneración de Seleuco I por Zeus victorioso (*Nikator*) expresa la conciencia de dicho carisma, pero fue tan sólo después de su muerte cuando Seleuco fue divinizado como Seleuco Nicator y éste no era un desarrollo necesario—. De la victoria carismática proviene el derecho fundamental del rey a ser propietario de los países conquistados, que son objeto personal o, según una concepción homérica recuperada por Alejandro, su "tierra conquistada por la lanza" (*ge doriktetos*). Esta concepción funda el carácter patrimonial del rey; base a su vez del nuevo derecho dinástico. Pues si el derecho dinástico existía en Macedonia, lo que los reyes macedonios se transmitían era la realeza en cuanto función, pero no el reino como un bien, que era cosa propia del pueblo macedonio. Por otra parte, en los reinos helenísticos de Oriente la herencia real comprende, al mismo tiempo que la dignidad real simbolizada por la diadema, el patrimonio territorial de la familia real. Las luchas dinásticas de los Lágidas y de los Seléucidas no tenían por motivo tan sólo la dignidad real, sino también la herencia material, que en ocasiones llegaría a repartirse, y sobre esta concepción patrimonial será sobre lo que se funden las donaciones en precario —y luego, sobre todo, los legados de reinos que recibe Roma⁴³⁹—. Dominio patrimonial: en cuanto tal era el reino administrado y explotado: el personal político y administrativo dependía

⁴³⁸ Es decir, esencialmente y en su origen —antes de que se produzca la herencia.

⁴³⁹ Legado del reino de Pérgamo por Atalo III en el 133; de Cirenaica por Ptolomeo Apión en el 96; de Bitinia por Nicomedes IV en el 74: véase el volumen siguiente de esta colección. Apuntemos que aunque la concepción patrimonial del reino posee quizá antecedentes faraónicos, no tiene ninguno de origen persa, y que el documento más antiguo que tengamos sobre el tema, el pseudo-testamento de Alejandro (creado, al parecer, al día siguiente de la muerte del Conquistador) adopta la forma de un testamento griego.

del soberano y se reclutaba en un círculo de relaciones personales, el de los "amigos" (*philoí*) del rey (que no son necesariamente los de su predecesor, ni los de su sucesor), con los cuales se formaba en particular el consejo real⁴⁰; los asuntos de estado eran "los asuntos del rey" (*basiliká pragmata*); los ingresos del estado eran "los ingresos del rey" (*basilikai prosodoi*); el ejército, "las fuerzas del rey" (*basilikai dinameis*), y así sucesivamente: no hay Estado independientemente de la persona del rey. Sin duda, diversas razones condujeron a los Seléucidas y a los Lágidas a consentir en provecho de particulares o de colectividades el abandono de sus soberanía sobre partes, más o menos extendidas, de su reino, y estas alienaciones redujeron los dominios reales propiamente dichos (*chora* o *ge basiliké*). Pero, más allá de estos derechos que consentía a otros, el Rey quedaba propietario eminente, pudiendo volver a tomar lo que había alienado.

El carácter patrimonial del reino tenía como consecuencia el que los hombres que vivían en él eran todos súbditos del Rey⁴¹, y no tenían otros derechos sino los que les consentía el Rey. El ámbito de la vida de los Helenos de los reinos orientales (sobre todo en Asia, no en Egipto) siguió siendo la *polis*, y las relaciones entre el soberano y sus súbditos griegos se situarán sobre todo en el marco entre la relaciones entre la realeza y las ciudades, problema que veremos más tarde⁴². Pero apuntemos desde ahora que las *poleis* comprendidas en los límites de un reino no podían en modo alguno gozar de su libertad (*eleuthería*), en su sentido clásico de soberanía: frente a la única soberanía real, podían como mucho pretender una autonomía municipal, y sus ciudadanos no son ciudadanos del reino, noción que resulta inconcebible. El Rey tiene derecho de vida o muerte sobre hombres que, tanto helenos como bárbaros, no son más que sus súbditos; tiene también derecho a disponer de sus ingresos por explotación fiscal, y derecho a legislar para ellos. Aunque la vieja noción griega de la ley o *nómos* aparece en la teoría filosófica de la realeza, no aparece en la práctica. Las cancillerías reales helenísticas legislaron bajo diversas formas diplomáticas: el término *prostágma* u "ordenanza" es el que mejor expresa la naturaleza de la ley real, pero el *diagramma* (o *diagrafé*), que no designa más que el carácter "escrito" del acto, tiene el mismo significado. Los "edictos" o las "ordenanzas" tenían normalmente validez sobre todo el reino, mientras que la "carta" real (*epistolé*)⁴³ se utilizaba a menu-

⁴⁰ Debemos añadir aquí a los "parientes" (ficticios) del rey (*syngeneis*): con el tiempo, veremos cómo este círculo de "amigos" y "parientes" se jerarquiza, sin que de momento sea posible establecer correspondencias entre los grados de esta jerarquía y el ejercicio de ciertas funciones. Estas dignidades áulicas combinan elementos macedonios y elementos persas, pero el medio social en el que figuran es casi exclusivamente greco-macedonio: es el "círculo dirigente", en ningún caso una aristocracia hereditaria.

⁴¹ Pero no lo son los macedonios libres de Macedonia.

⁴² *Infra*, pp. 400 ss.

⁴³ El *epistolographeus* real, "encargado de la correspondencia", existe en todas las cortes. Las *epistolographeia* (despachos de la correspondencia) helenísticos son el origen de los despachos *ab epistulis* del Imperio romano.

do para tratar casos particulares, enviada bien a una ciudad, bien a un funcionario. Esta legislación real no atañía más que al derecho público y, principalmente, a la administración y al fisco, pero no al derecho privado: en cuanto a éste, solía remitirse a las costumbres locales o, en el caso de los griegos, al derecho griego, que, en materia privada, no cesa de uniformizarse⁴⁴⁴. Bajo todas sus formas, los actos legislativos reales expresaban la voluntad única del soberano, mientras que el derecho público no suponía derechos de los súbditos que limitasen los del soberano. El Rey podía dignarse a escuchar las quejas y responder a ellas con las concesiones que su interés le dictase, pero no estaba obligado a ello como en el supuesto de un sistema constitucional, que no existía —tampoco estaba obligado a aceptar las opiniones de sus “amigos”—. Así pues, el soberano era, en el sentido más personal del término, *absoluto e irresponsable*⁴⁴⁵.

Aunque los derechos del soberano eran teóricamente ilimitados, tenían como contrapartida una serie de deberes que ninguna ley positiva definía, pero que en cierto modo constituían el armazón moral de la monarquía. No se trataba sólo de las duras tareas que el gobierno, la administración y la defensa de sus reinos imponían a los soberanos⁴⁴⁶, sino también de un ideal moral que hunde sus raíces tanto en las realidades antiguas de la *polis* como en la filosofía política. Es sobre todo en este aspecto en donde las realidades helenísticas de Oriente dejaron de ser simples prolongaciones macedonias de la realidades indígenas para convertirse en algo auténticamente griego. Así como una de las bases morales de la *polis* había residido en la *areté*, la “virtud” cívica del ciudadano, los súbditos helenísticos esperan de sus soberanos una *areté* real, y los mejores de estos soberanos se sentían obligados a encarnarla. Esta virtud real se expresaba en un vocabulario muy rico que no conocemos tan sólo por los escritos teóricos, sino también por documentos oficiales que atestiguan su personalidad y su permanencia. No eran ni el valor militar (*andragra-théia*) ni la justicia (*diKaiosine*) las que figuraban en los primeros puestos de entre las virtudes reales, sino, junto a la piedad (*eusebeia*), toda una colección de cualidades morales destinadas a servir como base de las rela-

⁴⁴⁴ En donde hay ciudades griegas, el derecho que se mantiene en vigor es el de la ciudad; allí en donde los griegos no viven en *poleis*, como en Egipto, se trata de un tipo de *corpus iuris* informal, que la administración real califica de *politikoi nomoi*, lo cual no implica referencia alguna al derecho de una *polis* cualquiera. En todos los casos (derechos indígenas o derecho griego), no se trata más que de un “derecho consuetudinario” en el sentido en el que lo entienden los juristas, es decir, de un derecho que, escrito o no, no procede de una fuente real.

⁴⁴⁵ La teoría expresa esta irresponsabilidad calificando al poder real de *anhypeuthynos arché*, lo cual no se puede comprender más que haciendo referencia a las tradiciones democráticas de la *polis*, donde los magistrados son *hypeuthynoi*, sometidos a la rendición de cuentas o *euthyna*.

⁴⁴⁶ La definición de la realeza como una “gloriosa esclavitud” (*endoxos douleia*) ha sido atribuida a Antígono Gónatas: esta definición podría aplicarse perfectamente a los soberanos helenísticos de Oriente.

ciones humanas: la amistad (*philia*), el amor de la humanidad (*philanthropía*)⁴⁴⁷, la beneficencia (*euergesía*), la magnanimidad (*megalopsycheía*) y, sobre todo, entre muchas otras, la abnegación benevolente (*eunoia*), la cual, unida a la confianza o a la fidelidad (*piestsis*), y recargada con un coeficiente de reciprocidad, apareció frecuentemente como centro de las relaciones entre los soberanos y sus súbditos griegos. No hay duda de que todo esto no debe tomarse al pie de la letra, tanto más cuanto que estas nociones figuran en formularios estereotipados que les restan una parte de su espontaneidad. No obstante, en un contexto político definido por el poder ilimitado del soberano y la obediencia de los súbditos, ante la ausencia de un sistema institucional como el que había elaborado la *polis* para proteger los derechos del individuo y definir las condiciones del ejercicio del poder, así como de una tradición consuetudinaria del tipo de la de Macedonia, la afirmación constante de las virtudes reales creaba alrededor del poder real un tipo de *aura* ética que el soberano difícilmente podía olvidar. Son estas virtudes reales las que hacen de la concepción helenística de la monarquía algo diferente de la tiranía o incluso de ese despotismo “bueno para los esclavos” que los griegos habían fingido ver en la realeza persa.

Existe, finalmente, un rasgo mediante el que la realeza helenística de Oriente se diferencia de la realeza macedonia, y es la divinidad real. Debemos guardarnos de ver en ella un fenómeno de esencia oriental. Si los Tolomeos no hubiesen sido más que faraones extranjeros que reinaban únicamente sobre los egipcios, es evidente que entonces deberíamos tomar en consideración tan sólo la divinidad faraónica: pero la divinidad faraónica importaba poco a los helenos de Egipto y no la veremos salir a la luz en los documentos griegos sino en una época tardía, mientras que el culto real y dinástico *griego* de los Tolomeos se había consolidado desde hacía ya tiempo. Los Seléucidas, por su parte, no habían recogido en sus estados ninguna tradición indígena de divinización del soberano, puesto que, a pesar de las estrechas relaciones que habían mantenido con divinidades nacionales, ni los reyes mesopotamios ni los reyes iraníes habían sido considerados como dioses. De hecho, la divinización y el culto de los soberanos helenísticos de oriente se desarrollaron a partir de circunstancias griegas.

Hemos apuntado que el carisma de la victoria era uno de los fundamentos de los derechos del Conquistador. No obstante, la noción de poder carismático e incluso la de una cierta magia real forman parte de las capas más arcaicas del pensamiento griego. La desaparición de la realeza griega primitiva y la consolidación de las estructuras cívicas habían sumido tales concepciones en un estado latente al que la crisis de la ciudad, a partir de finales del siglo V, pudo poner un relativo término, mientras que

⁴⁴⁷ De todos estos términos es el que más se desacreditó: las *philanthrópa* acabarían por ser un eufemismo que significaba “concesiones”.

conducía a ciertos espíritus, como hemos visto, hacia la vía de las soluciones monárquicas. El nacimiento de las monarquías helenísticas favorecería en todo caso que resurgiesen en la conciencia popular estas viejas concepciones del personaje sagrado o mágico, y este resurgimiento contribuiría a conferir una cierta sacralidad al poder "conquistado por la lanza".

Por otra parte, existe un campo en donde el límite entre lo divino y lo humano siempre se mantuvo difuso, el de los cultos heroicos. No se trata de que la divinización de los soberanos en vida la hagamos derivar directamente del culto heroico, que adoptaba normalmente la forma de un culto funerario. Pero el culto heroico podía preparar los espíritus para la apoteosis de los vivos, provocando, naturalmente, una de esas confusiones ante las cuales el pensamiento religioso griego no ha retrocedido jamás, tal como se documenta claramente, desde el 357, en el ejemplo de los siracusanos que ofrecieron a Dión⁴⁴⁸ "libaciones y plegarias como a un Dios" y "honoros heroicos" como "bienhechor" (*euergetes*) y "salvador" (*soter*) de la patria, dos cualidades que serán vitales para la elaboración del culto real helenístico. Además, los siracusanos habían tenido sus predecesores, desde finales del siglo V, en la persona de los oligarcas samios, los cuales, restablecidos por Lisandro, habían consagrado al espartano un culto divino y la celebración de unos juegos. Estas formas de descomposición de la religión cívica constituyen el anuncio de los nuevos tiempos. En Macedonia, incluso, en donde la divinización real jamás haría acto de presencia, pudo verse cómo Filipo II, el día en que fue asesinado, unía su estatua a la de los dioses olímpicos... Es probable, sin embargo, que la actitud de Alejandro fuese determinante y que la misma contribuyese a hacer progresar la noción de un carisma divino ligado a la realeza, con independencia incluso de su persona⁴⁴⁹.

Fue después de la muerte de Alejandro cuando nació el culto real propiamente dicho. El testimonio más antiguo que nos ha llegado es muy curioso. Hallándose en dificultades frente a Antígono, Eumenes de Cardia ideó en el 318, para reforzar la lealtad de su ejército, levantar un altar ante el trono y los ornamentos reales del Conquistador (etro, diadema, etc.) y ofrecerle sacrificios de manera cotidiana "como a un dios": esta estrategia no habría logrado el efecto positivo que tuvo si Eumenes no hubiese calado profundamente en la fe de sus hombres hacia la divinidad de Alejandro. La derrota de Eumenes impidió que esta experiencia tuviera futuro, pero constituye un buen testimonio acerca de la base esencial de aquel fenómeno que habría de convertirse en el culto monárquico, es decir, la convicción, entre sus antiguos compañeros, de la divinidad del primer soberano helenístico. En la práctica, el culto a Alejandro necesitaba, para desarrollarse, un punto de anclaje, que fue lógicamente su tumba, instalada primero en Menfis, luego en Alejandría. Por lo demás, convie-

⁴⁴⁸ *Supra*, p. 149.

⁴⁴⁹ *Cf. supra*, p. 290.

ne distinguir aquí entre el culto al rey como héroe fundador de Alejandría y el culto divino propiamente dicho, que no se atestigua sino más tarde y que no debió ser instituido antes de que Ptolomeo se proclamase a sí mismo rey.

Pero los restos mortales de Alejandro no estaban a disposición de los demás Diádocos y debemos tener en cuenta, para comprender los orígenes de los cultos dinásticos helenísticos, este movimiento más o menos espontáneo del que se había aprovechado ya Alejandro y que condujo a gran número de ciudades griegas tributarles culto. El fenómeno es particularmente notorio en las relaciones que mantuvieron Antígono el Tuerco y Demetrio Poliorcetes con los Atenenses entre el 307 y el 291, durante las cuales ambos soberanos (y luego Demetrio sólo tras Ipsos) fueron gratificados con variados honores divinos, entre los cuales cabe señalar un himno cultural que le fue cantado a Demetrio en el 291, en donde leemos estas significativas palabras: "...puesto que los demás dioses o bien están muy alejados, o bien no tienen oídos, o bien no existen, o bien no se preocupan en absoluto de nosotros; pero a ti, te vemos presente, no eres ni de madera ni de piedra, sino de verdad. Y he aquí nuestra plegaria: ¡ante todo, concédenos la paz, oh bien amado, puesto que eres el señor (*kyrios*)!". Sin entrar en detalles sobre la exégesis a las que se ha sometido este texto, resulta fácil ver en él las bases *políticas* de esta transferencia de sacralidad que se opera desde los dioses tradicionales, incapaces de proteger a la ciudad, hasta esos dioses vivos en que se convierten los reyes. Pese al oportunismo de los atenienses, y pese a la incoherencia teológica de su himno, éste subraya crudamente las necesidades dictadas por las "plegarias" de las ciudades: necesidades de paz, de protección, de una "salvación" que no tiene nada de metafísico, cosas que, todos son conscientes, tan sólo pueden obtenerse de estos caudillos de guerra cuyo carisma de hombres victoriosos conduce a otorgarles la divinidad. No hay aquí nada de espiritualidad, sino la huella del fracaso de la religión cívica que traduce el fracaso político de la ciudad y el triunfo de los nuevos principios políticos.

En la misma época los Diádocos fueron objeto de honores culturales análogos por parte de las ciudades egeas. Ptolomeo fue proclamado "salvador" (*soter*) por los rodios por haber contribuido a la lucha que ellos mantenían contra los Antigónidas, y por los insulares por haber aligerado los impuestos. Varios documentos atestiguan los cultos cívicos ofrecidos a Lisímaco, a Seleuco, a Antíoco I. Y ahí figuran constantemente, para justificar la divinización de esos reyes, las virtudes de la valentía, la piedad, la abnegación y la beneficencia. Estos testimonios precoces del culto monárquico en su primitiva forma de culto cívico griego, que asocian a menudo, por otra parte, a los soberanos con las divinidades "poliadas" y, algunas veces, a Alejandro ya divinizado, manifiestan claramente las condiciones políticas de esta nueva forma religiosa: es en este nuevo mundo trastornado, que aspira a la paz y a la tranquilidad, en el que las ciudades no saben ya a qué Dios encomendarse, cuando se apela a los nuevos *kyrioi* como si fuesen divinidades caritativas y protectoras.

En semejantes condiciones, no hay duda de que habría sido fácil para los primeros soberanos proclamarse dioses dentro del conjunto de sus Estados, y sin embargo ninguno de ellos lo hizo, como si aquellos viejos macedonios hubiesen retrocedido ante un gesto tan contrario a su tradición, o dudado en igualarse a Alejandro. Pero, en ambos casos, sus hijos lo hicieron por ellos. En Egipto, Ptolomeo I había mostrado la vía creando el culto a Alejandro: cuando murió en el 283, su hijo Ptolomeo II lo proclamó dios, y su viuda fue a su vez divinizada a su muerte, en el 279, constituyendo con él la pareja de los "Dioses salvadores" (*theoi soterés*). Creado, sin duda, con el propósito de consolidar la dinastía, este culto era puramente griego, destinado, por tanto, a acoger la piedad de los súbditos griegos del Imperio. Para asociarlos mejor a todos, Ptolomeo instituyó una gran "panegiria", las *Ptolemaia* (o *Ptolemaieia*), calcadas sobre los juegos olímpicos. Hemos observado la respuesta de los insulares de las Cícladas a la invitación que les había sido hecha para participar en la primera celebración de las *Ptolemaia*, en el 279, y los motivos de su aceptación nos hacen volver al contexto político que acabamos de presentar: "considerando que el Rey y Salvador Ptolomeo (I) ha sido causa de numerosos y grandes bienes para los insulares y para los demás griegos, pues ha liberado a las ciudades, restituido las leyes, devuelto a todos las constituciones ancestrales y aligerado el peso de los impuestos; considerando que ahora el rey Ptolomeo (II), que ha heredado la realeza de su padre, sigue teniendo la misma benevolencia y atención hacia los insulares y los demás griegos, etc.". Los insulares aceptan la nueva solemnidad a causa de sus intereses cívicos: quizá hubo aquí algún mal entendido -el mismo mal entendido que seguirá constituyendo el fundamento de las relaciones entre los soberanos y las antiguas ciudades griegas⁴⁵⁰-. Faltaba tomar la decisión que separaba la divinización del rey muerto de la del rey vivo, decisión que también tomó Ptolomeo II. La primera etapa consistió en la divinización de su hermana-esposa Arsínoe II, muerta en el 270, bajo el nombre cultural de *Philadelphos* (que "ama a su hermano"). Además, el culto a Arsínoe también tuvo como objetivo el ofrecer un lazo entre la religión griega y la religión egipcia, puesto que el rey exigió que Arsínoe fuese adorada en todos los santuarios indígenas, convirtiéndose así en la *synnaos theós* ("divinidad que comparte el templo") de las divinidades egipcias. Viudo de una diosa, era más fácil para Ptolomeo II convertirse en dios vivo: constituyó con Arsínoe la díada de los *Theoi Adelphoi*, paralela a la díada de los *Theoi Soterés*, sus padres. Pero, debido a una curiosa duda, Ptolomeo II no asoció el culto de los "Dioses Adelfos" al de los dioses "Dioses Salvadores": saltándose a éstos, lo vinculó directamente con el de Alejandro, y como su sucesor Ptolomeo III, divinizado con su esposa Berenice bajo la apelación de *Theoi Euergetai* ("Dioses Bienhechores"), respetó este dispositivo, tendremos que esperar a Ptolomeo IV (divinizado con su esposa como *Theoi Philopatores*) hasta

⁴⁵⁰ *Infra*, p. 406. Para los decretos de los Insulares, cf. *Syll.*³, 390.

ver a los *Theoi Soteres* integrados por fin en su lugar en el protocolo del culto dinástico. La dignidad y el culto real oficiales, nacidos de indiscutibles consideraciones políticas, adquirieron, a partir sobre todo del siglo II, una serie de nuevos caracteres, ligados a la decadencia sufrida por el poder real de la monarquía lágida: la necesidad de hacer concesiones al clero indígena, en particular, determinó contaminaciones de carácter faraónico, pero, incluso en el ámbito griego, la inflación de títulos culturales parece compensar la creciente vacuidad del poder temporal.

La historia del culto real seléucida se conoce peor. Los factores encarados en Egipto por el culto de Alejandro y la divinidad faraónica se hallaban aquí ausentes; la heterogeneidad étnica del Imperio, en el que ningún pueblo había conocido la realeza divina, oponía obstáculos a una política cultural de tipo lágida: así, el culto real aparece de manera menos sistemática entre los Seléucidas, que avanzaron bastante menos por esta vía de lo que lo hicieron los Tolomeos y se limitaron durante mucho tiempo a los cultos rendidos más o menos espontáneamente por las ciudades, que están bien atestiguados. Al parecer, los sobrenombres divinos que se unieron a los soberanos (*Nikator*, *Soter*, *Theós*, *Epiphanés*, etc.) provienen, primero y sobre todo, de estos cultos locales. Estos títulos, que varían según los lugares y las épocas dentro de un mismo reino, no tenían pues valor oficial para todo el Imperio. Las monedas no ofrecen ninguna "epiclesis" cultural del rey antes de Antíoco IV (175-164) e, incluso entonces, sin uniformidad. Todo ello prueba que el culto al rey seléucida perduró mucho tiempo sin carácter obligatorio. De hecho, conviene distinguir entre la divinidad real y el culto real. Como los Lágidas, los Seléucidas afirmaron su divinidad y, al igual que en Egipto, el fenómeno se manifiesta en la segunda generación. Seleuco I no dio sino un tímido paso en este sentido al considerarse descendiente de Apolo, ancestro mítico de la dinastía. Pero su hijo Antíoco I lo proclamó dios con el apelativo de Seleuco *Nikator* —sin embargo, su propia divinidad no es conocida más que por decretos de ciudades, y no por documentos oficiales reales—. Parece haber seguido así hasta Antíoco III, el cual fue el primero y el único del que tengamos conocimiento en imponer a todo el Imperio el culto oficial a su propia persona y a la de sus antepasados, así como el de la reina⁴⁵¹. Además, poseemos un testimonio del culto a la dinastía entera a través de una lista sacerdotal de Seleucia de Pieria⁴⁵². Sucede, pues, que, aunque los súbditos griegos de los Seléucidas reconocieron en general la divinidad de sus reyes, éstos no hicieron nada (aparte de Antíoco III) para imponer su culto, ni el de su dinastía, en todo el Imperio. La religión real seléucida parece haberse desarrollado, por tanto, según una serie de líneas originales, que siguen siendo desgraciadamente difíciles de comprender.

⁴⁵¹ Culto atestiguado por una carta real a las autoridades satrápicas, de la cual conocemos tres ejemplares.

⁴⁵² *OGIS*, 245.

En cuanto a los Atálidas, aunque recibieron como los demás soberanos honores divinos por parte de numerosas ciudades, nunca se proclamaron a sí mismos dioses mientras vivieron (quizá lo hizo Atalo III), contentándose con la apoteosis *post mortem*.

La divinidad real y el culto monárquico suponen evidentemente una confusión de lo político y de lo religioso que conviene analizar en ambos aspectos. Desde el punto de vista político, como la divinización de los soberanos surgió primero de iniciativas locales, incluso cuando los Diádocos aún no eran *basileis*, y como, cuando lo fueron, su culto oficial no apareció antes de la segunda generación, resulta que divinidad y culto del soberano no fueron congénitos a la realeza. En lugar de proclamarse *basileis* porque podían ser considerados de esencia divina, los primeros Seléucidas y Lágidas se proclamaron dioses porque su realeza material podía dar la impresión de revelar su esencia divina. Su divinidad no constituyó una base *a priori* para su realeza: fue su realeza la que suministró una base a su divinidad, divinidad que, a su vez, contribuyó a legitimar *a posteriori* su poder de hecho. Dos asuntos políticos se conjugaban aquí: por una parte, la consolidación del derecho dinástico; y, por otra parte, las relaciones del poder real con las ciudades griegas, problema casi insoluble jurídicamente (volveremos luego a considerarlo) y al que la inserción de la dignidad real en los cultos cívicos podía ofrecer el aliciente de una solución parcial. Luego, una vez bien asentadas las realezas y admitida generalmente la divinidad real, el fenómeno se desarrolló, sobre todo en Egipto, según una lógica interna que nunca se apartó de las consideraciones políticas, pero que obedeció también a las leyes de una nueva mentalidad, característica de una época nueva. Lo que nos conduce al aspecto religioso de la cuestión —el más difícil de abarcar.

El frecuente escepticismo de los historiadores sobre este punto proviene sin duda, en gran medida, del hecho de que la documentación nos informa más de las formas del culto que de aquello que estas formas representaban, y seguramente podemos permitirnos el ser escépticos cuando observamos el oportunismo político de tales manifestaciones culturales o el formalismo de tales otras. Sin embargo, parece difícil admitir que un culto haya podido nacer sin contenido religioso y, como el culto real nació en las antiguas ciudades griegas, debemos evidentemente dirigir nuestra atención hacia la evolución de la religión cívica. Ahora bien, la fidelidad escrupulosa de los griegos en sus rituales cívicos tradicionales (que es un aspecto de su apego a las formas políticas antiguas) disiraula mal su pérdida de fe en las divinidades políadas⁴⁵³, y este abandono llega a su punto más crítico entre todos aquellos que se expatriaron tras la conquista de Oriente, gentes para las cuales la pérdida de raíces materiales trae consigo una ruptura de los lazos comunitarios. Si la veneración religiosa se dirige hacia una "potencia", los dioses cívicos, en las condiciones de la época, aparecían cada vez más desprovistos de ella, mientras que ésta

⁴⁵³ *Infra*, p. 538.

empieza a encarnarse, bajo formas sin duda humanas, pero aureoladas de carisma, en la persona de jefes victoriosos, de quienes derivan en adelante, mucho más que de los dioses olímpicos, los bienes y los males que podían esperar o temer las ciudades —la paz y la guerra, la abundancia y la hambruna, la libertad y la servidumbre—. Fueron estas nuevas potencias, de escala sobrehumana si calibramos la capacidad de las ciudades, a quienes estas últimas debían atraerse. Frente a los amos del mundo, las ciudades se encuentran en posición de suplicantes y el culto, con sus formas tradicionales (altares, sacrificios y plegarias), constituye en definitiva la expresión natural, puesto que es la única posible, del sentimiento que albergan de estar reducidas a su merced. Si los reyes son “como dioses”, la conclusión era lógica. Al antiguo antropomorfismo de los dioses responde el teomorfismo de los reyes.

De todas formas, el pensamiento helenístico jamás llegó hasta el último extremo de la divinización del soberano, como lo había hecho el pensamiento egipcio. El hecho mismo de calificar a los soberanos como *theoi* marca el límite de su divinidad y, en el fondo, reconoce paradójicamente su humanidad. Hay algo artificial en una apelación como la de “Antíoco Theós”: ¿se habría hablado de “Zeus Theós” o de “Apolo Theós”? Y, cuando ya se tributaba culto al rey, ¿habríanse dedicado simultáneamente, plegarias y sacrificios a un dios tradicional “en favor de” este rey (*hyper basileos*) si no se hubiese sentido que él mismo necesitaba la protección divina? ¿Se habría sacrificado a Zeus “en favor de Apolo”? La divinidad real helenística conservaría siempre algo de híbrido y de imperfecto: los reyes son dioses, pero menos que los demás dioses —y a medida que su potencia temporal decayese, este ocaso contribuiría a vaciar su culto de la “piedad” que lo había hecho nacer y a transformarlo en una manifestación institucional de lealtad más o menos convencida—. La divinidad real, fenómeno político religioso, conoce en definitiva la misma evolución que habían conocido las divinidades cívicas, y esta doble evolución hacia el formalismo favoreció la expansión de las formas más originales de la religión helenística, sobre las que posteriormente veremos cómo quedaron totalmente separadas del contexto político⁴⁵⁴.

V.—LA TEORÍA DE LA REALEZA Y LA FILOSOFÍA HELENÍSTICA⁴⁵⁵

En las páginas precedentes (cf. t. II, I, pp. 415 ss. y *supra*, pp. 171 ss.) hemos analizado la teoría política de los siglos V y IV. Pero las conmociones políticas inauguradas por la conquista de Alejandro pusieron en tela de juicio la filosofía política tradicional, exigiendo una redefinición del lugar del hombre en el mundo y una legitimización teórica de las nuevas formas políticas. Conocemos mal todo esto: sabemos que la época

⁴⁵⁴ *Infra*, p. 541.

⁴⁵⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Numerosas obras de carácter general sobre la monarquía helenística incluyen páginas sobre la teoría monárquica. Véase además A. Delatte, *Essai sur la politique pythagoricienne*, Paris, 1922; E. R. Goodenough, *The political philosophy of*

helenística elaboró por completo una serie de "tratados sobre la realeza" (*peri basileias*), pero no percibimos de ellos sino débiles ecos.

Las dos grandes escuelas filosóficas que habían dominado la especulación política del siglo IV, las escuelas platónica y aristotélica, no aportan nada a la elaboración de una teoría política nueva. No hay duda de que el mismo Platón, a través de su *Política*, constituye una de las fuentes de la teoría monárquica helenística, en la medida en la que su "hombre real" está por encima de toda ley positiva, y él mismo es fuente de la ley. Pero Platón razonaba en el marco de la *polis* y nada nos sugiere que sus sucesores helenísticos hayan seguido su reflexión política en función de nuevos datos. En cuanto al pensamiento peripatético, no tuvo influencia más que en la medida en que inspiró, como prolongación de los análisis aristotélicos, la elaboración de las instituciones de las nuevas ciudades, lo cual hizo que no saliese del marco de la *polis*.

Las demás escuelas filosóficas, a su vez, llegaron más allá de ese marco, ¿pero con qué lo sustituyeron? Lo que les preocupa fundamentalmente a todas no es tanto el medio político en donde vive el hombre que el hombre en sí mismo, como individuo, y su felicidad⁴⁵⁶: pero tan sólo en la medida en que depende también de la organización del mundo, esa felicidad viene a ser tomada en consideración. Actitud llevada a su extremo por el epicureísmo, que sólo pide al Estado que asegure el reposo necesario para la meditación apráxica. En cambio, partiendo del mismo punto de vista individualista el cinismo y el estoicismo estuvieron más próximos a los problemas políticos. Puesto que el objetivo de la sabiduría cínica consistía en el perfecto control del sabio por sí mismo, ese control concede al mismo tiempo al sabio el poder e incluso el derecho de dirigir a los demás: el sabio cínico presenta la imagen del monarca ideal, cuyo poder está legitimado por la sabiduría misma y por la virtud. El estoicismo, a su vez, aporta justificaciones más amplias al poder monárquico: también aquí, la sabiduría legitima el poder, sabiduría que procede de una plena participación en la razón que rige el universo; pero, sobre todo, el estoicismo tiene en cuenta el estallido del viejo mundo político, la expansión del helenismo al conjunto de la *oikoumene* y la desaparición de las distinciones entre helenos y bárbaros; todos estos factores hacen que el hombre sea, en adelante, *kosmopolites*, "ciudadano del mundo": en

hellenistic kingship, *Yale Class. Stud.*, 1, 1928, pp. 53 ss.; W. Schubart, *Das hellenistische Königs-ideal nach Inschriften und Papyri*, A. f. P., XII, 1936, pp. 1 ss.; L. Delatte, *Les traités de la royauté d'Épicharme, Diotogène et Sthénidas*, Lieja-París, 1942; A. Steinwenter, *Nomos empsychos. Zur Geschichte einer politischen Theorie*, Anzeig. Akad. Wissensch. Wien (philos.-hist. KL.), LXXXIII, 1946, pp. 250 ss., en particular 261 ss.; M. Hammond, *City-state and world-state in Gr. and Rom. political theory until Augustus*, Cambridge (Mass.), 1951, cap. IV; sobre los ecos de esta teoría en la obra de Polibio: K. W. Welwei, *Könige und Königtum im Urteil des Polybios*, Colonia, 1963, en particular pp. 123 ss.; sobre la posibilidad de entender (?) la realidad a través de la teoría, cf. H. Braunert, *Staatstheorie und Staatsrecht im Hellenismus*, *Saeculum*, XIX, 1968, pp. 47 ss. Para la *Carta de Aristeo*, véase la edición con traducción. de A. Pelletier, París, 1962.

⁴⁵⁶ *Infra*, p. 557.

condiciones, la única forma política deseable y legítima es la monarquía —mejor aún: la monarquía universal, aquella, naturalmente, encarnada en un sabio cuya soberanía moral y filantrópica reflejaría la soberanía cósmica de Zeus—. Pero si el estoicismo legitima así la naturaleza, no llega hasta el final del problema que planteaba la reinserción del individuo en el mundo político nuevo, puesto que la “ciudadanía del mundo” no es más que una concepción utópica que deja a un hombre, frente al soberano ideal, en una situación tan pasiva y aislada como era la de los súbditos de los soberanos reales: la distancia que separaba a la *polis* y a sus ciudadanos de las monarquías subsistía, así pues, tanto en la teoría como en la realidad. La amistad que unió a Zenón con Antígono Gónatas hizo ver en él, en ocasiones, al modelo del rey estoico: pero, si Gónatas tuvo una mente filosófica, no trasciende nada de ello en lo que sabemos de sus actos políticos⁴⁵⁷. De todas formas, estamos demasiado mal informados tanto sobre las doctrinas políticas del siglo III como sobre el pensamiento de los soberanos para poder determinar sus eventuales relaciones: es curioso que, aun suponiendo que las reformas del espartano Cleómenes III se hubiesen inspirado de una doctrina filosófica (lo cual resulta dudoso), hayamos establecido un debate para tratar de saber si esa inspiración fue estoica o cínica...

Algunos autores modernos han prestado gran atención a una teoría monárquica pitagórica, que sería particularmente válida para las monarquías orientales en la medida en que afirma la naturaleza divina de la realeza, haciendo del soberano “la ley viva” (*nomos empsychos*)⁴⁵⁸ y de su poder una función irresponsable (*arke anhypeuthynos*). Pero no es seguro que los fragmentos de Arquitas de Tarento aducidos sobre el particular sean auténticos, y los textos transmitidos bajo los nombres de los filósofos Ecfanto y Diotógenes son ciertamente de época imperial: además, la forma como combinan la concepción monárquica con una serie de nociones tomadas de la *polis* convierten esta idea en algo poco intemporal. La teoría monárquica helenística sigue siendo, por lo tanto, bastante poco comprensible en sus formas originales, y es dudoso que haya tenido más influencia sobre las realezas de carne y hueso que la ejercida por la filosofía política del siglo IV sobre la propia ciudad.

Existe, sin embargo, un texto de época helenística (del siglo II, al parecer) que contiene una interesante “instrucción para la realeza” (*didaché pros to basileuein*), y es la *Carta de Aristeo a Filócrates*. Este opúsculo de un judío helenizado cuenta, en forma novelada, cómo Ptolomeo II habría hecho traducir la Biblia al griego (la “Biblia de los Setenta”) y con tal motivo habría interrogado sobre la realeza a los sabios judíos encargados de la traducción: la carta nos trasmite un amplio catálogo de las vir-

⁴⁵⁷ Independientemente de la justificación teórica de la monarquía, la moral estoica, sin embargo, favoreció la actividad política, independientemente de toda referencia a un marco institucional preciso: cf. *Infra*, p. 561.

⁴⁵⁸ Concepto fundamental de la monarquía absoluta, que podemos seguir a través del derecho público romano de época imperial hasta la época moderna.

tudes reales —de aquellas virtudes que conocemos también a través de documentos epigráficos⁴⁵⁹— pero, lejos de percibir el eco de alguna doctrina filosófica griega, podemos captar aquí sobre todo un intento de adaptación del pensamiento judío al fenómeno monárquico lágida, puesto que cada una de las virtudes reales que aparecen enumeradas se coloca sucesivamente en relación con la voluntad de Dios (es decir, de Yavé). Este “espejo del príncipe” representa en realidad el compromiso sobre el que la piedad judía podía conciliarse con la realeza helenística, tomando de ella tan sólo sus cualidades humanas y temporales y excluyendo, evidentemente, toda divinidad del soberano⁴⁶⁰. La *Carta de Aristeo* es importante porque muestra la penetración de las concepciones griegas en el pensamiento judío, pero también en la medida en la que subraya bien, subordinando el poder real a la ley de Dios, el límite más allá del cual el judaísmo no podía llegar, en su aceptación de la realeza, sin faltar a su propia piedad. En cualquier caso, no es posible incluirla entre las teorías religiosas griegas de la realeza.

Tal es, así pues, nuevo el fenómeno que caracteriza al mundo antiguo a partir de finales del siglo v: la expansión política del helenismo bajo formas monárquicas originales. No es el Imperio universal que tal vez había concebido Alejandro, sino un concierto, desde luego poco armonioso, de los distintos reinos con una serie de territorios bien delimitados aunque dentro de unas fronteras, es cierto, poco estables —reinos que además dejaron escapar, en lo que había sido el mundo griego tradicional, zonas muy extendidas, también ellas fluctuantes y que estudiaremos aparte—. El análisis del fenómeno monárquico en sí mismo ya nos ha revelado que no era absolutamente homogéneo y que, particularmente, presentaba diferentes *facies* en Europa y en Oriente. El examen de las estructuras políticas, administrativas y económicas de los reinos helenísticos nos descubrirá que existen diferencias todavía más profundas.

⁴⁵⁹ Cf. *supra*, p. 385.

⁴⁶⁰ Lo cual implica que el rey no puede ser fuente de la ley, pero debe en cambio someterse a las leyes (cf. § 251).

CAPÍTULO II

ESTRUCTURA Y ORGANIZACIÓN DE LOS REINOS HELENÍSTICOS

La organización de los reinos helenísticos se conoce de manera desigual: sobre la de Macedonia no sabemos mucho más en época de los Antigonidas que durante los Argeadas; sobre la de los reinos marginales como Bitinia, el Ponto, Capadocia, Bactria o el reino parto, podemos decir que no sabemos nada. Quedan el Imperio seléucida, el Egipto lágida (que conviene distinguir del Imperio lágida) y el reino de Pérgamo, sobre los cuales estamos mejor documentados. Más allá del denominador común del fenómeno monárquico, la estructura de tales estados no podía responder a un esquema único: la diversidad y la heterogeneidad de sus marcos geográficos, de la composición étnica de sus poblaciones, de las tradiciones político-administrativas de las cuales eran herederos, y las condiciones de su explotación económica confieren a cada uno de estos reinos una fisonomía propia, que no era similar en cada una de sus regiones. Dedicaremos este capítulo a dibujar sus grandes líneas.

I.—LA MACEDONIA ANTIGÓNIDA⁴⁶¹

La importancia del papel mundial que tuvo Macedonia, el hecho también de que fuese en Macedonia en donde tuvo su origen ese capítulo esencial de la historia universal que fue la época helenística hacen que sea realmente lamentable la ignorancia en que nos hallamos acerca de la organización de este Estado. Esta ignorancia obedece tanto a la escasez de la documentación interna como al hecho de que la historiografía consideró a Macedonia bajo el punto de vista, sobre todo, de la historia militar y diplomática, sin preocuparse demasiado por las condiciones internas de acción de sus soberanos.

⁴⁶¹ OBRAS DE CONSULTA.—W. W. Tarn, *Antigonus Gonatas*, Oxford, 1913, cap. VII; Id., en *C.A.H.*, VII, 1928, pp. 197 ss.; H. Bengtson, *Die Strategie in der hellenistischen Zeit, Ein Beitrag zum antiken Staatsrecht*, II, Munich, 1944 (2.ª ed., 1964). Una serie de reformas efectuadas por Filipo V al final de su reino nos han valido algunas apreciaciones literarias y documentales: cf. la bibliografía en Will, *HPMH*, II, pp. 208 ss. Sobre los móviles de la política antigónida en Grecia, cf. *HPMH*, I, pp. 306 ss.

Conviene distinguir, entre los países sobre los cuales los soberanos macedonios ejercieron su autoridad, entre el reino de Macedonia propiamente dicho (con su anejo tesalio) y su zona de influencia griega, que nunca estuvo orgánicamente ligada al reino. Como ya hemos apuntado⁴⁶², Macedonia es, entre los grandes reinos helenísticos, el único estado "nacional": los Antígónidas se habían impuesto allí con el filo de la espada, y era su propia patria lo que habían conquistado, un territorio en donde no habían tenido necesidad de imponer el aparato militar y administrativo alógeno que caracteriza a los estados helenísticos orientales. Macedonia siguió siendo un Estado tradicional y la noción de "helenístico" no se aplica, así pues, al mismo sino desde un punto de vista cronológico, sin implicar los fenómenos de superposición y de fusión culturales que originó en otros lugares⁴⁶³. El país estaba dividido en circunscripciones administrativas (que parecen haber sido zonas de reclutamiento militar), sin duda llamadas *merides*⁴⁶⁴, dependiendo cada una de la autoridad de un *epistates* nombrado por el rey. En la baja Macedonia egea, la más urbanizada, las ciudades servían de capital a las *merides*: aunque fuesen antiguas ciudades griegas no tenían, como mucho, más que una autonomía municipal. En la alta Macedonia las *merides* correspondían a territorios "tribales", pero podemos dudar de que la aristocracia local conservase allí prerrogativas administrativas. Las menciones incidentales de algunos otros funcionarios reales o de algunas parcelas administrativas particulares (justicia, fisco o moneda) no permiten ir más allá en el análisis de las estructuras del Estado macedonio. Parece, sin embargo, que pese a las "libertades" del pueblo macedonio el imperio del poder real no dejó de progresar durante el último siglo de la realeza macedonia.

Exceptuando Tesalia, sobre la que Polibio precisa que obedecía al rey en las mismas condiciones que la propia Macedonia (IV, 76, 2), Grecia no fue jamás tierra de conquista para los macedonios: el constante desvelo de los Antígónidas era aquí de orden estratégico y consistía en asegurar sus comunicaciones hacia el sur gracias a guarniciones situadas, bajo el mando de estrategos o de *epistatai*, en algunos puntos sabiamente escogidos (Demetríada, Cálcede. El Pireo, y Corinto: las "trabas de Grecia"), y en garantizar la fidelidad del mayor número de ciudades favoreciendo en ellas regímenes filomacedonios, y en algunas ocasiones tiranías. No había, pues, un "imperio territorial" macedonio en Grecia, sino una red estratégica y una zona de influencia, por otra parte difícil de mantener, cuyo objetivo final era la seguridad de la misma Macedonia —y los Romanos acabaron con ambas en el 196.

⁴⁶² *Supra*, p. 379.

⁴⁶³ Sin duda la helenización de Macedonia avanzó mucho en la época helenística, pero había comenzado antes y no había afectado a un territorio verdaderamente "bárbaro".

⁴⁶⁴ Es el término que mantendrían los romanos cuando, en el 167, fragmentaron el antiguo reino en cuatro "repúblicas" autónomas, pero las *merides* de época real eran más numerosas.

Después de esta fecha asistimos a empujes de expansión macedonia tan sólo hacia el norte, pero ni las escasas ciudades tracias a las cuales Filipo V impuso temporalmente su autoridad, ni Peonia y las regiones montañosas vecinas, fueron juntadas nunca al reino: los intereses macedonios quedaron representados en estas zonas gracias, de nuevo, a una serie de estrategos-gobernadores.

II.—EL IMPERIO SELÉUCIDA⁴⁶⁵

Herederos de la mayor parte del Asia aqueménida, los Seléucidas heredaron asimismo las dificultades que representaba la administración de un imperio demasiado amplio e incoherente, dificultades acrecentadas por el hecho de que su dominación, en todos los lugares en donde se ejerció, fue una dominación extranjera —la de unos mediterráneos, más preocupados por las amenazas que hacían pesar sobre ellos sus rivales mediterráneos que de los problemas de Asia interior. La extensión excesiva, la incoherencia geográfica, la heterogeneidad étnica y lingüística del Imperio se agravaban aún más por la dificultad de las comunicaciones—. La gran ruta real persa de Susa a Sardes, que pasaba por los confines de

⁴⁶⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general citadas en notas 324 y 331, véase E. Bickerman, *Institutions des Séleucides*, Paris, 1938; M. Rostovtzeff, *SEHWW*, I, Oxford, 1941, pp. 422 ss. (con las notas del t. III); H. Bengtson, *Die Strategie in der hellenistischen Zeit*, II, Munich, 1944 (2.ª ed., 1964); el libro citado varias veces de H. H. Schmitt, *Untersuchungen z. Geschichte Antiochos d. Gr. u. s. Zeit*, Wiesbaden, 1964, contiene numerosas indicaciones sobre la época anterior a Antíoco III. Sobre Asia Menor siempre es interesante ver D. Magie, *Roman rule in Asia Minor*, Princeton, 1950. La gruesa memoria de D. Musti, *Lo stato dei Seleucidi*, *Studi classici e orientali*, XV, 1966, pp. 61-197 no es un estudio sistemático, sino más bien una serie más o menos coherente de análisis sobre diversas cuestiones.

Sobre el problema de las ciudades griegas: V. Tschirikower, *Die hellenistischen Stadtgründungen von Alexander d. Gr. bis auf die Römerzeit*, *Philologus*, Supl. XIX, I, 1927; E. Bickerman, La cité grecque dans les monarchies hellénistiques, *R.Ph.*, XIII, 1939, pp. 335 ss.; A. Heuss, *Stadt und Herrscher des Hellenismus in ihren staats- und völkerrechtlichen Beziehungen*, *Klio*, Beiheft 39, 1937; A. H. M. Jones, *The Greek city from Alexander to Justinian*, Oxford, 1940; Id., *The cities of the Eastern Roman provinces*, 2.ª ed. revisada, Oxford, 1971; Cl. Préaux, *Les villes hellénistiques, principalement en Orient. Leurs institutions administratives et judiciaires*, *Rec. Sté. Jean-Bodin*, VI, 1954, pp. 69 ss.

Sobre Antioquía: G. Downey, *A history of Antioch in Syria from Seleucus to the Arab conquest*, Princeton, 1961.

Casi la mitad de los documentos reunidos en C. B. Welles, *Royal correspondence*, New Haven, 1934, conciernen al Imperio seléucida y su número ha aumentado desde 1934.

Sobre la acuñación de moneda seléucida véase la gran síntesis de E. T. Newell, *The coinage of the Eastern Seleucid mints*, Nueva York, 1938, y *The coinage of the Western Seleucid mints*, Nueva York, 1941, que se puede completar y corregir con numerosas obras (en particular de H. Seyrig) que resulta imposible enumerar aquí, pero se pueden encontrar las referencias en mi *HPMH*.

Sobre el culto real, cf. *supra*, nota 436.

Sobre el ejército y las instituciones militares: W. W. Tarn, *Hellenist. military and naval developments*, Cambridge, 1930; M. Launey, *Recherches sur les armées hellénistiques*, 2 vol., París, 1949-1950; P. Lévêque, *La guerre à l'époque hellénistique*, en J.-P. Vernant, *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París, 1968.

Armenia a través de Capadocia y de los territorios que ocuparon los gálatas, estuvo siempre vedada a los Seléucidas en su mitad anatólica: para ir de Antioquía a Sardes era necesario pasar por la Cilicia plana, a través de los desfiladeros táuricos, de Licaonia y de Frigia meridional. Además, el controlar alguna de estas rutas no equivalía a controlar el litoral egeo, en el que desembocaban: ahora bien, era sobre todo desde el mar desde donde se podían controlar las ciudades griegas egeas, y el Imperio seléucida no fue jamás una potencia marítima. Las comunicaciones tampoco resultaban fáciles entre Siria e Irán y la ruta que, enlazando Media con Bactria, discurría entre el gran desierto salado y las cadenas del Caspio, llegando luego hasta el confín de las estepas, se mostraría muy frágil.

Administrar tal imperio no sería fácil para una minoría alógena. Si los Seléucidas conservaron en sus grandes líneas el sistema administrativo persa, fue sin duda porque no había ninguna otra solución posible. Sabemos que la administración aqueménida estaba levantada sobre la división en satrapías, correspondiendo cada una a un "pueblo"⁴⁶⁶, y los Seléucidas respetaron este fraccionamiento con algunas modificaciones. Pero cada satrapía no constituía una unidad administrativa homogénea, pues el territorio satrápico incluía siempre enclaves que gozaban de privilegios y de inmunidades. Tales enclaves estaban constituidos bien por territorios sacerdotales, bien por territorios "dinásticos", bien por *poleis* griegas, antiguas o nuevas. Consideremos primero lo que dependía de forma inmediata de la administración real.

No poseemos una lista completa de las satrapías seléucidas para una misma época, y su número experimentó variaciones: debía haber una veintena al principio del siglo III, algunas de las cuales eran de dimensiones modestas (particularmente en Asia Menor), y otras, por lo contrario, eran inmensas (en Mesopotamia y en Irán). En el caso de estas culturas, resultaba normal que se subdividiesen en partes más manejables, pero ignoramos si estas "hiparquías" existían en todas partes. Las "toparquías", que estaban a una escala todavía menor, tan sólo se atestiguan tardíamente⁴⁶⁷. Los documentos relativos a los gobernadores de las satrapías no son suficientes para autorizar un cuadro sin sombras. La dignidad de sátrapa fue mantenida hasta Antíoco III, excluyendo, sin embargo, Asia Menor, en donde Antígono el Tuerto había ya reemplazado a los sátrapas por estrategos: ésta fue la solución que Antíoco III extendió, parece ser, al conjunto del Imperio tras la sublevación de Molón; pero el título de sátrapa vuelve a aparecer en una inscripción de Siria del siglo II. La inmensidad del Imperio hizo necesaria, por otra parte, la creación de gobiernos generales. De este modo las "satrapías superiores" (al este del Eufrates) fueron reagrupadas bajo la autoridad de un gobernador general, un presunto heredero o un príncipe de sangre, cuando era posible, que

⁴⁶⁶ Cf. el vol. II, 1 de la presente colección.

⁴⁶⁷ La teoría de W. W. Tarn, según la cual una serie de "eparquías" habrían constituido el nivel intermedio entre la satrapía y la hiparquía, descansa sobre una base demasiado frágil como para poder ser tomada en cuenta.

residía en Seleucia del Tigris; Antíoco III parece haber suprimido esa función tras la sublevación de Molón, que la había desempeñado, pero vuelve a aparecer después de él. Del mismo modo, el estratego de Lidia, que residía en Sardes, tenía autoridad sobre sus colegas de Asia Menor. Dentro de cada satrapía, las atribuciones se repartían entre varios altos funcionarios. Mientras hubo sátrapas cuyas funciones eran fundamentalmente cívicas y financieras, los estrategos que mandaban las tropas de las satrapías estaban subordinados a aquéllos. Pero la extensión por Antíoco III del sistema implantado en Asia Menor trasladó la autoridad militar a un primer plano, y las funciones financieras y fiscales, confiadas a un "ecónomo" o a un "encargado de los ingresos", quedaron subordinadas a las funciones del estratego gobernador. No podemos, sin embargo, afirmar que tales principios fueron aplicados siempre y con rigor en todas partes. En cuanto a las funciones subalternas, apenas traslucen de algún documento en un sitio o en otro. El personal administrativo de las satrapías tenía autoridad inmediata sobre la "tierra real" (*ge* o *chora basiliké*), sobre cuya organización no tenemos conocimiento más que en Asia Menor. Los "campesinos reales" (*laoi basilikoi*) vivían en una serie de pueblos (*komai*), a los cuales, aunque eran libres, se hallaban jurídicamente ligados: cuando el rey hacía una donación inmobiliaria, incluía a los *laoi*⁴⁶⁸. Es imposible conocer la superficie de la tierra real, extremo sobre el cual la misma administración central parece haber estado bastante poco informada, aun cuando esa tierra estuviese someramente catastrada. Esta superficie podía ser acrecentada a través de confiscaciones y disminuida por medio de donaciones, ya fuese a santuarios, a personas o a ciudades⁴⁶⁹: tales donaciones eran revocables, por lo que el rey mantenía la propiedad eminente. La tierra real era una de las fuentes principales de los ingresos reales, pero el sistema fiscal se conoce mal. En el caso de que la "economía satrápica" descrita por el *Económico* pseudo-aristotélico (II, 1) concierna al Asia Menor de comienzos de la época helenística, la administración satrápica obtendría principalmente de la hacienda real (junto a diversos impuestos de carácter personal o comercial) un diezmo sobre los productos de la tierra, que probablemente los *laoi* pagaban en especie; la administración, a su vez, podía utilizar el producto o para la retribución de su personal o de las fuerzas armadas o venderlo para obtener ingresos financieros. Todo esto es incierto y no cabría extenderlo a todo el Imperio, ni tampoco generalizar los datos de Cele-Siria, conquistada por los Lágidas en el 200, y donde sucede que la población pagaba un impuesto fijo y no un diezmo.

La "tierra real", competencia de la administración satrápica, no abarcaba todo el reino. También aquí los Seléucidas recogieron la herencia

⁴⁶⁸ Frente a lo que ha menudo se ha escrito, los *laoi* no son "siervos de la gleba": no estaban ligados al suelo (pueden desplazarse), sino a su comunidad aldeana (principio de la *idia*).

⁴⁶⁹ Cf. Welles, 10-13 (donación de Antíoco I a Aristodíides de Aso); 18-20 (de Antíoco II a su esposa repudiada Laodice).

Aqueménida. El Imperio persa, en efecto, incluía dominios nobiliarios, verdaderos territorios dinásticos, sin duda tributarios, pero en la práctica muy independientes; comunidades urbanas, entre las cuales las ciudades griegas de Asia Menor no son sino las más conocidas; y estaban, por último, los santuarios, provistos de extensos territorios, cultivados por campesinos pertenecientes "al dios". Este esquema subsiste, pero con modificaciones. Aunque raramente se recurría a tocar los bienes almacenados en los santuarios indígenas, es probable que numerosos dominios nobiliarios de época persa fuesen pronto eliminados.

La fisonomía del Imperio seléucida se diferenció de la del Imperio aqueménida a través, sobre todo, de la multiplicación de las ciudades griegas. Fueron principalmente Seleuco I y Antíoco I quienes, en este terreno, siguieron la vía abierta por Alejandro, ya adoptada por Antígono el Tuerto. No es sorprendente que las regiones occidentales del Imperio, Asia Menor y Siria del norte, atrajesen particularmente a los colonos greco-macedonios: en esta última región, en el interior y alrededor del cuadrilátero constituido por las cuatro grandes ciudades con nombres dinásticos (Antioquía y Apamea sobre el Orontes, Seleucia y Laodicea sobre la costa), aparece toda una toponimia europea, tomada esencialmente de Macedonia y Tesalia (cf. Pieria y la Cirrística; Berea, Edesa, Pela, Europo, Larisa, Cálcida, etc.); pero el fenómeno se observa también en Mesopotamia y más allá del Éufrates, hasta en las marcas orientales del reino, en donde Bactria parece haber recogido, en particular, una población helénica lo bastante densa como para que, según vimos⁴⁷⁰, se desarrollase allí un Estado griego a expensas de los Seléucidas. Los móviles de cada fundación son difícilmente determinables. Se insiste a menudo en las preocupaciones económicas de los soberanos, que habrían deseado crear corrientes comerciales o desviar algunas de éstas hacia sus estados: pero las grandes rutas comerciales asiáticas se remontan a la más alta antigüedad y las ciudades helenísticas que las jalonaban no hicieron a menudo más que duplicar las ciudades indígenas ya existentes. A fin de cuentas, el que una nueva *polis* tuviese un brillante porvenir comercial no es necesariamente consecuencia de haber sido fundada con ese objetivo. En realidad, parece que los móviles de las fundaciones urbanas fueron sobre todo de orden militar y administrativo: se trataba primero de controlar el país implantando, bajo la forma que convenía mejor a los colonos de origen helénico, el mayor número posible de representantes de los nuevos amos. Del mismo modo que los persas habían asegurado su presencia multiplicando las haciendas atribuidas a familias aristocráticas iraníes, e incluso practicando una verdadera colonización, los Seléucidas aseguraron la suya multiplicando las *poleis*. Gran número de ciudades debían convertirse en excelentes núcleos de difusión de la civilización griega, pero de ahí no cabe deducir que fueron creadas con semejante propósito: tanto en este campo, como en el

⁴⁷⁰ *Supra*, p. 336.

aspecto económico, no hay manera de inferir los proyectos originales a partir de los resultados⁴⁷¹.

Si bien la mayoría de las fundaciones seléucidas corresponde al principio de la dinastía, esto se debe al hecho de que la necesidad era más acuciante entonces, pero se explica también porque esta época fue la de mayor afluencia de colonos, afluencia que no tardó en agotarse en el siglo III. Las *poleis* que aparen en fechas más tardías resultaron ser no tanto verdaderas fundaciones cuanto transformaciones en *poleis* de aglomeraciones que aún no tenían ese estatuto, trátense de "colonias militares" greco-macedonias o de ciudades indígenas que habían recibido una helenización bastante profunda, como fue sobre todo el caso en las regiones que mantenían un contacto más antiguo con el mundo griego (en Asia Menor), y también allí en donde la colonización helenística fue más densa (en Siria): esta transformación de ciudades indígenas en ciudades griegas se aprecia frecuentemente porque cambiaban su nombre antiguo por uno griego, en general dinástico, y también por las instituciones de tipo griego puestas de manifiesto por las inscripciones. Pero el fenómeno no fue general: Damasco no parece haber sido jamás elevada al rango de *polis* y la transformación en *polis* de Babilonia, o de una parte de Babilonia, por Antíoco IV⁴⁷², parece haber sido algo tan ficticio como fue (quizá) la transformación de Jerusalén, por este mismo rey, en una Antioquía de Judea. En cualquier caso, la promoción de ciudades indígenas implicaba siempre un cambio de estatuto, lo que nos conduce al problema del estatuto político, precisamente, de las ciudades griegas en el Imperio seléucida.

Empecemos por las antiguas ciudades de Asia Menor —remontándonos al reinado de Alejandro, puesto que es a partir de entonces cuando se plantea este problema, característico de toda la época helenística, y que consiste en saber si fueron o no ciudades *libres*—. Pese a las teorías que han sido formuladas sobre este punto⁴⁷³, no parece que Alejandro mantuviese una actitud global frente a las ciudades que cayeron en su poder en

⁴⁷¹ No tenemos datos sobre los actos de fundación propiamente dichos, y Alejandría de Egipto es la única fundación a la que podemos asistir gracias a un texto (¡tardío!). En líneas generales, la fundación significaba la instalación de un cuerpo cívico provisto de un centro urbano. El reclutamiento de los hombres debió efectuarse de manera muy variable (cf. *infra*, p. 440). El territorio procedía, evidentemente, de la tierra real y la financiación de la construcción de la ciudad misma era efectivamente asegurada por el tesoro real. Por lo que sabemos, las instituciones de todas las nuevas ciudades parecen haber obedecido a las mismas pautas: *Ekklesia*, *Boulé* y magistrados (*pritanos* y *estrategos*, más una gran diversidad de oficios subalternos).

⁴⁷² *OGIS*, 253.

⁴⁷³ Resumamos brevemente: 1.º Habiendo restaurado en su conjunto la libertad de las antiguas ciudades, Alejandro las habría hecho entrar colectivamente en su alianza y bajo su hegemonía en la liga de Corinto (Droysen). 2.º La dominación persa habría sido *de facto* un obstáculo para el ejercicio de la libertad de las ciudades, las cuales, como *poleis*, debían ser consideradas como imprescriptiblemente libres: la eliminación del dominio persa habría devuelto automáticamente a las ciudades esta libertad congénita, que Alejandro habría reconocido (Tarn). 3.º Las ciudades griegas de Asia habrían estado jurídicamente sujetas al Gran Rey después de la Paz del Rey del 386 (*supra*, p. 23), y la victoria de Alejandro en el

el 334/3: fueron “liberadas” una por una, provistas de democracias y vinculadas al rey mediante alianzas bilaterales. ¿Pero libertad y autonomía tenían el mismo sentido para las ciudades y para Alejandro, y después para sus sucesores? Concretamente, ¿Alejandro habría suscrito el principio según el cual la libertad de una ciudad (la *eleuthería*) tenía por requisito indispensable que la misma no dependiese de nadie y fuese, por consiguiente, capaz de conducir su política exterior según su libre albedrío, y que su *autonomía* le permitiese gobernarse según unas leyes libremente elegidas? ¿Habría reconocido, pues, a las ciudades su total independencia? ¿E hicieron igual sus sucesores después de él? Y, en el caso de que ni él ni sus sucesores lo entendiesen de este modo ¿qué podemos pensar de sus proclamaciones de libertad y de autonomía? Todo el problema reside en ese punto. Cabe comprobar que Alejandro reconoció como libre y autónoma a la ciudad de Sardes (que no era una ciudad griega) —instalando allí una guarnición y exigiéndole un tributo, lo que equivalía a negar su independencia—. ¿Qué significaban entonces la libertad y la autonomía de Sardes? Tan sólo, sin duda, que Alejandro, refiriéndose a la concepción griega según la cual todos los súbditos “bárbaros” del rey serían sus “esclavos”, fingió desde entonces tratarlos como hombres libres y, al partir, les reconoció el derecho a “servirse de sus propias leyes”, es decir, de ser “autónomos” —pero en ningún caso independientes—. Ahora bien, el tratamiento que Alejandro reservó a los lidios de Sardes se parece mucho al de las ciudades griegas litorales —con la diferencia, sin embargo, de que las *poleis* se vieron libres del pago del tributo y del mantenimiento de una guarnición—. Pero la supresión del tributo (símbolo de sujeción) fue compensada por la exigencia de una *sintaxis* (contribución de guerra), lo cual encerraba un artificio de lenguaje que ya habían explotado los atenienses cuando fundaron su segunda confederación⁴⁷⁴. “Libertad”, “autonomía”, democracia, exención de guarniciones, supresión del tributo persa: tales eran, así pues, los componentes de lo que podemos arriesgarnos a llamar el “estatuto” de las ciudades griegas de Asia Menor. Pero ese “estatuto” no había sido definido y procedía tan sólo de la buena voluntad del rey, lo que basta para mostrar la desigualdad de las relaciones. De hecho, las ciudades están sometidas a una sujeción repleta de consideraciones verbales, pero que no representa más que un endulzamiento de la que habían conocido durante el Imperio persa: habían vuelto a encontrar sus apariencias de libertad, pero no la realidad de la independencia. ¿Era esto lo que comprendieron los griegos al oírse proclamar “libres y autónomos” y hacia donde apuntaban sus aspiraciones? Nuestras fuentes no permiten afirmar que a partir de aquel momento se crease ya un malentendido; sería patente, en todo caso, más tarde.

Gránico no habría provocado más que un cambio de soberano; pero, por su propia voluntad y sin obligación jurídica alguna, Alejandro se habría dignado reconocerlas como libres y autónomas, sin tratar a todas, por lo demás, del mismo modo (Bickermann: dejando a un lado su juridicismo, esta interpretación es sin duda, en su segunda parte, la más cercana a la realidad).

⁴⁷⁴ *Supra*, p. 31.

Durante la vida de Alejandro, las antiguas ciudades de Asia no tuvieron elección entre la sumisión de hecho y una improbable libertad a través de la sublevación. Pero la muerte del Conquistador y las rivalidades entre los Diádocos transformaron el contexto político: bajo diversos puntos de vista (estratégicos y financieros), las ciudades constituían buenas bazas en esta nueva partida, y los Diádocos darían pruebas, en sus relaciones con las mismas, de una flexibilidad de la que las ciudades intentarían aprovecharse.

La gran partida, en la que las ciudades iban a servir de apuesta, comenzó al día siguiente de Triparadiso⁴⁷⁵, cuando Asia Menor cayó en manos de Antígono el Tuerto. Como ya hemos visto, éste proclamó, en el 315, que las ciudades debían ser “libres, exentas de guarniciones y autónomas”: preveía que las *poleis* se alinearían en su campo y fue lo bastante hábil como para coordinar sus actos con sus propósitos. Luego, en el tratado del 311⁴⁷⁶, hizo incluir una cláusula que garantizaba la libertad de las ciudades, cláusula que comentó en una carta de la cual un ejemplar ha llegado hasta nosotros⁴⁷⁷, y en la que invitaba a las *poleis* a unirse para que “la libertad pudiese mantenerse más fácilmente entre los griegos”. Si Antígono fingía aquí tratar a las ciudades como Estados independientes, no dejó por ello de intervenir soberanamente en los asuntos de algunas de ellas⁴⁷⁸ —y el mejor ejemplo de la contradicción entre los principios de que hacía gala y el pragmatismo de su política fue su intento de tomar Rodas en el 306/5, después de lo cual tuvo que tratar con la ciudad como con el Estado soberano que Rodas había conseguido seguir siendo. Por lo tanto, la política del Tuerto hacia las ciudades muestra una serie de equívocos que seguirían vigentes a través de toda la época helenística: cuando no puede hacer otra cosa y eso molesta a sus rivales, el soberano afirma el derecho de las *poleis* a la libertad; cuando está libre de movimientos, las trata como a sus propiedades: sólo su propio interés rige su comportamiento. Después de Ipsos, Lisímaco tuvo que tomar varias ciudades por la fuerza, y éstas conocieron entonces una suerte más dura. Pero hubo algunas que, olvidando sus pretensiones a la libertad, fingieron recibir esa tutela “con entusiasmo”, en la esperanza de obtener algún provecho, aunque fuese a expensas de sus vecinos⁴⁷⁹. La dureza de Lisímaco permitió a Seleuco presentarse a su vez como “liberador” en el 281: las ciudades que habían sufrido bajo Lisímaco aumentaron las muestras de agradecimiento y las demás procuraron no quedarse a distancia. Entre el soberano y las ciudades, el diálogo acerca de los intereses resonaba más alto que el de los principios.

Luego, desde Antíoco I hasta Antíoco III, las ciudades litorales fueron constantemente objeto de una competencia en la que los Seléucidas

⁴⁷⁵ *Supra*, p. 314.

⁴⁷⁶ *Supra*, p. 317.

⁴⁷⁷ Carta a Escepsis: Welles, 1; respuesta de los escepsios: OGIS, 6.

⁴⁷⁸ Intervenciones en Cime: OGIS, 7; sinecismo impuesto a Teos y Lébedo: Welles, 3; sinecismo de las ciudades de la Tróade: Estrabón, XIII, 1, 52.

⁴⁷⁹ Welles, 6-7.

sufrieron casi siempre las consecuencias de no ser los dueños del mar. Para evitar que las *poleis* siguiesen a los Tolomeos, cuyo imperialismo egeo necesitaba bases navales, o para hacerles olvidar los favores recibidos de los lágidas cuando conseguían volver a situarlas bajo su autoridad, Antíoco I, Antíoco II y Seleuco II multiplicaron los reconocimientos de libertad y de autonomía, las exenciones de guarniciones y de tributo, e incluso las concesiones territoriales. La primera expansión pergamenia, bajo Atalo I⁴⁸⁰, determinó en seguida a muchas ciudades a arrojarle en brazos del nuevo amo, el cual parece haber fingido tratarlas como "aliadas"⁴⁸¹. Pero la confusión que reinó en Asia Menor a partir del 240, aproximadamente, permitió también a algunas ciudades volver a encontrar cierta independencia exterior: es la época en la cual hay ciudades que concluyen acuerdos de *asilía* con la Confederación etolia, la época en la que Quíos, y luego Magnesia del Meandro, son invitadas a ocupar un lugar en la anfictionía délfica, el momento en que una serie de ciudades concluyen entre ellas acuerdos de *isopoliteia* y en el que Mileto reanuda relaciones con sus colonias pónicas, en el que vemos incluso cómo algunas ciudades realizan mediaciones entre soberanos: nada prueba mejor que la independencia de las ciudades sólo era posible a cambio del retroceso de las potencias monárquicas. Así, cuando Antíoco III se dispuso a instalarse de nuevo en las costas de Asia Menor, fue obligado a su vez a mostrar una gran flexibilidad. Pero nadie se equivocó: era una nueva época de sujeción la que se iniciaba —y sabemos que, aunque hubo una proclamación general de las libertades, ésta partió de Roma en el 196⁴⁸².

Para cerrar esta digresión, digamos que si volvemos al problema de saber si las antiguas ciudades griegas ocupaban un lugar jurídicamente definible en el seno del Imperio seléucida, la respuesta no es fácil. La diversidad de las relaciones entre las ciudades y los soberanos, así como las contradicciones que podemos ver en ellas al compás de las fluctuaciones políticas, nos prohíben hablar de "estatutos" de esas ciudades: debemos intentar más bien comprender la naturaleza de aquellas relaciones. Algunos han pensado que las ciudades habrían estado unidas a la monarquía mediante relaciones federativas de alianza —teoría que generaliza unos datos documentales demasiado escasos: la alianza no representó, como mucho, sino una ficción limitada en el tiempo y en el espacio—. Otros, por el contrario, han pensado que las ciudades y los reyes mantuvieron tan sólo relaciones empíricas. Esta segunda forma de ver es, sin duda, la verdadera, pero queda el hecho de que, en ambas partes, se han utilizado conceptos jurídicos... En las cuestiones griegas, tan poco recomendable es llevar el juridicismo al exceso como hacer totalmente caso omiso. Ahora bien, es patente que las relaciones entre las antiguas ciudades y los soberanos fueron esencialmente relaciones de fuerza y que el derecho,

⁴⁸⁰ *Supra*, p. 338.

⁴⁸¹ Esta ficción aparece ya en algunos documentos seléucidas.

⁴⁸² *Supra*, p. 362.

que jamás se perdió de vista, tuvo constantemente que plegarse a los hechos. Cuando el rey estaba en situación de fuerza, las ciudades intentaron, con una lealtad a menudo condescendiente, salvaguardar cuanto pudieron de su libertad y de su autonomía —y frecuentemente lo consiguieron, puesto que el rey, por su parte, no tenía interés en complicar las cosas y la autonomía cívica suponía para él una simplificación administrativa—. De manera inversa, cuando el poder real se debilitaba, las ciudades, sin desechar la tutela real realizando una proclamación de su independencia, se esforzaban por ampliar esa independencia mediante hechos —o, eventualmente, transferían su lealtad a otros soberanos a cambio de mayores concesiones—. Está claro que cuando en ambas partes se hablaba de *eleuthería* y de *autonomía*, no se concedía a dichos términos el mismo contenido, y que entre los soberanos y las ciudades se estableció una dialéctica implícita en cuanto al sentido de aquellas nociones —o, por expresarlo en otros términos, entre el hecho y el derecho—. Si la *eleuthería* y la *autonomía* representan el hecho de gozar de la independencia y de administrarse a su albedrío sin sufrir intervenciones exteriores, implicaban también, a los ojos de las ciudades, un derecho a que las cosas funcionaran así.

Ahora bien, la época helenística aporta una renovación de las ideas en cuanto a las fuentes del derecho. Sin duda, podemos preguntarnos si a la llegada de Alejandro las *poleis* de Asia Menor podían invocar su derecho imprescriptible a la libertad, pero esta cuestión no parece estar vigente dos o tres generaciones más tarde. En efecto, cuando, hacia el 260, los eritreos ruegan a Antíoco II el reconocimiento de su autonomía y la exención de tributo, la justificación que invocan es que había sido así desde Alejandro, y el rey, admitiendo que sus predecesores habían, en este punto, “actuado con justicia”, se digna “no quedarse atrás en su beneficencia”: ambas partes se refieren, pues, a un estado de hecho creado por la buena disposición de los soberanos anteriores, lo que nos permite discernir aquí cuál es el nuevo principio de la libertad y de la autonomía de las ciudades: son *gracias otorgadas*. Es evidente, sin embargo, que las antiguas ciudades de Asia Menor no fueron más “libres y autónomas” en la época helenística de lo que lo habían sido bajo los persas y, como nunca acaban de airear estas nociones, parece que ya han perdido su contenido clásico. Da la impresión asimismo de que, desde Alejandro, lo esencial para las ciudades consistía menos en una independencia, que sabían fuera de alcance, como en una liberación de algunos signos de sujeción que les oprimían: el tributo y las guarniciones, y nos equivocáramos al pensar que una proclamación de libertad y de autonomía por parte del rey los abolía automáticamente. En cuanto al tributo, en particular, su renuncia por parte del rey estaba sujeta demasiado a menudo a algunas cláusulas especiales como para que la cuestión pueda despacharse de forma simple. Pero la fidelidad interesada de las ciudades valía a menudo más, a los ojos del rey, que la suma que podían sacar de ellas, y la fidelidad podía a su vez dispensarlo de situar en ellas una guarnición. Así, la “libertad” y la “autonomía” adquirirían un contenido positivo —pero que podía en todo

momento ser violado y que, sobre todo, no era equivalente a la independencia⁴⁸³.

No cabría, así pues, formular una teoría jurídica sobre las relaciones entre las antiguas ciudades de Asia Menor y los soberanos, cuyo "conjunto de relaciones recíprocas escapa a toda norma de derecho público, e incluso a toda norma racional, fundándose exclusivamente sobre relaciones reales de potencia" (Ehrenberg), y parece como si la situación sin precedentes inaugurada por Alejandro hubiese abierto una crisis en el derecho público. La sustitución de la dominación persa por una dominación monárquica helénica exigía una redefinición del estatuto de las *poleis* que evitase tanto su antigua "servidumbre" al "despotismo bárbaro" como una imposible soberanía. Pero para que tal derecho hubiera podido encontrarse y formularse, hubiese necesitado un largo período de estabilidad, lo cual no fue el caso. Numerosos documentos sugieren que se había alcanzado una vía de solución en la que el liberalismo real, valorando con tino las susceptibilidades históricas de las *poleis*, habría permitido conciliar los intereses materiales y políticos de ambas partes dentro de una *eunoia* mutua. Pero las vicisitudes de la historia pragmática antes de los Seléucidas, bajo los Seléucidas e incluso después de ellos, impidieron que esta solución pudiera lograrse antes de la paz romana: dentro de los reinos territoriales, las antiguas ciudades siguieron siempre siendo cuerpos extranjeros inasimilables.

Para las nuevas ciudades y las ciudades indígenas convertidas en *poleis* es evidente que no se trataba de un problema de independencia: mientras que las antiguas ciudades habían caído bajo la soberanía real por un accidente histórico, las nuevas habían nacido por un acto de soberanía; de dimensiones a menudo modestas, sitas la mayoría en el interior de las tierras (situadas, pues, en la tierra real), pobladas por ciudadanos con orígenes dispares, estaban por naturaleza destinadas a la sujeción. Por ello buscaremos en vano algún documento que reconozca la "libertad" de esta categoría de *poleis*⁴⁸⁴. En cuanto a su autonomía, todas tenían, sin duda, sus instituciones cívicas, sus leyes locales, sus impuestos locales, su moneda fraccionaria, lo que representa una apreciable autonomía municipal; pero como no albergaban ninguna pretensión a la "libertad", no había razón para que eludiesen el tributo, lo cual daba a la administración real fundados motivos para intervenir en sus asuntos interiores. Para una ciudad indígena, convertirse en *polis* representaba ventajas nuevas, aunque

⁴⁸³ La ausencia de una verdadera independencia puede apreciarse también en el hecho de que las ciudades súbditas no acuñan ya moneda cívica de plata, aunque algunas de ellas constituyen la sede de talleres monetarios reales, únicos habilitados para acuñar este metal (cf. también *infra*, p. 485).

⁴⁸⁴ Con una excepción: cuando el reino seléucida estaba agonizando, un Antfoco (VIII o IX: eran dos primos rivales) juzgó oportuno otorgar la *eleuthería* a Seleucia de Pieria (puerto de Antioquía) para asegurarse más su fidelidad. Habían sido necesarios dos siglos y unas circunstancias excepcionales para que esta ciudad marítima obtuviese este "primero y mayor de los favores" (Welles, 71-72).

de todas formas eran difícilmente definibles; y esto representaba, sobre todo, una dignidad nueva, que permitía a sus ciudadanos helenizados ser reconocidos como griegos entre los griegos: mas no dejaban por eso de ser súbditos del rey.

Es una falacia distinguir entre ciudades "libres" (las antiguas) y ciudades "sujetas" (las demás) dentro del Imperio seléucida: hay en realidad dos categorías históricas, la de las ciudades que pueden alegar una tradición plurisecular para pretender la libertad, y la de las ciudades que no pueden hacerlo. Desde el punto de vista del rey, esto no podía conducir más que a diferencias de comportamiento sin verdadera base jurídica. Si la suerte de *todas* las ciudades tenía un fundamento común, se trataba del principio —que se guardan mucho de afirmar— de su común sujeción a la autoridad real, que no debemos confundir con el ejercicio de la administración directa, puesto que la administración real (satrápica) se detiene en principio en los límites de los territorios de las *poleis*. Pero la autoridad real tiene otros medios para ejercerse además de la administración directa, y el verdadero problema consiste en saber en qué medida el poder real tendía a afirmarse, o consentía en atenuarse. Ahora bien, la elección entre estas dos actitudes que las circunstancias podían, algunas veces, dictar al soberano, se imponía casi exclusivamente en el caso de las antiguas ciudades de Asia Menor, las cuales fueron las únicas que tuvieron la eventual posibilidad de hacer defección y a las que convenía, por tanto, vincular al reino, ya fuese a través de una guarnición y de un *epistates*, ya otorgándoles concesiones políticas halagadoras y provechosas. Pero, aunque las ciudades pudieron considerar estas concesiones como honores debidos a su antigua dignidad, éstas no eran sino atenuaciones de su sujeción. Las nuevas ciudades y las ciudades indígenas helenizadas no requerían tantos honores, sobre todo cuando se hallaban instaladas en las tierras del interior. Detrás del aspecto del vocabulario oficial de los documentos, que mezclan nociones jurídicas (libertad, autonomía, democracia y exención fiscal) con nociones morales (benevolencia, beneficencia, celo, fidelidad y piedad), fueron el empirismo, el interés y las circunstancias los que dictaron las relaciones entre los soberanos y las ciudades.

Estos problemas exigían que nos detuviésemos en ellos, puesto que son característicos del Imperio seléucida. Si volvemos, ahora, al Estado seléucida considerado en su conjunto, resulta evidente que su diversidad y su inmensidad no debían permitirle mantenerse más que por la fuerza. Nacido de la conquista, constantemente amenazado por sus rivales mediterráneos, por la presión de los bárbaros exteriores y por tendencias secesionistas internas, la monarquía seléucida tuvo siempre un carácter de monarquía militar. Diversos documentos mencionan juntos "al rey, a los amigos del rey y a las fuerzas reales (*basilikai dinameis*)", como si fuese ésta la expresión del Estado en sí, excluyendo cualquier otra estructura administrativa. Ahora bien, aunque es fácil discernir las tareas militares que se imponían a los Seléucidas y aunque ocurre que los historiadores nos dan ideas generales sobre la composición de los ejércitos seléuci-

das⁴⁸⁵, la organización de este aparato militar, que presidía un “secretario en jefe” (*archigramateus ton dinameon*), sigue siendo oscura en numerosos puntos. Al igual que los demás soberanos, los Seléucidas utilizaron ampliamente mercenarios, tanto griegos como bárbaros, y algunos de sus mejores estrategos fueron mercenarios. Comprobamos, por otra parte, que los reyes, dinastas o pueblos vasallos, cuando no las *poleis*, eran invitadas a proporcionar contingentes. Pero existía también un ejército permanente que se configura tanto a través de las guarniciones (*fruria*) emplazadas en puntos estratégicos como a través de la posibilidad que tenían los Seléucidas de reclutar tropas en sus tierras. Las guarniciones parecen haber sido de naturaleza muy diversa. Los mercenarios eran seguramente numerosos y quizá se recurría gustosamente a soldados originarios de una región para vigilar a otra⁴⁸⁶. En cuanto a las levadas en el interior del reino, plantean el problema de los “macedonios” y de la colonización militar. Parece probable, en efecto, que los Diádocos intentaran reconstituir en Asia Menor una nueva Macedonia capaz de suministrarles, mediante las levadas populares, los infantes que necesitaban para su falange, y los “macedonios” que hallamos en fechas más tardías en Asia Menor y en Siria eran sin duda los descendientes de los colonos originales, probablemente reforzados con gentes de otros orígenes, pero convertidos en “macedonios”. Seguramente hubo, en varias regiones, establecimientos macedonios, aglomeraciones rurales que no tenían rango de *polis* y cuya población podía ser llamada a las armas como en la madre patria⁴⁸⁷. El apego de los Seléucidas (como el de los demás soberanos helenísticos) a la antigua táctica macedonia de la falange fue tanto más notorio cuanto que debía acabar por serles fatal. Por más que mantuviesen, con grandes gastos, elefantes de guerra y recurriesen a la antigua táctica asiática de los carros falcados, el corazón de sus ejércitos siguió estando constituido por la falange “macedonia” —cosa que les impidió enfrentarse a los dos adversarios bajo cuyos golpes sucumbirían: los jinetes iraníes y los legionarios romanos.

III.—EGIPTO Y EL IMPERIO PTOLEMAICO⁴⁸⁸

El Imperio ptolemaico es Egipto, más las posesiones exteriores. Las razones por las cuales Ptolomeo I, recién nombrado como sátrapa de

⁴⁸⁵ Cf. Polibio, V, 82 (Rafía); Tito Livio, XXXVII, 40 (Magnesia del Sípilo).

⁴⁸⁶ Antíoco III instala guarniciones de judíos babilonios en Asia Menor, y Antíoco IV guarniciones griegas en Judea.

⁴⁸⁷ La cuestión de saber si estos establecimientos eran o no oficialmente denominados *katoikiai* (lo cual significa precisamente “establecimientos”) no está clara; tampoco sabemos si debemos contemplarlos necesariamente como colonias “militares”.

⁴⁸⁸ OBRAS DE CONSULTA.—El carácter particular y la abundancia de la documentación primaria exigen una orientación general que hallaremos en las siguientes obras: L. Mitteis y U. Wilcken, *Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde*, Leipzig-Berlín, 1912; W. Schubart, *Einführung in die Papyruskunde*, Berlín, 1918; P. Collomp, *La papyrologie*, Estrasburgo, 1927; K. Preisendanz, *Papyrusfunde und Papyrusforschung*, Leipzig, 1933; A. Calderini, *Manuale di Papirologia antica greca e romana*, Milán, 1938; W. Peremans y J. Vergote, *Papyrologisch Handboek*, Lovaina, 1942; M. David y B. A. Van Groningen, *Papy-*

Egipto en el 323, se dedicó a adquirir regiones ya limítrofes, ya más lejanas —en lo cual fue imitado por sus sucesores del siglo III—, a fin de constituir un Imperio que acabó por alcanzar Tracia, han sido y son aún discutidas. Las rivalidades de los Diádocos, y luego los conflictos con los Seléucidas y los Antigónidas, sugieren que las razones estratégicas (la protección de Egipto propiamente dicha) desempeñaron un papel de primer orden; pero muy pronto se mezclaron intereses económicos: pero esto nos importa muy poco *aquí*, en donde pretendemos analizar las estructuras de aquel Estado compuesto. Bajo semejante punto de vista, cabe hacer esa distinción sin ningún inconveniente, por lo que consideraremos primero lo esencial, es decir, Egipto en sí mismo.

rological primer, Leyde, 1965; A. Bataille, La papyrologie, en *L'histoire et ses méthodes*, "Encyclopedie de la Pléiade", París, 1961.—Véase asimismo, para el detalle de las publicaciones, las secciones papirológicas de la *Revue des Études grecques*, de *Ægyptus*, de la *Chronique d'Égypte*, y del *Journal of Juristic Papyrology*.—Véase además, para la prosopografía, W. Peremans y E. Van't Dack, *Prosopographia Ptolemaica*, I-VI, Lovaina, 1950-1968.

Una exposición tan escueta como la contenida en las siguientes páginas no podrá hacer referencia a documentos particulares. Mencionaremos, no obstante, algunos textos importantes y accesibles, como las Revenue Laws (B. P. Grenfell y J. P. Mahaffy, *Revenue Laws of Ptolemy Philadelphus*, Oxford, 1896, recogido parcialmente por A. S. Hunt y C. C. Edgar, *Select Papyri*, II, "Colección Loeb", 1934, n.º 203, y reeditado por J. Bingen, *Sammelbuch gr. Urkunden aus Ägypten*, Beiheft 1, 1952 (sin trad.) o como el memorándum enviado por un "diceta" de finales del siglo III a un funcionario local (A. S. Hunt y J. G. Smyly, *The Tebtunis Pap.*, III, I, Londres, 1933, n.º 703), o como, por último, los textos legislativos reales (con trad. francesa) por M. Th. Lenger, *Corpus des Ordonnances des Ptolémées*, Bruselas, 1964.

A las obras generales citadas en notas 324, 331 y 436, añadir H. I. Bell, *Egypt from Alexander the Gr. to the Arab conquest*, Oxford, 1948.

Sobre la administración en general (incluyendo la organización y la explotación económicas): U. Wilcken, en Mitteis y Wilcken, *o. c.*, *supra*; P. Collomp, *Recherches sur la chancellerie et la diplomatie des Lagides*, Estrasburgo-París, 1926; V. Martin, Les papyrus et l'histoire administrative de l'Égypte gréco-romaine, *Münchener Beiträge z. Papyrusforschung*, XIX, 1934, pp. 102 ss.; H. Gauthier, *Les nomes d'Égypte depuis Hérodote jusqu'à la conquête arabe*, El Cairo, 1934; W. Schubart, *Verfassung u. Verwaltung des Ptolemäerreiches = Das alte Orient*, XXXV/4, 1937; W. L. Westermann, The Greek exploitation of Egypt, *Polit. Sc. Quarterly*, XL, 1925, pp. 517 ss.; Id., The Ptolemies and the welfare of their subjects, *Amer. Hist. Rev.*, XLVI, 1938, pp. 271 ss.; Cl. Préaux, *L'économie royale des Lagides*, Bruselas, 1939; Ead., *Les Grecs en Égypte d'après les archives de Zénon*, Bruselas 1947; Ead., Sur les origines des monopoles lagides, *Chr. Eg.*, XXIX, 1954, pp. 312 ss.; C. B. Welles, The Ptol. administration of Egypt, *J.J.P.*, III, 1949, pp. 21 ss.; H. Bengtson, *Die Strategie...*, III, Munich, 1952; P. Vidal-Naquet, *Le bordereau d'ensemencement dans l'Égypte ptolémaïque*, Bruselas, 1967; N. N. Pikous, A propos de la *diagraphè tou sporou*, *Proceed. of the 12th int. Congr. of Papyr.* = *Amer. Stud. Pap.*, VII, Toronto, 1970, pp. 405 ss.

Más concretamente sobre el régimen de las tierras: Cl. Préaux, L'évolution de la tenure clerouche sous les Lagides, *Rec. Soc. J. Bodin*, III, 1938, pp. 41 ss.; J. Herrmann, Zum Begriff *gè en aphései*, *Chr. Eg.*, XXX, 1955, pp. 95 ss.; D. Hennig, *Unters. zur Bodenpacht in pto.-röm. Ägypten*, Munich, 1967; F. Uebel, Die Kleruchen Äg. unter den ersten sechs Ptol., *Abh. Ak. Wiss. Berlin*, 1968/3.—Sobre ciertos aspectos del sistema fiscal: Cl. Préaux, De la Grèce classique à l'époque hellénistique: la banque témoin, *Chr. Eg.*, XXXIII, 1958, pp. 243 ss.; C. B. Welles, On the collection of revenues in grain in Ptol. Egypt, *Festschrift Oertel*, Bonn, 1964, pp. 7 ss.; Z. M. Packman, *The taxes in grain in Ptol.*

Las condiciones eran infinitamente mejores allí que en otros Estados helenísticos: la burocracia lágida fue muy dada al papeleo (país de escribas, Egipto lo fue más que nunca bajo los Lágidas), y el clima ha permitido encontrar una masa enorme de este "papiro": ordenanzas reales,

Egypt = Amer. Studies in Papyrol., vol. 4, 1968.—Sobre los problemas particulares del Alto Egipto: G. Plaumann, *Ptolemais in Oberägypten*, Leipzig, 1910; E. Van't Dack, *Recherches sur l'administration du nome dans la Thèbaïde au temps des Lagides*, *Ægyptus*, XXIX, 1949, pp. 3 ss.; A. Bataille, *Thèbes gréco-romaine*, *Chr. Eg.*, XXVI, 1951, pp. 325 ss.; J. Bingen, *Les épistratèges de la Thèbaïde sous les derniers Ptolémées*, *Chr. Eg.*, XLV, 1970, pp. 369 ss.

Sobre las dignidades áulicas: L. Mooren, *Über die ptol. Hofrangtitel*, *Studia Hellenistica*, XVI, 1968, pp. 161 ss.; P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972, I, pp. 101 ss.

Sobre la legislación real: Cl. Préaux, *Un problème de la politique des Lagides: la faiblesse des édits*, *Atti del IV Congr. internaz. di Papirol. Milano 1935*, Milán, 1936, pp. 183 ss.; M. Th. Lenger, *Les lois et ordonnances des Lagides*, *Chr. Eg.*, XIX, 1944, pp. 108 ss.; Ead., *Corpus des Ordonnances des Ptolémées*, Bruselas, 1964.

Sobre el derecho y la justicia: F. Zucker, *Beiträge z. Kenntnis der Gerichtsorganisation in ptol. u. röm. Ägypten*, *Philologus*, Suppl. XII, 1, 1912; E. Berneker, *Die Sondergerichtsbarkeit im gr. Recht Ägyptens*, Munich, 1935; Cl. Préaux, *Sur la réception des droits dans l'Égypte gréco-romaine*, *R.I.D.A.*, V, 1950, pp. 349 ss.; R. Taubenschlag, *The law of Greco-roman Eg. in the light of the Papyri*, 2.^a ed., Varsovia, 1955; E. Seidl, *Ptolemäische Rechtsgeschichte*, 2.^a ed., Glückstadt-Hamburg-Nueva York, 1962; H. J. Wolff, *Das Justizwesen der Ptol.*, Munich, 1962; Id., *Law in Ptol. Egypt, Essays in hon. of C. B. Welles = Amer. Stud. Papyr.*, I, 1966, pp. 67 ss.; J. Modrzejewski, *La règle du droit dans l'Ég. ptol.*, *ibid.*, pp. 125 ss.

Sobre las instituciones militares: P. M. Meyer, *Das Heerwesen der Ptol. u. Römer in Ägypten*, Leipzig, 1900; J. Lesquier, *Les institutions militaires de l'Égypte sous les Lagides*, París, 1911; W. W. Tarn, *Hellenistic military and naval developments*, Cambridge, 1930; M. Launey, *Recherches sur les armées hellénistiques*, 2 vol., París, 1949-1950 (que consultaremos para la noción de *politeuma*, pp. 1064 ss., en donde hallaremos la bibliografía anterior); E. Van't Dack, *Notes concernant l'épistratégie ptolémaïque*, *Ægyptus*, XXXII, 1952, pp. 437 ss.; P. Lévêque, *La guerre à l'époque hellénistique*, en J.-P. Vernant, *Probl. de la guerre en Grèce ancienne*, París, 1968, pp. 261 ss.; véanse también las obras relativas a los cleucos citadas anteriormente; — en concreto sobre la marina: U. Wilcken, *Zur Trierarchie im Lagidenreich*, *Raccolta Lumbroso*, Milán, 1925, pp. 93 ss.; R. S. Bagnall, *The Ptol. trierarchs*, *Chr. Eg.*, XLVI, 1971, pp. 356 ss.; I. L. Merker, *The Ptolemaic officials and the league of the Islanders*, *Hist.*, XIX, 1970, pp. 143 ss.; H. Hauben, *Callicrates of Samos. A contribution to the study of the Ptol. admiralty*, *Studia Hellenistica*, 18, 1970 (el mismo autor anuncia un estudio de conjunto sobre el almirantazgo lágida).

Sobre las relaciones entre el poder real y los templos: W. Otto, *Priester u. Tempel im hellenist. Ägypten*, 2 vol., Leipzig, 1905-1908; F. von Woess, *Das Asylwesen Ägyptens in der Ptolemäerzeit*, Munich, 1923.

Sobre los problemas monetarios: J. N. Svoronos, *Ta nomismata tou kratous tôn Ptolemaïôn*, 4 vol., Atenas, 1904-1908, con una traducción alemana; W. Giesecke, *Das Ptolemäergeld*, Berlín-Leipzig, 1930; J. G. Milne, *Egyptian currency under the Ptolemies*, *Actes Congr. Pap. Oxford*, 1937, Bruselas, 1938, pp. 286 sqq. (resumen); A. Segré, *The Ptolemaic copper inflation ca 230-140 B.C.*, *A.J.Ph.*, LXIII, 1942, pp. 174 ss. y *R.C. Accad. Lincei*, 8.^a ser., XX, 1955, pp. 412 sqq.; T. Reekmans, *Economic and social repercussions of the Ptol. copper inflation*, *Chr. Eg.*, XXIV, 1949, pp. 324 ss.

Sobre los disturbios, las concesiones, las coacciones y el desarreglo del sistema lágida: Cl. Préaux, *Esquisse d'une histoire des révolutions égypt. sous les Lagides*, *Chr. Eg.*, XXI, 1936, pp. 522 ss.; Ead., *La signification du règne d'Evergète II*, *Actes Congr. Papyr. Oxford*, Bruselas, 1938, pp. 345 ss.; Ead., *Sur les causes de la décadence du monde hellénistique*, *Atti XI Congr. intern. Papirol. Milano*, Milán, 1966, pp. 475 ss.; M. Alliot, *La Thèbaïde en*

circulares administrativas, correspondencia administrativa y privada, listas, contratos, peticiones, etc.—todos esos documentos a los cuales se añaden millares de *ostraca*⁴⁸⁹ e inscripciones sobre piedra, que nos aportan un conocimiento de las cuestiones ptolemaicas infinitamente superior a cuanto encontramos en otros lugares—. Pero esta documentación está repartida de manera desigual en el tiempo y en el espacio⁴⁹⁰, de modo que sería imprudente deducir un esquema coherente que fuese válido para todo Egipto durante los tres siglos de la época lágida: así, las investigaciones actuales buscan antes matizar y diferenciar que generalizar...

Al tratar de la realeza helenística en general, la habíamos enfocado bajo sus aspectos helénicos: debemos aquí, además, tener en cuenta su aspecto egipcio. Alejandro, que no hizo más que pasar por Egipto, había sido reconocido allí como faraón⁴⁹¹. Ahora bien, los Tolomeos fueron los únicos soberanos extranjeros que durante tres siglos vivieron en Egipto y para los cuales Egipto no fue una posesión exterior, sino la sede misma de su Estado: la cuestión de su actitud frente a la realeza nacional es, por eso, importante —y resulta deplorable que no podamos adentrarnos muy bien en este punto—. Cuando Ptolomeo, en el 323, se estableció en Menfis como sátrapa, fue con la intención evidente de no dejarse desalojar de allí. La hostilidad de Pérdicas⁴⁹², la relativa debilidad, aún, del poblamiento macedonio, debieron conducirle a apoyarse sobre los egipcios, y la memoria de Alejandro —no de Alejandro como monarca universal, sino del Alejandro faraón, cuyo restos mortales fueron enterrados en Menfis⁴⁹³—

lutte contre les rois d'Alexandrie, *R.B.Ph.H.*, XXIX, 1951, pp. 424 ss.; M. Th. Lenger. La notion de "bienfait" (*philanthrôpon*) royal et les ordonnances des rois lagides, *Studi Arancio Ruiz*, I, 1952, pp. 483 ss.; L. Koenen, *Eine Ptol. Königsurkunde = Klass.-philol. Studien*, XIX, 1957; H. Braunert, *Idia. Studien z. Bevölkerungsgesch. des ptol. Äg.*, J.J.P., IX-X, 1955-1956, pp. 211 ss.; Id., *Die Binnenwanderung. Studien z. Sozialgesch. Äg. in der Ptol.-u. Kaiserzeit*, Bonn, 1964; C. Kunderewicz, Evolution historique de la responsabilité des fonctionnaires dans l'Ég. ptol., *Eos*, XLVIII, 2, 1956, pp. 101 ss.; F. Oertel, *Die Liturgie*, Leipzig, 1917.

Sobre el problema general de las relaciones entre griegos e indígenas, *infra*, p. 446.

Sobre la vida económica, con independencia de sus aspectos administrativos y fiscales, *infra*, p. 464.

Sobre la administración de las posesiones exteriores: H. Bengtson, *Die Strategie...*, III, Munich, 1952; J. Machu, Cyrène: la cite et le souverain, à l'époque hellénist., *R.H.*, 1951, pp. 41 sqq; T. B. Mitford, The character of Ptolemaic rule in Cyprus, *Ægyptus*, XXXIII (1953) pp. 80 ss.; H. Volkmann, Der Herrscherkult der Ptol. in phönik. Inschriften und sein Beitrag zur hellenisierung von Kypros, *Hist.*, V, 1956, pp. 448 ss.

Sobre Alejandría, véase hoy la suma de P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, 3 vol., Oxford, 1972.

⁴⁸⁹ Estos tuestos eran utilizados para diversos fines: los que servían de recibo son particularmente valiosos.

⁴⁹⁰ En el tiempo, resulta escasa para los comienzos de la época lágida; en el espacio, existen algunas zonas privilegiadas (el Fayum, p. ej.) y zonas desheredadas (el Delta, Alejandría). Por otra parte, nuestro conocimiento de la documentación en lengua vulgar ("demótica") aún es insuficiente.

⁴⁹¹ *Supra*, p. 240.

⁴⁹² *Supra*, p. 314.

⁴⁹³ No serían transferidos a Alejandría sino por Ptolomeo II.

debió serle de inmensa ayuda. Como algunas inscripciones jeroglíficas revelan que Filipo III Arrideo y el pequeño Alejandro IV recibieron la titulación faraónica, parece que Ptolomeo fingió primero no ser más que el representante de los faraones ausentes. Fue tras la desaparición de los Argéadas cuando las cosas se vuelven confusas. Cuando Ptolomeo se proclamó *basileus* en el 305/4, lo hizo para discutir las pretensiones de Antígono a la monarquía universal y evitar su extensión a Egipto. Pero ningún documento permite por ahora probar que fuese jamás coronado como faraón, pese a la titulación faraónica que en su momento se le atribuyó. Ptolomeo V fue el primero de quien tenemos la seguridad de que “vino a Menfis para cumplir los ritos convenientes para la toma de la corona”, del “*pschent* que ceñía cuando entró en el templo de Menfis para recibir la realeza” (según los términos de la piedra de Rosetta, en el 196), sus predecesores se contentaron con ser faraones de hecho. *Basileis* para los helenos, faraones para los egipcios: este doble aspecto de la realeza ptolemaica pudo contribuir a que la dominación extranjera fuese aceptada, en principio, por la población indígena. Pero se trataba de una ficción, y como esta ficción no bastaba ya, a finales del siglo III, para disimular la realidad, la de una explotación opresiva de un país por una minoría extranjera, Ptolomeo V tomó la decisión de coronarse, concesión que no fue más que una ampliación de la ficción.

A los ojos de los greco-macedonios, en efecto, Egipto era una tierra de conquista, y si la tradición faraónica podía justificar y reforzar el poderío real, éste no hubiera tenido necesidad del mismo para afirmarse.

Al contrario de lo que ocurría en el Imperio seléucida, el dominio administrativo lágida fue favorecido por una tradición burocrática secular que se ejerció sobre un país muy homogéneo. Desde los tiempos más remotos, Egipto había estado dividido en unos cuarenta “nomos”, situados bajo la autoridad administrativa de “nomarcas”; los nomos estaban a su vez subdivididos en “toparquías” y en pueblos, situados bajo la autoridad de “toparcos” y “comarcos”. Una jerarquía burocrática compleja culminaba en los servicios de un “visir” (o de dos, en algunas épocas). El impuesto y la justicia eran las principales tareas de esta administración, que los Tolomeos hubieran podido contentarse en heredar si las necesidades de una explotación militar y de una explotación económica y fiscal más intensiva que en el pasado, así como el desarrollo de una población helénica, no les hubiesen conducido a superponer nuevos funcionarios, reclutados entre los greco-macedonios⁴⁹⁴ y provenientes del ejército de ocupación y de su intendencia. Estos dos sistemas de origen heterogéneo no se fundieron nunca en un conjunto coherente. Las tropas dispersadas en la *chora* estaban desde el principio bajo la autoridad de “estrategos”, mientras que el fisco y la economía que lo alimentaba estaba confiado a unos “ecónomos”. Al principio, las competencias de los nomarcas, de los

⁴⁹⁴ Tan sólo los niveles inferiores de administración quedaron reservados a los egipcios, por razones lingüísticas evidentes. A partir del siglo II, hubo indígenas helenizados que se elevaron en la jerarquía, pero a menudo es difícil distinguirlos de los auténticos helenos.

estrategos y de los ecónomos estaban aún diferenciadas, pero los estrategos invadieron cada vez más el terreno de los funcionarios civiles, y esta evolución llegó bajo Ptolomeo III a hacer del “estratego del nomo” un verdadero “prefecto”, representante inmediato del poder real y con autoridad, a partir del siglo II, sobre todos los funcionarios de su nomo. Vemos incluso a estrategos ejerciendo las funciones de ecónomo, e incluso de nomarco. La importancia de los estrategos del nomo, convertidos en “intendentes de justicia, de policía y de finanzas”, explica la aparición de nuevas funciones subalternas, separadas de sus poderes generales, mientras que el desarrollo de sus funciones civiles explica que el mando militar se les marchase de las manos para pasar a oficiales que tenían autoridad sobre las tropas de varios nomos y que llevaban el título de “epistrategos”. Alrededor de este personal administrativo y militar abundaba a todos los niveles una pléyade de pequeños funcionarios, secretarios (*grammateis*), controladores (*antigraphais*), recaudadores de impuestos (*telonai*), gendarmes (*phylakitai*), etc. Estos funcionarios reales poseían poderes judiciales que dependían del ámbito del derecho público. Al campo del derecho privado⁴⁹⁵ correspondía la organización judicial autónoma, que atestigua una dicotomía originada por la coexistencia del derecho egipcio y del derecho griego, que no se unieron antes de la época romana. La jurisdicción egipcia estaba asegurada por tribunales de *laokritai* (sacerdotes), la griega por *dikasteria*. Este sistema parece haberse desajustado después del siglo III y conocemos, en el siglo II, “tribunales comunes” (*koinodikia*), mientras que los jueces reales (*chrematistai*) extendían su jurisdicción al conjunto de los súbditos.

Este somero esquema procede de documentos del Bajo y Medio Egipto, pues el alto Egipto parece haber sido objeto de un trato particular, que tiene ya antecedentes faraónicos. Como el Irán para los seléucidas, “la Tebaida y las regiones dependientes” (o “la Tebaida y las regiones superiores”) estaban lo bastante alejadas de la capital como para que se las confiase a un personaje provisto de una amplia autonomía civil y militar. Aunque no conozcamos a ningún “estratego de Tebaida” antes de Ptolomeo VI, es probable que la creación de algún tipo de vicerrealeza del Alto Egipto fuese planteada ya en tiempos de Ptolomeo I —que fundó allí la única ciudad griega de Egipto, Ptolemaida, destinada a hacer contrapeso a Tebas.

A la concentración de los poderes en el nivel del nomo responde una extrema centralización en la cumbre del edificio, cuyos artesanos parecen haber sido Ptolomeo II y III. Como la finalidad de toda la maquinaria era la potencia y el prestigio del rey, es decir, su riqueza, el gobierno central debía controlar los medios de esta riqueza, es decir, la explotación fiscal que la aseguraba, la explotación económica que alimentaba al fisco, y el orden interior que garantizaba el rendimiento de la economía —cosas, todas ellas, que no tuvieron verdaderamente éxito más que en el siglo III,

⁴⁹⁵ Cf. *supra*, nota 444.

y ni siquiera llegaron hasta el final—. Teóricamente, todo procede del rey y todo llega al rey, y la realidad parece haber respondido más o menos a la teoría bajo los primeros tres Tolomeos. Tarea enorme, que exigía que el rey estuviese rodeado de altos funcionarios para dirigir los servicios centrales de Alejandría⁴⁹⁶. La primacía de lo económico y de lo fiscal explica que el principal de estos colaboradores reales, el *dioiketes*, tuviese el control de estas dos ramas de los *pragmata*, pero también sobre todo el resto, puesto que el orden, la justicia, la relaciones con el clero, etc., eran las condiciones del buen funcionamiento de la maquinaria económico-fiscal. Reducir el papel del “dieceta” al de un “ministro de finanzas y economía” es no ver más que una parte (ciertamente, la esencial) de sus funciones: el dieceta es, de manera general, el “encargado de la administración” —y de hecho éste es el sentido de su título, el de un hombre que “se preocupa de todas las cosas”, como indica un papiro del siglo II; el “dieceta” Apolonio, principal colaborador de Ptolomeo II, fue uno de los creadores del Egipto lágida⁴⁹⁷—. Aunque el “dieceta” era el primer personaje del estado tras el rey, no es posible conocer la estructura de sus servicios y distinguir exactamente lo que dependía de su propia competencia de aquello que dependía de otros servicios sobre los cuales extendía su derecho de control. Entre los altos personajes que rodeaban al soberano, citaremos al “secretario de las fuerzas armadas” (*grammateus ton dynameon*); al *epistolographeus*, “encargado de la correspondencia” real, que era considerable, pues todos los súbditos del reino podían dirigirse al soberano a través de peticiones (*enteuxeis*); el *hipomnematographeus*, “encargado de los informes”, ocupado sin duda de mantener la minuta de las deliberaciones del consejo o de enviar las órdenes reales, que se plasaban en forma de simples apostillas sobre las cartas recibidas. Si estos diversos servicios poseían al principio cierta autonomía, la documentación del siglo II parece revelar que los “diecetas” consiguieron que progresivamente todo se deslizase bajo su autoridad: esto ocurre, parece evidente, por el hecho de que numerosos asuntos incluían un aspecto financiero y porque, al no contar los diversos servicios centrales con un presupuesto autónomo, el mínimo gasto extraordinario dependía del tesoro real, lo que ponía en movimiento a todo el aparato del Estado. Este sistema pesado y complicado, devorador de tiempo y de papiro, es un buen

⁴⁹⁶ Recordemos el tipo de extraterritorialidad de Alejandría, que no era considerada como si se hallase “en Egipto”, sino “a las puertas de Egipto”: *Alexandria ad Ægyptum*, como se dirá en latín. Residencia real, plaza con guarnición, sede de una humanidad cosmopolita, Alejandría, pese a sus magistrados electos y, al principio, su *boulé*, no tenía ningún rasgo de *polis* griega autónoma. El lector francés debe pensar en el estatuto particular de París...

⁴⁹⁷ Apolonio entró en funciones hacia el 260 y se mantuvo hasta la muerte de Ptolomeo II (246), al que, sin duda, no sobrevivió (la hipótesis de que cayó en desgracia bajo Ptolomeo III es poco plausible). Conocemos a Apolonio y sus actividades gracias, sobre todo, a los “archivos” de su hombre de confianza, Zenón, intendente de la inmensa “donación” que recibió del rey en el nomo arsinoíta (Fayum). Los “archivos de Zenón” (más de 2.000 piezas conocidas) están actualmente dispersos a través del mundo.

ejemplo de que el control de las finanzas conduce fácilmente al del Estado entero. La masa enorme de asuntos que esta centralización remitía hasta la cumbre del edificio impedía que todos fuesen tratados en el consejo real: los "diecetas" parecen haberse dispensado frecuentemente de actuar bajo órdenes expresas del soberano. Algunos documentos nos permiten conocer las visitas de inspección de los "diecetas", temidas por los funcionarios locales.

El objeto esencial de este aparato administrativo y burocrático consistía en asegurar los ingresos reales. Todo era materia imponible para el Estado lágida —pero, en este país rural, lo primero era la tierra y sus productos. El estatuto de las tierras siguió a grandes rasgos el mismo esquema que en el Imperio selúcida, con algunas diferencias que obedecen a la naturaleza y a las tradiciones del país⁴⁹⁸. El derecho de conquista funda la propiedad real, pero la "tierra real" (*ge basilike*) está lejos de cubrir la totalidad del país. Su superficie no podía ser evaluada y varió constantemente: incrementada mediante el cultivo de zonas marginales, también disminuyó en virtud del sistema de alienaciones. Poblada de "campesinos reales" (*basilikoi georgoi*), que cultivaban sus tierras en un régimen de arrendamiento a corto plazo, la tierra real era sometida a la explotación fiscal más directa y pesada. Pero varias categorías de tierra escapaban al dominio real. Primero, la "tierra sagrada" (*ge hiera*), constituida por los dominios de los dioses, es decir, de los innumerables santuarios indígenas y de su clero; imitando, sin duda, a la administración aqueménida, la administración lágida las sometió a su control y a su explotación fiscal, cuyo producto fue en parte devuelto a los santuarios para costear los gastos del culto. Pero las deferencias que los Lágidas estuvieron obligados a testimoniar desde un principio a los dioses egipcios, y más tarde el debilitamiento del poder real a partir del siglo II, condujeron a una ampliación constante de los dominios sagrados y de sus franquicias. "La tierra clerúquica" (*ge klerouchiké*) fue otra forma de alienación real. Como los faraones, los Lágidas resolvieron en parte el problema del mantenimiento de su ejército otorgando a los soldados tierras rurales (*kleroi*, de dimensiones variables según el grado y la dignidad del cuerpo donde servía el soldado: median de 5 a 100 aruras⁴⁹⁹), que los convertían en *klerouchoi*. Los "clerucos" lágidas estaban dispersados en los pueblos indígenas y, como alojamiento (*stathmos*), compartían las casas de los campesinos egipcios, decisión que era fuente de innumerables conflictos. Aun siendo conce-

⁴⁹⁸ Una de las diferencias esenciales reside en la ausencia de ciudades griegas (sólo existían Alejandría y Ptolemais, además de Naucratis, entonces decadente) y, por lo tanto, de territorios cívicos. Podemos imaginar las razones por las cuales los lágidas no fundaron *poleis* en Egipto (cosa que habría sido perfectamente posible): contrariamente a Asia, Egipto respondía muy bien a una voluntad de centralización; la creación de ciudades hubiera levantado forzosamente una serie de obstáculos a esa voluntad, mientras que la facilidad de las comunicaciones interiores permitía dispersar a los helenos por pequeños grupos por toda la *chora*, sin que se sintiesen aislados por vivir en el seno de una población indígena que, además, no fue hostil en los primeros tiempos.

⁴⁹⁹ Una *aroura* equivale a alrededor de 27 áreas.

siones vitalicias (pero no exentas de impuestos), el disfrute de las tierras "clerúquicas" revertía a la hacienda real a la muerte de su titular; sin embargo, no tardó en convertirse en hereditario, lo mismo que sucedió con el servicio militar (que podía ser costeadó gracias a esas tierras). Las "cleruquías" estuvieron primero reservadas a greco-macedonios, pero las dificultades del reclutamiento griego condujeron, desde finales del siglo III, a establecer como clerucos a soldados egipcios. Cabe comprobar, por otra parte, que los clerucos tuvieron tendencia a arrendar las tierras, algunas veces a otros griegos, más a menudo a egipcios, y a irse a vivir a la ciudad o pueblo más cercano, de modo que con el tiempo vemos dibujarse un reparto de la población que será característico del Egipto romano: los indígenas en el campo y los helenos en la ciudad, o en los lugares más cercanos a ésta (capitales de nomos y de toparquías)⁵⁰⁰. Como los Seléucidas, los Lágidas efectuaron a su vez importantes donaciones (*doreai*) en provecho de sus allegados: donaciones precarias irrevocables, como mucho vitalicias, de las cuales la más conocida es la del "dieceta" Apolonio, que fue, entre otras cosas, agraciado con 2.740 hectáreas en el Fayum. El rey cedía los ingresos de una *dorea* a su titular⁵⁰¹, y le cedía también la administración, pero la hacienda concedida no dejaba por eso de estar incluida en la organización general de la explotación del reino. El derecho de propiedad eminente del rey tendría, en principio, que haber excluido la verdadera propiedad privada; sin embargo, la propiedad privada (*ge idioktetos* o *ktema*) se desarrolló simultáneamente como resultado de la herencia de las tierras militares y, en las zonas impropias para cualquier otro cultivo que no fuese la arboricultura y la viticultura, a través de arrendamientos emfitéuticos, capaces de seducir a los colonos griegos. Es obvio que la "tierra privada" no escapaba al control real, ni al fisco⁵⁰².

⁵⁰⁰ Documentos de los siglos II y I nos dan a conocer en ciertos nomos la existencia de *politeumata* que agrupan a soldados del mismo origen (p. ej., beocios, cretenses, etc.) principalmente unidos por su pertenencia a una misma unidad militar y por mantener los cultos de su patria de origen. La función del *politeuma* no está clara: en este país sin ciudades griegas, parece tratarse de un sustituto atrofiado de la *polis*, destinado a favorecer la cohesión de los helenos en el ámbito egipcio. Pero conocemos asimismo un *politeuma* de árabes idumeos en Menfis, y la gran comunidad judía de Alejandría también estaba organizada en forma de *politeuma*. Así pues, el término parece haber comprendido realidades diversas.

⁵⁰¹ La noción de *dorea* se aplica en general a los ingresos, cuya denominación griega, *prosodos*, aparece como sinónimo de *dorea*. Ocurría además que el rey hacía "donación" no de una tierra, sino de los "ingresos" de un impuesto o de una tasa, que percibía el beneficiario en su provecho. Estas *doreai* fiscales parecen haber suplantado a las *doreai* sobre bienes raíces tras el siglo III.

⁵⁰² La cuestión de saber si todas las tierras no "reales" debían comprenderse bajo la noción de tierras *en aphesei* no está clara. La interpretación tradicional pretende que la *aphesis* sea la "concesión" mediante la cual el rey renuncia en la práctica a su derecho de propiedad sobre una tierra dada; pero cabe que la *aphesis* no sea más que una permisión fiscal que abandona las rentas de una tierra en provecho de un beneficiario. Cierto es que entre la concesión de un suelo y la de sus rentas no hay gran diferencia práctica, puesto que la primera no tiene sentido sin la segunda.

Aunque las tierras se estructuraban en categorías diversas, el aparato estatal era omnipresente. El régimen de economía controlada y dirigida mediante el cual los Lágidas intentaron someter a Egipto no constituye íntegramente un hallazgo griego: las condiciones naturales, la necesidad de rehacer anualmente el catastro en las zonas afectadas por la inundación, los trabajos hidráulicos, etc., habían impuesto secularmente una coordinación colectiva y una autoridad centralizada, y algunos documentos faraónicos nos revelan ya ciertos aspectos del sistema ptolemaico. Pero el Egipto helenístico no es el Egipto faraónico. Al atraer a una multitud de helenos y de asiáticos que ven allí tanto una "colonia de poblamiento" como una "colonia de explotación", debe alimentar y enriquecer a estos extranjeros sumados a su propia población; aferrada como una sanguijuela a uno de los flancos del país, la inmensa Alejandría necesita ser abastecida, así como lo necesitan las fuerzas militares: podemos intuir qué gran peso ejercería la nueva población sobre la economía tradicional. Pero, además, el contexto mundial había cambiado desde la visita de Alejandro. El país del Nilo, que parecía destinado al aislamiento y a la autarquía, fue, en manos de sus nuevos soberanos mediterráneos, objeto de un verdadero secuestro —como lo fueron los dominios asiáticos en manos de los seléucidas: se convirtió en el instrumento de una potencia cuyos objetivos le eran ajenos—. En un mundo en el que el Mediterráneo oriental, desde el delta a los Estrechos, era escenario de rivalidades monárquicas, el poderío de los reyes de Alejandría exigía como requisito la abundancia financiera, sin la cual no había ejército, ni flota, ni diplomacia, ni prestigio. Pero Egipto estaba falto de plata (y también de oro) y sus posesiones exteriores muy raramente podían resolver esta necesidad de metal monetario. En cambio, disponía de productos agrícolas, sobre todo de cereales, cuyos excedentes hacía siglos que habían encontrado compradores en el exterior. El problema esencial de la administración lágida consiste, así pues, en incrementar al máximo esos excedentes, productores de dinero. Se ha hablado fácilmente a este respecto de "planificación" de "dirigismo" o de "racionalización" de la economía: terminología que debemos despojar de sus connotaciones modernas, puesto que no se trata aquí en absoluto de un "socialismo de Estado" (un término que ha llegado a ser empleado) destinado a aumentar el nivel de vida de la población, sino más bien de una sobreexplotación con finalidad fiscal y mercantil, cuyo objetivo último era alcanzar la potencia política a través de la riqueza financiera. Orientar la producción, controlarla, imponerla, y venderla: tales eran las funciones esenciales de la administración lágida de Egipto —y como su peso no tardó en suscitar el descontento, no tardaron tampoco en verse acompañadas de la coacción, y luego de la represión—. Pero estas funciones, que se extendían a la casi totalidad de la actividad económica y que llegaron en algunas ramas hasta el monopolio de Estado, no se ejercieron en ningún momento sino de manera imperfecta, tanto porque la administración no dispuso jamás de medios técnicos y humanos suficientes para obtener un pleno rendimiento, como porque el campesinado indígena demostró una gran capacidad de inercia, incluso una resis-

tencia que no fue siempre pasiva, y, en último lugar, porque los intereses privados reaparecían en cuanto por una razón o por otra el control real se relajaba. Incluso en la "belle époque" del siglo III (bajo Ptolomeo II y Ptolomeo III), cuando ese control fue más completo y sus resultados más brillantes, se impuso únicamente de una manera que, según muestran los documentos, fue en ocasiones más *theorikon* que real, puesto que las mallas de la red eran demasiado anchas como para no dejar escapar una parte de aquello de lo que el Estado imaginaba que podría apropiarse.

La representación que nos hacemos hoy de la explotación de Egipto por los Lágidas es, por lo demás, un poco diferente y, en algunos puntos, más incierta que aquella a la que habían llegado nuestros predecesores. El concepto del dirigismo planificador que los Tolomeos habrían aplicado a Egipto fue elaborado interpretando los documentos administrativos, fiscales, judiciales, etc., a la luz de un prejuicio favorable a la racionalidad griega. Pero debemos hoy matizar esta representación y reconocer que el encuentro de los usos faraónicos con los usos griegos condujo en ocasiones, más que a una racionalización de los primeros por los segundos⁵⁰³, a superposiciones o yuxtaposiciones incoherentes dictadas menos por una preocupación de eficacia que por el temor al fraude. Esto puede verse bien, por ejemplo, en el uso bastante absurdo que hizo la burocracia lágida del sistema de los arrendamientos de recaudación de impuestos: las ciudades griegas conocían desde hacía tiempo estos arrendamientos, que les desembarazaban de las preocupaciones de la percepción directa: introducido en Egipto, el arrendamiento de recaudación de impuestos no sustituyó, sino que se superpuso a la percepción directa, puesto que el arrendador no existía más que para garantizar al Estado contra el riesgo de un déficit en relación con el rendimiento esperado; sin embargo, como garantía suplementaria, entre el arrendador y el receptor del Estado se situaba una contabilidad bancaria y esto permitía que se controlasen el uno al otro, lo cual era, sin duda, más complicado que eficaz... El sistema de arrendamiento de la recaudación fiscal supone un pronóstico sobre el rendimiento del impuesto —sobre la cosecha cuando se trata de impuestos en especie como los que pagaban los campesinos egipcios: ¿procedía este pronóstico de una planificación extendida al conjunto del país?—. Por lo general, se interpreta de este modo la "ordenanza de siembra" (*diagraphé sporou*) publicada anualmente en Alejandría por los servicios del "diceta", que sería un plan de siembra que dictaba a los agricultores de la tierra real (y quizá también a los de las otras categorías de tierras) las cantidades de cereales y de semillas oleaginosas⁵⁰⁴ que deberían producir. Pero esta ordenanza sería más bien, de hecho, un documento de síntesis compilado a partir de los datos ofrecidos por las administraciones locales

⁵⁰³ No olvidemos, además, que en materia de gestión administrativa y económica las *poleis* griegas (de donde procedían todos los inmigrantes) no habían brillado nunca por una excesiva racionalidad...

⁵⁰⁴ De oleaginosas anuales: sésamo, ricino, azafrán, lino.

en función de la amplitud de la crecida del Nilo y de los resultados de los años precedentes. Por consiguiente, el autoritarismo es compensado por el empirismo: el poder no exige sino lo que sabe que puede exigir, aplicándose la planificación tan sólo al reparto de las diversas especies que podían ser producidas por las tierras consideradas, ya que el planificador se inclinaba a favorecer las cosechas que aportaban más al fisco, que no eran necesariamente las que interesaban más al campesino. Es una racionalización, si se quiere, aunque olvida considerar la satisfacción del productor en su papel de consumidor, lo cual tendría consecuencias desastrosas.

Si las nociones de racionalidad y de planificación aplicadas a la "economía real" de los lágidas aparecen, así pues, menos rigurosas de lo que se había creído, sin embargo la administración ptolemaica se esfuerza constantemente en obtener un rendimiento fiscal máximo de todas las ramas de la economía egipcia, a través de reglamentos, de controles y de coacciones que no tardaron en ser más costosas que eficaces. Este sistema se ilustra notoriamente por los documentos relativos a las cosechas anuales sometidas a la *diagraphé sporou*. Tomemos el ejemplo de los cereales: después de las revisiones catastrales impuestas por la inundación⁵⁰⁵, los graneros reales distribuían las semillas a los campesinos en forma de adelantos reembolsables con interés. La vigilancia administrativa comenzaba desde la siembra para evitar cualquier desfalco y garantizar la cosecha esperada, pero se reforzaba aún más en el momento de la cosecha: como ésta era la materia imponible por excelencia, el tesoro no podía tolerar ninguna malversación, y un conjunto de personal que estaba bajo juramento asistía a la cosecha, a la trilla, al cribado y al transporte a los graneros reales de cuanto se debía al fisco. La naturaleza de los impuestos en trigo y el momento de su pago son objeto de discusión: Rostovtzeff había establecido que los cobros operados por los colectores o "sitólogos" (reembolso de las semillas con interés; alquiler del suelo; impuestos diversos) se efectuaban en la misma era, desde donde "el trigo fiscal" se llevaba, de una sola vez, a los graneros. Pero investigaciones recientes han demostrado que los campesinos podían pagar en varios plazos. Es cierto que las cosas pudieron suceder de forma diferente en el Alto y en el Bajo Egipto, en el siglo II y en el siglo III, y podría ocurrir también que los impuestos hayan sido menos numerosos de lo que se ha pensado, si su denominación varió. En todo caso, el trigo sufría imposiciones muy fuertes (en especie, evidentemente): lo que percibía el fisco (¿alrededor de la mitad de la cosecha?) se utilizaba en parte sobre el lugar (existencias para la siembra; pagos a los funcionarios); el resto era enviado a Alejandría, mediante transportes que había sido requisados; los productores que tenían excedentes podían venderlos libremente: el trigo no era un

⁵⁰⁵ La superficie de la tierra "inundada" (*ge bebregmene* o *embrochos*) variaba según la amplitud de la crecida, que determinaba asimismo la superficie de la "tierra de regadío" (*ge epentilemene*).

monopolio real. En cambio, se estableció un monopolio sobre el cultivo de las plantas oleaginosas, sobre la producción y la venta del aceite, monopolio que se ejerció a través de los "recaudadores del aceite" y cuya reglamentación detallista nos es dada a conocer a través de las célebres *revenue-laws* de Ptolomeo II. Como en el caso de los cereales, el cultivo era prescrito por la *diagraphé sporou*, pero la cosecha se arrendaba a los recaudadores antes de recogerse; el aceite era producido en talleres con patente (en caso de una cosecha inferior a las previsiones, los molinos inutilizados eran precintados) y vendido por los contratistas a los minoristas, pero los precios (¡altos!) eran fijados por la administración: ningún consumidor podía escapar al monopolio, que incluía la importación de los aceites extranjeros (el aceite de oliva, buscado por los helenos). Monopolizado como producto oleaginoso, el lino lo fue también como textil, así como lo fue la producción de papiro, producto de gran consumo y de gran exportación, y de la cerveza, bebida nacional de los egipcios. Los cultivos cuya productividad no podía fijar la administración (viticultura, arboricultura frutal), así como las plantaciones de árboles y la ganadería (desde el ganado vacuno hasta las abejas) no eludían por ello el control y la fiscalidad, que se extendían también a la producción artesanal, al comercio, a la banca (monopolio real), en una palabra, a toda forma de actividad económica.

Este recorrido por la economía como objeto de fiscalidad habrá permitido comprender la naturaleza de una administración que trataba a Egipto como una hacienda privada sometida a la explotación de su propietario. Pero también hará comprender la evolución del Estado lágida a partir del final del siglo III. Durante los tres primeros Tolomeos, se aprecia una complementariedad más o menos equilibrada entre la potencia y el prestigio de los soberanos, por una parte, y el éxito de la explotación de un Egipto todavía firmemente controlado, por la otra. Pero, a partir de Ptolomeo IV, el declive de la potencia y del prestigio de la monarquía en el exterior tuvo por corolario la degradación de la situación interna de Egipto. La interacción entre estas dos situaciones de hecho resulta evidente, pero encierra una complejidad tal que hace el análisis difícil. ¿En qué medida las vicisitudes de la política exterior, el retroceso del imperio mediterráneo, las dificultades crecientes de aprovisionamiento en plata, la crisis monetaria que se produjo, las reclamaciones de minorías reales, las luchas intestinas de la dinastía (a partir de Ptolomeo VI y Ptolomeo VIII, hermanos enemigos), en qué medida contribuyó todo ello al trastorno de la maquinaria administrativa interior, a los disturbios rurales y al declive del rendimiento económico de Egipto? ¿En qué medida, por el contrario, la sobreexplotación de Egipto, el descontento de las poblaciones y la anarquía latente o abierta que se instaló en el país contribuyeron al debilitamiento del poder real derivado de la disminución de sus ingresos? Contentémonos aquí con apuntar los principales síntomas de esta evolución en el propio Egipto.

Aunque hubo algunos indicios de agitación indígena antes de Ptolomeo IV, fue durante su reinado cuando estallaron los verdaderos disturbios.

Hemos visto⁵⁰⁶ que la ofensiva de Antíoco III en el 219 obligó al gobierno de Alejandría a integrar por primera vez a veinte mil egipcios en la falange macedonia y, de manera general, a poner rápidamente en pie un inmenso ejército cuya financiación exigió probablemente una agravación de la presión fiscal. Este ejército quedó victorioso en Rafia en el 217, pero al día siguiente mismo de esta victoria empezaron las sediciones. Los móviles son complejos: en parte eran resultado de las pretensiones de los nuevos soldados indígenas, en parte de la resistencia rural al Fisco, en parte del provecho que el clero egipcio intentó sacar de la situación, y en parte, finalmente, de las tendencias separatistas del Alto Egipto⁵⁰⁷, y todos esos factores confluyeron en el odio hacia el dominio extranjero. La guerrilla y el bandidaje se instalaron en la campiña⁵⁰⁸, y los documentos confirman las palabras de Polibio, que dice que “aparte de la crueldad y de la inmoralidad manifestada por ambas partes, (esta guerra) no comportaba nada que fuese digno de memoria, ni batalla organizada, ni combate naval, ni sitio...” (XIV, 12). Estos disturbios fueron reprimidos, pero lo esencial es que el gobierno fue obligado a hacer concesiones que se sucederían de reinado en reinado y que los documentos oficiales designan con el eufemismo de *philantropa*. Concesiones que se manifestaron en una “egiptización” más acentuada de la propia realza⁵⁰⁹, pero sobre todo por concesiones materiales, de las que obtuvo provecho especialmente el clero indígena. el cual, en sus sínodos, empezó a presentar reivindicaciones al rey: los templos indígenas no dejaron en adelante de conseguir franquicias fiscales y ampliaciones territoriales, causas, tanto las unas como las otras, de empobrecimiento para el tesoro. En el siglo I, los templos acabaron por gozar de una independencia económica casi total. El prestigio y la riqueza acrecentada de los templos hicieron de ellos, por otra parte, fuentes de atracción para los campesinos descontentos. Éstos, a quienes vemos algunas veces declararse en huelga ya bajo Ptolomeo II, habían sido siempre muy agitados: la brevedad de los arrendamientos los conducía a menudo a cambiar de tierra y de pueblo con la esperanza de encontrar en otro lugar una suerte mejor. Etimológicamente, la *anachoresis* no designa más que estos desplazamientos: a partir del siglo II, designa sobre todo la huida de los campesinos de la tierra real hacia las haciendas sacerdotales (que no pueden acoger a todos), de las regiones en donde la administración es más opresora hacia el sur, en donde lo es menos -también hacia Ale-

⁵⁰⁶ *Supra*, p. 350.

⁵⁰⁷ Desde el 207 hasta el 186, la Tebaida hizo secesión de la mano de faraones de origen nubio; conocemos otro levantamiento de la Tebaida en el siglo I, bajo Ptolomeo IX.

⁵⁰⁸ Situación que los textos califican de *amixia*: literalmente “hecho de no inmiscuirse”, “ausencia de relaciones”, “insociabilidad”.

⁵⁰⁹ Aunque nada prueba que Ptolomeo IV fuese coronado faraón, una estela conmemorativa de la victoria de Rafia le otorga la titulación faraónica completa y ¡traducida al griego! Bajo Ptolomeo V (el primer lágida cuya coronación faraónica está atestiguada), el decreto sacerdotal de Menfis del 196 (“piedra de Roseta”) es un bello documento que ilustra a la vez la egipcianización de la realza, las concesiones reales originadas por los disturbios en la *chora* y los propios disturbios.

jandría, hacia donde no dejan de infiltrarse muchos campesinos con la esperanza de encontrar algún medio de subsistencia⁵¹⁰-. El reclutamiento de soldados indígenas, por otra parte, condujo a la multiplicación de las cleruquías en su provecho, circunstancia que amputó todavía más el dominio real.

Secesiones, huelgas, concesiones de tierras, extensiones de tierras incultas, degradación de los diques y de los canales, reanudación frecuente de los disturbios e inseguridad —ante esta situación que la empobrece, la monarquía lágida de los siglos II y I reaccionó de manera incoherente, utilizando sucesiva o simultáneamente la gracia del perdón, multiplicada con concesiones y amnistías y con una coacción mayor en la explotación de lo que quedaba por explotar—. Concesiones: apuntemos, además de las rebajas de impuestos atrasados, la prolongación de los arriendos (hasta 10 y 20 años, sobre todo para la puesta en cultivo de tierras baldías) y la disminución de los alquileres, pero los nuevos arrendamientos fueron a menudo efectuados por el clero, que obtuvo de ello un aumento de su influencia. Coacciones: contra las huidas, apareció la noción de la *idia*, es decir, de la vinculación del trabajador a su lugar de trabajo; existió también la coacción bajo la forma griega de la *liturgia*, la obligación de asumir ciertas funciones personales a título gratuito; también fueron coacciones los arrendamientos forzados, la responsabilidad colectiva de los pueblos frente al fisco (lo que provocó *anachoreseis* colectivas), pero sobre todo la nefasta responsabilidad de los funcionarios, los cuales, obligados a garantizar la entrada de los impuestos, utilizaron amenazas y violencia o se dejaron corromper. La cantidad misma de circulares que recuerdan su deber a una serie de funcionarios⁵¹¹ que cada vez resultaba más difícil contratar (el trabajo se iba haciendo peligroso) prueba su inutilidad. El cuadro más completo de la situación al final del siglo II nos lo ofrecen las ordenanzas dictadas por Ptolomeo VIII y sus dos reinas entre el 121 y 118⁵¹²: es el cuadro de un Estado en donde la

⁵¹⁰ Pese a las medidas de control y de rechazo, la administración no parece haber conseguido nunca atajar completamente esa afluencia —pero estas mismas medidas contribuyeron a acentuar la oposición entre Alejandría y la *chora* de la que la ciudad vivía—. Cuando, entre el 131 y el 129, Ptolomeo VIII intentó desalojar de Alejandría a su hermana Cleopatra II, se apoyó en la *chora* contra la capital griega.

⁵¹¹ Ya a finales del siglo III, el *Pap. Tebt.* 703 nos muestra a un “dieceta” que recuerda sus deberes a un alto funcionario: estos consejos abarcan la totalidad del campo administrativo y la primacía de las preocupaciones fiscales aparece claramente. Aunque se invoquen la justicia y la humanidad respecto a las “gentes abrumadas por sus impuestos e incluso totalmente agotadas...”, no se trata aún de verdaderas concesiones. Las consideraciones morales (“absténate de malas compañías, huye de toda colusión reprehensible...”) proceden de la fraseología faraónica, recogida por la administración griega.

⁵¹² Véase M. T. Lenger, *Corpus Ordonn. Ptol.*, n.º 53. Resumamos aproximadamente en su desorden este documento compuesto: amnistía general, salvo para asesinatos y sacrilegios; invitación a los anacoretas a volver a sus casas; rebaja de los impuestos atrasados, de las prestaciones personales y de las multas; prohibición de cobrar peajes ilegales; amnistía para las usurpaciones de tierras, con la condición de dejación y de pago de un año de renta; prohibición de las intervenciones administrativas en las haciendas sagradas, así como de las

anarquía de la administración local responde a la de la población, y en donde la autoridad suprema, simultáneamente amenazante y apaciguadora, ya no consigue hacerse oír. Paradojas de una administración acorralada que sigue efectuando "filantrópicamente" los abusos y los excesos que ella misma hizo nacer y que continuará ejerciendo porque la hostilidad de la población no le deja otro medio de realizar su programa fiscal, algo que es, en definitiva, su única finalidad; mientras que aquellos sujetos impositivos que no han conseguido escapar de sus cargas a través de la huida invocan en sus peticiones la protección del rey frente a sus agentes locales, los cuales, cogidos entre la obligación de desollar a sus administrados y la de manifestar su benevolencia, eligen desollarlos para conservar ellos mismos la benevolencia del poder... Al final de la época ptolemaica, Egipto recuerda mucho los "períodos intermedios" de la época faraónica: un poder real tanto más exaltado en el plano cultural cuanto que se ha convertido de hecho en algo vano (es el caso de Ptolomeo XII), puesto que la autoridad real era ejercida cada vez más en la *chora* por el clero y por algunos particulares que habían conseguido hacerse, no sabemos bien cómo, con grandes haciendas desde donde practicaban una especie de patronato (la *skepé*) sobre un campesinado de clientes.

La experiencia ptolemaica, iniciada brillantemente en el siglo III siguiendo una línea que presenta analogías con la colonización moderna, finaliza, por tanto, en un fracaso: fracaso económico, puesto que su explotación ha acabado por arruinar al país persiguiendo tan sólo la prosperidad del soberano; fracaso político asimismo, puesto que Egipto, que habría debido servir de base al más amplio y coherente de los Estados helenísticos, dio la espalda a sus soberanos extranjeros y a sus funcionarios para convertirse, durante casi dos siglos, en escenario de disturbios endémicos. Bajo los Tolomeos, como bajo todos sus amos extranjeros, Egipto fue en definitiva víctima de su propia riqueza, puesta al servicio de intereses que le eran ajenos.

Nuestros conocimientos sobre el gobierno y la administración de las *posesiones exteriores* de los Lágidas son más someros. No faltan indicios que muestran que los Lágidas intentaron extender a sus posesiones exteriores los principios que aplicaban a Egipto: pero la geografía y las tradiciones regionales, muy diferentes de las de Egipto, impedían que

torturas, violencias y exacciones que las acompañaban; recordatorio del derecho de asilo; prohibición de utilizar falsas medidas para la percepción de los impuestos; estímulos fiscales para la arboricultura y para la agricultura; prohibición a los funcionarios de percibir contribuciones en su provecho, de usurpar las mejores tierras en perjuicio de los campesinos y de requerir gentes, animales o barcos para su servicio personal; reglamentación del alojamiento de los soldados; amnistía de los funcionarios por sus negligencias pasadas; amnistía por las violaciones del monopolio del aceite; amnistía por las negligencias en el mantenimiento de los diques; reglamentación de la competencia respectiva de los *chrematistai* (jueces griegos) y de los *laokritoi* (jueces egipcios); prohibición de la prisión por deudas y reglamentación de los embargos; prohibición a los funcionarios de utilizar sus poderes para ajustar sus cuentas privadas con sus administrados, etc.

eso fuese verdaderamente posible. Dos hechos debemos tomar aquí particularmente en consideración: el primero es que estas posesiones exteriores, o, si se prefiere, el "Imperio mediterráneo" de los Lágidas, tuvieron una función esencialmente estratégica. Sin duda Cirenaica, Chipre, Siria-Fenicia y todas las posiciones controladas, al menos en el siglo III, desde Creta hasta Tracia, contribuyeron a aprovisionar a Alejandría de plata fresca y de diversas materias primas, y en todas partes hallamos "ecónomos" y "encargados de los ingresos"; sin embargo, todos estos territorios tenían como principal destino el proteger los accesos del Delta y constituir las bases necesarias para la presencia de las escuadras ptolemaicas: el título de estratego aparece en todas partes, y no es dudoso que en todos los casos poseyese unas funciones más amplias que las militares, ya que los estrategos-gobernadores habían extendido sus competencias a otros ámbitos. Apuntemos, en segundo lugar, que fue en sus posesiones exteriores en donde los Tolomeos encontraron el problema que hemos analizado en el caso del Imperio seléucida: el de las relaciones del poder real con las antiguas ciudades griegas. Entre éstas, las unas estaban situadas de tal modo que Alejandría no podía temer de ellas ninguna rivalidad y podía, por lo tanto, mantenerlas bajo una sólida sujeción: así, las antiguas ciudades de Cirenaica no pudieron aspirar a ninguna libertad real, y los campos libios eran tratados como "dominio real", bajo la autoridad de un estratego "libiarca"⁵¹³. En Chipre, igualmente, en donde la dominación lágida no tuvo rival a partir del 295, las ciudades estaban sometidas a la voluntad del gobernador militar. En Cirenaica, como en Chipre, los Tolomeos confiaron gustosos la autoridad a miembros de la familia real, solución que permitió estrechar los lazos entre estas provincias y Alejandría, y luego resolver ciertos conflictos familiares —comprometiendo, es cierto, la cohesión e incluso la unidad del Imperio—. Pero hasta el momento en que, en el siglo I, Roma se interesó por estos lugares de manera inmediata, Cirenaica y Chipre siguieron siendo ptolemaicas. Naturalmente, la situación era diferente en las costas de Asia Menor, en donde las antiguas ciudades fueron, como hemos visto, objeto de competiciones constantes. En la gran época de la talasocracia lágida, en el siglo III, la posesión de puntos de apoyo litorales e insulares, desde Cilicia hasta Tracia, impuso la preponderancia del personal militar, es decir, de los estrategos, y la presencia tolemaica parece haberse afirmado de manera más autoritaria de lo que lo fue jamás la de los Seléucidas, los cuales, al tener más dificultad en imponerse desde el continente, debían recurrir a mayores concesiones. Entre el imperialismo marítimo lágida y el Imperio continental seléucida, las ciudades egeas vivieron en el fondo una experiencia análoga a la que habían conocido en la época clásica entre el imperialismo marítimo ateniense y el Imperio persa.

⁵¹³ Apreciamos la misma distinción entre *polis* y *chora* real en Samotracia.

IV.—EL REINO DE PÉRGAMO⁵¹⁴

Desde sus modestos orígenes hasta su transformación, por la gracia de Roma, en gran reino anatólico, el Estado de los Atálidas había sufrido, como hemos visto, una extrema inestabilidad. Su organización interna se conoce mal (sobre todo antes del 188), pero fue probablemente, a grandes rasgos, análoga a la del Asia Menor seléucida, aunque el término de "satrapía" no aparezca. Volvemos a encontrar la hacienda real con sus "campesinos reales", santuarios indígenas provistos de inmensas haciendas, territorios "étnicos" y "dinásticos", colonias militares y agrícolas "macedonias" y, finalmente, ciudades griegas antiguas y nuevas⁵¹⁵. Desde luego, la densidad del poblamiento griego planteó a los Atálidas problemas de la misma naturaleza que aquellos que hemos estudiado a propósito de los Seléucidas, pero su política en relación con las *poleis* está muy poco clara.

Partamos del caso de la misma Pérgamo, capital helenística cuyas instituciones conocemos mejor. Ciudad de segundo orden, Pérgamo había estado, desde la época clásica, en manos de los dinastas locales instalados por los persas; por lo tanto, jamás había gozado más que de una autonomía limitada⁵¹⁶; sin embargo, es a este pasado al que debe la mayoría de las instituciones cívicas que conservaba cuando los Atálidas, grandes constructores, la convirtieron en una de las grandes ciudades de la época. Pero el hecho de que Pérgamo fuera, al mismo tiempo que *polis*, capital real, explica que su "democracia" no fuese sino una fachada. Su *boulé* y su *demos* funcionaban aparentemente como los de cualquier ciudad griega, pero todos los decretos pergamenios eran propuestos por el colegio de los cinco estrategos (magistrados civiles y financieros, y no militares) —y estos estrategos eran nombrados por el rey: todo el funcionamiento de la vida política dependía, pues, de la voluntad real, y estaba en realidad

⁵¹⁴ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general citadas en nota 324, véase G. Cardinali, *Il regno di Pergamo*, Roma, 1906; G. Corradi, *Studi ellenistici*, Turín, 1929, 3.ª parte; H. Bengtson, *Die Strategie...*, II, 2.ª ed., Munich, 1964; D. Magie, *Roman rule in Asia Minor*, Princeton, 1950; E. V. Hansen, *The Attalids of Pergamum*, 2ª ed., Ithaca-Londres, 1971.—Sobre las relaciones entre las monarquías y las ciudades, véase R. B. McShane, *The foreign policy of the Attalids of Perg.*, Urbana, 1964, cap. III y mis observaciones, *HPMH*, I, p. 270.—Inscripciones de los "astinomos": *OGIS* 483 y G Klaffenbach, *Die Astynomeninschr. von Perg.*, *Abhandl. Akad. Wiss. Berlin*, 1953-1956.—Acuñación de moneda: encontraremos la bibliografía en Hansen, p. 494; véase además H. Seyrig, *Monnaies hellenistiques*, *Rev. Num.*, 6.ª ser., V, 1963, pp. 22 ss.; Chr. Boehringer, *Zur Chronologie mittelhellenistischen Münzserien 220-160 v. Chr.*, Berlín, 1972.

⁵¹⁵ Entre las fundaciones atálidas, la más brillantes fue Ataleia de Panfilia, cuya fundación obedecía evidentemente a la necesidad de una metrópolis meridional, puesto que la expansión atálida del 188 convirtió a Pérgamo en una capital demasiado excéntrica.

⁵¹⁶ La célebre "inscripción de los astinomos" de Pérgamo nos aporta interesantes datos sobre la administración municipal de una gran ciudad helenística, epígrafe que se presenta como una "ley real". Además de los astinomos mismos, cuyas funciones (vías públicas, aguas, límites de propiedades, etc.) corresponden a las que les asigna Aristóteles, *Pol.*, 1321 b, la inscripción nos permite conocer a otros magistrados municipales subalternos.

reducido a una cierta autonomía municipal—. El que los pergamenios no fuesen “libres” bajo los Atálidas puede apreciarse especialmente en el hecho de que, cuando Atalo III legó su reino a Roma en el 133, excluyó de la herencia a la misma Pérgamo, que fue entonces, pero sólo entonces, proclamada *eleuthera*, así como su territorio cívico⁵¹⁷.

¿El régimen de tutela impuesto a Pérgamo sirvió de estatuto a las demás *poleis* del reino? Pregunta demasiado precisa como para que podamos contestarla. Como todos los soberanos, los Atálidas tenían la posibilidad, que utilizaron, de instalar un *epistates* en las ciudades que deseaban vigilar, sin modificar por ello sus instituciones. La hipótesis según la cual los Atálidas habrían incluido las ciudades de su reino dentro de una alianza, de la que habrían sido los *hegemones*, no se puede demostrar. Tan sólo en el 188, durante el debate que se desarrolló en Roma sobre el destino de los territorios tomados a Antíoco III⁵¹⁸, vimos a un Atálida expresar con cierta claridad su política hacia las ciudades. Eumenes II adoptó, en efecto, una postura contraria a los rodios, que pedían la libertad de las ciudades, argumentando que esa libertad arruinaría su propia potencia (Polibio, XXI, 19): la libertad de las *poleis* no era, evidentemente, un artículo que figurase en el programa político de los Atálidas. Sabemos que Roma, para satisfacer tanto a Rodas como a Eumenes, decidió que aquellas ciudades que gozaban de su libertad antes de la batalla de Magnesia serían *liberae et immunes*⁵¹⁹, mientras que las demás serían incorporadas al reino de Pérgamo como tributarias. Es probable, por lo demás, que tanto antes como después de esa fecha el eficaz papel que los Atálidas desempeñaron como defensores del helenismo contra el azote gálata contribuyera a que las ciudades aceptasen mejor su sujeción y el pago de un tributo.

Como para todos los soberanos, también para los Atálidas la abundancia financiera era una necesidad imperiosa, pues sus gastos militares, urbanísticos, diplomáticos y propagandísticos (donaciones de dinero, de trigo y, sobre todo, de monumentos⁵²⁰) fueron siempre considerables. Así pues, también aquí el fisco constituyó una de las principales preocupaciones de la administración real. La materia imponible no faltaba: además del tributo de las ciudades, el reino producía en abundancia cereales, vino, aceite, ganado, lana, madera y minerales —pero el sistema fiscal no aparece con claridad, aunque es probable que los Atálidas heredaran de los Seléucidas la percepción de un diezmo sobre los productos de la hacienda real—. Sabemos también que sacaron provecho del artesanado

⁵¹⁷ Cf. OGIS, 338.

⁵¹⁸ *Supra*, p. 368.

⁵¹⁹ Eran, con excepción de Éfeso, las más importantes de las antiguas *poleis*, es decir, de norte a sur, Cícico, Lámpsaco, Ilión, Alejandría de Tróade, Cime, Focea, Esmirna, Clazomene, Eritras, Colofón, Magnesia del Meandro, Priene, Mileto, Halicarnaso, Faselis y Aspendo, además de las tres grandes islas de Lesbos, Quíos y Samos.

⁵²⁰ Conocemos una serie de monumentos, en ocasiones considerables, ofrecidos por los diversos miembros de la dinastía en todo el mundo geográfico.

creando talleres reales, pero nada prueba que imitasen a los Lágidas instituyendo monopolios. Por último, la actividad comercial, sobre la que recaía, por supuesto, un gravamen, contribuyó a alimentar el tesoro y a favorecer una prolífica acuñación de moneda⁵²¹.

Es lamentable que no conozcamos mejor la organización del reino de Pérgamo, puesto que cuanto podemos percibir parece indicar, bajo un trasfondo común a todas las monarquías helenísticas, rasgos originales: por un lado, se aprecia una exaltación menos importante de la misma realeza (la divinización oficial del soberano vivo no aparece en Pérgamo); pero, por otro, existe un control muy fuerte del poder sobre todo el reino y en particular sobre sus recursos económicos, un control más flexible y menos nefasto que el de los Lágidas, aunque, al parecer, técnicamente más calculado que el de los Seléucidas.

⁵²¹ Cf. *infra*, p. 486.

CAPÍTULO III

LAS CIUDADES GRIEGAS INDEPENDIENTES Y LOS ESTADOS FEDERALES⁵²²

Como tratamos aquí de caracterizar un nuevo mundo político, cuyo fenómeno esencial son las monarquías, no estudiaremos a fondo las formas políticas griegas tradicionales. De todos modos, el problema fundamental consiste menos en comprender estas formas, cívicas o federales, y su evolución a costa de análisis institucionales, a menudo difíciles, que en captar el papel que tuvieron en el concierto político general, y sobre todo la significación que conservaron para aquellos que continuaban viviendo

⁵²² OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general citadas en nota 324, véase sobre Rodas: H. Van Gelder, *Geschichte der alten Rhodier* (La Haya, 1900), obra meritoria en su época y aún útil, pero que necesitaría ser reemplazada a causa del considerable auge de la documentación, en particular epigráfica; Hiller Von Gärtringen, s. v. Rhodos, *PW*, Supl. V, 1931 col. 772 ss.; H. H. Schmitt, *Rom und Rhodos*, Munich, 1957.—

Sobre Atenas: W. S. Ferguson, *Hellenistic Athens*, Londres, 1911; la historia de Atenas desde entonces ha sido objeto de numerosos estudios de detalle, que es imposible enumerar aquí; me permito enviar a mi *HPMH*, en donde hallaremos numerosas referencias, así como sobre Esparta (pero sobre esta última, cf. notas 394 y 398).—Sobre Creta: H. Van Effenterre, *La Crète et le monde grec de Platon à Polybe*, París, 1948.—Sobre la financiación de los gastos de las ciudades a través de fundaciones privadas: B. Laum, *Stiftungen in der gr-röm. Antike*, Leipzig, 1914.—Sobre las convenciones entre ciudades: Ph. Gauthier, *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques*, Nancy, 1972.

Sobre los Estados federales en general, véase V. Ehrenberg, o. c., *supra* (nota 431); J. A. O. Larsen, *Representative government in Greek and Roman history*, Berkeley, 1955; Id., *Greek federal States. Their institutions and history*, Oxford, 1968, a cuya bibliografía añadiremos, en particular sobre las asambleas aqueas: A. Giovannini, Polybe et les assemblées achéennes, *Mus. Helv.*, XXVI, 1969, pp. 1 ss; F. W. Walbank, The Achaean assemblies again, *Mus. Helv.*, XXVII, 1970, pp. 129 ss.; J. A. O. Larsen, The rights of cities within the Achaean confederacy, *C.Ph.*, LXVI, 1971, pp. 81 ss.—Sobre Beocia: M. Feyel, *Contribution à l'épigraphie béotienne*, Le Puy, 1942; Id., *Polybe et l'histoire de la Béotie au IIIe s.*, Paris, 1942; P. Roesch, *Thespiens et la Confédération béotienne*, París, 1965; Id., Une loi fédérale beotienne sur la préparation militaire, *Acta of the fifth epigr. Congress. Oxford*, 1967, Oxford, 1971, pp. 81 ss.—Sobre la acuñación de moneda aquea: M. Thompson, *The Agrinion hoard*, Nueva York, 1968; J. A. Dengeate, The triobols of Megalopolis, *ANS-MN*, XIII, 1967, pp. 57 ss.; H. Chantraine, Der Beginn der jüngeren achäischen Bundesprägung, *Chiron*, II, 1972, pp. 175 ss.

en ellas: el verdadero problema político es el de las *libertades griegas* y el de sus posibilidades de supervivencia. Pero aunque es cierto que las libertades políticas del viejo mundo griego fueron gravemente comprometidas por el desarrollo del fenómeno monárquico (aunque esto remontaba, en el caso de las ciudades de Asia Menor, a la época arcaica), no es menos cierto que su destino no quedaría definitivamente marcado sino por Roma a partir de la segunda mitad del siglo II.

Ciudades y confederaciones, *poleis* y *koina*: todavía se dice demasiado a menudo que Queronea marcó en el 338 el final de la Grecia de las ciudades y que la libertad griega no debía ya encarnarse de manera provisional más que en algunas confederaciones, pero conviene examinar la situación con mayor detenimiento. Si consideramos las cosas desde arriba, bajo el ángulo de la “gran” historia política, es seguro que inmediatamente después de la guerra lamíaca⁵²³ (más que al día siguiente de Queronea) ninguna *polis* cumplió ya un papel determinante. Pero quedan algunas que mantienen un papel importante de forma duradera —y pensamos sobre todo en Rodas, que conservó su peso político no tanto por constituir la indispensable encrucijada comercial y financiera del Mediterráneo oriental⁵²⁴ cuanto porque sigue siendo una potencia naval, con la que las monarquías deben contar—. La prosperidad de Rodas era el embrión de su potencia naval, y los romanos lo comprenderían muy bien, pues rompieron la fuerza de los rodios al acabar con su prosperidad mediante la apertura del puerto franco de Delos en el 167⁵²⁵. Aparte de Rodas, no faltan zonas del viejo mundo griego en donde las ciudades consiguieron prolongar su existencia al margen de las tutelas monárquicas: podemos pensar en las grandes ciudades de la Propóntide (Cícico y Bizancio), en el mundo de las colonias pónticas, en el confuso ámbito cretense; podemos pensar incluso en el interesante fenómeno que representa la Esparta del siglo III, en donde la vieja realeza intenta regenerarse según nuevas líneas invocando al mismo tiempo tradiciones arcaicas —Esparta, que, aunque duramente castigada por Antígono Dosón en Selasia (222⁵²⁶), no sería eliminada del juego más que por Roma—. Debemos guardarnos de plantear el problema de la “Grecia de las ciudades” tan sólo bajo el ángulo del poder y del papel “mundial” que el poder permite mantener: después de todo, las ciudades que habían accedido a este papel en la época clásica pueden contarse con los dedos de una mano y su historia había revelado que, tanto para las demás (la gran mayoría) como para ellas mismas, el verdadero caballo de batalla había sido el de la independencia —y la aspiración a la independencia seguía viva, como hemos visto al estudiar la situación de las antiguas ciudades de Asia Menor en el ámbito del Imperio seléucida—. De este modo, el entusiasmo desencadenado por la proclamación romana de la *eleuthería* de los Estados griegos en el 196 sería inconcebible si los

⁵²³ *Supra*, p. 313.

⁵²⁴ *Infra*, pp. 476.

⁵²⁵ *Cf.* el volumen siguiente de la colección.

⁵²⁶ *Supra*, p. 347.

griegos no hubiesen creído, un siglo y medio después de Queronea, que su libertad aún era posible —y necesitarían todavía un siglo y medio más para convencerse de lo contrario.

Pero, en muchos casos, el espíritu de independencia de las ciudades griegas parece menos altanero que en el pasado y las relaciones que ahora mantienen conocen una interesante evolución, que consiste menos en innovaciones absolutas como en una intensificación de las prácticas antiguas. Las pequeñas guerras fronterizas no han desaparecido (y en ocasiones sirven como detonador a conflictos que involucran a los grandes Estados), pero se recurre más voluntariamente que antes a los arbitrajes de una tercera ciudad o de un soberano para resolver las disputas. Podemos apreciar también los esfuerzos desplegados para limitar ciertos efectos de aquellas guerras que no se consiguen evitar, en particular el rescate de los prisioneros: además de las generosidades privadas o públicas bien documentadas, vemos cómo se dibujan una serie de reglas jurídicas, definidas en tratados firmados a este efecto entre dos o más ciudades. En tiempos de paz, asimismo, el armazón jurídico de las relaciones entre ciudades no deja de enriquecerse. Esto es en ocasiones consecuencia de la situación interior de una ciudad, obligada a abdicar de su soberanía judicial haciendo llamamiento a jueces extranjeros, a favor de los cuales conocemos numerosos decretos honoríficos. Pero es sobre todo consecuencia de una circulación más intensa de los individuos entre las ciudades, que conduce a buscar para ellos una mejor protección en el extranjero. La proxenia, que tenía precisamente como objetivo la protección de los ciudadanos de una ciudad en otra, se multiplica en proporciones considerables —se multiplica incluso hasta tal punto que acaba por aparecer como un “honor” bastante vano, concedido al mismo tiempo que otros privilegios a personas extranjeras de calidad—. La colación del derecho de ciudadanía, de la cual las *poleis* eran antaño avaras, se otorga en adelante de manera más liberal. A las medidas que conciernen a los individuos se añaden las que comprometen a colectividades enteras: las convenciones de asilía⁵²⁷ intentan evitar y reparar procedimientos violentos, ligados en particular a la piratería; convenciones judiciales (*symbola*), que no tienen nada de nuevo, abren a los ciudadanos de una ciudad los tribunales de otra; finalmente, las convenciones de *isopoliteia*, concluidas entre dos ciudades, permiten a todo ciudadano de la una que se establece en la otra gozar del derecho de ciudadanía. Está claro, pues, que, en los intersticios del mundo de los grandes Estados, sigue habiendo una vida política griega y que ésta no deja de evolucionar según sus propias normas, mediante un proceso que tiende a fundamentar las relaciones de cooperación atenuando los efectos de una soberanía demasiado rígida.

Es evidente que el declive (absoluto y relativo) de la potencia de las *poleis* contribuyó a esta evolución. En efecto, salvo algunas ciudades que como Rodas se aprovechan del nuevo contexto mundial, las antiguas

⁵²⁷ *Supra*, p. 332.

ciudades no mantienen sino una existencia disminuida. La emigración hacia Oriente, al desembarazar a la Grecia egea de una parte de su proletariado, la vació también de una parte de su sustancia, y la vida política se resintió por ello, dejando a los propietarios vía libre. La democracia, que es invocada gustosamente porque constituye el símbolo de la libertad, cuando existe ya no es nada democrática: y es que la riqueza, cuando subsiste, ya casi no es pública, sino privada, permitiendo a los ricos reservarse las magistraturas, e incluso también basar su influencia sobre su generosidad: son numerosos los decretos honoríficos que muestran cómo las ciudades pueden hacer frente a ciertos gastos públicos gracias a las liberalidades (donaciones, fundaciones o préstamos sin interés) de los más ricos de sus ciudadanos, y estos actos de "evergetismo" se encaminaban hacia los fines más diversos (compra de trigo; mantenimiento o construcción de edificios públicos; enseñanza; gastos diplomáticos o militares, etc.). Estas prácticas que, mostrando la frecuente falta de dinero de las *poleis*⁵²⁸, reanudan la vieja concepción aristocrática de la liturgia no institucional, presentan motivaciones detrás de las que sospechamos cierta ambigüedad: no podemos dudar de que los ricos donantes estuviesen movidos por la búsqueda del bien público, ni que el decreto o la corona que los recompensaban pudiesen eventualmente satisfacer su *philotimía*; pero también debemos ver que, como con gran frecuencia situaban a la comunidad en dependencia con sus fortunas, tales desembolsos se aseguraban una autoridad que sobrepasaba las normas institucionales. Podemos preguntarnos, por otra parte, hasta qué punto les valía el reconocimiento universal, al no estar necesariamente unidas la generosidad pública con el desinterés privado: la construcción de ciertas fortunas podía hacerse, a veces, en detrimento de ciudadanos particulares, que asistían quizá con cierta amargura a la realización de liberalidades de las cuales en parte habían sido víctimas. Existe constancia, ciertamente, de que los conflictos políticos internos, que, desde hacía siglos, habían disimulado oposiciones sociales bajo el aspecto de enfrentamientos entre tendencias oligárquicas y democráticas, se convirtieron cada vez más abiertamente en conflictos sociales que giraban alrededor de la propiedad de tierras y del endeudamiento de los pequeños⁵²⁹. De todas formas, estos conflictos no desembocaban necesariamente en revueltas: en ocasiones, abrían la puerta a la demagogia y al desarreglo de toda la vida institucional, como

⁵²⁸ Las finanzas públicas de las ciudades helenísticas no estaban ni más perfeccionadas ni eran más sanas que en época anterior y sus sistemas fiscales, en los que hallamos siempre la misma repugnancia al impuesto directo, no permitía en absoluto la acumulación de reservas. Las numerosas ciudades teóricamente "ricas" eran de hecho aquellas en donde se acumulaban capitales privados, cuyos dueños preferían utilizar la vía de las liberalidades, que les producía honores, que la de los impuestos, que les obligaba a una declaración de sus bienes: según el estado de nuestra documentación, las ciudades que recurrieron, sin duda de manera temporal, a una forma cualquiera de impuesto directo, pueden contarse con los dedos de la mano, mientras que, como sucedía antes, las tasas indirectas son corrientes.

⁵²⁹ Cf. *infra*, p. 494.

denuncia Polibio en el caso de Beocia (XX, 6, 1-4), en donde los magistrados usaban los fondos públicos para comprar los favores del pueblo y el funcionamiento de los tribunales estaba paralizado por el juego de los intereses privados. El empobrecimiento de las ciudades creaba, por otra parte, puntos de apoyo a las influencias monárquicas: los subsidios financieros entregados, los envíos de trigo o la financiación de obras públicas inducían a que a los reyes bienhechores les fuesen tributados honores por esos mismos Estados que se jactaban de escapar a su autoridad. Pero, salvo excepciones, aquellas munificencias no tardaron en parecer limosnas⁵³⁰: además, los soberanos tenían mejores razones para interesarse por los Estados federales en auge que por las ciudades en declive.

La época clásica había conocido ya asociaciones federales⁵³¹: se trataba sobre todo de alianzas (“*simmaquías*”) sometidas a la hegemonía de una *polis*, pero hemos visto que verdadero el Estado federal se había extendido en el siglo IV. Ninguna *polis* era capaz ya de imponer su hegemonía a las demás, y las “*simmaquías*” de tipo antiguo cedieron definitivamente su lugar a los Estados federales⁵³². La importancia de éstos proviene tanto del hecho de que algunos de ellos eran los últimos Estados griegos que cumplieron un papel casi tan notable como el de las monarquías, como por el hecho de que bajo la forma de Estado federal es como ahora destacan algunos pueblos que hasta entonces no habían tenido ningún papel notorio; en particular porque la *polis* no se había desarrollado en ellos nada o casi nada: la población se había mantenido en poblados, en el marco poco estructurado del *ethnos* (“pueblo” o “nación”). En Grecia central y en Grecia del noroeste, los locrios, los focidios, los dorios de la Dóride, los etolios y los acarnanios pertenecían a esta categoría histórica, pero también, en el Peloponeso, los aqueos y los eleos. Pero, por otra parte, en algunas regiones en donde la *polis* se había desarrollado bien, la conciencia de pertenecer a un *ethnos* común había sido favorecida por la geografía y el dialecto: era el caso de los beocios y de los arcadios, así como de los calcidios de Tracia; y fueron precisamente estos pueblos, en donde *polis* y *ethnos* eran conjuntamente realidades vivas, los que crearon los primeros Estados federales griegos auténticos antes de la época helenística.

Pero si nos preguntamos por qué el Helenismo conoció el apogeo de los Estados federales, la respuesta no es dudosa: fueron las condiciones creadas por los conflictos entre los soberanos helenísticos las que obligaron a los *ethné* griegos a consolidarse y a organizarse, lo que les condujo

⁵³⁰ La excepción más notoria es la avalancha de donaciones que recayó sobre Rodas tras el seísmo que la destruyó en el 227.

⁵³¹ Cf. *supra*, pp. 162 ss.

⁵³² Empleamos generalmente los términos “confederación” o “liga”, pero su carácter inadecuado y arbitrario se deduce del hecho de que se aplican asimismo en francés para calificar a las “*simmaquías*” hegemónicas de época clásica. El griego utiliza *koinón* (“comunidad”); pero esta palabra, a su vez, se aplica a muchas otras realidades “comunitarias” que no son los Estados federales.

a desbordar su marco primitivo. En Europa⁵³³, la expansión macedonia alumbró a los grandes *koina* griegos de los siglos III y II. Fue, por una parte, su papel en la guerra lamíaca, después en los conflictos que se desarrollaron en Macedonia tras la muerte de Casandro, y luego su participación en la lucha contra los galos lo que reveló ante sí mismos a los etolios, mientras que su control sobre la anficiónía de Delfos, las adhesiones que les atrajo su nuevo poderío y su propia expansión les permitieron extender su influencia, como hemos visto, hasta Asia Menor y Tracia. Y fue, por otra parte, la voluntad de luchar contra las empresas macedonias en el Peloponeso lo que condujo en el 251 a Arato de Sición a transformar la modesta confederación aquea en un poderoso Estado federal, el cual, no sin encontrar resistencias, consiguió pasajeramente unificar todo el Peloponeso en el 191. Estas experiencias tuvieron un valor ejemplar: todos los *ethné* anteriormente mencionados (a los cuales añadiremos los epirotas, tras la desaparición de la realeza molosa, y los pueblos tomados a Macedonia por los romanos: tesalios, magnesios, aqueos de la Ftíotide y Eubeos) constituyeron *koina*. La Grecia helenística —si excluimos a Esparta, antes de su inclusión en la liga aquea, y a Atenas⁵³⁴— era una Grecia de Estados federales.

Las estructuras internas de estos *koina* se conocen mal, incluso aquellas que, según Polibio, produjeron la grandeza y el éxito del Estado federal aqueo⁵³⁵. Un Estado federal reúne, por definición, comunidades federadas (*poleis* para los aqueos y los beocios, distritos “tribales” para los etolios o los epirotas). Sin embargo, mientras que en el seno de una comunidad unitaria (del tipo *polis*) el ciudadano se define tan sólo en relación con esa comunidad, en el seno de un Estado federal se define por la doble relación con la comunidad de origen y con el *koinon*, sin llegar a

⁵³³ Fuera de Europa, el *koinón* de los insulares de las Cícladas o el de los jonios no fueron verdaderos Estados federales y aparecen, sobre todo, como medios al servicio de protectorados monárquicos. No trataremos aquí sobre la interesante Confederación licia, cuya organización no se halla atestiguada sino en época relativamente tardía: constituye el ejemplo de un pueblo indígena de Asia Menor que adopta los frutos de una experiencia griega.

⁵³⁴ Es admirable ver cómo las dos antiguas ciudades hegemónicas resistieron a la integración federal...

⁵³⁵ Polibio exalta elocuentemente la libertad, la igualdad, “en una palabra, la democracia” que reina entre los aqueos, pero no es nada preciso sobre las instituciones federales y su funcionamiento. Observemos, por otra parte, que después de haber resumido someramente las instituciones federales aqueas diciendo que los aqueos “usan las mismas leyes, los mismos pesos y medidas, las mismas monedas, y además tienen magistrados, consejeros y jueces comunes”, reduce todo eso al antiguo ideal de la ciudad escribiendo que “casi la totalidad del Peloponeso no se diferencia de la organización de una ciudad única más que por el hecho de que sus habitantes no están encerrados en un mismo recinto...”. De hecho, las instituciones federales no eran en ningún caso exclusivas de las instituciones locales (cf. POL., II, 37, 8 ss.; 38, 6-9; 41, 6-15; 42). Es además notable que, cuando en el libro VI Polibio razona sobre las formas políticas, se muestra como el heredero de los filósofos de la época clásica: lo que analiza es la evolución de las formas constitucionales de la ciudad, y las instituciones federales, aunque características de su tiempo, no ocupan ningún lugar en este desarrollo...

confundirse ambos planos: aunque los ciudadanos de las diversas ciudades de la confederación aquea son todos *Achaiói*, esta cualidad no les confiere el derecho de ciudadanía fuera de su ciudad de origen: un ciudadano de Patras no lo es de Sición o de Epidauro, y un megalopolitano elegido magistrado federal sigue siendo ciudadano tan sólo de Megalópolis. El intercambio total de derechos de ciudadanía por las vías de la *isopoliteia* o de la *simpoliteia* no es el fundamento de los *koina* helenísticos⁵³⁶. No obstante, se practicaba gustosamente la comunidad de derecho privado, en particular bajo los aspectos del matrimonio mixto (*epigamía*), del derecho de propiedad (*enktesis ges kai oikías*) y de la capacidad judicial. Las instituciones políticas de los Estados federales estaban calcadas sobre las de las ciudades, con la trilogía asamblea-consejo-magistrados; pero el funcionamiento de los cuerpos deliberativos sigue siendo en muchos aspectos enigmático. Así, para los aqueos existen una *boulé* y una *ekklesía*, pero los textos hablan también de *synodoi* y de *synkletoi*, sobre cuya naturaleza aún seguimos discutiendo⁵³⁷. Para los etolios, por otra parte, la *ekklesía* y la *boulé* (o *synedrion*) estaban bajo la dependencia de una comisión procedente del consejo y elegida por éste, la de los *apokletoi*, los cuales aseguraban la permanencia institucional junto a los magistrados: tenían la misión de ejecutar las decisiones de los cuerpos deliberativos, pero poseían también dilatado poder decisorio. Los requisitos fijados para adquirir el derecho de ciudadanía federal, que abría el acceso a los cuerpos federales, no eran los mismos en todas partes: las condiciones de edad y, sin duda, de censo hacían del Estado aqueo una organización menos democrática que el Estado etolio. Por otra parte, las asambleas aqueas parecen haber sido representativas, puesto que se votaba por ciudades, mientras que las asambleas etolias, en las que se votaba por cabeza, eran asambleas primarias. Así pues, los matices políticos que oponían tradicionalmente a las distintas instituciones de las ciudades (democracia, oligarquía) existían asimismo en las instituciones federales. Las dimensiones geográficas de los Estados federales helenísticos explican por qué, al no poder ser frecuentes las asambleas, los órganos ejecutivos tenían en ellas más importancia que en las ciudades. La institución de los *apokletoi* etolios, como una especie de escalón entre el consejo y las magistraturas, puso en evidencia esa realidad. La importancia del ejecutivo radica también en la de la política exterior, que fue el origen mismo de los Estados federales helenísticos. La función de jefe de estado

⁵³⁶ Los acuerdos de *isopoliteia* que cerraron los etolios con ciertas ciudades de Asia Menor (Quíos, Mitilene, Magnesia, Teos, etc.) no tenían tanto por objeto otorgar a los ciudadanos de aquellas ciudades derechos políticos en Etolia (hacer de ellos *Aitoloi*) cuanto el asegurarles garantías judiciales: la *isopoliteia* marcha pareja con la *asilía* otorgada por los etolios a estas ciudades (*supra*, p. 332).

⁵³⁷ La interpretación más autorizada (Larsen) sería que la *synodos* es la reunión de la *boulé* y de los magistrados, encargada de tratar los asuntos corrientes, mientras que el *synkletos*, convocado cuando había que tomar decisiones graves en materia de política exterior, habría reunido a la *ekklesía*, a la *boulé* y a los magistrados.

la asumía en todas partes un *estratego* electo, generalmente ayudado por un *hiparco* y por un secretario, mediante la colaboración con diversos grupos de magistrados. Aunque las asambleas podían ser convocadas en cualquier lugar, el ejecutivo tenía necesidad de una sede fija, aunque no fuese una "capital": Termón en Etolia, y Egio en Acaya, eran de hecho las sedes de antiguos santuarios y no ejercieron ninguna influencia política sobre el resto del país.

Estos Estados tan sólo existían en función de su defensa y de su expansión, es decir, de la guerra; por ello, nos gustaría conocer mejor su organización militar. Los ejércitos federales no eran permanentes: los contingentes locales no eran convocados sino en caso de necesidad. Los etolios, gentes batalladoras y saqueadoras, se movilizaban fácilmente, pero no era lo mismo en el caso de los aqueos. Si el derecho de ciudadanía aqueo estaba sujeto a un censo, debería haber tenido como corolario el servicio hoplítico: pero los ejércitos aqueos carecieron frecuentemente de hoplitas aqueos a causa de la reticencia de los aqueos acomodados a someterse a sus obligaciones: fue necesaria, a partir del 210, la autoridad de Filopemen para que el estado aqueo se procurase de manera temporal un ejército cívico numeroso y entrenado. En general, los aqueos preferían recurrir a los mercenarios, lo cual explica el carácter de su política financiera y monetaria. La acuñación de moneda aquea era, en efecto, doble: junto a las monedas emitidas por cada ciudad para uso propio, existía una acuñación federal, cuyas emisiones parecen haber sido discontinuas, que correspondía quizá a las necesidades de contratación de mercenarios.

La Grecia de los Estados federales helenísticos representa un progreso en el sentido de la simplificación del mapa político, pero un progreso imperfecto y, sobre todo, demasiado tardío. La dispersión de las *poleis* se había solucionado relativamente, pero no por completo: además, no podía resolverse más que dentro de un marco geográfico limitado, que los principales Estados federales se esforzaron por sobrepasar, restaurando bajo una nueva forma la antigua tendencia a la hegemonía. Cuando Polibio escribe que incluso las ciudades que fueron obligadas a entrar en la confederación aquea estuvieron satisfechas de ello, hermosea la realidad, y desde luego no le habría gustado reconocer que la expansión etolia fue con frecuencia mejor acogida porque presentaba mayores garantías contra Macedonia. Sin embargo, no habría forma de emitir un juicio sobre la experiencia general helenística, puesto que fue una experiencia abortada. En términos de historia del siglo III, la partida se jugaba entre Macedonia y los *koina*, y nadie sabe cómo habría acabado finalmente esta partida si la alianza entre Filipo V y Aníbal no hubiese provocado las intervenciones romanas, que falsearon el juego. La historia de los *koina* griegos empezó antes de la época helenística, que forma el capítulo más importante de las mismas, pero un capítulo sin futuro ni final.

TERCERA PARTE

*LA SOCIEDAD
Y LA ECONOMÍA HELENÍSTICAS*

CAPÍTULO PRIMERO

LA HUMANIDAD HELENÍSTICA

Como el término *helenismo* designa, ante todo, un fenómeno de aculturación⁵³⁸, por ello pretendemos captar aquí el ámbito humano dentro del cual se produjo. Los ámbitos, más bien, puesto que a través del conocimiento demasiado desigual que tenemos parecen haber sido muy diversos —de una diversidad que depende menos del elemento griego que de los elementos orientales que se hallaron enfrentados a la civilización griega—. Empezaremos, sin embargo, por los helenos, que son el común denominador de esta nueva humanidad.

I.—LA DIÁSPORA HELÉNICA Y SUS FORMAS⁵³⁹

Aunque es cierto que los contactos entre la civilización griega y el Oriente eran antiguos y que las primeras huellas de la influencia helénica sobre las civilizaciones orientales pueden apreciarse mucho antes del principio de la época helenística, fue, no obstante, la conquista de Alejandro lo que abrió decididamente todo el Próximo y Medio Oriente a los macedonios. Este hecho es esencial: el primer contacto masivo entre el helenismo y Oriente fue un contacto militar; los greco-macedonios llegaron a Oriente como conquistadores y se instalaron allí como ocupantes y, aunque aquellos pioneros fueron seguidos por colonos pacíficos, el carácter inicial de su presencia no se borró nunca: esto contribuirá a explicar las relaciones entre los helenos y los indígenas,

⁵³⁸ *Supra*, p. 301.

⁵³⁹ OBRAS DE CONSULTA.—La emigración-inmigración griega de la época helenística es tratada en todas las obras de carácter general citadas *supra*, en nota 324.—Sobre las fundaciones urbanas, véase V. Tscherikower, *Die hellenist. Städtegründungen...* (citado *supra*, nota 465) y, para la Siria seléucida, H. Seyrig, *Antiquités syriennes* 92, Séleucus Ier et la fondation de la monarchie syrienne, *Syria*, XLVII, 1970, pp. 290 ss.—Sobre los problemas de urbanismo, R. Martin, *L'urbanisme dans la Grèce antique*, París, 1956.—Sobre la población griega en Egipto, *cf. supra*, nota 488, e *infra*, nota 548.—Sobre los gimnasios y las instituciones culturales, *cf. infra*, nota 659.

las cuales, pese a diversas formas de asociación, de yuxtaposición o de compenetración pacífica que no tardaron en establecerse, siguieron estando siempre fundadas, en última instancia, sobre relaciones de fuerza —incluso en las épocas y en las regiones en donde la fuerza cambió finalmente de lado—. El simple hecho de que los soberanos helenísticos de Oriente reclutasen siempre sus cuadros militares y administrativos entre los helenos, a los cuales no se unió con el tiempo sino una débil proporción de orientales helenizados, prueba claramente que, desde el punto de vista político, el mundo helenístico, mundo de confrontaciones culturales, siguió siendo siempre un mundo de dominación helénica.

Conocemos mal las condiciones en las cuales se efectuó la colonización helénica de Oriente, de la que principalmente conocemos, en efecto, sus resultados, palpables en la multiplicación de las ciudades griegas en Asia y en la densidad de la presencia griega en Egipto. Aunque se aprecia bien que los Diádocos, después de Alejandro, colocaron millares de veteranos de sus ejércitos en colonias militares macedonias, que fueron numerosas en Asia Menor, en Siria del norte, pero también en Irán oriental y en la Siria-Fenicia lágida; aunque no es difícil tampoco comprender que el poblamiento helénico de la *chora* egipcia estuvo primero constituido por pequeños núcleos de ocupantes militares; no podemos conocer, por desgracia, en qué forma y condiciones se produjo la afluencia de griegos subsiguiente a la conquista. Sin duda, la crisis del viejo mundo griego explica el número de personas que, dispuestas a seguir los consejos de Isócrates, correrían a rehacer su vida en el nuevo mundo, y la documentación egipcia prueba que Grecia entera está efectivamente representada en aquel país. Lo que ignoramos es si la emigración fue organizada, si existían oficinas de emigración, un “mercado” de los colonos (como existía un “mercado” de mercenarios), si los soberanos hacían llamamientos a tal o cual categoría de profesionales o si todo ocurrió anárquicamente. Lo que ignoramos también es cómo los emigrantes, desembarcados en Siria o en Egipto, eran dirigidos hacia los lugares en donde su presencia era útil, cómo eran constituidos los cuerpos cívicos de las nuevas ciudades, si se intentaba reagrupar a colonos del mismo origen, reunir a elementos socialmente diversificados, y así sucesivamente. Conocemos de manera incidental que Antíoco I obtuvo de Magnesia de Meandro un grupo de colonos “en número suficiente y distinguidos en virtud” para reforzar Antioquía de Persia, ciudad que, sin duda, vegetaba en el fin del mundo³⁴⁰, pero este caso constituye una excepción y, por lo general, no comprendemos el proceso que desemboca en la constitución de esta “reserva” griega, sin la cual no habría existido el mundo helenístico. Reserva muy diversa, que asociaba a desechos sociales con aventureros, a campesinos endeudados con artesanos en paro, a exiliados políticos con ambiciosos en

³⁴⁰ OGIS, 233.

búsqueda de empleos a su medida, a técnicos con gentes de letras, a hombres de negocios en dificultades con negociantes apátridas —es decir, todo lo que podía atraer la América de esta época—. Gentes tanto más resueltas a abrirse camino y a conducirse como señores entre los bárbaros cuanto que sus patrias los habían condenado a la mediocridad y a la miseria o incluso rechazado. Lo que sabemos de las fundaciones urbanas seléucidas y el rápido auge de Alejandría de Egipto nos sugieren que la afluencia principal de los griegos en Oriente tuvo lugar entre el reinado de Alejandro y la mitad del siglo III; luego parece que ya no vinieron muchos, tan sólo mercenarios provenientes de las regiones más pobres de la vieja Grecia, e ignoramos cuántos de ellos quedaron fijos en Oriente.

Estos centenares de miles de helenos dispersados en Asia y Egipto parecen haber constituido, pese a la diversidad de sus orígenes, una masa bastante uniforme, cuya homogeneidad se acentuó con el tiempo. Y eso se debe a diversos factores. Apuntemos, primero, que la civilización griega tendía ya en el siglo IV a la homogeneidad; los distritos más alejados y montañosos escapaban aún a ello, pero sus representantes encontrarían en el ámbito de la inmigración la ocasión de recuperar el tiempo perdido. Los documentos revelan, sobre todo al principio, el mantenimiento de nombres “étnicos” que recordaban los orígenes de los colonos: pero estas denominaciones ya no poseían un valor político-jurídico y, frente a los indígenas, sus portadores ya no eran, de hecho, más que helenos. Cabe destacar, por otra parte, que los emigrantes griegos olvidaban las diferencias sociales de su madre patria: aunque en conjunto albergasen el sentimiento de constituir una aristocracia frente a los orientales, ya no había, en su seno, distinciones sociales hereditarias, y aquellas oposiciones tradicionales en Grecia entre “buenos” y “malos”, “nobles” y “villanos”, desaparecen en el interior de la humanidad griega de Oriente. Podemos comprobar que incluso los círculos dirigentes que proporcionaban “amigos” y “familiares” a los reyes no constituían una aristocracia en el sentido propio del término, sino un círculo hasta el cual se accedía por el talento y, evidentemente, mediante las intrigas, sin que el nacimiento proporcionase, al parecer, ningún derecho. Si existió una línea de demarcación entre los helenos de Oriente, ésta fue la del éxito, la que separó a aquellos que consiguieron enriquecerse de aquellos que no lo consiguieron. No obstante, en el ámbito griego de Oriente no apreciamos aquellas tensiones violentas entre ricos y pobres que hacían entonces estragos en el viejo mundo griego, y es probable que la solidaridad “colonial” contribuyó a impedir que estallasen.

La homogeneidad del ámbito griego “colonial” se expresaba principalmente en la lengua y el modo de vida. La diversidad dialectal, que subsistió en la madre patria, desapareció en Oriente en provecho de la “lengua común”: esta *koine* tenía como base un dialecto ático teñido de jonismos; enseñado en las escuelas bajo una forma gramaticalmente fijada, difundido por las administraciones, este “griego común” fue el sopor-

te esencial de la difusión del helenismo. Ahora bien, la difusión del helenismo fue también la del modo de vida griego, el cual era, aún mucho más de lo que fue en la Grecia de épocas anteriores, el modo de vida de la *ciudad*. No volvamos sobre los aspectos políticos y administrativos de las fundaciones urbanas helenísticas: es su aspecto social y cultural el que debemos tratar aquí. Aparte de Egipto, en donde la ciudad griega continuó siendo una excepción, la colonización de Oriente tan sólo sería posible en forma urbana, la única que podía prestar a los núcleos de población griega una cohesión suficiente para impedirles disgregarse en el medio ambiente, la única, sobre todo, que podía atraer a los colonos ofreciéndoles un marco donde se sintiesen "en casa". Lo que importaría aquí conocer mejor son menos las capitales fundadas por reyes que las numerosas pequeñas ciudades que surgieron aquí y allá. Aunque las viejas *poleis* griegas sólo habían adaptado muy imperfectamente el urbanismo a sus funciones propias, se había desarrollado, sin embargo, un urbanismo funcional, cuyas lecciones fueron evidentemente aplicadas por los arquitectos-urbanistas helenísticos. Las palabras de Polibio comparando la organización del *castrum* romano a una ciudad (VI, 31, 10) no deben hacernos pensar demasiado precipitadamente que la "ciudad helenística" estaba necesariamente encerrada por una muralla cuadrada, que tenía una cuadrícula de calles octogonales y edificios en el centro. Una serie de ejemplos, los más conocidos y famosos de los cuales son Pérgamo y Priene, prueban que los constructores de ciudad sabían aprovechar las topografías más difíciles por razones que combinaban la seguridad, la higiene y la estética. Esto no es óbice para señalar que la ciudad-*castrum* de Polibio parece haber sido, en cierto modo, un tema sobre el cual se computieron variaciones, y que, por ejemplo, el plano original de Alejandría de Egipto estuvo cercano a ese modelo, como sucedió, en condiciones muy diferentes, con Dura-Europo. Si tuviésemos la tentación de pensar que algunas de estas ciudades, perdidas en los confines del mundo, no eran más que aglomeraciones mediocres, el ejemplo recientemente descubierto de Ai-Janum⁵⁴¹ estaría ahí para probar que los hijos perdidos del helenismo que se instalaron en aquel lugar no renunciaron a un marco arquitectónico digno del mundo egeo.

No obstante, este marco urbano, en cuyo interior los griegos coloniales hallaban de nuevo —salvo la independencia— una vida institucional de tipo tradicional, se convirtió sobre todo en un marco social y cultural. Ahora que las *poleis* ya no perseguían preservar y afirmar su soberanía en relación dentro del ámbito griego, se trataba de preservar y de afirmar su originalidad helénica en relación con los ámbitos indígenas vecinos, y esta originalidad no era, no podía ser, más que la de una civilización *necesariamente conservadora*. Las instituciones políticas formaban parte, naturalmente, de los instrumentos de este conservadurismo socio-cultural: la participación en la asamblea, en el consejo, en las magistraturas, en los

⁵⁴¹ En los confines de Afganistán y de la antigua U.R.S.S.

sacerdocios, era una forma esencial de afirmarse griego, pero, frente a las de la antigua Grecia libre, constituían fatalmente instituciones que se marchitaban, un decorado más que una realidad. Las instituciones que, en adelante, pasan a un primer plano son las que aseguraban la perpetuación del hombre griego, las instituciones educativas. Desde luego, las escuelas, que se multiplican en la época helenística, pero sobre todo el gimnasio, centro que conserva la civilización superior, el lugar en donde, según la tradición ya democratizada, los hombres se adiestraban en las cuestiones del espíritu paralelamente a las del cuerpo; el gimnasio pasó de ser el lugar en donde los *kaloí kagathoi* cultivaban antaño su superioridad social a ser el lugar en donde los helenos cultivan su originalidad y preservan su integridad practicando, según pautas que no modificarán durante mucho tiempo ni la dominación romana ni la dominación parta, el atletismo y la cultura literaria. Como hogares de la vida social masculina griega, los gimnasios se impusieron sobre el ágora política y su importancia se desprende del hecho de que los vemos aparecer incluso en los lugares en donde los helenos carecen de un marco cívico (en Egipto) y cómo se multiplican asimismo en la antigua Grecia, lo que podría tomarse como un indicio de la relativa decadencia de las instituciones políticas. Asistir a la *ekklesía* y a la *boulé* significaba afirmarse ciudadano, pero formar parte de "los del gimnasio" (*apo gymnasiou*) significaba afirmarse griego, cosa que en Oriente, de ahora en adelante, tenía mayor importancia. No es sorprendente, por tanto, que el gimnasio aparezca como el símbolo del helenismo a los ojos de los indígenas, y por eso como un centro de atracción para aquellos a quienes el helenismo ha seducido. Ulteriormente volveremos a ocuparnos del modelo de cultura que se perpetuó de este modo.

Si esta humanidad griega de los nuevos países es fácil de captar en Egipto gracias a los papiros, desgraciadamente no sucede lo mismo con las *poleis* de Asia. En Egipto, el enorme *corpus* constituido por "los archivos de Zenón"⁵⁴² permitiría por sí mismo percibir la estructura de la sociedad griega de la mitad del siglo III, que se repartía a grandes rasgos en tres niveles: en la cúspide, la corte y los funcionarios superiores de la administración, ámbito al que debemos sumar a los prebendados intelectuales del Museo y de la Biblioteca⁵⁴³, gentes influyentes y ricas, principales beneficiados del régimen lágida, pero cuya situación se antoja frágil desde el momento en que dependían, en última instancia, del favor real; después de ellos venía una categoría numerosa y diversificada de técnicos, funcionarios subalternos, financieros, hombres de negocios y militares, que constituían el armazón del régimen, del que, buen número de ellos, intentaban aprovecharse; finalmente, en la base, una masa menos conocida de "pequeños griegos", cuya situación mediocre los acercaba de hecho a la condición indígena. Si nuestra documentación fuese tan abun-

⁵⁴² Cf. *supra*, p. 414.

⁵⁴³ *Infra*, p. 504.

dante en Asia como lo es en Egipto, revelaría sin duda distinciones análogas, que no podríamos, sin cometer una imprudencia, equiparar a “clases sociales”, puesto que todos los helenos, ricos o no, poderosos o no, se hallaban necesariamente más cercanos entre sí a consecuencia de su solidaridad helénica frente a los indígenas. Pero las inscripciones de las *poleis* (que son abundantes tan sólo en Asia Menor) no nos ofrecen datos sino sobre los ciudadanos ricos⁵⁴⁴, los que asumían magistraturas, embajadas, sacerdocios, los que recibían honores por sus liberalidades financieras y cuyas fuentes de riqueza, en general, desconocemos, ya fuesen agrícolas⁵⁴⁵, comerciales o artesanales. Rostovtzeff lanzó la noción de “burguesía helenística” pensando, evidentemente, en estas personas, noción que incluso utilizada con criterios restrictivos solamente podría ser aceptable a modo de un inventario, que resulta imposible establecer; pero además Rostovtzeff la redujo a una simplificación inadmisiblemente extendiéndola a todo lo que era griego o helenizado y oponiéndola normalmente a los “trabajadores indígenas”. Ahora bien, aunque resulte indiscutible que en las *poleis* helenísticas de Asia y de Europa había un elemento social cercano a lo que nosotros llamamos “burguesía”, no es menos cierto que también había en Oriente “trabajadores griegos” —así como había “burgueses” en las ciudades indígenas—. Pero debemos sobre todo ser conscientes de que no sabemos nada concreto de la gran mayoría de las ciudades griegas fundadas por los soberanos en Oriente y de las sociedades griegas que vivían en ellas.

En cualquier caso, parece que los núcleos griegos, dispersados sobre territorios inmensos, se mantuvieron constantemente en contacto entre ellos y, todos conjuntamente, con el viejo mundo griego, como se desprende de una gran cantidad de hechos. La unificación lingüística dentro de la *koine* constituye uno de estos fenómenos, al que las burocracias reales contribuyeron generosamente; pero, más allá de los datos puramente lingüísticos, son el gusto y el estilo literario (y no sólo diplomático) los que atestiguan una perfecta homogeneidad, es decir, que hubo intercambios: ¿acaso no se ha subrayado que las versiones griegas que Asoca hizo redactar en sus edictos budistas habrían podido ser redactadas por un filósofo ateniense? Y un poco más tarde, en la misma zona, pero en otro territorio, ¿las monedas bactrianas no constituyen obras maestras del arte monetario griego de la época? Otro ámbito también, el del derecho privado griego, parece haberse unificado en todas partes en una *koine* jurídica —y así sucesivamente—. Las vías por las cuales se efectuaron los contactos y los intercambios eran numerosas. La administración figuraba

⁵⁴⁴ La confusa situación, difícil de analizar, que reina en Pérgamo y en el ex-reino atálica en el momento de su legado a Roma por Atalo III (133) y de la guerra de Aristónico (ver el volumen siguiente) es demasiado particular como para poder ser generalizada en el espacio y en el tiempo.

⁵⁴⁵ Sabemos que cuando se fundaba una nueva *polis*, cada ciudadano recibía un *kleros* segregado del territorio cívico, pero una de las grandes lagunas de nuestro conocimiento radica en el hecho de que ignoramos todo sobre la explotación de estas propiedades.

entre ellas, sin duda en un buen lugar, con su correspondencia y la circulación de los funcionarios reales. Por supuesto, también el comercio. Pero nuestros documentos nos muestran la movilidad de un número considerable de otros griegos en el interior del mundo helenístico, y, en particular, de gentes que podían pasar por ser difusores culturales. No nos faltan decretos mediante los cuales las ciudades honran a personas que habían residido de manera temporal entre sus muros (*epidemountes*): a menudo son jueces extranjeros⁵⁴⁶, médicos, profesores (gentes de letras, filósofos o atletas), probablemente también técnicos (arquitectos, ingenieros) y artistas, todos ellos personas que en cualquier época habían sido itinerantes y a quienes la ampliación del horizonte griego abre nuevas perspectivas. Los teatros que se multiplican atraen a grupos de artistas dramáticos profesionales, organizados en asociaciones (los "tecnitas dionisíacos"), que disponían de un verdadero estatuto profesional. Añadamos que algunas ciudades, deseando acrecentar su fama, logran que a sus fiestas locales se les reconozca un estatuto panhelénico y envían periódicamente al mundo entero invitaciones para participar en ellas, invitaciones a las cuales responden embajadas, artistas y atletas: teoros⁵⁴⁷ invitando y teoros invitados tejen lazos entre regiones muy alejadas, como los teje la piedad de los peregrinos y de los que acuden a consultar los oráculos. Finalmente, entre los múltiples artesanos de estos contactos entre helenos de todas las procedencias no debemos olvidar a los mercenarios, que no eran todos soldadotes incultos. Nada de todo esto es absolutamente nuevo: lo es la multiplicación de esta circulación de hombres y de ideas hasta los nuevos límites del mundo griego y el acrecentamiento del número de aquellos que participan en la misma.

Así se dibuja la fisionomía de una humanidad helénica nueva, que prolonga y extiende la de la antigua Grecia en lo que ya tenía de común. En el nuevo mundo, los viejos aspectos culturales regionales desaparecen rápidamente (tienden incluso a desaparecer en la antigua Grecia) para ceder su lugar a lo que podemos llamar, como en el ámbito lingüístico y jurídico, una *koine* helénica entendida en el sentido más amplio y cuyo contenido tenemos aún que precisar. Pero recordaremos que, fuera del espacio egeo, esta nueva humanidad griega se establece en países conquistados, que en ellos es minoritaria y que, salvo en Egipto, está muy dispersada: lo que nos conduce a la cuestión de las inevitables relaciones con las poblaciones indígenas.

⁵⁴⁶ El recurso a jueces extranjeros, ya sea para solucionar algún litigio entre dos comunidades, ya para intervenir en una situación judicial confusa en el interior de una misma comunidad, fue cada vez más frecuente en época helenística. Esta práctica contribuyó evidentemente a la unificación del derecho, de la que acabamos de hablar.

⁵⁴⁷ Los "teoros" son "embajadores sagrados". Eran acogidos en las ciudades adonde iban por anfitriones oficialmente designados, los "teorodocos". El ejemplo clásico de tal ampliación panhelénica de una fiesta local (como tan sólo sucedía, durante la época anterior, en los casos de las Panateneas, los misterios de Eleusis y las *Asklepieia* de Epidauro) es el de la fiesta de Artemisa Leukofriena de Magnesia del Meandro.

II.—HELENOS Y ORIENTALES⁵⁴⁸

El problema de las relaciones entre los círculos griegos del mundo neocolonial y los círculos indígenas es de una infinita complejidad: en realidad, se trata de tantos problemas como pueblos orientales en cuyo interior se instalaron los griegos, tantos como civilizaciones orientales con las cuales entraron en contacto, tantos también como las distintas formas que hubo de establecimiento de los helenos. No existe un Oriente, sino varios Orientes: la civilización egipcia no es la civilización siria, ni la mesopotámica o la iraní; y la dispersión rural de los griegos en el valle del Nilo debía necesariamente crear un tipo de relaciones distinto al de las concentraciones urbanas surgidas en un Asia que era también, a su vez, muy diversa. Además, si recordamos que nuestra documentación es muy desigual, que ningún lugar puede compararse con la abundancia que posee Egipto, nos convenceremos de que las fórmulas tan generales como "helenización de Oriente" u "orientalización del helenismo" son necesariamente falacias: deberíamos poder analizar los contactos, sus modalidades y sus efectos país por país, lo que, precisamente, es casi siempre imposible. La actitud de los historiadores modernos ha creado en ocasiones errores de perspectiva y mal entendidos: el mundo helenístico ha sido principalmente y sigue siendo estudiado por helenistas, entre los cuales no han faltado sabios que

⁵⁴⁸ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general citadas en nota 324, véase H. Bengtson, Die Bedeutung d. Eingeborenenbevölkerung in d. hellenist. Oststaaten, *Welt als Geschichte*, XI, 1951, pp. 140 ss. = *Kleine Schriften*, 1974, pp. 293 ss.; Chr. Habicht, Die herrschende Gesellschaft in d. hellenist. Monarchien, *Vierteljahrschr. f. Sozial- u. Wirtschaftsgesch.*, XLV, 1958, pp. 5 ss.

Sobre los problemas particulares de Egipto: P. Jouguet, Les Lagides et les indigènes égyptiens, *R.B.Ph.H.*, I, 1923, pp. 419 ss.; F. Heichelheim, Die auswärtige Bevölkerung im Ptolemäerreich, *Klio*, Beiheft XVIII, 1925 y *A.f.P.*, IX, 1930, pp. 47 ss.; XII, 1936, pp. 54 ss.; Cl. Préaux, Politique de race ou politique royale?, *Chr. Eg.*, XI, 1936, pp. 111 ss.; W. Peremans, *Vreemdelingen en Egyptenaren in vroeg-ptolemaeisch Egypte*, Lovaina, 1937; Id., Egyptiens et étrangers dans l'Égypte ptolémaïque, *Entretiens Hardt*, VIII, 1961, pp. 123 ss.; Id., Ethnies et classes dans l'Égypte ptolémaïque, *Recherches sur les structures sociales dans l'antiquité classique*, C.N.R.S., París, 1970, pp. 213 ss.; I. Davis, *Race-relations in ancient Egypt*, 2e ed., Londres, 1953 (non vidi); F. von Schwind, Zur gr.-ägypt. Verschmelzung unter d. Ptol., *Studi V. Arangio-Ruiz*, II, Nápoles, 1953, pp. 435 ss.; V. Martin, L'ononastique comme indice des rapports entre indigènes et occupants dans l'Égypte gr.-rom., *Akten d. VIII. intern. Kongr. f. Papyr. Wien*, 1955 (1956), pp. 89 sqq.; A. E. Samuel, The Greek element in the Ptol. bureaucracy, *Proceed. of the 12th intern. Congr. of Papyr.* = *Amer. Stud. in Papyr.*, VII, Toronto, 1970, pp. 443 ss.; C. B. Welles, The role of the Egypt. under the first Ptol., *ibid.*, pp. 505 ss.; J. Bingen, Grecs et Egypt. d'après PSI 502, *ibid.*, pp. 35 ss.; Id., Présence grecque et milieu rural ptol., en M. I. Finley (ed.), *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, París, 1973, pp. 215 ss.; sobre la situación en Alejandría, P. M. Fraser, *Ptol. Alexandria*, Oxford, 1972, cap. II.

Sobre las relaciones entre griegos y judíos: V. Tcherikover, *Hellenist. civilis. and the Jews*, Filadelfia-Jerusalén, 1959; M. Hengel, *Judentum u. Hellenismus. Studien zu ihrer Begegnung unter besonderer Berücksichtigung Palästinas bis z. Mitte d. 2. Jhts. v. Chr.*, Tübingen, 1969; griegos y judíos: V. Tcherikover, *Corpus Papyr. Judaic.*, I: *Prolegomena*, Cambridge (Mass.), 1957.

Sobre las resistencias al helenismo: S. K. Eddy, *The King is dead*, Lincoln, 1961.

se dedicaban, de manera consciente o no, a elevar un monumento a la gloria del helenismo. Mas exaltar las conquistas del helenismo (como si la conquista militar y la ocupación equivaliesen necesariamente a una obra civilizadora) o deplorar, como lo han hecho otros, el "mestizaje" de la civilización griega en contacto con Oriente (sobre todo cuando ese Oriente era semítico...) deriva, en el fondo, del mismo punto de vista unilateral. Felizmente hemos alcanzado posiciones más relativistas, pero ha ocurrido también que nuestras conclusiones son a menudo más vacilantes.

Naturalmente, resulta inconcebible que dos ámbitos heterogéneos queden en contacto durante varios siglos sin que se produzcan intercambios, circunstancia que aquí se halla plenamente confirmada: observamos en todas partes la helenización de ciertos círculos indígenas y, a la inversa, verificamos que el ámbito helénico no estuvo cerrado a ciertas influencias orientales. Planteado esto, añadiremos en seguida que cerca ya de la era cristiana no se había producido en ningún lugar una verdadera fusión de los dos ámbitos (quizá tan sólo, como sospechamos que sucedió en Egipto, en los niveles sociales más bajos): en cambio, la cultura griega conservó generalmente en todas partes su originalidad, mientras que corrientes hostiles al helenismo —o a los helenos— se manifestaron aquí y allá.

Por parte griega, las profesiones de fe cosmopolitas hechas por ciertos filósofos no deben llamarnos a engaño: la afirmación cínica o estoica de que ya no habían ni helenos ni bárbaros, sino hombres todos ellos igualmente virtuosos, no cabría aceptarla como un programa político; y si la definición isocrática del heleno como un hombre que participaba de cierta mentalidad configurada por la educación (y no por la ascendencia y la "naturaleza") se puede verificar en el destacado número de orientales que participaron en el desarrollo de la civilización griega de la época, no cabría deducir de ahí que los helenos auténticos se dedicaron a atraer a los "bárbaros" hacia sí. Sabemos que el intento de Alejandro por fundir a los macedonios y a los persas (y no, globalmente, a los helenos y a los bárbaros!) no tuvo futuro y que si Ptolomeo I en un principio intentó, según parece, apoyarse en los egipcios, en cambio la segregación greco-egipcia fue manifiesta a partir de Ptolomeo II, favorecida además por la impermeabilidad de los griegos a la civilización egipcia. Que hubiese segregación no significa en modo alguno que no hubiese helenización (puesto que lo contrario es patente), sino simplemente que esa helenización no fue voluntaria. La propuesta de que los Seléucidas habrían considerado conscientemente a las ciudades que fundaron como núcleos de helenización resulta dudosa, así como es dudosa la "política de helenización" generalmente atribuida a Antfoco IV, que, sin duda, trató menos de difundir la cultura griega que de consolidar las bases políticas, ya gravemente amenazadas, de su reino. La difusión del helenismo en Oriente no debe nada a una actitud "misionera" de los helenos, que parecen más bien haber intentado guardar las distancias —las que separaban al pueblo conquistador de los pueblos sometidos.

Así, cuando intentamos analizar los sentimientos y los comportamientos de los orientales hacia los helenos y el helenismo tropezamos con

muchas ambigüedades —en los casos, al menos, en los que el problema puede entereverse—. Nuestra ignorancia es particularmente cruel en Irán, es decir, en los inmensos países (ya que no homogéneos) poblados por los antiguos amos del mundo oriental, cuyas relaciones con los greco-macedonios son de lo más turbio. El que Seleuco I fuese el único entre los Diádocos que no repudió a su esposa iraní, es más, que él fuese el yerno, y Antíoco I el nieto, de Espítámenes, último jefe de la resistencia iraní a la conquista Macedonia, pudo, hasta mediados del siglo III, favorecer el entendimiento entre los antiguos y los nuevos señores. Pero estos lazos se distendieron rápidamente. Los soberanos griegos separatistas de Bactria-Sogdiana ¿supieron recoger de aquí una herencia positiva? La existencia misma del reino de Bactria parece implicar una colaboración greco-iraní, aunque podría haber estado basada principalmente en la necesidad de luchar juntos contra los nómadas. Por el momento, ignoramos todo sobre los sentimientos recíprocos de los helenos y de los iraníes de Bactria, sobre un eventual proceso de fusión (del cual quizá tengamos huellas más al sur, en las regiones cedidas por Seleuco I al Maurya Chandragupta). En cambio, en la parte opuesta de Irán, en la Persia que fue la cuna del imperio Aqueménida antes de ser escenario de la destrucción de Persépolis por Alejandro, observamos un núcleo de resistencia al helenismo que parece haber tenido un fundamento religioso mazdeísta, aunque se tradujo también en una secesión política. La ausencia de homogeneidad del mundo iraní, el aislamiento de Persia, así como ciertas tensiones (entre persas y medos, por ejemplo), el hecho también, sin duda, de que los Seléucidas no demostraron jamás ninguna hostilidad hacia los iraníes y su civilización, todo ello puede explicar que aquel irredentismo estrictamente localizado no se extendiese. Además, los Seléucidas no perdieron Irán a causa de los levantamientos indígenas, y en la segunda mitad del siglo II llegaremos incluso a ver cómo los iraníes ayudan a Demetrio II y a Antíoco VII contra los partos. A través de datos dispersos e insuficientes, tenemos la impresión de que la conquista de Irán por Alejandro habría podido aportar frutos muy distintos que los que aportó, y que los Seléucidas perdieron allí la partida por haberse interesado más en el Mediterráneo que en las “satrapías superiores”.

En las regiones mediterráneas, la documentación relativa a la actitud de los indígenas frente a los helenos y el helenismo es más abundante, pero heterogénea. Egipto ha suscitado la mayor parte de los estudios sobre las relaciones greco-indígenas. Se ha podido apreciar que la segregación se convirtió rápidamente allí en una regla: conviene precisar el estilo y significado de la misma. Helenos⁵⁴⁹ y egipcios se codeaban constantemente, e incluso llegaban a cohabitar (los clerucos): no dejaron por eso de constituir dos mundos distintos y en buena medida hostiles. La

⁵⁴⁹ Recordemos que en Egipto todo lo que no es egipcio es “heleno”, lo cual incluye asiáticos, tracios, etc.

línea de separación era primero lingüística⁵⁵⁰ (y la lengua daba la impronta del origen), pero también y sobre todo socio-económica: aunque los testimonios de desprecio de los helenos por los egipcios no faltan (ni los testimonios de lo que sufrían los egipcios por ello⁵⁵¹), este desprecio se dirigía no tanto a los egipcios como tales cuanto a una población caída en estado de dependencia y, por ende, de miseria. Fue a partir de Ptolomeo II cuando se dibujó este cuadro más o menos dicotómico de una sociedad constituida por una minoría de helenos que, en su mayoría, se conducían como amos y como explotadores, y por una mayoría de indígenas explotada, endeudada, amedrentada y cuyas ocupaciones caían todas bajo la presión de un sistema fiscal, cuyo rigor hemos visto. Aunque su lengua, su religión, su derecho y toda su civilización separaba a los egipcios de los griegos, sin embargo, sus funciones y su nivel de vida los colocaban generalmente por debajo de los griegos. Sabemos⁵⁵² a dónde acabaría conduciendo esa situación: ni las huelgas, ni las huidas, ni las revueltas, ni el comportamiento cauteloso y finalmente interesado del clero testimonian en favor de la seducción que los helenos y el helenismo habrían podido ejercer sobre la población indígena. Es cierto que tan sólo experimentaron atracción hacia la civilización griega las capas superiores de las sociedades indígenas, y que estas capas superiores nos son generalmente desconocidas en Egipto. En realidad, los fenómenos de fusión greco-egipcia —es decir, los matrimonios mixtos— aparecen sobre todo en la parte más baja de la escala social, delatando más el fracaso de un griego que la ascensión de un egipcio, y ya hemos observado que la ausencia de fusión entre el derecho griego y el derecho egipcio prueba que ambas comunidades siguieron estando muy separadas. En el mismo orden de ideas, aunque a partir del siglo III los egipcios pasaran a ser más numerosos en el ejército, en donde servían junto a los grecomacedonios, parece, sin embargo, que el acceso a los gimnasios permaneció cerrado para ellos: aquí también la separación se mantiene. Ahora bien, si la opresión fiscal y administrativa a la que los Egipcios fueron sometidos mantuvo y profundizó esta separación, es notorio que no faltaban griegos en la *chora* que sufrían asimismo esa opresión, pero esto no parece haberlos acercado en nada a los indígenas, a no ser en el nivel de vida: otros ejemplos históricos han probado que el colono miserable, con tendencia a ser más arrogante que el que ha tenido éxito, constituye

⁵⁵⁰ Tenemos poca documentación sobre intérpretes y no parece que el verdadero bilingüismo fuese muy corriente (sobre todo entre los griegos): en ocasiones se ha concluido que habían pocos contactos entre las dos comunidades, lo cual es inverosímil. La traducción de documentos administrativos exigía, a escala de pueblo, la existencia de una categoría de bilingües, y las relaciones orales habían dado nacimiento, sin duda, a una "lengua franca" que permitía comprenderse.

⁵⁵¹ Es destacable que la actitud de los griegos hacia las cuestiones egipcias consistía, antes de la conquista, en una curiosidad respetuosa: ésta ya no es compartida por los inmigrantes...

⁵⁵² *Supra*, p. 421.

a menudo un factor del odio del indígena hacia los colonizadores en general. Aun cuando el régimen lágida no fuese en sus orígenes "anti-egipcio", aunque tuviese que multiplicar las concesiones a la población indígena, su política condujo de hecho a soliviantar a los egipcios contra él y, por consiguiente, arruinó toda posibilidad de acercamiento real entre ambas civilizaciones, que, de todos modos, eran radicalmente heterogéneas. Debemos aislar, naturalmente, el caso muy particular de Alejandría, en donde los egipcios eran ciertamente numerosos (pese a los esfuerzos del poder por rechazar a aquellos que intentaban instalarse allí): si hubo egipcios que se helenizaron, fue sobre todo en ese ámbito urbano que conocemos tan mal. Pero si Alejandría fue un poderoso núcleo de helenización, su influencia abarcó principalmente, al parecer, a otros elementos étnicos de su población cosmopolita, como aparece claramente en el caso de su enorme comunidad judía. Tanto desde el punto de vista cultural como desde el punto de vista político, Alejandría no era Egipto.

En el Asia mediterránea urbanizada, las condiciones eran diferentes. Pese a la relativa falta de documentación, la seducción del helenismo aparece aquí más claramente, al menos en los círculos sociales superiores, y la transformación de ciudades indígenas en *poleis* helénicas es por sí sola testimonio de ese fenómeno, como son testimonio, a un nivel diferente, las huellas de la influencia griega que podemos detectar en la literatura hebrea de época helenística (única literatura oriental que está viva en aquella época), las cuales prueban que una serie de escritores judíos conocían la literatura y la filosofía griega. Si nos preguntamos sobre los móviles de la seducción que ejerció el helenismo, las cosas distan mucho de estar claras. El hecho de que, en ciertas regiones, las influencias griegas se ejerciesen antes de que se impusiese la dominación greco-macedonia demuestra que la cultura griega y la lengua que le servía de soporte poseía una fuerza intrínseca de expansión, un carácter de universalidad análogo al que propició el éxito del francés y de la cultura francesa en la Europa del siglo XVIII⁵⁵³. La emigración griega de finales del siglo IV y del siglo III no pudo sino ampliar aún más esta expansión e impuso en principio la difusión de la lengua griega, difusión que fue, por lo demás, desigual⁵⁵⁴, pero introdujo también factores nuevos, que no tienen todos el mismo sentido. Hay que rechazar la explicación sospechosa según la cual los orientales habrían acogido a los helenos "con los brazos abiertos", como representantes de una civilización superior: estos

⁵⁵³ Esto se confirma por la difusión del griego y de la cultura griega, durante la época helenística, en países que no estuvieron bajo el dominio greco-macedonio, como Capadocia.

⁵⁵⁴ Las antiguas lenguas culturales como el acadio, el arameo o el hebreo literario, resistieron mejor, como es natural, en la medida en que las mismas culturas de las que eran instrumento supieron mantenerse. Por el contrario, en las regiones helenizadas de Asia Menor las lenguas indígenas retroceden —al menos eso creemos, según los documentos que conservamos: así, por ejemplo, las inscripciones en lengua caria desaparecen entre los siglos IV y III—, lo que, evidentemente, no significa que esta lengua dejase de ser hablada en el campo.

“civilizadores”, después de todo, eran conquistadores y ocupantes, que usurparon las tierras y explotaron al antiguo Imperio persa con más rigor que como lo habían hecho los persas; y, mientras que la época aqueménida había sido una época, a fin de cuentas, bastante pacífica, en cambio la conquista de Alejandro inauguró para el Próximo Oriente tres siglos de perpetuas guerras: guerras de Siria, guerras de Anatolia, guerras partas, guerras contra los gobernadores rebeldes, guerras entre reyes rivales, guerras de represión; guerras pesadas y costosas que imprimen, sin embargo, cierto carácter paradójico a la atracción que ejerció la civilización de aquellos que las ocasionaron. Ahora bien, si tenemos en cuenta la propia expansión de la cultura griega, que no podemos negar, debemos subrayar que esta expansión pudo ejercerse sin que aquellos que la acogieron transformasen por ello su modo de vida y las estructuras sociales, políticas y jurídicas de su existencia cotidiana; esto es lo que sucedía, precisamente, cuando una ciudad indígena accedía al rango de *polis*. Pero, efectivamente, de lo que se trata es de acceder a un rango, a una dignidad superior. Transferida a Oriente, y coincidiendo con el momento en el que pierde lo esencial de su significación socio-política antigua para los helenos, la civilización griega adquiere una significación socio-política nueva para los orientales: el hecho de abrirse a ella, de adoptarla, no representa ya solamente un proceso de aculturación espontánea, sino una voluntad de asimilarse al ámbito de los nuevos amos, con todo lo que eso puede aportar de ventajas materiales; helenizarse (*hellenizein*, en el sentido más amplio⁵⁵⁵) es sustraerse a la humillante condición de “bárbaros” sometidos, y las mismas distancias que pudieran mantener los helenos auténticos hacia los indígenas debieron contribuir muchísimo, sin duda, a suscitar en éstos —obre todo en aquellos que pertenecían a las aristocracias locales— el deseo de abolir tales distancias, aun viéndose forzados a crear otras nuevas en relación con el ámbito indígena no aculturado. Los soberanos no podían sino apoyar esa evolución: otorgar a una ciudad indígena helenizada (nos podemos preguntar a veces hasta qué punto estaba helenizada) el estatuto de *polis* era asegurarse un núcleo más de lealtad: conjunción de oportunismos con un

⁵⁵⁵ *Supra*, p. 300. Conforme al sentido original del término, en principio se trata, naturalmente, de ponerse a “hablar griego”; pero “hacerse pasar por griego” es también adoptar una antroponimia griega, y ésta parece haberse extendido a todos los lugares de donde tenemos documentos —con una intensidad, naturalmente, variable, que obedece tanto a la penetración más o menos densa de los griegos (por ejemplo, en Asia Menor la difusión de la antroponimia griega es muy elevada en Lidia y en Caria, mucho menos en las regiones montañosas de Pisidia o de Cilicia Traquea) como a la capacidad de resistencia de las civilizaciones regionales (en Mesopotamia, en Judea)—. No tenemos documentación de Irán, pero es reseñable que perduran huellas de onomástica irania en algunas regiones de Asia Menor que habían conocido la colonización persa. Por lo demás, el verdadero significado de la antroponimia resulta a menudo incierto, puesto que “es susceptible de cambios y de evolución en cada generación dentro de una familia; vemos intervenir de manera concurrente la tradición, los antiguos usos, la repetición, la rutina y la novedad, la moda, el cambio” (L. Robert). Los factores religiosos desempeñaron sin duda un papel considerable.

fondo de difusión cultural... De este modo, los verdaderos helenos y los ciudadanos indígenas helenizados tienden hacia una uniformización de sus marcos jurídicos (la ciudad), de sus instituciones culturales (la escuela, el gimnasio, el teatro), de su estilo económico (la moneda). Helenización profunda, si juzgamos su duración, pero no siempre al margen de toda mezcla: tanto en las comunidades indígenas helenizadas, como en la conciencia de los individuos, una serie de tensiones revelan la persistencia de tradiciones nacionales y muestran los límites de la capacidad de penetración del helenismo. El caso más flagrante y extremo es el de judaísmo judío, es decir, el de una civilización cuyo monoteísmo teocrático la conduciría a ser irreductible al helenismo fundamentalmente bajo sus formas políticas y religiosas, pero no en sus aspectos filosóficos y literarios. Sin embargo, no dejó de haber en Jerusalén un círculo que, como tantas otras aristocracias urbanas de Asia, se mostró dispuesto, por interés político y económico, y como resultado también de cierta laxitud religiosa, a acceder al estilo de vida helénico. No es aquí el lugar para exponer la crisis violenta que estas tendencias provocaron a partir de Antíoco IV⁵⁵⁶. Quisiéramos apuntar, por el contrario, que incluso los círculos intelectuales judíos helenizados sintieron la necesidad de afirmar la originalidad de la etnia judía frente a la dominación greco-macedonia: hemos conservado fragmentos de una historiografía judía en lengua griega que exaltó la antigua realeza nacional, y de una literatura que hacía de Moisés, "héroe nacional", un personaje novelesco y de tragedia; y no cabe olvidar otra singular tradición que, afirmando el deseo de los judíos de igualarse a los griegos más legendarios, los convierte en "parientes" de los espartanos. Este ejemplo, aunque muy particular, revela la ambigüedad de la helenización: la civilización griega, seductora en cuanto tal y cuya adopción permitía acceder al mundo de los amos, es al mismo tiempo un detector de las originalidades nacionales; es al hacerse uno griego cuando descubre que no lo es, cuando acaba por crear un tipo de complejo de inferioridad y cuando busca en el pasado de su etnia para encontrar allí otras compensaciones. El fenómeno se aprecia en todo el Oriente, y muy tempranamente, como si se tratase desde el principio de recordar a los helenos que se merecían el mismo respeto que ya habían mostrado a los Orientales antes de conquistarlos: Manetón escribió en griego su historia de Egipto para Ptolomeo I y Beroso su historia de Babilonia para Antíoco I. Y sabemos, a través de autores tardíos que los citan, que hubo igualmente una serie de *historias* de casi todos los pueblos del Asia helenizada. Según la fórmula de los predicadores griegos del cosmopolitismo, "no hay ya helenos ni bárbaros"; pero los antiguos "bárbaros", como afectados por un arrepentimiento o por un escrúpulo nacional, extrajeron de su mismo helenismo la conciencia de la dignidad de su pasado, que, para algunos, había sido el de pueblos dominadores y conquistadores mucho antes de que los helenos y, *a fortiori*, los macedonios, hubiesen hecho hablar de ellos.

⁵⁵⁶ *Infra*, p. 551.

Ahora bien, si la helenización podía, en contrapartida, dar a aquellos orientales que se helenizaron el sentido de su propia historia, en cambio acabaría por apartarlos necesariamente —en la medida en que aseguraba su promoción dentro de los estados helenísticos— de una verdadera hostilidad hacia el nuevo estado las cosas, y mucho más aún de una resistencia que hubiese resultado suicida. Comprobamos a este respecto que no hubo resistencia indígena, pasiva o violenta, al helenismo y a la dominación helénica más que en los países en donde la dominación griega fue más tenue: en Egipto, en Judea, en Persia, pero no en los países en donde fue más densa: en Asia Menor, en Siria y en Bactria. Y observamos también que, cualquiera que fuese la causa inmediata de la resistencia (la explotación opresiva en Egipto, el recuerdo del Imperio aqueménida en Persia, la conjunción del deseo de helenización de una minoría y de las torpezas Seléucidas en Judea), ésta tuvo en todos los casos un componente religioso que se halla expresado en los textos (los más antiguos de los cuales remontan al siglo III), que anuncian todos la caída de la dominación extranjera y, bajo un aspecto “mesiánico” y, en ocasiones, escatológico y apocalíptico, la resurrección de los regímenes tradicionales⁵⁵⁷. Estos documentos y las corrientes que revelan nos hacen pasar, así pues, del mundo de los indígenas helenizados al mundo de aquellos que, por razones muy diversas, sufrieron la dominación greco-macedonia sin aceptarla, o incluso la rechazaron. Debemos, por último, para completar el complejo panorama de esta humanidad del Oriente helenístico, tener en cuenta las extensas zonas rurales en donde el campesinado siguió pasivamente su existencia inmemorial.

III.—PROBLEMAS DEMOGRÁFICOS⁵⁵⁸

En la época helenística ocurre como en la precedente: nuestros documentos no autorizan casi nunca precisiones cuantitativas y sería tanto más vano arriesgarse a efectuar una evaluación general cuanto que las condiciones variaron según los lugares y momentos, y porque la población del

⁵⁵⁷ Entre estos textos, mencionemos: para Egipto, la *Crónica demótica* y el *Oráculo del Alfarero* denuncian la impiedad de los soberanos que no observan los rituales tradicionales y anuncian el restablecimiento del orden cósmico bajo la realeza teocrática de un “hijo de Re”; para los judíos, el libro de *Daniel*, diversos textos de los profetas *Isaías*, *Zacarías*, *I Enoch*, sin olvidar el *Reglamento de combate de los Hijos de la Luz* que figura entre los “manuscritos del Mar Muerto” y en donde, entre los enemigos de los “hijos de la Luz”, los “sirios” son con toda probabilidad los seléucidas; para los persas, los textos “mesiánicos” son todos de fecha muy tardía (sasánida), como el *Oráculo de Histaspes*, pero contienen detalles que sugieren un origen helenístico.

⁵⁵⁸ OBRAS DE CONSULTA.—ROSTOVITZEFF, *SEHHW*, II, pp. 1135 ss., proporciona una visión general y la bibliografía anterior; véanse asimismo las contribuciones de F. HEICHELHEIM, J. A. O. LARSEN y T. R. S. BROUGHTON a T. FRANK, *An economic survey of ancient Rome*, IV: *The Eastern provinces*, Baltimore, 1938.—Sobre las cuestiones de natalidad, véase Cl. VATIN, *Recherches sur le mariage et la condition de la femme mariée à l'époque hellénist.*, París, 1970, pp. 228 ss., a cuya bibliografía añadiremos en particular E.

conjunto del mundo helenístico parece como si hubiese tenido más movilidad que la de los siglos anteriores. Algunos hechos, sin embargo, son patentes ya desde el primer período: la inmigración masiva incrementó —en proporciones desconocidas— la población de los países abiertos por la conquista⁵⁵⁹, pero hizo disminuir en la misma medida la de los viejos países egeos. En lo que atañe a Macedonia, debemos además tener en cuenta las guerras que asolaron el reino en época de los Diádocos e incluso más tarde (las invasiones bárbaras): Antígono Gónatas se estableció en el 276 en un país que estaba, sin duda, exangüe, y la preocupación por permitir a su pueblo recuperarse contribuye sin duda a explicar la prudencia de la política exterior de los Antígónidas hasta Filipo V; este último, además, adoptó una serie de medidas para el restablecimiento demográfico después de Cinocéfalos. Sin embargo, es en el viejo mundo griego en donde conservamos más datos y en donde el problema aparece en toda su complejidad. Rostovtzeff admitía que a comienzos de la época helenística la Grecia europea tuvo una población estable, incluso creciente en algunas regiones, al compensarse la emigración con una inmigración (es innegable que el movimiento de los negocios condujo a algunos orientales a establecerse de manera temporal o definitiva en la cuenca egea) y al haber sido alentada la natalidad por la prosperidad. Evidentemente, no debemos generalizar la prosperidad griega del siglo III, ni en el espacio ni, sobre todo, en su repartición social⁵⁶⁰, pero, como parece que ciertas regiones de Grecia no carecieron en el siglo III de hombres, y eso que nunca fueron núcleos de inmigración, debemos concluir que la demografía fue, al menos en aquellas zonas, estacionaria. Por no citar más que dos ejemplos, digamos que el estudio de la organización militar de Beocia ha mostrado que la población parece haber sido estable; y ya hemos visto que, aunque el cuerpo cívico de Esparta había decaído prodigiosamente desde el siglo V, Laconia no carecía de hombres, puesto que Agis y Cleómenes encontraron en ella “inferiores”, periecos e hilotas por millares para asentar sus reformas sociales y militares. Pero nos cuidaremos de realizar extrapolaciones a partir de tales ejemplos y no olvidaremos que, en ciertos casos, algunos fenómenos de desarrollo urbano pueden crear la ilusión de un desarrollo demográfico.

NARDI, *Procurato aborto nel mondo gr.-rom.*, Milán, 1970, partes III y IV.—Sobre la población de Alejandría, P. M. FRASER, *Ptol. Alexandria*, cap. II.

⁵⁵⁹ Sólo tenemos ciertas cifras (¡pero discutibles!) para Egipto, gracias a DIODORO, I, 31, 7-8, según el cual el número “de pueblos notorios y de ciudades”, que habrían sido 18.000 “en los tiempos antiguos”, habría pasado a 30.000 en el reinado de Ptolomeo I (?); en cuanto al efectivo total del *laos* (es decir, sin duda de la *chora*, excluyendo Alejandría), habría sido el mismo “antaoño” (¿antes de Ptolomeo I?) y “en nuestra época” (finales del siglo I), es decir, 7 millones. Si estos datos poseen algún valor, suponen un fuerte incremento de la población rural al principio de la época helenística (lo cual no es dudoso), y luego un descenso (explicable a partir de finales del siglo III por la insuficiencia de ingresos de los campesinos y por los disturbios) que regresaba aproximadamente a la cifra original. En cuanto a Alejandría, el continuo incremento de su población es seguro y ésta quizá rozó el millón de habitantes a principios de época romana, pero no hay duda de que los auténticos helenos no fueron mayoría más que al principio.

⁵⁶⁰ *Infra*, p. 492.

Ahora bien, es seguro que en el siglo II Grecia aborda su decadencia demográfica y que la disminución de las tasas de natalidad constituye uno de sus factores. Los griegos jamás fueron aficionados a una alta natalidad: la modicidad de los recursos, las costumbres de sucesión, el ideal del *numerus clausus* cívico los había apartado siempre de tener muchos hijos, y en el siglo IV un cierto maltusianismo de los círculos propietarios había venido a sumarse a estos factores; pero, hasta época de Alejandro por lo menos y quizá aún hasta el siglo III, una especie de autorregulación espontánea había asegurado cierta estabilidad demográfica general. En el siglo II, por el contrario, el declive demográfico parece bastante adelantado, como testimonia Polibio: "en nuestra época, Grecia entera es objeto de una falta de natalidad y de una *oligantropía* en general, cuyo resultado fue que las ciudades se despoblaron y que la tierra quedase baldía... La causa era patente y el remedio estaba a nuestro alcance. Pero el mal empeoró rápida y solapadamente, puesto que en sus pretensiones, su codicia y su indolencia, los hombres ya no se casaban y, cuando lo hacían, ya no criaban a los hijos que les nacían o no criaban como mucho más que uno o dos, con el fin de dejarles una rica herencia y de criarlos en el lujo. Ahora bien, cuando hay tan sólo un hijo o dos y cuando la guerra acababa con uno y la enfermedad con el otro, es lógico que las casas quedasen fatalmente desiertas y que... las ciudades acabasen poco a poco por perder sus recursos y sus fuerzas..." (XXXVI, 17, 5-8⁵⁶¹). Refutaremos tanto menos estas palabras cuanto que, aquí y allá, las inscripciones contemporáneas nos lo confirman, e incluso completan el cuadro al poner de manifiesto que las familias que nos permiten conocer raramente tenían más de una hija, cuando la tenían. En efecto, la exposición de los hijos, más frecuente que en épocas anteriores, se cebaba sobre todo en las hijas⁵⁶², lo que no podía dejar de afectar a la tasa general de fecundidad⁵⁶³: se comprometía la generación siguiente para no tener que deducir una dote del patrimonio... Pero evitaremos el generalizar estos datos, como hace Polibio: conciernen a un ámbito social preciso (el suyo) y, aunque es cierto que la miseria puede, en este caso, provocar los mismos efectos que una riqueza egoísta, tampoco faltan datos que prueban que cuando se necesitaban hombres se podían encontrar, pero fuera de la clase social a la que pertenecía Polibio. El mercenariado es buena prueba de ello, así como el hecho de que, cuando una ciudad reclutaba a ciudadanos, no faltaban candidatos, en particular entre los extranjeros y los soldados que residían en su territorio. Conviene, por lo tanto, no extrapolar las noticias más allá de los círculos privilegiados a los que afectó esta falta de natalidad, y quizá la oligantropía fue menos

⁵⁶¹ Cf. asimismo XX, 6, 5-6, a propósito de Beocia.

⁵⁶² Apuntemos, no obstante, que la exposición no implicaba necesariamente un déficit demográfico absoluto, puesto que muchos niños abandonados eran recogidos para ser educados como esclavos. Pero podemos estimar que un gran número de ellos moría.

⁵⁶³ El celibato masculino, al que Polibio atribuye razones morales, respondía asimismo, en cierta medida, a la falta de hijas.

general en el mundo egeo de lo que dice Polibio: parece haber consistido sobre todo en una extensión a la mayoría de las ciudades de aquel fenómeno de disminución de los cuerpos cívicos que ya analizaba Aristóteles en el caso de Esparta, es decir, en una generalización de la concentración de los bienes y de los derechos en el seno de oligarquías plutocráticas. Además, aquellas tierras incultas que denunciaba Polibio fácilmente habrían encontrado, sin duda, gente interesada en trabajarlas: de otro modo ¿cómo explicaríamos la trivialidad de la reivindicación popular del "reparto del suelo" (*ges anadasmos*)⁵⁶⁴? En muchos lugares, eran menos los brazos que faltaban a la tierra que la tierra (acaparada) que faltaba a brazos sin empleo. Aunque el descenso de la población egea en el siglo II resulta, así pues, probable, no existe posibilidad ni de determinar la pendiente de la curva, ni cabría, sobre todo, considerarla como un fenómeno general: una serie de circunstancias locales podían ponerle freno e incluso determinar un enderezamiento, aunque fuese temporal⁵⁶⁵. En cambio, la disminución se acentúa de modo inequívoco a partir de finales del siglo II, cuando empiezan a notarse los nefastos efectos del imperialismo romano, el cual, antes de establecer el orden bajo Augusto, engendró sobre todo desorden, con la piratería, las deportaciones, el comercio a gran escala de esclavos, etc.: el Peloponeso descrito por Estrabón estaba seguramente más despoblado que aquel mostrado por Polibio un siglo antes.

Lo que captamos más o menos bien en el viejo mundo griego está menos claro en Oriente. Aunque el Egipto rural conoció probablemente una disminución de su población tras el empuje inicial, casi no hay forma de calcular la evolución de la natalidad: abortos voluntarios⁵⁶⁶ y exposiciones de niños pueden certificarse allí como en otros lugares, pero no poseen valor estadístico, si no es, quizá, en el tramo final del período, cuando una serie de documentos sugieren que hubo un movimiento de opinión hostil hacia semejantes prácticas. En cuanto a Asia (dejando aparte el Asia Menor egea), la documentación falta totalmente. Como mucho, podemos pensar que la natalidad se mantuvo robusta en los ámbitos judíos ortodoxos.

⁵⁶⁴ *Infra*, p. 495.

⁵⁶⁵ La donación del puerto franco de Delos a Atenas por parte de Roma en el 167, seguida de la destrucción de Corinto en el 146, dio un notable empuje a la economía ática y representa una época de auge demográfico en Ática —en el mismo momento en que Polibio describe lo contrario.

⁵⁶⁶ Advirtamos que las discusiones sobre el problema de saber a partir de qué momento el feto puede ser considerado como un ser humano remontan al menos al siglo V. Para época helenística, cabe destacar que la Biblia griega de los "Setenta" recoge la distinción hipocrática entre feto no "formado" (es decir, que no tiene aún figura humana) y feto "formado" (Éxodo, 21, 22-5) y castiga de muerte el aborto del segundo (en virtud de la ley del talión), mientras que la Biblia hebraica ignora esta distinción y no toma en consideración más que la suerte de la madre: de todos modos, ambas versiones se refieren tan sólo a los abortos involuntariamente provocados por violencias. La doctrina estoica, en cambio, abandona la doctrina hipocrática y estima que el niño no adquiere *psyché* más que en el momento de nacer. Vemos que el debate del siglo XX posee lejanos antecedentes.

Faltaría determinar la significación que tuvo, desde el punto de vista demográfico, la tendencia general a la urbanización que se observa en la época helenística. Pero estamos aquí en presencia de un conjunto de fenómenos demasiado complejos como para que podamos comprender todas sus implicaciones, tanto en las ciudades nuevas como en las antiguas. El nacimiento de ciudades "coloniales" es, evidentemente, consecuencia de la gran transferencia de hombres desde el Egeo hacia Oriente, y la atracción que ejercieron grandes centros como Alejandría o Antioquía fue, sin duda, más duradera que en ningún otro lugar. Pero las nuevas ciudades atrajeron también una inmigración regional, es decir, indígena⁵⁶⁷, cuyos caracteres y condiciones desconocemos, así como los efectos que provocó en cada caso sobre la demografía regional. Sin embargo, no aparecen ciudades nuevas sólo en Oriente: ciertas regiones de la antigua Grecia, que habían mantenido su carácter rural, se urbanizan también, sin que quepa suponer ninguna inmigración hacia ellas. Así, observamos una fuerte urbanización del Épiro, lo cual implica verdaderos sinecismos a partir de pueblos tradicionales, pero no sabríamos decir en qué medida ese hecho ejerció una influencia sobre el efectivo total de la población del país. Por otra parte, no vemos con claridad, en este caso particular, cuáles fueron las causas del fenómeno, en el que debieron entretorse factores políticos, económicos y militares. Estos últimos desempeñaron incluso su propio papel en todas partes: la nueva escala y los nuevos medios que adquieren las operaciones militares impusieron a las ciudades la prudencia de encerrarse, cada vez más sólidamente, detrás de murallas inexpugnables, que, fatalmente, atrajeron a la población del país circundante. En cuanto a las ciudades antiguas, la evolución de su población parece haber dependido de factores muy variables, que no percibimos siempre. Las que vemos abrir generosamente su *politeia* a los extranjeros sufren menos un déficit de ciudadanos, ya que no de habitantes; aquellas a las que vemos estrechar su recinto fortificado no tienen, evidentemente, bastantes hombres para defenderlos y no atraen a suficientes extranjeros como para poder obtener de ellos una nueva sustancia. Las corrientes comerciales, que ahora se desplazan hacia otros lugares, en relación con la época anterior, favorecen a la población total de ciertas ciudades (Rodas, Corinto), pero suponen el relativo debilitamiento de algunas otras: el desarrollo

⁵⁶⁷ Bien documentada en Alejandría por las medidas tomadas (aunque en vano) para intentar prohibirla. El autor de la *Carta de Aristeo*, 108 sqq., alaba a los antiguos judíos por haber hecho de Jerusalén una ciudad lo bastante modesta como para que no atrajese a los vecinos rurales; puesto que "aquellas ciudades que son lo bastante grandes para tener la correspondiente prosperidad han llegado a estar demasiado pobladas y sus campos a quedar descuidados": las gentes creen, efectivamente, que hallan mayor placer en la vida urbana; "es lo que ha ocurrido en Alejandría, que sobrepasa a todas las ciudades por su tamaño y su bienestar: las gentes de la *chora*, al prolongar de manera exagerada las estancias que hacían en ella, provocaron el declive de los trabajos de los campos". Este autor expone, además, las medidas tomadas por "el rey" (Ptolomeo II, según el autor, pero el texto es sin duda de época de Ptolomeo VI) para impedir a los aldeanos quedarse mucho tiempo en la capital e incluso venir a ésta. Sobre la *Carta de Aristeo*, cf. *supra*, p. 393.

económico de Atenas, que había sido fruto de su potencia política, pertenece al pasado, antes del enderezamiento temporal al que antes hemos aludido. Además, deberíamos conocer siempre la relación existente entre la población urbana y la población rural de las ciudades, algo que nunca sucede.

Así pues, la demografía helenística es un campo de estudios decepcionante: los grandes desplazamientos que se producen durante el primer siglo de este período favorecieron evidentemente a los nuevos países en detrimento de la cuenca del Egeo; la decadencia de la población fue probablemente general a finales del período; todo el resto se reduce a simples datos aislados y es, demasiado a menudo, hipotético.

IV.—EL INDIVIDUO EN LA SOCIEDAD⁵⁶⁸

Desde finales del siglo v la evolución de la *polis* había, por sí sola, comenzado a plantear —más bien a replantear— el problema del lugar del individuo en la sociedad: no sólo del ciudadano en la ciudad, sino también del hombre libre fuera de la ciudad, puesto que, con el paso de los años, los desarraigados temporales o definitivos se habían multiplicado. Desde ese punto de vista, los trastornos políticos inaugurados por la expedición de Alejandro no introducen tanto un problema nuevo, sino que dan más bien una nueva extensión e intensidad a un problema antiguo. Mientras que el vigor cívico decae en la inmensa mayoría de las antiguas ciudades, cuya existencia política es más precaria y cuya evolución social mina la homogeneidad, convirtiendo el ideal de concordia en algo más difícil de realizar; mientras que, en las nuevas fundaciones, la diversidad de origen de los ciudadanos y el sometimiento a la autoridad real impiden que se desarrolle un espíritu cívico de tipo antiguo y que, en las más grandes de éstas (las capitales), el ciudadano, que ya no lo es demasiado, se ahoga dentro de una masa heterogénea; mientras que en un país como Egipto el griego no encuentra ya ni siquiera un marco cívico en donde establecerse; cada vez es más grande el número de aquellos que, de derecho o de hecho, no pertenecen ya a ninguna comunidad política. El estatuto de meteco, cuando existe, concede al individuo garantías jurídicas, pero no crea un espíritu comunitario, puesto que tan sólo sus intereses privados ligán a los metecos con la ciudad (mejor dicho: con el recinto urbano) que los acoge. Los filósofos que certifican que el hombre es ya

⁵⁶⁸ OBRAS DE CONSULTA.—Sobre los extranjeros: Cl. Préaux, *Les étrangers à l'époque hellénistique (Egypte-Délos-Rhodes)*, *Rec. Soc. J. Bodin*, IX, 1958, pp. 141 ss.; Ph. Gauthier, *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques*, Nancy, 1972, III parte.—Sobre las asociaciones: F. Poland, *Gesch. d. gr. Vereinswesens*, Leipzig, 1909, obra que sigue siendo fundamental, aunque esté anticuada en numerosos puntos; sobre las asociaciones de gimnasio, cf. las obras sobre la educación, nota 659, y C. A. Forbes, *Neoi. A contribution to the study of Gr. associations*, 1933; sobre los *eranoi*, J. Vondelingen, *Eranos*, Groningen, 1961 (en holandés, con un resumen en inglés); sobre las fundaciones: B. Laum, *o. c.*, *supra*, nota 659.—Sobre la condición de la mujer: Cl. Vatin, *o. c.*, *supra*, nota 558.

“ciudadano del mundo” (*cosmopolites*) tienen razón en la medida en que comprueban que los viejos marcos políticos caen en desuso en todas partes, pero el cosmopolitismo es una sinrazón política, puesto que no hay “ciudadanía del mundo”, puesto que no la hay ni siquiera de los reinos: en resumen, la antigua *koinonía* cívica, debilitada en el seno mismo de las *poleis*, desaparece completamente para una creciente proporción de la humanidad griega y, tanto en un caso como en el otro, la evolución tiende al aislamiento del individuo.

Lo que muestra mejor este fenómeno es todo aquello que intenta superarlo. Contentémonos con reseñar provisionalmente dos temas sobre los cuales volveremos: la filosofía helenística, que es fundamentalmente una filosofía moral para uso del individuo, y la religiosidad helenística, que se señala por el desarrollo de las relaciones personales. Pero consideremos aquí los paliativos sociales a la soledad del hombre. Hemos apuntado ya que en el propio seno de las instituciones públicas el gimnasio adquiere una importancia cada vez mayor: es cierto que se trata de una institución educativa, pero también de un polo socio-cultural para todos aquellos que habían hecho sus estudios en él: los distintos cursos de los alumnos, así como los grupos de antiguos alumnos, constituían núcleos de agrupaciones asociativas, y el conjunto de los *aleiphomenoí*⁵⁶⁹ o de los *ek* (o *apo*) *tou gymnasiou* (“los del gimnasio”) formaban en todas partes sociedades oficiales, con sus instituciones, sus finanzas y sus reuniones: hemos dicho ya que los gimnasios y sus antiguos miembros eran para los griegos el medio de preservar y mantener el helenismo en tierra extranjera; pero eran también el modo de reconstruir, al margen de la ciudad (o, en el caso de Egipto, en ausencia de la ciudad), una serie de lazos, de relaciones y una jerarquía que aparecen como complementos, incluso como sustitutos de la vida cívica. El gimnasio, institución cívica regida por magistrados públicos⁵⁷⁰, ya es en sí mismo un marco sociológico que no se identifica exactamente con el marco cívico, razón de más para prestar atención a las asociaciones privadas cuya abundancia es típica de la sociedad helenística. El fenómeno no resulta nuevo ni en Grecia ni en el Oriente antiguo. Ahora bien, si las asociaciones se multiplican, es porque la necesidad a la que responden se hace más acuciante. Entre las asociaciones helenísticas de tipo griego, distinguimos en general asociaciones culturales y asociaciones “de amigos”, que poseen una función más concretamente social. Pero las dos categorías presentan rasgos comunes: las primeras no ignoran la ayuda mutua y las segundas celebran su culto. Podemos agrupar a las asociaciones culturales bajo el término general de *thiasoi*, a las asociaciones sociales bajo el de *eranistai* o *eranoi*⁵⁷¹, pero la terminología es de hecho más variada⁵⁷². Aunque la

⁵⁶⁹ Los “aceitados”, los “ungidos”. El aceite atlético era frecuentemente objeto de donaciones efectuadas por “antiguos miembros” a su gimnasio.

⁵⁷⁰ *Infra*, p. 508.

⁵⁷¹ El *eranos* designa en origen el servicio que se presta en espera de un servicio recíproco, así como este último (la noción pertenece, por tanto, a la amplia categoría de dona-

multiplicación de los *thiasoi* derive de la difusión de cultos en lugares en donde no estaban oficialmente reconocidos, y aunque su éxito exprese a menudo aspiraciones religiosas nuevas⁵⁷³, el número de asociaciones de todo tipo traduce evidentemente una necesidad sociológica: para la gente que no hallaba su lugar en los marcos cívicos normales (ya fuese porque estuviesen excluidos de éstos, o porque esos marcos no existiesen), la de encontrarse en un círculo familiar y fraternal. Los comerciantes viajeros sabían que podían encontrar, en cualquiera de los puertos en donde desembarcaban⁵⁷⁴, a tal dios de su patria y a un grupo de congéneres dispuestos a acogerlos; los humildes pagaban gustosos una cotización que les aseguraba el obtener, en caso de necesidad, un préstamo gratuito (es uno de los sentidos que toma la voz *eranos*) y de no quedarse sin una sepultura decente. Como en nuestras asociaciones modernas (las cuales, a su vez, son otro paliativo de la insociabilidad urbana), el banquete era una ocasión de encuentro. Pero uno de los rasgos más típicos de las asociaciones helenísticas, que muestra cuán vivo seguía el ideal de la *polis*, es que se dotan de instituciones calcadas sobre las instituciones cívicas: tienen sus asambleas, sus magistrados, sus "leyes", sus finanzas, a veces alimentadas por fundaciones o por donaciones, cuyos autores eran recompensados, como los bienhechores de las ciudades, con decretos redactados en debida forma⁵⁷⁵. Desde luego, no existen cien formas de organizar y de llevar una comunidad; pero el material epigráfico, bastante abundante, que conservamos sobre estas asociaciones⁵⁷⁶ da la impresión de que estas personas se divertían "jugando a la *polis*". Pero, por su naturaleza misma, las asociaciones helenísticas se habían despojado del exclusivismo de la *polis*: a menudo, encontramos juntos a extranjeros y ciudadanos, griegos y bárbaros, incluso libres y esclavos; sin olvidar a las mujeres, aunque estos círculos, que ignoraban las segregaciones diversas que conocieron las sociedades griegas antiguas, tales como las que hemos visto mantenerse entre los helenos y los indígenas en los países nuevos, nos permiten captar quizá más concretamente a la "humanidad helenística".

Acabamos de hacer alusión a las mujeres: aunque la condición femenina de la época clásica parece haber sido, tanto de derecho como de

ciones y contra-donaciones), y puede consistir en una comida. De aquí derivan los sentidos de "contribución a una comida colectiva" (y, más extensamente, de "cotización") y de "comida colectiva"; luego toma el sentido de asociación que se reúne con motivo de una comida común. Para el sentido de "préstamo sin interés", *vid.* más abajo.

⁵⁷² Las asociaciones llevaban a menudo nombres derivados del de su divinidad: Asclepiastas, Apoloniastas, Poseidoniastas, Serapiastas, etc.

⁵⁷³ *Infra*, p. 541.

⁵⁷⁴ Las dos grandes plazas comerciales de la época, Rodas y Delos, son aquellas en donde las asociaciones están mejor documentadas.

⁵⁷⁵ Estas generosidades traen por consecuencia eliminar el carácter "mutualista" de las asociaciones y situar a estas pequeñas comunidades (así como a las mismas ciudades: *cf. supra*, p. 431) en dependencia frente a los más ricos de entre sus miembros.

⁵⁷⁶ *Cf. Syll.*³, 1095 ss.

hecho, bastante diversa según los distintos lugares, no por eso las *poleis* dejan de haber tenido ante todo el carácter de sociedades de hombres, en donde el elemento femenino se mantuvo en un papel esencialmente pasivo. Y esto cambia también durante la época helenística, pues la mujer figura mucho más sobre la escena social. No parece sorprendente que su condición jurídica no evolucionase nada en las antiguas ciudades en donde se conservan las normas socio-políticas antiguas y en donde el matrimonio sigue siendo un contrato concluido entre hombres (el suegro y el yerno), y cuya finalidad consistía en asegurar un heredero para la casa y ciudadanos para la ciudad; pero, incluso aquí, las entregas novelescas de la nueva comedia prueban que la intervención de los sentimientos en la decisión de un matrimonio ya no era algo inconcebible y que sucedía que el matrimonio no ligaba ya a dos casas, sino a dos personas. Era inevitable que las cosas funcionasen *a fortiori*, de este modo, en Egipto, en donde ya no habían verdaderas ciudades ni ciudadanos y en donde, puesto que la finalidad cívica del matrimonio no tenía ya sentido, éste se convirtió, como lo es para nosotros, en un asunto de personas al que la administración aporta su garantía: desde el momento en que la mujer no era ya objeto de una transacción, sino parte de un contrato que garantizaba no sólo su dote y sus derechos, sino también la fidelidad de su esposo, su condición personal mejoró. Nuestra ignorancia sobre la evolución del matrimonio en las nuevas ciudades de Asia es lamentable, pero parece poco probable que se mantuviese anclado en las normas de la antigua Grecia. La mejora de la condición jurídica de la mujer trae consigo la mejora de su condición simplemente humana. La esposa ya no espera tan sólo el respeto que le es debido por su nacimiento y por sus virtudes: el amor y la felicidad son ya bienes a los cuales puede legítimamente aspirar. Sin duda, no debemos tomar todos los epigramas funerarios al pie de la letra, pero el dolor y la afección que expresan los viudos prueban al menos que se trataba aquí de sentimientos corrientes y de los que se podía hablar sin ridículo. Existe además una correspondencia entre la realidad social y las doctrinas filosóficas contemporáneas: aunque los cínicos y Zenón predicaron la comunidad de mujeres⁵⁷⁷, las demás escuelas filosóficas quedaron firmemente apegadas al matrimonio y a la familia, y el estoicismo (después de Zenón), reconociendo la igualdad del hombre y de la mujer, reconoció también el carácter orgánico de una pareja unida por amor y de la familia que proviene de esa pareja. Por otra parte, la mujer helenística goza también de mayor libertad en sus movimientos y en sus actividades: las ocupaciones profesionales, cuya necesidad se había hecho que recaer en las mujeres de las clases populares (comercio al por menor, artesanía, prostitución), ciertamente subsisten, pero la difusión de la instrucción femenina en los círculos acomodados hace que ahora aparezcan mujeres de letras, mujeres artistas. En cuanto

⁵⁷⁷ Y, para Zenón, la supresión de toda distinción vestimentaria entre hombres y mujeres; todas estas cosas son muy interesantes para un observador de finales del siglo XX.

a la inmensa mayoría de las mujeres "sin profesión", parecen haber gozado de una independencia de la que no gozaban las "mujeres honestas" de época anterior: las "siracusanas" alejandrinas de Teócrito se parecen mucho a las pequeñas burguesas de nuestra época. Esta libertad, como era fruto del ocio, es decir, del desahogo económico, es lógico que se halle más fácilmente entre las mujeres ricas. Además, no es sorprendente que la emancipación de la vida femenina⁵⁷⁸ haya provocado reacciones del viejo instinto griego de superioridad masculina, del cual tenemos indicios en la literatura, aunque se refleja también en aquellas ciudades que instituyeron *gynekonomoi*; las funciones de estos magistrados⁵⁷⁹, que desconocemos de manera completa, consistían esencialmente en una vigilancia de la vida pública de las mujeres, de su vestimenta, de su comportamiento en las ceremonias del culto, en los funerales, etc. Esta magistratura de orden moral pone muy bien de manifiesto que la emancipación de la vida femenina está ligada a cierta descomposición de las estructuras sociales tradicionales, puesto que intenta sustituir por una autoridad pública a la desfalleciente autoridad de los maridos y de los padres.

Estas breves páginas sobre la sustancia humana del mundo helenístico deben haber probado que es imposible captarla con una simple ojeada: el mundo helenístico posee una diversidad demasiado grande y está documentado de manera demasiado desigual como para que podamos resumir observaciones sobre él en una fórmula breve y coherente —a no ser en una que consistiría en certificar la evidencia comprobando que todo cambia en todas partes sin engendrar por ello algo homogéneo—. Wilamowitz, en su análisis del ambiente alejandrino, apuntaba cuán extraño debía sentirse un viajero que llegase del viejo mundo egeo y cómo debía aspirar a recuperar el limitado horizonte de su patria y el círculo "con solera griega" de su *polis*. Por más que el mundo egeo viviese, desde Alejandro, en condiciones políticas muy diferentes de aquellas que había conocido hasta ahora, y por mucho que su población estuviese ahora más mezclada de lo que nunca había estado, y recibía

⁵⁷⁸ Se admite a menudo que la emancipación femenina debía mucho al ejemplo de las reinas. Pero, además de que este ejemplo no sería concebible fuera de las capitales, parece que se haya exagerado a menudo el papel jugado por las *basilisai*. Aunque algunas de ellas tuvieron reputación por sus virtudes (o por sus vicios), o como protectoras de las artes o de las letras, las que desempeñaron un papel político activo no fueron las más numerosas y destacaron principalmente (excepto Arsínoe II, hermana y esposa de Ptolomeo II) en contextos de descomposición del poder real, ya se trate de Laodice, viuda de Antíoco II, o sobre todo de la serie de las Cleopatras que, a partir de la segunda mitad del siglo II, contribuyeron tan enérgicamente a la destrucción interna de la dinastía y del Estado lágidas —salvo la última y la más grande, Cleopatra VII, cuyo fracaso final no impidió que mostrase una verdadera naturaleza de "hombre de Estado".

⁵⁷⁹ Como los *ginekonomoi* están documentados en Atenas en tiempos de Demetrio de Falero (*supra*, p. 316), quizá sea por la influencia de este filósofo por lo que encontramos dicha institución en Alejandría, puesto que allí acabó sus días.

además el añadido de elementos no griegos, no por eso deja de ser el viejo mundo griego, y la evolución que conocen sus hombres, tanto en su composición como en sus estructuras sociales y mentales, no esperó hasta Alejandro para iniciarse: la verdad es que no hace más que acelerarse; y si pretendemos considerar que esta evolución representa un deterioro en relación con el ideal de la época clásica (apreciación que, sin duda, más vale evitar), el viejo mundo griego no deja por ello de conservar su irreductible originalidad. La verdadera "humanidad helenística" es la de los países en donde se observan los fenómenos de *hellenismós* en el sentido estricto del término, aquellos en los que se producen confrontaciones greco-bárbaras y de aculturación —es decir, el Oriente—. Un Oriente cuyos elementos constitutivos (Egipto, Siria, Mesopotamia, Anatolia e Irán) conservan aún totalmente, pese a ese *hellenismós*, su originalidad, originalidad que contrapone a los unos con los otros y todos juntos al viejo mundo egeo. Pero este constante e intenso ir y venir humano que une estos elementos dispares (emigración-inmigración, comercio, guerras, etc.) confieren al conjunto esa nueva tonalidad del *hellenismós* en sentido amplio, esa nueva facies que la civilización griega debe a su acceso a la universalidad —y una serie de cuidadosos análisis demuestran que esa "universalidad" no fue sino relativa, tanto en extensión como en profundidad—. El "mundo helenístico" y la "civilización helenística" son realidades evidentes, pero que no deben disimular aquello que se les escapa o, incluso, que las niega.

CAPÍTULO II

LAS NUEVAS CONDICIONES DE LA VIDA ECONÓMICA⁵⁸⁰

INTRODUCCIÓN

Basta con sopesar los tres volúmenes del *magnum opus* de Rostovtzeff y registrar la bibliografía que ha venido a añadirsele desde 1941 para comprender que no cabe tratar aquí de entrar en el detalle de problemas tan vastos y controvertidos como son los que plantea la economía del

⁵⁸⁰ OBRAS DE CONSULTA.—Para evitar las repeticiones, daremos aquí una bibliografía para el conjunto del capítulo. Además de las obras de carácter general citadas en nota 324, pueden verse, sobre el conjunto de los problemas económicos, las siguientes obras: M. Rostovtzeff, *The social and economic history of the hellenistic world*, 3 vol., Oxford, 1941 = *Die hellenistische Welt. Gesellschaft und Wirtschaft*, 3 vol., Stuttgart, 1955-1956 (trad. española: *Historia social y económica del mundo helenístico*, 2 vol., Madrid, 1967), que sigue siendo una suma fundamental por la masa de documentación allí acumulada y pese a las correcciones que exigiría, también pese a ciertos cambios de perspectiva surgidos desde su redacción; ignoraremos aquí ciertos trabajos más antiguos de Rostovtzeff, cuya sustancia ha sido integrada en su gran obra. Entre las obras más antiguas que siguen mereciendo ser consultadas cabe mencionar a U. Wilcken, *Alex. d. Gr. und die hellenist. Wirtschaft*, *Schmollers Jahrb.*, XLV, 1921, pp. 349 ss.; Fr. Heichelheim, *Wirtschaftliche Schwankungen der Zeit von Alexander bis Augustus*, *Iena*, 1930. Del mismo autor, la *Wirtschaftsgeschichte des Altertums*, 2 vol., Leiden, 1938, está llena de ideas originales, pero de uso difícil; esta obra ha conocido una refundición en inglés, *An ancient economic history*, 3 vol., Leide, 1958-1970, cuyo tomo III, que incluye la época helenística, es póstumo y está desprovisto de notas y de bibliografía. Véanse asimismo, del mismo autor, los artículos *Monopole* y *Sitos* en *PW*, XVI, 1933, y Supl. VI, 1935. Sobre las relaciones entre la política mediterránea de las monarquías y sus intereses económicos, véanse H. Braunert, *Das Mittelmeer in Politik u. Wirtschaft der hellenist. Zeit*, Kiel, 1967, y, más particularmente en cuanto a Egipto, Ed. Will, *HPMH*, I, 1966, pp. 133 ss.

Además de estos libros de tipo general, sobre la economía lágida, sector que es con mucho el más conocido de la economía helenística, puede verse: M. Schnebel, *Die Landwirtschaft im hellenist. Ägypten*, Munich, 1925; Cl. Préaux, *L'économie royale des Lagides*, Bruselas, 1939; Ead., *Les Grecs en Egypte d'après les archives de Zenon*, Bruselas, 1947; P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972, cap. IV; la estrecha relación entre los problemas económicos y los problemas político-administrativos lágidas aconseja que consultemos asimismo la bibliografía de la nota 488.

mundo helenístico. Repitamos que este mundo no es ni uno solo, ni es homogéneo y que su historia duró tres siglos. Por ello intentaremos no tanto, aun a riesgo de efectuar recortes geográficos y cronológicos, descri-

Sobre la economía del reino de Pérgamo, véase E. V. Hansen, *The Attalids of Perg.*, 2.^a ed., Itaca-Londres, 1972, o bibliografía complementaria.

Sobre los problemas de la esclavitud en el mundo helenístico: W. L. Westermann, s.v. *Sklaverei*, *PW*, Supl. VI, 1935 col. 923 ss.; Id., *The slave-systems of Gr. and Rom. antiquity*, Filadelfia, 1955; Cl. Mossé, *Quelques probl. du développement de l'esclavage à l'époque hellénist.*, *Actes du Colloque d'histoire sociale*, 1970, Besançon-Paris, 1972, pp. 75 ss.

I. Biezunska-Malowist, *L'esclavage dans l'Égypte gréco-romaine*, *Actes du Colloque sur l'esclavage 1971*, Besançon-Paris, 1973, pp. 81 sqq.; P. Briant, *Remarques sur "laoi" et esclaves ruraux en Asie Mineure hellénistique*, *ibid.*, pp. 93 ss.; T. V. Blavatskaja, E. S. Golubcova, A. I. Pavlovskaja, *Die Sklaverei in hellenist. Staaten im 3.-1. Jht. v. Chr.*, Wiesbaden, 1972 (tres estudios que conciernen Grecia del N. O. y Macedonia, Asia Menor y Egipto).—L. Robert, *Sur les affranchissements de Suse*, *R. Ph.*, 1936, pp. 137 ss. = *Opera Minora*, II, pp. 1216 ss.

El gran comercio mundial está peor documentado en la época helenística que en la época romana y no hay síntesis sobre el tema aparte de las obras de Rostovtzeff y de Heichelheim; para un primer acercamiento cómodo, véase Tarn-Griffith, *Hellenistic Civil.*, 3.^a ed., 1952, cap. VII, en cuyas notas hallaremos abundante bibliografía, a la cual añadiremos en particular A. Foucher, *La vieille route de l'Inde de Bactres à Taxila*, 2 vol., París, 1942-1947, y P. C. Hammond, *The Nabataeans. Their history, culture and archaeology*, Lund, 1973. Falta sobre todo una síntesis reciente sobre Rodas (a la cual hace referencia de muy cerca, no obstante, Fraser, *Ptol. Alex.*, mencionado anteriormente); véase sin embargo, E. Ziebarth, *Zur Handelsgesch. d. Insel Rhodos*, *Mél. Glotz*, II, 1932, pp. 909 sqq. y Cl. Préaux, *Les étrangers à l'époque hellénistique*, *Rec. Soc. J. Bodin*, IX 1958, pp. 141 ss.—para el comercio occidental de Rodas y las consecuencias de la creación del puerto franco de Delos, véase asimismo H. H. Schmitt, *Rom u. Rhodos*, Munich, 1957.

Las obras relativas a la economía y a la circulación monetarias helenísticas están extremadamente dispersadas y no podemos citar aquí más que algunas: hallaremos bibliografía reciente en *A survey of numismatic research 1966-1971*. I: *Ancient Numismatics*, Nueva York, 1973, pp. 80 ss. (por T. Hackens). Para el conocimiento de la circulación a través del análisis de los tesoros, un instrumento de trabajo fundamental es M. Thompson, O. Mørkholm y C. Kraay (ed.), *An inventory of Gr. coin hoards*, Nueva York, 1973 (que reemplaza a S. P. Noe, *A bibliogr. of Gr. coin hoards*, 2.^a ed., Nueva York, 1937). Sobre los problemas relativos a la acuñación de moneda lágida, cf. *supra*, nota 488. No existe estudio sintético sobre la política monetaria y sobre la economía monetaria del Imperio seléucida, pero disponemos del repertorio numismático de E. T. Newell, *o. c.*, *supra*, nota 465. Sobre la amonedación de cistóforos atálidas, véase en particular H. Seyrig, *Monnaies hellénistiques*, *R. Num.*, 6.^a ser., V, 1963, pp. 22 ss.; Chr. Boehringer, *Z. Chronol. hellenist. Münzserien*, Berlín, 1972. Las acuñaciones reales macedonias, cuyas publicaciones fundamentales son ya antiguas (Gaebler y Mamroth) necesitan, por su parte, un nuevo estudio sintético. Sobre la amonedación ática llamada de "nuevo estilo", cf. M. Thompson, *The new style silver coinage of Athens*, 2 vol., Nueva York, 1961, con la crítica de D. M. Lewis, *Num. Chron.*, 7.^a ser., II, 1962, pp. 275 ss. Sobre ciertos problemas de la moneda etolia y aqueoa, M. Thompson, *The Agrinion hoard*, Nueva York, 1968; sobre el desarrollo de las acuñaciones de bronce, J. R. M. Jones, *Epigraph. notes on hellenist. bronze coinage*, *Num. Chr.*, 7.^a ser., XII, 1972, pp. 39 ss.—Para la circulación de los grandes monedajes reales: E. Schönert-[Geiss], *Die wirtschaftliche Auswertung seleuk. u. ptolem. Münzfunde (306-197 v.u.Z.)*, *Neue Beiträge z. Gesch. d. alten Welt*, I, Berlín, 1964, pp. 355 ss.; para el análisis de ciertas áreas de circulación monetaria, véase, entre otras obras, L. Robert, *Études de num. gr.*, París, 1951; Id., *Hellenica*, XI-XII, 1960, pp. 63 ss.; Id., *Monnaies ant. de Troade*, París, 1966; G. Le Rider, *Monnaies crétoises du V au I^{er} s. av. J.-C.*, París, 1966; Id., *Suse sous les Séleucides et les Parthes*, París, 1965; T. Hackens, A propos de la cir-

bir aquello que conocemos de esta economía, cuanto intentar definir las nuevas orientaciones que adopta respecto a épocas anteriores. Es necesario, por otra parte, que seamos conscientes de que tanto en este campo como en el de la organización política y administrativa, al igual que en el de las estructuras sociales, no alcanzamos a comprender muchas cosas y es siempre por la misma razón: la desigualdad de nuestra información. Sin embargo, resulta claro que cierto número de fenómenos fundamentales con los que no hemos dejado de encontrarnos en las páginas anteriores, ejercieron una influencia sobre la economía: contabilicemos, en primer término, la inmensa ampliación de los horizontes geográficos y el reparto del mundo entre algunos vastos Estados monárquicos y territoriales, a los que sus soberanos trataban como si fuesen sus dominios personales. Sumemos luego la intensa urbanización que experimenta la población de este mundo. Considerando las cosas tan sólo bajo estos tres puntos de vista, captaríamos ya muchos de los nuevos factores que intervienen en el ámbito de la producción, de los intercambios y del consumo. A estos puntos de vista debemos añadir uno más, al cual ya hicimos alusión: la ampliación y la intensificación de la economía monetaria. Pero como toda economía tiene por objeto hacer vivir al hombre, nos faltará por ver en qué medida la economía de la época helenística llegó a alcanzar esa meta:

culacion monétaire dans le Peloponn. au III^e s., *Studia Hellenist.*, XVI, 1968, pp. 69 ss.; Id., La circulation monétaire dans la Béotie hellénist., *B.C.H.*, XCIII, 1969, pp. 701 ss.; Id., L'influence rhod. en Crète aux III^e et II^e s. av. J.-C. et le trésor de Gortyne, 1966, *R.B.Num.*, CXVI, 1970, pp. 37 ss.; Id., *Explor. archéol. de Délos*, XXVII, 1970, pp. 387 ss. Pero debemos tener en cuenta otro gran número de trabajos (en particular de H. Seyrig y de L. Robert) que resulta imposible enumerar aquí.—Sobre los bancos: R. Bogaert, *Banques et banquiers dans les cités gr.*, Leiden, 1968; el mismo autor anuncia una obra sobre los bancos en Egipto.

Sobre los problemas particulares del viejo mundo egeo, la bibliografía es abundante (además de las obras de carácter general citadas en nota 522), como consecuencia de la relativa abundancia de la documentación. Podemos encontrar además las visiones sintéticas más cómodas en obras relativas a la época romana: como las contribuciones mencionadas *supra*, nota 558, y T. Frank, *Econ. survey of anc. Rome*, IV; así como los cap. II-V de D. Magie, *Roman Rule in Asia Minor*, Princeton, 1950. El viejo libro de W. S. Ferguson, *Hellenistic Athens*, Londres, 1911, sigue siendo muy útil. Sobre el problema de los abastecimientos urbanos, véase A. Koester, *Die Lebensmittelvesorgung der gr. Polis*, Berlín, 1939 (*non vidi*). Sobre la cuestión de las deudas, véanse ahora los trabajos de D. Asheri, *Distribuzioni di terre nell'antica Grecia*, Mem. Accad. Sc. Torino, cl. di sc. mor., stor. e filos., ser. 4.^o, n.^o 10, 1966; Id., *Leggi greche sul problema dei debiti*, *Studi class. e orient.*, XVIII, 1969, pp. 1 sqq. (estos dos estudios desbordan cronológica y geográficamente el marco que aquí estudiamos); véase asimismo el artículo de síntesis de A. Fuks, *Social revol. in Greece in the hellenist. age*, *P.d.P.*, CXI, 1966, pp. 437 ss.: artículo corto, pero su autor anuncia un libro sobre la cuestión. Se ha escrito mucho sobre la crisis social espartana debido a la abundancia de textos literarios: cf. los títulos citados, *supra*, notas 394 y 398, y añadir F. Pozzi, *Le riforme economico-sociali e le mire tiranniche di Agide IV e Cleomene III*, *Aevum*, XLII, 1968, pp. 383 ss.; B. Shimron, *Nabis of Sp. and the helots*, *C.Ph.*, LXI, 1966, pp. 1 ss.

Sobre las modificaciones introducidas en la vida económica por el empuje romano, puede seguir consultándose P. ROUSSEL, *Délos, colonie athénienne*, París, 1916, y J. HATZFELD, *Les trafiquants italiens dans l'Orient grec*, París, 1919, así como el libro ya mencionado de H. H. SCHMITT.

la civilización helenística nos ha dejado testimonios de opulencia y de prosperidad, pero también de miseria y de rebelión...

I.—LAS MONARQUÍAS Y LA PRODUCCIÓN

Como las monarquías helenísticas constituyeron el marco de una fuerte concentración del poder político, administrativo y militar, debemos preguntarnos si no ocurrió lo mismo en el ámbito económico, si la realeza no utilizó su poder para favorecer y eventualmente organizar la vida económica. Hemos señalado precedentemente el auge de población que se produjo en algunas zonas del nuevo mundo a comienzos del período; ese auge implicaba asimismo el del consumo: ¿se intentaba en las altas esferas satisfacer este consumo interviniendo en la producción? Ahora bien, por sumario que fuese, nuestro análisis de la administración lágida⁵⁸¹ ha mostrado que efectivamente se esforzó por obtener de la economía rural egipcia el mayor rendimiento posible. Pero ha mostrado asimismo que semejante esfuerzo de productividad sólo tenía muy parcialmente como objetivo la satisfacción del consumo: este punto de vista no interviene, en efecto, sino en la medida en que los Ptolomeos necesitaban asegurar el abastecimiento de sus fuerzas militares⁵⁸² y de aquel enorme puerto improductivo (desde el punto de vista alimenticio) que era Alejandría; por lo demás, la preocupación fundamental de los Ptolomeos, lejos de centrarse en la elevación del nivel de vida de la población, consistió en incrementar al máximo la materia imponible con el fin de acrecentar al máximo la cantidad de productos negociables en los mercados exteriores y de sacar de ellos el efectivo monetario cuya sustancia metálica faltaba en Egipto. Política económica, y ciertamente política de producción, incluso de productividad, pero cuya finalidad principal era la explotación fiscal, que perseguía no tanto asegurar la subsistencia del país cuanto la alimentación del tesoro real y, a través de la misma, la potenciación del aparato estatal, radicalmente ajeno a este país. Ya hemos visto, además, que el rigor de esta explotación desembocó en el sacrificio de la prosperidad del país y de su población en provecho del Estado. Falta añadir que aquí tenemos el ejemplo —que no era nuevo en absoluto para Egipto, pero sí, y mucho, para la tradición greco-macedonia— de un Estado monárquico con carácter dominical y patrimonial que había sido objeto de una gestión “productivista” y de tendencias monopolistas. No hace falta volver sobre la “planificación” y sobre el “dirigismo” lágidas y sus límites, de los cuales ya hemos hablado, puesto que la economía real se confunde aquí con la administración real. Consideremos más bien algunos otros aspectos de este esfuerzo estatal de incremento de la producción, que nos son mostrados principalmente en los “archivos de Zenón” gracias a las

⁵⁸¹ *Supra*, pp. 412 ss.

⁵⁸² A excepción de los clerucos, quienes, como hemos visto, asumían su subsistencia por sí mismos, al menos en tiempo de paz.

experiencias realizadas sobre los *dorea* del “dieceta” Apolonio, a mediados del siglo III. Desde los tiempos más remotos, los egipcios habían ampliado la superficie cultivable gracias a la irrigación, que hacía beneficiarse de la crecida del Nilo a las zonas marginales a las que no llegaba el agua. Esta zona de regadío fue, en el siglo III, extendida a sus límites extremos. La empresa más espectacular fue la que redujo a la mitad al lago Moeris (Fayum), cuya área ganada a las aguas fue regada mediante una serie de técnicas en virtud de las cuales las innovaciones introducidas por los ingenieros griegos vinieron a perfeccionar los procedimientos elevatorios tradicionales de los egipcios⁵⁸³. En cuanto a las especies cultivadas, el sistema ya evocado de distribución de las semillas permitió a la administración introducir variedades de alto rendimiento: vemos así aparecer los trigos sirios o griegos, más productivos que aquellos tradicionalmente cultivados en Egipto. Conservamos también indicios de las medidas adoptadas para la mejora del cultivo de ciertas verduras, lo cual podría estar ligado al abastecimiento de Alejandría. La inmigración griega trajo consigo la extensión de ciertos cultivos, en particular el de la viña, el de los frutales y el del olivo, y sabemos también que el Estado alentó la producción de madera, en particular a través de plantaciones en los diques. En cuanto a los modos de cultivo, el instrumental indígena no parece haber conocido modificaciones notorias, pero es probable que la influencia griega se ejerciese en el ámbito de las rotaciones de cultivos, de las cuales conocemos tipos bastante variados, bienales o triales: como la ciencia griega de finales del siglo IV se había interesado por estas cuestiones (Teofrasto), no es imposible que las experiencias griegas modificasen las técnicas egipcias en este punto; también es probable que en época de Ptolomeo II se desarrollase el doble cultivo anual por influencia de los agrónomos griegos, puesto que no se halla atestiguada anteriormente. Los trabajos agrícolas y, sobre todo, su rapidez, así como los transportes, fueron favorecidos por el estímulo de la ganadería mayor⁵⁸⁴: tanto en la ganadería como en la agricultura observamos una política de selección y de mejora de las especies. Apreciamos aquí la existencia de elementos de progreso, cuyos ejemplos podríamos multiplicar: ahora bien, aunque es verdad que los explotadores⁵⁸⁵ podían tener interés en avanzar espontáneamente por este camino, no resulta menos cierto que todo ello

⁵⁸³ A los procedimientos más o menos primitivos de los egipcios (transporte de agua por hombres o animales, en jarras o seras impermeabilizadas; elevador de palanca —*chaduf* en árabe, *keloneion* en griego— que permitía elevar el agua unos 2,50 m.) los griegos parecen haber añadido, o al menos difundido, la rueda con cangilones (*trochos*, *mechane*) accionada por animales, que permitía una elevación de unos 5 m., lo cual facilitaba una notoria extensión de las tierras de regadío.

⁵⁸⁴ Existían rebaños reales, de ganadería mayor y menor, pero no un monopolio; en cambio, los animales de carga eran un elemento inalienable entre los bienes de los campesinos y aumentaban su productividad. Los caballos de la caballería real pertenecían al rey y los jinetes que eran clerucos los tenían en alquiler.

⁵⁸⁵ Al menos los griegos, puesto que el campesinado egipcio reaccionó a menudo con inercia, incluso con hostilidad ante las innovaciones.

procedió del impulso real, como lo prueban tanto los documentos administrativos⁵⁸⁶ como los testimonios del interés que existía, en el círculo de Ptolomeo II, por las cuestiones agronómicas. Pero no olvidemos que estos progresos quedaron comprometidos desde finales del siglo III a causa de su propio objetivo, situación que, olvidando los intereses de los productores en provecho de la explotación fiscal de la producción, fue generadora de descontento y de disturbios que originaron a su vez el declive de esta producción. En la medida en que el auge de la producción había estado vinculado, entre otras cosas, al de la superficie cultivada, aquélla disminuyó nuevamente (aunque con fluctuaciones) durante los siglos II y I, y todo hace pensar que había en Egipto más tierras baldías al final de la dinastía lágida que las existentes a la llegada de Alejandro. La relación entre producción y fiscalidad aparece igualmente en ciertas ramas de la artesanía. Conocemos ya el ejemplo más rígido, el de la producción del aceite⁵⁸⁷, monopolio de Estado. Otras producciones conocieron ese mismo régimen, aunque de manera, según parece, menos exclusiva: los respectivos modelos provenían ya del Egipto faraónico. Conocemos de este modo talleres reales para la producción de tejidos de lino; la administración los proveía de materia prima y prescribía las cantidades y las calidades que fabricar⁵⁸⁸. Para la producción de papiro y la de cerveza ocurría lo mismo: en estos tres casos, así como en el del aceite, se trata de productos de gran consumo y (al menos en los casos del lino y del papiro) muy buscados por el comercio exterior: es comprensible que el Estado intentase controlar al menos una parte de la producción para sacar el mayor partido posible de su venta. Pero, contrariamente al aceite, los tejidos de lino, el papiro⁵⁸⁹ y la cerveza no estaban verdaderamente monopolizados, puesto que conocemos talleres privados. En cuanto a las canteras, minas y salinas, dependían del Estado, como en todas partes⁵⁹⁰.

No hay duda de que, debido a los principios que lo animaban, el poder real lágida fue, mucho más de lo que habían sido el poder faraónico y los

⁵⁸⁶ No se trata de instrucciones o de apoyos explícitos: la fuerte imposición de ciertas importaciones (el vino, el aceite de oliva) o incluso su total prohibición equivalía a estimular la producción interior.

⁵⁸⁷ *Supra*, p. 419.

⁵⁸⁸ Los talleres de los mismos templos tenían la obligación de trabajar parcialmente para el monopolio real.

⁵⁸⁹ El papiro "real" está sólo atestiguado a partir del siglo II.

⁵⁹⁰ En cuanto a los minerales metálicos, en el mismo Egipto no había más que un poco de hierro y oro (en Nubia), explotado por personal servil (criminales y prisioneros de guerra); el cobre estaba suministrado por los yacimientos chipriotas, en condiciones de explotación que desconocemos. Ya que acabamos de aludir a la mano de obra servil, apuntemos que el problema de la importancia de la esclavitud (de la esclavitud clásica de tipo griego) en el Egipto helenístico ha sido muy controvertido. El Egipto faraónico conoció diversas formas de dependencia personal (en particular la servidumbre temporal por deudas, que subsiste en la época helenística), incluso una esclavitud auténtica (prisioneros de guerra). Mas, aunque es patente que la inmigración helénica difundió el esclavismo griego en Egipto, también es evidente que esta esclavitud tuvo un papel totalmente secundario en la producción

poderes cívicos de las ciudades griegas (sus dos fuentes de inspiración), pues constituyó un poderoso factor de desarrollo de la producción y, en la medida en que una gran proporción de dicha producción iba a parar al exterior, un factor de primer orden en la evolución económica general del mundo contemporáneo. Pero repitamos que el auge de la producción tenía por único objeto los "ingresos reales", ya mediante retenciones fiscales directas, ya a través de la comercialización "mercantilista", lo que significa que no dependía de una "política económica" en el sentido en que nosotros podríamos entenderlo.

Aunque la política de los "ingresos reales" por la explotación fiscal era asimismo aplicada por las demás monarquías, no habría forma, sin embargo de discernir en ellas el esfuerzo general de producción que observamos en el Egipto del siglo III. Sin duda, sufrimos las consecuencias de no disponer en Asia de la documentación que abunda en Egipto, pero los paisajes asiáticos no se prestaban al régimen de "dirigismo" agrícola y de control al cual se prestaba el valle del Nilo⁵⁹¹. Ciertamente todos los soberanos tenían interés en que la producción de todos sus reinos, y en particular de sus dominios propios, fuese la mayor posible: sin embargo, los escasos testimonios de la curiosidad de los reyes sobre las cuestiones agronómicas no permiten afirmar que los Seléucidas o los Atálidas tuviesen una verdadera política de productividad agrícola⁵⁹². Lo mismo cabe decir para la artesanía, algunas de cuyas ramas fueron estimuladas por la urbanización y por la ampliación de los horizontes comerciales. Pero no vemos en lugar alguno que los soberanos intentasen monopolizar la artesanía a la manera de los Lágidas. Debemos precavernos frente a las teorías muy difundidas sobre las "manufacturas reales" pergamenias y el abundante personal servil que habría trabajado en ellas: que existían

tanto agrícola (donde los esclavos parecen haber servido de encargados subalternos en las explotaciones privadas, más que de mano de obra) como artesanal: en efecto, las estructuras sociales tradicionales del país, con sus millones de trabajadores "libres" (aunque sujetos a numerosas obligaciones económicas y administrativas), no dejaban lugar (más que en las minas) para la introducción masiva de una mano de obra esclava que habría sido más costosa que rentable. Por el contrario, los esclavos domésticos parecen haber sido comunes en el ámbito helénico y debieron ser numerosos en Alejandría, donde, no obstante, falta la documentación. Pero las ambigüedades que muestran los textos están lejos de haber desaparecido y el debate ciertamente no está cerrado.

⁵⁹¹ Tan sólo la región de Babilonia habría podido sugerir una política análoga a la de los Lágidas, pero nada indica que los Seléucidas intentasen en ningún momento adentrarse por este camino: como mucho, algunos documentos demuestran que aplicaron una fiscalidad comparable a la de los Lágidas. Pero esto no concierne a la producción. No obstante, no olvidemos que nuestros conocimientos sobre estos países siguen siendo muy insuficientes en comparación con aquellas noticias que seguramente sus suelos ocultan aún.

⁵⁹² La frecuente afirmación de que los Atálidas sometieron sus dominios reales a una explotación intensiva gracias a una abundante mano de obra servil no descansa sobre documento explícito alguno, y la existencia de *laoi basilikoi* libres en todas las tierras reales de Asia Menor no debe hacernos pensar con excesiva alegría en la existencia de *latifundia* reales esclavistas. Sin embargo, es probable que, cuando Atalo II dedica a Atenea Ilias rebaños con sus pastores (WELLES, 62), estos últimos fuesen esclavos reales.

“esclavos reales” atálidas (como los había en las demás monarquías) se halla probado en varios documentos⁵⁹³; que hubo asimismo talleres reales está probado por el descubrimiento de tejas que llevan la mención “real”: como grandes constructores que fueron, los Atálidas producían sus propios materiales de construcción y es probable que vendiesen una parte de los mismos, como es probable que vendiesen una parte de la madera de sus amplios dominios forestales; pero las fábricas de hilados y de tejidos en las que habrían trabajado en gran número los “esclavos reales” proceden de una inscripción mal interpretada⁵⁹⁴. El que hubiese otros “talleres reales” además de las tejerías y que trabajasen en ellos esclavos reales es un hecho posible, pero no probado⁵⁹⁵.

Tan sólo Egipto, en definitiva, nos permite captar una política real de productividad, la cual, a falta de documentos, no alcanzamos a vislumbrar en otros lugares. Como mucho podemos suponer que, puesto que las necesidades financieras de los soberanos eran en todos sitios las mismas, la producción, fuente de los impuestos, encontró en todas partes que los cuidados dispensados venían movidos por el interés. Pero evitemos generalizar el espíritu de empresa de los soberanos helenísticos a partir del ejemplo de Ptolomeo II y de Apolonio...

II.—LA AMPLIACIÓN DEL MUNDO Y LAS CORRIENTES COMERCIALES

La expedición de Alejandro, al abrir a los helenos las puertas de Oriente, originó la más profunda renovación de su conocimiento del mundo, sobre todo a partir del momento en que había sobrepasado Mesopotamia hasta llegar a Irán, a las estepas, al Himalaya y la India, y sabemos que probablemente su curiosidad habría empujado al rey aún más allá. La imagen del mundo que podían hacerse los griegos en el 323 era muy diferente de la que se hacían diez años antes, aunque es cierto que siguió siendo muy inexacta, tanto del lado continental septentrional del Imperio como del lado marítimo meridional. Los progresos realizados después de Alejandro, cuando los intereses comerciales rivalizarán con la curiosidad científica, fueron a la vez lentos y limitados —y hemos visto que la zona sometida al dominio de los greco-macedonios, lejos de extenderse más, se encogió ya antes de finales del

⁵⁹³ En particular por el decreto de Pérgamo (*OGIS*, 338) del 133, que los libera tras la muerte de Atalo III. Apuntemos que, cuando se habla de “esclavos reales”, debemos siempre pensar, *ante todo*, en el personal doméstico de los palacios, y que se trata de un terreno en donde la línea divisoria entre el servicio y la artesanía no es fácil de establecer.

⁵⁹⁴ El acta de manumisión délfica (*Syll.*, 846), en la que un funcionario atálida, “encargado de los *erga basilika*”, libera una esclava real: pero este personaje lejos de ser el “director de las manufacturas reales”, era, como ha sido demostrado desde hace tiempo (por L. Robert), un arquitecto de las “construcciones reales”. El error no ha dejado por ello de transmitirse fielmente...

⁵⁹⁵ La existencia de rebaños reales (*cf. supra*) podría sugerir la existencia de talleres reales para curtir cueros, y la hipótesis de un monopolio real de fabricación de los pergaminos destinados a la biblioteca real de Pérgamo no debe ser excluida.

siglo IV, en particular por el abandono de la llanura del Indo y de sus contrafuertes iraníes.

Estamos mal informados sobre los esfuerzos de los soberanos helenísticos por establecer contactos con el mundo exterior o, cuando tales contactos existían, para intensificarlos y explotarlos según su interés. Fue el norte, sobre todo, lo que quedó como *terra incognita*. Sabemos que Seleuco I encargó a uno de sus hombres de confianza, el estratega Patroclo, la exploración del mar Caspio: la dificultad (que no fue solucionada) consistía probablemente en saber si aquel mar era un golfo del Océano circular y si sería posible establecer por allí relaciones marítimas con la India. Los siguientes Seléucidas no pudieron ocuparse de este problema, puesto que la independencia de Media Atropatena (Azerbaiján) y la invasión parta les prohibieron el acceso al Caspio. Por otra parte, aunque es probable que los reyes griegos de Bactria-Sogdiana conocieran mejor Asia central que sus congéneres del oeste, ignoramos la extensión de su ciencia, al igual que ignoramos los contactos comerciales que pudieron mantener con Siberia, Mongolia y China: las primeras relaciones directas entre esta zona extrema del helenismo y el mundo chino que tenemos documentadas son ligeramente posteriores a la desaparición de la dominación griega en Bactria (fines del siglo II), pero debieron existir anteriormente relaciones directas, cuya importancia no sabríamos estimar: el oro utilizado en ciertas emisiones del taller monetario de Bactra, bajo los primeros Seléucidas y luego bajo los reyes griegos, era quizá de origen siberiano.

Disponemos de mayor documentación sobre los esfuerzos concurrentes realizados por los Lágidas y por los Seléucidas en dirección hacia Arabia y la India. Los problemas planteados por las relaciones con estos dos países estaban en parte unidos, pero eran, en parte, distintos. En efecto, se podía llegar a la India directamente desde el Imperio seléucida (al menos antes de que la extensión del Imperio parto no aislase a Siria de Irán y del golfo Pérsico, en la segunda mitad del siglo II), pero no se podía llegar desde Egipto (al menos antes de que en el tramo final del siglo II el descubrimiento fortuito de los monzones no revelase la posibilidad de una travesía anual directa del Océano), país en el que los Lágidas dependían del comercio marítimo y caravanero árabe.

Cuando Seleuco I abandonó a Chandragupta sus satrapías "indias" (desde el Hindu Kush hasta el Océano Índico), es probable que esta concesión fuese acompañada de acuerdos comerciales⁵⁹⁶. Es probable también que las embajadas que Antíoco I envió un poco más tarde a Pataliputra (Patna, sobre el Ganges) tuvieran que tratar algunos puntos comerciales⁵⁹⁷. El hecho de que Asoca mantuviese más tarde relaciones con

⁵⁹⁶ Sabemos que el monarca Maurya cedió a Seleuco elefantes de guerra: era el principal producto "útil" que podía suministrar la India.

⁵⁹⁷ El primero de estos embajadores, Megástenes, trajo de sus viajes un libro que daba a los griegos datos sobre la geografía, las instituciones, las costumbres y la religión indias. Obra perdida, pero que fue generosamente utilizada por Diodoro, Estrabón, Plinio y Arriano.

todos los soberanos mediterráneos, y en particular con Antíoco II, no podría comprenderse si no hubiesen existido un ir y venir constante y una serie de intercambios entre el Imperio maurya y el mundo helenístico, intercambios sobre los que, sin duda, hubo tratos cuando Antíoco III, durante su anábasis, “renovó la amistad” con el príncipe indio que halló al sur del Indu Kush: éste no reinaba sobre la verdadera India, pero debía poder servir de intermediario, puesto que cedió elefantes al Seléucida. Además de estos animales militares, la India tan sólo podía ofrecer productos de gran valor y de poco volumen: especias, perfumes, perlas, piedras preciosas, textiles de lujo. ¿Por dónde circulaba este tráfico? Dos rutas fueron sin duda las más utilizadas: por una parte, la “antigua ruta de la India”, la cual, a través de Gandara, Bactra, Margiana, Hircania y Media, llegaba a Seleucia del Tigris; y por otra parte, la ruta marítima del golfo Pérsico, que llegaba a Antioquía Carax⁵⁹⁸, desde donde las mercancías alcanzaban igualmente Seleucia del Tigris —y luego Siria y/o Asia Menor—. ¿Qué ocurrió con la ruta continental cuando el reino griego de Bactria y los partos lo controlaron en parte? No hay duda de que el comercio fue por ello perturbado, de que en cualquier caso los partos, que no se civilizaron en tan poco tiempo, lo hicieron al principio peligroso; pero no es seguro que el tráfico quedase interrumpido por ello y que la estabilización del Estado parto le permitiese luego continuar como antes, puesto que conocemos en Irán tesoros monetarios que reúnen monedas partas, seléucidas y bactrianas. Quizá una parte de este comercio pasase por la ruta del Irán meridional, la que llegaba a Seleucia del Tigris por Susa atravesando Drangiana, Carmania y Persia —pero ese trayecto peligroso e incómodo parece haber sido poco frecuentado—. En cuanto a la ruta marítima, complementada por los Seléucidas con algunas escalas situadas a lo largo del golfo Pérsico, aparecía sin duda frecuentada por indios y árabes. Pero estos últimos no interesaban a los Seléucidas sólo como intermediarios con la India: Arabia meridional, o la Arabia Feliz, en donde habían nacido algunos pequeños reinos (sabeos, mineos), era productora de plantas aromáticas muy buscadas y en particular del incienso. Estos productos, así como los productos africanos (véase más abajo) que atravesaban el mar Rojo o el estrecho de Bab-el-Mandeb, eran transportados en convoyes por diversas rutas caravaneras, una de las cuales, atravesando Arabia desde el suroeste al noreste, llegaba al Estado árabe de Gerra, sobre el golfo pérsico (detrás de la isla de Bahrein): Gerra era una escala esencial en la ruta marítima de Babilonia a la India, y las plantas aromáticas de la Arabia Feliz, que podían alcanzar Babilonia navegando alrededor de Arabia, podían llegar asimismo por el desierto y Gerra. Las condiciones geográficas y políticas de este tráfico eran en realidad más complejas, como se demuestra si las consideramos ahora desde el punto de vista tolemaico.

⁵⁹⁸ Fundado por Alejandro con el nombre de Alejandría Carax, este puerto se convertiría más tarde, con el nombre de Spasinu Carax, en la capital del pequeño reino indígena de Caracena, cuando los Seléucidas abandonaron Babilonia a los partos (finales del siglo II).

El sur, para los Lágidas, era ante todo África. Pero su verdadera dominación no fue nunca más allá de la región de la primera catarata (Siena, Elefantina, Filae) y desde finales del siglo III una secesión del Alto Egipto les prohibió temporalmente el acceso a aquel territorio. Más al sur, la zona llamada del Dodecasueno representaba una especie de tampón que separaba los dominios lágidas del reino "etíope" de Méroe, al cual se llegaba por pistas que debieron ser muy frecuentadas en el siglo III, si juzgamos por la helenización de la civilización meroítica y por la tradición, recogida por Diodoro, según la cual "en la época de Ptolomeo II, Ergámenes"⁵⁹⁹, rey de los etíopes", habría sido "criado según la educación griega e instruido en la filosofía". No era tan sólo la curiosidad científica la que atraía a los helenos de Egipto a estas lejanas regiones⁶⁰⁰, sino también los intereses económicos: al igual que los Seléucidas, los Lágidas necesitaban oro y elefantes, que el intermediario meroítico podía ofrecerles. Por otra parte, la región meroítica se hallaba en relación con el mar Rojo, es decir, con el comercio árabe, del cual debemos nuevamente ocuparnos. Resulta evidente que los Lágidas estaban en mejor posición que los Seléucidas para absorber los productos de Arabia. Por una parte, tenían la costa africana del mar Rojo, sobre la que fundaron una serie de escalas comunicadas con el Nilo por pistas caravaneras (Mio Hormo, Filotera, Berenice, Troglodítice, etc.); el más meridional de aquellos puestos, Ptolemaida "la de la caza de elefantes", estaba al final de la ruta de Méroe. Esta "línea del mar Rojo", que se puso asimismo en comunicación con el Delta gracias a la reapertura del viejo canal de Darío I, se vio sometida a una dura competencia por parte de los árabes nabateos, marinos y piratas, así como caravaneros, contra los cuales luchó Ptolomeo II⁶⁰¹. Por otra parte, mientras los Lágidas controlaron Cele-Siria, controlaron también el punto de llegada del comercio caravanero de Arabia: en efecto, una de las principales rutas caravaneras conducía desde la Arabia Feliz hasta el oasis de Petra, capital de los nabateos, desde donde una rama se separaba hacia Gaza. Ahora bien, Petra era asimismo el final de una ruta transarábica que llegaba, por encima del golfo Pérsico, hasta Gerra: así pues, los gerreos, que, como hemos visto, constituían una escala importante del comercio seléucida con la India, lo eran también para el comercio Lágida —lo cual explica, sin duda, que a la vuelta de su anábasis, en el 206, Antíoco III fuese a hacer una demostración militar a Gerra, a cuyos habitantes impuso un inmenso tributo en plantas aromáticas—. En aquel momento, Antíoco aún no había conquistado Cele-Siria: cuando esto ocurrió, en el 200-199, no podemos afirmar que todo el comercio de Gerra y de Petra fuera desviado hacia sus estados y que los Lágidas se viesen privados del mismo: sus salidas y sus actividades marítimas permitían a los nabateos mantener relaciones con Egipto, así como se lo permitían las pistas sinaíticas. Todas

⁵⁹⁹ Helenización del nombre Arcamani.

⁶⁰⁰ Cf. la inveterada curiosidad de los griegos sobre las causas de la crecida del Nilo.

⁶⁰¹ La navegación por el mar Rojo fue objeto, bajo Ptolomeo VIII, de una obra de Agatárquides de Cnido, de la cual conservamos fragmentos.

estas rutas, marítimas o caravaneras, que desde Asia central y oriental, desde la India, desde Arabia y desde África, convergían hacia el Mediterráneo oriental, realmente no eran nuevas y los griegos conocían desde hacía siglos la mayoría de los productos que por ellas se transportaban. La novedad reside en el hecho de que, en adelante, no sólo los puntos finales de las rutas, sino también, en algunos casos, gran parte de sus recorridos, estaban en manos de soberanos griegos. ¿Creció entonces el volumen de productos exóticos suministrados al comercio mediterráneo? Cabe dudarlo, puesto que ninguno de aquellos productos era de consumo masivo y las cortes reales se reservaban, probablemente, una elevada parte de éstos.

Y así, aunque el comercio mediterráneo se intensificó a partir del siglo III, sus objetivos continuaron siendo básicamente los mismos que antes, puesto que las necesidades esenciales del mundo mediterráneo siguieron siendo las mismas. Pero este comercio conoció importantes modificaciones tanto en sus corrientes como en sus estructuras. Los bienes que siempre habían circulado en el interior del mundo griego, y entre este mundo y sus proveedores o clientes exteriores, siguieron circulando: productos alimenticios (trigo, aceite, vino, salazones, etc); productos "estratégicos" (madera, metales, pez, cáñamo); productos artesanales diversos, los cuales, aunque sean los únicos que han llegado hasta nosotros, eran secundarios; por último, esclavos. En toda esta relación, el trigo conservó su importancia secular, puesto que el mundo egeo se veía tan impotente como antes para resolver su alimentación y sus principales proveedores siguieron, de todos modos, siendo los mismos que en otros tiempos, aunque su importancia relativa se modificó: Egipto pasó a un primer plano, tanto por las cantidades suministradas como por la regularidad de su rendimiento; el Ponto Euxino continuó siendo importante, pero las condiciones a menudo difíciles que experimentaron las ciudades griegas pónicas, debido a los bárbaros que las rodeaban, hicieron que esa corriente fuese sin duda más irregular que en la época clásica: en el siglo II, Polibio (IV, 28, 4-5) ya no sitúa al trigo en el primer rango de las exportaciones pónicas e incluso apunta que el mundo pónico se vio a veces obligado a importar trigo, dato que está confirmado por las inscripciones; en el Egeo se atestigua la presencia de cargamentos de trigo traídos de Cirenaica, de Sicilia, y de Numidia, aunque de manera demasiado esporádica como para representar corrientes de cierta constancia e importancia⁶⁰²; finalmente, es probable que en Asia Menor los soberanos pudiesen contribuir, en caso de necesidad, a aprovisionar a las ciudades del litoral⁶⁰³, pero la extrema inestabilidad de las condiciones políticas en esta zona costera y la repugnancia de las ciudades a someterse a proveedores monárquicos⁶⁰⁴

⁶⁰² Debemos además tener en cuenta las perturbaciones creadas por las guerras púnicas en el Mediterráneo occidental.

⁶⁰³ Véanse las proposiciones que hizo Antígono el Tuerco hacia el 303 en Teos y Lébedo: *Syll.*³, 344; *WELLES*, 3, líneas 80 ss.

⁶⁰⁴ En el ejemplo citado en la nota precedente, las ciudades no aceptan la proposición real; asimismo, el hecho de que, en el siglo III, Mileto renueve los lazos con sus viejas colo-

condujeron a no considerarlos como una importante fuente de aprovisionamiento. En cuanto a los productos necesarios para el armamento, los grandes consumidores ya no eran los mismos que en la época clásica y el comercio de estos bienes se encontró, por eso, modificado. Los esfuerzos desplegados antaño por Atenas para asegurarse los materiales necesarios para su flota de guerra desaparecieron con esta misma flota; los Antigónidas, los Seléucidas y los Atálidas (cuya flota entra en escena al final del siglo III) disponían de lo esencial en sus propios territorios⁶⁰⁵; los Lágidas, que no disponían de ello en el propio Egipto, lo encontraban en sus posesiones exteriores. Fue sin duda Rodas el Estado cuyos problemas de aprovisionamiento con materiales para el armamento se acercaron más a los de los atenienses de antaño, aunque la amistad lágida y las simpatías que despertaban permitirían a los rodios resolver con bastante facilidad estos problemas. El desplazamiento de los centros de la potencia militar y, sobre todo, su ampliación a grandes territorios parecen, mirándolo bien, haber simplificado los problemas de aprovisionamiento de "productos estratégicos" en relación con las épocas anteriores.

Pero este desplazamiento de los centros del poder afectó al comercio marítimo en su totalidad. Si Atenas, apoyada en su flota y en su riqueza financiera, había sabido anteriormente hacer del Pireo uno de los grandes lugares de redistribución del mundo mediterráneo, este papel lo perdió en adelante, y aunque la red de relaciones comerciales fue seguramente más compleja y diversificada de lo que parece, podemos asegurar que se apoyó en un pequeño número de puntos fuertes, los más importantes de entre los cuales fueron Alejandría y Rodas, y después, tras el declive de Rodas y la creación del puerto franco de Delos por Roma en el 167, Alejandría y Delos⁶⁰⁶. Es probable que Alejandro, conociendo como todo

nias de la Propóntide y del Ponto sugiere que prefería aprovisionarse libremente en el exterior.

⁶⁰⁵ Ocurría lo mismo con aquellos pueblos que destacaron en el ejercicio de la piratería: etolios, cretenses, ilirios y, a partir de finales del siglo II, los pueblos marítimos de Asia Menor que se reúnen bajo el nombre de "cilicios".

⁶⁰⁶ Por otra parte, favoreciendo a Delos Roma no hace sino ratificar y desarrollar una situación consolidada, puesto que la isla es una importante estación comercial de enlace ya antes del 167 y una serie de inscripciones del siglo III atestiguan la presencia de *sitonai* (*infra*, p. 480) venidos del exterior: es probable que una parte del trigo negociado en Delos proviniese entonces de Rodas. Recordemos además que Roma dio Delos a Atenas en el 167 y que los delios expulsados fueron reemplazados por atenienses: es la primera causa de que Atenas recuperase su prosperidad, mientras que la segunda fue la destrucción de Corinto por los romanos en el 146. La prosperidad que reencontró entonces Atenas se halla atestiguada por sus amonedaciones, por la reanudación de la actividad del Pireo y por su crecimiento demográfico; pero esta prosperidad se vería comprometida por la adhesión ateniense a la causa mitridática y la represión siliana en los años 88-86.—Estamos poco informados sobre el comercio helenístico de Corinto antes del 146, pero la arqueología atestigua la opulencia que la ciudad alcanzó por su función de zona de tránsito entre el Egeo, por una parte, y el Peloponeso y los mares occidentales, por otra. Entre los puertos que desempeñaron un papel de primer plano en la economía mundial de la época señalaremos también, naturalmente, a la pareja Bizancio-Calcedón, que tenían una posición clave en el comercio póntico, así como Cícico, que parece haber sido una importante estación comercial de enlace entre el Ponto y el reino de Pérgamo.

el mundo la capacidad frumentaria de Egipto, fundase Alejandría para reemplazar a la vieja Naucratis adormecida, y es probable también que, al no conocer el Delta, hiciera su elección siguiendo la sugestión de Cleómenes de Naucratis, quien, mucho mejor que el rey, debía saber que aquél era el único lugar capaz de sustentar a la vez una gran ciudad y un gran puerto que no estuviese amenazado de quedar cubierto por la arena, y susceptible también de disponer de una fácil comunicación con el Nilo. Pero resulta asimismo sorprendente que fuese ya durante el reinado de Alejandro y dentro del círculo de traficantes que gravitaban alrededor de Cleómenes cuando se dibujó por primera vez la función de Rodas como estación intermedia del comercio del trigo egipcio con destino al Egeo⁶⁰⁷. La complementariedad de las funciones de Alejandría y de Rodas en el comercio mediterráneo, así como los límites de esta complementariedad, merecen ser estudiados más a fondo. Todos aquellos productos que, entre los excedentes de la producción egipcia y del comercio arábigo-indio o africano de Egipto, podía ser vendido en el Mediterráneo, lo era en Alejandría. Pero, con independencia del provecho mercantil y fiscal que sacaban de ello, los Tolomeos no parecen haberse preocupado de controlar o incluso de organizar el comercio de sus productos por el Mediterráneo. La idea sostenida a menudo según la cual su imperio mediterráneo habría sido concebido como una zona de expansión comercial, y que sus posesiones habrían estado más o menos obligadas a comprar en Alejandría, ni está confirmada por la documentación ni lo está la idea aneja según la cual el imperialismo lágida habría intentado eliminar de su zona de influencia a todos los productores que hacían la competencia. De hecho, la abundancia de la oferta egipcia (abundancia que, incluso sumada a la oferta de otros países productores, no produjo jamás la plétora⁶⁰⁸), unida a la seguridad de las comunicaciones garantizadas, hasta bien avanzado el siglo III, por la marina de guerra ptolemaica —auxiliada por la flota de Rodas antes de que esta última cediese su puesto a la primera—, era suficiente para atraer a los negociantes a Alejandría sin necesidad de ejercer ninguna forma de coacción. Sin embargo, de entre estos negociantes, un gran número iba a Rodas. La situación geográfica de Rodas, en la conjunción de la cuenca oriental del Mediterráneo y del mundo egeo, es por sí sola suficiente como para explicar su función de centro de tránsito y de redistribución. Pero los rodios supieron explotar esta situación no sólo defendiendo obstinadamente su independencia, sino también ofreciendo a

⁶⁰⁷ Cf. Demóstenes, *Contra Dionisodoro*: este alegato es unos nueve años posterior a la fundación de Alejandría y no contiene aún el nombre de la ciudad. El texto muestra en particular que la existencia del mercado rodio favorecía también la especulación, al menos en épocas de disturbios.

⁶⁰⁸ Había además circunstancias excepcionales que podían comprometer la oferta egipcia, ya se tratara de una crecida insuficiente del Nilo (conocemos una al principio del reinado de Ptolomeo III: cf. *infra*, nota 617) o de una guerra a las puertas de Egipto (en el 169 sabemos que Rodas fue autorizada por Roma a importar trigo de Sicilia: es el año en que Antíoco IV invadió Egipto). Tales circunstancias perturbaban el comercio en todo el Mediterráneo oriental.

los negociantes todas las comodidades posibles mediante sus instalaciones portuarias, su organización financiera y bancaria y su legislación —aspectos en los que adoptaron multitud de enseñanzas atenienses—. Los mismos rodios (actuando de nuevo en este punto como los atenienses del pasado) no parecen haber participado en el movimiento comercial, pues se contentaron —lo cual era meritorio— con contribuir a garantizar la seguridad luchando contra la piratería y —lo cual era provechoso— con explotarlo fiscalmente. Por ello son escasos los testimonios de la presencia de rodios en Alejandría y son muy abundantes los de la presencia de sirio-fenicios en Rodas; eran sin duda estos levantinos los que asumían la mayor parte del comercio de Alejandría y de Rodas. El puerto de Rodas significaba, por tanto, una comodidad notoria para el mundo egeo, porque dispensaba a los negociantes griegos de ir más lejos, ya fuese para entregar los productos griegos destinados al levante (aceite, vinos finos, tejidos de lana, cerámica, etc.), ya para recoger los productos egipcios y sirios⁶⁰⁹.

Esta complementariedad de Alejandría y de Rodas no agotaba sus comercios respectivos. Determinadas corrientes partían de Alejandría sin que Rodas tuviese nada que ver. Pensamos aquí en el comercio occidental —que continúa siendo, sin embargo, enigmático—. Aunque es probable que hubiera intercambios entre Cirenaica (posesión exterior lágida) y Egipto, no conservamos ningún documento sobre ello, y la Cirenaica, que exportaba trigo, no tenía, salvo excepciones, necesidad del de Egipto. Existen testimonios de contactos entre Alejandría y Cartago, pero no sabemos en qué podían consistir los intercambios eventuales. Se ha supuesto que Cartago habría suministrado a los Ptolomeos una parte de la plata y del estaño que necesitaban, pero, si era así⁶¹⁰, ignoramos cómo se compensaban estas compras (¿papiro? ¿plantas aromáticas de Extremo Oriente?). Las teorías más frágiles que se han emitido afectan a Sicilia e Italia. Existen testimonios de contactos políticos y culturales entre Alejandría y Siracusa en la época de Agatocles y de Hierón II, pero no hay prácticamente nada sobre eventuales relaciones comerciales⁶¹¹. En cuanto a Italia, aunque se ha encontrado un poco de cerámica italiota en Egipto, nos vemos obligados a razonar principalmente sobre datos literarios y numismáticos —además, sin demasiado éxito—. Sabemos, efectiva-

⁶⁰⁹ Existían naturalmente intercambios entre la propia Rodas y Alejandría: la isla vivía en gran parte del trigo egipcio. Entre sus propios productos no está claro lo que Rodas enviaba a Alejandría: ha aparecido en Alejandría una cantidad enorme de asas de ánforas con el sello rodio (alrededor de 80.000), pero ni el vino ni el aceite de Rodas eran muy famosos, mientras que las tasas que gravaban estos productos al entrar en Egipto no hacían interesante la importación más que para los alimentos de muy alta calidad. O bien las ánforas rodias servían para transportar alimentos que no lo eran, o bien, como últimamente se ha pensado, eran exportadas vacías, en calidad de mercancía buscada por sí misma.

⁶¹⁰ Apuntemos que durante la primera guerra púnica Cartago habría intentado (¡en vano!) negociar un crédito de 2.000 talentos en Alejandría.

⁶¹¹ La alineación de las monedas de Hierón II en el patrón de las monedas ptolemaicas ha sido puesta en duda recientemente.

mente (pero por fuentes tardías), que Ptolomeo II y Roma intercambiaron embajadas en el 273 y que a este acto siguió una "amistad", incluso una "alianza". Ahora bien, lo que podría sugerir que este acuerdo comprendía un concierto económico es que, entre el 269 y el 220, la casa de la moneda de Alejandría y un taller italiano (sin duda Tarento) emitieron emisiones monetarias paralelas; pero no podemos comprender el sentido de este fenómeno, y debemos después esperar a mediados del siglo II, cuando los negociantes italianos empezaron a seguir (y no a preceder) a los ejércitos romanos en Grecia, para ver cómo las relaciones comerciales entre Italia y Alejandría se intensifican, primero a través de la estación de enlace de Delos: pero se trata ya de la historia de la expansión romana en Oriente. Antes de esta época, el comercio occidental de Alejandría siguió siendo sobre todo hipotético, sin que podamos negar su existencia.

Rodas, por su parte, tenía una proyección independiente de Alejandría. Los intereses rodios estaban implantados en el conjunto del mundo pónico y en particular en el reino del Bósforo cimerio (Panticapea): algunas inscripciones son testigo de ello, así como la abundancia, también aquí, de las asas de ánfora rodias —sin olvidar la energía con la cual los rodios defendieron la libertad de navegación en los Estrechos⁶¹²—. En el occidente italo-siciliota, que los rodios habían frecuentado en la época arcaica, pero de donde parecen haber estado ausentes en la época clásica, encontramos asimismo testimonios de sus negocios a partir de finales del siglo IV.

Así pues, aunque es evidente que, desde Alejandro hasta su decadencia provocada por Roma en el 167, los rodios ocuparon una posición central en el movimiento comercial de la cuenca oriental del Mediterráneo, desde el delta del Nilo a Crimea, no deberíamos por eso concluir que monopolizaron este comercio, en el que ellos mismos no participaron (o lo hicieron poco) de manera activa. Al contrario, lo que defendieron con las armas o con la diplomacia⁶¹³ fue la libertad del negocio, dado que su situación geopolítica permitía que fuesen los primeros en aprovecharse de esta libertad, pero no fueron los únicos. Pues, evidentemente, dentro de la red de líneas comerciales cuya existencia aseguraban y en cuyo centro se encontraban hubo una serie de hilos que escapaban de sus manos: aunque la casi totalidad del tráfico entre el Egeo y Egipto transitaba por Rodas, no ocurría lo mismo con el tráfico entre el Egeo y el Ponto, entre Europa y Asia Menor, o entre Grecia y Occidente, en donde cabe pensar que muchas corrientes siguieron pareciéndose a lo que habían sido anteriormente, pero también que nacieron otras nuevas (ligadas, por ejemplo, a la apertura marítima de Macedonia o al desarrollo de Pérgamo). El análisis de estas corrientes continúa estando, en buena medida, por hacer, y a ello

⁶¹² En el 220 Rodas declaró la guerra a Bizancio para obtener la derogación de los peajes que ésta había establecido sobre el Bósforo.

⁶¹³ Los rodios eran por excelencia *mediadores* en las guerras que amenazaban los movimientos comerciales: guerra de los aliados, primera guerra de Macedonia, cuarta guerra de Siria.

puede contribuir el estudio de las inscripciones (decretos de proxenia, listas de proxenos, dedicatorias culturales de negociantes, actos de asociaciones de extranjeros), de la cerámica y, sobre todo, de la circulación monetaria.

III.—URBANIZACIÓN Y ECONOMÍA

Este fenómeno capital de la época helenística consistente en la intensa urbanización de la población tuvo desde luego su influencia sobre la vida económica de la época, pero esta influencia no resulta fácil de ver y tendremos que contentarnos aquí con algunas consideraciones generales.

El auge de la población urbana equivale, desde el punto de vista alimentario, a un incremento del número de consumidores no productores y, en general, a una correlativa disminución de los productores locales⁶¹⁴. El hecho no es nuevo y se remonta, en Grecia, a la época arcaica; sabemos además cuán profundamente el problema de su *trophé* había preocupado a los atenienses de la época clásica. Sin duda toda ciudad tenía su territorio y podemos pensar que los territorios adscritos a las nuevas fundaciones habían sido calculados en función del número previsto de habitantes; pero, del mismo modo que el equilibrio ideal entre producción y consumo no había podido mantenerse desde hacía tiempo en las antiguas ciudades, tampoco debió mantenerse mucho tiempo en las nuevas. En cuanto a las ciudades marítimas, que estaban al alcance inmediato de las corrientes comerciales, la misma intensificación del comercio y las mayores facilidades de aprovisionamiento creadas por el funcionamiento de la pareja Alejandría-Rodas debieron desempeñar el papel de un estímulo para la urbanización. Pero el auge del número de habitantes de las ciudades planteaba, no obstante, problemas difíciles de resolver, y, al igual que Atenas había vivido una situación semejante desde principios del siglo IV, pareció cada vez más claro que el aprovisionamiento en trigo no podía abandonarse enteramente al azar del tráfico libre, que frecuentemente podía ser perturbado tanto por las vicisitudes políticas y por las guerras como por los instintos especuladores de los negociantes. Tenemos bastantes testimonios de ciudades que se decidían a ocuparse institucionalmente de su abastecimiento como para pensar que eso constituyesen una tendencia general: conocemos en muchos lugares magistrados encargados de la vigilancia del comercio local (*agoranomoi* o *sitophylakes*) o de compras públicas de trigo (*sitonai*). Pero como estas compras podían a menudo hallarse comprometidas no sólo por el estado coyuntural del mercado, sino, más a menudo aún, por las dificultades financieras de las ciudades, vemos cómo cierto número de ciudades crean fondos especiales a este efecto. Desde el 303, los habitantes de Teos y los de Lébedo, para no abandonar el préstamo marítimo a la iniciativa privada, crearon un capital público destinado a este efecto. Alrededor de un siglo más

⁶¹⁴ *Supra*, p. 457.

tarde los samios constituyeron un capital cuyos intereses eran aplicados a la sitonía, operación que, como la venta de trigo a la población, se organizó mediante un largo decreto⁶¹⁵, y en otros lugares se tomaron disposiciones análogas. Pero vemos también a ciudades menos previsoras que honran a alguno de sus ricos ciudadanos por haber ayudado de su bolsillo a la comunidad en tiempos de hambruna y los rodios llegarían incluso a institucionalizar estas generosidades bajo la forma de una liturgia en la que los ciudadanos más ricos se encargaban de alimentar a los más pobres⁶¹⁶. Tales medidas estaban condicionadas, naturalmente, por la existencia de una masa urbana improductiva⁶¹⁷.

Adivinamos, por otra parte, que la urbanización, aunque también la expansión griega en Oriente, al crear nuevas necesidades que podían ser satisfechas mediante vías comerciales contribuyeron indirectamente a hacer más difícil la situación alimenticia de regiones o de ciudades en donde consideraron ventajoso sacrificar las producciones alimenticias, ya insuficientes, en aras de la producción comercial. Tampoco en este caso el fenómeno es nuevo, y todos conocen el antiguo ejemplo del Ática que desarrolló su oleicultura a expensas de los cereales. Cabe imaginar el impulso que se produjo en la demanda de productos griegos de calidad, que determinó el auge no sólo de Alejandría y de Antioquía, sino también de todas las ciudades de segundo o de tercer orden que se desarrollaron entonces —no sabríamos, en cambio, determinar con seguridad lo que pasó con la producción del mundo egeo—. Productora de buenos vinos y de buenos aceites, Siria satisfacía sin duda una parte de la demanda, pero algunos papiros prueban que los vinos griegos (sobre todo de Asia Menor) entraban en Egipto pese a las tasas que padecían y quisiéramos saber hasta qué punto algunas ciudades de Asia Menor desarrollaron consiguientemente su viticultura, en detrimento de su trigo: no existe una respuesta segura a esta pregunta. Entre los grandes ingresos que la viticultura (u otro cultivo comercial) podía asegurar en el mercado exterior y los que el trigo prometía en el mercado local en caso de producirse perturbaciones comerciales, siempre amenazadoras, un explotador podía dudar. Y las cosas debieron evolucionar mucho en tres siglos, sin que estemos informados de ello: cultivos espectaculares pudieron conocer un gran impulso a comienzos del período para decaer más tarde, a medida que los nuevos países estaban en disposición de satisfacer las necesidades de sus ciudades: el fomento lágida de la viticultura no podía sino desalentar a aquellos productores exteriores cuyos crudos, por ser de calidad insuficiente, no les

⁶¹⁵ *Syll.*³, 976.

⁶¹⁶ Estrabón, XIV, 2, 5 (653), que suministra ese dato sin especificar la fecha, añade que esta liturgia estaba destinada a garantizar el reclutamiento de las tripulaciones de la flota.

⁶¹⁷ Aunque estaba situada a las puertas de Egipto, la misma Alejandría no se veía libre de estos problemas en caso de una crecida insuficiente del Nilo: cuando vemos que la sequía fuerza a Ptolomeo III a comprar "con grandes gastos" trigo sirio y chipriota, podemos estar seguros de que era para alimentar a su capital (*OGIS*, 56, 16 ss.).

permitían imponerse. En cada lugar y en cada momento, no hay nunca forma de determinar las relaciones entre las necesidades alimenticias creadas por la urbanización, las crecientes posibilidades (aunque siempre amenazadas por la inestabilidad) de la importación y la seducción ejercida por la exportación de especialidades locales obtenidas a expensas de la *trophé* inmediata. Pero repitamos que tropezamos aquí con problemas antiguos a los que esta nueva época no hizo más que suministrar nuevas proporciones.

Semejantes problemas se plantean también para los productos no alimenticios: las ciudades, grandes consumidoras de trigo, lo eran también de textiles y de productos artesanales diversos. En la economía griega tradicional, la lana (producto textil griego por excelencia) era objeto en buena medida de producción local y de fabricación doméstica, aunque tengamos huellas precoces de un comercio de materias primas y de productos acabados. Este comercio se desarrolló en la época helenística y debió ser el origen de modificaciones en la producción. Alejandría, que absorbía enormes cantidades de lana (no sólo para el vestido y la ropa de cama, sino también para las alfombras y los tapices que se pusieron de moda en los ámbitos acomodados), la importaba en su totalidad. La producción lanar de la *chora* egipcia, creada por los Lágidas (el egipcio se viste de lino), sin duda no fue suficiente, puesto que no parece que el poder haya intentado monopolizarla, como hizo con el lino. Así pues, los suministradores exteriores (sirios, griegos) tuvieron aquí un mercado que explotar, mercado que no vemos cómo funcionó. En Asia Menor, en donde la producción siempre había sido grande y en parte comercializada, ciertas ciudades, como Mileto, obtuvieron importantes beneficios de este negocio, aunque el crecimiento de su propia población debió absorber una proporción notoria de su producción. Las fuentes relativas a la producción de lana del reino de Pérgamo son, por otra parte, numerosas y los Atálidas, cuyo genio fiscal parece haber sido tan agudo como el de los Lágidas, debieron fomentarla. Otras producciones artesanales, como la cerámica, merecerían un estudio atento para determinar, si fuese posible, en qué medida la evolución del mercado mundial afectó a la actividad de tales centros de producción. Los nuevos países, en el período inicial, fueron importadores de cerámica de Grecia o de Magna Grecia; pero los hallazgos de Alejandría revelan que estos productos entraron rápidamente en competencia con los talleres locales, que consiguieron incluso conquistar mercados exteriores, lo cual hizo sufrir a los talleres egeos, así como a la "balanza comercial" de las ciudades en donde éstos funcionaban. A decir verdad, la cerámica pintada de calidad estaba en su decadencia definitiva, y no fue tanto la competencia de los nuevos países lo que acabó con ella cuanto la de la metalurgia, puesto que la vajilla metálica, pese a su precio, pasaría a ser más buscada en adelante por aquellos que podían pagarla. Algunos talleres trataron de solucionar esta competencia con la fabricación de imitaciones, en forma de vasos con relieves: algunos de ellos (como las escudillas llamadas "megarenses", que fueron fabricadas aparentemente

en muchos lugares) conocieron una difusión mundial, pero no se trata más que de sucedáneos baratos, cuya misma existencia revela una actitud defensiva por parte de sus fabricantes⁶¹⁸. Estos fenómenos nos hacen imaginar que hubo mutaciones en la producción artesanal de numerosos centros urbanos, y que se dieron situaciones que a veces fueron, realmente, críticas. Sin embargo, la incertidumbre que nos domina a menudo sobre los lugares de origen de estos productos no permite situar bien estos problemas y tratarlos como factores de la evolución y de las vicisitudes de este o aquel centro urbano. No se trata aquí de enumerar todas las producciones y todas las corrientes de intercambio que se vieron estimuladas por el desarrollo urbano, así como por el desarrollo en el interior de las ciudades de una clase social consumidora de productos de lujo: otros se han dedicado a ello y aquí tan sólo hemos querido definir esos problemas.

Existe otro problema planteado por el desarrollo urbano: el de saber si el auge cuantitativo de la producción artesanal produjo modificaciones en su estructura. En este punto, se ha hablado con mucha facilidad de "manufacturas" helenísticas, incluso de manufacturas "capitalistas" que trabajaban con una abundante mano de obra servil, y se habla tanto más fácilmente cuanto que, según se ha dicho, los soberanos habrían dado buen ejemplo de ello en sus capitales. Pero conviene que aquí seamos muy prudentes. Hemos visto que existían talleres reales tanto en Egipto como en Pérgamo, pero nada prueba que fuesen grandes manufacturas en donde una serie de esclavos realizaban una "producción en masa". Tal "producción en masa" habría supuesto modificaciones radicales en los modos de producción: ahora bien, lo que conocemos de las técnicas artesanales helenísticas (y es bastante poco) muestra que siguieron siendo fundamentalmente las mismas que en épocas anteriores, trátese de textiles, de cerámica o de metalurgia. La diversificación de las producciones que podemos apreciar implica una especialización de los talleres, pero no una modificación de su estructura interna: la cerámica con relieves no era producida en talleres de tipo diferente a aquellos que producían cerámica pintada, ni los brocados o sedas (especialidades de la isla de Cos⁶¹⁹) en talleres de tipo diferente a aquellos que producían tejidos de lana. Ninguna de las innovaciones técnicas de la época, que fueron tan sólo, como en el pasado, innovaciones empíricas de detalle, significó un paso revolucionaria hasta el punto de imponer cambios en el número de trabajadores de una "unidad de producción", ni, en consecuencia, en la estructura económica de éstas. Las incertidumbres que hemos apuntado para la época clásica⁶²⁰ en cuanto al reparto del trabajo entre artesanos libres y serviles

⁶¹⁸ La historia de la imitación del metal mediante cerámica es casi tan antigua como la historia misma de la cerámica: pero nunca parece que respondiese, antes de la época helenística, a una verdadera competencia, que obedece en lo sucesivo a la difusión del lujo doméstico (cf. *infra*, p. 493).

⁶¹⁹ Se trata de una seda salvaje mediterránea: la seda china casi no se difundirá hasta la época romana.

⁶²⁰ Cf. el volumen anterior, pp. 569 ss.

subsisten ahora, y es probable que ambas categorías de trabajadores laborasen codo con codo, igual que en el pasado. A fin de cuentas, el desarrollo urbano implica por sí mismo cierta abundancia de mano de obra libre, mientras que el argumento tan utilizado a menudo que pretende que en la época clásica el ciudadano cedería gustoso el trabajo a los esclavos porque estaba demasiado ocupado en la vida política tiene menos valor que en el pasado. En cuanto al capital privado, que, ya lo veremos luego, existía en todas partes, si en algunas ocasiones invertía en la producción artesanal, sin duda lo hacía, como en tiempos pasados, mediante la adquisición de talleres productores de renta y no mediante la organización y la gestión de "manufacturas" —situación que, una vez más, el estado de las técnicas no nos permite imaginar— Y no debe olvidarse que la producción doméstica subsistía en todas partes, incluso en las grandes ciudades: la "pequeña burguesía" alejandrina de Teócrito trabaja la lana como sus abuelas de Siracusa o de otra ciudad.

Tenemos en definitiva la impresión de que la economía urbana helenística (dejando, sin embargo, aparte el caso de las "megalópolis" reales, cuya población hipertrofiada planteaba especiales problemas) no era esencialmente diferente a la de la época anterior. Aunque es cierto que la escala de los fenómenos había cambiado, puesto que las ciudades eran más grandes y estaban en un mundo más amplio y más abierto, estos fenómenos son en sí mismos idénticos: cuestión de subsistencia, es decir, de relación entre el consumo, la producción y la importación; cuestión también de la compensación de las importaciones, es decir, posibilidades de exportación agrícolas o artesanales y mayor o menor riqueza de las finanzas públicas. Las respuestas aportadas a estas preguntas variaban según los lugares y las circunstancias, pero el conjunto de problemas es el mismo en todas partes, y no es nuevo. Hemos subrayado antes la permanencia política de la *polis* bajo la nueva forma que le viene impuesta por un mundo renovado: lo mismo ocurre con la economía de la *polis*.

IV.—EL AUGE DE LA ECONOMÍA MONETARIA

Aunque los soberanos persas habían acuñado moneda, así como algunos de sus sátrapas, la economía propiamente monetaria no se había difundido en aquel Imperio, y las regiones marítimas del mismo que la habían adoptado (sin tanta facilidad como en Asia Menor) lo habían hecho bajo la influencia del comercio griego. Fueron Alejandro y sus sucesores, con esos innumerables usuarios de moneda de plata que eran los griegos establecidos en Oriente, llegados tras sus pasos, los que difundieron ese instrumento, inseparable de la civilización griega desde casi dos siglos antes. Dos hechos deben ser señalados en los orígenes de este nuevo capítulo de la historia de la moneda: el incremento de la masa monetaria y la relativa simplificación del cuadro de sistemas monetarios. Los soberanos persas habían atesorado cantidades enormes de metales y no acuñaron más que una pequeña proporción de éstos a medida que lo

necesitaban (por razones militares, sobre todo, y políticas). Alejandro y los Diádocos, cuyas necesidades financieras fueron considerables, utilizaron estas reservas y acuñaron con ellas moneda⁶²¹: no sabríamos evaluar la cantidad de metal que se introdujo así en el mercado, pero la escala del fenómeno puede apreciarse en el hecho de que el valor del oro y de la plata (evaluados en relación con el valor del cobre) disminuyó hasta casi la mitad en la época de la conquista⁶²². Es probable que la cantidad de metales monetarios que se puso luego en circulación, a partir de la explotación minera (punto sobre el cual estamos mal informados), no era equivalente a la que procedió del saqueo de los tesoros orientales. De todos modos, como las emisiones de oro jamás tuvieron una importancia comparable a la de las emisiones en plata, ni, desde luego, un alcance económico real, las amonedaciones reales helenísticas reemplazaron de hecho el bimetalismo practicado por Filipo II y por el Imperio persa por un monometalismo de plata que cuadraba con los usos más comunes de las ciudades griegas. El segundo punto importante es que Alejandro adoptó, para su amonedación imperial, el sistema ponderal ático, en lo cual fue imitado por sus sucesores⁶²³ (con la excepción de Ptolomeo, como veremos): esto no suponía más que reconocer la preponderancia de las mejores amonedaciones griegas. El incremento de la circulación de las monedas de peso ático que se produjo conduciría a la desaparición de otros sistemas monetarios: las acuñaciones de electro de Cícico, antiguas y famosas, desaparecieron, así como la moneda "pérsica" de Bizancio, que cedió el paso, en tiempos de Lisímaco y después de él, a las emisiones áticas; el sistema llamado "eginético" subsistió en el Peloponeso gracias a la confederación aquea, pero tenía tan sólo un valor regional, al igual que en Creta; la única amonedación aberrante en relación con el sistema ático que consiguió no sólo mantenerse, sino también difundirse, fue el de Rodas, que dependía del patrón llamado "quiota": lo que hemos dicho sobre la función "mundial" de Rodas explica este fenómeno. Otro hecho contribuye asimismo a la simplificación del esquema, y es que la extensión de la soberanía de un monarca sobre una ciudad griega supone la desaparición de ese signo de independencia que era la emisión de monedas cívicas de plata, pero no de las monedas de bronce para uso local⁶²⁴:

⁶²¹ Sobre la política de Alejandro, *cf. supra*, p. 283.

⁶²² En cuanto a la relación del valor del oro frente a la plata, que tradicionalmente había sido de 1/13 en el mundo oriental y egeo, pasó progresivamente a 1/10 en el siglo IV, y volvió a 1/13,3 durante el siglo III, lo cual supone que se produjo entonces una escasez relativa de este último metal.

⁶²³ No sólo los soberanos macedonios, sino también los reyes de Bitinia y del Ponto, los reyes greco-bactrianos y los reyes partos.

⁶²⁴ El bronce, que sirvió primero para producir acuñaciones en momentos de angustia, se había difundido en el siglo IV para la confección de monedas pequeñas. En la época helenística habrá asimismo monedas de bronce de las distintas casas reales, que serán siempre indicio de un déficit de metales preciosos: estas monedas, cuyo valor real era siempre muy inferior a su valor nominal, eran de hecho monedas fiduciarias. Entre los bronces reales citaremos en particular los grandes bronces ptolemaicos, destinados a la circulación interior

cuando los talleres de las ciudades sometidas siguieron acuñando plata, era plata *real*. Y a la inversa, naturalmente, una ciudad que reconquista su independencia afirmaba ésta recuperando sus acuñaciones de plata, ya fuera con los símbolos de la ciudad, ya bajo la forma de monedas "pseudo-reales"⁶²⁵.

Entre las amonedaciones reales, las de los Lágidas constituyeron una excepción en cuanto a su patrón: en efecto, Ptolomeo I adoptó el patrón ático tan sólo durante algunos años, tras los cuales procedió a un aligeramiento progresivo de la dracma que acercó a aquella moneda primero al patrón quiota-rodio, y después al patrón llamado "fenicio". Sin embargo, como no hubo una adaptación exacta de las monedas ptolemaicas a ninguno de esos sistemas, la explicación a menudo proporcionada de que la elección de Ptolomeo obedecería al interés en establecer conexiones con el ámbito monetario rodio o con el ámbito fenicio (en donde, además, Alejandro había establecido el sistema ático) no parece defendible, y sin duda debemos buscar los motivos en las condiciones internas de Egipto. Estos motivos no están claros: las dificultades de aprovisionamiento en plata que tuvo Egipto pudieron desempeñar un papel. Lo que está claro, en cambio, es que la adopción de un patrón original hizo de Egipto y de sus posesiones exteriores un mundo aparte y que la administración lágida supo explotar esta situación según sus intereses: sabemos que la circulación de toda moneda que no fuese la moneda real ptolemaica estuvo prohibida en el interior del Imperio lágida y que las operaciones de cambio que esta situación demandaba fueron monopolizadas en provecho de los bancos reales: las monedas extranjeras, que los comerciantes tenían obligación de cambiar por monedas ptolemaicas, eran enviadas a la fundición para ser transformadas en "bonitas y nuevas monedas reales", no sin haber deducido antes un interés tanto en el cambio como en la acuñación⁶²⁶. Este procedimiento, revelado por un papiro del 258/7, es probablemente anterior a esta fecha. Como el comercio lágida era sobre todo un comercio de exportación, por ello las monedas reales parecen haber circulado poco fuera del Imperio empleadas en negocios: estaban destinadas a los gastos militares y políticos, y efectivamente las hallamos, sobre todo, en los países en donde operaron los ejércitos lágidas y en los Estados que recibieron subsidios de Alejandría. Hubo otra monarquía que

egipcia, aunque se encuentran también en el mundo griego, sin que sepamos nunca por qué vías pueden haber llegado.

⁶²⁵ Emisiones de "pseudo-alejandros" fueron realizadas un poco en todas partes (incluso Rodas produjo), y conocemos también "pseudo-lisímacos" (en Bizancio, por ejemplo). Las razones por las cuales estas ciudades tomaron esa decisión nunca son conocidas: debemos tener en cuenta, sin duda, la popularidad de las tetradracmas con la efigie del conquistador, así como, quizá, el contradictorio deseo de las ciudades emancipadas por separar sus monedas de las efigies de los soberanos reinantes sin mostrar por ello un rechazo absoluto de la idea monárquica: todo el mundo podía hacer suya la figura de Alejandro...

⁶²⁶ Observemos que todos los talleres monetarios lágidas son litorales, es decir, fronterizos: Alejandría, Gaza, Jope, Ptolemaida-Ake, Tiro, Sidón, Berito, y, en Chipre, Salamina y Citio.

adoptó asimismo, aunque más tarde, una política monetaria análoga: el reino de Pérgamo. Aunque los Atálidas emitieron primero monedas reales de peso ático, Eumenes II adoptó, después de la paz de Apamea, un peso más ligero. Estas nuevas monedas, llamadas "cistóforos"⁶²⁷, circularon exclusivamente en el interior del reino y eliminaron las monedas de peso ático, de forma que debemos admitir que, también en este caso, regía un monopolio estatal de los cambios, tanto a la entrada como a la salida. Los móviles de la política monetaria de Eumenes II no pueden ser establecidos con mucha mayor certeza que los de Ptolomeo I, pero quizá debemos suponer, nuevamente, cierta penuria de metal, frente a lo que pensaba Rostovtzeff, para quien Eumenes habría dispuesto de dinero en demasía gracias a los territorios tomados al Imperio seléucida en el 188, lo cual le habría permitido vender este metal a los expoliados Seléucidas. En realidad, la institución en el reino de un sistema monetario cerrado y la evidente prohibición de exportar los cistóforos demostrarían más bien lo contrario. Esta política, consistente en adoptar un patrón aberrante en relación con el resto del mundo y en monopolizar los cambios, no era un invento de las monarquías helenísticas: algunas ciudades griegas ya la habían practicado y la practicarían aún en época helenística⁶²⁸, y cabe considerarla un ejemplo, entre tantos otros, de la recepción y adaptación por parte de los Estados territoriales de experiencias ya vividas por las *poleis*.

El mercado de la plata sigue siendo, de todos modos, misterioso. Si el hermetismo monetario de Egipto respondió, desde sus orígenes, a ciertas dificultades de aprovisionamiento, la situación se deterioró todavía más antes de finales del siglo III, cuando aparecen las manipulaciones monetarias y se produce el envilecimiento de la aleación bajo Ptolomeo III, antes de que la falta de plata condujese, entre el siglo III y el siglo II, a una multiplicación inflacionista de la moneda de bronce. El Imperio seléucida parece haber gozado de una situación más sana, puesto que, pese a dificultades pasajeras, comprobamos que a finales del siglo II y comienzos del I aún se emite una moneda de plata abundante y de buena calidad; pero ignoramos en qué medida el aprovisionamiento en plata fue asegurado mediante la explotación minera, mediante las vías comerciales o mediante las exacciones. También en el mundo de las ciudades las fuentes de consecución del metal eran a menudo problemáticas: allí en donde el movimiento comercial era intenso y susceptible de ser tasado, como en Rodas o en Histiea (en el norte de Eubea), la plata reluciente no faltaba; por otra parte, cuando vemos que modestas ciudades cretenses acuñan por primera vez plata en época de Alejandro sospechamos que se debe al mercenariado y a la piratería; pero las minas de Laurión, agotadas, no expli-

⁶²⁷ Debido a la "cista" (cesta) dionisiaca que les sirve como emblema. Se reconoce hoy que la fecha de creación de tales cistóforos, situada a menudo alrededor del 200, no puede ser anterior al 188, y quizá sea diez años más tardía.

⁶²⁸ Bizancio y Calcedón, conjuntamente, entre el 235 y el 220.

can que Atenas pudiese emitir de nuevo una amonedación abundante y de calidad a partir del siglo II.

La circulación de monedas, atestiguada por los tesoros o por hallazgos esporádicos, constituye nuestra documentación más importante sobre la circulación comercial, pero todas las monedas no poseen la misma significación a tales efectos. Las monedas reales o pseudo-reales de peso ático, que fueron con mucho las más abundantes, conocieron tal difusión que podemos ver en ellas una verdadera moneda internacional, pero, por eso mismo no informan en absoluto sobre las rutas que siguieron, a menos que se pueda demostrar que la fecha de su enterramiento estuvo muy cercana a la de su emisión. En cambio, las monedas de plata de las *poleis*, cuando son abundantes, permiten dibujar de manera al menos aproximada el área de influencia comercial de las ciudades que las emitieron. Por último, los bronceos locales, que no servían para el gran comercio, pueden informar sobre la circulación regional. Hay aquí un inmenso campo de investigación que ha sido sólo parcialmente desbrozado y que los descubrimientos futuros no dejarán de renovar.

La difusión y la intensificación de la economía monetaria tuvieron por cima un desarrollo de las actividades bancarias. Ya hemos visto⁶²⁹ que la banca, nacida por las operaciones de cambio, era una realidad corriente en la época clásica: no lo era menos en la época helenística. Se practicaba ahora el depósito, el crédito, en ocasiones la inversión de rendimientos, otras veces se producían incluso transferencias entre clientes de un mismo banquero (sin embargo, el *clearing* internacional no está atestiguado y es poco verosímil). La gran mayoría de los bancos eran establecimientos privados, que debían ser particularmente numerosos en los grandes centros comerciales⁶³⁰, pero también vemos multiplicarse los bancos públicos, decisión que deriva evidentemente del deseo de las ciudades por explotar esa fuente de ingresos, que los Lágidas también supieron monopolizar⁶³¹. De todas formas, tenemos mayor información sobre las actividades bancarias de ciertos templos. Como lugares seguros por excelencia, puesto que el robo en ellos era sacrilego, los templos habían acogido ya tempranamente una serie de depósitos y resulta normal que sus propios capitales y los beneficios de sus tierras los arrastrasen a transformarse en establecimientos de crédito. Atestiguada en casi todas partes, esta función se halla ampliamente documentada en las inscripciones de Delos, cuyo santuario prestaba tanto a las ciudades como a los particulares, concediendo especialmente a estos últimos numerosos préstamos hipotecarios de modesto alcance (y cuyo carácter más o menos filantrópico se pone de manifiesto

⁶²⁹ Cf. el volumen anterior, p. 416 y *supra*, pp. 106 y 110.

⁶³⁰ Es lamentable que la documentación sobre este tema resulte muy escasa en Rodas, en donde la actividad bancaria debía de ser intensa.

⁶³¹ Hemos visto, *supra*, p. 418, que además de sus propias funciones la banca se convirtió en Egipto en un mecanismo de la administración fiscal. Apuntemos de paso que la monopolización estatal de la banca, que incluía la de los cambios, se halla evidentemente en relación con la política monetaria del Estado que la instaura.

en el escaso énfasis con que se reclamaba a veces su reembolso o los tenues esfuerzos desplegados para embargar los bienes dados en garantía). Por lo demás, los banqueros privados no escaseaban en Delos y mantenían con la banca sagrada una colaboración cuya naturaleza no está clara.

No obstante, la difusión y la intensificación de la economía monetaria⁶³² no lograron penetrar en todos los recodos del mundo helenístico y subsistió aún en todos lados un amplio margen de economía "natural" que se explica en la medida en que, por una parte, la administración tenía gran interés en percibir ciertos impuestos y en efectuar ciertos pagos en especie (en particular en grano) y, por otra, en la medida en que la vida en los pueblos podía seguir desarrollándose sin la intervención del instrumento monetario. La difusión de la economía monetaria fue prácticamente paralela a la de la vida urbana de tipo griego: cada ciudad era el centro de una circulación monetaria regional más o menos extendida y algunas de ellas servían como bases o estaciones intermedias al gran comercio internacional⁶³³; pero la red que se dibujaba de este modo dependía de la densidad de la población urbana y, en determinadas regiones, éste no era lo bastante intenso como para que no subsistiesen amplias zonas rurales o pastoriles en donde la moneda no tenía, normalmente, nada que hacer⁶³⁴.

V.-RIQUEZA Y POBREZA

La apreciación del grado de prosperidad del mundo helenístico no resulta fácil: hemos insistido suficientemente sobre la complejidad de su composición geográfica, sobre la duración de su existencia, sobre la desigualdad de la documentación que nos ha aportado, etc., como para comprender que sólo ciertas investigaciones con la amplitud de las de Rostovtzeff o de las de Heichelheim, que combinan la periodización cronológica, el análisis socio-económico y las investigaciones temáticas (agricultura, artesanía, comercio, finanzas, etc.), podrían dar esperanzas de una percepción global de los problemas, meta que no perseguimos en

⁶³² Debemos añadir al mundo helenístico *stricto sensu* los ámbitos cartagineses y romanos. Los denarios romanos hicieron su aparición en el mundo egeo en el siglo II.

⁶³³ Los hallazgos de tesoros en el Imperio seléucida siguen destacadamente los grandes ejes de circulación.

⁶³⁴ Recordemos aquí que algunas monedas griegas habían penetrado muy lejos en Oriente, ya desde el siglo VI, sin que su valor instrumental tuviese nada que ver: eran buscadas como objetos preciosos y también como fuente de metal destinado a ser transformado. No hay razón para pensar que no fuese así incluso en la época helenística. Esto conduce a plantear la cuestión (frente a la cual no hay respuesta) de saber qué proporción de metal precioso fue desviada de la amonedación para otros usos (joyería, vajilla, etc.). Es verdad que las cortes reales escondían grandes cantidades de objetos de oro y de plata, al igual que, en las ciudades, los propietarios atesoraban metales por el mismo sistema. En todos los lugares en donde el aprovisionamiento de metales monetarios preciosos dependía de las más diversas condiciones aleatorias, eso pudo contribuir a las dificultades monetarias y a la multiplicación del numerario en bronce.

estas pocas páginas. Pero, sin caer en la tentación de “modernizar” la economía helenística, podemos observar, entre nuestro mundo de la segunda mitad del siglo xx y el mundo helenístico, algunas analogías que, *mutatis mutandis*, pueden servirnos de guía. Al igual que el nuestro, el mundo helenístico era un mundo cuya expansión geográfica no se hizo a expensas de la cohesión del conjunto, cuyas partes mantuvieron, salvando grandes distancias, una comunicación constante las unas con las otras; un mundo en el que coexistieron enormes potencias políticas y militares y entidades menores y más o menos dependientes, cuya disparidad de recursos era paralela a la disparidad de fuerzas; un mundo que, convertido en escenario de fenómenos económicos amplificadas, conoció un incremento de la masa global de los productos ofrecidos al consumo; pero en donde el descenso de los precios que este incremento habría podido por sí solo provocar (y que provocó algunas veces) se vio contrariado por otros múltiples factores: por el acrecentamiento de la masa monetaria total, que, sobre todo al principio, provocó un descenso del poder adquisitivo del dinero; por la tendencia a la monopolización de ciertos productos de primera necesidad que justificó que sobre ellos recayesen una serie de tasas fiscales más o menos pesadas; por la contradicción entre la relativa concentración de la producción de algunos de esos productos (el trigo) y la absoluta dispersión de los consumidores, contradicción que favoreció la especulación; por los constantes conflictos armados, factores de desorganización de los mercados, etc. Así pues, hay necesariamente, en este mundo renovado, sectores (geográficos o sociales) que se aprovechan de la coyuntura mundial: los grandes productores, los transportistas y los agentes de tránsito; y otros que la sufren: de forma general, los consumidores (cuyo abastecimiento y precio de compra dependen de múltiples factores), así como los pequeños productores y los asalariados. Estas consideraciones explican que uno de los problemas fundamentales de la historia económica del mundo helenístico, como del nuestro, radica en la distribución de la riqueza y de la pobreza, tanto en el espacio geopolítico como en las estructuras sociales de un país o de un lugar dados. Adoptaremos aquí, por lo tanto, este punto de vista.

Pero debemos ante todo atraer la atención sobre las incertidumbres derivadas de la dimensión temporal del problema. Hace casi medio siglo, en un trabajo pionero, Fr. Heichelheim esbozó una “historia cuantitativa” precursora de las “fluctuaciones económicas” (*wirtschaftliche Schwankungen*) de la época helenística: fluctuaciones monetarias, movimientos de precios, variaciones geográficas y cronológicas de las tasas de interés, coste de la vida, es decir, nivel de vida. Por meritorios que fuesen, los análisis y las conclusiones de Heichelheim estaban afectados por un coeficiente de incertidumbre en la medida en que los documentos cifrados de los que disponemos difícilmente podrían representar las condiciones del conjunto del mundo de la época, puesto que proceden principalmente del Egipto lágida y de Delos. Pero a partir de entonces se estableció un punto esencial: los períodos económicos que permiten discernir las principales articulaciones de las *Schwankungen* de Heichelheim tuvieron condicio-

namientos políticos. Tomemos el ejemplo del precio del trigo en Egipto (que repercutía evidentemente sobre su precio de exportación e interesaba, por tanto, a buena parte de la cuenca oriental del Mediterráneo): este precio se mantuvo a un nivel alto durante la campaña de Alejandro, conoció variaciones notorias alrededor de una media alta durante las guerras de los Diádocos, y bajó después durante el período de relativa estabilidad política que va desde *c.* 280 a *c.* 250-240, para aumentar después progresivamente y conocer de nuevo fuertes perturbaciones en el siglo II, con una tendencia final a la baja. Aunque nunca resulte posible determinar todos los factores que intervenían en la fijación de ese precio, tanto en Egipto (en donde había que tener en cuenta las condiciones económicas o políticas coyunturales y pasajeras, así como la crisis monetaria que comenzó a finales del siglo III) como en el exterior (en donde la coyuntura política era infinitamente más variable que en el mismo Egipto) parece que hubo, a grandes rasgos, períodos de trigo egipcio caro y un período de trigo egipcio barato; y como el carácter masivo de las exportaciones egipcias debía imponer la ley del mercado a los trigos de otros orígenes, podemos estimar que el coste de la vida, en la medida en que estaba ligado al precio del trigo, fue más favorable para la generación siguiente a las guerras de los Diádocos: es además la época en que las alusiones a las dificultades frumentarias desaparecen temporalmente de la epigrafía de las ciudades griegas. Sin duda el precio del trigo no era el único factor que afectaba al nivel de vida: pero el aceite de oliva, otro alimento de base de los griegos, parece haber experimentado cursos más estables y relativamente bajos, puesto que era producido en todas partes en cantidad suficiente (dentro de la zona mediterránea) y se hallaba por eso poco sujeto a los vaivenes del comercio; además, sería preciso que pudiésemos tener en cuenta, siempre y en todas partes (lo cual está lejos de la realidad), los salarios, los precios de los alquileres, etc.⁶³⁵. Sin duda, tampoco los datos

⁶³⁵ Cuando Heichelheim subrayaba que la época inicial en la que el trigo egipcio fue muy caro constituyó asimismo una época de alza de los alquileres y de descenso de los salarios en Delos, es probable que esta comprobación pueda ser ampliamente generalizada (y que podamos ver aquí una de las razones de la emigración desde los viejos países hacia los nuevos). Pero cuando certifica, siempre en Delos, que el descenso de los precios subsiguiente no fue lo bastante grande como para producir una rectificación de los salarios, podemos dudar sobre la posibilidad de generalizar dicho fenómeno, puesto que aunque Delos experimentase evidentemente el mismo movimiento en los precios del trigo que el resto de la cuenca del Egeo, es dudoso que los salarios de esta roca improductiva puedan pasar por modélicos. Al contrario, el descenso en los arrendamientos del suelo, que se aprecia en Delos en la época en que bajó el precio del trigo egipcio, pero que continúa en la época en la que éste vuelve a subir, es quizá un fenómeno más general ligado a la emigración (y a la urbanización), consecuencia de un déficit de mano de obra agrícola en el viejo mundo. Pero, en este aspecto, las condiciones debieron ser más distintas de lo que percibimos. En el mismo orden de ideas, podemos preguntarnos si, como quería Heichelheim, la tasa de interés, superior en Oriente a la del mundo griego, produjo "una migración continua de capital en dirección a Oriente": esto es concebir el "mercado de capitales" con una óptica muy moderna, cuando los útiles modernos (bancos internacionales, bolsas, sistemas coherentes de información) no existían. Por lo demás, el capital financiero dista mucho de desaparecer en el viejo mundo griego.

de que disponemos respecto al trigo son válidos en todas partes: no sabemos nada de su precio, por ejemplo, en el Imperio seléucida, pero es probable que allí permaneciese indiferente, en buena medida, a las fluctuaciones mediterráneas. Y sin duda ocurría lo mismo en las regiones interiores de Grecia, en donde el abastecimiento marítimo resultaba difícil, y en gran parte de Macedonia. Repitamos además que el problema del trigo, de su precio y de su influencia sobre el nivel de vida era esencialmente un problema urbano y que la urbanización del mundo helenístico permitió que subsistiesen extensas zonas rurales cuya relativa autarquía alimenticia debía amortizar las fluctuaciones de precios observadas (o imaginables) en las zonas urbanizadas litorales.

Una vez planteado este punto, reunamos algunos indicios sobre la riqueza, sobre la pobreza y sobre su reparto.

La riqueza, incluso la opulencia, estuvo primero en manos de aquellos que controlaban las fuentes de producción más extensas y los aparatos fiscales más rentables: de los soberanos —o, al menos, de los de Oriente, puesto que la corte de Macedonia llevó, al parecer, un tren de vida más modesto, en relación con sus ingresos menos ilimitados que los de los Lágidas y los de los Seléucidas⁶³⁶—. Aunque los soberanos helenísticos podían haber tomado de la tradición griega (Homero) la asociación entre la riqueza y el poder⁶³⁷, fue sobre todo en su condición de herederos de los soberanos orientales como convirtieron a sus palacios en unos lugares de acumulación de riquezas que la antigua Grecia y Macedonia no habrían nunca podido imaginar. La ostentación de estas riquezas formaba parte del prestigio real. La descripción de la gran procesión triunfal que marcó, en Alejandría, la celebración de las *Ptolemaieia* del 271/0⁶³⁸ encierra seguramente buenas dosis de exageración, pero no cabe dudar que Ptolomeo II intentó deslumbrar a sus súbditos, y en particular a las delegaciones venidas de todas partes, haciendo desfilar el contenido de sus tesoros. Un siglo más tarde fue Antíoco IV, soberano de un reino que, sin embargo, estaba ya vencido por Roma, quien se prestó a una manifestación análoga durante las gigantescas fiestas de Dafne (Antioquía), preludio de la expedición iraní en la cual debía morir⁶³⁹. La riqueza real era símbolo del poder real: vemos asomar aquí una especie de “magia” muy arcaica, pero que no es exclusiva de los soberanos helenísticos. La cuestión consistiría en saber en qué medida el atesoramiento real pesó sobre la economía de los reinos. En el caso de Egipto, la respuesta no parece dudosa: como hemos visto⁶⁴⁰, la sobreexplotación del país (de la que el rey no era el

⁶³⁶ La corte de Pérgamo, por su parte, pasaba por despreciar la ostentación, pero los Atálidas no dejaban por ello de ser muy ricos, como prueban las generosidades que desplegaron en el mundo griego.

⁶³⁷ Recordemos que la riqueza “financiera” como factor de poder político es uno de los temas más originales de la interpretación de los tiempos antiguos dentro de la “arqueología” tucididea.

⁶³⁸ Descripción de Calístenes de Rodas, reproducida por Ateneo, V, 196 ss.

⁶³⁹ Polibio, XXX, 25 ss.

⁶⁴⁰ *Supra*, p. 416.

único en aprovecharse) contribuyó ampliamente a alimentar la opulencia del soberano. Bajo Ptolomeo II, los efectos más nefastos de esta política aún no habían hecho aparición, pero cuando en el 140 Ptolomeo VIII emprendió otra vez al juego de la ostentación, para impresionar a una embajada romana, el monarca reinaba sobre un país azotado por la miseria y por el desorden engendrado por esta miseria. Había en esto una desmesura y una sinrazón características de una realeza que había llegado al punto de no existir más que para sí misma.

Los reyes —y su círculo allegado— no eran las únicas personas ricas. En el viejo mundo griego los signos de riqueza eran también numerosos, y resulta trivial recordar la prosperidad de que gozaban, por ejemplo, las ciudades de Asia Menor, las cuales, pese a sus vicisitudes políticas, recuperaron en época helenística los ingresos procedentes del movimiento comercial que habían perdido durante la época clásica⁶¹. El urbanismo monumental, las liberalidades de los ciudadanos más ricos, son muestra de una notoria acumulación de capital. Pero, como hemos visto, estas mismas ciudades tenían dificultades en sus finanzas *públicas* y su riqueza aparente parece ser principalmente el resultado de la suma de las fortunas privadas, cuya repartición era muy desigual. Los signos de riqueza tampoco faltan en la Grecia europea y, hecho destacado, aparecen en regiones en donde las condiciones de las épocas precedentes no nos lo hacían esperar y que dan la impresión de “nuevos ricos”. Su ascensión política y el fructífero ejercicio de la piratería explican la afluencia de riquezas que certificamos en Etolia y en Acarnania, paralelamente a un desarrollo del trabajo servil. Ya hemos señalado anteriormente la influencia, denunciada por Polibio, del enriquecimiento sobre la demografía peloponesia. Una serie de inscripciones de Mesenia revelan un sorprendente desarrollo de la riqueza privada en aquel lejano país. Pero tanto aquí como en Asia menor y en las islas, y sin duda también en otros lugares, la distribución de la riqueza parece haber sido muy desigual: es privilegio de aquellos a quienes Rostovtzeff llamaba los “burgueses” —burgueses de quienes jamás sabemos exactamente de dónde obtenían sus ingresos (sin duda, en buena medida, de sus bienes raíces, pero también del crédito⁶²)—. Lo que averiguamos de manera incidental sobre el nivel de ciertos capitales mobiliarios privados muestra que eran muy superiores a los que son conocidos en la época clásica. Polibio hablaba de la preocupación de

⁶¹ Ya hemos apuntado, *supra*, nota 604, la reanudación de las actividades pónicas de Mileto. Éfeso, por su parte, recobra su función natural de estación término de la gran ruta real anatolia; fue además profundamente modificada, en el aspecto material, por Lisímaco, quien obligó a esta ciudad a abandonar su viejo puerto, en vías de quedar anegado por la arena, y a acercarse al mar —lo cual fue provechoso, pese a la mala voluntad mostrada por los efesios para efectuar este cambio.

⁶² Y en particular del crédito marítimo (“préstamo a la gruesa”) en las ciudades litorales: ya hemos señalado que ni los bancos ni los templos arriesgaban sus fondos en grandes aventuras, y la masa considerable de crédito que comprende el comercio marítimo helenístico debió, pues, ser suministrada, fundamentalmente, por particulares —que, como es natural, no arriesgaban en estas operaciones más que una pequeña parte de su capital.

estos ricos por criar a sus escasos hijos rodeados de lujo: ya desde el siglo IV⁶⁴³ podemos apreciar cómo los propietarios abandonan la modestia común de la vida material griega (una modestia que, de hecho, se había impuesto sobre todo en el siglo V) y cómo esta tendencia se desarrolla ahora. Estamos ante un cambio profundo en las costumbres, cambio atestiguado por numerosos datos tanto literarios como epigráficos y arqueológicos relativos al hábitat, al mobiliario, al vestido (femenino sobre todo), a las joyas, a la vajilla, a la mesa⁶⁴⁴: para algunos, la antigua ética de la "vida buena" dejó su sitio al ideal de la "buena vida", y es seguro que, para quienes podían, la preocupación por organizar su vida privada de la manera más acomodada y más agradable posible estaba ligada al desmoronamiento de la vida pública⁶⁴⁵. Desde luego, no faltan testimonios de abnegación a la cosa pública, pero esa abnegación poseía a menudo un sentido diferente del que había tenido en el pasado, pues desde ahora ya no consiste tanto en poner su sabiduría, su experiencia, su tiempo, sus bienes y su sangre al servicio de una gran política, casi siempre imposible, cuanto en convertir su fortuna en fuente de distinciones honoríficas y en una especie de patronazgo económico. Como ya hemos apuntado, la democracia que rige oficialmente numerosas ciudades no es con frecuencia sino una fachada que disimula una plutocracia de hecho. Es verdad que todo ello encontró resistencias de carácter tradicionalista: leyes suntuarias, como las de Demetrio de Falero en Atenas, o algunas disposiciones tendentes a limitar el lujo ostentatorio de las mujeres de la buena sociedad⁶⁴⁶ prueban que la nueva situación chocaba a algunos, aunque no tanto porque condenaban la riqueza en sí misma cuanto porque juzgaban su exhibición fuera de lugar, tal vez peligrosa para la paz social. Todo aquello que la soldadesca romana encontró para saquear en el mundo griego —al menos lo que brillaba⁶⁴⁷— no lo habría encontrado dos siglos antes. La "decadencia griega", idea que exige reservas incluso a nivel político, realmente no fue cierta desde el punto de vista de la civilización material. Pero el refinamiento de aquella civilización, como sucede en otras épocas y lugares, parece que fue al precio de la pobreza, incluso de la miseria de la mayoría.

⁶⁴³ *Supra*, p. 116.

⁶⁴⁴ Todos ellos son campos en los que repercuten los efectos de la moda, dictada a distancia por las capitales reales y por las grandes ciudades.

⁶⁴⁵ Subrayemos, por el contrario, que las protestas del cínico Cércidas, en sus *Meliambos*, en contra de la riqueza corruptora y de la desigualdad en el reparto de los bienes, protestas acompañadas de llamamientos a la simplicidad y al reparto filantrópico, marchan al unísono con la devoción hacia los asuntos públicos de este filósofo poeta, puesto que Cércidas de Megalópolis (contemporáneo de Arato y de Antígono Dosón) fue un hombre de Estado y un hombre de guerra.

⁶⁴⁶ Sobre los *ginecomos*, cf. *supra*, p. 462. Llamemos asimismo la atención, a comienzos del siglo I, sobre el famoso reglamento de los misterios de Andania, en Mesenia, que prohibía a las mujeres presentarse con "vestidos transparentes" (*Syll.*³ 736); estas descendientes de hilotas llevaban vestidos de seda...

⁶⁴⁷ Polibio subraya el desdén de los legionarios, durante la destrucción de Corinto, por cuadros cuyo valor desconocían.

Por su naturaleza misma, la pobreza figura menos en la documentación que la riqueza: la falta tiene menos éxito que el exceso, y siempre es a través de los testimonios sobre las tensiones sociales creadas por la disparidad de los recursos como percibimos la miseria. Además, no la percibimos en todas partes: la documentación, ciertamente escasa, relativa al Imperio seléucida no se ocupa de este tema y aquí solamente tenemos en cuenta a Egipto y al viejo mundo griego. No volveremos sobre Egipto, del cual ya hemos hablado lo suficiente. En el mundo de las ciudades, por el contrario, el mejor delator de la pobreza es el problema de las deudas, que parece haber sido muy general. Este problema, bien conocido por los historiadores de la época arcaica, había desaparecido en el siglo V para resurgir otra vez con los desastres del final de la guerra del Peloponeso y adquirir en el siglo IV la condición de fenómeno corriente, que no perdería ya. Las inscripciones hipotecarias (los *horoi*), que se multiplican entonces en el Ática y en algunas islas, debemos tomarlas aquí menos en consideración (puesto que nunca parecen traducir una situación económica crítica) que las frecuentes reivindicaciones sobre la abolición de las deudas (*chreón apokopé*) y de la redistribución del suelo (*ges anadasmós*), así como las leyes diversas que atañen de un modo u otro al endeudamiento (ya sea para ordenar la abrogación parcial o total de las deudas, ya para prohibir, ya para instituir una moratoria, ya para bajar las tasas de interés, etc.) y que los arbitrajes extranjeros, a los cuales se recurría en ocasiones para salir de situaciones inextricables. Todo lo que nos ha llegado sobre este asunto revela situaciones muy diversas que impiden toda generalización, pero se puede concluir de todos modos que el endeudamiento como problema económico social común de la época está ligado a la cuestión agraria⁶⁴⁸: aunque los acreedores prácticamente sólo podían proceder del grupo de habitantes de la ciudad que poseían capital, y los deudores eran casi siempre campesinos, existen testimonios de que incluso los grandes propietarios terminaban por endeudarse, ya fuese por haber intentado mejorar demasiado, ya por haber cedido a un gusto excesivo por el lujo y por el gasto: estas personas podían unirse a los pequeños para reclamar la abolición de las deudas, pero no el reparto del suelo. Esta última era la medida subversiva por excelencia; suponía confiscaciones que, a su vez, se practicaban tan sólo después de exilios, es decir, en un contexto de guerra civil que se hallaba también en relación, por lo general, con el endeudamiento campesino: el hecho de que el éxito de una redistribución del suelo tuviese por condición una proscripción puede probarse, a contrario, por el fracaso del único intento pasivo que conocemos de solución conjunta del problema de las tierras y de las deudas, el de Agis IV de Esparta. Cuanto más común parece el endeudamiento rural, tanto más desconocemos, en líneas generales, sus mecanismos: sin duda, la ruina de los pequeños agricultores fue en muchos casos consecuencia de las guerras, pero debemos tener asimismo en cuenta —lo cual es muy difi-

⁶⁴⁸ Es decir, que no incluye, por ejemplo, el crédito marítimo.

cil— el contexto económico general, el movimiento de los precios condicionado por el comercio internacional, del de los alquileres para los arrendatarios, del de los salarios para aquellos campesinos cuya falta de ingresos obligaba a un trabajo complementario retribuido, y de las situaciones monetarias locales, sin olvidar la coyuntura de las malas cosechas, puesto que una sola desgracia podía iniciar el proceso de endeudamiento. La complejidad de estos factores es, en general, reacia al análisis. Del mismo modo, las consecuencias del endeudamiento campesino jamás están claras: aunque es evidente que favoreció el desarrollo de la gran propiedad, no sabemos ni en qué proporción ni en qué se convertían los pequeños propietarios despojados; muchos de ellos debieron convertirse en arrendatarios de sus acreedores y constituir la masa de aquellos para quienes la redistribución del suelo era el corolario de la abrogación de las deudas, pero la alusión de Polibio a la deserción de los campos en el siglo II muestra que no faltaron campesinos que abandonaron la partida para irse a buscar fortuna en la inmigración o aumentar las filas de los proletarios urbanos⁶⁴⁹.

La pobreza urbana se conoce aún peor que la pobreza rural: habían pocas posibilidades de que el problema de las deudas afectase a las ciudades, puesto que los habitantes pobres de las ciudades no ofrecían a los prestamistas las garantías en tierras que sí tenían los habitantes del campo. Además, nunca se sabe en qué medida había, en cada ciudad, una franja de indigencia real, es decir, cuál era la proporción de habitantes de la ciudad que no conseguían subsistir gracias a los trabajos urbanos ni en qué medida esta población indigente varió, en el espacio y en el tiempo, según las fluctuaciones coyunturales. Pero las medidas frumentarias a las que ya hemos hecho alusión, y en particular aquellas destinadas a asegurar ventas de trigo barato, incluso distribuciones gratuitas, o también aquellas "liturgias" alimenticias que instituyeron los rodios, prueban, además de las dificultades de suministro, la existencia de ámbitos urbanos indigentes, realidad que ponen asimismo de manifiesto las prácticas de ayuda mutua efectuadas por las asociaciones. Al fin y al cabo, las liberalidades públicas y privadas que se imponía la gente acomodada derivaban sin duda, tanto como de la filantropía o del deseo de obtener influencia o prestigio honorífico, de la preocupación que experimentaban las clases bajas de la población por asegurarse la tranquilidad. Si hubo crisis de agitación popular en el seno de las poblaciones de Alejandría o de Antioquía (aunque parecen haber sido provocadas por pasiones políticas o religiosas más que por la miseria), en cambio no se habla de ello en ningún otro lugar⁶⁵⁰. En la medida en que hubo miseria en las ciudades helenísticas,

⁶⁴⁹ Si hubo, realmente, gran cantidad de tierras incultas en Grecia, eso demuestra de forma incidental que el trabajo servil no reemplazó nada, o casi nada, al trabajo libre en los campos.

⁶⁵⁰ Salvo en los casos en que las posibilidades latentes de agitación fueron explotadas demagógicamente por algunos candidatos a la tiranía (como en el 279 en Casandria-Poti-

parece como si la clase política y propietaria hubiera conseguido casi siempre paliar sus efectos, cuando no llegó a remediarla verdaderamente —algo que, seguramente, ni siquiera persiguió, ya que no disponía de los medios adecuados tanto teóricos como prácticos.

Cabe añadir que, ni en los campos ni en las ciudades, los pobres jamás hicieron causa común con los esclavos o con las personas “dependientes” para constituir una “clase proletaria” erigida contra los “capitalistas”. Aunque la idea de un igualitarismo absoluto de tendencia comunista brota en algunas utopías filosóficas, éstas no eran precisamente más que utopías: en la realidad social, la línea de separación entre hombres libres, incluso miserables, y esclavos no fue nunca traspasada, al igual que sucedió en épocas anteriores⁶⁵¹. La agitación social de los hombres libres no tomó en consideración a los esclavos, ni tampoco los escasos levantamientos serviles (que no pueden compararse con las guerras serviles de occidente) hallaron apoyo en las clases proletarias libres. El artículo primero del sistema de las representaciones griegas del estatuto social, a saber, la oposición entre la libertad y la servidumbre personales, sigue siendo más fuerte que las condiciones socio-económicas reales, que hubiesen podido (algunos dirían: que hubiesen debido) acercar a los elementos más desheredados de la población.

Si juzgamos la prosperidad de un mundo según el total de la riqueza acumulada, el mundo helenístico fue verdaderamente próspero, y vemos pruebas de ello en el terreno y en los museos. Por otra parte, si tomamos en consideración la repartición geográfica de esta riqueza, es cierto que fue más corriente que en los dos siglos anteriores, puesto que la observamos en algunas regiones en donde jamás la habían conocido antes. Pero si nos preguntamos sobre su reparto social, la respuesta es diferente. La distancia entre ricos y pobres, que había empezado a crearse en el siglo IV, se hizo todavía mayor, al menos allá donde la documentación nos proporciona muestras de la realidad —lo cual no basta para autorizar la generalización—, pero si consideramos la monarquía o las ciudades no hay duda de que la riqueza tiende a concentrarse en la cúspide de la pirámide político-social, en manos de los soberanos, de los círculos áulicos y del alto funcionariado real, por una parte, y de las oligarquías urbanas por la otra. En ambos casos, los ingresos de las tierras y los ingresos mobiliarios concurren en la acumulación de capital, sin que podamos determinar sus

dea, donde un tal Apolodoro se adueñó del poder apoyándose en el populacho urbano). Pero no podemos examinar a todas las tiranías helenísticas bajo este punto de vista, y hubo además numerosos “tiranos” helenísticos que fueron de hecho agentes de los soberanos.

⁶⁵¹ La única ocasión en la que percibimos un acercamiento entre utopía y realidad es, en los años 133-130, la empresa del pretendiente Aristónico, el cual, para apoderarse del reino de Pérgamo legado a Roma por Atalo III, intentó asociar a esclavos, campesinos y propietarios en una “ciudad del Sol”. Pero esto sólo era, como mucho, una táctica destinada a aumentar el número de sus partidarios y los efectivos de su ejército, como lo había hecho Cleómenes III vendiendo su libertad a los hilotas. Liberar esclavos para convertirlos en combatientes era, por lo demás, un procedimiento que habían usado las ciudades griegas en circunstancias críticas y que no tenía nada que ver con la utopía.

partes respectivas en el caso del capital privado. Guardémonos, sin embargo, de imponer una etiqueta teórica al sistema así elaborado. La acumulación de capital por sí sola no permite hablar de capitalismo, ni de capitalismo de Estado ni de capitalismo "burgués", porque lo que le falta al marco de la economía helenística que podemos, no sin dificultades, reconstruir, es la noción de inversión productiva, es decir, de la transformación del capital en "fuerza de producción" —de modo que no se abandonan los caminos ya trillados de los siglos anteriores—. Cualesquiera que fuesen sus fuentes, el capital, tanto real, como cívico o privado, se destinaba esencialmente a ser atesorado o gastado, y en segundo lugar a producir renta a través del préstamo. Parece que podemos aquí —adoptando las debidas precauciones impuestas por la insuficiencia de la documentación— volver a decir lo que ya hemos adelantado: la economía helenística se diferencia de la economía griega clásica no tanto por un cambio de naturaleza cuanto por un cambio de escala. Sin duda, la inserción de la economía de tipo griego en los ámbitos orientales antiguos representa una novedad de primer orden, pero que no parece haber modificado radicalmente, en ningún lugar, las estructuras anteriores de la vida económica. Habríamos podido hablar de yuxtaposición de ámbitos sociales helenísticos e indígenas, de superposición de engranajes administrativos griegos a los aparatos administrativos orientales: parece que sea también bajo esta perspectiva como debemos plantear la economía de los reinos, en donde la imposición de una fiscalidad griega perfeccionada y ampliamente monetizada permite absorber mejor la riqueza hacia la cúspide del edificio sin que la base productora indígena, estimulada sin duda por las necesidades reales, de la impresión de haber funcionado según normas totalmente diferentes a las del pasado. En cuanto a la economía de las ciudades griegas, que sufre los contragolpes (favorables o desfavorables según los lugares y los momentos) de una nueva situación política mundial, su estilo propio sigue siendo el de la época clásica y su evolución —en el sentido de una concentración de la riqueza y de una extensión de la pobreza— prolonga la del siglo IV.

CUARTA PARTE

LA VIDA ESPIRITUAL

CAPÍTULO PRIMERO

LAS NUEVAS CONDICIONES DE LA VIDA INTELECTUAL Y CULTURAL

Las anteriores páginas han intentado destacar las modificaciones introducidas por la conquista de Alejandro y su evolución en las estructuras políticas, sociales y económicas del mundo griego ampliado. Pero la civilización helenística, el *Helenismus*, constituye asimismo —en buena medida constituye sobre todo— un nuevo capítulo, el más largo de todos, de la historia del espíritu griego. Como toda forma de cultura, y en particular toda forma de cultura superior, es producto de un ámbito social, podemos pensar *a priori* que también en este aspecto los cambios debieron ser notorios; así pues, debemos observar en primer lugar las condiciones de esta evolución antes de exponer su sustancia.

I.—LOS NUEVOS CENTROS DE LA INTELIGENCIA GRIEGA.

LA HEGEMONÍA ALEJANDRINA⁶⁵²

La *polis*, como organismo socio-político, y las formas superiores de civilización que en ella nacieron habían mantenido múltiples y fecundas relaciones recíprocas. La evolución política no habría sido concebible sin una reflexión filosófica, alimentada a su vez por esa evolución, mientras que los marcos cívicos y religiosos que creó fueron los que cobijaron las formas artísticas y literarias fundamentales de la “civilización griega”: sin los cultos cívicos no habría habido arquitectura monumental, ni grandes esculturas, ni lírica coral; sin la sociedad aristocrática jonia no habría podido hacerse la epopeya; sin la crisis de esta sociedad no habría existido lírica personal y elegía política, sin la maduración de la *polis* atenien-

⁶⁵² OBRAS DE CONSULTA.—Sobre el Museo y la Biblioteca de Alejandría, además de las obras de carácter general citadas en nota 324, véase Müller-Graupa, *s.v.* Museion, *PW*, XVI, I, 1933, col. 801 ss.; E.A. Parsons, *The Alexandrian library*, Amsterdam-Londres-Nueva York, 1952 (bibliografía abundante); P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972, cap. VI; véase asimismo R. Pfeiffer, *History of classical scholarship*, Oxford, 1968.—Sobre Pérgamo: E. A. Hansen, *The Attalids of Perg.*, 2.^a ed., Itaca-Londres, 1971, cap. IX.

se tampoco habríamos conocido la tragedia; sin las asambleas y los tribunales no habría habido lugar para la retórica, sin las relaciones entre ciudades, y sin las del mundo de las ciudades con los bárbaros, no habría nacido la historia —y así sucesivamente—. Como los centros de esta cultura superior requerían siempre un cierto grado de ocio, es decir, de riqueza y de poder, fueron siempre múltiples y dispersos e impusieron a esta cultura una serie de facetas regionales distintas, aunque no por ello las relaciones que se mantenían y algunos otros fenómenos excepcionales, como la hegemonía ateniense, dejasen de asegurar una homogeneidad a todo el conjunto.

¿Podemos decir por ello que la conquista de Alejandro acabó brutalmente con todo lo anterior? Seguramente no: un acontecimiento político grave puede generar un choque cultural con consecuencias irreversibles (la guerra del Peloponeso es una prueba de ello), pero no puede provocar una ruptura absoluta en la sustancia misma de una civilización. A fin de cuentas, ni la conquista de Alejandro ni la época posterior acabaron con la *polis*, forma social que, por el contrario, se expandió... Pero cuando los acontecimientos políticos desembocan en una transformación radical del mundo acompañada por un desplazamiento de los centros de poder y de riqueza y, sobre todo, por un cambio de naturaleza de esta potencia, la civilización en su conjunto se resiente de ello de modo inexorable. Estamos hablando aquí, conviene aclararlo bien, de la cultura griega: ya hemos aludido a la tendencia defensiva de los núcleos griegos trasladados a un ambiente oriental⁶⁵³, tendencia que, sin duda, no llegaría a excluir la recepción de influencias orientales. Pero éstas fueron profundas tan sólo en el ámbito religioso; en el terreno intelectual y artístico podemos reseñar la misma observación que ya hicimos respecto a la lengua, las instituciones, el derecho e incluso la economía, a saber, que los helenos de los nuevos países se mantuvieron ligados a sus tradiciones: la cultura helenística es, en gran medida, la prolongación directa de la cultura clásica. Pero no se limita a ser una prolongación conservadora, de la que luego volveremos a ocuparnos: el nuevo mundo tuvo nuevos centros creativos en donde la inteligencia griega trabajó en unas condiciones y con una orientación que no fueron las mismas habidas hasta entonces.

El monarca se convirtió en protector de las artes y de las letras: no obstante, la tradición griega no ignoraba este fenómeno y nos muestra tiranos que se rodeaban de poetas, artistas, sabios o filósofos: Píndaro, Esquilo y Platón habían viajado a Sicilia, pero su estancia allí no adquirió un alcance histórico real⁶⁵⁴. Los reyes de Macedonia, por su parte, practicaron este mecenazgo (por ejemplo, con Eurípides o Aristóteles), que contribuyó sin duda a helenizar su corte y la aristocracia macedonia. Pero el ejemplo del mismo Alejandro fue tal vez decisivo; llevó en su séquito a filósofos, poetas, artistas y sabios e incluso una biblioteca: las

⁶⁵³ *Supra*, p. 442.

⁶⁵⁴ O un alcance negativo en el caso de la evolución de Platón, *supra*, p. 148.

cosas del espíritu no debían faltar en la edificación del nuevo imperio. Todo lo cual no significaba que alguna de las capitales de los diádocos tuviese que convertirse en uno de los centros intelectuales del mundo, y desde luego Alejandro no abrigó semejante idea cuando fundó Alejandría. ¿Concibió ese proyecto el mismo Ptolomeo antes de encontrarse a Demetrio de Falero? Es lamentable que no percibamos claramente la personalidad intelectual del fundador del Imperio lágida. El hecho de que fuese escritor nos revela una formación griega sólida, así como las anécdotas relativas a sus entrevistas con filósofos reflejan una curiosidad no exenta de humor. Se admite asimismo que durante su larga estancia en Cos (309/8) mantuvo relaciones con los representantes de la famosa escuela médica de la isla, así como con sus círculos literarios. Quizá todo ello sólo habría conducido para adornar la corte con los artistas, pensadores y sabios que supo atraer, pero no para crear la prestigiosa institución que los reunió; algunos piensan que aquélla fue fruto de la imaginación y de la experiencia de Demetrio de Falero. Éste, que gobernó Atenas por cuenta de Casandro entre el 317 y el 307⁶⁵⁵, tuvo que huir cuando la ciudad cayó en manos de Demetrio Poliorcetes, y, tras un exilio en Grecia, viajó a Alejandría. Su influencia sobre Soter incluyó, al parecer, muchos aspectos, pero es sobre todo su influencia científica lo que nos interesa aquí. Demetrio de Falero era, efectivamente, un representante de la escuela aristotélica y es probable que, a falta de los recursos intelectuales de su patria, viese en los gustos y en las ambiciones de Ptolomeo la forma de crear en Alejandría un nuevo Liceo, en donde podría continuar y amplificar, gracias al patrocinio real y a una serie de recursos financieros sin precedentes, la inmensa tarea de investigación y sistematización científica que había inaugurado Aristóteles y continuado Teofrasto. Es evidente que el nombre de "Museo" con que fue bautizada la nueva institución, las realidades que este nombre representaba y la tendencia de los trabajos que en su seno iban a efectuarse poseen un fundamento aristotélico. Un museo (*Museion*) no es, etimológicamente, más que un santuario de las Musas, y se conocen otros en el mundo griego antes de la época alejandrina. El culto de las Musas estaba ligado al de los intereses del espíritu y el Liceo ateniense contaba con un santuario de las Musas: la escuela peripatética (sobre todo bajo la dirección de Teofrasto) aparece como el *thiasos* de dicho santuario. Si añadimos que el Liceo poseía una biblioteca, vemos que la creación alejandrina figuraba claramente como una trasposición de la escuela aristotélica a un nuevo país. Pese a su esplendor y su reputación, pese al largo papel que tuvieron en la historia del conocimiento griego, el Museo y la Biblioteca de Alejandría se conocen mal: sólo conservamos una breve descripción del Museo, de comienzos de la época romana (Estrabón), que no basta para imaginarlo de manera correcta; es probable que sus huéspedes no viviesen en él, pero disponían de salas de trabajo y de conferencias, de pórticos para pasear, de jardines y de un

⁶⁵⁵ *Supra*, p. 315.

comedor en donde eran alimentados a expensas del tesoro. No sabemos casi nada de la administración del Museo; pero lo que resulta más curioso es que desconocemos el personal científico del Museo, porque aunque es probable que la mayoría de los grandes nombres de la "intelligentsia" alejandrina formaran parte del mismo, ninguno está citado con esa función. Nuestra ignorancia sobre la Biblioteca es aún mayor; incluso su fundación resulta oscura, puesto que está ligada a los nombres de Demetrio de Fale-ro y de Ptolomeo II, lo cual es contradictorio, puesto que el personaje ateniense cayó en desgracia en cuanto Filadelfo subió al trono: pero como la Biblioteca no puede separarse del Museo, la creación de los dos organismos fue sin duda más o menos contemporánea. El objetivo de la biblioteca era reunir la totalidad de la literatura griega y algunas traducciones griegas de textos orientales (como la Biblia). Tenemos algunas indicaciones sobre la política de compras de manuscritos, que condujo a reunir cerca de 500.000 rollos; la mayor parte de ellos contenía varias obras del mismo autor: el número de obras que figuraba en el catálogo supone que había ejemplares repetidos de diversas obras, lo cual está probado, por ejemplo, para los poemas homéricos. La lista de bibliotecarios (algunos de los cuales fueron al mismo tiempo preceptores de los infantes reales) es conocida con incertidumbres: resulta normal que incluyese sobre todo literatos (filólogos como Zenodoto, Aristófanes de Bizancio o Aristarco; poetas como Apolonio de Rodas⁶⁵⁶), pero en ella figura asimismo un eminente "científico": Eratóstenes. El reclutamiento de los sabios y de los hombres de letras que poblaron el Museo y la Biblioteca de Alejandría se realizó en gran medida a través de invitaciones hechas en el ámbito de la zona de influencia política de los Lágidas; por eso, la época de mayor riqueza en hombres valiosos fue cuando aquella zona alcanzó su mayor amplitud, es decir, en el siglo III. Pero la fama que este excepcional círculo adquirió rápidamente atrajo espontáneamente a una multitud de intelectuales de mayor o menor nivel, entre los cuales no todos consiguieron introducirse y beneficiarse de las pensiones reales; algunos gozaron tan sólo de estancias breves. Al acabar el siglo III, el declive del imperialismo, del poder y de la riqueza Lágidas tendió a restringir la inmigración intelectual hacia Alejandría, orientándola hacia otros lugares, como Pérgamo, y la cultura alejandrina perdió su universalidad hasta asumir un carácter más local.

Se ha considerado a menudo a la pareja Museo-Biblioteca como la primera universidad de la historia, y la comparación no es falsa en la medida en que todas las disciplinas del espíritu estuvieron allí más o menos representadas. Pero aunque es probable que los huéspedes del Museo diesen conferencias o seminarios, la enseñanza no constituía el fin de la institución, que era más bien una especie de "centro real de investigación científica". Esa función, sólidamente fomentada por los Lágidas (que fue-

⁶⁵⁶ El caso del poeta Calímaco (*infra*, p. 526) ha sido muy discutido: aunque es seguro que trabajó para establecer el catálogo, o al menos hizo un tipo de bibliografía crítica de los autores representados, no está claro que lo hiciese con el título de bibliotecario.

ron todos ellos hombres de gran cultura), se llevó a cabo con un brillante éxito, por lo menos, hasta el año 145, fecha en que la persecución a la que Ptolomeo VIII sometió a los intelectuales⁶⁵⁷ obligó a la mayoría de ellos a huir de Egipto: crisis pasajera, pero cuyos efectos jamás quedaron totalmente borrados —tanto más cuanto que la época gloriosa de la cultura helenística (que coincide con el apogeo de las monarquías) ya había terminado—. Por otra parte, es dudoso que el núcleo intelectual alejandrino sufriese mucho, un siglo más tarde, por el incendio de la Biblioteca durante la “guerra de Alejandría” de César (47 a.C.): los daños parecen efectivamente haber sido inferiores a lo que en general se piensa e incluso fueron más que compensados, algo más tarde, por el traslado a Alejandría de la Biblioteca de Pérgamo (véase más abajo), confiscada por Antonio. El Museo y la Biblioteca de Alejandría siguieron siendo, de todos modos, centros de la vida intelectual en la época imperial.

Aunque Alejandría se convirtiese así, desde los inicios de la época helenística, en el principal centro de pensamiento y de investigación del mundo mediterráneo, arrebatando el predominio a otros centros culturales del pasado, en particular a Atenas —ciudad que sólo conservó su antigua importancia en el terreno de la filosofía— no fue el único de tales centros. Las demás capitales reales cumplieron, o se esforzaron por cumplir, un papel análogo. Las alusiones a la vida intelectual de Antioquía son muy escasas, pero lo mismo ocurre con Pérgamo. Hemos visto ya que la dinastía atálida se esforzó, desde el principio, en asegurar su proyección sobre el mundo griego mediante favores y donaciones: se esforzó asimismo en atraer a intelectuales, pero fue sobre todo en el siglo II cuando Eumenes II y Atalo II consiguieron hacer de Pérgamo una capital intelectual. No obstante, Pérgamo sufrió las consecuencias de su retraso en emprender el camino, de forma que el apogeo atálida coincidió con la época en que la gran vena creadora helenística ya estaba agotada: por eso, fue ante todo un centro de erudición crítica, en donde no aparecen nombres tan insignes como en Alejandría. La Biblioteca de Pérgamo, la segunda en importancia dentro del mundo helenístico, se resintió de no haber sido creada antes de que los mejores manuscritos fuesen adquiridos por los Ptolomeos: los Atálidas tuvieron que contentarse la mayoría de las veces con copias —e incluso con falsificaciones⁶⁵⁸...—. Sin embargo, la vida intelectual arraigó lo suficiente en Pérgamo como para sobrevivir a su dinastía, y el golpe más duro que recibió se lo asestó Antonio, el cual,

⁶⁵⁷ Esta persecución tuvo motivos políticos, ligados a las disensiones internas de la dinastía: el nefasto Ptolomeo VIII parece haber sido un espíritu cultivado y curioso, y presumía de escribir.

⁶⁵⁸ Uno de los aspectos divertidos de la gran recolección de manuscritos que realizaron los Lágidas y los Atálidas fue que los elevados precios ofrecidos por los ojeadores reales hicieron florecer las falsificaciones: fue además un aliciente, entre otros, para el auge de la crítica filológica. La tradición según la cual los Lágidas, por envidia, habrían prohibido la exportación de papiro con destino a Pérgamo es una fantasía como la que plantea que los pergamenos inventaron el pergamino como sucedáneo.

entre otras exacciones, se apropió de los 200.000 rollos de la Biblioteca, que fueron enviados a Alejandría.

Entre las capitales reales que favorecieron la vida intelectual no debemos olvidar a Siracusa durante el gobierno de Hierón II. No es seguro que Teócrito, a quien Alejandría no supo retenerlo, volviese a su patria para terminar sus días; éste fue el caso, en cambio, de Arquímedes, que residió asimismo muy poco tiempo en Egipto. Junto a las capitales, cierto número de ciudades desempeñaron también el papel de centros intelectuales, sin duda menos universales que Alejandría, al disponer de medios más modestos; pero fueron, no obstante, bastante activos: el mapa de los lugares más importantes del pensamiento helenístico no estaría completo sin Atenas, Rodas, Cos e incluso Tarso, cuya importancia a finales del siglo I viene señalada por Estrabón; y pocas ciudades dejaron de contribuir al brillo de este pensamiento, por modestas que fuesen.

En su mejor época, Atenas había atraído a pensadores, artistas y sabios venidos de todas partes: con mayor razón ocurrió lo mismo en las nuevas capitales, que no tenían ninguna tradición local. El ámbito intelectual alejandrino, como el de Pérgamo, fue cosmopolita y este mismo cosmopolitismo (sin duda a escala griega) muestra la riqueza y la difusión de la cultura superior griega durante todo el período. Mucho más que la Atenas clásica, aunque en campos diferentes, el Museo y la Biblioteca de Alejandría fueron lugar de confrontaciones e intercambios, y asimismo de rivalidades y oposiciones. Pero la tendencia general de la vida intelectual es diferente por muchas razones. No hay pensamiento sin libertad: ahora bien, la libertad intelectual que reinaba en estos institutos reales no era, precisamente, de la misma naturaleza que la que reinaba en la *polis* democrática. En ésta, el flujo de las ideas y de los conocimientos era al mismo tiempo estimulado por la profunda corriente que animaba la vida de la comunidad y limitado —sobre todo para aquellos que, por ser metecos, no pertenecían a la comunidad— por los obstáculos que planteaban las normas éticas y religiosas de la ciudad al pleno desarrollo de la libertad intelectual: el estímulo existió sobre todo en el siglo V, el freno en el IV. Por el contrario, en un ambiente tal como el del Museo la atmósfera era diferente: los intelectuales no temían ser perseguidos por impiedad; podían, pues, conducir sus reflexiones y eventualmente sus experimentaciones por las vías más audaces sin temer violentar a la opinión pública; pero esta última los ignoraba, dado que vivían en un círculo cerrado, alejados de su tierra comunitaria de origen que, precisamente, había fecundado el pensamiento anterior. Sin duda, esto explica bien por qué el rasgo más significativo de la aventura intelectual griega de las épocas arcaica y clásica falta en Alejandría: la filosofía; explica también por qué el conocimiento se hace en esta ciudad más científico y erudito que especulativo, siguiendo en particular el pensamiento positivista del aristotelismo, cuya vertiente metafísica se abandona a la cuna ateniense; finalmente, también explica por qué el arte literario alejandrino, separado asimismo del de sus fuentes de inspiración cívica, se convierte en un juego de ingenio. Lo que se ha convenido en llamar el “alejandrinismo” es el fruto de una serie de

círculos protegidos, cerrados sobre sí mismos, no exentos de conexiones los unos con los otros, puesto que los intelectuales circulan y mantienen correspondencia, pero lo más frecuente es que echen pocas raíces o ninguna en el cuerpo social en general, lo que recuerda, en ciertos aspectos, la cultura universal moderna.

II.—LA CONSERVACIÓN DE LA CULTURA GRIEGA: LA EDUCACIÓN HELENÍSTICA⁶⁵⁹

Hemos señalado antes⁶⁶⁰ que las *poleis* de los nuevos países, al no tener independencia política, debían constituir para sus ciudadanos un marco más importante desde el punto de vista sociológico y cultural que desde el punto de vista político. Hemos subrayado asimismo que en Egipto la falta de un marco cívico había conducido a los helenos a agruparse constituyendo diferentes núcleos que, más intensamente todavía que en Asia, no podían dedicarse sino a la preservación de su identidad a través de la afirmación de su civilización original. En todos los territorios, la voluntad de distinguirse de los ámbitos indígenas, de evitar disolverse en ellos y, sobre todo, de convencerse de su propia superioridad, conduciría a edificar esas barreras conservadoras que son las instituciones pedagógicas. Incluso en el viejo mundo griego, las amenazas constantes a la libertad, unidas a la falta de vigor del espíritu creador (dos fenómenos ligados), lograron análogos efectos. Mientras que en algunos lugares privilegiados la capa superior de la “intelligentsia” se aísla dentro de una serie de trabajos cuyo espíritu conservador, por lo demás, impregna algunas tareas al igual que sucede en las universidades modernas, la preocupación principal de quienes forman la base consiste en preservar una herencia secular. Esos estudiosos de “base” eran casi exclusivamente personas con la ciu-

⁶⁵⁹ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras generales citadas *supra*, nota 324, véase sobre todo E. Ziebarth, *Aus dem gr. Schulwesen*, 2.^a ed., Leipzig-Berlín, 1914; H. I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, Paris, 1948, y ediciones posteriores Ed. española, *Historia de la educación en la antigüedad*, Akal, Madrid, 1985; y M. P. Nilsson, *Die hellenistische Schule*, Munich, 1955, da la bibliografía anterior. Para las fundaciones escolares, véase asimismo (además de Ziebarth, *op. cit.*, cap. III), B. Laum, *Stiftungen in d. gr.-röm. Antike*, Leipzig, 1914. Sobre la efebía ática de la época helenística, Chr. Pelekidis, *Histoire de l'éphébie attique des origines à 31 av. J.-C.*, Paris, 1962, III parte. Sobre los gimnasios: J. Delorme, *Gymnasion*, París, 1960 y *supra*, nota 568 (sobre los gimnasios como sedes de asociaciones). Sobre los descubrimientos papirológicos como espejos de la cultura: R. A. Pack, *The Greek and Latin literary texts from graeco-roman Egypt*, 2.^a ed., Ann Arbor, 1965; sobre la diversidad de hallazgos en un mismo lugar, se pueden hojear por ejemplo los *Oxyrhynchus Papyri* (58 volúmenes editados hasta 1991).

Sobre la documentación arqueológica relativa a la vida teatral, véanse en particular los trabajos de T. B. L. Webster, *Greek theatre production*, Londres, 1956; Id., *Griech. Bühnenerhaltungstüme*, Göttingen, 1963; documentos epigráficos áticos: A. Wilhelm, *Urkunden dramatischer Aufführungen in Athen*, Viena, 1906. Sobre los tecnicis dionisiacos, véase F. Poland, s. v. *technitai*, *PW*, V A2, 1934, col. 2473 ss., al que tendremos que añadir diversos trabajos epigráficos más recientes, como el comentario de Welles, 53, o L. Robert, *Etudes anatoliennes*, pp. 39 ss.; 445 ss.; A. Pickard-Cambridge, *The dramatic festivals of Athens*, Oxford, 1953, cap. VII.

⁶⁶⁰ *Supra*, p. 442.

dadanía y, dentro de los ambientes urbanos, hombres acomodados⁶⁶¹. Hemos avisado del peligro que puede encerrar el uso y sobre todo el abuso de la noción de “burguesía” helenística, generadora de confusión y de contrasentidos: pero, con las precauciones necesarias, cabe estimar que aquello que nosotros llamamos “cultura burguesa” nace en época helenística dentro de los núcleos urbanos que se han apartado de las armas y de la agricultura por imperativo de las nuevas condiciones políticas y sociales⁶⁶² y que sitúan al frente de su pedagogía a un conjunto de disciplinas valoradas como gratuitas y desinteresadas; aunque sólo sea en la medida en que adquieren, sobre todo en Oriente, un objetivo nuevo y más o menos consciente en la perpetuación del hombre griego. Dentro de esta “cultura humanista” que el heleno acomodado se preocupa en dar a sus hijos y mantener para sí mismo, de esta *paideia* que fundamenta la tradición que el Renacimiento ha perpetuado hasta nosotros, los valores “musicales” y literarios del pasado figuran en primer plano: una visión rápida de lo que Egipto nos ha aportado en materia de papiros literarios muestra que los textos científicos son mucho menos abundantes que la “literatura” propiamente dicha; además, la poesía está mucho más representada que la prosa, y la literatura antigua mejor que la reciente, siendo Homero y Eurípides los que atraen el mayor interés. La preocupación de no dejar escapar la herencia del pasado, que parece testimoniar de forma más o menos clara que una época intelectual ya se ha acabado, tan sólo inspira la recolección de las grandes bibliotecas y el trabajo de recensión que se realiza en ellas: y esta preocupación es también la del público.

Las épocas precedentes habían dejado la enseñanza en manos de la iniciativa privada y de la tradición familiar, y esto sigue siendo cierto para el nivel elemental. Pero no nos faltan documentos que revelan que la instrucción se convierte asimismo en un importante asunto público. Conocemos instituciones escolares en varias ciudades, que se ubican siempre en el gimnasio: ya hemos insistido sobre la función sociológica de los gimnasios⁶⁶³; debemos considerarlos aquí por su fines propios, en cuanto instituciones educativas. Si los gimnasios y las palestras habían sido precozmente lugares de enseñanza, era porque los maestros —sofistas, retóricos y filósofos— sabían que podían encontrar allí un auditorio. Esta función espontánea y marginal se transformó en adelante en medular y oficial: los gimnasios se convierten en lugares de la enseñanza que llamamos “secundaria” y reciben, por consiguiente, una organización arquitectónica adaptada, con pórticos, exedras que sirven de salas para clases, bibliotecas. Presiden estos centros magistrados públicos, *gymnasiarcas* y *paidonomos*⁶⁶⁴: son funciones electivas, gratuitas y onerosas, cuyo prestigio se

⁶⁶¹ Esta idea se atenúa naturalmente en Egipto.

⁶⁶² Las dos “*ascesis*”, entendidas en su doble sentido de “entrenamiento” y de “forma de vida”, que constituían el fundamento de la antigua *areté* del ciudadano.

⁶⁶³ *Supra*, p. 398.

⁶⁶⁴ El *gymnasiarchos* presidía el conjunto del gimnasio y de sus actividades; el *paidonomos* tenía, más concretamente, responsabilidades sobre los *paides* (ver más abajo).

acrecienta a medida que decae el de las magistraturas políticas. Por otra parte, la financiación de la enseñanza permitía a los ricos adoptar el papel de “benefactores del pueblo” y obtener honores y consideraciones, puesto que las ciudades, que aceptaban y suscitaban gustosas, según antes vimos, las fundaciones financieras realizadas por los particulares con los fines más diversos, también las admitían para asegurar el presupuesto de sus establecimientos pedagógicos⁶⁶⁵, presupuesto que algunas veces era refflotado mediante fundaciones reales⁶⁶⁶. Los alumnos eran divididos en cursos según su madurez. Las clases parecen haber respondido más o menos en todas partes a un esquema tripartito: los “muchachos” (*paidés*), los “efebos”⁶⁶⁷ y los “jóvenes” (*neoi*); podía suceder que estas clases tuviesen cada una su propio gimnasio, como en Pérgamo o, en el siglo I, en Mileto.

Pero lo importante en este punto consiste no tanto en la organización institucional de esta enseñanza como en sus contenidos. Siguiendo la tradición – y el destino original de los gimnasios– la educación física tenía gran importancia, asociando las antiguas disciplinas atléticas (carrera, lucha y boxeo) con el manejo de las armas: esto podía parecer una supervivencia gratuita en muchos lugares, pero seguían existiendo contingentes cívicos en el viejo mundo griego (sobre todo en Europa) y, entre los helenos de Oriente, algunos son soldados profesionales hereditariamente. Conocemos mejor esta educación física que la educación intelectual; podemos fácilmente enumerar sus disciplinas, pero no sabemos exactamente lo que éstas incluían. La enseñanza de las matemáticas (aritmética, geometría y teoría de la música) parece que no entraba en los “programas” a menudo: sin duda la escuela elemental ofrecía los rudimentos necesarios para la vida corriente, pero su estudio sólo se prolongaba excepcionalmente: la educación y la cultura general helenísticas inauguran la tradición, de la que casi no nos hemos apartado, que piensa que el “hombre probo” es, ante todo, un hombre “literario”. No está del todo claro en qué consistía exactamente esa formación literaria. El decreto escolar de Teos ordena contratar a tres “profesores de letras” (*grammatodidaskaloi*) y a un citarista encargado de enseñar no sólo la técnica del instrumento, sino también *ta mousika*, lo cual incluye, sin duda, la poesía lírica y quizá la danza

⁶⁶⁵ Véanse en particular los decretos de Mileto (*Syll.*³, 577) y de Teos (*Syll.*³, 578), que tratan del uso de capitales puestos a disposición de sus ciudades por dos “evergetes” para la educación de los “niños libres”: normalmente tan sólo se trata de los niños y los documentos relativos a la enseñanza de las niñas son escasos (Pérgamo, Teos).

⁶⁶⁶ Por ejemplo, la de Ptolomeo II en Atenas, la de Eumenes II en Rodas o en Mileto, la de Atalo II en Delfos, etc. Ya fuesen reales o privadas, las fundaciones tenían objetivos diversos: pago de salarios, suministro de aceite al gimnasio, construcción o mantenimiento de edificios, adquisición y mantenimiento de una biblioteca, etc.

⁶⁶⁷ No es posible juzgar sobre la clase de edad efébrica de los gimnasios helenísticos a partir de la institución efébrica ateniense: si ésta se convierte de hecho en la época helenística en una especie de escuela reservada a un corto número de hijos de familia, donde se cultivan, como se hacía en general en todas partes, las cosas del cuerpo junto a las del espíritu (con mucha diversión, según parece), no por ello dejaba de incluir, si bien en un estado fossilizado, los recuerdos militares y rituales de su antigua función cívica.

coral. Como no se habla de otras enseñanzas dentro de esas materias, estos cuatro personajes⁶⁶⁸ debían ser suficientes para formar a sus alumnos en lectura (en voz alta: en aquellos tiempos casi no se conocía la lectura silenciosa), en caligrafía, en recitación, en narrativa, en canto acompañado. Naturalmente, estos maestros también enseñaban la comprensión elemental de los antiguos textos⁶⁶⁹, puesto que los jóvenes de la época debían tener tanta dificultad para comprender a Homero o a Eurípides como los jóvenes franceses del siglo XX la tienen para comprender a Montaigne o a Racine: por ello, a juzgar por los papiros escolares, el “comentario de textos” no iba más allá de una explicación literal o de una erudición primaria; aunque algunas ciudades contrataron los servicios de filólogos formados entre los eruditos alejandrinos, y hubo otras que inscribieron la retórica en sus programas. Esta enseñanza no era sancionada mediante exámenes, pero todas las disciplinas eran objeto de concursos que, celebrados con motico de alguna “demostración” pública (*apodeixis*), equivalían a nivel escolar a la antigua tradición griega del *agón*: las listas inscritas que conmemoraban a los jóvenes vencedores de estos juegos son uno de los documentos que nos informan sobre las materias objeto de la enseñanza, puesto que hallamos listas de “victorias” obtenidas no sólo en concursos atléticos, sino también en competiciones de lectura, recitación, música, dibujo e incluso aritmética. Estos concursos, que tenían el honor como único fin, subrayan bien la inserción de la educación helenística en la tradición del espíritu cívico. Es, en definitiva, la noción de tradición, de transmisión de un bien común, lo que mejor caracteriza esta enseñanza. Sin duda, despertaba entre los espíritus selectos el aprecio por lo bello, por un concepto “clásico” de lo bello que podemos calificar de “modelo cultural” - fuera del cual no nos explicaríamos la riqueza y la diversidad de las bibliotecas privadas cuyos restos afloran en los papiros de Egipto-, pero es probable que tuviese antes como objetivo crear cabezas bien llenas que cabezas bien hechas, en el sentido de una *polymathia* imitada por la enseñanza secundaria⁶⁷⁰ francesa. Pero, paralelamente, también tenía un objetivo moral, o al

⁶⁶⁸ Mezquinamente pagados además, pero aún peor lo estaban los maestros de armas: en este nivel de la enseñanza, el estatus social de los maestros era muy mediocre, aunque algunas ciudades les concedían exenciones fiscales o bien testimoniaban su satisfacción mediante gratificaciones.

⁶⁶⁹ El estudio de la gramática normativa es relativamente tardío (s. I a.C.); procedente de una observación por el purismo que buscaba sus referencias en la prosa ética de siglo IV, contribuyó a separar la lengua escolar (y en consecuencia literaria) de la *koiné* hablada. El aticismo de principios de la época imperial, un artificial neoclasicismo, tendrá sus paralelos en el ámbito de las artes figurativas.

⁶⁷⁰ Como, por otra parte, era imposible hacer que los alumnos lo leyeran todo, se optó por redactar colecciones de resúmenes o “argumento” (*hypotheses*), antecedentes de nuestros manuales de literatura: así se podía saber lo que contenían las obras sin haberlas leído... La época helenística, y después la época romana, vieron surgir manuales compilatorios sobre los asuntos más diversos, una especie de *Reader's Digest* o “Ciencia para todos”, que ofrecían al lector “pequeña” historia, biografía anecdótica, geografía pintoresca y hechos curiosos de todas clases. Una pseudoerudición que pasaba por verdadera, favoreciendo la multiplicación de los *Halbgebildete*...

menos moralizante, en la medida en que favorecía el esfuerzo (*philoponia*) y la disciplina, y en que usaba como pretexto las obras del pasado para sacar de ellas lecciones de moral trivial, incurriendo a veces en interpretaciones alegóricas que de hecho eran verdaderos contrasentidos... El buen alumno dejaba el gimnasio con un repertorio de citas de los buenos autores⁶⁷¹, que usaba tanto más gustoso por cuanto que podían parecer sentencias éticas. De este modo se perpetuaron, de manera, desde luego, más aparente que real, el tesoro de sabiduría de los grandes antepasados y la sensación de ser, tanto en Babilonia como en el Alto Egipto, dignos sucesores de aquéllos.

Entre los instrumentos de transmisión cultural y de pedagogía colectiva, no olvidaremos el teatro, cuya extremada popularidad se halla ampliamente atestiguada. Toda ciudad tenía su teatro, y algunas los edificaban inmensos; ninguna biblioteca, a juzgar por los descubrimientos papirológicos, dejaba de poseer elementos de la gran dramaturgia, es decir, los autores del repertorio. Hemos evocado anteriormente a las asociaciones (*koina*) de artistas dramáticos (los "tecnitas dionisiacos"): algunas de ellas, como la ateniense o la de "Jonía y Helesponto", que tenía su sede en Teos, eran verdaderas potencias, y las inscripciones que se refieren a ellas o que, de manera general, conciernen a las representaciones dramáticas, son innumerables. La influencia del teatro sobre las demás artes es patente, trátase de la escultura decorativa, de los mosaicos, de los frescos murales o de las figuras de terracota⁶⁷², de tal manera que el teatro impregnaba la vida cotidiana. Ahora bien, aunque sabemos que el gran "consumo" teatral estimuló la producción dramática helenística, el hecho de que no nos haya llegado casi nada prueba que no aportó elementos nuevos y duraderos a la cultura de la época⁶⁷³: ésta se hallaba volcada hacia el pasado, hacia la tragedia ática del siglo V y, sobre todo, hacia Eurípides, el "moderno" de los tres grandes autores, de quienes los poetas trágicos helenísticos no fueron, sin duda, más que pálidos epígonos, como los trágicos franceses de los siglos XVIII y XIX, que ya nadie lee. El público recogió una rica parte de la herencia clásica frecuentando los teatros, o incluso asistiendo a recitales dados por artistas que salían de gira, mucho más que asistiendo a los gimnasios, y ésta es la razón por la que el teatro debe figurar entre los instrumentos de transmisión de la tradición —y hasta, quizá, desde una posición privilegiada, puesto que los millares y en ocasiones las decenas de millares de espectadores que se apiñaban en sus graderíos, la mayoría no habían cursado en absoluto estudios de humanidades: tanto por su difusión como por su frecuentación, e incluso

⁶⁷¹ Otro aspecto que tendría un rico porvenir: por ejemplo, Montaigne... El manejo rápido de citas quedó facilitado, en fecha más tardía, con la composición de florilegios: también esto será luego imitado en época moderna...

⁶⁷² Las que producía Mirina de Eólida, en pleno corazón de una región, entre Teos y Pérgamo, donde la actividad teatral parece haber sido intensa, son muy elocuentes al respecto.

⁶⁷³ es preciso realizar un excepción, en Antenas, en el caso de la "comedia nueva", que aun así se extinguió antes de la mitad del s. III: *infra*, p. 526.

por su producción, el teatro helenístico estaba más cercano a nuestro cine que a nuestro teatro.

Aunque el mundo helenístico contase, en el Museo de Alejandría, con un centro de investigación superior, y, en todas partes, con una enseñanza secundaria, no conocía nada que correspondiese a nuestras universidades. La enseñanza superior florecía allá en donde los maestros famosos tenían interés por establecerse, es decir, en donde sabían que podían encontrar alumnos y, sobre todo, en donde existía tradición de escuela. La noción de "escuela" no debe inducirnos al error: no existían instituciones de enseñanza superior, sino únicamente maestros que acogían a discípulos en su círculo para transmitirles sus conocimientos. Aún así, esta enseñanza privada no aparece destinada a la formación profesional más que en el caso de la medicina: los aprendices de facultativos podían adquirir su ciencia y su técnica en Cos o en Cnido, ciudades con antigua tradición médica, y también, desde luego, en Alejandría, aunque las investigaciones médicas del Museo estuviesen orientadas más hacia la ciencia fundamental que hacia la práctica⁶⁷⁴. Las mismas relaciones de maestro a alumno formaron a los numerosos ingenieros civiles y militares de quienes hemos oído hablar; incluso debía ocurrir lo mismo con los juristas, cuya existencia en Egipto nos hacen entrever los papiros, pero ignoramos todo sobre sus condiciones de enseñanza.

Es digno de destacar que estamos más informados de las disciplinas que no tenían ningún objetivo profesional, porque no eran más que ingredientes necesarios de una cultura superior desinteresada: la filosofía y la retórica. No es éste el lugar para analizar las tendencias de las escuelas filosóficas helenísticas⁶⁷⁵, pero debemos recordar que su gran hogar continúa siendo Atenas, tanto porque es el lugar que recoge la herencia de Platón y de Aristóteles como porque esta herencia ejerce también una atracción sobre aquellos que no apelan directamente a ella. Pero Atenas no tiene la exclusividad de la enseñanza filosófica, puesto que había una serie de maestros, ya fuesen itinerantes o sedentarios, que podían atraer a su auditorio en las ciudades más diversas. En cuanto a la retórica, podríamos verla como un símbolo de la cultura helenística y de su evolución. Nacida en y para la ciudad, al principio conservó su antiguo objetivo y su importancia práctica: en los consejos y en las asambleas, en las embajadas, los discursos son tan indispensables como antes. Pero aunque la necesidad de la retórica política desaparece junto con la propia gran política hacia la mitad del siglo II, la retórica no muere por ello; y puesto que desde hacía mucho tiempo había modelado, junto a la dialéctica, el pensamiento griego, subsistió como disciplina intelectual. No obstante, su creciente gratuidad la hace derivar hacia el esteticismo⁶⁷⁶, que cultivarían en particular las escuelas de Asia Menor en el

⁶⁷⁴ *Infra*, p. 519.

⁶⁷⁵ *Infra*, p. 556.

⁶⁷⁶ También el atletismo deriva hacia el deporte.

denominado estilo "asiánico" o "asianismo", que contribuiría, a su vez, a provocar la reacción aticista.

La fecha de mediados del siglo II, a la que acabamos de aludir, es importante por varias razones: podría parecer que el hundimiento de las estructuras políticas helenísticas y el deterioro de la vida política de las ciudades empujan al helenismo, mucho más que antes, hacia la conservación y el mantenimiento de su herencia cultural. En cuanto a la enseñanza superior, observamos una mayor dispersión de los centros; el azar histórico contribuye a ello, cuando huyen de Alejandría los intelectuales perseguidos por Ptolomeo VIII; Pérgamo no fue la única en aprovecharse de esta huida. ¿Es una casualidad que en la época de su decadencia política y comercial Rodas se convirtiese en un gran centro de estudios, en donde elige establecerse Posidonio de Apamea, el último gran representante del pensamiento de su época?

Aunque la función conservadora de las instituciones pedagógicas resulta evidente, no olvidemos su función de instrumento de difusión cultural, aunque ésta sea menos clara a primera vista. Conocemos la atracción ejercida sobre las poblaciones urbanas orientales por la *polis* en su calidad de marco político y sociológico: pero no puede convertirse uno en *polites* sin convertirse en heleno de cultura, y los gimnasios y los teatros cumplieron aquí un papel importante. Pero realizaron también una función ambigua, puesto que el gimnasio fue asimismo, para los helenos, un medio de diferenciarse de los orientales, y sería interesante conocer mejor en qué condiciones los orientales en vías de helenización lograron acceder a las instituciones pedagógicas griegas. Que fueron muchos quienes lo consiguieron nos lo revela en todo caso el hecho de que es muy alto el número de aquellos (sobre todo sirio-fenicios, pero también mesopotamios) que figuraron entre los grandes de la cultura superior de la época, entre los filósofos, los sabios y los poetas. Pero este fenómeno de difusión y de asimilación cultural conoce los mismos límites que experimenta la conservación cultural para los griegos de origen: es un fenómeno urbano y, si se quiere, "burgués". Aunque la antigua noción griega de aristocracia, en su acepción socio-política, ya no tenga vigencia, es reemplazada por una aristocracia intelectual a la que se accede a través de la *paideia*, que no se concibe fuera de la *polis* —o, en Egipto, de los marcos pseudo-políticos nacidos de la presencia griega—. La verdadera mutación de la *polis* griega es sin duda ésta: aunque constituía un lugar de instituciones políticas que la referencia al pasado hace aparecer cada vez más ilusorias, se convierte ante todo en lugar de instituciones culturales, en donde el gimnasiarco tiene más prestigio que los arcontes, pritanos o estrategos, y el teatro toma más vida que el *bouleuterion*. La dominación romana, aunque también, en Oriente, la dominación parta, lograron que esta mutación fuese más notoria que la que había sido promovida por la tutela de los soberanos greco-macedonios.

CAPÍTULO II

PUNTOS DE VISTA SOBRE LA CULTURA: LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS

Tanto las ciencias, las letras, las artes, la filosofía o la religión⁶⁷⁷ son campos inagotables y en la mayoría de sus aspectos sólo podrían ser tratados de manera adecuada por un pequeño número de especialistas. La tarea de un historiador "generalista" no puede consistir aquí sino en desentrañar las grandes orientaciones del pensamiento y captar, si es posible, el espíritu de la época en función de todo lo anterior. Trabajo ímprobo, que requeriría conocimientos enciclopédicos y en el cual no estamos seguros de alcanzar el éxito...

I.—CIENCIAS Y TÉCNICAS⁶⁷⁸

La ciencia griega es hija de la filosofía —a menos que debamos decir que son hermanas gemelas y que ambas procedían de las antiguas explicaciones mitológicas y teológicas del mundo. Ahora bien, la ciencia helénica se significa por un esfuerzo, ciertamente imperfecto, para liberarse

⁶⁷⁷ Para estos dos últimos puntos, véase el capítulo siguiente.

⁶⁷⁸ OBRAS DE CONSULTA.—Las obras especializadas sobre matemáticas, astronomía, medicina, etc., son de difícil acceso para los profanos: más que enumerar una larga lista de libros que no he leído, remitiré aquí a algunas obras generales recientes que contienen todas una buena bibliografía: O. Neugebauer, *The exact sciences in antiquity*, Copenhague, 1951; A. Reymond, *Histoire des sciences exactes et naturelles dans l'Antiquité gréco-romaine*, 2.^a ed., París, 1955; B. Farrington, *Greek science, its meaning for us*, II, Pelican Books, 1949; ed. en un vol. 1953; G. Sarton, *Ancient science and modern civilization*, Univ. of Nebraska Press, 1954; Id., *A history of science*, II: *Hellenistic science and culture in the last three cent. B.C.*, Cambridge (Mass.), 1959; *Histoire générale des sciences*, publicada bajo la dirección de R. Taton, t. I, París, 1957 (trad. española: *Historia general de las ciencias*, vol. I: *La ciencia antigua y medieval (de los orígenes a 1450)*, Barcelona, 1971); Ch. Singer, *A short history of scient. ideas to 1900*, Oxford, 1963; G. E. R. Lloyd, *Gr. science after Aristotle*, Londres, 1973 (la mejor obra de iniciación); véase asimismo L. Edelstein, *Motives and incentives for science in antiquity*, en A. C. Crombie (ed.), *Scientific change*, Londres, 1963.

de la filosofía y para avanzar en la vía del conocimiento objetivo más que por la edificación de sistemas explicativos generales condenados a basarse en presupuestos metafísicos. Esfuerzo imperfecto, puesto que toda una vertiente de cuanto podía constituir una investigación propiamente científica quedó subordinado a la especulación filosófica; y, por otra parte, los resultados positivos obtenidos en algunas de las disciplinas que supieron conquistar su autonomía frente a la filosofía fueron en ocasiones impugnados o incluso condenados en nombre de prejuicios alimentados por la inercia y por la susceptibilidad del espíritu tradicional. Vemos en esto cómo se mantiene el conflicto que ya había engendrado la *Aufklärung* de la segunda mitad del siglo V, pero con la diferencia de que, aunque siga siendo dentro de la antigua *polis* en donde se alzan todos los obstáculos filosóficos y religiosos contrarios al espíritu de libre investigación, la nueva época brinda a este último algunos lugares resguardados, como el Museo de Alejandría.

La materia que se mantuvo más ligada a la filosofía fue la física⁶⁷⁹, aunque al principio se esbozó una tendencia, dentro de la escuela aristotélica, que hubiera podido conducir a su separación de la metafísica; ya fuese con Teofrasto, cuyas dotes de observador (de las plantas y los minerales) le permitieron distanciarse del finalismo de su maestro Aristóteles, ya fuese con Estrabón de Lampsaco⁶⁸⁰, que parece haber iniciado la fecunda vía que consistía en duplicar la observación (lo que le permitió establecer la aceleración de la caída de los cuerpos) mediante la experimentación: pero las experiencias que concibió para demostrar la materialidad del aire y la existencia del vacío estaban orientadas hacia un problema vinculado con la "física" de los filósofos, el de la continuidad o la discontinuidad de la materia. Sin embargo, no se continuó con la vía de la experimentación, y, sobre todo, ésta no se erigió como método, un aspecto del que volveremos a ocuparnos. Por el contrario, las demás escuelas filosóficas bloquearon deliberadamente la investigación en el terreno de la física, por

La mayoría de las obras citadas (existen otras) atañen a problemas técnicos sobre los cuales veremos también (además de numerosos artículos del *Dictionnaire des antiquités de Daremberg y Saglio*): E. Diels, *Antike Technik*, 3.ª ed., Leipzig, 1925; A. Rehm, *Zur Rolle der Technik in d. gr.-röm. Antike*, *Archiv f. Kulturgesch.*, XXVIII, 1938, pp. 135 ss.; R. J. Forbes, *Studies in ancient technology*, 9 vol., Leiden, 1955-1964; A. G. Drachmann, *The mechanical technology of Greek and Roman antiquity*, Copenhagen, 1963; M. I. Finley, *Technical innovation and economic progress in the ancient world*, *Econ. Hist. Rev.*, 2.ª serie, XVIII, 1965, pp. 29 ss.; E. W. Marsden, *Greek and Roman artillery*, Oxford, 1969.

Sobre la geografía: E. H. Warmington, *Greek geogr.*, Londres, 1934; J. O. Thomson, *A history of ancient Gr. geogr.*, Cambridge, 1948; M. Cary y E. H. Warmington, *The ancient explorers*, nueva ed. revisada, Penguin Books, 1963; trad. francesa de la 1.ª ed., París, 1932; geografía matemática: H. Berger, *Gesch. d. wissenschaftl. Erdkunde d. Griechen*, Leipzig, 1903; Knaack, s. v. Eratosthenes, *PW*, VI, 1, 1907, col. 358 ss.; D. R. Dicks, *The geogr. fragments of Hipparchus*, Londres, 1960; G. Aujac, *Strabon et la science de son temps*, París, 1966.

⁶⁷⁹ En su sentido general de teoría de la "naturaleza", y más concretamente de la materia.

⁶⁸⁰ Estrabón vivió en Alejandría, en donde fue preceptor del futuro Ptolomeo II, antes de volver a tomar la dirección del Liceo en Atenas.

razones que no tenían nada que ver con la física, puesto que por parte del epicureísmo la utilización del atomismo de Demócrito no representó más que un medio al servicio de un fin moral, puesto que la explicación mecanicista de la materia servía para eliminar la angustia metafísica; y, por parte del estoicismo, la especulación sobre la materia no fue más que un aspecto de la explicación del cosmos como organismo vivo, sede de una finalidad eternamente predeterminada. En ambos casos, la física ya no es una ciencia, sino un artículo de fe que asegura la tranquilidad del alma: es una cuestión previa a la ética.

Si dirigimos nuestra atención hacia las ciencias auténticas, el mayor beneficio se obtiene en las matemáticas. La época helenística, al menos el siglo III, es ante todo, en este ámbito, la heredera o, si se prefiere, la ejecutriz testamentaria de la época clásica: pues fue a partir de finales del siglo V cuando la aritmética y la geometría fueron fundadas como ciencias, dando el paso decisivo que separaba el empirismo de la demostración racional. El genio de Euclides, que compuso sus *Elementos* en Alejandría a principios del siglo III, consistió esencialmente, según parece, en ofrecer una síntesis de aquello que había sido establecido antes de su época por matemáticos como Teeteto y Eudoxo de Cnido. Podemos apreciar la importancia histórica de Euclides recordando que su obra siguió siendo la base de la enseñanza universal de las "matemáticas elementales" hasta la muy reciente invención de las matemáticas "modernas"⁶⁸¹, y debemos recordar también que la hipótesis misma de geometrías "no euclidianas" se admitía implícitamente en el hecho de que la geometría euclidiana descansaba sobre postulados⁶⁸² que no excluían necesariamente a otros. La originalidad creadora aflora aún más con Arquímedes de Siracusa, cuya curiosidad y competencia desbordaron ampliamente la aritmética y la geometría, disciplinas en las que, sin embargo, le debemos adelantos decisivos (geometría de la esfera y del cilindro, valor de π), y dentro de éstas resulta bien conocido que los capos fundamentales que abrió a la investigación científica fueron los de la mecánica, la estática y la hidroestática⁶⁸³, campos en los que los conocimientos, hasta entonces empíricos, adquirieron gracias a Arquímedes demostraciones matemáti-

⁶⁸¹ El mismo texto de los *Elementos* sirvió de manual escolar en algunos países hasta principios del siglo XX.

⁶⁸² Lo que se denomina comúnmente "el postulado de Euclides" es el quinto de la serie, que afirma en sustancia que, dentro de un plano, dos rectas no paralelas convergen necesariamente —lo cual se ha dado en expresar habitualmente diciendo que, por un punto de un plano, no se puede trazar más que una línea paralela a una recta dada. La formulación euclidiana original era más complicada.

⁶⁸³ Sabemos que es la hidroestática la que condujo a Arquímedes a la noción de peso específico. Encargado, según se dice, por Hierón II para descubrir si una corona estaba hecha de oro puro o de una aleación de oro y plata, Arquímedes pesó la corona y determinó su volumen por inmersión; luego, del mismo modo, estableció los volúmenes respectivos de un peso de oro y de uno de plata iguales al de la corona y verificó que el volumen de la corona estaba entre los volúmenes del oro y de la plata: se trataba, por consiguiente, de una aleación.

cas racionales. No olvidemos, finalmente, al tercer gran matemático helénico, Apolonio de Perge (quien trabajó en Alejandría y en Pérgamo a finales del siglo III), el cual comparte con Arquímedes el mérito de haber profundizado en la investigación de la geometría (tratado de las secciones cónicas) y continuó la tarea de Euclides al preocuparse por ofrecer una exposición sistemática y temática de toda la obra realizada antes de él.

Los adelantos de la geometría (ya que no los de la mecánica⁶⁸⁴) repercutieron en la astronomía. La voluntad de reducir los movimientos aparentes de los cuerpos celestes a un modelo geométrico no es una novedad en el siglo III, pero hasta ese momento había estado viciada por premisas filosóficas o teológicas a partir de las cuales llegó a adoptarse la tendencia a razonar por deducción, y aunque teóricamente habría sido posible escapar a estas premisas, semejante emancipación hubiera sido tachada de impía. Ahora bien, aunque los progresos de la observación astronómica debían conducir a la elaboración de representaciones más complejas del sistema cósmico, estas representaciones no abandonaron jamás la idea de la perfección divina del círculo o de la esfera, lo cual, por ejemplo, opuso obstáculos insalvables a la posibilidad de insertar dentro de las mismas, de modo satisfactorio, el movimiento de los planetas, esos elementos "errantes". En realidad, y más exactamente, las soluciones adoptadas fueron satisfactorias para el espíritu geométrico de los astrónomos en la medida en que el recurso a los epiciclos o a los círculos excéntricos salvaguardaba las exigencias del movimiento circular. Además se trataba, ignorando las irregularidades o corrigiéndolas, de construir sistemas perfectos en los que quedasen "salvadas las apariencias": *sozein ta phainomena* es un principio que puede parecer extrañamente anticientífico, pero que respondía simultáneamente a la exigencia de una geometría formal homogénea y a las concepciones metafísicas comunes. La hipótesis de un cosmos heliocéntrico emitida al principio del siglo III por Aristarco de Samos fue inmediatamente combatida porque violaba los "fenómenos": las "apariencias" querían que la tierra estuviese en el centro del mundo, y que fuese inmóvil. Ahora bien, el hecho de que ni un solo argumento físico o astronómico de cuantos se opusieron a esta hipótesis resultaba insuperable para el nivel de la ciencia de la época⁶⁸⁵ prueba que la principal objeción fue la del estoico Cleanto: la impiedad —objeciones teológicas que se mantendrían hasta Copérnico⁶⁸⁶—. Estos obstáculos puestos a los avances

⁶⁸⁴ Las causas de los movimientos de los cuerpos celestes no parecen haber sido objeto de una curiosidad de carácter científico: quedaba todo en el ámbito divino.

⁶⁸⁵ Además, la hipótesis heliocéntrica fue aceptada, al menos, por un astrónomo, Seleuco de Seleucia del Tigris, el cual, según Plutarco, la habría demostrado —sin que por ello lograra asegurar su éxito...

⁶⁸⁶ La condena del heliocentrismo por parte de Cleanto es aún más sorprendente y paradójica dado que este filósofo hizo del sol la sede del principio soberano que regía el cosmos (*to hegoumenon*): la astronomía de Aristarco habría coincidido maravillosamente con la metafísica de Cleanto —pero contradecía el geocentrismo del pensamiento común, contra el que el estoicismo intentó siempre no chocar frontalmente.

decisivos de la astronomía no impidieron que ésta realizase, a partir de una observación más minuciosa y de una aplicación sistemática de la geometría, numerosos progresos parciales (intentos de cálculo, por parte de Aristarco, del diámetro del sol y de la luna y de sus distancias respecto a la tierra; determinación de la posición de las estrellas fijas y descubrimiento de la precesión de los equinoccios por Hiparco de Nicea, en el siglo II⁶⁸⁷, etc.).

Debemos a la aplicación de la geometría a la astronomía un cálculo muy "helenístico", en el sentido de que sólo podía ser realizado por un sabio griego que viviese en Egipto: el de la circunferencia de la tierra por Eratóstenes⁶⁸⁸. Conociendo la distancia entre Alejandría y Siena (Assuán), considerando que ambos lugares estaban en el mismo meridiano y sabiendo que Siena estaba sobre el trópico, puesto que el sol alcanzaba allí en su cénit el día del solsticio de verano, Eratóstenes eligió ese día para medir la inclinación del sol en Alejandría, lo cual le dio el valor del ángulo constituido por los dos radios terrestres que llegaban respectivamente a Alejandría y a Siena; como este ángulo equivalía a la quincuagésima parte del círculo, multiplicando por 50 la distancia entre Alejandría y Siena se obtenía la medida del gran círculo meridiano, es decir, 39.690 km. Lo irónico del asunto es que esta notable aproximación no era debida a la precisión de las medidas efectuadas, sino a la anulación mutua de dos errores, bastante excusables, puesto que la distancia entre Alejandría y Siena había sido mal medida y además estas dos ciudades están separadas por casi tres grados de longitud... Pero lo importante radica en la simplicidad del método aplicado. El error sobre las longitudes, que obedecía a la ausencia de cualquier forma de cronometría precisa y, en particular, absoluta (respecto a una hora de referencia) —mientras que el estado de la astronomía permitía determinar las latitudes—, vició asimismo los esfuerzos de Eratóstenes para proporcionar una representación cartográfica correcta del mundo terrestre: y sin embargo, esta labor y las críticas que provocó constituyen el origen de la geografía matemática, fundada en el establecimiento de coordenadas racionales. Pese a la imperfección de aquel entramado de cálculo, la imagen del mundo, ya ampliada y precisada por la expansión griega, resultó profundamente modificada —aunque la geografía descriptiva conservase, naturalmente, todos sus derechos hacia los detalles del cuadro, y no sin que la observación permitiese efectuar, aquí y allá, importantes avances en la comprensión de los distintos fenómenos⁶⁸⁹...

⁶⁸⁷ Gran astrónomo (que trabajó en Rodas), Hiparco no dejó por ello de ser uno de los críticos más señalados del heliocentrismo de Aristarco.

⁶⁸⁸ Eratóstenes de Cirene, que fue director de la biblioteca de Alejandría y preceptor de Ptolomeo IV, fue el representante más notorio de la "polimatía" enciclopédica de la época: sin haber sido el primero en ninguna disciplina, se decía que era el segundo en todas.

⁶⁸⁹ Véanse los capítulos de geografía pónica de POLIBIO, IV, 38-44, con sus descripciones oceanográficas (corrientes, aluviones, salinidad, etc.) —cosas, todas ellas, que presenta explicadas—. La fuente de Polibio es Estrabón de Lámpsaco (cf. *supra*, p. 515).

La asociación de la observación y de la formulación matemática caracteriza cuanto hemos visto precedentemente. Sólo la observación podía hacer progresar a las "ciencias naturales", aunque prácticamente no lo consiguió sino en medicina —o, más exactamente, en anatomía y en fisiología, campos en los que la existencia del Museo, círculo a salvo de los prejuicios, muestra su fecundidad, permitiendo en particular a médicos como Herófilo y Erasístrato (durante los dos primeros Tolomeos)⁶⁹⁰ adquirir un conocimiento del organismo humano muy superior al del pasado—. Quizá Egipto tuvo en este aspecto una influencia sobre la ciencia griega, puesto que, mientras que el respeto debido a los muertos generalmente había hecho retroceder a los griegos ante la disección del cadáver humano, la práctica del embalsamamiento había permitido a los egipcios, desde épocas remotas, conocer las interioridades del organismo mejor de lo que lo conocían los griegos —lo cual no implica en ningún caso que la medicina egipcia, que había alcanzado un nivel apreciable, aunque empírico, haya ejercido cualquier tipo de influencia en la medicina helenística⁶⁹¹—. Lo cierto es que en el Museo se practicó la disección de cadáveres —y la tradición que dice que Erasístrato practicaba la vivisección no puede ser desechada—. Podemos, pues, asignar a los grandes médicos alejandrinos, que procedían de la escuela de Cos, el mérito de los avances decisivos en el conocimiento del sistema nervioso (y en particular en la función central del encéfalo), en el del sistema circulatorio (y en particular el establecimiento del hecho de que las arterias no contienen aire, sino sangre impulsada por el corazón), en el del sistema respiratorio, en la digestión, etc. La embriología y la ginecología también fueron objeto de nuevas observaciones. Aunque Herófilo y Erasístrato fueron cabeza de dos escuelas rivales, sus esfuerzos no dejaron de ir en la misma dirección: proporcionar ante todo a la medicina fundamentos científicos, que superaron ampliamente la experiencia de la medicina griega del pasado. Ahora bien, las tendencias teóricas de la medicina alejandrina no fueron apreciadas por todos y no faltaron médicos que dudaron del hecho de que la investigación científica pudiese realmente contribuir a la terapéutica, y sus dudas fueron todavía mayores al comprobar que los grandes y fundamentales tratadistas se interesaron bastante poco por la patología y por la terapéutica. Surge aquí una de las múltiples barreras que, en tantos ámbitos, seguía separando a los teóricos de los prácticos. La convicción (que era, en última instancia, de naturaleza ética) de que la terapéutica era superior a la investigación y de que sólo el tesoro de la experiencia acumulada por los antiguos aseguraba su éxito hizo aparecer, en el siglo III, la escuela empírica, que tenía sus raíces en Cnido, pero gracias a su implantación alejandrina no perdió totalmente las enseñanzas científicas.

⁶⁹⁰ Desgraciadamente, la obra de la escuela médica alejandrina tan sólo se conoce a través de la literatura médica de época romana.

⁶⁹¹ Ni tampoco existe, por lo demás, una reciprocidad: las dos tradiciones —y los dos cuerpos médicos— pervivieron paralelamente: un ejemplo más de la falta de penetración greco-indígena.

No obstante, todavía fue más grave —y esto tiene relación con la decadencia científica general del final de la época helenística— el hecho de que la medicina acabase por disgregarse en una multitud de sectas que dieron la espalda al verdadero espíritu científico, inspirándose en las epistemologías de las diversas escuelas filosóficas: el estoicismo inspiró a los “pneumatistas”, el epicureísmo a los “metodistas”, el escepticismo a los “empiristas” —mientras que el hipocratismo sobrevivía en la escuela “dogmatista”. Era natural que entre aquella multiplicidad de tendencias se desarrollase al fin —aunque ya en la época romana, y su principal representante será Galeno— una escuela “eclectica”, la cual supo extraer una síntesis positiva de toda esta confusión.

Hemos apuntado ya en varias ocasiones que la época reina de la ciencia helenística es el siglo III, y no basta, para explicar ese hecho, advertir que el siglo III fue, en líneas generales, la época creadora de la civilización helenística. Sin duda, en la medida en que el movimiento científico estaba vinculado a la existencia del círculo alejandrino, la decadencia de este último a mediados del siglo II, fenómeno que es ya complejo en sí mismo⁶⁹², contribuye a explicar la disminución de la inventiva intelectual en favor de la erudición pura, mientras que la dispersión geográfica de otros centros de investigación que no eran Alejandría no podía asegurar confrontaciones tan fecundas como las del Museo en tiempos de los primeros Ptolomeos, sobre todo en ese mundo dislocado y cada vez más perturbado de los siglos II y I. Pero los límites de la ciencia helenística, por amplios que fuesen respecto a la época anterior, deben buscarse en la ciencia misma. Ahora bien, aunque la ciencia helenística obtuvo logros considerables en la observación de los fenómenos y en el razonamiento lógico, éstos fueron en parte estériles por la falta de experimentación, lo cual justifica suficientemente los nulos progresos de la física. Esta laguna se debe en particular a la ausencia de un buen equipo experimental, y más concretamente de instrumentos de medición precisos y correctamente contrastados⁶⁹³: ahora bien, como tales instrumentos estaban al alcance de la técnica de la época, podemos pensar que si se crearon o siguieron siendo imperfectos fue, sobre todo, porque no llegó a experimentarse una urgente necesidad de los mismos, es decir, porque el espíritu de experimentación en sí no existía. Experimentar es crear artificialmente las condiciones de un fenómeno para poder repetirlo indefinidamente, modificando eventualmente estas condiciones. El mayor obstáculo a este modo de actuar residía probablemente en la vieja concepción de la “naturaleza”

⁶⁹² Agotamiento del reclutamiento de sabios en todo el mundo; inseguridad política creciente en la corte y en la ciudad...

⁶⁹³ Subrayemos que la época helenística, así como las épocas anteriores y posteriores, no conoció sistemas metrológicos unificados, trátase de medidas espaciales (longitudes, superficies, volúmenes), de medidas ponderales o de cronometría (la duración de la hora quedaba supeditada a la del día, es decir, a la estación; los calendarios siguieron siendo diversos e irracionales; el cómputo de los años no estaba unificado: pero véase *infra*, p. 534, respecto a la elaboración de una cronología histórica coherente).

como objeto de *theoría*, de “contemplación” (fuente de la observación pasiva) iluminada por el razonamiento deductivo, y no por intervenciones humanas. Volvemos a encontrar aquí el peso de las epistemologías filosóficas (tan sólo la abstracción matemática se había deshecho totalmente de éstas), con su inevitable teleología y su método consistente en integrar los fenómenos parciales en una preconcepción global, más que en descomponer por análisis los fenómenos complejos en fenómenos simples, en establecer éstos, en la medida de lo posible, a través de la experimentación y en hacer de ellos la base de razonamientos inductivos. Es tanto como decir que la falta de experimentación repetitiva y medida⁶⁹⁴ y, en consecuencia, la ausencia de datos estadísticos cerraron la vía a la elaboración de una causalidad racional, así como a la noción de probabilidad⁶⁹⁵. Y evidentemente fue también lo que impidió acceder a conceptos abstractos como velocidad, aceleración, fuerza, etc., susceptibles de recibir una formulación matemática. Pero la explicación de la pérdida de vitalidad de los descubrimientos científicos a causa de la falta de experimentación no puede generalizarse, dado que ésta no resulta aplicable a una ciencia en la que no cabía experimentar, como es el caso de la astronomía, que conoció otros frenos, de naturaleza metafísica y religiosa, según veremos.

Por otra parte, es cierto que la ciencia fundamental no fue suficientemente estimulada por las posibilidades —de experimentación, precisamente— que le podrían haber ofrecido las aplicaciones prácticas. A menudo nos extrañamos ante la distancia que separa a la ciencia helenística de una tecnología inmensamente estacionaria y por la falta de difusión de inventos que podrían haber sido fecundos, pero que no fueron utilizados o lo fueron poco, como es el caso del tornillo sin fin⁶⁹⁶, o que se mantuvieron como curiosidades para asombrar a los simples⁶⁹⁷. Las razones por las que una serie de descubrimientos técnicos que hubieran podido ser fecundos en el ámbito económico fueron despreciadas de tal modo siguen siendo discutibles: decir que la abundancia de mano de obra servil hacía inútiles a las máquinas es tan discutible en la época helenística como en la época

⁶⁹⁴ Apuntemos que el carácter indefinidamente repetitivo de los fenómenos y las posibilidades de medición ofrecidas por los avances de la geometría explican el auge de una ciencia en la que la experimentación era inútil e imposible: la astronomía.

⁶⁹⁵ Resulta curioso comprobar que la familiaridad de los griegos con la práctica del azar (juegos de azar, sorteos políticos, préstamos marítimos, etc.) no les condujese jamás a su análisis matemático formal. El peso de las concepciones religiosas tiene sin duda mucho que ver, así como, especialmente en época helenística, la importancia de la noción de *tyche* (*infra*, p. 540).

⁶⁹⁶ El tornillo sin fin de Arquímedes, inventado en Egipto, no tuvo la difusión que el regadío de aquel país hubiera podido ofrecerle, y la prensa “torcular” no está documentada antes de época romana. El propio invento del tornillo procede de las investigaciones geométricas sobre las espirales, que también estudió Arquímedes.

⁶⁹⁷ La dilatación del agua bajo el efecto del calor sirvió, según se ha dicho, para producir “milagros” en algunos templos, y la “máquina de vapor” de Herón de Alejandría no fue más que un juguete.

clásica⁶⁹⁸, aun cuando una explicación de esta naturaleza puede ser planteada respecto a los estados orientales, en donde los *laoi*, que no eran esclavos, podían ser obligados a trabajar en gran número. Es cierto que, como en otras épocas, se realizaron avances, sobre todo en el campo de las maquinas de asedio, pero dependen más del empirismo que de la aplicación de la mecánica racional y más de intentos seguidos hasta la obtención del resultado que de una experimentación científica, como apuntó el ingeniero Filón de Bizancio (siglo II) en su tratado de artillería —en el que apuntó asimismo que sus predecesores alejandrinos trabajaron sobre todo *por la gloria del rey*⁶⁹⁹—. Sabemos además por Plutarco que Arquímedes no consideraba a sus máquinas más que como divertimentos de geómetra, “estimando a la mecánica práctica y a toda técnica utilitaria como indignas y artesanales y no dedicando su ambición sino a los objetos cuya belleza y excelencia estaban libres de cualquier exigencia de necesidad” (Marcelo, 14, 8 ss.; 17, 5, ss.) —y consintió, no obstante, en prostituir su mecánica y su catóptrica para defender a Siracusa contra los romanos—. El resignarse a sacrificar sus principios fue debido a la necesidad del momento, la existencia de la ciudad estaba en juego: pero las artes pacíficas no reclamaban esa necesidad, a los ojos del sabio —ni siquiera de la mayoría, puesto que nada se hizo en este sentido, aunque hubiera sido técnicamente posible—. El desprecio del sabio por la aplicación técnica, debido a las actitudes filosóficas más o menos conscientes anteriormente mencionadas y profundamente enraizadas en el pensamiento griego⁷⁰⁰, tuvo como consecuencia que la formación profesional de los técnicos consistiese sobre todo en aprender las lecciones del pasado, sin deber demasiado a la ciencia de la época —ni aportar tampoco grandes cosas—.

Aunque los factores que acabamos de tratar contribuyen a explicar los límites de la ciencia racional helenística, faltaría tener en cuenta un último hecho, que parece más grave y que consiste en la decadencia del mismo racionalismo, fenómeno que se observa principalmente a partir de la segunda mitad de nuestro período y que se desarrollaría en la época imperial, pero cuyos orígenes son mucho más antiguos. La ciencia había realizado éxitos decisivos en la medida en que se había liberado de la metafísica; pero esta liberación jamás había sido total: al contrario, el éxito del estoicismo, cuya cosmología posee una fuerte tendencia religiosa⁷⁰¹, no pudo más que dañar las bases de la racionalidad pura, mientras que la diversidad de las explicaciones filosóficas favoreció un escepticismo que no confirmó las capacidades de la razón. Por otra parte, las influencias orientales, cuya incidencia sobre la verdadera ciencia griega fue nula,

⁶⁹⁸ Véase el volumen precedente, pp. 584 y ss.

⁶⁹⁹ Fue también es el prestigio real lo que condujo a los ingenieros navales a construir barcos gigantes, pero inutilizables...

⁷⁰⁰ Véase ya en el volumen anterior, pp. 585 y ss., y los reproches que hizo Platón (siempre según Plut., *loc. cit.*) a Arquitas de Tarento y a Eudoxo de Cnido, que habían abandonado esta actitud.

⁷⁰¹ *Infra*, p. 558.

figuran precozmente a nivel de aquello que cabría calificar como pseudo-ciencias, pero que de hecho representa otro modo de conocimiento. El hecho es patente en el caso de la astrología, cuya difusión, favorecida por el propio nacimiento del mundo helenístico, irradió desde sus dos grandes centros: Babilonia, en donde Berosio⁷⁰² escribió sobre ella, y Egipto, en donde los elementos astrológicos más antiguos de lo que constituiría la doctrina hermética parecen remontar al siglo III. La intrusión de la astrología en el pensamiento griego se pone de manifiesto en los debates que se le dedicaron dentro de las escuelas filosóficas del siglo II, pero sobre todo en el hecho de que fuese adoptada, entre otros, por un astrónomo tan eminente como Hiparco de Nicea, para quien los astros no sólo eran objeto de conocimiento racional, sino también un medio de conocimiento irracional⁷⁰³. Ahora bien, el inmenso éxito popular de la astrología prueba que los límites de la racionalidad científica dependen de un fenómeno mucho más general, de un estado de ánimo difuso que intentaremos analizar en el capítulo siguiente. En el mismo orden de ideas, y en relación estrecha con la astrología, nace el ocultismo como confluencia de la concepción filosófica griega según la cual la materia es la sede de una *dynamis* y de concepciones populares egipcias. El padre del ocultismo, de descendencia milenaria, fue Bolo de Mendes (finales del siglo III): la incapacidad de la ciencia griega para desarrollar una física experimental racional y la imposibilidad en la que se hallaba para fundar una química verdadera abrieron la puerta al “conocimiento” irracional. Las fuerzas que tenían su sede en los arcanos de la naturaleza entera y entre las que reinaban relaciones de “simpatía” o de “antipatía”, podían tan sólo conocerse y dominarse por la vía de la revelación: he aquí otra de las fuentes del hermetismo, para el que el conocimiento será, en el sentido griego del término, un *mysterion*⁷⁰⁴. Así se esboza, en la baja época helenística, el conflicto entre una ciencia racional y una pseudo-ciencia irracional. Al menos *nosotros* apreciamos aquí un conflicto, que no estimaron como tal todos cuantos lo vivieron, como muestra el caso del único gran estoico que fue al mismo tiempo un gran sabio, prolongando en pleno siglo I la corriente científica anterior, Posidonio de Rodas. Éste, que dio aún esplendor a la ciencia helenística en todas sus ramas (fue matemático, astrónomo, naturalista, geógrafo e historiador), lejos de sumarse a la crítica que filósofos racionalistas como Carnéades y Panecio habían ejercido

⁷⁰² *Supra*, p. 452.

⁷⁰³ La astrología reforzaba a la astronomía tan sólo en su utilidad práctica, la que consiste en *prever* (recordemos que los grandes astrónomos del Renacimiento hasta Kepler fueron también astrólogos), pero la paralizó en sus investigaciones racionales: Hiparco rechazó el heliocentrismo sin duda porque no estaba en acuerdo con una serie de concepciones astrológicas que, a mediados del siglo II, tenían mayor atractivo que la racionalidad matemática.

⁷⁰⁴ Hermes Trismegistos (“tres veces grande”), que es el Thot egipcio, es el poseedor de todo el conocimiento, que ha puesto por escrito y luego escondido, reservándolo para los hombres que sean capaces de descubrirlo. Las fuentes del hermetismo (que no aparecerá claramente sino en documentos de época imperial) son múltiples y discutidas, pero es probable que convergiesen en los círculos alejandrinos, tan enmarañados, de la época ptolemaica.

contra la adivinación, la astrología y sus premisas metafísicas⁷⁰⁵, las asentó sólidamente en su sistema. Esto es lo que mejor muestra que la corriente irracional poseía más fuerza que las objeciones que algunos intentaron oponerle, y que su triunfo en época imperial no respondió tan sólo a las limitaciones intrínsecas de la ciencia, sino también y fundamentalmente a la evolución de las concepciones metafísicas y religiosas⁷⁰⁶.

II.—LAS LETRAS: ERUDICIÓN Y CREACIÓN⁷⁰⁷

No abandonamos, en principio, el movimiento científico sino para volver a ocuparnos de él... El siglo III no constituye el primer momento en el que la literatura haya sido objeto de estudio, y Aristóteles lo había

⁷⁰⁵ *Infra*, p. 564.

⁷⁰⁶ En cuanto a saber si las técnicas ocultas (la magia) fueron, como algunos han pensado, un factor de estancamiento de las técnicas racionales, cabe decir que es un asunto muy discutible: la magia, después de todo, tiene un campo de aplicación limitado... La única técnica dentro de la cual, resulta fácil de comprender, el ocultismo se labró una prestigiosa carrera fue la medicina.

⁷⁰⁷ OBRAS DE CONSULTA.—La bibliografía relativa a la literatura helenística es gigantesca y aquí no podemos más que rozarla. Además de las obras de carácter general citadas en n. 324, véanse los grandes tratados de historia de la literatura griega: A. y M. Croiset, *Hist. de la littérature gr.*, V, París, 1928; Christ, Schmidt y Staehlin, *Gesch. d. gr. Literatur = Handb. d. Altertumswiss.*, VII, 2, 1, Munich, 1920; A. Lesky, *Gesch. d. gr. Literatur*, 2.ª ed., Berna, 1963 (trad. española: *Historia de la literatura griega*, Madrid); hay que mencionar también la primera síntesis sobre la literatura helenística: F. Susemihl, *Gesch. d. gr. Lit. in der Alexandrinerzeit*, 2 vol., Leipzig, 1891-1892.

Sobre la erudición filológica: R. Pfeiffer, *History of class. scholarship*, Oxford, 1968, II parte.

Para la poesía, U. von Wilamowitz-Moellendorf, *Hellenistische Dichtung in der Zeit des Kallimachos*, 2 vol., Berlín, 1924, sigue siendo, en buena medida, insuperable por la generosidad histórica de sus miras y por su sensibilidad literaria; pero deben concederse méritos equiparables a P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972, cap. X y XI (el cap. X trata también de otros géneros literarios), que desborda ampliamente el marco estrictamente alejandrino. Véase además, entre muchos otros, P. E. Legrand, *La poésie alexandrine*, París, 1924; K. Ziegler, *Das hellenistische Epos*, Leipzig, 1934; y la reedición, revisada por P. Händel, de A. Körte, *Die hellenistische Dichtung*, Stuttgart, 1960.

Sobre el teatro: T. B. L. Webster, *Studies in later Greek comedy*, Manchester, 1953; G. Méautis, *Le crépuscule d'Athènes et Ménandre*, París, 1954; la publicación, en 1959, del texto casi íntegro del *Discolo* (o *Misántropo*) ha proporcionado un rebrote de actualidad a los estudios sobre Menandro.

Sobre la novela, podemos encontrar un cómodo enfoque en el artículo de F. Wehrli, *Einheit und Vorgesichte des gr.-röm. Romanliteratur*, *Mus. Helv.*, XXII, 1965, pp. 133 ss.; el trabajo pionero sigue siendo el de E. Rohde, *Der gr. Roman und seine Vorläufer*, 3.ª ed., Leipzig, 1914; sobre la "novela de Alejandro", véase en particular R. Merkelbach, *Die Quellen des gr. Alexanderromans*, Munich, 1954.

Sobre la historiografía: S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, II, 1, Bari, 1968 (a propósito de este libro, muy personal, cf. A. Momigliano, *Riv. St. It.*, LXXIX, 1967, pp. 206 ss.). Sobre ciertos historiadores: T. S. BROWN, *Timaeus of Tauromenion*, Berkeley-Los Angeles, 1958; A. Momigliano, *Atene nel III sec. A.C. e la scoperta di Roma nelle storie di Timeo di Taur.*, *Riv. St. It.*, LXXI, 1959, pp. 528 ss.; F. JACOBY, s.v. Hieronymos, *PW*, VIII, 1913, col. 1540 ss.; J. Kroymann, s.v. Phylarchos, *PW*, Suppl. VIII, 1956, col. 471 ss.; T. W. Africa, *Phylarchus and the Spartan revolution*, Berkeley-Los Angeles, 1961; sobre Polibio,

emprendido ya tanto mediante el análisis de las reglas de la creación literaria como estudiando la influencia ética ejercida por los géneros literarios. Pero Alejandría vio cómo se desarrollaba la erudición filológica⁷⁰⁸, es decir, la ciencia de la crítica de textos, fruto evidente y directo de la creación de la Biblioteca: la acumulación de manuscritos que se produjo exigió no sólo una tarea de clasificación, contagiados de un espíritu aristotélico en el que cabe reconocer el impulso inicial de Demetrio de Falero, tarea que consiste en la elaboración del catálogo y en la redacción de los *pinakes* (los «cuadros») de Calímaco, sino que condujo también y sobre todo, a partir de la comparación de los manuscritos de las obras adquiridas en varios ejemplares, a partir asimismo de la detección de los manuscritos falsos, a la definición de criterios de autenticidad, puesto que el objetivo consistía en establecer textos correctos y definitivos. Este tipo de tarea no era nuevo (Atenas se había proporcionado un texto oficial de Esquilo), pero los eruditos alejandrinos lo sistematizaron y lo generalizaron. El modelo dentro del género es el trabajo efectuado sobre el texto homérico, que presentaba diferentes versiones, todas ellas repletas de interpolaciones que fueron perseguidas y “atetizadas”. Por otra parte, resulta destacable el hecho de que, desde esta primera época de la crítica homérica, se perfilaron una serie de tendencias que aún perduran (como la oposición entre los «analíticos» y los «unitarios») y una serie de campos de investigación acerca de los cuales cabe pensar que jamás se agotarán (lingüística, interpretaciones históricas, geografía homérica, etc.): ningún otro campo científico se ha constituido nunca en bloque y siguiendo líneas tan perennes como el de la crítica homérica tal cual la fundaron Zenódoto de Éfeso, Aristófanes de Bizancio y Aristarco de Samotracia. Pero Homero no fue el único que tuvo esa consideración y, entre quienes fueron objeto de ediciones críticas, aquellos que mejor encarnaban los bienes comunes del helenismo pasaron al primer puesto: los líricos (sobre todo Píndaro), los trágicos, los oradores (sobre todo Demóstenes), e incluso algunos autores «modernos», como Menandro —y, con el tiempo, fue toda la literatura griega la que se vio sometida a esta criba—. Además el establecimiento del texto, debemos reseñar todo cuanto se realizó en torno a los textos: los escolios, las glosas, los comentarios (lingüísticos o de otra clase), los léxicos, un conjunto de labores que, en la medida en que han llegado hasta nosotros constituyen a veces un tesoro tan fecundo como los textos en sí mismos. Pero Alejandría no fue el único sitio en donde se actuó de este modo: toda biblioteca de cierto fuste permitía llevar a cabo investigaciones semejantes, y ése fue particularmente el caso de Pérgamo, animada, sin embargo, por un espíritu menos científico

supra, p. 348, n. 404. -Véase también A. Momigliano, *The development of Greek biography*, Cambridge (Mass.), 1971.

⁷⁰⁸ *Philología*, que tiene en el siglo IV la doble acepción de “gusto por la argumentación” (Platón) y de “amor por las letras” (Isócrates), adquiere en el siglo III y en Alejandría el sentido de “estudio de las letras y de la lengua” que ha seguido conservando.

(¡nos encontramos ya en el siglo II!), y en donde esencialmente se abrió paso, por influencia del estoicismo, la tendencia que consistía en interpretar los textos en sentido alegórico. De esta manera, Homero se convirtió en objeto de innumerables despropósitos —que alcanzaron un gran éxito—. Este trabajo de compilación y de crítica, al que debemos lo esencial de cuanto nos ha llegado de la literatura griega⁷⁰⁹, tuvo en principio por resultado que quienes lo efectuaron obtuvieron del mismo unos conocimientos sin precedentes, pero sucedió también —en los círculos alejandrinos al menos— que esa erudición ejerció un peso sobre la creación literaria.

Toda literatura exige un fundamento social: en este aspecto, como en tantos otros, la *polis* había superado ya la época de su fecundidad. Había alimentado, sucesivamente, la poesía épica aristocrática, la poesía lírica y, más concretamente, la lírica coral, elemento constitutivo y ornamento de las ceremonias cultuales, la poesía dramática y, por último, la literatura oratoria, a la que el siglo IV hizo evolucionar, superando sus objetivos prácticos, hacia el esteticismo de la “prosa artística” (*Kunstprosa*), que vino a relevar a la poesía agonizante. Todas estas categorías literarias sobreviven, es cierto, a su antigua razón de ser: sigue habiendo versificadores para versificar de acuerdo con las norma antiguas, para acumular tragedias, himnos, e incluso epopeyas, pero, en la medida en que todo eso no nace ya muerto (ni desaparece), no constituye precisamente sino supervivencias. A lo sumo, podríamos considerar que la comedia ática supone una excepción provisional: pero aunque la «comedia nueva», ilustrada por Menandro y Filemón, continúa inscribiéndose en el marco institucional de los concursos dionisíacos, ya ha dejado de ser el espejo político que los cómicos antiguos levantaban ante la ciudad para obligarla a reflexionar sobre sí misma; transformada en una comedia de costumbres, de caracteres y de intriga, ya sólo constituye una diversión de buen gusto propuesta a un *público* que, en lo sucesivo, representa no tanto a la ciudad reunida como a la suma de particulares. Pero al permutar los comentarios en caricatura de la coyuntura política por la observación del hombre, la comedia nueva ganó en universalidad. Y esto es lo que justifica su éxito, desbordando los ámbitos atenienses que la vieron nacer, tanto entre los coetáneos como en nuestros días, a través de sus adaptaciones latinas. Y, sin embargo, hay un verdadero lazo que sigue ligando a la comedia nueva con el ámbito social ateniense, puesto que la comedia muere realmente hacia la época en que Atenas ve fracasar su último arranque de independencia patriótica, en los días de la guerra cremonidea.

Dentro de la poesía helenística, cuanto de mayor valor nos ha llegado se halla vinculado, en gran medida, al círculo alejandrino⁷¹⁰, es decir, a ese círculo de letrados eruditos a quienes acogió la Biblioteca. Evidentemente, aquel círculo no era adecuado para hacer que brotase

⁷⁰⁹ ¿Hace falta recordar que es bien poco?

⁷¹⁰ De ahí el nombre de “poesía alejandrina” que se ha utilizado a veces para calificar, hasta cierto punto de forma abusiva, al conjunto de la poesía helenística.

una fuente poética y si podemos observar un renacimiento de la poesía a finales del prosaico siglo IV, el fenómeno se produce en la zona suroccidental del Egeo, de donde tantos hombres llegaron a Alejandría, y en Occidente, de donde vino Teócrito: centro de atracción y de difusión, Alejandría cumplió también ese papel en el terreno de la poesía. Si la poesía que allí fue elaborada merece el nombre de "lirica", no lo es ya en sentido antiguo, que suponía una asociación entre el verbo, la música y la danza (por el contrario, el divorcio entre la palabra y la música ya se ha consumado), ni en el sentido moderno de desahogo personal (algo ya conocido por el lirismo antiguo), sino principalmente desde un punto de vista formal. Ya se tratase de modelos formales antiguos, de esquemas métricos y de la lengua⁷¹, ya se tratase del contenido, la Biblioteca de Alejandría ofrecía un inagotable tesoro a partir del cual las personas con gusto, con curiosidad y erudición podían "hacer de lo viejo algo nuevo". Calímaco de Cirene constituyó el modelo de aquellos poetas de gabinete que destinaban su obra a los cenáculos de iniciados: virtuoso incomparable en el manejo del metro y de la lengua, dotado de un conocimiento inagotable de una mitología a la que no concedía ningún crédito⁷², espiritual y, como tantos otros hombres de espíritu, capaz de considerar una regla de oro la falta de inspiración y de supeditar, por último, su Musa a las exigencias de la vida cortesana. Calímaco es un poeta admirable en la medida en que podemos admirar cómo alcanza una perfección que no llega a conmovernos. Tan virtuoso como Calímaco, Teócrito nos resulta más familiar en sus *Idilios*⁷³: como no había hecho más que llegar a Alejandría⁷⁴ y antes vivió principalmente en su patria siracusana, así como, según parece, en Cos (la isla contaba con una tradición poética local), Teócrito posee una humanidad más realista y a veces calurosa y un verdadero sentido de la naturaleza que no está demasiado sofocado por las convenciones, aunque sus pastores sean gentes un poco excesivamente elocuentes y "sensibles". Su gusto por los paisajes rústicos y por la vida sencilla se adecuaba a un público formado por ciudadanos que aspiraban —o fingían aspirar— a los bosques y al mundo pastoril y, por no poder disfrutarlo, lo buscaban en los libros y en los

⁷¹ La impropiedad poética de la *koiné* impuso el recurso a los viejos dialectos, que, por lo demás, son reelaborados y eventualmente combinados con una serie de formas cultas y perfectamente artificiales, formas que a veces resultan incluso poco comprensibles.

⁷² Pueden verse, en particular, sus *Himnos*, de donde el sentimiento religioso se halla completamente ausente, y sus *Aitia* (de los que tan sólo conservamos unos cuantos fragmentos), que —según una vieja tradición, pero afectada por los flecos de la erudición— explicaban los "orígenes" de algunos mitos. En el caso de Calímaco, como en muchos otros, el manejo del mito o la práctica de viejas formas culturales no convierte ya al poeta en un "maestro de la verdad", salvo raras excepciones.

⁷³ El *eidyllion*, o "género menor" (*eidōs*), es una forma característica de la poesía helénica, que tan sólo se define por sus restringidas dimensiones y que permite tratar cualquier clase de tema.

⁷⁴ En su tránsito a Alejandría trajo consigo una pieza que se encuentra entre sus mejores composiciones, esa pequeña obra maestra de observación que son las *Siracusanas*, y otra que está entre sus peores poemas, un elaborado *Elogio de Ptolomeo*...

cuadros⁷⁵: Teócrito cosechó un éxito histórico que no conoció Calímaco porque, como en el caso de Menandro, existe todo un panel de la literatura occidental inspirado por él. El gusto helenístico tan sólo incluía la miniatura: Apolonio de Rodas, que dirigió la Biblioteca en la época en que allí trabajaba Calímaco, se ganó, según dicen, el odio de este último (hasta el punto de tener que exiliarse), por haber cultivado el género épico —es decir, las piezas de gran extensión—. Pero los mejores pasajes de sus *Argonáuticas* sugieren sobre todo que la estética de ambas personas procedía de temperamentos opuestos: la pintura bastante euripídea de Medea enamorada, el valor concedido al paisaje, incluso cierta originalidad animada del lenguaje, eran demasiado contrarias, pese a todo el despliegue de erudición mitológica y geográfica, al formalismo perfeccionista de Calímaco. Y aunque éste lograra, es cierto, expulsar la epopeya de Alejandría, no acabó con su vida, puesto que conservamos algunos indicios de que la misma floreció en Asia Menor en el siglo II, tal vez en el área de Pérgamo en donde floreció también la escultura monumental y heroica. Pero, si es que hubo versificadores para dárseles de nuevos Homeros cantando las hazañas de los soberanos divinizados⁷⁶, las *Argonáuticas*, la única que ha llegado hasta nosotros, en realidad tan sólo constituye un relato de aventuras y de amor, al que sólo le faltaba haber sido escrito en prosa para depender de la novela. De los tres poetas que acabamos de citar, únicamente Calímaco fue Alejandrino en el sentido pleno del término y el hecho de que los otros dos viviesen y produjesen asimismo en otros lugares demuestra que, si Alejandría fue durante el siglo III el centro principal del gusto literario, así como emisor de una enorme producción, precozmente perdida⁷⁷, no constituyó el único hogar que albergó a la “sociedad poética” de aquellos tiempos.

Si hay una forma que, en toda la historia de la literatura griega y hasta la época bizantina, fuese practicada en todos los lugares, pero que sufrió fuertemente la influencia alejandrina y, en especial, la de Calímaco, destacadísimo artífice de la misma, ésa fue el epigrama: “inscripción” métrica, que comprende desde un simple dístico hasta dimensiones más desarro-

⁷⁵ El “gusto por la naturaleza” y la rusticidad de los temas literarios nada tienen que ver con el gusto por la vida rural; entre el público letrado y la campiña, se interpone una separación social —a la que en todo el mundo helenístico oriental se suma, por añadidura, la separación entre ciudadanos helenos y campesinos indígenas...—.

⁷⁶ Conocemos la existencia de una epopeya que desarrolla el tema de la lucha de Antíoco I contra los gálatas, cuyo episodio central sería la famosa batalla en la que el rey lanzó sus elefantes contra los bárbaros...

⁷⁷ Hubo, en particular, una gran producción dramática, fruto, tanto en Egipto como en otras partes, de una elevada ejecución de tragedias (la presencia de “technitas dionisiacos” está certificada en Alejandría y en Ptolemaida, y las terracotas helenísticas hallada en Egipto evocan intensamente el mundo del teatro). De entre los nombres de los poetas trágicos alejandrinos que se nos han conservado, tan sólo mencionaremos aquí el de Licofrón de Cálcidia, cuyas tragedias se perdieron, pero del que tenemos el largo monólogo (1.500 versos) de las profecías de Casandra (*Alexandra*), barroco tejido compuesto de oscuros enigmas, de un lenguaje que era ya impenetrable para los antiguos: lo más sorprendente es que esta obra maestra de antipoesía nos haya llegado íntegramente...

lladas, el epigrama siempre conservó dicho carácter, y esencialmente en su utilización funeraria o votiva —pero se convirtió también en un “género” literario, que acabaría seduciendo a las personas amantes de las adivinanzas y del lenguaje, así como de la más extremada concisión—. Desde la perspectiva de la historia literaria, los verdaderos epigramas, cuyo número no deja de crecer gracias a la epigraffa, nos revelan hasta qué punto se había extendido el arte de aderezar unos cuantos versos correctos y elegantes⁷¹⁸. En cuanto a los epigramas ficticios —que no siempre seríamos capaces de distinguir de los verdaderos dentro de la *Antología*— sirven para cualquier objeto, pues no son sino un ejercicio literario con frecuencia encantador o brillantísimo: son epigramas que expresan, bajo apariencias a veces mitológicas, el duelo, la amistad, el amor, la pasión, sentimientos que les conducen a elevarse, llegado el caso, a un auténtico lirismo, aunque la brevedad de la forma les confiere un cierto halo de fugacidad —pero también un erotismo cuya crudeza queda a veces disimulada debajo del enigma, y a menudo hay, simplemente, la necesidad de mostrarse ingenioso a costa del prójimo—. Abierta a una temática infinitamente más variada que en tiempos antiguos, aunque la moda tiende a fijarla, la forma epigramática elevada a la dignidad de género literario constituye una de aquellas numerosas prolongaciones del pasado que la época helenística torneó según criterios propios.

La verdadera literatura “alejandrina” o de inspiración alejandrina no es toda la literatura helenística —y lo es tanto menos cuanto que no representa, después de todo, sino un momento, que casi nos sentiríamos inclinados a identificar con el “reinado” de Calímaco (que muere entre el 240 y el 230)—. Apartadas de este ambiente erudito y refinado, existen otras corrientes, menos conocidas porque no se conservaron tan bien.

De una literatura de pura diversión, dramática o romántica, o hasta de una literatura popular, casi no quedan sino ecos o reflejos. Efectivamente, en el terreno del teatro los *Mimos* de Herondas⁷¹⁹ no representan sin duda, en el siglo III, sino la trasposición literaria de un género popular⁷²⁰ lo bastante antiguo como para que la tradición lo señale como la fuente de la forma dialogada adoptada por Platón. Lo que estos breves sainetes tienen de “popular” son los personajes (artesanos, comerciantes, alcahuetas y rameras, las “buenas mujeres” de la ciudad, etc.), los temas de la vida cotidiana, el carácter licencioso del lenguaje y la salacidad de las conversaciones: pero la lengua está llena de referencias literarias y el verso es culto. Hay que felicitarse por el descubrimiento papiroológico que nos ha devuelto estas piezas, pues la literatura helenística no ha suministrado casi nin-

⁷¹⁸ Ya hemos señalado, *supra*, p. 461, cuán importantes son los epigramas funerarios para nuestros conocimientos sobre la evolución de los sentimientos.

⁷¹⁹ Herondas o Herodas, no se sabe, y esta incertidumbre respecto a la forma de su nombre repercute en la que pesa sobre su origen: no es seguro que fuese de Cos, escenario de varias de sus obras.

⁷²⁰ Sucede lo mismo con determinadas composiciones de Teócrito, como el *Amor de Cínisca* y las *Siracusanas*, que son dos mimos, aunque en ningún caso destinados a la escena.

guna otra "instantánea" de la vida popular, que encierran, por lo demás, bastante picardía. En cuanto a la literatura novelesca, que poseía asimismo sus antecedentes clásicos (en numerosas páginas de Heródoto; en la *Ciropedia* de Jenofonte), parece que gozó de aprecio a partir, sobre todo, del siglo II, fenómeno en relación, sin duda, con el retroceso de la poesía, y lo cierto es que no alcanzará su verdadero desarrollo sino en época imperial. Numerosos aspectos se unen para configurar el cuento y la novela: la historia; y en primer término la historia de Alejandro, a partir de la cual se elabora el material que dará lugar a la *Novela de Alejandro*⁷²¹, cuyas ramificaciones aún no han terminado; la ampliación geográfica del mundo, que da origen a los "viajes extraordinarios"; la filosofía, que, injertándose en la geografía imaginaria (o a la inversa), desemboca en la utopía novelesca, siguiendo así una tradición ilustrada ya por la Atlántida de Platón; la nueva moda, finalmente, por las historias de amor. Todas estas corrientes, a las que debe añadirse la transformación de las viejas leyendas épicas en novelas de aventuras y la recepción de tradiciones populares orientales, se entremezclan aplicando distintas proporciones que el estado de deterioro en que nos llega esta literatura casi no permite calibrar. Pero lo importante aquí no consiste tanto en conocer la novela helenística en sí misma cuanto en reconocer su existencia y las necesidades a las que respondía, necesidad de una literatura de imaginación y de evasión, es decir, de una literatura de compensación: intuimos que haría falta analizar toda una psicología de la novela helenística, si la conociésemos mejor, así como a su público de las ciudades.

La filosofía inspiró, por su parte, una serie de obras literarias destinadas al público en su sentido más amplio, obras didácticas para unos, propagandistas, polémicas y satíricas para otros. Entre las primeras, el modelo del género es el poema de los *Fenómenos* en el que Arato de Solos trasladó a versos épicos la astronomía de Eudoxo de Cnido⁷²², poema cuya intención consistía no tanto en enseñar la "astronomía popular" cuanto en difundir la concepción providencial del cosmos estoico⁷²³ (Arato fue discípulo de Zenón), con una piedad filosófica ilustrada por esa bella invocación a Zeus que le sirve de prólogo y cuyo parentesco con el *Himno a Zeus* del estoico Cleanto resulta patente. Es, así pues, esta perspectiva filosófico-religiosa lo que aseguró el éxito del poema de Arato —pese al indudable tedio que provoca en nosotros⁷²⁴—. Pero la filosofía inspiró algunas formas todavía más populares. Ya veremos más adelante que la enseñanza moral fue un rasgo común a las grandes escuelas filosóficas

⁷²¹ La más antigua versión griega de la *Novela* no es anterior al siglo III d.C. —lo que implica un largo período de gestación y de elaboración, por lo menos parcial.

⁷²² La tradición que consiste en exponer conocimientos propios (o el conocimiento) en hexámetros homéricos remonta hasta un pasado lejano: Hesíodo, Parménides, Empédocles.

⁷²³ *Infra*, p. 558.

⁷²⁴ Todos los poemas didácticos que vieron la luz (fueron versificadas la geografía, la agronomía, la botánica, etc.) no encerraron, es verdad, ese alcance filosófico, ni conocieron semejante éxito.

helenísticas, y entre ellas los cínicos sobre todo, aunque también los estoicos, la hicieron objeto de una verdadera predicación popular. El filósofo cínico mugriento e hirsuto, que vaga de ciudad en ciudad pidiendo limosna, es un tipo social de la época —y el creador de un género que en principio fue oral, y más tarde escrito, la *diatriba*: apelando al humor, a la burla, a opiniones bien sensatas y a la crítica social para llegar a introducir la predicación de la ética de la pobreza y de la renuncia, la *diatriba*⁷²⁵ deriva a un tiempo del diálogo y de una retórica de esquina callejera que practicaron, a imagen de Diógenes y de Bión el Boristenita, todos los cínicos—. Más literaria, la *sátira*, que mezclaba los versos y la prosa⁷²⁶ y que estuvo ilustrada por Menipo de Gádara (de ahí la denominación de “sátira menipea”) y Cércidas de Megalópolis⁷²⁷, perseguía los mismos fines, que eran igualmente los de otros géneros (epistolografía imaginaria, colecciones de anécdotas o de apotegmas, etc.).

Situemos, por último, en su lugar a la historiografía helenística —una faceta de la literatura de la época que (como la historiografía del siglo IV, después de Jenofonte) se significa por su desaparición, por lo menos antes de Polibio—. El primer hecho a destacar es que el círculo alejandrino del siglo III fue, en este terreno, estéril. Aunque una serie de historiadores dignos de ser mencionados vivieron en Alejandría, eso sucedió antes de que la Biblioteca estuviese constituida y después de la época en que los Calímacos y los Eratóstenes la convirtieron en un centro superior de investigaciones. Antes: pero ni Ptolomeo Soter ni Clitarco tenían nada que esperar de una biblioteca por escribir la expedición de Alejandro, ni Hecateo de Abdera por interesarse por Egipto a la manera de Heródoto⁷²⁸, ni Manetón, que trabajó en la documentación egipcia⁷²⁹. Después: pero Agatárquides de Cnido (siglo II) cultivó la historia contemporánea⁷³⁰, y de Timágenes (siglo I) no subsiste más que el nombre y el eco de su influencia sobre la historiografía romana. La Biblioteca de Alejandría parece que no fue escenario sino de la erudición anticuarizante y anecdótica.

Es, por lo tanto, fuera de Egipto en donde hay que buscar a los historiadores helenísticos, grandes y pequeños: fueron numerosos, sobre todo

⁷²⁵ *Diatribé*, el “hecho de pasar el tiempo”, de ahí “entretenimiento”, “conversación”.

⁷²⁶ “Género mezclado”: éste es el sentido original del latín *satira*.

⁷²⁷ *Supra*, p. 494.

⁷²⁸ Además, Hecateo de Abdera no era un historiador: su libro acerca de Egipto, que conocemos a través del libro I de Diodoro Sículo, mezcla la geografía, la etnografía, la mitología, la teología e incluso la utopía filosófica. Adviértase que Hecateo no tuvo sucesores: la conquista parece haber eliminado la curiosidad por los países sometidos.

⁷²⁹ Manetón, egipcio helenizado de la primera mitad del siglo III, escribió sus *Aigyptiaka* en griego: a él le debemos, principalmente, las listas reales faraónicas y su distribución en “dinastías”.

⁷³⁰ Agatárquides conoció la misma suerte que Estabón: su obra histórica fue olvidada en beneficio de su obra geográfica, pero los pocos pasajes que conocemos de ella parecen manifestar una amplitud de miras que permitirían compararlo a Polibio.

aquellos que (es el signo de los tiempos) se inclinaban a tratar el pasado de su patria, y no solamente de su patria griega, puesto que, ya lo hemos señalado⁷³¹, la vuelta al pasado, y su exaltación, constituye asimismo un fenómeno que surge ahora en Oriente. Pasaremos aquí por alto a los historiadores locales o regionales, de quienes tan sólo conservamos algunos fragmentos —o incluso nada más que los nombres—. Es cierto que, en buena medida, sucede igual con la historiografía importante. Hemos analizado brevemente, en el volumen anterior⁷³², sólo la historia, en el sentido en que la entendemos, había nacido en el seno del movimiento intelectual del siglo v, y habíamos señalado que las catástrofes de finales de este siglo habían originado la quiebra provisional de la historia racionalista en provecho de una historia narrativa, la cual había sido impregnada por el espíritu del siglo iv de una retórica moralizante y patética; pero este mismo espíritu la condujo también a examinar el pasado desde sus perspectivas más profundamente universales (Éforo), de forma inversa a esa rígida concentración sobre una serie de sucesos que había permitido a Tucídides establecer un método que es todavía el nuestro. Cada una de estas dos corrientes poseen sus prolongaciones helenísticas —aunque, por supuesto, con las modificaciones impuestas por los trastornos creados por la expedición de Alejandro⁷³³—. Mencionaremos aquí cuatro nombres.

Timeo de Tauromenio se exilió de Sicilia en tiempos de Agatocles y vivió en Atenas, en donde, indiferente, parece ser, a los sucesos que agitaban la cuenca oriental del Mediterráneo, compuso un inmenso fresco de la historia de Occidente desde los orígenes hasta su propia época. Entremezclando, a la manera de Heródoto pero con mayor rigor cronológico, la historia, el mito, la geografía, la etnografía, las anécdotas, y sazonzando el conjunto con una fuerte dosis de retórica y mucha parcialidad, su obra alcanzó un éxito que le valió, ya que no el ser conservada, al menos ser expoliada y citada. Pero además, Timeo sería vilipendiado por Polibio, que denunció en su persona al historiador de biblioteca, carente de experiencia en los asuntos y, por tanto, de espíritu crítico. Reproches que Polibio jamás habría podido dirigir a un contemporáneo de Timeo, aunque jamás lo cita: Jerónimo de Cardia. Éste, que fue amigo y compañero de Eumenes de Cardia antes de unirse a los Antigónidas, se vio estrechamente envuelto en la época de los Diádocos, cuya historia escribió (hasta la muerte de Pirro, según parece): gracias a la utilización de la obra de Jerónimo por historiadores más tardíos y, sobre todo, por Diodoro de Sicilia (libros XVIII-XX), esa confusa época nos resulta relativamente bien conocida. De todos los historiadores perdidos, Jerónimo es aquel cuya fisionomía mejor captamos, y sus rasgos parecen cercanos a los de Tucídides —incluso en su desdén por el estilo, como le censuraron los puristas de época de Augusto—. No tenemos la suerte, en cambio, de haber con-

⁷³¹ *Supra*, p. 452.

⁷³² II, I, pp. 454 y ss.

⁷³³ Sobre los historiadores de Alejandro, todos ellos perdidos, *cf. supra*, pp. 223 y ss.

servado ni siquiera un resumen de la obra de Filarco, que continuaba, según parece, la de Jerónimo hasta la muerte del espartiatas Cleomenes III⁷³⁴, pero Plutarco la utilizó para los asuntos peloponesios del siglo III. Al igual que Timeo, Filarco fue cubierto de lodo por Polibio, y lo hizo por razones en las que el método histórico tenía sin duda menos importancia que la pasión política, pues el aqueo Polibio no podía perdonar a su predecesor (cuya obra, por lo demás, utilizó) su simpatía hacia Esparta y hacia sus reyes reformadores.

¿Quién era, pues, Polibio para distribuir tan generosamente los vituperios entre sus antecesores? Polibio de Megalópolis (nacido hacia el 200) pertenecía al círculo dirigente de la Confederación aquea y estuvo mezclado en asuntos políticos desde su juventud, en la época en que Roma desembarcaba en Oriente. En cuanto historiador, su suerte (¡y la nuestra!) fue haber sido deportado a Italia después de Pidna (168) y contraer en Roma una serie de amistades que le permitieron conocer bien los asuntos mundiales e incluso participar en ellos. Desde esta posición de observador privilegiado fue como Polibio, que no era la primera persona que se elevaba a una visión universal de la historia (Heródoto o Éforo lo habían intentado antes que él), comprendió con una lucidez de la que todavía somos deudores que la historia no debía consistir en la yuxtaposición más o menos coordinada de historias parciales, sino que era el marco de un proceso coherente (*somatoeides*, “orgánico”, escribe Polibio en I, 3, 4) orientado a un fin único, que era el triunfo del poderío romano⁷³⁵. Esta expansión de Roma exigía una explicación, que Polibio creyó descubrir en la excelencia de las instituciones romanas⁷³⁶: punto de vista discutible, pero que no le impidió ser un analista atento de las series encadenadas de acontecimientos y de seguirlas al nivel del mundo contemporáneo. Heredero de Tucídides en su exigencia de causalidades racionales, en la primacía otorgada a los acontecimientos políticos y militares (a los *pragmata*, de ahí su noción de historia “pragmática”), en su desprecio por la anécdota y por el patetismo, Polibio no deja de ser por eso un hombre de su tiempo, cuyo racionalismo posee unos límites: aunque expulsa de la historia a los dioses y lo sobrenatural (ya que no al azar), mantiene dentro de ella un principio metafísico en forma de la *tyché*, de la “fortuna”, que orienta los acontecimientos hacia una finalidad predeterminada. La *tyché* era entonces una noción lo bastante común como para que no sea preciso aproximar esta concepción a una fuente filosófica concreta. Ade-

⁷³⁴ Es decir, aproximadamente hasta el momento en que Polibio reemprende el relato (cf. *supra*, n. 359). Nuestra ignorancia de la historia general del siglo III obedece, en buena medida, a la desaparición de la obra de Filarco.

⁷³⁵ Como se dio perfectamente cuenta de que este proceso se iniciaba con la segunda guerra púnica y la alianza de Filipo V y de Aníbal, en la olimpiada 140 = 220-216, Polibio estableció en principio el final del mismo en la caída de Macedonia después de Pidna (168), antes de prolongar su obra hasta la destrucción de Cartago (a la cual asistió) y el final de las libertades griegas en el 146.

⁷³⁶ Cf. I, 1, 5; VI, 2, 3 : las instituciones romanas son analizadas en este libro VI, que es una digresión sobre teoría política.

más, el espectáculo de cuanto le había tocado vivir (murió hacia el año 120) excedía los límites de una explicación racional global: lo que había sucedido, ¿no era consecuencia de alguna necesidad trascendental?⁷³⁷ En este punto, Polibio se halla más cerca de Heródoto que de Tucídides. Hay que advertir, al respecto, que, por segunda vez, la apertura de la historiografía a lo universal está ligada al empuje de una conquista: sin las guerras médicas, no habría habido un Heródoto, ni tampoco se concibe un Polibio sin la expansión romana. Pero el proceso histórico descrito por Heródoto se terminó con el triunfo de los helenos libres sobre los bárbaros, confirmándoles en la convicción de su superioridad y la de sus dioses. En cambio, el objeto de la historia polibiana consiste en registrar, en el nuevo contacto mundial, la decadencia de la Hélade y de sus prolongaciones monárquicas: los dioses que, de todas formas, habían perdido su función de rectores de la historia, no podían —en la medida en que seguía requiriéndose un principio metafísico— sino ceder su lugar a una potencia abstracta, que Heródoto tampoco había ignorado⁷³⁸: pero la *tyché* herodotea era un instrumento en manos de los dioses; en cambio, la de Polibio reemplaza a los dioses.

La inmensidad del campo de trabajo polibiano entrañaba una serie de dificultades prácticas, especialmente en la organización de la cronología. La multiplicidad y la confusión de los sistemas de cómputo del tiempo utilizados en todas partes suponían, desde hacía tiempo, un desafío a la historiografía, desafío que el siglo III había intentado, no obstante, afrontar. Las “eras reales” helenísticas, y principalmente la era seléucida⁷³⁹, proporcionaban ejemplos de numeración de los años que podían sugerir una extensión al pasado, y constituyó un mérito, entre otros más, de la Biblioteca de Alejandría el haber reunido una documentación lo bastante extensa como para que se pudiese intentar, cual hizo Eratóstenes, la integración de múltiples cronografías locales en un *canon* único derivado de una fecha original fijada (*epoché*), tal como la de la caída de Troya. Pero el cómputo por Olimpiadas, aunque se remontaba menos atrás (hasta el 776), presentaba la ventaja de ofrecer puntos de referencia a un número considerable de ciudades que contaron con vencedores en los juegos. Escogida por Timeo, la datación por Olimpiadas fue asimismo adoptada por Polibio. Merece la pena subrayar que la adopción de una trama cronológica común fue un acierto de la historiografía helenística, y tanto más cuanto que Eratóstenes, de quien partió esencialmente ese progreso, fue también el estudioso que se esforzó en establecer las coordenadas mate-

⁷³⁷ Polibio no es el primero en razonar históricamente en términos de *tyché*, e incluso cita un pasaje (en XXIX, 21) en el que, un siglo y medio antes, Demetrio de Falero atribuía a la *tyché* el hundimiento del Imperio persa y la ascensión de los Macedonios (“a la espera”, añade Demetrio, “de que disponga otra cosa respecto a éstos...”). La expansión macedonia era evidentemente muy apropiada para sugerir reflexiones de la misma naturaleza que las que debía sugerir la expansión romana.

⁷³⁸ Cf. el volumen anterior, pp. 533 y ss.

⁷³⁹ Cuyo año 1 fue fijado en el 312/1: *supra*, nota 350. Debemos recordar que los Lápidas no crearon ninguna era dinástica.

máticas de la geografía. Desde sus orígenes, la historia y la geografía habían marchado al mismo compás, y lo mismo sucede ahora con su racionalización aritmética y geométrica. Esto debe entenderse, sencillamente, como la doble señal de que, por primera vez, el hombre intenta situarse de manera absoluta en el tiempo y en el espacio. ¿Es consecuencia a la vez de la ampliación del mundo y del sentimiento de que Alejandro (y Alejandría) había inaugurado una nueva edad de la humanidad, en la que la representación de las actividades humanas ya no podía concebirse sin referencia precisa a un espacio contrastado? Nos contentaremos con plantear aquí el problema, no sin insistir en esta convergencia entre el espíritu histórico y el espíritu matemático.

De los 39 libros de la *Historia* de Polibio, tan sólo los cinco primeros nos han llegado íntegros. El resto no se conserva sino en forma de fragmentos, a menudo extensos, que permiten comprobar cómo la posteridad los saqueó, comenzando por Tito Livio⁷⁴⁰. Pero lo que subsiste de la obra polibiana y la reconstrucción que podemos efectuar de la misma muestran que se trata de uno de los monumentos de la historiografía griega —mejor dicho: la segunda cima de la historiografía universal, después de Tucídides—. Cabe dudar de que las obras perdidas de sus continuadores del siglo I (Posidonio, Estrabón) llegasen a igualar su altura de miras y su rigor metodológico⁷⁴¹.

⁷⁴⁰ El hecho de que los plagiarios de Polibio lo adaptaran a un estilo menos indigesto que el suyo, y de que se saltasen los desarrollos polémicos o moralizantes que podían parecer inútiles, hizo que el público prefiriese las obras de éstos al original —y esto explica el naufragio parcial de la *Historia* polibiana—.

⁷⁴¹ Sobre Posidonio, cf. *supra*, p. 524; *infra*, p. 564.

CAPÍTULO III

RACIONALIDAD E IRRACIONALIDAD. RELIGIÓN Y FILOSOFÍA

Ya nos hemos referido al conflicto entre lo racional y lo irracional en el pensamiento helénico. Dentro de la perspectiva general de la historia del pensamiento griego, este conflicto no supone nada nuevo, y en el volumen anterior hemos mostrado que en tiempos de su primer desarrollo el racionalismo radical de la sofística y de la historiografía tucidídea había tropezado con una serie de obstáculos y había provocado determinadas reacciones, que se vieron luego confirmadas tanto en las representaciones populares tradicionales como en el pensamiento de un Platón. El comienzo de la época helenística nos permite asistir de nuevo, según vimos, a otra penetración del racionalismo científico, la más brillante, sin duda, que la Antigüedad haya conocido —pero destinada asimismo a sufrir un agotamiento cuyas primeras manifestaciones se presentan en el siglo II. Y hemos subrayado que los límites del racionalismo, lejos de ser propios de los círculos científicos, provenían de un estado general de ánimo: y para terminar con nuestra exposición, nos dedicaremos a caracterizar ese estado de ánimo a través de las corrientes religiosas y filosóficas.

I.—CORRIENTES RELIGIOSAS Y ACTITUDES RELIGIOSAS DEL MUNDO HELENÍSTICO ⁷⁴²

Resulta imposible describir aquí la multiplicidad de fenómenos que tuvieron por escenario el mundo helenístico; trataremos más bien de defi-

⁷⁴² OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general citadas en nota 324, la exposición más completa es la de M. P. Nilsson, *Geschichte der Gr. Religion*, II, 2.ª ed., Munich, 1961; pero cabe todavía leer con enorme provecho el libro póstumo de U. von Wilamowitz-Moellendorf, *Der Glaube der Hellenen*, II, 1932. La separación existente entre los datos de época helenística y los de época imperial no ha sido, a menudo, tomada en consideración: éste es el defecto de un libro de tan profunda erudición como el de R. Reitzenstein, *Die hellenistischen Mysterienreligionen*, 2.ª ed., Leipzig-Berlín, 1920, defecto que tampoco elude por completo A. D. Nock, *Conversion, The old and the new in religion from*

nir las principales actitudes religiosas que este mundo nos revela y de captar las corrientes de donde provienen tales actitudes. Pretendemos, asimismo, proporcionar sus rasgos definitivos a la fisionomía compleja y, por tantos motivos, contradictoria de aquella humanidad helenística que fue alumbrada por la conquista de Alejandro. La fragmentación del viejo mundo griego dentro de un ámbito geográfico inmenso, el trastorno de las estructuras políticas y sociales, las más antiguas de las cuales empiezan a marchitarse sin que las nuevas ofrezcan ya a las personas algún tipo de

Alex. the Gr. to Augustine of Hippo, Oxford, 1933.

Los trabajos sobre los "dioses egipcios" se han multiplicado en estos últimos años: P. M. Fraser, *Two studies on the cult of Sarapis in the hellenistic world*, *Opuscula Atheniensia*, III, 1960, pp. 1 ss.; Id., *Current problems concerning the early history of the cult of Sarapis*, *ibid.*, VII, 1967, pp. 23 ss.; Id., *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972, cap. V; L. Vidman, *Sylloge inscript. religionis Isiaca et Sarapiacae*, *Religionsgeschichtl. Versuche u. Vorarbeiten*, XXVIII, Berlín, 1969; Id., *Isis und Sarapis bei d. Griechen u. Römern*, en la misma colección, XXIX, Berlín, 1970; J. E. Stambaugh, *Sarapis under the early Ptolemies*, *Eproer*, XXV, Leiden, 1972; F. Dunand, *Le culte d'Isis dans le bassin oriental de la Méditerranée*, *Eproer*, XXVI, 1-3, 3 vol., Leiden, 1973; véase además la obra de divulgación de R. E. Witt *Isis in the Graeco-rom. World*, Londres, 1971.—Sobre las aretologías de Isis, cf. A. J. Festugiere, *A propos des aretologies d'Isis*, *Harv. Theol. Rev.*, XLII, 1949, pp. 209 ss.= *Études de relig. gr. et hellénist.*, París, 1972, pp. 138 ss.; J. Bergman, *Ich bib Isis. Studien zum memphitischen Hintergrund d. gr. Isisaretologien*, Uppsala, 1968; sobre la noción de aretología en general, puede leerse aún R. Reitzenstein, *Hellenist. Wundererzählungen*, Leipzig, 1908, pp. 8 ss.—Todas estas obras dan la bibliografía anterior, entre la que sigue siendo fundamental el libro de P. Roussel, *Les cultes égyptiens à Délos*, Nancy, 1916.

Un interesante ejemplo de helenización en el ámbito indígena: J. Yoyotte, *Bakthis: religion égyptienne et culture grecque à Edfou*, en *Religions en Eg. hellénist. et rom.*, París, 1967, pp. 127 ss.

Sobre el dionisismo: A. J. Festugiere, *Les mystères de Dionisos*, *Rev. Bibl.*, XLIV, 1935, pp. 192 ss.; 366 ss.= *Études de religion gr. et hellénist.*, pp. 13 ss.; H. Jeanmaire, *Dionysos*, París, 1951, capít. VIII-IX; M. P. Nilsson, *The dionysiac mysteries of the hellenist. and roman age*, Lund, 1957; sobre el asunto de las Bacanales, cf. en especial A. J. Festugiere, *Ce que Tite-Live nous apprend sur les mystères de Dionysos*, *Mél. Arch. Hist. Ec. Fr. Rome*, 1954, pp. 79 ss.= *Études...*, pp. 89 ss.

Sobre los dioses sanadores: O. Weinreich, *Antike Heilungswunder = Religionsgeschichtl. Versuche u. Vorarbeiten*, VIII, 1, Giessen, 1909; R. Herzog, *Die Wunderheilungen von Epidauros*, *Philologus*, Suppl. XXII, 3, 1931.

Sobre los cultos de Alejandría: C. E. Visser, *Götter u. Kulte im Ptol. Alexandrien*, Amsterdam, 1938; P. M. Fraser, *Ptol. Alexandria*, cap. V (que contiene también una actualización sobre Evémero y el evermerismo).

Sobre la astrología y el ocultismo: F. Cumont, *L'Égypte des astrologues*, Bruselas, 1937, II parte; A. J. Festugiere, *La révélation d'Hermès Trismégiste*, I, París, 1950; Id., *Hermétisme et mystique*, París, 1967.

Cabe leer asimismo con provecho el último capítulo de E. R. Dodds, *The Greeks and the irrational*, Berkeley, 1959 (trad. francesa, París, 1965; trad. española...).

Sobre el judaísmo, añadir a la bibliografía del volumen anterior (II, 1, p. 6, nota 1): E. Bickermann, *Der Gott der Makkabäer*, Berlín, 1937; V. Tcherikover, *Hellenist. civil. and the Jews*, Filadelfia-Jerusalén, 1959; Id., *Corpus Papyr. Judaic.*, I, Cambridge (Mass.), 1957 (*Prolegomena*); M. Simon, *Les sectes juives au temps de Jésus*, París, 1960; y actualmente, sobre todo, M. Hengel, *Judentum u. Hellenismus*, Tübingen, 1969, fundamental y provisto de una bibliografía exhaustiva.—Sobre la historia política de Judea en época seléucida, Ed. Will, *HPMH*, II.

marco a escala humana, los contactos con las civilizaciones de Oriente, la condena, por último, a que se ve sometido este nuevo mundo, por la presión de conquistadores externos (Roma, los Partos) y por las reacciones internas, antes de haber tenido tiempo de consolidarse —todo eso no podía dejar de causar efectos religiosos, si es cierto que cualquier religión y cualquier filosofía encierran una representación del mundo, de las fuerzas que lo gobiernan, del lugar que dentro del mismo ocupa el hombre, del comportamiento que debe observar durante su estancia en él y del destino que le está reservado. Si contemplamos con una mirada la historia de los sucesos que separan a Alejandro de la *pax romana*, podemos comprobar que esos tres siglos constituyeron una época de guerras perpetuas, de revueltas, de disturbios, de cambios de dominio, de perturbaciones económicas locales o generales —en resumen, una época de inestabilidad y de incertidumbre; y aunque todas las regiones del mundo helenístico no sufrieron ni constante ni simultáneamente esos males, no por eso estamos menos justificados a la hora de considerar al hombre helenístico, tanto frente al hombre griego del pasado como frente al egipcio, al babilonio o al persa del pasado, a un hombre ansioso y desorientado —metafísicamente desorientado, puesto que en adelante resulta claro que la libertad humana no respeta, o ya no respeta en los asuntos de este mundo, los límites asignados por los dioses—. Pero ninguna conmoción puede eliminar el pasado, y en el terreno de lo religioso cabe observar lo mismo que hemos apreciado en el ámbito político y social: lo antiguo subsiste y está deshaciéndose progresivamente, mientras que en todas partes se abre camino lo nuevo.

Si abordamos las cosas desde un punto de vista *griego*, lo antiguo son la ciudad y sus cultos. Ya hemos visto con cuánta obstinación los griegos permanecen en todas partes apegados a la *polis* y a su problemática libertad. Ya no cabía seguir considerando a las viejas divinidades “poliadas” como garantes de esa libertad y de todo cuanto la misma encierra. Recordemos el himno dirigido por los atenienses a Demetrio Polioretetes, himno que le atribuye la única “verdad” divina, que duda incluso de la existencia de los dioses “de piedra o de madera” y que afirma, por lo menos, su indiferencia: no existe más crudo testimonio de escepticismo⁷⁴³. Mas no por ello se abandonan el culto a las viejas divinidades cívicas, y los ritos, que siempre habían constituido lo esencial de la piedad pública, continúan siendo celebrados escrupulosamente. Resulta evidente que se teme la negligencia ritual: en ciertas ocasiones, se ensalzan nuevamente una serie de antiguas ceremonias, y, sobre todo, se legisla ampliamente sobre asuntos culturales. La gran mayoría de “leyes sagradas” que han llegado hasta nosotros son de época helenística y romana, y son, por lo general, más minuciosas que las de épocas pasadas: todo cuanto esas leyes nos muestran es de carácter estrictamente formal, no contienen “artículos de fe”, sino reglamentos sacerdotales, reglamentos de sacrificios, reglamen-

⁷⁴³ *Supra*, p. 387.

tos financieros, reglamentos de pureza, reglamentos de policía... No se trata tanto de que estas medidas constituyan una novedad cuanto de su abundancia. Todo lo cual posee un carácter conservador que deriva, evidentemente, de un conservadurismo más netamente político, como se desprende muy bien del ejemplo ateniense en época de Alejandro, pues la legislación cultural de Licurgo forma parte en Atenas de una política general orientada a restaurar el poderío y prestigio de la ciudad. Esta preocupación por mantener, pese al escepticismo y a la creciente secularización, el marco oficial de la sacralidad pública se refleja asimismo en el gran número de construcciones culturales emprendidas por las ciudades de la época. Como tales actividades dependían de los recursos financieros, no es sorprendente que, como ya había ocurrido en el siglo IV⁷⁴⁴, la Grecia de Asia Menor, más rica que la Grecia de Europa, supere a esta última en ese terreno, en el que las ciudades conceden gustosas libre paso al gusto por lo colosal que caracteriza a la arquitectura pública helenística. En este aspecto, como en tanto otros, se recurría a la generosidad de los ciudadanos ricos: lo cual les permitía, al igual que el hecho de asumir los sacerdocios puestos en venta (algo que prácticamente sólo encontramos en Asia Menor), asentar mejor su influencia política.

Sin embargo, por suntuoso que muchas veces fuese el marco concedido a los cultos cívicos, en general aparece como un marco vacío y no les falta razón a quienes hablan de una secularización creciente de la religión cívica: a través de una rutina ritual tan sólo alcanzada, tardíamente, por el cristianismo oficial, los cultos públicos conservan del pasado su función de engranaje institucional, mediante el cual las comunicaciones cívicas (o, al menos, los elementos sociales que siguen estando activos dentro del aparato institucional) afirman su perennidad. Ahora bien, existe una contradicción en el hecho de sacrificar a unos dioses cuya naturaleza y antiguas funciones están muertas o agonizantes. Declarar, tal como una serie de intelectuales había hecho algún tiempo atrás, que los dioses son convenciones humanas y desinteresarse de los mismos tan sólo podía responder a esa tendencia profunda, de naturaleza política y social, que pese a todo condujo a preservar su culto: una reinterpretación racionalista de la religión tradicional latía en el propio orden de las cosas (ya encontraremos otros aspectos de ella en la filosofía contemporánea) y se reflejó claramente en la *Relación sagrada* de Evémero de Mesenia⁷⁴⁵, narración utópica que encierra una nueva teología. Los dioses de Evémero poseían dos categorías: unos (los astros), eran considerados inmortales y eternos; los otros, los "dioses terrestres" (se trata de los Olímpicos), habrían sido antiguos soberanos divinizados a causa de sus buenas acciones. Podemos intuir que hay relaciones entre esta doctrina y el fenómeno contemporáneo del naciente culto monárquico, pero lo que nos importa aquí es que

⁷⁴⁴ *Supra*, p. 214.

⁷⁴⁵ ¿O de Mesina? Nuestro personaje fue un colaborador de Casandro pero vivió además en Alejandría. Conocemos su obra a través de Diodoro de Sicilia.

aquella permitía, gracias a ese fenómeno político, "explicar" el origen de los dioses y —aun cuando ésta no era en absoluto la idea de Evémero, que fue incluido entre los "ateos"— justificar la perpetuación de sus cultos.

El evemerismo no parece haber gozado en un primer momento del éxito que alcanzó más tarde y el problema planteado por la evanescencia de los dioses ancestrales seguía vigente. Hasta cierto punto, cabía resolverlo mediante el recurso a sustitutos, y este fenómeno no era nuevo: ya la época clásica vio cómo el panteón de algunas ciudades daba entrada a una serie de divinidades extranjeras⁷⁴⁶ y las nuevas condiciones mundiales no podían sino reforzar dicha tendencia, según veremos. Pero desde época clásica también se habían elaborado muchas abstracciones divinizadas, a las que las ciudades tributaron culto. Algunas de aquellas abstracciones representaban ideales políticos que se pretendía consolidar sacralizándolos, como la Democracia, la Paz o la Concordia, pero la que concentra particular atención en época helenística es *Tyché*. Esta concepción filosófico-religiosa que combina el destino y el hado⁷⁴⁷ había abandonado progresivamente su función de instrumento en manos de los dioses para adquirir autonomía propia y ser personalizada con los rasgos de una figura divina. Como expresión de la inestabilidad de las cosas de este mundo *Tyché* recibió en todas partes culto público desde el siglo IV, culto que intentaba en definitiva conjurar el destino de las ciudades sin dejar de manifestar una cierta resignación ante el carácter incomprensible e indomable de las vicisitudes políticas. Sin embargo, la veneración dirigida a semejante divinidad conduciría a prestarle un carácter positivo, a insistir en el aspecto benéfico de la noción ambigua de "fortuna". Con estos presupuestos y bajo esa forma es como el culto cívico de *Tyché* conoce una inmensa difusión en época helenística: *Tyché*, divinidad femenina que lleva el cuerno de la abundancia y la frente ceñida con la corona almenada, se convierte en la "Fortuna de la ciudad" (*tyché tes poleos*). Asociada unas veces a las viejas divinidades poliadas, o desempeñando otras veces en solitario su antigua función, *Tyché* nos descubre, con su propio éxito, el fracaso de los antiguos protectores de las ciudades —sin que podamos afirmar si este sustituto despertaba una veneración auténtica o si su culto no hacía más que insertar dentro de formas tradicionales una concepción simbólica a la que cada persona podía atribuir, en función de su cultura, el contenido que le satisficiera—. Así pues, la "secularización" de la religión cívica podía conducir a intelectualizar, hasta cierto punto, su contenido, y el culto de la *Tyché* marcaba bien los límites de esta tendencia, tal como ya hemos indicado, aunque a otro nivel, a propósito del racionalismo polibiano.

No obstante, una religión intelectualizada entraña un nivel de cultura que no es propio de las masas, y las tendencias religiosas características de la época iban en dirección contraria.

⁷⁴⁶ *Supra*, p. 202.

⁷⁴⁷ *Cf. ya supra*, pp. 202, 521 y 534.

La historia de la religión griega nos revela que, desde la época arcaica, los períodos de inestabilidad política y de angustia social fomentaron el desarrollo de una serie de devociones que tenían por objeto aportar seguridad metafísica y escatológica a los individuos que las compartían. Ahora bien, según señalábamos antes, como las propias condiciones que las habían creado se reproducen y se amplifican a partir del siglo IV⁷⁴⁸, no debe sorprender que tales corrientes experimentasen nuevos bríos en época helenística: éste es el caso de los cultos místéricos (es decir, de los cultos de iniciación) y de los cultos dionisiacos. Sin embargo, hemos de esforzarnos por evitar un confusionismo que muy frecuentemente ha imperado en la literatura moderna. La noción de “misterios helenísticos” es una noción falaz⁷⁴⁹, sobre todo porque, como algunos han hecho, en el terreno religioso entienden por “helenístico” el resultado de un sincretismo greco-oriental. Y si bien es verdad que dentro de ciertos cultos hubo una serie de elementos griegos y de elementos orientales que se mezclaron tempranamente, se trata de un fenómeno cuya evolución tan sólo alcanza la plenitud en época imperial, cuando los documentos son mucho más numerosos, aunque a partir de los mismos resulte imprudente extraer razonamientos para la era precristiana. En lo concerniente a los misterios griegos tradicionales, que muestran enorme vivacidad en época helenística, nada prueba que se viesan afectados entonces por influencias orientales. La atracción ejercida por Eleusis sobrepasa con creces, en lo sucesivo, los contornos del Ática, pero nos veríamos en un compromiso a la hora de resolver si el contenido y valor de la iniciación sufrieron un cambio respecto al pasado⁷⁵⁰. En varios lugares, principalmente del Peloponeso, se documenta ahora la celebración de misterios en honor de Demeter y Core, pero nunca se ha podido establecer de qué elementos constaban y no hay forma de determinar hasta qué punto sufrieron la influencia de Eleusis⁷⁵¹. En cuanto a los misterios de los Cabiros (o Grandes dioses) de Samotracia, divinidades bárbaras cuya helenización, que arranca ya de tiempos antiguos, se acentúa en estos siglos, el inmenso éxito del que disfrutaban ahora no desvela su carácter enigmático: que los Cabiros fuesen “salvadores” de los marinos (rasgo que favoreció su asimilación a los Dióscuros) no basta para explicar que los devotos acudiesen desde bien lejos a Samotracia y que en algunos puntos se creasen filiales de su santuario. De Demeter o de los Cabiros, tales cultos de iniciación *griegos* no representan, por mucho que los examinemos, sino la

⁷⁴⁸ *Supra* p. 200.

⁷⁴⁹ Debemos reconocer que el confusionismo resulta favorecido por el empleo en época antigua de los términos *mysterion* y *teleté* que parecen definir cosas bastante distintas y que no siempre somos capaces de discernir. Desde luego, aunque los antiguos tenían tendencia a relacionar todo cuanto era “místico” con el mundo eleusinio, su actitud constituye evidentemente un procedimiento equivocado.

⁷⁵⁰ *Cf.* el volumen anterior, pp. 508 ss., en donde ya se advirtió, por lo demás, hasta qué punto dependíamos de fuentes tardías en nuestro conocimiento de los misterios.

⁷⁵¹ La larga inscripción de comienzos del siglo I sobre los misterios de Andania en Mesenia (*Syll.* ³, 735-736), no es más que una «ley sagrada» como tantas otras.

prolongación y difusión de realidades más antiguas: pero esta difusión y la atracción que en sí encierra parecen demostrar cómo la necesidad de un contacto personal inmediato con lo divino es ahora más intensa que en el pasado. Lo mismo cabe decir sobre el nuevo auge del dionisismo: aunque el carácter violentamente orgiástico y asocial del culto arcaico de Dionisos hubiera quedado neutralizado mediante su absorción en los cultos cívicos, ese elemento nunca desapareció del todo, y el número de "leyes sagradas" helenísticas que se ocupan del dionisismo, sobre todo en Asia Menor y en las islas, sugiere que esta tendencia latente había resucitado. Pero el dionisismo helenístico supera ampliamente lo que podemos captar dentro de las ciudades, y habrá que tratar nuevamente del mismo en la medida en que se ha pensado que podríamos apreciar, en este "movimiento dionisiaco", algunos componentes orientales. Fueran públicos o semipúblicos, los cultos místéricos o dionisiacos no eran los únicos, entre los aspectos estrictamente griegos de la religión, que podían alimentar las tendencias de la nueva época: otros muchos elementos antiguos, que la consolidación de la religión cívica en los inicios de la época clásica jamás consiguió situar en completo estado latente, conocen un nuevo impulso y, aunque es cierto que desde Oriente no tardarán en llegar poderosos refuerzos, no hace falta invocar influencias orientales para explicar el renacimiento de una pléyade de supersticiones y de prácticas mágicas, de la creencia en prodigios y en milagros⁷⁵², etc.

Sin embargo, la religión y la religiosidad helenísticas no presentarían una impronta particular si no se hubiesen producido determinadas novedades: no abordaremos otra vez el caso de los cultos monárquicos⁷⁵³, sobre los que ya hemos señalado que, sin duda, solamente reflejan una actitud religiosa auténtica en la época de su nacimiento, para transformarse acto seguido en manifestaciones institucionalizadas de lealtad; lo que pretendemos examinar aquí son las aportaciones orientales a la religión griega. Los griegos habían manifestado siempre una generosa apertura frente a las divinidades de Asia o de Egipto y la idea según la cual los dioses eran en todas partes los mismos, con nombres diferentes, era bastante antigua, e incluso había favorecido tempranamente que se produjesen asimilaciones⁷⁵⁴: tales tendencias no podían más que ser intensificadas por la instalación masiva de helenos en Oriente y por los contactos más íntimos entre los países nuevos y el viejo mundo griego. Cabría pensar, a priori, que las relaciones greco-orientales llegaron a provocar verdaderos intercambios, pero esa noción tan sólo posee, por el momento, un alcance limitado. Parece ser que, en la *chora* egipcia, en donde no encontramos sino pobres testimonios de auténticos cultos griegos, los helenos debían

⁷⁵² La época helenística es el período cumbre de las curas milagrosas de Asclepio en Epidauro (cf. *supra* p. 202), bien documentadas por el material epigráfico. Conviene destacar que en Cos, en donde, como ya vimos, se encontraba la sede de una de las grandes escuelas de medicina de esta época, el Asclepion no presenta esa dimensión curativa.

⁷⁵³ *Supra*, p. 386.

⁷⁵⁴ Cf. el volumen anterior, pp. 530 y ss.

verse fácilmente tentados a encomendarse a las divinidades de la población dentro de la que vivían (en la medida, al menos, en que constituyesen divinidades asimilables a sus propias concepciones⁷⁵⁵ o que ya habían sido asimiladas para la mente de un griego desde tiempo atrás); pero además los griegos de Grecia se mostraron receptivos frente a varias divinidades orientales, cuyos cultos se implantaron entre ellos —y a los que helenizaron—. Pero el caso contrario apenas se verifica sino sólo en cuanto hubo orientales que se helenizaron, algo que dista mucho de ser el caso general, o en la medida, también, en que la adhesión de los griegos instalados en Oriente a los cultos del país logró introducir en los mismos ciertos elementos helénicos, elementos que el ambiente indígena acabaría transformando, por su parte, a su manera: en Egipto, semejantes sincretismos brotan sobre todo en las capas más populares (aquellas en donde los griegos fueron ellos mismos egipcizados), en esas capas en donde asimismo se aprecia el crecimiento de supersticiones y de prácticas mágicas greco-orientales. Además, la religión griega tradicional, que se significa en adelante por sus lagunas espirituales, tenía nada positivo que ofrecer a las religiones de Egipto, de Siria, de Asia Menor, de Mesopotamia o de Irán, y cabe sospechar que los orientales convertidos en *hellenizantes* solamente asumieron formas y términos griegos que preservaban contenidos ancestrales. Que hay una línea de separación religiosa entre helenos e indígenas se pone de manifiesto, en el Egipto de los primeros tiempos del helenismo, por la historia del dios Serapis, que es uno de los fenómenos más curiosos de la historia de las religiones, menos, tal vez, por tratarse de la *invención* de una divinidad nueva cuanto porque Serapis tuvo un inmenso éxito —pero distinto a aquel que, probablemente, se había perseguido.

Pese a una serie de tradiciones divergentes, hoy en día parece bastante seguro que Serapis fue una creación de Ptolomeo I, y, aun siendo cierto que el monarca lágida fue aconsejado en este caso por Manetón⁷⁵⁶ y por un teólogo griego (¿de Eleusis?), Timoteo, parece verosímil que, según creencia general, el objetivo buscado consistía en reunir a los egipcios y a los griegos en torno a un dios que pudiese figurar como protector de la nueva realeza. Serapis es, en suma, la *interpretatio graeca* de Oser-Hapi, forma “osiria” bajo la cual los bueyes Hapi eran divinizados en Menfis después de su muerte. La elección de Oser-Hapi como base de la elaboración de una divinidad accesible a los griegos tiene fácil explicación. Osiris (divinidad antropomórfica —menos molesta, por consiguiente, para los griegos, que un dios zoomorfo)— era, en su culto menfita, una divini-

⁷⁵⁵ Debemos subrayar que los griegos de Egipto —y, también, de Babilonia— nunca lograron poseer un conocimiento real del sistema religioso del medio en que vivían, pues los textos sagrados que expresaban ese sistema jamás fueron traducidos, de manera que cuanto ellos conocían o creían conocer de la religión egipcia apenas debió rebasar el nivel “herodoteo” y quienes veneraron o creyeron venerar a las divinidades egipcias debieron realmente de encaminar su devoción a una serie de divinidades implícita o explícitamente helenizadas.

⁷⁵⁶ *Supra*, pp. 452 y 531.

dad tónica del trigo, es decir, garante de la prosperidad eterna y asimilable. por tanto, a Hades-Plutón, señor del reino de los muertos y de las riquezas de la tierra; el mito de la muerte de Osiris por Seth y del desmembramiento de su cuerpo permitía un acercamiento a Dionisos⁷⁵⁷; por último, la función osiria de soberanía marchaba en la línea de los proyectos políticos de Ptolomeo; y todavía se producirían otras vinculaciones, cuyas raíces egipcias son menos claras, particularmente aquella que hizo de Serapis un dios sanador (y, como tal, "salvador"), análogo a Asclepio⁷⁵⁸. Representado bajo los rasgos griegos de un dios barbudo con un rostro sereno y benevolente, Serapis, que al principio fue venerado en el santuario menfita de Oser-Hapi, recibió en seguida un prestigioso templo en Alejandría (el Serapeion, acabado en tiempos de Ptolomeo III), sin contar otros muchos santuarios privados. Pero, contrariamente a las probables intenciones de Ptolomeo I, su culto no logró ninguna aceptación entre los egipcios, que no lo necesitaban para nada; la tuvo, en cambio, entre los griegos, sobre todo en la Alejandría del siglo III, seguramente a consecuencia de las estrechas relaciones que tenía con la realeza. No obstante, el fenómeno más interesante consiste en la difusión mediterránea y, sobre todo, egea, de la religión de Serapis, difusión asociada a menudo con el imperialismo lágida, aunque más bien parece que fue espontánea. En Delos, una larga inscripción nos muestra que el culto de Serapis fue introducido muy pronto, a título privado, por un sacerdote menfita⁷⁵⁹, y este mismo epígrafe nos permite también saber que ya en el siglo III su culto estaba asociado al de Isis (venerada en Delos incluso antes de que Serapis llegase a la isla) y al de Anubis. En la teología egipcia, Isis, que era asimismo gran divinidad de Menfis, se hallaba estrechamente ligada a Osiris, y en su calidad de sustituto griego de Osiris heredó Serapis esta asociación, para constituir con Isis la pareja de los "dioses egipcios". Es verdad que la popularidad de Isis resultó provechosa para Serapis, aunque el culto de aquella no estuvo necesariamente ligado al del segundo. Esta popularidad de Isis (asimilada por los griegos a Demeter, como ya figura en Heródoto) responde a la universalidad soberana de sus benéficas funciones, enumeradas en sus "aretalogias"⁷⁶⁰, que le atribuyen el haber inventado todas las formas de civilización y de religión, de ser incluso una divinidad salvadora y capaz de disipar la angustia inspirada por la fuerza ciega del destino: "Yo soy", proclamará una "aretalogía", "aquella que triunfa sobre el

⁷⁵⁷ La asimilación de Osiris a Dionisos figura ya en Heródoto.

⁷⁵⁸ Al igual que Asclepio, Serapis debía cuidar de las almas después de haber cuidado del cuerpo: hay una evolución que, de *soter* -salvavidas-, tiende a convertir su figura en un *soter* -salvador.

⁷⁵⁹ Y en Eretria, igualmente, es una comunidad egipcia la que practica el culto de Isis.

⁷⁶⁰ Se denomina *aretalogía* al relato de las *aretai* de una divinidad, es decir, de sus "virtudes" en el sentido más eficaz del término, particularmente de sus milagros. Determinados cultos tenían sus *aretalogoi*, comentaristas de las *aretai* del dios (el término tomaría el sentido peyorativo de "narrador de historias sin pies ni cabeza"). La literatura aretológica conocería un extraordinario desarrollo al final del helenismo: algunos aspectos de los evangelios dependerán de este género, así como, luego, las vidas de santos.

destino, aquella a quien obedece el destino". Así pues, la pareja Serapis-Isis reunía en sí un conjunto de funciones bastante completas y una serie de virtudes bastante consoladoras como para explicar perfectamente la atracción que llegó a ejercer. Su culto, limitado en principio a las asociaciones privadas de serapiastas o de isistas, congregó pronto suficiente número de fieles como para que las ciudades lo acogiesen entre sus cultos oficiales, confiándolo a la acción de sacerdotes griegos anuales y electos, como los de los restantes dioses, no sin recurrir a veces a un "experto" egipcio. El hecho de que los "dioses egipcios" —al igual que otros dioses orientales— quedasen de esta manera integrados en los panteones griegos prueba, en definitiva, que las adhesiones a sus cultos no tenían nada de exclusivo y que no representaban, por tanto, verdaderas "conversiones", que hubiesen supuesto el rechazo a todo lo demás: sus adoradores griegos *añadían* esta nueva devoción a las otras que practicaban. Como ha señalado Nock, la religión griega adoptaba nuevos dioses igual que el catolicismo va adoptando a los santos.

Un grupo de divinidades asiáticas conoció un destino análogo al de los dioses egipcios, aunque menos clamoroso. En todo el viejo mundo griego (y también, además, en Egipto) encontramos una serie de cultos, algunos de los cuales, de todos modos, eran ya familiares a los griegos mucho antes de época helenística. Mencionemos a la Gran Madre frigia, Cibeles, y a su paredro Atis; a Men, a los "dioses sirios" Atargatis (=Afrodita) y Hadad (=Zeus), al Melqart tirio (=Heracles), a la Astarté palestina (=Afrodita), a Sabazios, a Adonis, etc. La asimilación de todas estas divinidades a divinidades griegas, las confusiones creadas a veces entre ellas, la acumulación de nombres de diversos dioses en una misma divinidad "todo eso tenía por resultado diluir la personalidad de las divinidades originales dentro de una noción más o menos abstracta (y, con certeza, poco clara) de lo "divino". Hacía ya tiempo que la religión griega por sí sola se había adentrado en ese camino⁷⁶¹, hacia el que en lo sucesivo se ve más decididamente impulsada por las aportaciones orientales. El hecho de que una gran encrucijada como Delos nos ofrezca un buen muestrario de dioses orientales constituye buena prueba de que el comercio marítimo era su principal transmisor. Sin embargo, era bastante normal que los negociantes orientales trasportasen con ellos a sus dioses: el problema consiste en comprender el atractivo que tales dioses podían ejercer sobre los helenos. Estamos mal informados al respecto; pero en esto debemos ver, junto a una probable curiosidad por las cosas exóticas, otro efecto de la inanidad de los cultos griegos tradicionales y de la necesidad de obtener, por uno u otro medio⁷⁶², algún conocimiento de lo divino y, tal vez, alguna promesa de salvación individual: volvemos a descubrir, por lo tanto, ese deseo de iniciación atestiguado ya por la intensidad con que se frecuentaban los viejos misterios griegos.

⁷⁶¹ Cf. el volumen anterior, pp. 529 ss.

⁷⁶² Los santuarios griegos de Atargatis incluían un pequeño teatro —es decir, un elemento dramático y probablemente emocional: por esta razón, seguramente, se podía llegar a hablar de "misterios" de la diosa siria, cuando lo cierto es que se trataba de un culto público y nada prueba que encerrase iniciaciones individuales.

Tales misterios, importados por los griegos a todos los nuevos países, ¿sufrieron en ellos contaminaciones orientales? Hemos prevenido unas páginas antes al lector contra la noción, hace poco muy extendida, de “misterios helenísticos” que combinaban de forma sincrética tanto elementos griegos como elementos orientales, puesto que semejante fenómeno, que se desarrolla en época imperial, parece que no podemos tomarlo en consideración, con ciertas garantías, antes del siglo I. Además, nuestra documentación casi no permite plantear el problema si no lo hacemos exclusivamente desde la perspectiva del dionisismo y partiendo de datos egipcios⁷⁶³. Ante todo, está perfectamente certificado que Dionisos se benefició del patronato de los Lágidas, que consideraban al dios como uno de sus antepasados míticos. La gran procesión triunfal que marcó la celebración de las *Ptolemaieia* del 271/0 es una procesión dionisíaca, pero no encierra ningún elemento que no sea griego: la evocación del menadismo es uno de los elementos contemplados, pero se ha subrayado asimismo que la evocación del dios en cuanto conquistador de la India se halla vinculada al relato evemerista de las conquistas de Dionisos-Osiris, antiguo rey de Egipto, que Diodoro copió de alguna fuente alejandrina: la noción de un dios conquistador y benéfico seguía los pasos del culto dinástico que estaba entonces constituyéndose⁷⁶⁴, pero no tenía nada de “místico”. A fin de cuentas, el Dionisos ctonio que podía ser asimilado a Serapis está ausente de la *pompé* de Filadelfo. No puede demostrarse que el dionisismo real haya favorecido la difusión del culto en Egipto, y más concretamente de los “misterios” de Dionisos, que se extendieron por el país en el curso del siglo III. Contamos al respecto con un edicto de Ptolomeo IV, que ordena “a los sacerdotes que realizan las iniciaciones dionisíacas en el país” desplazarse a Alejandría para declarar allí “de quién habían recibido los *hierá*, remontándose hasta la tercera generación” y para “depositar un ejemplar sellado de su *hieros logos*”. No hay forma de

⁷⁶³ El problema se ha planteado asimismo desde la perspectiva de los misterios de Demeter y de la asimilación (bastante antigua) de Demeter a Isis. Sin embargo, actualmente ha quedado establecido que el culto helenizado de Isis no encierra ningún elemento iniciático (ni siquiera simplemente secreto) que hubiera podido favorecer un acercamiento con el eleusinismo: además, la religión egipcia desconocía cualquier forma de “iniciación” de los vivos (el hombre no alcanza a dios más que a su muerte), y los “misterios de Isis” testimoniados en época de los Antoninos (Apuleyo), aunque ignoramos por completo su sentido, debían proceder sin duda de confusiones surgidas entre rituales iniciáticos griegos y rituales funerarios egipcios —situación que, aparentemente, la época helenística no ha vivido aún—. Observo ahora que la referencia hecha en el volumen anterior, p. 519, n. 685, a unos misterios eleusinos en Alejandría exige ciertas matizaciones: aunque hubo indiscutiblemente un culto a Demeter en la Eleusis alejandrina, no es seguro que se tratase de un auténtico traslado de los misterios áticos.

⁷⁶⁴ *Supra*, p. 540. Se ha llegado a pensar que la inscripción de Adulis (OGIS, 54), que, omitiendo por completo la verdad, presenta a Ptolomeo III como el conquistador de toda Asia “hata Bactria”, habría pretendido evocar una relación con el Dionisos conquistador: si éste era el caso, ¿cómo explicar entonces la ausencia de la India en la lista de los países conquistados? Pero es cierto que en este texto el rey figura precisamente como descendiente de Heracles y de Dionisos.

dilucidar qué valor tiene este edicto. ¿Pretendía Ptolomeo IV, cuya devoción dionisiaca es bien patente, conocer las doctrinas profesadas por los "thiasos" dionisiacos dispersos por Egipto y consignadas en sus "relatos sagrados" a fin de unificarlas, adaptándolas a su doctrina personal⁷⁶⁵? ¿Pretendía supervisar unos ritos que tal vez habían originado desórdenes? Esta segunda hipótesis ha sido especialmente sugerida al poner en relación este edicto y el senadoconsulto romano contra las Bacanales italianas, que es algunos años posterior (186 a.C.). Sopesando también algunos reglamentos de ciudades griegas relativos al dionisismo, aquel acercamiento contribuyó a hacer pensar que en este momento el mundo mediterráneo se habría visto barrido por una especie de maremoto de misticismo dionisiaco, llegado de Asia Menor y de Egipto, impregnado de influencias "orientales" y generador de disturbios, amenaza que las autoridades de todos los países habrían debido contener. Pero la documentación helenística, en la que el dionisismo sigue presentándose como algo muy *griego*, no muestra ningún recelo que evoque, ni siquiera de lejos, el escándalo de las bacanales tan complacientemente descrito por Tito Livio⁷⁶⁶.

Queda, por último, señalar que la difusión del dionisismo y de sus *tele-tai* es uno de los rasgos característicos de la época y que convendría que lográsemos captar su sentido —tarea que no resulta favorecida por ningún texto contemporáneo. Por lo demás, Dionisos y su culto, por el propio hecho de la diversidad de sus orígenes, habían sido siempre multiformes y todo continuó funcionando de la misma manera: los recuerdos de menadismo orgiástico debidamente legalizados que podemos vislumbrar a través de las inscripciones egeas no tienen nada que ver con el dionisismo órfico incidentalmente revelado en Egipto⁷⁶⁷, ni este último con las perversiones sexuales de las Bacanales italianas, y las enigmáticas representaciones de los frescos pompeyanos de la "villa Item" (siglo I) son también algo distinto —y, sin embargo, todo ello deriva del dionisismo—. Comentando después (y antes) que otros muchos los frescos de Pompeya, Wilamowitz consideraba que su *Stimmung*, al menos, debería ser

⁷⁶⁵ Algunos autores creen descubrir uno de aquellos *hieroi logoi* en un papiro fragmentario del siglo II, que exponía el mito órfico del despedazamiento y resurrección de Dionisos niño. Sin embargo, la hipótesis de que exista una alusión implícita a Osiris es dudosa, aunque la doctrina órfica (cf. el volumen anterior, p. 515, y *supra*, p. 200) se prestaba a favorecer, a cambio de inequívocas confusiones, la relación con Osiris (recordemos que Herodoto, II, 81, atribuía ya un origen egipcio "a las cosas que son llamadas órficas y báquicas"). Ptolomeo IV poseía quizá un tinte órfico, si es verdad que se consideró, como afirma una fuente, un *Neos Dionisos*, y en caso de que debamos interpretar esta epiclesis con el valor órfico de "Dionisos el Joven" o "el renovado". El título de *Neos Dionisos* será luego oficialmente adoptado por Ptolomeo XII.

⁷⁶⁶ Por otra parte, el dionisismo y el orfismo estaban lo bastante sólidamente enraizados en la Magna Grecia como para que, habida cuenta de la situación postanabálica, no haga falta buscar un impulso exterior al movimiento que provocó estragos en Italia meridional a comienzos del siglo II.

⁷⁶⁷ El orfismo, con su ética ascética, es contrario al menadismo extático, y su vegetarianismo contrario a la omofagia.

valorada si queremos comprender la religión dionisiaca, pero asimismo señalaba que las múltiples observaciones que en cualquier sitio cabe hacer sobre los fenómenos dionisiacos escapan, en un porcentaje superior a la mitad, a nuestra comprensión. Con todo, no será demasiado descuartado si pensamos que el común denominador de esas manifestaciones residía en cierto deseo de *liberación* de quienes participaban en ellas: liberación de las servidumbres de la vida cotidiana mediante la embriaguez o el éxtasis, liberación también, allí en donde apreciamos la tendencia órfica, del temor a la muerte mediante la revelación de la resurrección del dios-niño. Parece poco prudente, sin embargo, injertar en esa función liberatriz de Dionisos una verdadera doctrina soteriológica, es decir, hacer de Dionisos un dios de salvación mediante la gracia y la revelación: una doctrina de salvación implica una doctrina del mal, y nada de eso aparece en el contexto dionisiaco común —como no sea, a lo sumo, en el orfismo—. Así pues, aunque entre una forma y otra del dionisismo las cosas no se encubran, lo cierto es que toman una misma dirección que apunta siempre hacia una emancipación del marco social oficial —y que suscita, por consiguiente, una resistencia por parte de este último—. Además, no hay manera de que podamos discernir los círculos sociales en los que florece el dionisismo: podríamos sufrir tentaciones de pensar en ambientes populares que padecían más la presión social; pero las conclusiones de Nilsson, el cual consideraba que eran ante todo ambientes acomodados, “que no tomaban la religión demasiado en serio”, iban en sentido contrario... Cualesquiera que sean estas numerosas incertidumbres, y aun cuando la mitología dionisiaca fuese objeto de una reinterpretación evemerista, los rituales dionisiacos se situán por completo en la parte opuesta del racionalismo.

Racionalidad e irracionalidad, indiferencia excéptica y devoción más o menos exaltada se reparten, por lo tanto, las actitudes religiosas helenísticas, pero la irracionalidad logró indiscutibles progresos, sobre todo a partir del siglo II, como ya hemos subrayado a propósito de la evolución científica y de las pseudociencias que tienden en esas fechas a paralizar la verdad. Ahora bien, la adhesión a la astrología, al ocultismo, a la magia, proviene en principio de preocupaciones de índole religiosa que sustituyen a o introducen en los métodos racionales de conocimiento de la naturaleza una serie de conceptos y técnicas irracionales que permiten no sólo conocer *de otro modo* las “fuerzas” del mundo, sino incluso dominarlas y manejarlas a su antojo. Ya hemos indicado en páginas anteriores que la tradición griega no carecía de creencias populares que tan sólo requerían volver a estar de moda, y a comienzos de la época helenística el “supersticioso” (*deisidaimon*) de Teofrasto no debe nada a Oriente⁷⁶⁸, como tam-

⁷⁶⁸ La *deisidaimonia* es el “temor a los *daimones*”. Conviene advertir aquí la ambigüedad de la noción de *daimon*; es, por una parte, un ente benefactor, tanto bajo la forma de un *daimon* personal (cf. el *daimon* de Sócrates, pero también la *eudaimonia*, “felicidad” que consiste en tener un “buen *daimon*”), como bajo la figura del *Agathos Daimon*, muy popu-

co se lo deben los milagros de Epidauro o las prácticas de embrujamiento, ya conocidas en épocas anteriores, épocas que conocieron asimismo diversas formas, más o menos mágicas, de adivinación. Pero hemos indicado también aquello que la astrología, el ocultismo y todo cuanto converge en las primeras formas del hermetismo deben a las tradiciones “caldeas” y egipcias, y cabe preguntarse si las “influencias orientales” no han repercutido aquí con mayor profundidad y potencia que en el terreno de los cultos propiamente dichos. Hay que destacar, además, que la necesidad de conocer y de controlar el destino, junto a la creciente importancia que adquiere la noción de *tyché*, muestra su relevancia en el hecho de que, al contrario que los círculos “supersticiosos”, entre los cuales se difundieron las creencias ocultistas y las prácticas mágicas, el estoicismo, como luego veremos, reservó un lugar a la astrología y a la adivinación dentro de su sistema, aun cuando presentase tintes muy intelectualistas: la filosofía helenística, como la ciencia y la historia, asigna una serie de límites a la racionalidad, y esos límites son religiosos.

En los párrafos anteriores hemos desdeñado el considerar en sí mismas a las viejas religiones orientales, las cuales fueron reacias, por lo general, a las influencias griegas. Sin embargo, existe una religión sin la cual nuestro cuadro quedaría gravemente incompleto —sin la cual, sobre todo, el futuro no se comprendería—, y ésta es el judaísmo. El volumen precedente⁷⁶⁹ contiene un bosquejo de la formación del judaísmo histórico entre el regreso del exilio y el final del siglo v, y ya se indicaba allí la distinción que a partir de aquel momento se impone entre el círculo judío de Judea, agrupado en torno al templo bajo la autoridad de la aristocracia senatorial, y los círculos de la diáspora (el más importante de los cuales era entonces el de Babilonia) que, despegados del Templo y de su culto, habían desarrollado una piedad de tipo sinagoga, fundamentada en la lectura y el comentario de la *tora*. La época helenística inicia un nuevo capítulo de esta historia, cuya impronta es aportada, precisamente, por el helenismo. Pues, por un lado, la propia Judea se encuentra en lo sucesivo absorbida, a título de “Estado sacerdotal”, primero por el Imperio lágida, luego, a partir del 200, por el Imperio seléucida; y, por otro, las comunidades de la diáspora, cada vez más numerosas, se hallan en contacto directo, en todo el Oriente helenístico, con las comunidades helénicas. No es un error contraponer a los círculos judeos con las comunidades dispersas: los primeros son más coherentes y la proximidad del Templo y del sacerdote los sitúa en las fuentes mismas de la autoridad de la tradición; las segundas, en cambio, afrontan mayores opciones —o riesgos— de abrirse hacia el ambiente que las rodea y de ver cómo se relaja su rigor. No se alzan, sin embargo, barreras infranqueables entre Judea y la diáspora:

lar en época helenística y que se relaciona con el Zeus Ktesios serpentiforme doméstico (cf. el volumen anterior, p. 506); pero es también, por otra, un “demonio” maléfico al que se intenta conjurar.

⁷⁶⁹ T. II, 1, pp. 27 ss.

aunque Jerusalén no sea para su época una gran encrucijada de caminos, no se encuentra aislada del mundo exterior, aun cuando sólo fuese porque hasta ella venían en peregrinaje desde todos los lugares de la diáspora, de forma que los contactos entre las comunidades dispersas y la capital del judaísmo tienen dos consecuencias: conservar el rigor monoteísta y la autoridad de la Ley entre las primeras, pero también favorecer la infiltración de las influencias helénicas en Judea. Y será precisamente en la propia Jerusalén en donde el judaísmo padecerá, en el siglo II, los mayores peligros de tentación helenizante.

El judaísmo de la diáspora no es muy bien conocido, excepto en Alejandría, en donde los judíos no tardaron en ser más numerosos que en Jerusalén. Aunque organizados en un *politeuma* separado, los judíos de Alejandría vivían mezclados con la población griega⁷⁷⁰, hasta el extremo de perder el uso del arameo y olvidar su conocimiento del hebreo: la tradición que postula que la Biblia fue ya traducida al griego (*Biblia de los Setenta*, o *LXX*) durante el reinado de Ptolomeo II es probablemente exacta, incluso aunque esa traducción no fuese realizada por órdenes del rey, como pretende la *Carta de Aristeo*⁷⁷¹. Pese a numerosos semitismos lingüísticos, el texto bíblico griego atestigua un esfuerzo de adaptación a las formas de pensamiento griego que aparece, marcadamente, en la terminología del nombre de Dios: mientras que, en los ambientes judeos, el nombre de Yahveh no se pronuncia ya y es reemplazado por *Elohim* ("Dios") o *Adonai* ("Señor"), la traducción de estos dos términos con las voces *theos* y *kyrios* se amolda a la tendencia griega a recurrir a la noción más o menos abstracta de "dios", o de lo "divino": Alejados del ritualismo sacerdotal hierosolimitano, con pretensiones de atenuar las prácticas, con matices a menudo estrafalarios, que les singularizaban a los ojos de las demás "naciones" (de los *goyim*), los judíos de Alejandría y de otros muchos lugares llegaron sin duda a elaborar un judaísmo depurado que aparece como la primera forma del "judaísmo liberal", considerado, por aquellos que lo practicaban, como creación auténtica de un Moisés filósofo y que se habría visto luego deformado por la acumulación de supersticiones oscurantistas⁷⁷². Todo eso explica que el judaísmo situado dentro de un ambiente griego de comienzos de la época helenística lograse suscitar el interés y simpatía de los griegos, algunos de los cuales (Hecateo de Abdera) consideraron a los judíos como un "pueblo de filósofos". El monoteísmo no tenía por qué chocar a aquellos que, a través de las incontables asimilaciones divinas características de la época, tendían a hacerse una representación más homogénea de lo divino dentro de la cual la multiplicidad de los dioses propendía a fun-

⁷⁷⁰ Pese a Josefo, que atribuye a Alejandro la creación del barrio judío de Alejandría (y lo considera un privilegio), los judíos alejandrinos sólo parecen haberse juntado a partir de la época en que comenzaron a ser blanco de la hostilidad de los helenos, pasada ya la mitad del siglo II.

⁷⁷¹ *Supra*, p. 393.

⁷⁷² Cf. Estrabón, XVI, 761.

dirse, ni a aquellos que, en el seno del politeísmo, profesaban devociones privilegiadas de tendencia henoteísta⁷⁷³. Además, era fácil que se produjesen asimilaciones entre el Dios de Israel y los dioses griegos u orientales helenizados: que Yahveh fuese llamado *Hypsistos* ("Muy Alto") permitía ligarlo a Zeus; que fuese llamado *Sabaot* ("de los ejércitos"), confundirlo con Sabazios⁷⁷⁴. Se comprende que, en tales circunstancias, a partir del siglo II se abra paso un proselitismo judío, fomentado por la traducción de la Biblia, proselitismo que sin duda logró más adeptos eclécticos que verdaderos conversos al judaísmo —a un judaísmo que era, evidentemente, aquella religión ilustrada y filosóficamente liberal de la diáspora—. De todos modos, ese proselitismo tuvo por resultado el conducir al judaísmo a superar su exclusivismo étnico mediante un universalismo que hacía peligrar, desde luego, su pureza original. Por otra parte, el círculo alejandrino favoreció la penetración del pensamiento filosófico griego en el judaísmo: en la primera mitad del siglo II, el judío helenizado Aristóbulo, preludiando la tarea de Filón, interpreta la *tora* desde la perspectiva de la sabiduría filosófica griega y hace derivar la filosofía griega de la ley mosaica. Si, pese a todos esos factores alejandrinos favorables a la simbiosis del judaísmo y del helenismo, la capital lágida se alzó como uno de los bastiones del antisemitismo⁷⁷⁵, esa actitud obedece no tanto a razones religiosas que a motivos políticos, y el favor oficial de que disfrutaron los judíos con Ptolomeo VI, que les admitió generosamente en su corte y en las filas de su ejército, contribuyó a crearla. La hostilidad griega que siguió luego condujo a los judíos a replegarse sobre ellos mismos y, en definitiva, a exponerse a la acusación de ser "enemigos de la humanidad".

Este precio pagado por la singularidad se apreció también en Judea y en Palestina, y se haría notar tanto más violentamente cuanto que allí estaba el hogar del rigorismo tradicional. No es que el judaísmo palestino formase un bloque sin fisuras: desde época aqueménida, había experimentado una serie de tendencias diversas y complejas, que luego quedarían reforzadas, a partir del siglo III, por las influencias griegas que

⁷⁷³ Con frecuencia se habla de una "tendencia hacia el monoteísmo" por parte de las religiones helenísticas —como buscando en ello, más o menos conscientemente, los signos precursores del monoteísmo cristiano—. Pero esta idea no parece muy aconsejable. La progresiva despersonalización de las divinidades del politeísmo y su carácter más o menos intercambiable no guiaban mucho más hacia el monoteísmo que el recurso a abstracciones divinizadas, y tales fenómenos deben ser calificados con un signo negativo (desaparición de la sustancia original de los cultos antiguos) antes que positivo. En otras palabras, la evolución del politeísmo, antes que conducir necesariamente a la concepción del dios único (puesto que "el dios" o "lo divino" del paganismo es una *idea de la divinidad*, y no el objeto de un culto), crea un confuso vacío que abre espacio a la hipótesis monoteísta.

⁷⁷⁴ La tradición apócrifa según la cual Ptolomeo IV habría querido imponer el culto de Dionisos a los judíos depende, sin duda, de esa tendencia a la asimilación favorecida por un confusionismo entre el monoteísmo judío y el henoteísmo dionisiaco del rey.

⁷⁷⁵ Empleamos aquí el término en su acepción moderna común: habría que decir "antijudaísmo", pues no faltaban semitas helenizados entre los adversarios de los judíos.

introdujo la conquista macedonia⁷⁷⁶. A mediados del siglo III el libro del *Ecclesiastés (Qohelet)* se vio impregnado de un racionalismo pesimista y escéptico en el que no están ausentes las influencias griegas. Un poco más tarde, a comienzos del siglo II, la penetración del helenismo en Judea está documentada, *a contrario*, por la reacción tradicionalista del libro de *Jesús ben Sira*. Pero esta penetración del helenismo se halla sobre todo atestiguada por la historiografía concerniente a la revuelta macabea y a sus orígenes, en el reinado de Antíoco IV. Estamos nuevamente en presencia de ese problema socio-cultural común a tantas aristocracias urbanas orientales y que derivaba de la aspiración a parecerse a los nuevos señores, aspiración tanto más imperiosa ahora cuanto que su singularidad intrínseca lanzaba a los judíos fuera del mundo que los rodeaba y de sus modas. Ahora bien, en los ambientes sometidos a la autoridad de la ley mosaica, a la sombra del Templo, la helenización conducía necesariamente a la apostasía: desde luego, no hubo judíos que estuvieran tan completamente helenizados como para renegar explícitamente de Yahveh y abandonar su culto; pero el abandono de las costumbres ancestrales más discriminatorias y la adopción concomitante de costumbres griegas (en la alimentación, el vestido, la frecuentación del gimnasio, etc.) equivalía a otras tantas violaciones de la Ley, es decir, a abjuraciones parciales de la autoridad teocrática, fuera de cuya observancia el judaísmo se condenaba a disolverse entre las "naciones". Sin embargo, los "helenistas" de Jerusalén, que procedían incluso de los círculos sacerdotales, se mostraron lo suficientemente laxos como para, de compromiso en compromiso, verse arrinconados a introducir el culto de Zeus (realmente, de un Baal fenicio helenizado) en el santuario de Yahveh (169 a.C.). Apoyados por la autoridad de los seléucidas, estas personas solamente eran, no obstante, una minoría y, bajo la dirección de la familia de los Macabeos, o Asmoneos, los elementos tradicionalistas del pueblo (los *Hassidim*, o "devotos" —que eran, en su mayoría, campesinos—) se rebelaron. El que, después de largas vicisitudes, esta revuelta condujo a la emancipación política de Judea, es un dato que aquí no nos importa tanto como el hecho de que provocó la restauración de la ortodoxia. Pero aquellos sucesos ocasionaron también una serie de modificaciones dentro del judaísmo. En las mismas fechas de la guerra de los macabeos, el círculo de los *Hassidim* había acogido y desarrollado todo un sistema de ideas, en parte ajenas a la tradición judía, pero también opuestas a las tendencias racionalistas helenizantes: efectivamente, en los escritos contemporáneos a la lucha de los "devotos" contra el helenismo⁷⁷⁷ es en donde aparece la primera imagen de una visión apocalíptica de la historia, que habría de conocer un importante desarrollo posterior. Dicha tendencia hunde sus raíces, es cierto, en los aspectos escatológicos del

⁷⁷⁶ Ya hemos señalado, *supra*, p. 452, que la presencia griega en Judea había estimulado una literatura judía en lengua griega.

⁷⁷⁷ Ciertas partes del libro de Enoch, del libro de Daniel: cf. *supra*, p. 453.

antiguo profetismo, pero incorpora esencialmente concepciones extranjeras (la historia de la humanidad simbolizada por la jerarquía de los metales; la sucesión de los imperios universales) cuya popularidad se halla documentada ahora en todo el Oriente, sin que podamos establecer con precisión cuáles fueron las fuentes inmediatas en las que se inspiró el judaísmo. Pero conviene advertir que la esperanza mesiánica en la llegada de un restaurador humano de sangre real, profesada en Egipto y en algunos círculos iraníes, todavía no se abre paso dentro de ese ambiente: más bien parece que el éxito de la revuelta macabea haya inducido a pensar que era llegada la hora en que la sucesión de los imperios desembocaba en el reino de Dios. Los combates de los *Hassidim* marcan también el nacimiento de la noción de mártir y de la idea de que la muerte padecida por respeto a la Ley⁷⁷⁸ posea un valor expiatorio por los pecados de Israel. Ahora bien, la representación de un Dios justo exigía que aquél no reservase el mismo destino a quienes habían muerto por él y a quienes habían vivido en la apostasía: por la influencia conjunta de las viejas concepciones místicas griegas y de algunas concepciones iránias⁷⁷⁹, se abre paso la idea de que las almas de los justos disfrutarán de una inmortalidad bienaventurada —aunque todavía hay sólo tímidos planteamientos acerca de una resurrección de la carne. Si añadimos a todo esto que la antigua sabiduría judaica, empírica y racionalista, sufre ahora la competencia de una sabiduría revelada y profética, resultará fácil convenir en que el “pietismo” judío del siglo II no es ajeno a la gran corriente del irracionalismo contemporáneo. Pero por muy reales e intensas que fuesen las influencias externas (“helenísticas”, en el sentido más amplio del término) sobre ese proceso de renovación, el hecho de que el mismo quedase tercamente centrado en la relación entre Yahveh y su pueblo aseguró al judaísmo el conservar su integridad.

Aunque las victorias de los asmoneos hubiesen podido inducir a presagiar la llegada del Reino de Dios, los *Hassidim* se vieron rápidamente decepcionados. En efecto, los asmoneos se adentraron en la vía del poder temporal, en la confusión de éste con el sacerdocio, para alcanzar la realeza⁷⁸⁰, y esa evolución, negadora de la teocracia, provocó una serie de conflictos de tendencias que perfilan el cuadro del judaísmo palestino en vísperas de la época neotestamentaria. Lo que denominamos, con cierta impropiedad, las “sectas” judías, no supone un despedazamiento del judaísmo, puesto que la fidelidad a la Ley y a Yahveh sigue firme en todas: se trata, realmente, de actitudes divergentes frente a la forma de entender la Ley y la piedad dictada por ésta —pero estamos también ante actitudes

⁷⁷⁸ Los *Hassidim*, al principio por lo menos, se dejaban matar durante el sábado sin ofrecer resistencia.

⁷⁷⁹ Cf. el volumen anterior, p. 23, para el caso de Irán (pero incluyendo un importante matiz, que el dualismo de tipo zoroástrico es todavía ajeno al judaísmo); p. 506, para el caso de Grecia.

⁷⁸⁰ La realeza de hecho, desde Juan Hircano (135-104); la realeza titular, con Alejandro Janeo (103).

extendidas en círculos sociales diferentes—. Los saduceos parecen haber pertenecido, sobre todo, a la aristocracia sacerdotal de Jerusalén: dentro el judaísmo del siglo I constituyen un grupo de personas bien colocadas y, por consiguiente, de conservadores, apegados a la observancia literal de la *tora*, cerrados a las corrientes innovadoras, hostiles al fermento popular⁷⁸¹. Por su parte, los fariseos (vituperados por Jesús, pero rehabilitados por la crítica moderna) se oponen por completo a los precedentes, y aunque su nombre (*perushim*) significa ciertamente los “separados”, esa “separación” se manifiesta en muchísimos niveles. Su procedencia más popular y su mentalidad, que, combinando de forma algo contradictoria un respeto casuístico de la Ley con cierta apertura a las corrientes intelectuales de la época, nos los presentan como los herederos de los *Hassidim* de la época de la lucha, su organización en cofradías sinagogales consagradas al incansable estudio de las escrituras, más importantes, a sus ojos, que el ritualismo del Templo (del que, sin embargo, no se apartan), el hecho asimismo de que, pese al repliegue sobre sí mismos a donde les conduce la conciencia, algo orgullosa, de ser los justos entre los justos, alimentan un proselitismo de tendencia universalista —todos esos caracteres convierten a los fariseos en el sector más vivaz del judaísmo de finales de época helenística, aquel en donde fructifican, sobre la base común del legalismo tradicional, las innovaciones antes señaladas (escatología, meianismo, sentido apocalíptico)—. Pero su importancia principal, debemos anticipar aquí, reside en el hecho de que el fariseísmo prepara el camino del futuro judaísmo, puesto que, después de la destrucción del Templo en el 70 d.C.⁷⁸² y de la eliminación del círculo saduceo, cuando las sinagogas serán los únicos lugares de culto y la enseñanza rabínica reemplazará por completo al desaparecido sacerdocio, el fariseísmo se identificará con el judaísmo. Nos queda, entre estas “sectas”, aquella que fue durante mucho tiempo la más misteriosa, pero súbitamente revelada por los descubrimientos de Qumran (1947) y los “manuscritos del Mar Muerto”, la comunidad de los esenios⁷⁸³, cuyos orígenes no están perfectamente dilucidados: si bien puede tratarse de una rama ultra-rigorista separada de la corriente “hassídica”, se trata también de un grupo en oposición violenta contra el círculo sacerdotal del Templo, de donde, sin embargo, es probable que procediesen los fundadores del esenismo⁷⁸⁴. Los

⁷⁸¹ Políticamente defendieron la realeza asmonea antes de abrazar el protectorado romano.

⁷⁸² Cf., dentro de la presente colección, E. Albertini, *L'Empire romain*, 4.ª ed., París, 1970, p. 106.

⁷⁸³ La denominación griega de *essenoi* o *essaioi* es transmitida tan sólo por fuentes externas (Filón, Josefo, Plinio el Viejo, Eusebio): aunque su interpretación sigue siendo objeto de discusión (el relacionarlos con el nombre de *hassidim* resulta muy atractiva), se ha llegado a un acuerdo general para estimar que el mismo designa a la comunidad de Qumrán.

⁷⁸⁴ Uno de los nombres que se aplicaban las gentes de Qumrán era el de “hijos de Sadoq”: Sadoq fue el primer gran sacerdote nombrado por Salomón, y su nombre es probablemente el que da origen al de “saduceos”.

esenios apelaban a un misterioso “Señor de la Justicia” que tuvo enfrentamientos con un “Sacerdote impío” y que conoció, sin duda, el martirio, pero la identidad de tales personajes y la época a la que pertenecieron siguen siendo debatidas: podría ser que este conflicto y la subsiguiente escisión se hubieran producido en la época en que los asmoneos establecieron su soberanía política sobre Judea, en la segunda mitad del siglo II. Lo cierto es que estos contestatarios se retiraron al desierto y fundaron allí una comunidad conventual que sobrevivió hasta la guerra de Tito. Formando una orden fuertemente jerarquizada de sacerdotes y de laicos, estos cenobitas que se consideraban como el último reducto del auténtico pueblo de Dios reforzaron todavía más el ritualismo tradicional para preservar su integridad legalista y levantaron a su alrededor una serie de barreras probatorias e iniciáticas (de carácter, parece ser, bautismal) que permitían seleccionar a quienes solicitaban el ingreso. El acto central de su ritual era la comida comunitaria presidida por un sacerdote, en la que la bendición del pan y del vino poseía un carácter sacramental: además un texto nos demuestra que esta comida era una prefiguración del banquete escatológico que sería presidido por el Mesías. Ahora bien —y éste es un punto sobre el que el descubrimiento de los textos de Qumran ha aportado una luz fundamental al conocimiento de las corrientes ideológicas precristianas— parece que la llegada del Mesías y el establecimiento del Reino eran concebidas en Qumran como la resurrección y el retorno del “Señor de la justicia”, portador de la revelación, salvador y redentor de Israel, renovador de la alianza. Pero, por otra parte, si el esenismo nació de una reacción rigorista contra la laxitud política asmonea, tenemos también la impresión de que admitió muchas más influencias extranjeras de lo que había sido corriente hasta entonces: las especulaciones ocultistas y astrológicas le son familiares, pero su escatología, sobre todo, se halla fuertemente impregnada de ideas iranianas; la lucha de los Hijos de la Luz, que son los esenios, contra los Hijos de las Tinieblas, constituye un aspecto del conflicto cósmico entre el Bien y el Mal, la Luz y la Oscuridad, la Verdad y la Mentira, idea que, como en el caso del zoroastrismo hacía peligrar la representación de la unicidad de Dios —a quien se reservaba, sin embargo, el triunfo final.

Aquí sólo pretendíamos situar al judaísmo tanto en la curva gráfica de su evolución propia como dentro de los fenómenos religiosos contemporáneos. Desde este último punto de vista, el hecho de que, pese a su intransigencia monoteísta y a la originalidad imperiosa de su Ley, el judaísmo no lograra eludir los sincretismos de su tiempo —si no en cuanto a la naturaleza de su Dios, al menos respecto a diversos aspectos de su teología histórica— constituye un indicio elocuente de la intensidad con que ebullían las ideas en esta época. Cuando Flavio Josefo identifica sin el menor reparo a los saduceos con los epicúreos, a los fariseos con los estoicos y a los esenios con los pitagóricos, muestra no tanto un lúcido conocimiento de aquellas realidades judías y griegas y de las influencias que estas últimas habrían podido ejercer sobre las primeras cuanto el ser consciente de que dentro de las diversas religiones de la época podían

desarrollarse concepciones metafísicas y morales análogas: y esto es lo que nos queda por ver en el ámbito de las escuelas filosóficas griegas.

II.—TENDENCIAS FUNDAMENTALES DE LA FILOSOFÍA HELENÍSTICA⁷⁸⁵

Hay bastantes historias de la filosofía griega como para que el lector deseoso de conocer los detalles de las doctrinas no tenga dificultad en documentarse: nuestro propósito consistirá una vez más en señalar las grandes líneas, y sobre todo destacar que esas líneas no son distintas a las marcadas por algunas corrientes religiosas, con las cuales en ocasiones sucede que el pensamiento filosófico se confunde. Pero es conveniente en primer término subrayar las distancias que adquiere la filosofía helenística respecto a los grandes sistemas clásicos. Si aunque vemos que todavía se elaboran ambiciosos sistemas cosmológicos, eso ha dejado de ser el fin de la filosofía, la cual, como levanta acta de la ruptura del marco político y social⁷⁸⁶ y de que el individuo tiende a ser remitido a valerse por sus pro-

⁷⁸⁵ OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de carácter general citadas en la n. 324, pueden verse las principales historias de la filosofía, en especial E. Zeller, *Die Philosophie der Griechen*, III, 1-2, 5.ª ed., Leipzig, 1923; E. Bréhier, *Histoire de la Philosophie*, I, 2, París, 1926; A. Rivaud, *Histoire de la Philosophie*, I, París, 1948; el gran tratado de W. C. K. Guthrie, *A history of Greek philosophy*, todavía no ha alcanzado el período helenístico; la obra reciente de A. Kojeve, *Essai d'une histoire raisonnée de la philosophie païenne*, III, París, 1973, es de difícil lectura.

Sobre el estoicismo, debemos citar algunos títulos entre las más recientes dentro de una bibliografía inmensa: M. Pohlenz, *Die Stoa*, 2 vol., Gottinga, 1948; E. Bréhier, *Chrysippe et l'ancien stoïcisme*, París, 1951; V. Goldschmidt, *Le système stoïcien et l'idée de temps*, París, 1953; J. Brun, *Les Stoïciens*, 2.ª ed., París, 1961; L. Edelstein, *The meaning of Stoicism*, Harvard Univ. Pr., 1966; J. M. Rist, *Stoic philosophy*, Cambridge, 1969. Véase asimismo, al comienzo de la colección *Les Stoïciens*, "Bibliothèque de la Pléiade", París, 1962, el Prefacio de P.-M. Suhll y la *Introduction à l'Étude du stoïcisme* de E. Bréhier. Sobre el caso particular de Posidonio, véase A. D. Nock, Posidonius, *J.R.S.*, XLIX, 1959, pp. 1 ss.= *Essays on Religion...*, II, Oxford, 1972, pp. 853 ss., y el libro fundamental de M. Lafranque, *Poseidonios d'Apamée (Essai de mise au point)*, París, 1964, en donde se hallará una visión histórica de la investigación sobre Posidonio y una aproximación crítica a los importantes trabajos de K. Reinhardt, trabajos cuyos resultados está sintetizados en *PW*, XXII, 1, 1953, col. 558 ss., s.v. *Poseidonios* 3.

Sobre el epicureísmo: A. J. Festugiere, *Epicure et ses dieux*, París, 1946; J. Brun, *Epicure et les épicuriens*, París, 1960; P. Boyancé, *Epicure*, París, 1969; J. M. Rist, *Epicurus. An introduction*, Cambridge, 1972.

Sobre la "conversión filosófica": A.D. Nock, *Conversion*, Oxford, 1933.

Pueden consultarse también algunas visiones sinópticas sobre los sistemas filosóficos en las obras de carácter general sobre la religión helenística (Wilamowitz, Nilsson: *supra*, n. 742). Véase también el excelente compendio de D. Babut, *La religion des philosophes grecs*, París, 1974, III parte.

⁷⁸⁶ Las tres grandes escuelas filosóficas helenísticas nacen en época de Alejandro y de los Diádocos, con una leve prioridad para el cinismo: en efecto, Diógenes muere en el 327, poco antes del nacimiento de Zenón de Citio, fundador de la Estoa, y Epicuro se establece definitivamente en Atenas, su patria, en el 306. Ya hemos señalado que Atenas, en donde la Academia platónica y el Liceo aristotélico se perpetúan sin demasiada fecundidad, sigue siendo, gracias a Zenón, a Epicuro y a sus sucesores, el gran centro del pensamiento filosófico: su importancia política ha entrado ya en decadencia, su arte está muerto, su literatura

pios medios, se dirige abiertamente al individuo y a su vida interior para proponerle una ética —que no es una teoría de la moral, a la manera de Aristóteles, sino un conjunto de normas de vida que constituyen el programa de una pedagogía—. Pues la verdad existencial del hombre a partir de ahora se reconoce como algo situado en el presente y en la esfera de lo sensible: el alto idealismo del siglo IV cede el paso a un materialismo que es común, bajo formas y grados diversos, a todas las escuelas, mientras que la interrogación especulativa sobre la naturaleza de las cosas es reemplazada por una serie de formulaciones dogmáticas —puesto que, si se pretende proponer directrices válidas para orientar la existencia, es preciso proponer previamente una serie de criterios seguros acerca del mundo dentro del cual se desarrolla dicha existencia⁷⁸⁷—. Sin embargo, tales certidumbres no poseen un carácter científico: ya hemos visto que el desarrollo científico del siglo III se había producido a costa de un divorcio entre la investigación científica y la especulación filosófica —si exceptuamos la física (teorías de la materia y explicaciones del mundo), y la física de los filósofos, pese a sus apariencias materiales y lógicas, en realidad continúa perteneciendo al terreno de las hipótesis metafísicas, eventualmente impregnadas de tendencias religiosas—. Por otra parte, la ética, que constituye entonces su auténtico objeto, presenta en todas las filosofías helenísticas ese carácter de elemento dirigido hacia la obtención de la felicidad, pero de una felicidad que, en virtud de una admirable convergencia, se halla negativamente definida por el no-pesar (*alypia*), la no-turbación (*ataraxia*), el no-sufrimiento (*apatheia*): los filósofos helenísticos son una verdadera respuesta a la angustia y al desconcierto del individuo, e idéntica función desempeñan las corrientes en movimiento de las religiones helenísticas. Y como la turbación y el sufrimiento son resultado de este mundo y de las pasiones que engendra, el filósofo tendrá propensión a separarse del mundo mediante una actitud de auténtica conversión —conversión que la época helenística nos presenta de forma infinitamente más nítida en el terreno filosófico que en el religioso⁷⁸⁸—. Pero es cierto que el mundo supo, hasta cierto punto, “recuperar” la filosofía, tal como puso

no llega más allá de la comedia nueva —tan sólo la filosofía le sigue proporcionando un destacado esplendor—. E incluso los distintos cabezas de estas escuelas, a excepción de Epicuro, no son atenienses —pero esto no es nada nuevo.

⁷⁸⁷ La teoría del conocimiento ocupa un importante lugar en todas las escuelas filosóficas helenísticas y se produjeron ásperos debates entre los dogmáticos (estoicos, en particular) y quienes mantenían un agnosticismo escéptico, para quienes los criterios de lo verdadero y de lo falso seguían siendo inciertos —y, en definitiva, indiferentes—. No se trata sólo de la escuela escéptica propiamente dicha (Pirrón, Timón): la Academia se deslizó también en el escepticismo (cf. más adelante, Carneades).

⁷⁸⁸ El fenómeno fue llevado hasta sus últimas consecuencias por los cínicos, que lo rodean de una crítica virulenta y de una impugnación radical de todo el sistema establecido y que se traduce en la insociabilidad, la excentricidad en la forma de vestir y en el comportamiento, en el ascetismo —pero también en la ascesis, es decir, en el adiestramiento constante y razonado para ejercitar la virtud y la libertad, a semejanza de Heracles, héroe muy grato a los cínicos—. Por lo demás, el género de vida (el *bíos*) de los cínicos experimentó rápida-

especialmente de manifiesto la moral estoica de la acción. Así fue, en suma, ese fondo común al que las distintas escuelas y épocas aportan variedades y variaciones.

Entre las escuelas filosóficas helenísticas debemos situar, en el centro del bastidor, al estoicismo: por ser la doctrina más amplia y más coherente, la más capaz de engendrar retallos y destinada a alcanzar la mayor difusión, el estoicismo es un buen representante de las profundas tendencias del espíritu helenístico —en particular por cuanto que expresa la tensión existente, con cuya referencia hemos titulado este capítulo, entre lo racional y lo irracional—. La larga evolución del estoicismo ha conducido a distinguir, dentro del mismo, varios períodos, los dos primeros de los cuales pertenecen a la época helenística propiamente dicha: el antiguo estoicismo, con Zenón de Citio, que dirigió la escuela⁷⁸⁹ hasta el año 262, Cleanto de Aso, que fue su sucesor hasta el 232, y Crisipo de Solos, hasta el 204 —y el estoicismo medio (siglos II-I), con Panecio de Rodas y, sobre todo, Posidonio de Apamea-Rodas⁷⁹⁰, en cuyas fechas la doctrina se difundió entre la sociedad romana, sobre la que llegaría a ejercer una profunda influencia a finales de la República y durante el Alto Imperio (Séneca, Epicteto, Marco Aurelio)—. Aunque resulta posible, desde luego, extraer una concepción general del estoicismo antiguo, semejante concepción peca hasta cierto punto de arbitraria, pues el pensamiento de los tres primeros cabezas de la escuela, cuyos escritos tan sólo nos han llegado en estado fragmentario, no dejó de sufrir alteraciones (a consecuencia de las críticas externas y de las tensiones interiores de la escuela). Pero, pese a las incertidumbres de detalle que aún subsisten, se obtiene la impresión de que el estoicismo del siglo III constituye un conjunto fuertemente sistematizado.

El sistema ofrece dos facetas: una cosmología, que representa su aspecto especulativo, y una ética, que representa su aspecto práctico, unidas por una lógica rigurosa que asegura asimismo la cohesión interna de cada una de ellas. Con la forma de un reparto didáctico entre lógica, física

mente una serie de desviaciones licenciosas y provocadoras que determinaron la evolución del sentido de la palabra "cínico". Los "contestatarios" de nuestros días nos permiten comprender mejor ese conjunto de fenómenos —y sus causas.

⁷⁸⁹ Recordemos que el nombre de la escuela deriva de la *Stoa Poikilé* ateniense (el "Pórtico pintado"), en donde impartió Zenón sus enseñanzas.

⁷⁹⁰ Constituye una tendencia frecuente dentro de la literatura moderna sobre el estoicismo (cf. Wilamowitz, Pohlenz, etc.) el atribuir determinados caracteres de la doctrina al origen semítico indiscutible (caso de Zenón), posible (Posidonio) o supuesto (Crisipo) de algunos de quienes fueron cabeza de la escuela: ¿y qué sabemos acerca del "pensamiento semítico" de los chipriotas o de los cilicios, o incluso de los sirios...? Por otra parte, conviene recordar que Zenón adquirió su formación filosófica dentro del cinismo, es decir, de la escuela que deriva más inmediatamente del socratismo. Es un absurdo todavía mayor calificar al estoicismo, como se ha hecho, de "filosofía de metecos": además de que entonces, por dicha regla de tres, tendríamos que colgar la misma etiqueta a buen número de presocráticos —y a Aristóteles, así como a los sofistas—, eso es olvidar que todas las ideas que se despiertan en época helenística se separan de la *polis* y que el pensamiento griego de la época encuentra a la postre su culminación en el universalismo.

y ética, el estoicismo constituye en realidad una pieza fundida en bloque. Como el hombre es un elemento del mundo en el que vive, la cosmología debe, lógicamente, preceder a la ética: pero el planteamiento del estoicismo (y no se trata de un planteamiento particular) se hace a la inversa. Porque si la ética constituye el objeto de la filosofía, esta última es antropocéntrica y entonces resulta evidente que el hombre y las leyes de su comportamiento, lejos de suponer la culminación de una serie de especulaciones sobre la representación del cosmos, son su punto de salida, ya que la cosmología ha sido construida a fin de suministrar una explicación sobre la situación del hombre y una justificación de las reglas de vida que se le proponen. Además, esta perspectiva antropocéntrica se halla confirmada por la propia naturaleza de la cosmología estoica, que concibe el macrocosmos a imagen y semejanza del microcosmos humano. Pues, lejos de ser eterno e inmutable, el mundo de los estoicos es un organismo vivo, fundado en la combinación de dos principios: un principio pasivo y que ya ha ejercido su acción, que es la materia, y un principio activo, concebido también como algo material, pues sólo puede actuar aquello que es corporal. Este principio activo y dotado de razón es el fuego primordial, el cual, mediante un sistema de transmutaciones, da origen e los demás elementos a inaugura así el proceso de formación del mundo (*diakosmesis*), que sigue y continúa en función de un encadenamiento complejo de rigurosas causalidades cuya suma, de un determinismo absoluto, equivale al destino: la noción común de *tyché*, que encierra una parte de azar y de incertidumbre ciega, es reemplazada en el estoicismo por la de *heimarmene*, que significa “lo que está asignado”, es decir, “determinado”. El principio ígneo primitivo, el “fuego hacedor”, concebido asimismo en forma de “soplo” vital (*pneuma*) y que es la razón cósmica (*logos*), penetra completamente la materia en todos sus aspectos, al modo como el vino se mezcla con el agua, y vuelve a aparecer en estado puro al término de la cadena de causalidades, pues esta última se acaba en una conflagración general (*ekpyrosis*), que es también la señal de un nuevo comienzo. Así pues, el cosmos estoico no posee comienzo ni fin, sino que experimenta una sucesión cíclica de comienzos y de fines que constituye el tiempo cósmico. Cabe subrayar, sin embargo, que el determinismo estoico no debe ser entendido en el sentido científico moderno del término. Si este escenario de causalidades que es el mundo puede conservar su finitud y su coherencia en el infinito del vacío, es porque el *pneuma* que penetra en él le asegura una tensión (*tonos*) de carácter vitalista y porque sus partes están mantenidas por una serie de relaciones de simpatía análogas a las que unen a las distintas partes del organismo animal. Si la física estoica puede ser calificada de racionalista, o, aún mejor, de intelectualista, es más por la lógica rigurosa de sus pasos (los estoicos fueron grandes dialécticos) que por venir fijado en sus principios —y es aquí en donde el estoicismo, pese a cuanto se haya dicho, se inscribe perfectamente en la tradición de la filosofía griega—.

¿Cuál es, entonces, el lugar del hombre dentro de este sistema? El hombre, que, como el resto del mundo, participa de la materia pasiva y

del *logos* activo, se halla, como las demás cosas, atrapado por el determinismo de la *heimarmene*: es un concepto, a primera vista, desalentador, puesto que no ofrece, en esas condiciones, ningún recurso contra el destino ni deja ningún lugar para la libertad, pero el estoicismo procede a dividirlo en dos planos: el de la religión y el de la ética.

Si, en un primer momento, el hombre está necesariamente aprisionado por el “entrelazamiento de las acusas” (como Crisipo definía al destino), esa necesidad es suavizada por la noción de Providencia (*pronoia*): si las series causales han situado alrededor del hombre todo cuanto le es útil y agradable, es porque ha sido previsto —y esto confirma lo que la teoría de la *diakosmesis* permitía adivinar, a saber, que el *pneuma-logos* es también Dios—. Lo divino en la filosofía estoica es a la vez trascendente en cuanto primer motor, inmanente en cuanto elemento que se halla presente en todas las partes del cosmos (lo que conducirá al estoicismo tardío hasta un panteísmo explícito), y benévolo para el hombre, en función del cual el universo fue, en definitiva, organizado: bajo todos estos aspectos, Cleanto, el más religioso de los estoicos, invoca a lo divino en su *Himno a Zeus* —puesto que Zeus, conforme a una corriente de pensamiento ya plurisecular, proporciona al estoicismo el nombre de lo divino en sí, omnipresente y soberano—. Esta teología filosófica, cuyas premisas no estaban al alcance de todos, se hallaba muy alejada de las ideas religiosas más comunes, aunque los estoicos hicieron grandes esfuerzos, coronados con el éxito, para ligarla con aquéllas: efectivamente, aquí reaparece esa tendencia, que anteriormente vimos, a reinjertar en las agotadas creencias una sustancia más racional y más pura interpretando a los dioses del culto como símbolos de lo divino o como expresiones de fuerzas de la naturaleza, proponiendo exégesis alegóricas de los mitos⁷⁹¹, fraccionando el providencialismo en una infinidad de demostraciones pueriles y edificantes que favorecían la piedad popular, aun cuando intentaban “iluminarla”. No obstante, ahora comprobaremos que el estoicismo abordó también algunas zonas menos “rationales” del ámbito religioso.

Además de este rescate de la religión llevado a cabo por una filosofía de las más lógicamente intelectualistas, cabe subrayar su restauración de la idea de libertad dentro del determinismo. Mientras que la física del estoicismo se despliega en el tiempo cósmico, su ética se concentra en el tiempo vivido, que es el presente, o, más exactamente, la sucesión continua de presentes instantáneos. Como cada acontecimiento se halla determinado por el que le precede y determina al que lo sigue, el hombre debe captar constantemente esas relaciones de causalidad y el verdadero filósofo, el Sabio, debe estar en condiciones de captarlas en su totalidad mediante el conocimiento pleno de la Naturaleza. Como cada suceso pertenece al ámbito de lo sensible, es, por tanto, inmediatamente perceptible, pero únicamente es comprensible en cuanto que fruto y fuente de causa-

⁷⁹¹ Ya hemos señalado, *supra*, p. 525, la influencia que esto tendría en la crítica filológica, especialmente en Pérgamo.

lidades si el hombre hace un recto uso de su razón. Cogido en medio de la red de causalidades naturales, el hombre tan sólo puede evitar el sufrimiento, acceder a la *apatheía* y, por tanto, a la felicidad, si, por una parte, conoce las causalidades, pero también si las acepta y se adhiere a las mismas voluntariamente para “vivir en conformidad con la naturaleza”, actitud que, siendo equivalente a vivir según la razón, es la finalidad de la virtud estoica y corresponde a la noción de “deber” (*to kathekon*). En cambio, la ignorancia, que es error de la razón, engendra las pasiones (equivale incluso a las pasiones), las cuales, al colocar al hombre en discordancia con la *heimarmene*, lo conducen al sufrimiento. La sabiduría estoica no es, por lo tanto, pasiva, ni es tampoco un fatalismo que se abandona al azar de un quietismo que confía en la Providencia: consiste en una sucesión continua de elecciones razonadas, que son buenas en la medida en que responden a una finalidad (*telos*) que se conforma al rumbo del destino y a los designios de la Providencia. Y es aquí, en este punto, en donde el estoicismo reinserta la libertad en la vía del destino: al igual que el ciudadano sólo puede ser feliz dentro de la ciudad si se somete libremente a sus leyes positivas, del mismo modo el hombre únicamente alcanzará la felicidad apática si se adhiere a las leyes cósmicas que la filosofía y la experiencia de los acontecimientos le han descubierto, y su libertad se sitúa dentro de los límites ofrecidos por la elección entre el conocimiento razonado y la ignorancia pasional, es decir, entre lo verdadero y lo falso, el bien y el mal. La elección, desde luego, es difícil. El Sabio perfecto, que posee, gracias a la contemplación y a la razón, pleno conocimiento de la naturaleza de las cosas y de sus relaciones, encuentra sin duda en cada acontecimiento la oportunidad de actualizar el *telos* que se ha propuesto. Pero no sucede lo mismo con el común de los mortales, en beneficio de los cuales elaboró el estoicismo una moral práctica y normativa que contribuyó a asegurar su difusión. Pero además, preocupado por no dejar pasar ninguna cosa que pudiese contribuir a la comprensión del presente y a la orientación de las decisiones humanas mediante el conocimiento de los designios de la Providencia, el estoicismo, que había admitido la religión popular para racionalizarla, admitió de paso los oráculos y la adivinación, que recibieron por parte de los estoicos una serie de justificaciones cuya lógica derivaba de la del conjunto del sistema, mientras que su concepción de la simpatía cósmica le abría la puerta a la astrología: en todas estas cuestiones el estoicismo sería vivamente criticado.

Una filosofía que aspira a evitar el sufrimiento mediante el ejercicio de la razón no es, por naturaleza, una filosofía de la acción, aun cuando las decisiones del hombre se traducen, necesariamente, en una serie de actos; la idea, por otra parte, de que cada hombre tiene un sitio ya determinado en el devenir cósmico, sometido a una ley físico-divina superior a todas las leyes positivas, haría que el estoicismo asumiese la noción de cosmopolitismo y de fraternidad humana elaborado por los cínicos⁷⁹².

⁷⁹² La visión de una humanidad “cosmopolita”, parecida a un “rebaño que pace junto, bajo una ley común”, como propuso Zenón en sus comienzos, se halla todavía impregnada

Y sin embargo, aunque los distintos cabezas de escuela se apartaron de la acción y de la vida pública, el estoicismo no ignoró ni la acción ni al Estado. Del cinismo, nuevamente, el estoicismo tomó la imagen del hombre-actor: al igual que el actor desempeña el papel que le propone el poeta, entendiéndolo y siguiéndolo paso a paso, de la misma manera el hombre desempeña el papel que le ha escrito el destino providencial y el Sabio, que está en condiciones de efectuar el mayor número de elecciones “en conformidad con la naturaleza”, es asimismo aquella persona que resulta apta para cumplir el mayor número de papeles en este mundo, incluido el de hombre de Estado, consistente en tomar decisiones por las demás personas: la noción estoica del deber podía encontrar distintas formas de aplicación en la política. Una serie de filósofos estoicos se convirtieron, por tanto, en políticos, y una serie de políticos abrazaron el estoicismo⁷⁹³. En cuanto al Estado en sí, puesto que pertenecía, como todas las cosas, a la serie de realidades sensibles y determinadas, el estoicismo no tenía por qué rechazarlo, y en la medida en que la monarquía helenística y, más aún, después, el Imperio romano, podían representar una etapa hacia la ciudad universal, era normal que los estoicos se adaptasen al mismo. Este último punto conduce a demostrar que, conciliando en mucha mayor medida que cualquier otra filosofía anterior lo racional y lo irracional, el intelectualismo y la piedad, la lógica y la contemplación, la teoría y la acción, el estoicismo respondía de la forma más completa posible a las necesidades de la época que le vio nacer.

Que todo ello estuviese sujeto a ciertos compromisos y, en ocasiones, a ciertas contorsiones intelectuales, explica las críticas de los contemporáneos. Mientras que la física de los estoicos servía de fundamento a la ética y comprendía una justificación de la religión, la física de Epicuro —quien, entre otras ideas que le prestan los filósofos presocráticos, se adscribe al mecanicismo democriteo, modificado en un aspecto esencial mediante la noción de “declinación” de los átomos o *parenklisis*⁷⁹⁴— tiene por objeto lograr que el hombre sea algo indiferente al cosmos. El mundo (y, por consiguiente, el hombre) no está regido por un destino-providencia divina, y los dioses, que existen, pero no tal cual los hombres los imaginan, fueron arrojados a los espacios intercósmicos, en donde su serenidad perfecta es indiferente para los hombres, que no tienen nada que temer ni que esperar de ellos. Los mitos comunes son impíos, las oraciones inútiles, la adivinación sin sentido. El hombre queda así liberado de toda angustia metafísica (el epicureísmo se configura, en sí, como un quietis-

del ideal cínico. La idea propiamente estoica de la humanidad universal y fraterna tomó forma, sobre todo, en el estoicismo tardío.

⁷⁹³ El fenómeno se aprecia desde el comienzo (cf. Antígono Gónatas y el estoico Perseo; Esfero, consejero de Cleómenes III), y se extendió, sobre todo, por el mundo romano, por influencia, en principio, de Panecio.

⁷⁹⁴ Generalmente conocida con la denominación latina de *clinamen*, la “declinación” constituye, en física, la expresión de esa “evidencia invisible” que era, para Epicuro, la libertad.

mo), ya que no —la doctrina está muy lejos de esa idea— dispensado de toda piedad⁷⁹⁵, y como su alma es, al igual que su cuerpo, un compuesto material de átomos destinado a disolverse con el cuerpo, la muerte no resulta ni temible ni deseable. Luego la ética epicúrea se aparta, al contrario que la ética estoica, de la física y de la teología. Como es evidente que todos los seres huyen del sufrimiento y persiguen el placer, este último debe constituir el objeto de la ética. No se trata, por lo demás, sino del placer físico —lo cual haría surgir, en torno al epicureísmo, una serie de equívocos bien conocidos—, y los pretendidos placeres del alma son tan sólo las representaciones imaginarias de los placeres físicos pasados o futuros, útiles, no obstante, en la medida en que ayudan a olvidar los sufrimientos presentes. La propia amistad, que desempeña un papel tan importante en la vida epicúrea (el jardín de Epicuro fue eminentemente el círculo de la amistad) es más una protección contra la pena que un placer positivo. Además, el verdadero placer reside en la simple satisfacción de las necesidades naturales: aventurarse más allá crea el peligro de engendrar el dolor, por lo que el Sabio fijará un límite a sus necesidades y a sus deseos para alcanzar, en el equilibrio de su cuerpo en reposo, la serenidad ataráxica, condición de un hedonismo que es, a la postre, austero. La sociedad y el Estado son necesarios para el establecimiento de una justicia que garantice la tranquilidad del individuo —pero el Sabio hace bien en mantenerse retirado del mismo—. Así pues, todos los aspectos nos conducen al extremo opuesto del estoicismo, a no ser porque también en el epicureísmo la ética constituye el centro de sus preocupaciones⁷⁹⁶ y su objetivo es la felicidad.

Pese a haber proporcionado infinidad de argumentos contra los aspectos menos racionales del estoicismo, no por eso el epicureísmo dejaba de encerrar una parte de irracionalidad, y ésta es la razón de que fuese incluido dentro de la crítica radicalmente racionalista de Carnéades⁷⁹⁷. La crítica escéptica y agnóstica que Carnéades opuso al estoicismo parece haber arrancado de la del dogma estoico del conocimiento inmediato, fuente de certidumbre, que le condujo gradualmente a hacer pedazos todo el sistema. Fueron especialmente los aspectos religiosos de ese sistema (vitalismo cosmológico, providencia, integración de la religión popular, alegorías mitológicas, adivinación, astrología, etc.) los que quedaron reducidos al absurdo mediante una implacable dialéctica. Carnéades nadaba demasiado a contracorriente de las tendencias profundas del siglo II como para que

⁷⁹⁵ La verdadera piedad epicúrea está toda ella compuesta, al modo de la de Platón, de interioridad espiritual —y de desinterés, puesto que no hay nada que esperar de los dioses—; pero el epicureísmo recomienda asimismo (como todas las filosofías griegas) la participación en los actos culturales comunes, a condición, desde luego, de desembarazarse de todas las representaciones absurdas y supersticiosas cuyos ritos están atacados. Sabemos que la escuela epicúrea adquirirá rápidamente todas las características de una secta religiosa que podría figurar como la Reforma de la religión tradicional.

⁷⁹⁶ No podemos decir que constituya el fin del sistema porque, frente al estoicismo, el epicureísmo no es en modo alguno sistemático.

⁷⁹⁷ Carneades de Cirene dirigió la Academia en el tercer cuarto del siglo II.

confiase en arruinar al estoicismo, pero su crítica contribuyó sin duda a hacer que evolucionase. Además, se trata de un momento en el que las estrictas distinciones entre escuelas quedan en varios aspectos, desdibujadas, en el que el escepticismo y el eclecticismo favorecen las posiciones cambiantes. Panecio de Rodas, que dirigió la Stoa del 129 al 110, después de una larga estancia en Roma⁷⁹⁸, encarna esa desviación que adquiere la doctrina: abandona la teoría de los grandes ciclos cósmicos y de la *ekpyrosis*; abandona también la astrología (lo que supone poner en duda la simpatía universal) y, probablemente, lo que el estoicismo había asumido y reinterpretado de la religión popular; concede asimismo mayor interés al alma humana individual que al alma del mundo y, por ende, a la moral práctica que a la ética teórica del antiguo estoicismo. Así pues, cuanto este último contenía de religioso o de más o menos místico fue sacrificado, en gran medida, por Panecio⁷⁹⁹. Esta orientación, que apartaba al estoicismo de la ortodoxia configurada desde Zenón a Crisipo, no sería adoptada, sin embargo, por el mayor discípulo de Panecio, que fue también el último gran estoico anterior a la época imperial, Posidonio (ca. 130 - ca. 40). En la historia de la Stoa, Posidonio encarna la originalidad, que constituye en buena medida la causa de las dificultades de interpretación que su figura sufre, de no haber sido solamente un filósofo, sino también, y quizá en primer término, un sabio⁸⁰⁰, que da abiertamente la espalda a ese desdén característico de los estoicos por las ciencias tanto exactas como naturales⁸⁰¹. Es, evidentemente, por el hecho de haber vivido en Rodas, hacia donde se replegaron algunos de los exiliados del Museo de Alejandría, por lo que Posidonio, a diferencia de los estoicos de Atenas, estuvo bien informado del movimiento científico alejandrino y pudo participar en él tardíamente, hasta el punto de figurar como su último gran representante: matemático, astrónomo, geógrafo, historiador, fue un genio universal a la manera de Eratóstenes. Y filósofo estoico por añadidura, dato que puede a priori parecer sorprendente: e igualmente, el lugar que ocupa Posidonio dentro del estoicismo y las transformaciones que sufrió la doctrina a causa de su influencia todavía siguen siendo objeto de debate⁸⁰². Comparado con Panecio, Posidonio representa una vuelta a las fuentes del estoicismo —pero, respecto a estas últimas, adopta una actitud crítica que no es tampoco

⁷⁹⁸ Panecio vivió en Roma en la misma época que Polibio y frecuentó en la Urbe el mismo círculo aristocrático, el de los Escipiones.

⁷⁹⁹ Lo que no basta para convertirlo, como han hecho algunos (cf. Pohlenz), en el primer estoico auténticamente “griego”, frente a los viejos estoicos, que estaban imbuidos de inspiración “semítica”.

⁸⁰⁰ Cf. *supra*, p. 524.

⁸⁰¹ Exceptuando la medicina, por la que el estoicismo se interesó siempre (y en la que terminó por influir, como hemos señalado en la p. 520), en la medida en que suministraba un modelo para su vitalismo cósmico.

⁸⁰² Tanto más cuanto que las obras de Posidonio se han perdido y no podemos confiar en captar su pensamiento sino a través de las referencias que a ellas hicieron (a veces, de segunda mano) una serie de autores más tardíos, en cuyos textos la fatigosa tarea de la crítica moderna consiste en delimitar qué son ideas propias de nuestro filósofo.

ajena a Panecio—. A la tradición estoica le debe la visión de los grandes ciclos cósmicos, el destino, la astrología, la adivinación. Pero, en aquellos puntos en los que esta tradición identificaba a Dios (Zeus), a la naturaleza y al destino, Posidonio los distingue en forma de una trinidad que preserva, es cierto, la unidad, aunque no por eso deja de introducir en la unidad del cosmos un germen de dualismo entre Dios y la naturaleza. El vitalismo cósmico, por otra parte, parece haber sido concebido por él con la apariencia de una especie de dinámica expansiva inspirada, sin duda, a la vez en las ciencias de la naturaleza (observación de la complejidad creciente de los organismos vivos), en una antropología social que deriva a la vez de viejas representaciones míticas (la edad de oro y la degeneración consecutiva) y de la observación etnográfica, y en el conocimiento histórico. La psicología posidoniana, por último, se separa de la del antiguo estoicismo en la medida en que, distinguiendo como Panecio el alma humana del alma del mundo, Posidonio rechaza la teoría según la cual las pasiones constituirían errores de la razón y reconoce que la irracionalidad pasional es inherente a la naturaleza humana con el mismo derecho que la razón. Fueren cuales sean esos detalles repetidamente debatidos del pensamiento de Posidonio, lo que nos importa aquí es que aquél representa un esfuerzo de síntesis absoluta en el que la física y la teología estoicas, revisadas y corregidas, le proporcionaban un principio especulativo unificador a un conocimiento que, más que en el caso de ningún otro filósofo griego, procedía de la observación, de la experiencia⁸⁰³ y de la ciencia racional. Considerado desde esta perspectiva, Posidonio no tiene ningún auténtico antecesor, ni cuenta, sobre todo, con ningún heredero. La desaparición de su obra escrita es una inmensa pérdida: supone, cabría decir, la pérdida del testamento intelectual de una época.

⁸⁰³ La experiencia mundana que adquirió Posidonio fue superior a la de cualquier otro filósofo: gran viajero, fue asimismo un político, que ejerció las principales magistraturas en Rodas y formó parte de embajadas. Las muestras de respeto que le tributaron Cicerón (que es una de las fuentes esenciales para conocer su pensamiento) y Pompeyo son testimonio de hasta dónde alcanzó su esplendor.

CONCLUSIÓN

Al finalizar estas páginas, ya largas, sobre el mundo helenístico, soy consciente de sus lagunas: cabe preguntarse, sin duda, por qué no he abordado el arte helenístico sino mediante algunas alusiones dispersas, la guerra helenística recurriendo al expediente, sobre todo, de sus instituciones, etc. Debo responder a esto que he preferido sacrificar deliberadamente algunas cuestiones, antes que acortar todavía más algunas otras, para hacer a aquéllas un hueco dentro de un libro que no era indefinidamente extensible. De todos modos, mi decisión ha venido dictada no tanto por el sentimiento de que había una serie de cosas que podía omitir sin ningún perjuicio cuanto por la convicción de que existían otras, en particular, cuya presencia en estas páginas era más indispensable y en las que, pese a mis esfuerzos, no podía suprimir nada de cuanto había escrito —suprimir nada más allá de lo que ya había eliminado—. Y esto requiere una justificación, que hará las veces de conclusión.

Todos los puntos que he tratado me parece que constituyen aquellos aspectos que a nosotros, hombres de finales del siglo XX, nos afectan más directamente. La lectura de las páginas precedentes tal vez nos haya ayudado a comprender que, más que cualquier otro período de la historia de la Antigüedad, más incluso, seguramente, que ningún otro período de la historia general de nuestro “mundo occidental”, la época helenística se halla muy cerca de nosotros en el sentido de que constituyó, para quienes la vivieron, una época de perturbaciones y de experiencias en cierta medida análogas a las que nuestro mundo ha vivido, y todavía vive, desde hace algo más de un siglo. Es cierto que el historiador debe desconfiar de las analogías, y esta nuestra carece por lo menos de un detalle esencial, el de la revolución tecnológica, que es fuente de nuestros trastornos y que los helenos posteriores a Alejandro no llegaron a ver crecer entre los surcos de un desarrollo científico que fue, sin embargo, extraordinario: la humanidad helenística no conoció el “progreso” ni las ideologías científicas optimistas, a las que nuestros bisabuelos juzgaban dignas de entusiasmo, ni el cerco de lo político por una economía que sufre, a su vez, los asedios de la técnica, ni las desilusiones que se derivan de ello. Pero, dejando aparte eso —que es importante y merece una reflexión—, consideremos la inmensa ampliación de la *oikoumene* griega y la intensificación de la circulación de personas, de bienes y de ideas que trajo consigo; conside-

remos la creación, dentro de esta *oikoumene* renovada, de “superpotencias” helénicas (y que después ya no son helénicas, sino en vías de helenización) caracterizadas por la personalización del poder y que tienden, sin alcanzar todavía plenamente ese objetivo, a eliminar la existencia política de los Estados tradicionales griegos; observemos los esfuerzos más o menos eficaces de algunos de ellos para sobrevivir dentro de una serie de marcos federales nuevos, pero también la repugnancia de los antiguos corifeos del mundo de las ciudades a aceptar cualquier solución nueva; observemos el incremento de la urbanización de la población, con todas sus consecuencias; observemos los intentos realizados por los conquistadores helenos para explotar en beneficio propio sus inmensos territorios “coloniales” y a los pueblos que en ellos vivían (y el fracaso, relativo o absoluto, según los casos, de tales intentos) —así como la tentación helénica que sufren algunos círculos orientales, círculos que, más o menos conscientemente, ven en la aculturación griega un medio de atravesar la barrera que los separa de sus antiguos vencedores; consideremos también el marcado contraste entre la riqueza y la pobreza, las de los Estados y las de los individuos, y, en uno y otro caso, los efectos políticos de ese contraste; no olvidemos, por último, la diversidad de las reacciones individuales de los griegos en presencia de esas múltiples mutaciones, la crispación más o menos angustiosa de los unos en torno a las formas y valores del pasado y sus esfuerzos por salvar cuanto, de aquel pasado, podía recuperarse, la aceptación solícita por los otros de una nueva situación que les abría una serie de perspectivas que el pasado les negaba, la pasividad más o menos resignada de la mayoría, la impugnación radical planteada por una pequeña minoría frente a cualquier forma política y social, los remedios a las preocupaciones que tratan de encontrar, algunos, en el ejercicio de la razón, otros, en el recurso a los aspectos más irracionales del pensamiento filosófico y de las doctrinas y prácticas religiosas, y otro grupo, en fin, mediante la inmersión en el ocultismo... Podríamos multiplicar estos temas de reflexión que, en su conjunto, son válidos para despertar nuestra atención y justifican la selección efectuada en los capítulos precedentes. Si hubo una “humanidad helenística” (la de esas diez generaciones que, dentro del marco geográfico definido al comienzo de estas páginas, vivieron desde la época de Alejandro a la de Augusto), ¿no nos resulta aquélla mucho más próxima, mucho más accesible que la de los siglos anteriores, pese a la ejemplaridad clásica que éstos poseen?

De todo lo cual, como venimos sin cesar insistiendo, nada hay que esté perfectamente claro, ni lo estará sin duda jamás, en defecto de una documentación apropiada, y cabe temer que una futura multiplicación de documentos contribuya más a confirmar, a precisar o a matizar cuanto se conoce ya relativamente bien que a aportar grandes revisiones fundamentales de los problemas estancados. No obstante, estos problemas, que subsisten en todos los ámbitos de la historia y de la civilización helenísticas (y recordemos una vez más que ésta se prolonga y se extiende, siempre viva, hasta la época imperial romana), hacen que esta época capital de

la civilización griega tenga grandes probabilidades de depararnos aún numerosas ocasiones de plantear debates y de someter otros asuntos nuevamente a discusión. Sucede, con las páginas precedentes, como con todos los intentos de síntesis: sólo pueden aspirar, en el mejor de los casos, a cumplir dignamente el papel de actualización provisoria.

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO

- Aarón, 30
abaton, 477
 Abido, 81, 330, 341, 343
 Abstracción, 24, 72, 493, 529, 531-535, 542, 556-557
 Acamántida, 64-65, 244, 259
 Acanto, 301-302
 Acarnania, 150, 290, 296, 419
 acarnanios, 269, 286
 Acarnas, 64, 289
Acarnienses de Aristófanes, 296
 aqueos, 72, 150
 aceite, 153, 305, 398, 501, 506
 Acragante, 203-204, 208, 211, 213, 220, 224, 228, 392, 420, 516, 544
 Acraiffia, 422
 Acras, 203-204
 Acrópolis de Atenas, 161, 490, 492, 499
 Admeto, 129, 507
 Adonis, 551
 Afetas, 102
 Afrodita, 490, 559
agalma, 485, 499
agathoi, 379, 403, 445
 Agatocles, 215
 Ageo, 26, 28
 Agis, 310-311, 325, 327, 335-336, 349, 351, 353, 360
 Agidas, 55, 396
 agnosticismo, 433, 435, 449, 540, 546-547
agogé, 380, 395, 398
 agon, 110, 386-387, 414, 511
agora, 62
agos, 471
 Agras, 520
 agricultura, 40, 46, 447, 519, 522
 Ahura-Mazda, mazdeísmo, 17, 22-25, 33, 37, 83
aidos, 435, 458
aition, 479
 Akté (argólica), 96, 143, 290; (calcídica), 119, 266, 270-271, 290, 300-301
 Alalia, 230-231
alastor, 538
 Alcibíades, 159, 307, 309-320, 322-324, 326, 328-329, 332-336, 338-339, 341, 343-348, 350, 355, 358, 398, 409, 416, 444, 447, 512, 549
Alcibiades de Platón, 447
 Alcínoo, 507
 Alcmeón de Crotona, 555
 Alcmeónidas, 60, 69, 85, 87-90, 276, 471
 Alévdadas, 72, 95, 146, 421
 alianza, 48, 54, 57, 70-73, 80, 84, 86, 95-96, 98-100, 106, 113, 115-121, 123-124, 128, 130, 138, 140-141, 148, 150, 153-155, 158-162, 164-165, 169, 175, 178, 192-193, 204, 213-214, 220, 236, 256-257, 263-264, 268-271, 273, 275, 280-282, 286, 290, 294-295, 297, 301, 303-304, 308-311, 314, 328-329, 331-332, 351, 353, 355-356, 390, 422, 453, 497; aliados de Atenas, 123, 196, 229, 272, 296, 304; -de Esparta: véase «peloponesia (Confederación)», 111, 123, 148, 236, 357
 alma, 45, 444, 475, 485, 515, 522, 547
alogía, 453
 Altai, 42
 altares, 24, 476, 489, 498, 530
 Ambracia, 98
 Amesha Spentas, 23
 Amílcar, 213-215
 amistad, 71, 85, 88, 121, 125, 146, 155, 159, 197, 207, 212, 290, 309, 328-329, 333, 347, 435, 439, 442, 446, 453-454, 457-458, 460, 544, 558
 Amintas de Macedonia, 48, 74

- Amirteo, 149
 amoral, 443
 Anacarsis, 46
 Anahita, 24
ananké (véase «necesidad»), 445
anathema, 485
 Anaxágoras, 241, 248-249, 280, 428, 431, 544-545, 547-548
 Anaxilao, 209, 211, 213, 215-216, 219, 221, 224
 Anaximandro, 542, 544
 Anaxímenes, 52, 542
 Andócides, 328, 353, 388
andrapodon, 388
andreion, 393
 Androción, 59, 501
 Andros, 170, 173
 anficiónía (véase «Delfos»), 72, 98-99, 113-114, 143, 145-146, 352, 510
 Anfípolis, 124, 169-170, 262-263, 301-303, 305, 308, 311, 313-314, 376
 Anito, 441-442
anonía (véase «ilegalidad»), 449, 457
 Anónimo de Jámblico, 442, 446, 457, 459
 Antela, 510
 Antesterias, 491
 Antifonte, 182, 332, 336-337, 431, 437, 448, 455, 458, 538
Antilogias, 443
 Antióquida (tribu), 64-65
 antropomorfismo, 24, 476, 485, 535, 555, 558
 Año Nuevo (persa), 18, 24, 36
apadana, 35-36
 Apamea (paz de), 6
aparché (del *phoros*), 150, 166, 168, 189
 Apaturias, 508
apeiron, 542, 544
apelia, 273, 381, 395-397, 400
apetairoi, 393
aphamiotai, 393
 Apolo, 26, 98-99, 105, 192, 256, 472, 474, 490-491, 506, 508, 510-511, 530, 532, 543, 556; *Agyieus*, 506; *Hyakinthios*, 490; *Patroos*, 506, 508
 Apries, 31, 539
 Apseudes, 141
 Apulia, 206
 Aqueménidas, 15, 17, 20, 24-27, 30, 33, 35, 37, 40, 84, 97
 Aracosia, 35
 Aral (mar de), 9, 23, 34, 40
 arameo, 21, 34
 arbitraje, 154, 258, 273, 276, 278, 303-304
 Arcadia, 54, 129, 309, 311, 558
 arcadios, 54, 93, 108, 129, 310, 317
 Arcesilao III, 225
 Arcesilao IV, 225-226
 arcontado, 60, 85, 92-94, 141, 147, 243, 271
 arcontes (Atenas), 59, 61, 67, 85, 92-94, 131, 147, 403, 405, 407-408, 494, 503
arché, 83, 158-159, 161, 191, 195, 198, 252, 259, 383, 402-403, 408-409
archegetes, 382
 Areópago, 59-62, 65, 68, 93, 128, 131-132, 245, 382, 391, 403, 405, 407, 409, 411, 417, 498
areté, 396, 441-442, 447, 511, 549
areteuon, 417
 Argilo, 170
 Arginusas, 346, 348-350, 354, 410
 argivos, 100, 129, 138, 143, 145, 154, 304, 308-311, 317, 320, 379, 395
 Argólida, 290, 310
 Argos, 54, 80, 98, 103, 125-126, 129, 138, 140, 143, 150, 235, 275, 304, 307-308, 310-311, 313, 376, 379, 383, 390, 403, 416-417, 488, 557
argyrologoi nees, 298
 Ariandes, 31-32
 Aricia, 221
 Aristágoras, 79-81, 405
 Aristides, 94, 113-114, 119, 128, 165, 168-169, 185, 303
 Aristión, 142
 aristocracia, 17-18, 23, 61, 68-69, 73, 93, 122, 131-132, 159, 211, 224, 260, 379, 381, 392, 396, 420, 450, 454, 456, 494
 aristócratas, 69, 71-72, 79-80, 82, 147-148, 175, 177, 196, 209, 212, 217, 219, 224, 258-259, 310-311, 386, 402, 414, 432, 447
 aristocrático, 61, 63, 65, 69, 126, 131-132, 240, 245, 248, 332, 379, 386-387, 396, 416, 420, 528
 Aristófanes, 91, 174, 271, 281, 293, 296-297, 299, 303, 311, 315, 320, 328, 406, 410, 414, 425, 433, 443-444, 447, 460, 481, 548, 551
 Aristogitón, 436
 Aristón, 141

- Aristóteles, 59, 61, 128, 131-132, 147, 185, 214, 241, 326, 331, 335, 338-340, 375-376, 391-394, 399, 404, 410, 413, 417, 424, 433, 506, 522, 542, 559
- Arquelao, 460
- Arquestrato, 241
- Arquidamo, 273-276, 278, 289, 310, 325
- arquitectura, 22, 34, 476-477, 521, 553
- Artabano, 95
- Artafernes, 79-80, 82, 84
- Artajerjes, 21, 29, 33, 36, 38, 129, 140, 327
- Artemision, 99, 101
- artesano, 427, 553
- artesanado, 60
- artynai, 383
- Asamblea («véase *Apella*», «*Ekklesia*»), 54-56, 60, 62, 243, 335, 338, 340, 377, 381-384, 391-392, 394-396, 402, 406, 409, 412-413, 416, 421, 495, 557
- Asclepio, 475, 551
- Asia Menor (véase «*Jonia*», «*Eólida*»), 19, 21, 26, 38, 48, 50-52, 90, 104, 123-124, 143, 149, 151, 161, 190, 193, 202, 208, 261, 327-328, 330, 347, 494, 506
- Asia Menor (griegos de), 48
- asilo, *asylos*, 471, 477
- Asopo, 108
- Aspasia, 248, 280
- Asinaro, 322
- Asiria, 16, 35
- Ástaco, 262-263
- Astarté, 201
- Astíoco, 329-330
- astos*, 378
- asty*, 64, 377-378
- ataktoi poleis*, 167
- ateísmo, 546-547
- ateo, 542-543, 547
- Atenágoras, 440
- Atenas, 52-53, 56, 58-59, 62, 64, 68-74, 77-78, 80, 83-94, 98, 106-107, 116, 122-125, 128-129, 131-133, 137-153, 155, 157-162, 165-169, 173-179, 181-183, 185-190, 192-198, 214, 223-224, 226, 229, 235-236, 239-241, 243, 245-249, 251-265, 268-281, 286-292, 295-302, 304-312, 314-321, 323-333, 335-353, 355-360, 376-380, 382, 384-385, 387-388, 390, 397, 399, 402-403, 406-408, 411-416, 421-424, 426, 430-431, 441-442, 448-454, 471-472, 475, 488-494, 496-497, 499, 501-504, 506-508, 511, 517, 520, 527, 533, 545, 548-551, 554, 557-558, 560
- ateniense, 53, 62, 65-67, 73-75, 77-78, 80, 82, 84, 86-88, 90-92, 94, 96, 98, 100-104, 106-110, 112-133, 135, 138-142, 144, 146-198, 229, 235-236, 239, 241, 244, 248-265, 267-275, 277-282, 286, 288-294, 296, 298, 300-305, 308-312, 314-315, 318-322, 324-333, 335-336, 339, 341, 343, 346-350, 352, 355-356, 358-359, 376, 380-384, 388, 391, 396, 401-404, 406, 408, 410, 412-413, 415-418, 424, 430-432, 448, 454, 459, 477, 489, 492, 496, 502-504, 506, 510, 517-518, 524, 528, 539, 548, 553, 558
- atenienses, 57, 60, 65, 67, 70-74, 80-81, 83-86, 88-95, 97-100, 103-108, 110-112, 114-125, 127-130, 137-155, 157-166, 167-183, 185-198, 202, 212, 222, 226, 229, 235-236, 240-241, 243, 245-247, 249, 251-256, 258-264, 267-274, 276-277, 279, 281, 285-292, 294-305, 308-319, 321-322, 325-327, 329-330, 332-333, 335-339, 341-344, 346-354, 356-360, 376-377, 379-381, 383, 386, 391-393, 397, 404-405, 409, 417, 421-423, 429, 431-432, 452-455, 471, 477, 491, 494, 496, 498, 500-504, 508, 510, 523-524, 551, 555-556; -instituciones atenienses, 67, 71, 128, 316, 404; -relaciones exteriores, 55; -en el 490, 88, 111, 497; -y Jerjes, 104; -y Argos, 54, 80, 140, 275, 304; -y los beocios, 108, 153, 309, 359; -y Corinto, 264, 490; -y Egina, 143; -y Egipto, 22, 146; -y Esparta, 55, 57, 70, 94, 116, 137, 148, 175, 235, 270, 310-311, 318, 326, 380; -y el Occidente, 252-253; -y los tesalios, 72, 138, 145
- Atenea, 150, 166, 168, 171, 190, 192-193, 247-248, 260, 317, 342, 413-414, 434, 458, 488-490, 492, 494, 496-504, 508, 550, 556-557, 560; -*Chalkioikos*, 494; -*Hygieia*, 503; -*Niké*, 499, 503; -*Pallas*, 490; -*Parthenos*, 247, 490, 497, 500-504, 557; -*Pharria*, 508; -*Polias*, 247, 488, 492, 497, 499-500, 502-504, 508; -*Promachos*, 489, 498-501, 503-504

- Ática, 44, 59-60, 62-65, 67-68, 70-73, 90, 100-101, 103, 107-108, 110, 130, 140, 144-145, 149, 153, 155, 187, 189, 254, 259, 270-271, 286-290, 293-294, 296, 298, 301, 306, 313, 319-321, 325-326, 330, 343, 351, 377-378, 402, 407, 415, 419, 424, 487, 492, 502, 504, 506-509, 517
- atimía, 182-183, 343, 388
- athlon, 511
- atomismo, 436
- Atos (monte), 96
- autarquía, *autarkeía*, 184-185, 191, 432
- autokrator, 344
- autonomía, 51, 82, 106, 123, 149, 154, 158, 163-164, 177, 183-184, 189-190, 196-197, 202, 260, 273, 277, 325, 329, 376, 388-389, 454
- autónomo, 184, 316, 544
- Avesta, 22, 40
- avéstico, 42
- Aves (las) de Aristófanes, 320
- Avispas (las) de Aristófanes, 412, 414, 443, 454
- Ayax de Sófocles, 537
- azar, 273, 413, 428, 447, 534, 545
- Babilonia, 16-17, 21, 26-29, 31, 35, 95, 106, 526
- Bacantes (las), 509, 550
- Bactriana, 23, 34, 40, 140
- Banquete, 433, 485
- Baquílides, 223, 511
- Bárbaros, 50, 103, 107-109, 114, 151-152, 161, 206, 214, 283, 315, 354, 418, 429, 448-449, 460-461, 526, 530-531
- bárbaro (concepto), 33, 90, 103-104, 107, 109, 111, 113, 151, 155, 202, 460
- Barca, 225
- Basas-Figalia, 558
- basileus* (véase «realza»), 225, 382, 385, 417, 434
- basilinna*, 491
- Bendis, 551
- Beocia, 64, 70-71, 74, 103-104, 106-109, 145-147, 152-153, 289, 299, 301, 319, 329, 376-377, 416, 420-421, 423
- beocios, 72-73, 97-98, 103, 108, 114, 145-146, 153-154, 276, 286, 295, 301, 304, 308-310, 325, 359, 422, 510
- beotarcos*, 422
- Bizancio, 81, 117, 122, 127, 186, 259, 261-262, 341, 343-344, 350
- bizantinos, 259, 261
- Boedromion*, 520
- bola*, 417
- bomos*, 480
- borboros*, 515, 517
- Bósforo, 47, 151, 261, 343
- bothros*, 481
- boulé, 61-62, 65-67, 70, 107, 131-132, 166-168, 174, 180, 242-243, 277, 334, 336, 344, 357, 380-384, 391-392, 404-410, 413, 416, 422
- Bránquidas, 81
- Brasidas, 300-303, 305, 308, 347, 397, 421, 460
- Brea, 198, 262-264, 477
- Brimos, 522
- Bucigios, 240
- Buda, 39
- Budines, 42
- Bug, 41
- caballería, 71, 81, 90, 97, 103, 108-109, 210, 215, 286, 318-319, 322
- Caballeros (los)* de Aristófanes, 299
- Caere, 201, 204
- Calabria, 206-207
- Calcedón, 342-343, 350, 431
- Cálcide de Etolia, 149-150, 154
- Calcideo, 329
- Calcídica de Tracia, 266
- calendarios, 65, 302, 479, 481
- Calias, 148, 151-153, 155, 157, 161, 164-165, 189, 235, 239, 259, 261, 327-328
- Caliclés, 447-448, 451-452
- Calípidas, 41
- Calixeno, 241
- Camarina, 203-204, 210-212, 226
- Cambises, 9, 17, 28, 31, 225, 455
- Campania, 204-206, 221-222
- campesinos, 60, 90, 203, 286, 288-289, 306, 325, 407, 413, 449, 477, 490, 504, 508
- Canaán, 30
- Candaules, 539
- capitales, 20, 26, 38, 359, 397, 399, 459
- Caria, 81, 124, 167, 261, 330, 344
- Caristo, 89, 122, 148, 159
- Carmania, 35

- Cármides, 357-358
 Carneas, 102
 Cartago, 84, 95, 203, 205, 211, 213-216, 256, 313, 318
 cartaginés, 205, 213
 Casitérides, 231
 Casmenas, 203, 211
 Caspio, 16, 40
 Catania, 203-204, 209, 212, 222-223, 226-228, 252, 256, 286, 318, 321-322
 Caulonia, 219
 Cecrópida, 64-65
 Cefalonia, 268, 290
 Ceos, 98, 104, 431
 cerámica, 55, 557
 Cerdeña, 205, 213
 cereales, 187, 472
 chamanismo, 44-45
 charis, 535
 chiliarchos, 20
 China, 42
 Chipre, 81, 117, 140, 143, 147, 150-151, 161, 346
chremata, 439
 Cibeles, 551
 Cícladas, 84, 89, 92, 161, 510
 Cíclope, 516
 ciencia, 218, 427-428, 465, 479, 495, 541, 544-545, 547
 Cilicia, 89, 151
 cilicirios, 211
 Cilón, 276, 471
 cimerios, 41
 Cimón, 87, 121-122, 124, 126-132, 137-141, 146-148, 150, 159, 174, 240-241, 246, 269, 560; -época de, 122, 126
 Cinadón, 398
 Cinco Mil, 334, 336-338, 343, 349, 355, 357, 392, 406, 448, 455
 Cinosema, 341-342, 345
 Cinosura, 105
 Cinuria, 54, 304
 Cinvat (puente), 23
 Cirene, 225-226, 382, 491
 Cirenaica, 31, 202, 220, 225
 Ciro, 9, 16, 26-28, 37, 40, 106, 346-349
 Citera, 299, 308, 490
 Citerón, 72, 108, 222
 Citio, 150
 ciudad, 42, 51, 54, 56-60, 62-63, 65-66, 69, 71, 73-74, 81-82, 85, 87-89, 91-94, 99, 111, 114, 116, 119, 122-124, 129-130, 137, 139, 141-144, 147-149, 158, 160, 162, 166, 168, 172-176, 178-179, 182, 184-185, 192-194, 197, 209-213, 215, 217-218, 220, 222-224, 226-231, 235, 240, 246-247, 252-256, 258, 260, 263-264, 270-271, 275, 280, 285, 288-289, 293, 295, 299-303, 305-306, 308-310, 314, 316-320, 323, 325, 327-328, 333-334, 336, 339-342, 344, 347, 351-354, 358-359, 376-378, 381-383, 385, 387-388, 390-391, 394-395, 403, 406-408, 414-415, 418, 422, 424, 426, 428, 430-431, 433-434, 436-439, 442, 446-449, 451, 453-455, 457-459, 467, 474, 476, 483, 487-489, 493, 495-496, 498, 501-503, 505, 507-509, 511-513, 517-518, 523-524, 526-527, 545, 547-549, 554, 558; -derecho de ciudadanía (véase «*politeia*»), 58, 127, 212, 239, 248, 380-381, 405
 Cízico, 189, 341, 343, 347, 349-350, 354
 Cizno, 104
 Claro, 5, 72, 78, 92, 95-96, 99, 117, 171, 173, 205, 209, 219, 263, 267, 270, 276, 280, 287, 298, 310-311, 332, 417, 439, 491, 521, 537, 547
 clases censuales, 93, 405, 425
 Clazomene, 241, 328-329, 347, 544
 Cleándridas, 254
 Clearco, 174, 180, 189-191
 Cleofonte, 342, 348-349, 354-355, 357
 Cleomenes I, 60, 93, 128, 405
 Cleón, 280, 292-294, 297-299, 302-303, 311, 332, 409, 451-452
 Cleónimo, 165, 167, 180
cleruquía, *clerucos*, 73, 122, 170, 173, 193, 195, 294
 Clinias, 165, 167, 174, 180, 309
 Clístenes, 58, 60-63, 65-74, 80, 84-85, 87, 93, 116, 131, 139, 241, 356, 401-403, 405, 425, 429, 503, 508
 clisteniano, 68, 89, 332, 423
 Clitemnestra, 538
 Cnido, 124, 510
 cnidios, 204, 557
 Colofón, 161, 170, 174, 176, 347, 542
 colonias fenicias, 204; -griegas, 40; -corintias, 98

- Colono, 173, 334, 338, 340, 492, 538
 comedia, 296
 cómicos, 251, 281, 410, 443
 comercio, 46, 51-52, 141, 178, 187, 197,
 212, 230-231, 271, 326
 comercial, 20, 22, 230, 377
 competición, 110, 386, 414, 511; —espíritu
 de, 386
 concordia, 359-360, 457-461, 498, 501
 conformismo, 458, 483, 486, 548-549
 conformista, 484, 545, 550
 congreso panhelénico, 152, 162, 239, 254;
 proyecto de, 152, 239, 254
 conocimiento, 5, 34-35, 37, 45, 47, 52, 84,
 172, 182, 185, 314, 428, 433, 437-438,
 464, 482, 495, 517, 530, 538, 541, 543,
 552; teoría del, 428, 437
 Conón, 348-350
 contrato, 158, 259, 386, 429, 434, 436-437,
 439, 446-447, 454, 457; —contractual,
 436-437, 446, 482; —social, 429, 436-
 437, 439, 446-447, 454, 457
 Copais (lago), 421
 Corcira, 129, 141-142, 210, 266-273,
 275, 278-279, 281-282, 286, 290-
 292, 295, 317
 corcirenses, 100, 155, 268-269, 272, 295, 451
 corego, 139
 Corinto, 54, 57, 73-74, 86, 98, 104, 108,
 138, 140, 142-145, 149-150, 154-155,
 187-188, 210, 224, 228, 235, 254, 264,
 268-273, 275, 281, 306, 310, 318, 348,
 352, 390-391, 487, 490, 492
 Corinto (golfo de), 140, 142, 145, 149-150,
 155, 187-188
 corintios, 54, 73-74, 104, 108, 138, 140,
 143, 149, 155, 210, 259, 268-273, 275-
 276, 278-279, 282, 286-287, 290, 304,
 308-311, 318-319, 322, 351-352, 359,
 376, 391, 451, 490
 Coronea, 143, 153-154, 422
 cosmogonía, 516
 cosmología, 514, 542-545
 crédito, 336
 Creso, 49, 81, 534-537, 539-540
 Creta, 388, 390, 392, 399, 487
 cretense, 217
 cría (véase «ganadería»), 43
 Crimea, 41, 46, 262
 Critias, 353, 355-358, 421, 433, 455,
 546-548
 Critón, 386, 436
 cronológicas (incerditumbres), 121, 148
 Cronos, 222
 Crotona, 204, 217-220, 253, 392, 488-
 489, 555
 crotoniatas, 217-219, 224
 Ctesias, 33-34, 140, 327-328
 Cuatrocientos, 59, 334-337, 340-341, 526
 culto, 24, 27-30, 56, 63, 81, 193, 222, 247,
 249, 382, 470, 472-477, 480, 483, 485,
 487-488, 490-493, 495-496, 498-504,
 506-510, 512, 517-518, 520, 545, 551,
 554; —cultural, 247, 414, 492, 500, 507,
 510, 548, 556
 Cumas, 204, 221-223, 225

dadouchos, 521
daevas, 23-24
daimon, 473, 475, 515, 532-533, 539, 548;
daimonion, 531
 Damón, 241, 248-249
 Danubio, 40-42, 47-48, 51, 290
daricos, 19
 Darío I, 9, 15
 Darío II, 327-329, 343, 346
 Darío III, 40
 Datis, 89-90, 92, 94
 David, 25, 28, 307
 David (casa real de), 28
decarchías, 350, 356, 397
 Decelia, 64, 313, 319, 321, 325, 327, 335-
 337, 343-344; decélica (guerra), 321, 339
 Delfinio, 411
 Delfos (anficiónía de), 113
 Delfos (oráculo de), 60, 72, 96, 98, 496,
 535-536
 Delio, 192, 194, 301-302, 305
 Delos, 89, 99, 109, 120-122, 124-125, 145,
 149-150, 152, 157, 159, 161-164, 166,
 179, 190, 192, 198, 243, 277, 420, 510;
 —Confederación de, 99, 120-122, 124,
 145, 149, 152, 157, 159, 162-164, 190,
 192, 198, 243, 277, 420, 510
 demagogia, 224, 332, 342, 349, 354, 409,
 417, 454
 demagogo, 240, 280, 299, 311
 Demarato, 72-73, 93, 385
demarchos, 403
 Demeter, 193, 488-489, 492, 510, 518-523,
 530-531, 546

- demiourgoi, 270
 democracia, 51, 67, 82, 107, 132, 147, 159,
 175-177, 197, 211-212, 223, 226, 240,
 242, 244-247, 250-251, 258-260, 311,
 316, 326, 332-335, 338-344, 349, 352-
 354, 356, 358-360, 379-380, 384, 386-
 387, 389, 391, 395-396, 402-404,
 407-408, 412-418, 421-422, 424-425,
 430, 432-433, 439-440, 448, 454-457,
 459, 498, 501, 523, 527, 549-550
 democratas, 153, 177, 183, 224, 226, 258,
 260, 295, 301, 303, 311, 314, 331, 333,
 335-337, 339, 342-343, 347, 356, 358-
 360, 402, 440, 452
 democrático en Atenas, 503
 Demócrito, 428-429, 431, 435-436, 440,
 534, 545-546, 549
demos («pueblo») en Atenas, 61-64, 68-70,
 92, 128, 139, 147, 166, 168, 172, 175-
 176, 181, 186, 196, 211, 242-243, 245,
 247-251, 256, 258, 260, 294-295, 312,
 318, 320-321, 323, 331, 334-336, 349,
 354, 384, 394, 402-411, 413, 416, 418,
 432, 448, 451, 454-456, 502, 504, 507-
 508; -fuera de Atenas, 132, 358, 426
demos, 61-64, 68-70, 92, 128, 139, 147,
 166, 168, 172, 175-176, 181, 186, 196,
 211, 242-243, 245, 247-251, 256, 258,
 260, 294-295, 312, 318, 320-321, 323,
 331, 334-336, 349, 354, 384, 394, 402-
 411, 413, 416, 418, 432, 448, 451, 454-
 456, 502, 504, 507-508
demos áticos, 508
 demótico (nombre), 62
 deportaciones, 212
 Dercilidas, 330
 destino, véase «hado», 29, 66, 81, 149, 181,
 185, 313, 346, 356, 462-463, 475, 485-
 486, 498, 514-515, 521, 530, 534-535,
 537, 539-540, 553-554, 556
Deutero-Isaías, 26-27
Deuteronomio, 28
 Diágoras de Melos, 547-548
 dialéctica, 125, 431, 433, 445, 451, 454,
 462, 535, 556
 Dídima, 491
 Diez (los) del Pireo, 359
Diipolia, 492
 dikasterion, 404
 Dinomenes Dinoménidas (véase «Gelón»,
 «Hierón»), 210, 216, 222-223, 225
 226-227, 379
 Diodoro de Sicilia, 345
 Diodoto, 294, 451-452
 Diomedonte, 349
 dionisismo, 509, 514, 551
 Dioniso, 490-491, 508, 514-515, 518, 520,
 530-531, 546, 551
 Dióscuros, 506
 Diótimo, 141-142, 269
 dioses, 17, 23-26, 35-36, 44, 66, 91, 98,
 152, 173, 192-195, 248-249, 283, 287,
 344, 377, 385, 413, 427-429, 432, 434,
 436, 440, 442, 444, 452-453, 458, 460,
 462, 469-471, 473-476, 479-485, 488-
 490, 492-498, 502, 505, 509, 515, 517-
 518, 523, 525-551, 554-559; -divino,
 436, 449, 452, 459, 470-471, 473-474,
 478-479, 484, 522-523, 527-536, 541-
 547, 553-558; -divinidad, 17, 23-24,
 32, 192, 247, 413, 469, 471-477, 479-
 483, 485, 489-492, 495, 498, 500, 502,
 504-507, 510, 529-531, 533-536, 543,
 547, 554-555, 558
 Dipea, 129
Discurso fúnebre (Tucídides), 191, 195,
 246, 249, 264, 290, 387, 415, 454-455,
 460, 560
Dissoi logoi, 443
 Doce Dioses, 474
dokana, 506
dokimasía, 409
 dólopes, 122
 Don, 41-42, 126, 436
 Dorcis, 117
 dorios, 103, 145, 322, 392, 460, 510
 Dorico, 205, 211
douleía (véase «esclavitud»), 163; -dou-
 los, 388
doxa (gloria), 431, 439, 445, 501, 504,
 512, 543
 Drabesco, 124
 Dracóntides, 356
 Drépano, 205
 Ducetio, 142, 226-229
 dynamis, 553
 dynasteía, 391, 421
 Eántida (tribu), 64-65
 economía, 19-21, 40, 43, 52, 184, 379, 388
 económico, 23, 60, 143, 184-185, 188-189,
 197, 208, 216-217, 282, 326, 342, 395

- Edipo en Colono*, 538
Edipo Rey, 250, 538-539
 edones, 124
 educación, 25, 293, 380, 387, 393, 395, 441-444, 450, 465
 efebía, 380
 efebos, 377, 495
 Éfeso, 52, 81, 347-349, 488, 494
 Efialtes (reforma de), 126, 132, 137, 139-141, 240-241, 245, 331, 403, 405, 408, 426, 458, 498
 eforado, 128, 396; -éforos, 56, 356, 358-359, 383, 393, 396, 400, 494
 Egaleo, 105
 Egesta, 141-142, 187, 252, 286, 314-315
 Egina, 54, 70-71, 80, 86, 98, 104, 107, 109, 143, 145-146, 148-149, 154, 163-164, 170, 174, 177, 190-191, 277, 290, 349, 351
 eginetas, 73-74, 86, 88-89, 100, 108, 130, 143, 148, 163, 190, 273, 290
 Egipto, 9, 16-17, 19, 21-22, 31-32, 35, 37, 52, 95, 139-143, 146, 148-151, 161, 186-188, 225-226, 290, 346, 526, 530
 egipcios, 16, 27, 31, 35, 140, 530-531
 Egospótamos, 244, 346, 350-351, 354
eikosté, 326
 Eión, 122, 303
 eisagogeis, 411
 eisangelía, 410
 eisphora, 294, 414
 ekecheiría, 511
 ekklesia, 60-61, 66-68, 89, 101, 130, 132, 168, 180, 187, 242-244, 251, 268, 271, 277-278, 294, 298, 311, 334-335, 337-338, 344, 351, 356, 376, 381, 384, 404-413, 417, 430, 451
 Elam, 16, 35
 elamita, 16, 21, 35
 elección, 17, 21, 60, 62-63, 67, 84-85, 88, 92, 100, 150, 160, 192, 228, 243-245, 269, 328, 334, 344, 348, 396, 406, 420, 442, 494
 electivo, 420
 electro, 189-191
 Elea, 204, 216, 542
 Elefantina, 31-32
 Eleusis, 64, 71-72, 108, 153, 193, 316, 344, 358-359, 489, 492, 496, 508, 516-521, 523-524; -misterios de, 316, 344, 517-518
eleutheria, 158
 Élide, 98, 268, 275, 290, 304, 310, 403, 431, 446; -eleos, 54, 108, 129, 304, 309-310, 511
 élimos, 202-205, 211
 Empédocles, 544
enagisma, 481
 Enesidemo, 212
 Eníadas, 150
 enianos, 72
 Enida (tribu), 64-65
 Enneahodoi, 124, 263
 Eno, 170
 Enófitas, 142-143, 146-148, 153, 416
 Eólida, 118, 124
 eolios, 78, 118, 322, 460
epíclera, 399
 Epidamno, 268, 275, 281
 Epidauro, 54, 98, 104, 143, 268, 275, 290, 310
 epidauros, 108, 269
epidemiourgoi, 270
 Epílico (tratado de), 328
epimachía, 269
 Epimeteo, 434
 Epípolas, 319, 321
 Épiro, 129, 419
episkopoi, 174, 176
 epistemología (véase «conocimiento»), 429, 434, 437-438, 449, 531, 542
epistoleus, 349
 Epitadeo, 394, 399
 epopteía, 521
 Equecráidas, 72
 Eratóstenes, 345, 355
 Erecteion, 342, 492, 499, 501, 550, 560
 Erecteo, 492
 Eréctida (tribu), 64-65, 143
 Eretria, 71, 80, 85, 89, 98, 104, 337, 341
 Erictonio, 492
 Eritras, 161, 170, 174, 176, 416
 Eros, 559
 erotismo, 559
 escatología, 23, 516
 Escidro, 217
 Esciona, 174, 302-303
 Esciro, 122, 174, 185
 escitas, 31, 39-48, 51, 530
 Escitia, 39, 41, 43, 46-48, 83-84, 526
 esclavitud, 71, 163-164, 222, 294, 303, 351, 389, 449

- esclavos, 33, 43, 46, 56, 97, 212, 271, 325, 330, 348, 388-389, 393, 406, 449, 460, 491, 493-494, 508
- Escópadas, 72, 421
- escultura, 22, 554
- eschara*, 481
- Esdras, 27-30
- Esfacteria, 275, 296-298, 305-306
- Esparta, 49, 53-57, 60, 70-74, 77, 80, 86, 88, 91-94, 99, 102, 104, 106-107, 111, 114-117, 121, 123, 125-133, 137-140, 142, 147-150, 153-155, 158-159, 163-164, 175-176, 179, 214, 222, 235-236, 254-255, 259, 268, 270-278, 285, 288, 294-297, 300-306, 308-311, 314, 318, 322, 324-329, 335-337, 342, 345, 349, 351-353, 356-359, 377, 380, 382, 385, 388-391, 393-400, 426, 453, 488, 490-491, 494, 506, 508; -instituciones de, 426; -y Atenas, 53, 80, 131, 214, 235, 295; y el Peloponeso, 10, 53, 113, 128, 135, 138, 140, 142, 144, 146, 148, 150, 152, 154, 156, 158, 160, 162, 164, 166-170, 172-178, 180, 182, 184-190, 192, 194-198, 229, 233, 236, 240, 242, 244-246, 248, 250, 252-283, 285-286, 288, 290, 292, 294, 296, 298, 300, 302, 304, 306, 308, 310, 312, 314-316, 318, 320-322, 326, 328, 330-332, 334, 336, 338, 340, 342, 344-346, 348, 350, 352-354, 356, 358, 360, 378, 390, 397, 406, 410, 414-415, 417, 422, 444, 449, 460-461, 463-465, 547-548, 550-551, 560; -y los persas, 324; -y Argos, 54, 80, 304; -y Grecia central, 70; -y los persas, 324; -Argos, 54, 80, 304; -y Grecia central, 70; -cultos, 24, 26-27, 62, 66, 192-194, 396, 413, 428, 469-470, 473-476, 487-489, 491-496, 507-510, 513-514, 518, 523, 525, 531, 542, 546, 549-551
- Esquilo, 105, 128, 138, 223, 403, 426, 443, 458, 480, 497-498, 526-528, 532-535, 537-538, 542, 547, 557-559
- Esquinas, 494
- Estagira, 301
- estaño, 230-231
- estatua, 27, 240, 247-248, 477, 499-502, 504, 550, 554-557
- estatuaría, 553
- Estenelaidas, 274-275
- Estira, 98, 104
- estrategos, 93, 167-168, 243-244, 259, 269, 298, 318, 321, 335, 341-344, 349-350, 405-410, 417, 503
- estrecho de Mesina, 141, 206, 208-209, 215
- Estrimón, 48, 122, 124, 262-263, 290
- Etálicas, 508
- Eteobutadas, 503
- eteocretenses, 392
- ethnos*, 419
- ethos*, 558-559
- Etionia, 337-338
- Etiopía, 35
- Etna, 220, 222-223, 226-227
- Etolia, 149-150, 154, 296, 419
- Etruria, 204, 215, 217, 256
- etruscos, 201, 204-206, 215, 221-222, 230-231, 318
- Eubea, 71, 74, 89, 100, 102, 122, 152-153, 173-174, 185-186, 190, 319, 325, 337, 341
- eubeos, 98, 108, 153, 162, 180
- Eubuleo, 489, 519
- eudaimonía*, 475, 485
- Euménides, 138, 426, 458, 498
- Eumólpidas, 518
- eunomía, 391, 398, 457
- Euribíades, 102, 104
- Eurimedonte, 124, 129, 148, 161, 320-321
- Eurípides, 312, 425, 443, 448, 455-456, 460, 485, 509, 516, 528-529, 532, 539, 548, 550, 559
- Euripo, 100, 103
- Euripóntidas, 55, 396
- eusebés*, 483, 527
- euthyna*, 410, 494
- Eutifrón, 483-484
- Eutresis, 422
- eutychía*, 303, 475, 486
- Evágoras, 346
- Evespérides, 225-226
- exilio, 27-30, 60, 68-69, 138, 147, 228, 280, 301, 312, 350-351, 355, 418, 471-472, 526
- exiliados, 153, 213, 217, 317, 327, 352-353, 357
- experiencia política, 429-430, 433
- éxtasis, 491, 515
- extatismo, 559
- extranjeros, 17, 56, 61, 174, 263, 380, 388-389, 411, 431-432, 493, 507-508, 549, 551; -dioses, 551
- Ezequiel, 26-27

- Falaris, 208
 Falero, 64, 90, 144
 faraón, 17, 31-32
 Farnabazo, 328, 330, 341, 343, 346, 358
 Farsalia, 421
 Faselis, 124, 151, 179
 fatalismo, 540
 Féax, 142, 314
 federación, 38, 165, 178-179, 181, 219, 419, 421, 510; -federales (Estados), 419, 421, 423
Fedón, 517, 522
Fedro, 515
 Fenicia, 16, 19, 143, 203-204, 215, 261, 336
 fenicios, 51, 97, 203-205, 215
 Fidias, 247-249, 280, 500-503, 512, 553, 558
 Filaidas, 87, 508
 File, 64, 358
 Filipo, 271, 325
 Filocleón, 412, 454
 filosofía presocrática, 525, 541, 545
 física, 386, 541-542, 544, 555
 físico, 202, 543-544
 Fliunte, 54, 98, 268, 275
 Focea, 189, 230, 347
 Focidia, 145-146, 419
 focidios, 72, 99, 102-103, 109, 114, 145-146, 153, 286
 Formión, 289, 291, 409
 fratrías, 59, 393, 416, 507-509
 Freatis, 411
 Frigia Helespóntica, 328
 Frínico, 85-86, 331-333, 336-337
 Ftiótida, 420
- Galepso, 303
 Galia, 231
 Galitzia, 41
Gamoroí, 203, 211
 ganado, 42-43, 315, 325, 388, 490, 496
 Gandara, 16, 35
 Gargano, 206
 Gathas, 22, 24
 Gela, 203-204, 209-212, 220, 226, 299, 314; -congreso de, 299, 314
 Gelón, 100, 210-216, 220, 225, 227
 genos, 240, 379, 498, 503, 507, 509
gerontes, 385, 395-396
gerousía, 55, 128, 380, 396, 400
 Giges, 462, 535
- Gilipo, 319, 321-322
 Giteo, 149
 Glaucón, 259
 Gorgias, 431, 437-438, 441, 447, 460, 531, 542
 Gortina, 392-394, 399
graphé, 180, 408; -*paranomón*, 408; -*prodosías*, 180
- Habrón, 141
 Hades, 516, 519, 522
hagios, 471, 481
halia, 381, 391
haliaia, 416-417
 Haliarto, 422
 Halias, 143, 290
 Halicarnaso, 79, 85
harmostés, 350
 Hecateo, 40, 52, 81-82
 hecatombe *hekamtombé*, 192, 496, 503
 Hecatompedon, 500-501
 Hefesto, 434, 530
 hegemon, 75, 99, 113, 115, 158
 hegemonía, 54, 74, 78, 80, 82, 84, 86, 88, 90, 92, 94, 96, 98, 100, 102, 104, 106, 108, 110, 112-133, 137, 145, 149, 153, 155, 157-163, 176-177, 181, 183, 185, 191, 195, 219, 229, 247, 273, 277, 297, 305, 308-309, 311, 324, 327, 331, 354, 387, 411, 418, 421, 504
 hegemonico, 160
Helénicas de Oxirrinco, 345
Helénicas de Jenofonte, 338
 Helenoescitas, 41
 Helenotamías, 120, 168, 171, 188, 190, 260, 305, 317, 413
 Helesponto, 51, 96, 101, 105, 115, 162, 167, 186, 341, 343, 349
Heliea, 60, 67, 131-132, 167, 169, 178, 180, 182-183, 409, 411-413, 430
heliastas, 412, 414
 Heloro, 203-204, 210-211
heorté, 481, 491, 502
heortológico, 487
 Hera, 488-489
 Heraclea Traquinia, 301
 Heracles, 442, 496, 527-528, 556
 Heráclito, 52, 385-386, 445, 532, 543, 554
 heraldos, 88, 97, 167, 518

- Hermes, 53, 59, 83, 87, 96, 102, 118, 138, 157, 216, 239, 266, 299, 316, 331, 435, 444, 476, 497
- Hermiona, 98, 104, 268, 290
- Hermócrates, 299, 312, 318, 329
- Herodes, 182
- héroe, 106, 129, 442, 475, 522, 538
- heroico, 103, 222
- Hesíodo, 425, 429, 472, 474, 526-528, 532, 535, 542
- hestía*, 377
- Hestia, 476, 506-507
- Hestiótida, 420
- Hiele, 230-231
- hiereus, 471
- Hierón, 212, 216, 219-223, 225, 227
- hieron* (santuario), 471, 476-477
- hieropos*, 494, 503
- hieros*, 470-472, 483
- hierro, 185, 325, 397, 429
- hilotas, 54, 56-57, 126-127, 130, 203, 211, 235, 275, 296, 298, 304, 389, 393-395, 398, 400, 420
- Himera, 204, 210-211, 213-216, 222-223, 225, 319
- Himno a Demeter*, 518
- Hiparco hijo de Carmo, 85, 92, 100
- Hipérbolo, 311-312
- Hípías, 59-60, 70, 74, 80, 84-85, 87-90, 116, 431, 437, 446
- Hipócrates, 208-212, 224, 241, 301
- hipocrático, 41, 445, 544
- Hipócrates de Gela, 209
- Hipócrates, 208-212, 224, 241, 301
- Hipódamo, 254, 457
- Hipólito, 485, 516
- Hipotóntida, 64-65
- hippeis, 59, 68
- Histaspes, 22
- Histia, 153, 174, 185, 557
- Histieo de Mileto, 51, 79
- historie*, 461, 463
- holocausto*, 481
- hombre, 23, 44-45, 52, 60, 89, 111, 128-129, 131, 139, 146, 184, 213, 223, 240-243, 246, 249-250, 269, 293, 316, 321, 337, 344, 347, 355-356, 375-376, 399, 415, 427-429, 431-432, 434-435, 438-440, 445-449, 463, 470-472, 477, 479, 482-485, 487-488, 505, 507, 513-514, 517, 524, 526-528, 531, 534-544, 546, 552-553, 556-558
- humano, 30, 33, 45, 126, 202, 287, 377-378, 388, 428, 458, 463, 479, 528, 535-536, 539, 544, 546, 555-556, 559
- Homero, 381, 386, 472, 480, 491, 526, 529, 532, 542, 555
- homérico, 381, 518, 527, 533
- homoioi* (espartiatas), 274, 395, 397-399
- homoiosis*, 556
- homología*, 436
- homonoia*, 458-460
- hoplitas, 56, 80, 89, 94, 108-110, 130, 132, 144, 173, 215, 271, 286, 296-297, 301-302, 317, 321, 326, 332, 334, 337-339, 355, 392, 394, 397, 405, 411, 414, 423
- horkos*, 495
- hosios*, 471-472, 483
- hospitalidad, 70, 94, 175, 213, 507, 532
- huésped, 213, 507
- Hyakinthia, 107
- hybris*, 455-456, 484, 536-540, 548
- hyparchos*, 19
- hypəkooi*, 159, 164
- hypomeiones* (véase «inferiores»), 398
- Ictino, 558
- igual, 17, 23-24, 26, 31, 44, 61, 67, 69, 79, 99, 108, 110, 116, 119, 122, 143, 178, 180, 182, 187, 192, 197, 202, 210-211, 214, 218, 223, 227, 231, 240, 248, 281, 329, 351, 377, 382, 385-386, 389, 391, 395, 399, 402-403, 417, 420, 426, 431-432, 434-436, 438, 442, 446, 450, 453, 457-458, 460, 463, 472, 474, 479, 483, 488, 496, 504, 509, 522, 525, 527, 534, 539, 552
- igualdad, 67-68, 123, 158, 196, 396-399, 402, 426, 449-450, 453-454, 456-457, 459, 503
- igualitario, 387, 395, 398, 402
- ilegalidad, 132, 224, 294, 334, 340, 408-410, 446, 457
- Iliso, 144, 496, 520
- Ímbros, 122, 185
- imperialismo, 91, 117, 135, 138, 140, 142, 144, 146, 148-150, 152, 154, 156, 158-162, 164-166, 168, 170, 172, 174-176, 178-180, 182-188, 190-192, 194-198, 236, 249, 252-253, 255, 257, 259, 261, 263-265, 267, 269, 271, 273, 275, 277, 279, 281, 293, 312, 314, 322, 352, 354, 416, 430, 497

- imperialista, 159-162, 172, 183, 187, 191, 254-255, 299, 452, 454, 496, 498, 502, 504
- imperio ateniense, 53, 157, 159, 161, 163-165, 167, 169, 171, 173-177, 179, 181, 183, 185, 187, 189, 191, 193, 195, 197, 271, 300-303, 328, 350, 359
- impío, 547
- impiedad, 248, 447, 483-484, 546-549
- Inaro, 140
- independencia, 29, 32, 40, 56, 74, 113-114, 116, 127, 132, 163-164, 172, 195, 225-226, 293, 333, 347, 376, 384, 419-420, 467, 505, 509, 515, 519
- India, 9, 22, 39
- Indo, 16, 22, 39
- indígenas, 31-32, 46, 201, 203, 206-207, 210, 220, 225, 227, 229, 494
- individuo, 100, 293, 386-387, 403, 410, 446-448, 453, 456, 485, 508, 524
- individualismo, 38, 309, 387, 449
- inferiores, 19, 31, 127, 206, 275, 301, 327, 388, 394, 398-400, 473, 490, 542
- iniciación, 380, 513, 515, 518-524
- iniciado, 116, 209, 224, 247, 317, 510, 517, 519-520, 522-523
- injusticia, 195, 429, 435, 443, 452, 546
- injusto, 38, 195, 250, 429, 436, 443-444, 446-447, 449, 452
- Ión, 508
- irracionalidad, 425, 453
- irracional, 428, 454, 470, 472, 545, 550-551
- Iságoras, 60-61, 70-72, 74
- isegoría, 61, 126, 409
- Isis, 530-531
- islas del Egeo, 236
- insulares, 86, 88-89, 98, 104, 115, 118, 143, 172, 190, 254
- Isócrates, 350, 460, 522-523
- isonomía, 58, 67, 79-80, 122, 218, 387, 391-392, 402-403, 421, 456-457, 497, 555
- isopoliteía, 351
- Italia, 52, 104, 158, 202, 205-207, 213, 216, 218, 230-231, 254, 299, 317-318, 420, 515
- italiotas, 220-221, 467
- Itome, 126, 130
- Jámblico (véase «Anónimo Jámblico»), 442, 446, 457, 459
- Jantipa, 139
- Jantipo, 92, 109, 115, 241
- Jenófanes, 542-544, 558
- Jenofonte, 33, 172, 244-245, 338, 340, 345, 350, 353, 355-356, 391, 433, 446, 458, 550
- Jenofonte (pseudó), 245
- Jerjes, 20, 22, 24, 27, 32, 38, 40, 84, 86, 93, 95-98, 101-102, 104-106, 108, 111, 125, 127-129, 137-138, 140, 214-216, 225, 385, 453, 462, 497, 500, 511, 535-537
- Jerusalén, 27-29, 32
- Jonia, 31-32, 35, 51-52, 79-82, 84, 97, 118, 161, 167, 170, 206, 209, 294, 328-329, 333, 339, 343, 347, 349, 397, 510, 545, 554; -revuelta de 31, 79, 82, 84, 97, 209, 510; -de Jonia, 328, 339, 397
- jonios, 35-36, 52, 78-82, 84, 97, 115, 118, 192, 225, 322, 405, 460, 508, 510
- jónico, 304, 560
- Jónico (mar), 304
- Judá, 27, 30, 32
- judaísmo, 27-28, 30
- judíos, 29-32
- juegos, 66, 169, 294, 387, 481, 501, 511-512
- juramento, 17-18, 24, 99, 105, 109, 113, 119-120, 180, 195, 304, 377, 412, 458, 480, 483, 495, 497, 550
- justicia, 21, 32, 73, 129, 178-182, 195, 201, 276, 291, 302, 318, 320, 382, 385-386, 404, 410-413, 425-426, 429-430, 432, 435, 439, 445-448, 452-454, 456, 458, 488, 498, 515, 532, 535-536, 538-539, 542-543, 556
- justo, 106, 112, 125, 188, 197, 270, 273, 308, 428-429, 435-440, 443-449, 451-453, 498, 536, 539
- judicial, 68, 177-183, 196, 226, 340, 383-384, 410-412
- jurisdicción, 18, 60, 69, 132, 178, 180-181, 183, 382, 393, 396, 411, 430
- katharós, katharsis* (véase «pureza», «puro»), 472
- Khorezm, 23, 40
- klarotai*, 389, 393
- kleros* (suerte), 73, 173, 395, 398-399
- Kore, 193, 489, 518-519, 521-523

- kosmoi*, 383, 393-394
kosmos, 385-386, 393, 555
kratos, 402-403, 412
ktistes, 222, 228
 Kurash, 9
 kurganes, 45-46
kykeon, 521
 Kyllirioi, 203
- Labiadas, 507
 Lacedemonia, 56, 275, 301, 309, 395, 398, 421
 lacedemonios, 72-73, 108, 145, 177, 267, 270, 274, 276-279, 287, 290-291, 296, 298, 300, 303, 310, 328-329, 353, 359, 395, 397, 400
 Laconia, 54-55, 106, 126, 130, 149, 235, 275, 290, 298, 300-301, 320, 395, 419-420
 laconizante, 126
 laconofilia, 128
 Lade, 82
 Lámaco, 315, 318-319, 344
 Lampón, 141, 254-255
 Lámpsaco, 81, 170, 330, 349-350
 lana, 491
 Laos, 217
 Lapitas, 502
 Larisa, 72, 95, 146, 421
 Laurión, 64, 94, 290, 319
 Layo, 538
 Lebadea, 422
 legislación, 21, 132, 182, 186, 342, 397-398, 408, 413, 425
 legislativo, 242, 342, 383, 404, 406, 408, 426, 437
 Lemnos, 122, 185, 258
 Leónidas, 102-103, 108
 Leóntida, 64-65
 Leontinos, 141-142, 187, 203-204, 208-210, 212, 222, 252-253, 256-257, 281, 286, 295, 314-315, 318, 431
 Leotíquidas, 93, 107, 109-110, 114-115, 127, 138
 Lepreón, 98, 304, 310
 lepreatas, 108
 Lesbos, 118, 160, 162, 164, 171-173, 190, 196, 257, 259, 261, 286, 292, 294, 327, 348
 lesbios, 115, 118, 173, 294
- Léucade, 98, 268, 319
 Leucipo, 545
 ley véase «*nomos*», 21, 27, 29-30, 55, 67, 177, 186, 349, 357-358, 380, 385-387, 392-393, 398-399, 406, 410-412, 426-427, 429-430, 432, 434-437, 440-441, 443-453, 458, 465, 483, 498, 507, 509, 538-539, 543, 549
 leyes sagradas, 493, 496, 511, 551
 Líbano, 35
 libertad, 2, 6, 38, 50-53, 82, 111, 119, 127, 150, 155, 160, 163-164, 184, 186-187, 191, 197, 223, 226, 236-237, 291, 302, 312, 325, 331, 335, 353-354, 360, 376, 385, 388, 393, 405, 409, 432, 448, 452-454, 457, 462, 533, 537, 539-540, 555-556; -individual, 388; -humana, 462
 libre, 51-52, 129, 132, 184, 246, 272, 282, 304, 311, 333, 344, 348, 386, 388, 393, 431, 452, 474, 484, 487, 498, 517, 537, 539-540
 Libia, 16, 31, 151, 205
 Licómidas, 85
 Licurgo, 457
 Lidia, 49
 lidios, 35
 Lilibeo, 204
 Lisandro, 345, 347-353, 355-356, 358-359, 390, 397
Lisias, 345, 350, 355-356, 495, 548
 liturgías, 245, 414, 459, 495
 Lócrida, 140, 153, 329, 419
 Locros, 204, 206, 209, 219, 223, 392
 Lucania, 204-207
 Luristán (bronces del), 37
- Macedonia, 48, 74, 86, 100, 102, 106, 129, 225, 262-264, 270, 289-290, 300, 303, 460
 macedonios, 109, 263-264, 270
 madera, 35, 44-45, 79, 98, 166, 263, 302, 326, 477, 504
 magia, 45, 484-485, 521
 mágico, 44, 472, 478, 506-507
 magistrados, 56, 60, 131-132, 167, 174-175, 195-196, 242, 270, 359, 377, 381-383, 396, 403, 405, 408-412, 417, 495, 503
 magistratura, 242-243, 382-383, 409, 494
 Magna Grecia (véase «*Italia*»), 142, 199, 201, 204, 216-219, 516, 543

- Magnesia, 102
 magos, 23, 25
 Malaquías, 26, 28
 Malea (cabo), 100
 Maliaco (golfo), 102
 malios, 72, 109
 mancha (rit.), 24, 153, 276, 305, 471-472, 484, 494, 553
 Mantinea, 54, 98, 307, 310-311, 314
 mantíneos, 108, 130, 309-310, 317
 Maratón, 64, 83, 87-94, 97, 111, 211, 244, 405, 497, 508, 555
 maratónomacos, 91, 94
 Mardonio, 86, 95, 105-110, 114, 511
 Marduk, 26-27
 Margiana, 40
 Maronea, 94
 Marsella, 230-232
 masaliotas, 231-232
 Masagetas, 40, 47
 Medea de Eurípides, 539
 Media, 16, 34, 66, 73, 189, 269, 277, 289, 346, 359, 406, 412, 525
 medos, 17, 23-24, 35, 42, 77, 115, 222
 médicas (guerras), 10, 13, 16, 18, 20, 22, 24, 26, 28, 30, 32, 34, 36, 38-40, 42, 44, 46, 48, 50-63, 65-75, 77-112, 114, 116, 118, 120, 122, 124, 126, 128, 130, 132, 151-152, 170, 190, 210, 214, 225, 274, 313, 325, 338, 386, 397, 459, 461-462, 497-498, 501, 504, 527-528, 535, 548, 551
 medicina, 447, 544, 551
 médico, 33-34, 289, 555
 medismo, 86, 88, 90, 96-97, 99, 111, 114, 127, 129, 138
 Megábizo, 456
 Megacles, 92
 megara, 139-140, 148, 204, 266, 487, 489
 Mégara Hiblea, 212
 Mégara, 54, 71, 74, 98, 104, 108, 139-140, 143-145, 153-154, 212, 268, 271-272, 274-275, 277, 279, 300, 357
 Megárida, 142-143, 290
 megarenses, 107-108, 140, 271-273, 304, 309, 317
 megaron, 477
 Melanclenos, 42
 Mende, 303
 Menéclides, 241
 Menón, 241, 441
 mercenarios, 32, 38, 210, 212, 222, 224, 226-227, 229, 286, 301, 317, 328, 347, 406
 Mermnadas, 49
 Mesenia, 54, 56-57, 127, 131-132, 138, 140, 149, 235, 275, 296, 395
 mesenios, 54, 56, 87, 103, 130, 140, 155, 211, 275, 286, 298, 394
 Mesina, 141, 204, 206, 208-209, 211-212, 215, 219, 224; —estrecho de, 141, 206, 208-209, 215
 Mesopotamia, 9, 16, 19, 37, 82
 mesotes, 540
 metafísica, 218, 428, 435, 437, 439, 464, 472, 497, 513, 527, 532, 534, 539-540, 544, 547
 metalurgia, 37
 Metanira, 518, 521
 Metaponto, 204, 206, 217, 219
 metecos, *metoikoi*, 61, 286, 301, 357, 388, 411, 413, 432
 metempsicosis, 45, 516
 Metimna, 294, 329
 Metona, 185-186, 263-264, 300
metrópolis, 193, 210, 212, 219, 255-256, 268, 270
 miasma, 470-472
 Micala (cabo), 110, 112, 114, 116, 118, 241, 510
 Micenas, 54, 98, 138, 376
 Mícito, 221, 224
 Milciades, 87-90, 92, 122
 Mileto, 40, 51-52, 78-79, 81-82, 85, 161, 176, 217, 254, 258, 328-329, 341, 392, 416, 457, 494
 milesios, 51-52, 79, 258, 542-543
 Míndaro, 341-342
 minas, 79, 92, 124, 170, 173, 263, 290, 319, 325, 343, 413
 Mircino, 79, 81
 Mirón, 556
 Mirónidas, 146
 misterios, 316, 344, 388, 444, 509, 513, 517-520, 522-523, 544
 misthos, 412, 414-415
 mística, 467, 543
 místico, 544
 Mitilene, 173, 180, 190, 291, 294-295, 305, 329, 348, 376, 451-452
 mitilenios, 163-164, 294, 451-452

- mito, 23, 87, 434-435, 439, 442, 470, 479-480, 489-490, 492, 515, 518-519, 521-523, 526-528
 mítico, 36, 492, 508, 518, 525-526, 528, 541, 544-545, 556
 mitología, 478-479, 488, 527, 531
 Mitra, 24
 mnoitai, 389, 393
 Moirai, 534
 moira, 534
 monarchía, 401-402
 monarchos, 382
 moneda, 16, 19, 88, 189, 219, 347-348, 385, 421; -amonedación, 190
 monetaria (economía), 19-20, 120, 174, 189
 monoteísmo, 23, 30
 moral, 21, 23, 25, 28-29, 33, 69, 104, 175, 188, 195, 217-218, 244, 256, 266, 288, 295, 309, 323, 341, 352, 355, 379, 399, 427, 433, 446-447, 450, 452, 465, 472, 484, 507, 510-511, 516, 527, 539-540, 543, 549, 556, 559
 moralidad, 483
 Morgantina, 226-227
 Motia, 201, 203-204
 muerte, 17, 28, 36, 46, 56-57, 71, 82, 95, 109, 129, 147, 181-183, 198, 211, 219-220, 228, 240, 247-248, 251-252, 262, 266, 289, 291, 294, 303, 313, 316-318, 320, 322, 327, 333, 337-338, 342, 347, 349, 351, 435-437, 451-452, 455, 471-472, 485, 490, 492, 514-515, 519, 522, 538-539
 Muniquia, 358
 Musas, 543
 mysteria, 519
 mystes, 520-522

 Nabónido, 26
 Nabucodonosor, 27
 Nápoles, 83, 199, 216, 220, 222, 245, 269, 434
 Naqsh-i-Rustam, 16, 25, 37
 Náucreatis, 52, 143
 Naupacto, 140, 142, 149-150, 155, 286, 291, 296, 298
 naval, 71, 80, 91-92, 94, 99, 102, 105, 109-110, 118, 120-121, 129, 131, 140, 143-144, 155, 165, 172, 185, 210, 212, 221, 257-259, 262-263, 266, 268, 286, 291, 305, 319, 322, 339, 380; -poderío, 120-121, 131, 165, 172, 212, 221, 257, 268, 305
 navales, 80, 82, 94, 101-102, 104, 117-118, 160, 162-164, 168, 190, 196, 257, 261, 269, 294, 326, 414
 navarco, 341, 347, 349
 Naxos, 79, 89, 104, 123-125, 159, 170, 173, 180, 203-204, 209, 212, 222-223
 necesidad, 18, 20, 24, 46, 52, 57, 63, 65, 69, 72, 86, 103, 109, 114, 126, 137, 145, 151, 159, 166, 172, 177, 183-184, 196, 222, 246, 267, 272, 276, 280, 285, 296, 300, 306, 315, 345, 376, 390, 438, 445-448, 450, 453, 457, 460, 463, 465, 481-482, 500, 503, 537, 539, 545, 547, 554
 Negro (mar), 9, 16, 42, 51, 186, 261-262, 415
 Nehemías, 27, 29
 neikos, 544
 Neleidas, 392
 némesis, 527
 neodamodeis, 394, 398
 Nicias, 257, 291-293, 298-299, 303, 305, 307-309, 311-313, 315-323, 326, 344, 352, 376, 409, 444, 549-550
 nihilismo, 439
 Nilo, 9, 21
 Nisea, 140, 300, 304
 nobles (véase «aristócratas»), 60-61, 66, 68, 183, 211, 245, 379, 402-403, 407, 448, 455, 504, 528
 nómadas, 34, 39-43, 46-47
 nomadismo, 40, 43
 nomophylakes, 391
 nomos, 43, 58, 385-386, 401, 426, 430, 432, 434, 444-447, 449-450, 454, 555-556
 Nora, 205
 Notio, 347-348
 nous, 544
 Nubes (las), 433, 443, 447

 Obras públicas (grandes) pericleas, 414, 560
 Occidente (véase, además, «Cartago», «etruscos», «Italia», «Sicilia», etc.), 41, 49, 51-53, 55, 57, 59, 61, 63, 65, 67, 69, 71, 73, 84, 141-142, 149-150, 186, 199, 202, 204, 206-208, 210, 212, 214, 216, 218, 220-226, 228, 230, 232, 236, 252-253, 256-257, 259, 264, 281-282, 295-296, 312, 314-315, 317-318, 326, 342, 390, 392, 516, 526, 528, 533, 542

- ochlos*, 245, 339
odrisos, 290
oligantropía, 275, 397
oligarcas, 147, 153, 175-177, 196, 218, 294-295, 314, 316, 327-328, 330-331, 333, 335-337, 339, 342, 347, 349, 351, 353, 356-358, 392, 406-407, 418, 423, 433, 440, 452
oligarquía, 175, 260, 332-333, 336-337, 340, 379-380, 389-391, 395-397, 399, 407, 418, 448, 454-457
oligoi, 175, 245, 379
Olimpia, 225, 509, 511-512, 528, 556-558
Olímpicos (juegos), 251, 294, 512, 518, 523
Olimpo, 474, 523
Olinto, 271
olivo, 491, 499, 511
Once, 244
Onquesto, 510
ontología, 437, 542-543
opinión (teoría de la), 440, 443, 464
oposición, 30, 44, 73-74, 94, 114-115, 119, 133, 152, 171, 175, 217-219, 226, 244-247, 249, 267, 279-280, 304, 315, 331-332, 334, 357, 378, 387, 402, 444, 524, 529
oración, 30, 484-485
oráculos, 320, 326, 462, 491, 495-497, 550
oracular, 472, 491
Orcómeno, 98, 310, 421-422
Orcómeno, 98, 310, 421-422
Oreo, 100, 102
Orestíada, 538
Orfeo, 514, 516
orfismo, 514-517, 523, 551
orgeones, 505, 509
orgía, 509
oro, 19, 35, 92, 189, 191, 348, 360, 397-398, 429, 500, 502, 515
Oropo, 64, 70, 73-74, 319, 325
Osiris, 530-531
ostracismo, ostrakophoría, ostraka, 59, 68-69, 71, 92, 94, 100, 119, 123, 128-129, 131-132, 137-139, 141, 147, 241, 246-249, 255, 311-312, 418
Otanes, 455-456
Pagas, 140, 142, 155
Pagondas, 301
paideia, 426, 441-442
pais aph'hestías, 518
Paladio, 411
Palestina, 16
Palice, 227-228
palikoi, 227
Panacto, 64, 304, 308
Panateneas, 166, 192, 493, 500-504
pandemei, 301
Pandiónida, 64-65
Pandosia, 219
Panecio, 208
Panfília, 124, 151
Pangeo, 79, 92, 124
concordia panhelénica, 460
Panionia, 510
Panormo, 204, 213, 215
panspermia, 472, 491
Panticaqueo, 42
Papremis, 140
Paralia, 64
Parisátide, 346-347
Parménides, 438, 528, 542-543
Parnes, 63, 319, 358
Paros, 92
Parrasio, 559
Partenón, 188, 246-247, 500-504, 528, 552-553, 556-558, 560
Parténope, 222
Pasagarda, 16, 34-35, 37
patra, 507
Pausanias, 108-109, 115, 117, 122, 125, 127-129, 276, 300, 351, 358-359, 477
paz de Calias, 148, 151-153, 155, 157, 161, 189, 235, 239, 259, 261, 327-328; -de los Treinta Años, 152, 155-156; -entre Esparta y Argos, 304; -de Nicías, 299, 303, 305, 307-309, 311-313, 315, 317, 319, 321, 323, 352; -Paz (la) de Aristófanes, 460
peajes, 413
pecha, 19
Pelasgiótida, 420
Peloponesia, 53, 57, 71, 73, 93, 98-99, 104, 108, 115, 120-121, 126, 128-129, 137, 143, 148, 153-155, 157-158, 235-236, 268, 271-272, 275, 279, 281, 286, 291, 294, 301, 304-305, 308, 310-311, 337, 346-347, 349, 351-353, 356, 359, 395, 420

- Peloponeso**, 10, 53-54, 57, 74, 98, 103-104, 106, 108, 111, 113, 115, 117, 123, 125-126, 128-130, 133, 135, 138, 140, 142, 144-146, 148-150, 152, 154, 156, 158, 160, 162, 164, 166-170, 172-178, 180, 182, 184-190, 192, 194-198, 211, 229, 233, 235-236, 240, 242, 244-246, 248, 250, 252-283, 285-286, 288, 290, 292, 294, 296, 298, 300, 302, 304, 306, 308-310, 312, 314-316, 318, 320-322, 326, 328, 330-332, 334, 336, 338, 340, 342, 344-346, 348, 350, 352-354, 356, 358, 360, 378, 390, 395, 397, 406, 410, 414-415, 417, 422, 444, 449, 460-461, 463-465, 490, 492, 547-548, 550-551, 560
- peloponesios**, 72-73, 102-104, 106-108, 110-111, 114-117, 120-121, 123, 125, 130, 137, 139, 141, 143, 145-151, 153-155, 222, 236, 253-256, 259, 267-269, 275-276, 279, 285-291, 293-296, 301, 303, 305, 307, 313, 315, 318-321, 326-330, 335, 337, 341-343, 345-348, 351, 358-359, 490
- Peloponeso (guerra del)**, 10, 53, 113, 128, 135, 138, 140, 142, 144, 146, 148, 150, 152, 154, 156, 158, 160, 162, 164, 166-170, 172-178, 180, 182, 184-190, 192, 194-198, 229, 233, 236, 240, 242, 244-246, 248, 250, 252-283, 285-286, 288, 290, 292, 294, 296, 298, 300, 302, 304, 306, 308, 310, 312, 314-316, 318, 320-322, 326, 328, 330-332, 334, 336, 338, 340, 342, 344-346, 348, 350, 352-354, 356, 358, 360, 378, 390, 397, 406, 410, 414-415, 417, 422, 444, 449, 460-461, 463-465, 492, 547-548, 550-551, 560
- penestas**, 71, 420-421
- Pentateuco**, 28-29
- pentecostecia**, 113, 198, 257, 267, 405
- Perdicás II**, 290
- Pericles (sucesores de)**, 291, 455
- Perinto**, 342
- persa (imperio)**, 9, 13, 16-48, 50, 52, 54, 56, 58, 60, 62, 66, 68, 70, 72, 74, 78, 81, 90-91, 106, 141, 150-151, 176, 214, 225, 235, 327, 329, 346, 360
- persas (los)**, 9-10, 16-17, 19, 24-27, 30-31, 33-35, 42, 50-52, 71-72, 77-90, 92-94, 96-98, 100-102, 104-108, 110-119, 122, 124, 128, 139-140, 149-151, 159, 161, 191-192, 210, 214, 223, 225, 241, 247, 259, 261-262, 324, 327-330, 333, 335, 338, 341, 346, 360, 385, 391, 410, 422, 455, 460, 462, 497-498, 501, 511, 527, 536
- Persépolis**, 16, 18, 20, 22, 24, 33-38
- persuasión**, 250, 287, 431, 440, 465, 485
- peste**, 290-291, 293, 296, 305, 405, 449-450, 475, 538, 551
- petalismos**, 418
- phallos**, 316, 491
- pharmakos**, 472
- pheiditia**, 395
- philía**, 457, 459, 544
- philotimía**, 386, 501, 504
- phoros**, 118-119, 123, 148, 150, 153, 160, 162, 164-171, 173, 177, 180-181, 188-189, 193, 195-196, 249, 258, 260, 263, 270, 277, 285, 298-299, 305, 325-326, 328, 411, 496, 504
- phyle**, 379
- physis**, 444-447, 449-450, 454, 539
- Pianopsias**, 491
- piedad**, 27, 30, 32, 193-194, 247-248, 316, 349, 352, 385, 450, 478, 482-486, 501-502, 512, 515, 527, 532-533, 535, 538, 540, 548
- Pilos**, 291-292, 296-300, 302-303, 308, 343
- Píndaro**, 222-223, 225-226, 387, 391, 426, 511, 516, 522, 525-526, 528, 532-533, 547, 557-558
- pintor**, 557, 559
- pintura**, 553, 557, 559
- piratería**, 172, 197, 221
- Pireo**, 63-64, 86, 116, 144, 183, 185-187, 189, 254, 290, 317, 337, 344, 353, 357-359, 377, 406
- Pisandro**, 332-334
- Pisístrato**, 59, 69, 224, 491
- pistis**, 457-459, 482
- Pisutnes**, 261, 328
- Pitágoras**, 217-218, 514, 558
- pitagorismo**, 217-220, 513-517, 522-524
- Pitia**, 70, 98, 100, 256, 510
- Pitodoro**, 271
- Pixunte**, 217
- plata**, 19, 35, 189-190, 348, 397-398
- Platea**, 9, 31, 71-73, 98-99, 105-106, 108-110, 112-113, 115-117, 216, 222, 289-290, 293-295, 304, 310, 397, 405, 422; -batalla de, 31, 99, 105, 109-110, 112, 310

- Platón, 211, 386, 397, 424-425, 430, 432-434, 436-438, 441-442, 446-448, 452, 456-457, 483, 485, 494, 515-516, 537, 546-547, 556, 559
- Plemirio, 319, 321
- pleonexia, 159, 540
- plethos, 61, 172, 402-403, 421
- Plistoanacte, 153, 303
- Plutarco, 107, 109, 113, 130, 138, 147-148, 152, 239, 246-247, 256, 262, 269, 280, 345, 351
- Plutón, 489, 518
- Pnyx, 337
- pobre, 145, 439, 456, 478
- pobreza, 325, 327, 445
- polemárcos, 179, 411
- poliadas, 478, 491
- Polícrates, 51, 536-537
- Polideuces, 506
- Polignoto, 557-559
- polis, passim*, 66, 78, 115, 142, 184, 252, 282, 331-332, 335, 375-379, 381, 383-389, 393-394, 398, 401, 405, 411, 419-420, 427-429, 433, 435, 439-442, 444, 446, 449, 451, 454, 467, 476, 487-488, 491-496, 498, 503, 505, 507-509, 511, 517-518, 523-524, 527, 545-546, 549, 551-552
- politeia*, 128, 131, 172, 245-246, 331, 340, 356, 375, 377-381, 383, 385-389, 400, 404, 413, 416, 448, 458, 493, 509, 549-550, 555: *patrios politeia*, 331, 356
- politeísmo, 23, 473
- polites*, 378, 387
- Polízalo, 220-221
- polypragmosyne, 159, 540
- Ponto Euxino, 82, 185, 262, 264
- póntico, 186, 202, 226
- Poseidón, 492, 502, 508, 510, 556
- Posidonia, 204, 206, 219
- Potidea, 119, 170, 174, 266-267, 270-273, 277, 279, 285, 288, 291, 300, 305
- potidaeas, 270-271, 274
- precio, 106, 162, 222, 305, 308, 313, 316, 330, 376, 409, 431
- preigistoi*, 394
- presocrática, 428, 525, 541, 545
- préstamo, 162, 514-515
- Priene, 258
- Pritaneo, 408
- pritanos, 65-66, 180, 326, 349, 407, 414, 503
- probouloi*, 99, 324, 326, 332, 334, 382, 391
- procesión, 36, 345, 500, 502-503, 520-521, 558
- proceso de Fidias, 280; -de Sócrates, 483; -de impiedad, 248, 483
- Procharisteria, 492
- Pródico, 431, 442, 528, 546-547
- prohedroi*, 334
- prokrisis, prokritoi*, 384, 404
- Prometeo, 429, 434-435, 527, 535, 538
- Prometeo encadenado*, 527, 535, 538
- prophasis*, 266-268, 274, 278, 281, 314
- Propóntida, 341
- propiedad, 29, 66, 173, 181, 344, 387, 392, 411, 413, 494, 557
- proskynesis*, 17
- Prosopopeya de las Leyes, 386, 436
- prostatae, 248
- prostasia, 323
- tou demou*, 248, 456
- Protágoras, 254, 431, 434-443, 445-446, 448, 458, 528, 542, 546-548, 559
- proteuein*, 386
- protos aner*, 248, 250-251
- prytanis*, 382
- psicología, 480, 519, 539-540, 559
- psephisma, 242, 266, 406, 496
- púnicos, 342
- puro, 35, 103, 187, 198, 273, 446, 472-473, 483-484, 487, 511, 538, 544
- Pyrgi, 201
- Queronea, 422
- Quersoneso de Tracia, 170, 173, 185, 348
- Quinientos, 61, 65, 67, 131-132, 334, 382, 384, 405-407, 417
- Quíos, 81, 109, 160, 162, 164, 172, 179, 190, 196, 257, 259, 261, 286, 328-330, 403
- racionalismo, 194, 426, 428, 462-463, 467, 525, 541, 544, 548, 550-551
- racionalidad, 425, 463
- racional, 67, 189, 191, 250, 454, 457, 461-462, 464, 470, 539, 544-545
- razón, 32, 66-67, 80, 83, 88, 92, 94, 105, 110, 126, 128, 142, 148, 151, 160, 168, 170, 174, 179, 183, 190, 194, 211, 225, 237, 243-244, 251, 273, 275, 282, 339, 349-350, 356, 360, 398, 414, 422-423, 425-426, 428, 430, 435, 438-439, 443, 450, 453, 463, 481, 489, 494, 534, 539, 542, 544-545, 550, 555

- realza persa, 32
 Regio, 37, 141-142, 187, 204, 206, 209, 211, 213, 219, 221, 223-224, 230, 252-253, 256-257, 281, 286, 295, 317, 392, 420, 558
 relativismo, 355, 387, 429, 433, 436, 532
 relatividad, 17, 112, 430, 432-433, 437-438, 440, 450, 462, 526
 religioso (pensamiento), 247, 385, 428, 475, 510, 512, 553, 559
 remeros, 91, 94, 127, 147, 286, 332-333, 338
 rendición de cuentas, 132, 410, 417, 494
 retórica, 226, 340, 431, 450-451, 462
 revueltas, 15, 18, 32, 56, 112, 301, 327
 ricos, 66, 94, 132, 177, 183, 278, 295, 314, 327-328, 330, 333, 357, 379, 398, 407, 414-415, 440, 458-459, 495
 riqueza, 43, 52, 132, 170, 191, 315, 327, 338, 354, 379, 398, 402, 414, 439, 447, 456, 465
 ritos, 24, 247, 345, 380, 395, 469, 471-472, 474, 477-480, 485, 487-489, 492, 494-496, 502-503, 505-506, 512, 519, 529, 544, 549
 ritualismo, 30, 247, 478, 484, 493, 513
 ritual, 22, 24, 28, 56, 344, 385, 472, 478-481, 483-484, 489-492, 494-495, 500, 502, 511, 515, 518, 520-521, 523
 Rodas, 330, 376
 Rojo (mar), 9, 21-22
 Roma, 15-16, 53, 58, 70, 96, 105, 142, 158, 199, 201, 204-205, 208, 221, 253, 331, 390, 394, 419, 473, 497, 517
 romano, 20, 31, 407
 rural, 29, 61-62, 94, 159, 210, 229, 311, 391, 394, 403, 411, 420, 504, 506
 rurales, 62, 185, 288, 377, 390, 402, 406, 477, 489, 491, 500, 508
 sabelios, 206
 sacerdocios, 66, 494, 496, 507-508
 sacrificios, 24, 152, 298, 339, 354, 413, 480-481, 485, 494-495, 502-503, 507, 515, 521, 530
 sacrilego, 471
 sagrado, 22, 132, 194, 406, 408, 411, 440, 458, 469-473, 476-477, 479, 483, 491, 495, 498, 501, 505, 521, 523, 544, 549, 552-553
 Salamina, 9, 64, 71, 73-74, 83, 86, 91, 95, 97, 101, 104-107, 110, 112, 119, 128-129, 139, 143, 150, 159, 213-214, 216, 222-223, 241, 329, 346, 351, 375, 475, 497
 Salamina, 9, 64, 71, 73-74, 83, 86, 91, 95, 97, 101, 104-107, 110, 112, 119, 128-129, 139, 143, 150, 159, 213-214, 216, 222-223, 241, 329, 346, 351, 375, 475, 497
 batalla de Salamina, 97, 110, 213
 Salamina de Chipre, 150, 346
 salario, 409, 415
 samaritanos, 29
 Sardes, 21, 26, 35, 49, 72, 79-81, 83, 85, 89, 104, 341
 sármatas, 41
 Sarónico, 71, 140, 143, 146, 149, 304, 337
 sátrapa, 18-19, 21, 26, 28, 31-32, 72, 79-80, 84-85, 88, 140, 328-330, 341, 346
 satrapía, 18-20, 31, 40, 48, 81, 95
 sebas, 458, 498
 sebein, 483
 secesión, 162, 164, 259, 261-262, 270, 294, 301, 333, 359, 389
 Selinunte, 141, 204, 211-213, 216, 318
 semitas, 16, 21, 205
 semítico, 19, 24
 Sepeia, 416
 Sérifo, 104
 servil (véase «esclavitud»), 229
 Sesto, 115-116, 330, 350
 severo, 554, 557
 Síbaris, 52, 206, 217, 219, 253-254
 Sibota, 269-270
 sicanos, 202
 Sicilia, 112, 140-142, 187, 199, 201-214, 216, 219-220, 222-224, 226-229, 256, 267, 269, 292, 296, 299, 307, 309, 311-329, 331-333, 335, 337-339, 341-343, 345, 347-349, 351, 353, 355, 357, 359, 380, 428, 444, 512
 siciliotas, 202, 214, 218, 225, 296, 299, 314, 321, 329, 418
 Sición, 54, 98, 104, 487
 sículos, 202-203, 205, 209-210, 222, 224, 226-227, 229, 318-319, 418
 Sifnos, 104
 Sigeo, 74
 Simónides, 223, 442
 sinagoga, 30, 32
 sincretismo, 28, 30
 sinecismo, 377, 493
 Sínopo, 262

- Siracusa, 100, 203-204, 209-212, 215-216, 219-224, 226, 228-229, 256, 292, 295-296, 313-314, 318-322, 325, 329, 376, 379, 413, 416-418, 420
- siracusano, 209, 223-225, 256, 299, 321
- Siria, 16
- Sitalces, 289-290
- Sócrates, 309, 349, 355, 428, 430, 432-433, 436-437, 441-443, 446-447, 458, 483-485, 516, 547-548, 550, 556
- sofistas, 250, 425-434, 437-438, 440-441, 444-445, 451, 455, 460, 464, 545-548, 559-560
- sofística, 426-428, 430-434, 437, 440-444, 450-454, 462, 465, 528, 541, 546-547
- Sófocles, 250, 430, 475, 482, 511, 522, 532, 537-539, 547-548, 559
- Sogdiana, 23, 34-35, 40
- Solio, 290, 304
- Solón, 58-60, 69, 224, 402, 411, 425, 534-536, 539
- Solunte, 203, 213
- sophía, 427, 432, 434
- sophrosyne*, 539
- sorteo, 62, 173, 243, 334, 383-384, 407-408, 414, 416, 443, 456, 494
- Spenta Mainyu, 23
- stasis, 295, 354, 387, 456
- subsistencias, 282
- sueños, 462, 475
- superstición, 293, 318, 470
- Suplicantes* de Eurípides, 456
- Susa, 16, 20, 32, 34-35, 38, 79, 84, 87, 90, 93-95, 100, 150, 214, 235, 327-328, 343, 346-347
- symbolai*, 178-179
- symmachía*, 54, 99, 158, 268
- sympheron*, 445, 448
- syngeneia*, 210, 322
- synodos*, 119
- synomosia*, 550
- synomotai*, 99
- synteleia*, 167
- syntheke*, 434, 436
- sysstitia*, 393, 395
- tagos*, 420
- taktai*, 167
- talasocracia, 152, 155, 159, 162, 172, 177, 185-187, 191, 278, 324, 353, 359, 452
- Tales, 5-6, 17-19, 35, 38, 43, 45, 63, 65, 71, 73, 85-86, 88, 96-97, 101, 105, 107, 123, 127, 129, 132, 141, 143-144, 147, 153, 159, 170-171, 174, 177-178, 180-182, 184-186, 191-192, 194, 196-197, 207, 213, 240, 244, 251-252, 254, 263-264, 266, 269, 275, 277, 279, 286, 293, 295, 301, 308-309, 324, 331-332, 340, 345, 351-353, 357, 376, 378-379, 382-384, 386, 388-389, 396, 399, 416, 418, 420, 425-426, 428, 431-432, 434, 437, 444-446, 450, 464, 477, 481, 485, 488-489, 494, 505-506, 508, 510, 516, 519, 530, 533, 535-537, 541-542, 547-549, 557
- tamiai*, 413, 495
- Tanagra, 142-143, 145-149, 422
- Tanais, 42
- Tarento, 199, 201, 204, 206, 219-221, 255, 403
- tarentinos, 206, 220-221
- Targelias, 472, 491
- Tarquino, 208, 221
- tasas, 413
- Tasos, 92, 124-125, 130, 148, 159, 170, 180, 301, 347, 557-558
- tasios, 124-125, 148, 170
- Tauquira, 225
- taxis taxiarco*, 166-167, 170, 180, 192, 299
- taxis phorou*, 166-167, 170, 192, 299
- Tebas, 56, 71, 108, 114, 146, 268, 275, 352, 357-358, 379, 390-391, 421-422, 488, 498, 538
- tebano, 289, 391, 528
- techne, 427, 435-436, 439-440, 447, 553, 559
- técnica, 340, 409, 427, 434-436, 441-443, 554, 560
- progreso, 6, 60, 77, 121-122, 155, 199, 220, 338, 428-429, 463
- techne politiké*, 435-436, 439-440
- Teeteto, 434, 438-439, 442
- Tegea, 54, 98, 129-130, 310
- tele*, 519
- teleté*, 519-521, 523
- Télefo, 460
- telesterion*, 521, 523
- telos, 383
- temenos*, 477
- Temesa, 219
- Temístocles, 83, 85-86, 93-94, 101-106, 110, 114, 116, 119, 121, 123, 125, 128-129, 131, 139, 144, 240-241, 276, 308-309, 375-376, 426, 475, 507

- Tempe, 100
 templos griegos, 152
 teogonía, 474, 514, 526
 teología, 24, 478, 482, 484, 493, 507, 519, 541-545
 Teopompo, 146-147
 Teramenes, 331-332, 336-338, 340, 343, 346, 349, 351-353, 355-358
 Terina, 219
 Termaico, 101, 263
 Termópilas, 98-104, 114, 298, 301, 510
 Terón, 211-216, 220, 222-224, 227, 516
 Tesalia, 70-72, 74, 93, 95, 100, 103, 105-106, 114, 138, 146, 286, 301, 329, 388, 420-421
 tesalios, 71-72, 97, 99-100, 103, 108, 114, 138, 145-146, 389, 420-421
 Tesaliótida, 420
 tesauroización, 20
 Tesco, 491, 516
 Tesmoforias, 489, 518
 tesoro federal, 120, 125, 150, 171, 190, 247, 413, 510
 tesoreros, 120, 168, 413, 495, 503
 Tespias, 98, 102, 421-422
tetradés, 420
 tetrarcas, 421
to theion, 531, 533
theos, 473, 475, 531-534, 542
therapeia, 483
therapeuein, 483
thetes, 94, 127, 131, 173, 286, 338, 380, 406
thyo, 481
thysía, 481
Tierstil, 44-45
timé, 383, 512
 tiranos, 51, 59-60, 72, 92, 188, 209-210, 213, 215-216, 221, 223-229, 335, 376, 380, 402, 417, 420, 425, 501, 528
 Tirinto, 54, 98, 376
 Tirreno, 204-205, 213, 217, 220-221, 269
 Tisafernes, 328-330, 333-336, 338, 341, 347
 Tisbe, 422
 Titácidas, 508
 Titanes, 514-515
 Tólmidas, 149
 tora, 29
 Torona, 170, 302-303
 Tracia, 47-48, 78-79, 81-82, 86-87, 90, 92, 96, 102, 121-122, 124, 143, 167, 170, 173, 185, 190, 264-266, 270, 288-289, 299-300, 302-303, 305, 308-309, 313, 343, 347-348, 358, 376, 428; -ciudades griegas de, 102, 122
 tragedia, 498, 533, 557, 559
 trágicos, 110, 429, 431, 463, 525, 533, 540
 trascendencia, 215, 327, 385-387, 433, 542
 trascendental, 249, 426, 430, 432, 435-436, 439, 470, 555
 Trasíbulo, 220, 223, 335, 341, 343, 347-348, 357-360, 431, 458
 Trasideo, 215, 223
 Trasímaco, 440, 448, 451, 460, 546
 Treinta (ios), 164, 269, 281, 334, 358-359; 116, 152, 155-157, 353, 356-359, 380, 397, 433, 458, 517
 tribus, (*phylai*), 30, 40-43, 45, 59, 63-67, 253-254, 416, 503, 508
 tributo, 18-19, 21, 31, 36, 43, 51, 82, 126, 151, 165-168, 189, 193, 222, 225, 262, 271, 292, 299-300, 303, 312, 327-328, 453
 trierarcos, 333, 335, 415
 Trigeo, 303, 460
 trigo, 43, 46, 141, 186-187, 287, 295, 318, 326, 330, 398, 489, 522; -de Eubea, 186
 Trinacria, 228
 Triptólemo, 522, 556
trittys, 63, 65
 Tróada, 161, 185
 trophé, 184-185, 195, 330
Troyanas (las), 312, 539
 trueque, 19
 Tucídides, hijo de Melesias, 245-246, 252, 255, 267, 280, 387; -el historiador, 255, 308
 Turios, 141, 204, 252-256, 264, 281, 416, 526
 Ucrania, 40-42
 Ulises, 507, 529
 Urartu, 35
 urbano, 210, 377-378, 421
 urbanización, 377
 útil, 21, 27, 49, 51, 96, 125, 197, 199, 429, 436, 444-445, 450-453, 459, 525, 550
 utilitario, 446
 verdad, 21, 23, 25, 27, 33, 38, 42-43, 68, 82, 84, 93, 98-99, 104, 109, 117, 123, 130, 160, 164, 175, 179-180, 190, 195, 211-212, 218, 220, 226, 235, 241, 244, 248, 288, 291, 314, 318, 327, 337, 346, 351-352, 378, 396, 413-414, 428-432, 437-440, 445, 447, 490, 503, 511, 516, 542-543, 545, 556-557

- vino, 30, 35, 46, 124, 127, 185, 205, 210,
212, 323, 331, 337, 345, 349, 358, 398,
403, 453, 459, 491, 506, 512, 546
- virtud, véase «*areté*», 27, 111, 183, 303,
386, 389, 391, 405, 411, 437, 441-443,
445, 458, 477, 484, 493, 498, 546, 552
- Vix, 230-231
- woikeis*, 393
- xenia*, véase «hospitalidad», 175
- xoanon*, 499, 504
- Yapigia, 204, 206
- yapigios, 206, 220-221
- Yaxartes, 16, 40
- Yocasta, 538
- Zacarías, 26, 28
- Zacinto, 268, 296
- Zancle, 203-204, 206, 209, 211, 224, 228
- Zaratustra, 22-25
- zoroastrismo, 23-25, 35
- Zeus, 225, 251, 320, 425, 435-436, 439,
442, 444, 458, 460, 476, 484, 491-492,
499, 505-508, 510, 512, 514, 518-519,
523, 529-530, 532-536, 538, 542-543,
553, 556-557; *Herkeios*, 476, 505-506;
Hikesios, 507; *Meilichios*, 506; *Phra-
trios*, 508; *Polieus*, 491-492, 499, 508;
Xenios, 507
- Zeuxis, 559
- Zorobabel, 28

ÍNDICE DE MAPAS

La conquista de la fachada mediterranea del Imperio Persa.....	238
La conquista de las Satrapías centrales.....	248
La conquista de las Satrapías superiores.....	256
La conquista de la India	267
El mundo helenístico	308-309
Mapa general: El mundo griego egeo	592-593

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
ABREVIATURAS.....	6

LIBRO PRIMERO

EL SIGLO IV (403-336)

INTRODUCCIÓN: <i>El mundo griego al término de la guerra del Peloponeso</i>	11
-----------------------------------------------------------------------------------	----

PRIMERA PARTE

HISTORIA POLÍTICA DEL MUNDO GRIEGO EGEO DURANTE EL SIGLO IV

CAPÍTULO PRIMERO: <i>La hegemonía espartana</i>	17
I. Esparta a comienzos del siglo iv: los problemas, p. 17; II. Esparta y Persia: la expedición de Agesilao, la guerra de Corinto y la paz del rey, p. 19; III. Esparta y Tebas. Leuctra, p. 24.	
CAPÍTULO II: <i>Renacimiento y decadencia de la hegemonía ateniense..</i>	27
I. Caracteres y desarrollo del imperialismo ateniense hasta Mantinea, p. 27; II. Los avances de Tebas en la Grecia del norte y en el Peloponeso hasta la batalla de Mantinea, p. 32; III. La guerra de los aliados y la ruina del imperialismo ateniense, p. 37.	
CAPÍTULO III: <i>Filipo y el fin de la independencia de las ciudades griegas</i>	41
I. Macedonia a la llegada de Filipo, p. 41; II. Los avances de Filipo en Grecia hasta la paz del 346, p. 45; III. El fin del mundo clásico de las ciudades, p. 51.	
CAPÍTULO IV: <i>Los confines orientales del mundo griego</i>	60

I. La decadencia del imperio persa en el siglo IV, p. 61; II. Los estados "bárbaros" septentrionales: Tracia y el reino del Bósforo, p. 67.

CAPÍTULO V: *Caracteres de la vida internacional en el mundo griego del siglo IV* 73

I. Las nuevas condiciones de la guerra en el siglo IV, p. 73; II. La búsqueda de la paz en el siglo IV, p. 79.

SEGUNDA PARTE

LAS NUEVAS CONDICIONES DE LA VIDA ECONÓMICA, SOCIAL Y POLÍTICA EN EL SIGLO IV

INTRODUCCIÓN: *El desequilibrio social y sus consecuencias* 91

CAPÍTULO PRIMERO: *Atenas: economía y sociedad* 96

I. El problema agrario, p. 99; II. La reanudación de la explotación minera y el desarrollo de la actividad comercial en el siglo IV, p. 101; III. Las transformaciones de la sociedad ateniense, p. 112.

CAPÍTULO II: *Atenas: las instituciones y la vida política* 122

I. La *Ekklesia*, p. 123; II. La *Boulé*, p. 126; III. Los magistrados y las finanzas, p. 128; IV. La organización judicial, p. 132.

CAPÍTULO III: *Las otras ciudades griegas* 138

I. Esparta y el Peloponeso, p. 138; II. La Grecia de occidente, p. 142; III. La Grecia de Asia y las regiones pónicas, p. 154.

CAPÍTULO IV: *El progreso de las instituciones federales en el siglo IV*.. 159

I. Las *simmaquías*, p. 160; II. Los estados federales, p. 162.

TERCERA PARTE

LA CRISIS DE LA "POLIS" Y EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN GRIEGA CLÁSICA

CAPÍTULO PRIMERO: *El pensamiento político frente a la crisis de la polis* 171

I. Los defensores de la tradición: el tema de la *patrios politeia*, p. 173; II. Los innovadores: el tema de la ciudad ideal, p. 181; III. La vuelta a la realidad, p. 192.

CAPÍTULO II: *La crisis religiosa* 199

I. El renacimiento del misticismo, p. 200; II. Especulación filosófica y pensamiento religioso, p. 205.

CAPÍTULO III: <i>Las nuevas tendencias del arte</i>	210
I. El arte griego del siglo IV y la inquietud del espíritu, p. 212;	
II. El arte griego del siglo IV y las nuevas realidades sociales, p. 213.	
CONCLUSIÓN	216

LIBRO II

ALEJANDRO Y LA CONQUISTA DE ORIENTE (336-323)

INTRODUCCIÓN: <i>Las fuentes de la historia de Alejandro</i>	223
CAPÍTULO PRIMERO: <i>El sucesor de Filipo</i>	227
I. La conquista del poder, p. 227; II. La realización del proyecto asiático, p. 232; III. La contraofensiva persa y su fracaso, p. 235; IV. El tiempo de las ambigüedades: Egipto, p. 238; V. El tiempo de las ambigüedades: Asia hasta la muerte de Darío, p. 242.	
CAPÍTULO II: <i>El sucesor del gran rey</i>	250
I. La crisis del 330, p. 250; II. La conquista del Turán (329-327), p. 254; III. La conquista de la India (326-325), p. 262; IV. La vuelta a la escena mediterránea, p. 268.	
CAPÍTULO III: <i>La obra de Alejandro</i>	276
I. Los instrumentos del poder, p. 276; II. Basileus Alexandros, p. 287.	
CONCLUSIÓN	295

LIBRO III

EL MUNDO HELENÍSTICO

INTRODUCCIÓN	299
--------------------	-----

PRIMERA PARTE

HISTORIA POLÍTICA DEL MUNDO HELENÍSTICO DESDE LA MUERTE DE ALEJANDRO HASTA LA PAZ DE APAMEA (323-188 A. C.)

CAPÍTULO PRIMERO: <i>La época de los diádocos</i>	311
I. La sucesión de Alejandro, p. 311; II. Desde el acuerdo de Babilonia hasta Triparadiso (323-321), p. 313; III. Antígono el	

tuerto, p. 315; IV. De Ipso a la estabilización de los reinos helenísticos (302-276), p. 320.

CAPÍTULO II: *El occidente griego en época de los diádocos*..... 323
I. Agatocles de Siracusa, p. 323; II. Pirro y Occidente, p. 325.

CAPÍTULO III: *Las monarquías helenísticas desde el 281 hasta el 223* .. 328
I. Los asuntos de Oriente en la época de Antíoco I (281-261), p. 328; II. Los asuntos de Europa hasta el final de la guerra cremonidea (276-262/1), p. 330; III. La segunda y tercera guerra de Siria (260-241), p. 333; IV. Vicisitudes internas del imperio seléucida del 281 al 223, p. 335; V. Los asuntos de Europa desde el final de la guerra cremonidea hasta la muerte de Antígono Gónatas (262/1-240/39), p. 339; IV. Los asuntos de Europa en la época de Demetrio II y de Antígono III Dosón (240/39-221), p. 341.

CAPÍTULO IV: *La crisis del mundo helenístico y el empuje de Roma en la época de Filipo V y de Antíoco III*..... 348

I. Los asuntos de Oriente desde la llegada al trono de Antíoco III hasta la batalla de Rafia (223-217), p. 348; II. Antíoco III y la restauración del imperio seléucida (216-205), p. 350; III. Los asuntos de Europa desde la llegada al trono de Filipo V hasta el final de la primera guerra de Macedonia (221-205), p. 352; IV. Las empresas asiáticas de Filipo V y de Antíoco III en el 205-200, p. 356; V. La segunda guerra de Macedonia y la proclamación romana de la libertad griega (200-194), p. 360; VI. Roma contra Antíoco III (197-187).

SEGUNDA PARTE

LOS MARCOS POLÍTICOS DEL MUNDO HELENÍSTICO

CAPÍTULO PRIMERO: *La realeza helenística*..... 375

I. Los antecedentes, p. 375; II. El fenómeno monárquico helenístico y sus variedades, p. 377; III. La realeza helenística en Europa: Macedonia y Épiro, p. 379; IV. La monarquía helenística en Oriente, p. 381; V. La teoría de la realeza y la filosofía helenística, p. 391.

CAPÍTULO II: *Estructura y organización de los reinos helenísticos* .. 395

I. La Macedonia antigónida, p. 395; II. El imperio seléucida, p. 397; III. Egipto y el imperio ptolemaico, p. 408; IV. El reino de Pérgamo, p. 425.

CAPÍTULO III: *Las ciudades griegas independientes y los estados federales*..... 428

TERCERA PARTE
**LA SOCIEDAD
 Y LA ECONOMÍA HELENÍSTICAS**

CAPÍTULO PRIMERO: <i>La humanidad helenística</i>	439
I. La diáspora helénica y sus formas, p. 439; II. Helenos y orientales, p. 446; III. Problemas demográficos, p. 453; IV. El individuo en la sociedad, p. 458.	
CAPÍTULO II: <i>Las nuevas condiciones de la vida económica</i>	464
INTRODUCCIÓN	464
I. Las monarquías y la producción, p. 467; II. La ampliación del mundo y las corrientes comerciales, p. 471; III. Urbanización y economía, p. 480; IV. El auge de la economía monetaria, p. 484; V. Riqueza y pobreza, p. 489.	

CUARTA PARTE
LA VIDA ESPIRITUAL

CAPÍTULO PRIMERO: <i>Las nuevas condiciones de la vida intelectual y cultural</i>	501
I. Los nuevos centros de la inteligencia griega. La hegemonía alejandrina, p. 501; II. La conservación de la cultura griega: la educación helenística, p. 507.	
CAPÍTULO II: <i>Puntos de vista sobre la cultura: las ciencias y las letras</i>	514
I. Ciencias y técnicas, p. 514; II. Las letras: erudición y creación, p. 524.	
CAPÍTULO III: <i>Racionalidad e irracionalidad. Religión y filosofía</i>	536
I. Corrientes religiosas y actitudes religiosas del mundo helenístico, p. 536; II. Tendencias fundamentales de la filosofía helenística, p. 556.	
CONCLUSIÓN	566
ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO.....	569
ÍNDICE DE MAPAS	591